

OBRAS REUNIDAS

VOLUMEN I

TEZONTLE

Traducción de

“Prefacio”,

JAVIER SICILIA

Alternativas

ERNESTO MAYANS, MARÍA TERESA MÁRQUEZ,
MATEA PADILLA DE GOSSMAN, ELIANA BAYTELMAN,
CARLOS R. GODARD BUEN ABAD

La sociedad desescolarizada

GERARDO ESPINOZA, JAVIER SICILIA

Energía y equidad

IVÁN ILLICH, VERÓNICA PETROWITSCH

La convivencialidad

MATEA PADILLA DE GOSSMAN, JOSÉ MARÍA BULNES

Desempleo creador

IVÁN ILLICH, VERÓNICA PETROWITSCH
JAVIER SICILIA

Némesis médica

JUAN TOVAR

IVÁN ILLICH

OBRAS REUNIDAS

VOLUMEN I

Revisión de
VALENTINA BORREMANS
JAVIER SICILIA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Illich, Iván

Obras reunidas I / Iván Illich ; rev. de Valentina Borremans, Javier Sicilia. — México : FCE, 2006

763 pp. ; 23 × 17 cm —(Colec. Tezontle)

ISBN 968-16-7589-4 (obra completa)

968-16-7590-8 (rústica)

968-16-8037-5 (empastada)

1. Sociología — Crítica 2. Política — Crítica 3. Religión — Crítica 4. Educación — Crítica I. Borremans, Valentina, rev. II. Sicilia, Javier, rev. III. Ser. IV. t. V. t: Alternativas VI. t. La sociedad desescolarizada VII. t: Energía y equidad VIII. t: La convivencialidad IX. t: Desempleo creador X. t: Némesis médica

LC HN18 .I39

Dewey 301 I636o

Distribución mundial para lengua española

La historia editorial de los libros que se incluyen en estas *Obras reunidas I* se refiere en la "Nota bibliográfica"

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com

www.fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694



Empresa certificada ISO 9001:2000

D. R. © 2006, Valentina Borremans

D. R. © 2005, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 968-16-7589-4 (obra completa)

968-16-7590-8 (rústica)

968-16-8037-5 (empastada)

ÍNDICE

<i>Prefacio</i> , por Jean Robert y Valentina Borremans	13
<i>Nota bibliográfica</i>	41

ALTERNATIVAS

<i>Introducción</i> , por Erich Fromm	47
<i>Prefacio</i>	51
I. <i>La alianza para el progreso de la pobreza</i>	55
II. <i>La metamorfosis del clero</i>	69
Eclipse del clérigo, 71; El culto de mañana, 73; Futuro del celibato, 79; ¿Es el sacerdocio una profesión?, 84; Conclusión, 85	
III. <i>El reverso de la caridad</i>	87
IV. <i>La vaca sagrada</i>	99
El mito liberal y la integración social, 99; La Alianza para el Progreso (de las clases medias), 100; La escuela: institución anticuada, 102; El monopolio de la escuela sobre la educación, 102; La escuela como manía obsesiva, 104; La escuela: tabú intocable, 106; La escuela en el mundo de la electrónica, 106; La escuela como símbolo de estatus, 109; La escuela: creadora de déspotas, 110	
V. <i>La desescolarización de la Iglesia</i>	116
VI. <i>La alternativa a la escolarización</i>	125
El currículum oculto de las escuelas, 126; Los supuestos ocultos de la educación, 130; La mano oculta en un mercado educativo, 134; La contradicción de las escuelas como herramientas del progreso tecnocrático, 137; Recuperación de la responsabilidad de enseñar y aprender, 140; Una nueva tecnología más que una nueva educación, 141; La "pobreza", 145	
VII. <i>Conciencia política y control de la natalidad</i>	147
El fracaso de lo mágico, 148; El contexto de la urbanización, 149; ¿Resistencia a la riqueza?, 150; Alienación ideológica, 152; La Iglesia católica como agente publicitario, 155	

VIII. <i>La aceleración paralizadora</i>	157
IX. <i>La expropiación de la salud</i>	163
El contragolpe del progreso, 163; Remedios para las explosiones prematuras, 166; Némesis industrial, 167; Tántalo, 171; Cultura y salud, 171; La destrucción del dolor, 172; La eliminación de la enfermedad, 173; La lucha contra la muerte, 175; Sumario, 176	
X. <i>La elocuencia del silencio</i>	180

LA SOCIEDAD DESESCOLARIZADA

<i>Introducción</i>	189
I. <i>¿Por qué debemos privar de apoyo oficial a la escuela?</i>	191
II. <i>Fenomenología de la escuela</i>	214
III. <i>Ritualización del progreso</i>	222
El mito de los valores institucionalizados, 226; El mito de la medición de los valores, 227; El mito de los valores envasados, 228; El mito del progreso que se perpetúa a sí mismo, 229; El juego ritual y la nueva religión mundial, 230; El reino venidero: la universalización de las expectativas, 232; La nueva alienación, 233; La potencialidad revolucionaria de la desescolarización, 234	
IV. <i>Espectro institucional</i>	239
Falsos servicios de utilidad pública, 244; Las escuelas como falsos servicios de utilidad pública, 246	
V. <i>Compatibilidades irracionales</i>	251
VI. <i>Tramas del aprendizaje</i>	257
Una objeción: ¿a quién pueden servirle unos puentes hacia la nada?, 258; Características generales de unas nuevas instituciones educativas formales, 260; Cuatro redes, 262; Servicios de referencia respecto de objetos educativos, 263; Servicios de habilidades, 270; Servicio de búsqueda de compañero, 275; Educadores profesionales, 280	
VII. <i>Renacimiento del hombre epimeteico</i>	288
<i>Apéndice. Una elección que hacer</i>	299
La enseñanza oculta de las escuelas, 300; Los postulados secretos de la educación, 305; Las influencias ocultas en el mer-	

cado de la educación, 309; La escuela, instrumento del progreso tecnocrático, 313; Enseñar, instruirse: responsabilidades personales, 316; Una tecnología nueva más que una nueva educación, 317; Una pobreza libremente consentida, 321

ENERGÍA Y EQUIDAD

<i>La importación de una crisis</i>	327
El abuso político de la contaminación, 328; La ilusión fundamental, 330; Mi tesis, 330; El marco latinoamericano, 331; El poderío de alto voltaje, 333; Mi hipótesis, 333; El paradigma de la circulación, 334; La industria del transporte, 335; El estupor inducido por la velocidad, 338; Los chupatiempo, 340; La aceleración-dimensión técnica que expropia el tiempo, 344; El monopolio radical del transporte, 346; El límite inasequible, 349; Sobre los grados del "moverse", 353; Motores dominantes contra motores auxiliares, 355; Equipo insuficiente, superdesarrollo y tecnología madura, 356; Bibliografía, 360	

LA CONVIVENCIALIDAD

<i>Prefacio</i>	369
<i>Introducción</i>	371
<i>Dos umbrales de mutación</i>	375
<i>La reconstrucción convivencial</i>	383
La herramienta y la crisis, 383; La alternativa, 385; Los valores de base, 386; El precio de esta inversión, 387; Los límites de mi demostración, 388; La industrialización de la falta, 392; La otra posibilidad: una estructura convivencial, 395; El equilibrio institucional, 398; La ceguera actual y el ejemplo del pasado, 400; Un nuevo concepto del trabajo, 405; La desprofesionalización, 409	
<i>El equilibrio múltiple</i>	417
La degradación del medio ambiente, 419; El monopolio radical, 422; La sobreprogramación, 428; La polarización, 439; Lo obsoleto, 444; La insatisfacción, 448	

<i>Los obstáculos y las condiciones de la inversión política</i>	456
La desmitificación de la ciencia, 457; El descubrimiento del lenguaje, 460; La recuperación del derecho, 463; El ejemplo del derecho consuetudinario, 466	
<i>La inversión política</i>	471
Mitos y mayorías, 472; De la catástrofe a la crisis, 473; En el interior de la crisis, 475; La mutación repentina, 477	
<i>Desempleo creador (la decadencia de la sociedad profesional). Postfacio a "La convivencialidad"</i>	481
La intensidad inhabilitante del mercado 481; Los servicios profesionales inhabilitantes 493; Para terminar con las "necesidades", 511; "En guardia" frente al nuevo profesional, 524; El <i>ethos</i> postprofesional, 529	

NÉMESIS MÉDICA

<i>Prefacio</i>	533
<i>Introducción</i>	535
<i>Iatrogénesis clínica</i>	541
La epidemia de la medicina moderna, 541; Inútil tratamiento médico, 549; Lesiones provocadas por el médico, 553; Pacientes indefensos, 559	
<i>Iatrogénesis social</i>	562
La medicalización de la vida, 562; La invasión farmacéutica, 583; Imperialismo del diagnóstico, 595; El estigma preventivo, 605	
<i>Iatrogénesis cultural</i>	636
Introducción, 636	
<i>Matar el dolor</i>	642
<i>La invención y eliminación de la enfermedad</i>	660
<i>La muerte escamoteada</i>	676
La danza devota de los muertos, 677; La danza macabra, 681; La muerte burguesa, 688; La muerte clínica, 693; La muerte natural sindicalizada, 695; La muerte bajo asistencia intensiva, 699	
<i>Las políticas de la salud</i>	705
Contraproductividad específica, 705	
<i>Contramedidas políticas</i>	713

La “protección al consumidor”, para adictos, 721; Igualdad de acceso a los perjuicios, 727; El control del público sobre la mafia profesional, 733; La organización científica de la vida, 739; Técnicas para un útero de plástico, 743

La recuperación de la salud 748

Némesis industrializada, 749; Del mito heredado al procedimiento respetuoso, 753; El derecho a la salud, 756; La salud (*higieia*) como virtud, 758

Apéndice: La necesidad de un techo común (el control social de la tecnología), por Valentina Borremans e Iván Illich 761

PREFACIO

JEAN ROBERT Y VALENTINA BORREMANNS

Iván Illich —el hombre, tanto como el autor— estuvo muy presente en México durante las décadas de 1960 y 1970. Popularizó el término “convivencialidad”, del que poca gente sabe que tomó de Brillat-Savarin. Sus obras más leídas eran *Alternativas*, *La convivencialidad*, *La sociedad desescolarizada* y *Némesis médica*. Esta última fue el origen de célebres debates cuyo tema era la contraproductividad de las instituciones modernas: más allá de ciertos umbrales, las instituciones productoras de servicios, como las escuelas, las carreteras y los hospitales, alejan a sus clientes de los fines para los que se concibieron. Esta contraproductividad está en relación directa con su tamaño y con la intensidad de la dependencia hacia ellas. La escuela paraliza el aprendizaje libre en la medida en que se alarga el tiempo de confinamiento obligatorio en sus recintos. El tránsito de vehículos motorizados impide el uso de los pies en la medida en que más dinero se invierte en la construcción de carreteras. La medicina amenaza la integridad personal de los pacientes en la medida en que el diagnóstico de los médicos penetra más profundamente en el cuerpo y amplía la lista de las enfermedades reconocidas por la seguridad social. En la medida en que la construcción de viviendas se planifica y se normaliza, es menos fácil construir una pequeña casa o repintar uno mismo la fachada de la que posee.

Iván Illich fue el más lúcido de los críticos de la sociedad industrial. Quiso escribir su epílogo y lo hizo. En otro tiempo, famosas en México y en el mundo, las “tesis de Illich” tal vez se han olvidado, pero nunca se les ha invalidado. Después de ellas, la sociedad industrial perdió toda justificación teórica. Esa sociedad se mantiene de pie gracias al debilitamiento de sus miembros y al cinismo de sus dirigentes. Más que debatir las tesis que la perturban, la ostra social se ha protegido de ellas aislándolas. Es tiempo de afirmar que la obra de Illich no es una perla rara, sino una reflexión fundada sobre un sólido sentido común. Hay que romper la ganga en la que se le ha encerrado para liberar su inquietante contenido. Cuando los bien-

pensantes creían todavía en las promesas del desarrollo, Illich mostró que esa brillante medalla tenía un reverso siniestro: el paso de la pobreza a la miseria, es decir, la dificultad creciente para los pobres de subsistir fuera de la esfera del mercado. Sus libros vinieron a sacudir la sumisión de cada uno al dogma de la escasez, fundamento de la economía moderna.

Sin embargo, a partir de 1976, Illich dejó de ocupar “la primera plana” de los periódicos y de dialogar con los grandes de este mundo. Su presencia en México se hizo cada vez más rara, de suerte que la segunda mitad de su vida, desde 1976 hasta su muerte, el 2 de diciembre de 2002, es para muchos un mar desconocido del que emergen eventualmente dos islas: *El género vernáculo* (1983) y *En el viñedo del texto, etología de la lectura: un comentario al “Didascalicon” de Hugo de San Víctor* (1991), publicado por el FCE en 2002. Esta etapa fue en realidad de una extraordinaria fecundidad. En el momento en que se alejaba de las candilejas, Illich dejaba sitio a Iván, el amigo hospitalario, el colega cuya intuición abría nuevas pistas y alentaba por su ejemplo, sus consejos y sus correcciones, la prolongación de conversaciones en indagaciones disciplinadas. Este periodo se refleja tanto en los trabajos de sus amigos y colegas como en los suyos mismos.

Presentar a Iván Illich hoy en día incita a trastornar el orden biográfico usual que, después de haber recordado al Illich conocido del público, levantaría tímidamente el velo sobre el Iván amigo, el gran rastreador de ideas, el “inventor de la ciencia que aún no existe”. Detrás de la aparente heterogeneidad de temas de la personalidad pública Illich y del amigo Iván, hay una unidad subyacente que este prefacio deberá revelar.

La riqueza de los temas que Iván Illich abordó es *rapsódica*, un término que él amaba particularmente por su evocación del mundo de la oralidad: Homero ¿no era, más que un “poeta oral”, un rapsoda? En *En el viñedo del texto*, Illich se revela como gran historiador de la relación entre oralidad y escritura. Al reanudar el hilo de la tradición iniciada por Marcel Jousse, Milman Parry y Albert Lord, luego continuada por Eric Havelock o Walter Ong, se interesa en los vínculos que unen la mentalidad oral y las formas de pensamiento propias de la escritura alfabética y sólo de ella. Dejando de lado el mundo de las escrituras ideográficas o silábicas, manteniéndose, por lo tanto, estrictamente en el interior de la galaxia del alfabeto, Illich constata que la relación entre lo *dicho* y lo *escrito* adquiere un rostro diferente en cada época histórica nueva. Esta *historicidad* afecta tanto el objeto de la lectura (el *codex* o la página) como el acto de la lectura (la emisión de sonidos por la garganta) y la vivacidad de la expresión oral de

los que no escriben ni leen. Para estudiar esta trilogía, Illich forja los términos “tecnología de la escritura”, “etología de la lectura” y “alfabetización laica de la mentalidad oral”. El primero concierne a la confección del soporte material —por ejemplo, la página—, y al arreglo de las letras en él, el segundo describe las actividades motrices asociadas con el acto de leer, mientras que el tercero analiza la sombra proyectada por la escritura y la lectura sobre el mundo que permanece oral.

En la primera mitad del siglo XII, Francia conoció un trastorno que inició un verdadero maremoto en todo el Occidente cristiano. Definido como el nacimiento de la filosofía escolástica o como el paso de la época románica a la época gótica, esta gran transformación puede vincularse con una serie de cambios en el arte de escribir y de leer, y con sus repercusiones en el mundo de la oralidad.

Antes de 1141, fecha de la muerte de Hugo de San Víctor, los hábitos orales predominaban hasta en el acto de leer. Los ojos estaban al servicio de los pulmones, de la garganta, de la lengua y de los labios, mientras que el oído del lector se esforzaba por asir lo que su boca articulaba. La lectura silenciosa era aún prácticamente desconocida, de suerte que a cada uno le era posible leer con los oídos más que con los ojos. La discriminación social entre alfabetizados y analfabetos era absolutamente impensable.

La página estaba literalmente encarnada por la lectura, y tanto el “lector visual” como el círculo de los “lectores auditivos” respondían con movimientos corporales a los impulsos nerviosos inducidos por la voz que seguía la pista sonora de las letras. Ya fuera con los ojos o con los oídos, leer era una *sinestesia*, una actividad motriz que implicaba simultáneamente todos los sentidos. Era “escuchar las *voces paginarum*”, las voces de las páginas, “zumar con ruiditos, incansablemente, como una abeja”, “rumiar infatigablemente las Escrituras masticándolas”, “mordisquearlas con la boca de su corazón y deleitarse con su frescura”, “lamerlas como un destello de miel”, “sacar de ellas el jugo a pequeños sorbos”, “estar embriagado por el dulce aroma de las palabras”.

Para Illich el teólogo, esta encarnación del verbo en el acto de la lectura era análogo (o *proporcional*) a esta otra, escrita frecuentemente con mayúsculas, que es el misterio central de la fe histórica de Occidente. En latín, un término cercano a “análogo” por el sentido es *conveniens*. Tomás de Aquino pregunta “*utrum conveniens fuerit Deum incarnari*”, si convenía que Dios se encarnara. El Verbo encarnado podía ser amado en la carne —San Juan dirá que lo vio, lo oyó, lo tocó, lo sintió—. En la carne, también,

el samaritano eligió reconocer a su prójimo en aquel que le era opuesto por la familia, el clan, la tradición.

Para Illich, el creyente, la Encarnación del Verbo es el corazón de la Revelación evangélica. Ese misterio es “análogo” o proporcional a la relación entre la palabra y la carne (escritos sin mayúsculas). La traición a esa relación proporcional, o *analogía*, abre la puerta a una forma de mal desconocido antes, legible en las instituciones del Occidente moderno. Illich, el teólogo, distinguirá entre el *mysterium iniquitatis* (el misterio de la iniquidad) y la *corruptio optimi quae est pessima* (la corrupción de lo mejor es lo peor). La primera expresión designa el misterio del mal que no es la simple ausencia del bien (*privatio boni*), sino un simulacro de lo que, carnal, habla a los sentidos carnales. La segunda recuerda que nada es peor que la corrupción de lo mejor. El teólogo no dice más sobre el asunto y el Illich historiador toma el relevo:

Mi tema es el misterio de la fe; el misterio de un abismo de mal que no habría podido suceder si no hubiera en la historia de la salvación una altura contraria correspondiente. Pero, ¡entiéndaseme bien!, no hablo como teólogo, sino como historiador. En la historia reciente de la Iglesia católica romana, quien pretende hablar como teólogo se reviste de la autoridad que le confiere la jerarquía. Yo no pretendo estar investido con ese mandato.

El historiador dice explícitamente lo que el teólogo muestra al callarse. La traición a la Encarnación abre el camino a dos posibilidades de corrupción: por un lado, la de una desencarnación sin precedentes de la palabra; por otro, la de una “encarnación” perversa de lo que, por no estar en los sentidos antes de estar en la cabeza, no sabría tener carne.

Por una parte, pues, la desencarnación progresiva de la palabra en el Occidente medieval y posmedieval es un fenómeno observable. Contemplando, por otra, la modernidad en el espejo de ese pasado, el historiador Illich ve en él una novedad específicamente moderna: la “encarnación” virtual de entidades sin carne que calificará de “concretudes desplazadas”. La “vida”, dirá —como, por otro lado, “el feto” o el “riesgo” implantado en la auto-percepción de las mujeres por el sistema biomédico—, es una de esas entidades. Atribuirle peso de realidad es negar la realidad carnal del prójimo.

A lo largo del siglo XIII la lectura se volverá rápidamente silenciosa, una especialidad de la nueva clase de los clérigos. Quien, como Carlomagno, lea con los oídos será degradado al rango de analfabeto. Esta primera discri-

minación específicamente occidental se convertirá en el molde mental de lo que Illich llamará la tolerancia terapéutica: sólo te tolero en tu diferencia porque sé que me dejarás volverte semejante a mí. El pagano, el campesino, el herético, el homosexual, el salvaje, el subdesarrollado y hasta el *computer illiterate*, el “analfabeto de la computadora”, saldrán sucesivamente de ese molde, mientras que tomarán vuelo la noción de verdad textual, la ciencia y la novela, florón de la *bookish mentality*, esa mentalidad libresca de la que Georges Steiner describió la grandeza y la decadencia. Hoy en día, la ciencia ya no es más que investigación financiable, y las grandes novelas son apenas leídas por los cineastas en busca de ideas para un guión. Pero lo que es más inquietante es la degradación de la expresión oral.

He aquí pues un contemporáneo cuyos ojos del corazón ven en el misterio de la Encarnación la fuente de su inspiración y de sus actos. Un teólogo que sabe distinguir entre *mysterium iniquitatis* y *corruptio optimi*, pero que se quiere apofático y renuncia al privilegio de hablar con autoridad eclesiástica. Un historiador capaz de discernir la profunda extrañeza de la modernidad bajo su máscara de banalidad. Será necesario también hablar del hombre de acción, capaz de meterse de lleno en un debate público y desviar su curso en el sentido que el historiador percibe, pero que ignora la mayoría de los interlocutores. Por último, será necesario inclinarnos sobre el proceso que se le hizo al intelectual reputado culpable de abrir una controversia ahí donde reinaba la calma chicha de un consenso social. Por ejemplo, en los años setenta, este intelectual lanzó una duda sobre un dogma común a las ideologías contradictorias de entonces: ¿las profesiones —educador, ingeniero, médico— son intrínsecamente deseables, y las acciones profesionales lo mejor que hay? De oeste a este la respuesta de los cenáculos fue un “¡Sí!” aparentemente irrefutable. De igual forma sucede hoy en día con el unísono canto de los himnos a la vida.

¿No es por ahí por donde habría sido necesario comenzar? Pues este intelectual, eminentemente propenso a la controversia y él mismo controvertido, volvió célebre el nombre de Iván Illich y, con él, el Centro Intercultural de Documentación, el Cidoc, que animaba en Cuernavaca, cuando esta ciudad de la provincia mexicana, desde donde se expresaba, se volvía, con razón o si ella, un símbolo del espíritu contestatario posterior a 1968.

Los años de Cuernavaca de Iván Illich estuvieron marcados por la publicación sucesiva de cinco libros que suscitaron debates en el mundo entero: *Alternativas*, *La sociedad desescolarizada*, *Energía y equidad*, *La convivencialidad* y *Némesis médica*. Más tarde describiré esas obras como “mis

panfletos". Mal leídas por algunos que vieron en ellas soluciones de repuesto a los servicios corrientes de educación, de transporte y de salud, esos cinco "panfletos" formaban en realidad un conjunto coherente de propósito común. El Club de Roma —una camarilla de industriales y de políticos bienpensantes imbuidos de pretensiones científicas— acababa de proclamar la finitud de la naturaleza y de su capacidad para soportar las agresiones de la industria. Para superar una economía fundada en la destrucción de la naturaleza por la producción de mercancías de corta duración, proponía: 1) aumentar la durabilidad de los bienes materiales proscribiendo cualquier obsolescencia programada; 2) pasar progresivamente de una economía productora de bienes materiales a un mercado de servicios, definidos como bienes inmateriales no contaminantes. Menos aparatos que tirar después de usarlos y más servicios de educación, de medicina y de comunicación (pedir más transportes hubiese sido demasiado manifiestamente contraproductivo): tal era la idea de ese club de ricos. Frente a esas simplezas bien intencionadas, Illich señaló que, pasados ciertos umbrales, la producción de servicios sería más destructora de la cultura que lo que la producción de bienes materiales lo era de la naturaleza. Además, el análisis de los transportes motorizados ilustraba el caso de un servicio que, lejos de sustituir a las mercancías, provocaba por el contrario una mayor dependencia de ellas. El pretendido reemplazo de mercancías por servicios no solamente amenazaba la cultura, sino que era un sueño vacío, una aporía, un saco de nada. Era necesario limitar políticamente tanto la economía de los bienes materiales como el mercado de los servicios. Era evidente, pero de una evidencia que chocaba de frente con las certezas fundadoras de la sociedad moderna. No es fácil exorcizar el mal moderno riendo a la manera del Eu-demonista, el filósofo (Aristóteles) que creía que el mal no es más que la ausencia del bien.

Como las *profesiones* son esos cuerpos constituidos por la producción de servicios, las controversias de Cuernavaca representaron la primera crítica coherente del profesionalismo en sí. Aquel que creía que lo mejor es la corrupción del bien no podía perder su tiempo acusando a esos males evidentes que son el "complejo militar-industrial", la "explotación del Tercer Mundo" o, incluso, "la injusta repartición de los bienes". En 1970, 500 ricos ganaban tanto como el conjunto de la mitad de los pobres del mundo. Desde entonces, esa disparidad no hizo más que crecer —en 2003, 350 ricos ganaban tanto como 65% de los más pobres de la población mundial—. Pero lo que radicalmente cambió es que se volvió prácticamente imposible para

los pobres vivir fuera de las redes del dinero. La destrucción de su mundo de subsistencia ancestral se perpetró en nombre de su “desarrollo”. El capitalismo explotador es un mal, pero la imposición a los pobres de un bien que los expropia de ellos mismos es peor. Los profesionales de la educación, de la planificación de los transportes y de la medicina fueron y son todavía la clave de esta expropiación. El mal moderno, observado por el historiador Illich y denunciado por el panfletario, lo propagan los mejores expertos que actúan para el bien de los pobres según la letra de sus deontologías respectivas. Si la palabra “profesional” pretende recoger el sentido de lo “mejor”, el ejercicio de las profesiones es la expresión sociológica de la perversión de lo mejor en peor.

Paradójicamente, leer a este autor eminentemente erudito es una invitación a encarnar algunos poderes de la oralidad. En sus seminarios, sus palabras eran “palabras aladas” que desalentaban a sus oyentes a escribir. Escritas, encarnarán mejor si son leídas y comentadas en común. Los círculos de lectores de Illich podrían ser la prefiguración de esas “casas del libro” que, junto con George Steiner, deseaba.

Como todos los verdaderos lectores, Illich leía lentamente y con frecuencia en voz alta, pues se esforzaba en escuchar las voces de las páginas, las *voces paginarum*. Sin embargo, existen escritos áfonos. Para tratar con esos fantasmas, se adiestró en una actividad que poco tenía que ver con el *hexis* de la lectura: se obligaba a la “lectura rápida” de informes técnicos. Cada vez que se preparaba para explorar un nuevo tema, leía miles de páginas que describían el “estado del arte” de las disciplinas implicadas. Se sumergía en textos sin voz sobre la amenaza de catástrofes ecológicas, sobre el costo energético del kilómetro-pasajero de diversos modos de transporte, sobre la utilidad marginal de los diplomas universitarios y los costos sociales de su persecución, o también sobre la influencia de la escasez relativa de las mercancías sobre su precio. Podía discurrir con competencia —es decir, citando adecuadamente las estadísticas— sobre la manera en que la velocidad sobre las autopistas transfiere privilegios a los mexicanos que se han beneficiado ya con becas de estudio en Harvard o con cirugías cardíacas en Houston.

A veces, para desintoxicarse de una larga incursión en el marasmo de esas lecturas técnicas, Illich redactaba una reseña en latín. Por ejemplo, le escuchamos leer a su amigo Hugo de San Víctor —que, recordémoslo, vivía en el siglo XII— una carta sobre la reforma de los programas escolares y universitarios de finales del siglo XX. No sólo le era preciso explicar a Hu-

go, que entendía por *schola* un ocio estudioso, que la escolaridad obligatoria no era una simple ociosidad bajo tutela, sino que era necesario iniciarlo también en un neologismo que se extendió un siglo después de su muerte: *universitas*. En sus exposiciones a sus amigos medievales, Illich adoptaba una postura etológica: en esa óptica, por ejemplo, una escuela obligatoria es un sitio donde a rebaños de niños y de niñas se les reúne al son de un timbre (*tintinnabulum*) en locales cerrados y por tiempos que se habían fijado con anterioridad, frente a un personaje generalmente mayor que discurre y gesticula frente a una pizarra (*lapis sectilis*) o a una imitación fabricada de un material sin nombre. Si se someten a ese tratamiento (*tractatio, saevita*) durante un año, obtendrán un salvoconducto (*testimonium*) que les dará derecho (*potestas*) a un año más de los mismos servicios a un nivel más elevado sobre la escala del valor. En otros términos, la educación moderna es un aprendizaje obligatorio administrado, bajo la égida de la escasez, por profesionales que velan para desalentar tanto a los autodidactas como a los competidores sin diploma —es decir, una actividad económica, un “servicio” (en un sentido que no habría podido comprender Hugo, para quien *servitium* significaba don de sí mismo) distribuido por dosis cronometradas, en espacios mezquinamente medidos, a grupos reunidos por clases de edad y a veces separados en función de su sexo—.

Este uso del latín —y a veces del alemán leibiniziano que se le parece sintácticamente— como lengua intermediaria era el secreto de lo que Illich llamaba su criminalidad lingüística. Las realidades que la lengua de madera de los expertos deslizaba bajo palabras técnicas emergían en toda su crudeza en el espejo de una lengua del pasado y de su retraducción. Retomada de la revista de los médicos británicos *The Lancet*, el término *iatrogenic condition* se volvió *morbus iatrogenicus*, luego “enfermedad iatrogénica”, es decir, causada por los cuidados médicos. Las contorsiones lingüísticas por las que los expertos evitan decir que la producción industrial tiene resultados opuestos a sus fines declarados, que los servicios de educación, de transporte y de salud paralizan la facultad autónoma de la gente a aprender, a desplazarse o a sentirse bien, que, además del trabajo asalariado, la sociedad industrial extorsiona a sus miembros imponiéndoles un esfuerzo cotidiano no retribuido indispensable para entregar la fuerza de trabajo a la fábrica o a la oficina o a llenar el refrigerador familiar con productos comprados en el supermercado, inspiraron respectivamente los conceptos de *contraproductividad*, de *monopolio radical* y de *trabajo fantasma*.

Los años de Cuernavaca fueron una época de intensa elaboración conceptual y vieron la creación de una verdadera caja de herramientas para el pensamiento crítico, una apuesta sobre la madurez de los grandes debates públicos por venir. El concepto de herramienta, precisamente, iba a volverse central. Illich decidió aplicarlo a cualquier forma de arreglo instrumental, a cualquier relación controlada institucionalmente entre medios y fines. Sin embargo, para que la herramienta sea digna de ese nombre es preciso que sus fines conserven un cierto carácter personal. Veremos más adelante la importancia de esta distinción. En la medida en que se puedan poner al servicio de fines personales, un martillo, una carretera o una escuela pertenecen a la categoría de las herramientas. Lo que Illich buscaba hacer, era asociar las herramientas y las instituciones modernas a un concepto que juzgaba histórico, el de la *causa instrumental*, que nació en el siglo XII como una excrecencia de la *causa eficiente* de Aristóteles. Los años de Cidoc se consagraron principalmente a la investigación de lo que las herramientas industriales *hacen*. Por ejemplo, la velocidad y sus instrumentos engendran el ritual de las migraciones alternantes y estiran siempre más la distancia entre el trabajo, el mercado, la escuela o el cine.

Illich quería alentar una investigación liberada del monopolio radical de los expertos, una investigación hecha *por* la gente, para la que ofrecía nuevos instrumentos analíticos. Estos son algunos.

1. *Los umbrales críticos naturales*. La mayoría de los efectos de las herramientas e instituciones modernas dependen de su tamaño y de la intensidad de su uso. Por ejemplo, más allá de ciertos umbrales naturales, los transportes paralizan los pies, las escuelas obstaculizan el aprendizaje autónomo y los hospitales enferman.

2. *El análisis dimensional* se dedica a definir las diversas dimensiones del efecto de las herramientas sobre la comunidad y sus miembros, y señala los umbrales a partir de los cuales esos efectos son intolerables.

3. *La definición política de los límites* pone la ley al servicio de la política. Una vez que el análisis definió los umbrales críticos en cada dimensión, la política transforma esa realidad natural en un *límite* legal que expresa el sentido del "hasta aquí, pero no más lejos" de una comunidad particular. Una sociedad que limitara el poder de las herramientas abajo de los umbrales en que aquéllas empiezan inevitablemente a usurpar las facultades autónomas de la gente, debería llamarse convivencial. En dicha sociedad, la mayoría de las leyes serían *proscriptivas* más que *prescriptivas*.

Un seminario de Iván Illich era un asimiento mutuo del orador y de los oyentes. Pícaro, calificaba esta relación de *intercourse*, y rechazaba el término “comunicación”, tan aburrido, hasta repugnante, decía él, como “sexualidad”. Lo que decía ese hombre con un placer manifiesto invitaba a verdaderas respuestas gesticulatorias. Sus exposiciones estaban puntuadas de risas, exclamaciones de sorpresa y, a veces, de interpelaciones coléricas. La “crisis existencial” que su reflexión tenía la reputación de provocar era las más de las veces desencadenada por una ocurrencia.

Algunos oyentes manifestaban un terror súbito. Para ellos, Illich había sido fácil de seguir paso a paso, pero, al volverse repentinamente, veían la distancia que los separaba de su punto de partida. Una suma de pequeños desplazamientos de la mirada creaba un abismo entre las certezas pasadas y la abertura desconocida frente a sus ojos. Illich sentía frecuentemente esos momentos, y más de un oyente desamparado contó cómo repentinamente lo había mirado al pronunciar la frase humorística decisiva. Illich tenía una manera muy suya de hablar de pronto *ad hominem* en medio de una exposición teórica.

Tenía el valor de permitir a la contradicción manifestarse sin ambages. De ello resultaban expresiones con frecuencia ruidosas de divergencia, aullidos de la voz. No temía la confrontación y, en su momento, el conflicto abierto, particularmente con los “creadores de confusiones de alto nivel”. Tenía una filosofía jurisprudencial muy precisa, según la cual la tarea principal de la ley es crear y mantener procedimientos de resolución de conflictos accesibles a cada uno. Quizás, inspirado por esta filosofía, practicaba la controversia como la forma cívica de la confrontación entre puntos de vista opuestos. En cambio, rechazaba la polémica. La controversia se mantiene sobre la cresta entre las dos vertientes de una arista o sobre la línea de un parteaguas —a él le gustaba esa expresión—, y da al oponente la dignidad de un interlocutor. La polémica, por el contrario, es una guerra para destruir a un adversario o imponerle el silencio.

En tanto puede hacerse, leer a Illich debería ser como escucharlo, tomar sus ideas mediante el cuerpo, refutarlas si es preciso, protestar contra sus despropósitos lingüísticos, reír o enojarse. La encarnación de la palabra es gestual. Mostrar, invitar a ver como él lo hacía es un acto que provoca respuestas motrices. Como lo expone en sus ensayos sobre la óptica en tanto *hexis* del mirar, la mirada es una forma de acción. El acto de leer a Illich podría dar cabida a una reflexión sobre la mirada. Un poco como leer el Corán o el Talmud, es una actividad que no debería practicarse entera-

mente en la soledad, un acto que sólo adquirirá carne en una reflexión común. Leer a Illich supone una mesa, pan, queso y vino, es una acción eminentemente comensal.

En 1976, después de una fiesta memorable, el Cidoc cerró sus puertas. Para Illich una larga errancia comenzó: se volvió un filósofo itinerante.

El primer informe de sus nuevas exploraciones se intitulaba *El género vernáculo*. Para escribirlo, Illich leyó centenares de estudios económicos, sociológicos, antropológicos e históricos sobre la percepción distinta que hay entre las mujeres y los hombres, y viceversa, en diferentes sitios y periodos. Había también meditado de manera nueva sobre Ocotopac, el pueblo mexicano en donde Valentina Borremans le había asegurado un refugio al lado de una biblioteca de obras escogidas. Esta vez, el objeto de su atención no era una institución dominante, sino el monopolio de ciertos instrumentos conceptuales sobre el pensamiento crítico. En primer lugar, el suyo propio: reconocía que debía revisar su propia caja de herramientas conceptuales y, más allá, la idea misma de que los conceptos son herramientas. La ambición de crear conceptos instrumentales para "los grandes debates políticamente maduros de finales del siglo xx" se volvía menos compatible con sus nuevas intuiciones. Más tarde, Illich dirá que entonces se sentía encerrado en un doble gueto. Por un lado, las palabras clave de las lenguas modernas le impedían asir el mundo vivido del género vernáculo porque no ofrecían ningún punto de vista desde dónde asir lo que está frente a mí, es decir, ver, a partir de mi posición, la realidad situada en el otro dominio. Por otro lado, lo que es todavía más grave, debió reconocer que sus propias herramientas analíticas no estaban libres de palabras clave propagadas por la sociedad industrial moderna. "Me fue necesario acometer de frente los *a priori* de época que determinan no solamente los estilos de pensamiento, sino la percepción sensorial de las realidades sociales."

Un incidente poco afortunado opacó ese libro y lo privó de la influencia que merecía tener. Aunque en ningún sentido fue una crítica del feminismo, sino una epistemología de la crítica social, un *establishment* feminista universitario susceptible hasta la paranoia lo recibió como una agresión. La idea verdaderamente innovadora de Illich era que históricamente los géneros femenino y masculino son a la vez asimétricos y complementarios. Esta *complementariedad asimétrica* se refleja en los dominios respectivos que los géneros engendran. De hecho, la complementariedad, que es el género vernáculo, impregna todo: las épocas, los lugares, las posturas, los pasos, las maneras de decir. Mostrarlo era desmontar el con-

cepto *sustantivizado* de LA CULTURA y reconocer en él a un pequeño primo de LA VIDA.

Orquestado a partir de una universidad norteamericana, el bloqueo académico-feminista ocultó igualmente un giro significativo en el análisis de las herramientas e instituciones. Según Illich, las herramientas, en las sociedades premodernas, estaban dotadas de género, es decir, pertenecían al dominio masculino o al femenino. Si en la época de Cuernávaca Illich analizaba lo que *hacen* las herramientas, a partir de la aparición de *El género vernáculo* la cuestión de lo que *dicen* se volvió primordial. Las herramientas premodernas reclamaban su género. Pero esto planteaba una nueva cuestión sobre el “ser herramienta” mismo, es decir, sobre el prejuicio de que todo lo que prolonga la mano, facilita el paso o cubre el cuerpo debe pensarse como “un medio para un fin”. Si el principio de causa instrumental o de *instrumentalidad* es realmente histórico, tendrá un inicio y un fin. Ese inicio Illich lo sitúa a la salida del siglo XI y en el siglo XII, en la época de la instrumentalización progresiva de los sacramentos de la Iglesia católica. Años más tarde, dirá que el fin de la instrumentalidad podría estar sucediendo ante nuestros ojos con el desmantelamiento de los fines personales en la era de los sistemas, cada vez más patente en los irrisorios simulacros de situaciones de “decisión” orquestados por los *facilitadores* y *consejeros* de cualquier calaña.

El desplazamiento del análisis de lo que *hacen* a lo que *dicen* las herramientas obedece a una intuición nueva: “Los husos de la sociedad yacen más profundamente enterrados que sus telares y sus talleres de costura”. El historiador que imputa el concepto moderno de instrumentalidad a los objetos de otra era ¿no es semejante a alguien que tejería en un telar antiguo, pero con nylon? Illich trató de imaginar la interacción de los géneros en las sociedades antiguas como una zarabanda en la que las apariciones del dominio femenino invitaban a los hombres a entrar en la danza y viceversa. En dicho mundo, las esferas instrumentales de la “educación”, de la “política”, de la “religión” o de la “economía” no habían sido todavía separadas o desincrustadas de la densa trama del género vernáculo.

Estas reflexiones aproximaron a Illich al historiador de las ideas económicas, Karl Polanyi, y le permitieron ver, más allá de la visión polanyiana de la modernidad como proceso de *desincrustación*, la trama de relaciones para la cual Polanyi no tenía nombre. En efecto, éste había descrito la marcha a la modernidad como un movimiento progresivo de autonomización de esferas especializadas, en cierta forma de instrumentalidad. La educa-

ción, la religión, la política, por ejemplo, y, *a fortiori*, la economía, sólo se erigieron en esferas de intereses particulares —cada una con sus medios y sus fines— al romper con una apretada trama de relaciones polivalentes. Polanyi llamó a ese proceso *disembedding*, término que sus discípulos y lectores mexicanos tradujeron, de la manera en que Louis Dumont lo hizo en Francia, por “desencastramiento” o “desincrustación”.

Ahí donde Polanyi veía un desencastramiento, Illich vio una *de-generación* progresiva, es decir, una pérdida del género vernáculo y su reemplazo por lo que llamará “el sexo económico”. Bajo la égida del género vernáculo, los registros de la historia y de la antropología presentaban más diferencias que el más rico de los tapices orientales: aquí el siglo XII europeo, allá los samuráis de la época Edo, más lejos los kwakiutl, tlingit y los haida, pueblos del potlatch, más al norte los inuit o esquimales —sin olvidar el París de Hugo de San Víctor—. Comparada con todos los motivos “culturales” en los que se encarna el género vernáculo, la modernidad no es *diferente* sino radicalmente *diversa*, distinta, heterogénea. Illich sin duda recordaba a Santo Tomás: “Lo *diferente* [...] lo es en relación, pues cada diferente es diferente *por* algo. En cambio, lo que es *diverso* (de *diversus*, literalmente, vuelto del otro lado) lo es por el hecho de que no es el mismo en nada”.¹ E Illich evocaba la imagen del guante vuelto al revés, de la tela volteada sin forma alguna. La modernización, término, en esto, sinónimo de occidentalización, es una inversión progresiva de la trama de los modos históricos de percibir y de subsistir.

Más tarde, sin renegar de esa imagen, Illich asociará la pérdida histórica del género —es decir, el movimiento de modernización o de occidentalización— con una desencarnación y un envilecimiento del frente a frente con el prójimo. Recordemos, sin querer deducir lógicamente una observación histórica de una intuición teológica, que Illich jamás dejó de tener presente en su espíritu la traición del misterio de la Encarnación y de la vocación del samaritano. Pero es también el momento de recordar el cambio por el cual, en Illich, el historiador toma el relevo del teólogo desde que éste mostró la punta de la oreja. El historiador no se carga con mayúsculas. El verbo, la palabra, son carnales cuando las pronuncia una boca y los escucha un oído de carne. Hoy en día, observa el historiador sociólogo, de 100 palabras escuchadas en un día, más de 90 no emanan de bocas de carne y se dirigen menos todavía a interlocutores personales. Entre esos dos límites

¹ *Summa contra gentiles*, libro I, capítulo 17, 7.

se da un proceso de desencarnación de la palabra de la que Sócrates tuvo la intuición (véase el *Phedro* de Platón) y de los que la alfabetización laica de la Europa oral a partir del siglo XIII sólo fue un lejano esbozo.² En cuanto a la encarnación perversa de las entidades sin carne, se acelera en la multiplicación de falsas concretudes y de seudoperceptos y culmina en una transformación tecnógena —es decir, asistida por la técnica— del sentido de la materia. Para el historiador, por lo tanto, la traición a la Encarnación toma dos formas observables: una lenta desencarnación histórica y, más recientemente, una pseudoencarnación tecnógena de entidades intrínsecamente desprovistas de carne.

A partir de 1980, los escritos de Illich pueden interpretarse como la exploración de los efectos históricos demostrables y fechables de aquellas dos vertientes de una traición específicamente cristiana y occidental. Los que tratan de la primera vertiente se presentan como capítulos de historia del alfabeto o, mejor, de la alfabetización del mundo europeo, luego, del “Tercer Mundo”. Al menos dos de esas obras se colocan en la tradición de los estudios de la relación entre mentalidad oral y pensamiento alfabético. Los que tratan de la segunda vertiente —la pseudoencarnación o simulación tecnógena de no realidades— han tomado la forma de historias del cuerpo, de la mirada, de la materia y, todo al final, de un epílogo de la edad de la instrumentalidad.

Comencemos por los estudios consagrados a la historia del alfabeto. A primera vista, se inscriben directamente en la línea de la crítica de la escolaridad obligatoria, que ante todo es una alfabetización obligatoria. Pero alfabetización es también y muy frecuentemente un desgarramiento del archipiélago de la oralidad o de un mundo en el que la escritura no es un alfabeto. Illich no dejará de señalar que, escolaridad o no, la proporción de los miembros de una sociedad dada que saben realmente leer y obtienen de ello placer es de alrededor de una décima: los cursos de realfabetización de los ex PDG³ presos de las angustias de la jubilación, son un hecho banal en Estados Unidos. Para más de las tres cuartas partes de los ciudadanos de todos los países de la Galaxia Gutenberg, el alfabeto obligatorio es apenas un instrumento de sumisión a los ucases del Estado.

Con el fin de conquistar un punto de vista *fuera* o, mejor, de cara al mundo del alfabeto, Illich aprendió lenguas orientales: el tagalog, lengua

² Véase Iván Illich, *Dans le miroir du passé*, París, Descartes, 1994, pp. 190 y ss.

³ President Directeur Général.

de Filipinas en la que se volvió rápidamente conversador; luego, el urdu y el hindi; después, se inició en los dos silabarios japoneses, antes de abordar los signos de valor ideográfico, los *kanji*. Se interesó en los trabajos del sinólogo belga Pierre Ryckmans (Simon Leys), para quien leer el chino no es leer —entendamos, no es etológicamente lo que los occidentales llaman leer—. Pero Illich debió rendirse ante la evidencia: a los 50 años, incluso si su memoria era muy ágil para registrar nuevos modos de decir, no creía en las “lenguas”, sino en las hablas —y su garganta, muy flexible para pronunciarlas, debió abandonar la esperanza de habitar verdaderamente una topología mental no occidental, incluso no alfabética—. Para él, la página cubierta de caracteres alfabéticos era la metáfora del modo de pensar occidental. Él mismo lo dirá:

Entre más reflexiono en la tecnogénesis de la página moderna, comprendo quién soy: paréntesis, pasajes en itálicas, párrafos, el vínculo de una nota marginal aquí, allá una referencia bibliográfica que esmalta espontáneamente la marcha de mis pensamientos [...] En cuanto digo lo que pienso es como si lo leyera en una página interior. La estructura de la página se ha vuelto, en grado alarmante, la forma de mis pensamientos, proyectos y memorias. Mi experiencia es biblionómica; me he vuelto un biblionomo.⁴

En lugar de buscar un punto exterior desde donde contemplar el mundo mental del alfabeto, se convenció de que debía situarse más bien en un recodo crítico de su historia. Decidió estudiar las relaciones entre lo dicho y lo escrito a partir de la emergencia de la página concebida como un orden ya no auditivo —una especie de partitura musical— sino visual.

En la época del Cidoc, las reflexiones de Illich sobre las diferencias entre lo dicho y lo escrito ya lo habían llevado a interesarse en las devociones pueblerinas, que tal vez difieren de los cultos homologados por las jerarquías tanto como la mentalidad oral difiere del pensamiento alfabético. Con su colaboradora Valentina Borremans, cofundadora y directora del Cidoc, comenzó una colección de documentos que más tarde definieron como las “Fuentes para el estudio de la expresión de la fe en América Latina, ca. 1820-1850”. Después del cierre del Cidoc, Valentina Borremans prosiguió

⁴ *Text and University. On the Idea and History of a Unique Institution*, conferencia dada en alemán el 23 de septiembre de 1991 en Bremen, Alemania. Hay una traducción al español, hecha por Jean Robert, en la revista *Ixtus*, núm. 31, “La custodia de la mirada”, año VIII, México, 2001.

sola esta investigación con el fin de crear un fondo de fuentes para el estudio de las expresiones devocionales, de las manifestaciones de piedad, de las costumbres asociadas con las celebraciones religiosas, los gestos “festivos”, las expresiones de la imaginación vernácula en las actividades litúrgicas, y de muchas otras cosas. Ella salvó del olvido bibliotecas enteras, fragmentos de pequeñas revistas locales que iban a tirarse, imágenes piadosas y boletines de cofradías, recogidos con paciencia y amor por un viejo cura rural, pero despreciados por su joven sucesor; colecciones únicas roídas por los ratones, comidas por los gusanos, enmohecidas por la humedad. Entre ellas hay muchas que iluminan la relación entre lo escrito y lo oral, particularmente las cartas pastorales de los obispos y los avisos. Las cartas pastorales estaban destinadas a leerse en voz alta en las iglesias; en cuanto a los avisos, se pegaban en las calles y se leían y comentaban en voz alta. Esta colección existe en microfichas (estimadas en 100 000), pero los historiadores la ignoran.

La segunda vertiente de las obras, después de 1980, aborda la encarnación virtual de no realidades a través de la manipulación científica de la percepción de la materia y de los seudoperceptos implantados en el cuerpo de las mujeres —y en menor medida en el de los hombres—, tanto por el sistema biomédico como por la educación y la planificación urbana. Iniciada alrededor de la mesa de Bárbara Duden, esta investigación se diversificó en exploraciones conducidas por los comensales de Illich.

Durante 10 años, el filósofo itinerante hizo escala cada invierno en Bremen, ciudad de los famosos músicos del cuento de Grimm. Todos los viernes por la tarde impartía un seminario en la universidad. Algunos oyentes atravesaban la mitad de Alemania para irlo a escuchar y conversar con él. Por la noche, una cohorte de amigos iba al *Viertel* —antiguo barrio a escala humana—, donde Bárbara Duden invitaba a quienes querían acompañarlo. Los debates que se entablaban alrededor de esos banquetes, a la vez frugales y generosos, se prolongaban frecuentemente en conversaciones espontáneas hasta el sábado por la tarde. Esta hospitalidad que nunca se declara vencida permitió dar un sentido concreto al único proyecto de “reforma universitaria” que Illich nunca deseó desplazar el centro de gravedad de la universidad, lejos de las aulas y de los salones de clase, hacia sitios más acogedores, provistos de una cocina para espaguetis, de una reserva de buenos vinos y próximos a una buena biblioteca. Múltiples líneas de investigación salieron de esta mesa alegre y estudiosa. Bárbara Duden se lanzó a una historia del cuerpo y de su autopercepción que se ha vuelto ya auto-

ridad en Alemania y más allá de ella. La historia del cuerpo la llevó a la del embarazo y, más allá, a la crítica de la implantación de pseudoperceptos en el cuerpo de las mujeres encinta que caen sin defensa en los arcanos del sistema biomédico. Si el cuerpo es histórico, el lugar, el *ubi*, que es su correspondiente, también lo es. Jean Robert escribió ensayos cortos en inglés y un libro en alemán sobre la destrucción de los lugares concretos por los instrumentos, primero, conceptuales; luego, mecánicos, de la *especialización*, es decir, de la sustitución del Lugar por el Espacio. En un dominio próximo, Iván Illich, Wolfgang Sachs y el propio Jean Robert, escribieron tres ensayos independientes que inician una historia del descubrimiento o, mejor, de la invención de una certeza moderna, el concepto de energía, cuya forma esotérica, E, que sólo comprenden los físicos (¿es la derivada de la acción por el tiempo o la integral de la fuerza por la distancia?), tiene un doble popular que recorre las calles, influye en los políticos, inspira las terapias *new age* y justifica el aumento de los impuestos y de las guerras. Inspirado en la idea de una arqueología de las certezas modernas, Wolfgang Sachs publicó una obra colectiva de arqueología conceptual del desarrollo, mientras que el novelista y lingüista Uwe Poerksen observaba el nacimiento de una clase de palabras propias de las nuevas tiranías fundadas sobre irrealidades seductoramente que muchos toman por certezas incuestionables. En 1987, Ludolf Kuchenbuch, el medievalista editor y autor de una notable serie de cursos para estudiantes de la universidad por correspondencia de Hagen, publicó la primera versión —en alemán y dictada a la manera medieval— de lo que sería el libro *En el viñedo del texto*. A partir de esa fecha, Kuchenbuch no dejó de conversar con Illich sobre la historia de la emergencia del “texto” como “objeto” mentalmente desincrustado de la materialidad de la página. También, alrededor de la mesa de Iván se formó el *Pudel*, extraño mote que designa a un grupo de investigadores sobre el sentido de la justa medida y del sentido común, formado por Silja Samereski, la historiadora de la genética, Matthias Rieger, el musicólogo, Samar Farage, la arabista, y Sajay Samuel, el analista de los cuerpos profesionales y de su efecto destructor sobre la idea del equilibrio de los poderes que fundaba la difunta democracia norteamericana. Illich mismo coronó estas diversas incursiones en un libro que podría ser fundador de un nuevo dominio de errancias disciplinarias: una historia de la materia o, más precisamente, en inglés, *a history of stuff*. H₂O, *las aguas del olvido* aborda la transformación de una materia histórica, el agua, en un fluido incoloro, inodoro e insípido, H₂O, un producto industrial como el aceite o el

líquido negro que circula en las alcantarillas. Sentidos heterogéneos del aquí y del allá corresponden, por una parte, al agua, siempre cargada de esencias terrestres, lugares fundados por un acto único; y por otra, al H_2O , espacios planificados de ciudades nuevas, donde los gorgoteos de todas las “aguas” en los tubos es el mismo y donde el “aquí” apenas si se distingue del “allá”.

Estas exploraciones del sentido de la materia, de la autopercepción o “autocepción” del cuerpo y de las palabras para decirlo, no podían dejar de conducir a Illich a cruzar la pista de los fenomenologistas, en particular de Gaston Bachelard.

Por medio de la *reducción fenomenológica*, estos filósofos ponían entre paréntesis todas las ideas recibidas con el fin de contemplar los fenómenos —por ejemplo, un amanecer— como si fuera la primera vez. Esta reivindicación metodológica de la *primacía de la percepción* los condujo frecuentemente a declararse capaces de saltar a voluntad de un modo conceptual a un modo perceptual de conocimiento, de ser, como el profesor Joseph Kockelmans, gran comentador de Heidegger en Estados Unidos por la mañana, físico que “conoce” el mundo hecho de átomos, de quarks, y en la tarde, fenomenólogo, es decir, un pensador capaz de obtener el sentido de las cosas a partir de sus percepciones sensoriales. Semejante rayuela mental ya había conducido a Husserl, matemático y padre de la fenomenología moderna, a escribir un ensayo intitulado “La tierra no gira alrededor del sol”.

El llamado illichiano de la *relación proporcional entre el concepto y la percepción* —más bien que de la primacía de la percepción— bebe, sin embargo, de otras fuentes distintas a las de la fenomenología contemporánea. Se funda en una comprensión de la encarnación del *logos* que resume la frase latina *Nihil potest esse in intellectu si non fuerat prius in sensu*: “Nada puede ser representación de la realidad en la cabeza que no haya sido primero percepción carnal”. A partir del siglo XIX la técnica engendra, primero, *shows* visuales; luego, otros simulacros sensoriales de entidades sin carne. Al proclamar la desnudez del emperador de las realidades virtuales, Illich trasciende la fenomenología. Constata una gran vuelta en la historia de la percepción de la realidad. A partir del siglo XVII, la relación proporcional entre el percepto y el concepto, que era fundadora del sentido de lo real, se debilita progresivamente. Para hablar de esta desaparición, dice, es necesario evacuar, como si se tratara de escombros, “los desechos, los fragmentos, los foquitos y las esferas de la Navidad posmoderna”. Dejarse seducir por la abdicación posmoderna de la realidad sería un suicidio ético. En este sentido

Illich se revela como un espíritu medieval que encalló en las playas del siglo xx y, por dos cortos años, del siglo xxi. De ahí su quemante actualidad, pues toda la “cultura” occidental, toda la modernidad, incluso su autoproclamado “después”, toda la era de la instrumentalidad o de la tecnología, hasta su naufragio en la era de los sistemas, son impensables sin el precedente de modos de pensar y de percibir que lentamente tomaron vuelo en la segunda mitad del siglo xii alrededor de París.

El regreso de Illich a París y a sus “comunidades de murmuradores” es el objeto de su último libro, en su opinión el mejor: *En el viñedo del texto*. Estas comunidades estaban dedicadas al *studium legendi*, un arte de leer tan extraño a los “estudios” modernos como la *causa finalis* y la *perfectio* de la física medieval lo son de la causa eficiente de los físicos contemporáneos o como la presencia medieval de los muertos lo es de su irrealidad moderna. Para los alumnos de Hugo de San Víctor (1096-1141), cultivar el arte de leer significaba orientarse y aprender a moverse ágilmente en un cosmos espacio-temporal en el que cada persona, cada cosa, cada lugar debían, primero, comprenderse literalmente. Sólo después, la lectura podía revelarse como algo distinto: primero, la interpretación de los seres como signos unos de otros; luego, el reconocimiento personal por el lector que tiene, él también, su lugar en el seno de ese orden, que es un “orden” temporal.

Para ejercitar a sus alumnos en esas tres etapas de la lectura, Hugo los invitaba a construir en su memoria un arca moral y mística. El gran medievalista alemán Friedrich Ohly mostró cómo esta arca influyó en los constructores de iglesias. Veamos cómo el propio Hugo la describe: “En las tres dimensiones de esta arca se obtiene toda la Escritura divina”.⁵

El arca moral es una arquitectura mental cuyas tres dimensiones, longitud, anchura y altura, corresponden a las tres etapas de la exégesis; primero, la *lectura literal*, después, la *interpretación alegórica* y, finalmente, la *tropología* y la *anagogía*: “La historia es la medida de la longitud del arca porque el orden del tiempo se encuentra en la sucesión de los acontecimientos”.⁶

Cada uno de los pasos del que recorre el arca imaginaria en el sentido de su longitud (de este a oeste) es un acontecimiento histórico. Esta intuición es la que los constructores góticos, invirtiendo el sentido de la progre-

⁵ Hugo de San Víctor, en Migne, *Patres latini*, 678 D, citado por Friedrich Ohly, *Schriften zur mittelalterlichen Bedeutungsforschung*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1977, p. 176. La traducción al francés es de Jean Robert y de Valentina Borremans.

⁶ *Idem*.

sión, tradujeron en piedra y en espacios arquitectónicos. En la catedral de Siena, por ejemplo, el fiel que camina (de oeste a este) hacia el altar posa literalmente los pies sobre la historia, incrustada en los mosaicos del piso.

En tanto primer movimiento de la exégesis, la paciente progresión según la longitud, en la que el sentido literal de las cosas se revela a ras de suelo, incrusta la verdad de los hechos en el arca interior de la memoria, recordando lo que, de principio a fin, se *hizo*, cuándo se hizo y por quién se hizo.⁷ “La *alegoría* es la medida de la longitud del arca porque la reunión de los fieles se fortifica en la participación de los misterios de la fe.”⁸

La alegoría es el más proxémico de los tropos o figuras de la retórica. Lo que quiere decir dos cosas: primero, que la alegoría establece una correspondencia entre dos realidades de aquí abajo más que puentes entre el cielo y la tierra; después, que, al ser una figura de retórica de corto alcance, implica más proximidad carnal que los otros tropos, como, por ejemplo, la metáfora, la metonimia o el anacoluto: mis vicisitudes pueden servir de alegoría —más que de metáfora— de las de mi prójimo. No es extraño entonces que, para muchos autores medievales, la longitud sea también el codo a codo de los creyentes en el transcurso de la comunión. Para Sicard de Crémone, la longitud es también la caridad que ofrece el regazo en Dios a los amigos y no odia a los enemigos (*latitudo charitas est quae dilatato sinu mentis amicos in Deo et inimicos diligit propter Deum*).⁹ Para Hugo, la latitud del arca es la dimensión en la que las cosas dicen lo que son unas para otras según la carne y en el orden temporal de la historia: la *anagogía*, o relación de *proporción* entre las cosas y los seres semejantemente de aquí abajo.

“La *altura* del arca es la medida de la *tropología*, porque la belleza de las significaciones se aviva con la elevación de las virtudes.”¹⁰

La tropología, conocimiento de las figuras de retórica llamadas tropos, es también el arte de la interpretación profunda de la Escritura. En otros pasajes, la altura se compara con la *anagogía*, movimiento que de las cosas

⁷ Vease Iván Illich, *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al “Didascalicon” de Hugo de San Víctor*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

⁸ Hugo de San Víctor, en Migne, *Patres latini*, 678 D, citado por Friedrich Ohly, *Schriften zur mittelalterlichen Bedeutungsforschung*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1977, p. 176. La traducción al francés es de Jean Robert y de Valentina Borremans.

⁹ Sicard de Crémone, *Mitrale seu de officiis ecclesiasticis*, I, 4, en Migne, *Patres latini*, 213, 20 A, citado por Friedrich Ohly, *Schriften zur mittelalterlichen Bedeutungsforschung*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1977, pp. 183-184. La traducción al francés es de Jean Robert y de Valentina Borremans.

¹⁰ Hugo de San Víctor, en Migne, *Patres latini*, 678 D, *op. cit.*

más bajas nos lleva paso a paso a las más elevadas y, luego, semejante a la luz, vuelve a descender de las cimas para iluminar las cosas de debajo de una manera nueva y permitir al lector reconocer su sitio en el orden temporal de los hechos históricos, en la interpretación de sus relaciones mutuas y en la comprensión espiritual de su sentido. La palabra latina *anagogía* no es más que una alteración del término griego *anagôgè*, que designa el acto de conducir y de conducir aún en sentido inverso. Los alemanes dicen también literalmente *Zurückführung*, y cuando los autores del siglo XIII buscaron un equivalente latino de *anagôgè* inventaron la palabra *reductio*, que hay que comprender también literalmente, como reconducción, que no debe entenderse en su sentido moderno de reducción, “humillado”, diría Jacques Ellul.

Illich comenta: “El *studium legendi* incita al lector a que lo invista todo en el ascenso por el escarpado camino que lleva a la sabiduría que parte del primer nivel del entrenamiento de la memoria, se eleva hasta la *historia*, a su interpretación por *analogía* entre acontecimientos de la *historia*, y, después, a la *anagogía*, incorporación del lector en la *historia* que a partir de ese momento conoce”.¹¹

Contemporáneo de Hugo, y por unos años mayor que él, el abad Sugerio de Saint-Denis, iniciador de la arquitectura gótica, se apoderará del arca moral y mística y sacará de ella el armazón de su programa iconológico. La primera iglesia gótica es un arca de piedra invertida: la deambulación hacia el altar, en dirección de Jerusalén, quiere ser a la vez cumplimiento y regreso a las fuentes. Cuando, al interrumpir su marcha hacia Jerusalén, los fieles se desplazan lateralmente para tomar su sitio en el codo a codo de los hombres y las mujeres reunidos para la celebración de los sacramentos, experimentaban la relación de los semejantes en la alegoría. En lo que concierne a la altura de la iglesia gótica, con sus divisiones en tres niveles —el de las *arcadas*, el del *triforium*, cuyos nichos albergan los cuerpos de los santos, y el del *claire-étage*, desde donde la luz de lo alto cae sobre las cosas de abajo—, el arquitecto de Saint-Denis parece haber seguido al pie de la letra las indicaciones de Hugo sobre la altura del arca mística: “Abajo, todo es sombra; en el segundo nivel reina el cuerpo, en el tercero el espíritu o, si prefieres, están las ilusiones; luego, las cosas; luego, la verdad, a fin de que comprendas que existen la sombra y las ilusiones; los cuerpos y las cosas, y el espíritu y la verdad”.¹²

¹¹ Traducción de *Du lisible au visible*, les Éditions du Cerf, París, 1991, p. 66.

¹² Hugo de San Víctor, en Migne, *Patres latini*, 678 D, *op. cit.*

La mirada se eleva desde las sombras de las arcadas a los cuerpos del *triforium* y a la verdad del *claire-étage*; luego, en un movimiento anagógico, desciende de nuevo como la luz que cae a grandes chorros desde los vitrales.

Llegados aquí, es difícil escapar a la sugestión de que Iván Illich construyó su obra como un arca espacio-temporal o, al menos, que esta obra presenta un innegable carácter arquitectónico. Él mismo a veces pareció reconocerlo. Por ejemplo, en la reunión "La izquierda y el cambio social", que se celebró en París, en 1978, en un diálogo público con Jacques Julliard, definió su búsqueda como una "arquitectura de libertades cívicas".

Sin embargo, su "arquitectura" se mueve en sentido inverso a la de Sugerio y a la de los grandes arquitectos góticos que lo sucedieron. Éstos capturaron la intuición de Hugo y la volvieron prisionera de sus piedras. Hicieron de ellas iglesias. Iván Illich liberó el arca mística y moral de esa picota con la esperanza de que, viviente, navegara de nuevo. Escritos durante la época de Cuernavaca, *En el viñedo del texto* y *La convivencialidad* anunciaban ya esta liberación de una esperanza cautiva de una ganga de instituciones y de piedras. Aún si no se ve más que una metáfora en esa arquitectura sin piedras, es difícil no comparar sus tres dimensiones con las tres etapas de la exégesis según Hugo, las tres dimensiones de su arca moral y mística.

La *primera dimensión* es la lectura literal de la realidad (para Hugo: de la Escritura), por medio de la cual el sentido primero, material, de las cosas está correctamente insertado en el espíritu del lector. En Cuernavaca, de 1966 a 1976, Illich ensambló una documentación precisa de lo que *hacen* las instituciones de la sociedad industrial, documentación que también es una requisitoria: alejan a sus clientes de los fines que perseguían a través de ellas, los frustran literalmente de su historia. En el orden de esta primera lectura, no existe todavía nada comparable a esa crítica de las profesiones y del desarrollo.

La *segunda dimensión* es la interpretación alegórica o simbólica por la cual estas instituciones se ven como signos. Ellas revelan lo que dicen en voz baja en una confrontación de imágenes que propagan a plena voz. En esta segunda lectura, Illich dio nombres a los modelos antropológicos que estas imágenes engendran: *Homo oeconomicus* y su sombra, *Femina domestica*, *Homo educandus*, *Homo transportandus* y *Homo castrensis* (el hombre que siempre lleva en la bolsa una orden de caminar hacia otro cuartel). Illich examina el efecto de esas imágenes, o *a priori*, no sólo sobre los estilos de pensar, sino sobre la percepción sensorial de las realidades sociales. Describirá la *disonancia cognitiva* que, un poco como lo hacían ciertos mitos an-

tiguos, inmuniza contra los desmentidos de la realidad. Esta línea de investigación culmina en una *historia de las necesidades* nacida de la certeza moderna de que el hombre es un animal de necesidades condenado a pedir perpetuamente su dosis de servicios diarios.

La tercera dimensión de la arquitectura de Illich corresponde al reconocimiento personal por el autor, después por el lector, de que tiene, él también, su sitio en el seno de este orden, y que esta comprensión es una invitación a “entender algo”. Él mismo supo muy joven en dónde estaba su sitio y lo que debía hacer. Pero démosle la palabra a Gustavo Esteva:

Cuando llega a la adolescencia, siente con claridad que el mundo en el cual había crecido está desapareciendo. Se da cuenta de que el mundo tradicional está siendo barrido y lo que él hace es conservarlo en el fondo de sí mismo. Ya no lo puede tener afuera, ya no lo puede vivir, se está muriendo. Pero lo tiene y lo conserva interiormente, y lo cuida con esmero, en vez de barrerlo y matarlo como los demás. Entonces, cuando él sustenta su pensamiento en este fondo arraigado en la tradición, aparece como una novedad. Su capacidad de ver las cosas en Puerto Rico, en Nueva York (con los puertorriqueños) y luego en México, se nutre de lo que ha guardado dentro de sí.¹³

En una serie de entrevistas grabadas, excepcionalmente concedidas a David Cayley, de la Canadian Broadcasting Corporation, el propio Illich dirá:

La isla de la que vengo es uno de los únicos sitios donde, después del Concilio de Trento, Roma permitió que la misa romana se dijera en antiguo eslavónico. Al paso de los años tuve cada vez más la certeza de que es bueno ser muy conscientemente un vestigio del pasado, un sobreviviente de otro tiempo, a través del cual es posible remontarse hacia raíces lejanas sin que sea necesario examinarlas especialmente. Estoy consciente del inmenso privilegio que es el hecho de provenir de ciertas tradiciones y de estar profundamente *embebido* en ellas.¹⁴

El mundo que acababa de zozobrar en las secuelas de la segunda Guerra Mundial tenía una característica común: esos vestigios del pasado, que

¹³ “Iván Illich en México”, conversación de Jean Robert con Gustavo Esteva, *Ixtus*, núm. 28, HESED, México, 2000, p. 23.

¹⁴ Citado por Doménico Farías.

eran los lugares y los arreglos sociales, garantizaban la subsistencia del más débil fuera de las leyes de hierro de la economía formal; todavía no habían sido completamente barridos. Bajo el nombre de *commons*, "ámbitos de comunidad", *usi civici*, *wastes*, *mir*, *Allmende*, *Algme*, *open fields*, *talvera*, *tournière*, *Marknutzungen*, *Almeinde*, *allmaenning*, *alminding*, *gemeentegron-den*, ejidos (cada lengua tiene sus términos específicos), existían todavía en los pueblos el claro, el lindero, la orilla del río, el recodo, la dehesa o "le petit arpent du Bon Dieu", donde la viuda podía amontonar leña seca, hacer pastar sus cabras o recolectar fresas en verano y champiñones en otoño. Y los campesinos locales, que entendían todavía las consonancias evangélicas del verbo espiar, dejaban para ella algunas gavillas en el campo recientemente segado.

En Illich, la defensa de los ámbitos de comunidad es inseparable del elogio y de la práctica de la amistad. Éstos hacían notar un orden de realidad radicalmente extraño a todos los conceptos de la economía moderna y, en consecuencia, la misma economía moderna los borró en todos los países llamados ricos; peor, se han simulado frecuentemente en términos que los niegan. Ésa es la verdadera "tragedia de los ámbitos de comunidad", tal y como no la comprendió Garrett Hardin, autor del panfleto "The tragedy of commons".¹⁵ En cuanto a los términos "ámbitos de comunidad globales" o "ámbitos de comunidad planetarios", forman parte de esa neohabla hecha de oximorones que incita al oyente de discursos públicos a creer que protege lo que contribuye a asesinar.

Pero en un mundo donde, hasta en los países pobres, cualquier subsistencia fundada en la tradición tiende a encogerse como piel de zapa, la comensalidad, la amistad sellada por una mesa común, es lo que permite renunciar selectivamente a las seducciones de la economía moderna. Sajay Samuel comprendió que Illich, como aquel teólogo calificado de apofático porque callaba lo que para él era lo más importante, practicaba mucho la amistad, pero hablaba poco de ella. Ya fuera que dejara a sus amigos hacer o que denunciara a los enemigos mortales lo que estaba resuelto a proteger. Así interpreta Samuel la crítica de las profesiones y del desarrollo de los años de Cuernavaca. Él mismo se comprometió en completar esta crítica mediante un estudio detallado del papel de las organizaciones profesionales en el declinar de la democracia en Norteamérica, así como del crepúsculo previsible de las profesiones en la era de los sistemas.

¹⁵ *Science*, vol. 162, 1978, p. 1243 sq.

En el curso de sus últimos años, en conversación con amigos, Illich enriqueció con un nuevo concepto la comprensión tanto de las relaciones entre los seres y las cosas semejantemente situadas aquí abajo como entre éstos y lo que sólo puede comprenderse por “analogía” con ellos. Llama a ese concepto *proporcionalidad*. Esa palabra renueva el sentido del término medieval *analogía*, que la época moderna tiende a humillar reduciéndolo al sentido de similitud, incluso de igualdad. En la segunda etapa de la interpretación (o segunda dimensión del arca), la proporcionalidad es la armonía de los elementos materiales, el sentido de la justa mezcla de los humores en el cuerpo, de lo que eventualmente conviene agregar o retirar de ellos, y la percepción del equilibrio que hay que evitar alterar. Es el *temperamento* en el sentido que el siglo XVII daba todavía a esa palabra, como en la expresión “el temperamento de los humores” o en esta frase de La Fontaine: “Hay cierto temperamento que el amo de la naturaleza quiere que se guarde en todo”. Samar Farage aprende en este momento el árabe antiguo con el fin de estudiar la importancia de ese concepto o, más bien, de ese precepto olvidado, para el *hakim*, el médico filósofo árabe contemporáneo de la Edad Media europea. Por su parte, Matthias Rieger lleva a cabo una investigación sobre la armonía local entre los instrumentos y las voces de músicos concretos y la opone a la realización de un acorde sinfónico entre notas sin carne que el físico Helmholtz redefinirá como la vibración de frecuencias determinadas. Una invención contemporánea de los hijos de Bach consagró la transición de la música occidental de la armonía local entre músicos de carne al acorde “global” entre notas: la gama templada, modificación de la gama cromática que permite que una nota sostenida se vuelva equivalente a la nota siguiente bemolizada (por ejemplo, el do sostenido con el re bemol). La marcha hacia la modernidad se dibuja, a los ojos de estos investigadores, como una pérdida progresiva de proporcionalidad, es decir, del sentido del justo medio, de la buena mezcla, de lo que conviene, del equilibrio sin interrupción para restaurar, porque nunca está asegurado para siempre. La ironía, para Rieger, es que en la historia de la música esta perturbación de la armonía local en nombre de un acorde global porta justamente uno de los nombres que, antiguamente, designaban la proporcionalidad local: el *temperamento*.

No obstante, según el tercer movimiento de la lectura (la tercera dimensión), la proporcionalidad adquiere un sentido más inquietante. Se vuelve el concepto fundador de una crítica de la noción moderna de *límite sin más allá*. En el cálculo infinitesimal, el límite de la relación entre dos

variables de una función, cuando la variable independiente tiende hacia cero, es una magnitud a la que esa relación se aproxima indefinidamente sin nunca alcanzarla exactamente y, sobre todo, sin nunca sobrepasarla. Según Illich, esta noción matemática de límite ha erosionado progresivamente la idea de sentido común que un límite, un lindero, una ribera, un horizonte o la línea divisoria de los dominios del género vernáculo tiene, para mí, que estoy situado *aquí*, de este lado, un *allá*, un más allá que puede ser la matriz de las cosas de aquí. Esto es como renovar el sentido de los términos, caros a Hugo, de relación *tropológica* “de largo alcance” o *anagogía* entre realidades situadas en dominios distantes. Recordemos que la tropología traza las correspondencias proporcionales entre el “aquí”, situado a ras del suelo, y un “en otra parte” que se vuelve perceptible por esa correspondencia; mientras que la anagogía es el doble movimiento de una elevación del sentido material de las cosas (simbolizado por el suelo) a su sentido espiritual (simbolizado por la luz del cielo), seguido de la *reconducción* de la mirada hacia las cosas de abajo.

Detengámonos en estos dos sentidos de la relación de proporción. La analogía, aquí abajo, entre el verbo y la carne es una proporcionalidad en el verdadero sentido de la palabra temperamento. Es un equilibrio armónico, una relación de conveniencia entre realidades locales: por ejemplo, sería conveniente (*conveniens*, decía Santo Tomás) que cierta proporción de las palabras que escucho cada día hayan sido pronunciadas en mi honor por una boca de carne. Pero hoy en día, hasta en la celebración eucarística, los altavoces de la modernidad rompen mecánicamente esta proporcionalidad, cuya decadencia, sin embargo, ha comenzado en los corazones. Si Illich, el teólogo, veía en ello la marca de una traición al misterio de la Encarnación, es que, para él, el Verbo hecho Carne es el correspondiente proporcional (o análogo) e la palabra pronunciada para mí por mi prójimo. Por el contrario, la desencarnación moderna de la palabra es el síntoma de una traición histórica en la que ve la raíz de la corrupción del cristianismo.

La mañana del día en que murió, el 2 de diciembre de 2002, Iván redactaba un artículo con Silja Samerski, que después ella terminó y publicó. En él se lee:

Hace una treintena de años, una encuesta del National Institute of Mental Health reveló que un gran número de pacientes, al despedirse de su médico, recibían de éste comprimidos de Valium o de otro tranquilizante. Esta encuesta desencadenó un animado debate sobre los daños causados por esta anestesia

masiva. Hoy en día, los pacientes no sólo están en peligro de perder la salud en tratamientos aventurados, sino también de ver su porvenir arruinado por previsiones estadísticas. Ya sea bajo pretexto de prevenir el cáncer o con ocasión de un *check-up* durante el embarazo o después de la detección de un tumor, las rutinas biomédicas marcan inevitablemente a la paciente o al paciente con los estigmas de un *riesgo* atestado profesionalmente, riesgo que permanecerá suspendido sobre ella o sobre él como una espada de Damocles. Causado por la confusión de un perfil de riesgo con diagnóstico médico, esta pretendida previsión del porvenir ha provocado una ola de desaseguración epidémica que hasta el momento no ha suscitado el debate crítico que merece.¹⁶

Este último gesto “anagógico”, en la medida en que nos reconduce a las preguntas elementales sobre lo que se hizo, cuándo se hizo, por quién fue hecho,¹⁷ tiene para nosotros, lectores, valor de advertencia. Es la misma advertencia que Hugo daba a sus alumnos: “Como no hay ninguna duda de que se pueda asir el sentido místico de la Escritura si primero no se ha establecido en ella el sentido literal, no deja de sorprenderme la imprudencia de quienes pretenden enseñar el sentido alegórico cuando aún ignoran el sentido literal”.¹⁸

Y, en cuanto al salto mortal hacia al tercer nivel de la exégesis: “Si la sabiduría de Dios no se conoce primero corporalmente, no podrán ser iluminados por su contemplación espiritual. Por ello, no deben nunca despreciar la humilde manera en que la palabra de Dios los alcanza. Esta humildad es precisamente la que los iluminará”.¹⁹

Frente a quienes pretenden que todo es sólo signo de signo de signo, que todo es *show* realizable sobre las pantallas de la virtualidad que se pretende real, que la arquitectura se resuelve en superficies donde proyectar cualquier cosa o que el cuerpo es una superficie marcada de mutilaciones cuya interpretación es una carrera abierta a los talentos, es bueno volver al humilde análisis de lo que hacen las instituciones modernas. Releer a Iván Illich es un antídoto contra la tentación de abdicar del sentido de la realidad. Illich nos reconduce siempre a lo que realmente se hizo, cuándo y dónde se hizo; por quién y a quién.

¹⁶ Artículo aparecido en *Freitag*, Bremen, 6 de junio de 2003, p. 18.

¹⁷ Véase Iván Illich, *En el viñedo del texto*, *op. cit.*

¹⁸ Hugo de San Víctor, en Migne, *Patres latini*, 678 D, *op. cit.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 63.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

El prefacio a *Obra reunida* de Iván Illich fue traducido por Javier Sicilia de *Oeuvres complètes*, vol. I, Fayard, Francia, diciembre de 2003. La traducción fue revisada por Jean Robert y Valentina Borremans.

Los capítulos I, II, III, VII, IX y X de *Alternativas*, fueron publicados bajo el título de *Celebration of Awareness* en Doubleday & Company, Garden City, Nueva York, 1970. La primera traducción al español, a la que se agregaron los capítulos IV, V, VI y VIII, se publicó en 1974 bajo el sello Joaquín Mortiz en octubre de 1974 (segunda edición, enero de 1977; segunda reimpresión de la segunda edición, julio de 1986). Para la edición del Fondo de Cultura Económica se utilizó la segunda reimpresión de la segunda edición, misma que fue revisada contra los originales por Javier Sicilia. Las traducciones de la introducción y de los capítulos I, III y X son de Ernesto Mayans; la del capítulo VI es de María Teresa Márquez; la del VIII la hicieron Matea Padilla de Gossman y Eliana Baytelman; el capítulo IX lo tradujo Carlos R. Godard Buen Abad; los capítulos II, IV, V y VII corresponden a documentos proporcionados por el Cidoc.

La sociedad desescolarizada fue publicado por vez primera en HarPer and Row Publishers Inc., Nueva York, en 1970, bajo el título de *Deschooling Society*. La primera traducción al español la publicó Barral Editores, Barcelona, España, en 1970; una nueva edición apareció bajo el sello de la Editorial Posada en 1978 y otra más bajo el de Joaquín Mortiz/Planeta en julio de 1985. Para la edición del FCE se utilizó esta última, traducida por Gerardo Espinoza y revisada contra los originales por Javier Sicilia. El apéndice que aparece en la edición del FCE no apareció en las anteriores ediciones en español. Se tomó de la edición de Fayard, *Oeuvres complètes*, vol. I, Francia, diciembre de 2003; la traducción es de Javier Sicilia.

Energía y equidad fue redactado por vez primera en francés y publicado en *Le Monde*, en mayo de 1973, en tres entregas. Desarrollado y reescrito, con ayuda de Luce Giard y de Vincent Bardet, fue objeto de una primera edición en francés en 1975, bajo las Éditions du Seuil. Sobre esta trama completa y enriquecida de trabajos conducidos en el Cidoc de Cuernavaca se estableció una versión inglesa más larga y más detallada. La primera edi-

ción en español, en la que se incluye el *Desempleo creador*, apareció en 1974 bajo el sello de Barral Editores, Barcelona, España. Una nueva edición la publicó Editorial Posada en 1978 y otra más la publicó Joaquín Mortiz/Planeta en 1985.

La razón de que Illich decidiera publicar juntos estos dos libros en español se debe a que para Illich, después de las críticas que suscitó la publicación de *La convivencialidad*, tanto *Energía y equidad* como *Desempleo creador* constituían un posfacio a *La convivencialidad*. En la introducción de la edición de la que hemos tomado el texto, Illich escribió:

Al estudiar las críticas que suscitó la publicación de mi ensayo sobre *La convivencialidad* las clasifiqué en tres tipos. Un buen número de críticos insistió en que el tema o el método que había escogido para mi ensayo carecía, el uno o el otro, de legitimidad, por no haber utilizado todas aquellas categorías analíticas en las que ellos fundan su fe. De estos críticos he aprendido, cuando ha sido posible, a abstenerme, aún más que antes, de muchas palabras buenas, honradas y bellas, incorporadas recientemente al idioma castellano y ya esclavizadas, desencarnadas y pintadas por parte de los nuevos inquisidores y de quienes buscan seguridad bajo su sombra. No lo niego, me costó mucho convencerme de que hasta la palabra “socialismo” no podía quedarse al margen de mis sospechas por haber estado viciada, desde su nacimiento, con implicaciones de productivismo, de dominio del modo de producción industrial y de cientificismo infantil y que todo uso de este término requería de mucha circunspección.

Un segundo grupo de críticos lamentaba la falta de un ejemplo concreto con el que se ilustrara la aplicación de mi cuadro analítico a una situación, y que permitiera también verificar el valor de mis tesis expuestas en *La convivencialidad*. Acepté la sugerencia con ganas. Escogí el tema de *Energía y equidad* por tres razones. Primero, porque se prestaba para una demostración lineal, densa y sencilla que convenía poner a discusión antes de pedir a mis lectores que me siguieran en una demostración más compleja y completa del mismo asunto que presenté, más adelante en *Némesis médica*.

La segunda razón para tomar el uso de la energía, concretamente en los transportes, como ejemplo de mi tesis, se funda en la fecha en que se escribió el ensayo original publicado en *Le Monde*: ya en 1972 se podía prever que una así llamada “crisis” de energía constituiría el tema de amplias discusiones públicas. Finalmente la discusión sobre el transporte permite eliminar de la discusión sobre mi tesis a toda aquella mayoría de lectores cuya imaginación está obnubilada por un prejuicio burgués en favor del “progreso”; para ellos, la con-

clusión central de mi argumentación es tan escandalosa que invalida la demostración. No pueden imaginar un mundo en el que por medio de procedimientos políticos se limitara no sólo al deportista, sino también al médico, al político y al policía, a velocidades viales inferiores a 25 km/h. La historia del ensayo que aquí se publica por vez primera en una editorial de América Latina (había circulado solamente en varias versiones del Cidoc) me parece confirmarlo. Entre 1972 y 1976 este ensayo se reprodujo y comentó muy ampliamente en alemán, en francés y en otra docena de idiomas, mientras que en eua apenas se vendió una sola edición, hasta que muy recientemente se descubrió como algo más que una muestra de destreza.

Un tercer grupo de críticos de *La convivencialidad* me retó a que elaborara ulteriormente la relación entre los límites multidimensionales de origen político que en aquel ensayo propongo, y lo que generalmente se llama hoy "economía". Este asunto lo había puesto explícitamente entre paréntesis en la introducción de aquel libro. Bajo el título de *Desempleo creador: la decadencia de la edad profesional*, trato aquí el tema. Lo que el primer ensayo sobre *Energía y equidad* pinta, el segundo lo razona. Juntos constituyen un posfacio a *La convivencialidad*.

La convivencialidad fue originalmente publicado por Éditions du Seuil, París, en 1973; en esa misma fecha también apareció en Estados Unidos bajo el sello HarPer and Row Publishers Inc., Nueva York, con el título de *Tools for conviviality*. Hasta antes de esa fecha, en 1972, había circulado en el cuaderno núm. 1022 del Cidoc, Cuernavaca. La primera edición en español la publicó Barral Editores, Barcelona, España, en 1974; otra edición apareció en la Editorial Posada en 1978 y otra más en 1985 bajo el sello de Joaquín Mortiz/Planeta. Para la edición del FCE utilizamos esta última, traducida por Matea P. de Gossman y José María Bulnes, y revisada por Valentina Borremans. Javier Sicilia la revisó para la edición del FCE contra los originales.

Desempleo creador, posfacio a La convivencialidad, escrito originalmente en inglés como respuesta a las críticas que había suscitado *La convivencialidad*, fue publicado en español junto con *Energía y equidad* en 1974 por Barral Editores, Barcelona España. Una nueva edición la publicó Editorial Posada en 1978 y otra más la publicó Joaquín Mortiz/Planeta en 1985. Para la edición del FCE utilizamos esta última, traducida por el propio Iván Illich y Verónica Petrowitsch del inglés y revisada contra la ulterior versión francesa de Maud Sissung, Éditions du Seuil, París, 1977, por Javier Sici-

lia. Los capítulos “Para terminar con las ‘necesidades’” y “‘En guardia’ frente al nuevo profesional” no aparecen en las ediciones en español. Se tomaron de la edición de Seuil y fueron traducidos por Javier Sicilia.

Némesis médica se publicó originalmente en inglés bajo el título de *Medical Nemesis* en Calder & Boyars, Ltd., Londres, 1975. En junio de 1978 Joaquín Mortiz lo publicó en español con traducción de Juan Tovar y revisión de Valentina Borremans y Verónica Petrowitsch; en abril de 1986 la editorial hizo una reimpresión. Para la edición del FCE utilizamos la versión de la reimpresión. Javier Sicilia la revisó contra los originales.

ALTERNATIVAS

INTRODUCCIÓN

No hay necesidad de una introducción a los siguientes artículos o al autor de los mismos. Sin embargo, si el doctor Illich me ha honrado al invitarme a escribirla y si yo acepté gustoso, la razón en nuestras dos mentes parece ser que esta introducción ofrece una oportunidad que permite clarificar la naturaleza de una actitud y una fe comunes, a pesar del hecho de que algunos de nuestros puntos de vista difieren considerablemente. Incluso algunos de los puntos de vista del propio autor de los artículos no son hoy los mismos que él mantenía cuando los escribió, en diferentes ocasiones y en el curso de los años. Pero él se ha mantenido coherente en lo esencial de su actitud y es esa esencia la que ambos compartimos.

No es fácil encontrar una palabra justa que describa esa esencia. ¿Cómo se puede concretar en un concepto una actitud fundamental hacia la vida sin con ello distorsionarla y torcerla? Pero, dado que necesitamos comunicarnos con palabras, el término más adecuado —o, mejor dicho, el menos inadecuado— parece ser “radicalismo humanista”.

¿Qué se quiere decir con radicalismo? ¿Qué es lo que implica *radicalismo humanista*?

Por radicalismo no me refiero principalmente a un cierto conjunto de ideas sino más bien a una actitud, a una “manera de ver”, por así decir. Para comenzar, esta manera de ver puede caracterizarse con el lema: *de omnibus dubitandum*; todo debe ser objeto de duda, particularmente los conceptos ideológicos que son virtualmente compartidos por todos y que como consecuencia han asumido el papel de axiomas indudables del sentido común.

En ese sentido, “dudar” no implica un estado psicológico de incapacidad para llegar a decisiones o convicciones, como es el caso de la duda obsesiva, sino la disposición y capacidad para cuestionar críticamente todas las asunciones e instituciones que se han convertido en ídolos, en nombre del sentido común, la lógica y lo que se supone que es “natural”. Ese cuestionamiento radical sólo es posible si uno no da por sentados los conceptos de su propia sociedad o de todo un periodo histórico —como la cultura occidental desde el Renacimiento— y, más aún, si uno aumenta el alcance de su percepción y se interna en los aspectos de su pensar. Dudar

radicalmente es un acto de investigación y descubrimiento; es comenzar a darnos cuenta de que el emperador está desnudo y de que su espléndido atuendo no es más que el producto de nuestra fantasía.

Dudar radicalmente quiere decir cuestionar; no quiere necesariamente decir negar. Es fácil negar simplemente al aseverar lo opuesto de lo que existe; la duda radical es dialéctica en cuanto abarca el proceso del desenvolvimiento de los opuestos y se dirige hacia una nueva síntesis que niega y afirma.

La duda radical es un proceso; un proceso que nos libera del pensamiento idolátrico; un ensanchamiento de la percepción, de la visión creativa e imaginativa de nuestras posibilidades y opciones. La actitud radical no existe en el vacío. No empieza de la nada, sino que comienza en las raíces, y la raíz, como dijo una vez Marx, es el hombre. Pero decir "la raíz es el hombre" no quiere significar un sentido positivista, descriptivo. Cuando hablamos del hombre no hablamos de él como una cosa sino como un proceso; hablamos de su potencial para desarrollar sus poderes; los poderes de dar mayor intensidad a su ser, mayor armonía, mayor amor, mayor percepción. También hablamos del hombre con un potencial para ser corrupto, con su poder *de* acción que se transforma en la pasión de poder *sobre* los demás, con su amor por la vida que degenera en pasión destructora de la vida.

El radicalismo humanista es un cuestionamiento radical guiado por el entendimiento de la dinámica de la naturaleza del hombre y por una preocupación por el crecimiento y pleno desarrollo del hombre. En contraste con el positivismo contemporáneo, el radicalismo humanista no es "objetivo", si por "objetividad" se entiende teorizar con pasión sin una meta manifiesta que impulse y nutra al proceso del pensamiento. Pero el radicalismo humanista es extremadamente objetivo si por ello se entiende que cada paso en el proceso del pensamiento está basado en evidencias críticamente analizadas y si además se le vincula al examen de las premisas del sentido común. Todo esto significa que el radicalismo humanista cuestiona cualquier idea y cualquier institución con el objeto de saber si ayudan u obstaculizan la capacidad del hombre para vivir en la plenitud y la alegría. Éste no es el lugar para analizar completamente algunos ejemplos del tipo de premisas de sentido común que son cuestionadas por el radicalismo humanista. Ni siquiera es necesario hacerlo, porque los artículos del doctor Illich tratan precisamente acerca de tales ejemplos; como la utilidad de la escuela obligatoria o la función actual del clero. Se podrían agregar muchos ejemplos más, algunos de los cuales están implicados en los artículos

del autor. Quiero mencionar sólo unos cuantos: el concepto moderno de “progreso”, que significa el principio del constante aumento de la producción, del consumo, del ahorro de tiempo, de la maximización de la eficiencia y ganancias, del cálculo de todas las actividades económicas sin tomar en cuenta sus efectos sobre la calidad de la vida y el desarrollo del hombre; el dogma de que el aumento del consumo conduce a la felicidad del hombre, de que el manejo de las empresas a gran escala debe ser por necesidad burocrático y alienado; el que el objeto de la vida es tener (y usar), en lugar de ser; el que la razón reside en el intelecto y está divorciada de la vida afectiva; el que lo más nuevo es siempre mejor que lo más viejo; el que el radicalismo es la negación de la tradición; el que lo contrario de “ley y orden” es la falta de estructuras. En pocas palabras, el que las ideas y categorías que han surgido durante el desarrollo de la ciencia moderna y la industrialización son superiores a todas aquellas de culturas anteriores, e indispensables para el progreso de la raza humana.

El radicalismo humanista cuestiona todas estas premisas y no se asusta de llegar a ideas y soluciones que puedan sonar absurdas. Veo el gran valor de los escritos del doctor Illich precisamente en el hecho de que representan el radicalismo humanista en su aspecto más pleno e imaginativo. El autor es un hombre de particular coraje, gran vitalidad, erudición y brillo extraordinarios, y fértil imaginación, y todo su pensamiento está basado en su preocupación por el desarrollo físico, espiritual e intelectual del hombre. La importancia de su pensamiento, tanto en éste como en sus otros escritos, reside en el hecho de que tienen un efecto liberador sobre la mente; porque muestran posibilidades totalmente nuevas; vitalizan al lector porque abren la puerta que conduce fuera de la cárcel de las ideas hechas rutina, estériles, preconcebidas. A través del impacto creador que comunican —salvo para aquellos que reaccionan con ira hacia tanto sinsentido— estos escritos pueden ayudar a estimular la energía y la esperanza para un nuevo comienzo.

ERICH FROMM

PREFACIO

Cada capítulo de este volumen registra un esfuerzo de mi parte por poner en duda la naturaleza de una certidumbre particular. De ahí que cada uno de ellos encare una decepción —la decepción incorporada a una de nuestras instituciones—. Las instituciones crean certezas y, cuando se las toma en serio, las certezas amortecen el corazón y encadenan la imaginación. Confío en que cada una de mis afirmaciones —airada o apasionada, diestra o inocente— provoque también una sonrisa y, con ella, una nueva libertad, aunque sea una libertad que tuvo su precio.

No fue por accidente que la mayoría de estos artículos obtuvo notoriedad al poco tiempo de su publicación original. Cada ensayo fue escrito en un lenguaje distinto, iba dirigido a un diferente grupo de lectores, tenía por intención dar en el blanco de una crisis particular de confianza. Cada uno de ellos irritó a algunos burócratas consumados en momentos en que se les hacía difícil racionalizar una posición según la cual sólo había que resolver una crisis interna en una situación estable.

De ahí que los ensayos fueran literalmente escritos para una ocasión particular. El paso del tiempo hace necesario precisar algunos detalles ocasionales: las estadísticas, la situación que se discutía —e incluso mi propia actitud— pudieron haber cambiado desde entonces en cuestión de matices o de grados. Pero me he rehusado expresamente a poner al día dichos artículos para presentarlos en este volumen. Creo que deben sostenerse como lo que son, es decir, como puntos de vista sobre un fenómeno particular en su tiempo. El conjunto adolece inevitablemente de algunas repeticiones de ciertos hechos y expresiones que también quedan sin tocar —de haber pensado al escribirlas que algún día reuniría esos textos ocasionales en forma de libro, las habría entonces omitido—.

“La alianza para el progreso de la pobreza” es el texto de un discurso que pronuncié en la Asamblea de la Canadian Foreign Policy Association para subrayar la trivialidad del “Informe Pearson” al Banco Mundial sobre la “Segunda Década del Desarrollo”, y provee un marco para los demás ensayos.

“La metamorfosis del clero” es la ponencia con que contribuí en un círculo de teólogos en 1959 y que publiqué en 1967 para enjuiciar la superficial-

lidad de las propuestas de reforma que estaban de moda entre los “católicos de avanzada”. Las reformas que ellos preconizaban no eran lo suficientemente radicales para que valiesen la pena (se limitaban a cambios litúrgicos, al casamiento de los curas, a un clero revolucionario y algunas otras cosas), ni tampoco se arraigaban en opciones tradicionales que me parecían indignas de sacrificar (tales como la valoración del celibato libremente escogido, la estructura episcopal de la Iglesia y la permanencia de la ordenación sacerdotal). Pretendo que sólo la desclericalización de la Iglesia le permitiría aquella renuncia al poder que es la única que puede concederle hablar en nombre de los pobres.

“El reverso de la caridad” es un panfleto. Lo hice circular para acabar con el entusiasmo internacional que favorecía el envío de “misioneros” para el desarrollo de América Latina.

“La vaca sagrada” fue publicado como artículo en *Siempre!*, en agosto de 1968. Es mi primer esfuerzo por identificar el sistema escolar como instrumento de colonización interna.

“La desescolarización de la Iglesia” es el discurso de apertura que pronuncié en Lima en 1971 para la Asamblea del Consejo Mundial de Educación Cristiana. El Consejo se disolvió al finalizar este encuentro.

“La alternativa a la escolarización” es el último de una serie de ensayos que escribí sobre educación. Con este texto traté de oponerme a la recuperación de mi tesis expuesta en el libro *La sociedad desescolarizada* (Barral, Barcelona, 1974). Varias organizaciones internacionales se veían obligadas a reconocer los fundamentos de mi crítica al sistema escolar tradicional, y quisieron utilizar mis argumentos en favor de la proliferación de nuevas agencias para la educación recurrente, permanente, interminable. Desde 1971 me opuse a este exorcismo del diablo por Belcebú.

“Conciencia política y control de la natalidad” es mi contribución a un encuentro de expertos en demografía que tuvo lugar en 1967 en Barranquitas, Puerto Rico. Propongo una “inversión” del problema que normalmente perciben los demagogos de la demografía. Mi tesis se elaboró ulteriormente en *La convivencialidad* (Barral, Barcelona, 1974).

“La aceleración paralizadora” aplica al caso del transporte mi teoría general sobre la crisis institucional contemporánea. En todo campo de valores existen dos tipos extremos de producción. Cuando prevalece —más allá de un cierto umbral— el tipo de producción industrial, entonces las desutilidades marginales en la producción cancelan el valor respectivo. El texto es la traducción de una ponencia que hice en la Universidad de Mu-

nich. Mi tesis se trata en extenso en *Energía y equidad* (Barral, Barcelona, 1974).

“La expropiación de la salud” demuestra que la institucionalización industrial de un valor de servicio puede paralizar su producción en la misma forma en la que, como se vio en el capítulo precedente, el transporte impide la movilidad cuando su potencia se desarrolla más allá de un umbral crítico. La ponencia fue presentada en la facultad de medicina de la Universidad de Edimburgo en 1974, para celebrar un centenario.

“La elocuencia del silencio” concluye el volumen, aunque su composición precede a la de los demás ensayos. Es una meditación propuesta a unos religiosos yanquis que aprendían el castellano para “integrar” mejor a los puertorriqueños en sus parroquias de Nueva York. Les sugerí la necesidad de reconocer límites para sus buenas intenciones.

IVÁN ILLICH

Cuernavaca, julio de 1974

I. LA ALIANZA PARA EL PROGRESO DE LA POBREZA

ESTÁ DE MODA exigir que las naciones ricas transformen su maquinaria bélica en un programa de ayuda al desarrollo del Tercer Mundo. La amenaza que para el mundo industrializado representan la superpoblación y el subconsumo de nueve décimos de la humanidad podría aún conducir a esa improbable manifestación de autodefensa. Pero si ello sucede, llevaría también a una desesperación irreversible, porque los arados de los ricos pueden hacer tanto daño como sus espadas. A largo plazo, los camiones norteamericanos pueden ser tan dañinos como los tanques norteamericanos, puesto que es más fácil crear una demanda en masa para los primeros que para los segundos. Y una vez que el Tercer Mundo se haya convertido en un mercado masivo para los bienes, los productos y las formas de procesamiento diseñados por y para los ricos, el subdesarrollo progresivo se tornará inevitable. El automóvil familiar no puede transportar al pobre a la era de los jets, ni el sistema escolar proporcionarle una educación de por vida, ni el pequeño refrigerador familiar asegurarle una alimentación sana.

Es evidente que en América Latina sólo un hombre de cada mil puede costearse un Cadillac, una operación del corazón o un título de licenciado. Esta restricción de las metas del desarrollo no nos hace desesperar acerca del destino del Tercer Mundo; la razón es simple. Aún no hemos concebido el Cadillac como un requisito para una buena locomoción, ni la cirugía del corazón como un cuidado indispensable para la salud, ni un título de licenciado como el umbral de una educación aceptable. De hecho, reconocemos que la importación de Cadillacs debe ser severamente gravada en Perú; que, en Colombia, una clínica para el trasplante de órganos es un juguete escandaloso que sirve para justificar la concentración de un número mayor de doctores en Bogotá; y que el Betatrón está más allá de los medios docentes de la Universidad de São Paulo.

Por desgracia, no todos consideran evidente el hecho de que la mayoría de los latinoamericanos —no sólo de nuestra generación sino de la próxima y aun de la siguiente— no puede costearse ninguna clase de automóvil, ni de hospitalización, ni siquiera de escuela primaria. Preferimos no ser

conscientes de esa realidad tan obvia; la verdad es que detestamos reconocer que nuestra imaginación ha sido arrinconada. Tan persuasivo es el poder de las instituciones que nosotros mismos hemos creado, que ellas modelan no sólo nuestras preferencias sino también nuestra visión de lo posible. No podemos hablar de medios modernos de transporte sin referirnos a los automóviles y a los aviones. Nos sentimos impedidos de tratar el problema de la salud sin implicar automáticamente la posibilidad de prolongar una vida enferma indefinidamente. Hemos llegado a ser completamente incapaces de pensar en una educación mejor salvo en términos de escuelas aún más complejas y maestros entrenados durante un tiempo aún más largo. El horizonte de nuestra facultad de invención está bloqueado por gigantesca instituciones que producen servicios carísimos. Hemos limitado nuestra visión del mundo a los marcos de nuestras instituciones y somos ahora sus prisioneros.

Las fábricas, los medios de comunicación, los hospitales, los gobiernos y las escuelas producen bienes y servicios especialmente concebidos, enlatados de manera tal que contengan nuestra visión del mundo. Nosotros —los ricos— concebimos el progreso en términos de la creciente expansión de esas instituciones. Concebimos el perfeccionamiento del transporte en términos de lujo y seguridad enlatados por la General Motors y la Boeing bajo el aspecto de automóviles estándar y de aviones. Creemos que el bienestar cada vez mayor viene dado por la existencia de un mayor número de doctores y hospitales, que enlatan la salud como una prolongación del sufrimiento. Hemos llegado a identificar nuestra necesidad de una creciente educación con la demanda de un mayor confinamiento en los salones de clases. En otras palabras, la educación es hoy un producto enlatado, un conjunto que incluye guarderías, certificados para trabajar y derecho de voto, todo ello empaquetado con la indoctrinación en las virtudes cristianas, liberales o marxistas.

En escasos 100 años, la sociedad industrial ha modelado soluciones patentadas para satisfacer las necesidades básicas del hombre, y nos ha hecho creer que las necesidades humanas fueron configuradas por el Creador como demandas para los productos que nosotros mismos inventamos. Esto es tan cierto para Rusia o Japón como para las sociedades del Atlántico Norte. Mediante una lealtad invariable a los mismos productores —quienes le darán siempre los mismos productos enlatados ligeramente mejorados o mejor presentados—, el consumidor es entrenado para enfrentarse a la desvalorización anual del artículo.

Las sociedades industrializadas pueden surtir estos productos enlatados a la mayoría de los ciudadanos para su consumo personal, pero esto no prueba que esas sociedades sean sanas, o que promuevan un humanismo vital. Lo contrario es verdad. Cuanto más se ha entrenado al ciudadano para el consumo de estos paquetes de uso corriente, menos efectivo parece ser para modelar la totalidad de su medio ambiente. Así es como agota sus energías y sus finanzas en procurar continuamente nuevos artículos de primera necesidad, y el medio ambiente se convierte en un subproducto de sus hábitos de consumo.

El diseño de estos productos enlatados de que hablo se halla en la base del alto costo para satisfacer las necesidades primarias. Mientras cada hombre "necesite" de su automóvil, nuestras ciudades continuarán soportando los embotellamientos de tráfico y los remedios absurdamente caseros que pretenden solucionarlos. Mientras la salud se entienda como el tiempo máximo de supervivencia, nuestros enfermos serán objeto creciente de intervenciones quirúrgicas fantásticas y de drogas que sirvan para aliviar el progresivo dolor subsiguiente. Mientras utilicemos las escuelas para que los niños dejen de exasperar a sus padres; para evitar que vaguen en las calles; para mantenerlos fuera del mercado de trabajo o para impedir que a los jóvenes se les tome en serio en la política; mientras eso suceda, la juventud será recluida en periodos de escolarización cada vez mayores y se necesitarán incentivos crecientes para soportar las penosas pruebas. Ahora, benevolentemente, las naciones ricas imponen a las pobres las camisas de fuerza de los embotellamientos de tráfico, el confinamiento en los hospitales y en las escuelas, y resulta que mediante un consenso internacional se llama a esto desarrollo. Los ricos, los escolarizados y los viejos pacientes del mundo desarrollado tratan de compartir sus dudosas bendiciones enfilando hacia el Tercer Mundo sus soluciones preenlatadas. Mientras en São Paulo crecen los enjambres de tráfico, casi un millón de campesinos del nordeste brasileño deben caminar 800 km para escapar de la sequía. Mientras que en las favelas, villas miseria y ranchitos, donde se concentra 90% de la población, la disentería amibiana sigue siendo un mal endémico, los doctores latinoamericanos reciben, en el New York Hospital for Special Surgery, un entrenamiento que luego aplicarán a unos pocos. Pagada casi siempre por los gobiernos de sus propios países, una insignificante minoría de latinoamericanos recibe, en Norteamérica, una avanzada educación en el campo de las ciencias básicas. Si alguna vez regresan, por ejemplo a Bolivia, pasan a ser maestros de segunda categoría u orgullosos residentes de La Paz o Cochabamba.

El mundo rico nos exporta las versiones anticuadas de sus modelos de desechados. La Alianza para el Progreso es un buen ejemplo de la benevolente producción del subdesarrollo. Contrariamente a lo que dicen los eslogans, tuvo éxito —como una alianza para el progreso de las clases consumidoras y la domesticación de las grandes masas—. La Alianza ha sido un paso máyusculo en la modernización de los patrones de consumo de las clases medias sudamericanas —en otras palabras, ha sido un medio para integrar esa metástasis colonial a la cultura dominante en la metrópolis norteamericana—. Al mismo tiempo, la Alianza ha modernizado los niveles de aspiración de la gran mayoría de los ciudadanos y ha dirigido sus demandas hacia artículos a los que hoy no tiene ni tendrá mañana acceso.

Por cada automóvil que Brasil echa a andar, se les niega a 50 brasileños el poder disfrutar de un buen servicio de autobús. Cada refrigerador particular que se negocia en el comercio reduce la posibilidad de construir un congelador comunitario. Cada dólar que se gasta en América Latina en doctores y hospitales cuesta 100 vidas —para adoptar una frase de Jorge Ahumada, el brillante economista chileno, quien solía añadir—: porque si cada dólar así gastado se hubiera invertido en un plan para proveer agua potable, habría salvado 100 vidas. Cada dólar que se gasta en escolarización significa un mayor privilegio para una minoría a costo de la gran mayoría; en el mejor de los casos aumenta el número de aquellos a quienes, antes de abandonar la escuela, se les ha enseñado que quienes permanecen en el colegio durante más tiempo se han ganado el derecho a un poder, una salud y un prestigio mayores. Basta un poco de escolarización para enseñar a los escolarizados la superioridad de los más escolarizados.

Todos los países latinoamericanos se hallan frenéticamente volcados en gastar más y más dinero en sus sistemas escolares. Hoy en día, ni un solo país gasta en su educación —es decir, en su escolarización— menos de 18% de los impuestos derivados del ingreso público, y hay varios países que gastan casi el doble de ese porcentaje. Pero pese a esas gigantescas inversiones, ningún país ha tenido hasta ahora éxito en proporcionar cinco años completos de educación a más de un tercio de sus habitantes. La demanda y la oferta de escolarización crecen geométricamente en dirección contraria. Y lo que es verdad acerca de la escolarización lo es también en lo que se refiere a los productos de la mayoría de las instituciones en el proceso de “modernización” del Tercer Mundo.

El continuo refinamiento tecnológico de los productos que ya se han incorporado al mercado no hace frecuentemente sino aumentar las venta-

jas del productor y no los beneficios para el consumidor. Los procesos de producción cada vez más complejos tienden a permitir que solamente los grandes productores puedan reemplazar continuamente los artículos, y enfocar así la demanda del consumidor hacia las mejoras marginales sin importarle —y, es más, haciéndole olvidar— los resultados concomitantes: precios más altos, duración menor, menor utilidad general, mayor costo de preparación. Piensen en la cantidad de usos posibles para un abrelatas común y corriente; en cambio, un abrelatas eléctrico, si funciona, sólo sirve para abrir un cierto tipo de latas, a pesar de costar 100 veces más.

Lo dicho vale tanto para una maquinaria destinada a la agricultura como para un grado académico. La propaganda puede convencer a un granjero del medio oeste de Estados Unidos de que necesita un transporte de doble tracción que desarrolle una velocidad de 70 millas por hora en carretera, que tenga un limpiaparabrisas eléctrico y que en un año o dos pueda cambiarse por uno nuevo. Pero la mayoría de los agricultores del mundo no necesita ni esa velocidad ni esa comodidad, ni se preocupa tampoco en lo más mínimo porque el artículo pase de moda. Lo que ellos necesitan son vehículos que gasten poco, porque en su mundo el tiempo no es dinero, los limpiaparabrisas manuales son suficientes y un equipo pesado dura cuando menos una generación. Aquel tipo de vehículo requeriría una ingeniería y un diseño totalmente distintos de los empleados en ese rubro del mercado norteamericano: hoy, esa clase de vehículo no se produce. La mayoría de los sudamericanos necesita en realidad de un personal paramédico que pueda funcionar eficazmente durante largo tiempo sin necesidad de ser supervisado por un doctor. En lugar de establecer un proceso para entrenar a las parteras y a los asistentes médicos que saben cómo usar un arsenal limitado de medicamentos con bastante independencia, las universidades latinoamericanas crean cada año un nuevo departamento de enfermería especializada para preparar un personal que sólo sabe trabajar en un hospital, o farmacéuticos que sólo saben vender una cantidad cada vez mayor de recetas delicadas.

El mundo se mueve hacia un atolladero, definido por dos procesos convergentes: un número mayor de personas tiene cada vez un número menor de alternativas básicas. El crecimiento de la humanidad es ampliamente publicitado y crea pánico. La disminución de alternativas fundamentales es consciente y constantemente despreciada por el productor, pues ellas causan una angustia profunda. La explosión demográfica excede las fronteras de la imaginación, pero la atrofia progresiva de la misma imaginación

social es racionalizada como un aumento de la posibilidad de elegir entre dos marcas registradas. Los dos procesos convergen hacia un punto muerto: la explosión demográfica provee cada vez más consumidores para todo, desde alimentos hasta anticonceptivos, mientras que nuestra imaginación se encoge y no puede concebir otra forma de satisfacer su demanda como no sea a través de los productos enlatados que ya están a la venta. En lo siguiente me limitaré a esos dos factores, puesto que, a mi modo de ver, forman las dos coordenadas que juntas nos permiten definir el subdesarrollo.

En la mayoría de los países del Tercer Mundo, la población crece, así como también la clase media —ingreso, consumo y bienestar se polarizan—. Aun cuando los índices de consumo per cápita aumentan, la gran mayoría de los hombres dispone de menos alimentos que en 1945, de menos salud pública, de menos trabajo significativo y de peores condiciones habitacionales. La creciente marginalidad es una consecuencia parcial del consumo polarizado y resulta parcialmente causada por la ruptura de la familia y de la cultura tradicionales.

En 1969 más personas padecen hambre, dolor y frío a la intemperie que al final de la segunda guerra —no sólo en cifras absolutas sino también en términos comparativos de porcentaje de población mundial—.

Confrontada con la realidad, la definición cualitativa del subdesarrollo medido según los indicadores de consumo se queda corta, pero aún así sirve para definir una de las dos mayores coordenadas del atolladero mundial. El carácter realmente crítico del subdesarrollo radica en que es un estado de ánimo y al mismo tiempo una categoría de la conciencia. En esta dimensión el proceso del subdesarrollo puede acelerarse intensamente a través de un esfuerzo planeado y dirigido hacia el mercado masivo de la modernización estandarizada. Pero al mismo tiempo, es dentro de ese marco donde se puede operar una inversión decisiva. El subdesarrollo como estado de ánimo aparece cuando las necesidades humanas se vacían en el molde de una demanda urgente por nuevas marcas de soluciones enlatadas que estarán continuamente fuera del alcance de la mayoría. En este sentido el subdesarrollo crece rápidamente, incluso en los países donde la oferta de salones de clase, calorías, autos y hospitales, va también en aumento. Estas instituciones ofrecen a una minoría servicios que satisfacen los requerimientos internacionales. Pero una vez que han monopolizado la demanda de todos, ya no pueden cumplir con las necesidades de las mayorías.

Insisto: el subdesarrollo como un estado de ánimo —y de desalienato—, ocurre cada vez que las necesidades humanas básicas se presentan

como demanda por productos enlatados específicos que han sido diseñados para la sociedad de la abundancia. En este sentido el subdesarrollo es un resultado extremo de lo que podemos llamar, en términos comunes a Marx y a Freud, *Verdinglichung* o cosificación.

Por cosificación entiendo la enajenación de las necesidades reales que ya se perciben como si sólo pudieran satisfacerse mediante una demanda explícita de productos manufacturados en masa. Por cosificación entiendo traducir la “sed” por “necesidad de tomar una Coca-Cola”. Este tipo de cosificación surge cuando las necesidades humanas primarias las manipula un aparato burocrático que ha impuesto un monopolio sobre la imaginación de los consumidores en potencia.

Permítaseme volver a mi ejemplo tomado del campo de la educación. La propaganda intensa de la necesidad de escuelas lleva a todos a creer que la asistencia a clases y la educación son sinónimos, a tal grado que en el lenguaje cotidiano los dos términos son intercambiables. Una vez que la imaginación de todo un pueblo ha sido escolarizada o monopolizada a través de esa equivalencia, entonces a los analfabetos se les puede obligar a pagar impuestos para proporcionarles una educación gratuita a los hijos de los ricos y para una mayor expansión de la profesión magisterial.

El subdesarrollo es un resultado del aumento de los niveles de aspiración de las masas, sujetas a la intensa circulación en el mercado de los productos patentados en el foro de la imaginación alienada.

En ese sentido, el subdesarrollo dinámico es exactamente lo opuesto de lo que yo entiendo por educación, esto es: despertar la conciencia de que existen otros y nuevos niveles de posibilidades humanas, otras formas inexploradas de utilizar el saber tecnológico y de usar la imaginación creadora para evitar la capitulación de la conciencia social a manos de un monopolio que impone una solución prefabricada.

El procedimiento mediante el cual la circulación en el mercado de productos importados desarrolla el subdesarrollo, es algo que frecuentemente se estudia sólo en términos superficiales. El hombre que siente indignación al ver una planta de Coca-Cola en una favela, un ranchito o una callampa, es a menudo el mismo que se siente orgulloso al ver una escuela que crece en el mismo lugar. Resiente la evidencia de que hay una patente extranjera vinculada con el refresco; le gustaría ver en su lugar algo como Coca-Mex o Coca-Perú. Y a la vez ése es el mismo hombre que trata de imponer a toda costa la escolarización de sus compatriotas, sin darse cuenta de la patente invisible que ata profundamente esta otra institución al mercado mundial.

Hace algunos años vi a un grupo de trabajadores levantar un anuncio, de 20 metros, de la Coca-Cola en el valle desértico del Mezquital. La sequía y el hambre acababan de afectar seriamente la meseta mexicana. Un pobre indio de Ixmiquilpan, que fue quien me invitó, ofrecía a sus visitantes vasitos de tequila con un traguito de la oscura y costosa agua azucarada. Cuando recuerdo esa escena reacciono con furia. Pero me exaspero aún más al recordar los encuentros de la UNESCO, en los cuales los bien intencionados y bien pagados burócratas discuten con seriedad los currículos escolares en América Latina, o cuando pienso en las peroratas de entusiastas liberales que abogan por la necesidad de un número mayor de escuelas. El fraude perpetrado por los vendedores de escuelas es por cierto mucho menos obvio, pero mucho más fundamental que el arte del satisfecho representante de la Ford o de la Coca-Cola, puesto que el partidario de la escuela consigue hacer morder a la gente el anzuelo de una droga mucho más eficaz.'

La asistencia a la escuela primaria no es un lujo inofensivo, sino que con ella ocurre lo mismo que con el indio de los Andes a quien su hábito de mascar coca lo tiene enjaezado a su patrón. Cuanto mayor es la dosis de escolarización que ha recibido un individuo, tanto más deprimente resulta su experiencia en abandonar las clases. El muchacho que deja la secundaria en el primer año padece mucho más su inferioridad que el que deja la primaria después del tercer año. Las escuelas del Tercer Mundo administran su opio mucho más eficazmente que las iglesias de otras épocas. A medida que el espíritu de una sociedad es progresivamente escolarizado, sus miembros pierden paso a paso las excusas que los hacían sentirse inferiores a los demás. Las escuelas racionalizan el origen divino de la estratificación social con mucho más rigor que el que siempre han usado las iglesias.

Hasta la fecha ningún país latinoamericano ha promulgado leyes contra los jóvenes que no consumen suficiente Coca-Cola o automóviles, pero todos los países latinoamericanos han aprobado leyes que definen a los desertores como ciudadanos que no han cumplido con sus obligaciones legales. Recientemente, el gobierno brasileño elevó casi al doble el número de años de escolarización gratuita obligatoria. Desde ahora cualquier desertor escolar que tenga menos de 16 años enfrentará por el resto de su vida el reproche de no haber aprovechado ese privilegio legalmente obligatorio para todos los ciudadanos. Lo curioso es que esa ley se promulgó en un país donde ni siquiera la predicción más optimista puede hacernos avizorar el día en que sea posible otorgar esas prerrogativas escolares por lo menos a 25%. La adopción de los estándares internacionales de educación condena

para siempre a la mayoría de los latinoamericanos a la marginalidad o a la exclusión de la vida social —en una palabra, al subdesarrollo progresivo—. Esa traducción de “objetivos sociales” en “niveles de consumo de los productos” no es exclusiva de unos pocos países. Por encima de todas las fronteras culturales, ideológicas y geográficas, las naciones se mueven hoy en día hacia el establecimiento de sus propias fábricas de automóviles, de sus propios hospitales y de sus propias escuelas primarias, y en la mayoría de los casos se trata, cuando mucho, de pobres imitaciones de modelos extranjeros y, especialmente, norteamericanos.

El Tercer Mundo necesita una profunda revolución de sus instituciones. Las revoluciones de la última generación fueron abrumadoramente políticas. Un nuevo grupo de hombres, con un nuevo conjunto de justificaciones ideológicas, tomó el poder para dedicarse luego a administrar fundamentalmente las mismas instituciones escolares, médicas y económicas, con el fin de satisfacer el interés de un nuevo grupo de clientes. Y puesto que las instituciones no habían cambiado radicalmente, la dimensión de la nueva clientela es aproximadamente igual a la anterior. Esto resulta claro en el caso de la educación. Los costos de escolarización por alumno son hoy prácticamente comparables en todas partes, puesto que se tiende a compartir los estándares empleados para evaluar la calidad de la escolarización. El grado de acceso a la enseñanza públicamente subsidiada, la cual se identifica con la posibilidad de ir a la escuela, depende en todas partes de su variable principal: el ingreso per cápita. Lugares como China y Vietnam del Norte pueden ser las excepciones significativas.

En todo el Tercer Mundo —si tenemos en cuenta el propósito igualitario según el cual fueron fundadas— las instituciones modernas son absolutamente improductivas. Mientras la imaginación social de la mayoría no haya sido paralizada de manera irreversible mediante la fijación a estas instituciones, hay cada vez mayor esperanza de que la revolución de las instituciones pueda planearse en el Tercer Mundo y no en los países ricos. De ahí la urgencia de abocarnos a la tarea de desarrollar alternativas viables frente a las soluciones “modernas”.

En muchos países el subdesarrollo se acerca a un estado crónico. La revolución a la cual me refiero debe echarse a andar antes de que eso suceda. Una vez más la educación ofrece un buen ejemplo de ello: el subdesarrollo educativo crónico tiene lugar cuando la demanda de escolarización tiende de tal modo a ser universal que la concentración total de los recursos educativos en el sistema escolar se convierte en una exigencia política

unánime. En ese momento, desenlazar la educación de la escuela, disociar el binomio escuela-educación, se hace prácticamente imposible.

La única respuesta viable frente al creciente subdesarrollo es planear una respuesta que sea una alternativa para las áreas de bajo capital. Es más sencillo hablar de alternativas para las instituciones y servicios que definir esas alternativas en términos precisos. No quiero añadir otro capítulo a las publicaciones acerca del año 2000 inspiradas por el señor Herman Kahn. No es mi propósito pintar una Utopía ni describir el escenario de un futuro de alternativas. Debemos contentarnos con algunos ejemplos que indiquen la posible dirección de las investigaciones.

Algunos de esos ejemplos ya han sido expuestos. Los autobuses son una alternativa para los enjambres de automóviles particulares. Unos vehículos diseñados especialmente para un transporte un poco más lento, o sobre rieles, sirven de alternativa a los camiones estándar. El agua no contaminada es una alternativa frente a la costosa cirugía. Los ayudantes de los médicos son una alternativa para los doctores y las enfermeras. El almacenamiento comunal de los alimentos resulta una alternativa frente a los costosos equipos de cocina. Podrían discutirse otras alternativas. ¿Por qué no, por ejemplo, considerar las caminatas como una futura alternativa que puede sustituir a la locomoción motorizada y explorar al mismo tiempo las tareas que ese cambio demandaría de los arquitectos? ¿Y por qué no uniformar la construcción de habitaciones familiares con estructuras prefabricadas, de modo que a cada ciudadano se le obligue a aprender durante un año de servicio social cómo construir su propia casa?

Hablar de alternativas en la educación es más difícil. Ello se debe, en parte, a que las escuelas han agotado enteramente los recursos que se destinan a la educación. Pero, incluso en este campo, podemos indicar las líneas generales para la investigación.

Hoy en día la escolarización se concibe como la asistencia de los niños a clase, las calificaciones, los programas de estudio. Los niños deben ir a la escuela durante cerca de 1 000 horas por año, y durante un periodo ininterrumpido de varios años. Como regla general, los países latinoamericanos pueden proporcionar a cada ciudadano entre 30 y 40 meses de ese servicio. ¿Por qué no, por ejemplo, hacer obligatorio uno o dos meses de clases para todos los ciudadanos de menos de 30 años?

Hoy en día la mayor parte del dinero se gasta en los niños. A un adulto se le puede enseñar a leer en una décima del tiempo y a un costo 10 veces menor que los insumidos por un niño. En el caso de la persona adulta

existe una recuperación inmediata de la inversión, no importa que su aprendizaje se vea a través de una nueva perspectiva y conciencia políticas, o que se enfoque desde el punto de vista de una productividad creciente. En el caso del adulto el saldo es doble, puesto que no sólo contribuye a la educación de sus hijos, sino también a la de otros adultos.

A pesar de esas ventajas, en América Latina —donde la mayor parte de los recursos públicos se destinan a las escuelas— los programas de alfabetización de adultos no sólo no son subsidiados, sino que son bárbaramente suprimidos, como sucede en Brasil y otros países donde el apoyo militar a las oligarquías feudales o industriales se ha quitado la máscara de su inicial benevolencia.

Es difícil definir otra alternativa, puesto que no existe aún ningún ejemplo para demostrarla, pero eso no quiere decir que no exista. Debemos entonces imaginar que los recursos públicos destinados a la educación se distribuyan de tal manera que se ofrezca a cada ciudadano una oportunidad mínima. Se podría imaginar algo así como una ley de derechos universales, similar a aquella que concibieron los militares después de la guerra, de tal modo que se divida la cantidad de los recursos públicos destinados a la educación entre el número de niños que está en edad escolar, asegurándose de que un niño que no ha aprovechado esas ventajas a la edad de siete, ocho o nueve años, cuando llegue a los 10 las tendrá disponibles.

Preguntamos entonces, ¿qué hacer con los compasivos recursos que cualquier república latinoamericana le ofrece a cada uno de sus niños? Respondemos: proveer casi todos los libros básicos, dibujos, cubos, juegos y juguetes que están totalmente ausentes de las casas y de los niños pobres y que le permiten a un niño de clase media aprender los números enteros, el alfabeto, los colores, las formas y otras clases de objetos y experiencias que aseguren su progreso educativo. Proveer anualmente a cada ciudadano menor de 30 años de varias semanas de vacaciones en un campamento de intenso trabajo educativo. Entre todas estas cosas sin escuelas o las escuelas sin ninguna de estas cosas, la elección es obvia.

Pero el niño pobre, el único para quien desafortunadamente la elección se plantea en términos reales, jamás puede elegir.

Definir las alternativas a los productos y a las instituciones que en la hora presente dominan nuestra visibilidad es difícil, no sólo, como he tratado de demostrarlo, por el hecho de que tanto esos productos como esas instituciones modelan nuestra concepción de la realidad, sino también por-

que la construcción de esas alternativas requiere de una concentración de voluntad e inteligencia poco frecuente.

En el último siglo hemos acostumbrado llamar a esa combinación de voluntad e inteligencia al servicio de la solución de problemas particulares independientemente de su naturaleza, investigación. Quiero dejar claro, sin embargo, a qué clase de investigación me refiero. No hablo de investigación básica en el campo de la física, la ingeniería, la genética, la medicina o las letras. El trabajo de hombres como Pauling, Crick, Penfield y Hibb debe sin duda continuar ampliando nuestro horizonte científico en otros campos. Los laboratorios, las bibliotecas y los colaboradores especializados que estos hombres necesitan los llevan a congregarse cada vez más en las pocas capitales de investigación que existen en el mundo. Sus avances radicales proporcionan nuevos parámetros para el diseñador de cualquier producto.

Tampoco hablo de los millones de dólares que se gastan anualmente en la investigación aplicada, puesto que ese dinero lo invierten las grandes instituciones que buscan perfeccionar y dar a la publicidad sus productos. La investigación aplicada es dinero gastado para hacer aviones más veloces y aeropuertos más seguros; dinero gastado para hacer medicamentos cada vez más específicos y poderosos y doctores más capaces de manejar los efectos secundarios de esas drogas; dinero gastado para enlatar más enseñanza en salones de clase; dinero gastado en métodos dedicados a administrar burocracias cada vez más grandes. Éste es el tipo de investigación al cual debemos oponer cierta clase de contracorriente, si deseamos llegar a presentar alguna alternativa a los automóviles, los hospitales, las escuelas y muchos de los tantos otros llamados "implementos necesarios para la vida moderna".

Hablo de un tipo de investigación peculiarmente difícil, que por razones obvias ha sido hasta ahora profundamente descuidada. Lo que estoy haciendo es un llamado para investigar las alternativas a todos los productos que hoy en día dominan el mercado: alternativas a los hospitales y las profesiones que se dedican a mantener vivos a los enfermos; alternativas a las escuelas y a los procesos de enlatar productos que se rehúsan a proveer educación a quienes no tienen la edad requerida, a quienes no han seguido los programas exigidos, a quienes no se han sentado en un salón de clase durante el número sucesivo de horas indicado, en fin, a quienes no van a pagar para estar sometidos a las guarderías, los exámenes de admisión y la constancia de materias o títulos, a más del adoctrinamiento en los valores de la élite dominante.

Esta investigación contracorriente que intenta hallar alternativas fundamentales a las soluciones patentadas más comunes es el elemento crítico principal para la búsqueda de un futuro en el cual podremos vivir. Esta investigación contracorriente es distinta a la mayor parte del trabajo que se hace en nombre del año 2000: porque casi todo ese trabajo busca cambios en los modelos sociales, pero a través del desarrollo lineal de las consecuencias de la tecnología avanzada. La investigación contracorriente, a la cual hago referencia, debe tomar como uno de sus parámetros fundamentales la continua falta de capital en los países del Tercer Mundo.

Las dificultades de ese tipo de investigación son obvias. El investigador debe, en primer lugar, dudar de todo aquello que a primera vista es evidente. Segundo, debe persuadir a quienes tienen el poder de decisión para que actúen contra sus intereses a corto plazo. Y, finalmente, debe sobrevivir como individuo en un mundo que él mismo está tratando de cambiar tan fundamentalmente, ya que sus amigos de la minoría privilegiada lo ven como un destructor de la realidad cotidiana en la que todos nos apoyamos. Él sabe, por supuesto, que si logra tener éxito beneficiando a los pobres, puede que un día los ricos quieran también imitar a los felices.

Hay un camino normal para aquellos que dictan una política del desarrollo, ya sea que vivan en el Norte o en Sudamérica, en Rusia o en Israel. Ese camino es definir el desarrollo y establecer sus objetivos en términos que nos resulten familiares, según la manera habitual como ellos están acostumbrados a satisfacer sus necesidades, y de acuerdo con realidades que les permitan usar las instituciones sobre las cuales ejercen el poder o control. Esa fórmula no sólo ha fracasado, sino que fracasará siempre. No hay en el mundo suficiente dinero como para que el desarrollo pueda tener éxito según esas vías, ni siquiera en el caso en que las superpotencias combinaran para ese fin sus presupuestos bélicos.

Un curso análogo lo siguen aquellos que intentan llevar a cabo las revoluciones políticas, especialmente en el Tercer Mundo. Como regla general, prometen hacer accesibles a todos los ciudadanos los privilegios más comunes de que gozan las élites del presente, es decir, la escolarización, la hospitalización, etc. Respaldan esa promesa con la vana creencia de que un cambio de régimen político les permitirá holgadamente ampliar las instituciones que producen esos privilegios. La promesa y el llamado de los revolucionarios están, por tanto, tan amenazadas por el tipo de investigación contracorriente que yo propongo, como lo está el dominante mercado de los productores.

Vietnam, un pueblo armado con bicicleta y lanzas de bambú, ha llevado a un callejón sin salida a la mayor concentración de centros de investigación y producción que jamás haya conocido la historia. Debemos buscar nuestra supervivencia en el Tercer Mundo, en el que la ingenuidad humana es más lista que el poder mecánico.

Por más difícil que sea, la única manera de revertir el progresivo subdesarrollo es aprender a reírnos de las soluciones aceptadas, para así poder cambiar las demandas que las hacen necesarias. Sólo los hombres libres pueden cambiar sus mentalidades y ser capaces de asombrarse, y mientras acontece que no todos los hombres son completamente libres, resulta también que algunos son más libre que los demás.

II. LA METAMORFOSIS DEL CLERO

LA IGLESIA ROMANA, que quiere ser el signo de la presencia de Cristo en el mundo, se ha convertido en la mayor administración no gubernamental del mundo. Emplea 1 800 000 trabajadores de tiempo completo: sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos. Estos hombres y estas mujeres trabajan al servicio de un organismo que una empresa americana especializada ha clasificado entre las organizaciones más eficientes. La institución-Iglesia funciona conforme al tipo de la General Motors. Algunos católicos ven en esto un motivo de orgullo. Otros son conscientes de que la complejidad creciente de su administración amenaza su vitalidad y su capacidad de revelar a Dios a los hombres.

El esfuerzo por modernizar y hacer más eficiente a la Iglesia queda neutralizado por un deterioro de la disciplina. Cuanto más se convierte la Iglesia en una empresa organizada y moderna, más abandonada parece por su personal de tiempo completo.

Algunos reaccionan ante esta crisis con dolor, angustia y miedo. Otros trabajan heroicamente y se sacrifican inútilmente para conjurarla. Y otros, lamentándolo o mostrándose satisfechos, interpretan el desorden disciplinario como un signo de la desaparición de la misma Iglesia romana.

Me permito preguntarme si esta modificación profunda de las estructuras de la institución no podría llenarnos de alegría porque anuncia a una Iglesia más consciente de su impotencia y a una Iglesia más presente en un mundo que se socializa.

La estructura de la Iglesia está en crisis. Los mismos que emplean su lealtad y su obediencia en mantener su organización, y que podrían garantizar su eficacia, la abandonan en número creciente. Antes de 1960 las "defecciones" eran relativamente raras. Hoy son frecuentes. ¿Qué pasará mañana? En las dos Américas, como consecuencia de dramas personales vividos en el secreto de las conciencias, personas permanentes de la Iglesia en número cada vez mayor deciden renunciar a la seguridad afectiva, espiritual y frecuentemente económica de cuya provisión se encargaba el sistema graciosamente. Algunos se retiran a la vida cristiana: fatigados, desalentados e incluso desgarrados y amargados. Otros, con toda serenidad, toman

un compromiso más profundo. Tanto si se quedan como si no se quedan en el interior de la estructura presente, quieren permanecer en la primera línea del esfuerzo creador para modificar esta estructura.

Mi impresión es que, en los próximos años, la mayoría de los sacerdotes y religiosos tendrá que hacer frente a decisiones que en otro tiempo eran inconcebibles. La crisis de que hablo no proviene de un "mal espíritu del siglo", ni de la ausencia de generosidad de eventuales "desertores", sino más bien de un estado clerical que ha absorbido la función magisterial de la Iglesia.

La Iglesia presenta a la sociedad moderna estructuras superadas que, a su vez, están basadas en un manual de procedimiento internacional llamado Código de Derecho Canónico. Una teología fundada en nociones sociológicas inaplicables al mundo de hoy en su especificidad y en su complejidad trata de justificar este Código. Tomemos el "ministerio clerical" como ejemplo de este equívoco. Sólo en la medida en que tengamos la valentía de prever, en un lapso más o menos largo, la desaparición del personaje del "señor cura", del "eclesiástico", podremos hacernos una idea de la Iglesia del mañana. En efecto, estas apelaciones son la expresión de una profunda confusión de cuatro realidades en las cuales se funda la estructura presente de la Iglesia: 1) el clérigo; 2) el ministro, ya sea diácono o sacerdote; 3) el "monje"; 4) el "teólogo" profesional. Creo que la imagen que nos hacemos del "cura" o del "eclesiástico" es una mezcla de estas cuatro realidades. Me permitiré hablar en seguida de estos diferentes conceptos:

1. Es muy posible que 90% de los empleados que trabajan actualmente en la estructura funcional de la Iglesia, que viven de ella y a quienes debería reservarse en exclusiva el nombre de "clérigos", son inútiles a la misma Iglesia.

2. En América Latina por lo menos, según todas las probabilidades, el "ministerio" pronto será ejercido sobre todo por no clérigos.

3. La secularización radical de la mayor parte de los ministros sagrados es paralela a la secularización de la vida religiosa que empezó con los institutos seculares. Esta secularización debe considerarse como una señal de la gratuidad y creciente vitalidad de la renuncia del "monje moderno", para el que echamos de menos una apelación adecuada, como la echamos de menos para el sacerdote laico.

4. Me permitiré, finalmente, sugerir que el seminario es una institución indispensable si se quiere formar "curas" para su profesión, y una institución anacrónica e irreformable si debe servir para preparar laicos para el diaconado o para el sacerdocio en su plenitud.

ECLIPSE DEL CLÉRIGO

El personal eclesiástico goza de notables privilegios. Todo adolescente deseoso de entrar a formar parte del "clero" puede dar por descontada una situación prácticamente garantizada, con una serie de ventajas psicológicas y sociales. Su promoción depende en general de la edad y no de la competencia.

Los empleados eclesiásticos ocupan con frecuencia viviendas que pertenecen a la Iglesia, gozan de un trato de favor en los servicios de hospital y tienen toda la educación gratuita que deseen. La situación, la reputación y el rango social se los procura la sotana, y no la competencia o la fidelidad. A los laicos, empleados sin "tonsura" en las estructuras eclesiásticas, les son reconocidos algunos "derechos del hombre", pero su promoción depende sobre todo de su habilidad para captarse los favores de los otros "permanentes de carrera".

La Iglesia posconciliar sigue el ejemplo de ciertas Iglesias protestantes, que transfieren numerosos eclesiásticos del trabajo parroquial a las funciones de papeleo en el "apostolado burocrático". Se nos pide que roguemos a Dios para que envíe más empleados a las oficinas y para que inspire a los fieles el deseo de pagar la cuenta. No todo el mundo es capaz de desear tales "beneficios".

El desarrollo automático de las oficinas se realiza ciertamente sin asistencia divina: el mismo Vaticano es un ejemplo de esto. Desde el final del Concilio, las 12 venerables congregaciones han sido arrojadas con numerosos organismos posconciliares que se entrecruzan e imbrican: comisiones, consejos, órganos consultivos, comités, asambleas, institutos y sínodos. Este laberinto se sustrae a todo gobierno. Y muy bien. Tal vez aprenderemos así que los principios de administración de empresas no son aplicables al Cuerpo de Cristo. El Vicario de Cristo no es ni un presidente director general de una sociedad de negocios, ni un monarca bizantino. La tecnocracia clerical se encuentra todavía más lejos del Evangelio que la aristocracia sacerdotal. Tal vez reconoceremos que el mito de la eficacia corrompe el testimonio cristiano más insidiosamente que el poder; que el papa ganaría en grandeza y en fidelidad evangélica en la medida en que perdiera la iniciativa e incluso el control del testimonio de los cristianos en el mundo.

En el momento mismo en que el Pentágono trata de reducir su personal, estableciendo contratos por trabajos concretos, dirigiéndose al mercado libre de la industria, de la investigación y de la enseñanza, el Vaticano se orienta hacia la diversificación y proliferación de los organismos de la

Iglesia. La nueva administración central superorganizada escapa de las manos de los sacerdotes de carrera italianos, en beneficio de los especialistas eclesiásticos reclutados en el mundo entero. La curia pontificia de los tiempos medievales toma el cariz de un cuartel general de planificación y de administración de una firma internacional centralizada, cuyas sucursales gozan de una autonomía bien calculada.

La Iglesia antes hacía esfuerzos por hacerse reconocer por los Estados modernos como otro Estado; actualmente, trata en forma sutil de hacerse reconocer como un organismo de interés público internacional, análogo a la FAO o al Consejo de las Iglesias. Roma se convierte en algo similar a las fundaciones filantrópicas, a los consejos de investigación y a la comisión internacional atómica. Se crean muchos puestos nuevos y la jerarquía, habituada al control absoluto de sus subordinados, trata de cubrirlos con elementos dóciles a su iniciativa: la "gente de Iglesia". La periferia de la Iglesia, como la misma Roma, está regida por las leyes de Parkinson: "el trabajo aumenta con el personal disponible" y "siempre hay personal dispuesto a servir en los grados superiores". La superestructura de la Iglesia latinoamericana ofrece un ejemplo impresionante de esto.

Los obispos latinoamericanos de la generación precedente se trasladaban a Roma, aproximadamente cada 10 años, para hacer su informe al papa. Fuera de esto, su contacto con Roma se reducía a las peticiones rutinarias de indulgencias o de dispensas, transmitidas a través de la nunciatura y a las venidas ocasionales de los visitantes apostólicos. Hoy, una comisión romana para América Latina (CAL) reúne a subcomisiones de obispos europeos y americanos a fin de mantener el equilibrio con la asamblea episcopal latinoamericana. La organización de ésta incluye un consejo (CELAM) y comisiones, secretariados, instituciones y delegaciones en gran número. El CELAM corona las asambleas episcopales nacionales, algunas de las cuales poseen una organización burocrática de extraordinaria complejidad. Todo este edificio ha sido construido con el fin de facilitar deliberaciones ocasionales entre obispos para que, una vez vueltos a sus diócesis, puedan obrar con más independencia y originalidad. Los resultados raramente responden a esta intención. La mayoría de los obispos adquiere la mentalidad burocrática necesaria para establecer una ronda de reuniones cada vez más frecuentes. Los organismos nuevos exigen un personal cada vez más numeroso para los servicios del Estado Mayor clerical.

Una dirección central se cierne amenazadora sobre las iniciativas renovadoras y espontáneas de las iglesias locales. La multiplicación de los

funcionarios, por otra parte, puede verse desde la base como un elemento que contribuye a su propia desclericalización: los "curas" se eliminan a sí mismos de la parroquia, convirtiéndose en "monseñores de la oficina". Este proceso se encuentra aliado con otros dos factores que reducen el número de sacerdotes: la creciente oposición de los jóvenes atraídos por el sacerdocio a dejarse embarcar en la carrera clerical convirtiéndose en "curas", y el número creciente de sacerdotes que obligan a la Iglesia a aceptar su dimisión.

Lo que se ha dado en llamar reforma posconciliar del clero en todos estos planos, desde la curia romana a la parroquia rural, puede verse así como la condición previa, por una parte, para la renovación de una base "sin curas", y por otra, para la aparición de un "clero" sin pretensiones apostólicas.

¿Por qué no podríamos prever, en efecto, en la Iglesia una "carrera eclesiástica" profesional? Un "clero" muy limitado, profesionalmente bien formado y bien pagado, que podría colocarse en el Estado Mayor para funciones técnicas. No veo ninguna razón para dar las órdenes a estos sociólogos, teólogos y contables, ni para exigir a estos hombres o mujeres una carrera de por vida. Su profesión no sería anunciar la Palabra ni presidir la comunidad, sino más bien un servicio eficaz de la superestructura inevitable.

EL CULTO DE MAÑANA

Un laico adulto, que habrá recibido las órdenes, presidirá la comunidad cristiana "corriente" del futuro. El ministerio se convertirá en una obra realizada en tiempo libre, y no será un trabajo profesional. Imaginamos que la "diaconía" sustituirá a la parroquia, como unidad fundamental institucional de la Iglesia. El contacto periódico entre amigos tomará el lugar de la reunión dominical de extraños. Una persona independiente, un dentista, un obrero, un profesor, y no un empleado de la Iglesia, escriba o funcionario, presidirá la reunión. El ministro, normalmente, saldrá del seno de su propia comunidad y sólo excepcionalmente será un enviado que constituye en torno a él una nueva iglesia. Será un hombre madurado en la sabiduría cristiana por su prolongada participación en una liturgia íntima de su comunidad, y no uno que ha recibido un título en el seminario, instruido profesionalmente en una jerga "teológica". La plenitud y la madurez del matrimonio en unos, y la gozosa renuncia en otros, serán reconocidos como un signo válido para la carga del ministerio.

Más que la asistencia de una multitud anónima en torno a un altar, preveo el contacto personal de familias en torno a una mesa. Más que los edificios consagrados, destinados a santificar la ceremonia, será la celebración la que santificará el comedor de una casa. Esto no significa que todas las iglesias serán transformadas en teatros o en inmuebles invendibles. Evidentemente, no propongo que le quiten al obispo su catedral, ni que se le exija que se gane la vida. Creo que tomando el diaconado en serio, y sin ordenar por el momento a hombres casados para el sacerdocio en su plenitud, la Iglesia puede progresar en el momento mismo en que el número de sacerdotes disminuye.

Las estructuras pastorales han quedado ampliamente determinadas por 10 siglos de sacerdocio clerical y celibatario. En 1964 el Concilio dio un paso significativo hacia la renovación al aprobar el diaconado de personas casadas. El decreto es ambiguo, puesto que podría favorecer la proliferación de un clero de segundo orden sin cambiar las estructuras. Pero puede también conducir a la ordenación de hombres adultos, materialmente independientes, y no clérigos. El gran peligro es la clericalización del diaconado, que el diácono viva de los recursos de la Iglesia, retrasando así la necesaria e inevitable secularización del ministerio sacerdotal.

El futuro sacerdote "ordinario", que se gana la vida, presidirá en su casa una reunión semanal de una docena de diáconos. Leerán juntos la Sagrada Escritura, estudiarán y comentarán la instrucción semanal del obispo. Si se ha celebrado la misa en el curso de la reunión, cada diácono llevará a su casa el Sacramento y lo conservará con su crucifijo y su Biblia. El sacerdote visitará las diversas "diaconías" y eventualmente presidirá en ellas la misa. Un cierto número de "diaconías" se reunirán de vez en cuando en otra sala alquilada, o en la catedral, para una misa más solemne. El obispo y sus sacerdotes, a media jornada liberados de sus tareas administrativas, encontrarán el tiempo necesario para concelebrar en ciertas ocasiones. El obispo, asistido por algunos permanentes, tendrá la posibilidad de preparar y de hacer circular su selección semanal de fragmentos de los Padres de la Iglesia y un esquema para su discusión. Asistido por su presbiterio, orientará la liturgia doméstica de las diaconías.

Todos estos cambios obligarán a revisar el precepto de la misa dominical, y también a revalorizar las prácticas rituales de la Penitencia.

El sacerdote secularizado

El derecho canónico actual prevé la ordenación de personas cuya subsistencia corre de por vida a cargo de la Iglesia, y la de personas dotadas de bienes propios suficientes. Vincular la ordenación a esta forma burguesa de independencia económica nos parece, en nuestros días, una cosa anormal, por no decir indigna. Hoy un hombre se gana la vida realizando un trabajo cualquiera en el mundo, y no desempeñando un papel en una jerarquía. La Iglesia ha tenido razones válidas para oponerse al trabajo de los sacerdotes deformados por el seminario y por la vida clerical. Pero estas razones no se aplican al trabajador adulto, ordenado de diácono o de sacerdote, tanto si está casado como si es "monje". Considerar las capacidades profesionales o la seguridad social adquirida por el trabajo como una señal de independencia suficiente para ordenarse no es ciertamente contrario a la intención del derecho canónico. El ministerio sacramental de "laicos ordenados" nos ayudará a ver con ojos nuevos la "oposición" tradicional entre el eclesiástico y el laico en la Iglesia. A medida que superemos estos dos conceptos, se volverá evidente su carácter transitorio. El Concilio, resumiendo el proceso histórico de la última centuria, ha tratado de definir al sacerdote y al laico en dos documentos distintos. Pero el futuro, a partir de la antítesis aparente, edificará una nueva síntesis que irá más allá de las categorías presentes.

El lenguaje cotidiano no tiene palabras para definir esta nueva realidad, y la imaginación católica se asusta al querer dar un nombre bautismal a este "hijo legítimo", ¿un laico-sacerdote? ¿Un no clérigo ordenado de diácono o de sacerdote? ¿Un sacerdote de los domingos? ¿Un sacerdote a media jornada? ¿Un ministro sacramental secularizado?

La historia de la institución clerical desde el Concilio de Trento ha hecho que la expresión "sacerdote secular" sea impropia.

Este nuevo tipo de cristiano será sobre todo el presidente de la celebración, y no el sacerdote para toda clase de actividades, que se presta muchas veces sin competencia para una variedad pasmosa de tareas sociales y psicológicas. Su aparición librerá finalmente a la Iglesia del sistema restrictivo de los beneficios y de los regalos. Más aún, la Iglesia en este momento habrá renunciado al número infinito de responsabilidades que han hecho del sacerdote un accesorio artificial de funciones sociales establecidas. El laico ordenado hará que sea superfluo, desde el punto de vista pastoral, el "cura eclesiástico". La transformación de la existencia actual permite a to-

do hombre una libertad, reservada con anterioridad a los nobles y a los clérigos, que le deja disponible para aceptar funciones espirituales a media jornada. El tiempo libre aumenta paralelamente a la reducción de las horas de trabajo, a la jubilación precoz y a las ventajas más amplias de la seguridad social.

El trabajador que libremente renuncia al tiempo de esparcimiento ya no encuentra límites para su educación. Para una creciente mayoría de hombres maduros e independientes existe tiempo disponible de preparación para el ejercicio del ministerio cristiano en una sociedad pluralista y secular. Las mismas razones que hacen de todo cristiano entregado una persona capaz de prepararse para la presidencia de la comunidad eclesíastica, hacen que sea superfluo el clero parroquial. Los ciudadanos católicos formados no piden al señor cura consejo para una acción profana. El político ateo o el técnico laico poseen tal vez mejores títulos para la función de consejeros en valores humanos. La gente capaz de reflexión teológica no va ya a pedir al padre una dirección moral. Piensa por su cuenta. Su formación teológica es a veces superior a la del sacerdote. Los padres que tienen una buena educación dudan cada vez más en confiar a sus hijos al sistema de enseñanza clerical. Se dan cuenta de que ellos mismos son capaces de evangelizarlos, de que en el mundo moderno esta tarea no puede delegar solamente al consiliario, y de que tienen ellos mismos la gracia para llevar a cabo dicha tarea.

Sacerdotes a título interino

Es verdad que existen dificultades para la ordenación de hombres sobre los cuales la Iglesia tiene poco dominio. El laico ordenado podría querer dejar el ministerio; podría ser reo de pecado público; él o su mujer podrían convertirse en factores de discordia en la comunidad cristiana. ¿Y entonces, qué? El derecho canónico actual contiene en germen la solución: que se le suspenda de sus funciones. La "suspensión" la debe decidir tanto el individuo como la comunidad, y no debe entenderse solamente como un castigo en manos del obispo. El ministro ordenado puede creerse llamado a tomar una posición criticable y discutida: si así ocurriera, dejaría de ser un símbolo de la unidad sacramental, ya que juzgaría necesario convertirse en un signo de contradicción. Que él mismo, la comunidad o el obispo decidan con toda libertad si debe retirarse de la presidencia de la comunidad, de la cual será entonces un simple miembro. La comunidad que reconoció su ca-

risma y lo presentó al obispo para que lo ordenara, debe respetar su libertad de conciencia y permitirle que renuncie al ejercicio de la función para la cual había sido habilitado. El ejercicio ritual del orden recibido no es un derecho inalienable ni un deber perpetuo. El no clérigo no tiene que defender ventajas especiales, ni rentas, ni situaciones que dificultarían la suspensión de sus funciones ministeriales: ejerce estas funciones sin pertenecer a un estado clerical.

La estrategia de la transición

Hemos visto que el crecimiento de la superestructura clerical podría en el momento presente acelerar la ordenación de laicos, despoblando las filas de los antiguos "curas". El "sacerdote laico", por su parte, haría posible poner fin a la "falta de clero" que preocupa extraordinariamente a los obispos. Pero los obispos, cuya mentalidad ha sido moldeada por las estructuras heredadas del pasado, se oponen a que el título que justifica la existencia del clero como "clase aparte" (me refiero a las órdenes sagradas) pase a manos de los que se niegan a formar parte de esta clase.

En este callejón sin salida, "la crisis del clero en América Latina" podría transformarse en fuente de renovación para la Iglesia universal. La misma gravedad de esta crisis permite allí un diagnóstico que es imposible en otras partes, en donde los paliativos producen la ilusión de que el estado clerical podría sobrevivir.

Hay hoy en día sacerdotes que comienzan a ver que están ahogados en la medida en que su sacerdocio se halla vinculado a los privilegios y a las responsabilidades de este estado. Por una parte, estos privilegios los encierran en un *ghetto*, incluso en el interior de la Iglesia, y por otra, las responsabilidades del orden establecido no les permiten comprometerse en ningún tipo de revolución.

Muchos sacerdotes están descontentos de sus ocupaciones, bien porque no se sienten libres de realizar el trabajo para el que se saben dotados, o porque carecen de preparación para la tarea que les es asignada. En el primer caso buscan una definición nueva de la función del "cura" que les permita emprender nuevas tareas. En el segundo, hay que tratar de dar una formación más adecuada. Ambas soluciones se limitan con frecuencia a ser paliativos. Lo que habrá que hacer es más bien plantearse la cuestión siguiente: ¿por qué obligar a un hombre a estar en el clero para siempre? ¿Por qué mantener bajo el control de la Iglesia las funciones que le han sido asignadas?

En la medida en que la Iglesia se apega al sistema existente, que hace del sacerdote un permanente "clerical", nuestro actual problema queda enteramente en pie: el del "cura" cada vez más especializado, insatisfecho y frustrado, y el del cristiano que rechaza el "ministerio" por aprecio de su "estado laico".

Con el objeto de responder a esta crisis, los próximos años verán cómo proliferan los programas de puesta al día del clero. Estos programas pueden clasificarse en tres tipos: la mayor preparación del clero, el volver a encontrar los motivos que hacen válido para el sacerdote su estado clerical y, finalmente, la preparación para escoger periódicamente su futuro con toda libertad.

a) Cada vez más, las diócesis y las congregaciones religiosas piden a expertos consejeros de la industria que les enseñen los actuales métodos profesionales. La Iglesia se convierte así en una "empresa de servicios" entre muchas otras. Se parte del principio de que hay que renovar (*recycler*) el "producto" desusado del noviciado y del seminario, para hacer que funcione después del Concilio: se habla entonces en una nueva jerga y se celebra según un nuevo rito. La repetición de estos cursos de pastoral es inevitable si se quiere hacer funcionar una máquina cada vez más complicada.

b) El retiro espiritual, por otra parte, ya no sirve para robustecer el compromiso personal del sacerdote en la aventura y en los riesgos evangélicos; por el contrario, los superiores lo utilizan con frecuencia para confirmar la fe vacilante de los sujetos en una estructura que se presenta como si estuviera fundada en la voluntad de Dios. Se insiste en que la ordenación para la función sacerdotal implica el deber perentorio de ser fiel al estado clerical.

c) Tenemos que prever una renovación (*recyclage*) de adultos que periódicamente desean plantearse su vocación. Yo, que me he puesto totalmente al servicio de la Iglesia, ¿debo seguir siendo clérigo? ¿Debo abandonar esta estructura para vivir en adelante el tipo de sacerdote del futuro? Si debo seguir siendo un funcionario eclesiástico, ¿es para colaborar en el progreso del clero hacia la nueva estructura de que la Iglesia tendrá mañana necesidad, o es para provocar la subversión de la estructura presente?

El futuro de la Iglesia no se planifica: se imagina, se vive en la obediencia, y sólo entonces se descubre. Mi presente es siempre el pasado de alguien y el futuro de algún otro.

Tenemos necesidad hoy de algunos sacerdotes, formados en los seminarios de antes, que estén decididos a romper ciertas estructuras hereda-

das, sin abandonar la disciplina fundamental, incluida la del celibato. Éstos podrán convertirse en pioneros del “sacerdote-monje” de la Iglesia de mañana, aunque por el momento se expongan a la incomprensión y a la “suspensión”. Tenemos también necesidad de estas vocaciones de sacerdotes animados de esperanza, capaces de dejar el “clero” sin endurecimientos, sin amargura y sin cobardía.

Tenemos igualmente necesidad de sacerdotes, asimismo libres y desprendidos, que continúen en su puesto, aunque lo consideren contrario a su ideal de la Iglesia.

Tal vez habrá otros que se creerán libres para abandonar la disciplina del celibato o para obligar a la Iglesia que los dispense, pero que renunciarán a esta libertad para no frenar su renovación. También éstos tendrán necesidad de una puesta al día (*recyclage*) para decidirse con toda libertad.

FUTURO DEL CELIBATO

La costumbre, creadora de confusión

Es difícil separar lo que el hábito o la costumbre ha unido. La unión del estado clerical, del sacramento del orden y del celibato voluntario en la vida del “cura” ha dificultado la comprensión de cada una de estas realidades, y ha impedido que fuera posible intentar su separación. El clero se ha afincado en su estatuto socioeconómico y en su poder, defendiendo su derecho exclusivo al sacerdocio. Es muy raro que se propongan argumentos teológicos contra la idea del laico ordenado, si se exceptúa la referencia a la impropiedad de la misma expresión. Sólo los eclesiásticos católicos que desean casarse y los pastores protestantes que temen perder su posición clerical desean extender los privilegios clericales a los ministros católicos casados.

El vínculo entre el celibato y el orden es fuertemente atacado, a pesar de las declaraciones de la autoridad que lo defiende. Se ponen sobre el tapete argumentos exegéticos, pastorales y sociales que no demuestran nada. Son cada vez más los sacerdotes que realizan actos en que niegan el celibato, y, lo que es más grave, abandonan al mismo tiempo celibato y ministerio. El problema es calificado, de común acuerdo, como complejo; efectivamente, convergen en él dos realidades que son sólo comprensibles a la luz de la fe: el ministerio sacramental del sacerdocio y el misterio personal de una renun-

cia extraordinaria. Nuestro lenguaje secular se confiesa impotente ante el análisis sutil de sus relaciones mutuas. Enunciar y discutir cada una de las tres cuestiones por separado nos ayudará tal vez a diferenciarlas entre sí y a comprender la naturaleza de las relaciones entre:

- a) el compromiso del celibato voluntario;
- b) la constitución de comunidades religiosas;
- c) la prescripción legal del "celibato eclesiástico".

La elección voluntaria de una vida "impotente"

Siempre ha habido en la Iglesia hombres y mujeres que han renunciado libremente al matrimonio "en vista del Reino". De conformidad con tal acto, fundan simplemente su decisión en la llamada interior de Dios. La experiencia, que es el motivo de la decisión, debe distinguirse de la exposición discursiva mediante nociones abstractas y razones que la justifican. Para muchos estas nociones han quedado actualmente vacías de sentido, lo cual les induce a renunciar al compromiso del celibato. Los defensores del celibato interpretan este gesto como la manifestación de un debilitamiento de la fe en los católicos modernos. Este gesto podría aportar igualmente la prueba de que es una purificación de la propia fe, y de que es una renuncia a fundar el propio testimonio en argumentos especiosos. En los motivos alegados, los hombres ven hoy día más claramente motivos sociológicos, psicológicos y mitológicos en favor del celibato, y reconocen su carácter inadecuado ante la verdadera renuncia cristiana.

La renuncia al matrimonio ya no es necesaria, desde el punto de vista económico, para el servicio de los pobres; ni tampoco es ya una condición legal para el ministerio ordenado; ni una situación extraordinariamente propicia para los estudios. El celibato no puede ya contar, para su defensa, con la aprobación de la sociedad.

Los motivos psicológicos invocados en otro tiempo para justificar las ventajas de la continencia, apenas son hoy aceptables. Numerosos célibes comprenden ahora que rechazaron el matrimonio por desgana, miedo, egoísmo, falta de preparación o sencillamente de atractivo. Y ahora escogen el matrimonio, o bien en virtud de una mejor comprensión de sí mismos, o bien en virtud del deseo de probar su error inicial. Ya no se presentan como héroes delante de sus padres, por su fidelidad, ni se sienten parias por su "defección".

El estudio comparado de las religiones descubre en la historia de la humanidad muchas "razones" de la continencia. Estos motivos son de orden ascético, mágico o místico. Son ciertamente "religiosos", aunque apenas sean "cristianos". El asceta renuncia tal vez al matrimonio con objeto de ser libre para la oración; el "mago", para salvar mediante su sacrificio a un chinito; el "místico", en favor de la intimidad nupcial exclusiva con el "Todo". Nuestros contemporáneos saben que la continencia no intensifica la oración, ni hace el amor más ardiente, ni aumenta las gracias recibidas.

Hoy el cristiano que renuncia al matrimonio y a los hijos "en vista del Reino" no aduce, en favor de su decisión, ninguna razón abstracta. Quiere vivir ahora el estado de pobreza absoluta que todo cristiano espera encontrar en la hora de la muerte, y que todo hombre encontrará. Su vida no prueba nada, ni siquiera la trascendencia de Dios. Su renuncia no sirve para nada, excepto a su propia verdad. Su resolución de renunciar a una esposa tiene el mismo carácter de intimidad, de incomunicabilidad y de gratuidad que la preferencia única de un hermano suyo por su esposa.

El "monje" (como lo llamaría yo para distinguirlo) arriesga su personalidad en una disponibilidad, una apertura y una soledad que podrían conducirlo al orgullo, a la insensibilidad y al aislamiento. Su hermano arriesga su futuro humano de otra manera, escogiendo una mujer, para lo mejor y para lo peor. El "monje" elige vivir su vida en la impotencia voluntaria revelada por el Todopoderoso en el momento culminante y paradójico de su amor. Sigue el ejemplo del crucificado impotente. Esta conducta, y no la intervención de la Iglesia, es la que constituye al "monje". Esta conducta se vive en las profundidades del corazón: no importa que el monje la elija gratuitamente haciendo los votos en una orden religiosa, o que la acepte como una condición impuesta por la Iglesia para servir dentro del clero, o que se someta simplemente a una vocación percibida a través de los acontecimientos de su vida sin haberla escogido mediante votos o aceptado como condición de un cargo.

La vida religiosa

La Iglesia se ha servido de dos signos para dar una expresión visible a la decisión de ciertos cristianos de seguir hasta el final a Cristo en la impotencia de la cruz. Ha dado una organización social y jurídica a las comunidades religiosas y ha instituido la celebración ritual de los votos que son la

manifestación del compromiso del individuo en una de estas comunidades: estos dos signos visibles están en vías de desaparición.

Las órdenes religiosas ofrecen una estructura comunitaria en la que cada miembro se supone que profundiza el compromiso de santidad de su bautismo, y que ocupa al mismo tiempo su propio lugar entre el personal administrado por su superior. Las obras de las órdenes religiosas desaparecerán sin duda todavía más rápidamente que las instituciones parroquiales o diocesanas, a medida que sus miembros más evolucionados, en número creciente y con permiso de su superior, empiecen a seguir fuera del convento su vocación personal.

Los cristianos deseosos de practicar radicalmente los consejos evangélicos ya no experimentan tanto la necesidad de entrar en comunidades establecidas, ni siquiera en los institutos seculares. Reconocen con todo la eficacia de una unión, temporal o permanente, con otros cristianos a quienes anima el mismo deseo, con el fin de encontrar en ella un mutuo sostén en una común aventura espiritual. Para la próxima generación es de desear la floración de lugares de oración intensa, de casas de retiro, de centros de formación espiritual, de monasterios y de "desiertos" para sostener a la Iglesia entera en su renovación.

Antes los votos eran signos mediante los cuales el cristiano se vinculaba a su comunidad religiosa. A medida que las razones tradicionales de conservar estas comunidades particulares jurídicas se evaporen, se buscarán otras formas para celebrar públicamente la presencia misteriosa de la renuncia en la Iglesia entera. En estas condiciones el compromiso personal debería caracterizarse públicamente más por la celebración litúrgica de un acontecimiento que pertenece a la línea del misterio que por un acto jurídico al que van anejas unas obligaciones legales hacia una comunidad particular.

Mediante este rito la Iglesia afirmaríapúblicamente que cree en la autenticidad del carisma individual. El gesto personal sería realizado entonces como un signo de la misma Iglesia. La admisión a realizar este "gesto" quedaría reservada a los adultos que durante muchos años hubieran practicado la renuncia en el siglo. La Iglesia manifestaría así su voluntad de confiar el testimonio del misterio, el testimonio del anonadamiento de la cruz, a la fidelidad personal de estos nuevos "monjes". Una evolución que se orientara en este sentido mantendría dentro de la Iglesia la tradición monástica y eliminaría múltiples "dispensas" que a los ojos del mundo causan una lamentable impresión. Entonces volveríamos a encontrar la analogía real e íntima

del matrimonio cristiano y de la renuncia: en el rito público y litúrgico del matrimonio, y en el rito público y litúrgico de la renuncia, el cristiano tendría ocasión de celebrar un compromiso que él habría escogido, maduro y ya vivido.

La desaparición progresiva de las comunidades religiosas y de los votos jurídicos se mira así desde un punto de vista positivo:

podría dar paso a una elección mucho más gratuita y evangélica; podría provocar a determinados jóvenes a una vida "monástica" temporal como preparación, ya sea al matrimonio, ya a la soledad; podría, finalmente, ayudar a la Iglesia a superar el callejón sin salida de las múltiples dispensas jurídicas, y dar al compromiso litúrgico un carácter definitivo de tipo sacramental.

El celibato clerical

De momento, la Iglesia ordena solamente a aquellos hombres que, mediante el rito de la tonsura, han sido admitidos al estado clerical. Y mantiene la ley del celibato eclesiástico. La Iglesia, con buenas razones, se niega a admitir en este estado, tal como se presenta actualmente, a funcionarios casados. El papa, gracias a Dios, insiste en este punto. El celibato eclesiástico contribuye a la desaparición del clero. Abre la puerta a la ordenación de laicos, ya sea laicos casados, ya seculares.

A la baja de las vocaciones y a los abandonos eclesiásticos se les proponen muchos remedios. Un clero casado, religiosas y laicos promovidos a las funciones pastorales, la creciente intensidad de las campañas de vocaciones, una mejor distribución mundial del clero existente: todo esto no son más que tentativas tímidas para reavivar un organismo moribundo.

Durante nuestra generación, por lo menos, la ordenación sacerdotal de hombres casados no es un hecho que se impondrá. Los no casados son más que suficientes en número. En este momento la ordenación de sacerdotes casados retrasaría una verdadera reforma pastoral. Pero hay además una segunda razón, más sutil. En nuestros días hay millares de sacerdotes que rechazan el celibato; ofrecen el deprimente espectáculo de hombres formados para la continencia, que se comprometen tardíamente en matrimonios llenos de riesgos. La Iglesia les concede en secreto una dispensa arbitraria y desganada. Habría que clarificar y hacer más realista este proceso me-

diante el cual la Iglesia permite el matrimonio a los "curas". Pero no hay que cambiar las condiciones que implica. La Iglesia exige que el "ex cura" renuncie a la seguridad de su estado y al ejercicio de su ministerio. Ha sido cobarde y no puede servir de modelo. Servir de modelo es tan difícil al sacerdote que "quiere salirse" sin aceptar las consecuencias inevitables de su acto, como al obispo que quiere "conservar cueste lo que cueste" a su sacerdote. Hay que consolarse: el éxodo masivo del clero cesará con la desaparición del sistema clerical actual. Durante este intervalo la ordenación para el sacerdocio de hombres ya casados sería un error lamentable. La confusión que esto acarrearía no podría dejar de provocar un retraso en las reformas radicales necesarias.

¿ES EL SACERDOCIO UNA PROFESIÓN?

La Iglesia, al limitar el sacerdocio a los "curas", lo vincula a los miembros del estado clerical, a la condición de célibe y, finalmente, a una preparación profesional en los seminarios. Nos queda por analizar este último aspecto, el más peligroso para el porvenir según mi manera de ver. No hay peligro más temible que el de permitir que la palabra de Dios justifique la existencia de una profesión en el sentido moderno de la palabra. ¿No hay en muchas partes la propuesta de que el servicio de la palabra de Dios se considere como una profesión, por los mismos motivos que lo es la de maestro o la de psicólogo, y que en ella la ascensión se realice según la experiencia y la competencia de cada uno, y que un sindicato represente los intereses de los miembros ante el obispo-patrono?

Este peligro existe, por lo menos en ciertos países, por el hecho de que una minoría distinguida del clero está empleada en los seminarios. Instintivamente, esta minoría trata de asegurar la supervivencia de estas instituciones. Si el seminario sobrevive a la desaparición del estado clerical post-tridentino engendrado por él, sólo justificará su existencia inventando una nueva profesión para el pastor en paro forzoso por él producido: la profesión de "pastor católico".

Proseguir el reclutamiento de muchachos generosos con el objeto de ponerlos en el molde del "cura" tal como lo describe todavía el Concilio Vaticano II, acabará por ser una ofensa a la moral pública. Es inadmisibles hoy persistir en la preparación de jóvenes para un sacerdocio vinculado a un estado que está en vías de desaparición; pero sería todavía peor formarlos

para una “profesión” moderna que monopolizaría el sacerdocio, y que por esta razón no debería nacer. Esperemos que la minoría selecta de la Iglesia, en vez de aferrarse a los seminarios, quedará disponible para ayudar a los obispos en su tarea más importante: la investigación teológica, por una parte, y la formación profesional de adultos preparados para el ministerio, por otra.

Desgraciadamente, la expresión “formación cristiana” ha llegado a abarcar demasiadas cosas. Como tantos otros términos empleados dentro de la Iglesia, ha perdido casi todo su sentido. Es necesario volverla a precisar para comprender que no es la formación profesional en teología lo que hace al sacerdote.

La madurez de la persona, la precisión teológica, la oración contemplativa y la caridad heroica no son propiedad exclusiva de los católicos. Hay ateos que pueden llegar a la madurez, hay no católicos que pueden alcanzar la precisión teológica, hay budistas que pueden llegar a ser místicos y hay paganos que pueden practicar la generosidad heroica. El resultado específico de la educación cristiana es el “sentido de la Iglesia”. El hombre que lo posee echa sus raíces en la autoridad viva de esta Iglesia, vive en la fecundidad de inversión de la fe y habla en términos inspirados por los dones del Espíritu.

Este “sentido de la Iglesia” dimana de la lectura de las fuentes cristianas, de la participación recogida en la celebración litúrgica, de una particular manera de vivir. Es fruto del encuentro con Cristo, y da la medida de la real profundidad de la oración silenciosa. Es el resultado de la penetración del contenido de la fe por la luz de la inteligencia, por la apertura del corazón y por la sumisión de la voluntad. Este “sentido de la Iglesia” no es el resultado de un análisis abstracto de la doctrina, sino más bien un enraizamiento del espíritu en los datos de la tradición. Cuando se trate de designar a un adulto para el diaconado o para el sacerdocio, buscaremos en él este “sentido” más que los éxitos en teología o el tiempo pasado fuera del siglo. No le exigiremos la competencia profesional para enseñar a “su” público, sino la humildad profética adecuada para la animación de un grupo de cristianos.

CONCLUSIÓN

El futuro de la Iglesia lo vivimos ya, pero para percibirlo no es necesario hacerlo en el sentido del espíritu utópico. La utopía no es ni profecía ni

plan: es un modo humorístico de ver el presente, que lo hace transparente a la fe. El falso profeta se equivoca porque se sitúa en el lugar de Dios. El mal planificador da por sentado "su" poder. La utopía cesa cuando comienza a tomarse demasiado en serio. La mayor administración mundial cuenta con la asistencia del Espíritu Santo, y éste se manifiesta en toda su historia en lo que llamamos la esperanza, la locura de Cristo y alguna vez la utopía.

III. EL REVERSO DE LA CARIDAD

EN 1960 EL PAPA JUAN XXIII encargó a todos los superiores religiosos estadounidenses y canadienses que enviaran 10% de sus fuerzas efectivas, entre sacerdotes y monjas, a América Latina en el curso de los 10 años siguientes. La mayoría de los católicos estadounidenses interpretaron esta solicitud papal como un llamado para ayudar a modernizar a la Iglesia latinoamericana de acuerdo con el modelo norteamericano. Había que salvar del “castrocomunismo” a un continente en el cual vive la mitad de los católicos del mundo.

Me opuse a la ejecución de esa orden: estaba convencido de que dañaría seriamente a las personas enviadas, a sus protegidos y a los patrocinadores de los países de origen. Además, serviría inevitablemente a la propagación del desarrollismo. Había aprendido en Puerto Rico que son pocas las personas que no salen tullidas o completamente destruidas del trabajo de por vida “en beneficio de los pobres” en un país extranjero. Sabía que la transferencia de los estándares de vida y las expectativas norteamericanas no harían más que impedir los cambios revolucionarios necesarios y que estaba mal usar el Evangelio al servicio del capitalismo. Por último, sabía que si bien el hombre común en Estados Unidos necesitaba ser informado sobre la realidad revolucionaria de América Latina, los “misioneros” sólo deformarían la visión de esta realidad: sus informes son notoriamente caprichosos. Era necesario detener la cruzada proyectada.

Junto con unos amigos, fundé un centro de estudios en Cuernavaca. Elegimos ese lugar debido a su clima, ubicación y logística. En la apertura del centro establecí dos de los propósitos de nuestra empresa. El primero era ayudar a disminuir el daño que la ejecución de la orden papal amenazaba causar. Nuestro programa educativo para los misioneros intentaría enfrentarlos de cara a la realidad y consigo mismos, de modo que, o rechazaban sus nombramientos o, de aceptarlos, estarían entonces un poco menos faltos de preparación. El segundo propósito era recabar suficiente influencia entre los núcleos que tomaban las decisiones en las agencias parroquiales de esa empresa misionera y tratar de disuadirlos de aplicar el plan.

Durante la década de los sesenta, tanto nuestra experiencia y nuestra reputación en el entrenamiento intensivo de profesionales extranjeros que habían sido nombrados para desempeñarse en Sudamérica como el hecho de que éramos el único centro especializado en ese tipo de educación, aseguraron un flujo permanente de estudiantes a través del centro —a pesar del carácter básicamente subversivo de los propósitos citados—.

Hacia 1966, en lugar del 10% que se había pedido en 1960, apenas 0.7% del clero norteamericano y canadiense se había desplazado hacia el sur. Los grupos avanzados de la Iglesia estadounidense albergaban ya serias dudas acerca de la necesidad de la empresa en su conjunto. Pero la información plañidera que llegaba desde América Latina y una intensa y costosísima campaña de relaciones públicas conducida desde Washington hicieron que muchos obispos y la gran mayoría de católicos ignorantes continuaran levantando los ánimos en pro de la causa para “ayudar a salvar a América Latina”. Bajo esas circunstancias era necesario respaldar una controversia intensiva y abierta y, por ello, en enero de 1967, escribí el siguiente artículo para la revista jesuita norteamericana *América*. La ocasión era más que propicia: al final de ese mes se habrían de reunir en Boston, con el fin de dar nuevo ímpetu a sus programas, 3 000 miembros de la Iglesia —católicos y protestantes—, de Estados Unidos y de América Latina. Sabía también que la revista *Ramparts* estaba por publicar su *exposé*¹ acerca del financiamiento prestado por la CIA a los movimientos estudiantiles, principalmente en América Latina.

Hace cinco años los católicos estadounidenses emprendieron una peculiar alianza para el progreso de la Iglesia latinoamericana. Se calculaba que para 1970 el 10% de los 225 000 sacerdotes norteamericanos, incluidos hermanos y hermanas, habrían sido voluntariamente enviados al sur de la frontera. En cinco años el “clero” masculino y femenino norteamericano ha contribuido con 1 622 personas en toda Sudamérica. La mitad del camino es un buen momento para determinar si un programa navega todavía según los cálculos previstos cuando se echó a andar y, lo que es más importante, si su destino vale todavía la pena. Numéricamente el programa fue un verdadero fracaso. ¿Debe ello ser fuente de disgusto o de alivio?

El programa dependía de un impulso respaldado por una imaginación acrítica y por juicios sentimentales. Carteles con un “llamado a 20 000” y un dedo dirigido al observador convencieron a muchos de que “América

¹ En francés, en el original. [E.]

Latina te necesita". Nadie se atrevió a explicar claramente por qué, a pesar de que la primera propaganda pública incluía cuatro páginas de texto con varias referencias al "peligro rojo", el Buró Latinoamericano de la *National Catholic Welfare Conference* añadió al programa, a los voluntarios y al propio llamado, la palabra "papal".

Ahora se propone una campaña para recabar más fondos. Ha llegado el momento de reexaminar tanto el llamado para reclutar a 20 000 personas como la necesidad de varios millones de dólares. Ambas peticiones deben someterse a un debate público entre los católicos estadounidenses, desde los obispos hasta las viudas, ya que a ellos se exhorta a proveer el personal y pagar las cuentas. Ante todo debe prevalecer el pensamiento crítico. Los eslóganes de las campañas elegantes y coloridas, y las súplicas emocionantes, no hacen más que enturbiar los verdaderos problemas. Examinemos fríamente el sarampión de frenética caridad que se propaga por la Iglesia estadounidense y que ha tenido como resultado la creación de los voluntarios "papales", las "misiones de cruzada" estudiantiles, los plenos de las asambleas del Catholic Inter-American Cooperation Program, las innumerables misiones diocesanas y las nuevas comunidades religiosas.

No me detendré en detalles. De ellos se encargan continuamente los programas mencionados. En lugar de eso me voy a atrever a señalar algunos de los hechos e implicaciones fundamentales del llamado plan papal —parte de un esfuerzo multifacético para mantener a América Latina dentro de las ideologías de Occidente—. Les corresponde a los que dictan la política eclesiástica estadounidense enfrentarse de lleno con sus bien intencionadas aventuras misioneras. Les toca a ellos revisar sus vocaciones de teólogos cristianos y sus acciones de políticos occidentales.

Los hombres y el dinero enviados con motivaciones misioneras transportan una imagen cristiana extranjera, una postura pastoral extranjera, y un mensaje político extranjero. Llevan también consigo la etiqueta del capitalismo norteamericano de los años cincuenta. ¿Por qué no nos detenemos, siquiera una vez, a considerar el reverso de la moneda de la caridad? ¿Por qué no sopesamos las cargas inevitables que la ayuda extranjera impone a la Iglesia sudamericana? ¿Por qué no probamos la amargura del daño causado por nuestros sacrificios? Si, por ejemplo, los católicos estadounidenses sencillamente abandonaran el sueño de "10%" y pensarán honradamente en la implicación de su ayuda, entonces la creciente conciencia de las falacias intrínsecas podría llevar a una generosidad sobria y significativa.

Seré más preciso. La alegría incuestionable del dar y los frutos del recibir deben ser tratados como dos capítulos distintos. Propongo delinear solamente los resultados negativos que producen el dinero, los hombres y las ideas extranjeras en la Iglesia sudamericana, de modo tal que se pueda preparar debidamente el futuro programa estadounidense.

Durante los últimos cinco años el costo del funcionamiento de la Iglesia en América Latina se ha multiplicado varias veces. No hay precedentes que indiquen una tasa de crecimiento tal en los gastos de la Iglesia a escala continental. En la actualidad, el funcionamiento de una universidad católica, una misión social o una cadena radiofónica cuesta más que los gastos eclesiásticos del país hace una década. La mayor parte de los fondos para este tipo de crecimiento provino de afuera y fluyó de dos fuentes distintas. La Iglesia fue una de ellas. Recababa ese dinero de tres maneras:

1) Dólar por dólar, apelando a la generosidad de los fieles —como hicieron *Adveniat*, *Miseror* y *Oostpriesterhulp*, en Alemania y los Países Bajos—. Esas contribuciones superan el orden de los 25 millones de dólares al año.

2) Mediante contribuciones masivas, ya sea por parte de miembros individuales de la Iglesia —el ejemplo más sobresaliente es el del cardenal Cushing— o por parte de instituciones —tales como la *National Catholic Welfare Conference*, que transfirió un millón de dólares de las misiones locales al Buró Latinoamericano.

3) Mediante la asignación de sacerdotes, religiosos y laicos, todos entrenados a un costo considerable y a menudo apoyados financieramente en sus empresas apostólicas.

Este tipo de generosidad extranjera ha tentado a la Iglesia latinoamericana a convertirse en satélite de la política y los fenómenos culturales del Atlántico Norte. El aumento de los recursos apostólicos intensificó la necesidad de ese flujo continuo, creando islas de bienestar apostólico que cada día están más lejos de la capacidad local de mantenerlas. El nuevo florecimiento de la Iglesia latinoamericana tiene lugar mediante un regreso a la marca que le impuso la Conquista: una planta colonial que florece mediante el cultivo extranjero. En lugar de aprender a arreglárselas con menos dinero o de plano a cerrar las puertas, los obispos caen en la trampa de precisar más y heredar al futuro una institución cuyo funcionamiento no será viable. La educación, que es una de las inversiones que podría dar ganancias a largo plazo, es concebida en su mayor parte como el entrenamiento de burócratas que conservan la estructura presente.

Hace muy poco, un grupo considerable de sacerdotes latinoamericanos enviados a Europa para cursar estudios avanzados, me ofreció un buen ejemplo de lo anterior. Con el fin de poner a la Iglesia en contacto con el mundo, nueve de cada 10 de ellos se dedicaron a aprender métodos de enseñanza —catequística, teología pastoral o ley canónica—, sin avanzar por lo tanto directamente ni en sus conocimientos de la Iglesia ni del mundo. Sólo una reducida minoría estudió la historia o las fuentes de la Iglesia, o el mundo tal cual es.

Es fácil recaudar grandes sumas para construir una iglesia nueva en la selva o una escuela secundaria en un barrio bajo y luego rellenar los planteles con misioneros nuevos. Se puede mantener artificialmente y a grandes costos un sistema pastoral a todas luces inaplicable y considerar que la investigación básica, que puede permitir la instauración de un sistema pastoral nuevo y vivo, es un lujo extravagante. Las becas para el estudio de humanidades no eclesiásticas, el dinero inicial destinado a la experimentación pastoral imaginativa, y las donaciones hechas para la documentación y la investigación dirigidas a formular una crítica constructiva específica, corren por igual el riesgo aterrador de constituirse en amenazas de nuestras estructuras temporales, planteles clericales y métodos de los “buenos negocios”.

Hay una segunda fuente de recursos todavía más sorprendente que la generosidad eclesiástica hacia la propia Iglesia. Hace una década la Iglesia se parecía a una *grande dame*² empobrecida que trataba de mantener una tradición imperial de dar limosnas de su reducido ingreso. Durante algo más de un siglo, desde que España perdió a América Latina, la Iglesia perdió gradualmente donativos de los gobiernos, regalos de patronos y, por último, las rentas de sus antiguas tierras. De acuerdo con el concepto colonial de la caridad, la Iglesia perdió su poder de ayudar a los pobres. Pasó a ser considerada una reliquia histórica, inevitable aliada de los políticos conservadores.

En 1966, y al menos a primera vista, lo contrario parece ser verdad. La Iglesia se ha convertido en un agente en quien se confía para ejecutar programas dirigidos al cambio social. Se halla suficientemente comprometida como para producir algunos resultados. Pero cuando se siente amenazada por el cambio verdadero, prefiere retirarse antes que permitir que la conciencia social se extienda como fuego griego. La supresión de las escuelas

² En francés, en el original. [E.]

radiofónicas de Brasil por una alta autoridad eclesiástica constituye un buen ejemplo de ello.

Así, la disciplina eclesiástica le asegura al donante que su dinero rinde el doble en manos del sacerdote. Ni se evaporará ni se le tendrá por lo que es: publicidad para la empresa privada e indoctrinación en un modo de vida que los ricos han decidido como el que mejor le viene a los pobres. El receptor inevitablemente entiende el mensaje: el cura está del lado de W. R. Grace & Company, Esso, la Alianza para el Progreso, el gobierno democrático, los sindicatos del AFL-CIO y todo lo que sea sagrado en el panteón occidental.

Las opiniones se dividen, por supuesto, cuando se discute si la Iglesia se metió de lleno en los proyectos sociales debido a que así podía obtener fondos "para los pobres" o si fue tras esos fondos porque de ese modo podía contener el castrismo y asegurar su propia respetabilidad institucional. Al convertirse en agencia "oficial" partidaria de un tipo de progreso, la Iglesia deja de hablar para los de abajo, que son ajenos a todas las agencias pero que constituyen una mayoría creciente. Al aceptar el poder de ayudar, la Iglesia debe necesariamente denunciar a un Camilo Torres que simboliza el poder de la renuncia. De esa manera el dinero le construye a la Iglesia una estructura "pastoral" que está más allá de sus medios y la convierte en un poder político.

El compromiso emotivo superficial oscurece el pensamiento racional con que debe considerarse la "asistencia" norteamericana internacional. Un deseo extrañamente motivado de "ayudar" en Vietnam reprime los sanos sentimientos de culpa. Por fin, nuestra generación comienza a ver más allá de la retórica "lealtad" a la patria. A fuerza de golpes reconocemos la perversidad de nuestra política de poder y la dirección destructiva de nuestros torcidos esfuerzos por imponer a los demás "nuestro modo de vida". No hemos empezado aún a enfrentar el reverso del compromiso de la mano de obra clerical y la complicidad de la Iglesia en el sofocamiento de un despertar universal demasiado revolucionario como para descansar mansamente en el seno de la "Gran Sociedad".

No sé de ningún sacerdote o monja extranjeros cuyos trabajos hayan sido tan artificiales como para que sus estancias en América Latina no hayan enriquecido alguna vida. Y no hay misionero tan incompetente como para que a través suyo América Latina no haya hecho una mínima contribución a Europa y Norteamérica. Pero ni nuestra admiración por la conspicua generosidad ni nuestro temor de hacer enemigos acérrimos de amigos indife-

rentes pueden llevarnos a darle la espalda a los hechos. Los misioneros enviados a América Latina pueden: *a)* hacer de una Iglesia extraña una Iglesia más extranjera; *b)* cargar de más sacerdotes a una Iglesia ya sobrepoblada, y *c)* convertir a los obispos en mendigos abyectos. El reciente des-acuerdo público ha hecho pedazos la unanimidad del consenso nacional estadounidense sobre Vietnam. Espero que cuando el público caiga en la cuenta de los elementos represivos y corruptores contenidos en los programas de ayuda eclesiástica “oficial” aparezca un verdadero sentimiento de culpa: la culpa de haber desperdiciado la vida de hombres y mujeres jóvenes dedicados a la tarea de evangelización en América Latina.

La importación masiva e indiscriminada de clero ayuda a la burocracia eclesiástica a sobrevivir en su propia colonia que cada día se vuelve tanto más extranjera como agradable. La inmigración ayuda a transformar la hacienda de Dios —que era el estilo antiguo en el que el pueblo estaba formado sólo por advenedizos— en el supermercado del Señor —con abundante surtido de catecismos, liturgia y otros medios de gracia—. Transforma a los campesinos vegetativos en consumidores resignados, y a los antiguos devotos en clientes exigentes. Reviste los bolsillos sagrados, proporcionando refugio a los hombres temerosos de la responsabilidad secular.

Los feligreses, acostumbrados como estaban a sacerdotes, novenas, libros y cultura de España (y muy posiblemente al retrato de Franco en la rectoría), se encuentran ahora con un nuevo tipo de financiero ejecutivo, administrador y talentoso, que promueve una cierta clase de democracia como ideal cristiano. El pueblo ve muy pronto que la Iglesia está alejada y alienada de él, habiéndose constituido en una operación importada y especializada que es financiada desde el extranjero y que habla con un acento, por lo extranjero, sagrado.

Esta transfusión extranjera —y la esperanza de que aumente— dio a la pusilanimidad eclesiástica un nuevo contrato a su vida, una nueva posibilidad de echar a andar el sistema colonial y arcaico. Mientras Norteamérica y Europa envíen suficientes sacerdotes para llenar vacantes, no habrá necesidad de pensar en laicos que trabajen gratuitamente durante algunas horas diarias cumpliendo la mayoría de las tareas evangélicas, ni de reexaminar la estructura de la parroquia, la función del sacerdote, la obligación de los domingos y el sermón clerical, ni de probar el uso de un diaconato casado, la práctica de nuevas formas de celebración de la Palabra y de la Eucaristía y la implementación de íntimas reuniones familiares que celebren en el seno del hogar la conversión al Evangelio. La promesa de un au-

mento de clero es una sirena encantadora. Hace invisible el crónico excedente de clérigos que tiene América Latina e imposibilita el diagnosticarlo como una de las enfermedades más graves de la Iglesia. En la actualidad, esta evaluación pesimista resulta ligeramente alterada por un puñado de personas valientes e imaginativas, entre las que se cuentan algunas no latinas, que miran, estudian y luchan por una verdadera reforma.

Una gran proporción del personal de la Iglesia latinoamericana se emplea actualmente en instituciones privadas que sirven a las clases media y alta, y que frecuentemente obtiene ganancias cuantiosas en un continente que necesita desesperadamente maestros, enfermeras y trabajadores sociales en instituciones públicas que presten servicio al pobre. Una gran parte del clero está metida en funciones burocráticas a menudo vinculadas con la venta de chucherías sacramentales y "bendiciones" supersticiosas. La mayoría de ellos vive en la mugre. Incapaz de emplear a su personal en tareas pastorales significativas, la Iglesia no puede siquiera sustentar a los sacerdotes y a los 670 obispos que los gobiernan. Para justificar ese sistema se echa mano de la teología, del derecho canónico para administrarlo y del clero extranjero para crear un consenso mundial acerca de la necesidad de su continuación.

Un sano sentido de los valores vacía los seminarios y las filas del clero mucho más eficientemente que la falta de disciplina y la generosidad. De hecho, el nuevo sentimiento de bienestar hace a la carrera eclesiástica más atractiva para los que andan en pos de sí mismos. Obispos convertidos en mendigos serviles se sienten tentados a organizar safaris e ir a la caza de sacerdotes extranjeros y recursos económicos para construir anomalías tales como los seminarios menores. Mientras esas expediciones tengan éxito será más difícil, si no imposible, tomar el sendero emocionalmente más pesado y preguntarnos honestamente si necesitamos ese juego.

La exportación de empleados eclesiásticos a América Latina enmascara el temor universal e inconsciente que se le tiene a una nueva Iglesia. Las autoridades norteamericanas y sudamericanas, con motivaciones distintas pero con un mismo temor, se hacen cómplices en el mantenimiento de una Iglesia fuera de propósito. Al sacralizar la propiedad y los empleos, esa Iglesia se ciega cada vez más a la posibilidad de sacralizar a la persona y a la comunidad.

Es difícil ayudar rehusándose a dar limosna. Recuerdo una ocasión cuando hice detener la distribución de alimentos en las sacristías de un área asolada por el hambre. Todavía siento el aguijón de una voz acusado-

ra que me dice: "Duerme bien el resto de tu vida con la muerte de docenas de niños en tu conciencia". Algunos doctores prefieren incluso la aspirina en lugar de la cirugía radical. No sienten ninguna culpa si el paciente muere de cáncer, pero temen el riesgo de aplicar el cuchillo. Hoy es necesaria una valentía como la expresada por el jesuita norteamericano Daniel Berrigan, quien escribió sobre América Latina: "Sugiero que cesemos de enviar personas o cosas durante tres años, que pongamos los pies en la tierra, que enfrentemos nuestros errores y que busquemos la manera de no canonizarlos".

Después de seis años de experiencia en el entrenamiento de cientos de misioneros asignados a América Latina, sé que cada vez es mayor el número de voluntarios auténticos que quieren enfrentarse a la verdad para poner a prueba su fe. Los superiores deciden administrativamente rotar el personal y no tienen que vivir con las decepciones consecuentes, se hallan emocionalmente en desventaja para hacer frente a esa realidad.

La Iglesia estadounidense debe encarar el reverso doloroso de la generosidad: la carga que una vida gratuitamente ofrecida le impone al recipiente. Los hombres que van a América Latina deben aceptar humildemente la posibilidad de que, por más que den cuanto tengan, pueden ser allí inútiles o dañinos. Deben aceptar el hecho de que un programa de ayuda eclesialística tullido los usa como paliativos para amortiguar el dolor de una estructura cancerosa, con la única esperanza de que el remedio le dará al organismo tiempo y calma suficientes para iniciar una curación espontánea. Es mucho más probable que la píldora del farmacéutico aleje al paciente de los consejos de un cirujano y lo convierta en un adicto.

Los misioneros norteamericanos se dan cada vez más cuenta de que atendieron a un llamado para remendar agujeros en un barco que se hunde porque los oficiales no se atrevieron a lanzar los botes salvavidas. A menos que esto sea visto claramente, los hombres que ofrecieron obedientemente los mejores años de sus vidas se encontrarán engañados en una lucha estéril por mantener a flote un barco sentenciado que navega sin rumbo.

Debemos reconocer que los misioneros pueden convertirse en peones de una lucha ideológica mundial y que es blasfemo emplear el Evangelio para apuntalar a este o aquel sistema político o social. El dinero y los hombres enviados a una sociedad como parte de un programa llevan consigo ideas que les sobreviven. Se ha señalado, en el caso de los Cuerpos de Paz, que la mutación cultural catalizada por un grupo extranjero puede ser mucho más efectiva que todos los servicios inmediatos que ese grupo preste. Lo

mismo puede ser cierto de los misioneros norteamericanos que —no lejos de casa, con grandes medios a su disposición y cumpliendo a menudo un cometido muy corto— penetran en un área intensamente colonizada, cultural y económicamente, por Estados Unidos. Ese misionero es parte de esta esfera de influencia y a menudo de intriga. A través del misionero estadounidense su país sombrea y colorea a gusto la imagen pública de la Iglesia. El influjo de los misioneros estadounidenses coincide con los proyectos de la Alianza para el Progreso, el plan Camelot y la CIA y se parece a un bautizo de los tres. La Alianza aparece dirigida por la justicia cristiana y no se ve en lo que es, independientemente de sus varias motivaciones: una decepción designada para mantener el *statu quo*. Durante los primeros cinco años de dicho programa se triplicaron los capitales netos que escapan de América Latina. El programa es demasiado pequeño como para permitir siquiera el logro de un umbral de crecimiento sostenido. Es un hueso que se le echa al perro para que no alborote el corral de Estados Unidos.

En esas circunstancias el misionero estadounidense tiende a cumplir el papel tradicional que tenía el capellán lacayo de un poder colonial. Cuando la ayuda la administra un “gringo” para tranquilizar a los “subdesarrollados”, los peligros implícitos en el uso de dinero extranjero con fines eclesiásticos adquieren proporciones caricaturescas. Por supuesto sería mucho pedir a la mayoría de los norteamericanos que hicieran una crítica abierta, clara y contundente a la agresión sociopolítica de Estados Unidos en América Latina; y más difícil todavía pedir que lo hicieran sin la amargura del expatriado o el oportunismo del que cambia de partido.

Los grupos de misioneros norteamericanos no pueden evitar proyectar la imagen de “puestos de avanzada de Estados Unidos”. Esta distorsión sólo la podrían impedir individuos norteamericanos mezclados con personas locales. El misionero es por necesidad un agente “solapado” que sirve —por más inconsciente que esté de ello— al consenso social y político norteamericano. Pero es consciente y deliberado en su deseo de trasplantar los valores de su Iglesia a Sudamérica; la adaptación y la selección natural rara vez alcanzan el nivel para cuestionar los propios valores.

La situación no era tan ambigua hace 10 años, cuando las sociedades misioneras eran canales de buena fe para el flujo de la quincallería tradicional de la Iglesia estadounidense hacia América Latina. No había mercancía que no fuera vendible en el mercado latinoamericano que apenas se abría —desde los collarines romanos hasta las escuelas parroquiales, desde los catecismos norteamericanos hasta las universidades católicas—. Tam-

co se necesitaba mucha mercadotecnia para convencer a los obispos latinoamericanos que probaran la etiqueta con el sello *Made in USA*.

Entretanto la situación ha cambiado considerablemente. La Iglesia estadounidense se sacude todavía a raíz de los resultados de su primera auto-crítica científica y masiva. No sólo los métodos y las instituciones, sino también las ideologías que ellos implican, son objeto de exámenes y ataques. De ahí que también se tambalee la confianza del vendedor eclesiástico estadounidense en sí mismo. Así es que vemos la extraña paradoja de un hombre que trata de implantar en una cultura realmente diferente estructuras y programas que hoy son rechazados en su propio país de origen. (Hace poco me enteré de que el personal norteamericano planea establecer una escuela primaria católica en una parroquia de una ciudad centroamericana que ya tiene una docena de escuelas públicas.)

Está también el peligro opuesto. Latinoamérica ya no puede seguir tolerando ser un puerto para los liberales norteamericanos que no pueden acertar en su país, una salida para apóstoles demasiado "apostólicos" como para que encuentren en su propia comunidad sus vocaciones de profesionales competentes. El vendedor de quincallería amenaza con inundar el resto del continente con imitaciones de segunda clase de parroquias, escuelas y catecismos, que han pasado ya de moda en el mismo Estados Unidos. El escapista vagabundo va más allá y amenaza con confundir a un mundo extranjero con protestas superficiales que ni siquiera son viables en su casa.

La Iglesia estadounidense de la generación de la guerra de Vietnam encuentra difícil comprometerse en ayuda al extranjero sin exportar sus soluciones y sus problemas. Para las naciones en desarrollo ambos lujos son prohibitivos. Los mexicanos, para evitar ofender a los remitentes, pagan fuertes sumas en derechos para sacar de las aduanas regalos inútiles o jamás solicitados que les envían amigos estadounidenses bien intencionados. Los que hacen regalos no deben pensar en el presente y en la necesidad actual, sino en los efectos futuros sobre toda una generación. Los planificadores de la caridad se deben preguntar si el valor global del regalo, en hombres, dinero e ideas, amerita el precio que el destinatario tendrá que pagar en última instancia. Como sugiere el padre Berrigan: los ricos y los poderosos pueden decidirse a no dar; el pobre difícilmente puede rehusarse a aceptar. Y como la limosna condiciona al espíritu del mendigo, los obispos latinoamericanos no están enteramente extraviados cuando piden una ayuda extranjera errada y dañina. Gran parte de la culpa la tiene la eclesiología subdesa-

rollada de los clérigos estadounidenses que dirigen la "venta" de las buenas intenciones estadounidenses.

El católico estadounidense quiere comprometerse en un programa eclesiológicamente válido y no en programas subsidiariamente políticos y sociales designados para influir en el crecimiento de las naciones en vías de desarrollo de acuerdo con la doctrina social de cualquiera, aunque se la describa como la del papa. El meollo de la discusión no está por ello en *cómo* enviar más dinero y más hombres sino en *por qué* hacerlo. Mientras tanto, la Iglesia no está en peligro crítico. Estamos tentados a salvar las estructuras en lugar de cuestionar su propósito y verdad. Deseosos de glorificarnos con el trabajo de nuestras manos, nos sentimos culpables, frustrados y airados cuando una parte del edificio comienza a crujir. En lugar de creer en la Iglesia intentemos frenéticamente construirla de acuerdo con nuestra nublada imagen cultural. Queremos construir la comunidad dependiendo de las técnicas, y somos ciegos al deseo latente de unidad que lucha por expresarse entre los hombres. Aterrados, planeamos *nuestra* Iglesia con estadísticas, en lugar de buscar esperanzadamente a la Iglesia viva que está aquí entre nosotros.

IV. LA VACA SAGRADA

EL MITO LIBERAL Y LA INTEGRACIÓN SOCIAL

Durante las dos últimas décadas, el concepto "crecimiento demográfico" estuvo presente en toda conversación relacionada con el desarrollo de América Latina. En 1950, alrededor de 200 millones de personas vivían entre México y Chile, cifra equivalente a la población total de Estados Unidos y Canadá, en donde sólo 15 millones lograron producir suficiente comida para todos sus conciudadanos y, además, para una buena parte del mundo. Dado el nivel tecnológico de América Latina, tenemos que 120 millones de campesinos subyugados por una agricultura primitiva no lograron abastecer siquiera las necesidades de su población total.

Si damos por sentada la eficacia de los programas de control de la natalidad y de desarrollo de la tecnología rural, seguramente para 1985 no existirán más de 40 millones de agricultores que producirán alimentos para una población total de 340 millones. Los 300 millones restantes quedarán marginados de la economía si no se les incorpora a la vida urbana o a la producción industrial.

Por otra parte, durante estos últimos 20 años los gobiernos latinoamericanos y la ayuda técnica extranjera aumentaron su confianza en la eficacia de la escuela —elemental, industrial y superior— como un instrumento de incorporación de los habitantes de barrios, rancherías y poblados, al mundo de la fábrica, del comercio, de la vida pública. Se mantiene la ilusión de que pese a que se posea una economía precaria, la escuela podrá producir una amplia clase media, con virtudes análogas a las que predominan en las naciones altamente industrializadas. Hoy ya se hace evidente que la escuela no está alcanzando estas metas, y su ineffectividad ha motivado un aumento en las investigaciones tendientes a mejorar el proceso de enseñanza que se sigue en las escuelas y a adaptar los planes de estudio y la administración escolar a las circunstancias concretas de una sociedad en desarrollo. Pero dicha investigación no es suficiente; se hace necesaria una revisión radical.

En vez de estancarnos en un esfuerzo por mejorar las escuelas, lancémonos a analizar críticamente la ideología que nos presenta al sistema es-

colar como un dogma indiscutible de cualquier sociedad industrial. Y al efectuar la revisión no deberemos escandalizarnos si descubrimos que posiblemente no sea la escuela el medio de educación universal en las naciones en vías de desarrollo. Por el contrario, tal vez esto sirva para dejar libre nuestra imaginación y crear un escenario de futuro en el que la escuela resulte un anacronismo.

Tal ha sido, durante 1967-1968, el tema de la mayor parte de los coloquios que tuvieron lugar en el Cidoc (Centro Intercultural de Documentación) de Cuernavaca.

El problema es difícil e inquietante. La angustiosa carencia de alternativas que presenta el sistema tradicional escolar, hizo que las discusiones tuviesen un matiz demasiado abstracto y a ratos frustrante. Sin embargo, ellas nos hicieron más conscientes de la ineficacia de la escuela tal como funciona hoy. Llegamos a la conclusión de que en América Latina la escuela acentúa la polarización social, concentra sus servicios —de tipo educativo y no educativo— en una élite, y está facilitando el camino a una estructura política de tipo fascista. Por el solo hecho de existir, tiende a fomentar un clima de violencia.

Tomando en cuenta que la escolarización es un subsistema dentro del sistema social, durante los próximos años nos concentraremos en el Cidoc en analizarlo no desde otro subsistema, sino desde fuera del sistema social.

No existe reforma social sin signo político. Cualquier cambio real en el método de admisión, en el plan de estudios y en la expedición de certificados y títulos, es políticamente discutible. Pero aquí proponemos mucho más: el rechazo de la ideología que exige la reclusión de los niños en la escuela. Esta afirmación no sería esencialmente discutible si no fuera considerada políticamente subversiva.

LA ALIANZA PARA EL PROGRESO (DE LAS CLASES MEDIAS)

Hace siete años los gobiernos americanos constituyeron una "Alianza para el Progreso"; o tal vez para frenar el progreso, aunque más bien parece una "alianza" al servicio del "progreso" de las clases medias.

En la mayoría de los países, la Alianza ha impulsado la sustitución de una élite cerrada, feudal y hereditaria por otra que se dice "meritocrática". Esta "nueva" élite se encuentra abierta solamente a los infelices privilegiados que han obtenido un certificado escolar. Simultáneamente el proleta-

riado marginado urbano (compuesto en parte por vendedores ambulantes, vigilantes de autos, boleros o lustradores de zapatos, y otros que prestan servicios menores) tuvo una tasa de crecimiento inmensamente mayor que la de las masas rurales tradicionales o la de los trabajadores sindicalizados, lo que es señal de que cada día se ensancha más el abismo que separa a la mayoría marginada de la minoría escolarizada.

La antigua y estable sociedad feudal latinoamericana está engendrando dos nuevas sociedades separadas, desiguales y sólo presuntamente entrelazadas. La naturaleza de este distanciamiento representa un fenómeno nuevo, cualitativamente distinto a las formas tradicionales de discriminación social de la América hispana. Es un proceso discriminatorio en pañales que crece con el desarrollo mismo de la escolarización. La escuela es la niñera encargada de que no se interrumpa el ensanchamiento de ese abismo. Resulta ilusorio, por ello, invocar la escolarización universal como medio de eliminar la discriminación. Yo sostengo que la razón fundamental de la alienación creciente de las mayorías marginadas es la aceptación progresiva del “mito liberal”: la convicción de que las escuelas son una panacea para la integración social.

Arraigado en una tradición, ya sólida en el tiempo de los enciclopedistas, el hombre occidental concibe al ciudadano como un ser que “pasó por la escuela”. La asistencia a clase sustituyó a la tradicional reverencia al cura. La conversión a la nación por medio del adoctrinamiento escolar sustituyó la incorporación a la colonia por medio de la catequesis.

Con la ayuda del misionero, la colonización preparó a las Repúblicas latinoamericanas para la adopción de constituciones basadas en el modelo norteamericano, generalizando la convicción de que todos los ciudadanos tienen el derecho —y por lo tanto, la posibilidad— de entrar en la sociedad a través de la puerta de la escuela. El maestro, como misionero de la escuela, encontró en Latinoamérica más éxito en las capas populares que en otras zonas de similar atraso industrial. El misionero de la colonia había preparado la aceptación de su sucesor.

Tal vez esto explique por qué fue fácil para las izquierdas liberales conseguir aumentar las inversiones nacionales e internacionales en escolarización. De hecho, tanto los presupuestos como las inversiones privadas destinadas a la educación han ido aumentando rápidamente y, a falta de una revisión radical, se prepara el terreno para un aumento ulterior totalmente desproporcionado en relación con el de otros sectores de interés nacional. Es el momento de analizar a fondo la cuestión.

El sistema escolar ha venido a hacer de puente estrecho por el que atraviesa ese sistema social que se ensancha día a día. Como único pasaje "legítimo" para pasar de la masa a la élite, el sistema coarta cualquier otro medio de promoción del individuo y, mediante la falacia de su gratuidad, crea en el marginado la convicción de ser él el único culpable de su situación.

LA ESCUELA: INSTITUCIÓN ANTICUADA

No es paradójico afirmar que Latinoamérica no necesita más establecimientos escolares para universalizar la educación. Esto suena ridículo porque estamos acostumbrados a pensar en la educación como en un producto exclusivo de la escuela, y porque estamos inclinados a presumir que lo que funcionó en los siglos XIX y XX necesariamente dará los mismos resultados en el XXI. De hecho, ninguna de las dos suposiciones es cierta.

América Latina necesitó tanto sistemas escolares como ferroviarios. Ambos abarcaron continentes, ambos impulsaron a las naciones ricas (ahora ya establecidas) hacia la primera época industrial, y ambos son ahora reliquias inofensivas de un pasado victoriano. Ninguno de esos dos sistemas conviene a una sociedad que pasa directamente de la agricultura primitiva a la era del jet. Latinoamérica no puede darse el lujo de mantener instituciones sociales obsoletas en medio del proceso tecnológico contemporáneo. Debe dejar que se desmorone el bloque del sistema educativo imperante, en vez de gastar energías en apuntalarlo. Los países industrializados según los moldes del pasado pagan un precio desorbitante por mantener unido lo nuevo y lo viejo. Este precio significa, en último término, un freno a la economía, a la libertad, al desarrollo social e individual. Si América Latina se empeña en imitar esta conducta, la educación, no menos que el transporte, será privilegio de "la crema y nata" de la sociedad. La educación se identificará con un título, y la movilidad con un automóvil. Eso es precisamente lo que por desgracia está ocurriendo. Ni económica ni políticamente pueden nuestros pueblos soportar "la era del dominio de la escuela".

EL MONOPOLIO DE LA ESCUELA SOBRE LA EDUCACIÓN

Al hablar de "escuela" no me refiero a toda forma de educación organizada. Por "escuela" y "escolarización" entiendo aquí esa forma sistemática de

recluir a los jóvenes desde los siete a los 25 años, y también el carácter de *rite de passage*¹ que tiene la educación como la conocemos, de la cual la escuela es el templo donde se realizan las progresivas iniciaciones. Hoy nos parece normal que la escuela llene esa función, pero olvidamos que ella, como organización con su correspondiente ideología, no constituye un dogma eterno, sino un simple fenómeno histórico que aparece con el surgimiento de la nación industrial.

El sistema escolar se impone a todos los ciudadanos durante un periodo que abarca de 10 a 18 años de su juventud con un promedio de 10 meses al año con varias horas por día. El local escolar es el recinto encargado de la custodia de quienes sobran en la calle, el hogar o el mercado laboral. Cuando una sociedad se escolariza, acepta mentalmente el dogma escolar. Se confiere entonces al maestro el poder de establecer los criterios según los cuales los nuevos grupos populares deberán someterse a la escuela para que no se los considere subeducados. Tal sujeción, ejercida sobre seres humanos saludables, productivos y potencialmente independientes, es ejecutada por la institución escolar con una eficiencia sólo comparable a la de los conventos, *Kibbutzim* o campos de concentración.

Luego de distinguir a sus graduados con un título, la escuela los coloca en el mercado para que pregonen su valor. Una vez que la educación universal ha sido aceptada como la marca de buena calidad del "pueblo escogido del maestro", el grado de competencia y adaptabilidad de sus miembros pasará a medirse por la cantidad de tiempo y dinero gastados en educarlos, y no mediante la habilidad o instrucción adquiridas fuera del curriculum "acreditado".

La idea de la alfabetización universal sirvió para declarar a la educación competencia exclusiva de la escuela. Ésta se transformó así en una vaca sagrada más intocable que la Iglesia del periodo colonial. Se declaró tan esencial para el buen ciudadano del siglo XIX saber leer y escribir, como ser bautizado lo había sido en el siglo XVII. Parece ser que a la par de la electricidad se descubrió la "ley natural" de que los niños deben asistir a la escuela. Las leyes correlativas se descubren más fácilmente en los países ricos. En marzo de 1968, el Consejo Superior de Enseñanza de la ciudad de Nueva York concluyó que en 1975 el cien por ciento de los habitantes de 22 años tendrán un mínimo de 14 años de escolarización. Incluso los que han rechazado el sistema social en que viven deberán aceptar el sistema esco-

¹ En francés, en el original. [E.]

lar. Ni la prisión salvará al neoyorquino menor de 23 años de la imposición escolar.

Se proyecta ya una sociedad en la que el título universitario reemplazará a la alfabetización. De hecho, en Estados Unidos se considera a las personas con menos de 14 años de escolarización como miembros subdesarrollados de la sociedad, confinados a los arrabales. Quien se rebele contra la evolución del dogma escolar será tachado de loco o subversivo. Esto último lo es, efectivamente.

Es necesario entender la escuela monopolizadora de la educación en analogía con otros sistemas educativos inventados por sociedades anteriores. Pensemos en el proceso instructivo del aprendiz en el taller del gremio medieval, en la hora de la doctrina como instrumento evangelizador del periodo colonial, o bien pensemos en *Les Grandes Écoles* con las que la Francia burguesa supo legitimar técnicamente el privilegio de sus élites posrevolucionarias. Sólo observando este monopolio en una perspectiva histórica es posible hacerse la pregunta de si la escuela conviene hoy a América Latina.

Cada uno de los sistemas mencionados surgió para dar estabilidad y proteger la estructura de la sociedad que los produjo. Estados Unidos no ha sido la primera nación dispuesta a pagar un alto precio —subvencionando incluso sus propios misioneros— con tal de exportar su sistema educativo a todos los rincones de la Tierra, buscando en su caso imponer *The American Dream*. La colonización hispana de América, con todo su aparato de catequización, es un predecesor digno de tenerse en cuenta.

LA ESCUELA COMO MANÍA OBSESIVA

Es difícil desafiar la ideología escolar en un ambiente en el que todos sus miembros tienen una mentalidad escolarizada. Es propio de las categorías que se manejan en una sociedad capitalista industrializada el medir todo resultado como producto de instituciones e instrumentos especializados. Los ejércitos producen defensa, las Iglesias producen salvación eterna, Ford produce transporte... ¿Por qué no concebir entonces la educación como un producto de la escuela? Una vez aceptada esta divisa proveniente de una mentalidad cuantitativo-productiva, tendremos que toda educación que pueda recibirse fuera de la escuela o "fábrica de educación" dará la impresión de algo espurio, ilegítimo y, ciertamente, no acreditado.

La sociedad moderna tiende a creer en las soluciones masivas de sus problemas. Se trata de ganar guerras con una inmensa cantidad de bombas, de mover millones de personas con un sinnúmero de cochecitos y de educar con cantidades industriales de escuelas. Estados Unidos es "suficientemente" rico para mantener listas un número de bombas mucho mayor del que se necesita para exterminar tres veces todas las cosas vivientes; para congestionar de autos el creciente pulpo de las carreteras, y para obligar a cada niño a 16 000 horas de escolarización primaria y secundaria al precio de 1.27 dólares por hora en Estados Unidos.

Probablemente las naciones de América Latina no sean lo suficientemente ricas para adoptar estos sistemas, aunque algunos de sus gobiernos actúan como si lo fuesen. El ejemplo de las naciones desarrolladas hace que los peruanos gasten un notable porcentaje de su presupuesto en comprar bombarderos Mirage (supongo que para exhibirlos en algún desfile militar), y que los brasileños promulguen el ideal del *family car* (naturalmente sólo para unos pocos). El mismo ejemplo consigue que absolutamente todos los gobiernos latinoamericanos (Cuba inclusive) gasten de una a dos quintas partes de su presupuesto en escolarizar, sin encontrar por eso oposición.

Insistamos por un momento en la analogía entre el sistema escolar moderno y el auto particular. Una economía basada en la idea de tener un auto es ya un ideal latinoamericano, por lo menos entre los que en el presente formulan la política nacional. En los últimos 20 años, los gastos en carreteras, estacionamientos y toda esa otra clase de beneficios para los que poseen automóvil propio, han aumentado cuantiosamente. Estas inversiones sólo sirven a una minoría ínfima y, lo que es peor aún, obstaculizan la instalación de cualquier sistema alternativo, pues desde ahora predeterminan la orientación de presupuestos futuros: Mientras tanto, la proliferación de carros particulares, además de dificultar en las calles el tránsito de autobuses —único medio de transporte popular sin contar el subterráneo—, discrimina la circulación de éstos en las autopistas urbanas.

Criticar estas inversiones en comunicaciones es permisible. Sin embargo, quien proponga limitar radicalmente las inversiones escolares y encontrar medios más eficaces de educación, comete un suicidio político. Los partidos de oposición pueden permitirse gestionar la necesidad de construir supercarreteras, pueden oponerse a la adquisición de armamentos que se oxidarán entre desfile y desfile, pero, ¿quién en su sano juicio se atreve a contradecir la irrefutable "necesidad" de dar a todo niño la oportunidad de hacer su bachillerato?

LA ESCUELA: TABÚ INTOCABLE

La escuela se ha vuelto intocable por ser vital para el mantenimiento del *statu quo*. Sirve para mitigar el potencial subversivo que debería poseer la educación en una sociedad alienada, ya que al quedar confinada a sus aulas sólo confiere sus más altos certificados a quienes se han sometido a su iniciación y adiestramiento.

En sociedades infracapitalizadas, donde la mayoría no puede darse el lujo de una escolarización limitada —por más que para los pocos que la reciben sea gratuita—, el presente sistema implica la total subordinación de esa mayoría al escolarizado prestigio de la minoría. En esta minoría de los beneficiarios del monopolio escolar se encuentran los líderes políticos y los técnicos de planificación, independientemente de que sean conservadores, marxistas o liberales. También forman parte de ella las niñas mimadas de las universidades privadas y los cabecillas estudiantiles de las huelgas universitarias. Todos estos grupos están igualmente interesados en el mantenimiento del monopolio escolar. La única divergencia gira en torno a quién debe gozar del privilegio y quién no.

LA ESCUELA EN EL MUNDO
DE LA ELECTRÓNICA

Para el año 2000 el proceso de educación formal habrá cambiado, tanto en las naciones ricas como en las pobres. Las escuelas cesarán de dividir la vida humana en dos partes: la edad escolar para los discriminados por su inmadurez y la edad madura para los titulados por la escuela. La edad escolar durará toda la vida. A medida que un individuo se haga más maduro y capaz, se intensificará su educación formal, convirtiéndose ésta en una actividad de adultos, más que de jóvenes. Lo que se entiende hoy día por asistir a clase será entonces obsoleto.

Todos los sistemas sociales, especialmente las incorporaciones industriales y administrativas, asumirán la tarea de entrenar y especializar a sus miembros; prestarán una especie de servicio de aculturación, concentrado en un aprendizaje relevante para el individuo, en vez de forzarlo a perder tantos años de su vida aprendiendo cosas que no utilizará jamás. La educación no será ya identificada con la escolarización, y será posible el adiestramiento fuera del monopolio escolar.

Ya es posible entrever las tendencias hacia esas metas. En Berkeley o en la Zona Rosa de México, la nueva generación pide trabajo no alienante y poder de decisión a nivel de grupos pequeños donde tenga cabida la experiencia personal. En rebeldía contra el sistema que los mimó, estos jóvenes prefieren poder “celebrar” la experiencia de vivir, al *achievement*² o logro, que es el dios de las generaciones pasadas. Es decir, se encuentran proclamando los mismos ideales que pretenden ser normativos tanto en China como en Cuba.

El sistema escolar, al encargarse de producir seres infantiles, consigue que éstos se organicen para reaccionar contra el paternalismo de esa sociedad que insiste en mantenerlos niños declarándolos “escolares”. Constituyen dinámicamente una nueva clase universal —carente de toda base de poder legítimo— aún no reconocida como tal. Los ideales de esta clase son de penetrante contenido humanista. Ideal que por utópico no deja de ser vehementemente sugestivo.

Toda sociedad que hace de la experiencia humana su centro de desarrollo —y es ésta la sociedad que esperamos y soñamos— necesita distinguir tajantemente entre el proceso de instrucción y la apertura de la conciencia de cada individuo, entre adiestramiento y desarrollo de la imaginación creadora. La instrucción es cada vez más susceptible de planificación y programación, lo que no ocurre con la comprensión. Concibamos la instrucción como la cantidad de socialización programada que un individuo necesita adquirir antes de ser admitido en un nuevo ambiente. Preveo un escenario de futuro en el que resurgirá el aprendizaje medieval. Cada ambiente o cada organización proporcionará la instrucción necesaria a sus actividades. Esto lo hacen ya los sindicatos, las Iglesias, los bancos, la industria, el ejército, y no la escuela. La persona se encuentra incitada a aprender porque se trata de cuestiones que le atañen personalmente. Es lo que Paulo Freire en Brasil llamó *conscientização*. Es la única palabra aplicable.

Sin embargo, podría y debería no ser así. La comprensión puede adquirirse de manera cómoda y no estructurada, haciendo que el individuo se vaya conociendo más a sí mismo a través del diálogo con las personas de su ambiente.

El papel de la escuela en la evolución hacia la utopía de finales de este siglo es diametralmente opuesto tanto en las naciones ricas como en las naciones pobres. Las primeras invirtieron enormes cantidades de dinero en

² En inglés, en el original. [E.]

poblar sus tierras de escuelas, al mismo tiempo que construyeron redes ferroviarias. Gastaron mucho más aun cuando descubrieron que necesitaban universidades además de escuelas, las cuales construyeron al mismo tiempo que las autopistas. Piensan ser bastante ricas para terminar, en la próxima década, el proceso de poblar sus tierras de universidades construidas alrededor de un estacionamiento, ya que cada uno de sus jóvenes está por tener automóvil propio. Son tan ricas, que el aumento cuantitativo de escuelas no impide a primera vista el cambio social. Pero en mi opinión lo frena, principalmente por la despersonalización del individuo que tal escolarización implica.

De intentar algo semejante, las naciones pobres sufrirán una desastrosa quiebra económica mucho antes de aproximarse a este género de saturación escolar. En América Latina es imposible lograr un promedio de 12 años de escolarización para todos los ciudadanos. Según el último censo, no hay país latinoamericano en el que 27% de los alumnos de un curso escolar correspondiente a una edad determinada vaya más allá del sexto grado ni en el que más de 1% se gradúe en la universidad. Y esto ocurre a pesar de que de 18 a más de 30% de los presupuestos oficiales se invierten en las escuelas. Esta sola consideración debería convencernos de la peligrosa ambigüedad del mito de la escolarización universal. La imitación del sistema escolar de la metrópoli capitalista constituye un peligro mortal para sus colonias no menos que para sus ex colonias. 1) Ni un control radical del crecimiento de la población, 2) ni el máximo aumento posible del porcentaje presupuestal dedicado a la educación, 3) ni ayudas extranjeras sin precedente, podrían asegurar a la próxima generación latinoamericana un promedio de 10 años de escolarización, mucho menos uno de 14. Esto por lo siguiente:

1) En una población joven como la de América Latina —particularmente en sus zonas tropicales—, ni los programas más radicales de control de la natalidad podrían reducir el presente nivel de población de las generaciones jóvenes.

2) No es posible aumentar arbitrariamente el porcentaje del presupuesto público que se invierte en escuelas. Las carreteras, el seguro social y el fomento industrial, son fuertes competidores. Además, para los próximos 15 años ya podemos prever las tasas máximas de crecimiento de los presupuestos.

3) Se habla mucho ahora de que el dinero gastado en Vietnam podría invertirse mejor en escuelas en Latinoamérica. Y lo proponen no sólo los

idealistas que creen en el mito liberal, sino también los cínicos que saben muy bien que el monopolio escolar combate la insurgencia con mucha mayor eficacia que el napalm. Es importante observar, sin embargo, que un país latinoamericano que utiliza ahora 25% de su presupuesto en "escolarizarse", necesitaría una ayuda extranjera de 150% de su presupuesto total. Es dudoso que esto pudiera ser políticamente recomendable.

Más aún: el problema no es sólo que América Latina carece de los recursos necesarios para aumentar suficientemente la escolarización. Al mismo tiempo su costo per cápita aumenta: 1) con la expansión cuantitativa del sistema (la tarea de la escuela se hace más difícil y costosa a medida que penetra zonas más distantes: las escuelas no son "más baratas por docena", para lo cual basta pensar que al aumentar el número sube también el costo administrativo y burocrático, sin aludir a las ganancias que extrae de ahí el sistema económico dominante), 2) con tasas de perseverancia escolar creciente (por supuesto que cuesta más un año en la escuela superior que dos o tres en la elemental), 3) con un aumento en la calidad de la enseñanza (no cuesta lo mismo enseñar física utilizando un laboratorio en lugar de un pizarrón), 4) con las exigencias justificadas del personal docente (las asociaciones de maestros son ya, en muchos países, los gremios profesionales más poderosos, un poco análogos al clero de la colonia; pero su agitación es justificada: en 1963, el promedio de su salario en 14 países de nuestra América equivalía a 60 dólares mensuales).

Por tanto, serán muy pocos los que podrían gozar del estatus simbólico y del uso del poder despótico que la escuela confiere. Es necesario considerar estos dos elementos.

LA ESCUELA COMO SÍMBOLO DE ESTATUS

Ese portentoso papelito llamado título o diploma se ha convertido en la posesión más codiciada. Recompensa principalmente a quien fue capaz de soportar hasta el final un ritual penoso; a la vez, representa una iniciación al mundo del "ejecutivo". El ideal de que cada persona tenga su auto y su título ha producido una sociedad de masas tipo clase media. A medida que se van haciendo realidad, estos ideales se transforman en mecanismos que aseguran el sistema que ellos produjeron. Tanto el auto como el título son símbolos de los esfuerzos correspondientes al periodo de industrialización liberal. Representan un logro y posesión individual.

Toda sociedad necesita pagar un precio para conservar sus ritos. Brasil tiene su carnaval, México su Guadalupe, algunos países su "revolución". Y Estados Unidos tiene su graduación. A pesar de su popularidad, los ritos son normalmente obsoletos. La sociedad tiene que hacer sacrificios para que esos ritos, dioses e iglesias hereditarias satisfagan parte del hambre del ser contemporáneo. Los ricos pueden practicar ritos más costosos y tienden a imponerlos a todos aquellos que quieran compartir el juego político, industrial e intelectual.

Es absurdo que el simple hecho de que Estados Unidos no pueda liberarse del costosísimo ritual para el título y el coche, sea argumento para universalizar esta religión en América Latina.

Como todos los países que llegan tarde a la industrialización, Latinoamérica puede aprovechar las invenciones de las naciones industrializadas, pero no debe dejar que éstas le impongan el sistema social de su tecnología avanzada porque será imposible financiarlo. Incluyo ahí a la endiosada escuela. No vale la pena que nuestras naciones provean de automóviles y de títulos a sus burguesías asimiladas a la burguesía internacional. Nuevos procesos eliminarán ambos símbolos en Estados Unidos mucho antes de que 10% de los latinoamericanos logre obtenerlos.

LA ESCUELA: CREADORA DE DÉSPOTAS

La escuela, que ayudó en el siglo pasado a superar el feudalismo, se está convirtiendo en ídolo opresor que sólo protege a los escolarizados. Ella gradúa y, consecuentemente, degrada. Por fuerza del mismo proceso, el degradado deberá volver a someterse. La prioridad social se otorgará entonces de acuerdo con el nivel escolar alcanzado. En toda América Latina, más dinero para escuelas significa más privilegios para unos pocos a costa de muchos. Este altivo paternalismo de la élite se formula incluso entre los objetivos políticos como igualdad (gratuidad, universalidad) en la oportunidad escolar. Cada nueva escuela establecida bajo esta ley deshonra al no escolarizado y lo hace más consciente de su "inferioridad". El ritmo con el cual crece la expectativa de escolarización es mucho mayor al ritmo con el cual aumentan las escuelas.

El hecho es que cada año disminuye el número de clientes satisfechos que se gradúan en un nivel que se considere "satisfactorio" y aumenta el de los marcados con el estigma de la deserción escolar. A estos últimos su tí-

tulo de desertores los gradúa para ejercer en el mercado de los marginados. La aguda pirámide educacional asigna a cada individuo su nivel de poder, prestigio y recursos, según lo considera apropiado para él. Lo convence de que esto es ni más ni menos lo que merece. La aceptación del mito escolar por los distintos niveles de la sociedad justifica ante todos los privilegios de muy pocos.

No hay mucha diferencia entre los que justifican su poder con base en la herencia y los que lo hacen con base en un título. En gran parte son los mismos. Las escuelas frustran, sí, a la mayoría, pero lo hacen no sólo con todas las apariencias de legitimidad democrática sino también de clemencia. A alguien que no esté satisfecho con su falta de educación se le aconseja "que se supere". El remedio de la escuela nocturna o la educación de adultos están siempre disponibles: medidas ambas ineficaces para generalizar la educación, pero sumamente eficaces para demostrar al individuo que es culpable de la discriminación que sufre.

La perpetuación del mito escolar y su expansión hacia nuevas capas de la sociedad son tareas de la misma escuela. De este modo ella asegura su propio porvenir. En el caso de la escolarización no es verdad que "algo es mejor que nada". Pocos años de escuela inculcan una convicción en el niño: el que tiene más escolarización que él, tiene una indiscutida autoridad sobre él.

Las escuelas aumentan el ingreso nacional por dos razones opuestas pero igualmente explotadoras del individuo: 1) capacitan a la minoría graduada para una producción económica mayor, pero sometida siempre a la mentalidad escolar, 2) esta minoría se vuelve tan productiva que se hace preciso enseñar a la mayoría a consumir disciplinadamente (lo que se logra dándole alguna escolarización). Así la escuela limita la vitalidad de la mayoría y de la minoría, capando la imaginación y destruyendo la espontaneidad. La escuela divide a la sociedad en dos grupos: la mayoría disciplinadamente marginada por su escolarización deficiente, y la minoría de aquellos tan productivos que el aumento previsto en su ingreso anual es muchísimo mayor que el promedio anual del ingreso de esa inmensa mayoría marginada. El ingreso de ésta también aumenta, pero, por supuesto, mucho más despacio. La dinámica de la sociedad ensancha el abismo que separa a los dos grupos.

Cualquier cambio o innovación en la estructura escolar o en la educación formal, según la conocemos, presupone: 1) cambios radicales en la esfera política; 2) cambios radicales en el sistema y la organización de la pro-

ducción, y 3) una transformación radical de la visión que el hombre tiene de sí como un animal que necesita escolarización. Aun cuando se proponen devastadoras reformas del sistema escolar se ignoran estos supuestos. De aquí que fallen, puesto que se toma como base el marco social que las sostiene, en vez de gestionarlo radicalmente.

Las escuelas vocacionales —consideradas como remedio al problemas de la educación en masa— proveen un buen ejemplo de la limitada visión ante el problema de reformas escolares: 1) el que egresa de una escuela vocacional o técnica se encuentra ante el problema de encontrar empleo en una sociedad cada vez más automatizada en sus medios de producción; 2) el costo de operación de este tipo de escuela es varias veces más alto que el de la escuela común; 3) su matrícula se nutre de estudiantes que ya han aprobado el sexto grado, estudiantes que, como ya hemos visto, son la excepción. Pretenden educar haciendo una imitación barata de una fábrica dentro de un edificio escolar.

En vez de cifrar las esperanzas en las escuelas vocacionales o técnicas, hay que comenzar por visualizar la transformación subvencionada de la fábrica o planta industrial. En relación con esto debe existir la posibilidad de: 1) hacer obligatorio el uso de las fábricas en sus horas no productivas como centro de adiestramiento; 2) que la gerencia emplee parte de su tiempo en la planificación y supervisión de dicho adiestramiento; 3) la reestructuración total del proceso industrial para lograr un proceso educativo. Si parte de las asignaciones presupuestarias empleadas ahora en el sistema escolar se reorientasen para promover el aprovechamiento del potencial educativo presente en el sistema industrial, los resultados podrían ser enormes en relación con los obtenidos en el presente, tanto en lo educativo como en lo económico. Además, si tal instrucción estuviese disponible para todo aquel que la deseara, sin tomar en consideración la edad o si la persona ha de ser empleada por esa fábrica, la industria habría comenzado a asumir un papel muy importante que es ahora exclusivo de la escuela. Con esto ya estaríamos bien encaminados a terminar con la idea equivocada de que la persona debe estar acreditada para el empleo antes de ser empleada y, por lo tanto, que la escolarización debe preceder al trabajo productivo. No hay razón alguna para continuar con la tradición medieval de que los hombres se preparan para la vida secular cotidiana a través de la encarcelación en un recinto sagrado, llámese monasterio, sinagoga o escuela.

Otro remedio que frecuentemente se propone para compensar las fallas del sistema escolar es la educación fundamental de adultos. Paolo Freire ha

demostrado en Brasil un nuevo método para lograr la instrucción de adultos; el grupo de éstos que logre interesarse en los problemas políticos de su comunidad puede aprender a leer y escribir en seis semanas de clases nocturnas. La eficacia de este programa se construye en torno a determinadas palabras clave que están cargadas de sentido político. Se entiende por qué dicho plan ha tropezado con dificultades. También se ha planteado que 10 meses separados de educación adulta cuestan tanto como un año de educación formal en la escuela; y, sin embargo, es mucho más efectiva que la mejor de las educaciones escolares.

Desafortunadamente, la educación de adultos se visualiza como un medio para proveerle al indigente un paliativo para la escolarización que le falta. Habría que cambiar completamente la situación si queremos visualizar la educación como un ejercicio en madurez. Deberíamos considerar un cambio radical en la duración del año escolar, reduciendo la sesión de clases a dos meses por año, pero extendiendo el proceso educativo a los primeros 20 o 30 años de la vida de un hombre.

Mientras que otras formas de aprendizaje práctico en fábricas y cursos programados e idiomas y matemáticas deben ocupar la mayor porción de lo que habíamos denominado como instrucción, dos meses al año de educación formal deben considerarse suficientes para permitir lo que los griegos denominaban *echole*, es decir, tiempo de ocio para la creación. No sorprende que se nos haga casi imposible concebir cambios sociales de tan gran alcance, como es el de distribuir en nuevos patrones la función educativa de las escuelas. Encontramos la misma dificultad al sugerir formas concretas por las cuales las funciones no educativas de un sistema escolar que va desapareciendo puedan redistribuirse. No sabemos qué hacer con aquellos a quienes denominamos "niños" o "estudiantes", y que hacemos ingresar a las escuelas.

Es difícil prever las consecuencias políticas que estos cambios tan fundamentales puedan traer, sin mencionar las consecuencias en el plano internacional. ¿Cómo podrán coexistir una sociedad con una tradición de escuelas corrientes, con otras que se han salido del patrón educativo tradicional y cuya industria, comercio, publicidad y participación en la política es, de hecho, diferente? Áreas que se desarrollan fuera del sistema universal convencional no tendrían el lenguaje común ni criterios de coexistencia respetuosa con los escolarizados. Dos mundos, tales como China y Estados Unidos, casi tendrían que aislarse el uno del otro. Un mundo que tiene fe en la iniciación ritual de todos sus miembros a través de una "liturgia es-

colar" tiene que combatir cualquier sistema educativo que escape a sus cánones sagrados. Intelectualmente, resulta difícil acreditar el partido de Mao como una institución educativa, que puede resultar más efectiva que las escuelas convencionales de más prestigio, por lo menos en lo que se refiere a enseñar lo que es ciudadanía. Las guerrillas en Latinoamérica son otro medio educativo que se malinterpreta y se usa indebidamente la mayor parte de las veces. El Che Guevara, por ejemplo, las veía como una última manera de enseñarle al pueblo lo ilegítimo que resulta el sistema político que padece. En países escolarizados donde la radio ha llegado a todo el pueblo, no debemos menospreciar las funciones educativas de grandes figuras disidentes y carismáticas como Dom Helder Camara en Brasil y Camilo Torres en Colombia. Fidel Castro describió sus primeras arengas como sesiones educativas.

La mentalidad escolarizada percibe estos procesos solamente como adoctrinamiento político. No puede comprender el propósito educativo. La legitimación de la educación por las escuelas tiende a que se visualice cualquier tipo de educación fuera de ella como accidental, cuando no como delito grave. Aun así, sorprende la dificultad con que la mentalidad escolarizada puede percibir el rigor con el que las escuelas inculcan lo imprescindibles que son y, con esto, la inevitabilidad del sistema que patrocinan. Las escuelas adoctrinan al niño de manera que éste acepte el sistema político representado por sus maestros, incluso ante la insistencia de que la enseñanza es apolítica.

En última instancia, el culto a la escolarización llevará a la violencia. El establecimiento de cualquier religión lleva a eso. Al permitir que se extienda la prédica por la escolarización universal, tiene que aumentar la habilidad militar para reprimir la "insurgencia" en Latinoamérica. Sólo la fuerza podrá controlar en última instancia las expectativas frustradas que la propagación del mito de escolarización ha desencadenado. La permanencia del actual sistema escolar puede muy bien fomentar el fascismo latinoamericano. Sólo un fanatismo inspirado en la idolatría por un sistema puede, en último término, racionalizar la discriminación masiva que es la resultante de insistir en clasificar con grados académicos a una sociedad necesitada.

Ha llegado el momento de reconocer la gran carga que las escuelas suponen para las naciones jóvenes. Al hacerlo podremos liberarnos y contemplar el cambio de la estructura social que hace a las escuelas necesarias. Yo no apoyo una utopía como la comuna china para Latinoamérica. Pero sí

sugiero que esforcemos nuestra imaginación para construir escenarios que permitan una denodada reestructuración de las funciones educativas en la industria y la política, cortos retiros educativos e intensa preparación de los padres sobre educación temprana. El costo de las escuelas no debe medirse solamente en términos políticos. Las escuelas, en una economía de escasez invadida por la automatización, acentúan y racionalizan la coexistencia de dos sociedades: una colonia de la otra.

Una vez que se entienda que el costo de la escolarización es aún superior al costo del caos, nos colocaremos al margen de un compromiso desproporcionadamente costoso. Hoy en América Latina es tan peligroso dudar del mito de la salvación social por medio de la escolarización, como lo fue hace cientos de años dudar de los derechos divinos de los reyes católicos.

V. LA DESESCOLARIZACIÓN DE LA IGLESIA

TODOS LOS HOMBRES necesitan techo y comida, pero hay, por supuesto, necesidades no tan católicas. Un ejemplo: hace tres siglos un certificado de bautismo era necesario para vivir en una colonia española. Hoy ya no lo es. Algunas necesidades se van de la misma manera que vinieron. La educación es una de ellas. Si el mundo sobrevive, muy pronto ni la sentiremos.

Hoy en día, un tercio de los seres vivos predica la necesidad de la educación. Admiten, eso sí, que algunas personas pueden sobrevivir sin ella, de la misma manera que otros sobreviven sin techo, pero resienten el despojo de ambos. Su presencia aquí me hace pensar que la mayoría de ustedes se encuentra entre estos nuevos evangelistas.

Todo el poder terrestre va rumbo a las manos de esta minoría educada. La educación sirve de justificación para este privilegio que la minoría dominante detenta y reclama. Cuando se le desafía, el educado responde como el mayordomo que no podía cavar, se avergonzaba de pedir, y por ello hacía depender su futuro del valor de los certificados que obtenía.

Al final de la Edad Media la gente le dio la espalda a la realidad y depositó su confianza en los certificados que les conferían indulgencias. Hoy, en una época de ilustración evanescente, el hombre se confía a la adquisición de algo llamado "educación".

Educación ha llegado a significar lo opuesto del proceso vital de aprendizaje que parte de un medio ambiente humano; un medio en el que, casi continuamente, la mayoría tiene acceso a todos los hechos e instrumentos que modelan sus vidas. Ha pasado a significar algo adquirible a espaldas de la cotidianidad, mediante el consumo de una mercancía y la acumulación del conocimiento abstracto sobre la vida.

Subrepticamente, nuestra sociedad ha convertido la educación en un proceso que fabrica capitalistas del conocimiento. Su valor se define en términos de las horas de instrucción que alguien ha comprado con los fondos públicos, mientras la pobreza se mide y explica por el fracaso del hombre en consumir. En esa sociedad, los pobres son quienes se quedan a la zaga en educación. El hombre rico, el capitalista del poder, apenas puede salvar la brecha que lo separa de Lázaro. Es más fácil para un camello pasar por el

ojo de una aguja que para el hombre devoto de esa educación retomar la perspectiva realista de los pobres.

Históricamente, esta fe en la educación creció a la sombra de la alquimia. La educación es hoy la versión contemporánea de la piedra filosofal: con tocarla se refinan los elementos básicos del mundo. Es el procedimiento mediante el cual los metales ordinarios se amasan a través de sucesivas etapas hasta que brillan como el oro puro.

El obispo Amós Comenio es justicieramente conocido como uno de los fundadores de la educación moderna. Versado en alquimia, aplicó el concepto y el lenguaje de ese Arte Secreto al refinamiento y la ilustración de los hombres. Fue él quien proveyó de un significado pedagógico al vocabulario químico del progreso, el proceso y la ilustración.

Hoy, la fe en la educación se ha convertido en una nueva religión mundial. La naturaleza religiosa de la educación pasa casi inadvertida; tal es el ecumenismo de la fe en la educación. La creencia alquimista de que la educación puede transformar a los hombres para que encajen en un mundo creado por el hombre mediante la magia del tecnócrata se ha hecho universal e incuestionable, y encima se le tiene por tradicional. Esa creencia la comparten marxistas y capitalistas, líderes de países pobres y de grandes potencias, rabinos, ateos y sacerdotes. Su dogma fundamental: un proceso llamado "educación" puede aumentar el valor de un ser humano; resulta en la creación de capital humano; llevará a todos los hombres una vida mejor.

La gente más generosa de nuestra era entrega su vida para educar a los pobres. Inevitablemente, los educadores pueden contar con el respaldo de los poderosos, al igual que los misioneros españoles contaban con el de la Corona. Después de todo, el educador enseña a los pobres a sentirse incompetentes.

Para seducir u obligar a los otros a aceptar su fe, el educador emplea el mismo rito en todas partes: la escolarización. La totalidad de los países que pertenecen a las Naciones Unidas demandan de sus ciudadanos un mínimo de 20 horas de asistencia semanal durante un periodo de por lo menos cinco años. La Escuela es la primera Iglesia en establecer tal exigencia.

La liturgia escolar tiene las mismas características universalmente. A los niños se les reúne por edades. Se les hace asistir a los servicios en un recinto sagrado reservado con ese fin: "la clase". Se les hace llevar a cabo tareas que producen educación porque están determinadas por un ministro ordenado: el maestro titulado. Se les hace progresar en la gracia que les concede la sociedad al moverlos de grado en grado.

No tengo nada contra los maestros. Se cuentan entre los hombres más dedicados, generosos y amables. Cabalmente, sus cualidades humanas se comparan con ventaja a las de cualquier grupo anterior de siervos profesionales de la religión. Sus servicios son mucho más versátiles que los de cualquier sacerdote anterior. No hay enseñanza particular para la que falte un maestro. Pero lo que hoy llamamos "educación" no es lo que tiene lugar entre un pupilo y un maestro. Lo que denominamos educación es el servicio profesional que una institución proporciona a sus clientes a través del maestro profesional.

El rito de la escolaridad constituye un poderoso currículum oculto. Un currículum que no depende de la intención del maestro. Un currículum que no varía con la materia enseñada; llámese comunismo, lectura, sexo, historia o retórica.

Lo primero que el niño aprende del currículum oculto de la escolaridad es un viejo adagio, la corrupción inquisitorial de la fe: *extra scholam nulla est salus* —fuera del rito no hay salvación—. Por su mera presencia en la escuela, el niño suscribe el valor de aprender de un maestro y el valor de aprender acerca del mundo. O sea: desaprende a considerar a cada persona como un modelo en potencia; desaprende a aprenderlo todo de la cotidianidad. En la escuela, el niño aprende a distinguir dos mundos: el real, al que algún día ha de entrar, y el sagrado, en el que se le encierra para que aprenda. De la promoción o del progreso escolar, el niño aprende el valor del consumo interminable; la apetencia de grados que caducan anualmente. En la escuela, aprende que su propio crecimiento social vale la pena sólo porque es el resultado de su consumo de una mercancía llamada educación.

Durante generaciones hemos tratado de mejorar el mundo mediante una escolarización creciente. Hasta ahora ese empeño ha fracasado. En cambio, hemos aprendido que forzar a los niños a trepar una escalera sin fin no puede realzar la igualdad sino favorecer a quienes empiezan más temprano, mejor alimentados, mejor preparados. Hemos aprendido que la instrucción obligada amortigua, en la mayoría, su deseo de un aprendizaje independiente. Aprendimos que al concebir el conocimiento como una mercancía, al empaquetarlo para su entrega al consumidor y al aceptarlo como propiedad privada de quien lo adquiere, estamos escaseándolo cada día más.

Súbitamente la escuela va perdiendo su legitimidad política, económica, pedagógica. Súbitamente, va siendo reconocida como un rito necesario para hacer tolerables las contradicciones de nuestra sociedad. Proceso de

socialización con miras a la conformidad con las demandas de una sociedad de consumo, la escuela sostiene el mito igualitario de nuestras sociedades al mismo tiempo que establece su estructura rigurosa de acuerdo con 16 niveles de desertores.

La bancarrota escolar es una señal prometedora. Pero eso no significa aún que quienes critican a la escuela hayan abandonado el sueño del alquimista. De la historia de la Iglesia sabemos que la mera reforma litúrgica no garantiza una renovación teológica. El resquebrajamiento de las escuelas puede conducirnos a la búsqueda de nuevos dispositivos educativos. Sin duda, al igual que anteriormente sucedió con otras Iglesias, la escuela será pronto desestablecida. Pero ello puede acarrear una apoteosis de la Educación para el Progreso, y su estado final será peor que el inicial. Podría llevar a un gigantesco esfuerzo por alcanzar *fuera* de la estructura escolar lo que obviamente ha fracasado *dentro* de la estructura escolar, a saber: una manera más efectiva y universal de enlatar el “aprender para vivir” y ponerlo en el mercado mediante otros sistemas distintos al de la escuela. El resultado neto sería el mismo: el concepto según el cual las personas deben ser “educadas” para vivir y que ello debe hacerse adquiriendo información sobre la realidad antes de enfrentarla.

A menos que el desestablecimiento de la escuela lleve a una sociedad donde la educación se reemplace también por una situación que otorgue a los hombres acceso ilimitado al auténtico aprendizaje para la vida, a menos que eso suceda paralelamente, la transferencia de la educación de los salones escolares a otras instituciones de una sociedad de consumo aparecerá inevitablemente una enseñanza creciente acerca de un mundo aún más alienado.

Debemos mirar más allá de la actual bancarrota escolar. En el presente, la escuela restringe al salón de clase la competencia del maestro. Se le impide que reclame posesión sobre la vida entera de un hombre. La defunción de las escuelas levantará esa restricción y dará un semblante de legitimidad a la eterna invasión pedagógica del mundo privado de cada uno. Abrirá las puertas a una contienda por el “conocimiento” en el mercado libre, que nos conducirá hacia la paradoja de una meritocracia vulgar, aunque aparentemente igualitaria. Salvo si transformamos nuestro concepto del conocimiento, el desestablecimiento de la escuela llevará al altar un creciente sistema de meritocracia que separará la enseñanza de la certificación, para casarla con una sociedad comprometida en proporcionar una terapia pedagógica hasta que cada uno esté maduro y listo para que se le coloque en

su nicho. Sólo por nombre podremos distinguir una sociedad convertida en un inmenso salón de clases de un manicomio general o de una prisión universal. Hace 80 años, Soloviev ya predecía que el Anticristo sería un maestro.

A menudo olvidamos que el término “educación” es de reciente cuño. Era desconocido antes de la Reforma. La educación de los niños se mencionó por vez primera en francés, en un documento que data de 1498. Por ese año, Erasmo se establecía en Oxford, a Savonarola lo quemaban vivo en Florencia, y Durero grababa su *Apocalipsis*, donde nos habla con vigor del sentido de ruina inminente que se ceñía hacia el final de la Edad Media. En lengua inglesa, la palabra educación apareció por primera vez en 1530. Es el año del divorcio de Enrique VIII y de la separación de la Iglesia luterana de la romana, en la dieta de Augsburgo. En España y sus territorios pasó un siglo más antes que la palabra y la idea de la educación fueran comunes. Todavía en 1632 Lope de Vega se refería a la educación como una novedad. Como ustedes recordarán, en ese año, aquí, en Lima, la Universidad de San Marcos celebraba su decimosexto aniversario. Los centros para el aprendizaje existían antes que el término educación se incorporara al lenguaje corriente. Se leían los clásicos o el derecho —no se educaba sobre la vida diaria—.

Como cristianos, tenemos la tarea especial de cargar sobre nuestros hombros la responsabilidad que le cabe a nuestras Iglesias por la promoción de todos los tipos de capitalismo, pero, especialmente, por la promoción del capitalismo del saber. La religión de la educación universal y obligatoria se ha convertido en una corrupción de la Reforma. Es nuestro deber entenderlo y señalarlo.

Gutenberg descubrió una tecnología que puso los libros al alcance de todos. Nosotros hemos descubierto la manera de interponer una monstruosa iglesia de maestros entre las personas y el libro. Ello ha traído como consecuencia una creciente inhabilidad para leer. Lutero nos puso la Biblia al alcance de la mano, pero también inventó un método de enseñanza masiva: el catecismo, un curso programado de preguntas y respuestas. La Iglesia católica lanzó la Contrarreforma al congelar su doctrina en un catecismo propio. Los jesuitas secularizaron la idea y crearon el *Ratio Studiorum* para sus universidades. Paradójicamente, este *Ratio* pasó a ser el currículum en el que se formaron las élites de la Ilustración. Y, finalmente, en la actualidad, las naciones-Estado producen sus propias élites, a las que les está reservada la buena vida en la tierra; se les hace consumir educación. Al pobre, basta administrarle unas dosis menores del mismo consumo para ilustrarlo sobre su inferioridad predestinada.

Permítaseme resumir mi argumento. Los reformistas trataron de extender el misterio de la revelación divina sobre el reino por venir. Hoy, los educadores hacen depender de sus ministerios institucionalizados el descenso a la Tierra del Reino del Consumo Universal. El mito de la educación universal, el rito de la escuela obligatoria y de una estructura profesional equilibrada para el progreso del tecnócrata, se refuerzan unos a otros.

Una vez que esto se entienda, ya no será posible tolerar ninguna complicidad de las Iglesias cristianas con el culto de la Ideología del Progreso.

Cada comunidad cristiana organizada está hoy forzada a elegir una de tres políticas posibles: aferrarse a las escuelas, o destruirlas y aferrarse a la seudorreligión de la educación, o sentirse llamada a ser radical o profeta.

1) Si la Iglesia insiste con sus escuelas, sus poltícos se preocuparán de cómo aumentar el número de las mismas, de cómo mejorar su calidad, y de cómo proveerse de más limosnas para beneficio de los no escolarizados —tales como educación correctiva, escuelas radicales, entrenamiento técnico y demás—.

Los hombres previsores que se encuentran dentro de una Iglesia que se embarca en esta política, debieran sentirse inquietos por el vaivén y la creciente frustración de sus trabajadores educativos.

2) Una Iglesia puede también escoger el reconocimiento de la bancarrota de las escuelas, pero de todas formas mantenerse comprometida con el mito de la educación general entendida como artículo de consumo. De ser así, esa Iglesia preconizará el desestablecimiento de las escuelas, una distribución más equitativa de los recursos educativos y la protección de los no escolarizados frente a la discriminación de la que son objeto en el mercado de trabajo o en la sociedad en general. Todas estas garantías son necesarias y la Iglesia que las endose será ciertamente acogida por otros movimientos más progresistas. Pero una Iglesia que haga esta elección, una Iglesia que reconozca la inevitable bancarrota escolar pero no el carácter seudorreligioso de la “educación”, una Iglesia tal se hará inexorablemente cómplice de un futuro “mundo feliz” del consumo, porque los instrumentos educativos desescolarizados son sólo nuevos métodos de empaquetar y distribuir más eficazmente la instrucción, nuevas formas de acumulación de vida enlatada para satisfacer las formas diseñadas por profesionales. Si la Iglesia que adopta esa política no va más allá de la demanda por desestablecer las escuelas, se hará cómplice del faraón que ahora enreda a los esclavos en un mundo en el que el progreso tecnocrático se vuelve impersonal, opaco, contaminado.

3) Tienen una última elección: leer las Escrituras, regresar a la más pura tradición de la Iglesia y anunciar la llegada del Reino que no es de este Mundo; del Reino cuyo misterio tenemos el privilegio de conocer. Ésta es una elección que cada uno de nosotros debe hacer si quiere seguir a Jesús, y debe hacerla incluso si la Iglesia en la que tiene sus raíces ha incorporado el "progreso de los pueblos" como neologismo en el venerable latín.

Debemos, en el nombre de Dios, denunciar la idolatría del progreso y la contaminante escalada de la producción. Debemos poner al descubierto la seudoteología de la educación concebida como preparación para una vida de consumo frustrante. Debemos recordar al hombre que Dios ha hecho bien el mundo y nos ha dado el poder de conocerlo y apreciarlo sin la constante necesidad de un intermediario. Tenemos sí, después de todo, la experiencia de que el hombre crece y aprende en la medida en que se compromete en una interacción personal, íntima, siempre sorprendente, con los demás y en un medio ambiente significativo, en tanto que se encoge y arruga cuando es servido por funcionarios. Consecuentemente, debemos rehusarnos a cooperar en cualquier intento que busque crear un ambiente hecho por el hombre, pero en el que la vida de todos y de cada uno dependa del grado en que haya sido cliente de una organización de servicios.

Se necesita valentía para ponerle precio a un mundo claro y transparente, para determinar a qué costo la tecnología puede ponerse al servicio directo de las mayorías mundiales, permitiéndole a cada uno curarse, educarse, albergarse y transportarse, en lugar de poner la tecnología al servicio del tecnócrata que se siente orgulloso de proveer eternamente una medicina, una educación, una habitación y una transportación cada vez menores y cada vez más caras.

Un mundo que renuncie al espectáculo de la tecnología progresiva es un mundo que pone coto radical al consumo, de acuerdo con el consenso de una inmensa mayoría y para el provecho de todos. No tiene sentido proponer un ingreso mínimo hasta que no se tenga la valentía de aceptar que ello implica fijar un ingreso máximo. Nadie puede tener lo suficiente si no sabe cuánto es suficiente. No tiene sentido advocar un mínimo de servicios médicos, de instrumentos y de transportación, si no se afirma la necesidad de nivelar los máximos de servicios disponibles a cualquiera y por la razón que sea.

Una forma de tal consenso antitecnocrático se traduce fácilmente en la necesidad de la pobreza voluntaria de los pobres, tal como lo predicara el Señor. La pobreza voluntaria, el desprendimiento del poder y la no violen-

cia están en el corazón del mensaje cristiano. Puesto que son sus elementos más preciosos, son también los más fácilmente corruptibles, ridiculizables o descuidables. Se necesita valentía para hacer de la renuncia la condición fundamental para la supervivencia de la humanidad. Si predicamos el Evangelio inalterado y anunciamos la bienaventuranza de los pobres, entonces los ricos se reirán en nuestra cara y los ricos en ciernes se mofarán despreciativamente. Pero como nunca antes ha sucedido, el mensaje cristiano más radical es también la política más cuerda en un mundo que ve crecer vertiginosamente el abismo entre pobres y ricos.

El Tercer Mundo tiene una responsabilidad crucial en la liberación del mundo de sus ídolos del progreso, la eficiencia, el PNB. Sus masas no son todavía presas del hábito del consumo, especialmente del consumo de servicios. La mayoría de las personas aún se curan y se albergan y se enseñan unas a otras y podrían hacerlo de mejor manera si tuvieran herramientas ligeramente mejores. El Tercer Mundo podría abrir el camino en la búsqueda de un estilo de aprender para vivir, un estilo que será la preparación de los hombres para el cumplimiento de las necesidades auténticas en un contexto genuinamente humano. Sin lugar a dudas, estas naciones podrían alumbrar el camino para el mundo tan desarrollado como decadente.

Dos mundos se hallan frente a frente: la Babel de Rusia y el Egipto de Estados Unidos, ambos prisioneros de ídolos comunes. Un Tercer Mundo cubre el resto del orbe. Es el del desierto. Dentro de los propios imperios crecen las tierras baldías en las favelas. Egipto y Babel son impotentes para salvarse a sí mismos. De la tiranía de sus ídolos sólo pueden salvarlos quienes adoran en el desierto al Dios Vivo y Sin Nombre, quienes han renunciado a las ollas de Egipto.

Pero de ninguna manera todos los que habitan en el desierto son miembros del Pueblo de Dios. Algunos bailan en torno al becerro de oro: fundan avanzadas del Imperio en las tierras yermas. Otros se rebelan contra Moisés y escogen a sus propios profetas para que los devuelvan a la esclavitud que sus padres abandonaron cuando expoliaron a los egipcios. Buscan una alianza para el progreso con Egipto. Y hay otros que no son capaces de permanecer fieles a la vocación divina. Desertan del Pueblo de Dios, se mueven hacia el Este y, como los judíos, ungen a su propio Rey para ser sus siervos al igual que otros moradores de la Tierra.

Ha llegado la hora de hacer saber el mensaje que nos ha sido revelado. Ha llegado la hora de anunciar que la liberación de los pobres y de los ricos en ciernes depende del Pueblo de Dios. Depende de aquellos a quienes

Dom Helder Camara ha llamado Minorías Abrahámicas, entre las cuales los cristianos, digámoslo con rubor, parecen una excepción.

La liberación sólo puede provenir de quienes han elegido el desierto porque han sido puestos en libertad.

VI. LA ALTERNATIVA A LA ESCOLARIZACIÓN

DURANTE GENERACIONES hemos tratado de hacer del mundo un mejor lugar para vivir aumentando cada vez más el número de escuelas; pero hasta ahora hemos fracasado. Lo que hemos aprendido es que al obligar a todos los niños a subir por una escalera de educación abierta no realzamos la igualdad sino que favorecemos al individuo que empieza antes, al más sano o al mejor preparado; que la instrucción obligatoria apaga en la mayoría el deseo de obtener conocimientos independientes; y que el conocimiento tratado como mercancía, distribuido en paquetes, y aceptado como propiedad privada una vez adquirido, siempre será escaso.

De repente la gente se ha dado cuenta de que la empresa de la educación pública mediante escuelas obligatorias ha perdido su legitimidad social, pedagógica y económica. En respuesta, los críticos del sistema educativo proponen ahora soluciones enérgicas y heterodoxas que van desde el plan de recibos (*voucher*), que permitiría a cada persona comprar la educación que desee en un mercado abierto, hasta el desplazamiento de la responsabilidad de la educación de la escuela a los medios y al aprendizaje en el trabajo. Algunos individuos consideran que la escuela tendrá que desestablecerse igual que sucedió con la Iglesia en todo el mundo durante los últimos dos siglos. Otros reformadores proponen reemplazar la escuela universal con distintos sistemas nuevos que, según ellos, prepararían mejor a todos para vivir en la sociedad moderna. Estas propuestas de nuevas instituciones educativas caen dentro de tres amplias categorías: la reforma del aula dentro del sistema escolar; la dispersión de aulas libres en toda la sociedad, y la transformación de toda la sociedad en una gran aula. Pero estos tres enfoques —el aula reformada, el aula libre y el aula mundial— representan tres etapas en un escalamiento de la educación en que cada peldaño amenaza con implantar un control más sutil y penetrante del que reemplaza.

Considero que el desestablecimiento de la escuela se ha vuelto inevitable y que el fin de esta ilusión debe llenarnos de optimismo. Pero también creo que el fin de la “era de la escolaridad” podría introducir una era de la escuela mundial que sólo se distinguiría en nombre de un manicomio o prisión

mundial en donde la educación, la corrección y la adaptación se convertirían en sinónimos. Por lo tanto, considero que el rompimiento de la escuela nos obliga a mirar más allá de su inminente deceso y encarar disyuntivas fundamentales en la educación. O trabajamos para encontrar instrumentos educativos temibles y nuevos que hablen de un mundo cada vez más opaco e impenetrable para el hombre, o fijamos las condiciones para una nueva era en que la tecnología se utilizaría para hacer la sociedad más sencilla y transparente, de manera que todos los hombres puedan volver a tener los conocimientos y utilizar las herramientas que moldean sus vidas. En resumen, podemos desestablecer escuelas o podemos desescolarizar la cultura.

EL CURRÍCULUM OCULTO DE LAS ESCUELAS

Para poder ver claramente las disyuntivas a que nos enfrentamos, debemos primero distinguir entre el aprendizaje y la escolaridad, lo que significa separar el objeto humanístico del maestro del impacto de la estructura invariante de la escuela. Esta estructura oculta constituye una forma de instrucción que el maestro o el consejo de la escuela nunca llegan a controlar. Transmite indeleblemente el mensaje de que sólo a través de la escuela el individuo podrá prepararse para la vida adulta en la sociedad, que lo que no se enseña en la escuela carece de valor, y que lo que se aprende fuera de la escuela no vale la pena aprenderlo. Yo llamo a eso el currículum oculto de la escolaridad porque constituye el marco inalterable del sistema, dentro del cual se hacen todos los cambios en el currículum.

El currículum oculto siempre es el mismo, cualquiera que sea la escuela o el lugar. Obliga a todos los niños de cierta edad a congregarse en grupos de alrededor de 30, bajo la autoridad de un maestro autorizado, durante 500, 1 000 o más horas al año. No importa si el currículum está diseñado para enseñar los principios del fascismo, del liberalismo, del catolicismo, del socialismo o la liberación, mientras la institución reclame la autoridad de definir cuáles actividades son las que considera "educación" legítima. No importa si el propósito de la escuela es producir ciudadanos soviéticos o norteamericanos, mecánicos o doctores, mientras no se pueda ser un ciudadano o doctor *si no* se ha graduado. No importa si todas las reuniones ocurren en el mismo lugar, mientras se consideren una asistencia: cortar caña es trabajo para los cañeros, corrección para los prisioneros, y parte del currículum para los estudiantes.

Lo que importa en el currículum oculto es que los estudiantes aprendan que la educación es valiosa cuando se adquiere en la escuela a través de un proceso graduado del consumo; que el grado de éxito de que disfrutará el individuo en sociedad depende de la cantidad de conocimientos que consume, y que los conocimientos *sobre* el mundo son más valiosos que los conocimientos adquiridos *del* mundo. La imposición de este currículum oculto dentro de un programa educativo distingue la escolarización de otras formas de educación planeada. Todos los sistemas escolares del mundo tienen características comunes en relación con su producto institucional, y éstos son el resultado del currículum oculto en común de todas las escuelas.

Debe entenderse claramente que el currículum oculto de las escuelas traduce la enseñanza de una actividad en una mercancía cuyo mercado lo monopoliza la escuela. El nombre que ahora damos a esta mercancía es “educación”, producto cuantificable y acumulativo de una institución profesionalmente diseñada denominada escuela, cuyo valor puede medirse por la duración y lo costoso de la aplicación de un proceso (el currículum oculto) al estudiante. El graduado de una universidad local y el que recibe un título de una universidad famosa podrán haber adquirido 135 créditos en cuatro años, pero están totalmente conscientes del valor diferencial de su acervo de conocimientos.

En todos los países “escolarizados” el conocimiento se considera como artículo de primera necesidad para la supervivencia, pero también como una forma de moneda más líquida que los rublos o los dólares. Nos hemos acostumbrado, a través de los escritos de Karl Marx, a hablar de la enajenación del obrero por su trabajo en una sociedad clasista. Debemos ahora reconocer el alejamiento del hombre de su aprendizaje cuando éste se convierte en producto de una profesión que aporta servicios y él se convierte en el consumidor.

Mientras más educación consume un individuo, mayor es el “acervo de conocimientos” que adquiere, y más se eleva en la jerarquía de los capitalistas del conocimiento. Así, la educación define una nueva estructura de clase para la sociedad dentro de la cual los grandes consumidores de conocimientos —aquellos que han adquirido un gran acervo de conocimientos— pueden alegar que tienen mayor valor para la sociedad. Ellos representan los valores de primera en la cartera de capital humano de una sociedad, y a ellos queda reservado el acceso a los instrumentos más poderosos o escasos de la producción.

De esta forma, el currículum oculto define y mide lo que es la educación y el nivel de productividad a que tiene derecho el consumidor. Sirve como razón de la creciente correlación entre los trabajos y el privilegio correspondiente: que puede traducirse en ingreso personal en algunas sociedades, y en un derecho directo a servicios que ahorren tiempo, mayor educación y prestigio en otras. (Este punto es especialmente importante a la luz de la escasez de correspondencia entre la escolarización y la competencia ocupacional establecida en estudios como *Education and Jobs: The Great Training Robbery*, de Ivar Berg.)

El empeño en que todos los hombres atravesasen etapas sucesivas de ilustración está firmemente arraigado en la alquimia, el Gran Arte de una Edad Media decadente. A Juan Amós Comenius, un obispo moravo, pansofista de *motu proprio* y pedagogo, se le considera con justicia como uno de los fundadores de la escuela moderna. Fue uno de los primeros que propusieron de siete a 12 grados de instrucción obligatoria. En su *Magna Didactica* describió a la escuela como un instrumento para “enseñar a todos todo” y delineó un plan para la producción en masa de conocimientos, que de acuerdo con su método haría que la educación fuera más barata y mejor, y permitiría que todos llegaran a su máxima realización humana. Pero Comenius no sólo fue uno de los primeros expertos de la eficiencia, fue también un alquimista que adoptó el lenguaje técnico de su oficio para describir el arte de educar niños. El alquimista buscaba refinar los elementos base dirigiendo sus espíritus destilados a través de 12 etapas de procesos sucesivos, de manera que pudieran convertirse en oro para su propio beneficio y el del mundo. Los alquimistas nunca lo lograron pese a todos sus intentos, pero en cada ocasión su “ciencia” rendía nuevas razones para su fracaso, y volvían a ensayar.

La pedagogía abrió un nuevo capítulo en la historia de la *Ars Magna*. La educación se convirtió en la búsqueda de un proceso de alquimia que construiría un nuevo tipo de hombre que encajara en un ambiente creado por magia científica. Pero por mucho que cada generación gastara en sus escuelas, siempre resultaba que la mayoría de la gente no estaba capacitada para que se le instruyera mediante este proceso y se la tenía que descartar como impreparada para la vida en un mundo de hechura humana.

Los reformadores de la educación que aceptan la idea de que las escuelas han fracasado caen dentro de tres grupos. Los más respetables son sin duda los grandes maestros de la alquimia que prometen mejores escuelas. Los más seductores son magos populares que prometen hacer de cada

cocina un laboratorio de alquimia. Los más siniestros son los nuevos Masones del Universo que desean transformar el mundo en un enorme templo del aprendizaje.

Entre los maestros más notorios de la alquimia de hoy están ciertos directores de investigación, empleados o patrocinados por las grandes fundaciones, que consideran que si la escuela pudiera de alguna manera mejorarse, también podría volverse económicamente más viable que las que ahora tienen problemas, y al mismo tiempo podría vender un paquete de servicios más grande. Aquellos a quienes preocupa principalmente el currículum pretenden que está pasado de moda o es irrelevante. De esta forma el currículum se llena de nuevos cursos empaquetados sobre cultura africana, imperialismo norteamericano, liberación de la mujer, contaminación o sociedad de consumo. El aprendizaje pasivo es equivocado —realmente lo es— de manera que amablemente permitimos que los estudiantes decidan lo que quieren que se les enseñe y cómo. Las escuelas son prisiones. Por lo tanto, los directores están autorizados a permitir clases fuera del edificio de la escuela, por ejemplo, moviendo los pupitres a una calle cercada de Harlem. El entrenamiento sensibilizado cobra actualidad. De manera que importamos la terapia de grupos al salón de clases. La escuela, que se suponía iba a enseñar todo a todos, se convierte ahora en todo para todos los niños.

Otros críticos subrayan que las escuelas hacen un uso ineficiente de la ciencia moderna. Algunos administrarían drogas que facilitarían al instructor el cambio de la conducta del niño. Otros transformarían la escuela en un estadio para el juego educativo. Otros más electrificarían el salón de clase. Si son los discípulos simplistas de McLuhan, reemplazarían los pizarrones y los libros de texto por *happenings* ayudados por todos los medios de difusión; si siguen a Skinner considerarían que pueden modificar la conducta más eficientemente que los practicantes pasados de moda del aula.

No cabe duda de que la mayoría de estos cambios han tenido algunos efectos saludables. Los alumnos de las escuelas experimentales son menos holgazanes. Los padres tienen una mayor sensación de participación en un distrito descentralizado. A menudo, los estudiantes a los que el maestro asigna un aprendizaje, resultan ser más competentes que los que se quedan en el salón de clase. Algunos niños mejoran sus conocimientos de un idioma extranjero en el laboratorio de idiomas porque prefieren jugar con las manijas de la grabadora que hablar con sus mayores. Sin embargo, todas estas mejoras funcionan dentro de límites predeciblemente estrechos, ya

que mantienen intacto el currículum oculto de la escuela. Algunos reformadores quisieran deshacerse del currículum oculto de la escuela pública, pero es raro que lo logren. Las escuelas libres que llevan a más escuelas libres producen un espejismo de libertad, aun cuando la cadena de asistencia se ve a menudo interrumpida por largos periodos de vagancia. La asistencia mediante la seducción inculca la necesidad de tratamiento educativo de una manera más persuasiva que la asistencia renuente enforzada por un vigilante escolar. Los maestros permisivos en un aula acojinada pueden impedir fácilmente que los alumnos sobrevivan una vez que la dejan.

A menudo el aprendizaje en estas escuelas no es más que la adquisición de habilidades de valor social definidas, en este caso, por el consenso de una comuna en lugar de por el decreto de un consejo escolar. Nuevo presbítero no es más que viejo cura escrito con palabras más largas.

Las escuelas libres, para que realmente lo sean, deben cumplir con dos condiciones: primero, deben dirigirse de manera que se evite la reintroducción del currículum oculto de asistencia graduada y estudiantes autorizados que estudien a los pies de maestros autorizados. Y, más importante, deben proporcionar un sistema en que todos los participantes, personal y alumnos, puedan liberarse de las bases ocultas de una sociedad escolarizada. La primera condición queda frecuentemente estipulada dentro de los objetivos de una escuela libre. La segunda, sólo se reconoce en raras ocasiones y es difícil definirla como objetivo de una escuela libre.

LOS SUPUESTOS OCULTOS DE LA EDUCACIÓN

Resulta inútil distinguir entre el currículum oculto que acabo de describir, y las bases ocultas de la escolarización. El currículum oculto es un ritual que puede considerarse como la iniciación oficial a la sociedad moderna, institucionalmente establecida a través de la escuela. El propósito de este ritual es el de esconder a sus participantes las contradicciones entre el mito de una sociedad igualitaria y la realidad consciente de clases que certifica. Una vez que se reconocen como tales, los rituales pierden su poder, y esto es lo que ahora empieza a suceder con la escolarización. Pero existen varios supuestos fundamentales sobre el desarrollo —las bases ocultas— que ahora encuentran su expresión en el ceremonial de la escolarización, y que fácilmente podrían reforzarse por lo que hacen las escuelas libres.

A primera vista, cualquier generalización sobre las escuelas libres parece aventurada. Especialmente en Estados Unidos, Canadá y Alemania en 1971, son las mil flores de una nueva primavera. Pero sobre estas empresas experimentales que pretenden ser *instituciones educativas*, pueden hacerse algunas generalizaciones. Sin embargo, debemos primero tener una idea más clara de la relación entre la escolarización y la educación.

A menudo olvidamos que la palabra *educación* es de reciente cuño. No se conocía antes de la Reforma. La educación de los niños, como ya lo he referido,¹ se menciona por primera vez en francés en un documento fechado en 1498. Fue el año en que Erasmo se estableció en Oxford, cuando a Savonarola lo mataron en la hoguera en Florencia, y cuando Durero esbozó su *Apocalipsis*, que nos transmite el sentido de destrucción que existía al final de la Edad Media. En lengua inglesa la palabra *education* hizo su primera aparición en 1530. El año en que Enrique VIII se divorció de Catalina de Aragón y en que la Iglesia luterana se separó de Roma en la Dieta de Augsburgo. En tierras de España, el uso de la palabra y la idea de *educación* tardó otro siglo más. En 1632, Lope de Vega sigue refiriéndose a la educación como una cosa novedosa. Ese año, como ustedes recordarán, la Universidad de San Marcos en Lima celebró su sexagésimo aniversario. Los centros de aprendizaje existían antes de que el término *educación* entrara en el lenguaje común. Se "leía" a los Clásicos o la Ley; no se educaba para poder vivir.

Durante el siglo XVI, la necesidad universal de "justificación" fue el meollo de las polémicas teológicas. Racionalizaba la política y servía como pretexto para los magnicidios. La Iglesia se dividió y pudieron sostenerse opiniones ampliamente divergentes sobre el grado en que todos los hombres nacieron en pecado, corrompidos y predestinados. Pero para principios del siglo XVII comenzó a haber un nuevo consenso: la idea de que el hombre nacía incompetente para la sociedad si no se le proporcionaba "educación". La educación llegó a significar lo inverso de la competencia vital. Llegó a significar un proceso, más que el solo conocimiento de los hechos y la capacidad para utilizar las herramientas que moldean la vida de un hombre concreto. La educación llegó a significar una mercancía intangible que debía producirse para beneficio de todos, e impartirse a todos igual que antes la Iglesia visible impartía la gracia invisible. La justificación frente a la sociedad se convirtió en la primera necesidad de un hombre nacido en la estupidez original, análoga al pecado original.

¹ Véase cap. V, "La desescolarización de la Iglesia", p. 116. [E.]

La escolarización y la "educación" están relacionadas como la Iglesia y la religión o, en términos más generales, como el ritual y el mito. El ritual crea y sostiene al mito; es un mito-poyético, y el mito genera el currículum a través del cual se perpetúa. "Educación" como la designación de una categoría global de justificación social es una idea que no tiene (fuera de la teología cristiana) un analogía específica en otras culturas. Y la producción de "educación" a través del proceso de escolarización separa a las escuelas de otras instituciones de aprendizaje que existieron en otras épocas. Este punto debe entenderse si queremos aclarar las limitaciones de la *mayoría* de las "escuelas" libres, no estructuradas o independientes.

Para ir más allá de la simple reforma del aula, una escuela libre debe evitar que se incorpore el currículum oculto de la escolarización que he descrito arriba. La escuela libre ideal trata de proporcionar educación y al mismo tiempo intenta evitar que esa educación se utilice para establecer o justificar una estructura de clase, de que se convierta en razón para medir al alumno según alguna escala abstracta, y de reprimirlo, controlarlo y empuñecerlo. Pero mientras la escuela libre trate de proporcionar una "educación general", no podrá avanzar más allá de los supuestos ocultos de la escuela.

Entre estos supuestos está lo que Peter Schrag denomina el "síndrome de la inmigración", que nos mueve a tratar a todas las personas como si fueran extranjeras que deben atravesar por un proceso de naturalización. Sólo los consumidores certificados de conocimientos podrán recibir su ciudadanía. Los hombres no nacen iguales sino que se hacen iguales a través de su gestación en el *Alma Mater*.

Otro supuesto es que el hombre nace maduro y debe "madurar" antes de que pueda encajar en la sociedad civilizada. Este supuesto es, desde luego, contrario a la creencia de que el hombre es el mamífero cuyos ancestros fueron dotados de inmadurez para toda la vida por la evolución, lo que constituye su "gracia" peculiar. De acuerdo con esta fijación ideológica sobre la madurez, se debe alejar al hombre de su ambiente natural y pasarlo a través de un útero social en el que se endurece lo suficiente para poder encajar en la vida diaria. A menudo las escuelas libres pueden desempeñar esta función mejor que las escuelas de un tipo menos atractivo.

Los establecimientos educativos libres tienen otra característica en común con los establecimientos menos libres: despersonalizan la responsabilidad de la "educación". Colocan una institución *in loco parentis*. Perpetúan la idea de que si la "instrucción" se efectúa fuera del seno familiar, debe ha-

cerse mediante una institución donde el maestro es sólo un agente o funcionario. En una sociedad escolarizada hasta la familia queda reducida a "organismo de aculturación". Las instituciones educativas que utilizan maestros para cumplir los mandatos de su junta directiva son instrumentos para la despersonalización de las relaciones íntimas.

Es cierto que muchas escuelas libres funcionan sin maestros acreditados. Al hacerlo representan una grave amenaza para los sindicatos establecidos de maestros. Pero no constituyen una amenaza a la estructura profesional de la sociedad. Una escuela en la que el consejo nombra personas de su propia elección para desempeñar su tarea educativa aun cuando no tengan un certificado o licencia profesional o tarjeta sindical, no está amenazando por ello la legitimidad de la profesión docente, como tampoco se pone en peligro la *legitimidad* social de la profesión más antigua cuando una prostituta, que opera en un país en que su trabajo *legal* requiere una licencia de la policía, establece un burdel privado.

La mayoría de los maestros que enseñan en las escuelas libres no tienen oportunidad de enseñar en nombre propio. Realizan la tarea de enseñar en nombre de una junta la función menos transparente de enseñar en nombre de sus alumnos o la función más mística de enseñar en nombre de la "sociedad" en general. La mejor prueba de esto es que la mayoría de los maestros en las escuelas libres pasan más tiempo que sus colegas profesionistas planeando, con un comité, la forma en que la escuela debe educar. Al verse frente a las pruebas de sus ilusiones, lo prolongado de las reuniones de comité lleva a muchos maestros generosos de la escuela pública a la escuela libre y después de un año más allá de ella.

La retórica de todos los establecimientos educativos declara que forman hombres para algo, para el futuro, pero no los liberan de esta tarea antes de que hayan desarrollado un alto nivel de tolerancia a las formas de sus mayores: la educación *para* la vida en lugar de *en* la vida diaria. Pocas escuelas libres pueden abstraerse de hacer precisamente esto. Sin embargo, están entre los centros más importantes de los que irradia un nuevo estilo de vida, no por el efecto que tendrán sus graduados, sino, más bien, porque los mayores que eligen educar a sus hijos sin el beneficio de maestros adecuadamente ordenados con frecuencia pertenecen a una minoría radical porque su preocupación en relación con la educación de sus hijos los sostiene en su nuevo estilo.

LA MANO OCULTA EN UN MERCADO EDUCATIVO

El tipo más peligroso de reformador de la educación es el que argumenta que el conocimiento puede producirse y venderse con mucha mayor eficacia en el mercado abierto que en un mercado controlado por la escuela. Estas personas consideran que es fácil adquirir una habilidad de modelos-de-habilidad si el estudiante realmente está interesado en su adquisición, que los derechos individuales pueden proporcionar un poder de compra más equitativo para la educación. Piden una separación cuidadosa del proceso con que se mide y certifica. Me parece que estas afirmaciones son obvias. Pero sería una falacia creer que el establecimiento de un mercado libre de conocimientos constituiría una alternativa radical en la educación.

El establecimiento de un mercado libre realmente aboliría lo que anteriormente denominé currículum oculto de la escolarización actual —su asistencia específica en una edad determinada a un currículum graduado—. De igual manera, en un principio el mercado libre daría la apariencia de contrarrestar lo que he denominado bases ocultas de una sociedad escolarizada: el “síndrome de la inmigración”, el monopolio institucional de la enseñanza y el ritual de la iniciación lineal. Pero, al mismo tiempo, un mercado libre en educación proporcionaría al alquimista innumerables manos ocultas para encajar a cada hombre en los múltiples, estrechos y pequeños nichos que puede proporcionar una tecnocracia más compleja.

Muchas décadas de dependencia en la escolarización han hecho que el conocimiento se convierta en mercancía, un bien especial susceptible de mercadeo. El conocimiento se considera ahora simultáneamente como bien de primera necesidad y como la moneda más preciosa de una sociedad. (La transformación del conocimiento en una mercancía se refleja en una transformación correspondiente del lenguaje. Palabras que antes funcionaban como verbos se están convirtiendo en sustantivos que designan propiedades. Hasta hace poco las palabras habitación, conocimiento y curación designaban actividades. Ahora, por lo general, se conciben como mercancías o servicios a entregarse. Hablamos de la fabricación de la vivienda o de la entrega de asistencia médica. Los hombres ya no se consideran aptos para curarse a sí mismos ni para construirse sus viviendas. En este tipo de sociedad, el hombre llega a creer que los servicios profesionales son más valiosos que la atención personal. En lugar de aprender cómo cuidar a la abuela, el adolescente aprende a hacer una manifestación frente al hospital que no la admite.) Esta actitud fácilmente podría sobrevivir a la desinstitucio-

nalización de la escuela, igual que la afiliación a una Iglesia siguió siendo una condición para ocupar un puesto público mucho después de la adopción de la Primera Reforma a la Constitución Norteamericana. Es aún más palpable que los exámenes que miden paquetes complejos de conocimientos podrían fácilmente sobrevivir a la desinstitucionalización de la escuela —y con esto acabaría la compulsión de obligar a todos a adquirir un paquete mínimo de las existencias de conocimientos—. Al fin coincidirían la medida científica del valer de cada hombre y el sueño alquimista de “poder educar a todos los hombres para realizarse plenamente en su humanidad”. Bajo la apariencia de un mercado “libre”, la aldea global se convertiría en un útero ambiental en el que los terapeutas pedagógicos controlarían el complejo ombligo por donde se alimenta el hombre.

En la actualidad las escuelas limitan la competencia del maestro al aula. Evitan que haga de la vida entera del hombre su dominio. La muerte de la escuela acabará con esta restricción y dará una apariencia de legitimidad a la invasión pedagógica en la intimidad del individuo durante toda su vida. Abrirá el camino de una lucha por el “conocimiento” en un mercado libre, lo que nos llevaría a la paradoja de una vulgar, aun cuando aparentemente igualitaria, meritocracia.

Las escuelas no son de ninguna manera las únicas o más eficientes instituciones que pretenden traducir la información, el entendimiento y la sabiduría en rasgos de conducta cuya medición es la clave del prestigio y el poder. Las escuelas tampoco son las primeras instituciones que se utilizan para convertir la educación en un derecho. Por ejemplo, el sistema mandarín de China fue durante siglos un incentivo estable y eficaz para la educación al servicio de una clase relativamente abierta cuyo privilegio dependía de la adquisición de conocimientos cuantificables.

Se dice que alrededor de 2200 a. C. el emperador de China examinaba a sus funcionarios cada tercer año. Después de tres exámenes, los ascendía o los despedía para siempre del servicio. Mil años más tarde, en 1115 a. C., el primer emperador Chan estableció exámenes generales formales para entrar al servicio público: música, ballestería, equitación, escritura y aritmética. Los examinados se presentaban cada tercer año para competir con sus pares, en lugar de someterse a calificación de normas abstractas desarrolladas por científicos. Uno de cada 100 era ascendido a través de tres grados: de “genio en potencia” y “estudioso ascendido”, hasta el nivel de aquellos que estaban “listos para el servicio público”. El coeficiente selectivo de los exámenes para los tres niveles sucesivos era tan pequeño que los

mismos exámenes no habrían tenido que ser muy exactos para ser útiles. Sin embargo, se tenía sumo cuidado para asegurar la objetividad. En el segundo nivel, donde la composición era importante, el examen del competidor lo copiaba un secretario y esta copia se sometía a un jurado para evitar que la caligrafía del autor se reconociera y llevara a los jueces a actuar con algún prejuicio.

El ascenso a una posición de estudioso en China no daba derecho a ninguno de los trabajos más codiciados, pero sí proporcionaba un billete para una lotería pública en la que los puestos se distribuían entre los mandarines certificados. En China no se desarrollaron escuelas, ni mucho menos universidades, hasta que empezó a guerrear con los poderes europeos. La comprobación de conocimientos cuantificables adquiridos independientemente permitió que durante 3 000 años el imperio chino, que fue la única nación-Estado que careció de un verdadero sistema eclesiástico o escolástico, seleccionara su élite gobernante sin crear una gran aristocracia hereditaria; la familia del emperador y aquellos que aprobaban los exámenes tenían acceso a ella.

Voltaire y sus contemporáneos alabaron el sistema de ascenso chino a través de conocimientos comprobados. En Francia se introdujo el Examen para el Servicio Público en 1791, examen que Napoleón abolió. Sería fascinante especular qué hubiera sucedido si el sistema mandarín se hubiese elegido para propagar los ideales de la Revolución francesa, en lugar del sistema escolástico que inevitablemente respalda el nacionalismo y la disciplina militar. Sucedió que Napoleón fortaleció la escuela politécnica residencial. El modelo jesuita del ritual, el ascenso secuencial en un pedigrí enclaustrado, predominó sobre el sistema mandarín como el método preferido para dar legitimidad a las élites en las sociedades occidentales.

Los principales se convirtieron en los abates de una cadena mundial de monasterios en la que todos se empeñan en acumular el conocimiento necesario para entrar en el constantemente obsoleto cielo sobre la tierra. Igual que los calvinistas desinstitucionalizaron los monasterios sólo para convertir a toda Ginebra en uno, debemos temer que la desinstitucionalización de la escuela nos lleve a una fábrica mundial de conocimiento. Si el concepto de enseñanza o conocimiento no se transforma, la desinstitucionalización de la escuela nos llevará a un casamiento entre el sistema mandarín que separa el aprendizaje de la certificación y una sociedad comprometida en proporcionar terapia para cada hombre hasta que llegue a la madurez de la edad dorada.

Ni la Alquimia ni la Magia ni la Masonería pueden resolver el problema de la actual crisis “en la educación”. La desescolarización de nuestra visión mundial exige que reconozcamos la naturaleza ilegítima y religiosa de la empresa educativa misma. Su *hybris* descansa en el intento de hacer del hombre un ente social por haberse sometido a un tratamiento en un proceso manejado. Para aquellos que están de acuerdo con la moral tecnocrática, lo que es posible técnicamente debe ponerse a disposición al menos de unos cuantos, quiéranlo o no. Ni la privación ni la frustración de la mayoría cuenta. Si es posible el tratamiento de cobalto, entonces la ciudad de Tegucigalpa necesita un aparato en cada uno de sus dos hospitales principales, al costo que liberaría a una parte importante de la población de Honduras de parásitos. Si las velocidades supersónicas son posibles, entonces se deben acelerar los viajes de algunos. Si puede concebirse el viaje a Marte, entonces debe encontrarse una razón para que parezca una necesidad. En la moral tecnocrática, la pobreza se moderniza: no sólo se cierran las viejas alternativas con nuevos monopolios, sino que la falta de necesidades también aumenta por una diseminación creciente entre aquellos servicios que son tecnológicamente viables y aquellos que realmente están a disposición de la mayoría.

Un maestro se convierte en “educador” cuando adopta esta moral tecnocrática. Entonces actúa como si la educación fuera una empresa tecnológica cuyo objeto fuera adaptar al hombre al ambiente que crea el “progreso” de la ciencia. Se ciega ante las pruebas de que el precio de la constante obsolescencia de todas las mercancías es alto: el costo creciente de entrenar personas para que las conozcan. Parece olvidar que el costo creciente de las herramientas se compra a un alto precio en términos de educación: disminuye la intensidad de mano de obra de la economía, hace que el aprendizaje en el trabajo sea imposible o, cuando mucho, un privilegio para unos cuantos. En todo el mundo el costo de educar al hombre para la sociedad aumenta con mayor rapidez que la productividad de toda la economía, y menos personas tienen la sensación de participar inteligentemente en el bienestar común.

LA CONTRADICCIÓN DE LAS ESCUELAS COMO HERRAMIENTAS DEL PROGRESO TECNOCRÁTICO

Para una sociedad de consumo, educación equivale a entrenamiento del consumidor. La reforma del aula, la dispersión del aula y la difusión del aula

son formas diferentes de moldear a los consumidores de mercancías obsoletas. La supervivencia de una sociedad en la que las tecnocracias pueden redefinir constantemente la felicidad humana en función del consumo de su último producto depende de las instituciones educativas (desde las escuelas hasta los anuncios) que convierten a la educación en control social.

En países ricos como Estados Unidos, Canadá o la URSS, enormes inversiones en escolarización ponen de manifiesto las contradicciones institucionales del progreso tecnocrático. En estos países, la defensa ideológica del progreso ilimitado descansa en la pretensión de que los efectos igualadores de una escolarización abierta pueden contrarrestar la fuerza desigualadora de la constante obsolescencia. La legitimidad de la sociedad industrial misma llega a depender de la credibilidad de la escuela, y no importa si el partido en el poder es el comunista o el republicano. Bajo estas circunstancias, el público está ávido de libros como el informe de Charles Silberman o la Comisión Carnegie, publicado bajo el título de *Crisis in the Classroom*. Este tipo de investigación inspira confianza por su bien documentada condena de la escuela actual, a la luz de la cual los intentos insignificantes por salvar al sistema manicurando sus faltas más obvias puede crear una nueva oleada de expectativas inútiles.

Mayores inversiones en escuelas de todas partes hacen monumental la ineficacia de la escolarización. Paradójicamente, los pobres son las primeras víctimas de la mayor escolarización. La Comisión Wright en Ontario tuvo que informar a sus patrocinadores del gobierno que la educación postsecundaria está inevitable e irremediablemente gravando a los pobres en forma desproporcionada para una educación que siempre disfrutarán principalmente los ricos.

La experiencia confirma estas advertencias. Durante varias décadas un sistema de cuotas en la URSS daba preferencia al ingreso a la universidad a los hijos de padres trabajadores sobre los hijos de graduados universitarios. Sin embargo, la desproporción de estos últimos es todavía mayor en las clases que se gradúan en Rusia que en Estados Unidos.

El 8 de marzo de 1971, el magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Warren E. Burger, presentó la opinión unánime de la corte en el caso de Griggs *et al.* frente a la Duke Power Company. Interpretando la intención del Congreso en la sección referente a la igualdad de oportunidades de la Ley de Derechos Civiles de 1964, la corte de Burger determinó que cualquier grado académico o cualquier examen a que se sometan futuros empleados debe "calificar al hombre para el trabajo" y no al "hombre en abstracto". La

carga de demostrar que los requisitos educativos son una "medida razonable de la actuación en el trabajo" descansa en el patrón. En esta decisión, la corte sólo habló sobre los exámenes y diplomas como medio de discriminación racial, pero la lógica del argumento del magistrado se aplica a cualquier uso del pedigrí educativo como prerrequisito de un empleo. *The Great Training Robbery (El gran robo del entrenamiento)*, tan eficazmente expuesto por Ivar Berg, debe ahora enfrentarse al desafío de una conjura de compinches, de alumnos, patrones y causantes.

En los países pobres, las escuelas racionalizan el rezago económico de toda una nación. La mayoría de los ciudadanos quedan excluidos de los escasos medios modernos de producción y consumo, pero arden en deseos de entrar en la economía por la puerta de la escuela. La legitimación de la distribución jerárquica del privilegio y el poder se ha desplazado de la alcurnia, la herencia, el favor del rey o del papa y la crueldad en el mercado o en el campo de batalla, a una forma más sutil de capitalismo: la institución jerárquica pero liberal de la escolarización obligatoria que permite al bien escolarizado imputar culpabilidad al consumidor rezagado de conocimientos por tener un certificado de menor denominación. Sin embargo, esta racionalización de la desigualdad nunca puede ir de acuerdo con los hechos, y los regímenes populistas cada vez se encuentran con mayores problemas para ocultar el conflicto entre la retórica y la realidad.

Durante 10 años la Cuba de Fidel Castro se ha empeñado en el rápido crecimiento de la educación popular, dependiendo del material humano disponible, sin el respeto normal a las credenciales profesionales. Los éxitos espectaculares al principio de esta campaña, especialmente en lo que se refiere a la disminución del analfabetismo, se han citado como pruebas de que la lenta tasa de crecimiento de otros sistemas escolásticos latinoamericanos se debe a la corrupción, al militarismo y a una economía capitalista de mercado. No obstante, ahora, la lógica de la escolarización jerárquica está alcanzando a Fidel y a su intento de producir al Nuevo Hombre por medio de la escuela. Aun cuando los estudiantes pasan la mitad del año en los campos de caña y se adhieren totalmente a los ideales igualitarios del compañero Fidel, cada año la escuela entrena a una cosecha de consumidores de conocimientos autoconscientes dispuestos a moverse hacia nuevos niveles de consumo. Además, el Dr. Castro se enfrenta a las pruebas de que el sistema escolástico nunca producirá suficientes técnicos certificados. Aquellos graduados que obtienen las nuevas colocaciones destruyen con su conservadurismo los resultados obtenidos por los núcleos no certi-

ficados que han llegado a sus puestos a través de entrenamientos en el trabajo. No se puede culpar de ninguna manera a los maestros de los fracasos de un gobierno revolucionario que insiste en la capitalización institucional del potencial humano a través de un currículum oculto que garantiza la producción de una burguesía universal.

RECUPERACIÓN DE LA RESPONSABILIDAD DE ENSEÑAR Y APRENDER

Una revolución en contra de aquellas formas de privilegio y de poder que se basan en el derecho de obtener conocimientos profesionales debe iniciarse con una transformación de la conciencia sobre la naturaleza del aprendizaje. Esto significa, sobre todo, un desplazamiento de la responsabilidad de enseñar y aprender. El conocimiento sólo puede definirse como una mercancía mientras se le considere el resultado de una empresa institucional o el cumplimiento de los objetivos institucionales. Sólo cuando el hombre recupere el sentido de la responsabilidad personal de lo que aprende y enseña podrá romperse el sortilegio y superarse el alejamiento entre el aprender y el vivir.

La recuperación del poder de aprender o enseñar significa que el maestro que se arriesga a interferir en la vida privada de otro individuo también se hace responsable de los resultados. De manera similar, el estudiante que se expone a la influencia de un maestro debe hacerse responsable de su propia educación. Para ello lo ideal sería que las instituciones educativas —si se necesitan— adoptaran la forma de centros de servicios donde se pudiera adquirir un techo adecuado sobre su cabeza, tener acceso a un piano o a un horno y a discos, libros o diapositivas. Las escuelas, las estaciones de televisión, los teatros y similares están diseñados principalmente para el uso de profesionales. La desescolarización de la sociedad significa, sobre todo, la negación del estatus profesional para la segunda profesión más antigua del mundo, a saber: enseñar. La certificación de maestros constituye ahora una restricción indebida del derecho a la libertad de expresión; la estructura corporativa y las pretensiones profesionales del periodismo coartan indebidamente la libertad de prensa. Las reglas de asistencia obligatoria interfieren con la libertad de reunión. La desescolarización de la sociedad no es más que una mutación cultural mediante la cual un pueblo recupera el uso efectivo de sus libertades constitucionales: el aprender y enseñar por hom-

bres que saben que han nacido libres y no con una libertad que les ha sido otorgada. La mayoría de las personas aprenden casi siempre cuando hacen algo que les divierte; la mayoría tiene curiosidad y desea dar un significado a todo aquello con que entra en contacto; y la mayoría puede tener relaciones personales íntimas con otros si no están idiotizados por un trabajo inhumano o se cierran a causa de la escolarización.

El hecho de que las personas en los países ricos no aprendan mucho de *motu proprio* no es prueba de lo contrario. Más bien es consecuencia de vivir en un medio ambiente del cual, paradójicamente, no pueden aprender mucho precisamente porque está altamente programado. Constantemente se ven frustrados por la estructura de la sociedad contemporánea, donde los hechos en que se basan las decisiones se han vuelto más huidizos. Viven en un ambiente en el que los instrumentos que pueden utilizarse para propósitos creativos se han convertido en un lujo, un ambiente en que los canales de comunicación sirven a unos cuantos para hablar a muchos.

UNA NUEVA TECNOLOGÍA MÁS QUE UNA NUEVA EDUCACIÓN

Un mito moderno desea hacernos creer que el sentido de impotencia con el que vive la mayoría de los hombres de hoy es consecuencia de la tecnología que sólo puede crear sistemas enormes. Pero no es la tecnología la que hace enormes sistemas, instrumentos inmensamente poderosos, canales de comunicación unidireccionales. Todo lo contrario: si la tecnología estuviera adecuadamente controlada, podría capacitar a cada hombre para entender mejor su medio ambiente, moldearlo con sus propias manos, y permitirle la intercomunicación total a un grado nunca antes alcanzado. Este uso alternativo de la tecnología constituye la disyuntiva central en la educación.

Para que una persona pueda desarrollarse necesita, antes que nada, tener acceso a cosas, lugares y procesos, a acontecimientos y datos. Necesita ver, tocar, asir, ocuparse con lo que existe en un escenario significativo. En la actualidad este acceso le está en buena medida negado. Cuando el conocimiento se convirtió en una mercancía adquirió la protección de la propiedad privada; así, un principio diseñado para resguardar la intimidad personal se transformó en una razón para declarar que los conocimientos no son para las personas que carecen de las credenciales apropiadas. En las escuelas los maestros se guardan los conocimientos si no encajan dentro

del programa del día. Los medios informan, pero excluyen lo que consideren inadecuado para imprimirse. La información se encierra en idiomas especiales, y los maestros especializados viven de su retraducción. Las empresas protegen las patentes, las burocracias guardan los secretos, y el poder de alejar a los demás de cotos privados —ya sean cabinas, despachos de abogados, basureros o clínicas— se guarda celosamente por las profesiones, las instituciones y los países. Ni la estructura política ni la profesional de nuestras sociedades, oriental y occidental, podrían soportar la eliminación del poder de impedir el acceso a conocimientos que podrían servir a muchas clases de personas. El acceso a los conocimientos por que abogo va más allá que la verdad etiquetada. El acceso debe construirse dentro de la realidad, mientras que todo lo que pedimos de la publicidad es la garantía de que no nos engañe. El acceso a la realidad constituye una alternativa fundamental en la educación para un sistema que sólo pretende enseñar *sobre él*.

La abolición del derecho a un secreto corporativo —aun cuando la opinión profesional sostiene que este secreto sirve al bien común— es, como pronto se verá, un objetivo político mucho más radical que la demanda tradicional de la propiedad pública o el control de los bienes de producción. La socialización de estos bienes sin una socialización efectiva del *know-how* (saber cómo) de su uso, tiende a colocar al capitalista del conocimiento en la posición que antes tenía el financiero. La única pretensión de poder del tecnócrata es el acervo que tiene de algún tipo de conocimiento escaso y secreto, y la mejor manera de proteger su valor es creando una organización importante con intensidad de capital que hace que el acceso al *know-how* sea formidable y prohibitivo.

No pasa mucho tiempo antes de que el aprendiz interesado adquiera casi cualquier habilidad que desee usar. Eso tiende a olvidarse en una sociedad en la que los maestros profesionales monopolizan la entrada a todos los campos y etiquetan como charlatanería la enseñanza impartida por individuos que carecen de un certificado. Existen pocas habilidades mecánicas en la industria o la investigación que sean tan exigentes, complejas y peligrosas como manejar un automóvil; habilidad que la mayoría de la gente adquiere fácilmente de un instructor. No todas las personas están capacitadas para la lógica avanzada, y sin embargo aquellos que lo están progresan rápidamente si se les interesa en juegos matemáticos a una temprana edad. Uno de cada 20 niños en Cuernavaca me gana en un juego de *Wff'n Proof* después de unas cuantas semanas de entrenamiento. En cuatro meses un

gran porcentaje de los adultos motivados en el Cidoc aprenden el español con la suficiente corrección para llevar a cabo asuntos académicos en la nueva lengua.

Un primer paso para abrir el acceso a las diferentes especialidades sería proporcionar distintos incentivos a los individuos calificados para que compartan sus conocimientos. Inevitablemente, esto iría en contra de los intereses de las guildas, las profesiones y los sindicatos. Empero, el aprendizaje múltiple es atractivo; proporciona a todos la oportunidad de aprender algo sobre casi cualquier cosa. No hay razón para que una persona no pueda combinar la capacidad de manejar un auto, componer teléfonos y excusados, ser partera y dibujante de arquitecto. Las grandes empresas y sus consumidores disciplinados pretenderían, desde luego, que el público necesita la protección de una garantía profesional. Pero este argumento lo ponen continuamente en tela de juicio las asociaciones de protección del consumidor. Tenemos que tomar más seriamente la objeción que los economistas hacen a la socialización radical de las habilidades: que no habrá "progreso" si los conocimientos —patentes, habilidades y todo el resto— se democratizan. Sólo podremos encarar sus argumentos si les demostramos la tasa de crecimiento de deseconomías inútiles generadas por cualquiera de los sistemas educativos que existen.

El acceso a la gente que desea compartir sus habilidades no es garantía de aprendizaje. Este acceso se restringe no sólo por el monopolio de los programas educativos sobre el aprendizaje y de los sindicatos sobre su licitud, sino también por una tecnología de la escasez: las habilidades que hoy cuentan con el *know-how* en el uso de herramientas que se diseñaron para ser escasas. Estas herramientas producen bienes o prestan servicios que todos quieren, pero que sólo unos cuantos pueden disfrutar, y que sólo un número limitado de personas sabe cómo utilizar. Sólo unos cuantos individuos privilegiados del total de personas que padecen una enfermedad dada se benefician de los resultados de la tecnología médica sofisticada, y todavía menos médicos desarrollan la habilidad para utilizarla.

Sin embargo, los mismos resultados de la investigación médica también se han utilizado para crear un instrumental básico que permite a los médicos de la armada y la marina, con sólo unos cuantos meses de entrenamiento, obtener resultados en el campo de batalla que habrían sido un sueño imposible de los doctores titulados durante la segunda Guerra Mundial. En un nivel aún más sencillo, cualquier campesina podría aprender a diagnosticar y tratar la mayoría de las infecciones si los científicos de la

medicina prepararan específicamente dosis e instrucciones para un área geográfica dada.

Todos estos ejemplos ilustran el hecho de que las consideraciones de tipo educativo por sí solas son suficientes para requerir una reducción radical de la estructura profesional que ahora impide la relación entre el científico y la mayoría de los que desean tener acceso a la ciencia. Si se escuchara esta demanda, todos los hombres podrían aprender a usar los instrumentos de ayer, que la ciencia moderna ha vuelto más efectivos y duraderos, para crear el mundo del mañana.

Por desgracia, en la actualidad existe precisamente la tendencia contraria. Conozco una región costera en Sudamérica donde la mayoría de la gente vive de la pesca con pequeños botes. El motor fuera de borda es sin duda el instrumento que ha cambiado más dramáticamente las vidas de estos pescadores costeros. Pero en la región que yo he estudiado, la mitad de todos los motores fuera de borda se compraron entre 1945 y 1950 y se mantienen en uso por arreglos constantes, mientras que la mitad de los motores adquiridos en 1965 ya no sirven porque no se construyeron para repararse. El progreso tecnológico proporciona a la mayoría de las personas artefactos que no pueden comprar y las priva de las herramientas más sencillas que necesitan.

Los metales, los plásticos y el cemento armado que se utilizan en la construcción han mejorado muchísimo desde la década de los años cuarenta y deben dar a más personas la oportunidad de construir sus propias casas. Pero mientras que en 1948 más de 30% de todas las casas unifamiliares de Estados Unidos las construyeron sus propietarios, para fines de los años sesenta este porcentaje había disminuido a menos de 20 por ciento.

La reducción del nivel de habilidades a través del llamado desarrollo económico es todavía más palpable en América Latina. Aquí, la mayoría de la gente sigue construyendo su casa desde el piso hasta el techo. A menudo usan barro en forma de adobe y techados de paja de utilidad insuperable en su clima húmedo, caliente y ventoso. En otros lugares hacen sus viviendas de cartón, barriles de petróleo y otros desperdicios industriales. En lugar de proporcionar a la gente instrumentos sencillos y componentes altamente estandarizados, duraderos y fáciles de componer, todos los gobiernos se han pronunciado en favor de la producción masiva de viviendas de bajo costo. Es obvio que ningún país puede darse el lujo de proporcionar unidades habitacionales modernas satisfactorias para la mayoría de la gente. No obstante, en todas partes esta política hace que cada vez sea más di-

fácil que la mayoría adquiera el conocimiento y la capacidad que necesita para construirse mejores casas.

LA "POBREZA"

Consideraciones de tipo educativo nos permiten formular una segunda característica fundamental que debe poseer cualquier sociedad posindustrial: una caja de herramientas que por su misma naturaleza compense el control tecnocrático. Por razones educativas debemos trabajar para lograr una sociedad en la que el conocimiento científico se incorpore a las herramientas y componentes que puedan utilizarse con buenos resultados en unidades suficientemente pequeñas para que estén al alcance de todos. Sólo este tipo de herramientas podrá socializar el acceso a las habilidades. Sólo estas herramientas favorecen asociaciones temporales entre aquellos que desean utilizarlas en ocasiones específicas. Sólo estas herramientas permiten el surgimiento de objetivos específicos en el proceso de su utilización, como bien sabe cualquier remendón. Sólo con la combinación de un acceso garantizado a los conocimientos y un poder limitado en la mayoría de las herramientas se podrá contemplar una economía de subsistencia capaz de incorporar los frutos de la ciencia moderna.

El desarrollo de una economía científica de subsistencia como ésta es indudablemente ventajoso para la gran mayoría de las personas en los países pobres. También es la única alternativa a la contaminación progresiva, a la explotación y a la opacidad en los países ricos. Pero, como hemos visto, el derrocamiento del PNB no puede lograrse sin trastornar simultáneamente la ENB (Educación Nacional Bruta, generalmente concebida como capitalización del potencial humano). Una economía igualitaria no puede existir en una sociedad en la que el derecho de producir lo otorgan las escuelas.

La viabilidad de la economía moderna de subsistencia no depende de nuevos intentos científicos. Depende principalmente de la capacidad de una sociedad para estar de acuerdo sobre restricciones fundamentales antiburocráticas y antitecnocráticas autoelegidas.

Estas restricciones pueden adoptar muchas formas, pero no funcionarán si no tocan las dimensiones básicas de la vida. (La decisión del Congreso norteamericano en contra del desarrollo de un avión supersónico es uno de los pasos más alentadores en la dirección correcta.) La sustancia de estas restricciones sociales voluntarias sería algo muy sencillo que cualquier

hombre prudente puede entender y juzgar plenamente. Los intereses en juego en la controversia del avión supersónico proporcionan un buen ejemplo. Todas estas restricciones se elegirían para fomentar el usufructo estable y equitativo de *know-how* científico. Los franceses dicen que se tarda 1 000 años para educar a un campesino en el cuidado de una vaca. No se tardarían dos generaciones en ayudar a toda la gente de Latinoamérica o África a utilizar y reparar motores fuera de borda, coches sencillos, bombas de agua, botiquines y máquinas de cemento armado si su diseño no cambiara a cada rato. Y ya que una vida feliz es aquella en la que hay una sensata interrelación con los demás en un ambiente interesante, habría un gozo igual si se traduce en igual educación.

En la actualidad es difícil imaginar un consenso sobre austeridad. La razón que generalmente se da para la impotencia de la mayoría se estipula en términos de clases económicas o políticas. Lo que generalmente no se entiende es que la nueva estructura de clase de una sociedad escolarizada está todavía más controlada por los intereses creados. No cabe duda que la organización imperialista y capitalista de la sociedad proporciona una estructura social en la que sólo una minoría puede influir desproporcionadamente sobre la opinión efectiva de la mayoría. Pero en una sociedad tecnocrática el poder de una minoría de capitalistas del conocimiento puede evitar la formación de una opinión pública real a través del control del *know-how* científico y de los medios de comunicación. Las garantías constitucionales de la libertad de expresión, la libertad de prensa y la libertad de reunión, tenían el propósito de asegurar un gobierno del pueblo. En principio, la electrónica moderna, las prensas de foto-offset, las computadoras y los teléfonos han proporcionado las herramientas que podrían dar un significado enteramente nuevo a estas libertades. Por desgracia estas cosas se utilizan en los medios modernos de comunicación para incrementar el poder de los banqueros del conocimiento para canalizar sus paquetes de programas a través de cadenas internacionales a más gente, en lugar de utilizarlos para aumentar las verdaderas redes que proporcionan iguales oportunidades para una reunión de los miembros de la mayoría.

La desescolarización de la cultura y la estructura social requieren el uso de tecnología para que la política de participación sea posible. Sólo con base en una coalición de la mayoría podrán determinarse los límites a los secretos y al poder creciente sin dictadura. Necesitamos un nuevo ambiente en el que el desarrollo sea sin clases, o tendremos un "Mundo feliz" en el que el *Big Brother* nos eduque a todos.

VII. CONCIENCIA POLÍTICA Y CONTROL DE LA NATALIDAD

LOS PROGRAMAS para controlar la natalidad que se pretenden imponer en América Latina fracasan porque subrayan más el temor a la pobreza que la alegría de vivir. Los que practican la planificación familiar son los mismos que orientan sus consumos conforme a las "necesidades" que crean los avisos de television y la propaganda en general. Tanto en México como en Brasil ellos forman esa minoría rara y marginal que ha dado en llamarse clase media. Su misma situación de privilegio económico los expone a que su intimidad sexual sea regulada desde afuera mediante un juego de demandas.

Lograr éxito en la escuela, en el trabajo y en el sexo es una combinación de la que sólo goza en Latinoamérica una minoría que va de 1 a 5%. En ella se encuentran los "triunfadores" que se las saben arreglar para mantener el índice de sus entradas por encima del promedio nacional; allí también están los únicos que tienen acceso al poder político, que usarán como instrumento poderoso para favorecer a su estirpe. Incluso suponiendo que el pequeño número de los que han sabido aprovecharse de la Alianza para el Progreso de las clases medias practicase la planificación familiar, eso no afectaría en forma significativa los índices de crecimiento demográfico. Pero la posibilidad de planificar sus familias es algo que está fuera del alcance de los "otros" (que en América Latina quiere decir "los más"). ¿A quién le sorprende que una "igualdad" más se le reconozca al pobre en el papel y se le niegue de hecho?

En un contexto político seudodemocrático es imposible inducir a la mayoría a practicar el control de la natalidad. Ni la seducción ni la educación producen efecto. Lo primero, porque es propio de tales regímenes aparentar que respetan a la persona y, por tanto, no pueden ser demasiado agresivos en la propaganda, como sería anunciar que se pagan 25 dólares a cada mujer que se haga aplicar una espiral y 100 a la que se deje esterilizar. Eso sería más económico —conforme a sus objetivos—, pero no les permitiría guardar las apariencias. Lo segundo, porque a estos gobiernos no les conviene dar a los adultos analfabetos un tipo de educación en esta

materia, que los llevaría a la crítica y a la disensión en el plano político. Saben que hacer eso sería labrarse su propia subversión.

EL FRACASO DE LO MÁGICO

Ese doble fracaso se explica también al ver la inadecuación que existe entre lo que se predica y el estilo de vida común a las mayorías campesinas de América Latina. Éstas no creen que controlar su impulso sexual las llevará a la abundancia material. Creen menos en eso que en la eficacia misma de los métodos anticonceptivos. Sin embargo, se las quiere convencer de que ambas cosas habrán de producirse por arte de magia. Si al pobre le repele el olor del remedio mágico, es porque huele allí el doblez de un rico magnate que le enseña "afablemente" cómo hacer para no seguir trayendo al mundo seres pobres y detestables como él. También se utiliza la agresividad para imponer los nuevos métodos, pero cobardemente, es decir, cuando se tiene enfrente a una criatura indefensa. Baste pensar en la mujer que, víctima de la "curación" hecha en su barrio, llega a la clínica donde será iniciada en el misterio de la contracepción como única alternativa para no tener que volver el año próximo. La demanda, el estilo y el método usados, insisten en cómo protegerse frente al mal, más que en cómo poder expresar más profundamente la vida y ser libres para actuar en ella. Al no tener la planificación familiar así planteada nada de atractivo, no es de maravillar que fracase.

Mientras no se desmitologicen los programas para controlar la expansión demográfica, éstos no conseguirán reducir la fertilidad. El recurso a la magia, al mito y al misterio lo deben abandonar tanto los abanderados de la contracepción como sus opositores éticos. Pero es que la creciente pobreza del mundo embota la imaginación de quienes deben buscar las soluciones. Entonces se recurre al mito para escapar a esa angustia insoportable: se convierte a las personas hambrientas en un informe enemigo mitológico con la ilusión de poder controlarlo; se confiere a los programas para controlar la natalidad un poder mágico y se les invoca para mantener a raya los desbordamientos en las tablas estadísticas. Pero dado que el hombre no acepta ser tratado como una célula que se reproduce dentro de ese monstruo y lo hace crecer, las invocaciones al mito no hacen disminuir su fertilidad. Sólo los hombres de gabinete creen que se puede convencer a los individuos para que tomen como *motivos personales* las *razones válidas* de los economistas de la nación.

“Población” es algo acéfalo, dirigible pero no motivable. Sólo las personas toman decisiones, y en la medida en que lo hacen son más o menos controlables. Por eso quien se decide libremente a controlar su fertilidad en forma responsable se sentirá también motivado para aspirar al poder político, porque en esa forma se asegura de no ser manejado según el gusto de otros. De ahí que los gobiernos militares de América del Sur no quieran aceptar los programas que buscan promover la paternidad responsable y la participación en el control político.

En América Latina, como colonia occidental, la escolarización masiva ha sido la forma de someter pasivamente a los niños a una ideología que se encarga de mantenerlos “democráticamente” en su lugar. Su “orden” político no ha tolerado una educación que despierte la conciencia de las masas adultas no escolarizadas, que promueva su originalidad y los impulse al riesgo. Dar eso a los adultos es exhortarlos a liberarse de los tabúes y a destronar los ídolos que los defensores del *statu quo* tan celosamente custodian.

Todo tabú que se deja atrás significa un obstáculo menos para la liberación total del hombre. Caer en la cuenta de que el sexo no tiene por qué llevar a una fecundidad que no se desea, hace que la persona vea que la sobrevivencia económica no tiene por qué engendrar la explotación política. Ser más libre como consorte, significa serlo también como ciudadano y, por consiguiente, volverse una fuerza activa en el proceso de cambio social.

EL CONTEXTO DE LA URBANIZACIÓN

Todos los que procrearán antes de 1984 ya viven hoy día. Me pregunto si a los que aún son niños se les usurparán sus sentimientos por medio de la técnica, se les desposeerá de sus responsabilidades sociales, se les manipulará en su comportamiento sexual para adaptarlos a los intereses de otros, o si el traslado del campo a la ciudad los hará más libres y conscientes para controlar la historia de sus vidas. En otras palabras: ¿llegará la ciudad a tragarse sus vidas o lograrán vivir en ella con mayor libertad?

La mayoría de los actuales habitantes de América Latina vive en un mundo donde el modo de pensar, las costumbres y los mitos están enraizados en un pasado rural. Ahora bien, menos de 30% de los 350 millones que se espera tendrá el continente en la próxima generación podrá considerarse “rural”. La diferencia se habrá trasladado a los centros poblados trayendo el bagaje que heredara de sus abuelos: aprecio por la tradición y por la pro-

le numerosa (con la que el grupo hacía frente a la elevada mortalidad). Su lenguaje, símbolos, ideología y religión expresarán tales valores.

Pero una vez que el campesino se instala en la ciudad, pierde la poderosa herramienta que su cultura le diera para llevar con dignidad su situación de carencia. Más aún, debe renunciar conscientemente a ella para poder sobrevivir. O acepta cambiar libremente la orientación de su vida y adaptar su conducta conforme eso se lo vaya exigiendo o la ciudad lo esclavizará cuando no lo aplastará. La urbanización le ofrece nuevas coordenadas, símbolos y eslogans con los que orientar sus más íntimos sentimientos y tendencias y labrar su carácter.

La ciudad se vende al recién llegado con una serie de instrucciones para su uso. Allí se mistifica al que no acepta las creencias tradicionales, sino las del credo de la ciudad con sus nuevos dogmas: prolongación de los años de vida obtenida mediante adelantos médicos; exaltación del sistema escolar; habilidad para mejorar de puesto en el trabajo y conseguir mayor remuneración. Producción y consumo se convierten en el patrón medida de los valores, sin excluir el de la fertilidad. Cambio de orientación, conducta y creencia van juntos y solamente la minoría capaz de someterse a los tres podrá abrirse camino hacia las diminutas islas en que florece la abundancia.

¿RESISTENCIA A LA RIQUEZA?

Es fácil percibir que un grado elevado de consumo, combinado con una fertilidad abundante, es un lujo que pocos pueden afrontar. Lo común es que quien rápidamente asciende en la pirámide social sea el que controla rigurosamente su número de hijos. Pero eso demanda una disciplina de por vida que no es fácil pedírsela a quien se ha criado en una choza y carece del entrenamiento que se requiere para ajustarse al ritmo que marca la escuela o al horario inflexible de una oficina. Salvo que se dé una rara combinación de carácter y circunstancias, la ciudad —mejor selectora que maestra— no enseñará al campesino las disciplinas que se precisan para triunfar en ella, en los negocios y en la vida de familia. Tampoco es la escuela quien mejor se las puede enseñar, pues ella también es más selectiva que pedagógica. Si bien se ha pensado que la alta escolaridad trae consigo la baja fertilidad, yo prefiero creer que lo que pasa es que las escuelas al hacer su selección sólo se quedan con aquellos mansos corderos capaces de seguir ahora sus órdenes y, más tarde, las del planificador.

¿Quiénes son los que todavía dicen que si la gente no progresa es porque no quiere; y que las oportunidades son las mismas para todos? Miremos los hechos. En Caracas, y en el mejor de los casos, sólo tres de cada 100 están en camino de conseguir lo siguiente: título secundario, auto privado, seguro de enfermedad y un grado de higiene aceptable.

Se dice que la planificación familiar ha sido adoptada rápidamente por ciertos grupos étnicos. Pero tomemos a los puertorriqueños que viven en Nueva York. Es verdad que la fertilidad del grupo decrece, pero sólo si tomamos en cuenta a los que, habiendo decidido ir a esa ciudad, lograron escapar de Harlem, pasar por la escuela y conseguir un empleo por más de 7 000 dólares al año. Ellos son los privilegiados que pudieron eludir a la policía, las drogas, la discriminación y las agencias de bienestar social. Entre los muchos que buscan El Dorado son ellos el grupito selecto que no muere antes de haberlo encontrado.

En América Latina puede detectarse un fenómeno similar. Me refiero a esos pequeños grupos que a saltos de rana marchan hacia la riqueza. Lo propio de ellos es asociarse al Club de Leones, al Movimiento Familiar Cristiano, a los Caballeros de Colón o a grupos por el estilo, que les permiten organizarse para poder alcanzar nuevos privilegios. La Asociación para la Protección de la Clase Media, recientemente fundada en Caracas por los empleados de Esso, sirve para ilustrar lo que mencionábamos. El que los miembros de estos grupos controlen su fertilidad no prueba que la contracepción sea un resultado de confort. Más bien quiere decir que en Latinoamérica son muy pocos los que tienen acceso a la riqueza.

El fracaso de la planificación familiar en las naciones en vías de desarrollo es comparable al fracaso que ha tenido en los guetos negros de Estados Unidos. La proliferación entre los norteamericanos pobres alcanza niveles próximos a los latinoamericanos. Con todo, el elemento común es más una disposición de ánimo que un factor numérico. Porque si bien por un lado en el gueto negro se han alcanzado promedios económicos y disponibilidad de servicios que están fuera del alcance de nuestra generación en América Latina, por otro nos encontramos que en ambos lados la participación política es baja, el poder de que se dispone es sumamente limitado y el humor se torna helado. Sorprende entonces que el mínimo público norteamericano que logró sensibilizarse con sus compatriotas de color que rechazaban la trampa que se les tendía para que dejaran de reproducirse, mire como necedad e histeria que el pobre de ultramar busque escapar de la misma trampa. Tal como se viene planteando, dar más información gra-

tis a la gente es un truco que tiene que fracasar en Brasil de la misma forma que fracasó en el gueto: no importa cuál sea el escenario, ese truco anticonceptivo saldrá mal y no hará decrecer la fertilidad.

El año pasado en Brasil, obispos y comunistas levantaron la indignación pública contra los supuestos favores extendidos por el gobierno militar a los misioneros que importasen a la Amazonia *serpentes* producidas en Estados Unidos. Las *serpentes* (espirales), decían los acusadores, habría que “aplicarlas al interior de las mujeres” para preparar la Amazonia a ser colonizada por “sobrantes” negros que se importarían de Estados Unidos.

El demógrafo criado en torno al Atlántico Norte fácilmente interpreta eso como el arranque de una imaginación enfermiza, más que como una protesta simbólica contra la serpiente norteamericana que solicita a la Eva tropical para que guste la manzana de la abundancia. ¿Es que se busca acaso seducir a nuestros hombres para que acepten como “ley de la naturaleza humana” lo que no es más que idiosincrasia de un pueblo?

ALIENACIÓN IDEOLÓGICA

Procuraremos tratar el tema libres de cualquier tendencia “imperialista”, moralista o masivista que inconscientemente pueda determinar su interpretación.

Un individuo puede recurrir a la contracepción como defensa contra la miseria angustiante —caso de tantos abortos— o como medio de mejorar económicamente lo que sólo puede verificarse en la ínfima minoría que ha aceptado los postulados capitalistas y sube rápidamente los escalones del “progreso”.

Porque para 90% de la población de ciudades tipo Caracas o Sao Paulo tener pocos hijos no representa un mejoramiento significativo de nivel de vida. De ahí que los incentivos socioeconómicos (ganancia a corto plazo, ventajas paralelas para la pequeña familia...), a través de los cuales los programas tradicionales de educación contraceptiva buscan motivar a las masas de escasa capacidad de consumo, sean percibidos por ellas como un engaño. Se las podrá adoctrinar sutilmente en los “valores de la clase media” o luchar por conseguir su asentimiento irreflexivo, pero eso no conseguirá disminuir su fertilidad, sino tan sólo aumentar su alienación.

El pobre no teme que se le cierren las puertas de una riqueza futura que nunca llegará a poseer, como tampoco el recurso al infierno ha tenido gran

influencia en la conducta sexual de católicos fervientes. Pero es cinismo pedirle que se abstenga del placer para que otros puedan seguir alcanzando lo que a él se le niega. Ni la política de la Casa Blanca, con todas sus "razones", ni los códigos morales que pueda proponer el papa, logran determinar la conducta sexual de la gente. Ambos son igualmente ineficaces porque usar la ideología para *imponer* la planificación familiar u oponerse a ella es un llamado a la idolatría y, por lo tanto, es un llamado inhumano.

La ideología puede encontrarle justificación al egoísmo, al temor al riesgo, a la envidia...; con tal de mover a las personas a usar contraceptivos, se las ingenia incluso para demostrar que todo eso contribuye a la estabilidad política y al aumento de la producción. Pero son sólo unos pocos y raros individuos los que se deciden a controlar su vida sexual engatusados por tales razonamientos. Ya hemos visto lo que pasa con la mayoría a quien se busca convencer con falsas razones: sigue tan prolífera como antes. En sentido contrario, la ideología es capaz de hacer que algunos —¿por un miedo mítico al infierno?— se lancen a procrear con "consciente irresponsabilidad". Pero también aquí alegra pensar que no sean muchos los que padecen tal neurosis. De tal manera que usar la ideología para motivar el comportamiento individual es a la vez un modo falaz de hacer política dirigida. Porque el recurso a los "absolutos" para determinar a la gente, es más una buena excusa que una buena razón.

Así como el maestro cree que los libros son la panacea para poder mejorar la situación de la vida, los agentes de Salud Pública prefieren ver en un pesario la alfombra mágica que habrá de llevar al paraíso soñado. El producto del farmacéutico, el del librero y el de la curandera se usan con el mismo estilo. Por lo tanto, las mujeres que tragan a ojos cerrados la píldora mágica no se diferencian psicológicamente de quienes depositan toda su confianza en los libros, en los filtros de amor o en San Antonio.

Pero ni las escuelas ni las agencias de bienestar social han logrado mover a sus clientes con sus motivos. Las escuelas, a un alto precio, consiguen dar algo de alfabetización a unos pocos niños: en América Latina sólo uno de cada cuatro pasa del sexto grado. Las clínicas de bienestar social, por otro lado, logran resultados igualmente modestos: sólo uno de cada cuatro de los que allí se aconsejan, deja de tener hijos. La causa está en que ambas seleccionan mejor de lo que enseñan.

Si los guardianes del *statu quo* fueran consecuentes con sus intereses económicos, reconocerían públicamente que una nación ahorra más y a corto plazo por cada vida que se evita que el aumento en la productividad

que trae consigo un nuevo niño escolarizado. Pero como decidirse por eso sería dejar al descubierto lo humanamente detestable que es el "orden" que se defiende, prefieren mantener las escuelas y las clínicas tal como funcionan, porque son políticamente necesarias y porque ayudan a mantener la envoltura del mundo occidental. Entonces se entiende por qué cuando se reduce el presupuesto para las escuelas se reinvierte en las clínicas o viceversa; pero las reinversiones nunca se hacen en favor de nuevos programas.

Los gobiernos militares no pueden sino temerle a Sócrates: hay que encarcelarlo, exiliarlo, ridiculizarlo o forzarlo a la clandestinidad. Son pocos los promotores de la educación fundamental en América Latina que habiendo dado muestras de su capacidad, popularidad y dignidad siguen empleados en sus países. De unirse al gobierno, a la Iglesia o a una agencia internacional, los amenazaría el tener que transar. En nuestro continente los que dirigen la política y los que han terminado la escuela secundaria (sólo 3%) son los mismos. Por eso todo lo que signifique involucrar masivamente a los adultos no escolarizados en el razonamiento político implica un cambio que va más allá del gusto y de la imaginación de esa minoría. Si un nuevo programa educativo se propone alcanzar ese fin, pronto será declarado abortivo, ignorado como demagogia destinada al fracaso, reprimido como incitación al motín y, por supuesto, no financiado.

Paulo Freire, educador brasileño exiliado, demostró que se puede enseñar a leer y escribir en seis semanas a aproximadamente 15% de los adultos analfabetos de un pueblo, con menos de lo que cuesta tener a un niño en la escuela durante un año. Freire hace que su equipo prepare para la comunidad con la que va a trabajar una lista de palabras profundamente significativas y que, fácilmente, se convierten en foco de controversia política. Las sesiones se centran en torno al análisis de esas palabras. Los atraídos por el programa suelen ser gente que dispone de potencial político. Asumiendo que les interesa el diálogo, aprender a leer y escribir las palabras claves les significa dar un paso hacia adelante en la intensidad y efectividad de su participación política.

Es obvio que tal tipo de educación sea selectivo. También lo son las escuelas. Sólo que el potencial político y la sala de clase reúnen a gente distinta: de un lado los elementos potencialmente subversivos de la sociedad, y de otro los niños dóciles dispuestos a condescender con la dictadura del sistema.

Los alumnos de Freire consumen una dieta diferente a los desechos con que se alimentan los fracasados de la escuela que consiguieron, sin em-

bargo, aprender a leer. Nunca olvidaré una noche pasada con uno de esos grupos de campesinos hambrientos. Fue en Sergipe a comienzos de 1964. Un hombre se levantó, luchó por encontrar las palabras y luego expuso brevemente el argumento que trato de elaborar en este artículo: "Anoche no pude dormir... porque anoche escribí mi nombre... y comprendí que yo soy yo... que quiere decir que *nosotros* somos responsables".

Ciudadanía responsable y paternidad responsable marchan juntas. Ambas resultan de haber experimentado la relación que existe entre uno mismo y los demás. Someter a disciplina el comportamiento espontáneo es algo efectivo, creador y sostenible, sólo si se acepta teniendo en vista a los demás. La decisión de actuar como consorte y padre responsable implica participar en la vida política y aceptar la disciplina que eso exige. Hoy día en Brasil, eso significa prontitud para la lucha revolucionaria.

En esta perspectiva, mi sugerencia para que esos programas vastos para la educación de adultos se orienten hacia la planificación familiar, supone estar en favor de que se dé educación política. La lucha por la liberación política y la participación popular en América Latina podrá adquirir mayor profundidad y conciencia si brota del reconocimiento de que incluso en los dominios más íntimos de la vida el hombre moderno debe aceptar la técnica como una condición. Si la educación para la paternidad se condujera con ese estilo, podría volverse una forma poderosa de agitación que ayudaría a las masas desarraigadas a convertirse en "pueblo".

LA IGLESIA CATÓLICA COMO AGENTE PUBLICITARIO

Si la Iglesia católica se propusiera oponerse sistemáticamente a los programas que promueven la planificación familiar realista y responsable —posibilidad que no consideré al escribir originalmente este artículo— tendría por resultado el mantener sobre el tapete la controversia, a la vez que despertar el humor y la cordura de la gente.

Polarizar la atención de los individuos en una determinada dirección provoca el deseo de su contrario, y en ese sentido lleva algo de positivo: el analfabetismo, al fijar al adulto en la ignorancia, mantiene vivo en él el deseo de saber —que no ha sido corrompido por las deformaciones del sistema escolar—. El oscurantismo, de modo semejante, hace consciente a la persona de que se le está ocultando el acceso a algo, logrando de ese modo despertar su curiosidad. Cuando éste descubre que lo que se le oculta no

daña —como se le había dicho con amenazas ideológicas— se desencanta y rechaza la polarización en la que se pretendía recluirlo. Eso es lo que la batalla en torno a los programas oficiales de control de la natalidad está logrando en nuestro continente. Mi impresión es que el clero y la jerarquía católica —pese a sus buenas intenciones—, al tomar partido en esa lucha, se vuelven una fuerza polarizadora que hace brotar lo que buscaba suprimir. Si ayudasen a instruir concientizando para que luego el hombre pudiese tomar sus decisiones, podrían constatar tal vez mejores resultados a su favor y dejarían de jugar el papel que les toca en este momento, es decir, el de agentes publicitarios del producto de sus contrincantes.

Es curioso notar cómo están compuestos los bandos que se enfrentan en esa lucha. De un lado encontramos un grupo de extraños consortes que se unen y juntos apelan al “machismo” popular. Entre ellos se cuentan quienes se oponen a la planificación familiar por suponerla contra la ley natural, y quienes la rechazan por considerarla enemiga de sus intereses políticos. Los que proponen la explosión demográfica como única forma de defenderse contra el “imperialismo yanqui” llegan hasta citar al papa en su favor. La eficiencia de este grupo se resuelve en dar publicidad a los inventos baratos que están al alcance de quienes viven en una choza y no han ido a la escuela.

En el bando ideológico contrario se da cita otra rara combinación de aliados: el doctor, el planificador y la solterona rica. Cada uno tiene sus razones para que se fuerce al pobre a que deje de reproducirse.

A éstos también les sirve la controversia que despiertan las autoridades eclesiásticas, porque aprovechándose de ella dan a conocer sus argumentos. Durante medio siglo no hubo otro medio de poder discutir la contracepción que el confesionario o la clase de catecismo. Después de las recriminaciones ardientes oídas allí, han sido más las mujeres que han venido a la clínica pidiendo se les informe cómo hacer para cometer lo que el sacerdote les dijo que era pecado.

La prédica y la conversación piadosa sobre las técnicas que no deben usarse en el lecho nupcial se vuelven, irónicamente, una gran contribución para que la gente se decida a usar aquellas que se le antojen. ¿Es eso lo mejor que puede hacer la Iglesia católica para cumplir su misión humanizadora?

Tal vez glosando (o profanando) a Cervantes puede entenderse mejor lo que queremos decir: que no es fácil tener a todo el mundo en poco; ser el espantajo y el coco...; y acreditar nuestra ventura con morir cuerdos y vivir locos.

VIII. LA ACELERACIÓN PARALIZADORA

LA LLAMADA “CRISIS DE ENERGÍA” no es más que un eufemismo bajo el cual se pretende disimular la sujeción imprescindible de nuestra sociedad al uso de los combustibles fósiles. No es la falta de combustibles utilizables sino la propensión maniática al abuso de energía la verdadera razón de la presente crisis. Si pensamos en el futuro, habría que elegir desde ahora entre una burocracia monopólica de la administración de los combustibles fósiles y atómicos, y la limitación voluntaria del consumo mediante una técnica adecuada a fines sociales realizables. Si en los medios técnicos de producción la concentración de energía en favor del consumidor individual sobrepasa un punto crítico, las fuerzas materiales de producción imponen una estructura explotadora de las relaciones sociales. La lucha de clase no tiene solución que no descansa sobre el reconocimiento de estos umbrales técnicos.

Un ejemplo: se ha calculado que el norteamericano pasa, en promedio, un cuarto de su vida, directa o indirectamente, movilizándose. Anualmente invierte 1 700 horas en ganar el dinero para comprar su coche, mantenerlo, pagar el seguro y las multas por infracciones, y recorrer —con él— la cantidad de 12 000 kilómetros. Si se suma el tiempo que está frente al volante al tiempo que pasa en su trabajo para ganar el dinero que le permita el honor de sentarse en su coche, resulta que una hora de su vida le alcanza para avanzar no mucho más de seis kilómetros. En países no motorizados, los individuos con una hora de vida consagrada al tránsito cubren esta misma distancia, pero en lugar de pasar —en promedio— 25% de su vida trasladándose, los campesinos invierten 3% de su tiempo, y los nómadas menos de 7%. Depender de los motores, fenómeno de exorbitante gravedad para las sociedades industriales, lleva al hecho de que 42% de la energía total de Estados Unidos se usa para construir y mantener coches y carreteras. Sólo por concepto de transporte de personas, 250 millones de norteamericanos usan más energía mecánica que 1 500 millones de asiáticos para todas sus necesidades; a pesar de todo, los yanquis no caminan menos horas, aunque no van a pie directamente a sus destinos: usan sus pies únicamente para llegar hasta sus coches.

En países que utilizan menos cantidad de energía per cápita, la parte que se invierte por concepto de transporte es, muchas veces, proporcionalmente más alta que la de los países industrializados. Lo que distingue el transporte de los países “esclavos de la energía” del transporte de los países preindustriales no es una ganancia en la relación de horas de vida por kilómetro recorrido, sino un mayor gasto de tiempo. Eso significa que la mayoría de sus habitantes debe invertir forzosamente más tiempo de vida a causa del consumo de cantidades cada vez más altas de energía que requiere la industria del transporte y que se distribuyen, además, en forma desigual desde el punto de vista social. Elevar la velocidad vehicular de una sociedad más allá de un umbral crítico implica una acumulación material tan intensa que la misma intensidad de energía reduce la movilidad típica de sus miembros.

Sería perfectamente posible una sociedad que limitara la técnica moderna del transporte de personas a una velocidad adecuada a un máximo de movilidad, pero la mayoría de las personas no pueden imaginarlo. Al contrario, por el hecho de haberse acostumbrado a una aceleración progresiva se les ha removido el suelo bajo los pies, del mismo modo que el proceso de industrialización les ha distorsionado la imaginación política. No quieren ver que si una sociedad se pudiera poner de acuerdo en la velocidad máxima decisiva de sus medios de transporte, el tiempo total que gastaría esa sociedad en el transporte podría reducirse, con generosidad e igualdad de oportunidades, sin necesidad de disminuir el total de las distancias que cubren sus miembros. Este umbral de energía crítica fue haciéndose invisible porque, de un lado, se sitúa en una velocidad demasiado baja para que la “gente transportada” la tome en serio y, del otro lado, es demasiado alta para las cuatro quintas partes de la humanidad que nunca la han experimentado. En dos estados mexicanos típicos, Chiapas y Guerrero, una encuesta dio como resultado que, en 1971, menos de una entre 100 personas había cubierto, en el lapso de ese año, la distancia de 15 kilómetros en una hora, a pesar de que en ambos estados hay varias autopistas.

Hay un umbral crítico de energía que, si se sobrepasa, necesariamente aumentará, en cada sociedad, la dependencia, la impotencia, el despotismo, la explotación y los privilegios. Lo que aquí demuestro para el caso de la aceleración de la movilidad espacial tiene su paralelo en las demás instancias de aplicación de altos niveles de energía. Habría que meter esta verdad de Perogrullo en los ojos de los expertos. Frente a lo modesto de los niveles del umbral, su prestigio queda evidentemente en ridículo.

Naturalmente, los países pueden optar por el "consumo conspicuo" de combustibles. Pero esta decisión impulsa una aceleración que roba el tiempo de las mayorías, fomenta distancias enajenantes y otorga a una pequeña élite el don de la ubicuidad heroica. Los medios de transporte que se exceden críticamente en el uso de la energía imponen, a la estructuración social del espacio y del tiempo, la jerarquización de los privilegios. Sólo si se toma conciencia del peligro que significa sobrepasar el punto crítico del nivel de energía per cápita, la técnica podría mantenerse dentro de límites "humanos" y el progreso —que consecuentemente implica— permanecer bajo el control político. Una sociedad puede perfectamente intoxicarse a causa de la electricidad excesiva que consumen sus máquinas, del mismo modo que el exceso de calorías lleva a la gente a la obesidad; sólo que la parálisis social es mucho más difícil de admitir que el resultado de la arterioesclerosis provocada por una dieta chatarra. Antes de que sea imposible sustentar el costo del aprovisionamiento de energía, y antes aún de que el exceso de energía contamine y destruya las condiciones ambientales, la energía, en grandes cantidades, corromperá la participación democrática que hubiera permitido un uso igualitario. Sobrepasando la frontera, tal vez sea posible una igualdad en la distribución, pero jamás una igualdad en cuanto a decisiones. La alternativa de la participación democrática se lograría solamente en el caso de llevarse a cabo una política restrictiva de la energía utilizada en los productos industriales.

Mientras no elijamos, después de haber discutido públicamente el problema, entre el mayor gasto posible de energía y el gasto mínimo necesario al servicio de una comunidad moderna e igualitaria, seremos impotentes frente a la creciente paralización de nuestra sociedad. En el momento actual, la discusión se ha detenido en una controversia que oscurece estas alternativas fundamentales: los que pretenden controlar las inversiones, supervisar la producción, planificar la distribución y fijar los precios, se oponen a aquellos que dan más importancia a un mercado libre que se sustente sobre la posibilidad de encontrar nuevas fuentes de combustibles fósiles. Ambos partidos tratan de resolver la crisis mediante la inversión de grandes cantidades de energía para el uso de un vasto sector mayoritario, en lugar de salir de ella convenciendo a la opinión pública de las ventajas que se desprenden de un consumo mínimo necesario y de un control más amplio y democrático.

El problema del transporte es sólo un ejemplo con el que puede demostrarse que existen determinadas cantidades de energía que desbaratan las relaciones sociales. El transporte de personas es el resultado de dos proce-

sos diferentes. Uno se basa en el impulso muscular de la fuerza humana, e implica, por lo tanto, un trabajo intensivo; tiene valor de uso pero, en la mayoría de los casos, ningún valor de cambio, y es, por naturaleza, autosuficiente. Con sandalias casi todas las personas tienen a su alrededor un horizonte de movilidad de 15 kilómetros; en bicicleta se triplica el radio, y es 10 veces mayor la superficie de esta nueva circunferencia. El segundo proceso se basa en la propulsión motorizada; requiere un uso intensivo de capital, presupone una industria, tiene carácter de mercancía y, si no se controla, crea necesidades más rápido de lo que puede satisfacerlas.

No tiene mayor importancia si son el dinero, los diplomas y honores personales o el cumplimiento fiel de la ortodoxia política los que aseguren a un norteamericano, a un ruso o a un chino, respectivamente, su butaca en la "maravillosa máquina de reducir el tiempo". Más allá de una velocidad crítica, nadie puede economizar su tiempo en un vehículo motorizado sin forzar a otras personas a sacrificar el suyo. La persona "altamente acelerada" se roba tiempo de vida de los "menos acelerados", y lo hace con el pretexto de una productividad mayor. Esta "transferencia de tiempo de vida" causa problemas éticos mucho mayores que aquellos que produce la elección de pacientes para un trasplante de corazón o para el uso de un riñón artificial. Tal vez este robo de tiempo, justamente por ser tan obvio, se agazapa en el punto ciego de las ideologías. Un solo salto hasta Mallorca enceguece al obrero alemán frente al hecho de que el tiempo que invierte para llegar a su trabajo crece mucho más rápidamente de lo que crece su sueldo o de lo que se acortan sus horas de trabajo.

Es una ilusión suponer que pueden ser equivalentes progreso técnico y consumo creciente de energía. Hace exactamente 100 años que se fabricó el primer rodamiento, y con esto el roce disminuyó a una fracción de lo que había sido antes. Sin rodamientos no hay ni coche ni bicicleta, y estos dos vehículos pueden servir como símbolos de dos alternativas de la técnica moderna. El coche, y la ciudad planificada en torno a él, obligan al individuo a ser esclavo de una industria que se desborda de energía. En un espacio creado para la bicicleta, y al mismo tiempo adecuado a su velocidad, los productos industriales se repartirían a todos por igual. Los vehículos rápidos no sólo causan la impotencia y el gasto de la vida, también aumentan, y al mismo tiempo ocultan, la injusta distribución de las ventajas. Las distancias se alargan para todos, pero la solución pertenece a unos pocos. Gran parte del tiempo que se desperdicia en transporte se le quita a aquellos que, día a día, son condenados a viajar lentamente en ciudades cada vez más ex-

tensas. Pero 1% de los hombres, que son los que realizan la mitad del total de los viajes a larga distancia, reservan sólo para ellos el uso de la “alfombra mágica”. En consecuencia, la sociedad hace uso de la mayor parte de su tiempo, energía y espacio con el fin arbitrario de empequeñecer las distancias para muy pocos e imponer a la mayoría no solamente un costo cada vez más alto sino además un daño irreparable.

Y sin embargo no es todo, porque el cliente habitual de medios de transporte costea impuestos y pasajes de su propio bolsillo mientras los directores, burócratas, científicos y líderes de partidos utilizan los fondos públicos en viajes gratuitos, generalmente de primera clase. El hombre común y corriente, que necesita trasladarse todos los días, atraviesa suburbios a paso de tortuga, mientras que los “señores del tiempo”, subvencionados con viáticos, llegan rápidamente a su destino, ya sea éste un organismo, algún lugar de veraneo o una simple oficina.

La bicicleta permitió una nueva utilización de la fuerza humana. En terreno plano, un hombre puede movilizarse cuatro veces más rápido, gastando por kilómetro la quinta parte de las calorías, siempre que lo haga en bicicleta en lugar de a pie. El costo y el mantenimiento de este tipo de máquina requiere poca inversión de tiempo, y su volumen y desplazamiento no necesitan de gran espacio. Los chinos pueden comprarse una bicicleta que les dure toda la vida, y sólo con su escueto salario y una pequeña fracción de las horas de trabajo que necesitaría un europeo para adquirir un coche que, por lo común, pasa de moda apenas comprado. Cuarenta mil personas que cruzan un puente en una hora, necesitarán dos vías si utilizan trenes, cuatro pistas si viajan en autobús, 12, si lo hacen en automóvil, y menos de dos si lo hacen en bicicleta.

Adecuados a la estructura y velocidad de una bicicleta, los motores sirven de complemento al poder muscular. Si se limita la energía a un *quantum* razonable per cápita, el progreso técnico puede expandir los horizontes sin alejar a los vecinos; puede crear un tiempo libre para viajes sin apuro, en lugar de compensar la escasez por medio de viajes demasiado rápidos; puede permitirle a los hombres ganar su autonomía, sin que la sociedad recurra a diferencias de clase estructuradas por la velocidad.

En nuestra sociedad —con velocidades cada vez mayores y, por lo tanto, con un uso creciente de la energía per cápita— el vehículo motorizado ha relegado a segundo plano al vehículo impulsado por la propia energía del ser humano. Sería un error creer que este efecto degradante lo tenga sólo el coche. Cualquier medio de transporte, más allá del umbral típico pa-

ra él, ejerce el mismo tipo de selección social y de explotación de las mayorías. El resultado de las altas velocidades vehiculares es que la mayoría de las personas han perdido gran parte de la libertad, la igualdad y la eficacia de movimientos, para "ganar", en cambio, en rigidez de horarios, restricción de tiempo y en menor rendimiento por hora recorrida. Esto quiere decir que a un gran sector mayoritario, y porque el medio ya fue distorsionado en favor de los vehículos veloces, se le roba la posibilidad de trasladarse por sus propios medios. El cada vez más absoluto "monopolio radical" de los procesos industriales no permite ninguna solución que no se ajuste bien a sus modos de producción y comercialización. De esta manera, sin importar si es la Ford o alguna empresa estatal la que suministra los servicios, el ser humano se denigra hasta el punto de no ser otra cosa que un consumidor de transporte. Se engendra, así, un nuevo tipo de individuo: el pasajero que no llega a tiempo por sus propios medios y que, a causa de ello, se va haciendo poco a poco un ausente perpetuo, siempre necesitado de estar en otro lugar. Este robo de poder es, generalmente, independiente del tipo de tecnología, planificación urbana o arquitectura utilizados. Siempre que la velocidad y la distribución sean iguales, el tiempo que invierte el condenado a transportarse es prácticamente el mismo si se usan automóviles o ferrocarriles subterráneos.

Naturalmente, esta aceleración que se vuelve contra sí misma es un ejemplo más que nos demuestra que tanto en el Este como en el Oeste la humanidad ha sido forzada, por la estructura de los medios de producción, al uso enajenante de la energía. Lo que se ha dicho del transporte humano es igualmente válido para el transporte de las mercancías y para la construcción de edificios. Nuestra conclusión es que el uso creciente y destructivo de la energía se transforma cada vez más en otro síntoma del "monopolio radical" de los procesos industriales, que se manifiesta además en la torturante prolongación de la vida por medio de la medicina, y en el soporífero método de la actual pedagogía. Entendiendo las cosas de este modo, la crisis de energía nos permite llegar hasta el descubrimiento de los límites del proceso industrial de producción que, tanto en los países infratecnificados como en los superindustrializados, tienen la misma magnitud.

IX. LA EXPROPIACIÓN DE LA SALUD

EN LA ÚLTIMA DÉCADA el *establishment* médico se ha convertido en la mayor amenaza para la salud. La depresión, infección, incapacidad y el mal funcionamiento que acompañaron su auge causan ahora más sufrimiento que el causado por todos los accidentes de la circulación vehicular y de la industria. Solamente el perjuicio orgánico provocado por la producción industrial de alimentos puede rivalizar con el deterioro de la salud que causan los doctores. Por añadidura, la práctica médica patrocina la enfermedad y fomenta a una sociedad morbosa que no sólo protege sus anormalidades sino que engendra un tipo de cliente ligado al terapeuta de modo cibernético. Finalmente, las llamadas “profesiones para fomentar la salud” tienen un repugnante poder indirecto, una eficacia estructuralmente negativa para la salud. Ellas transforman el dolor, la enfermedad y la muerte, de un desafío personal, en un problema técnico y, de ese modo, enajenan la eficacia de la gente para habérselas con plena autonomía con su condición humana.

EL CONTRAGOLPE DEL PROGRESO

Este contragolpe final del progreso higiénico supera toda la iatrogénesis técnica; sobrepasa la suma de los tratamientos erróneos o ilegales protegidos, las negligencias administrativas y la insensibilidad profesional contra las cuales el desagravio judicial llega a ser extremadamente difícil; está arraigado más profundamente que la inadecuada distribución de los recursos para la que todavía se buscan remedios políticos; es más global que todos los daños causados por los experimentos y errores de índole médica. El enajenamiento profesional del cuidado de la salud es el resultado de un esfuerzo desenfrenado de su manejo; de ello resulta que la vida se conserva con altos niveles de insalubridad, insalubridad que se experimenta como una nueva clase de horror que llamo Némesis médica.

Durante los últimos 20 años, el índice de precios en Estados Unidos se ha elevado cerca de 74%, pero el costo de la atención médica ha aumentado hasta 330%. Mientras el *gasto público para el cuidado de la salud* se ha

decuplicado, los pagos con pérdida por servicios de salud se incrementaron al triple y el costo de los seguros privados aumentó 18 veces. El costo de los hospitales públicos desde 1950 ha aumentado 500%. Las cuentas por la atención de pacientes en los hospitales grandes se elevó todavía más, triplicándose en ocho años. Los gastos de administración se multiplicaron por un factor de siete y los costos de laboratorio por un factor de cinco. Instalar una cama en un hospital cuesta ahora 65 000 dólares, de los que dos terceras partes son para la adquisición de equipos mecánicos cuya depreciación se fija para 10 años o menos. No obstante, durante este mismo periodo de inflación sin precedente de los gastos médicos, la expectativa de vida para el hombre americano adulto *ha declinado*.

El Decreto para la Salud en Inglaterra fija una contribución comparable al costo de la inflación, pero también evita algunas de las sorprendentemente malas asignaciones que dan pábulo a la crítica pública en Estados Unidos. La expectativa de vida todavía no ha declinado en Inglaterra, pero las enfermedades crónicas en los hombres de mediana edad han registrado un incremento, tal y como sucedió en la década anterior en Estados Unidos. En la Unión Soviética, el número de médicos y días-hospital per cápita se ha triplicado en el mismo periodo. En China, después de una breve luna de miel con la moderna desprofesionalización, el *establishment* médico-tecnológico ha crecido más rápidamente. La proporción en que la gente se vuelve dependiente de los médicos parece no guardar relación con la forma de su gobierno. Estas tendencias no reflejan utilidades marginales decrecientes. Ellas son un ejemplo de la economía política de la dependencia en la que impedimentos marginales acompañan inevitablemente el incremento de la inversión. Pero, por sí misma, la dependencia no es todavía Némesis.

En Estados Unidos, los remedios para el sistema nervioso central forman el sector de más rápido crecimiento en el mercado de los medicamentos, que comprende 31% de las ventas totales. En los últimos 12 años, el aumento en el consumo de licores per cápita fue de 23%, para los derivados ilegales del opio cerca de 50% y para las drogas tranquilizadoras recetadas por médicos, 290%. Algunas personas han tratado de explicar este ejemplo por la manera peculiar en que a los médicos en Estados Unidos se les entrena durante toda su vida en el servicio: en 1970, las compañías farmacéuticas en Estados Unidos gastaron 4 500 dólares en propaganda por cada doctor, entiéndase, por cada uno de los 350 000 médicos que ejercen en ese país. Sorprendentemente, en todo el mundo el uso de tranquilizantes per cápita es correlativo al ingreso personal, aunque en muchos países

el costo de la "educación científica" del médico no está incluido en el precio del medicamento. Tan seria como podría ser la creciente dependencia hacia los doctores y los medicamentos, sólo es un síntoma de Némesis.

La medicina no puede hacer mucho por las enfermedades asociadas con la edad avanzada. No puede curar enfermedades cardiovasculares ni la mayoría de los casos de cáncer, artritis, esclerosis múltiple, cirrosis avanzada o el resfriado común. Algo del dolor que los ancianos sufren puede disminuirse algunas veces. La mayoría de los tratamientos aplicados a personas ancianas que demandan la intervención profesional no sólo aviva su dolor —si se tiene éxito—, sino también lo prolonga. Por lo tanto, se sorprende uno al descubrir a qué grado se gastan recursos en el tratamiento de personas de edad avanzada. Mientras que 10% de la población de Estados Unidos tiene una edad superior a los 65 años, 28% del gasto está dedicado al cuidado de la salud de esa minoría. El número de las personas de edad avanzada está aumentando en forma tal que sobrepasa el incremento del resto de la población en proporción de 3%, mientras que el costo per cápita de la atención de estos ancianos está elevándose en una proporción de 6%. La gerontología se posesiona del producto nacional bruto. Esta mala asignación del poder del hombre, de los recursos y del cuidado social, generará un dolor inenarrable conforme las demandas aumenten y los recursos se agoten. No obstante, eso también es sólo un síntoma y Némesis sobrepasa hasta el desperdicio ritual.

Desde que Nixon y Brejnev se pusieron de acuerdo sobre la recíproca colaboración científica en lo tocante a la conquista del espacio, el cáncer y las enfermedades cardíacas, las unidades para el cuidado intensivo de las coronarias se han convertido en símbolos del progreso pacífico y en un argumento para elevar los impuestos. Estas unidades requieren tres veces el equipo y cinco veces el personal que normalmente se necesita para la atención de los enfermos; 12% de las enfermeras graduadas encuentran empleo en tales unidades. Éstas demuestran también el desfalco conducido profesionalmente. Estudios efectuados a gran escala en los que se han comparado los resultados obtenidos en el tratamiento de pacientes en cuidados intensivos con el tratamiento doméstico proporcionado a enfermos con características similares, no han demostrado todavía ninguna ventaja. El valor terapéutico de las instalaciones para el control de padecimientos cardíacos es sin duda de la misma clase que el valor de los vuelos espaciales en la televisión, ambos equivalen a danzas de lluvia para millones que aprenden así a confiar en la ciencia y que dejan de preocuparse por ellos mismos. Me en-

contraba en Rio de Janeiro y en Lima cuando el doctor Christian Barnard visitaba esos lugares como turista. Tanto en Brasil como en Perú, el doctor sudafricano pudo llenar los mayores estadios de futbol dos veces el mismo día con multitudes que aclamaban históricamente su macabra habilidad para intercambiar corazones humanos. Poco tiempo después vi testimonios bien documentados que probaban que la policía brasileña ha sido la primera en utilizar equipos para prolongar la vida en las cámaras de tortura. Inevitablemente, cuando el cuidado o la recuperación de la salud se transfiere a organizaciones o máquinas, la terapéutica se vuelve un ritual en cuyo centro está la muerte: pero Némesis supera hasta el sacrificio humano.

REMEDIOS PARA LAS EXPLOSIONES PREMATURAS

La prevención de las enfermedades por medio de la intervención de terceras personas profesionales se ha vuelto una manía. La demanda por ella está creciendo. Las mujeres embarazadas, los niños sanos, los trabajadores y las personas ancianas son sometidos a "chequeos" periódicos y a procedimientos para diagnósticos cada vez más complejos. Mientras tanto; los ciudadanos se dejan convencer de que ellos son máquinas cuya duración depende de un proyecto social. Una revisión de dos docenas de estudios muestra que esos procedimientos de diagnóstico no tienen impacto alguno sobre las tasas de enfermedad o de mortalidad. De hecho, transforman a la gente sana en pacientes ansiosos, y los riesgos para la salud asociados con este riesgo diagnóstico automatizado pesan más que cualquier beneficio teórico. Irónicamente, los serios desórdenes asintomáticos que sólo esta clase de ocultamiento puede descubrir son frecuentemente enfermedades incurables en las que el tratamiento prematuro agrava la condición física del paciente: pero Némesis supera hasta la tortura final.

Hasta cierto punto la medicina moderna estaba interesada en la ingeniería terapéutica —el desarrollo de estrategias para la intervención quirúrgica, química o de modificación del comportamiento en la vida de la gente enferma o propensa a enfermarse—. Como estas intervenciones no resultan más efectivas por el hecho de ser más costosas, un nuevo nivel de ingeniería terapéutica se está impulsando. Los sistemas para la salud ahora se ponen del lado de la medicina curativa y preventiva y se les dará preferencia en el control sanitario del medio ambiente. La obsesión por la inmunidad da lugar a una higiene de pesadilla. Ya que el sistema de salud falla en sa-

tisfacer lo que de él se requiere, las condiciones que ahora se clasifican como enfermedad bien podrían pronto clasificarse como desviaciones criminales. Así, la imposición de una intervención médica podría reemplazarse por una reeducación obligatoria o por una autoacusación a la manera soviética. La convergencia de la ingeniería higiénica individual y del control del medio ambiente amenaza ahora a la estirpe humana con una nueva epidemia en la que la explosión prematura de medidas preventivas agudiza la plaga. Esta repugnante sinergia de las funciones técnicas y no técnicas de la medicina es lo que yo llamo la atormentadora Némesis médica o higiénica.

NÉMESIS INDUSTRIAL

El sufrimiento desmedido siempre ha sido obra del hombre: en la historia está la constancia de la esclavitud y la explotación. En ella se habla también de la guerra y del pillaje, del hambre y de la peste. La guerra entre Estados y clases ha sido hasta ahora el principal agente de la miseria causada por el hombre. Así, el hombre es el único animal cuya evolución ha sido condicionada para su adaptación en dos frentes. Si no sucumbió a los elementos, tuvo que hacer frente al uso y abuso de otros seres de su misma especie: el carácter y la cultura reemplazaron al instinto en esta lucha en dos frentes. Un tercer frente ha sido reconocido desde Homero, pero a los mortales comunes se les consideró inmunes a su amenaza. Némesis, el nombre griego para el pavor que se vislumbra en esta tercera dirección fue el destino de unos cuantos héroes que cayeron devorados por la envidia de los dioses. El hombre común creció y pereció en su lucha contra la naturaleza y sus vecinos. Sólo la élite desafiaría los umbrales establecidos por la naturaleza para el hombre. Prometeo no era todos los hombres, sino uno que se desvió. Conducido por Pleonexia, la codicia radical, traspasó los linderos de la condición humana. Con arrogancia desenfundada o desmedida presunción (*hybris*) trajo el fuego del cielo, con lo que atrajo a Némesis sobre sí mismo. Fue encadenado en una roca del Cáucaso. Un buitre devoró sus entrañas y dioses curativos sin piedad lo mantuvieron vivo injertando su hígado todas las noches. El encuentro con Némesis hizo del héroe clásico un recordatorio inmortal de ineludible represalia cósmica. Se volvió un tema de la tragedia épica, pero no ciertamente un modelo para el anhelo de todos los días. Ahora Némesis se ha vuelto endémica; es el retroceso del progreso. Paradójicamente se ha extendido tan lejos y con tanta amplitud co-

mo las franquicias, la enseñanza, la aceleración mecánica y la atención médica. Cada hombre ha caído devorado por la envidia de los dioses. Si la especie debe sobrevivir sólo podrá lograrlo aprendiendo a superarse en este tercer frente.

La mayor parte de la miseria provocada por el hombre es ahora un subproducto de las instituciones que originalmente se diseñaron para dar protección al hombre común en su lucha contra las inclemencias del medio ambiente y contra la desenfrenada injusticia infligida por la élite. La fuente principal de dolor, incapacidad y muerte es ahora —aunque no intencional— el hostigamiento dirigido. Las dolencias, el desamparo y la injusticia que prevalecen son las consecuencias de las estrategias del progreso. Némesis es ahora tan predominante que muy pronto una parte de la condición humana la confundió. La idea de que la esfera de actividad de la acción humana estaba estrechamente circunscrita era común a toda la antigua ética. Techné fue un tributo de la medida a la necesidad y no el camino que escogió la humanidad para la acción. La desesperante incapacidad del hombre contemporáneo para percibir una alternativa a la agresión industrial sobre la condición humana, es una parte integral de la maldición por la cual sufre.

El intento para sojuzgar a Némesis por el proceso político o biológico frustra cualquier diagnóstico de la actual crisis institucional. Cualquier estudio sobre la controversia de los llamados “límites al crecimiento” se vuelve fútil si reduce Némesis a una amenaza que puede enfrentarse en los dos frentes tradicionales. Némesis no pierde su pavor específico simplemente porque se le ha industrializado. La crisis contemporánea de la sociedad industrial no puede comprenderse sin distinguir entre la agresión intencionalmente explotadora de una clase contra otra y la inevitable predestinación a la ruina en cualquier intento desproporcionado para transformar la condición humana. Nuestro predicamento no puede comprenderse sin establecer distinciones entre la violencia creada por el hombre y la envidia destructora del cosmos; entre la servidumbre impuesta al hombre por el hombre y el avasallamiento del hombre por sus dioses que, por supuesto, son sus instrumentos. Némesis no puede reducirse a un problema que sea de la competencia de ingenieros o de dirigentes políticos.

La enseñanza, el transporte, el sistema legal, la agricultura moderna y la medicina sirven igualmente bien para ilustrar cómo trabaja la frustración engendrada. Más allá de cierto umbral, la degradación del aprender es el resultado de la enseñanza intencional que inevitablemente engendra una nueva clase de impotencia en la mayoría pobre y un nuevo tipo de estruc-

tura de clase que la discrimina. Todas las formas planeadas de enseñanza obligatoria tienen esos efectos secundarios, no importa cuánto dinero se invierta o cuánta buena voluntad se gaste en retórica política, o pedagógica para llevarlas a la práctica; no importa tampoco que el mundo esté abarrotado de aulas o si se transforma en un salón de clases.

Más allá de cierto nivel de energía usada para la aceleración de cualquier persona en la circulación, la industria del transporte inmoviliza y esclaviza a la mayoría de los pasajeros sin nombre, y brinda sólo discutibles ventajas marginales a una élite olímpica. Ningún nuevo combustible, tecnología o control público puede impedir que la creciente movilización social produzca siempre más apresuramiento, programación, parálisis e injusticia.

Más allá de cierto nivel de inversión de capital en la agricultura y en la preparación de alimentos, la desnutrición llegará a ser endémica; la ilusión verde despedaza el hígado de los consumidores más efectivamente que los buitres de Zeus el hígado de Prometeo. Ningún control biológico puede evitar ese resultado.

Más allá de cierto punto crítico, la producción y distribución de la atención médica producen más dolencias de las que pueden curar. El seguro social garantiza una miserable supervivencia más efectiva y democráticamente que los más despiadados dioses.

El progreso ha llegado con una violencia tal que ya no puede llamarse costo. El primer pago se lefa en la etiqueta y podía manifestarse en términos medibles. Pero los pagos a plazos aumentaron en forma de sufrimiento que rebasa todo sentido del "precio". Han transformado sociedades enteras en prisiones de deudores en las que el nivel de tortura para la mayoría abrumba y cancela cualquier posibilidad de recompensas que pudieran todavía beneficiar a unos cuantos.

El labriego que deja de tejer su ropa, construir su casa y hacer herramientas y se vuelve comprador de trajes hechos, viguetas de cemento y tractores, ya no podrá estar satisfecho sin contribuir a la Némesis mundial. En tanto su vecino, que sigue tejiendo su ropa, construyendo su casa y atendiendo su milpa, no podrá vivir mucho tiempo en un mundo dominado por la Némesis industrial. Esta situación ambigua es el acontecimiento que yo quiero explorar. La exasperante codicia y el cegador atrevimiento dejaron de ser heroicos; se han vuelto parte de la obligación social de cada uno de los hombres industrializados. Al entrar en el mercado de la economía contemporánea, generalmente tomando el camino que pasa por la enseñanza, el ciudadano se incorpora al coro que convoca a Némesis. Pero él

se incorpora también a una horda de furias desencadenadas sobre aquellos que permanecen fuera del sistema. Los llamados participantes marginales que no entran por completo en el mercado económico se ven privados de los medios tradicionales con los que podrían enfrentarse a la naturaleza y a sus vecinos.

En algún punto de la expansión de nuestras instituciones mayores, sus clientes comienzan a pagar un precio cada vez mayor por un consumo constante, a pesar de la evidencia de que, además de pagar más, inevitablemente sufrirán más. En este punto del desarrollo, el comportamiento predominante de la sociedad corresponde al que define tradicionalmente a los adictos. La dependencia palidece en comparación con el incremento marginal de los impedimentos. El *homo economicus* se convierte en *homo religiosus*. Los objetos de su anhelo se vuelven sublimes, aun si cada vez son menos útiles. La venganza de los dioses es doble: 1) su precio al consumidor es cada vez más alto; 2) sus consecuencias (simbólicos y culturales) pesan más que el daño conjunto hecho a la naturaleza y al prójimo. La Némesis clásica fue el castigo por el temerario abuso de un privilegio. La Némesis industrial es la retribución por la concienzuda participación en la sociedad.

La guerra y el hambre, la peste y la muerte repentina, la tortura y la locura han acompañado siempre al hombre, pero ahora están moldeados dentro de una *Gestalt* nueva bajo la égida de Némesis. Entre más grandioso el progreso económico de una sociedad, tanto mayor la parte que juega la Némesis industrial en el dolor, la discriminación y la muerte sufridas por sus miembros. Por lo tanto, el estudio disciplinado de los matices modernos de Némesis debería ser el tema clave de la investigación sobre el cuidado de la salud, de la curación y del consuelo.

La Némesis industrial es el resultado de la política de desarrollo que produce inevitablemente desgracias contrarias a la intuición que las motivó. Es el resultado de un estilo de administración que es poco más que un crucigrama para los que lo proyectan. Mientras estas desgracias se describan con el lenguaje de la ciencia y de la economía política, seguirán apareciendo extrañas sorpresas. El lenguaje para el estudio de la Némesis industrial todavía debe fraguarse. Este lenguaje deberá ser capaz de describir las contradicciones inherentes al modo de pensar de una sociedad que privilegia la verificación del funcionamiento por encima de la evidencia intuitiva.

TÁNTALO

La Némesis médica es sólo un aspecto de las más generales "desgracias contraintuitivas" características de una sociedad industrial. Es el monstruoso resultado de un muy específico sueño de sensatez especialmente "atormentadora" y de una arrogancia desenfrenada (*hybris*). Tántalo fue un famoso rey a quien los dioses invitaron al Olimpo para compartir una de sus comidas. Tántalo se robó a Ambrosía, el divino brebaje que daba a los dioses la inmortalidad. Como castigo fue hecho inmortal en los infiernos (Hades) y condenado a sufrir un hambre y una sed sin fin. Cuando Tántalo se inclinaba hacia el río en donde se encontraba de pie, el agua retrocedía, y cuando trataba de alcanzar la fruta que estaba sobre su cabeza, las ramas se movían fuera de su alcance. Los etólogos podrían decir que ahora la Némesis higiénica lo ha programado para tener un comportamiento obligatoriamente contraintuitivo.

El anhelo por Ambrosía se ha extendido ahora al común de los mortales. El optimismo científico y político ha propagado la adicción. Para sostenerlo, Tántalo se ha organizado en un clero que ofrece una mejoría ilimitada de la salud humana bajo control médico. Los miembros de este gremio se hacen pasar por discípulos del curandero Asklepios, mientras que de hecho pregonan a Ambrosía. La gente exige de ellos que la vida se mejore, se prolongue, se vuelva compatible con las máquinas y capaz de sobrevivir a todos los grados de aceleración, distorsión y esfuerzo. Como resultado, la salud se ha vuelto escasa a tal grado que el hombre común hace que su salud dependa del consumo de Ambrosía.

CULTURA Y SALUD

La humanidad evolucionó solamente porque cada uno de sus individuos vino a existir protegido por varios capullos visibles e invisibles. Cada uno conoció la matriz de donde había venido y él mismo se orientó por medio de las estrellas bajo las cuales fue traído al mundo. Para ser humano y volverse humano, el individuo de nuestra especie tiene que encontrar su destino en su singular lucha con la naturaleza y su prójimo. Tiene que bastarse a sí mismo en la lucha, pero las armas y las reglas y el estilo le son dados por la cultura en que ha crecido. Cada una de las culturas evolucionó de acuerdo con su propia viabilidad, y con la cultura creció la gente, aprendiendo

cada uno a conservarse vivo en un capullo común. Cada cultura es la esencia de las reglas mediante las cuales el individuo pudo aceptar el dolor, la enfermedad y la muerte; pudo interpretarlas y practicar la compasión mezclado con otros que tendrían que enfrentarse a las mismas amenazas. Cada cultura puso el mito, los rituales, los tabúes y los estándares éticos necesarios para tratar con la fragilidad de la vida.

La civilización médica cosmopolita niega la necesidad de que el hombre acepte estos males. La civilización médica está planteada para matar el dolor, para eliminar la enfermedad y para luchar contra la muerte. Éstas son nuevas metas que nunca antes fueron la pauta para la vida social y que son antitéticas para cada una de las culturas con las que la civilización médica se enfrenta cuando se lanza de súbito sobre lo que se llama pobre.

El efecto negativo para la salud de la civilización médica es de ese modo igualmente poderoso en los países ricos y pobres, aun cuando estos últimos escapen todavía a algunos de sus lados más siniestros.

LA DESTRUCCIÓN DEL DOLOR

Para que una experiencia sea dolor en el más completo sentido, debe adaptarse a una cultura. Precisamente porque cada cultura proporciona una manera de sufrir, la cultura es una forma particular de salud. El acto de sufrir está formado por la cultura de tal modo que se vuelve una cuestión que puede expresarse y compartirse.

La civilización médica sustituye la competencia en el sufrimiento determinada culturalmente, por la creciente demanda de cada individuo por una administración institucional de su dolor. Un gran número de diferentes sentimientos, que expresan alguna clase de fortaleza, se homogeneiza y se vuelve centro de la presión política de los consumidores de anestesia. El dolor se convierte en un artículo en la lista de las quejas. Como resultado, un nuevo tipo de horror emerge. Conceptualmente todavía es dolor; pero el impacto en nuestras emociones de esta lastimadura impersonal, opaca y sin valor, es algo bastante nuevo.

De esta manera, para el hombre industrial el dolor ha venido a plantear una pregunta estrictamente técnica: ¿qué necesito hacer para lograr que mi dolor sea administrado o amortiguado? Si el dolor continúa, la culpa no es del universo, de Dios, de mis pecados o del diablo, sino del sistema médico. El sufrimiento es expresión del reclamo del consumidor para el incre-

mento de la producción médica. Al volverse innecesario, el dolor se ha vuelto intolerable. Con esta actitud, ahora parece racional escapar del dolor y no enfrentarlo, aun a costa de la adicción. También parece razonable eliminar el dolor aun a costa de la salud. Parece culto negar legitimidad a todas las ediciones no técnicas del dolor, aun a costa de desarmar a los pacientes frente al dolor residual. Por un tiempo puede discutirse que el total del dolor anestesiado en una sociedad es más grande que la totalidad del dolor generado. Pero en algún punto, grandes inconvenientes marginales surgen. El nuevo sufrimiento no sólo es imposible de administrar sino que ha perdido su carácter de referente. Se ha vuelto una tortura que no pregunta y que no tiene significado. Sólo recobrando la voluntad o el deseo y la habilidad para sufrir puede rehacerse la salud en el dolor.

LA ELIMINACIÓN DE LA ENFERMEDAD

Las intervenciones médicas no han afectado la proporción total de la mortalidad: en su mejor momento han transferido la supervivencia de uno a otro segmento de la población. Cambios dramáticos en la naturaleza de las enfermedades que han azotado a las sociedades occidentales durante los últimos 100 años están bien documentados. Primero, la industrialización exacerbó las infecciones, las que a la sazón se han apaciguado. La tuberculosis alcanzó su índice más alto comparándola con un periodo de 50-75 años y declinó antes de que el bacilo de la tuberculosis se hubiese descubierto o los programas antituberculosis hubiesen iniciado. En Gran Bretaña y en Estados Unidos síndromes de extrema desnutrición, raquitismo y pelagra tomaron el lugar de la tuberculosis que también alcanzaron su nivel máximo y después declinaron dando lugar a enfermedades de la primera infancia, las que a su vez dieron paso a las úlceras duodenales en los jóvenes. Cuando esto declinó, las epidemias modernas cobraron su cuota —enfermedades de las coronarias, hipertensión, cáncer, artritis, diabetes y enfermedades mentales—. Por lo menos en Estados Unidos la tasa de mortalidad por enfermedades cardíacas originadas por la hipertensión parece declinar ahora. A pesar de una investigación intensiva ninguno de los cambios en la distribución estadística de las enfermedades citadas puede atribuirse a la práctica profesional de la medicina.

La abrumadora mayoría de los diagnósticos modernos e intervenciones terapéuticas que han demostrado hacer más bien que mal tienen dos carac-

terísticas: los recursos materiales para ellas son extremadamente baratos y pueden empacarse y diseñarse para que uno mismo los use o para que los miembros de la familia los apliquen. El precio de la tecnología significativamente curativa que podría fomentar la salud en la medicina canadiense es tan bajo que los recursos que ahora la India dedica a la medicina moderna serían suficientes para poner esa tecnología a disposición de todo el continente. Por otro lado, las habilidades necesarias para la aplicación de los auxilios terapéuticos y de diagnóstico que más se usan son tan sencillas que la cuidadosa observancia de las instrucciones por personas que se preocupen personalmente por ello, garantizaría un uso más efectivo y responsable que el que la práctica médica profesional puede proporcionar.

Ni el descenso en cualquiera de las mayores epidemias de enfermedades mortales ni los notables cambios en la estructura de las edades de la población, ni la disminución o el aumento del ausentismo en los centros de trabajo, influyen significativamente en el cuidado de los enfermos y ni siquiera en la adquisición de inmunidad. Los servicios médicos no merecen crédito por la longevidad ni a ellos debe achacarse la amenazante presión de la sobrepoblación.

La longevidad le debe mucho más al ferrocarril y a la síntesis de los fertilizantes e insecticidas que a los nuevos medicamentos y a las jeringas. La práctica profesional es poco efectiva, pero cada vez más solicitada. Esta inflación no respaldada por resultados técnicos sólo puede explicarse en analogía con un ritual mágico cuyas metas están más allá del alcance técnico y político. Sólo puede combatirse a través de una acción legal, política y decidida a favor de la desprofesionalización del cuidado de la salud.

La desprofesionalización de la medicina no implica ni debería entenderse como la negación de toda atención especializada, de la competencia, del criticismo mutuo o del control público. Implica ante todo una predisposición contra la mistificación, contra el dominio transnacional de un modo de ver ortodoxo y contra la exclusión del debate de los curanderos escogidos por sus pacientes, pero no certificados por el gremio. La desprofesionalización de la medicina no significa tampoco el rechazo de fondos públicos para propósitos curativos. Significa una predisposición contra el desembolso de tales fondos bajo el control de los miembros del gremio, más bien que bajo el control del consumidor. Desprofesionalizar la medicina no significa eliminar las terapias modernas ni oponerse a la invención de otras nuevas, ni tampoco volver a programas, prescripciones, rituales y medios antiguos. Significa que ningún profesional debe tener el poder de malgastar en cual-

quiera de sus pacientes un paquete de recursos curativos más grande que el que cualquier otro podría reclamar. Finalmente, desprofesionalizar la medicina no significa descuidar las necesidades especiales que la gente manifiesta en momentos especiales de su vida, como al nacer, romperse una pierna, casarse y dar a luz, enfermarse o enfrentar la muerte. Sólo significa que la gente tiene derecho a vivir en un medio ambiente hospitalario que tome en cuenta el alto grado a que ha llegado la experiencia.

LA LUCHA CONTRA LA MUERTE

El efecto fundamental de la Némesis médica es la expropiación de la muerte. En cada sociedad la imagen de la muerte es la anticipación culturalmente condicionada de una fecha insegura. Esta anticipación determina una serie de normas de comportamiento durante la vida y la estructura de ciertas instituciones.

Por dondequiera que la civilización médica moderna ha penetrado una cultura médica tradicional, ha fomentado un nuevo ideal cultural de la muerte. Este nuevo ideal se extiende por medio de la tecnología y del carácter profesional que a ella corresponde.

En las sociedades primitivas, la muerte siempre se imagina como la intervención de un agente: un enemigo, una bruja, un antepasado o un dios. La Edad Media cristiana y la islámica vieron en cada muerte la mano de Dios. El ideal occidental de la muerte que viene a todos por igual por causas naturales tiene un origen bastante reciente. La muerte en Occidente sólo tuvo rostro hasta por el año 1420. Fue durante el otoño de la Edad Media cuando la muerte apareció como un esqueleto dotado de poder, y a partir del siglo XVI, los pueblos europeos desarrollaron "el arte y la habilidad para conocer tu deseo de morir" (*arte and crafte to knowe ye will to dye*). Durante los tres siglos siguientes, los labriegos y los nobles, los sacerdotes y las prostitutas se preparaban a lo largo de su vida a presidir su propia muerte. La muerte injusta, la muerte amarga se convirtió en el fin más bien que en la meta de la vida. La idea de que la muerte natural vendría sólo en la vejez hizo su aparición en el siglo XVIII como un fenómeno específico de la clase burguesa. La demanda para que los doctores lucharan contra la muerte y conservaran saludables a personas delicadas y enfermizas (valetudinarios) no tiene nada que ver con su habilidad para prolongar la vida. Philippe Ariès ha demostrado que los primeros costosos intentos de prolon-

gar la vida fueron pagados por banqueros cuyo poder se había incrementado por los años que habían pasado ante un escritorio.

No se puede comprender a fondo la organización social contemporánea si no se ve en ella un exorcismo polifacético de todas las formas de muerte maligna. Nuestras mayores instituciones constituyen un gigantesco programa de defensa de la "humanidad" contra todos aquellos agentes que pueden asociarse con lo que comúnmente se concibe como la injusticia social del trato con la muerte. No sólo las agencias médicas sino también los programas para el bienestar, la ayuda internacional y el desarrollo se han alistado en esta lucha. Las burocracias ideológicas de todos los colores se han unido a la cruzada. Hasta la guerra se usa para justificar la derrota de aquellos a quienes se considera culpables de la tolerancia desenfrenada de la enfermedad y de la muerte. Garantizar la "muerte natural" para todos los hombres está a punto de volverse una justificación fundamental para el control social. Bajo la influencia de rituales médicos, la muerte contemporánea vuelve a ser la justificación razonada de una cacería de brujas.

SUMARIO

Un creciente daño irreparable acompaña la presente expansión industrial en todos los sectores. En medicina estos daños aparecen como iatrogénesis. La iatrogénesis puede ser directa, cuando el dolor, la enfermedad y la muerte son el resultado de la atención médica; o también puede ser indirecta, cuando los sistemas de salud refuerzan a una organización industrial dañina para la salud; puede ser estructural cuando el comportamiento promovido médicamente y el *bluff* profesional mutilan la autonomía vital del pueblo, socavando su autonomía creativa, su autoestima y su arte de envejecer. La iatrogénesis nulifica el reto personal planteado por el dolor, la incapacidad y la angustia.

La mayoría de los remedios propuestos para reducir la iatrogénesis son intervenciones dirigidas. Están terapéuticamente diseñadas para adaptar al individuo al grupo, a la institución o al medio ambiente. Al fomentar un nuevo prejuicio contra la autonomía del ciudadano, estos remedios generan padecimientos iatrogénicos de segundo orden.

Sin embargo, los efectos iatrogénicos de la estructura técnico-médica son el resultado de sus funciones sociales no técnicas. Las repugnantes consecuencias técnicas y no técnicas de la institucionalización de la medi-

cina se unen para generar una nueva clase de sufrimiento: la supervivencia anestesiada y solitaria en una sala de hospital ancha como el mundo.

La Némesis médica no puede verificarse funcionalmente. Mucho menos puede medirse. La intensidad con la que se experimenta depende de la independencia, vitalidad y sociabilidad de cada individuo. En tanto concepto teórico es parte de una amplia teoría de las anomalías que plagan hoy los sistemas para el cuidado de la salud. Es un aspecto peculiar de un fenómeno aún más general que he llamado Némesis industrial: el contragolpe de la arrogancia industrial desenfrenada (*hybris*) e institucionalizada. Esta *hybris* consiste en el descuido de los linderos dentro de los cuales el fenómeno humano permanece viable. La actual investigación científica está abrumadoramente orientada hacia la apertura de pasos inasequibles. Lo que yo he llamado la investigación para la gente es el análisis disciplinado a niveles en los que tales reverberaciones deben inevitablemente dañar al hombre.

La percepción de una Némesis envolvente nos lleva a una opción social. O se reconocen los umbrales naturales de la acción humana y se traducen dentro de límites determinados políticamente, o la alternativa a la extinción será la supervivencia obligatoria, un Infierno planeado y dirigido.

En varios países, el público está listo para efectuar una revisión de sus sistemas de salud. Las frustraciones de los usuarios de los sistemas controlados por empresas privadas se asemejan cada vez más a las que provocan los sistemas socializados. Las diferencias entre las quejas de los rusos, franceses, americanos e ingleses se han vuelto insignificantes. Hay, sin embargo, un serio peligro de que las evaluaciones de estos sistemas se efectúen dentro de las coordenadas fijadas por las ilusiones poscartesianas. Tanto en los países ricos como en los pobres las demandas para reformar los sistemas nacionales de salud están dominadas por las ilusiones de un acceso equitativo a las mercaderías del gremio, por el espejismo de la expansión profesional y de la de los curanderos. Es así como se cree lograr mayor verdad en las proclamas del progreso y el control del acceso al templo de Tántalo. Hasta la fecha la discusión pública de la crisis de la salud se ha usado para canalizar aún más poder, prestigio y dinero hacia los ingenieros y diseñadores biomédicos.

Todavía es tiempo de evitar un debate que reforzaría al frustrante sistema. La discusión debe orientarse haciendo de la Némesis higiénica el acontecimiento central. La explicación de Némesis requiere la elucidación simultánea del lado técnico y del lado no técnico de la medicina; debe en-

focarse tanto a la industria como a la religión. La denuncia de la medicina como una forma de *hybris* institucional pone en tela de juicio esas ilusiones personales que paralizan al crítico dependiente del cuidado de la salud.

La percepción y comprensión de Némesis tiene por lo tanto el poder de orientarnos hacia formas de acción que rompan el círculo vicioso de quejas que refuerzan la dependencia del demandante hacia las agencias de planeación sanitaria. El reconocimiento de Némesis puede ser la purga necesaria para una revolución no violenta de nuestras actitudes hacia lo perverso y el dolor. La alternativa a una cruzada contra estos males es la búsqueda de la paz de los fuertes.

La salud denota un proceso de adaptación. No es fruto del instinto sino una reacción autónoma y viva a una realidad experimentada. Connota la habilidad para adaptarse a cambios del medio ambiente, al crecimiento y al envejecimiento, a sanar cuando se está enfermo, al sufrimiento y a la espera tranquila de la muerte. La salud abarca asimismo el porcentaje y por lo tanto incluye la angustia y la capacidad interior de vivir con ella.

La fragilidad, la soledad y la sociabilidad vividas conscientemente por el hombre hacen de las experiencias del dolor, de la enfermedad y de la muerte una parte integral de su vida. La habilidad autónoma para hacer frente a este trío es fundamental para su salud. En el momento en que llegara a depender de la administración de su intimidad y renunciara a su autonomía, su salud declinaría inmediatamente. El verdadero milagro de la medicina moderna es diabólico. Consiste en hacer no sólo que individuos sino poblaciones enteras sobrevivan en niveles inhumanos de salud personal. Que la salud declina con el aumento en la distribución de los servicios de salud sorprende únicamente al gerente sanitario para el que las estrategias son el resultado de su ceguera que busca la inalienabilidad de la salud.

El nivel de la salud pública corresponde al grado en que los medios y la responsabilidad para hacer frente a la enfermedad se distribuyen entre el total de la población. La habilidad para hacer frente a las enfermedades puede acrecentarse, pero nunca reemplazarse por la intervención médica en la vida de la gente o en las características higiénicas del medio ambiente. Aquella sociedad que pueda reducir la intervención profesional al mínimo, proveerá las mejores condiciones para la salud. Mientras más grande sea la capacidad autónoma de la adaptación a uno mismo, a otros y al medio ambiente, menos administración para la adaptación se necesitará o tolerará.

Recobrar una sana actitud hacia la enfermedad no es ni luddita ni romántica ni utópica: es un ideal que servirá de guía y que si bien nunca podrá alcanzarse totalmente, sí podrá lograrse de manera parcial valiéndose de modernos inventos como nunca antes ha habido en la historia. El mismo ideal deberá orientar la política hacia la definición de límites que eviten que se inmiscuya Némesis.

X. LA ELOCUENCIA DEL SILENCIO

LA LINGÜÍSTICA nos ha provisto de nuevos horizontes para la comprensión de las comunicaciones humanas. Un estudio objetivo de la manera como se transmiten los significados ha demostrado que es mucho más lo que un hombre retransmite a otro a través del silencio que a través de las palabras. Las palabras y las cláusulas están compuestas de silencios mucho más significativos que los sonidos de las mismas. Se puede decir que las pausas entre los sonidos y las articulaciones están preñadas y pasan a ser dominios luminosos en medio de un vacío increíble, como los electrones en un átomo o los planetas del sistema solar. El lenguaje es una cuerda de silencio en el que los sonidos son los nudos —de la misma manera que en un *quipu* peruano los espacios vacíos hablan—. En Confucio podemos ver el lenguaje como si fuera una rueda. Los rayos convergen hacia un centro, pero son los espacios vacíos los que hacen la rueda.

Es así que lo que debemos aprender de otra persona para entenderla no son sus palabras sino sus silencios. No son tanto nuestros sonidos los que proveen el significado, sino que nos hacemos entender mediante las pausas. El aprendizaje de una lengua radica mucho más en el aprendizaje de sus silencios que de sus sonidos. Solamente el cristiano cree en la Palabra como el Silencio coeterno. Entre los hombres de todas las épocas el ritmo es una ley mediante la cual nuestra conversación se convierte en un *yang-yin* de silencio y sonido. De ahí que aprender una lengua de manera humana y madura consiste en aceptar la responsabilidad de sus silencios y de sus sonidos. El don que una persona nos otorga al enseñarnos su lengua es mucho más la comunicación del don del ritmo, el modo y las sutilezas de su sistema del silencio, que el de sus sonidos. Es un regalo íntimo por el que nos hacemos responsables ante quienes nos han confiado su lenguaje. Un lenguaje del que conozca solamente las palabras, pero no las pausas, es una ofensa permanente; la caricatura de un negativo fotográfico.

Se requiere más esfuerzo, tiempo y delicadeza para aprender el silencio de un pueblo que para aprender sus sonidos. Algunas personas están mejor dotadas que otras para esto. De ahí, quizás, que algunos misioneros, a pesar de sus esfuerzos, nunca llegan a hablar otra lengua con propiedad,

esto es, a comunicarse delicadamente mediante silencios. Aunque “hablen con el acento de los nativos” siempre están a miles de kilómetros de los mismos. El aprendizaje de la gramática del silencio es un arte mucho más difícil que el aprendizaje de la gramática de los sonidos.

Así como las palabras se aprenden al escuchar con atención y al intentar penosamente imitar al nativo, los silencios se adquieren a través de una delicada franqueza hacia ellas. El silencio tiene sus pausas y sus vacilaciones; sus ritmos, expresiones e inflexiones; sus duraciones y sus tonos; sus razones de ser y sus fuera de lugar. Así como con nuestras palabras, hay también una analogía entre nuestro silencio con los hombres y con Dios. Para comprender el significado completo de uno, debemos practicar y profundizar el otro.

Si clasificáramos los silencios, el primer lugar lo ocuparía el silencio del mero oyente, de una pasividad femenina; un silencio mediante el cual el mensaje de los otros se hace “él en nosotros”. El silencio del profundo interés está amenazado por otro silencio, el silencio de la indiferencia, que asume que no hay nada que yo quiera o pueda recibir de la comunicación del otro. Éste es el silencio ominoso de la esposa que, como si fuera una figura de palo, escucha a su marido relatarle fervorosamente una serie de pequeñeces. Es el mismo silencio del cristiano que lee el Evangelio con la actitud de conocerlo de cabo a rabo. Es el silencio de la piedra —que está muerto porque no se relaciona con la vida—. Es el silencio del misionero que nunca comprendió el milagro de un extranjero oyente y que es un mayor testimonio de amor que el del que habla. El hombre que nos muestra que conoce el ritmo de nuestro silencio está mucho más cerca de nosotros que aquel que cree que sabe hablar.

Mientras mayor sea la distancia entre los dos mundos, mayor muestra de amor será este silencio del interés. Es fácil para la mayoría de los norteamericanos escuchar chismes sobre el fútbol; pero es un signo de amor el que un hombre del Medio Oeste escuche los datos del jai alai. El silencio del cura urbano que escucha los datos de la enfermedad de un chivo en el autobús es un regalo, el fruto verdadero de una forma misionera de largo entrenamiento y paciencia.

No hay distancia más grande que la que existe entre un hombre que reza y Dios. Sólo cuando esta distancia asoma en la conciencia puede desarrollarse el silencio agradecido de la disposición paciente. Ése debe haber sido el silencio de la Virgen ante el *Ave*, que le permitió convertirse en el modelo eterno de la claridad ante la Palabra. Gracias a ese profundo silen-

cio la Palabra pudo recibir la Carne. Únicamente en la oración de quien escucha silenciosamente puede el cristiano adquirir el hábito de este primer silencio a partir del cual la Palabra nace en una cultura extranjera. Esta Palabra, concebida en el silencio, crece también en el silencio.

El segundo lugar en una gramática del silencio está ocupado por el silencio de la Virgen después que concibió la Palabra —un silencio del que nació no tanto el *Fiat* como el *Magnificat*—. No tanto un silencio que acerque al hombre a la concepción como un silencio que alimenta a la Palabra concebida. Un silencio que encierra al hombre en sí mismo permitiéndole así preparar la Palabra para los demás. Es el silencio de la sintonía; un silencio en el que aguardamos el instante propicio para que la Palabra nazca en el mundo.

Ese silencio también se halla amenazado, no solamente por la prisa y la profanación de la multiplicidad de la acción, sino también por la costumbre del hábito verbal y de la producción masiva que no tiene tiempo para él. Está amenazado por un silencio abaratado según el cual una palabra es tan buena como cualquier otra y ninguna necesita crearse.

El misionero, o el extranjero, que usa las palabras tal como figuran en el diccionario, no conoce este silencio. Es el hombre de habla inglesa que, al tratar de decir algo en español, busca dentro de sí mismo la palabra en inglés en lugar de procurar la sintonía o en lugar de encontrar la palabra o el gesto o el silencio que sea entendido aunque carezca de equivalente en su propio lenguaje o en su propia cultura. Es el hombre que no da tiempo a que la semilla del nuevo lenguaje crezca en el surco extranjero de su alma. Éste es el silencio *anterior* a las palabras o *entre* ellas; el silencio en el que las palabras viven y mueren. Es el silencio del rezo lento de duda; el de la oración en la que las palabras tienen la valentía de nadar en un mar de silencio. Es diametralmente opuesto a otras formas de silencio anteriores a la palabra —el silencio de la flor artificial que recuerda a las palabras que no crecen, la pausa entre las repeticiones—. Es el silencio del misionero que espera la dispensa de la siguiente perogrullada que tiene que memorizar porque no ha hecho el esfuerzo de penetrar en el lenguaje vivo de los demás. El silencio antes de las palabras se opone también al silencio de la agresión urdida —si es que a eso puede llamársele silencio—, el cual también es un intervalo empleado para preparar las palabras, pero palabras que en lugar de unir dividen. Éste es el silencio que tienta al misionero cuando se aferra a la idea de que en español no hay manera de significar lo que quiere decir. Un silencio en el que una agresión verbal —por más velada que sea— prepara la siguiente.

En esta gramática del silencio el lugar próximo está ocupado por el silencio que está *más allá* de las palabras. A medida que avanzamos en la clasificación de los silencios crece también la distancia que separa a un buen silencio de un mal silencio. Hemos llegado ahora al tipo de silencio que no anticipa ninguna conversación futura. Es el silencio que lo ha dicho todo porque ya no hay nada más que decir. Éste es el silencio que está más allá de un *sí* o un *no* terminantes. Es el silencio del amor más allá de las palabras, así como el silencio del no para siempre; el silencio de un paraíso o del infierno. Es la actitud decisiva de un hombre que se enfrenta a la Palabra que es Silencio, o el silencio de un hombre que se ha obstinado en darle la espalda.

Este silencio es el infierno, un silencio fulminante. En este silencio, la muerte no es la frialdad de la piedra, indiferente a la vida, ni la insensibilidad de una flor seca, rememoración de la vida. Es la muerte después de la vida —el rechazo final de la vida—. Este silencio puede estar lleno de ruidos y de agitaciones y de palabras, pero tiene un solo significado que es común a todos los ruidos y a todos los lapsos que los separan: *No*.

Hay una manera en la que este silencio infernal amenaza la existencia del misionero. De hecho, las posibilidades inusitadas de testimoniar a través del silencio abren al hombre cargado con la Palabra, en un mundo que no es el suyo, la habilidad inusitada de destruir con el silencio. El silencio misionero arriesga mucho más: convertirse en el infierno en la propia tierra.

En definitiva, el silencio misionero es un don, un don de oración —aprendido en la oración por alguien infinitamente distante y extranjero, experimentado en el amor a los hombres, siempre mucho más distante y extranjero que un hombre en su propia casa—. Puede que el misionero olvide que su silencio es un don, en el más profundo sentido de lo otorgado gratuitamente, un don que nos transmiten concretamente quienes desean enseñarnos su lenguaje. Si el misionero olvida esto y trata de conquistar a través de su propio poder aquello que sólo los otros pueden ofrendar, entonces su existencia comienza a estar amenazada. El hombre que intenta comprar el lenguaje como si se tratara de una camisa, el hombre que trata de conquistar el lenguaje a través de la gramática para poder hablar “mejor que los nativos de por aquí”, el hombre que olvida la analogía entre el silencio de Dios y el silencio de los otros y no trata de hacerla crecer a través de la oración, es un hombre que básicamente trata de violar la cultura a la que ha sido enviado, y debe por lo tanto esperar las reacciones correspondientes. Si tiene una pizca de humano se dará cuenta de que está en una prisión es-

piritual, pero no admitirá que él mismo la ha creado; acusará a los otros de ser sus carceleros. La muralla que lo separa de aquellos a los que ha sido enviado se hará cada vez más impenetrable. Mientras se vea a sí mismo como "misionero" sabrá que está frustrado, que fue enviado pero no llegó a ninguna parte, que salió de su hogar pero nunca llegó a ninguna tierra firme, que dejó su casa y nunca entró en otra.

Mientras continúa predicando aumenta en él la conciencia de que no lo entienden, porque dice lo que cree y habla su propio lenguaje en una farsa extranjera. Continúa "haciendo cosas para los demás" y los considera desagradecidos porque entienden que todo lo que hace tiene por objeto defender su ego. Sus palabras se convierten en una burla del lenguaje, en una expresión de un silencio de muerte.

A esta altura se necesita una gran valentía para regresar al paciente silencio del interés o a la delicadeza del silencio en el que germinan las palabras. La sordera ha dado lugar al mutismo. A menudo, el miedo a enfrentar la dificultad de aprender un lenguaje nuevo, avanzada ya la vida, conduce a un estado de desesperación. Una versión típicamente misionera del silencio infernal nació en su corazón.

En el polo opuesto de la desesperación está el silencio del amor, las manos entrelazadas de los amantes. La oración en la que la vaguedad anterior a las palabras cedió al vacío absoluto que las sigue. La forma de comunicación que abre la sencilla profundidad del alma. Viene por momentos y se puede convertir en una vida entera —tanto en la oración como entre las personas—. Quizás ése sea el único aspecto universal del lenguaje, el único medio de comunicación que no alcanzó la maldición de Babel. Quizá sea la única manera de estar con los otros y con la Palabra sin tener un acento extranjero.

Hay todavía otro silencio que está más allá de las palabras: el de la Pietà. No es un silencio de muerte sino el silencio del misterio de la muerte. No es el silencio de la aceptación activa de la voluntad de Dios, que da lugar al nacimiento del *Fiat*; ni tampoco el silencio de la aceptación viril del Getsemaní en el que está enraizada la obediencia. El silencio que ustedes como misioneros buscan adquirir a través de este curso de español es el silencio que está más allá del azoro y de las preguntas; un silencio que está más allá de la posibilidad de una respuesta o siquiera de una referencia a la palabra precedente. Es el silencio misterioso a través del cual el Señor pudo descender al silencio del infierno, la aceptación sin frustraciones de una vida, inútil y desperdiciada en Judas, un silencio de impotencia desea-

da libremente a través de la cual se salvó el mundo. Nacido para redimir el mundo, el Hijo de María murió a manos de Su pueblo, abandonado por Sus amigos y traicionado por Judas, a quien amó pero no pudo salvar —contemplación silenciosa de la paradoja culminante de la Encarnación que no sirvió siquiera para redimir a un amigo personal—. La apertura del alma a este silencio fundamental de la Pietà es la culminación de la lenta maduración de las tres formas previas del silencio misionero.

LA SOCIEDAD DESESCOLARIZADA

INTRODUCCIÓN

Debo a Everett Reimer el interés que tengo por la educación pública. Hasta el día de 1958 en que nos conocimos en Puerto Rico, jamás había yo puesto en duda el valor de hacer obligatoria la escuela para todos. Conjuntamente, hemos llegado a percatarnos de que para la mayoría de los seres humanos, el derecho a aprender se ve restringido por la obligación de asistir a la escuela.

Desde 1966 en adelante, Valentina Borremans, cofundadora y directora del Cidoc (Centro Intercultural de Documentación) de Cuernavaca, organizó anualmente dos seminarios alrededor de mi diálogo con Reimer. Centenares de personas de todo el mundo participaron en estos encuentros. Quiero recordar en este lugar a dos de ellos que contribuyeron particularmente a nuestro análisis y que en el entretiem po murieron: Augusto Salazar Bondy y Paul Goodman. Los ensayos escritos para el boletín *Cidoc Informa* y reunidos en este libro se desarrollaron a partir de mis notas de seminario. El último capítulo contiene ideas que me surgieron después de mis conversaciones con Erich Fromm en torno al Mutterrecht de Bachofen.

Durante estos años Valentina Borremans constantemente me urgía a poner a prueba nuestro pensar enfrentándolo a las realidades de América Latina y de África. Este libro refleja su convencimiento de que no sólo las instituciones sino el *ethos* de la sociedad deben ser “desescolarizados”.

La educación universal por medio de la escolarización no es factible. No sería más factible si se intentara mediante instituciones alternativas construidas según el estilo de las escuelas actuales. Ni nuevas actitudes de los maestros hacia sus alumnos, ni la proliferación de nuevas herramientas y métodos físicos o mentales (en el aula o en el dormitorio), ni, finalmente, el intento de ampliar la responsabilidad del pedagogo hasta que englobe las vidas completas de sus alumnos, dará por resultado la educación universal. La búsqueda actual de nuevos *embudos* educacionales debe revertirse hacia la búsqueda de su antípoda institucional: *tramas* educacionales que aumenten la oportunidad para que cada cual transforme cada momento de su vida en un momento de aprendizaje, de compartir, de interesarse. Confiamos en estar aportando conceptos necesarios para aquellos que realizan investi-

gaciones sobre la educación —y asimismo para aquellos que buscan alternativas para otras industrias de servicio establecidas—.

Me propongo examinar algunas cuestiones inquietantes que surgen una vez que adoptamos como hipótesis que la sociedad puede desescolarizarse, buscar pautas que puedan ayudarnos a discernir instituciones dignas de desarrollo por cuanto apoyan el aprendizaje en un medio desescolarizado, y esclarecer las metas personales que ampararían el advenimiento de una Edad de Ocio (*scholé*) opuesta como tal a una economía dominada por las industrias de servicio.

IVÁN ILLICH

Ocotepec, Morelos, enero de 1978

I. ¿POR QUÉ DEBEMOS PRIVAR DE APOYO OFICIAL A LA ESCUELA?

MUCHOS ESTUDIANTES, en especial los que son pobres, saben intuitivamente qué hacen por ellos las escuelas. Los adiestran a confundir proceso y sustancia. Una vez que estos dos términos se hacen indistintos, se adopta una nueva lógica: cuanto más tratamiento haya, tanto mejor serán los resultados. Al alumno se le “escolariza” de ese modo para confundir enseñanza con saber, promoción al curso siguiente con educación, diploma con competencia, y fluidez con capacidad para decir algo nuevo. A su imaginación se la “escolariza” para que acepte servicio en vez de valor. Se confunde el tratamiento médico tomándolo por cuidado de la salud, el trabajo social por mejoramiento de la vida comunitaria, la protección policiaca por tranquilidad, el equilibrio militar por seguridad nacional, la mezquina lucha cotidiana por trabajo productivo. La salud, el saber, la dignidad, la independencia y el quehacer creativo quedan definidos como poco más que el desempeño de las instituciones que afirman servir a estos fines, y su mejoramiento se hace dependiente de la asignación de mayores recursos a la administración de hospitales, escuelas y demás organismos correspondientes.

En estos ensayos mostraré que la institucionalización de los valores conduce inevitablemente a la contaminación física, a la polarización social y a la impotencia psicológica: tres dimensiones en un proceso de degradación global y de miseria modernizada. Explicaré cómo este proceso de degradación se acelera cuando unas necesidades no materiales se transforman en demanda de bienes; cuando a la salud, a la educación, a la movilidad personal, al bienestar o a la cura psicológica se las define como el resultado de servicios o de “tratamientos”. Hago esto porque creo que la mayoría de las investigaciones actualmente en curso acerca del futuro tienden a abogar por incrementos aún mayores en la institucionalización de valores y que debemos definir algunas condiciones que permitieran que ocurriese lo contrario. Precisamos investigaciones sobre el posible uso de la tecnología para crear instituciones que atiendan a la acción recíproca, creativa y autónoma entre personas y a la emergencia de valores que los tecnócratas no puedan controlar sustancialmente. Necesitamos investigación en líneas generales para la futurología actual.

Quiero suscitar la cuestión general acerca de la mutua definición, de la naturaleza del hombre y de la naturaleza de las instituciones modernas, que caracteriza nuestra visión del mundo y nuestro lenguaje. Para hacerlo, he elegido a la escuela como mi paradigma, y por consiguiente trato sólo indirectamente de otros organismos burocráticos del Estado corporativo: la familia consumidora, el partido, el ejército, la Iglesia, los medios informativos. Mi análisis del currículum oculto de la escuela debería poner en evidencia que la educación pública se beneficiaría con la desescolarización de la sociedad, tal como la vida familiar, la política, la seguridad, la fe y la comunicación se beneficiarían con un proceso análogo.

Quiero comenzar este estudio esforzándome en hacer comprender qué es lo que la desescolarización de una sociedad escolarizada podría significar. En este contexto debiera ser más fácil entender mi elección de los cinco aspectos específicos pertinentes respecto de este proceso, los cuales abordaré en los capítulos siguientes.

No sólo la educación sino la propia realidad social se han escolarizado. Cuesta más o menos lo mismo escolarizar tanto al rico como al pobre en igual dependencia. El gasto anual por alumno en los arrabales y los suburbios ricos de cualquiera de 20 ciudades de Estados Unidos está comprendido dentro de unos mismos márgenes —y hasta es favorable al pobre en ciertos casos—.¹

Tanto el pobre como el rico dependen de escuelas y hospitales que guían sus vidas, forman su visión del mundo y definen para ellos qué es legítimo y qué no. Ambos consideran irresponsable medicarse uno mismo, y ven a la organización comunitaria, cuando no la pagan quienes detentan la autoridad, como una forma de agresión y subversión. Para ambos grupos, apoyarse en el tratamiento institucional hace sospechoso el logro independiente. El subdesarrollo progresivo de la confianza en sí mismo y en la comunidad es incluso más típico en Westchester que en el norte de Brasil. Por doquiera, no tan sólo la educación sino la sociedad en conjunto, necesitan “desescolarización”.

Las burocracias del bienestar social pretenden un monopolio profesional, político y financiero sobre la imaginación social, fijando normas sobre qué es valedero y qué es factible. Este monopolio está en las raíces de la modernización de la pobreza. Cada necesidad simple para la que se halla una

¹ Penrose B. Jackson, *Trends in Elementary Education Expenditures. Central City and Suburban Comparisons 1965 to 1968*, U. S. Office of Education, Office of Program and Planning Evaluation, junio de 1969.

respuesta institucional permite la invención de una nueva clase de pobres y una nueva definición de la pobreza. Hace 10 años, lo normal en México era nacer y morir en su propia casa, y ser enterrado por sus amigos. Sólo las necesidades del alma las atendía la Iglesia institucionalizada. Ahora, comenzar y acabar la vida en casa se convierten en *signos*, ya sea de pobreza, ya sea de privilegio especial. El morir y la muerte han quedado bajo la administración institucional del médico y de los empresarios de pompas fúnebres.

Una vez que una sociedad ha convertido ciertas necesidades básicas en demandas de bienes producidos científicamente, la pobreza queda definida por normas que los tecnócratas pueden cambiar a voluntad. "Pobre" es quien no llega a satisfacer ciertas normas del consumo obligatorio. En México son pobres aquellos que carecen de tres años de escolaridad, y en Nueva York aquellos que carecen de doce.

Los pobres siempre han sido socialmente impotentes. Apoyarse cada vez más en la atención y el cuidado institucionales agrega una nueva dimensión a su indefensión: la impotencia psicológica, la incapacidad de valerse por sí mismos. Los campesinos del altiplano andino son explotados por el terrateniente y el comerciante —una vez que se asientan en Lima llegan a depender, además, de los jefazos políticos y están desarmados por su falta de escolaridad—. La pobreza moderna conjuga la pérdida del poder sobre las circunstancias con una pérdida de la potencia personal. Esta modernización de la pobreza es un fenómeno mundial y está en el origen del subdesarrollo contemporáneo. Adopta aspectos diferentes, por supuesto, en países ricos y países pobres.

Probablemente se siente más intensamente en las ciudades estadounidenses. En ninguna otra parte se da un tratamiento más costoso a la pobreza. En ninguna otra parte el tratamiento de la pobreza produce tanta dependencia, ira, frustración y nuevos requerimientos. Y en ninguna otra parte es tan evidente que la pobreza —una vez modernizada— ha llegado a hacerse resistente al tratamiento con dólares y requiere de una revolución institucional.

Hoy en día, en Estados Unidos, el negro y hasta el vagabundo pueden aspirar a un nivel de tratamiento profesional que habría sido inconcebible hace dos generaciones y que a la mayoría de la gente del Tercer Mundo le parece grotesca. Por ejemplo, los pobres de Estados Unidos pueden contar con un vigilante escolar que lleve a sus hijos de regreso a la escuela hasta que lleguen a los 17 años o con un médico que les remita a una cama de hospital que cuesta 60 dólares diarios —el equivalente al ingreso de tres

meses para la mayor parte de la gente en el mundo—. Pero ese cuidado los hace sólo más dependientes de un tratamiento ulterior, y los hace cada vez más incapaces de organizar sus propias vidas en torno a sus propias experiencias y recursos dentro de sus propias comunidades.

Los estadounidenses pobres están en una posición singular para hablar sobre el predicamento que amenaza a todos los pobres de un mundo en vías de modernización. Están descubriendo que no hay cantidad alguna de dólares que pueda eliminar la destructividad inherente de las instituciones de bienestar social, una vez que las jerarquías profesionales de estas instituciones han convencido a la sociedad de que sus servicios son moralmente necesarios. Los pobres de los núcleos urbanos centrales de Estados Unidos pueden demostrar con su propia experiencia la falacia sobre la que está construida la legislación social en una sociedad “escolarizada”.

William O. Douglas, miembro de la Suprema Corte de Justicia, hizo la observación de que “la única manera de establecer una observación es financiarla”. El corolario es asimismo verdadero. Sólo al desviar los dólares que ahora afluyen a las instituciones que actualmente tratan la salud, la educación y el bienestar social, podrá detenerse el progresivo empobrecimiento que ahora proviene del aspecto paralizante de las mismas instituciones.

Debemos tener esto presente al evaluar los programas de ayuda federales. A modo de ejemplo: entre 1965 y 1968, en las escuelas de Estados Unidos se gastaron más de 3 000 millones de dólares para compensar las desventajas de unos seis millones de niños. Al programa se le conoce con el nombre de *Title One* (Artículo Primero). Es el programa compensatorio más costoso que jamás se haya intentado en parte alguna en materia de educación y, sin embargo, no es posible discernir ningún mejoramiento significativo en el aprendizaje de estos niños “desfavorecidos”. En comparación con sus condiscípulos del mismo curso que provienen de hogares de ingresos medios, han quedado aún más retrasados. Por lo demás, a lo largo de este programa, los profesionales descubrieron otros 10 millones de niños que se esforzaban sometidos a desventajas económicas y educativas. Se dispone ahora de nuevas razones para reclamar nuevos fondos federales.

Este fracaso total en el intento de mejorar la educación de los pobres a pesar de un tratamiento más costoso puede explicarse de tres maneras:

- 1) Tres mil millones de dólares son insuficientes para mejorar el aprovechamiento de seis millones de niños de modo apreciable; o bien,
- 2) el dinero se gastó de manera incompetente: se requieren diferentes planes de estudio, una mejor administración, una concentración aún ma-

yor de fondos sobre el niño pobre, y más investigaciones. Con ello se lograría el objetivo: o bien,

3) la desventaja educativa no puede curarse apoyándose en una educación dentro de la escuela.

Lo primero es sin duda cierto en cuanto que el dinero se ha gastado a través del presupuesto escolar. El dinero se destinó efectivamente a las escuelas donde estaban la mayoría de los niños desfavorecidos, pero no se gastó en los niños mismos. Estos niños, a los que estaba destinado el dinero, constituían sólo alrededor de la mitad de los que asistían a las escuelas que añadieron el subsidio federal a sus presupuestos. De modo que el dinero se gastó en inspección y custodia, en indoctrinación y selección de papeles sociales, como también en educación, todo ello inextricablemente mezclado con los edificios e instalaciones, planes de estudio, profesores, administradores y otros componentes básicos de estas escuelas y, por consiguiente, con sus presupuestos.

Los fondos adicionales permitieron a las escuelas atender desproporcionadamente a los niños relativamente más ricos que estaban "desfavorecidos" por tener que asistir a la escuela en compañía de los pobres. En el mejor de los casos, una pequeña proporción de cada dólar destinado a remediar las desventajas del niño pobre en su aprendizaje podía llegar hasta ese niño a través del presupuesto de la escuela.

Podría ser igualmente cierto que el dinero se gastó de manera incompetente. Pero ni siquiera la incompetencia poco común puede superar la del sistema escolar. Las escuelas resisten, por su estructura misma, la concentración del privilegio en quienes son, por otra parte, desfavorecidos. Los planes especiales de estudio, las clases separadas o más horas de estudio constituyen tan sólo más discriminación a un coste más elevado.

Los contribuyentes no se han acostumbrado aún a ver que 3 000 millones de dólares se desvanezcan en el Ministerio de Salud, Educación y Bienestar como si se tratara del Pentágono. El gobierno actual tal vez estime que puede afrontar la ira de los educadores. Los estadounidenses de clase media no tienen nada que perder si se interrumpe el programa. Los padres pobres creen que sí pierden, pero, más todavía, están exigiendo el control de los fondos destinados a sus hijos. Un sistema lógico de recortar el presupuesto y, sería de esperar, de aumentar sus beneficios, consistiría en un sistema de becas escolares como el propuesto por Milton Friedman y otros. Los fondos se canalizarían al beneficiario, permitiéndole comprar su parte de escolaridad que elija. Si dicho crédito se limitara a unas compras que se

ajustasen a un plan escolar de estudios, tendería a proporcionar una mayor igualdad de tratamiento, pero no aumentaría por ello la igualdad de las exigencias sociales.

Debería ser obvio que incluso con escuelas de igual calidad un niño pobre rara vez se pondrá a la par de uno rico. Incluso si asisten a las mismas escuelas y comienzan a la misma edad, los niños pobres carecen de la mayoría de las oportunidades educativas que, al parecer, dispone el niño de clase media. Estas ventajas van desde la conversación y los libros en el hogar hasta el viaje de vacaciones y un sentido diferente de sí mismo, y actúan, para el niño que goza de ellas, tanto dentro de la escuela como fuera de ella. De modo que el estudiante más pobre se quedará atrás en tanto dependa de la escuela para progresar o aprender. Los pobres necesitan fondos que les permitan aprender y no obtener certificados del tratamiento de sus deficiencias presuntamente desproporcionadas.

Todo esto es válido para naciones tanto ricas como pobres, pero aparece con aspecto diferente. En las naciones pobres, la pobreza modernizada afecta a más gente y más visiblemente, pero también —por ahora— más superficialmente. Dos de cada tres del total de niños latinoamericanos dejan la escuela antes de terminar el quinto grado, pero estos *desertores*² no están tan mal, como lo estarían en Estados Unidos.

Hoy en día son pocos los países víctimas de la pobreza clásica, que era estable y menos paralizante. La mayoría de los países de América Latina han llegado al punto de “despegue” hacia el desarrollo económico y el consumo competitivo y, por lo tanto, hacia la pobreza modernizada: sus ciudadanos aprenden a pensar como ricos y a vivir como pobres. Sus leyes establecen un periodo escolar obligatorio de seis a 10 años. No sólo en Argentina, sino también en México o en Brasil, el ciudadano medio define una educación adecuada según las pautas estadounidenses, aun cuando la posibilidad de lograr esa prolongada escolarización esté restringida a una diminuta minoría. En estos países la mayoría ya está enviciada con la escuela, es decir, ha sido “escolarizada” para sentirse inferior respecto de quienes tienen una mejor escolaridad. Su fanatismo en favor de la escuela hace posible explotarlos por partida doble: permite aumentar la asignación de fondos públicos para la educación de unos pocos y aumentar la aceptación del control social por parte de la mayoría.

² En español en el original. [E.]

Es paradójico que la creencia en la escolarización universal se mantenga más firme en los países en que el menor número de personas ha sido —y será— servido por las escuelas. Sin embargo, en América Latina la mayoría de los padres y de los hijos podrían seguir aún senderos diferentes hacia la educación. La proporción del ahorro nacional invertido en escuelas y maestros tal vez sea mayor que en los países ricos, pero estas inversiones son totalmente insuficientes para atender a la mayoría haciendo posible siquiera cuatro años de asistencia a la escuela. Fidel Castro habla como si quisiese avanzar directo a la desescolarización, cuando promete que para 1980 Cuba estará en condiciones de disolver su universidad, puesto que toda la vida cubana será una *experiencia educativa*. Sin embargo, en los niveles de primaria y secundaria, Cuba, al igual que otros países latinoamericanos, actúa como si el paso a través de un periodo definido como “la edad escolar” fuese una meta incuestionable para todos, sólo postergada por una escasez momentánea de recursos.

Los dos engaños gemelos de un tratamiento más a fondo, tal como de hecho se proporciona en Estados Unidos —y como tan sólo se promete en América Latina— se complementan entre sí. Los pobres del Norte están siendo tullidos por el mismo tratamiento de 12 años cuya carencia marca a los pobres del Sur como irremediabilmente retrasados. Ni en Norteamérica ni en América Latina logran los pobres igualdad a partir de escuelas obligatorias. Pero en ambas partes la sola existencia de la escuela desanima al pobre y lo invalida para asir el control de su propio aprendizaje. En todo el mundo la escuela tiene un efecto antieducacional sobre la sociedad: se le reconoce como la institución que se especializa en educación. La mayoría de las personas considera los fracasos de la escuela como una prueba de que la educación es una tarea muy costosa, muy compleja, siempre arcana y frecuentemente casi imposible.

La escuela se apropia del dinero, de los hombres y de la buena voluntad disponibles para educación, y fuera de eso desalienta a otras instituciones respecto a asumir tareas educativas. El trabajo, el tiempo libre, la política, la vida ciudadana e incluso la vida familiar dependen de las escuelas, en lo concerniente a los hábitos y conocimientos que presuponen, en vez de convertirse ellos mismos en medios de educación. Tanto las escuelas como las otras instituciones que dependen de aquéllas llegan simultáneamente a tener un precio imposible.

En Estados Unidos, los costes per cápita de la escolaridad han aumentado casi con igual rapidez que el coste del tratamiento médico. Pero este

tratamiento más completo impartido por doctores y maestros ha mostrado resultados en continua declinación. Los gastos médicos concentrados sobre los mayores de 45 años se han duplicado varias veces durante un periodo de 40 años, dando como fruto un aumento de 3% en las probabilidades de vida de los varones. El incremento de los gastos educativos ha producido resultados aún más extraños; de otra manera el presidente Nixon no se habría sentido inclinado a prometer esta primavera que todo niño tendrá pronto el "derecho a leer" antes de dejar la escuela.

En Estados Unidos se precisarían 80 000 millones de dólares por año para proporcionar lo que los educadores consideran como tratamiento igualitario para todos en escuelas primaria y secundaria. Esto es bastante más del doble de los 36 000 millones que se están gastando ahora. Las predicciones de costes preparadas de modo independiente en el Ministerio de Salud, Educación y Bienestar y en la Universidad de Florida indican que para 1974 las cifras comparables serán de 107 000 millones contra los 45 000 millones proyectados ahora, y estas cifras omiten totalmente los enormes costes de lo que se denomina "educación superior", cuya demanda está creciendo de manera más veloz. Estados Unidos, que en 1969 gastó casi 80 000 millones de dólares en "defensa", incluyendo su despliegue en Vietnam, es obviamente demasiado pobre como para proporcionar igual escolaridad. El comité nombrado por el presidente para el estudio del financiamiento de las escuelas debiera preguntar no cómo mantener o cómo recortar tales costes, crecientes, sino cómo evitarlos.

La escuela igual y obligatoria para todos debiera reconocerse por lo menos como algo económicamente impracticable. En América Latina, la cantidad de erario que se gasta en cada estudiante graduado oscila entre 350 y 1 500 veces el monto gastado en el ciudadano medio (es decir, el ciudadano que está en un término medio entre el más pobre y el más rico). En Estados Unidos la discrepancia es menor, pero la discriminación más aguda. Los padres más ricos, cerca de 10%, pueden permitirse proporcionar a sus hijos educación privada y ayudarles a beneficiarse de las donaciones de fundaciones. Pero además consiguen 10 veces el monto per cápita de fondos públicos si éste se compara con el gasto per cápita que se efectúa en los hijos de 10% de los más pobres. Las razones principales de que esto ocurra son que los muchachos ricos permanecen más tiempo en la escuela, que un año de universidad es desproporcionadamente más costoso que un año de escuela secundaria, y que la mayoría de las universidades privadas dependen —al menos indirectamente— de un financiamiento derivado de desgravámenes.

La escuela obligatoria polariza inevitablemente a una sociedad y califica asimismo a las naciones del mundo según un sistema internacional de castas. A los países se los califica como castas cuya dignidad la determina el promedio de años de escolaridad de sus ciudadanos, tabla de calificación que se relaciona íntimamente con el producto nacional bruto per cápita y es mucho más dolorosa.

La paradoja de las escuelas es evidente: el gasto creciente hace aumentar su destructividad en su propio país y en el extranjero. Esta paradoja debe convertirse en tema de debate público. Hoy por hoy se reconoce de manera general que el medio ambiente físico quedará destruido dentro de poco por la contaminación bioquímica a menos que invirtamos las tendencias actuales de producción de bienes físicos. Debería reconocerse asimismo que la vida social y personal está igualmente amenazada por la contaminación del Ministerio de Salud, Educación y Bienestar, subproducto inevitable del consumo obligatorio y competitivo del bienestar.

La escalada de las escuelas es tan destructiva como la de las armas, si bien de manera menos visible. En todo el mundo, los costes de la escuela han aumentado con mayor velocidad que las matrículas y más velozmente por el producto nacional bruto (PNB); en todas partes los gastos en la escuela se quedan cada vez más cortos frente a las expectativas de padres, maestros y alumnos. Por doquiera, esta situación desalienta tanto la motivación como el financiamiento para una planificación en gran escala del aprendizaje no escolar. Estados Unidos está demostrando al mundo que ningún país puede ser lo bastante rico como para permitirse un sistema escolar que satisfaga las demandas que este mismo sistema crea con sólo existir, porque un sistema escolar que logre su meta escolariza a padres y alumnos en el valor supremo de un sistema escolar aún mayor, cuyo coste crece desproporcionadamente conforme se crea una demanda de grados superiores y éstos se hacen escasos.

En vez de decir que una escolaridad pareja es impracticable por el momento, debemos reconocer que, en principio, es económicamente absurda, y que intentarla es intelectualmente castrante, socialmente polarizante y destruye la verosimilitud del sistema político que la promueve.

La ideología de la escolaridad obligatoria no admite límites lógicos. La Casa Blanca proporcionó hace poco un buen ejemplo. El doctor Hutschnacker, el "psiquiatra" que atendió al señor Nixon antes de que fuese admitido como candidato, recomendó al presidente que todos los niños de seis a ocho años fueran examinados profesionalmente para cazar a aquellos que

tuviesen tendencias destructivas, y que se les proporcionase a éstos tratamiento obligatorio. En caso necesario se exigiría su reeducación en instituciones especiales. Este memorándum enviado al presidente por su doctor pasó al Ministerio de Salud, Educación y Bienestar para que examinaran su valía. En efecto, unos campos de concentración preventivos para predelin-cuentes serían un adelanto lógico respecto del sistema escolar.

El que todos tengan iguales oportunidades de educarse es una meta deseable y factible, pero identificar con ello la escolaridad obligatoria es confundir la salvación con la Iglesia. La escuela ha llegado a ser la religión del proletariado modernizado, y hace promesas huecas a los pobres de la era tecnológica. La nación-Estado la ha adoptado, reclutando a todos los ciudadanos dentro de un currículum graduado que conduce a diplomas consecutivos no distintos a los rituales de iniciación y promociones hieráticas de antaño. El Estado moderno se ha arrogado el deber de hacer cumplir el juicio de sus educadores mediante vigilantes bien intencionados y cualificaciones exigidas para conseguir trabajos, de modo muy semejante al que siguieron los reyes españoles que hicieron cumplir los juicios de sus teólogos mediante los conquistadores y la Inquisición.

Hace dos siglos Estados Unidos dio al mundo la pauta en un movimiento para privar de apoyo oficial al monopolio de una sola Iglesia. Ahora necesitamos la separación constitucional respecto del monopolio de la escuela quitando de esa manera el apoyo oficial a un sistema que conjuga legalmente el prejuicio con la discriminación. El primer artículo de una Declaración de los Derechos del Hombre apropiada para una sociedad moderna, humanista, concordaría con la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos: "El Estado no dictará ley alguna respecto del establecimiento de la educación". No habrá ningún ritual obligatorio para todos.

Para poner en vigencia esta separación entre Estado y escuela, necesitamos una ley que prohíba la discriminación en la contratación de personal, en las votaciones o en la admisión a los centros de enseñanza fundados en la previa asistencia a algún plan de estudios. Esta garantía no excluiría pruebas de competencia para una función o cargo, pero eliminaría la absurda discriminación actual en favor de una persona que aprende una destreza determinada con el mayor de los gastos del erario público o —lo que es igualmente probable— que ha podido obtener un diploma que no tiene relación con ninguna habilidad o trabajo útiles. Una separación constitucional del Estado y la escuela puede llegar a ser psicológicamente

eficaz sólo si protege al ciudadano de la posibilidad de ser descalificado por cualquier aspecto de su carrera escolar.

Con la escolaridad no se fomenta ni el deber ni la justicia porque los educadores insisten en aunar la instrucción y la certificación. El aprendizaje y la asignación de funciones sociales se funden en la escolarización. No obstante que aprender significa adquirir una nueva habilidad o entendimiento, la promoción depende de la opinión que otros se hayan formado de uno. Aprender es con frecuencia el resultado de una instrucción, pero ser elegido para una función o categoría en el mercado del trabajo depende cada vez más del tiempo que se ha asistido a un centro de instrucción.

Instrucción es la selección de circunstancias que facilitan el aprendizaje. Las funciones se asignan fijando un currículum de condiciones que el candidato debe satisfacer para pasar la valla. La escuela vincula la instrucción —pero no el aprendizaje— con estas funciones. Esto no es ni razonable ni liberador. No es razonable porque no liga unas cualidades o competencias sobresalientes con las funciones por desempeñar, sino con el proceso mediante el cual se supone que habrán de adquirirse dichas cualidades. No libera ni educa porque la escuela reserva la instrucción para aquellos cuyos pasos en el aprendizaje se ajustan a unas medidas aprobadas de control social.

El currículum se ha empleado siempre para asignar el rango social. En ocasiones podía ser prenatal: el karma le adjudica a uno a determinada casta y el linaje a la aristocracia. El currículum podía adoptar la forma de un ritual de ordenaciones sacras y secuenciales, o bien podía consistir en una sucesión de hazañas guerreras o cinegéticas, o bien las promociones ulteriores podían depender de una serie de previos favores regios. La escolaridad universal tenía por objeto separar la adjudicación de las funciones de la historia personal de cada uno: se ideó para dar a todos una oportunidad igual de obtener cualquier cargo. Aún ahora muchos creen erróneamente que la escuela asegura que la confianza pública dependa de unos logros sobresalientes en el saber. Pero en vez de haber igualado las posibilidades, el sistema escolar ha monopolizado su distribución.

Para separar la competencia del currículum, debe convertirse en tabú toda indagación acerca del historial de aprendizaje de cada persona, tal como las indagaciones acerca de su filiación política, su asistencia a la iglesia, linaje, hábitos sexuales o antecedentes raciales. Deben dictarse leyes que prohíban la discriminación basada en una previa escolaridad. Evidentemente, las leyes no pueden impedir el prejuicio contra el no escolarizado

—ni se pretende con ellas obligar a nadie a casarse con un autodidacta—, pero pueden desaprobare la discriminación justificada.

Otra gran ilusión en la que se apoya el sistema escolar es la creencia de que la mayor parte del saber es el resultado de la enseñanza. La enseñanza puede, en verdad, contribuir a ciertos tipos de aprendizaje en ciertas circunstancias. Pero la mayoría de las personas adquieren la mayor parte de su conocimiento fuera de la escuela, y cuando este conocimiento se da en ella, sólo es en la medida en que, en unos cuantos países ricos, la escuela se ha convertido en el lugar de confinamiento de las personas durante una parte cada vez mayor de sus vidas.

Lo principal del aprendizaje sobreviene casualmente, e incluso el aprendizaje más intelectual no es el resultado de una instrucción programada. Los niños normales aprenden su lenguaje de manera informal, aunque con mayor rapidez si sus padres les prestan atención. La mayoría de las personas que aprenden bien un segundo idioma lo hacen a consecuencia de circunstancias aleatorias y no de una enseñanza ordenada. Llegan a vivir con sus abuelos, o viajan o se enamoran de algún extranjero. La lectura fácil proviene con igual frecuencia de la escuela o de actividades extracurriculares de este tipo. La mayoría de quienes leen profusamente y con placer tan sólo creen que aprendieron a hacerlo en la escuela; cuando se les discute esto, descartan fácilmente este espèjismo.

Pero el hecho de que aún ahora gran parte del aprendizaje parece suceder al azar y como subproducto de alguna otra actividad definida como trabajo u ocio no significa que el aprendizaje planificado no beneficie la instrucción planificada. Al estudiante poderosamente motivado que se enfrenta con la tarea de adquirir una habilidad nueva y compleja puede aprovecharle mucho la disciplina que hoy en día se asocia mentalmente con el maestro de viejo cuño que antaño enseñaba lectura, hebreo, catecismo o multiplicación de memoria. La escuela ha hecho que este tipo de enseñanza rutinaria sea escasa y mal reputada; no obstante hay muchas destrezas que un estudiante motivado puede dominar en pocos meses si se le enseña de este modo tradicional. Esto vale tanto para los códigos como para su desciframiento; tanto para los segundos o terceros idiomas como para la lectura y la escritura, e igualmente para lenguajes especiales como el álgebra, la programación de computadoras, el análisis químico, o para destrezas manuales como la mecanografía, la relojería, la fontanería, las instalaciones domésticas de electricidad, la reparación de televisores, o para bailar, conducir vehículos y bucear.

En algunos casos, ser aceptado en un programa de aprendizaje dirigido a una determinada habilidad podría presuponer competencia en alguna otra habilidad, pero ciertamente no se haría depender del proceso mediante el cual se hubieran adquirido tales habilidades previamente requeridas. La reparación de televisores presupone saber leer y algo de matemáticas; el bucear, ser buen nadador, y el conducir, muy poco de ambas cosas.

El progreso en el aprendizaje es mensurable. Es fácil calcular los recursos óptimos de tiempo y materiales que un adulto corriente motivado necesita. El coste de enseñar un segundo idioma europeo occidental hasta un elevado nivel de fluidez oscila entre 400 y 600 dólares en Estados Unidos, y para una lengua oriental el tiempo requerido de instrucción podría duplicarse. Esto sería todavía poquísimos en comparación con el coste de 12 años de escolaridad en la ciudad de Nueva York (condición para ingresar en el Departamento de Higiene) —casi 15 000 dólares—. Sin duda no sólo el maestro, sino también el impresor y el farmacéutico protegen sus oficios mediante el espejismo público de que el adiestramiento para aprenderlos es muy costoso.

En la actualidad, las escuelas se apropian de antemano de la mayor parte de los fondos para educación. La instrucción rutinaria, que cuesta menos que una escolarización comparable, es ahora un privilegio de quienes son lo bastante ricos como para pasarse por alto las escuelas, y de aquellos a quienes el ejército o las grandes firmas les proporcionan un adiestramiento en el trabajo mismo. En un programa de desescolarización progresiva para Estados Unidos, en un comienzo habría escasez de recursos para el adiestramiento rutinario. Pero finalmente no habría impedimento alguno para cualquiera que en cualquier momento de su vida quisiese elegir una instrucción entre centenares de habilidades definibles y a cargo del Estado.

Ahora mismo podrían proporcionarse calificaciones educativas aceptables en cualquier centro de enseñanza de oficios en cantidades limitadas para personas de cualquier edad, y no sólo para pobres. Yo concibo dicha calificación (o crédito) en forma de un pasaporte educativo o de una "tarjeta de educrédito" entregada a cada ciudadano al nacer. A fin de favorecer a los pobres, que probablemente no usarían sus cuotas anuales a temprana edad, podría estipularse que los usuarios tardíos de tales "títulos" acumulados ganasen interés. Dichos créditos permitirían a la mayoría adquirir las habilidades de mayor demanda, cuando les conviene, de manera mejor, más rápida, más barata y con menos efectos subsidiarios desfavorables que en la escuela.

Se me objetará la falta de profesores, pero esto es plantear mal el problema, pues, por una parte, la demanda de una habilidad crece sólo al ponerse en práctica en una comunidad y, por otra, un hombre que ejerza una habilidad puede también enseñarla. Pero, actualmente, aquellos que usan una habilidad que está en demanda y que precisan un profesor humano tienen estímulos negativos para compartir con otros estas habilidades. Esto lo hacen o maestros que monopolizan las licencias, o sindicatos que protegen sus intereses gremiales. Unos centros de enseñanza de oficios o habilidades a los que los clientes juzgaran por sus resultados, y no por el personal que empleasen o por el proceso que se utilizasen, abrirían oportunidades insospechables de trabajo, frecuentemente incluso para aquellos que hoy se consideran inempleables. Verdaderamente no hay motivo para que tales centros no estuviesen en el lugar mismo de trabajo; el patrono y su personal proporcionarían tanto la instrucción como trabajos a quienes eligiesen utilizar sus créditos educativos de esta manera.

En 1956 se suscitó la necesidad de enseñar rápidamente español a varios centenares de maestros, trabajadores sociales y curas de la arquidiócesis de Nueva York, de modo que pudiesen comunicarse con los puertorriqueños. Mi amigo Gerry Morris anunció en español por una radioemisora que necesitaba hispanohablantes nativos que viviesen en Harlem. Al día siguiente unos 200 adolescentes se alineaban frente a su oficina; de entre ellos eligió cuatro docenas —muchos de ellos desertores escolares—. Los instruyó en el uso del Manual de Instrucción del Instituto del Servicio Exterior de Estados Unidos, para español, concebido para el uso de lingüistas con licenciatura, y al cabo de una semana sus profesores se manejaban solos —cada uno de ellos a cargo de cuatro neoyorkinos que querían hablar el idioma—. En el plazo de seis meses se había cumplido la misión. El cardenal Spellman podía afirmar que tenía 127 parroquias en cada una de las cuales había por lo menos tres miembros de su personal que podían conversar en español. Ningún programa escolar podría haber logrado iguales resultados.

Los profesores de habilidades escasean por la creencia en el valor de los títulos. La certificación es una manera de manipular el mercado y es concebible sólo para una mente escolarizada. La mayoría de los profesores de artes y oficios son menos diestros, tienen menor inventiva y son menos comunicativos que los mejores artesanos y maestros. La mayoría de los profesores de español o de francés de bachillerato no hablan esos idiomas con la corrección con que lo harían alumnos después de un semestre de rutinas competentes. Unos experimentos llevados a cabo por Ángel Quintero en

Puerto Rico sugieren que muchos adolescentes, si se les dan los adecuados incentivos, programas y acceso a las herramientas, son mejores que la mayoría de los maestros de escuela para iniciar a los de su edad en la exploración científica de las plantas, las estrellas y la materia, y en el descubrimiento de cómo y por qué funciona un motor o un radio.

Las oportunidades para el aprendizaje de habilidades pueden multiplicarse enormemente si abrimos el "mercado". Esto depende de reunir al maestro correcto con el alumno correcto cuando éste está altamente motivado dentro de un programa inteligente, sin la restricción del currículum.

La instrucción libre y rutinaria es una blasfemia subversiva para el educador ortodoxo. Ella desliga la adquisición de destrezas de la educación "humana", que la escuela empaca conjuntamente, y fomenta así el aprendizaje sin título no menos que la enseñanza sin título para fines imprevisibles.

Hay actualmente una propuesta registrada que a primera vista parece sumamente sensata. La preparó Christopher Jencks, del Center for the Study of Public Policy, y está patrocinada por la Office of Economic Opportunity. Propone poner unos "bonos" o "títulos" educativos o donaciones, para pagar el coste de los estudios, en manos de padres y estudiantes para que los gasten en las escuelas que elijan. Tales bonos individuales podrían ser un importante avance en la dirección correcta. Necesitamos que se garantice a cada ciudadano el derecho a una parte igual de los recursos educativos derivados de los impuestos, el derecho a verificar esa parte, y el derecho a entablar juicio si le es denegada. Es una forma de garantía contra la tributación regresiva.

Pero la propuesta de Jencks comienza con la ominosa declaración de que "los conservadores, los liberales y los radicales se han quejado en una u otra ocasión de que el sistema educativo estadounidense da a los educadores profesionales un incentivo demasiado pequeño para que proporcionen una educación de gran calidad a la mayoría de los niños". La propuesta se condena sola al proponer donaciones para pagar unos estudios que tendrían que gastar en escolarizarse.

Esto es como dar a un inválido un par de muletas, advirtiéndole que las use sólo si les amarra los extremos. En su forma actual, la propuesta de estos bonos educativos hace el juego no sólo a los educadores profesionales sino también a los racistas, a los promotores de escuelas religiosas y a otros cuyos intereses son socialmente disociantes. Sobre todo, los bonos educativos, cuyo uso se restrinja a las escuelas, hace el juego de quienes quieren continuar viviendo en una sociedad en la que el progreso social está ligado

no al conocimiento comprobado, sino al historial de aprendizaje mediante el cual presuntamente se adquiere. Esta discriminación en favor de las escuelas que domina la exposición de Jencks sobre el refinamiento de la educación podría desacreditar uno de los principios que más perentoriamente se precisan para la reforma educativa: el retorno de la iniciativa y la responsabilidad del aprendizaje al aprendiz o a su tutor más inmediato.

La desescolarización de la sociedad implica el reconocimiento de la naturaleza ambivalente del aprendizaje. La insistencia en la sola rutina podría ser un desastre; igual énfasis debe hacerse en otros tipos de aprendizaje. Pero si las escuelas son el lugar inapropiado para aprender una destreza, son lugares aún peores para adquirir una educación. La escuela realiza mal ambas tareas, en parte porque no distingue entre ellas. La escuela es ineficiente para instruir en destrezas por ser curricular. En la mayoría de las escuelas, un programa cuyo objetivo es mejorar una habilidad está siempre concatenado con otra tarea no pertinente. La historia está amarrada al derecho de usar el patio de juegos.

Las escuelas son todavía menos eficientes en la creación de circunstancias que alienten el uso irrestricto, exploratorio, de habilidades adquiridas, para lo cual reservaré el término de "educación liberal". El principal motivo es que la escuela es obligatoria y llega a convertirse en la escolaridad por la escolaridad: una estadía forzosa en compañía de profesores, que paga con el dudoso privilegio de continuar en dicha compañía. Así como la instrucción de destrezas debe ser liberada de restricciones curriculares, a la educación liberal debe desligársela de la asistencia obligatoria. Mediante dispositivos institucionales puede ayudarse tanto al aprendizaje de habilidades como a la educación encaminada a un comportamiento creativo e inventivo, pero ambas cosas son de naturaleza diferente y frecuentemente contraria.

La mayoría de las destrezas pueden adquirirse y perfeccionarse mediante rutinas; porque la destreza o habilidad implica el dominio de una conducta definible y predecible. La instrucción de una destreza puede apoyarse, por consiguiente, en la simulación de las circunstancias en que se utilizará dicha destreza. En cambio, la educación en el empleo exploratorio y creativo de destrezas no puede descansar en sistemas rutinarios. La educación puede ser el resultado de la instrucción, aunque de una instrucción fundamentalmente opuesta a la rutina. Se apoya en la relación entre asociaciones que ya poseen algunas de las llaves que dan acceso a memorias almacenadas en la comunidad y por la comunidad. Se apoya en la sorpresa de la pregunta inesperada que abre nuevas puertas al cuestionario y a su asociado.

El instructor de destrezas utiliza un conjunto de condiciones dadas que permiten al aprendiz desarrollar ciertas reacciones o respuestas precisas y definidas. El guía o maestro en educación se ocupa de ayudar a unos asociados a que se reúnan de modo que se dé el aprendizaje. Reúne a personas que parten de sus propias y no resueltas interrogantes. A lo más, ayuda al alumno a formular su perplejidad puesto que sólo un planteamiento claro le dará el poder de encontrar a su pareja, moverse como ella, explorar en ese momento la misma cuestión en el mismo contexto.

En un comienzo parecería más difícil imaginar unos asociados o compañeros para fines educativos que hallar instructores de destrezas y compañeros para un juego. Una de las razones de que esto ocurra es el profundo temor que la escuela nos ha inculcado, un miedo que nos pone críticos. El intercambio intitulado de destrezas —a menudo destrezas inconvenientes— es más predecible y por tanto parece menos peligroso que las oportunidades ilimitadas de reunión para personas que comparten una cuestión en debate que es, en ese momento, social, intelectual y emocionalmente importante para ellas.

El profesor brasileño Paulo Freire sabe esto por experiencia. Descubrió que cualquier adulto puede comenzar a leer en cosa de 40 horas si las primeras palabras que descifra están cargadas de significado político. Freire adiestra a sus maestros para trasladarse a una aldea y descubrir las palabras que designan asuntos actuales importantes, tales como el acceso a un pozo, o el interés compuesto de las deudas que han contraído con el *patrón*. Por la tarde, los aldeanos se reúnen para conversar sobre esas palabras clave. Comienzan a percatarse de que cada palabra permanece en el pizarrón incluso después de haberse desvanecido su sonido. Las letras continúan abriendo, como llaves, la realidad y haciéndola manejable como problema. Frecuentemente he presenciado cómo en unos participantes crece la conciencia social y cómo se ven impelidos a actuar políticamente con la misma velocidad con que aprenden a leer. Parecen tomar la realidad en sus manos conforme la escriben.

Recuerdo a un hombre que se quejó del peso de los lápices: eran difíciles de manipular porque no pesaban como una pala, y recuerdo a otro que camino al trabajo se detuvo con sus compañeros y escribió con su azadón en el suelo la palabra de la que venía conversando: *agua*.³ Desde 1962, mi

³ *Agua, tierra, casa* son algunas de las palabras generadoras que Paulo Freire incluye en la relación educador-educando. [E.]

amigo Freire ha pasado de exilio en exilio, principalmente porque rehúsa llevar a cabo sus sesiones en torno a palabras que hayan sido preseleccionadas por educadores aprobados y prefiere utilizar aquellas que los participantes llevan consigo a las clases.

La reunión de personas con fines educativos sólo es posible cuando se han beneficiado de una verdadera escolaridad. Los que no necesitan de esa ayuda son una minoría, incluso entre aquellos que leen revistas serias. La mayoría no puede ni debe ser congregada en torno a una consigna, a una palabra, a una imagen, sino en torno a un problema elegido y definido por iniciativa de los participantes. El aprendizaje creativo, exploratorio, requiere sujetos de igual perplejidad ante los mismos términos o problemas. Las grandes universidades realizan el vano intento de aparejarlos multiplicando sus cursos y por lo general fracasan en la medida en que están ligados al currículum, a la estructura de cursos y a una administración burocrática. En las escuelas, tal como en las universidades, la mayoría de los recursos se gasta en comprar el tiempo y la motivación de un número reducido de personas para encarar problemas predeterminados en un escenario definido de forma ritual. La alternativa más radical para la escuela sería una red o servicio que diera a cada hombre la misma oportunidad de compartir sus intereses actuales con otros motivados por iguales cuestiones.

Permítaseme dar, como ejemplo de mi planteamiento, una descripción de cómo podría funcionar esta "unión" intelectual en la ciudad de Nueva York. Cada hombre, en cualquier momento y a un precio mínimo, podría identificarse ante una computadora con su dirección y su número de teléfono, indicando libro, artículos, película o grabación acerca de los cuales busca un compañero con el cual conversar. En un plazo de días podría recibir por correo la lista de otros que hubieran tomado recientemente la misma iniciativa. Esta lista le permitiría concertar por teléfono una reunión con personas que inicialmente se conocerían exclusivamente por el hecho de haber solicitado un diálogo sobre el mismo tema.

Juntar personas de acuerdo con el interés que tengan sobre un título dado es radicalmente simple. Permite la identificación sobre la base de un deseo mutuo de conversar sobre una afirmación registrada por un tercero, y deja al individuo la iniciativa de concertar la reunión. Normalmente se hacen tres objeciones contra esta pureza esquelética. Las recojo no sólo para esclarecer la teoría que quiero ilustrar mediante mi propuesta —pues destacan la acendrada resistencia a desescolarizar la educación, a separar

el aprendizaje del control social—, sino también porque pueden ayudar a sugerir unos recursos que no se emplean ahora para fines de aprendizaje.

La primera objeción es: ¿por qué no podría la identificación de cada uno basarse en una idea o en un tema de debate? Ciertamente dichos términos subjetivos podrían usarse también en un sistema informático. Los partidos políticos, Iglesias, sindicatos, clubes, centros vecinales y sociedades profesionales organizan ya sus actividades educativas de este modo y, en efecto, actúan como escuelas. Todos ellos reúnen personas con el fin de explorar ciertos “temas”, que se abordan en cursos, seminarios y planes de estudio en los que unos presuntos “intereses comunes” están preenvasados. Dicha “reunión por tema” está, por definición, centrado en el profesor: precisa una presencia autoritaria para definir ante los participantes el punto de partida de su debate.

Por el contrario, reunirse para hablar de un libro, de una película, etc., sin otra explicación que un título o una referencia, deja al autor definir el lenguaje especial, los términos y el marco de referencia dentro del cual se plantea un determinado problema o hecho, y permite a quienes acepten este punto de partida identificarse uno con otro. Por ejemplo, reunir gente en torno a la idea de “revolución cultural” conduce generalmente o a la confusión o a la demagogia. Por otra parte, reunir a quienes se interesen en ayudarse mutuamente a entender un determinado artículo de Mao, Marcuse, Freud o Goodman se inscribe en la gran tradición del aprendizaje liberal, desde los *Diálogos* de Platón, que están contruidos en torno a presuntas declaraciones de Sócrates, hasta los comentarios de Tomás de Aquino sobre Pedro Lombardo. La idea de reunir a las personas alrededor de un título es pues radicalmente diferente de la teoría sobre la que se fundaban, por ejemplo, los clubes de los “Grandes Libros”: en vez de apoyarse en la selección realizada por algunos catedráticos de Chicago, cualquier par de personas puede, como compañero de juego, elegir cualquier libro para analizarlo.

La segunda objeción pregunta: ¿por qué la identificación de quienes buscan compañero no podría incluir información sobre edad, antecedentes, visión del mundo, competencia, experiencia y otras características definitorias? No hay en este caso razón alguna para que tales restricciones discriminatorias no pudiesen (y no debiesen) incorporarse en algunas de las numerosas universidades —con o sin muros— que podrían usar la reunión alrededor de títulos como el dispositivo básico para organizarse. Puedo imaginar un sistema ideal para fomentar las reuniones de personas interesadas en las que el autor del libro elegido podría estar presente o re-

presentado, o un sistema que garantice la presencia de un asesor competente, o uno al que tuviesen acceso sólo estudiantes matriculados en una facultad o escuela, o personas capaces de presentar una investigación específica sobre la obra que se discute. Cada una de estas restricciones, se me dirá, serviría a metas específicas de aprendizaje. Pero me temo que, en la mayoría de los casos, el motivo real para proponer tales restricciones es el desdén que proviene de presuponer que la gente es ignorante: los educadores quieren evitar que el ignorante se junte con el ignorante en torno a un texto que podrían no entender y que leen *sólo* porque están interesados en él.

La tercera objeción: ¿por qué no proporcionar a quienes buscan compañero una ayuda incidental que facilite sus reuniones —espacio, horarios, selección de participantes, protección—? Esto lo hacen actualmente las escuelas con toda la ineficiencia que caracteriza a las grandes burocracias. Si dejáramos la iniciativa de las reuniones a los interesados en reunirse, unas organizaciones que nadie clasifica hoy como educativas harían mucho mejor este trabajo. Pienso en dueños de restaurantes, editores, servicios de recados telefónicos, directivos de trenes suburbanos que podrían promover sus servicios al hacerlos atractivos para reuniones educativas.

En una primera reunión en, digamos, un café, los interesados podrían establecer sus identidades colocando el libro en debate junto a sus tazas. Las personas que tomaran la iniciativa de concertar tales reuniones aprenderían pronto qué elementos citar para encontrarse con la gente que buscan. El riesgo de que una conversación que uno mismo ha elegido le lleve a una pérdida de tiempo, a una decepción, e incluso a un desagrado es ciertamente menor que el riesgo que corre quien solicita ingresar en una universidad. Una reunión concertada por computadora para debatir un artículo de una revista de circulación nacional, celebrada en un café de la Cuarta Avenida, no obligaría a ninguno de los participantes a permanecer en compañía de sus nuevos conocidos por más tiempo del necesario para beber una taza de café, ni tendría que encontrarse con ellos de nuevo. La probabilidad de que ello le ayudara a disipar la opacidad de la vida en una ciudad moderna, a fomentar nuevas amistades, a abrir nuevos horizontes y profundizar en un trabajo elegido, es elevada. (El hecho de que de este modo el FBI podría conseguir un registro de las reuniones y lecturas que se hacen es innegable; el que esto pueda aún preocupar a alguien en 1970 es sólo divertido para un hombre libre, quien, quiéralo o no, aporta su cuota para ahogar a los espías en las nimiedades que recolectan.)

Tanto el intercambio de destrezas como el encuentro con copartícipes se fundan en el supuesto de que educación *para todos* significa educación *por parte de todos*. No es el reclutamiento en una institución especializada, sino sólo la movilización de toda la población lo que puede conducir a una cultura popular. Los maestros titulados se han apropiado del derecho que todo hombre tiene de ejercer su competencia para aprender e instruir igualmente. La competencia del maestro está a su vez restringida a lo que pueda hacerse en la escuela. Además, el trabajo y el tiempo libre están, a consecuencia de ello, alienados el uno del otro: tanto del trabajador como del espectador se espera que lleguen al lugar de trabajo prestos a encajar en una rutina preparada para ellos. La adaptación en forma de diseño, instrucción y publicidad de un producto los moldea para desempeñar su papel de modo muy semejante a como lo hace la educación mediante la escolaridad. Una alternativa radical para una sociedad escolarizada exige no sólo mecanismos para la adquisición formal de destrezas y el uso educativo de éstas, implica un nuevo modo de encarar la educación informal o incidental.

La educación incidental ya no puede regresar a las formas que el aprendizaje adoptó en la aldea o en la ciudad medieval. Mientras la sociedad tradicional se asemejaba más a un grupo de círculos concéntricos de estructuras significativas, el hombre moderno debe aprender cómo hallar significación en muchas estructuras con las que está relacionado de manera sólo marginal. En la aldea, el lenguaje, la arquitectura, el trabajo, la religión y las costumbres familiares eran compatibles entre sí, se explicaban y reforzaban mutuamente. Desarrollarse en una implicaba un desarrollo en las otras. Incluso el aprendizaje especializado era el subproducto de actividades especializadas, tales como la fabricación de zapatos o el canto de los salmos. Si un aprendiz no llegaba jamás a ser maestro o erudito, contribuía sin embargo a la fabricación de zapatos o a hacer solemnes los servicios litúrgicos. La educación no competía en tiempo ni con el trabajo ni con el ocio. Casi toda la educación era compleja, vitalicia y no planificada.

La sociedad contemporánea es el resultado de diseños e intenciones conscientes, y las oportunidades educativas han de ser incorporadas a esos diseños. Ahora disminuirá la confianza que depositamos en la instrucción especializada y de tiempo completo a través de la escuela, y hemos de hallar nuevas maneras de aprender y enseñar: la calidad educativa de todas las instituciones debe aumentar una vez más. Pero ésta es una previsión muy ambigua. Podría significar que los hombres de la ciudad moderna se-

rán cada día más las víctimas de un proceso eficaz de instrucción total y manipulación una vez que estén privados incluso del tenue asomo de independencia crítica que proporcionan hoy en día las escuelas liberales, cuando menos a algunos de sus alumnos.

Podría significar también que los hombres se escudarán menos tras certificados adquiridos en la escuela y adquirirán así valor para ser “respondones” y controlar e instruir de ese modo a las instituciones en que participen. Para lograr esto último debemos darnos cuenta del valor social del trabajo y del ocio por el intercambio educativo que permiten. La participación efectiva en la política de una calle, de un puesto de trabajo o de un hospital es por lo tanto el mejor patrón para evaluar el valor de las diferentes instituciones en el plan de la educación.

Hace poco dirigí la palabra a un grupo de estudiantes de los primeros años de bachillerato, empeñados en organizar un movimiento de resistencia a su enrolamiento obligatorio en la clase siguiente. Tenían por consigna “participación-no simulación”. Les decepcionaba que esto se entendiera como una petición de menos educación en vez de lo contrario, y me hicieron recordar la resistencia que opuso Karl Marx a un párrafo en el programa de Gotha que —hace 100 años— quería hacer ilegal el trabajo infantil. Se opuso a la proposición diciendo que la ecuación de los jóvenes solo podía producirse en el trabajo. Si el mayor fruto del trabajo del hombre debiera ser la educación que se deriva de éste y la oportunidad que el trabajo le da para iniciar la educación de otros, entonces la alimentación de la sociedad moderna en un sentido pedagógico es aún peor que su alienación económica.

El mayor obstáculo en el camino de una sociedad que educa verdaderamente lo definió muy bien un amigo mío, negro de Chicago, quien me dijo que nuestra imaginación estaba “totalmente escolarada”. Permitimos al Estado verificar las deficiencias educativas universales de sus ciudadanos y establecer un organismo especializado para tratarlos. Compartimos así la ilusión de que podemos distinguir entre qué es educación necesaria para otros y qué no lo es, tal como generaciones anteriores establecieron leyes que definían qué era sagrado y qué profano.

Durkheim reconoció que esta capacidad para dividir la realidad social en dos ámbitos era la esencia misma de la religión formal. Existen —razonó— religiones sin lo sobrenatural y religiones sin Dios, pero no hay ninguna que no subdivida el mundo en cosas, tiempo y personas que son sagradas y en otras que por consecuencia son profanas. Este penetrante alcance de

Durkheim puede aplicarse a la sociología de la educación, pues la escuela es radicalmente divisoria de manera parecida.

La existencia misma de las escuelas obligatorias divide cualquier sociedad en dos ámbitos: ciertos lapsos, procesos, tratamientos y profesiones son "académicos" y "pedagógicos", y otros no lo son. Así, el poder de la escuela para dividir la realidad social no conoce límites: la educación se hace no terrenal, en tanto que el mundo se hace no educacional.

A partir de Bonhoeffer, los teólogos contemporáneos han señalado la confusión que reina hoy en día entre el mensaje bíblico y la religión institucionalizada. Señalan la experiencia que la libertad y la fe cristianas suelen ganar con la secularización. Sus afirmaciones suenan inevitablemente blasfemas para muchos clérigos. En incuestionable que el proceso educativo ganará con la desescolarización de la sociedad aun cuando esta exigencia les suene a muchos escolares como una traición a la cultura. Pero es la cultura misma la que está siendo apagada hoy en las escuelas.

La secularización de la fe cristiana depende de la dedicación que pongan en ello los cristianos arraigados en la Iglesia. De manera muy parecida, la desescolarización de la educación depende del liderazgo de quienes se criaron en las escuelas. El currículum que cumplieron no puede servirles como excusa para la tarea: cada uno de nosotros sigue siendo responsable de lo que se ha hecho por él, aun cuando puede que no sea capaz sino de aceptar esta responsabilidad y servir de advertencia para otros.

II. FENOMENOLOGÍA DE LA ESCUELA

ALGUNAS PALABRAS llegan a ser tan flexibles que pierden cualquier significación precisa y se usan para cualquier cosa. Entre éstas se cuentan "escuela" y "enseñanza". Se filtran, como una amiba, por cualquier intersticio del lenguaje. Así, decimos que el ABM¹ enseñará a los rusos, la IBM enseñará a los niños negros, y el ejército puede llegar a ser la escuela de la nación.

Por consiguiente, la búsqueda de alternativas en educación debe comenzar por un acuerdo acerca de lo que entendemos por "escuela". Esto puede hacerse de varias maneras. Podemos comenzar por anotar las funciones latentes desempeñadas por los sistemas escolares modernos, tales como los de custodia, selección, adoctrinamiento y aprendizaje. Podríamos hacer un análisis de clientela y verificar cuál de estas funciones latentes favorece o desfavorece a maestros, patronos, niños, padres o a las profesiones. Podríamos repasar la historia de la cultura occidental y la información reunida por la antropología a fin de encontrar instituciones que desempeñaron un papel semejante al que hoy cumple la escolarización. Podríamos finalmente recordar los numerosos dictámenes normativos que se han hecho desde el tiempo de Comenius, o incluso desde Quintiliano, y descubrir a cuál de éstos se aproxima más el moderno sistema escolar. Pero cualquiera de estos enfoques nos obligaría a comenzar con ciertos supuestos acerca de una relación entre escuela y educación.

Para crear un lenguaje en el que podamos hablar sobre la escuela sin ese incesante recurrir a la educación, he querido comenzar por algo que podría llamarse fenomenología de la escuela pública. Con este objeto definiré "escuela" como el proceso que especifica edad, se relaciona con maestros y exige asistencia de tiempo completo y un currículum obligatorio.

1. *Edad.* La escuela agrupa a las personas según sus edades. Este agrupamiento se funda en tres premisas indiscutidas. A los niños les corresponde estar en la escuela. Los niños aprenden en la escuela. A los niños puede enseñárseles solamente en la escuela. Creo que estas tres premisas no sometidas a examen merecen ser seriamente puestas en duda.

¹ *Atomic Ballistic Missile.* [T.]

Nos hemos ido acostumbrando a los niños. Hemos decidido que deberían ir a la escuela, hacer lo que se les dice y no tener ingresos propios. Esperamos que sepan el lugar que ocupan y se comporten como niños. Recordamos, ya sea con nostalgia o con amargura, el tiempo en que también fuimos niños. Se espera de nosotros que toleremos la conducta infantil de los niños. La humanidad es, para nosotros, una especie simultáneamente atribulada y bendecida con la tarea de cuidar niños. No obstante, olvidamos que nuestro actual concepto de "niñez" sólo se desarrolló recientemente en Europa occidental, y hace aún menos en América.²

La niñez como algo diferente de la infancia, la adolescencia o la juventud fue algo desconocido para la mayoría de los periodos históricos. Algunos siglos del cristianismo no tuvieron ni siquiera una idea de sus proporciones corporales. Los artistas pintaban al niño como un adulto en miniatura sentado en el brazo de su madre. Los niños aparecieron en Europa junto con el reloj de bolsillo y los prestamistas cristianos del Renacimiento. Antes de nuestro siglo ni los ricos ni los pobres supieron nada acerca de vestidos para niños, juegos para niños o de la inmunidad del niño ante la ley. Esas ideas comenzaron a desarrollarse en la burguesía. El hijo del obrero, el del campesino y el del noble vestían todos como lo hacían sus padres, jugaban como éstos y eran ahorcados igual que ellos. Después de que la burguesía descubriera la "niñez", todo esto cambió. Sólo algunas Iglesias continuaron respetando por algún tiempo la dignidad y la madurez de los menores. Hasta el Concilio Vaticano II, se le decía a cada niño que un cristiano llega a tener discernimiento moral y libertad a la edad de siete años y a partir de entonces es capaz de caer en pecados por los cuales podrá ser castigado por toda una eternidad en el infierno. A mediados de este siglo, los padres de clase media comenzaron a tratar de evitar a sus niños el impacto de esta doctrina, y su modo de pensar sobre los niños es el que hoy prevalece en la Iglesia.

Hasta el siglo pasado, los "niños" de padres de clase media se fabricaban en casa con la ayuda de preceptores y escuelas privadas. Sólo con el advenimiento de la sociedad industrial la producción en masa de la "niñez" comenzó a ser factible y a ponerse al alcance de la multitud. El sistema escolar es un fenómeno moderno, como lo es la niñez que lo produce.

Puesto que hoy en día la mayoría de las personas viven fuera de las ciudades industriales, la mayoría de la gente no experimenta la niñez. En los

² Respecto a las historias paralelas del capitalismo moderno y la niñez moderna véase Philippe Ariès, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, Seuil, 1973.

Andes, uno labra la tierra cuando ha llegado a ser "útil". Antes de esa edad, uno cuida las ovejas. Si se está bien nutrido, debe llegar a ser útil hacia los 11 años de edad, y de otro modo a los 12. Estaba yo conversando hace poco con Marcos, mi celador nocturno, sobre su hijo de 11 años que trabaja en una barbería. Hice en español la observación de que su hijo era todavía un *niño*. Marcos, sorprendido, contestó con inocente sonrisa: "Don Iván, creo que usted tiene razón". Percatándome de que hasta el momento de mi observación Marcos había pensado en el muchacho en primer lugar como su "hijo", me sentí culpable de haber hecho surgir el fantasma de la niñez entre dos personas sensatas. Naturalmente que si yo fuese a decir a un habitante de los barrios bajos de Nueva York que su hijo que trabaja es todavía un "niño", no mostraría ninguna sorpresa. Sabe muy bien que a su hijo de 11 años debería permitírsele su niñez, y se resiente de que no sea así. El hijo de Marcos no ha sido afectado aún por el anhelo de tener niñez, el hijo del neoyorkino se siente desposeído.

Así pues, la mayoría de la gente en el mundo o no quiere o no puede conceder una niñez moderna a sus críos. Pero también parece que la niñez es una carga para esos pocos a quienes se les concede. A muchos simplemente se les obliga a pasar por ella y no están en absoluto felices de desempeñar el papel de niños. Crecer pasando por la niñez significa estar condenado a un proceso de conflicto inhumano entre la conciencia de sí y el papel que impone una sociedad que está pasando por su propia edad escolar. Ni Stephen Dédalus ni Alexander Portnoy gozaron de la niñez y, según sospecho, tampoco nos gustó a muchos de nosotros ser tratados como niños.

Si no existiese una institución de aprendizaje obligatorio y para una edad determinada, la "niñez" dejaría de fabricarse. Los menores de los países ricos se librarían de su destructividad, y los países pobres dejarían de rivalizar con la niñería de los ricos. Para que la sociedad pudiese sobreponerse a su edad de la niñez, tendría que hacerse vivible para los menores. La disyunción actual entre una sociedad adulta que pretende ser humanitaria y un ambiente escolar que remeda la realidad no puede seguir manteniéndose.

El hecho de privar de apoyo oficial a las escuelas podría terminar también con la discriminación contra los nenes, los adultos y los ancianos en favor de los niños durante su adolescencia y juventud. Es probable que la decisión social de asignar recursos educativos preferentemente a aquellos ciudadanos que han dejado atrás la extraordinaria capacidad de aprendizaje de sus primeros años y no han llegado a la cúspide de su aprendizaje automotivado parezca grotesca cuando se vea retrospectivamente.

La sabiduría institucional nos dice que los niños necesitan la escuela. La sabiduría institucional nos dice que los niños aprenden en la escuela. Pero esta sabiduría institucional es en sí el producto de escuelas, porque el sólido sentido común nos dice que sólo a niños se les puede enseñar en la escuela. Sólo segregando a los seres humanos en la categoría de la niñez podremos someterlos alguna vez a la autoridad de un maestro de escuela.

2. *Profesores y alumnos.* Por definición, los niños son alumnos. La demanda por el medio ambiente escolar crea un mercado ilimitado para los profesores titulados. La escuela es una institución construida sobre el axioma de que el aprendizaje es el resultado de la enseñanza. Y la sabiduría institucional continúa aceptando este axioma, pese a las pruebas abrumadoras en sentido contrario.

Todos hemos aprendido la mayor parte de lo que sabemos fuera de la escuela. Los alumnos hacen la mayor parte de su aprendizaje sin sus maestros y, a menudo, a pesar de éstos. Lo que es más trágico es que a la mayoría de los hombres las escuelas les enseñan su lección, aun cuando nunca vayan a la escuela.

Toda persona aprende a vivir fuera de la escuela. Aprendemos a hablar, a pensar, a amar, a sentir, a jugar, a blasfemar, a politiquear y a trabajar sin la interferencia de un profesor. Ni siquiera los niños que están día y noche bajo la tutela de un maestro constituyen excepciones a la regla. Los huérfanos, los cretinos y los hijos de maestros de escuela aprenden la mayor parte de lo que aprenden fuera del proceso "educativo" programado para ellos. Los profesores han quedado mal parados en sus intentos de aumentar el aprendizaje entre los pobres. A los padres pobres que quieren que sus hijos vayan a la escuela no les preocupa tanto lo que aprendan como el certificado y el dinero que obtendrán. Y los padres de clase media confían sus hijos a un profesor para evitar que aprendan aquello que los pobres aprenden en la calle. Las investigaciones sobre educación están demostrando cada día más que los niños aprenden aquello que sus maestros pretenden enseñarles, no de éstos, sino de sus iguales, de las tiras cómicas, de la simple observación al pasar y, sobre todo, del solo hecho de participar en el ritual de la escuela. Las más de las veces los maestros obstruyen el aprendizaje de materias de estudio conforme se dan en la escuela.

La mitad de la gente en nuestro mundo jamás ha estado en una escuela. No se han topado con profesores y están privados del privilegio de llegar a ser desertores escolares. No obstante, aprenden eficazmente el mensaje que la escuela enseña: que deben tener escuela y más y más escuela. La es-

cuela les instruye acerca de su propia inferioridad mediante el cobrador de impuestos que les hace pagar por ella, mediante el demagogo que les suscita las esperanzas de tenerla, o bien mediante sus niños cuando éstos se ven enviados por ella. De modo que a los pobres se les quita su respeto por sí mismos al suscribirse a un credo que concede la salvación sólo a través de la escuela. La Iglesia les da al menos la posibilidad de arrepentirse en la hora de su muerte. La escuela les deja con la esperanza (una esperanza falsificada) de que sus nietos la conseguirán. Esa esperanza es, por cierto, otro aprendizaje más que proviene de la escuela, pero no de los profesores.

Los alumnos jamás han atribuido a sus maestros lo que han aprendido. Tanto los brillantes como los lerdos han confiado siempre en la memorización, la lectura y el ingenio para pasar sus exámenes, movidos por el garrote o por la obtención de una carrera ambicionada.

Los adultos tienden a crear fantasías románticas sobre su periodo de escuela. Atribuyen retrospectivamente su aprendizaje al maestro cuya paciencia aprendieron a admirar. Pero esos mismos adultos se preocuparán por la salud mental de un niño que corriera a casa a contarles qué ha aprendido de cada uno de sus profesores. Las escuelas crean trabajos para maestros de escuela, independientemente de lo que aprendan de ellos sus alumnos.

3. *Asistencia a jornada completa.* Cada mes veo una nueva lista de propuestas que hace al AID³ alguna industria estadounidense, sugiriéndole reemplazar a los "practicantes del aula" latinoamericanos por unos disciplinados administradores de sistemas o simplemente por la televisión. Pero, aunque el profesor sea una maestra de primaria o un equipo de tipos con delantales blancos, y que logren enseñar la materia indicada en el catálogo o fracasen en el intento, el maestro profesional crea un entorno sagrado.

La incertidumbre acerca del futuro de la enseñanza profesional pone al aula en peligro. Si los educadores profesionales se especializan en fomentar el aprendizaje tendrían que abandonar un sistema que exige entre 750 y 1 500 reuniones por año. Pero naturalmente los profesores hacen mucho más que eso. La sabiduría institucional de la escuela dice a los padres, a los alumnos y a los educadores que el profesor, para que pueda enseñar, debe ejercer su autoridad en un recinto sagrado. Esto es válido incluso para profesores cuyos alumnos pasan la mayor parte de su tiempo escolar en un aula sin muros.

³ Agency for International Development: organismo del Departamento de Estado de Estados Unidos. [T.]

La escuela, por su naturaleza misma, tiende a reclamar la totalidad del tiempo y las energías de sus participantes. Esto a su vez hace del profesor un custodio, un predicador y un terapeuta.

El maestro funda su autoridad sobre una pretensión diferente en cada uno de estos tres papeles. *El profesor-como-custodio* actúa como maestro de ceremonias que guía a sus alumnos a lo largo de un ritual dilatado y laberíntico. Es árbitro del cumplimiento de las normas y administra las intrincadas rúbricas de iniciación a la vida. En el mejor de los casos, monta la escena para la adquisición de una habilidad como siempre han hecho los maestros de escuela. Sin hacerse ilusiones acerca de producir ningún saber profundo, somete a sus alumnos a ciertas rutinas básicas.

El *profesor-como-moralista* reemplaza a los padres, a Dios, al Estado. Adoctrina al alumno acerca de lo bueno y lo malo, no sólo en la escuela, sino en la sociedad en general. Se presenta *in loco parentis* para cada cual y asegura así que todos se sientan hijos del mismo Estado.

El *profesor-como-terapeuta* se siente autorizado a inmiscuirse en la vida privada de su alumno a fin de ayudarlo a desarrollarse como persona. Cuando esta función la desempeña un custodio y predicador, significa por lo común que persuade al alumno a someterse a una domesticación de su visión de la verdad y de su sentido de lo justo.

La afirmación de que una sociedad liberal puede basarse en la escuela moderna, es paradójica. Todas las defensas de la libertad individual quedan anuladas en los tratos de un maestro de escuela con su alumno. Cuando el maestro funde en su persona las funciones de juez, ideólogo y médico, el estilo fundamental de la sociedad es pervertido por el proceso mismo que debiera preparar para la vida. Un maestro que combine estos tres poderes contribuye mucho más a la deformación del niño que las leyes que dictan su menor edad legal o económica, o que restringen su libertad de reunión o de vivienda.

Los maestros no son en absoluto los únicos en ofrecer servicios terapéuticos. Los psiquiatras, los consejeros vocacionales y laborales, y hasta los abogados ayudan a sus clientes a decidir, a desarrollar sus personalidades y a aprender. Pero el sentido común le dice al cliente que dichos profesionales deben abstenerse de imponer sus opiniones sobre lo bueno y lo malo, o de obligar a nadie a seguir su consejo. Los maestros de escuelas y los curas son los únicos profesionales que se sienten con derecho para inmiscuirse en los asuntos privados de sus clientes al mismo tiempo que predicán a un público obligado.

Los niños no están protegidos ni por la Primera ni por la Quinta Enmienda⁴ cuando están frente a ese sacerdote secular, el profesor. El niño tiene que enfrentarse con un hombre que usa una triple corona invisible y que, como la tiara papal, es el símbolo de la triple autoridad conjugada en una persona. Para el niño, el maestro pontifica como pastor, profeta y sacerdote —es a un mismo tiempo guía, maestro y administrador de un ritual sagrado—. Conjugua las pretensiones de los papas medievales en una sociedad constituida bajo la garantía de que tales pretensiones no serán jamás ejercidas conjuntamente por una institución establecida y obligatoria —la Iglesia o el Estado—.

Definir a los niños como alumnos a jornada completa permite al profesor ejercer sobre sus personas una especie de poder que está mucho menos limitado por restricciones constitucionales o consuetudinarias que el poder detentado por el guardián de otros enclaves sociales. La edad cronológica de los niños los descalifica respecto de las salvaguardas que son de rutina para adultos situados en un asilo moderno —un manicomio, un monasterio o una cárcel—.

Bajo la mirada autoritaria del maestro, los valores se confunden y las diferencias se borran. Las distinciones entre moralidad, legalidad y valor personal se difuminan y eventualmente se eliminan. Se hace sentir cada transgresión como un delito múltiple. Se cuenta con que el delincuente sienta que ha quebrantado una norma, que se ha comportado de modo inmoral y se ha abandonado. A un alumno que ha conseguido hábilmente ayuda en un examen se le dice que es un delincuente, un corrompido y un mequetrefe.

La asistencia a clases saca a los niños del mundo cotidiano de la cultura occidental y los sumerge en un ambiente mucho más primitivo, mágico y mortalmente serio. La escuela no podría crear un enclave como éste, dentro del cual se suspende físicamente a los menores durante muchos años sucesivos de las normas de la realidad ordinaria, si no tuviera el poder de encarcelar físicamente a los menores durante esos años en su territorio sagrado. La norma de asistencia posibilita que el aula sirva de útero mágico,

⁴ El autor se refiere a las Enmiendas a la Constitución de Estados Unidos (1971), que establecen, respectivamente: a) las libertades de religión, expresión, reunión y de ser oídos para pedir justicia, y b) de no ser llamado a responder por delitos graves sin ser declarado reo, de no ser condenado dos veces a muerte por una misma causa, ni a testimoniar contra sí mismo, de no ser privado de la libertad o de las propiedades sin un debido proceso legal, ni a ser expropiado sin justa compensación. [T.]

del cual el niño es dado periódicamente a luz al terminar el día escolar y el año escolar, hasta que es finalmente lanzado a la vida adulta. Ni la niñez universalmente prolongada ni la atmósfera sofocante del aula podrían existir sin las escuelas. Sin embargo, las escuelas, como canales obligatorios de aprendizaje, podrían existir sin ninguna de ambas y ser más represivas y destructivas que todo lo que hayamos podido conocer hasta la fecha. Para entender lo que significa desescolarizar la sociedad y no tan sólo reformar el sistema educativo establecido, debemos concentrarnos ahora en el currículum oculto de la escolarización. No nos ocupamos en este caso, y directamente, del currículum oculto de las calles del gueto, que deja marcado al pobre, o del currículum camuflado de salón, que beneficia al rico. Nos interesa más bien llamar la atención sobre el hecho de que el ceremonial o ritual de la escolarización misma constituye un currículum escondido de este tipo. Incluso el mejor de los maestros no puede proteger del todo a sus alumnos contra él. Este currículum oculto de la escolarización añade inevitablemente prejuicio y culpa a la discriminación que una sociedad practica contra algunos de sus miembros y realza el privilegio de otros con un nuevo título con el cual tener en menos a la mayoría. De modo igualmente inevitable, este currículum oculto sirve como ritual de iniciación a una sociedad de consumo orientada hacia el crecimiento, tanto para ricos como para pobres.

III. RITUALIZACIÓN DEL PROGRESO

EL GRADUADO EN UNA UNIVERSIDAD ha sido escolarizado para cumplir un servicio selectivo entre los ricos del mundo. Sean cuales fueren sus afirmaciones de solidaridad con el Tercer Mundo, cada estadunidense que ha conseguido su título universitario ha tenido una educación que cuesta una cantidad cinco veces mayor que los ingresos medios de toda una vida en el seno de la mitad desheredada de la humanidad. A un estudiante latinoamericano se le introduce en esta exclusiva fraternidad acordándole para su educación un gasto por lo menos 350 veces mayor que el de sus conciudadanos de clase media. Salvo muy raras excepciones, el graduado universitario de un país pobre se siente más a gusto con sus colegas norteamericanos o europeos que con sus compatriotas no escolarizados, y a todos los estudiantes se les somete a un proceso académico que les hace sentirse felices sólo en compañía de otros consumidores de los productos de la máquina educativa.

La universidad moderna sólo confiere el privilegio de disentir a aquellos que han sido comprobados y clasificados como fabricantes de dinero o detentadores de poder en potencia. A nadie se le conceden fondos provenientes de impuestos para que tengan así tiempo libre para autoeducarse o el derecho de educar a otros, a menos que al mismo tiempo puedan certificarse sus logros. Las escuelas eligen para cada nivel superior sucesivo a aquellos que en las primeras etapas del juego hayan demostrado ser buenos riesgos¹ para el orden establecido. Al tener un monopolio sobre los recursos para el aprendizaje y sobre la investidura de los papeles por desempeñar en la sociedad, la universidad invita a sus filas al descubridor y al disidente en potencia. Un grado siempre deja su tinta indeleble con el precio en el currículum de su consumidor. Los graduados universitarios diplomados encajan sólo en un mundo que pone un marbete con el precio en sus cuellos dándoles así el poder de pertenecer a un mundo donde todo recibe un valor mercantil. En cada país, el monto que consume el graduado uni-

¹ Buen riesgo: en el lenguaje de los aseguradores, el que tiene muy pocas oportunidades de concretarse en una pérdida. [T.]

versitario fija la pauta para todos los demás; si fueran gente civilizada con trabajo o cesantes habrán de aspirar al estilo de vida de los graduados universitarios.

De este modo, la universidad tiene por efecto imponer normas de consumo en el trabajo o en el hogar, y lo hace en todo el mundo y bajo todos los sistemas políticos. Cuanto menos graduados universitarios hay en un país, tanto más sirven de modelo para el resto de la población sus ilustradas exigencias. La brecha entre el consumo de un graduado universitario y el de un ciudadano corriente es incluso más ancha en Rusia, China y Argelia que en Estados Unidos. Los coches, los viajes en avión y los magnetófonos confieren una distinción más notoria en un país socialista en donde únicamente un título, y no tan sólo el dinero, puede procurarlos.

La capacidad de la universidad para fijar metas de consumo es algo nuevo. En muchos países la universidad adquirió este poder sólo en la década de los años sesenta, conforme la ilusión de acceso parejo a la educación pública comenzó a difundirse. Antes de entonces la universidad protegía la libertad de expresión de un individuo, pero no convertía automáticamente su conocimiento en riqueza. Durante la Edad Media, ser un estudioso significaba ser pobre y hasta mendicante. En virtud de su vocación, el estudioso medieval aprendía latín, se convertía en un *outsider* digno tanto de la mofa como de la estimación del campesino y del príncipe, del burgués y del clérigo.

Para triunfar en el mundo, el escolástico tenía que ingresar primero en él, entrando en la carrera funcionaria, preferiblemente la eclesiástica. La universidad antigua era una zona liberada para el descubrimiento y el debate de ideas nuevas y viejas. Los maestros y los estudiantes se reunían para leer los textos de otros maestros, muertos mucho antes, y las palabras vivas de los maestros difuntos daban nuevas perspectivas a las falacias del mundo presente. La universidad era entonces una comunidad de búsqueda académica y de inquietud endémica.

En la universidad multidisciplinaria moderna esta comunidad ha huido hacia las márgenes, en donde se junta en un apartamento, en la oficina de un profesor o en los aposentos del capellán. El propósito estructural de la universidad moderna guarda poca relación con la búsqueda tradicional. Desde los días de Gutenberg, el intercambio de la indagación disciplinada y crítica se ha trasladado en su mayor parte de la "cátedra" a la imprenta. La universidad moderna ha perdido por incumplimiento su posibilidad de ofrecer un escenario simple para encuentros que sean autónomos y anár-

quicos, enfocados hacia un interés y sin embargo espontáneos y vivaces, y ha elegido en cambio administrar el proceso mediante el cual se produce lo que ha dado en llamarse investigación y enseñanza.

Desde el *Sputnik*, la universidad estadounidense ha estado tratando de ponerse a la par con el número de graduados que sacan los soviéticos. Ahora los alemanes están abandonando su tradición académica y están construyendo unos *campus* para ponerse a la par con los estadounidenses. Durante esta década quieren aumentar sus erogaciones en escuelas primarias y secundarias de 14 000 a 59 000 millones de marcos alemanes y triplicar los desembolsos para la instrucción superior. Los franceses se proponen elevar para 1980 a 10% de su PNB el monto gastado en escuelas, y la Fundación Ford ha estado empujando a países pobres de América Latina a elevar sus desembolsos per cápita para los graduados "respetables" a los niveles estadounidenses. Los estudiantes consideran sus estudios como la inversión que produce el mayor rédito monetario, y las naciones los ven como un factor clave para el desarrollo.

Para la mayoría que va en pos de un grado universitario, la universidad no ha perdido prestigio, pero desde 1968 ha perdido notoriamente categoría entre sus creyentes. Los estudiantes se niegan a prepararse para la guerra, la contaminación y la perpetuación del prejuicio. Los profesores les ayudan en su recusación de la legitimidad del gobierno, de su política exterior, de la educación y del sistema de vida norteamericano. No pocos rechazan títulos y se preparan para una vida en una contracultura, fuera de la sociedad diplomada. Parecen elegir la vía de los Fraticelli medievales o de los Alumbrados de la Reforma, que fueron los *hippies* y desertores escolares de su época. Otros reconocen el monopolio de las escuelas sobre los recursos que ellos necesitan para construir una contrasociedad. Buscan apoyo el uno en el otro para vivir con integridad mientras se someten al ritual académico. Forman, por así decirlo, focos de herejía en medio de la jerarquía.

No obstante, grandes sectores de la población general miran al místico moderno y al heresiarca moderno con alarma. Éstos amenazan la economía consumista, el privilegio democrático y la imagen que de sí mismo tiene Estados Unidos. Pero no es posible eliminarlos con sólo desecharlos. Son cada vez menos aquellos a los que es posible reconvertir y reincorporar en las filas mediante sutilezas —como, por ejemplo, darles el cargo de enseñar como profesores su herejía—. De aquí la búsqueda de medios que hagan posible ya sea librarse de disidentes, ya sea disminuir la importancia de la universidad que les sirve de base para protestar.

A los estudiantes y a la facultad que ponen en tela de juicio la legitimidad de la universidad, y lo hacen pagando un alto costo personal, no les parece por cierto estar fijando normas de consumo ni favoreciendo un sistema determinado de producción. Aquellos que han fundado grupos tales como el Committee of Concerned Asian Scholars y el North American Congress of Latin America (NACLA) han sido de los más eficaces para cambiar radicalmente la visión que millones de personas jóvenes tenían de países extranjeros. Otros más han tratado de formular interpretaciones marxistas de la sociedad norteamericana o han figurado entre los responsables de la creación de comunas. Sus logros dan nuevo vigor al argumento de que la existencia de la universidad es necesaria para una crítica social sostenida.

No cabe duda de que en este momento la universidad ofrece una combinación singular de circunstancias que permite a algunos de sus miembros criticar el conjunto de la sociedad. Proporciona tiempo, movilidad, acceso a los iguales y a la información, así como cierta impunidad —privilegios de que no disponen igualmente otros sectores de la población—. Pero la universidad permite esta libertad sólo a quienes ya han sido profundamente iniciados en la sociedad de consumo y en la necesidad de alguna especie de escolaridad pública obligatoria.

El sistema escolar de hoy en día desempeña la triple función que ha sido común a las Iglesias poderosas a lo largo de la historia. Es simultáneamente el depósito del mito de la sociedad, la institucionalización de las contradicciones de ese mito y el lugar donde ocurre el ritual que reproduce y encubre las disciplinas entre el mito y la realidad. El sistema escolar, y en particular la universidad, proporciona hoy grandes oportunidades para criticar el mito y para rebelarse contra las perversiones institucionales. Pero el ritual que exige tolerancia para con las contradicciones fundamentales entre mito e institución pasa todavía por lo general sin ponerse en tela de juicio, pues ni la crítica ideológica ni la acción social pueden dar a luz una nueva sociedad. Sólo el desencanto del ritual social central, el desligarse del mismo y reformarlo pueden llevar a cabo un cambio radical.

La universidad estadounidense ha llegado a ser la etapa final del rito de iniciación más global que el mundo haya conocido. Ninguna sociedad histórica ha logrado sobrevivir sin ritual o mito, pero la nuestra es la primera que ha necesitado una iniciación tan aburrida, morosa, destructiva y costosa a su mito. La civilización mundial contemporánea es también la primera que estimó necesario racionalizar su ritual fundamental de iniciación en nombre de la educación. No podemos iniciar una reforma de la educa-

ción a menos que entendamos primero que ni el aprendizaje individual ni la igualdad social pueden acrecentarse mediante el ritual de la escolarización. No podremos ir más allá de la sociedad de consumo a menos que entendamos primero que las escuelas públicas obligatorias reproducen inevitablemente dicha sociedad, independientemente de lo que se enseñe en ellas.

El proyecto de desmitologización que propongo no puede limitarse tan sólo a la universidad. Cualquier intento de reformar la universidad sin ocuparse del sistema del que forma parte integral es como tratar de hacer la reforma urbana en Nueva York, desde el piso decimosegundo hacia arriba. La mayor parte de las reformas introducidas en la enseñanza superior, equivalen a rascacielos contruidos sobre chozas. Sólo una generación que se críe sin escuelas obligatorias será capaz de recrear la universidad.

EL MITO DE LOS VALORES INSTITUCIONALIZADOS

La escuela inicia asimismo el Mito del Consumo Sin Fin. Este mito moderno se funda en la creencia según la cual el sistema de producción produce inevitablemente algo de valor y que, por consiguiente, la producción produce necesariamente demanda. La escuela nos enseña que la instrucción produce aprendizaje. La existencia de las escuelas produce la demanda de escolaridad. Una vez que hemos aprendido a necesitar la escuela, todas nuestras actividades tienden a tomar la forma de relaciones de clientes respecto de otras instituciones especializadas. Una vez que se ha desacreditado al hombre o a la mujer autodidactos, toda actividad no profesional se hace sospechosa. En la escuela se nos enseña que el resultado de la asistencia es un aprendizaje valioso; que el valor del aprendizaje aumenta con el monto de la información de entrada y, finalmente, que este valor puede medirse y documentarse mediante grados y diplomas.

De hecho, el aprendizaje es la actividad humana que menos manipulación de terceros necesita. La mayor parte del aprendizaje no es la consecuencia de una instrucción. Es más bien el resultado de una participación a la que no se estorba en un entorno significativo. La mayoría de la gente aprende mejor "metiendo la cuchara" y, sin embargo, la escuela les hace identificar su desarrollo cognoscitivo personal con una programación y una manipulación complicadas.

Una vez que un hombre o una mujer ha aceptado la necesidad de la escuela, es presa fácil de otras instituciones. Una vez que los jóvenes han permitido que a su imaginación la forme la instrucción curricular, están condicionados para las planificaciones institucionales de toda especie. La “institución” les ahoga el horizonte imaginativo. No se les puede traicionar, sólo engañar en el precio, porque se les ha enseñado a reemplazar la esperanza por las expectativas. Para bien o para mal, ya no serán sorprendidos por terceros, pues se les ha enseñado qué pueden esperar de cualquier otra persona que ha sido enseñada como ellos. Esto es válido para el caso de otra persona o de una máquina.

Esta transferencia de responsabilidad desde sí mismo a una institución garantiza la regresión social, especialmente desde el momento en que se ha aceptado como una obligación. Así, los rebeldes contra el *Alma Mater* a menudo “la consiguen” e ingresan en su facultad en vez de desarrollar la valentía de infectar a otros con su enseñanza personal y de asumir la responsabilidad de las consecuencias de tal enseñanza. Esto sugiere la posibilidad de una nueva historia de Edipo —Edipo Profesor, que “consigue” a su madre a fin de engendrar hijos de ella—. El hombre adicto a ser enseñado busca su seguridad en la enseñanza compulsiva. La mujer que experimenta su conocimiento como el resultado de un proceso quiere reproducirlo en otros.

EL MITO DE LA MEDICIÓN DE LOS VALORES

Los valores institucionalizados que infunde la escuela son valores cuantificados. La escuela inicia a los jóvenes en un mundo en el que todo puede medirse, incluso su imaginación y hasta el hombre mismo.

Pero el desarrollo personal no es una entidad mensurable. Es crecimiento en disensión disciplinada, que no puede medirse respecto a ningún cartabón, a ningún currículum, ni compararse con lo logrado por algún otro. En ese aprendizaje podemos emular a otros sólo en el empeño imaginativo, y seguir sus huellas más bien que remedar sus maneras de andar. El aprendizaje que yo aprecio es una recreación inmensurable.

Las escuelas pretenden desglosar el aprendizaje en “materias”, para incorporar en el alumno un currículum hecho con estos ladrillos prefabricados y para medir el resultado con una escala internacional. Las personas que se someten a la norma de otros para la medida de su propio desarrollo personal pronto se aplican el mismo cartabón a sí mismos. Ya no es nece-

sario ponerlos en su lugar, pues se colocan solos en sus casilleros correspondientes, se comprimen en el nicho que se les ha enseñado a buscar y, en el curso de este mismo proceso, colocan asimismo a sus prójimos en sus lugares, hasta que todo y todos encajan.

Las personas que han sido escolarizadas hasta su talla dejan que la experiencia no mensurada se les escape entre los dedos. Para ellas, lo que no puede medirse se hace secundario, amenazante. No es necesario robarles su creatividad. Con la instrucción, han desaprendido a "hacer" lo suyo o a "ser" ellas mismas, y valoran sólo aquello que ha sido fabricado o podría fabricarse.

Una vez que se ha escolarizado a las personas con la idea de que los valores pueden producirse y medirse, tienden a aceptar toda clase de clasificaciones jerárquicas. Existe una escala para el desarrollo de las naciones, otra para la inteligencia de los nenes, e incluso el avance hacia la paz puede medirse según un recuento de personas. En un mundo escolarizado, el camino hacia la felicidad está pavimentado con un índice de precios para el consumidor.

EL MITO DE LOS VALORES ENVASADOS

La escuela vende currículum: un atado de mercancías hecho con el mismo proceso y con la misma estructura que cualquier otra mercancía. La producción del currículum para la mayoría de las escuelas comienza con la investigación presuntamente científica; fundados en ella los ingenieros de la educación predicen la demanda futura y las herramientas para la línea de montaje, dentro de los límites establecidos por presupuestos y tabúes. El distribuidor-profesor entrega el producto terminado al consumidor-alumno, cuyas reacciones son cuidadosamente estudiadas y tabuladas a fin de proporcionar datos para la investigación que servirán para preparar el modelo siguiente que podrá ser "desgraduado", "concebido para alumnado", "concebido para un trabajo en equipo", "con ayudas visuales" o "centrado en temas".

El resultado del proceso de producción de un currículum se asemeja a cualquier otro artículo moderno de primera necesidad. Es un paquete de significados planificados, una mercancía cuyo "atractivo equilibrado" la hace comercializable para una clientela lo bastante grande como para justificar su elevado coste de producción. A los consumidores-alumnos se les enseña a ajustar sus deseos a valores comercializables. De modo que se

les hace sentir culpables si no se comportan en conformidad con los resultados de los análisis de mercado y si no obtienen los grados y diplomas que los colocarán en la categoría laboral que se les ha inducido a esperar.

Los educadores pueden justificar unos currícula más costosos fundándose en lo que han observado, a saber, que las dificultades de aprendizaje se elevan en proporción al costo del currículum. Ésta es una aplicación de aquella ley de Parkinson que dice que una labor se expande junto con los recursos disponibles para ejecutarla. Esta ley puede verificarse en todos los niveles de la escuela: por ejemplo, las dificultades de lectura han sido un tema principal de debate en que los grados per cápita en ellas se han aproximado a los niveles estadounidenses de 1950 —año en el cual las dificultades para aprender a leer llegaron a ser tema de importancia en las escuelas de Estados Unidos.

De hecho, los estudiantes saludables redoblan su resistencia a la enseñanza conforme se ven más cabalmente manipulados. Su resistencia no se debe al estilo autoritario de una escuela pública o al estilo seductor de algunas escuelas libres, sino al planteamiento fundamental común a todas las escuelas —la idea de que el juicio de una persona debiera determinar qué y cuándo debe aprender otra persona—.

EL MITO DEL PROGRESO QUE SE PERPETÚA A SÍ MISMO

Los crecientes costes per cápita de la instrucción, aun cuando vayan acompañados por réditos de aprendizaje decrecientes, aumentan paradójicamente el valor del alumno o alumna ante sus propios ojos y su valor en el mercado. La escuela, casi al coste que sea, iza a empujones al alumno hasta el nivel del consumo curricular competitivo, hasta meterlo en el progreso hacia unos niveles cada vez más elevados. Los gastos que motivan al alumno a permanecer en la escuela se desbocan conforme asciende la pirámide. En niveles más altos adoptan el disfraz de nuevos estadios de fútbol o programas llamados de Educación Internacional. Aunque no enseña ninguna otra cosa, la escuela enseña al menos el valor de la escalada: el valor de la manera estadounidense de hacer las cosas.

La guerra de Vietnam se ajusta a la lógica prevaleciente. Su éxito se ha medido por el número de personas efectivamente tratadas con balas baratas descargadas a un coste inmenso, y a este cálculo salvaje se le llama des-

vergonzadamente “recuento de cuerpos”. Así como los negocios son los negocios, la acumulación inacabable de dinero, así también la guerra es el matar, la acumulación inacabable de cuerpos muertos. De manera semejante, la educación es escolarización, y este proceso sin término se cuenta en alumnos-hora. Los diferentes procesos son irreversibles y se justifican por sí mismos. Según las normas económicas, el país se hace cada vez más rico. Según las normas de la contabilidad mortal, la nación continúa ganando perennemente sus guerras. Y conforme a las normas escolares, la población se va haciendo cada vez más educada.

El programa escolar está hambriento de un bocado cada vez mayor de instrucción, pero aun cuando esta hambre conduzca a una absorción sostenida, nunca da el gozo de saber algo a satisfacción. Cada tema llega envasado con la instrucción de continuar consumiendo una “oferta” tras otra, y el envase del año anterior es siempre anticuado para el consumidor del año en curso. El fraudulento negocio de los libros de texto está construido sobre esta demanda. Los reformadores de la educación prometen a cada generación lo último y lo mejor, y al público se le escolariza para pedir lo que ellos ofrecen. Tanto el desertor, a quien se le hace recordar a perpetuidad lo que se perdió, como el graduado, a quien se le hace sentir inferior a la nueva casta de estudiantes, saben exactamente dónde están situados en el ritual de engaños crecientes, y continúan apoyando una sociedad que, para denominar la brecha cada vez más ancha de frustración, usa el eufemismo de “revolución de expectativas crecientes”.

Pero el crecimiento concebido como un consumo sin términos —el progreso eterno— no puede conducir jamás a la madurez. El compromiso con un ilimitado aumento cuantitativo vicia la posibilidad de un desarrollo orgánico.

EL JUEGO RITUAL Y LA NUEVA RELIGIÓN MUNDIAL

En las naciones desarrolladas, la edad para salir de la escuela excede el aumento de los años de vida probable. Dentro de una década se cortarán ambas curvas y crearán un problema para Jessica Mitford y para los profesionales que se interesan por la “educación terminal”. Me hace recordar la Edad Media tardía, cuando la demanda por los servicios de la Iglesia sobrepasó la duración de la vida, y se creó el “purgatorio” para purificar a las almas bajo el control papal antes de que pudiesen ingresar en la paz eterna.

Lógicamente, esto condujo primero a un tráfico de indulgencias y luego a un intento de Reforma. El Mito del Consumo Sin Fin ocupa ahora el lugar de la creencia en la vida eterna.

Arnold Toynbee señaló que la decadencia de una gran cultura suele ir acompañada por el surgimiento de una nueva Iglesia Universal que lleva la esperanza al proletariado interior mientras atiende al mismo tiempo las necesidades de una nueva casta guerrera. La escuela parece eminentemente apta para ser la Iglesia Universal de nuestra decadente cultura. Ninguna institución podría ocultar mejor a sus participantes la profunda discrepancia entre los principios sociales y la realidad social en el mundo de hoy. Secular, científica y negadora de la muerte, se ciñe estrechamente al ánimo moderno. Su apariencia clásica, crítica, la hace aparecer, si no antirreligiosa, al menos pluralista. Su currículum define la ciencia y la define a ella misma mediante la llamada investigación científica. Nadie completa la escuela —todavía—. No cierra sus puertas a nadie sin antes ofrecerle una oportunidad más: educación de recuperación, para adultos y de continuación.

La escuela sirve como una eficaz creadora y preservadora del mito social debido a su estructura como juego ritual de promociones graduadas. La introducción a este ritual es mucho más importante que el asunto enseñado o el cómo se enseña. Es el juego mismo el que escolariza, el que se mete en la sangre y se convierte en hábito. Se inicia a una sociedad entera en el Mito del Consumo Sin Fin de servicios. Esto ocurre hasta tal punto que la formalidad de participar en el ritual sin término se hace obligatoria y compulsiva por doquier. La escuela ordena una rivalidad ritual en forma de juego internacional que obliga a los competidores a achacar los males del mundo a aquellos que no pueden o no quieren jugar. La escuela es un ritual de iniciación que introduce al neófito en la sagrada carrera del consumo progresivo, un ritual propiciatorio cuyos sacerdotes académicos son mediadores entre los creyentes y los dioses del privilegio y del poder, un ritual de expiación que sacrifica a sus desertores, marcándolos a fuego como chivos expiatorios del subdesarrollo.

Incluso aquellos que en el mejor de los casos pasan unos pocos años en la escuela —y éste es el caso de la abrumadora mayoría en América Latina, Asia y África— aprenden a sentirse culpables debido a su subconsumo de escolarización. En México es obligatorio aprobar seis grados de escuela. Los niños nacidos en el tercio económico inferior tienen sólo dos posibilidades sobre tres de aprobar el primer grado. Si lo aprueban, tienen cuatro probabilidades sobre 100 de terminar la escolaridad obligatoria en el

sexto grado. Si nacen en el tercio medio, sus probabilidades aumentan a 12 sobre 100. Con estas pautas, México ha tenido más éxito que la mayoría de las otras 26 repúblicas latinoamericanas en cuanto a proporcionar educación pública.

Todos los niños saben, en todas partes, que se les ha dado una posibilidad, aunque desigual, en una lotería obligatoria, y la supuesta igualdad de la norma internacional realza ahora la pobreza original de esos niños con la discriminación autoinfligida que el desertor acepta. Se les ha escolarizado en la creencia de las expectativas crecientes y pueden racionalizar ahora su creciente frustración fuera de la escuela aceptando el rechazo de la gracia escolástica que les ha caído en suerte. Se les expulsa del paraíso porque, habiendo sido bautizados, no fueron a la Iglesia. Nacidos en pecado original, se les bautiza en el primer grado, pero van al Gehenna (que en hebreo significa "conventillo") debido a sus faltas personales. Así como Max Weber examinó los efectos sociales de la creencia en que la salvación pertenecía a quienes acumulaban riqueza, podemos observar ahora que la gracia está reservada para aquellos que acumulan años de escuela.

EL REINO VENIDERO:

LA UNIVERSALIZACIÓN DE LAS EXPECTATIVAS

La escuela conjuga las expectativas del consumidor expresadas en sus pretensiones, con las creencias del productor expresadas en su ritual. Es una expresión litúrgica del *cargocult*² que recorrió la Melanesia en la década de 1940-1950, que inyectaba en sus cultores la creencia de que si se colocaban una corbata negra sobre el torso desnudo, Jesús llegaría en un vapor trayendo una nevera, un par de pantalones y una máquina de coser para cada creyente.

La escuela funde el crecimiento en humillante dependencia de un maestro con el crecimiento en el vano sentido de omnipotencia que es tan típico del alumno que quiere ir a enseñar a todas las naciones a salvarse. El ritual está moldeado según los severos hábitos de trabajo de los obreros de la construcción, y su finalidad es celebrar el mito de un paraíso terrestre de consumo sin fin, que es la única esperanza del desgraciado y el desposeído.

² Culto creado por indígenas de Nueva Guinea, que atribuye un origen mágico a los artículos occidentales (aviones, radios, relojes, plásticos, etc.). [T.]

A lo largo de la historia ha habido epidemias de insaciables expectativas en este mundo, especialmente entre grupos colonizados y marginales en todas las culturas. Los judíos tuvieron durante el Imperio romano sus Esenios y Mesías judíos, los siervos en la Reforma tuvieron su Thomas Münzer, los desposeídos indios desde el Paraguay hasta Dakota sus contagiosos bailarines. Estas sectas estaban siempre dirigidas por un profeta, y limitaban sus promesas a unos pocos elegidos. En cambio la espera del reino a que induce la escuela es impersonal más que profética, y universal más que local. El hombre ha llegado a ser el ingeniero de su propio Mesías y promete las limitadas recompensas de la ciencia a aquellos que somete a una progresiva tecnificación para su reino.

LA NUEVA ALIENACIÓN

La escuela no sólo es la Nueva Religión Mundial. Es también el mercado de trabajo de crecimiento más veloz del mundo. La tecnificación de los consumidores ha llegado a ser el principal sector de crecimiento de la economía. Conforme el coste de la producción disminuye en las naciones ricas, se produce una concentración creciente de capital y trabajo en la vasta empresa de equipar al hombre para un consumo disciplinario. Durante la década pasada las inversiones de capital relacionadas directamente con el sistema escolar aumentaron con velocidad incluso mayor que los gastos para defensa. El desarme tan sólo aceleraría el proceso por el cual la industria del aprendizaje se encamina al centro de la economía nacional. La escuela proporciona oportunidades ilimitadas para el derroche legitimizado, mientras su destructividad pasa inadvertida y crece el coste de los paliativos.

Si a quienes asisten a jornada completa agregamos los que enseñan a jornada completa, nos percatamos de que esta llamada superestructura ha llegado a ser el principal patrono de la sociedad. En Estados Unidos hay 62 millones en la escuela y 80 millones trabajando en otras cosas. Esto a menudo lo han olvidado los analistas neomarxistas cuando dicen que el proceso de desescolarización debe posponerse o dejarse pendiente hasta que otros desórdenes, considerados tradicionalmente como más importantes, los haya corregido una revolución económica y política. Pero hay que comprender que la escuela es una industria antes de querer edificar una estrategia revolucionaria realista. Para Marx, el coste de producir las demandas

de bienes apenas si era significativo. Actualmente, la mayor parte de la mano de obra está empleada en la producción de demandas que puede satisfacer la industria que hace un uso intenso del capital. La mayor parte de este trabajo se realiza en la escuela.

En el esquema tradicional, la alienación era una consecuencia directa de que el trabajo se convirtiera en labor asalariada que privaba al hombre de su oportunidad para crear y recrearse. Ahora a los menores los prealienan las escuelas que los aíslan del mundo mientras juegan a ser productores y consumidores de su propio conocimiento, al que se concibe como una mercancía en el mercado en la escuela. La escuela hace de la alienación una preparación para la vida, privando así a la educación de realidad y al trabajo de creatividad. La escuela prepara para la alienante institucionalización de la vida al enseñar la necesidad de ser enseñado. Una vez que se aprende esta lección, la gente pierde su incentivo para desarrollarse con independencia; ya no encuentra atractivos en relacionarse y se cierra a las sorpresas que la vida ofrece cuando no está predeterminada por la definición institucional. La escuela emplea directa o indirectamente a una mayor parte de la población. La escuela o bien guarda a la gente de por vida o asegura el que encaje en alguna otra institución.

La Nueva Iglesia Mundial es la industria del conocimiento, proveedora de opio y banco de trabajo durante un número creciente de años de la vida de un individuo. La desescolarización es por consiguiente fundamental para cualquier movimiento de liberación del hombre.

LA POTENCIALIDAD REVOLUCIONARIA DE LA DESESCOLARIZACIÓN

La escuela no es de ningún modo, por cierto, la única institución moderna cuya finalidad primaria es moldear la visión de la realidad en el hombre. El currículum escondido de la vida familiar, de la conscripción militar, del llamado profesionalismo o de los medios informativos desempeña un importante papel en la manipulación institucional de la visión del mundo que tiene el hombre, de su lenguaje y de sus demandas. Pero la escuela esclaviza más profunda y sistemáticamente, puesto que sólo a ella se le acredita la función principal de formar el juicio crítico y, paradójicamente, trata de hacerlo haciendo que el aprender sobre sí mismo, sobre los demás y sobre la naturaleza dependa de un proceso preempacado. La escuela nos alcanza

de manera tan íntima que ninguno puede esperar liberarse de ella mediante algo externo.

Muchos de los que se autodenominan revolucionarios son víctimas de la escuela. Incluso ven la "liberación" como el producto de algo institucional. Sólo al librarse uno mismo de la escuela se disipa esa ilusión. El descubrimiento de que la mayor parte del aprendizaje no requiere enseñanza no puede ser ni manipulado ni planificado. Cada uno de nosotros es responsable de su propia desescolarización, y sólo nosotros tenemos el poder de hacerlo. No puede excusarse a nadie si no logra liberarse de la escolarización. El pueblo no pudo liberarse de la Corona sino hasta que al menos algunos de ellos se liberaron de la Iglesia establecida. No pueden liberarse del consumo progresivo hasta que no se liberen de la escuela obligatoria.

Todos estamos metidos en la escolarización, tanto desde el aspecto de la producción como desde el del consumo. Estamos supersticiosamente convencidos de que el buen aprendizaje puede y debería producirse en nosotros —y de que podemos producirlo en otros—. Nuestro intento de desligarnos del concepto de escuela hará surgir las resistencias que hallamos en nosotros mismos cuando tratamos de renunciar al consumo ilimitado y a la ubicua suposición de que a los otros se les puede manipular por su propio bien. Nadie está totalmente exento de explotar a otros en el proceso de escolarización.

La escuela es el más grande y más anónimo de todos los patrones. De hecho es el mejor empleo de un nuevo tipo de empresa, sucesora del gremio, de la fábrica y de la sociedad anónima. Las empresas multinacionales que han dominado la economía están siendo complementadas ahora, y puede que algún día sean suplantadas por organismos de servicio con planificación supranacional. Estas empresas presentan sus servicios de manera que hacen que todos los hombres se sientan obligados a consumirlos. Se rigen por una normativa internacional, redefiniendo el valor de sus servicios periódicamente y por doquiera a un ritmo aproximadamente parejo.

El "transporte" que se apoya en nuevos coches y supercarreteras atiende a la misma necesidad institucionalmente envasada de comodidad, prestigio, velocidad y equipamiento, independientemente de que sus componentes los produzca o no el Estado. El aparato de la "atención médica" define una especie peculiar de salud, poco importa que sea el individuo o el Estado quien pague el servicio. La promoción graduada a fin de obtener diplomas ajusta al estudiante para ocupar un lugar en la misma pirámide internacional de mano de obra cualificada, independientemente de quien dirija la escuela.

En todos estos casos el empleo es un beneficio oculto: el chofer de un automóvil privado, el paciente que se somete a hospitalización o el alumno en el aula deben considerarse como parte de una nueva clase de "empleados". Un movimiento de liberación que se inicie en la escuela y, sin embargo, esté fundado en maestros y alumnos como explotados y explotadores simultáneamente, podría anticiparse a las estrategias revolucionarias del futuro; pues un programa radical de desescolarización podría adiestrar a la juventud en el nuevo estilo de revolución necesaria para desafiar a un sistema social que exhibe una "salud", una "riqueza" y una "seguridad" obligatorias.

Los riesgos de una rebelión contra la escuela son imprevisibles, pero no son tan horribles como los de una revolución que se inicie en cualquier otra institución principal. La escuela no está todavía organizada para defenderse con tanta eficacia como una nación-Estado, o incluso como una gran sociedad anónima. La liberación de la opresión de las escuelas podría ser incruenta. Las armas del vigilante escolar³ y de sus aliados en los tribunales y en las agencias de empleo podrían tomar medidas muy crueles contra el o la delincuente individual, especialmente si fuese pobre, pero podrían ser a su vez impotentes si surgiera un movimiento de masas.

La escuela se ha convertido en un problema social; se le ataca por todas partes, y los ciudadanos y los gobiernos patrocinan experimentos no convencionales en todo el mundo. Recurren a insólitos expedientes estadísticos a fin de preservar la fe y salvar las apariencias. El ánimo que existe entre algunos educadores es muy parecido al ánimo de los obispos católicos después del Concilio Vaticano. Los planes de estudio de las llamadas "escuelas libres" se parecen a las liturgias de las misas con música folclórica y rock. Las exigencias de los estudiantes de bachillerato para tener voz y voto en la elección de sus profesores son tan estridentes como las de los feligreses que exigen seleccionar a sus párrocos. Pero para la sociedad está en juego algo mucho mayor si una minoría significativa pierde su fe en la escolaridad. Esto pondría en peligro la supervivencia no sólo del orden económico construido sobre la coproducción de bienes y demandas, sino igualmente del orden político construido sobre la nación-Estado dentro del cual los estudiantes son dados a la luz por la escuela.

Nuestras alternativas posibles son hartamente claras. O continuamos creyendo que el aprendizaje institucionalizado es un producto que justifica una

³ *Truant officer*. El que lleva a la escuela a quienes deben cumplir con la instrucción legal obligatoria. [T.]

inversión ilimitada, o redescubrimos que la legislación, la planificación y la inversión, si de alguna manera encajan en la educación formal, deberían usarse principalmente para derribar las barreras que ahora obstaculizan las posibilidades de aprendizaje, el cual sólo puede ser una actividad personal.

Si no ponemos en tela de juicio el supuesto de que el conocimiento valdiero es una mercancía que en ciertas circunstancias puede metérsele a la fuerza al consumidor, la sociedad se verá cada día más dominada por sinietras pseudoescuelas y totalitarios administradores de la información. Los terapeutas pedagógicos drogarán más a sus alumnos a fin de enseñarles mejor, y los estudiantes se drogarán más a fin de conseguir aliviarse de las presiones de los profesores y de la carrera por diplomas. Ejércitos cada día mayores de burócratas presumirán de maestros. El lenguaje del escolar ya se lo ha apropiado el publicista. Ahora el general y el policía tratarán de dignificar sus profesiones disfrazándose de educadores. En una sociedad escolarizada, las guerras y la represión civil encuentran una justificación racional educativa. La guerra pedagógica al estilo Vietnam se justificará cada vez más como la única manera de enseñar a la gente el valor superior del progreso inacabable.

La represión se considerará como un empeño de misioneros por apresurar la venida del Mesías mecánico. Más y más países recurrirán a la tortura pedagógica puesta ya en práctica en Brasil y Grecia. Esta tortura pedagógica no se usa para extraer información o para satisfacer las necesidades psíquicas de unos sádicos. Se apoya en el terror aleatorio para romper la integridad de toda una población y convertirla en un material plástico para las enseñanzas inventadas por tecnócratas. La naturaleza totalmente destructiva y en constante progreso de la instrucción obligatoria cumplirá cabalmente su lógica final a menos que comencemos a librarnos desde ahora de nuestra *hybris* pedagógica, nuestra creencia de que el hombre puede hacer lo que no puede Dios, a saber, manipular a otros para salvarlos.

Muchos comienzan recientemente a darse cuenta de la inexorable destrucción que las tendencias actuales de producción implican para el medio ambiente, pero las personas aisladas tienen un poder muy restringido para cambiar estas tendencias. La manipulación de hombres y mujeres iniciada en la escuela ha llegado también a un punto sin retorno, y la mayoría de las personas aún no se han percatado de ello. Fomentan todavía la reforma escolar, tal como Henry Ford II propone unos nuevos automóviles ponzoñosos.

Daniel Bell dice que nuestra época se caracteriza por una extrema disyunción entre las estructuras cultural y social; una dedicada a actitudes apocalípticas y la otra a la toma tecnocrática de decisiones. Esto es sin duda verdadero respecto de muchos reformadores de la educación que se sienten impulsados a condenar casi todo aquello que caracteriza a las escuelas modernas —y proponen simultáneamente nuevas escuelas—.

En su *Estructura de las revoluciones científicas*, Thomas Kuhn aduce que dicha disonancia precede inevitablemente a la aparición de un nuevo paradigma cognoscitivo. Los hechos que informaban aquellos que observaban la caída libre, aquellos que volvían del otro lado de la Tierra y aquellos que usaban el nuevo telescopio, no se ajustaban a la visión cósmica tolemaica. Súbitamente, se aceptó el paradigma newtoniano. La disonancia que caracteriza a muchos jóvenes de hoy no es tanto cognoscitiva como un asunto de actitudes —un sentimiento acerca de cómo *no* puede ser una sociedad tolerable—. Lo sorprendente respecto de esta disonancia es la capacidad de un número muy grande de personas para tolerarla.

La capacidad para ir tras metas incongruentes exige una explicación. Según Max Gluckman, todas las sociedades poseen procedimientos para ocultar tales disonancias de sus miembros. Los rituales pueden ocultar a sus participantes incluso discrepancias y conflictos entre principio social y organización social. Mientras un individuo no sea explícitamente consciente del carácter ritual del proceso a través del cual se le inició en las fuerzas que moldean su cosmos, no puede romper el conjuro y moldear un nuevo cosmos. Mientras no nos percatemos del ritual a través del cual la escuela moldea al consumidor progresivo —el recurso principal de la economía—, no podremos romper el conjuro de esta economía y dar forma a una nueva.

IV. ESPECTRO INSTITUCIONAL

LA MAYORÍA DE LOS ESQUEMAS utópicos y escenarios futurísticos requieren nuevas y costosas tecnologías, que habrían de venderse a las naciones ricas y pobres por igual. Herman Kahn ha encontrado alumnos en Venezuela, Argentina y Colombia. Las fantasías de Sergio Bernardes para su Brasil del año 2000 centellean con más maquinaria nueva de la que hoy posee Estados Unidos, que para entonces estará recargado con los obsoletos emplazamientos para misiles, aeropuertos para reactores y ciudades de las décadas de los años sesenta-setenta. Los futuristas inspirados en Buckminster Fuller se apoyarían más bien en dispositivos más baratos y exóticos. Cuentan con que se acepte una tecnología nueva pero posible, que al parecer nos permitiría hacer más con menos —monorrieles ligeros en vez de transporte supersónico, viviendas verticales en vez de dispersión horizontal—. Todos los planificadores futuristas de hoy tratan de hacer económicamente factible lo técnicamente posible, negándose a la vez a enfrentar las inevitables consecuencias sociales: el creciente anhelo de todos los hombres por bienes y servicios que seguirán siendo privilegio de unos pocos.

Creo que un futuro deseable depende, en primer lugar, de nuestra voluntad de elegir una vida de acción en vez de una vida de consumo, de que engendremos un estilo de vida que nos permita ser espontáneos, independientes y, sin embargo, relacionarnos uno con otro, en vez de mantener un estilo de vida que sólo nos permite hacer y deshacer, producir y consumir —un estilo de vida que es sólo una estación en el camino hacia el agotamiento y la contaminación del entorno—. El futuro depende más de nuestra elección de instituciones que mantengan una vida de acción y menos de que desarrollemos nuevas ideologías y tecnologías. Necesitamos un conjunto de pautas que nos permitan reconocer aquellas instituciones que apoyan el desarrollo personal en vez del enviciamiento, como también la voluntad de dedicar nuestros recursos tecnológicos preferentemente a dichas instituciones de desarrollo.

La elección se sitúa entre dos tipos institucionales radicalmente opuestos, ejemplificados ambos en ciertas instituciones existentes, aunque uno de esos tipos caracteriza de tal manera la época contemporánea que casi la

define. A este tipo dominante yo propondría llamarlo la institución manipulativa. El otro tipo existe, pero sólo precariamente. Las instituciones que se ajustan a él son más humildes y menos notorias. No obstante, las tomo como modelos de un futuro más deseable. Las llamo "convivenciales" y sugiero colocarlas a la izquierda institucional, para mostrar que hay instituciones situadas entre ambos extremos y para ilustrar cómo las instituciones históricas pueden cambiar de color conforme se desplazan desde un facilitar la actividad a un organizar la producción.

Dicho espectro, que se desplaza de izquierda a derecha, se ha usado por lo general para caracterizar a los hombres y sus ideologías, y no a nuestras instituciones sociales y a sus estilos. Esta categorización de los hombres, sea como individuos o como grupos, suele producir más calor que luz. Pueden suscitarse poderosas objeciones contra el uso de una convención corriente, pero al hacerlo espero desplazar los términos del debate de un plano estéril a uno fértil. Se evidenciará que los hombres de izquierda no siempre se caracterizan por su oposición a las instituciones manipulativas, a las que coloco en el extremo derecho del espectro.

Las instituciones modernas más influyentes se agolpan al lado derecho del espectro. Hacia él se ha desplazado la coerción legal, conforme ha pasado de las manos del *sheriff* a las del FBI y del Pentágono. La guerra moderna se ha convertido en una empresa sumamente profesional cuyo negocio es matar. Ha llegado al punto en que su eficiencia se mide por el recuento de cuerpos. Sus capacidades pacificadoras dependen de su poder para convencer a amigos y enemigos de la ilimitada potencia letal de la nación. Las balas y los productos químicos modernos son tan eficaces que a un ínfimo precio son capaces de matar o mutilar infaliblemente al "cliente". Pero los costos de entrega aumentan vertiginosamente; el coste de un vietnamita muerto subió de 360 000 dólares en 1967 a 450 000 dólares en 1969. Sólo economías a una escala cercana al suicidio de la raza harían económicamente eficiente el arte militar moderno. Se está haciendo más obvio el efecto *boomerang* en la guerra: cuanto mayor es el recuento de cuerpos de vietnamitas muertos, tantos más enemigos consigue Estados Unidos por todo el mundo; asimismo, tanto más debe gastar Estados Unidos en crear otra institución manipulativa — motejada cínicamente como de "pacificación" — en un vano intento por absorber los efectos secundarios de la guerra.

En este mismo lado del espectro hallamos también organismos sociales que se especializan en la manipulación de sus clientes. Semejante a la organización militar, tienden a crear efectos contrarios a sus objetivos con-

forme crece el ámbito de sus operaciones. Estas instituciones sociales son igualmente contraproduktivas, pero lo son de manera menos evidente. Muchas adoptan una imagen simpática y terapéutica para encubrir este efecto paradójico. Por ejemplo, hasta hace un par de siglos, las cárceles servían como medio para detener a las personas hasta que se les sentenciaba, se les mutilaba, se les mataba o se les exiliaba; en ocasiones se usaban deliberadamente como forma de tortura. Sólo recientemente comenzamos a pretender que encerrar a la gente en jaulas tendrá un efecto benéfico sobre su carácter y comportamiento. Ahora, más que unos pocos están empezando a entender que la cárcel incrementa tanto la calidad de los criminales como su cantidad, que es perfectamente capaz de hacer de un simple inconforme un criminal endurecido. No obstante, es mucho menor el número de los que al parecer entienden que las clínicas psiquiátricas, hogares de reposo y orfanatos hacen algo muy parecido. Estas instituciones proporcionan a sus clientes la destructiva autoimagen del psicótico, del excedido en años o del niño abandonado, y proveen la justificación lógica para la existencia de ciertas profesiones, tal como las cárceles poseen sus guardias. La afiliación a instituciones que se encuentran en este extremo del espectro se consigue de dos maneras, ambas coercitivas: mediante compromiso obligado o mediante servicio selectivo.

En el extremo opuesto del espectro se sitúan unas instituciones que se distinguen por el uso espontáneo —las instituciones “convivenciales”—. Las conexiones telefónicas, las líneas de metro, los recorridos de los carteros, los mercados y lonjas no tienen necesidad de convencernos de su necesidad. Los sistemas de alcantarillado, de agua potable, los parques y veredas son instituciones que los hombres usan sin tener que estar institucionalmente convencidos de que les conviene hacerlo. Todas las instituciones exigen, por cierto, cierta reglamentación. Pero el funcionamiento de instituciones que existen para usarse más que para producir algo, requiere de normas cuya índole es totalmente diferente de la que exigen las instituciones-tratamiento, que son manipulativas. Las normas que rigen a las instituciones para uso tienen por fin principal evitar abusos que frustrarían su accesibilidad general. Las veredas deben mantenerse libres de obstrucciones, el uso industrial de agua potable debe someterse a ciertos límites y el juego de pelota debe restringirse a zonas especiales dentro de un parque. Actualmente necesitamos una legislación especial para evitar el abuso de nuestras líneas telefónicas por parte de computadoras, el abuso del servicio de correo por parte de los anunciantes y la contaminación de

nuestros sistemas de alcantarillado por los desechos industriales. La reglamentación de las instituciones convivenciales fija límites para su empleo; conforme uno pasa del extremo convivencial del espectro al manipulativo, las normas van exigiendo cada vez más un consumo o participación no queridos. El diferente coste de la adquisición de clientes es precisamente una de las características que distingue a las instituciones convivenciales de las manipulativas.

En ambos extremos del espectro encontramos instituciones de servicio, pero a la derecha, el servicio es una manipulación impuesta y al cliente se le convierte en víctima de la publicidad, la agresión, el adoctrinamiento, la prisión o el electrochoque. A la izquierda, el servicio es una mayor oportunidad de límites definidos formalmente, mientras el cliente sigue siendo un agente libre. Las instituciones del ala derecha tienden a procesos de producción altamente complejos y costosos en los que gran parte de la complicación y el gasto se ocupan en convencer a los consumidores de que no pueden vivir sin el producto o tratamiento ofrecido por la institución. Las instituciones del ala izquierda tienden a redes que facilitan la composición o cooperación iniciada por el cliente.

Las instituciones manipulativas de la derecha son formadoras de hábito, "adictivas", social y psicológicamente. La adicción social, o escalada, consiste en la tendencia a prescribir un tratamiento intensificado si dosis menores no han rendido los resultados deseados. La adicción psicológica, o habituamiento, se produce cuando los consumidores se envician con la necesidad de una cantidad cada vez mayor del proceso o del producto. Las instituciones de la izquierda que uno mismo pone en actividad tienden a autolimitarse. Al revés de los procesos de producción que identifican la satisfacción con el mero acto del consumo, estas redes sirven a un objetivo que va más allá de su uso repetido. Una persona levanta el teléfono cuando quiere decir algo a otra, y cuelga una vez terminada la comunicación deseada. A excepción hecha de los adolescentes, no usa el teléfono por el puro placer de hablar ante el receptor. Si el teléfono no es el mejor modo de ponerse en comunicación, las personas escribirán una carta o harán un viaje. Las instituciones de la derecha, como podemos ver claramente en el caso de las escuelas, invitan compulsivamente al uso repetitivo y frustran las maneras alternativas de lograr resultados similares.

Hacia la izquierda del espectro institucional, pero no en el extremo mismo, podemos colocar a las empresas que compiten entre sí en la actividad que les es propia, pero que no han empezado a ocupar la publicidad de

manera notable. Encontramos aquí las lavanderías manuales, las pequeñas panaderías, los peluqueros y, para hablar de profesionales, algunos abogados y profesores de música. Son por consiguiente característicamente del ala izquierda las personas que han institucionalizado sus servicios, pero no su publicidad. Consiguen clientes mediante su contacto personal y la calidad relativa de sus servicios.

Los hoteles y las cafeterías se acercan algo más al centro. Las grandes cadenas hoteleras como la Hilton que gastan inmensas cantidades en vender su imagen, a menudo se comportan como si estuvieran dirigiendo instituciones de la derecha. No obstante, las empresas Hilton y Sheraton no ofrecen nada más —de hecho dan frecuentemente menos— que alojamientos de precio similar y dirigidos independientemente. En lo esencial, un letrero de hotel atrae al viajero como lo hace un signo caminero. Dice más bien: “Detente, aquí hay una cama para ti”, y no: “¡Deberías preferir una cama de hotel a una banca en el parque!”

Los productores de artículos de primera necesidad y de la mayoría de los bienes efímeros pertenecen a la parte central de nuestro espectro. Satisfacen demandas genéricas y agrégan al costo de producción y distribución todo lo que el mercado soporte en costos publicitarios, en anuncios y envases. Cuanto más básico sea el producto —trátase de bienes o de servicios— tanto más tiende la competencia a limitar el costo de venta del artículo.

La mayoría de los fabricantes de bienes de consumo se han ido mucho más a la derecha. Tanto directa como indirectamente, producen demandas de accesorios que hinchán el precio real de compra muy por encima del coste de producción. La General Motors y la Ford producen medios de transporte, pero también, y esto es más importante, manipulan el gusto del público de manera tal que la necesidad de transporte se expresa como una demanda de coches privados y no de autobuses públicos. Venden el deseo de controlar una máquina, correr a grandes velocidades con lujosa comodidad, al tiempo que ofrecen el espejismo de la evasión. Pero lo que venden no es tan sólo un asunto de motores inútilmente poderosos, de artilugios superfluos o de suplementos nuevos que los fabricantes han tenido que agregar obligados por Ralph Nader y los grupos que presionan en pro de un aire limpio. La lista de precios incluye dispositivos anticontaminantes, cinturones de seguridad, climatización; pero también comprende otros costes que no se le declaran abiertamente al conductor: los gastos de publicidad y de ventas de la empresa, el combustible, el mantenimiento y las re-

facciones, el seguro, el interés sobre el crédito, como también costes menos tangibles, como la pérdida de tiempo, el buen humor y el aire respirable en nuestras congestionadas ciudades.

Un corolario particularmente interesante de nuestro examen de instituciones socialmente útiles es el sistema de carreteras "públicas". Este importante elemento del coste total de los automóviles merece un análisis más dilatado, pues conduce directamente a la institución derechista en la que estoy más interesado, a saber, la escuela.

FALSOS SERVICIOS DE UTILIDAD PÚBLICA

El sistema de carreteras es una red para la locomoción a través de distancias relativamente grandes. En su condición de red, parecería corresponderle estar a la izquierda en el espectro institucional. Pero en este caso debemos hacer una distinción que esclarecerá tanto la naturaleza de las carreteras como la naturaleza de los verdaderos servicios de utilidad pública. Los caminos que son genuinamente para todos, son verdaderos servicios de utilidad pública. Las supercarreteras son cotos privados, cuyo coste se le encaja parcialmente al público.

Los sistemas de teléfonos, correos y caminos son redes, y ninguno es gratis. El acceso a la red de teléfonos está limitado por cobros sobre tiempo ocupado en cada llamada. Estas tarifas son relativamente bajas y podrían reducirse sin cambiar la naturaleza del sistema. El uso del sistema telefónico no está en absoluto limitado por lo que se transmita, aunque lo emplean mejor quienes pueden hablar frases coherentes en el lenguaje del interlocutor, una capacidad que poseen todos los que desean usar la red. El franqueo suele ser barato. El uso del sistema postal se ve ligeramente limitado por el precio de la pluma y el papel, y algo más por la capacidad de escribir. Aún así, cuando alguien que no sabe escribir tiene un pariente o un amigo a quien pueda dictarle una carta, el sistema postal está a su disposición, tal como lo está si quiere despachar una cinta grabada.

El sistema de carreteras no llega a estar disponible de manera similar para alguien que tan sólo aprenda a conducir. Las redes telefónica y postal existen para servir a quienes deseen usarlas, mientras el sistema de carreteras sirve principalmente como accesorio del automóvil privado. Las primeras son verdaderos servicios de utilidad pública, mientras el último es un servicio público para los dueños de coches, camiones y autobuses. Los ser-

vicios de utilidad pública existen en pro de la comunicación entre los hombres: las carreteras, como otras instituciones de la derecha, existen en pro de un producto. Tal como hicimos notar, los fabricantes de automóviles *producen* simultáneamente tanto los coches como la demanda de coches. Asimismo *producen* la demanda de carreteras de varias vías, puentes y campos petrolíferos. El coche privado es el foco de una constelación de instituciones del ala derecha. El elevado coste de cada elemento lo dicta la complicación del producto básico, y vender el producto básico es enviciar a la sociedad en el paquete conjunto.

Planificar un sistema vial como un verdadero servicio de utilidad pública discriminaría a aquellos para quienes la velocidad y el confort individualizado son los valores primarios de transporte, y favorecería a aquellos que valoran la fluidez y el lugar de destino. Es la diferencia entre una red extendidísima con acceso máximo para los viajeros y otra que ofrezca sólo un acceso privilegiado a una zona restringida.

La transferencia de una institución moderna a las naciones en desarrollo permite probar esto con mejor claridad. En los países muy pobres, los caminos suelen ser apenas lo bastante buenos como para permitir el tránsito mediante camiones especiales de eje elevado, cargados de víveres, reses o personas. Este tipo de país debería usar sus limitados recursos para construir una telaraña de pistas que llegaran a todas sus regiones y debería restringir la importancia de vehículos a dos o tres modelos diferentes muy duraderos que puedan transitar por malos caminos a baja velocidad. Esto simplificaría el mantenimiento continuo de estos vehículos y proporcionaría una máxima fluidez y elección de puntos de destino a todos los ciudadanos. Esto exigiría proyectar vehículos para todo servicio con la simplicidad del Ford T, utilizando las aleaciones más modernas para garantizar su durabilidad, con un límite de velocidad incorporado de unos 25 kilómetros por hora a lo más, y lo bastante firme como para rodar por el terreno más áspero. No se ofrecen estos vehículos en el mercado porque no hay demanda de ellos. De hecho sería preciso cultivar esa demanda, muy posiblemente al amparo de una legislación estricta. Actualmente, cada vez que una demanda de esta especie se hace sentir un poco, se le descarta rápida y desdeñosamente mediante una publicidad contraria, encaminada a la venta universal de las máquinas que extraen hoy de los contribuyentes estadounidenses el dinero necesario para construir supercarreteras.

Para "mejorar" el transporte, todos los países, hasta los más pobres, proyectan ahora sistemas viales concebidos para coches de pasajeros y remol-

ques de alta velocidad que se ajustan a la minoría, pendiente del velocímetro, compuesta por productores y consumidores en las clases selectas. Este planteamiento a menudo se justifica racionalmente pintándolo como un ahorro del recurso más precioso de un país pobre: el tiempo del médico, del inspector escolar o del funcionario público. Estos hombres, naturalmente, sirven casi exclusivamente a la misma gente que posee un coche o espera tenerlo algún día. Los impuestos locales y las escasas divisas se derrochan en *falsos servicios de utilidad pública*.

La tecnología "moderna" transferida a los países pobres puede dividirse en tres categorías: bienes, fábricas que los hacen e instituciones de servicios —principalmente escuelas— que convierten a los hombres en productores y consumidores modernos. La mayor parte de los países gastan la mayor proporción de su presupuesto, y con mucho, en escuelas. Los graduados fabricados con escuelas crean entonces una demanda de otros servicios conspicuos de utilidad pública, tales como potencia industrial, carreteras pavimentadas, hospitales modernos y aeropuertos, y éstos crean a su vez un mercado para los bienes hechos para países ricos y, al cabo de un tiempo, la tendencia a importar fábricas anticuadas para producirlos.

De todos los "falsos servicios de utilidad pública", la escuela es el más insidioso. Los sistemas de carreteras producen sólo demanda de coches. Las escuelas crean una demanda para el conjunto completo de instituciones modernas que llenan el extremo derecho del espectro. A un hombre que pusiera en duda la necesidad de carreteras se le tacharía de romántico; al que ponga en tela de juicio la necesidad de escuelas se le ataca de inmediato: un ser sin entrañas o un imperialista.

LAS ESCUELAS COMO FALSOS SERVICIOS DE UTILIDAD PÚBLICA

Al igual que las carreteras, las escuelas dan a primera vista la impresión de estar igualmente abiertas para todos los interesados. De hecho están abiertas sólo para quienes renueven sin cejar sus credenciales. Así como las carreteras crean la impresión de que su nivel actual de costes anuales es necesario para que la gente pueda moverse, así se supone que las escuelas son indispensables para alcanzar la competencia que exige una sociedad que use la tecnología moderna. Hemos expuesto las autopistas como servicios de utilidad pública espurios observando cómo dependen de los automóvi-

les privados. Las escuelas se fundan en la hipótesis igualmente espuria de que el aprendizaje es el resultado de la enseñanza curricular.

Las carreteras son las consecuencias del deseo y la necesidad de moverse que se pervierten para convertirlos en demanda de coches privados. Las escuelas pervierten la natural inclinación a desarrollarse y aprender convirtiéndola en demanda de instrucción. La demanda de una madurez manufacturada es mucho más la abnegación de la actividad iniciada por uno mismo que la demanda de bienes manufacturados. Las escuelas no sólo están a la derecha de las carreteras y los coches, tienen su lugar cerca del extremo del espectro institucional ocupado por los asilos totales. Incluso los productores de recuentos de cuerpos matan solamente cuerpos. Al hacer que los hombres abduquen de la responsabilidad de su propio desarrollo, la escuela conduce a muchos a una especie de suicidio espiritual.

Las carreteras las pagan en parte quienes las utilizan, puesto que los peajes e impuestos al combustible se obtienen sólo de los conductores. La escuela, en cambio, es un sistema perfecto de tributación regresiva, en el que los privilegios cabalgan sobre el lomo de todo público pagador. La escuela fija un gravamen por cabeza sobre la promoción. El subconsumo de distancias recorridas por carretera no es nunca tan costoso como el subconsumo de escolarización. El hombre que no posea un coche en Los Ángeles posiblemente esté casi inmovilizado, pero si se ingenia de algún modo para llegar a su lugar de trabajo, podrá conseguir y conservar un empleo. El desertor escolar carece de vía alternativa. El habitante suburbano en su Lincoln nuevo y su primo campesino que conduce una vieja carcacha se aprovechan más o menos igual de la carretera, aunque el vehículo del uno cueste 30 veces más que el del otro. El valor de la escolarización de un hombre es función del número de años que ha permanecido en escuelas y de la carestía de éstas. La ley no obliga a conducir, en cambio obliga a ir a la escuela.

El análisis de las instituciones según su actual emplazamiento en un espectro continuo izquierda-derecha me permite esclarecer mi convicción de que el cambio social fundamental debe comenzar con un cambio en la conciencia que se tiene de las instituciones y explicar por qué la dimensión de un futuro viable recae en el rejuvenecimiento del estilo institucional.

Durante la década 1960-1970, unas instituciones, nacidas en diversas épocas después de la Revolución francesa, llegaron a su vejez; los sistemas de escuelas públicas fundados en la época de Jefferson o de Atatürk, junto con otros que se iniciaron después de la segunda Guerra Mundial, se hicie-

ron todos burocráticos, autojustificantes y manipulativos. Lo mismo les ocurrió a los sistemas de seguridad social, a los sindicatos, a las principales Iglesias y cuerpos diplomáticos, a la atención de los ancianos y a los servicios funerarios.

Por ejemplo, hoy en día hay un mayor parecido entre los sistemas escolares de Colombia, Inglaterra, la Unión Soviética y Estados Unidos, que entre las escuelas de este último de fines del siglo pasado y las de hoy o las de Rusia en ese tiempo. Las escuelas son hoy obligatorias, sin término definido y competitivo. Esa misma convergencia en el estilo institucional afecta la atención médica, la comercialización, la administración de personal y la vida política. Todos estos procesos institucionales tienden a apilarse en el extremo manipulativo del espectro.

La consecuencia de esta convergencia de instituciones es la fusión de burocracias mundiales. El estilo, el sistema de ordenamiento jerárquico y la parafernalia (desde el libro de texto a la computadora) se normalizan en los consejos de planificación de Costa Rica o de Afganistán, según los modelos de Europa occidental.

Las burocracias parecen centrarse en todas partes en la misma tarea: promover el crecimiento de las instituciones de la derecha. Se ocupan de la fabricación de cosas, la fabricación de normas rituales y la fabricación —y remodelación— de la “verdad ejecutiva”, la ideología o el *fiat* que establece el valor presente que debiera atribuirse a lo que ellas producen. La tecnología proporciona a estas burocracias un poder creciente a la mano derecha de la sociedad. La mano izquierda parece marchitarse y no porque la tecnología sea menos capaz de aumentar el ámbito de la actividad humana y de proporcionar tiempo para el despliegue de la imaginación individual y para la creatividad personal, sino porque ese uso de la tecnología no aumenta el poder de la élite que la administra. El director de correos no tiene control sobre el uso esencial de ese servicio; la telefonista o el directivo de la compañía telefónica carecen de poder para impedir que se preparen adulterios, asesinatos o subversiones usando sus líneas.

En la elección entre la derecha y la izquierda institucional está en juego la naturaleza misma de la vida humana. El hombre debe elegir entre ser rico en cosas o tener libertad para usarlas. Debe elegir entre estilos alternativos de vida y programas conexos de producción.

Aristóteles ya había descubierto que “hacer y actuar” son diferentes, y de hecho tan diferentes que lo uno jamás incluye lo otro. “Porque ni es el actuar una manera de hacer, ni el hacer una manera del verdadero ac-

tuar. La arquitectura [*techne*] es una manera de hacer... dar nacimiento a algo cuyo origen está en su hacedor y no en la cosa. El hacer siempre tiene una finalidad que no es él mismo, y no así la acción, puesto que la buena acción es en sí misma un fin. La perfección en el hacer es un arte; la perfección en el actuar, una virtud.”¹ La palabra que Aristóteles usó para hacer fue *poesis*, y la que usó para actuar, *praxis*. El movimiento hacia la derecha de una institución indica que se la está reestructurando para aumentar su capacidad de “hacer”, mientras que si se desplaza hacia la izquierda indica que se la está reestructurando para permitir un mayor “actuar” o “praxis”. La tecnología moderna ha aumentado la capacidad del hombre para dejar a las máquinas el “hacer” cosas y ha aumentado el tiempo que puede dedicar a “actuar”. El “hacer” las cosas cotidianas imprescindibles ha dejado de ocupar su tiempo. El desempleo es la consecuencia de esta modernización: es la ociosidad del hombre para quien no hay nada que “hacer” y que no sabe cómo “actuar”. El desempleo es la triste ociosidad del hombre que, al revés de Aristóteles, cree que hacer cosas o trabajar es virtuoso y que la ociosidad es mala. El desempleo es la experiencia del hombre que ha sucumbido a la ética protestante. Según Weber, el hombre necesita el ocio para poder trabajar. Según Aristóteles, el trabajo es necesario para poder tener ocio.

La tecnología proporciona al hombre tiempo discrecional que puede llenar ya sea haciendo, ya sea actuando. Toda nuestra cultura tiene abierta ahora la opción entre un triste desempleo o un ocio feliz. Depende del estilo institucional que la cultura elija. Esta elección habría sido inconcebible en una cultura antigua fundada en la agricultura campesina o en la esclavitud. Ha llegado a ser inevitable para el hombre posindustrial.

Una manera de llenar el tiempo disponible es estimular mayores demandas de consumo de bienes y, simultáneamente, de producción de servicios. Lo primero implica una economía que proporciona una falange cada vez mayor de cosas siempre novedosas que pueden hacerse, consumirse y someterse a reciclaje. Lo segundo implica el vano intento de “hacer” acciones virtuosas, haciendo aparecer como tales los productos de las instituciones de “servicios”. Esto conduce a la identificación de la escolaridad con la educación, del servicio médico con la salud, de los programas con la recreación, de la velocidad con la locomoción eficaz. La primera opción lleva ahora el apodo de *desarrollo*.

¹ *Ética a Nicómaco*, 1140.

La manera radicalmente alternativa de llenar el tiempo disponible consiste en una gama limitada de bienes más durables y en proporcionar acceso a instituciones que puedan aumentar la oportunidad y apetencia de las acciones humanas recíprocas.

Una economía de bienes duraderos es exactamente lo contrario de una economía fundada en la obsolescencia programada. Una economía de bienes duraderos significa una restricción en la lista de mercancías. Los bienes habrían de ser de tal especie que diesen un máximo de oportunidad para “actuar” en algo con ellos: artículos hechos para montarlos uno mismo, para autoayudarse, para su reemplazo y reparación.

El complemento de una lista de bienes durables, reparables y reutilizables no es un aumento de servicios producidos institucionalmente, sino más bien una estructura institucional que eduque constantemente en la acción, en la participación, en la autoayuda. El movimiento de nuestra sociedad desde el presente —en el que todas las instituciones gravitan hacia una burocracia posindustrial— a un futuro de convivencialidad posindustrial —en el que la intensidad de la acción sería preponderante sobre la producción— debe comenzar con una renovación del estilo de las instituciones de servicio y, antes que nada, por una renovación de la educación. Un futuro deseable y factible depende de nuestra disposición a invertir nuestro saber tecnológico en el desarrollo de instituciones convivenciales. En el terreno de las investigaciones sobre educación, esto equivale a exigir que se trastroquen las tendencias actuales.

V. COMPATIBILIDADES IRRACIONALES¹

CREO QUE LA CRISIS CONTEMPORÁNEA de la educación nos obliga más bien a modificar la idea de un aprendizaje públicamente prescrito, y no los métodos usados para hacerlo cumplir. La proporción de desertores —especialmente de alumnos de los primeros años de bachillerato y de maestros de primaria— señala que las bases están pidiendo un enfoque totalmente nuevo. Al “practicante del aula” que se estima un profesor liberal se le ataca cada vez más por todos lados. El movimiento pro escuela libre, que confunde disciplina con adoctrinamiento, le ha adjudicado el papel de elemento destructivo y autoritario. El tecnólogo educativo demuestra sostenidamente la inferioridad del profesor para medir y modificar la conducta. Y la administración escolar para la que trabaja lo obliga a inclinarse tanto ante Summerhill como ante Skinner, poniendo en evidencia que el aprendizaje obligatorio no puede ser una empresa liberal. No debe asombrar que el índice de maestros desertores esté superando el de los alumnos.

El compromiso que Estados Unidos ha contraído de educar obligatoriamente a sus menores se demuestra tan vano como el pretendido compromiso norteamericano de democratizar obligatoriamente a los vietnamitas. Las escuelas convencionales obviamente no pueden hacerlo. El movimiento pro escuela libre seduce a los educadores no convencionales, pero en definitiva lo hace en apoyo de la ideología convencional de la escolarización. Y lo que prometen los tecnólogos de la educación, a saber, que sus investigaciones y desarrollo —si se les dota de fondos suficientes— pueden ofrecer alguna especie de solución final a la resistencia de la juventud contra el aprendizaje obligatorio, suena tan confiado y demuestra ser tan fatuo como las promesas hechas por los tecnólogos militares.

Las críticas dirigidas contra el sistema escolar estadounidense por parte de los conductistas, y las que provienen de la nueva raza de educadores racionales, parecen diametralmente opuestas. Los conductistas aplican las in-

¹ Este capítulo fue presentado originalmente en una sesión de la American Educational Research Association, en la ciudad de Nueva York, el 6 de febrero de 1971.

vestigaciones sobre educación a la "inducción de instrucción autotélica mediante paquetes de aprendizaje individualizados". El estilo conductista choca con la idea de hacer que los jóvenes ingresen por voluntad propia en unas comunas liberadas que les invitan a ingresar, las cuales estarían supervisadas por adultos. No obstante, bajo una perspectiva histórica, ambas no son sino manifestaciones contemporáneas de las metas, aparentemente contradictorias, pero en verdad complementarias, del sistema escolar público. Desde los comienzos de este siglo, las escuelas han sido protagonistas del control social por una parte y de la cooperación libre por la otra, poniéndose ambos aspectos al servicio de la "buena sociedad" a la que se concibe como una estructura corporativa altamente organizada y de suave funcionamiento. Sometidos al impacto de una urbanización intensa, los niños se convierten en un recurso natural que las escuelas han de moldear para luego alimentar la máquina industrial. Las políticas progresistas y el culto a la eficiencia coincidieron con el crecimiento de la escuela pública estadounidense.² La orientación vocacional y la *junior highschool*³ fueron dos importantes resultados de este tipo de conceptos.

Parece, por consiguiente, que el intento de producir cambios específicos en el comportamiento, que puedan medirse y de los que pueda responsabilizarse al encargado del proceso, es sólo el anverso de la medalla, cuyo reverso es la pacificación de la nueva generación dentro de enclaves especialmente proyectados que los inducirán a entrar en el sueño de sus mayores. Estos seres pacificados en sociedad están bien descritos por Dewey, quien quiere que "hagamos de cada una de nuestras escuelas una vida comunitaria en embrión, activa, con tipos de ocupaciones que reflejen la vida de la sociedad en pleno, y la *impregnen* con el espíritu del arte, de la historia, de la ciencia". Bajo esta perspectiva histórica, sería un grave error interpretar la actual controversia a tres bandas entre el establecimiento escolar, los tecnólogos de la educación y las escuelas libres como el preludio de una revolución en la educación. Esta controversia refleja más bien una etapa de un intento para convertir a grandes trancos un viejo sueño en hecho y convertir finalmente todo aprendizaje valedero en el resultado de una enseñanza profesional. La mayoría de las alternativas educativas propuestas convergen hacia metas que son inmanentes a la producción del

² Véase Joel Spring, *Education and the Rise of the Corporate State*, Cuaderno núm. 50, Centro Intercultural de Documentación, Cuernavaca, México, 1971.

³ Equivalente a los grados primero, segundo y tercero de secundaria, o los antiguos tres primeros años de bachillerato —cuando había seis—. [T.]

hombre cooperativo cuyas necesidades individuales se satisfacen mediante su especialización en el sistema estadounidense: están orientadas hacia el mejoramiento de lo que yo llamo —a falta de una mejor expresión— la sociedad escolarizada. Incluso los críticos aparentemente radicales del sistema escolar no están dispuestos a abandonar la idea de que tienen una obligación para con los jóvenes, especialmente para con los pobres, la obligación de hacerlos pasar por el proceso, sea mediante amor o mediante odio, para meterlos en una sociedad que necesita especialización disciplinada tanto de sus productores como de sus consumidores y, asimismo, el pleno compromiso de todos ellos con la ideología que antepone a todo el crecimiento económico.

La disensión enmascara la contradicción inherente a la idea misma de escuela. Los sindicatos establecidos de profesores, los brujos de la tecnología y los movimientos de liberación escolar refuerzan el compromiso de la sociedad entera con los axiomas fundamentales de un mundo escolarizado, más o menos del modo en que muchos movimientos pacifistas y de protesta refuerzan el compromiso de sus miembros —sean negros, mujeres, jóvenes o pobres— con la búsqueda de justicia mediante el crecimiento del ingreso nacional bruto.

Es fácil anotar algunos de los postulados que ahora pasan inadvertidos a la crítica. En primer lugar está la creencia compartida de que la conducta que se ha adquirido ante los ojos de un pedagogo es de especial valor para el alumno y de especial provecho para la sociedad. Esto está relacionado con el supuesto de que el hombre social nace sólo en la adolescencia, y que nace adecuadamente sólo si madura en la escuela-matriz, que algunos desean hacer dulce mediante el *laissez-faire*,⁴ otros quieren llenar de artilugios mecánicos y unos terceros buscan barnizar con una tradición liberal. Está finalmente una visión común de la juventud, psicológicamente romántica y políticamente conservadora. Según esta visión, los cambios de la sociedad deben llevarse a cabo agobiando a los jóvenes con la responsabilidad de transformarla —pero sólo después de que en su momento se han liberado de la escuela—. Para una sociedad fundada en tales postulados es fácil ir creando un sentido de su responsabilidad respecto de la educación de la nueva generación, y esto inevitablemente significa que algunos hombres pueden fijar, especificar y evaluar las metas personales de otros. En un “párrafo tomado de una enciclopedia china imaginaria” Jorge Luis Borges

⁴ En francés, en el original. [E.]

trata de evocar el mareo que debe producir ese intento. Nos dice que los animales están divididos en las clases siguientes: "a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas". Ahora bien, semejante taxonomía no aparece a menos que alguien estime que puede servir para sus fines: en este caso, supongo, ese alguien era un cobrador de impuestos. Para él, al menos, esta taxonomía bestiaría *tiene* que haber tenido sentido, tal como la taxonomía de objetivos educativos tiene sentido para los autores científicos.

La visión de hombres dotados de una lógica tan inescrutable, y autorizados para evaluar su ganado, debe haber producido en el campesino un helado sentimiento de impotencia. Los estudiantes, por motivos parecidos, tienden a sentirse paranoicos cuando se someten seriamente a un currículum. Inevitablemente se asustan aún más que mi imaginario campesino chino, porque no es su ganado, sino sus objetivos vitales los que están siendo marcados con un signo inescrutable.

Este pasaje de Borges es fascinante, porque evoca la lógica de la *compatibilidad irracional* que hace a las burocracias de Kafka y de Koestler tan siniestras y no obstante tan evocadoras de la vida cotidiana. El encadenamiento implacable de las reglas parece embrujar a quienes se vuelven cómplices de ellas y los empuja a hacer prueba de una disciplina todavía más ciega. Es la lógica creada por la conducta burocrática. Y se convierte en la lógica de una sociedad que exige que a los administradores de sus instituciones educativas se les considere públicamente responsables de la modificación del comportamiento que producen en sus clientes. Los estudiantes a los que se puede motivar para valorar los paquetes educativos que sus profesores les obligan a consumir son comparables a los campesinos chinos que pueden ajustar sus rebaños al formulario de impuestos que ofrece Borges.

Durante el transcurso de las dos últimas generaciones triunfó en algún momento en la cultura norteamericana un compromiso con la terapia, y vino a considerarse a los profesores como los terapeutas cuyas recetas todos los hombres necesitan, si es que desean gozar de la libertad y la igualdad con las cuales, según la Constitución, han nacido.

Ahora los profesores-terapeutas siguen adelante al proponer como paso siguiente el tratamiento educativo vitalicio. El *estudio* de este tratamiento

está sujeto a discusión: ¿debiera adoptar la forma de una asistencia constante de los adultos al aula? ¿O la de éxtasis electrónico? ¿O de sesiones periódicas de sensibilización? Todos los educadores están prontos a conspirar para extender los muros del aula y agrandarla, con la meta de transformar la cultura completa en una escuela.

Detrás de la retórica y del alboroto, la controversia sobre el futuro de la educación que tiene lugar en Estados Unidos es más conservadora que el debate en otros ámbitos de la política común. Respecto de las relaciones exteriores, por lo menos, una minoría organizada nos recuerda constantemente que el país debe renunciar a su papel de policía del mundo. Los economistas radicales, y ahora incluso sus profesores, menos radicales, ponen en duda la convivencia del crecimiento conjunto como meta. Hay grupos de presión para favorecer la medicina preventiva y no la curativa y otros propugnan por la fluidez en vez de la velocidad en el transporte. Sólo en el ámbito de la educación permanecen dispersas las voces articuladas que piden una desescolarización radical de la sociedad. Existe una carencia de argumentación persuasiva y de un liderazgo maduro encaminados a quitar el apoyo oficial a todas y cada una de las instituciones que tienen por fin el *aprendizaje* obligatorio. Por el momento, la desescolarización radical de la sociedad es todavía una causa sin partido. Esto sorprende especialmente en un periodo de resistencia creciente, aunque caótica, a todas las formas de instrucción planificada institucionalmente, por parte de los jóvenes de 12 a 17 años.

Los innovadores educativos siguen suponiendo que las instituciones educativas funcionan como embudos para los programas que ellos envasan. Para los fines de mi argumento da lo mismo que estos embudos tengan la forma de un aula, de un transmisor de televisión o de una "zona liberada". Es igualmente ajeno al asunto si los envases suministrados son ricos o pobres, calientes o fríos, duros y mensurables (como Matemáticas III) o imposibles de evaluar (como la sensibilización). Lo que interesa es que se suponga que la educación es el resultado de un proceso institucional dirigido por el educador. Mientras las relaciones continúen siendo aquellas que existen entre un proveedor y un consumidor, el trabajo de investigación sobre educación continuará siendo un proceso circular. Acumulará pruebas científicas en apoyo de la necesidad de más paquetes educativos y del perfeccionamiento de los métodos de entrega, tal como cierta rama de las ciencias sociales puede probar la necesidad de acrecentar la distribución de los productos de la institución militar.

Una revolución educativa se apoya en una doble inversión: una nueva orientación del trabajo de investigación y una nueva comprensión del estilo educativo de una contracultura emergente.

La investigación operativa trata ahora de optimizar la eficiencia de una estructura heredada —un marco de referencia que jamás se pone en tela de juicio—. Este marco de referencia tiene la estructura sintáctica de un embudo para paquetes de enseñanza. La alternativa sintáctica respecto del mismo es una red o trama educativa para el montaje autónomo de recursos bajo el control personal de cada aprendiz. Esta estructura alternativa de una institución educativa yace ahora en el punto ciego conceptual de nuestra investigación operativa. Si la investigación se enfocara en él, ello constituiría una auténtica revolución científica.

El punto ciego de los trabajos de investigación en educación refleja la parcialidad cultural de una sociedad en la que el crecimiento tecnológico se ha confundido con el control tecnocrático. Para el tecnócrata, el valor de un entorno aumenta conforme pueda programarse un mayor número de contactos entre un hombre y su medio ambiente. Es este mundo, las elecciones abiertas para el observador o el planificador deben estar acordes con los deseos de quienes están sometidos a una observación y a quienes se denomina los "beneficiarios". La libertad se reduce a la elección entre unas mercancías envasadas.

La contracultura emergente afirma los valores del contenido semántico por encima de la eficiencia de una sintaxis mayor y más rígida. Valora la riqueza de la connotación por encima del poder de la sintaxis para producir riquezas. Valora la consecuencia imprevisible de la instrucción profesional. Esta reorientación hacia la sorpresa personal, y no hacia los valores producidos por la institución, es capaz de perturbar el orden establecido hasta que podamos separar la creciente disponibilidad de las herramientas tecnológicas que facilitan el encuentro del creciente control del tecnócrata sobre lo que ocurre cuando la gente se reúne.

Nuestras actuales instituciones educativas están al servicio de las metas del profesor. Las estructuras de relación que necesitamos son las que permitan a cada hombre definirse él mismo aprendiendo y contribuyendo al aprendizaje de otros.

VI. TRAMAS DEL APRENDIZAJE

EN UN CAPÍTULO ANTERIOR examiné aquello que se está convirtiendo en una queja común acerca de las escuelas, una queja que se hace sentir, por ejemplo, en un informe reciente de la Carnegie Commission: en las escuelas los alumnos matriculados se someten ante maestros diplomados a fin de obtener sus propios diplomas; ambos quedan frustrados y ambos culpan a los recursos insuficientes —dinero, tiempo o edificios— de su mutua frustración.

Una crítica semejante conduce a muchos a pensar si no será posible concebir un estilo diferente de aprendizaje. Paradójicamente, si a esas mismas personas se les insta a especificar cómo adquirieron lo que saben y estiman, admitirán prontamente que con mayor frecuencia lo aprendieron fuera y no dentro de la escuela. Su conocimiento de hechos, lo que entienden de la vida y de su trabajo les vino de la amistad o del amor, de leer, del ejemplo de sus iguales o de la incitación de un encuentro callejero. O tal vez aprendieron lo que saben por medio del ritual de iniciación de una pandilla callejera, de un hospital, de la redacción de un periódico, de un taller de fontanería o de una oficina de seguros. La alternativa a la dependencia respecto de las escuelas no es el uso de recursos públicos para algún nuevo dispositivo que “haga” aprender a la gente; es más bien la creación de un nuevo estilo de relación educativa entre el hombre y su medio. Para propiciar este estilo será necesaria una modificación de la idea que nos hacemos del crecimiento, de los útiles necesarios para aprender y de la calidad y estructura de la vida cotidiana.

Las actitudes ya están cambiando. Ha desaparecido la orgullosa dependencia respecto de la escuela. En la industria del conocimiento se acrecienta la resistencia del consumidor. Muchos profesores y alumnos, contribuyentes y patronos, economistas y policías, preferirían no seguir dependiendo de las escuelas. Lo que impide que su frustración dé forma a otras instituciones es una carencia no sólo de imaginación, sino también, con frecuencia, de un lenguaje apropiado y de un interés personal ilustrado. No pueden visualizar ya sea una sociedad desescolarizada, ya sean unas instituciones educativas en una sociedad que haya privado de apoyo oficial a la escuela.

En este capítulo me propongo mostrar que lo contrario de la escuela es posible: que podemos apoyarnos en el aprendizaje automotivado en vez de contratar profesores para sobornar u obligar al estudiante a hallar el tiempo y la voluntad de aprender, que podemos proporcionar al aprendiz nuevos vínculos con el mundo en vez de continuar canalizando todos los programas educativos por medio del profesor. Examinaré algunas de las características que distinguen la escolarización del aprendizaje y esbozaré cuatro categorías principales de instituciones que serían atractivas no sólo para muchas personas, sino también para muchos grupos de intereses comunes.

UNA OBJECCIÓN:

¿A QUIÉN PUEDEN SERVIRLE UNOS PUENTES HACIA LA NADA?

Estamos acostumbrados a considerar las escuelas como una variable que depende de la estructura política y económica. Si podemos cambiar el estilo de la dirección política o promover los intereses de una clase u otra, suponemos que el sistema escolar cambiará también. En cambio, las instituciones educativas que propondré están ideadas para servir a una sociedad que no existe ahora, aunque la actual frustración respecto de las escuelas tiene en sí el potencial de una fuerza importante para poner en movimiento un cambio hacia nuevas configuraciones sociales. Contra este planteamiento se ha suscitado una objeción de peso: ¿por qué canalizar energías para construir puentes hacia ninguna parte, en vez de organizarlas primero para cambiar no las escuelas, sino el sistema político y económico?

No obstante, esta objeción subestima la naturaleza política y económica del sistema escolar en sí, así como el potencial político inherente a cualquier oposición eficaz a ella.

En un sentido fundamental, las escuelas han dejado de ser dependientes de la ideología profesada por cualquier gobierno u organización de mercados. Otras instituciones pueden diferir de un país a otro: la familia, el partido, la Iglesia, la prensa. Pero el sistema escolar tiene por doquier la misma estructura, y en todas partes el currículum oculto tiene el mismo efecto. De modo invariable, modela al consumidor que valora los bienes institucionales sobre los servicios no profesionales de un prójimo.

El currículum oculto de la escolarización inicia en todas partes al ciudadano en el mito de que algunas burocracias guiadas por el conocimiento científico son eficientes y benevolentes. Por doquiera, este mismo currícu-

lum inculca en el alumno el mito de que la mayor producción proporcionará una vida mejor. Y por doquiera crea el hábito —que se contradice a sí mismo— de consumo de servicios y de producción enajenante, la tolerancia ante la dependencia institucional y el reconocimiento de los escalafones institucionales. El currículum oculto sustenta la tolerancia ante la dependencia institucional, el reconocimiento por los profesores y cualquiera que sea la ideología preponderante.

En otras palabras, las escuelas son fundamentalmente semejantes en todos los países, sean éstos fascistas, democráticos o socialistas, grandes o pequeños, ricos o pobres. La identidad del sistema escolar nos obliga a reconocer la profunda identidad en todo el mundo, del mito, del modo de producción y del método de control social, pese a la gran variedad de mitologías en las cuales encuentra expresión el mito.

En vista de esta identidad, es ilusorio pretender que las escuelas son, en algún sentido profundo, unas variables dependientes. Esto significa que esperar un cambio social o económico concebido convencionalmente, es también una ilusión. Más aún, esta ilusión concede a la escuela —el órgano de reproducción de la sociedad de consumo— una inmunidad casi indiscutida.

Al llegar a este punto es cuando adquiere importancia el ejemplo de China. Durante tres milenios, China protegió el aprendizaje superior por medio de un divorcio total entre el proceso del aprendizaje y el privilegio conferido por los exámenes para optar a altos cargos públicos. Para llegar a ser una potencia mundial y una nación-Estado moderno, China tuvo que adoptar el estilo internacional de escolarización. Sólo una mirada retrospectiva nos permitirá descubrir si la Gran Revolución Cultural resultará haber sido el primer intento logrado de desescolarizar las instituciones de la sociedad.

Incluso la creación a retazos de nuevos organismos educativos que fuesen lo inverso de la escuela sería un ataque sobre el eslabón más sensible de un fenómeno ubicuo, el cual es organizado por el Estado en todos los países. Un programa político que no reconozca explícitamente la necesidad de la desescolarización no es revolucionario; es demagogia que pide más de lo mismo. Todo programa político importante de esta década debiera medirse con este rasero: ¿hasta dónde es claro afirmar la necesidad de la desescolarización —y qué directrices ofrece para asignar la calidad educativa de la sociedad hacia la cual se encamina—?

La lucha contra el dominio que ejercen el mercado mundial y la política de las grandes potencias puede estar fuera del alcance de ciertas comu-

nidades o países pobres, pero esta debilidad es una razón más para hacer hincapié en la importancia que tiene liberar a cada sociedad mediante una inversión de su estructura educativa, cambio este que no está más allá de los medios de ninguna sociedad.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE UNAS NUEVAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS FORMALES

Un buen sistema educativo debería tener tres objetivos: proporcionar a todos aquellos que lo quieren el acceso a recursos disponibles en cualquier momento de sus vidas; dotar a todos los que quieran compartir lo que saben del poder de encontrar a quienes quieran aprender de ellos, y, finalmente, dar a todo aquel que quiera presentar al público un tema de debate la oportunidad de dar a conocer su argumento. Un sistema como éste exigiría que se aplicaran a la educación unas garantías constitucionales. Los aprendices no podrían ser sometidos a un currículum obligatorio o a una discriminación fundada en la posesión o carencia de un certificado o diploma. Ni se obligaría tampoco al público a mantener, mediante una retribución regresiva, un gigantesco aparato profesional de educadores y edificios que de hecho disminuye las posibilidades que el público tiene de acceder a los servicios que la profesión está dispuesta a ofrecer en el mercado. Debería usar la tecnología moderna para lograr que la libre expresión, la libre reunión y la prensa libre fuesen universales y, por consiguiente, plenamente educativas.

Las escuelas están proyectadas a partir del supuesto de que cada cosa en la vida tiene un secreto; de que la calidad de la vida depende de conocer ese secreto; de que los secretos pueden conocerse en ordenadas sucesiones, y de que sólo los profesores pueden revelar adecuadamente esos secretos. Una persona de mente escolarizada concibe el mundo como una pirámide de paquetes clasificados accesible sólo a aquellos que llevan los rótulos apropiados. Las nuevas instituciones educativas destruirían esta pirámide. Su propósito debe ser facilitar el acceso al aprendiz, permitirle mirar al interior de la sala de control o del parlamento, si no puede entrar por la puerta. Además, esas nuevas instituciones deberían ser canales a los que el aprendiz tuviese acceso sin credenciales ni títulos de linaje —espacios públicos en los que iguales y mayores situados fuera de su horizonte inmediato se harían accesibles—.

Pienso que no más de cuatro —y posiblemente hasta tres— “canales” distintos o centros de intercambio podrían contener todos los recursos necesarios para el aprendizaje real. El niño crece en un mundo de cosas, rodeado de personas que sirven de modelos para habilidades y valores. Encuentra seres como él, sus iguales, que le incitan a discutir, a competir, a cooperar, a entender, y si el niño es afortunado, se ve expuesto a la confrontación o a la crítica de un mayor experimentado que realmente se preocupe. Cosas, modelos, iguales y mayores son cuatro recursos, cada uno de los cuales requiere un tipo diferente de ordenamiento para asegurar que todos tengan acceso a él.

Usaré las palabras “trama de oportunidad” en vez de “red” para designar las maneras específicas de proporcionar acceso a cada uno de los cuatro conjuntos de recursos. Desafortunadamente, “red” se emplea con frecuencia para designar los canales reservados a los materiales seleccionados por terceros para el adoctrinamiento, la instrucción y la recreación. Pero también puede usarse para los servicios postal o telefónico, que son primariamente accesibles para personas que quieren enviarse mensajes entre sí. Ojalá tuviésemos otra palabra para designar tales estructuras reticulares a fin de tener un acceso recíproco, una palabra que no evocase tanto una trampa, menos degradada por el uso corriente, y que sugiriese más el hecho de que cualquier ordenamiento de esta especie abarca aspectos legales, organizativos y técnicos. No habiendo hallado dicho término, trataré de redimir el único disponible, usándolo como sinónimo de “trama educativa”.

Lo que se precisa son nuevas redes, de la cuales el público pueda disponer fácilmente y que estén concebidas para difundir una igualdad de oportunidades para aprender y enseñar.

Para dar un ejemplo: en la televisión y en los magnetófonos se usa el mismo nivel de tecnología. Todos los países latinoamericanos han introducido la televisión: en Bolivia, el gobierno financió una estación transmisora de televisión, que se construyó hace siete años, y no hay más de 7 000 televisores para cuatro millones de ciudadanos. El dinero empozado hoy en instalaciones de televisión por toda América Latina podría haber dotado de magnetófonos a un ciudadano de cada cinco. Además, el dinero habría bastado para proporcionar un número casi ilimitado de cintas grabadas, con puestos de entrega incluso en aldeas perdidas, como también para un amplio suministro de cintas no grabadas.

Esta red de magnetófonos sería, por supuesto, radicalmente diferente de la red actual de televisión. Proporcionaría oportunidades a la libre

expresión: letrados y analfabetos podrían, por igual, registrar, preservar, difundir y repetir sus opiniones. La inversión actual en televisión, en cambio, proporciona a los burócratas, sean políticos o educadores, el poder de rociar el continente con programas producidos institucionalmente, que ellos —o sus patrocinadores— deciden que son buenos para el pueblo o que éste los pide.

CUATRO REDES

El planteamiento de nuevas instituciones educativas no debiera comenzar por las metas administrativas de un rector director, ni por las metas pedagógicas de un educador profesional, ni por las metas de aprendizaje de una clase hipotética de personas. No debe iniciarse con la pregunta: “¿Qué debiera aprender alguien?”, sino con la pregunta: “¿Con qué tipos de cosas y personas podrían querer ponerse en contacto los que buscan aprender a fin de aprender?”

Alguien que quiera aprender sabe que necesita tanto información como reacción crítica respecto del uso de esta información por parte de otra persona. La información puede almacenarse en personas y en cosas. En un buen sistema educativo el acceso a las cosas debiera estar disponible con sólo pedirlo el aprendiz, mientras el acceso a los informantes requeriría además el conocimiento de terceros. La crítica puede asimismo provenir de dos direcciones: de los iguales o de los mayores, esto es, de compañeros de aprendizaje cuyos intereses inmediatos concuerden con los míos, o de aquellos que me concederán una parte de su experiencia superior. Los iguales pueden ser colegas con quienes suscitar un debate, compañeros para una caminata o lectura juguetona y deleitable (o ardua), retadores en cualquier clase de juegos. Los mayores pueden ser asesores acerca de qué destreza aprender, qué método usar, qué compañía buscar en un momento dado. Pueden ser guías respecto a la pregunta correcta que hay que plantear entre iguales y a la deficiencia de las respuestas a que lleguen. La mayoría de estos recursos son abundantes. Pero convencionalmente ni se les percibe como recursos educativos, ni es fácil el acceso a ellos para fines de aprendizaje, especialmente para los pobres. Debemos idear nuevas estructuras de relación que se monten con el deliberado propósito de facilitar el acceso a estos recursos para el uso de cualquiera que esté motivado a buscarlos para su educación. Para montar estas estructuras tramadas se requieren disposiciones administrativas, tecnológicas y especialmente legales.

Los recursos educativos suelen rotularse según las metas curriculares de los educadores. Propongo hacer lo contrario, y rotular cuatro enfoques diferentes que permitan al estudiante conseguir el acceso a cualquier recurso educativo que pueda ayudarle a definir y lograr sus propias metas:

1. Servicios de referencia respecto de Objetos Educativos. Que faciliten el acceso a cosas o procesos usados para el aprendizaje formal. Algunas de estas cosas pueden reservarse para ese fin, almacenadas en bibliotecas, agencias de alquiler, laboratorios y salas de exposición, tales como museos y teatros; otras pueden estar en uso cotidiano en fábricas, aeropuertos o puestas en granjas, pero a disposición de estudiantes como aprendices o en horas de descanso.

2. Servicios de habilidades. Que permitan a unas personas hacer una lista de sus habilidades, las condiciones según las cuales están dispuestas a servir de modelos a otros que quieran aprender esas habilidades y las direcciones en que se les puede hallar.

3. Servicio de búsqueda de Compañero. Una red de comunicaciones que permita a las personas describir la actividad de aprendizaje a la que desean dedicarse, con la esperanza de hallar un compañero para la búsqueda.

4. Servicios de referencia respecto de Educadores Independientes, los cuales pueden figurar en un catálogo que indique las direcciones y las descripciones —hechas por ellos mismos— de profesionales, paraprofesionales e independientes, conjuntamente con las condiciones de acceso a sus servicios. Tales educadores, como veremos, podrían elegirse mediante encuestas o consultando a sus clientes anteriores.

SERVICIOS DE REFERENCIA RESPECTO DE OBJETOS EDUCATIVOS

Las cosas son recursos básicos para aprender. La calidad del entorno y la relación de una persona con él determinarán cuánto aprenderá incidentalmente. El aprendizaje formal exige el acceso especial a cosas corrientes, por una parte o, por la otra, el acceso fácil y seguro a cosas especiales hechas con fines educativos. Un ejemplo del primer caso es el derecho especial a hacer funcionar o a desarmar una máquina en un garaje. Un ejemplo del segundo caso es el derecho general a usar un ábaco, una computadora, un libro, un jardín botánico o una máquina retirada de la producción y puesta a plena disposición de unos estudiantes.

En la actualidad, la atención se centra en la disparidad entre niños ricos y pobres en cuanto a su acceso a cosas y en la manera en que pueden aprender de ellas. La OEO¹ y otros organismos, siguiendo este planteamiento, se concentran en igualar las posibilidades de cada cual, tratando de proveer de un mayor instrumental educativo a los pobres. Un punto de partida más radical sería reconocer que, en la ciudad, a ricos y pobres se les mantiene igualmente alejados de manera artificial de las cosas que los rodean. Los niños nacidos en la era de los plásticos y de los expertos en eficiencia deben traspasar dos barreras que obstaculizan sus entendimientos: una incorporada a las cosas y la otra construida en torno a las instituciones. El diseño industrial crea un mundo de cosas que ofrecen resistencia a la comprensión de su naturaleza interna, y las escuelas tapian al aprendiz respecto del mundo de las cosas en su escenario significativo.

Después de una breve visita a Nueva York, una mujer de una aldea mexicana me dijo que le había impresionado que las tiendas vendiesen “solamente productos muy maquillados con cosméticos”. Entendí que ella quería decir que los productos industriales “hablan” a sus clientes acerca de sus encantos y no acerca de su naturaleza. La industria ha rodeado a la gente de artefactos hechos de manera que sólo a los especialistas les está permitido entender su mecanismo interno. Al no especialista que intenta hacer marchar el reloj o hacer sonar el teléfono o hacer funcionar la máquina de escribir, se le desalienta con la advertencia de que se romperá si lo intenta. Puede que se le diga qué hace funcionar un radio de transistores, pero no puede descubrirlo por sí mismo. Este tipo de diseño tiende a reforzar una sociedad no inventiva, en la que los expertos encuentran cada vez más fácil esconderse detrás de su pericia y más allá de una evaluación.

El entorno creado por el hombre ha llegado a ser tan inescrutable como la naturaleza lo es para el primitivo. Al mismo tiempo, los materiales educativos los ha monopolizado la escuela. Los objetos educativos simples han sido costosamente empacados por la industria del conocimiento. Se han convertido en herramientas especializadas para los educadores profesionales, y se ha inflado su coste al obligarles a estimular ya sea entornos, ya sea profesores.

El profesor es celoso del libro de texto al que define como su instrumento profesional. El estudiante puede llegar a odiar el laboratorio porque lo asocia con tareas escolares. El administrador racionaliza su actitud pro-

¹ Office of Economic Opportunity, organismo oficial en Estados Unidos. [T.]

tectora hacia la biblioteca como una defensa de un instrumental público costoso contra quienes quisieran jugar con ella más bien que aprender. En esta atmósfera, el estudiante usa con excesiva frecuencia el mapa, el laboratorio, la enciclopedia o el microscopio sólo en los escasos momentos en que el currículum le dice que debe hacerlo. Incluso los grandes clásicos se convierten en arte de la "novatada" universitaria, en vez de señalar una nueva dirección en la vida de una persona. La escuela aparta las cosas del uso cotidiano al rotularlas como instrumentos educativos.

Para que podamos desescolarizar será preciso invertir ambas tendencias. El entorno físico general debe hacerse accesible, y aquellos recursos físicos de aprendizaje que han sido reducidos a instrumentos de enseñanza deben llegar a estar disponibles para el aprendizaje autodirigido. Usar cosas sólo como partes de un currículum puede tener un efecto incluso peor que apartarlas del entorno general. Puede corromper las actitudes de los alumnos.

Los juegos son un caso de este tipo. No me refiero a los "juegos" del departamento de educación física (tales como el fútbol o el baloncesto), que las escuelas usan para generar ingresos y prestigio y en los que han hecho sustanciosas inversiones de capital. Como lo saben muy bien los mismos atletas, estas empresas, que adoptan la forma de torneos guerreros, han minado el aspecto juguetón de los deportes y se usan para reforzar la naturaleza competitiva de las escuelas. Hablo más bien de los juegos educativos que pueden proporcionar una manera singular de entender los sistemas formales. Un amigo mío fue a un mercado mexicano con un juego llamado *Wff'n Proff*, que consta de varios dados en los que están impresos 12 símbolos lógicos. Mostró a unos niños qué combinaciones formaban una frase bien hecha —unas dos o tres de las muchas posibles— e, inductivamente, al cabo de la primera hora, algunos mirones también captaron el principio. A las pocas horas, jugando pruebas lógicas formales, algunos niños eran capaces de iniciar a otros en las pruebas formales de la lógica de proposiciones. Los otros simplemente se fueron.

Para algunos niños dichos juegos son en efecto una forma especial de liberar la educación, puesto que les permite descubrir que los sistemas formales se fundan en axiomas mutables y que las operaciones conceptuales tienen un carácter lúdico. Son asimismo simples, baratos y en buena parte pueden organizarlos los jugadores mismos. Cuando se usan fuera del currículum, tales juegos dan una oportunidad para identificar y desarrollar el talento poco común, mientras que el psicólogo escolar identificará a menu-

do a quienes posean dicho talento como a personas en peligro de llegar a ser antisociales, enfermas o desequilibradas. Dentro de la escuela, cuando se usan en forma de torneos, a los juegos no sólo se les saca de la esfera de la recreación, a menudo se convierten en instrumentos para transformar al alumno juguetón en un espíritu competitivo y la falta de razonamiento abstracto en signo de inferioridad. Un ejercicio que para ciertos tipos de carácter es liberador, se convierte en camisa de fuerza para otros.

El control de la escuela sobre el instrumental educativo tiene además otro efecto. Aumenta enormemente el coste de esos materiales baratos. Una vez que su uso se restringe a unas horas programadas, se paga a profesionales que supervisen su adquisición, almacenamiento y uso. Entonces los estudiantes descargan su rabia contra la escuela sobre el instrumental, que es preciso adquirir nuevamente.

Algo paralelo a la intocabilidad de los útiles educativos es la impenetrabilidad de la moderna chatarra. En la década de 1930 cualquier muchacho que se respetara sabía reparar un automóvil, pero ahora los fabricantes de coches multiplican los alambres y apartan los manuales de todo el que no sea un mecánico especializado. En un periodo anterior un radio viejo contenía suficientes bobinas y condensadores como para construir un transmisor que hiciera chillar por realimentación a todos los radios del vecindario. Los radios de transistores son más portátiles, pero nadie se atreve a desarmarlos. En los países altamente industrializados sería inmensamente difícil cambiar esto, pero al menos en los países del Tercer Mundo debemos insistir en ciertas cualidades educativas incorporadas al objeto.

Para ilustrar mi argumento, permítaseme presentar un modelo: gastando 10 millones de dólares sería posible conectar 40 000 aldeas de un país como Perú mediante una telaraña de pistas de un metro ochenta de ancho y mantenerlas funcionando; además, dotar al país de 200 000 burros mecánicos de tres ruedas —cinco por aldea como promedio—. Pocos países pobres de ese tamaño gastan menos de esa cantidad cada año en coches y caminos, cuyo uso, el de ambos, se limita principalmente a los ricos y a sus empleados, mientras la gente pobre queda atrapada en sus aldeas. Cada uno de estos pequeños vehículos, simples pero duraderos, equipados con un motor de seis caballos de fuerza, costaría 125 dólares. Un “burro” podría andar a 24 kilómetros por hora, y trasladaría cargas de unos 400 kilogramos (es decir, la mayoría de las cosas que suelen moverse, aparte de troncos y vigas de acero).

El atractivo político que dicho sistema de transporte tendría para el campesinado es obvio. Igualmente obvio es el motivo por el cual quienes detentan el poder —y por tanto poseen, automáticamente, un coche— no están interesados en gastar dinero en pistas semejantes y en obstruir los caminos con burros motorizados. El burro universal podría funcionar sólo si los dirigentes de un país impusieran un límite de, digamos, 40 kilómetros por hora y adaptaran sus instituciones públicas a ese límite. El modelo no podría funcionar si estuviese concebido sólo como un parche.

No es éste el lugar apropiado para examinar en detalle la factibilidad política, social, económica, financiera y técnica de este modelo. Deseo solamente indicar que los considerandos educativos pueden ser de primordial importancia cuando se elige una alternativa semejante frente a un transporte que usa relativamente más capital que mano de obra. Aumentando el coste unitario de cada burro 20% se haría posible planificar la producción de todas sus piezas de modo que, hasta donde fuera posible, cada futuro dueño pasase de uno a dos meses haciendo y entendiendo su máquina y fuese capaz de repararla. Con este coste adicional sería asimismo posible descentralizar la producción en fábricas dispersas. Las ventajas adicionales provendrían no sólo de incluir los costes educativos en el proceso de construcción. Más significativo todavía, un motor duradero que prácticamente cualquiera podría aprender a reparar y que podría usar como arado y como bomba aquel que lo entendiera, produciría unos beneficios educativos mucho más elevados que los inescrutables motores de los países avanzados.

No sólo la chatarra, sino los lugares presuntamente públicos de la ciudad moderna se han vuelto impenetrables. En la sociedad estadounidense se excluye a los niños de la mayoría de las cosas y lugares con el argumento de que son privados. Pero incluso en las sociedades que han declarado el fin de la propiedad privada se aparta a los niños de las mismas cosas y lugares porque estos últimos se consideran un ámbito especial y peligroso para el no iniciado. A partir de la pasada generación el patio de los ferrocarriles se hizo tan inaccesible como el cuartel de bomberos. Sin embargo, con un poco de ingenio no sería difícil eliminar los peligros en esos lugares. El desescolarizar los artefactos de la educación haría necesario poner a disposición los artefactos y procesos —y reconocer su valor educativo—. Algunos trabajadores, sin duda, encontrarían molesto hacerlos accesibles a los aprendices, pero esta molestia debe valorarse comparándola con las ventajas educativas.

Los automóviles privados podrían desterrarse de Manhattan. Hace cinco años esto era impensable. Ahora, ciertas calles de Nueva York se cierran a ciertas horas, y esta tendencia probablemente continuará. De hecho, la mayoría de las calles transversales deberían cerrarse al tránsito automotriz y el estacionamiento debería prohibirse en todas partes. En una ciudad abierta al pueblo, los materiales de enseñanza, que ahora se encierran en almacenes y laboratorios, podrían diseminarse en depósitos abiertos a la calle y gestionarse de manera independiente para que los adultos y los niños pudiesen visitarlos sin peligro de que los atropellen.

Si las metas de la educación ya no estuviesen dominadas por las escuelas y los maestros de escuela, el mercado para los aprendices sería mucho más variado y la definición de "artefactos educativos" sería menos restrictiva. Podría haber talleres de herramientas, bibliotecas, laboratorios y salas de juegos. Los laboratorios fotográficos y prensas offset permitirían el florecimiento de diarios vecinales. Algunos centros de aprendizaje abiertos a la calle podrían contener cabinas para mirar programas de televisión en circuito cerrado, otros podrían poseer útiles de oficina para usar y para reparar. Los tocadiscos del tipo tragamonedas y de tipo corriente serían de uso diario, especializándose algunos en música clásica, otros en melodías folclóricas internacionales, otros en jazz. Las filmotecas competirían entre sí y con la televisión comercial. Los locales de museos abiertos al público podrían ser redes para poner en circulación muestras de arte antiguo y moderno, originales y reproducciones, tal vez administradas por los diversos museos metropolitanos.

El personal profesional necesario para esta red se parecería mucho más a unos custodios, guardias de museo o bibliotecarios de servicio público que a unos profesores. Desde la tienda de biología de la esquina podrían dirigir a sus clientes a la colección de caracoles del museo o señalarles cuándo habría una exhibición de videocintas de biología en determinadas cabinas de televisión. Podrían dar indicaciones para el control de plagas, dietas y otras clases de medicina preventiva. Podrían remitir a quienes necesitaran consejos a "mayores" que pudiesen proporcionarlo.

El financiamiento de una red de "objetos de aprendizaje" puede encararse de dos maneras. Una comunidad podría fijar un presupuesto máximo para este fin y disponer que todas las partes de la red estuviesen abiertas a todos los visitantes a ciertas horas razonables. O bien la comunidad podría decidir proporcionar a los ciudadanos unos bonos o derechos limitados, según sus edades, que les darían acceso especial a ciertos materiales costosos

y escasos, dejando en cambio otros materiales más simples a disposición de todos.

Encontrar recursos para materiales hechos específicamente para educar es sólo un aspecto —y tal vez el menos costoso— de la construcción de un mundo educativo. El dinero que hoy se gasta en la parafernalia sagrada del ritual escolar podría liberarse para proporcionar a todos los ciudadanos un mejor acceso a la vida real de la ciudad. Podrían otorgarse incentivos tributarios especiales a quienes emplearan niños de ocho a 14 años durante un par de horas diarias si las condiciones de empleo fuesen humanas. Deberíamos volver a la tradición de la *bar mitzvah* o de la confirmación. Quiero decir con esto que debiéramos primero restringir y luego eliminar la privación de derechos y deberes civiles de los menores, y permitir que un muchacho de 12 años llegue a ser plenamente responsable de su participación en la vida de la comunidad. Muchas personas de “edad escolar” saben más acerca de su vecindario que los trabajadores sociales o los concejales. Naturalmente que hacen también preguntas más incómodas y proponen soluciones que amenazan a la burocracia. Debería permitírseles llegar a la mayoría de edad de modo que pusieran sus conocimientos y capacidad de indagación al servicio de un gobierno popular.

Hasta hace poco era fácil subestimar los peligros de la escuela en comparación con los peligros de un periodo de aprendizaje en la policía, en el cuerpo de bomberos o en la industria del espectáculo. Este argumento deja de ser válido con gran frecuencia. Visité recientemente una iglesia metodista de Harlem ocupada por un grupo de los llamados *Young Lords* como protesta por la muerte de Julio Rodan, un muchacho puertorriqueño al que se encontró ahorcado en su celda carcelaria. Yo conocía a los líderes del grupo, que habían pasado un semestre en Cuernavaca. Cuando me sorprendí al no hallar a uno de ellos, Juan, en el grupo, me dijeron: “Volvió a la heroína y a la Universidad del Estado”.

Para desencadenar el potencial educativo encerrado en la gigantesca inversión de nuestra sociedad en instalaciones y útiles pueden usarse el planteamiento, los incentivos y la legislación. No existirá el acceso pleno a los objetos educativos mientras se permita a empresas comerciales conjugar las defensas legales que la Carta Fundamental reserva a la vida privada de las personas con el poder económico que les confieren sus millones de clientes y miles de empleados, accionistas y proveedores. Una parte considerable de los conocimientos prácticos y teóricos del mundo y la mayoría de sus procesos y equipos de producción están encerrados entre los muros

de firmas comerciales, apartados de sus clientes, empleados y accionistas, como también del público en general, cuyas leyes e instalaciones les permiten funcionar. El dinero que se gasta en publicidad en los países capitalistas podrían canalizarse hacia la educación en y por parte de la General Electric, NBC-TV o cervezas Budweiser. Es decir, las fábricas y oficinas deberían reorganizarse de forma tal que su funcionamiento cotidiano fuese más accesible al público y de maneras que hiciesen posible el aprendizaje, y, en verdad, podrían hallarse modos de pagar a las compañías lo que la gente aprendiese en ellas.

Es posible que un conjunto de objetos e informaciones científicas aún más valioso esté apartado del acceso general —e incluso de los científicos competentes— bajo el pretexto de la seguridad nacional. Hasta hace poco la ciencia era el único foro que funcionaba como el sueño de un anarquista. Cada hombre capaz de realizar investigaciones tenía más o menos las mismas oportunidades que otros en cuanto a acceso a su instrumental y a ser escuchado por la comunidad de iguales. Ahora la burocratización y la organización han puesto a gran parte de la ciencia fuera del alcance del público. En efecto, lo que solía ser una red internacional de información científica ha sido escindida en una lid de grupos competidores. Tanto a los miembros como a los artefactos de la comunidad científica se les ha encerrado en programas nacionales y corporativos para logros prácticos y para el radical empobrecimiento de los hombres que mantienen estas naciones y corporaciones.

En un mundo que controlan y poseen naciones y compañías, nunca será posible sino un acceso limitado a los objetos educativos. Pero un mejor acceso a aquellos objetos que pueden compartirse para fines educativos puede ilustrarnos lo suficiente como para traspasar estas barreras políticas finales. Las escuelas públicas transfieren el control sobre los usos educativos de los objetos de manos privadas a manos profesionales. La inversión institucional de las escuelas podría dar al individuo el poder de volver a exigir el derecho a usarlos para su educación. Si el control privado o corporativo sobre el aspecto educativo de las “cosas” se lograra extinguir gradualmente, podría comenzar a aparecer un tipo de propiedad realmente pública.

SERVICIOS DE HABILIDADES

Al revés de lo que ocurre con una guitarra, a un profesor de ese instrumento no se le puede clasificar en un museo, ni lo puede poseer el público, ni

se le puede tomar en alquiler en un almacén de elementos educativos. Los profesores de habilidades pertenecen a una clase de recursos que es diferente de la de los objetos necesarios para aprender una habilidad. Esto no quiere decir que sean indispensables en todos los casos. Puedo alquilar no sólo una guitarra, sino también lecciones de guitarra grabadas en cintas y gráficos que ilustren los acordes, y con estos elementos puedo enseñarme yo mismo a tocar la guitarra. De hecho, este sistema puede presentar ventajas si las cintas disponibles son mejores que los profesores disponibles, o si las únicas horas en que puedo aprender guitarra son nocturnas o si las melodías que quiero interpretar son desconocidas en mi país o si soy tímido y prefiero meter la pata sin testigos.

El canal que se usa para registrar a los profesores de habilidades y comunicarse con ellos debe ser diferente al descrito para objetos. Una cosa está disponible a petición del usuario —o podría estarlo— mientras una persona llega formalmente a ser una fuente de enseñanza de habilidades sólo cuando considere serlo y pueda asimismo restringir la ocasión, el lugar y el método a su tamaño.

Es también necesario distinguir a los profesores de los iguales de los que uno desearía aprender. Los iguales que desean seguir una búsqueda común deben partir de capacidades o intereses comunes; se juntan para ejercitar o mejorar una habilidad que comparten: baloncesto, baile, construcción de un campamento, debate sobre las próximas elecciones. Por otra parte, la primera transmisión de una habilidad supone el reunir a alguien que posea una destreza con alguien que no la posea y quiera adquirirla.

Un “modelo de habilidad” es una persona que posee una habilidad y está dispuesta a demostrar su práctica. Frecuentemente el aprendiz en potencia precisa el recurso de una demostración de esta clase. Los inventos modernos nos permiten registrar demostraciones en cinta, en película o en gráficos; no obstante, sería de esperar que la demostración personal continuase gozando de gran demanda, especialmente en las habilidades de comunicación. En nuestro Centro, en Cuernavaca, han aprendido español unos 10 000 adultos —en su mayoría personas muy motivadas que deseaban obtener una cuasi-fluidez en un segundo idioma—. Cuando se les plantea la elección entre una instrucción cuidadosamente programada en un laboratorio de idiomas o sesiones rutinarias con otros dos estudiantes y una persona cuyo idioma nativo es el español y que se ciñe a una rutina rígida, la mayoría prefiere la segunda alternativa.

Respecto de la mayor parte de las habilidades ampliamente compartidas, que una persona demuestre su habilidad es el único recurso humano que llegamos a necesitar u obtener. Ya sea para hablar o para conducir, para cocinar o para usar equipos de comunicaciones, a menudo apenas nos damos cuenta de la instrucción y el aprendizaje formales, especialmente después de nuestra primera experiencia con los materiales en cuestión. No veo razón por la cual no pudiesen aprenderse de igual manera otras habilidades complejas, tales como los aspectos mecánicos de la cirugía, tocar el violín, leer o usar listas y catálogos.

Un estudiante bien motivado que no lucha contra una desventaja determinada a menudo no necesita más ayuda humana que la que puede proporcionar alguien que puede demostrar a quien lo solicite cómo hacer lo que el aprendiz quiere hacer. Aquello de insistir a personas diestras en que antes de demostrar su habilidad certifiquen que son pedagogos es el resultado de la insistencia de una de dos alternativas: o que la gente aprenda lo que no quiere saber, o bien que todos —incluso quienes sufren de alguna desventaja especial— aprendan ciertas cosas, en un momento dado de sus vidas, y preferentemente en circunstancias específicas.

Lo que crea una escasez de habilidades en el mercado educativo de hoy es el requisito institucional de que quienes pueden demostrarlas no pueden hacerlo a menos de otorgárseles pública confianza por medio de un certificado. Insistimos en que aquellos que ayudan a terceros a adquirir una habilidad habrían de saber también diagnosticar las dificultades de aprendizaje y ser capaces de motivar a la gente a aprender habilidades. En resumen, les exigimos ser pedagogos. Habría abundancia de personas que pueden demostrar habilidades tan pronto aprendiéramos a reconocerlas fuera de la profesión de la enseñanza.

Cuando se está enseñando a unos principitos, es comprensible, aunque ha dejado de ser justificable, la insistencia de sus padres en que el profesor y la persona dotada de habilidades se conjuguen en una misma persona. Pero el que todos los padres aspiren a tener un Aristóteles para su Alejandro es obviamente insostenible. Las personas que pueden inspirar a los estudiantes y demostrar una técnica son tan escasas, y tan difíciles de reconocer, que hasta los principitos consiguen con mayor frecuencia un sofista y no un verdadero filósofo.

Una demanda de habilidades escasas puede satisfacerse rápidamente aun cuando hay un número pequeño de personas que las demuestren, pero debe facilitarse el acceso a dichas personas. Durante la década de 1940-

1950, los reparadores de radios, la mayoría de los cuales no estudiaron su trabajo en escuelas, penetraron en el interior de América con no más de dos años de retraso respecto a la llegada de los radios a la región. Permanecieron allí hasta que los radios de transistores, baratos e imposibles de reparar, los dejaron cesantes. Las escuelas técnicas no logran realizar lo que algunos reparadores de radios podrían hacer sin problemas: restauraciones útiles y duraderas.

Ciertos intereses privados y convergentes conspiran hoy para impedir que una persona comparta su habilidad. A quien posee la habilidad le beneficia su escasez y no su reproducción. Al maestro que se especializa en transmitir la habilidad le beneficia la renuencia del artesano a ofrecer su propio taller para aprendices. Al público se le adoctrina con la creencia de que las habilidades son valiosas y de fiarse sólo si son el resultado de una escolarización formal. El mercado de trabajo depende de hacer escasas las habilidades y de mantenerlas escasas, ya sea proscribiendo su uso a transmisión no autorizada, o bien haciendo cosas que puedan operar y reparar sólo quienes tengan acceso a herramientas o informaciones que se mantienen en déficit.

De este modo, las escuelas producen escasez de personas especializadas. Un buen ejemplo de esto es el número decreciente de enfermeras en Estados Unidos, debido al rápido aumento de programas universitarios de cuatro años en ese ramo. Las mujeres de familias más pobres que anteriormente se habrían alistado en un programa de dos o tres años, se han alejado por completo de dicha profesión.

Otra manera de mantener la escasez de habilidades es insistir en maestros diplomados. Si se alentara a las enfermeras a adiestrar a otras enfermeras, y si a las enfermeras se les empleara de acuerdo con su habilidad demostrada para poner inyecciones, trazar gráficos y dar medicinas, pronto se terminaría la escasez de enfermeras capacitadas. Los certificados tienden hoy a coartar la libertad de la educación al convertir el derecho civil de compartir conocimientos en el privilegio de la libertad académica que ahora se confiere sólo a los empleados de alguna escuela. Para garantizar el acceso a un intercambio eficaz de habilidades necesitamos leyes que generalicen la libertad académica. El derecho a enseñar cualquier habilidad debería estar amparado por la libertad de expresión. Una vez que se eliminan las restricciones sobre la enseñanza, pronto desaparecerán también las relativas al aprendizaje.

El profesor de habilidades necesita algún incentivo para otorgar sus servicios a un alumno. Hay por lo menos dos maneras sencillas de comen-

zar a canalizar fondos públicos hacia profesores no diplomados. Una sería institucionalizar los servicios de habilidades mediante la creación de centros de habilidades, libres y abiertos al público. Dichos centros podrían y deberían establecerse en zonas industriales, al menos para habilidades que son un requisito indispensable para ingresar en ciertos noviciados o aprendizajes —habilidades tales como la lectura, la mecanografía, la contabilidad, los idiomas extranjeros, la programación de computadoras y la manipulación de números, la lectura de lenguajes especiales (como el de los circuitos eléctricos), la manipulación de ciertas máquinas, etc.—. Otro planteamiento sería proporcionar a ciertos grupos de la población una moneda educativa válida para asistir a centros de habilidades en los que otros clientes habrían de pagar tarifas comerciales.

Un planteamiento mucho más radical consistiría en crear un “banco” para el intercambio de habilidades. A cada ciudadano se le abriría un crédito básico con el que pudiese adquirir habilidades fundamentales. Luego, se beneficiaría con créditos adicionales enseñando, ya fuera en centros de habilidades organizados, en casa o sobre la marcha. Sólo aquellos que hubiesen enseñado a otros durante un lapso equivalente podrían solicitar el tiempo de profesores más avanzados. Se promovería una élite enteramente nueva, una élite formada por quienes hubiesen ganado su educación compartiéndola.

¿Deberían los padres tener el derecho a ganar crédito educativo para sus hijos? Como una disposición de este tipo daría nuevas ventajas a las clases privilegiadas, podría compensarse otorgando un crédito mayor a los desfavorecidos. El funcionamiento de un servicio de habilidades dependería de la existencia de organismos que facilitarían el desarrollo de información —listas de personas— y asegurarían su uso libre y barato. Dicho organismo podría proporcionar servicios auxiliares de prueba y certificación y ayudaría a poner en vigor la legislación necesaria para quebrar e impedir las prácticas monopólicas.

La libertad de un servicio universal de habilidades podría estar garantizada fundamentalmente por leyes que permitiesen la discriminación sólo de acuerdo con habilidades verificadas y no según el historial educativo. Una garantía semejante requiere inevitablemente un control público sobre las pruebas que puedan usarse para determinar quiénes están capacitados para el mercado laboral. De otra manera sería posible reintroducir subrepticamente complejas baterías de *test* en el lugar mismo de trabajo que servirían para selección social. Mucho podría hacerse a fin de lograr objetividad

en las pruebas de competencia en habilidades, como por ejemplo permitir que se comprobara sólo el manejo de máquinas o sistemas específicos. Las pruebas de mecanografía (en las que se mediría la velocidad, el número de errores y se valoraría el saber tomar dictados), el dominio de un sistema contable o de una grúa hidráulica, la codificación en Cobol,² etc., pueden fácilmente hacerse objetivas.

De hecho, muchas de las verdaderas habilidades de importancia práctica pueden verificarse de ese modo. Y para los fines de administración de personal es mucho más útil una prueba sobre el nivel presente de competencia en determinada habilidad que la información sobre el hecho de que 20 años atrás una persona dejó satisfecho a su profesor respecto de un currículum en el que se enseñaba mecanografía, taquigrafía y contabilidad. Naturalmente puede ponerse en duda la necesidad misma de una comprobación oficial de habilidades: yo tengo la convicción de que el hecho de imponer ciertas restricciones constituye una mejor garantía para el derecho que un hombre tiene a que su reputación no sufra daños indebidos provenientes de una rotulación, que la garantía lograda al prohibir pruebas de competencia.

SERVICIO DE BÚSQUEDA DE COMPAÑERO

En el peor de los casos, las escuelas reúnen condiscípulos en la misma habitación y los someten a la misma secuencia de tratamiento en matemáticas, educación cívica y lenguaje. En el mejor, permiten a cada estudiante elegir un curso de entre un número limitado de ellos. En cualquier caso, se forman grupos de iguales en torno a las metas de los profesores. Un sistema conveniente de educación permitiría a cada persona especificar la actividad para la cual busca un compañero.

La escuela ofrece efectivamente a los niños una oportunidad para escapar de sus casas y encontrar nuevos amigos. Pero al mismo tiempo, este proceso inculca en ellos la idea de que deberían elegir sus amigos entre aquellos con quienes han sido congregados. El invitar a los menores desde su más tierna infancia a conocer, evaluar y buscar a otros los prepararía para mantener durante toda su vida el interés por buscar nuevos asociados para nuevos empeños.

² Lenguaje usado en informática para fines comerciales. [T.]

A un buen jugador de ajedrez siempre le gusta hallar un buen adversario, y a un novato le alegra hallar otro. Los clubes les sirven para este fin. Las personas que quieren conversar sobre determinados libros o artículos probablemente pagarían por hallar compañeros de debate. Los que quieren practicar juegos, ir de excursión, construir estanques para peces o motorizar bicicletas se tomarán molestias considerables para hallar compañeros para ello. El premio de sus esfuerzos es encontrar esos compañeros. Las buenas escuelas tratan de poner al descubierto los intereses comunes de los estudiantes matriculados en los mismos programas. Lo inverso de la escuela sería una institución que aumentase las posibilidades de que las personas que en un determinado momento compartiesen el mismo interés específico, pudiesen encontrarse independientemente de que tuviesen otra cosa en común.

La enseñanza de habilidades no proporciona beneficios iguales a ambas partes, como lo hace la reunión de iguales. Tal como he señalado, al profesor de habilidades debe ofrecérsele algún otro incentivo aparte de las satisfacciones de enseñar. La enseñanza de habilidades es un asunto de repetir una y otra vez ciertas rutinas y de hecho es más tediosa para los alumnos que más la necesitan. Un servicio de habilidades necesita dinero o créditos u otros incentivos tangibles para funcionar, aun cuando el servicio mismo produjese su propia moneda. Un sistema de búsqueda de compañero no precisaría tales incentivos, sino sólo una red de comunicaciones.

Las cintas, los sistemas de informática, la instrucción programada y la reproducción de formas y de sonidos tienden a disminuir la necesidad de recurrir a profesores humanos para muchas habilidades; aumentan la eficiencia de los profesores y el número de habilidades que uno puede conseguir a lo largo de su vida. Paralelamente a este aspecto se ha creado la necesidad creciente de encontrarse con gente interesada en disfrutar de la habilidad recientemente adquirida. Una estudiante que haya aprendido griego antes de sus vacaciones querrá conversar en griego sobre política cretense cuando regrese. Un mexicano de Nueva York quiere hallar a otros lectores de la revista *Siempre!* o de *Los Agachados*, la más popular de las historietas. Algún otro quiere encontrar compañeros que, como él, desearían aumentar su interés en la obra de James Baldwin o de Bolívar.

El funcionamiento de una red para búsqueda de compañeros sería simple. El usuario se identificaría por su nombre y dirección y describiría la actividad para la cual estuviese buscando compañero. Una computadora le remitiría los nombres y direcciones de todos aquellos que hubiesen introducido la misma descripción. Es asombroso que un servicio público tan

sencillo no se haya usado nunca en gran escala para actividades de valor público.

En su forma más rudimentaria, la comunicación entre cliente y computadora podría establecerse por correo. En las grandes ciudades, unas máquinas de escribir conectadas a una computadora podrían proporcionar respuestas instantáneas. La única manera de conseguir que la computadora entregase un nombre y dirección sería anotar una actividad para la cual se buscase un compañero. Las personas que utilizasen el sistema llegarían a ser conocidas únicamente por sus posibles compañeros de actividad.

Un complemento de la computadora podría ser una red de pizarras o cuadros de anuncios y de avisos clasificados de periódico, consistentes en listas de actividades para las cuales no se hubiese hallado compañero mediante la computadora. No sería necesario dar nombres. Los lectores interesados introducirían entonces sus nombres en el sistema. Es posible que un sistema de búsqueda de compañero, con patrocinio público, sea la única manera de garantizar la libertad de reunión y de adiestrar a la gente en el ejercicio de esta actividad cívica tan fundamental.

El derecho a la libre reunión ha sido reconocido políticamente y aceptado socialmente. Deberíamos entender ahora que este derecho está restringido por leyes que hacen obligatorias ciertas formas de reunión. Éste es en particular el caso de las instituciones que reclutan según edad, clase o sexo, y que consumen muchísimo tiempo. El ejército es un ejemplo. La escuela es otro aún más ofensivo.

Desescolarizar significa abolir el poder de una persona para obligar a otra a asistir a una reunión. Significa también reconocer el derecho de cualquier persona, de cualquier edad o sexo, a convocar una reunión. Este derecho se ha visto drásticamente disminuido por la institucionalización de las reuniones. "Reunión" se refería originalmente al resultado del acto individual de juntarse. Ahora se refiere al producto institucional de algún organismo.

La capacidad de las instituciones de servicio para adquirir clientes ha sobrepasado con mucho la capacidad de las personas para ser oídas con independencia de los medios de información institucional, que reaccionan ante personas individuales sólo si son noticias vendibles. Deberían existir servicios de búsqueda de compañero para personas que quisiesen reunir a otras, de modo que fuese tan fácil como la campana de la aldea que convocaba a los aldeanos a un cabildo. Los edificios escolares —dudosamente adaptables para otros fines— podrían cumplir en muchos casos este objetivo.

De hecho, el sistema escolar puede encontrarse pronto con un problema que las Iglesias han enfrentado anteriormente: qué hacer con el espacio sobrante que ha quedado con la defección de los fieles. Las escuelas son difíciles de vender como templos. Una manera de continuar manteniéndolas en uso sería entregar esos edificios al vecindario. Cada cual podría manifestar lo que haría en el aula y cuándo, y algunos anuncios pondrían los programas disponibles en conocimiento de quien indagara. El acceso a "clase" sería gratis —o se compraría con bonos educativos—. El "profesor" podría incluso pagarse según el número de alumnos que atrajese por cualquier período completo de dos horas. Me imagino que los líderes muy jóvenes y los grandes educadores serían los dos tipos de persona más destacados en semejante sistema. Podría seguirse igual planteamiento respecto de la educación superior. Podría dotarse a los estudiantes de bonos educativos que los hicieran acreedores a 10 horas anuales de consulta con el profesor de su elección y, para el resto de su aprendizaje, se apoyaría en la biblioteca, la red para búsqueda de compañeros y los periodos de aprendiz.

Naturalmente, debemos reconocer la probabilidad de que se abuse de esos dispositivos públicos de búsqueda para fines inmorales y de explotación, tal como se ha abusado de los teléfonos y del correo. Se requeriría cierta protección semejante a la que se usa para esas redes. En otras páginas he propuesto un sistema de búsqueda de compañero que permitiría usar sólo una información impresa pertinente, más el nombre y la dirección del averiguador. Un sistema de esta especie sería prácticamente a prueba de abusos. Otra medida sería permitir que se agregase cualquier libro, película, programa de televisión u otro artículo que figurase en un catálogo especial. La preocupación acerca de los peligros del sistema no debe hacernos perder de vista sus beneficios, tanto mayores.

Algunos que comparten mi preocupación por la libertad de expresión y la reunión alegarán que el sistema de búsqueda de compañero es un medio artificial de juntar personas y que no lo utilizarían los pobres —que son quienes más lo necesitan—. Hay personas que auténticamente se alborotan cuando uno sugiere montar encuentros *ad hoc* que no tengan su raíz en la vida de una comunidad local. Otros reaccionan cuando uno sugiere usar una computadora para entresacar y conjuntar intereses que algunos clientes del sistema hayan definido. No es posible reunir a las personas de una manera tan impersonal, dicen. La búsqueda en común debe estar arraigada en una historia de experiencias compartidas a muchos niveles, y debe nacer de esta experiencia —el desarrollo de instituciones vecinales, por ejemplo—.

Simpatizo con estas objeciones, pero creo que no comprenden el verdadero sentido de lo que persigo y no dan tampoco con lo que ellos mismos persiguen. En primer lugar, el retorno a la vida vecinal como centro primario de expresión creativa podría de hecho ser contraproducente para volver a establecer los vecindarios como unidades políticas. Centrar las demandas sobre el barrio o vecindario podría, en efecto, descuidar un importante aspecto liberador de la vida urbana —el que una persona pueda participar simultáneamente en varios grupos de sus iguales—. Además, existe un sentido importante: personas que jamás han vivido juntas en una comunidad física pueden tener ocasionalmente muchas más experiencias por compartir que quienes se han conocido desde la infancia. Las grandes religiones han reconocido siempre la importancia de estos encuentros lejanos, y los fieles han hallado siempre libertad mediante ellos: los peregrinajes, el monacato y el mutuo apoyo de templos y santuarios son reflejos de este reconocimiento. La conjunción de iguales podría ayudar significativamente a hacer explícitas las numerosas comunidades en potencia, aunque reprimidas, que existen en la ciudad.

Las comunidades locales son valiosas. Son también una realidad que se desvanece conforme los hombres dejan que las instituciones definan cada vez más sus círculos de relación social. En un libro reciente, Milton Kotler mostró que el imperialismo del “centro” de la ciudad priva al barrio de su significación política. El intento proteccionista de resucitar la barriada como unidad cultural sólo sirve de apoyo a este imperialismo burocrático. Lejos de apartar artificialmente a la gente de su contexto local para unirla con grupos abstractos, el servicio de búsqueda de compañero alentaría un renacer de la vida local en las ciudades de las cuales está desapareciendo hoy en día. Un hombre que recupere su iniciativa para llamar a sus prójimos a sostener una conversación significativa, puede dejar de conformarse con estar separado de ellos por el protocolo oficinesco o por la etiqueta suburbana. Habiendo visto por una vez que el hacer cosas en conjunto depende del decidir hacerlo, la gente posiblemente insista incluso en que su comunidad local se haga más abierta al intercambio político creativo.

Debemos reconocer que la vida urbana tiende a hacerse inmensamente costosa conforme a los habitantes de la ciudad se les enseña a confiar en complejos servicios institucionales para satisfacer cada una de sus necesidades. Es extraordinariamente costoso incluso mantenerla en un nivel mínimo de habitabilidad. El servicio de búsqueda de compañero de aprendi-

zaje en la ciudad podría ser un primer paso para romper la dependencia de los ciudadanos respecto de servicios burocráticos.

Sería también una medida esencial para proporcionar nuevos medios de establecer la confianza pública. En una sociedad escolarizada hemos llegado a confiar cada día más en el juicio profesional de educadores sobre el efecto de su propia labor para decidir en quién podemos o no confiar: vamos al médico, al abogado o al psicólogo porque confiamos en que cualquiera que ha tenido la cantidad requerida de tratamiento educativo especializado a manos de otros colegas merece nuestra confianza.

En una sociedad desescolarizada, los profesionales ya no pueden reclamar la confianza de sus clientes a partir de su historial curricular o asegurar su prestigio con sólo remitir a sus clientes a otros profesionales que dieron aprobación a su escolarización. En vez de depositar su confianza en profesionales, debería ser posible, en cualquier momento, que cualquier presunto cliente consultase con otros clientes experimentados sobre la calidad del servicio prestado por un profesional mediante otra red de comunicación de intereses comunes fácilmente montada en una computadora o mediante muchos otros medios. Podría considerarse a tales redes como servicios de utilidad pública que permitiesen a los estudiantes elegir a sus profesores o a los pacientes, sus médicos.

EDUCADORES PROFESIONALES

Conforme los ciudadanos tengan nuevas posibilidades de elección, nuevas posibilidades de aprendizaje, su disposición a buscar directivos debiera aumentar. Podemos contar con que experimentarán más hondamente tanto su propia independencia como su necesidad de guía. Conforme estén liberados de la manipulación por parte de terceros, debieran aprender a beneficiarse de la disciplina que otros han adquirido durante toda su vida. El desescolarizar la educación debiera más bien aumentar, y no ahogar, la búsqueda de hombres de sabiduría práctica que estuviesen dispuestos a apoyar al recién llegado en su aventura educativa. Conforme los maestros en su arte abandonan la pretensión de ser informantes superiores o modelos de habilidades, comenzará a parecer verdadera la sabiduría superior que parecen poseer.

Al aumentar la demanda de maestros debiera aumentar también la oferta. Conforme se desvanezca el maestro de escuela, se suscitarán condiciones

que harán aparecer la vocación del educador independiente. Esto puede parecer casi contradictorio; a tal punto han llegado a ser complementarios escuelas y profesores. Sin embargo éste es exactamente el resultado a que tendería el desarrollo de los primeros servicios educativos —y lo que se precisaría para hacer posible el aprovecharlos plenamente—, pues los padres y otros “educadores naturales” necesitan un guía, las personas que aprenden necesitan ayuda, y las redes necesitan personas que las hagan funcionar.

Los padres necesitan orientación para dirigir a sus hijos por el camino que conduce a la independencia educativa responsable. Los aprendices necesitan líderes experimentados cuando se topan con un terreno arduo. Estas dos necesidades son muy distintas: la primera es una necesidad de pedagogía, la segunda una necesidad de dirección intelectual en todas las demás ramas del conocimiento. La primera exige conocimiento del aprendizaje humano y de los recursos educativos, la segunda exige sabiduría fundada en la experiencia en cualquier clase de exploración. Ambos tipos de experiencia son indispensables para una empresa educativa eficaz. Las escuelas envasan estas funciones en un solo papel —y hacen que el ejercicio independiente de cualquiera de ellas se vuelva, si no algo lleno de desdoro, al menos sospechoso—.

De hecho deberían distinguirse tres tipos de competencia educativa especial: una, crear y manejar los tipos de servicios o redes educativas esbozadas aquí; otra, guiar a estudiantes y padres en el uso de estas redes, y una tercera, actuar como *primus inter pares* al emprender difíciles viajes de exploración intelectual. Sólo las dos primeras pueden concebirse como ramas de una profesión independiente: administradores educativos y consejeros pedagógicos. No se precisaría mucha gente para proyectar y gestionar las redes que he estado describiendo, pero sí gente con un profundo entendimiento de la educación y la administración, con una perspectiva muy diferente y hasta opuesta a la de las escuelas.

Si bien una profesión educativa independiente de esta especie daría la bienvenida a muchas personas que las escuelas excluyen, excluiría asimismo a muchas que las escuelas declaran aptas. El establecimiento y gestión de redes educativas precisaría de algunos proyectistas y administradores, pero no en la cantidad ni del tipo que exige la administración de escuelas. La disciplina estudiantil, las relaciones públicas, la contratación, supervisión y despido de profesores no tendrían lugar ni equivalente en las redes que he estado describiendo. Tampoco la creación de currícula, la compra de libros de texto, el entretenimiento de lugares e instalaciones, ni la super-

visión de competencias atléticas interescolares. La custodia de niños, el planteamiento de lecciones y la anotación de datos archivables, que ocupan ahora tanto tiempo de los profesores, tampoco figurarían en la gestión de las redes educativas. En cambio, para el funcionamiento de las tramas de aprendizaje se necesitarían algunas de las habilidades y actitudes que se esperan actualmente del personal de un museo, de una biblioteca, de una agencia para contratación de directivos o de un *maître d'hôtel*.³

Los administradores educativos de hoy en día se preocupan de controlar a profesores y estudiantes de modo que queden satisfechos unos terceros —fideicomisarios, legislaturas y jefes de empresas—. Los constructores y administradores de las redes antedichas tendrían que demostrar tener genio para ponerse a sí mismos y a terceras personas donde no estorbasen a la gente, para facilitar encuentros entre estudiantes, modelos de habilidades, líderes educativos y objetos educativos. Muchas de las personas a las que hoy atrae la enseñanza son profundamente autoritarias y no serían capaces de hacerse cargo de esta tarea: construir servicios o bolsas de intercambio educativo significaría facilitar a la gente —en especial a los jóvenes— el ir en pos de metas que pudieren contradecir los ideales del gerente que hiciese posible tal empeño.

Si pudiesen hacer su aparición las redes que he descrito, el recorrido educativo que siguiese cada estudiante sería cosa suya o propia, y sólo mirado retrospectivamente podría adquirir las características de un programa reconocible. El estudiante sensato buscaría periódicamente el consejo profesional: ayuda para fijarse una nueva meta, comprensión penetrante de las dificultades habidas, elección entre algunos métodos posibles. Incluso ahora, la mayoría de las personas admitirán que los servicios importantes que les prestaron sus profesores fueron consejos o asesoramiento de esta especie, dados en una reunión casual o durante una conversación personal. En un mundo desescolarizado, los pedagogos también harían valer sus métodos y serían capaces de realizar aquello que los profesores frustrados pretenden emprender hoy en día.

Mientras los administradores de redes se concentrarían principalmente en la construcción y el mantenimiento de cambios que dieran acceso a recursos, el pedagogo ayudaría al estudiante a hallar el sendero que le pudiese conducir a mayor velocidad hacia su meta. Si un estudiante quisiese aprender cantonés hablado de un vecino chino, el pedagogo estaría a ma-

³ En el francés, en el original. [E.]

no para juzgar el aprovechamiento y pericia de ambos y para ayudarles a elegir el libro de texto y los métodos más adecuados para sus talentos, caracteres y tiempo disponible para estudiar. Podría aconsejar al mecánico de aviación en ciernes sobre los mejores lugares para practicar como aprendiz. Podría recomendar libros o alguno que quisiese hallar compañeros con garra para debatir sobre historia de África. Al igual que el administrador de redes, el consejero pedagógico se vería a sí mismo como un educador profesional. El acceso a cualquiera de ambos podrían lograrlo las personas usando sus bonos educativos.

El papel del iniciador o líder educativo, del maestro o “verdadero” líder es algo más elusivo que el de administrador profesional o de pedagogo. Esto se debe a que el liderazgo es en sí algo difícil de definir. En la práctica, una persona es un líder si la gente sigue su iniciativa y se convierten en aprendices de sus descubrimientos progresivos. Esto frecuentemente presupone una visión profética de normas enteramente nuevas —muy comprensibles en el presente— en las cuales el “error” actual se convertirá en “acierto”. En una sociedad que respetaría el derecho a convocar asambleas a través del sistema de búsqueda de compañero, la capacidad de tomar la iniciativa educativa sobre un tema específico sería tan amplia como el acceso mismo al aprendizaje. Pero, naturalmente, hay una enorme diferencia entre la iniciativa que toma alguien para convocar una provechosa reunión para debatir este ensayo y la capacidad de alguien para servir de líder en la exploración sistemática de sus implicaciones.

El liderazgo tampoco depende del hecho de estar en lo cierto. Tal como señala Thomas Kuhn, en un periodo de paradigmas en constante variación, la mayoría de los más distinguidos líderes tiene la probabilidad de haber incurrido en error cuando se someten a una prueba retrospectiva. La condición de líder intelectual se funda en una disciplina intelectual y una imaginación superiores, y en la disposición a asociarse con otros en el ejercicio de aquéllas. Por ejemplo, el aprendiz puede pensar que existe una analogía entre el Movimiento Antiesclavista de Estados Unidos o la Revolución cubana y lo que está ocurriendo en Harlem. El educador que sea al mismo tiempo historiador podría mostrarle cómo advertir las fallas de dicha analogía. Puede recorrer de nuevo su camino como historiador. Puede invitar al aprendiz a participar en las investigaciones que realice. En ambos casos iniciará a su alumno en el aprendizaje de un arte crítico —que es escaso en la escuela— y que no puede comprarse ni con dinero ni con favores.

La relación entre maestro y discípulo no se limita a la disciplina intelectual. Tiene su equivalente en las artes, en física, en religión, en psicoanálisis y en pedagogía. Encaja en el montañismo, en la platería y en política, en ebanistería y en administración de personal. Lo que es común en todas las verdaderas relaciones maestro-discípulo es el hecho de que ambos tienen conciencia de que su mutua relación es literalmente inapreciable y de maneras muy diferentes constituye un privilegio para ambos.

Los charlatanes, los demagogos, los proselitistas, los maestros corrompidos, los sacerdotes simoniacos, los pillos, los taumaturgos y los mesías han demostrado ser capaces de asumir el papel de líderes y han demostrado así los peligros que para un discípulo tiene la dependencia respecto del maestro. Las diversas sociedades han adoptado diversas medidas para protegerse de estos maestros falsificados. Los hindúes se apoyaron en el sistema de castas. Los judíos orientales, en la condición de discípulo espiritual de los rabinos, los grandes periodos de la cristiandad en una vida ejemplar de virtud monástica, y otros periodos en el orden jerárquico. Nuestra sociedad confía en los certificados dados por escuelas. Es dudoso que ese procedimiento constituya una criba más eficaz, pero si se pretendiese que lo es, podría alegarse en contra que lo hace al costo de casi hacer desaparecer la condición de discípulo personal.

En la práctica el límite entre el profesor de habilidades y los líderes educadores antes señalados será siempre confuso, y no hay razones prácticas para que no pueda lograrse el acceso a ciertos líderes descubriendo al "maestro" en el profesor rutinario que inicia a unos estudiantes en su disciplina.

Por otra parte, lo que caracteriza la verdadera relación maestro-discípulo es su carácter de inapreciable. Aristóteles dice de ella: "Es un tipo de amistad moral, no fundada en términos fijos: hace un regalo, o hace lo que hace, como a un amigo". Tomás de Aquino dice de este tipo de enseñanza que inevitablemente es un acto de amor y de compasión. Este tipo de enseñanza es siempre un lujo para el profesor y una forma de recreación (en griego, *scholé*) para él y para su discípulo: una actividad significativa para ambos, sin propósito ulterior.

Contar con que haya personas dotadas dispuestas a proveer una auténtica dirección intelectual es obviamente necesario incluso en nuestra sociedad, pero podría dictarse como norma ahora. Debemos construir primero una sociedad en la cual los actos profesionales mismos recuperen un valor más elevado que el de hacer cosas y manipular gente. En una sociedad así,

la enseñanza exploratoria, inventiva, creativa, se contaría lógicamente entre las formas más elevadas del "ocio". Pero no es necesario esperar hasta el advenimiento de la utopía. Incluso ahora, una de las consecuencias más importantes de la desescolarización y del establecimiento de sistemas para búsqueda de compañero sería la iniciativa que algunos "maestros" pudiesen tomar para congregar discípulos que congeniasen. Daría también, como hemos visto, oportunidades amplias para que los discípulos en potencia compartiesen informaciones o seleccionasen un maestro.

Las escuelas no son las únicas instituciones que pervierten una profesión al meter en un solo paquete varios papeles por desempeñar. Los hospitales hacen cada vez más imposible la atención en el hogar —y luego justifican la hospitalización como un beneficio para el enfermo—. Simultáneamente, la legitimidad y las posibilidades de ejercer de un médico vienen a depender de modo creciente de su asociación con un hospital, si bien su dependencia es mucho menor que la de los profesores respecto de las escuelas. Igual cosa podría decirse de los tribunales, que atiborran sus calendarios conforme nuevas transacciones adquieren solemnidad legal, demorando así la justicia. En cada uno de estos casos el resultado es un servicio escaso a un coste mayor, y un mayor ingreso para los miembros menos competentes de la profesión.

Mientras las profesiones más antiguas monopolicen los mayores ingresos y prestigio, será difícil reformarlas. La profesión de maestro de escuela debiera ser fácil de reformar, no sólo debido a su origen más reciente. La profesión educativa pretende ahora un monopolio global; reclama ser la única competente para impartir el aprendizaje no sólo a sus propios novicios sino también a los de otras profesiones. Esta expansión excesiva la hace vulnerable ante cualquier otra profesión que reclame el derecho a enseñar a sus propios aprendices. Los maestros de escuela están abrumadoramente mal pagados y frustrados por la estrecha fiscalización del sistema escolar. Los más emprendedores y dotados de entre ellos hallarían probablemente un trabajo más simpático, una mayor independencia y hasta mejores ingresos al especializarse como modelos de habilidades, administradores de redes o especialistas en orientación.

Finalmente, es más fácil romper la dependencia del alumno matriculado respecto del profesor diplomado que su dependencia de otros profesionales —por ejemplo, que la de un paciente hospitalizado respecto de su médico—. Si las escuelas dejaran de ser obligatorias, aquellos profesores cuya satisfacción reside en el ejercicio de la autoridad pedagógica en el aula se

quedarían sólo con los alumnos para quienes fuese atractivo ese estilo. La desaparición de nuestra actual estructura profesional podría comenzar con la deserción del maestro de escuela.

La desaparición de las escuelas ocurriría inevitablemente —y ocurriría a velocidad sorprendente—. No puede postergarse por más tiempo, y no hace ninguna falta promoverlo vigorosamente, porque ya está ocurriendo. Lo que vale la pena es tratar de orientarla en una dirección prometedora, pues puede dirigirse en dos direcciones diametralmente opuestas.

La primera sería la ampliación del mandato del pedagogo y su control creciente sobre la sociedad, incluso fuera de la escuela. Con la mejor intención y tan sólo ampliando la retórica usada hoy como en las aulas, la crisis actual de las escuelas podría proporcionar a los educadores la excusa para usar todas las redes de la sociedad contemporánea para enviarnos sus mensajes —para nuestro bien—. La desescolarización que no podemos detener, podría significar el advenimiento de un “mundo feliz” dominado por algunos bien intencionados administradores de instrucción programada.

Por otra parte, el hecho de que tanto los gobiernos como los empleados, los contribuyentes, los pedagogos despiertos y los administradores escolares advierten con creciente claridad que la enseñanza graduada de currícula en pro de unos certificados se ha hecho perjudicial, podría ofrecer a grandes masas humanas una oportunidad única: la de preservar el derecho de tener un acceso parejo a los instrumentos tanto para aprender, como para competir con otros lo que saben o creen. Pero esto exigiría que la revolución educativa estuviese guiada por ciertas metas:

1. Liberar el acceso a las cosas, mediante la abolición del control que hoy ejercen unas personas e instituciones sobre sus valores educativos.

2. Liberar la coparticipación de habilidades al garantizar la libertad de enseñarlas o de ejercitarlas a pedido.

3. Liberar los recursos críticos y creativos de la gente por medio de un regreso a la capacidad de las personas para convocar y organizar reuniones —capacidad crecientemente monopolizada por instituciones que afirman estar al servicio del público—.

4. Liberar al individuo de la obligación de moldear sus expectativas según los servicios ofrecidos por cualquier profesión establecida —proporcionándole la oportunidad de aprovechar la experiencia de sus iguales y de confiarse al profesor, guía, consejero o curandero de su elección—. La desescolarización de la sociedad difuminará inevitablemente las distinciones

entre economía, educación y política, sobre las que se funda ahora la estabilidad del orden mundial y de las naciones.

Nuestra reseña de las instituciones educativas nos lleva a modificar nuestra imagen del hombre. La criatura que las escuelas necesitan como cliente no tiene ni la autonomía ni la motivación para crecer por su cuenta. Podemos reconocer la escolarización como la culminación de una empresa prometeica, y hablar acerca de su alternativa refiriéndonos a un mundo adecuado para que en él viva un hombre epimeteico. Ya que nos es posible imaginar el reemplazo del embudo escolástico por una trama de intercambios y hacer que el mundo vuelva a ser visible mediante múltiples posibilidades de comunicación, sólo nos queda, al final de este esfuerzo, esperar que la naturaleza epimeteica del hombre aparezca, porque este renacimiento no depende de nuestros proyectos ni de nuestra voluntad.

VII. RENACIMIENTO DEL HOMBRE EPIMETEICO

NUESTRA SOCIEDAD se parece a la máquina implacable que una vez vi en una juguetería neoyorquina. Consistía en un cofrecillo metálico con un interruptor que, al tocarlo se abría de golpe descubriendo una mano mecánica. Unos dedos cromados se estiraban hacia la tapa y la cerraban desde el interior. Era una caja; uno esperaba poder sacar algo de ella, pero no contenía sino un mecanismo para cerrarla. Este artificio es lo opuesto a la “caja” de Pandora.

La Pandora original, “la dadora de todo”, era una diosa de la Tierra en la Grecia prehistórica y matriarcal que dejó escapar todos los males de su ánfora (*pythos*). Pero cerró la tapa antes de que pudiera escapar la esperanza. La historia del hombre moderno comienza con la degradación del mito de Pandora y llega a su término con el cofrecillo que se cierra solo. Es la historia del empeño prometeico por forjar instituciones a fin de encerrar los males desencadenados. Es la historia de una esperanza que declina y de unas expectativas crecientes.

Para comprender lo que esto significa debemos redescubrir la diferencia entre expectativa y esperanza. Esperanza, en su sentido vigoroso, significa fe confiada en la bondad de la naturaleza; mientras expectativa, tal como la emplearé aquí, significa fiarse en resultados planificados y controlados por el hombre. La esperanza centra el deseo en una persona de la que aguardamos un regalo. La expectativa promete una satisfacción que proviene de un proceso predecible que producirá aquello que tenemos el derecho de exigir. El *ethos* prometeico ha eclipsado actualmente la esperanza. La supervivencia de la raza humana depende de que se la descubra como fuerza social.

La Pandora original fue enviada a la Tierra con un frasco que contenía todos los males; de las cosas buenas, contenía sólo la esperanza. El hombre primitivo vivía en este mundo de la esperanza. Para subsistir confiaba en la munificencia de la naturaleza, en los regalos de los dioses y en los instintos de su tribu. Los griegos del periodo clásico comenzaron a reemplazar la esperanza por las expectativas. En la versión que dieron de Pandora,

ésta soltó tanto males como bienes. La recordaban principalmente por los males que había desencadenado. Y, lo que es más significativo, olvidaron que "la dadora de todo" era también la custodia de la esperanza.

Los griegos contaban la historia de dos hermanos, Prometeo y Epimeteo. El primero advirtió al segundo que no se metiera con Pandora. Éste, en cambio, casó con ella. En la Grecia clásica, al nombre Epimeteo, que significa "percepción tardía" o "visión ulterior", se le daba el significado de "lerdo" o "tonto". Para la época en que Hesíodo relataba el cuento en su forma clásica, los griegos se habían convertido en patriarcas moralistas y misóginos que se espantaban ante el pensamiento de la primera mujer. Construyeron una sociedad racional y autoritaria. Los hombres proyectaron instituciones mediante las cuales programaron enfrentarse a todos los males desencadenados. Llegaron a percatarse de su poder para conformar el mundo y hacerlo producir servicios que aprendieron también a esperar. Querían que sus artefactos moldearan sus propias necesidades y las exigencias futuras de sus hijos. Se convirtieron en legisladores, arquitectos y autores, hacedores de constituciones, ciudades y obras de arte que sirviesen de ejemplo para su progenie. El hombre primitivo contaba con la participación mística en ritos sagrados para iniciar a los individuos en las tradiciones de la sociedad, pero los griegos clásicos reconocieron como verdaderos hombres sólo a aquellos ciudadanos que permitían que la *paideia* (educación) los hiciera aptos para ingresar en las instituciones que sus mayores habían proyectado.

El mito en desarrollo refleja la transición desde un mundo en que se *interpretaban* los sueños a un mundo en que *se hacían* oráculos. Desde tiempos inmemoriales, se había adorado a la diosa de la Tierra en las laderas del monte Parnaso, que era el centro y el ombligo de la tierra. Allí, en Delphos (de *delphys*, la matriz), dormía Gaia, hermana de Caos y de Eros. Su hijo, Pitón, el dragón, cuidaba sus sueños lunares y húmedos de rocío, hasta que Apolo, el dios del Sol, el arquitecto de Troya, se alzó al Oriente, mató al dragón y se apoderó de la cueva de Gaia. Los sacerdotes de Apolo se hicieron cargo del templo de la diosa. Emplearon a una doncella de la localidad, la sentaron en un trípode, sobre el ombligo humeante de la tierra, y la adormecieron con emanaciones. Luego pusieron sus declaraciones extáticas en hexámetros rimados de profecías que se cumplían por la misma influencia que ejercían. De todo el Peloponeso venían hombres a traer sus problemas ante Apolo. Se consultaba el oráculo sobre posibles alternativas sociales, tales como las medidas que se debían adoptar frente a una peste o

una hambruna, sobre cuál era la constitución conveniente para Esparta o cuáles los emplazamientos propicios para ciudades que más tarde se llamaron Bizancio y Caledonia. La flecha que nunca yerra se convirtió en un símbolo de Apolo. Todo lo referente a él adquirió un fin determinado y útil.

En la *República*, al describir el Estado ideal, Platón ya excluye la música popular. En las ciudades se permitiría sólo el arpa y la lira de Apolo, porque únicamente la armonía de éstas crea "la tensión de la necesidad y la tensión de la libertad, la tensión de lo infortunado y la tensión de lo afortunado, la tensión del valor y la tensión de la templanza, dignas del ciudadano". Los habitantes de la ciudad se espantaron ante la flauta de Pan y su poder para despertar los instintos. Sólo "los pastores pueden tocar las flautas (de Pan) y esto sólo en el campo".

El hombre se hizo responsable de las leyes bajo las cuales quería vivir y de moldear el medio ambiente a su propia semejanza. La iniciación primitiva que daba la Madre Tierra a una vida mítica se transformó en la educación (*paideia*) del ciudadano que se sentiría a gusto en el foro.

Para el primitivo, el mundo estaba regido por el destino, los hechos y la necesidad. Al robar el fuego de los dioses, Prometeo convirtió los hechos en problemas, puso en tela de juicio la necesidad y desafió al destino. El hombre clásico tramó un contexto civilizado para la perspectiva humana. Se percataba de que podía desafiar al trío destino-naturaleza-entorno, pero sólo bajo su propio riesgo. El hombre contemporáneo va aún más lejos; intenta crear el mundo a su semejanza, contribuir y planificar su entorno, y descubre entonces que sólo puede hacerlo a condición de rehacerse continuamente para ajustarse a él. Debemos enfrentarnos ahora al hecho de que es el hombre mismo el que está en juego.

La vida en Nueva York produce una visión peculiar de lo que es y de lo que podría ser, y sin esta visión, la vida en Nueva York se hace imposible. En las calles de Nueva York, un niño jamás toca nada que no haya sido ideado, proyectado, planificado y vendido científicamente a alguien. Hasta los árboles están allí porque el Departamento de Parques así lo decidió. Los chistes que el niño escucha por televisión han sido programados a gran coste. La basura con que juega en las calles de Harlem está hecha de paquetes deshechos ideados para un tercero. Hasta los deseos y los temores están moldeados institucionalmente. El poder y la violencia están organizados y administrados: las pandillas, frente a la policía. El aprendizaje mismo se define como el consumo de una materia, que es el resultado de programas investigados, planificados y promocionados. Lo que allí haya

de bueno, es el producto de alguna institución especializada. Sería tonto pedir algo que no pudiese producir alguna institución. El niño de la ciudad no puede esperar nada que esté más allá del posible desarrollo del proceso institucional. Hasta a su fantasía se le urge a producir ciencia ficción. Puede experimentar la sorpresa poética de lo no planificado sólo a través de sus encuentros con la "mugre", el desatino o el fracaso: la cáscara de naranja en la cuneta, el charco en la calle, el quebrantamiento del orden, del programa o de la máquina son los únicos despegues para el vuelo de la fantasía creadora. El "viaje" se convierte en la única poesía al alcance de la mano.

Como nada deseable hay que no haya sido planificado, el niño ciudadano pronto llega a la conclusión de que siempre podremos idear una institución para cada una de nuestras apetencias. Toma por descontado el poder del proceso para crear valor. Ya sea que la meta fuere juntarse con un compañero, integrar un barrio o adquirir habilidades de lectura, se la definirá de tal modo que su logro pueda proyectarse técnicamente. El hombre que sabe que nada que está en demanda deja de producirse llega pronto a esperar que nada de lo que se produce pueda carecer de demanda. Si puede proyectarse un vehículo lunar, también puede proyectarse la demanda de viajes a la Luna. No ir donde uno puede sería subversivo. Desenmascararía, mostrándola como una locura, la suposición de que cada demanda satisfecha trae consigo el descubrimiento de otra, mayor aún, e insatisfecha. Esa percepción detendría el progreso. No producir lo que es posible dejaría a la ley de las "expectativas crecientes" al descubierto, en calidad de eufemismo para expresar una brecha creciente de frustración, que es el motor de la sociedad, fundado en la coproducción de servicios y en la demanda creciente.

El estado mental del habitante de la ciudad moderna aparece en la tradición mitológica sólo bajo la imagen del Infierno: Sísifo, que por un tiempo había encadenado a Tánatos (la muerte), debe empujar una pesada roca cerro arriba hasta el pináculo del Infierno, y la piedra siempre se escapa de sus manos cuando está a punto de llegar a la cima. Tántalo, a quien los dioses invitaron a compartir la comida olímpica, y que aprovechó la ocasión para robarles el secreto de la preparación de la ambrosía que todo lo cura, sufre hambre y sed eternas, de pie en un río cuyas aguas se le escapan y a la sombra de árboles cuyos frutos no alcanza. Un mundo de demandas siempre crecientes no sólo es malo; el único término adecuado para nombrarlo es "Infierno".

El hombre ha desarrollado la frustradora capacidad de pedir cualquier cosa porque no puede visualizar nada que una institución no pueda hacer

por él. Rodeado por herramientas todopoderosas, el hombre queda reducido a ser instrumento de sus instrumentos. Cada una de las instituciones ideadas para exorcizar alguno de los males primordiales se ha convertido en un ataúd a prueba de errores y de cierre automático y hermético para el hombre. El hombre está atrapado en las cajas que fabrica para encerrar los males que Pandora dejó escapar. El oscurecimiento de la realidad por el *smog* producido por nuestras propias herramientas nos rodea. Súbitamente nos hallamos en la oscuridad de nuestra propia trampa.

Hasta la realidad ha llegado a depender de la decisión humana. El mismo presidente que ordenó la ineficaz invasión de Camboya podría ordenar de igual manera el uso eficaz del átomo. El "interruptor Hiroshima" puede cortar hoy el ombligo de la tierra. El hombre ha adquirido el poder de hacer que Caos anonade a Eros y a Gaia. Esta nueva capacidad del hombre, el poder cortar el ombligo de la tierra, es un recuerdo constante de que nuestras instituciones no sólo crean sus propios fines, sino que tienen también el poder de señalar su propio fin y el nuestro. El absurdo de las instituciones modernas se evidencia en el caso de la institución militar. Las armas modernas pueden defender la libertad, la civilización y la vida únicamente aniquilándolas. En lenguaje militar, seguridad significa la capacidad de eliminar la Tierra.

El absurdo subyacente en las instituciones no militares no es menos manifiesto. No hay en ellas un interruptor que active sus poderes destructores, pero tampoco lo necesitan. Sus dedos ya atenazan la tapa del mundo. Crean a mayor velocidad necesidades que satisfacciones, y en el proceso de tratar de satisfacer las necesidades que engendran, consumen la tierra. Esto vale para la agricultura y la manufactura, y no menos para la medicina y la educación. La agricultura moderna envenena y agota el suelo. La "revolución verde" puede, mediante nuevas semillas, triplicar la producción de una hectárea —pero sólo con un aumento proporcionalmente mayor de fertilizantes, insecticidas, agua y energía—. Fabricar estas cosas, como los demás bienes, contamina los océanos y la atmósfera y degrada recursos irremplazables. Si la combustión continúa aumentando según los índices actuales, pronto consumiremos el oxígeno de la atmósfera sin poder reemplazarlo con igual presteza. No tenemos razones para creer que la fisión o la fusión puedan reemplazar la combustión sin peligros iguales o mayores. Los expertos en medicina reemplazan a las parteras y prometen convertir al hombre en otra cosa: genéticamente planificado, farmacológicamente endulzado y capaz de enfermedades más prolongadas. El ideal con-

temporáneo es un mundo panhigiénico: un mundo en el que todos los contactos entre los hombres, y entre los hombres y su mundo, sean el resultado de la previsión y la manipulación. La escuela se ha convertido en el proceso planificado que labra al hombre para un mundo planificado, en la trampa principal para entrapar al hombre en la trampa humana. Se supone que moldea a cada hombre a un nivel adecuado para desempeñar un papel en este juego mundial. De manera inexorable, cultivamos, elaboramos, producimos y escolarizamos el mundo hasta acabar con él.

La institución militar es evidentemente absurda. Más difícil se hace enfrentar el absurdo de las instituciones no militares. Es aún más aterrizante, precisamente porque funciona inexorablemente. Sabemos qué interruptor debe quedar abierto para evitar un holocausto atómico. No hay interruptor para detener un apocalipsis ecológico.

En la antigüedad clásica, el hombre descubrió que el mundo podía forjarse según los planes del hombre, y, junto con este descubrimiento, advirtió que ello era inherentemente precario, dramático y cómico. Fueron creándose las instituciones democráticas y dentro de su estructura se supuso que el hombre era digno de confianza. Lo que se esperaba del debido proceso legal y la confianza en la naturaleza humana se mantenía en equilibrio recíproco. Se desarrollaron las profesiones tradicionales y con ellas las instituciones necesarias para el ejercicio de aquéllas.

Subrepticamente, la confianza en el proceso institucional ha reemplazado la dependencia respecto de la buena voluntad humana personal. El mundo ha perdido su dimensión humana y ha readquirido la necesidad de los tiempos primitivos. Pero mientras el caos de los bárbaros estaba constantemente ordenado en nombre de dioses misteriosos y antropomórficos, hoy en día la única razón que puede ofrecerse para que el mundo esté como está es la planificación del hombre. El hombre se ha convertido en el juguete de científicos, ingenieros y planificadores.

Vemos esta lógica en otros y en nosotros mismos. Conozco una aldea mexicana en la que no pasa más de media docena de autos cada día. Un mexicano estaba jugando al dominó sobre la nueva carretera asfaltada frente a su casa —en donde probablemente se había sentado y había jugado desde muchacho—. Un coche pasó velozmente y lo mató. El turista que me informó del hecho estaba profundamente conmovido y, sin embargo, dijo: “Tenía que sucederle”.

A primera vista, la observación del turista no difiere de la de un bosquiano que relata la muerte de algún fulano que se hubiera topado con un

tabú y por consiguiente hubiera muerto. Pero las dos afirmaciones poseen significados diferentes. El primitivo puede culpar a alguna entidad trascendente, tremenda y ciega, mientras el turista está pasmado ante la inexorable lógica de la máquina. El primitivo no siente responsabilidad; el turista la siente, pero la niega. Tanto en el primitivo como en el turista están ausentes la modalidad clásica del drama, el estilo de la tragedia, la lógica del empeño individual y de la rebelión. El hombre primitivo no ha llegado a tener conciencia de ello, y el turista la ha perdido. El mito del bosquimano y el mito del norteamericano están compuestos ambos de fuerzas inertes, inhumanas. Ninguno de los dos experimenta una rebeldía trágica. Para el bosquimano, el suceso se ciñe a las leyes de la magia, para el norteamericano se ciñe a las leyes de la ciencia. El suceso le pone bajo el hechizo de las leyes de la mecánica, que para él gobiernan los sucesos físicos, sociales y psicológicos.

El estado de ánimo de 1971 es propicio para un cambio importante de dirección en busca de un futuro esperanzador. A las metas institucionales las contradicen continuamente los resultados institucionales. El programa para la pobreza produce más pobres, la guerra en Asia acrecienta los Vietcong, la ayuda técnica engendra más subdesarrollo. Las clínicas para control de nacimientos incrementan los índices de supervivencia y provocan aumentos de población; las escuelas producen más desertores, y el atajar un tipo de contaminación suele aumentar otro tipo.

Los consumidores se enfrentan al claro hecho de que cuanto más pueden comprar, tanto más engaño han de tragar. Hasta hace poco parecía lógico que pudiera echarse la culpa de esta inflación pandémica de disfunciones ya fuese al retraso de los descubrimientos científicos respecto de las exigencias tecnológicas, ya fuese a la perversidad de los enemigos étnicos, ideológicos o de clase. Han declinado las expectativas tanto respecto de un milenario científico como de una guerra que acabe con las guerras.

Para el consumidor avezado no hay manera de regresar a una ingenua confianza en las tecnologías mágicas. Demasiadas personas han tenido la experiencia de computadoras que se descomponen, infecciones hospitalarias y saturación dondequiera que haya tráfico en la carretera, en el aire o en el teléfono. Hace apenas 10 años, la sabiduría convencional preveía una mejor vida fundada en los descubrimientos científicos. Ahora, los científicos asustan a los niños. Los viajes a la Luna proporcionan una fascinante demostración de que el fallo humano puede casi eliminarse entre los operarios de sistemas complejos —sin embargo, esto no mitiga los temores an-

te la posibilidad de que un fallo humano que consista en no consumir conforme a las instrucciones pueda escapar a todo control—.

Para el reformador social tampoco hay modo de regresar a las premisas de la década de los años cuarenta. Se ha desvanecido la esperanza de que el problema de distribuir con justicia los bienes pueda evadirse creándolos en abundancia. El coste de la cesta mínima que satisfaga los gustos contemporáneos se ha ido a las nubes, y lo que hace que un gusto sea moderno es el hecho de que aparezca como anticuado antes de haber sido satisfecho.

Los límites de los recursos de la tierra ya se han evidenciado. Ninguna nueva avenida de la ciencia o la tecnología podría proveer a cada hombre del mundo de los bienes y servicios de que disponen ahora los pobres de los países ricos. Por ejemplo, se precisaría extraer 100 veces las cantidades actuales de hierro, estaño, cobre y plomo para lograr esa meta, incluso con la alternativa tecnológica más "liviana".

Por fin, los profesores, médicos y trabajadores sociales caen en la cuenta de que sus diversos tratamientos profesionales tienen un aspecto —por lo menos— en común: crean nuevas demandas para los tratamientos profesionales que proporcionan, a una mayor rapidez con la que pueden proporcionar instituciones de servicio.

Se está haciendo sospechosa no sólo una parte, sino la lógica misma de la sabiduría convencional. Incluso las leyes de la economía parecen poco convincentes fuera de los estrechos parámetros aplicables a la región social y geográfica en la que se encuentra la mayor parte del dinero. En efecto, el dinero es el circulante más barato, pero sólo en una economía encaminada hacia una eficiencia medida en términos monetarios. Tanto los países capitalistas como los comunistas en sus diversas formas están dedicados a medir la eficiencia en relación con el coste/beneficio expresado en dólares. El capitalismo se jacta de un nivel más elevado de vida para afirmar su superioridad. El comunismo hace alarde de una mayor tasa de crecimiento como índice de su triunfo final. Pero bajo cualquiera de ambas ideologías el coste total de aumentar la eficiencia se incrementa geométricamente. Las instituciones de mayor tamaño compiten con fiereza por los recursos que no están anotados en ningún inventario: el aire, el océano, el silencio, la luz del sol y la salud. Ponen en evidencia la escasez de estos recursos ante la opinión pública sólo cuando están casi irremediablemente degradados. Por doquiera, la naturaleza se vuelve ponzoñosa, la sociedad inhumana, la vida interior se ve invadida y la vocación personal ahogada.

Una sociedad dedicada a la institucionalización de los valores identifica la producción de bienes y servicios con la demanda de los mismos. La educación que le hace a uno necesitar el producto está incluida en el precio del producto. La escuela es la agencia de publicidad que le hace a uno creer que necesita la sociedad tal y como está. En dicha sociedad el valor marginal ha llegado a ser constantemente autotrascendente. Obliga a los consumidores más grandes —son pocos— a competir por tener el poder de agotar la tierra, por llenarse sus propias panzas hinchadas, por disciplinar a los consumidores de menor tamaño, y por poner fuera de acción a quienes aún encuentran satisfacción en arreglárselas con lo que tienen. El *ethos* de la insaciabilidad es por tanto la fuente misma de la depredación física, de la polarización social y de la pasividad psicológica.

Cuando los valores se han institucionalizado en procesos planificados y técnicamente contruidos, los miembros de la sociedad moderna creen que la buena vida consiste en tener instituciones que definan los valores que tanto ellos como su sociedad creen que necesitan. El valor institucional puede definirse como el nivel de producción de una institución. El valor correspondiente del hombre se mide por su capacidad para consumir y degradar estas producciones institucionales y crear así una demanda nueva —y aún mayor—. El valor del hombre institucionalizado depende de su capacidad como incinerador. Para emplear una imagen, ha llegado a ser el ídolo de sus artesanías. El hombre se autodefende ahora como el horno en que se queman los valores producidos por sus herramientas. Y no hay límites para su voracidad. Su acto es el acto de Prometeo llevado al extremo.

El agotamiento y la contaminación de los recursos de la tierra es, por encima de todo, el resultado de una corrupción de la imagen que el hombre tiene de sí mismo, de una regresión en su conciencia. Algunos tienden a hablar acerca de una mutación de la conciencia colectiva que conduce a concebir al hombre como un organismo que no depende de la naturaleza y de las personas, sino más bien de instituciones. Esta institucionalización de valores esenciales, esta creencia en que un proceso planificado de tratamiento da finalmente unos resultados deseados por quien recibe el tratamiento, este *ethos* de consumidor, se halla en el núcleo mismo de la falacia prometeica.

Los empeños por encontrar un nuevo equilibrio en el medio ambiente global dependen de la desinstitucionalización de los valores. La sospecha de que algo estructural anda mal en la visión del *homo faber* es común en una creciente minoría de países tanto capitalistas como comunistas y “subdesarrollados”. Esta sospecha es la característica compartida por una nueva éli-

te. A ella pertenece gente de todas las clases, ingresos, creencias y civilizaciones. Se han vuelto suspicaces respecto de los mitos de la mayoría: de las utopías científicas, del diabolismo ideológico y de la expectativa de que la distribución de bienes y servicios se hará con igualdad. Comparten con la mayoría la sensación de estar atrapados, de percatarse de que la mayor parte de las nuevas pautas adoptadas por amplio consenso conducen a resultados que se oponen descaradamente a sus metas propuestas. No obstante, mientras la mayoría de los prometeicos astronautas en ciernes sigue evadiendo el problema fundamental, la minoría emergente se muestra crítica respecto del *deus ex machina* científico, de la panacea ideológica y de la cacería de diablos y brujas. Esta minoría comienza a dar forma a su sospecha de que nuestros constantes engaños nos atan a las instituciones contemporáneas como las cadenas ataban a Prometeo a su roca. La esperanza, la confianza y la ironía (*eironeia*) clásica deben conspirar para dejar al descubierto la falacia prometeica.

Solía pensarse que Prometeo significaba “previsión” y aun llegó a traducirse por “aquel que hace avanzar la Estrella Polar”. Privó astutamente a los dioses del monopolio del fuego, enseñó a los hombres a usarlo para forjar el hierro, se convirtió en el dios de los tecnólogos y terminó con cadenas de hierro.

La Pitonisa de Delfos fue reemplazada por una computadora que se cierne sobre cuadros de instrumentos y tarjetas perforadas. Los exámenes del oráculo cedieron el paso a los códigos de programación. El timonel humano entregó el rumbo a la máquina cibernética. Emerge la máquina definitiva para dirigir nuestros destinos. Los niños se imaginan volando en sus máquinas espaciales, lejos de una Tierra crepuscular.

Mirando desde las perspectivas del Hombre de la Luna, Prometeo pudo reconocer a Gaia como el planeta de la Esperanza y como el Arco de la Humanidad. Un sentido nuevo de la finitud de la Tierra y una nueva nostalgia pueden ahora abrir los ojos del hombre y hacerle ver por qué su hermano Epimeteo, al desposar a Pandora, eligió desposar a la Tierra.

Al llegar aquí el mito griego se convierte en esperanzada profecía, pues nos dice que el hijo de Prometeo fue Deucalión, el Timonel del Arca, quien, como Noé, navegó sobre el Diluvio para convertirse en el padre de la humanidad nueva que, con ayuda de Pirra, hija de Epimeteo y de Pandora, sacó de la tierra. Por ello nos es necesario comprender el sentido de ese Pithos que Pandora obtuvo de los dioses y que es el inverso de la Caja: nuestro Vaso y nuestra Arca.

Necesitamos ahora un nombre para quienes valoran más la esperanza que las expectativas. Necesitamos un nombre para quienes aman más a la gente que a los productos, para aquellos que creen que

No hay personas sin interés.
Sus destinos son como la crónica de los planetas.

Nada en ellos deja de ser peculiar
y los planetas son distintos unos y otros.

Necesitamos un nombre para aquellos que aman la tierra en la que podemos encontrarnos unos con otros,

Y si un hombre viviese en la oscuridad
haciendo amistades en esa oscuridad,
la oscuridad no carecería de interés.

Necesitamos un nombre para aquellos que colaboran con su hermano Prometeo en alumbrar el fuego y en dar forma al hierro, pero que lo hacen para acrecentar así su capacidad de entender y cuidar y ser guardián del prójimo, sabiendo que

para cada cual su mundo es privado,
y en ese mundo la maravilla de un minuto,
y en ese mundo lo trágico de un minuto,
que son mis propios bienes.¹

A esto hermanos y hermanas esperanzados sugiero llamarlos hombres epimeteicos.

¹ Las tres citas provienen de "People" ("Gente"), del libro *Poemas escogidos* de Yevgeny Yev-tushenko. Traducidos por Robin Milner-Gulland y Peter Levi, y con una introducción de los traductores. Publicado por E. P. Dutton & Co., 1962, y reimpresso con su autorización.

APÉNDICE

UNA ELECCIÓN QUE HACER

DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN nos hemos esforzado por llegar a la educación de un mundo mejor y, para hacerlo, hemos desarrollado sin cesar la escolaridad. Hasta ahora, la empresa se ha pagado con un fracaso. ¿Y qué hemos aprendido si no es a constreñir a los niños para que suban la escalera sin fin de la educación que, lejos de conducir a la igualdad buscada, sólo favorece al que se adelantó a los otros o al que tiene mejor salud o al que se beneficia de una mejor preparación? Peor aún, la enseñanza obligatoria parece minar la voluntad personal de aprender. Por último, al saber considerado como una mercancía, que hay que almacenar y distribuir, pronto se le considera como un bien sometido a las garantías de la propiedad individual y, por lo mismo, tiende a volverse escaso.

Comenzamos a percibir que este esfuerzo por desarrollar la educación pública mediante una escolaridad obligatoria está a punto de perder su legitimidad desde el punto de vista social, pedagógico y económico. Frente a esta crisis, los espíritus críticos no se contentan ya con remedios clásicos, ¡sino que proponen unos mucho más violentos! Imaginan, por ejemplo, sistemas de crédito educativo que permitirían a cada uno comprar la educación de su elección en un mercado no controlado, o bien, proponen retirarle a las escuelas la responsabilidad en materia de educación para dársela a los medios modernos de información y al aprendizaje en los sitios de trabajo. Algunos, aislados, entrevén la necesidad de destruir los fundamentos institucionales de la escuela, como le sucedió a la Iglesia en el transcurso de los dos últimos siglos. Ciertos reformadores proponen reemplazar la escuela universal por nuevos y diferentes sistemas que pretenden preparar mejor para la vida en una sociedad moderna... En síntesis, estamos frente a una elección: podemos contentarnos con dismantelar las escuelas o podemos ir más lejos y desescolarizar por completo la sociedad.

Todas esas proposiciones en favor de instituciones educativas nuevas se reparten, de hecho, en tres categorías: las reformas que llevan al "salón de clases" sin tocar el sistema escolar; luego, la dispersión de clases "liberadas" en toda la sociedad; por último, la transformación de la misma socie-

dad en un inmenso salón de clases. Pero estos tres enfoques del problema —clase reformada, liberada o que englobe al mundo entero— los consideramos como tres etapas de la escalada del proceso educativo a través de las cuales se afirmará la empresa de un control todavía más sutil y más invasor del que habrá reemplazado.

Si por mi parte estoy convencido de que conviene poner un término al reino de la escuela (desenlace que, por otra parte, creo ineluctable), es porque me parece que esta desaparición de una convicción ilusoria nos debería llenar de esperanza. Sin embargo, no estoy por ello menos consciente de que, llegados a este término de la “era escolar”, podríamos muy bien entrar en la de una escuela totalitaria que sólo el nombre distinguiría del asilo de alienados o de un campo de concentración donde educación, corrección y reajuste serían por fin sinónimos. Creo, en consecuencia, que el desmantelamiento de la escuela nos fuerza a ver más allá de su inminente desaparición y nos constriñe a enfrentar las posibilidades fundamentales de elección en materia de educación: ya sea que elijamos trabajar en la constitución de un arsenal educativo aterrador, con el objeto de acrecentar de golpe la fuerza de una enseñanza que trata de un mundo sin cesar más ensombrecido, más amenazador para el hombre; ya sea que intentemos poner en orden las condiciones necesarias para el surgimiento de una nueva era donde la tecnología se pondrá al servicio de una sociedad más simple, más transparente, de suerte que todos los hombres puedan descubrir lo que los rodea y servirse de las herramientas que hoy en día dan forma a sus propias vidas.

LA ENSEÑANZA OCULTA DE LAS ESCUELAS

Debemos distinguir entre “educación” y “escolaridad” si queremos ver surgir más claramente esa elección que se nos ofrece. Comprendo que conviene distinguir entre los objetivos humanistas del profesor y los efectos inherentes a la estructura inalterable de la escuela. Con toda seguridad esta estructura no es evidente a primera vista, pero sólo su existencia explica cierta forma de instrucción transmitida a todos y que escapa al control del docente o del consejo de profesores. En efecto, un mensaje se inscribe indeleble: sólo la escolaridad es capaz de preparar la entrada en la sociedad. Por ello, lo que no se enseña en la escuela se le retira su valor y, por lo mis-

mo, ¡lo que se aprende fuera de ella no vale la pena conocerse! Eso es lo que llamo la enseñanza oculta de las escuelas que define los límites en los cuales se efectúan los pretendidos cambios de programas.

Sin defendernos de ella, esta enseñanza no varía de una escuela a otra ni de un lugar a otro. En todas partes los niños deben congregarse en grupos, según la edad; luego, alrededor de 30 toman su lugar frente a un profesor diplomado en razón de 150, incluso 1 000 horas, al año o más. No importa si el programa oficial intenta enseñar los principios del fascismo o del liberalismo, del catolicismo o del socialismo, o si pretende ponerse al servicio de una "liberación", ya que en todos los casos la institución se arroga el derecho de definir las actividades propias que conducen a una "educación" legítima. Poco importa, igualmente, si el objetivo confesado de la escuela es producir ciudadanos soviéticos o norteamericanos, mecánicos o médicos, en la medida en que sin el diploma no se es un ciudadano verdadero o un doctor reconocido... Aunque todas las reuniones no se hagan en el mismo recinto, aunque incluso se consideren, de una manera o de otra, necesarias (cortar caña es trabajo del cañero; reformarse, el del prisionero, y seguir una parte del programa, el de los estudiantes), no hay en lo anterior ninguna diferencia.

Nos enfrentamos a una especie de directiva secreta que quiere que los estudiantes aprendan antes que nada que la educación sólo tiene valor una vez que se adquirió en el seno de la universidad mediante un método graduado de consumo, y se le promete que el éxito social dependerá de la cantidad de saber consumido. Están convencidos de que vale mucho más instruirse a distancia de lo que es el mundo. El hecho de que la escolaridad imponga esta regla secreta en un programa educativo la distingue inmediatamente de otras formas de educación planificada. Todos los sistemas escolares del planeta tienen características comunes en relación con su rendimiento institucional y la razón de ello es ese "programa oculto" común a todas las escuelas.

Hay que entender bien que ese programa oculto modifica la concepción que tenemos de la adquisición del saber y hace de la actividad personal una mercancía de la que la escuela cree detentar el monopolio. A un bien de consumo le damos hoy en día el nombre de "educación": un producto cuya fabricación la asegura una institución oficial llamada "escuela". En consecuencia, henos ahí con el fin de medir la duración y el costo del tratamiento aplicado al estudiante (en Estados Unidos, el diplomado de una pequeña universidad regional y el de uno de los colegios de la "liga de la

hiedra”¹ tienen cubiertos los mismos 135 “créditos”,² ¡pero están plenamente conscientes de la diferente cotización de sus “títulos” en la bolsa de valores educativos!).

En todos los países convertidos al ideal escolar, el saber se considera como un bien de primera necesidad, como un asunto de sobrevivencia y, de la misma forma, como una moneda de cambio más fácilmente convertible que los rublos y los dólares. Cuando hablamos de alienación estamos de tal manera habituados al vocabulario marxista que sólo pensamos frecuentemente en la del trabajador en relación con su trabajo desde la perspectiva de una sociedad de clases; hoy en día nos sería necesario reconocer otra forma de la alienación, la del hombre frente al saber cuando este último, transformado en producto de un servicio, hace de quien lo adquiere un consumidor.

Entre más educación “consume” un ser humano, más hace fructificar su posesión y se eleva en la jerarquía de los capitalistas del conocimiento. La educación definió una nueva pirámide de clases, en la medida en que los grandes consumidores de saber —esos portadores de bonos del tesoro del conocimiento— pueden inmediatamente pretender dar servicios de un valor más eminente a su sociedad. Ellos representan las inversiones seguras en el portafolio del capital humano de una sociedad y sólo ellos tienen un pronto acceso a las herramientas más poderosas o menos extendidas de la producción.

De esa manera, ese programa secreto definió implícitamente la naturaleza de la educación: permite medirla y establecer qué nivel de productividad da derecho a su consumo. Disponemos entonces de la posibilidad de justificar la creciente correlación entre los empleos y los privilegios que manan de ellos. En ciertas sociedades esos privilegios se conocerán bajo la forma de ingresos personales más considerables; en otras, será un acceso fácil a servicios todavía poco desarrollados o a una formación más favorecida, sin olvidar un creciente prestigio (por otra parte, en el momento mismo en que, en nombre de la educación, se reclaman crecientes privilegios, la fosa entre la formación y la competencia profesional se acrecienta, como

¹ Las 14 más célebres universidades de Estados Unidos constituyen esta “liga de la hiedra” (*ivy league*). (Son miembros de ella, por ejemplo, Yale, Harvard, Princeton...) Es una asociación sin objetivo definido, pero que conserva la tradición de grandeza. Saca su nombre de la hiedra que recubre los edificios más antiguos. [T.]

² El hecho de asistir a los cursos representa cierto número de créditos por semestre. Para tener acceso al diploma es necesario haber cubierto un número de 135 en cuatro años. [T.]

lo muestran ciertos estudios, en particular el de Ivar Berg, *La educación y los empleos, la gran estafa de la formación*).

Querer hacer pasar a todos los seres humanos por las etapas sucesivas de la adquisición del saber nos lleva a recordar la búsqueda de los alquimistas y a mirar bien ahí: en el “gran arte” del final de la Edad Media encontraremos con toda seguridad los orígenes profundos de la idea de escolaridad. Consideramos a justo título que Jan Amos Komensky fue uno de los grandes precursores de las teorías de la escuela moderna. Más conocido con el nombre de Comenius, Jan Amos era obispo de Moravia y se decía “pansofista” y pedagogo. En su *Didactica Magna* describe las escuelas como medios para “enseñar todo a todo el mundo” y podemos ver en él como un anteproyecto de la producción en la cadena del saber, ya que quería hacer la educación a la vez mejor y menos costosa, con el fin de permitir a todos el acceso a la condición de hombre. Pero sería insuficiente ver en Comenius una suerte de predecesor de nuestros expertos en métodos pedagógicos. Experto en alquimia, utilizaba su jerga para describir el arte de educar a los niños. Como se sabe, los alquimistas buscaban transmutar el plomo vil, los elementos vulgares, en oro, haciendo pasar sus espíritus destilados por las 12 etapas del enriquecimiento. Es evidente que si veían en eso una manera de enriquecerse a sí mismos, pretendían trabajar en nombre del interés general, y sus sucesivos fracasos no los desalentaban, ya que su “ciencia” les permitía encontrar en ella las razones y justificar la continuación de sus esfuerzos.

En esta perspectiva, la pedagogía abría un nuevo capítulo en la historia de la *Ars Magna*: la educación se volvía, en efecto, la búsqueda de una especie de método alquímico destinado a hacer surgir un nuevo tipo de hombre capaz de adaptarse a un medio creado por la magia científica. Y, al igual que en la alquimia, cualquiera que fuera la suma consagrada a cada generación para edificar escuelas, el resultado es que la mayoría de aquellos a los que se les enseña no responden a esa “afinación” y pronto hay que rechazarlos como no aptos para existir en un mundo concebido por el hombre.

Los reformadores en materia de educación que admiten el fracaso de las escuelas se reparten en tres categorías. Los más respetables son seguramente los grandes maestros en alquimia que prometen mejores escuelas; los más seductores, esos magos populares que anuncian la transformación de cada cocina en un laboratorio alquímico; los más aterradores, esos nuevos “masones” del universo que buscan transformar el mundo en un vasto templo de la enseñanza.

Veamos, en particular, entre esos maestros alquimistas del momento, a los directores de investigación que emplean o patrocinan las grandes fundaciones. Están persuadidos de que las escuelas, si pudieran de alguna manera mejorarse, se volverían empresas más económicamente viables que venderían un más vasto conjunto de servicios. En cuanto a aquellos cuyo interés se dirige hacia los programas, pretenden que éstos no están adaptados o están sobrepasados. De esa manera se conciben nuevos programas en los que se introducen mercancías al gusto del momento: cultura africana, imperialismo norteamericano, liberación femenina, contaminación o sociedad de consumo. Se denuncia la pasividad (con toda seguridad es un mal) y, para remediarla, se concede a los estudiantes que ellos mismos decidan lo que quieren que se les enseñe y de qué manera. Algunos dicen que las escuelas son prisiones y, en consecuencia, se aconseja a los jefes de establecimientos dar su asentimiento a salidas educativas: un horizonte de pupitres y de muros se sustituye, por ejemplo, por una calle de Harlem cuidadosamente delimitada. Por último, la psicología está de moda y se instaura la terapia de grupos en el salón de clases. La escuela, que se consideraba el todo aprender de todos, se vuelve hoy en día el universo de todos los niños.

Otros críticos se levantan para subrayar que las escuelas no utilizan suficientemente los recursos de la ciencia moderna. Surge el deseo de que los hombres de ciencia inventen algún medicamento que consuman los niños para que el instructor pueda modificar más fácilmente sus comportamientos. Se habla de transformar las escuelas en casinos educativos. Hay quienes quisieran “electrificar” el salón de clases y, por poco que crean ser buenos discípulos de McLuhan, helos ahí reemplazando el pizarrón y los manuales por *happenings* en los que se ofrece toda la batería de aparatos de comunicación. Si admiran a Skinner, afirman que la aplicación de sus teorías permitirá una acción más eficaz sobre el comportamiento de los estudiantes que la de los antiguos maestros, hoy pasados de moda.

Que algunas de estas reformas tengan efectos felices, es innegable. La práctica de la escuela tradicional está en un fuerte proceso de disminución en las escuelas experimentales. A veces los padres tienen un sentimiento mayor de participación. Los alumnos designados por sus profesores para seguir cursillos de aprendizaje adquieren frecuentemente un mayor *savoir faire*³ que el de sus camaradas que permanecen en clase (conocí niños que mejoraban sus conocimientos de español en el laboratorio de lengua, por-

³ En francés, en el original. [T.]

que preferían jugar con los botones de las grabadoras que conversar con sus iguales puertorriqueños). Sin embargo, todas esas mejoras intervienen en límites estrechos y previsibles, ya que no llegan al programa oculto de las escuelas.

A algunos reformadores les gustaría liberarse de esa regla secreta de las escuelas públicas, pero sólo lo logran raras veces. Las escuelas "activas", que conducen al desarrollo de otras escuelas del mismo tipo, sólo crean una engañosa ilusión: la liberación permanece como un espejismo, incluso si la constricción a los cursos obligatorios se interrumpe con frecuencia por periodos de ociosidad. Que se busque agradar a alguien para convencerlo de asistir a los cursos es, bien mirado, ¡más insidioso todavía que la obligación legal y el apoyo de la brigada de los menores! Mejor que una presencia consentida a disgusto, la que embauca lleva más fácilmente a creer en la necesidad del tratamiento educativo. El docente tolerante hace al alumno correr un creciente riesgo de sentirse incapaz de vivir fuera del refugio acolchado.

¿En qué difiere la enseñanza suministrada en las nuevas escuelas? Aunque se facilite por el consenso de un grupo, más que por los decretos del cuerpo docente, se trata siempre de adquirir competencias que la sociedad reconoce, lo que no cambia en nada el problema. La apariencia cambia; la realidad profunda permanece.

Para ser verdaderas escuelas de libertad, les sería necesario llenar dos condiciones. En primer lugar, deben administrarse de tal suerte que no permitan a la regla secreta de la enseñanza aplicarse, es decir, que los escolares, definidos como tales, ubicados frente a profesores reconocidos, no asistan a una sucesión de cursos graduados. En segundo lugar, esas escuelas deberían proporcionar un marco en el que todos los participantes, docentes y alumnos, puedan liberarse de los postulados sobre los que reposa, sin que lo sepamos, una sociedad escolarizada. A veces escuchamos enunciar la primera condición en los objetivos que se propone una escuela "activa". En cuanto a la segunda, por lo general no se le pone atención, y ciertamente no es el objetivo de esas escuelas.

LOS POSTULADOS SECRETOS DE LA EDUCACIÓN

No es necesario, en esta fase, distinguir entre la regla secreta y aquélla sobre la que, sin darnos cuenta, se funda la idea de la escolaridad. El progra-

ma oculto constituye una especie de ritual iniciático que podemos concebir como un preparativo para el ingreso en la sociedad moderna. Por intermedio de la escuela el programa adquiere su dimensión institucional. Detrás del velo de la ceremonia ritual, las contradicciones se encuentran disimuladas para los participantes. ¿Cómo, en efecto, conciliar el mito de una sociedad igualitaria y la realidad social fundada en el reconocimiento de un orden jerárquico que finalmente el rito impone? Pero una vez reconocidos en lo que son, los ritos ya no llegan a mantener la ilusión; ese fenómeno es aparente en el caso de la escolaridad. No obstante, la ceremonia reposa sobre postulados aceptados inconscientemente a los que las escuelas "privadas" podrían dar nuevo vigor.

A primera vista, se nos reprochará que hagamos un juicio de orden general sobre las escuelas "activas" y más precisamente, en 1971, sobre las de Estados Unidos, las de Canadá y las de Alemania del Oeste en donde ellas parecen querer ser el más hermoso adorno de un renacimiento. A decir verdad, nuestra generalización sólo se dirige a las empresas experimentales que pretenden ser instituciones educativas. Para evitar cualquier menosprecio debemos examinar con más atención la relación que hay entre "educación" y "escolaridad".

Con mucha frecuencia olvidamos que la educación no es una invención antigua. Ese sustantivo se desconocía antes de la Reforma. En Francia se habla por vez primera de la educación de los niños en un manuscrito de 1498. Era el año en que Erasmo llegó a residir en Oxford, en que a Savonarola lo quemaron en Florencia, en que Durero trazaba los primeros apuntes de su *Apocalipsis*, que todavía hoy evoca con fuerza la atmósfera sombría, la impresión de un inminente desastre que pesaba sobre ese período. En inglés, la palabra *educación* apareció por primera vez en 1530. Ese año, Enrique VIII repudiaba a Catalina de Aragón y la Iglesia luterana se separaba de Roma con la dieta de Augsburgo. Hay que esperar todavía un siglo para que la idea de "educación" se manifieste en el imperio español. En 1611, Lope de Vega habla de la educación como de una novedad. Ese año, la universidad de San Marcos en Lima celebraba su 60 aniversario. Centros de saber existían antes de que la palabra "educación" formara parte del lenguaje familiar. Se "leía" a los autores clásicos; se estudiaba el derecho; no se enseñaba a vivir...

En el siglo XVI, en el corazón de todas las disputas teológicas se encontraba la necesidad de encontrar justificaciones, de las que la política supo servirse bien para explicar las grandes masacres de la época. En la Iglesia,

cismas intervinieron y se hizo posible sostener convicciones diferentes sobre el punto de saber en qué medida el hombre nace pecador, corrompido o sometido a la predestinación. Desde el siglo XVII, el acuerdo se rehizo sobre un punto: el hombre nace no apto para la vida social, en consecuencia es necesario prepararlo proponiéndole una educación. Así, la educación se volvió lo opuesto de la competencia adquirida en la vida cotidiana y terminó por significar un método de tratamiento más que el simple saber de hechos de la existencia y la capacidad de servirse de herramientas que dan forma a la vida concreta del hombre. Progresivamente la educación se transformó en un servicio que había que producir, para el bien de todos, mercancía intangible que se recibía de la misma manera en que la Iglesia visible había conferido anteriormente la gracia invisible. El hombre, nacido en la estupidez original, debía ahora presentar cartas de creencia a la sociedad.

La escuela y la educación mantuvieron relaciones comparables a las de la Iglesia y la religión o, en una perspectiva más general, a las que se establecen entre el rito y el mito; el rito crea y sostiene al mito; detenta una función mitopoiética. El mito inspira el "programa" por el que se perpetúa. La educación representa a la vez todo un conjunto de justificaciones sobre el plano social y un concepto para el que no podemos encontrar análogos específicos en otras culturas (fuera de la teología cristiana). La educación por el método de la escolaridad distingue fundamentalmente a las escuelas de otras instituciones de enseñanza que existieron en otras épocas. Ése es un aspecto que no hay que despreciar si queremos hacer aparecer las insuficiencias de las "escuelas" llamadas privadas, no estructuradas o independientes.

Con el fin de sobrepasar una simple reforma de la clase, una escuela activa debe todavía rechazar el programa secreto de la escolaridad descrito anteriormente. Una escuela activa ideal intentaría proporcionar una educación esforzándose en evitar que esa educación se utilice para establecer o justificar una estructura de clase y se vuelva un patrón maestro para medir al alumno con cierto rasero. Debería, en consecuencia, no someter a este último a una represión, a un control o intentar definirlo de cualquier manera. Pero mientras las escuelas activas intenten proporcionar una "educación general", no están en condiciones de sobrepasar una concepción fundada en los postulados secretos de la escuela.

Entre sus principios, hay uno que Peter Schrag, en una perspectiva particular, definió como el "síndrome de inmigración", que nos incita a tratar a todos los seres humanos como si fueran recién llegados que deben some-

terse a un proceso de naturalización. Sólo los consumidores garantizados del saber se admiten en la ciudadanía. Los hombres no nacen iguales, sólo por el periodo de gestación en el seno del *Alma mater* podrán acceder a esta igualdad.

Otro postulado conduce a creer que el hombre, nacido inmaduro, debe adquirir su "madurez" en el transcurso del primer periodo de su existencia para después formar parte de una sociedad civilizada. Esta idea de una "maduración" es, con toda seguridad, contraria a otra convicción que define al hombre como el mamífero que, por el mecanismo de la evolución y con el concurso de la selección natural entre sus maestros primates, adquirió el carácter específico de permanecer durante toda su vida "inmaduro" —lo que constituye su "gracia" particular—. Pero, en conformidad con la fijación ideológica sobre la madurez, nos persuadimos de que es necesario, después de su nacimiento, mantener al ser humano apartado de su medio natural y hacerlo pasar por una matriz social para que adquiriera las cualidades necesarias para la vida cotidiana. Las escuelas activas son capaces de llenar esta función frecuentemente mucho mejor que escuelas de un modelo menos atractivo.

Los establecimientos educativos liberados comparten con quienes lo son menos otra característica: despersonalizan la responsabilidad de la educación. Ponen una institución *in loco parentis*. Perpetúan la idea de que la enseñanza, si se realiza fuera del círculo familiar, debe estar asegurada por una "agencia" cuyo docente es sólo un representante. En una sociedad escolarizada, la misma familia se reduce a ser sólo una "agencia de aculturación". En cuanto a los organismos educativos que emplean profesores para promover la política de su consejo administrativo, se vuelven instrumentos al servicio de una despersonalización de las relaciones entre personas privadas.

Naturalmente, numerosas escuelas activas funcionan sin profesores acreditados. Al hacerlo representan una amenaza seria para los sindicatos de maestros, pero, no por ello, ponen en peligro la estructura social fundada en un reconocimiento de las profesiones. Una escuela en la que los miembros del consejo administrativo eligen y nombran a los profesores, sin preocuparse de saber si detentan certificados, una licencia o una credencial sindical, no atenta contra la legitimidad de la profesión de enseñante; no más que una encargada de un prostíbulo clandestino, en un país donde un trabajo así, para ser legal, debe hacerse bajo el control de la policía, ¡no cuestiona la legitimidad de la profesión más antigua del mundo!

La mayoría de los que enseñan en escuelas activas no tienen la oportunidad de trabajar en su nombre. Aseguran la tarea de la enseñanza en nombre de un consejo; en nombre de sus alumnos asumen la función menos evidente de la enseñanza y sirven a la educación bajo su aspecto casi místico en nombre de toda "la sociedad". La mejor prueba de ello es que pasan todavía más tiempo que sus colegas de la enseñanza pública reuniéndose en comisiones con el objeto de planificar el método por el cual la escuela debería educar. La duración de esas reuniones ha incitado a muchos docentes de alma generosa, una vez que sus ilusiones se han disipado, a pasar de la escuela pública a la enseñanza privada, para luego ir todavía más allá...

Todos los establecimientos de enseñanza pretenden "formar hombres" en una tarea de mejoramiento del futuro, pero no les permiten cumplirla antes de que hayan adquirido una sólida tolerancia frente a las maneras de vivir de sus mayores. Es siempre una educación que prepara para la vida, más que adquirida en la vida cotidiana. Muy pocas escuelas activas pueden evitar esa trampa. Sin embargo, hay que reconocer que contribuyen a la aparición de un nuevo estilo de vida, no por el efecto que tendrán sus diplomas sobre la sociedad, sino más bien porque los padres que eligen educar a sus hijos sin beneficiarse de los servicios de enseñanza "ordenados según la regla" pertenecen frecuentemente a una minoría radical, y porque el interés que aportan a ese problema, el gusto que tienen de educar a sus hijos, los mantiene en su modo de vida.

LAS INFLUENCIAS OCULTAS EN EL MERCADO DE LA EDUCACIÓN

La especie más peligrosa entre los reformadores en materia de educación es la que pretende demostrar que el saber puede producirse y venderse de manera mucho más eficaz en un mercado libre que en el que controla la escuela. Pretenden que una capacidad puede fácilmente adquirirse por medio de un modelo, aunque el aprendiz considere poco esta adquisición como de interés evidente. Afirman también que un sistema de asignación individualizado proporciona un poder de compra más igualitario en materia de educación. Piden, por último, que se distinga entre el método de adquisición y el que mide los resultados (lo que me parece una necesidad muy evidente). Pero sería erróneo creer que la instauración de

un mercado abierto del saber representaría una solución opuesta a la de hoy en día.

Esta sustitución aboliría, ciertamente, lo que llamamos el programa secreto de la escolaridad (el hecho de que hay que seguir a determinadas edades programas graduados). Un mercado abierto daría, en primer lugar, la impresión de que vamos al encuentro de esos principios en los que reposa una sociedad escolarizada: el "síndrome de la inmigración", el monopolio institucional de la enseñanza y el rito de la integración progresiva. Pero, por lo mismo, un mercado libre de educación proporcionaría al alquimista innumerables ocasiones para influir en secreto, con el fin de encerrar a cada hombre en los múltiples y pequeños compartimentos que una tecnocracia todavía más desarrollada podría crear.

La confianza puesta desde hace decenios en la escolarización del ser humano ha hecho del saber una mercancía de una especie particular. Como lo hemos visto, todos consideran ahora el saber como un artículo de primera necesidad y, al mismo tiempo, como la moneda de cambio más preciosa de la sociedad. Esta transformación del saber en bien de consumo se refleja, igualmente, en nuestro comportamiento de todos los días, incluso en el lenguaje familiar. Así, verbos que describen una actividad personal, como "aprender", "alojarse", "sanarse", nos hacen irresistiblemente pensar en servicios cuya distribución está más o menos asegurada. Pensamos que es necesario resolver los problemas de la habitación, de los cuidados médicos, etc., sin recordar un solo instante que los hombres podrían curarse o edificar sus casas por ellos mismos. Todo es cuestión de servicios y el adolescente, en lugar de aprender, por ejemplo, a ocuparse de su abuela, aprende a manifestarse frente al asilo de ancianos donde no hay camas disponibles. ¿El desmantelamiento de la escuela sería, pues, suficiente para conducir a la desaparición de esas actitudes? (Mucho después de la adopción de la Primera Enmienda de la Constitución norteamericana se continuaba exigiendo la filiación a una Iglesia como condición para cualquier candidatura a un puesto oficial). Con mayor razón, ¿el cierre de las escuelas permitiría evitar que tuviéramos acceso a baterías de pruebas para medir el nivel de educación? Si ése no es el caso, esta nueva situación conduciría a la obligación, para cada uno, de adquirir un mínimo de mercancías en el depósito del saber. La ambición de medir científicamente el valor de cada hombre se vincula sin dificultad con el sueño del alquimista de hacer a todo hombre "educable" con el fin de guiarlo hacia una humanidad "verdadera". Bajo la apariencia de un mercado libre, llegaremos a un entorno sometido al control de los terapeu-

tas-pedagogos, a una matriz universal donde cada hombre se alimentaría con fluidos elegidos.

Las escuelas limitan por ahora la competencia del profesor al salón de clases. No le permiten reivindicar la existencia del hombre para una región. Desde esta perspectiva, renunciar a la escuela haría desaparecer esta frágil barrera y conferiría una legitimidad semejante a la invasión pedagógica de la vida privada de cada uno. Podría conducir a una lucha encarnizada por la adquisición del saber en un mercado libre del conocimiento y a la edificación, bajo apariencias igualitarias, de una meritocracia.

Las escuelas no son las únicas instituciones (ni incluso las más eficaces) que pretenden hacer de la información, de la comprensión y de la sabiduría rasgos de comportamiento susceptibles de contrastarse (y medirlos conduce a detentar la llave que abre las puertas del éxito y del poder). El sistema chino, por ejemplo, ofrecía, en el plano de la educación, una estimulante eficacia definiendo una clase relativamente abierta, cuyos privilegios dependían de la adquisición de un saber medible. Alrededor de 2 000 años antes de Cristo, parece que el emperador de China interrogaba cada tres años a sus administradores. Después de tres veces, les daba responsabilidades mayores o los echaba para siempre. Algunos 1 000 años más tarde, el primer emperador Chang estableció un verdadero examen para sus funcionarios. Música, tiro con arco y aritmética constituían los temas impuestos. Cada tres años, los concursos se abrían a los candidatos. Uno sobre 100 lograba franquear las tres series de pruebas que le conferían sucesivamente los títulos de "genio en hierbas", de "perfecto letrado" y de "dispuesto para el servicio del emperador". La selección era, pues, muy severa, y se le dedicaba la mayor importancia a los examinadores; así, por ejemplo, en el segundo nivel, en el que era necesario redactar una composición, el texto del candidato lo volvía a copiar un secretario antes de dárselo al jurado, a fin de que sus miembros no pudieran reconocer la caligrafía del autor.

Más tarde, la promoción a rango de mandarín no daba necesariamente derecho a uno de los puestos deseados. Permitía solamente participar en el sorteo de esos empleos. Ninguna escuela apareció en China antes de la época de las luchas con los poderes europeos. El caso del imperio chino es único entre las grandes naciones, ya que no poseía ni Iglesia oficial ni sistema escolar, pero pudo durante cerca de 3 000 años reclutar su élite gubernamental sin fundar una vasta aristocracia hereditaria. El acceso a esa élite estaba reservado a la familia del emperador y a los que pasaban los exámenes.

Voltaire y sus contemporáneos elogiaron el sistema chino, donde la promoción se fundaba en las pruebas dadas de un saber. Los exámenes de ingreso en la administración aparecieron en Francia en 1791; después, Napoleón los abolió. ¿Qué habría sucedido si, para propagar las ideas de la Revolución, se hubiera elegido el mandarinato en lugar del sistema escolar que inevitablemente sostiene al nacionalismo y a la disciplina militar? De hecho, Napoleón se erigió en el defensor de la escuela politécnica y del colegio de pensionados... Más que inspirarse en el mandarinato, las instituciones educativas se calcularon del modelo jesuita de la promoción ritual en el interior de una estructura jerárquica cerrada; de esa forma, las sociedades occidentales eligieron legitimar a sus élites.

Los jefes de establecimientos escolares se volvieron, de alguna forma, los abades de una cadena mundial de monasterios en donde todos se dedicaron a acumular conocimientos que les permitieran acceder a la tierra prometida, paraíso terrestre sometido a las leyes del envejecimiento planificado que se desborda sin cesar. Eso nos recuerda el esfuerzo de los calvinistas que arrasaron todos los monasterios para, finalmente, transformar Ginebra en un vasto claustro. Tenemos, por lo tanto, razones para temer que el desmantelamiento de la escuela permita la aparición de una fábrica del saber a escala mundial. A menos que transformemos la idea que nos hemos hecho de la enseñanza o del saber, la desaparición de la escuela corre el riesgo de conducir a una situación donde, de un lado, se utilizará el sistema del mandarinato para separar el aprendizaje del saber de la prueba de control y, del otro, la sociedad se comprometerá a proporcionar la terapéutica necesaria a cualquier hombre para que pueda entrar en la "edad de oro".

Ni los alquimistas, ni los magos, ni los masones pueden resolver el problema que nos plantea la crisis de la enseñanza. La desescolarización de nuestra concepción del mundo exige que reconozcamos la naturaleza, a la vez, ilegítima y religiosa de la empresa educativa porque busca hacer del hombre un ser social sometiéndolo a un tratamiento con métodos técnicos apropiados.

Adherirse al *ethos* tecnocrático nos conduce a querer poner en marcha todo lo que es técnicamente realizable, poco importa si sus beneficiarios son forzosamente poco numerosos o si no experimentan su deseo. Sobre todo la privatización o la frustración de la mayoría de los seres humanos nunca entran en la línea de cuenta. Si, por ejemplo, es posible concebir el tratamiento mediante la bomba de cobalto, es necesario que la ciudad de Tegucigalpa

disponga de aparatos adaptados en cada uno de sus dos grandes hospitales. Con todos esos créditos puestos ahí se habría podido luchar en toda Honduras contra la proliferación de parásitos... Las velocidades supersónicas sugieren que conviene inmediatamente acelerar los viajes de algunos. ¿Los vuelos a Marte? ¡Se encontrará siempre una razón para que parezcan indispensables! En el *ethos* tecnocrático la pobreza está modernizada: ¿existían soluciones antiguas? Nuevos monopolios vienen a prohibirlas. A la penuria de los bienes de primera necesidad se agrega la conciencia de la diferencia sin cesar cada vez más grande entre los servicios técnicamente realizables y los que en la práctica son accesibles a las mayorías.

Un profesor se vuelve "educador" desde el momento en que se incorpora a ese *ethos* tecnocrático. Actúa inmediatamente como si la educación fuera una empresa tecnológica concebida para insertar al hombre en el entorno que crea el "progreso" de la ciencia. Se niega a ver la evidencia: el envejecimiento de todos los bienes programados se paga muy caro (el costo de la formación del personal capaz de adaptarse a las técnicas nuevas es sin cesar más alto). Parece olvidar que el precio creciente de las herramientas tiene consecuencias igualmente graves en el plano de la educación: en el momento mismo en que los horarios de trabajo disminuyen, se vuelve imposible el aprendizaje en los lugares de empleo donde se ha hecho de él el privilegio de un pequeño número. En todo el mundo el precio del coste de la educación de los hombres para la sociedad crece más rápidamente que la productividad de la economía en su conjunto, mientras menos y menos hombres experimentan el sentimiento de hacerse razonablemente útiles a la comunidad.

LA ESCUELA, INSTRUMENTO DEL PROGRESO TECNOCRÁTICO

Educar para una sociedad de consumo resulta en formar consumidores. La reforma de la clase, su desaparición o su crecimiento no son ni más ni menos que métodos que, a pesar de sus diferencias aparentes, se dirigen a la formación de consumidores de bienes inmediatamente pasados de moda. La sobrevivencia de una sociedad en la que las tecnocracias pueden definir constantemente la dicha del hombre asimilado al consumo de los productos más recientes depende de las instituciones educativas (desde las escuelas hasta las agencias publicitarias) que transforman la educación en un medio de control social.

En países ricos como Estados Unidos, Canadá o la URSS, las considerables inversiones en materia de enseñanza hacen más evidentes las contradicciones institucionales del progreso tecnocrático. En esos países, el aumento ideológico del progreso ilimitado reposa en la idea de que el efecto igualitario de una formación permanente contrabalancea la influencia inversa de la regla del envejecimiento perpetuo. La legitimidad de la sociedad industrial depende de la credibilidad de la escuela, cualquiera que sea el partido en el poder. En tales condiciones, el público manifiesta un interés súbito por libros como el reporte de Charles Silberman a la comisión Carnegie, publicado bajo el título *Crisis en el salón de clases* (*Crisis in the Classroom*); esta investigación inspira confianza en la medida en que la acusación que el autor lanza contra la escuela está apoyada sólidamente. Pero tales estudios se dirigen a salvar el sistema tratando de corregir sus fallas más evidentes. Por lo mismo, pueden suscitar un nuevo ascenso de esperanzas engañosas.

Por todas partes crecientes inversiones consagradas a las escuelas vuelven la absurdidad de la empresa escolar más evidente. Puede parecer paradójico que los pobres sean sus primeras víctimas. En el fondo, eso es lo que muestra el reporte de la comisión de encuestas Wright en Ontario: a propósito de la enseñanza superior, los miembros de la comisión señalan que las capas pobres de la población las subvencionaban desde el punto de vista de la imposición de manera desproporcionada, ya que los ricos eran casi los únicos beneficiarios.

Esta observación podría inmediatamente hacerse en otra parte. En la URSS, un sistema de cuota aplicado durante muchos decenios parece favorecer la admisión a la universidad de los hijos de los trabajadores a expensas de las hijas e hijos de universitarios. Actualmente estos últimos son sobrerrepresentados en las clases superiores y terminales de la enseñanza rusa y en una proporción todavía más grande que en Estados Unidos.

El 8 de marzo de 1971, el juez Warren E. Burger hacía público el veredicto unánime de la corte en el caso Griggs contra la sociedad Duke Power. Fundándose en la voluntad expresada por el Congreso en el artículo que concierne a la igualdad de oportunidades en la ley de 1964, la corte resolvió por unanimidad que cualquier "diploma" exigido a un candidato por un empleo (o cualquier prueba seguida) debía "medir al hombre en relación con un trabajo dado" y no "al hombre mismo en un plano abstracto". Además, correspondía al empresario probar que sus exigencias en materia de diplomas constituía una "medida razonable de la calificación requerida".

Mediante estas consideraciones, los jueces querían evitar que las pruebas y diplomas exigidos no se utilizaran en provecho de una discriminación racial, pero la lógica del razonamiento podría también aplicarse a cualquier exigencia de un "*pedigree* educativo" en materia de empleo. Es tiempo de formar causa contra la "gran estafa de la formación profesional" denunciada tan justamente por Ivar Berg.

En los países pobres, las escuelas sirven para justificar el atraso económico de una nación: a la mayoría de los ciudadanos se le mantiene apartada de los magros medios modernos de producción y de consumo, pero todos sueñan con beneficiarse de los favores de la economía franqueando el umbral de una escuela. La repartición jerárquica de los privilegios y del poder ya no depende, en nuestros días y en el plano de la legitimidad, de una descendencia de ancestros, de la herencia, del favor del príncipe, incluso de una lucha sin cuartel en el mercado económico o en el campo de batalla. Su verdadera legitimidad la encuentra en una forma más sutil del capitalismo donde la institución encargada de conferirla se encuentra en la escolaridad obligatoria. Quien aprovechó los servicios de la escuela vuelve entonces al subprivilegiado responsable de su desgracia: es un mal consumidor del saber. Esta justificación de la desigualdad social no resiste siempre el examen de los hechos y los regímenes populares tienen cada vez más dificultades para disimular las contradicciones entre la propaganda y la realidad.

Desde hace 10 años, Cuba se esfuerza por promover el crecimiento rápido de la educación popular dando confianza a la mano de obra disponible sin tomar en cuenta la calificación profesional. Al principio, el éxito de esta campaña (en particular la disminución espectacular del número de analfabetos) se ha citado como prueba de que las tasas de crecimiento limitadas de los otros sistemas escolares latinoamericanos eran imputables a la corrupción, al militarismo y a la economía de mercado capitalista.

Sin embargo, la lógica de la escolarización se hace sentir manifiestamente a consecuencia de los esfuerzos de Castro por "reproducir" al hombre nuevo mediante la escuela. Incluso si los estudiantes pasan la mitad del año en la zafra y sostienen activamente los ideales igualitarios del *compañero* Fidel, la universidad cultiva cada año una nueva cosecha de consumidores conscientes de su saber, prontos a acceder a nuevos niveles de consumo. Al mismo tiempo, el doctor Castro debe enfrentarse a la evidencia de que el sistema escolar nunca producirá suficiente mano de obra técnica diplomada. Esos diplomados que obtienen los nuevos empleos destruyen por

su conservadurismo los resultados conseguidos por los cuadros no diplomados que llegaron a su posición mediante una formación en el taller. No basta con acusar a los docentes para explicar los fracasos de un gobierno revolucionario que quiere con todas sus fuerzas una institucionalización de la mano de obra siguiendo un programa secreto que garantice la producción de una burguesía universal.

ENSEÑAR, INSTRUIRSE: RESPONSABILIDADES PERSONALES

Contra esta voluntad de adquirir privilegios y poder que poseen quienes detentan la competencia profesional en nombre de sus pretendidos derechos, no sabríamos imaginar una revolución sin acusar a la concepción misma de la adquisición del saber. Lo que nos conduce, en primer lugar, a considerar la cuestión de la responsabilidad en ese ámbito, ya se trate de enseñar o de instruir. Dar a conocer una mercancía sólo se consigue si imaginamos que resulta de la acción institucional o que satisface objetivos institucionales

Para disipar este mal encantamiento, el hombre debe volver a encontrar el sentido de su responsabilidad personal cuando aprende o enseña. De esa forma se pondrá un término a esta nueva alienación donde vivir e instruirse no se toparán.

Recobrar el poder de aprender o de enseñar tiene como consecuencia que el profesor, al tomar el riesgo de inmiscuirse en la vida privada de otros, debe asumir la responsabilidad de sus resultados; de la misma manera, el estudiante que se pone bajo la influencia de un profesor debe sentirse responsable de su propia educación. En esa perspectiva, las instituciones educativas —si realmente son necesarias— irán teniendo el aspecto de centros abiertos a todos, donde cada uno pueda encontrar lo que busca, donde uno, por ejemplo, tenga acceso a un piano, el otro, a un horno de cerámica o a registros, libros, diapositivas, etc. Hoy en día, las escuelas, los estudios de televisión y otros sitios similares están concebidos para que los profesionales los utilicen. Desescolarizar la sociedad quiere decir, ante todo, rechazar el estatus profesional del oficio que, por orden de antigüedad, viene, justo después, del más viejo del mundo, por el que entiendo la enseñanza. La calificación de los profesores constituye ahora una traba al derecho a la palabra, de igual forma que la estructura corporativa y la credencial profesional

de los periodistas representan una traba al derecho de la libertad de información. La regla de la presencia obligatoria es contraria a la libertad de reunión. La desescolarización de la sociedad sólo sabría concebirse como una mutación cultural por la que un pueblo vuelve a encontrar el poder de gozar de sus libertades constitucionales.

Instruirse, enseñar, concierne a hombres que saben que nacieron libres y que no tienen, para adquirir esa libertad, que recurrir a un tratamiento apropiado. ¿Cuándo, por lo general, aprendemos? Cuando hacemos lo que nos interesa. ¿No somos, la mayor parte de nosotros, curiosos? Queremos comprender, darle un sentido a lo que se encuentra frente a nosotros, a lo que nos concierne. ¿No somos capaces de una relación personal con otros a menos de que seamos embrutecidos por un trabajo inhumano o fascinados por el ideal escolar?

El hecho de que los habitantes de países ricos apenas se instruyan por sí mismos no constituye una prueba de lo contrario. Es más bien la consecuencia de una vida en un entorno donde paradójicamente no encuentran nada que aprender en la medida en que su medio está en gran parte "programado". Están sin cesar frustrados por la estructura de una sociedad contemporánea en la que lo real, sobre lo que las decisiones podrían apoyarse, se ha vuelto de una naturaleza inasible. Viven, efectivamente, en un medio donde las herramientas que sería posible utilizar con fines creadores se vuelven productos de lujo, donde los canales de comunicación pertenecen a algunos que únicamente pueden hablar a la multitud.

UNA TECNOLOGÍA NUEVA MÁS QUE UNA NUEVA EDUCACIÓN

Un mito moderno quisiera hacernos creer que el sentimiento de impotencia que hoy en día experimenta la mayoría de los hombres sería consecuencia de la tecnología capaz de crear solamente vastos sistemas. Pero no es sólo la tecnología la que inventa esos sistemas, la que crea herramientas inmensamente poderosas, la que teje canales de comunicación en sentido único; por el contrario, mejor utilizada, la tecnología podría proporcionar a cada hombre la posibilidad de entender mejor su medio, de trabajarlo con sus propias manos, de comunicar mejor que en el pasado. Esta utilización de la tecnología, contrariamente a las tendencias actuales, constituye la verdadera alternativa al problema de la educación.

Para que un hombre pueda crecer, lo que necesita es el libre acceso a las cosas, a los sitios, a los métodos, a los acontecimientos, a los documentos. Tiene necesidad de ver, de tocar, de manipular, gustoso de asir todo lo que le rodea en un medio que no esté desprovisto de sentido. Ese acceso se le rehúsa hoy en día. Cuando el saber se ha vuelto un producto, adquiere la protección que se dispensa a la propiedad privada. De esa forma, un principio que se concibió para preservar la vida personal de cada uno se utiliza para justificar las prohibiciones que se lanzan contra aquellos que no portan los documentos necesarios. En las escuelas los profesores conservan sus propios conocimientos, a menos que esos conocimientos se inserten en el programa del momento. Los media informan, pero omiten todo lo que se considera impropio para la difusión. Los especialistas se encierran en su jerga y se necesitan vulgarizadores para asegurar su traducción. Los cuerpos profesionales protegen los diplomas y la burocracia los secretos. Todas las profesiones detentan el poder de echar de su ámbito a las personas no autorizadas; sucede lo mismo con las instituciones y las naciones.

Ni la estructura política ni la estructura profesional de nuestras sociedades, tanto en el Oeste como en el Este, podrían resistir la desaparición de estas prohibiciones, el trastrocamiento de esta posibilidad de tener a capas enteras de la población apartadas de lo que podría servirles. El acceso a los hechos que preconizamos no se satisface con una simple operación "etiquetas-verdad". Es necesario construir este acceso a la realidad (y todo lo que pedimos de la publicidad es una garantía que no sea mentirosa). El acceso a la realidad constituye la alternativa fundamental en materia de educación frente a un sistema de enseñanza que sólo se propone hablar de él.

Abolir el derecho al secreto profesional (incluso cuando la opinión del hombre profesional es que ese secreto sirve al bien común) representa, como hemos querido demostrarlo, un objetivo político mucho más radical que la reivindicación tradicional de nacionalizar o de controlar democráticamente las herramientas de producción. La socialización de las herramientas, sin la socialización efectiva de los conocimientos técnicos, tiende a poner el "capital del saber" en la posición que anteriormente ocupaba el financiero. Si el tecnócrata pretende apoderarse del poder es que él detenta una parte capital en la sociedad del saber secreto y reservado al pequeño número. Para proteger el valor de sus acciones y para aumentarlo, imagina una vasta organización que hace difícil, incluso imposible, el acceso al saber técnico.

El hombre motivado necesita un tiempo relativamente corto para adquirir una capacidad que quiere utilizar —lo que tendemos a olvidar en una sociedad donde los profesores monopolizan la posibilidad de acceder a cualquier actividad y detentan el poder de acusar de charlatanería a todos aquellos que no se someten—. ¿En las industrias y en la investigación se requieren muchas capacidades que sean tan terribles, complejas y peligrosas como manejar un coche? Ese saber se adquiere muy pronto con la ayuda de un igual. No todos los seres están dotados para el ejercicio de la lógica matemática, pero quienes lo están hacen progresos rápidos desafiándose mutuamente en partidos de juegos educativos. En Cuernavaca uno de 20 niños es capaz de vencerme en esos juegos después de 15 días de entrenamiento. En cuatro meses, la gran mayoría de los adultos que vinieron a nuestro centro a aprender español llegaron a un nivel de conocimiento suficiente para atacar problemas abstractos.

Una primera etapa de acceso a conocimientos consistiría en encontrar ventajas diversas para aquellos que, poseedores de una capacidad, quisieran compartirla. Eso, inevitablemente, chocaría con intereses de grupos profesionales y sindicatos. Esta multiplicidad de posibles aprendizajes tiene, sin embargo, con qué seducirnos. ¿Está prohibido imaginar a alguien que sabe a la vez conducir, reparar el teléfono, instalar plomería, actuar como partera y dibujar planos arquitectónicos? A esos, como decimos, se opondrían los grupos de interés y los consumidores disciplinados, diciendo muy alto que el público no podría prescindir de una garantía profesional (argumento cuya validez es cada vez menos evidente a los ojos de las asociaciones de defensa del consumidor). Debemos tomar mucho más en serio la objeción que los economistas harían de esta socialización de las capacidades: el “progreso”, dirían, se frenaría si el saber (títulos, capacidades y todo lo demás...) se democratiza. La mejor respuesta ¿no sería mostrar las tasas de crecimiento de los absurdos en materia económica que engendra el sistema escolar?

Poder aproximar a quienes están deseosos de compartir sus conocimientos no es garantía de que haya adquisición de un saber. Dicho acceso está limitado no sólo por el monopolio de los programas educativos y el de los sindicatos, sino también por una tecnología de penuria. Las capacidades que hoy en día valen son las que se aplican al funcionamiento de “herramientas” concebidas de tal manera que no puedan generalizarse. Efectivamente, esas “herramientas” sirven para producir bienes o servicios de los que todos quieren gozar, pero esto último sólo se concede a un pequeño nú-

mero y sólo pocos saben utilizarlas. Únicamente algunos privilegiados, por ejemplo, sobre el conjunto de los que sufren una determinada enfermedad, pueden beneficiarse de los descubrimientos de una investigación médica compleja, y todavía son menos los médicos que obtienen los conocimientos necesarios para utilizar dichas tecnologías.

Sin embargo, la investigación médica ha permitido crear un maletín de auxilios que permite a los enfermeros de la armada, después de sólo algunos meses de formación, obtener en el campo de batalla resultados muy superiores a los de los verdaderos médicos de la segunda Guerra Mundial. A un nivel todavía más inmediato, ¿no podría cualquier campesina aprender a reconocer y a curar las enfermedades infecciosas más comunes si investigadores médicos prepararan los remedios y las instrucciones necesarias para un determinado sector geográfico?

Todos estos ejemplos buscan ilustrar el hecho de que simples consideraciones educativas bastan para exigir una importante reducción de la importancia dada a las profesiones que se oponen a las relaciones entre los hombres de ciencia y la mayoría de quienes quieren tener acceso a esta ciencia. Si se prestara atención a esta demanda, todos los hombres podrían aprender a utilizar las herramientas de ayer, vueltas más eficaces y más durables gracias a la ciencia de hoy, para crear el mundo de mañana.

Por desgracia, es la tendencia contraria la que impera. Conozco una zona costera de América del Sur donde la mayoría de los habitantes viven de la pesca. Disponen de pequeñas embarcaciones y la introducción del motor auxiliar ha representado para ellos una verdadera revolución, de consecuencias a veces dramáticas. En el sector que estudié, la mitad de los motores comprados entre 1945 y 1950 funcionan todavía gracias a constante mantenimiento; por el contrario, los que se compraron en 1965 ya no funcionan porque no se concibieron para repararse. El progreso técnico proporciona a la mayoría de los seres humanos instrumentos inútiles, demasiado costosos, privándolos de las herramientas más simples que necesitan.

Desde 1940, considerables progresos se han realizado en el ámbito de los materiales metálicos, plásticos y de fibrocemento que se utilizan en la construcción, lo que debería darle a muchos seres humanos la posibilidad de construir sus propias casas. Pero en Estados Unidos, por ejemplo, mientras que en 1948 más de 30% de las habitaciones individuales las habían construido sus propietarios, a fines de 1960 ese porcentaje había caído a menos de 20 puntos.

El descenso del nivel de las capacidades por efecto de lo que se llama el “desarrollo económico” es aún más visible en América Latina. Ahí, la mayoría de los habitantes construyen todavía ellos mismos sus casas. Utilizan frecuentemente adobe y cal, materiales cuya utilidad es muy alta en clima cálido y húmedo. En otros sitios edifican casas con placas de chapa, cartón y otros desperdicios de la civilización industrial... En lugar de proporcionar a los habitantes herramientas simples y elementos estandarizados, sólidos, fácilmente reemplazables o reparables, los gobernantes de esos países se lanzaron a una política de producción masiva de habitaciones de interés social. Es, sin embargo, evidente que ninguno de ellos puede darse el lujo de proporcionar unidades habitacionales modernas a la mayoría de los habitantes. Por todas partes esta política prohibió a las masas adquirir los conocimientos y las habilidades necesarias para la construcción de casas más decentes.

UNA POBREZA LIBREMENTE CONSENTIDA

Darse cuenta de las posibilidades de educación nos permite ver que cualquier sociedad posindustrial debe disponer de un herramental de base cuya misma naturaleza no permita el desarrollo del control tecnocrático. Debemos, en efecto, esforzarnos por hacer surgir una sociedad donde el saber científico pueda estar, de alguna forma, abierto a las herramientas útiles, a las piezas de ensamble en unidades de dimensiones limitadas, para que sean comprensibles a los hombres. Dicho herramental permite asociarse para cumplir una tarea o, como todo mil usos lo sabe instintivamente, descubrirlas sirviéndose de ellas para nuevas posibilidades de uso. Por la combinación de posibilidades de acceso siempre abiertas a lo que sucede a nuestro alrededor y por los límites impuestos al poder de las herramientas será posible visualizar una “economía de subsistencia” capaz de utilizar las ventajas de la ciencia moderna.

Desarrollar dicha economía servirá a los intereses de la aplastante mayoría de los habitantes de países pobres, pero también es la única alternativa posible en los países ricos frente a la creciente contaminación, la explotación, la construcción de un mundo cada vez más ensombrecido. Como lo hemos señalado, derribar el mito del “producto nacional bruto” no se concibe sin atacar al mismo tiempo el de la “educación nacional bruta” (que conduce a la capitalización de la mano de obra). Una economía igualitaria no

podría existir en una sociedad en la que el derecho de producir lo confieren las escuelas.

Construir una economía de subsistencia moderna no depende de invenciones científicas nuevas. Su edificación pasa por una elección deliberada del conjunto de la sociedad que debe definir límites fundamentales al desarrollo de las burocracias y de las tecnocracias.

Estos límites pueden definirse de diferente manera, pero su utilidad dependerá de que se tomen en cuenta las verdaderas dimensiones de la existencia. (La posición del Congreso contra el desarrollo del transporte supersónico va en buena dirección.) Estas restricciones que se impondría voluntariamente la sociedad deben dirigirse a problemas simples, accesibles a todos; podríamos aquí retomar el ejemplo de los aviones supersónicos. Lo que guiaría la elección sería la conciencia de la necesidad de un disfrute igual de los frutos del saber científico. Los franceses dicen que se necesitarían mil años para enseñarle a un país a ocuparse de una vaca; no se necesitarían dos generaciones para ayudar a todos los habitantes de América Latina o de África a utilizar (o a reparar) motores auxiliares de vehículos simplificados, de bombas, de maletines médicos, de construcciones de hormigón, si la concepción de esos equipamientos no cambiara casi cada año. Obtener igual provecho de las adquisiciones de la técnica conduciría, sin duda, a una vida donde el gozo estaría presente, gozo, con sentido, de las relaciones establecidas entre los hombres, y como al mismo tiempo los hombres vivirían en un medio en donde el absurdo ya no tendría sitio, el derecho igual a los bienes de la sociedad se confundiría finalmente con la igualdad en materia de educación.

Hoy en día es difícil imaginar un consenso sobre la austeridad. La razón que por costumbre se da para explicar la impotencia actual de la mayoría se sitúa en una perspectiva (económica o política) de clases, y por lo general no nos damos cuenta de que las nuevas estructuras de clase impuestas por una sociedad escolarizada son más fácilmente controladas por los intereses establecidos. Sin duda alguna, una organización imperialista y capitalista de la sociedad definió un conjunto social en el interior del cual una minoría posee una influencia desproporcionada sobre la opinión de la mayoría. Pero en una sociedad tecnocrática, el poder de un pequeño número de "capitalistas del saber" es capaz de impedir la formación de una verdadera opinión pública por el control de las técnicas científicas y de los medios de comunicación entre los hombres.

Las garantías constitucionales dadas a la libertad de expresión, de prensa, de reunión, se dirigían a asegurar el acceso del gobierno por el pueblo. La electrónica moderna, las prensas offset, las computadoras, los teléfonos podrían representar un equipamiento capaz de dar un sentido completamente nuevo a esas libertades. Por desgracia, todas esas conquistas técnicas se utilizan para acrecentar el poder de los banqueros del conocimiento, en lugar de servir para tejer las verdaderas redes que proporcionarían oportunidades iguales de encuentro a la mayoría de los seres humanos.

Desescolarizar la estructura social y cultural exige utilizar la tecnología para hacer posible una política de participación. Sobre la base de una coalición de la mayoría se podrían determinar los límites del secreto y del poder creciente sin que exista dictadura.

Necesitamos un entorno nuevo en el cual crecer para conocer una sociedad sin clases o entraremos en el "mundo feliz" donde el *big brother*⁴ estará ahí para educarnos a todos.

⁴ Alusiones al libro de Aldous Huxley, *Un mundo feliz*, y al de George Orwell, *1984*.

ENERGÍA Y EQUIDAD



LA IMPORTACIÓN DE UNA CRISIS

MIENTRAS MÁS rico el país, más de buen gusto es mostrarse preocupado por la llamada “crisis de energía”. El tema saltó a primer plano entre aquellos que *Le Monde* y el *New York Times* trataron inmediatamente después de que Kissinger anunció la suspensión de bombardeos en Vietnam. El nuevo problema —chispa para los grandes programas de televisión— está en la agenda del *jet-set* científico internacional, meollo en la reorganización de las relaciones comerciales entre rusos y norteamericanos. Ya en 1970, este mismo tema llegó a tener preeminencia en las revistas de las élites científicas; en parte porque cómodamente amalgama varias ramas “distinguidas” de la investigación reciente, ampliamente popularizadas durante la década de los sesenta: el estudio psicosociológico de los conflictos, de la ecología y de la contaminación ambiental, el de las mutaciones previsibles en la tecnología futurista. Ahora, en 1973, vemos los primeros signos de que la importación de la “crisis energética” empieza a tener éxito en América Latina. Se multiplica la reproducción de traducciones sobre el tema. En la prensa periódica, destinada a las clases escolarizadas, las vitrinas de las librerías exhiben títulos al respecto; los programas de televisión, promovidos por las fundaciones extranjeras, conectan el tema a la necesidad de limitar la población, de aumentar los niveles tecnológicos para usar la energía escasa en forma más económica y de llegar a acuerdos internacionales de naturaleza no política. Me parece de suma importancia fijar nuestra atención en la realidad que subyace en esta “crisis” y encontrar una manera que habilite a las masas populares para participar en el análisis, sin que por ello baje el nivel lógico y técnico de la discusión. El presente documento es una contribución para orientar esta discusión en uno de los sentidos posibles.

Hay que desenmascarar la así llamada “crisis de energía”. Se trata de un eufemismo que encubre una contradicción, indica una frustración, consagra una ilusión. Encubre la contradicción inherente al hecho de querer alcanzar, al mismo tiempo, un estado social basado en la noción de EQUIDAD y un nivel cada vez más elevado de crecimiento industrial. Indica cuál es el grado de frustración actual, provocado por el desarrollo industrial. Finalmente, consagra la ilusión de que se puede sustituir indefinidamente la po-

tencia de la máquina por la energía metabólica del hombre, ilusión que lleva, en este momento, a los países ricos a la parálisis y fatalmente desorienta la planificación del desarrollo en los países pobres. Al difundir el pánico de una inminente e inevitable "crisis de energía", los ricos perjudican aún más a los pobres que al venderles los productos de su industria. Construir las propias centrales nucleares en los Andes incorpora a un país al Club de los Exploradores, mientras que la importación de coches o aviones solamente acentúa su dependencia. Al difundir en el mundo de los pobres el temor por la insuficiencia de energía para el "progreso" hacia tales metas, los pobres aceptan la explicación que presentan los ricos sobre la crisis en el progreso y se ponen al mismo tiempo un *handicap* en la carrera del crecimiento a la cual se obligan. Optan por una pobreza modernizada, en vez de elegir, con el uso racional de las técnicas modernas, el acceso a un modo de producción que refleje madurez política y científica. En mi opinión es de la mayor importancia enfrentarse a la realidad que oculta ese llamado concepto de "crisis". Hay que reconocer que la incorporación de algo más que un cierto cuántum de energía por unidad de un producto industrial inevitablemente tiene efectos destructores, tanto en el ambiente sociopolítico como en el ambiente biofísico.

EL ABUSO POLÍTICO DE LA CONTAMINACIÓN

A la presente "crisis" energética la precedió una análoga "crisis" ecológica: se abusa de ambas con fines de explotación política. Hay que entender que la segunda no encuentra su solución aun cuando se encontraran formas de producir energía abundante y limpia, es decir, sin efecto destructor sobre el medio ambiente.

Los métodos que hoy se utilizan para producir energía, en su creciente mayoría agotan los recursos y contaminan el ambiente. Al ritmo actual de su utilización, el carbón, el petróleo, el gas natural y el uranio se consumirán dentro del horizonte temporal de tres generaciones, y en el entretiem-po habrán cambiado tanto al ser humano como su atmósfera de forma definitiva. Para transportar a un solo hombre en un Volkswagen, sobre una distancia de 500 km, se queman los mismos 175 kg de oxígeno que un individuo respira en todo un año. Las plantas y las algas reproducen suficiente oxígeno para los 3 000 millones de hombres que existen. Pero no puede reproducirlo para un mundo automovilizado, cuyos vehículos queman cada

uno por lo menos 14 veces más oxígeno del que quema un individuo. Los métodos usados para producir energía no sólo son caros —y por tanto son recursos escasos—, sino igualmente destructores, al punto de engendrar su propia escasez. Los esfuerzos de los últimos decenios se han orientado a producir más petróleo, a refinarlo mejor y a controlar su distribución. El énfasis ahora se va trasladando hacia la investigación para encontrar fuentes de energía abundante y *limpia* y motores comparables en potencia a los presentes, que sean más rentables y menos venenosos. Se olvida que automóviles que no envenenen el ambiente, ni en su manufactura ni en su marcha, costarían un múltiplo de los que ahora tenemos. La promoción de la técnica limpia casi siempre constituye la promoción de un médico de lujo para producir bienes de primera necesidad.

En su forma más trágica y amenazante, la quimera energética se manifiesta en la llamada “Revolución verde”. Los granos milagrosos introducidos en la India hace pocos años, hacen sobrevivir y multiplicarse a los hambrientos que se multiplicaron por el crecimiento industrial. Estas nuevas simientes se cargan de energía en forma de agua de bombeo, abonos químicos e insecticidas. Su precio se paga no tanto en dólares sino más bien en trastornos sociales y en destrucción ecológica. De esta forma, los cuatro quintos menos industrializados de la especie humana, quienes llegan a depender más de la agricultura “milagrosa”, empiezan a rivalizar con la minoría privilegiada en materia de destrucción ambiental. Hace sólo 10 años se podía decir que la capacidad de un recién nacido norteamericano de envenenar el mundo con sus excrementos tecnológicos era 100 veces mayor que la de su coetáneo en Bengala. Gracias a que el bengalí depende de la agricultura “científica”, su capacidad de destruir el ambiente en forma irreversible se ha multiplicado por un factor de cinco a 10, mientras que la capacidad del norteamericano para reducir la contaminación que causa ha disminuido un poco. Los ricos, como grupo, ya van en vías de perder el primer puesto en la contaminación del planeta. Los ricos tienden a acusar a los pobres por usar poca energía en forma ineficiente y dañina y los pobres acusan a los ricos de producir más excrementos porque devoran sin digerir mucho más que ellos. Los utópicos prometen soluciones milagrosas a los dos, tales como la posibilidad de realizar pronto un decrecimiento demográfico o la desalinización de las aguas del mar por energía de fusión. Los pobres se ven obligados a fundar sus esperanzas de sobrevivir en su derecho a un ambiente reglamentado que les “ofrece” la generosidad de los ricos. La doble crisis de abastecimiento y de contaminación ya manifiesta

los límites implícitos en el crecimiento industrial. Pero la contradicción decisiva de esta expansión más allá de ciertos límites reside en un nivel más hondo, en lo político.

LA ILUSIÓN FUNDAMENTAL

Creer en la posibilidad de altos niveles de energía *limpia* como solución a todos los males, representa un error de juicio político. Es imaginar que la equidad en la participación del poder y el consumo de energía pueden crecer juntos. Víctimas de esta ilusión, los hombres industrializados no ponen el menor límite al crecimiento en el consumo de energía, y este crecimiento continúa con el único fin de proveer cada vez a más gente de más productos de una industria controlada cada vez por menos gente. Prevalece la ilusión de que una revolución política, al suprimir los errores técnicos de las industrias presentes, crearía la posibilidad de distribuir equitativamente el disfrute del bien producido, a la par que el poder de control sobre lo que se produce. Es mi tarea analizar esta ilusión. Mi tesis sostiene que no es posible alcanzar un estado social basado en la noción de equidad y simultáneamente aumentar la energía mecánica disponible, a no ser bajo la condición de que el consumo de energía por cabeza se mantenga dentro de límites. En otras palabras: sin electrificación no puede haber socialismo, pero inevitablemente esta electrificación se transforma en justificación para la demagogia cuando los vatios per cápita exceden cierta cifra. El socialismo exige para la realización de sus ideales un cierto nivel en el uso de la energía: no puede venir a pie, ni puede venir en coche, sino solamente a velocidad de bicicleta.

MI TESIS

En mi análisis del sistema escolar he señalado que en una sociedad industrial el costo del control social aumenta más rápidamente que el nivel del consumo de energía. Este control lo ejercen en primera línea los educadores y médicos, los cuerpos asistenciales y políticos, sin contar la policía, el ejército y los psiquiatras. El subsistema social destinado al control social crece a un ritmo canceroso convirtiéndose en la razón de la existencia para la sociedad misma. He demostrado que solamente imponiendo límites a la despersonalización e industrialización de los valores se puede mantener un proceso de participación política.

En el presente ensayo mi argumento procederá analógicamente. Señalaré que en el desarrollo de una sociedad moderna existe un momento en el que el uso de energía ambiental excede por un determinado múltiplo el total de la energía metabólica humana disponible. Una vez rebasada esta cuota de alerta, inevitablemente los individuos y los grupos de base tienen que abdicar progresivamente del control sobre su futuro y someterse siempre más a una tecnocracia regida por la lógica de sus instrumentos.

Los ecólogos tienen razón al afirmar que toda energía no metabólica es contaminante: es necesario ahora que los políticos reconozcan que la energía física, pasado cierto límite, se hace inevitablemente corrupta del ambiente social. Aun si se lograra producir una energía no contaminante y producirla en cantidad, el uso masivo de energía siempre tendrá sobre el cuerpo social el mismo efecto que la intoxicación por una droga físicamente inofensiva, pero psíquicamente esclavizante. Un pueblo puede elegir entre una droga sustitutiva tal como el metadone y una desintoxicación realizada a voluntad en el aislamiento; pero no puede aspirar simultáneamente a la evolución de su libertad y convivencialidad por un lado, y a una tecnología de alta energía por el otro.

EL MARCO LATINOAMERICANO

La llamada crisis de la energía es un concepto políticamente ambiguo. En la manera como se usa en el presente, sirve a los intereses imperialistas tanto en Rusia como en Estados Unidos. Sirve de explicación para limitar privilegios a quienes más directamente cooperan en el desarrollo de éstos. En América Latina la difusión del pánico serviría para integrar el continente más perfectamente como periferia de un mundo cuyo centro está donde más energía per cápita se utiliza. No hay movimiento de verdadera liberación que no reconozca la necesidad de adoptar una tecnología de bajo consumo energético.

Discutir la crisis de energía equivale a colocarse en el cruce de dos caminos. A mano izquierda se abre la posibilidad de transición a una economía posindustrial, que pone el énfasis en el desarrollo de formas más eficientes de trabajo manual y en la realización concreta de la equidad. Nos conduciría a un mundo de satisfacción austera de todas las aspiraciones realistas. A mano derecha se ofrece la opción de acometer la escalada de un crecimiento que pondría el énfasis en la capitalización y el control social ne-

cesarios para evitar niveles intolerables de contaminación. Nos conduciría a transformar los países latinoamericanos en participantes de tercer orden en el apocalipsis industrial, hacia el cual marchan los países ricos. Estados Unidos, Japón o Alemania ya están a punto de perpetrar el autoaniquilamiento social en una parálisis causada por el superconsumo de energía. Insistiendo en el sueño de hacer trabajar las máquinas en lugar del hombre, se desintegran políticamente, aun antes de verse sofocados en sus propios desechos. Hay ciertos países, como la India, Birmania, y espero que aún por cierto tiempo también China, que son todavía bastante operantes en el uso de sus músculos, previniendo así el aumento del desarrollo energético. Pueden aún limitar el uso de energía al nivel actual, tratando de usar sus vatios para fines cualitativamente cada vez más altos y cada vez en forma de mejor distribución.

Posiblemente den el ejemplo de una economía al mismo tiempo posindustrial y socialista, para lo cual deberán mantener una tecnología con un bajo consumo de energía y decidir, desde ahora, vivir más acá del nivel de consumo por cabeza de energía mecánica que deberán recuperar los países ricos para poder sobrevivir.

América Latina se encuentra dentro de una tercera situación. Sus industrias están subcapitalizadas y sus subproductos, física y socialmente destructores, son menos visibles que en los países ricos, haciendo excepción particular del Distrito Federal en México y de São Paulo en Brasil. El menor número de gente es consciente de sufrir precisamente a causa del aumento de la potencia de la máquina industrial y, por tanto, menos es la gente dispuesta a tomar en serio la necesidad de limitar el desarrollo ulterior de tal potencia. Por otro lado, todos los países de América Latina ya tienen una infraestructura física que *a priori* impide al no escolarizado, al no motorizado, al no electrificado, al no industrializado participar humanamente en el proceso de producción. Aquí, la idea de una alternativa al desarrollo de la industria pesada ya implica la renuncia a lo que se está haciendo o se cree poder hacer mañana: una renuncia al coche, a la nevera, al ascensor y, en muchos casos, hasta al cemento armado que ya están en el pueblo o en la casa del vecino. En Latinoamérica hay menos conciencia que en los países ricos de la necesidad de un modelo alternativo de tecnología y tampoco se vislumbra una renuncia al modelo de los ricos, cosas que pudieran permitirse los chinos, si así lo quisieran.

EL PODERÍO DE ALTO VOLTAJE

Tanto los pobres como los ricos deberán superar la ilusión de que MÁS energía es MEJOR. Con este fin es necesario, ante todo, determinar el límite de energía más allá del cual se ejerce el efecto corruptor del poder mecánico. Este efecto corruptor puede ser controlado en dos niveles característicos. Una sociedad puede sacrificar su propia supervivencia, como comunidad política, al ídolo del poder material. Puede optar conscientemente, o por falta de iniciativa contraria, por identificar el bienestar con el más alto consumo de energía, estableciendo el sistema de planificación que lo hace posible. La maximización del sistema industrial bajo un techo energético más allá del cual cesa la viabilidad del sistema, requiere la transformación de nuevos poderes a un Leviatán tecnofascista.

Una sociedad que dé preferencia al pleno desarrollo de sus industrias sobre la plena participación de sus miembros en el proceso, no puede evitar un nuevo nivel de tecnocracia. Es de poca importancia real el modo concreto como llegue esta tecnocracia al poder: por imposición extranjera, por revolución dentro o fuera de la legalidad o a través de un nuevo contrato social. Tecnocracia es la orientación que siguen los países ricos y la misma que quieren imponer a los países pobres.

Hay un segundo nivel característico, y más bajo, al cual se puede limitar la energía utilizada dentro de un sistema social: es el nivel en el que un pueblo cree tener mejor participación en el dominio de la máquina al combinar mejor y simultáneamente el desarrollo de sus valores tradicionales con la realización de sus ideales sociales. Para ello hay que limitar el uso de la energía, recuperando el nivel tope, pasado el cual éste reduce la autonomía de los individuos y de los grupos de base.

La hipótesis es evidentemente verdadera: más allá de cierto nivel de uso per cápita de energía física, el ambiente de una sociedad cesa de funcionar como nicho de su población. En esta afirmación no hay nada novedoso pero yo pretendo decir más que esto en mi hipótesis.

MI HIPÓTESIS

El hombre es el ser consciente de su espacio vital y de su limitación temporal. Integra a los dos por medio de su acción, de la aplicación de su energía a sus circunstancias concretas en las cuales se encuentra. Para tal fin

utiliza instrumentos de varios tipos, algunos de ellos dan mayor efecto a las energías metabólicas de las que dispone, y otros le permiten hallar fuentes energéticas que son exteriores a su propio cuerpo.

La energía, transformada en trabajo físico le permite integrar su espacio y su tiempo. Privado de energía suficiente se ve condenado a ser un simple espectador inmóvil en un espacio que lo oprime. Al usar sus manos y pies transforma el espacio, simple territorio para el animal, en casa y patria. Al aumentar la eficiencia en la aplicación de su propia energía, lo embellece. Al aprender a usar nuevas fuentes de energía, lo expande y lo pone en peligro. Más allá de cierto punto, el uso de energía motorizada inevitablemente empieza a oprimirlo.

Mi hipótesis es que no puede existir una sociedad que merezca el calificativo de "socialista" si la energía mecánica que utiliza aplasta al hombre; inevitablemente, pasado cierto punto, la energía mecánica tiene tal efecto. Existe una constante κ . Ésta indica la cantidad por la que hay que multiplicar la energía mecánica utilizada para todos los fines en la sociedad. No puede existir una sociedad "socialista", en tanto κ no quede entre los límites. La sociedad debe considerarse subequipada para una forma de producción participativa y eficaz, mientras κ no alcanza el valor del límite inferior. Cuando κ se vuelve mayor que el valor del límite superior, termina la posibilidad de mantener una distribución equitativa del control sobre el poder mecánico en la sociedad. Espero elaborar un modelo teórico que ilustre esta hipótesis. Si ésta es correcta, existe en cada sociedad concreta un "nivel de energía de rendimiento mecánico" dentro del cual puede funcionar de manera óptima un sistema político participativo. El orden de magnitud en que se da este nivel de energía es independiente del instrumental tecnológico o de la eficiencia en la transformación de la energía misma.

Simultáneamente propongo se verifique esta misma hipótesis en algunos campos concretos que consumen un porcentaje importante de la energía mecánica en nuestras sociedades. Tales campos serían: la habitación, los aspectos mecanizados de la agricultura y del transporte. Yo me he decidido a formular mi argumento partiendo de un análisis de este último.

EL PARADIGMA DE LA CIRCULACIÓN

Para tales fines presento a consideración el campo de la circulación de personas. Me limitaré al análisis de la circulación de la gente y de su equipaje

personal, porque la circulación de bienes en cantidades superiores exigiría otro planteamiento. En la circulación distinguiré dos medios de locomoción: *el tránsito* de las personas que usan su propia fuerza para trasladarse de un punto a otro y *el transporte* motorizado. Incluyo en la circulación total dos grandes clases estadísticas de locomoción bien distintas: *el viaje*, que al empezar conlleva la intención de dormir en otro lugar, por lo menos durante una noche, y *el desplazamiento*, o trayecto de ida y vuelta, que termina durante el mismo día en su lugar de origen. El viaje y el desplazamiento pueden tener como fin el trabajo, el paseo, el mercado o la participación en actividades sociales.

En el ejemplo de la circulación creo poder aclarar por qué la "crisis de energía" es un eufemismo detrás del cual se esconde la ilusión de que el uso de la energía y la equidad puedan crecer al mismo paso indefinidamente. La circulación ofrece una oportunidad para exponer la urgencia del análisis que propongo, al mismo tiempo que permite llamar la atención sobre la ceguera ante la evidencia de esta urgencia. Finalmente, me permito presentar mi argumento en forma tal que pueda entenderse y verificarse en discusiones públicas con gente de cualquier grado de instrucción formal.

LA INDUSTRIA DEL TRANSPORTE

En el momento en que una sociedad se hace tributaria del transporte, no sólo para los viajes ocasionales sino por sus desplazamientos cotidianos, se pone de manifiesto la contradicción entre justicia social y energía motorizada, libertad de la persona y mecanización de la ruta. La dependencia, en relación con el motor, niega a una colectividad precisamente aquellos valores que se considerarían implícitos en el mejoramiento de la circulación.

Lo siguiente es evidente para campesinos sensatos y se hace dudoso para una persona que sube por la escalera de la escolaridad: la máquina es una contribución positiva cuando su empleo conduce a expandir el radio de circulación para todos, multiplicando los destinos terminales sin que por esto aumente la parte del tiempo social que se dedica a la circulación. Hoy en día, ningún sistema motorizado de locomoción llega a aumentar el radio de circulación y simultáneamente a salvaguardar la equidad en la distribución de costos y en la accesibilidad a los puntos de destino escogidos. Frente a esta evidencia el campesino y el peón fácilmente llegan a entender la trampa de la aceleración que roba su tiempo a la mayoría, mientras que

los universitarios justifican los privilegios con que esta velocidad les provee, mediante argumentos extraños al debate; insisten en que los países latinoamericanos tienen derecho a competir con la tecnología rica; muestran que el transporte genera un aumento importante en el PNB y que sin una política de movilización mecánica de las masas no es posible desarrollar aquella forma de control social que para ellos se esconde detrás del ideal nacionalista.

En mi análisis del transporte no me interesa identificar los beneficios económicos que éste genera, sino la contribución que presta a la circulación. Lo quiero analizar como medio de circulación y no como medio de inflación. Es fácil constatar que dondequiera que las máquinas destinan una tasa elevada de energía mecánica a la propulsión de un pasajero, el desarrollo de los transportes como industria reduce la igualdad entre los hombres, limita la movilidad personal dentro de un sistema de rutas trazadas al servicio de las industrias, las burocracias y los militares y, además, aumenta la escasez de tiempo dentro de la sociedad. En otras palabras, cuando la velocidad de sus vehículos rebasa cierto margen, la gente se convierte en prisionera del vehículo que la lleva cada día de la casa al trabajo. La extensión del radio de desplazamiento diario de los trabajadores tiene como contrapartida la disminución en la elección de puntos de destino. Quien va a pie al trabajo llega a crearse un ambiente a lo largo de su ruta; quien recorre el camino en vehículo está privado de una multiplicidad de opciones: paradas, accesos, contactos. Pero, el mismo transporte que para la mayoría crea nuevas distancias físicas y sociales, crea islotes de privilegios al precio de una esclavitud general. Mientras que unos pocos viajan en alfombra mágica entre puntos distantes, y por medio de su presencia prestigiosa los hacen no sólo raros sino seductores, los otros, que son la mayoría, se tienen que desplazar con más y más rapidez por los mismos trayectos monótonos y deben consagrar cada vez más tiempo a estos desplazamientos.

En Estados Unidos de América cuatro quintos del tiempo consumido en la circulación concierne a las personas que se mueven entre su casa, el sitio de su trabajo y el supermercado. Y cuatro quintos de kilometraje destinado a congresos, a viajes de vacaciones y de negocios son para el 1.5% de la población. La gente que se encuentra en los aeropuertos siempre es la misma. También ellos se dividen en dos clases: los que se ven obligados a viajar y quienes lo hacen por propia decisión, que forman la minoría. Un tercio de la población adulta debe hacer 40 kilómetros por día entre la casa, la escuela, el trabajo y el supermercado para que 0.5% pueda elegir via-

jar en avión más de una vez al año. Todos aumentan su kilometraje personal obligatorio para que algunos puedan franquear incalculables distancias en el transcurso de algunos años.

Los medios de transporte acentúan la división de clases en las sociedades ricas, y siendo su lugar de destino las capitales del mundo pobre, extienden la estratificación en un plano global.

El esclavo del desplazamiento cotidiano y el viajero impenitente se ven igualmente sometidos al transporte. Ocasionales puntos altos de velocidad dan al usuario corriente la ilusión de pertenecer al mundo protegido de los altos consumidores de energía. La oportunidad ocasional que tiene el trabajador negro en Miami de pasar dos semanas de vacaciones en Copacabana, le hace olvidar que para el viaje por avión de seis horas de ida y seis de vuelta tuvo que trabajar tres veces más días de lo que hubiera tomado el viaje por barco. El pobre del mundo moderno, capaz de acelerar de vez en cuando, refuerza él mismo la ilusión de la que es víctima premeditada y se hace cómplice de la destrucción del cuadro social del espacio. No sólo quien usa el avión, sino también quien defiende su uso coopera a destruir la relación multimilenaria que existe entre el hombre y su geografía.

El hombre americano típico consagra más de 1 600 horas por año a su automóvil: sentado dentro de él, en marcha o parado, trabajando para pagarlo, para pagar la gasolina, las llantas, los peajes, el seguro, las infracciones y los impuestos para las carreteras federales y los estacionamientos comunales. Le consagra cuatro horas al día en las que se sirve de él, se ocupa de él o trabaja para él. Aquí no se han tomado en cuenta todas sus actividades orientadas por el transporte: el tiempo que consume en el hospital, en el tribunal y en el taller mecánico; el tiempo pasado ante la televisión viendo publicidad automovilística, el tiempo invertido en ganar dinero para viajar en avión o en tren. Sin duda, con estas actividades hace marchar la economía, procura trabajo a sus compañeros, ingresos a los jeques de Arabia y justificación a Nixon por su guerra en Asia. Pero si nos preguntamos de qué manera estas 1 600 horas, que son una estimación mínima, contribuyen a su circulación, la situación se ve diferente. Estas 1 600 horas le sirven para hacer unos 10 000 kilómetros de camino, o sea seis kilómetros en una hora. Es exactamente lo mismo que alcanzan los hombres en los países que no tienen industria del transporte. Pero, mientras el norteamericano consagra a la circulación una cuarta parte del tiempo social disponible, en las sociedades no motorizadas se destina a este fin entre 3 y 8% del tiempo social. Lo que diferencia la circulación en un país rico y en un

país pobre no es una mayor eficacia, sino la obligación de consumir en dosis altas las energías condicionadas por la industria del transporte.

EL ESTUPOR INDUCIDO POR LA VELOCIDAD

Al rebasar determinado límite en el consumo de energía, la industria del transporte dicta la configuración del espacio social. Las autopistas hacen retroceder los campos fuera del alcance del campesino que quisiera caminar, los viaductos y aeropuertos cortan el acceso de un lado del barrio a otro, las ambulancias empujan las clínicas más allá de la corta distancia que se puede cubrir llevando a un niño enfermo. El coche o la moto permiten al médico y a la partera vivir lejos del ambiente en el que ejercen, y mientras más costosos los transportes, más se vuelve privilegio de ricos o de jerarcas la visita a domicilio. Cuando los camiones pesados llegan a un poblado de los Andes, lo primero que desaparece es parte del mercado local. Luego, cuando llega la ruta asfaltada y un grupo de maestros de secundaria se establece en el poblado, cada vez más gente joven se va hacia la ciudad, hasta que no queda una sola familia que no espere reunirse con alguien allá, a cientos de kilómetros.

Frecuentemente nos olvidamos de que la aceleración de los viajes es un hecho muy nuevo. Valéry tenía razón cuando afirmaba que Napoleón aún se movía a la lentitud de César. Desde los tiempos de Ciro el Grande, rey de los persas, los imperios contaban con la posibilidad de enviar las cartas a una velocidad hasta de 160 kilómetros por día, los mensajes de toda la historia circulaban a un promedio de 100 kilómetros diarios, ya fuesen transportados en galeras de Constantinopla a Venecia o llevados por los corredores de los Fugger, por jinetes del califa o por las rutas del inca. El primer camino para diligencia entre París y Marsella o Tolouse, que regularmente hacía más de 100 kilómetros por día precedió por sólo 70 años al primer tren que hacía 100 kilómetros por hora en 1853. Pero una vez creada la vía férrea el hombre se vio clavado a ella. En Francia, entre 1850 y 1900, el kilometraje por pasajero se multiplicó por un factor de 53.

Por su impacto geográfico, en definitiva, la industria del transporte moldea una nueva especie de hombres: los usuarios. El usuario vive en un mundo ajeno al de las personas dotadas de la autonomía de sus miembros. El usuario es consciente de la exasperante penuria del tiempo que provoca recurrir cotidianamente al tren, al automóvil, al metro, al ascensor, que lo tras-

ladan diariamente a través de los mismos canales y túneles sobre un radio de 10 a 25 kilómetros. Conoce los atajos que encuentran los privilegiados para escapar a la exasperación engendrada por la circulación y los conducen adonde ellos quieren llegar, mientras él, el usuario, tiene que conducir su propio vehículo de un lugar, donde preferiría no vivir, a un empleo que preferiría evitar. El usuario se sabe limitado por los horarios de tren y autobús, en las horas que su esposa lo priva del coche, pero ve a los ejecutivos desplazarse y viajar por el mundo cuando y como a ellos les place. Paga su automóvil de su propio bolsillo, en un mundo donde los privilegios van para el personal dirigente de las grandes firmas, universidades, sindicatos y partidos. Los pobres se atan a su coche, y los ricos usan el coche de servicio, o alquilan el coche de Hertz. El usuario se exaspera por la desigualdad creciente, la penuria de tiempo y su propia impotencia, pero insensatamente pone su única esperanza en *más* de la misma cosa: más circulación por medio de más transporte. Espera el alivio por cambios de orden técnico que han de afectar la concepción de los vehículos, de las rutas o de la reglamentación de la circulación. O bien espera una revolución que transfiera la propiedad de los vehículos a la colectividad y que, por descuento a los salarios, mantenga una red de transportes gratuitos, cuyas secciones más veloces y costosas serán otra vez accesibles sólo a quienes la sociedad considere más importantes. Casi todos los proyectos de reforma de los transportes que se suponen radicales padecen de este prejuicio: se olvidan del costo en tiempo humano resultante de sustituir el sistema presente por otro, más "público", si este último ha de ser tan rápido como el otro.

Por las noches el usuario sueña con lo que los ingenieros le sugieren durante el día a través de la televisión y de las columnas pseudocientíficas de los diarios. Sueña con redes estratificadas de vehículos de diferente velocidad que convergen en intersecciones donde la gente puede encontrarse en los espacios que le conceden las máquinas. Sueña con los servicios especiales de la "Red de Transporte" que se harán cargo de él definitivamente.

El usuario no puede captar la demencia inherente al sistema de circulación que se basa principalmente en el transporte. Su percepción de la relación del espacio con el tiempo ha sido objeto de una distorsión industrial. Ha perdido el poder de concebirse como otra cosa que no sea un usuario. Intoxicado por el transporte, ha perdido conciencia de los poderes físicos, sociales y psíquicos de que dispone el hombre, gracias a sus pies. Olvida que el territorio lo crea el hombre con su cuerpo, y toma por territorio lo que

no es más que un paisaje visto a través de una ventanilla por un hombre amarrado a su butaca. Ya no sabe marcar el ámbito de sus dominios con la huella de sus pasos, ni encontrarse con los vecinos, caminando en la plaza. Ya no encuentra al otro sin chocar, ni llega sin que un motor lo arrastre. Su órbita puntual y diaria lo enajena de todo territorio libre.

Atravesándolo a pie el hombre transforma el espacio geográfico en morada dominada por él. Dentro de ciertos límites que aplica al movimiento determina su movilidad y su poder de dominio. La relación con el espacio del usuario de transportes se determina por una potencia física ajena a su ser biológico. El motor mediatiza su relación con el medio ambiente y pronto lo enajena de tal manera que depende del motor para definir su poder político. El usuario está condicionado a creer que el motor aumenta la capacidad de los miembros de una sociedad de participar en el proceso político. Perdió la fe en el poder político de caminar.

En sus demandas políticas el usuario no busca más caminos abiertos sino más vehículos que lo transporten; quiere más de lo mismo que ahora lo frustra, en vez de pedir garantía de que, en todo sentido, la precedencia la tenga siempre el peatón. La liberación del usuario consiste en su comprensión de la realidad: mientras exija más energía para propulsar con más aceleración a algunos individuos de la sociedad, precipita la corrupción irreversible de la equidad, del tiempo libre y de la autonomía personal. El progreso con el que sueña no es más que la destrucción mejor lograda.

LOS CHUPATIEMPO

En toda sociedad que hace pagar, el tiempo, la equidad y la velocidad en la locomoción tienden a variar en proporción inversa una de la otra. Los ricos son aquellos que pueden moverse más, ir donde les plazca, detenerse donde deseen y obtener estos servicios a cambio de una fracción muy pequeña de su tiempo vital. Los pobres son los que usan mucho tiempo para que el sistema del transporte funcione para los ricos del país.

La razón de ello es que la velocidad resulta demasiado cara para ser realmente compartida: todo aumento en la velocidad de un vehículo ocasiona un aumento correspondiente en el consumo de energía necesaria para propulsarlo.

No sólo el funcionamiento mismo consume energía: mientras mayor la velocidad, más energía se invierte en la construcción del vehículo mismo,

en el mantenimiento de su pista y en los servicios adicionales sin los cuales no puede funcionar.

No sólo energía consume un vehículo veloz; más importante aún es que consume espacio. Cada aumento en la velocidad hace al vehículo más voraz de metros cuadrados o cúbicos.

Alemania Federal consumió su tierra a razón de 0.2% por año durante la década de los cincuenta. En los sesenta ya había logrado cubrir permanentemente con 'asfalto 0.4% de su territorio. Los norteamericanos requieren, para sus propios movimientos y para los de sus mercancías, una suma de energía superior a la totalidad de lo disponible, en todos los efectos, para la mitad de la humanidad entera, reunida entre China, India y el sudeste asiático. Ineluctablemente la aceleración chupa tiempo, espacio y energía.

Ahora bien, cuando la energía requerida por el usuario rebasa cierta barrera, el tiempo de unos cuantos adquiere un valor muy alto, en tanto se desprecia el de la mayoría de los demás. En Bombay bastan algunos pocos automóviles para perturbar la circulación de miles de bicicletas y carretillas de tracción humana. Desplazándolos reducen gravemente su flujo y crean tapones. Pero uno de estos escasos automovilistas puede trasladarse en una mañana a la capital de provincia, trayecto que, dos generaciones antes, hubiera llevado una semana entera. En Tailandia los transportes tradicionales eran tan excelentes y flexibles que los reyes nunca pudieron imponer contribuciones sobre los movimientos del arroz: tan múltiples eran las vías por las cuales se podía escapar de la vigilancia del recaudador en unos botecitos elegantes y rápidos, usando una vasta red de canales. Para poder introducir el automóvil todo este sistema perfectamente democrático fue paralizado, cubriendo algunos de los *klongs* (canales) con asfalto. Algunos poquísimos individuos pueden moverse con rapidez y la mayoría se hizo dependiente y debe adquirir "transporte".

Lo que es válido en la India, donde el ingreso anual por cabeza alcanza 70 dólares, lo es también en Boston, donde la circulación se ha hecho más lenta que en la época de los carruajes de caballos. El tiempo usado en actividades relacionadas con el transporte lógicamente crece con los gastos hechos para acelerarlo. Una minoría de bostonianos puede permitirse el lujo de vivir en rascacielos, cerca de su trabajo, usar el puente aéreo para dar una vuelta y almorzar en Nueva York. Para la mayoría aumenta la porción de dos horas de vigilia pasadas para crear "transporte".

En cualquier lugar, la demanda de circulación crece con la aceleración de los vehículos y con mayor premura que la posibilidad de satisfacerla. Pa-

sado cierto límite, la industria del transporte cuesta a la sociedad más tiempo del que ahorra. Con aumentos ulteriores en la velocidad de ciertos vehículos, decrece el kilometraje total viajado por los pasajeros, pero no el tiempo que les cuesta mantener el sistema de transportes. La utilidad marginal en el aumento de la velocidad, accesible sólo a un pequeño número de gente, al rebasar un límite conlleva para la mayoría un aumento en la desutilidad total del transporte. La mayoría no sólo paga más, sino que sufre más daños irreparables.

Pasada la barrera crítica de la velocidad en un vehículo, nadie puede ganar tiempo sin que, obligadamente, lo haga perder a otro. Aquel que exige una plaza en un avión, proclama que su tiempo vale más que el del prójimo. En una sociedad en donde el tiempo para consumir o usar se ha convertido en un bien precioso, servirse de un vehículo, cuya velocidad exceda esta barrera crítica, equivale a poner una inyección suplementaria del tiempo vital de otros al usuario privilegiado de vehículos.

La velocidad sirve para medir la dosis de la inyección que transforma en ganancia de tiempo para unos pocos la gran pérdida de tiempo de muchos. Inevitablemente esta carrera contra el tiempo y contra la muerte de los ricos deja heridos tras de sí. Presenta problemas éticos de orden más universal que la diálisis renal o los injertos de vísceras, que a tantos sublevan.

Al rebasar cierto límite de velocidad, los vehículos motorizados crean distancias que sólo ellos pueden reducir. Crean distancias a costa de todos, luego las reducen únicamente en beneficio de algunos. Una carretera abierta en el desierto pone la ciudad al alcance de la vista del campesino hambriento, pero ciertamente no al alcance de su mano. La nueva ruta *express* extiende a Chicago, absorbiendo a los motorizados hacia los nuevos suburbios y dejando que el centro de la ciudad degenere en arrabales de asfalto para los otros.

El desplazamiento en masa no es cosa nueva; nuevo es el desplazamiento diario de masas de gente sobre distancias que no pueden cubrirse a pie; nueva es la dependencia de los vehículos para hacer el trayecto diario de ida y vuelta. El uso diario de la silla de posta, el *rickshaw* y el *fiacre*, sirvió en su tiempo para comodidad de una ínfima minoría, que no quería ensuciarse los pies ni fatigarse, pero no para aventajar el paso del caminante. El tránsito diario de masas aparece solamente con el ferrocarril. En Francia, entre 1900 y 1950, aumentó casi 100 veces el kilometraje por pasajero. La existencia del ferrocarril hizo posible la expansión de las fábricas, creando, desde un principio, una nueva forma de discriminación. Hi-

zo posible que el director empleara en la fábrica gente que se resistía a una distancia mayor de la que se puede cubrir a pie, creando con esto un “mercado de compra” para la mano de obra. Los ferrocarriles con su capacidad enorme de transporte comenzaron luego a transformar el espacio, permitiendo el crecimiento de la urbe, del arrabal y de la fábrica, que se hizo más gigantesca.

El impacto directo de los primeros ferrocarriles recayó sobre la estructura del espacio: en sus primeros años el tren pudo acentuar los privilegios establecidos, creando la primera clase, que los ricos usaban en vacaciones y para sus negocios, mientras que los pobres se vieron obligados a usar la tercera todos los días. Pero la velocidad aún no determinaba las distinciones. Fue a finales de siglo cuando las cosas cambiaron. La velocidad se convirtió en factor de discriminación. El tren expreso ya corría tres veces más rápido que el tren lechero y era más costoso. Pasados otros 20 años, con el uso común del automóvil, el hombre de la calle comenzó a ser su propio chofer. Los beneficios de la velocidad, logrados por todas partes, llegaron a constituir la base para los privilegios reservados a las nuevas élites.

El porcentaje de gente que emplea hoy chofer es más o menos el mismo que lo empleaba hace dos generaciones; sólo que hoy el salario que éste gana lo pagan las empresas, los ministerios y los sindicatos. Pero además de usar chofer, esta gente es la misma que usa aviones y helicópteros, vive cerca de las arterias de transporte y trabaja en lugares próximos al restaurante, al barbero y a las tiendas. Mucho más de lo que pudo hacerlo el tren, los nuevos niveles de velocidad agrupan las zonas burocráticas favorecidas, los espacios residenciales más atractivos y las estaciones turísticas de lujo, dentro de una órbita cerrada, a la que el acceso que tienen las masas es, primordialmente, a través de la televisión. En los países de Europa oriental donde el número de lugares privilegiados para quienes disponen de coches es menor, su importancia relativa es, quizás, mayor.

Hoy vemos la formación de una jerarquía de diferentes circuitos de transporte, los cuales determinan el acceso a sus servicios de acuerdo con la velocidad que desarrollan y, por tanto, cada uno define su propia clase de usuarios. Cada uno de estos circuitos, si es de velocidad superior, reduce el acceso a menor número de personas, conecta puntos más distantes entre sí y devalúa los circuitos de menor velocidad.

Dime a qué velocidad te mueves y te diré quién eres. Si no puedes contar más que con tus propios pies para desplazarte, eres un marginado, porque, desde medio siglo atrás, el vehículo se ha convertido en signo de

selección social y en condición para la participación en la vida nacional. Dondequiera que la industria del transporte ha hecho franquear a sus pasajeros una barrera crítica de velocidad, inevitablemente establece nuevos privilegios para la minoría y agobia a la mayoría.

A todos los niveles, para que la acumulación de poder pueda ser factible, tiene que crear su propia justificación. Así es como un hombre queda justificado al consumir fondos públicos para aumentar la cantidad anual de sus viajes, sumándolos a los fondos públicos ya consumidos anteriormente y al extender la duración de sus estudios. Allí donde se cree que el saber puede capitalizarse y se puede medir el valor productivo por los años de escolaridad de un individuo, inevitablemente se llega a justificar que éste capitalice su vida utilizándola más intensivamente al usar transportes más veloces.

En los países ricos, quienes ganan mucho tienen el mejor transporte y mayor probabilidad de tener éxito en los estudios que justifican los demás privilegios. Pero no es necesario usar el salario o el título académico como pasaporte que permita la entrada a un avión. Hay factores de orden ideológico que pueden igualmente abrir o cerrar la puerta de la cabina. Si bien es cierto que la LÍNEA JUSTA de Mao, para extenderse en China, necesita actualmente de aviones a reacción, esto no puede significar sino la emergencia de un espacio/tiempo propio de los cuadros del partido y diferente al espacio/tiempo en el que viven las masas. En la China Popular la supresión de los niveles intermedios ha hecho más eficaz y más racional la concentración del poder, pero simultáneamente ha recalcado también cómo el tiempo del hombre que guía su búfalo vale mucho menos que el tiempo del hombre que trae ideas y se hace transportar en jet. La velocidad vehicular concentra la potencia energética y el poder en las posaderas de unos cuantos: es estructuralmente demagógica y elitista, independientemente de las intenciones que tenga quien se hace propulsar velozmente. Es un hecho: los caballos de fuerza no pueden sino pisotear la equidad. Además, hacen perder tiempo.

LA ACELERACIÓN-DIMENSIÓN TÉCNICA QUE EXPROPIA EL TIEMPO

La velocidad reduce el tiempo en un doble sentido: disminuyendo el que necesita el pasajero para cubrir 1 000 kilómetros y reduciendo el que podría emplear en otra cosa que no fuera el desplazamiento. La velocidad su-

perior de ciertos vehículos favorece a algunas personas, pero la dependencia general de los vehículos veloces consume el tiempo de todos. Cuando la velocidad rebasa cierta barrera empieza a aumentar el tiempo total devuelto por la sociedad a la circulación.

El efecto que tienen los vehículos superpotentes sobre el presupuesto cotidiano del tiempo disponible de individuos y de sociedades se conoce mal. Lo que las estadísticas nos muestran es el precio en dólares por kilómetro o la duración en horas por desplazamiento. Muy poca es la información sobre los presupuestos de tiempo en el transporte. Hay pocos datos estadísticos de cómo la circulación carcome el tiempo, de cómo el automóvil devora espacio, de cómo se multiplican los recorridos necesarios, de cómo se alejan terminales codiciadas y de cómo al hombre motorizado le cuesta adaptarse al transporte y reponerse de él.

Ningún estudio señala los costos indirectos del transporte, por ejemplo, el precio que se paga por residir en un sector con circulación de fácil acceso, los gastos implicados en protegerse del ruido, de la contaminación y de los peligros de la circulación.

Sin embargo, la inexistencia de una contabilidad nacional del tiempo social no debe hacernos creer que es imposible establecerla, ni debe impedirnos utilizar lo poco que ya sabemos al respecto.

Lo que sí sabemos con seguridad es que en todas partes del mundo, en cuanto la velocidad de los vehículos que cubren los desplazamientos diarios rebasa un punto de alrededor de los 20 kilómetros por hora, la escasez del tiempo relacionada con el desarrollo del transporte general comienza a aumentar. Una vez que la industria alcanza este punto crítico de concentración de vatios por cabeza, el transporte hace del hombre el fantasma que sabemos, un desatinado que constantemente se ve obligado a alcanzar dentro de las próximas 12 horas una meta que por sus propios medios físicos no puede alcanzar. En la actualidad, la gente se ve obligada a trabajar buena parte del día para pagar los desplazamientos necesarios para dirigirse al trabajo. Dentro de una sociedad, el tiempo devuelto al transporte crece en función del máximo de la velocidad de los transportes públicos. Por tener medios de transporte público más modernos, Japón ya precede a Norteamérica en velocidad y en el tiempo perdido en gozarla.

El tiempo carcomido por la circulación; el hombre privado de su movilidad y sometido a depender de las ruedas; la arquitectura al servicio del vehículo; todo esto es consecuencia de la reorganización del mundo sujeta a la aceleración prepotente. No cambia mucho el asunto si la máquina es

pública o privada. Inevitablemente con el aumento de la velocidad crece la escasez de tiempo: pasando del coche al tren, que le da el mismo servicio, el usuario trabaja dos o tres horas al día para pagar más impuestos en lugar de trabajar para pagar su Ford. Inevitablemente aumenta la programación: en vez de tener que añadir dos horas de trabajo como chofer de su propio coche al trabajo diario en la fábrica o en la oficina, ahora tiene que adaptar su día a los horarios de los diferentes medios de transporte público. Así como los vehículos ocupan el espacio y reducen los lugares donde la gente pueda parar o vivir, así igualmente ocupan más horas cada año, además imponen su ritmo al proyecto de cada día.

EL MONOPOLIO RADICAL DEL TRANSPORTE

Como indiqué anteriormente, para poder entender la disfunción que analizamos hay que distinguir entre la circulación, el tránsito y el transporte. Por *circulación* designo todo desplazamiento de personas. Llamo *tránsito* a los movimientos que se hacen con energía muscular del hombre y *transporte* a aquellos que recurren a motores mecánicos para trasladar hombres y bultos. Sin duda, desde tiempos inmemoriales el animal ha compartido el hambre del ser humano y fue su dócil vehículo. Es cosa del pasado: el aumento de los hombres cada vez lo excluye más de un mundo superpoblado y ahora los motores mecánicos generan la forma inhumana de los movimientos.

Dentro de esta perspectiva, se diferencian dos formas de producción de la circulación. El transporte, que es la forma basada en la utilización intensiva del capital; el tránsito, la forma basada en el trabajo intensivo del cuerpo humano. El transporte es prevalentemente un producto de la industria, el tránsito no lo es, ni puede serlo. Quien transita en el acto es eminentemente su propio dueño, quien usa transporte es pasajero o usuario, inevitablemente cliente de una industria. El transporte que usa es un bien con valor de cambio, sujeto a la escasez. Se somete al juego del mercado, organizado como un “juego con suma cero”, de tal manera que si unos ganan los otros pierden. El tránsito, por definición, tiene un valor de uso, que normalmente es del transeúnte. No se ve necesariamente afectado por algún valor de cambio. El niño puede visitar a su abuela sin pagar a nadie, pero puede, si quiere, llevar un bulto para el vecino de la señora, cobrando por la molestia de llevarlo. Hay penuria de tránsito únicamente al negar a los indivi-

duos la posibilidad de utilizar su capacidad innata de moverse; no se les puede privar del medio de locomoción que usan. Por esto el tránsito en sí no es fácil de organizar como un "juego con suma cero". Por su naturaleza, al mejorar el tránsito de un miembro de la colectividad, mejora la suerte del conjunto. Todo esfuerzo por perfeccionar el tránsito toma la forma de una operación en la que finalmente todo el mundo sale ganando. En cambio, de toda lucha por acelerar el transporte (por encima de cierta barrera), inevitablemente resulta en un aumento de la injusticia. El transporte más rápido para algunos inevitablemente empeora la situación de los demás.

Las paradojas, contradicciones y frustraciones de la circulación contemporánea se deben al monopolio ejercido por la industria de los transportes sobre la circulación de las personas. La circulación mecánica no solamente tiene un efecto destructor sobre el ambiente físico, ahonda las disfunciones económicas y carcome el tiempo y el espacio. Además de todo esto, inhibe a la gente de servirse de sus pies, incapacitando a todos por igual. En Los Ángeles no hay destino para el pié: el coche dictó su forma a la ciudad.

El dominio del sistema industrial de circulación sobre el sistema personal se establece cuando, y sólo entonces, los medios de transporte circulan a velocidad prepotente. La velocidad, al volverse obligatoria, arruina el tránsito en favor del transporte motorizado. Dondequiera que el ejercicio de privilegios y la satisfacción de las necesidades más elementales va unida al uso del vehículo prepotente, se impone una aceleración de los ritmos personales. La industria tiene el monopolio de la circulación cuando la vida cotidiana llega a depender del desplazamiento motorizado.

Este poderoso control que ejerce la industria del transporte sobre la capacidad innata que tiene todo hombre para moverse, crea una situación de monopolio más agobiante que el monopolio comercial de Ford sobre el mercado de automóviles o el monopolio político que ejerce la industria automovilística en detrimento de los medios de transporte colectivos. Por su carácter disimulado, su atrincheramiento, su poder para estructurar la sociedad, este monopolio es radical: obliga a satisfacer de manera industrial una necesidad elemental hasta ahora satisfecha de forma personal. El consumo obligatorio de un bien de cambio, el transporte motorizado, restringe las condiciones para poder gozar de un valor de uso superabundante, la capacidad innata de tránsito. La reorganización del espacio en favor del motor vacía de poder y de sentido la capacidad innata de moverse.

La circulación nos sirve aquí de ejemplo para formular una ley económica y política general: cuando un producto excede cierto límite en el con-

sumo de energía por cabeza, ejerce el *monopolio radical* sobre la satisfacción de una necesidad. Este monopolio se instituye cuando la sociedad se adapta a los fines de aquellos que consumen el total mayor de quanta de energía, y se arraiga irreversiblemente cuando se empieza a imponer a todos la obligación de consumir el cuántum mínimo sin el cual la máquina no puede funcionar. El monopolio radical que ejerce una industria sobre toda una sociedad no es efecto de la escasez de bienes reservados a una minoría de clientes; es más bien la capacidad que tiene esta industria de convertir a todos en usuarios.

En toda América Latina los zapatos son escasos. Mucha gente no los usa jamás. Caminan descalzos o con sandalias, huaraches o caites que ellos mismos se fabrican; sin embargo, nunca la falta de zapatos ha limitado su tránsito. Pero, unas dos generaciones atrás, se convirtió en ideal de los nacionalistas calzar al pueblo. Se empezó a obligar a la gente a calzarse, prohibiéndoles comulgar, graduarse o hacer gestiones públicas ante burócratas, presentándose descalzos. El poder del burócrata para definir lo que es bueno para el pueblo inevitablemente le da el poder de establecer nuevas jerarquías.

Como el calzado, las escuelas han sido siempre un bien escaso. Pero el solo hecho de admitir una minoría privilegiada no ha logrado que la escuela sea un obstáculo para la adquisición de saber por parte de la mayoría. Ha sido necesario establecer la escuela gratuita y obligatoria para que el educador, convertido en tamiz entre el saber y las masas, pudiera definir al subconsumidor de sus tratamientos como despreciable autodidacta.

La industria de la construcción podría servirnos de tercer ejemplo de lo que es un monopolio radical. La mayoría de nuestra gente sabe aun crearse un ambiente físico y construir su casita. No es la casa del rico o el palacio de gobierno lo que impide que lo haga hoy, sino la ley que presenta la casa profesionalmente construida como modelo la que impide la autoconstrucción moderna a la mayoría.

Los elementos que constituyen a una industria gran consumidora de energía en monopolio radical, se ponen de manifiesto si tratamos de realizar los ideales que hoy rigen la circulación. Imaginemos que se organiza un sistema de transportes para uso diario, que realmente sea *rápido, gratuito, igualmente accesible a todos*. En un mundo hipermoderno, dotado de un sistema semejante, todos los transportes serían pagados con fondos públicos, es decir, con fondos recaudados por medio de impuestos. La imposición, a su vez, no sería solamente mayor para quienes ganan más, sino para

quienes viven o tienen negocios más cercanos a las terminales. Además, en este sistema, quien llegara primero sería también primero en ocupar su plaza, sin prioridad reconocida ni al médico, ni a quien va de fiesta, ni al directivo. Un mundo utópico semejante bien pronto se manifestaría como una pesadilla, en la que todos serían igualmente prisioneros del transporte. Cada uno privado del uso de sus pies, incapaz de competir con los vehículos, se convertiría en agente de la proliferación ulterior de la red de transportes. La única alternativa que le quedaría se impone por sí sola: insistir en que la velocidad de los vehículos disponibles se reduzca a un nivel que permita al hombre competir con ella por sus propias fuerzas.

EL LÍMITE INASEQUIBLE

Hay que preguntarse por qué la investigación insistentemente continúa orientada hacia el desarrollo de los transportes cada vez más dañinos, en vez de determinar las condiciones óptimas de la circulación. En mi opinión, hay una razón obvia. No se pueden identificar las condiciones para una circulación óptima sin decidir de antemano que la circulación en cuestión debe ser la locomoción de las personas y no de los vehículos. Ahora bien, para poder asentar las metas de un sistema de transportes en tal premisa, hay que tomar en consideración que las personas tienen una capacidad innata de moverse sin que para ello necesiten de la ayuda de políticos e ingenieros. Aunque pueda parecer extraño al hombre común, es precisamente a esta movilidad natural del ser humano a la que no dan significación formal los grandes equipos de profesionales, quienes prepararon la mayoría de los grandes estudios sobre la reorganización de la circulación necesaria durante los próximos 10 años.

Asentada la premisa de que el hombre nace con alta movilidad, característica de su ser y tradicionalmente satisfactoria, se impone el problema de cómo salvaguardar esta movilidad natural, a pesar de las medidas que se tomen para "mejorarla". Una de las formas que garanticen el disfrute de la movilidad natural consiste en imponer un límite a la industria del transporte, límite que, a cierto nivel, tome la forma de restricción de la velocidad. El obstáculo mayor para la discusión racional del tema es el orden de magnitud de la velocidad en el que se encuentra este límite.

El usuario comprende que algunas velocidades deben excluirse, comprende que la generalización del avión supersónico le impediría el descan-

so y el sueño y, con mucha probabilidad, a sus nietos les quitaría el oxígeno necesario para vivir. Sin dificultad comprende que existen velocidades máximas, pero no ha meditado en la posibilidad de velocidades óptimas. Las discusiones sobre velocidades que lleven a una circulación óptima le parecen arbitrarias o autoritarias. Del otro lado, al ciclista o al mulatero la discusión le parece carente de sentido. Para ambos, lo que podrían llegar a identificar como velocidad óptima en la circulación, es distinto a lo que ellos conocen por experiencia. Una velocidad cuatro o seis veces mayor a la de un peatón representa un margen demasiado bajo para que el usuario del sistema de transportes lo considere y es demasiado elevado para tres cuartas partes de la humanidad que todavía se mueve por sus propias fuerzas. Es aquí donde está el obstáculo para la politización del asunto.

La gente que planifica el alojamiento, el transporte o la educación de los demás pertenece toda a la clase de los usuarios. La competencia que reivindica se basa en el valor reconocido al producto de sus agencias: los "milagros médicos", la velocidad o los certificados escolares. Sociólogos o ingenieros pueden dar cuenta del embotellamiento en Calcuta o en Caracas, en términos informativos. Hasta saben trazar planos para la sustitución de coches por autobuses, metros o aerotrén. Pero inevitablemente son gente que cree poder aportar algo que los demás no tienen: un vehículo, un plan o un sistema. Son personajes profesionalmente adictos a la solución industrial de problemas creados por una industria. Su fe en la potencia, en la fuerza de concentración de la energía, les impide tomar conciencia de la potencia, superior en mucho, inherente a la renuncia. El ingeniero es incapaz de concebir la renuncia a la velocidad, el retardo general de la circulación, como medio de abolir el espasmo energético que ahora entorpece los transportes. No quiere elaborar sus programas sobre el postulado de prohibir en la ciudad todo vehículo motorizado que aventaje la marcha de una bicicleta.

Desde su Land Rover, el consejero para el desarrollo se compadece del peruano que lleva sus marranos al mercado. Se rehúsa a reconocer las ventajas que le da el hecho de ir a pie: se olvida de que si bien este hombre pasará en el camino tres días enteros del mes, la mayoría de sus familiares no tienen que salir del pueblo. En contraste, cada uno de los miembros de la familia del norteamericano, en Saint Louis Missouri, está obligado a pasar cuatro horas diarias en el servicio de los transportes. No sorprende, pues, que como benefactor de la humanidad subdesarrollada ponga empeño en proveer a los indios de la sierra de "privilegio" semejante. Para el ingenie-

ro del desarrollo no existe nada que sea sencillamente *bueno*, sueña con lo mejor, lo más rápido, lo más costoso y, por tanto, acrecentando el medio aleja el fin.

La mayoría de los peruanos y mexicanos, para no hablar de los chinos, se encuentran en la actitud opuesta. El límite crítico de la velocidad se coloca para ellos muy por delante de lo que conocen por experiencia propia. Sí, hay unos cuantos que guardan de por vida el recuerdo de alguna escapada motorizada; recuerdan el día en que, en el camión del ejército, los transportaron a una manifestación en el zócalo o en Pekín; recuerdan la visita del cacique en su coche. Pero aun estas raras ocasiones, en las que se movieron sobre la pista a una velocidad de 50 kilómetros, en una hora no recorrieron más de 30 kilómetros. No asimilan la experiencia de haber recorrido tal distancia en tan poco tiempo. En Guerrero y en Chiapas, dos estados mexicanos característicos, en 1970 menos de 1% de la población jamás había recorrido 15 kilómetros en menos de una hora. Los caminos de tercera sin duda hacen más cómodo el desplazamiento, hacen posible los recorridos más largos, pero no los *aceleran*, pasando el límite. Permiten a todos moverse juntos, llevan al campesino al mercado sin separarlo de su marrano y sin ocasionarle al puerco pérdida de peso, pero no los hacen llegar más que seis veces más pronto que si hubiesen ido a pie.

El orden de magnitud donde se coloca el punto límite crítico de la velocidad es muy bajo para que el usuario lo tome en serio y muy alto para afectar al campesino. De esta manera se sitúa para ambos en el punto ciego de su campo visual. Al campesino le parecería volar como un pájaro si pudiera trasladarse de su casa a un campo a 25 kilómetros de distancia en una hora o menos, mientras que el usuario olvida que la enorme mayoría de los habitantes de Londres, París, Nueva York y Tokio emplean más de una hora por cada 10 kilómetros que se desplazan. El hecho de que la velocidad crítica para la circulación esté situada en un punto ciego común al campo visual del usuario y del campesino, es lo que hace tan difícil presentar el asunto a la discusión pública. El usuario está intoxicado por el consumo de altas dosis de energía industrial y se le toca un nervio vivo al mencionar el punto, mientras que el campesino no ve la razón de defenderse de algo que no conoce.

A esta dificultad general para politizar el asunto de las velocidades se añade otro obstáculo aún más palmario. El usuario de transportes no es cliente de las carreteras únicamente. Es casi siempre un hombre moderno, lo que quiere decir que igualmente es cliente encadenado a otros sistemas

públicos, tales como la escuela, el hospital y el sindicato. Está condicionado a creer que sólo los especialistas pueden comprender el porqué de las “características técnicas” según las cuales funcionan los sistemas: sólo el médico puede identificar y curar su calentura, y sólo el maestro titulado debe enseñarle a leer a su hijo. Igualmente está acostumbrado a confiar en los expertos, y a que sólo ellos comprendan *por qué* el tren suburbano parte a las 8:15 y a las 8:41 o por qué los coches se tienen que hacer cada vez más complejos y costosos sin que para él mejore la circulación. La idea de que por un proceso político se podría encontrar una característica técnica tan elemental como la “velocidad crítica”, aquí bajo estudio, le parece fruto de la imaginación ingenua de un abuelo, de un inculto, de un *luddita*¹ o de un demagogo irresponsable. Su respeto al especialista, a quien no conoce, se ha transformado en ciega sumisión a las condiciones que éste ha establecido. La mistificación propia y típica del hombre-cliente es el segundo obstáculo para el control popular de la circulación.

Hay un tercer obstáculo a la construcción de la circulación: tal reconstrucción por iniciativa mayoritaria es potencialmente un explosivo social. Si en un solo campo mayor las masas llegaran a entender hasta qué punto han sido fantoches de una ilusión tecnológica, la misma mutación de conciencia podría fácilmente extenderse a otros campos. Si fuese posible identificar públicamente un valor natural máximo para las velocidades vehiculares, como condición para el tránsito óptimo, análogas intervenciones públicas en la tecnoestructura serían entonces mucho más fáciles. La estructura institucional total está tan integrada, tan tensa y frágil, que desde cualquier punto crítico se puede producir un derrumbe. Si el problema del tránsito se pudiera resolver por la intervención popular, y sin referencia a los expertos en el campo del transporte, entonces se podría aplicar el mismo tratamiento a las cuestiones de la educación, de la salud, del urbanismo y hasta de las Iglesias y de los partidos. Si, para todos los efectos y sin ayuda de expertos, los límites críticos de velocidad los determinaran las asambleas representativas del pueblo, entonces se cuartearían las bases mismas del sistema político. Así, la investigación que propongo es fundamentalmente política y subversiva.

¹ En 1811, en el Condado de Nottingham, en Inglaterra, bandas de artesanos que habían sido desplazados por las máquinas empezaron a irrumpir en las fábricas de telas y a destruir los telares mecánicos. Se llamaban a sí mismos *Ludds* o “ludditas”, según el nombre de un personaje legendario, John Ludd, supuestamente oriundo de Leicester y que, alrededor de 1780, en un acto de coraje, destruyó uno de los primeros telares mecánicos. [E.]

SOBRE LOS GRADOS DEL "MOVERSE"

El hombre se mueve con eficacia sin ayuda de ningún implemento. Caminando hace su sendero. La locomoción de cada gramo de su propio cuerpo o de su carga, sobre cada kilómetro recorrido en 10 minutos, le consume 0.75 calorías. Comparándolo con una máquina termodinámica, el hombre es más rentable que cualquier vehículo motorizado, que consume por lo menos cuatro veces más calorías en el mismo trayecto. Además es más eficiente que todos los animales de un peso comparable. El tiburón o el perro le ganan, pero sólo en poco. Con este índice de eficiencia de menos de una caloría por gramo, históricamente organizó su sistema de circulación, prevalentemente basado en el tránsito. Exploró el mundo, creó culturas, sostuvo comercios y, por cuanto podamos saber, no gastó más que 3.5% del tiempo social en moverse fuera de su hogar o de su campamento. Sólo algunos pueblos, en raros momentos de su historia, probablemente consagraron más de este porcentaje del tiempo común en moverse o en ocuparse con sus vehículos y motores animales, por ejemplo, los mongoles en sus guerras.

Hace un siglo el hombre inventó una máquina que lo dotó de eficiencia aún mayor: la bicicleta. Se trataba de una invención novedosa, a base de materiales nuevos combinados en una tecnología ingeniosa, e impensados en tiempos del joven Marx.

El uso de la bicicleta hace posible que el movimiento del cuerpo humano franquee una última barrera. Le permite aprovechar la energía metabólica disponible y acelerar la locomoción a su límite teórico. En terreno plano, el ciclista es tres o cuatro veces más veloz que el peatón, gastando en total cinco veces menos calorías por kilómetro que éste. El transporte de un gramo de su cuerpo sobre esta distancia no le consume más que 0.15 calorías. Con la bicicleta, el hombre rebasa el rendimiento posible de cualquier máquina y de cualquier animal evolucionado.

Además, la bicicleta no ocupa mucho espacio. Para que 40 000 personas puedan cruzar un puente en una hora moviéndose a 25 kilómetros por hora, se necesita que éste tenga 138 metros de anchura si viajan en coche, 38 metros si viajan en autobús y 20 metros si van a pie; en cambio, si van en bicicleta, el puente no necesita más de 10 metros de anchura. Únicamente un sistema hipermoderno de trenes rápidos, a 100 kilómetros por hora y sucediéndose a intervalos de 30 segundos podría pasar esta cantidad de gente por un puente semejante en el mismo tiempo.

No sólo en movimiento, también estacionado hay una diferencia enorme entre el espacio que ocupa el vehículo potencialmente rápido y la bicicleta. Donde se estaciona un coche caben 18 bicicletas. Para salir del estacionamiento de un estadio, 10 000 personas en bicicleta necesitan una tercera parte del tiempo que necesita el mismo número que abordan autobuses.

Dotado de bicicleta, el hombre puede cubrir una distancia anual superior, dedicándole en total menos tiempo y exigiendo menos espacio para hacerlo y muy poca inversión de energía física que no es parte de su propio ciclo vital.

Además, las bicicletas cuestan poco. Con una fracción de las horas de trabajo que exige al norteamericano la compra de su coche, el chino, ganando un salario mucho menor, compra su bicicleta, que le dura toda la vida, mientras que el coche, cuanto más barato, más pronto hay que reponerlo. Eso mismo puede decirse respecto a las carreteras. Para que un mayor número de ciudadanos pueda llegar hasta su casa en coche, se corroe más el territorio nacional. Inevitablemente el coche está ligado a la carretera, no así la bicicleta. Donde no puede ir montado en ella, el ciclista la empuja. El radio diario de trayectos aumenta para todos por igual sin que por esto disminuya para el ciclista la intensidad de acceso. El hombre con bicicleta se convierte en dueño de sus propios movimientos, sin estorbar al vecino. Si hay quien pretenda que en materia de circulación es posible lograr algo mejor, es ahora cuando debe probarlo.

La bicicleta es invento de la misma generación que creó el vehículo de motor, pero las dos invenciones son símbolos de adelantos hechos en direcciones opuestas por el hombre moderno. La bicicleta permite a cada uno controlar el empleo de su propia energía; el vehículo de motor inevitablemente hace de los usuarios rivales entre sí por la energía, el espacio y el tiempo. En Vietnam, un ejército hiperindustrializado no ha podido derrotar a un pueblo que se desplaza a la velocidad de la bicicleta. Esto debería hacernos meditar: tal vez la segunda forma del empleo de la técnica sea superior a la primera. Naturalmente, queda por ver si los vietnamitas del norte están dispuestos a permanecer dentro de esos límites de velocidad que son los únicos susceptibles de respetar los valores mismos que hicieron posible su victoria. Hasta el momento presente los bombarderos americanos les han privado de gasolina, de motores, de carreteras y los han obligado a emplear una técnica también moderna, mucho más eficaz, equitativa y autónoma que la que Marx hubiese podido imaginar. Queda por ver si ahora, en nombre de Marx, no se lanzan a una industrialización, cuantitativamen-

te tan superior a lo que Marx pudo prever, que sea imposible la aplicación de los ideales que él formuló.

MOTORES DOMINANTES CONTRA MOTORES AUXILIARES

Los hombres nacieron dotados de movilidad más o menos igual. Esta capacidad innata de movimiento aboga en favor de una libertad igual en la elección de su destino. La noción de equidad puede servir de base para defender este derecho fundamental contra toda limitación. Dentro de esta perspectiva, poco importa cuál sea la amenaza al libre ejercicio del derecho de moverse y elegir su propio destino: la prisión, la prohibición de cruzar fronteras, la reclusión dentro de un ambiente urbano que impida la movilidad innata de la persona con la sola finalidad de transformarlo en usuario. El hecho de que nuestros contemporáneos, en su mayoría, estén atados a su butaca por su cinturón de seguridad ideológica, no basta para que el derecho fundamental a la libertad de movimientos se vuelva obsoleto. La movilidad humana es el único patrón válido para medir la contribución que cualquier sistema de transporte haga a la circulación. Si por el transporte el tránsito se ve restringido, el transporte hace declinar la circulación.

Para distinguir el transporte que mutila el derecho del movimiento de aquel que lo ensancha, hay que reconocer que el vehículo puede entorpecer la circulación triplemente: rompiendo su flujo, aislando categorías jerarquizadas de destinación y aumentando la pérdida de tiempo vinculada con la circulación. Se ha visto que la clave de las relaciones entre el transporte y la calidad de la circulación es la velocidad del vehículo. También se ha visto que, pasado cierto límite de velocidad, el transporte afecta la circulación de tres maneras: la entorpece al saturar de vías y coches un ambiente físico; transforma el territorio en una trama de circuitos cerrados y estancos, y sustrae al individuo del tiempo y el espacio de existir, convirtiéndolo en presa de la velocidad.

Lo contrario es cierto también: bajo determinado nivel de velocidad, los vehículos motorizados pueden complementar o mejorar el tráfico, permitiendo a las personas hacer cosas que no podrían hacer a pie o en bicicleta. Los motores pueden usarse para transportar al enfermo, al lisiado, al viejo o al simplemente perezoso.

Las motocicletas pueden transportar personas pasando sobre montículos, pero lo pueden hacer en forma sosegada solamente si no aventajan a una

mayoría que tiene que subir a pie. Los trenes pueden extender el radio de vivencia para una mayoría, pero pueden hacerlo sólo si con ello ofrecen igual oportunidad a todas las personas de estar más cercanas entre sí. Un sistema de transporte bien desarrollado, a velocidades tope de 25 kilómetros por hora, hubiera permitido al policía Fix perseguir a Phileas Fogg alrededor del mundo no en 80 días, sino en 40. Pero en un sistema así, el tiempo empleado para viajar pertenece en forma dominante al viajero: más baja la velocidad, menor es la expropiación del tiempo ajeno que practica el viajero.

La coexistencia de vehículos movidos sólo a fuerza de energía metabólica humana y de otros auxiliados por motores, será ponderada únicamente si se concede preferencia absoluta a la autonomía de movimiento del hombre y si se protege la geografía humana contra aquellas velocidades que la distorsionan en geografía vehicular.

Se puede desarrollar un sistema de transportes con características óptimas para el tráfico siempre que el transporte motorizado se mantenga limitado a velocidades subsidiarias del tránsito autónomo. El límite a la potencia, y por tanto a la velocidad de los motores, en sí mismo no protege a los más débiles contra la explotación de los ricos y poderosos. Éstos siempre podrán idear medios para vivir y trabajar en mejores localidades, viajar en gran lujo y hacerse transportar sobre los hombros de sus esclavos. Pero al fijar velocidades máximas dentro de ciertos límites es posible reducir, y hasta corregir disparidades, combinando medios políticos con recursos tecnológicos. Una revolución política puede eliminar la institución de la esclavitud; sin limitar la velocidad no puede eliminar la nueva explotación que el sistema de transporte impone. Si no hay velocidades máximas determinadas, no pueden superarse las disparidades, ni siendo propiedad del Estado los medios de transporte, ni aplicando mejores técnicas para su control. Una industria del transporte sirve para la producción del tráfico total únicamente si no ejerce un monopolio radical sobre la productividad personal que la tecnología moderna ha elevado a un nuevo orden.

EQUIPO INSUFICIENTE, SUPERDESARROLLO Y TECNOLOGÍA MADURA

La combinación de transportes y tránsito que constituye la circulación nos indica cuál es la potencia en vatios per cápita socialmente óptima y señala la necesidad de someterla a límites elegidos políticamente. Asimismo nos ofrece un ejemplo de la convergencia de metas en el desarrollo socioeconómico.

mico y un criterio para distinguir a los países que están insuficientemente equipados de los que están destructivamente superindustrializados.

Un país se puede clasificar de *subequipado* cuando no puede dotar a cada ciudadano de una bicicleta o proveer una transmisión de cinco velocidades a cualquiera que desee pedalear llevando a otros. Está subequipado si no puede proveer buenos caminos para la bicicleta o transportes públicos gratuitos para aquellos que quieren viajar horas seguidas. No existe una razón técnica, económica o ecológica para que por el año de 1975 se tolere semejante retraso, consecuencia de un equipo insuficiente. Sería un escándalo si la movilidad natural de los hombres se viera, contra su voluntad, forzada al estancamiento a un nivel prebicicleta.

Un país puede clasificarse como *superindustrializado* cuando su vida social está dominada por la industria del transporte que ha llegado a determinar sus privilegios de clase, a acentuar la escasez de tiempo y a mantener a los hombres más firmemente en los carriles trazados para ellos.

Más allá del subequipado y del superindustrializado está el sitio del mundo de la *eficacia posindustrial*, en donde la modalidad industrial de producción complementa la producción social sin monopolizarla. En otras palabras, hay un sitio para un mundo de madurez tecnológica. En términos de circulación, éste es el mundo de aquellos que han ensanchado su horizonte cotidiano a 13 kilómetros, montados en su bicicleta. Al mismo tiempo es el mundo marcado por una variedad de motores subsidiarios disponibles para cuando la bicicleta no basta y cuando un aumento en el empuje no obstaculice ni la equidad ni la libertad. También es el mundo del viaje largo, un mundo donde cualquier lugar está abierto a cualquier persona, a su albedrío y a su velocidad, sin prisa o temor, por medio de vehículos que cruzan las distancias sin roturar la tierra sobre la que el hombre ha caminado con sus pies por cientos de miles de años.

El mundo superindustrializado no admite diferencias en el estilo de la producción y de la política. Impone sus características técnicas a las relaciones sociales. El mundo de la madurez industrial permite una variedad de elecciones políticas y culturales. Esta variedad, por supuesto, disminuye en la medida en que una comunidad permite a la industria crecer a costa de la producción autónoma. El razonamiento solo no puede ofrecer la medida para fijar el nivel de eficacia posindustrial y la madurez tecnológica que se ajuste a una sociedad concreta. Únicamente puede indicar, en término dimensional, el radio dentro del cual deben ajustarse estas características tecnológicas. Solamente un proceso político, dentro de una comunidad histó-

rica, puede decidir cuándo dejan de valer la pena la programación, la distorsión del espacio, la escasez del tiempo y la desigualdad. El razonamiento puede *identificar* la velocidad como un factor crítico en el transporte, pero no puede *fixar* límites políticos factibles.

Las velocidades tope en el transporte de personas se hacen operantes sólo si reflejan con claridad el interés propio de una comunidad política. La expresión común de este interés no es posible en una sociedad en la que una clase monopoliza no sólo los transportes, sino igualmente las comunicaciones, la medicina, la educación o el armamento. No tiene importancia que este poder lo ejerzan los propietarios legales o los gerentes atrincheros en la industria o si ésta es legalmente propiedad de los trabajadores. Este poder debe incautarse y someterse al sano juicio del hombre común. Su reconquista comienza al reconocer que el conocimiento experto ciega a los burócratas reservados frente a la forma evidente de disolver la crisis de la energía, así como los cegó para reconocer la solución evidente para resolver la guerra en Vietnam.

De donde nos encontramos ahora parten dos caminos hacia la madurez tecnológica. Uno es el camino de la liberación de la abundancia, el otro el de la liberación de la dependencia. Ambos tienen el mismo destino: la reestructuración del espacio que ofrece a cada persona la experiencia, constantemente renovada, de saber que el centro del mundo es donde ella vive.

Los hombres que tienen los pies en la tierra, que dominan su morada, que ejercen su poder innato de moverse, saben dónde está el centro de la Tierra. Saben vivir en una vecindad, conocer a sus vecinos, detenerse a hablar con el hombre que encuentran en la esquina, pasear y sentarse en una banca de la acera.

El tráfico de la abundancia atropella y zarandea a los ricos. La *liberación* de esta *abundancia* empieza con el dominio sobre la aceleración destructora del tiempo ajeno. Los veloces son empujados de un lado a otro, son lanzados de una vía rápida a otra y sólo tropiezan con otros usuarios propulsados hacia rumbos diferentes. Ven las caras anónimas de los demás en el cruce de dos circuitos. Es éste un mundo de órbitas sin centro.

La soledad de la abundancia se quebrantará cuando los usuarios rompan la servidumbre al transporte supereficiente. La liberación de la abundancia se hará cuando rompan los circuitos veloces que extienden el territorio y tomen de nuevo posesión de la tierra con sus pies.

La *liberación de la dependencia* comienza en el otro extremo. Rompe con la opresión de la población y del valle, deja detrás el tedio de los hori-

zontes estrechos y sofocantes y el agobio de un mundo encerrado en sí. Expandir la vida más allá del radio de la tradición, sin inseminalarla por los vientos de la aceleración, es una meta que cualquier país pobre podría alcanzar en pocos años. Sin embargo, es una meta que podrán alcanzar sólo aquellos que rechazan la oferta del desarrollo de un monopolio industrial, sobre la producción hecha en nombre de una ideología de consumo indefinido de energía.

Lo que ahora amenaza tanto a los países ricos como a los países pobres es precisamente lo contrario. Más que los jeques árabes y más que las compañías petroleras internacionales, la crisis energética recientemente “descubierta” aventaja a las clases gobernantes y a sus lacayos profesionales. En lugar de identificar el mínimo de carburante necesario para la mayor movilidad personal, ellos tratan de obligarnos a consumir el máximo de medios de transporte que puede hacerse funcionar con el carburante disponible. Los ingenieros de tráfico imponen límites de 80 kilómetros por hora en la ruta, porque a tal velocidad la eficiencia de los motores es máxima, y límites de 40 en los puntos congestionados, porque así el número máximo de vehículos cabe en cada kilómetro de asfalto. Aumentan los reglamentos y los horarios, y los privilegios para doctores, policías y potentados. El límite tecnocrático en favor del transporte está así en oposición diametral al límite político que se debería escoger en protección del tránsito humano. Así, empero, también se hace más evidente la contradicción entre la racionalización del transporte veloz y la calidad de la circulación. Entre más duros, vejatorios y evidentes se hacen los sacrificios impuestos a la mayoría por los veladores del modo de producción industrial, más probable se hace la emergencia de una conciencia mayoritaria en favor de la limitación de toda circulación a una velocidad del orden de 25 kilómetros por hora, lo que para la gran mayoría implicaría más equidad, libertad y acceso mutuo.

La protección de la movilidad personal autónoma y sin clases contra el monopolio radical de la industria es posible únicamente donde la gente se empeñe en un proceso político, basado en la protección del tráfico óptimo. Esta protección, a su vez, exige reconocer aquellos quanta de energía que la sociedad industrial ha desatendido y sobre los cuales basa su propio desarrollo. El consumo estricto de estos quanta puede conducir a quienes lo respeten a una era posindustrial tecnológicamente madura.

La liberación que para los países pobres será barata, costará a los ricos, y éstos no pagarán el precio sino hasta que la aceleración de su sistema de transporte triture el tráfico hasta paralizarlo. Un análisis concreto del trá-

fico traiciona la verdad que subyace en *la crisis de la energía*: el impacto sobre el ambiente social de quanta de energía industrialmente empaquetado es degradante, agotador y esclavizante. Estos efectos se hacen sentir antes que la amenaza de la contaminación del ambiente físico y de la extinción de la raza humana. El punto crucial en el que estos efectos son reversibles no es, sin embargo, cuestión de deducción sino de decisión política, posiblemente sólo donde la voz de la mayoría puede limitar el poder y la velocidad de sus gobernantes.

BIBLIOGRAFÍA

Durante 1974 y 1975 se llevaron a cabo seminarios sobre "Las alternativas a la aceleración y la mejora del tráfico" en el Cidoc, en Cuernavaca. La lista que sigue es el resultado de los trabajos previos de este seminario. Sólo se reseñan aquellos títulos que, además de haberse mostrado útiles en pasadas sesiones de estudio, pueden ser más fácilmente localizados por aquellos que deseen proseguir la línea de investigación presentada en este ensayo.

Albion, R. G., *Naval and Maritime History, Annotated Bibliography*, Mystic, Conn., 1972.

Anderson, Romola, y Roger Anderson, *The Sailing Ship: Six Thousand Years of History*, Harrap, Londres, 1926.

Banks, A., *Cross-Polity Time Series Data*, MIT, Cambridge, Mass., 1971.

Barkin, David, "El consumo y la vía chilena al socialismo; reflexiones en torno a la decisión automotriz", versión preliminar, *Centro de Estudios Socio-Económicos*, Santiago de Chile, 1972.

Bernstein, M. T., *Steamboats on the Ganges*, Orient Longmans, Bombay, 1960.

Bivar, A. D. H., "The Stirrup and Its Origins", *Oriental Art*, vol. 1, 1955, pp. 62-65.

Blaisdel, R., y cols., *Sources of Information in Transportation*, Northwestern University Press (The Transportation Center), Evanston, Ill., 1964.

Bowden, Frank Philip, "Friction", en *Encyclopedia Britannica*, vol. 9, pp. 840A-841.

Branch, Melville C., *Comprehensive Urban Planning: A Selected Annotated Bibliography with Related Materials*, Sage Publication, 1973. Para material de transporte, cf. pp. 251-272.

- Braudel, Fernand, "La Lenteur des Transports", en *Civilisation Matérielle et Capitalisme*, XV-XVIII Siècle, Armand Colin, París, 1967, pp. 314-329.
- , "Vicissitudes des Routes", en *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen*, Armand Colin, París, 1949, pp. 242-259.
- Brunot, Ferdinand, *Histoire de la Langue Française des Origines à nos Jours*. Para referencias al transporte, cf. esp. tomo VI, pp. 357-360, y tomo VII, pp. 201-231.
- Buchanan, C. D., *Mixed Blessing: The Motor Car in Britain*, Londres, 1958.
- Buffet, B., *L'Eau Potable à travers les Âges*, Lieja, 1950.
- Cavaillès, Henri, *La Route Française, son Histoire*, París, 1950.
- Chermayeff, Serge, y Alexander Tzonis, *Shape of Community*, Penguin, 1971.
- Claxton, E. C., "The Future of the Bicycle in a Modern Society", *Journal of the Royal Society of Arts*, enero de 1968, pp. 114-135.
- Cook, Walter L., *Bike Trails and Facilities, A Guide to Their Design, Construction and Operation*, American Institute of Park Executives, Wheeling, W. Va., 1965.
- Copeland, John, *Roads and Their Traffic, 1750-1858*, Newton Abbot, 1968.
- Counter, C. F., *The History and Development of the Cycles, As Illustrated by the Collection of cycles in the Science Museum*, Londres, 1955.
- Davenas, Paul, *Les Messageries Royales*, París, 1937.
- Deffontaines, P., "Sur la Répartition Géographique des Voitures à Deux Roues et à quatre Roues", *Travaux du Premier Congrès International de Folklore*, París, 1937, Tours, Arbault, 1938, p. 117.
- Deischel, Erwin, *Umweltbeanspruchung und Umweltschaeden dur den Verkehr in der BDR*, Munich, 1971.
- Dollfus, C., *Histoire de la Locomotion Terrestre*, París, 1935-1936.
- Ekholm, Gordon F., "Wheeled Toys in Mexico", *American Antiquity*, vol. 2, 1946, pp. 222-228.
- Farvar, M. Taghi, y John Milton, *The Careless Technology; Ecology and International Development*, The Natural History Press, Garden City, N. Y., 1972.
- Forbes, R. J., "Land Transport and Road Building, 1000-1900", *Janus*, vol. 46, 1957, p. 100.
- , *Notes on the History of Ancient Roads and Their Construction*, Amsterdam, 1964 (segunda edición).
- Foster, George M., *Culture and Conquest; America's Spanish Heritage*, Quadrangle Books, Chicago, 1960.
- Fromm, Gary (ed.), *Transport Investment and Economic Development*, The Brookings Institution Transport Research Program, Washington, 1969.

- Fuller, Buckminster, *World Resource Inventory*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1965. Cf. esp. vol. 4, parte 4.
- Fuller, Dudley, "Bearing, Antifriction", en *Encyclopedia of Science and Technology*, vol. 2, McGraw Hill, Nueva York, 1971, pp. 124-131.
- Giedion, Siegfried, *Mechanization Takes Command*, Norton, Nueva York, 1969.
- Ginsburg, Norton, *Atlas of Economic Development*, University of Chicago Press, 1961. Cf. esp. pp. 100-101 y 60-77.
- Goetz, Wilhelm, *Verkehrswege im Dienste des Welthandels: Eine Historisch-Geographische Untersuchung*, Stuttgart, 1888.
- Haldane, J. B. S., "On Being the Right Size", en James R. Newman (ed.), *The World of Mathematics*, vol. II, Simon and Schuster, Nueva York, 1956.
- Hall, Edward T., *The Hidden Dimension*, Doubleday, Nueva York, 1969.
- Hannen, Bruce, "Options for Energy Conservation", inédito, febrero de 1973, Biblioteca Cidoc.
- Hasebrok, Johannes, *Griechische Wirtschaftsgeschichte und Gesellschaftsgeschichte bis zur Perserzeit*, Tubinga, 1931.
- Haudricourt, André G., "Contribution à la Géographie et à l'Éthnologie de la Voiture", *Revue de Géographie Humaine et Ethnologie*, 1948, pp. 54-64.
- Heichelheim, Fritz M., *An Ancient Economic History, from the Paleolithic Age to the Migration of the Germanic, Slavic and Arabic Nations*, tres volúmenes, Leiden, 1938.
- Herendeen, R., *Use of Input/Output. Analysis to Determine the Energy Cost of Goods and Services*, mimeografiado, 22 pp., University of Illinois (Center for Advanced Computer Studies), Urbana, 20 de febrero de 1973.
- Hirst, E., *Energy Efficiency for Passenger Transportation and for Freight Transportation*, Oak Ridge National Laboratories, 1971.
- Hornell, J., *Water Transport: Origins and Early Evolution*, Cambridge University Press, 1946.
- Hoskins, Halford, *British Routes to India*, Nueva York, 1928.
- Hunter, Holland, *Soviet Transport Experience, Its Lessons for Other Countries*, The Brookings Institution Transports Research Program, Washington, 1968.
- Jope, E. M., "Vehicles and Harness", en Singer, *A History of Technology*, vol. 2, Oxford University Press, 1956, p. 537.
- Kalmus, Ludwig, *Weltgeschichte des Post mit besonderer Berücksichtigung des deutschen Sprachgebietes*, Viena, 1937.

- Kirkland, Edward, "Men, cities and Transportation", en *A Study of New England History 1820-1900*, dos volúmenes, Cambridge, Mass., 1948.
- Kohl, Johann Georg, *Der Verkehr und die Ansiedlungen der Menschen in Ihrer Abhaengigkeit von der Gestaltung der Erdoberflaeche*, Leipzig, 1841.
- Lansing, John B., Robert Marans, y cols., *Car Ownership, Annual Mileage, and the Journey to Work*, Ann Arbor, Institute for Social Research, The University of Michigan, 1970. Cf. esp. pp. 137-151.
- Lapin, Howard, *Structuring the Journey to Work*, Philadelphia University Press, 1964.
- Lefebvre des Noettes, R., *L'Attelage et le Cheval de Selle à travers les Âges; Contribution l'Histoire de l'Esclavage*, Picard, París, 1931.
- , *De la Marine Antique a la Marine Moderne: La Revolution du Gouvernail*, París, 1935.
- Lewis, Richard S., y Bernard I. Spinrad, *The Energy Crisis*, Educational Foundation for Nuclear Science, Chicago, 1972.
- Liepmann, Kate K., *The Journey to Work, Its Significance for Industrial and Community Life*, Londres, 1944.
- Linder, Staffan Burestam, *The Harried Leisure Class*, Columbia University Press, Nueva York, 1971.
- Lisco, Thomas E., "The Future of Urban Transportation; Mass Transportation, Cinderella in Our Cities", *The Public Interest*, 1970.
- López, R. S., y J. W. Raymond, *Medieval Trade in the Mediterranean World: Illustrative Documents*, Columbia University Press, Nueva York, 1955.
- Mackaye, Benton, "Townless Highways for the Motorist", *Harper's Magazine*, agosto de 1931.
- Macmurray, David F. E., *Aspects of Time and the Study of Activity Routines*, Thesis for the M.S. in city planning, MIT, Cambridge, Mass., 1968.
- Manheim, Marvin L., "Principles of Transport System Analysis", *Proceedings of the Seventh Annual Meeting of the Transportation Research Forum*, 1966, pp. 9-21.
- Marsh, George Perkins, *The Earth As Modified by Human Action*, 3a. ed., Nueva York, 1888.
- Meyèr, Balthasar H. (ed.), *History of Transportation in the United States before 1860*, Washington, 1917.
- Meyer, John R., "Transportation, Economic Aspects", en *Encyclopedia of Social Sciences*, vol. 16, pp. 134-140.
- Mott, George Fox, "Transportation in Contemporary Civilization", en

- Transportation Renaissance, Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 345, Filadelfia, 1963, pp. 1-5.
- Mott, G. F., "Vehicles for Land Transport", en *Science and Civilization in China*, vol. 4 (Physics and Physical Technology), parte II (Mechanical Engineering), Cambridge University Press, 1965, pp. 243-281.
- Needham, Joseph, "Power Sources and Their Employment, (1) Animal Traction", en *ibid.*, pp. 303-328.
- Olsson, Gunnar, "Distance and Human Interaction", *A review Bibliography*, Science Research Institute, Filadelfia, 1965.
- Ostwald, W., *Energetische Grundlagen der Kulturwissenschaft*, Leipzig, 1960.
- Ottley, George, *A bibliography of British Railway History*, Allen and Unwin, Londres, 1965.
- Owen, Wilfred, *Strategy for Mobility*, Brookings Institution, Washington, 1964.
- Perraton, Jean, "Planning for the Cyclist in Urban Areas", *The Town Planning Review*, vol. 39, núm. 2, julio de 1968, pp. 149-162.
- Platt, John, "Hierarchical Restructuring", *Bulletin of Anatomic Scientists*, noviembre de 1970.
- Polanyi, Karl (ed.), *Trade and Market in Early Empires*, The Free Press, Glencoe, Ill., 1957.
- Robbins, Michael, *The Railway Age*, Routledge and Kegan Paul, Penguin, Londres, 1964.
- Rousseau, Pierre, *Histoire des Transports*, Arthème Fayard, París, 1961.
- Sauer, Carl O., *Agricultural Origins and Dispersal*, Bowman Memorial Lectures, Series Two, Nueva York, 1952.
- Sauvy, Alfred, *Les Quatre Roues de la Fortune; Essai sur L'Automobile*, París, 1968.
- Schnore, Leo F., "Transportation, Comutation", en *Encyclopedia of Social Sciences*, vol. 16, pp. 140-144.
- Sherrington, Charles E. R., *A Hundred Years of Inland Transportation, 1830-1933*, Londres, 1934; reimpresión Kelly, 1969.
- Smerk, George M., *Readings in Urban Transportation*, Indiana University Press, Bloomington, 1968.
- Smith, William, *The History of the Post Office in British North America, 1639-1870*, Cambridge University Press, 1920.
- Spengler, Joseph, "On the Progress of Quantification in Economics", en Harry Woolf (ed.), *A History of the Meaning of Measurement in the Natural and Social Sciences*, Bobbs Merrill, Nueva York, 1961, pp. 128-146.

- Stone, Tabor R., *Beyond the Automobile; Reshaping the Transportation Environment*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1971.
- Strube Erdmann, Leon, *Vialidad imperial de los incas*, Universidad de Córdoba, Argentina, 1963.
- Stutz, Frederick P., *Research on Intra-Urban Social Travel: Introduction and Bibliography*, *Exchange Bibliography*, núm. 173, Council of Planning Librarians, Monticello, Mich., febrero de 1971.
- Sundquist, James L., "A Policy for Urban Growth: Where Shall They Live?", *The Public Interest*, 1970.
- Taylor, George, *The Transportation Revolution*, Nueva York, 1951.
- Terrazas de la Peña, Eduardo, "Necesidad de un incremento en la intensidad del uso del espacio", texto presentado en el Congreso regional sobre política de desarrollo urbano, México, julio de 1972, Cidoc.
- "Transportation Renaissance", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 345, Filadelfia, 1963.
- Turner, John F. C., "Housing for People or Housing by People", mimeografiado, 10 pp., MIT, Cambridge, Mass., 1970.
- Westergaard, John, "Journey to work in London Region", TPR, abril de 1957.
- Wheeler, James O., *Research on the Journey to Work: Introduction and Bibliography*, *Exchange Bibliography*, núm. 65, Council of Planning Librarians, Monticello, Mich., enero de 1969.
- White, Leslie, *The Science of Culture; Energy and the Evolution of Culture*, Grove Press, Nueva York, 1949. Cf. esp. pp. 363-393.
- White, Lynn, "The Agricultural Revolution of the Early Middle Age's", en *Medieval Technology and social Change*, Oxford University Press, 1969, pp. 39-78.
- Wilson, George W., y cols., *The Impact of Highway Investment of Development*, The Brookings Institution Transport Research Program, Washington, 1966.
- Wilson, S. S., "Bicycle Technology", *Scientific American*, marzo de 1973, pp. 81-91.
- Yurick, Sol, "The Political Economy of Junk", *Monthly Review*, vol. 22, núm. 7, diciembre de 1970, pp. 22-37.

LA CONVIVENCIALIDAD



PREFACIO

En enero de 1972, un grupo de latinoamericanos, principalmente chilenos, peruanos y mexicanos, se encontraron en el Centro Intercultural de Documentación (Cidoc), en Cuernavaca, para discutir la hipótesis siguiente: *existen características técnicas en los medios de producción que hacen imposible su control en un proceso político. Sólo una sociedad que acepte la necesidad de escoger un techo común de ciertas dimensiones técnicas en sus medios de producción tiene alternativas políticas*. La tesis discutida había sido formulada en un documento elaborado en 1971 con Valentina Borremans, cofundadora y directora del Cidoc.

Formulé las líneas fundamentales de este ensayo sucesivamente en español, inglés y francés; sometí mis ideas a grupos de médicos, arquitectos, educadores y otros ideólogos; las publiqué en revistas serias y en hojitas atrevidas. Agradezco profundamente a quienes quisieron criticarme y así me ayudaron a precisar mis conceptos. Sobre todo doy las gracias a los participantes en mi seminario Cidoc en los años 1971-1973, quienes reconocerán en estas páginas no solamente sus ideas sino, con mucha frecuencia, sus palabras.

Este libro tomó su forma definitiva a raíz de una presentación que hice para un grupo de magistrados y legisladores canadienses. Ahí utilicé por primera vez el paradigma del derecho común anglosajón, que desde entonces quedó incorporado en la estructura del ensayo. Me hubiese gustado poder ilustrar los mismos puntos refiriéndome a los fueros de España, pero mi tardío descubrimiento posterga intentarlo.

IVÁN ILLICH

Ocotepéc, Morelos, enero de 1978

...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...

...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...

...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...
...the ... of ... and ...

...the ... of ... and ...

INTRODUCCIÓN

Durante estos próximos años intento trabajar en un epílogo a la era industrial. Quiero delinear el contorno de las mutaciones que afectan al lenguaje, al derecho, a los mitos y a los ritos, en esta época en que se condicionan los hombres y los productos. Quiero trazar un cuadro del ocaso del modo de producción industrial y de la metamorfosis de las profesiones que él engendra y alimenta.

Sobre todo quiero mostrar lo siguiente: las dos terceras partes de la humanidad pueden aún evitar atravesar por la era industrial si eligen, desde ahora, un modo de producción basado en un equilibrio posindustrial, ese mismo contra el cual las naciones superindustrializadas se verán acorraladas por la amenaza del caos. Con miras a ese trabajo y en preparación al mismo, presento este manifiesto a la atención y la crítica del público.

En este mismo sentido hace ya varios años que sigo una investigación crítica sobre el monopolio del modo industrial de producción y sobre la posibilidad de definir conceptualmente otros modos de producción posindustrial. Al principio centré mi análisis en la instrumentación educativa; en los resultados publicados en *La sociedad desescolarizada*, quedaron establecidos los puntos siguientes:

1. La educación universal por medio de la escuela obligatoria es imposible.
2. Condicionar a las masas por medio de la educación permanente en nada soluciona los problemas técnicos, pero esto resulta moralmente menos tolerable que la escuela antigua. Nuevos sistemas educativos están en vías de suplantarlo los sistemas tradicionales tanto en los países ricos como en los pobres. Estos sistemas son instrumentos de condicionamiento, poderosos y eficaces, que producirán en serie una mano de obra especializada, consumidores dóciles, usuarios resignados. Tales sistemas hacen rentable y generalizan los procesos de educación a escala de toda una sociedad. Tienen aspectos seductores, pero su seducción oculta la destrucción. Tienen también aspectos que destruyen, de manera sutil e implacable, los valores fundamentales.
3. Una sociedad que aspire a repartir equitativamente el acceso al saber entre sus miembros y a ofrecerles la posibilidad de encontrarse realmente, debería reconocer límites a la manipulación pedagógica y terapéu-

tica que puede exigirse por el crecimiento industrial y que nos obliga a mantener este crecimiento más acá de ciertos umbrales críticos.

El sistema escolar me ha parecido el ejemplo-tipo de un escenario que se repite en otros campos del complejo industrial: se trata de producir un servicio, llamado de utilidad pública, para satisfacer una necesidad llamada elemental. Luego, nuestra atención se trasladó al sistema de la asistencia médica obligatoria y al sistema de los transportes que, al rebasar cierto umbral de velocidad, también se convierten, a su manera, en obligatorios. La superproducción industrial de un servicio tiene efectos secundarios tan catastróficos y destructores como la superproducción de un bien. Así pues, nos encontramos enfrentando un abanico de límites al crecimiento de los servicios de una sociedad; como en el caso de los bienes, estos límites son inherentes al proceso del crecimiento y, por lo tanto, inexorables.

De manera que podemos concluir que los *límites* asignables al crecimiento deben concernir a *los bienes* y *los servicios* producidos industrialmente. Son estos límites lo que debemos descubrir y poner de manifiesto.

Anticipo aquí el concepto de *equilibrio multidimensional* de la vida humana. Dentro del espacio que traza este concepto, podremos analizar la relación del hombre con su herramienta. Aplicando *el análisis dimensional* esta relación adquirirá una significación absoluta *natural*. En cada una de sus dimensiones, este equilibrio de la vida humana corresponde a una escala natural determinada. Cuando una labor con herramientas sobrepasa un umbral definido por la escala *ad hoc*, se vuelve contra su fin, amenazando luego destruir el cuerpo social en su totalidad. Es menester determinar con precisión estas escalas y los umbrales que permitan circunscribir el campo de la supervivencia humana.

En la etapa avanzada de la producción en masa, una sociedad produce su propia destrucción. Se desnaturaliza la naturaleza: el hombre, desarraigado, castrado en su creatividad, queda encarcelado en su cápsula individual. La colectividad pasa a regirse por el juego combinado de una exacerbada polarización y de una extrema especialización. La continua preocupación por renovar modelos y mercancías produce una aceleración del cambio que destruye el recurso del *antecedente* como guía de la acción. El monopolio del modo de producción industrial convierte a los hombres en materia prima elaboradora de la herramienta. Y esto ya es insoportable. Poco importa que se trate de un monopolio privado o público, la degradación de la naturaleza, la destrucción de los lazos sociales y la desintegración del hombre nunca podrán servir al pueblo.

Las ideologías imperantes sacan a luz las contradicciones de la sociedad capitalista. No presentan un cuadro que permita analizar la crisis del modo de producción industrial. Yo espero que algún día, con suficiente vigor y rigor, se formule una teoría general de la industrialización, para que enfrente el asalto de la crítica. Para que funcionara adecuadamente, esta teoría tendría que plasmar sus conceptos en un lenguaje común a todas las partes interesadas. Los criterios, conceptualmente definidos, serían otras tantas herramientas a escala humana: instrumentos de medición, medios de control, guías para la acción. Se evaluarían las técnicas disponibles y las diferentes programaciones sociales que implican. Se determinarían umbrales de nocividad de las herramientas, según se volvieran contra su fin o amenazaran al hombre; se limitaría el poder de la herramienta. Se inventarían formas y ritmos de un modo de producción posindustrial y de un nuevo mundo social.

No es fácil imaginar una sociedad donde la organización industrial esté equilibrada y compensada con modos distintos de producción complementarios y de alto rendimiento. Estamos a tal grado deformados por los hábitos industriales, que ya no osamos considerar el campo de las posibilidades; para nosotros, renunciar a la producción en masa significa retornar a las cadenas del pasado o adoptar la utopía del buen salvaje. Pero si hemos de ensanchar nuestro ángulo de visión hacia las dimensiones de la realidad, habremos de reconocer que no existe una única forma de utilizar los descubrimientos científicos, sino por lo menos dos, antinómicas entre sí. Una consiste en la aplicación del descubrimiento que conduce a la especialización de las labores, a la institucionalización de los valores, a la centralización del poder. En ella el hombre se convierte en accesorio de la megamáquina, en engranaje de la burocracia. Pero existe una segunda forma de hacer fructificar la invención, que aumenta el poder y el saber de cada uno, permitiéndole ejercitar su creatividad, con la sola condición de no coartar esa misma posibilidad a los demás.

Si queremos, pues, hablar sobre el mundo futuro, diseñar los contornos teóricos de una sociedad por venir que no sea hiperindustrial, debemos reconocer la existencia de escalas y de límites *naturales*. El equilibrio de la vida se expande en varias dimensiones y, frágil y complejo, no transgrede ciertos cercos. Hay umbrales que no deben rebasarse. Debemos reconocer que la esclavitud humana no la abolió la máquina, sino que solamente obtuvo un rostro nuevo, pues al trasponer un umbral, la herramienta se convierte de servidor en déspota. Pasado un umbral la sociedad se convierte en

una escuela, un hospital o una prisión. Es entonces cuando comienza el gran encierro. Importa ubicar precisamente en dónde se encuentra este umbral crítico para cada componente del equilibrio global. Entonces será posible articular de forma nueva la milenaria tríada del hombre, la herramienta y la sociedad. Llamo sociedad convivencial a aquella en que la herramienta moderna está al servicio de la persona integrada a la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que el hombre controla la herramienta.

Me doy cuenta de que introduzco una palabra nueva en el uso habitual del lenguaje. Me baso para ello en el recurso del antecedente. El padre de este vocablo es Brillat-Savarin en su *Physiologie du goût: Méditations sur la gastronomie transcendante*. Debo precisar, sin embargo, que en la aceptación un poco novedosa que confiero al calificativo, convivencial es la herramienta, no el hombre.

Al hombre que encuentra su alegría y su equilibrio en el empleo de la herramienta convivencial, le llamo austero. Conoce lo que en castellano podría llamarse *la convivencialidad*; vive dentro de lo que el idioma alemán describe como *mitmenschlichkeit*. Porque la austeridad no tiene virtud de aislamiento o de reclusión en sí misma. Para Aristóteles como para Tomás de Aquino la austeridad es lo que funda la amistad. Al tratar del juego ordenado y creador, Tomás definió la austeridad¹ como una virtud que no excluye todos los placeres, sino únicamente aquellos que degradan la relación personal. La austeridad forma parte de una virtud que es más frágil, que la supera y que la engloba: *la alegría, la eutrapelia, la amistad*.

¹ "Austeritas secundum quod est virtus non excludit omnes delectationes, sed superfluas et inordinatas: unde videtur pertinere ad affabilitatem, quam philosophus, lib. 4, Ethic Cap. VI 'amicitiam' nominat, vel ad eutrapeliam, sive jocunditatem." (*Summa Theologica*, IIa. IIae, q. 168, art. 4, ad 3m.)

DOS UMBRALES DE MUTACIÓN

EL AÑO DE 1913 marca un giro en la historia de la medicina moderna, ya que se traspone un umbral. A partir aproximadamente de esta fecha, el paciente tiene más de 50% de probabilidades de que un médico diplomado le proporcione tratamiento eficaz —a condición, por supuesto, de que su mal se encuentre en el repertorio de la ciencia médica de la época—. Familiarizados con el ambiente natural, los chamanes y los curanderos no habían esperado hasta esa fecha para atribuirse resultados similares, en un mundo que vivía en un estado de salud concebido en forma diferente.

A partir de entonces, la medicina ha refinado la definición de los males y la eficacia de los tratamientos. En Occidente, la población ha aprendido a sentirse enferma y a ser atendida de acuerdo con las categorías de moda en los círculos médicos. La obsesión de la cuantificación ha llegado a dominar la clínica, lo cual ha permitido a los médicos medir la magnitud de su éxito por criterios que ellos mismos han establecido. Es así como la salud se ha vuelto una mercancía dentro de una economía en desarrollo. Esta transformación de la salud en producto de consumo social se refleja en la importancia que se da a las estadísticas médicas.

Sin embargo, los resultados estadísticos sobre los que se basa cada vez más el prestigio de la profesión médica no son, en lo esencial, fruto de sus actividades. La reducción, muchas veces espectacular, de la morbilidad y de la mortalidad se debe sobre todo a las transformaciones del hábitat y del régimen alimenticio y a la adopción de ciertas estrategias de higiene muy simples. Los alcantarillados, la cloración del agua, el matamoscas, la asepsia y los certificados de no contaminación que requieren los viajeros o las prostitutas, han tenido una influencia benéfica mucho más fuerte que el conjunto de los “métodos” de tratamientos especializados muy complejos. El avance de la medicina se ha traducido más en controlar las tasas de incidencia que en aumentar la vitalidad de los individuos.

En cierto sentido, la industrialización, más que el hombre, es la que se ha beneficiado con los progresos de la medicina; la gente se capacitó mejor para trabajar con mayor regularidad bajo condiciones más deshumanizantes. Para ocultar el carácter profundamente destructor de la nueva ins-

trumentación, del trabajo en cadena y del imperio del automóvil, se dio amplia publicidad a los tratamientos espectaculares aplicados a las víctimas de la agresión industrial en todas sus formas: velocidad, tensión nerviosa, envenenamiento del ambiente. Y el médico se transformó en un mago; sólo él dispone del poder de hacer milagros que exorcicen el temor; un temor que es engendrado, precisamente, por la necesidad de sobrevivir en un mundo amenazador.

Al mismo tiempo, si los medios para diagnosticar la necesidad de ciertos tratamientos y el instrumento terapéutico correspondiente se simplificaban, cada uno podría haber determinado mejor por sí mismo los casos de gravidez o septicemia, como podría haber practicado un aborto o tratado un buen número de infecciones. La paradoja está en que mientras más sencilla se vuelve la herramienta, más insiste la profesión médica en conservar el monopolio. Mientras más se prolonga la duración para la iniciación del terapeuta, más depende de él la población en la aplicación de los cuidados más elementales. La higiene, una virtud desde la Antigüedad, se convierte en el ritual que un cuerpo de especialistas celebra ante el altar de la ciencia.

Recién terminada la segunda Guerra Mundial, se puso de manifiesto que la medicina moderna tenía peligrosos efectos secundarios. Pero habría de transcurrir cierto tiempo antes de que los médicos identificaran la nueva amenaza que representaban los microbios que se habían hecho resistentes a la quimioterapia, y reconocieran un nuevo género de epidemias dentro de los desórdenes genéticos debidos al empleo de rayos X y otros tratamientos durante la gravidez. Treinta años antes, Bernard Shaw se lamentaba ya: los médicos dejan de curar, decía, para tomar a su cargo la vida de sus pacientes. Ha sido necesario esperar hasta los años cincuenta para que esta observación se convirtiera en evidencia: al producir nuevos tipos de enfermedades, la medicina franqueaba un segundo umbral de mutación.

En el primer plano de los desórdenes que induce la profesión, es necesario colocar su pretensión de fabricar una salud "mejor". Las primeras víctimas de este mal iatrogenético (es decir, engendrado por la medicina) fueron los planificadores y los médicos. Pronto la aberración se extendió por todo el cuerpo social. En el transcurso de los 15 años siguientes, la medicina especializada se convirtió en una verdadera amenaza para la salud. Se emplearon sumas colosales para borrar los estragos inconmensurables producidos por los tratamientos médicos. No es tan cara la curación como lo es la prolongación de la enfermedad. Los moribundos pueden vegetar por

mucho tiempo, aprisionados en un pulmón de acero, dependientes de un tubo de perfusión o sometidos al funcionamiento de un riñón artificial. Sobrevivir en ciudades insalubres, y a pesar de las condiciones de trabajo extenuantes, cuesta cada vez más caro. Mientras tanto el monopolio médico extiende su acción a un número cada vez mayor de situaciones de la vida cotidiana. No sólo el tratamiento médico, sino también la investigación biológica, han contribuido a esta proliferación de las enfermedades. La invención de cada nueva modalidad de vida y muerte ha llevado consigo la definición paralela de una nueva norma y, en cada caso, la definición correspondiente de una nueva desviación, de una nueva malignidad.

Finalmente, se ha hecho imposible para la abuela, para la tía o para la vecina, hacerse cargo de una mujer encinta, o de un herido, de un enfermo, de un lisiado o de un moribundo, con lo cual se ha creado una demanda imposible de satisfacer. A medida que sube el precio del servicio, la asistencia personal se hace más difícil, y frecuentemente imposible. Al mismo tiempo, cada vez se hace más justificable el tratamiento para situaciones comunes, a partir de la multiplicación de las especializaciones y para profesiones cuyo único fin es mantener la instrumentación terapéutica bajo el control de la corporación.

Al llegar al segundo umbral, es la *vida* misma la que parece enferma dentro de un accidente deletéreo. La protección de una población sumisa y dependiente se convierte en la preocupación principal, y en el gran negocio, de la profesión médica. Se vuelve un privilegio la costosa asistencia de prevención o cura, al cual tienen derecho únicamente los consumidores importantes de servicios médicos. Las personas que pueden recurrir a un especialista, ser admitidas en un gran hospital o beneficiarse de la instrumentación para el tratamiento de la vida, son los enfermos cuyo caso se presenta interesante o los habitantes de las grandes ciudades, en donde el costo para la prevención médica, la purificación del agua y el control de la contaminación es excepcionalmente elevado. Paradójicamente, la asistencia por habitante resulta tanto más cara cuanto más elevado es el costo de la prevención. Y se necesita haber consumido prevención y tratamiento para tener derecho a cuidados excepcionales. Tanto el hospital como la escuela descansan en el principio de que sólo hay que dar a los que tienen. Es así como para la educación, los consumidores importantes de la enseñanza tendrán becas de investigación, en tanto que los desplazados tendrán como único derecho el de aprender su fracaso. En relación con la medicina, mayor asistencia conducirá a mayores dolencias: el rico se hará atender cada

vez más los males engendrados por la medicina, mientras que el pobre se conformará con sufrirlos.

Pasado el segundo umbral, los subproductos de la industria médica afectan a poblaciones enteras. La población envejece en los países ricos. Desde que se entra en el mercado de trabajo, se comienza a ahorrar para contratar seguros que garantizarán, por un periodo cada vez más largo, los medios de consumir los servicios de una geriatría costosa. En Estados Unidos 27% de los gastos médicos van a los ancianos, que representan 9% de la población. Es significativo el hecho de que el primer campo de colaboración científica elegido por Nixon y Brejnev concierna a las investigaciones sobre las enfermedades de los ricos que van envejeciendo. De todo el mundo, los capitalistas acuden a los hospitales de Boston, de Houston o de Denver para recibir los cuidados más costosos y singulares, en tanto que en el mismo Estados Unidos, entre las clases pobres, la mortalidad infantil se mantiene comparable a la que existe en ciertos países tropicales de África o de Asia. En Norteamérica es preciso ser muy rico para pagarse el lujo que a todo el mundo se le ofrece en los países pobres: ser asistido a la hora de la muerte (estar acompañado por familiares o amigos). En dos días de hospital un norteamericano gasta lo que el Banco Mundial de Desarrollo calcula que es el ingreso medio anual de la población mundial. La medicina moderna hace que más niños alcancen la adolescencia y que más mujeres sobrevivan a sus numerosos embarazos. Entre tanto, la población aumenta, sobrepasa la capacidad de acogerse al medio natural, y rompe los diques y las estructuras de la cultura tradicional. Los médicos occidentales hacen ingerir medicamentos a la gente que, en su vida pasada, había aprendido a vivir *con* sus enfermedades. El mal que se produce es mucho peor que el mal que se cura, pues se engendran nuevas especies de enfermedad que ni la técnica moderna, ni la inmunidad natural, ni la cultura tradicional saben cómo enfrentar. A escala mundial, y muy particularmente en Estados Unidos, la medicina fabrica una raza de individuos vitalmente dependientes de un medio cada vez más costoso, cada vez más artificial, cada vez más higiénicamente programado. En 1970, durante el Congreso de la American Medical Association, el presidente, sin atraer ninguna oposición, exhortó a sus colegas pediatras a considerar a todo recién nacido como *paciente* mientras no haya sido certificada su buena salud. Los niños nacidos en el hospital, alimentados bajo prescripciones, atiborrados de antibióticos, se convierten en adultos que, respirando un aire viciado y comiendo alimentos envenenados, vivirán una existencia de sombras en la

gran ciudad moderna. Aun les costará más caro criar a sus hijos, quienes, a su vez, serán aún más dependientes del monopolio médico. El mundo entero se va convirtiendo poco a poco en un hospital poblado de gente que, a lo largo de su vida, debe plegarse a las reglas de higiene dictadas y a las prescripciones médicas.

Esta medicina burocratizada se expande por el planeta entero. En 1968, el Colegio de Medicina de Shanghai tuvo que inclinarse ante la evidencia: "Producimos médicos llamados de primera clase [...] que ignoran la existencia de quinientos millones de campesinos y sirven únicamente a las minorías urbanas [...] adjudican grandes gastos de laboratorio para exámenes de rutina [...], prescriben, sin necesidad, enormes cantidades de antibióticos [...] y, cuando no hay hospital, ni laboratorios, se ven reducidos a explicar los mecanismos de la enfermedad a gente por la que no pueden hacer nada, y a la que esta explicación a nada conduce". En China, esta toma de conciencia condujo a una inversión de la institución médica. En 1971, informa el mismo Colegio, un millón de trabajadores de la salud alcanzaron un nivel aceptable de competencia. Estos trabajadores son campesinos. Durante la temporada de poca actividad, siguen cursos acelerados: aprenden la disección de cerdos, practican los análisis de laboratorio más comunes, adquieren conocimientos elementales en bacteriología, patología, medicina clínica, higiene y acupuntura. Luego hacen su aprendizaje con médicos o con trabajadores de la salud ya ejercitados. Después de esta primera formación, estos *médicos descalzos* vuelven a su trabajo original, pero, cuando es necesario, se ausentan para ocuparse de sus camaradas. Son responsables de lo siguiente: la higiene del ambiente de vida y de trabajo, la educación sanitaria, las vacunaciones, los primeros auxilios, la supervivencia de los convalecientes, los partos, el control de la natalidad y los métodos abortivos.

Diez años después de que la medicina occidental franquease el segundo umbral, China emprende la formación de un trabajador competente de la salud para cada centenar de ciudadanos. Su ejemplo prueba que es posible invertir de golpe el funcionamiento de una institución dominante. Queda por ver hasta qué punto esta desprofesionalización puede mantenerse, frente al triunfo de la ideología del desarrollo ilimitado y a la presión de los médicos clásicos, celosos de incorporar a sus homónimos descalzos a la jerarquía médica y formar con ellos una infantería de no graduados que trabajan a tiempo parcial.

Pero por todas partes se exhiben los síntomas de la enfermedad de la medicina, sin tomar en consideración el desorden profundo del sistema

que la engendra. En Estados Unidos, los abogados de los pobres acusan a la American Medical Association de ser un bastión de prejuicios capitalistas, y a sus miembros de llenarse los bolsillos. Los portavoces de las minorías critican la falta de control social en la administración de la salud y en la organización de los sistemas de asistencia. ¿Quieren creer que participando en los consejos de administración de los hospitales podrían controlar las actuaciones del cuerpo médico? Los portavoces de la comunidad negra encuentran escandaloso que los fondos para investigación se concentren en las enfermedades que afligen a los blancos provecetos y sobrealimentados. Exigen que las investigaciones se dediquen a una forma particular de la anemia, que afecta solamente a los negros. El elector norteamericano espera que con el término de la guerra del Vietnam se destinen más fondos al desarrollo de la producción médica. Todas estas acusaciones y críticas descansan sobre los síntomas de una medicina que prolifera como un tumor maligno y que produce el alza de los costos y de la demanda, junto con un malestar general.

La crisis de la medicina tiene raíces mucho más profundas de lo que se puede sospechar a simple vista del examen de sus síntomas. Forma parte integrante de la crisis de todas las instituciones industriales. La medicina se ha desarrollado en una organización compleja de especialistas. Financiada y promovida por la colectividad, se empeña en producir una salud *mejor*. Los clientes no han faltado, voluntarios para todas las experiencias. Como resultado, el hombre ha perdido el derecho a declararse enfermo: necesita presentar un certificado médico. Aún más, es a un médico a quien hoy corresponde, como representante de la sociedad, elegir la hora de la muerte del paciente. Igual que el condenado a muerte, el enfermo es vigilado escrupulosamente para evitar que encuentre la muerte cuando ella lo venga a buscar.

Las fechas de 1913 y 1955 que hemos elegido como indicativas de dos umbrales de mutación de la medicina no son restrictivas. Lo importante es comprender lo siguiente: a principios de siglo, la práctica médica se dedicó a la verificación científica de sus resultados empíricos. La aplicación del resultado ha marcado, para la medicina moderna, la trasposición de su primer umbral. El segundo umbral se traspuso al comenzar a decrecer la utilidad marginal de la mayor especialización, cuantificable en términos del bienestar del mayor número; se puede decir que este último umbral se traspuso cuando la *desutilidad* marginal comenzó a aumentar, a medida que el desarrollo de la institución médica llegó a significar mayor sufrimiento pa-

ra más gente. En ese momento la institución médica fue más vehemente en cantar victoria. Los virtuosos de las nuevas especialidades exhibían como *vedettes* a algunos individuos atacados por raras enfermedades. La práctica médica se concentró en operaciones espectaculares realizadas por equipos hospitalarios. La fe en la operación-milagro cegaba el buen sentido y destruía la sabiduría antigua en materia de salud y curación. Los médicos extendieron el uso inmoderado de drogas químicas entre el público general. En la actualidad el costo social de la medicina ha dejado de ser mensurable en términos clásicos. ¿Cómo medir las falsas esperanzas, el agobio del control social, la prolongación del sufrimiento, la soledad, la degradación del patrimonio genético y el sentimiento de frustración engendrados por la institución médica?

Otras instituciones industriales han traspuesto también estos dos umbrales. En particular es el caso de las grandes industrias terciarias y de las actividades productivas, organizadas *científicamente* desde mediados del siglo XIX. La educación, el correo, la asistencia social, los transportes y hasta las obras públicas, han seguido esta evolución. En un principio se aplica un nuevo conocimiento a la solución de un problema claramente definido y los criterios científicos permiten medir los beneficios obtenidos en eficiencia. Pero, en seguida, el progreso obtenido se convierte en medio para explotar al conjunto social, para ponerlo al servicio de los valores que una élite especializada, garante de su propio valor, determina y revisa constantemente.

En el caso de los transportes, se ha necesitado el transcurso de un siglo para pasar de la liberación lograda a través de los vehículos motorizados, a la esclavitud impuesta por el automóvil. Los transportes de vapor comenzaron a utilizarse durante la Guerra de Secesión. Este nuevo sistema dio a mucha gente la posibilidad de viajar en ferrocarril a la velocidad de una carroza real y con un confort jamás soñado por rey alguno. Poco a poco se empezó a confundir la buena circulación con la alta velocidad. Desde que la industria de los transportes traspuso su segundo umbral de mutación, los vehículos crearon más distancia de la que suprimieron. El conjunto de la sociedad consagra a la circulación cada vez más tiempo del que supone que ésta le ha de hacer ganar. Por su parte, el norteamericano tipo dedica más de 1 500 horas por año a su automóvil: sentado en él, en movimiento o estacionado, trabajando para pagarlo, para pagar la gasolina, los neumáticos, los peajes, el seguro, las contravenciones y los impuestos. De manera que emplea cuatro horas diarias en su automóvil, sea usándolo, cuidan-

do de él o trabajando para sus gastos. Y conste que aquí no se han tomado en cuenta otras actividades determinadas por el transporte: el tiempo pasado en el hospital, en los tribunales o en el garage; el tiempo pasado en ver por televisión la publicidad automovilística, el tiempo consumido en ganar el dinero necesario para viajar en vacaciones, etc. Y este norteamericano necesita esas 1 500 horas para hacer apenas 10 000 kilómetros de ruta; seis kilómetros le toman una hora.

La visión que se tiene de la crisis social actual se ilumina con la comprensión de los dos umbrales de mutación descritos. En sólo una década, varias instituciones dominantes han traspuesto juntas, gallardamente, el segundo umbral. La escuela ya no es un buen instrumento de educación, ni el automóvil un buen instrumento de transporte, ni la línea de montaje un modo aceptable de producción. La escuela produce males y la velocidad devora el tiempo.

Durante los años sesenta, la reacción característica contra el crecimiento de la insatisfacción ha sido la *escalada* de la técnica y de la burocracia. La escalada del poder de autodestruirse se convierte en el rito ceremonial de las sociedades altamente industrializadas. La guerra de Vietnam ha sido en este sentido una revelación y un encubrimiento. Ha revelado ante el planeta entero el ritual *en ejercicio*, sobre un campo de batalla. Pero, al hacerlo, ha desviado nuestra atención de los sectores llamados pacíficos, en donde el mismo rito se repite más discretamente. La historia de la guerra de Vietnam demuestra que un ejército convivencial de ciclistas y de peatones puede revertir en su favor las oleadas del poder anónimo del enemigo. Por lo tanto, ahora que la guerra ha "terminado", son muchos los norteamericanos que piensan que con el dinero gastado anualmente para dejarse vencer por los vietnamitas sería posible vencer la pobreza doméstica. Otros quieren destinar los 20 billones de dólares del presupuesto de guerra a reforzar la cooperación internacional, lo que multiplicaría por 10 los recursos actuales. Ni los unos ni los otros comprenden que la misma estructura institucional sostiene la guerra pacífica contra la pobreza y la guerra sangrienta contra la disidencia. Todos elevan en un grado más la escalada que tratan de eliminar.

LA RECONSTRUCCIÓN CONVIVENCIAL

LA HERRAMIENTA Y LA CRISIS

Ya son manifiestos los síntomas de una crisis planetaria progresivamente acelerada. Por todos lados se ha buscado el porqué. Anticipo, por mi parte, la siguiente explicación: la crisis se arraiga en el fracaso de la empresa moderna, a saber: la sustitución del hombre por la máquina. El gran proyecto se ha metamorfoseado en un implacable proceso de servidumbre para el productor y de intoxicación para el consumidor.

Al señorío del hombre sobre la herramienta lo reemplazó el señorío de la herramienta sobre el hombre. Es aquí donde es preciso saber reconocer el fracaso. Hace ya un centenar de años que tratamos de hacer trabajar a la máquina *para el hombre* y de educar al hombre para *servir a la máquina*. Ahora se descubre que la máquina no “marcha” y que el hombre no podría conformarse con sus exigencias, convirtiéndose de por vida en su servidor. Durante un siglo, la humanidad se entregó a una experiencia fundada en la siguiente hipótesis: la herramienta puede sustituir al esclavo. Ahora se ha puesto de manifiesto que, aplicada a estos propósitos, es la herramienta la que hace al hombre su esclavo.

La sociedad en la que la planificación central sostiene que el productor manda, como la sociedad en la que las estadísticas pretenden que el consumidor es rey, son dos variantes políticas de la misma dominación por los instrumentos industriales en constante expansión. El fracaso de esta gran aventura conduce a la conclusión de que la hipótesis era falsa.

La solución de la crisis exige una conversión radical: solamente echando abajo la sólida estructura que regula la relación del hombre con la herramienta podremos darnos unas herramientas justas. La herramienta justa responde a tres exigencias: es generadora de eficiencia sin degradar la autonomía personal; no suscita ni esclavos ni amos; expande el radio de acción personal. El hombre necesita de una herramienta *con la cual trabajar*, y no de instrumentos que *trabajen en su lugar*. Necesita de una tecnología que saque el mejor partido de la energía y de la imaginación personales, no de una tecnología que lo avasalle y lo programe.

Yo creo que se deben *invertir* radicalmente las instituciones industriales y *reconstruir* la sociedad completamente. Para poder ser eficiente y poder cubrir las necesidades humanas que determina, un nuevo sistema de producción debe también reencontrar la dimensión personal y comunitaria. La persona, la célula de base, conjugando en forma óptima la eficacia y la autonomía, es la única escala que debe determinar la necesidad humana dentro de la cual la producción social es realizable.

El hombre quieto o en movimiento necesita de herramientas. Necesita de ellas tanto para comunicarse con el otro como para atenderse a sí mismo. El hombre que camina y se cura con sencillez no es el hombre que hace 100 kilómetros por hora sobre la autopista y toma antibióticos. Pero ninguno de ellos puede valerse totalmente por sí mismo y depende de lo que le suministra su ambiente natural y cultural. La herramienta es, pues, la proveedora de los objetos y servicios que varían de una civilización a otra.

Pero el hombre no se alimenta únicamente de bienes y servicios, necesita también de la libertad para moldear los objetos que lo rodean, para darles forma a su gusto, para utilizarlos con y para los demás. En los países ricos, los presos frecuentemente disponen de más bienes y servicios que su propia familia, pero no tienen voz ni voto sobre la forma en que se hacen las cosas, ni tienen derechos sobre lo que se hace con ellas. Degradados esencialmente al rango de meros consumidores-usuarios, se ven privados de la *convivencialidad*.

Por *convivencialidad* entiendo lo inverso de la productividad industrial. Cada uno de nosotros se define por la relación con los otros y con el ambiente, así como por la sólida estructura de las herramientas que utiliza. Éstas pueden ordenarse en una serie continua cuyos extremos son la herramienta como instrumento dominante y la herramienta convivencial. El paso de la productividad a la convivencialidad es el paso de la repetición de la falta a la espontaneidad del don. La relación industrial es reflejo condicionado, una respuesta estereotipada del individuo a los mensajes emitidos por otro usuario a quien jamás conocerá a no ser por un medio artificial que jamás comprenderá. La relación convivencial, en cambio siempre nueva, es acción de personas que participan en la creación de la vida social. Trasladarse de la productividad a la convivencialidad es sustituir un valor técnico por un valor ético, un valor material por un valor realizado. *La convivencialidad es la libertad individual, realizada dentro del proceso de producción, en el seno de una sociedad equipada con herramientas eficaces*. Cuando una sociedad, no importa cuál, rechaza la convivencialidad antes de alcanzar un cierto ni-

vel, se convierte en presa de la falta; ya ninguna *hipertrofia* de la productividad logrará jamás satisfacer las necesidades creadas y multiplicadas por la envidia.

LA ALTERNATIVA

La institución industrial tiene sus fines que justifican los medios. El dogma del crecimiento acelerado justifica la sacralización de la productividad industrial, a costa de la convivencialidad. La desarraigada sociedad actual se nos presenta de pronto como un teatro de la peste, un espectáculo de sombras productoras de demandas generadoras de escasez. Únicamente *invirtiendo la lógica de la institución* se hace posible revertir el movimiento. Por esta inversión radical la ciencia y la tecnología moderna no serán aniquiladas, sino que dotarán a la actividad humana de una eficacia sin precedentes. Por esta inversión ni la industria ni la burocracia serán destruidas, sino eliminadas como impedimentos a otros modos de producción. Y la convivencialidad será restaurada en el centro mismo de los sistemas políticos que protegen, garantizan y refuerzan el ejercicio óptimo del recurso que mejor repartido está en el mundo: *la energía personal que controla la persona*. Oigo decir que desde ahora es necesario que aseguremos colectivamente la defensa de nuestra vida y de nuestro trabajo contra los instrumentos y las instituciones que amenazan o desconocen el derecho de las personas a utilizar su energía en forma creativa. Oigo proponer que con este objeto debemos explicar la estructura formal común a los procesos de decisión ética, legal y política: es ella *la que garantiza que la limitación y el control de las herramientas sociales* serán resultado de un proceso de participación y no de los oráculos de los expertos.

El ideal propuesto por la tradición socialista no se traducirá en realidad mientras no se inviertan las instituciones imperantes y no se sustituya la instrumentación industrial por herramientas convivenciales. Y por su parte la reinstrumentación de la sociedad tiene todas las probabilidades de perdurar como piadoso propósito, si los ideales socialistas de justicia no la adoptan. Por ello se debe saludar a la crisis declarada de las instituciones dominantes como el amanecer de una *liberación* revolucionaria que nos emancipará de aquellas instancias que mutilan la libertad elemental del ser humano, con el solo fin de atosigar cada vez a más usuarios. Esta crisis planetaria de las instituciones nos puede hacer llegar a un *nuevo estado de conciencia*, que afecte a la naturaleza de la herramienta y a la acción a se-

guir, para que la mayoría tome el control. Si, desde ahora, las herramientas no se someten a un control político, la cooperación de los burócratas del bienestar y de los burócratas de la ideología nos hará reventar de "felicidad". La libertad y la dignidad del ser humano seguirán degradándose, estableciendo una servidumbre sin precedentes del hombre a su herramienta.

A la amenaza de un apocalipsis tecnocrático, yo opongo la visión de una sociedad convivencial. La sociedad convivencial descansará sobre sus contratos sociales que garanticen a cada uno el mayor y más libre acceso a las herramientas de la comunidad, con la condición de no lesionar una igual libertad de acceso al otro.

LOS VALORES DE BASE

En nuestros días existe la tendencia a confiar a un cuerpo de especialistas la tarea de sondear y anunciar el futuro. Se entrega el poder a los hombres políticos que prometen construir la megamáquina para producir el porvenir. Se acepta una creciente disparidad de niveles de energía y de poder, puesto que el desarrollo de la productividad requiere la desigualdad. Mientras más igualitaria es la distribución, más centralizado es el control de la producción. Las propias instituciones políticas funcionan como mecanismos de presión y de represión que doman al ciudadano y vuelven a domar al desviado para conformarlos a los objetivos de producción. El Derecho se subordina al bien de la institución. El consenso de la fe utilitaria degrada la justicia al simple rango de una distribución equitativa de los productos de la institución.

Una sociedad que define el bien como la satisfacción máxima por el mayor consumo de bienes y servicios industriales del mayor número de gente, mutila en forma intolerable la autonomía de la persona. Una solución política de repuesto a este utilitarismo definiría el bien por la capacidad de cada uno para moldear la imagen de su propio porvenir. Esta redefinición del bien puede ser operativa sólo si se aplican criterios negativos. Ante todo se trata de proscribir los instrumentos y las leyes que obstaculizan el ejercicio de la libertad personal. Esta empresa colectiva limitaría las dimensiones de las herramientas, con el fin de defender los valores esenciales que yo llamaría: *sobrevivencia, equidad, autonomía creadora*, pero que asimismo podrían designarse por los tres criterios matemáticos de *viabilidad*, curva de *distribución*.

bución de inputs y *curva de control de outputs*. Estos valores son fundamento para toda estructura convivencial, aun cuando las leyes y la moral varíen de una cultura a otra.

Cada uno de estos valores limita, a su manera, la herramienta. La supervivencia es condición necesaria, pero no suficiente, para la equidad: se puede sobrevivir en prisión. La *equidad* en la distribución de los productos industriales es condición necesaria, pero no suficiente, para un trabajo convivencial: uno puede convertirse en prisionero de la instrumentación. La autonomía, como poder de control sobre la energía, engloba los dos primeros valores citados y define el *trabajo convivencial*. Éste tiene, como condición, el establecimiento de estructuras que posibiliten esta distribución equitativa de la energía. Debemos construir —y gracias a los progresos científicos lo podemos hacer— una sociedad posindustrial en la que el ejercicio de la creatividad de una persona no imponga jamás a otra un trabajo, un conocimiento o consumo obligatorio. En la era de la tecnología científica, *solamente una estructura convivencial de la herramienta puede conjugar la supervivencia y la equidad*. La equidad exige que, a un tiempo, se compartan el poder y el haber. Si bien la carrera por la energía conduce al holocausto, la centralización del control de la energía en manos de un Leviatán burocrático sacrificaría el control igualitario de la energía a la ficción de una distribución equitativa de los productos obtenidos. La estructuración convivencial de las herramientas es una necesidad y una urgencia desde el momento en que la ciencia libera nuevas formas de energía. Una estructura convivencial de la herramienta hace realizable la equidad y practicable la justicia; ella constituye la única garantía de supervivencia.

EL PRECIO DE ESTA INVERSIÓN

Sin embargo, la transición del presente estado de cosas a un modo de producción convivencial amenazaría a mucha gente, incluso en sus posibilidades de sobrevivir. En opinión del hombre industrializado, los primeros en sufrir y morir, a consecuencia de los límites impuestos a la industria, serían los pobres. Pero la dominación del hombre por la herramienta ha tomado ya un giro suicida. La supervivencia de Bangladesh depende del trigo canadiense y la salud de los neoyorkinos exige el saqueo de los recursos planetarios. La transición pues a una sociedad convivencial irá acompañada de extremos sufrimientos: hambre para algunos, pánico para otros. Tienen el

derecho a desear esta transición sólo aquellos que saben que la organización industrial dominante está en vías de producir sufrimientos aún peores, so pretexto de aliviarlos. Para ser posible dentro de la equidad, la supervivencia exige sacrificios y postula una elección. Exige una renuncia general a la sobrepoblación, a la sobreabundancia y al superpoder, ya se trate de individuos o de grupos. Esto redundaría en renunciar a la ilusión que sustituye la preocupación por lo prójimo, es decir *del más próximo*, por la insoportable pretensión de organizar la vida en las antípodas. Esto implica renunciar al poder, en servicio tanto de los demás como de sí mismo. La supervivencia dentro de la equidad no será producto de un *ukase* de los burocratas, ni efecto de un cálculo de los tecnócratas. Será resultado del idealismo de los humildes. La convivencialidad no tiene precio, pero se debe saber muy bien lo que costará desprenderse del modelo actual. El hombre reencontrará la alegría de la sobriedad y de la austeridad, reaprendiendo a depender del otro, en vez de convertirse en esclavo de la energía y de la burocracia todopoderosa.

LOS LÍMITES DE MI DEMOSTRACIÓN

En lo que sigue, no pretendo otra cosa que ofrecer una metodología que permita detectar los medios que han sido transformados en fines. Me ciño a la rudeza de la herramienta, no a la sutileza de la intención. El rigor de mi propósito me impedirá tratar cuestiones laterales, complementarias o subordinadas.

1. De nada me servirá ofrecer una ficción detallada de la sociedad futura. Quiero dar una guía para actuar y dejar libre curso a la imaginación. La vida dentro de una sociedad convivencial y moderna nos reserva sorpresas que sobrepasan nuestra imaginación y nuestra esperanza. No propongo una *utopía normativa*, sino las condiciones formales de un procedimiento que permita a cada colectividad elegir continuamente su utopía realizable. La convivencial es multiforme.

2. No he de proponer aquí *un tratado de organización* de las instituciones, ni *un manual técnico* para la fabricación de la herramienta justa, ni *un modo de empleo* de la institución convivencial, desde el momento en que no pretendo vender una tecnología "mejor", ni soy propagandista de una ideología. Sólo espero definir los indicadores que hacen guiños cada vez que la herramienta manipula al hombre, con el fin de poder proscribir la instru-

mentación y las instituciones que destruyen el modo de vida convivencial. Este manifiesto es pues guía, detector para utilizarlo como tal. La paradoja es que, actualmente, hemos alcanzado un nivel anteriormente impensable en nuestra habilidad de instrumentar la acción humana y que, por lo mismo, es justamente en nuestra época cuando resulta difícil imaginar una sociedad de herramientas simples, en donde el hombre pudiera lograr sus fines utilizando una energía puesta bajo su control personal. Nuestros sueños están estandarizados, nuestra imaginación industrializada, nuestra fantasía programada. No somos capaces de concebir más que sistemas de hiperinstrumentalización para los hábitos sociales, adaptados a la lógica de la producción en masa. Casi hemos perdido la capacidad de soñar un mundo en donde la palabra se tome y se comparta, en donde nadie limite la creatividad del prójimo, en donde cada uno pueda cambiar la vida.

El mundo actual está dividido en dos: están aquellos que no tienen lo suficiente y aquellos que tienen demasiado; aquellos a quienes los automóviles sacan de la carretera y aquellos que conducen esos vehículos. Los pobres se sienten frustrados y los ricos siempre insatisfechos. Una sociedad equipada con el sistema de rodamientos a bolas (menor fricción en el rodaje) y que rodara al ritmo del hombre sería incomparablemente más autónoma que todas las sociedades programadas del presente. Nos encontramos en la época de los hombres-máquina, incapaces de considerar, en su riqueza y en su concreción, el radio de acción que ofrecen las herramientas modernas mantenidas dentro de ciertos límites. En su mente no hay un lugar reservado para el salto cualitativo que implicaría a una economía en equilibrio estable con el mundo. En su cerebro no hay un hueco para una sociedad liberada de los horarios y de los tratamientos que les impone el crecimiento de la instrumentalización. El hombre-máquina no conoce la alegría que tiene al alcance de la mano dentro de una pobreza querida; no conoce la sobria embriaguez de la vida. Una sociedad en donde cada uno apreciara lo que es suficiente sería quizás una sociedad pobre, pero seguramente rica en sorpresas y libre.

3. Me atengo a la estructura de la herramienta, *no a la estructura del carácter del individuo y de la comunidad*. Ciertamente, la reconstrucción social, especialmente en los países ricos, implica que la mirada adquiera transparencia, que la sonrisa se haga atenta y que los gestos se suavicen: exige una reconstrucción del hombre y de la índole de sociedad. Pero aquí no hablo como psicólogo, aunque estoy seguro de que dominar la herramienta permitirá disminuir la distorsión del carácter social.

Cada ciudad tiene su historia y su cultura y, por lo mismo, cada paisaje urbano de hoy sufre la misma degradación. Todas las supercarreteras, todos los hospitales, todas las aulas, todas las oficinas, todos los grandes complejos urbanos y todos los supermercados se asemejan. Las mismas herramientas producen los mismos efectos. Todos los policías motorizados y todos los especialistas en informática se parecen; en toda la superficie del planeta tienen la misma apariencia y hacen los mismos gestos, en tanto, de una región a otra, los pobres difieren. A menos de reinstrumentalizar la sociedad, no escaparemos a la homogenización progresiva de todo, al desarraigamiento cultural y a la estandarización de las relaciones personales. Una investigación complementaria se ocuparía de los caracteres del hombre industrial que obstaculizan o amenazan la reinstrumentación. Yo no quiero dar recetas para cambiar al hombre y crear una nueva sociedad, y no pretendo saber cómo van a cambiar las personalidades y las culturas. Pero sí tengo una certeza: una pluralidad de herramientas limitadas y de organizaciones convivenciales estimularía una diversidad de modos de vida, que tendría más en cuenta la memoria, es decir, la herencia del pasado o la invención, es decir, la creación.

4. Cae fuera de mi propósito central el ocuparme *de la estrategia o de la táctica política*; a excepción tal vez de China bajo el presidente Mao Tse-Tung, ningún gobierno actual podría reestructurar su proyecto para la sociedad siguiendo una línea convivencial. Los dirigentes de los partidos y de las industrias son como los oficiales de un barco, apostados en el timón de mando de las instituciones dominantes: empresas multinacionales, Estados, partidos políticos y movimientos organizados, monopolios profesionales, etc., pueden cambiar de ruta, de cargamento y de dotación, pero no de oficio. Hasta pueden producir una demanda que satisfaga la oferta de herramientas o limitarla para maximizar las ganancias. El presidente de una empresa europea o el de una comuna china pueden facilitar la participación cómplice de los trabajadores en las directrices de producción, pero no tienen el poder de invertir la estructura de la institución que dirigen.

Las instituciones dominantes optimizan la producción de los megainstrumentos y la orientan hacia una población de fantasmas. Los directivos de hoy forman una clase nueva de hombres; seleccionados por su personalidad, su saber y su gusto por el poder, son hombres entrenados para garantizar, al mismo tiempo, el incremento del producto bruto y el acondicionamiento del cliente. Detentan el poder y poseen la energía, dejando al público la ilusión de mantener la propiedad legal de los instrumentos. Es a

ellos a quienes hay que liquidar. Pero de nada servirá eliminarlos, sobre todo si es para limitarse a reemplazarlos. El nuevo equipo en el poder pretendería ser más legítimo, con mayor base para manipular ese poder heredado y bien estructurado. Por ello, sólo hay una forma de liquidar para siempre a los dirigentes: demoliendo la maquinaria que los hace necesarios y, con ello, la demanda masiva que asegura su imperio. La profesión de gerente general no tiene porvenir en una sociedad convivencial, como no tiene cabida el profesor en una sociedad sin escuela. Una especie se extingue cuando ya no tiene razón de ser.

Lo inverso es un medio propicio para la producción, obra de un pueblo anárquico. Pero el político que ha conquistado el poder es el último en comprender el poder de la renuncia. En una sociedad donde la decisión política encauzara la eficacia de la herramienta, no sólo se extenderían los destinos personales, sino que saldrían a la luz nuevas formas de participación política. El hombre hace la herramienta y se hace por la herramienta. La herramienta convivencial suprime ciertos escalones de poder, de limitación y de programación, aquellos precisamente que tienden a uniformar a todos los gobiernos actuales. La adopción de un modo de producción convivencial no prejuzga en favor de ninguna forma determinada de gobierno, como tampoco excluye una federación mundial, pactos entre naciones, entre comunas o conservación de ciertos tipos de gobiernos tradicionales. En el centro de una sociedad convivencial está la vida política, pero aquí me concreto a describir los criterios estructurales negativos de la producción y la estructura formal base para un nuevo pluralismo político.

5. Una metodología que nos permita detectar la destrucción de la sociedad por la megainstrumentación postula el reconocimiento de la supervivencia dentro de la equidad como valor fundamental. E implica, por lo tanto, la elaboración de una teoría de la justicia. Pero este primer manifiesto no puede ser *ni un tratado ni un compendio de ética*. En apoyo de mi argumento, es preciso que me contente con enunciar simplemente los valores fundamentales de esta teoría.

6. En una sociedad posindustrial y convivencial, los problemas económicos no desaparecerán de un día para otro, como tampoco se resolverán por sí solos. Reconocer que el PNB no evalúa el bienestar, no elimina la necesidad de una noción que cuantifique las transferencias injustas de poder; asignar límites no monetarios y políticamente definidos al incremento industrial, entraña someter a revisión muchas nociones económicas consagradas, pero no hace desaparecer la desigualdad entre los hombres.

Limitar la explotación del hombre por la herramienta trae consigo el peligro de que ella sea sustituida por nuevas formas de explotación del hombre por el hombre. Pero de hecho, el individuo tendrá mayores posibilidades de integrarse a la sociedad, de provocar el cambio, que en la era industrial o preindustrial.

Aun limitada, la herramienta convivencial será incomparablemente más eficiente que la herramienta primitiva y, a diferencia de la instrumentación industrial, estará al alcance de todos. Pero habrá quienes le saquen más ventajas que otros. Se dirá que la limitación de los instrumentos no pasará de ser letra muerta mientras *una nueva teoría económica* no haya alcanzado la etapa de operación que asegure la redistribución dentro de una sociedad descentralizada. Esto, que es absolutamente exacto, cae, sin embargo, *fuera del propósito* que nos ocupa, que es el de una teoría sobre la eficacia y la distribución de los medios de producción, y no el de una teoría que se refiera directamente a la reorganización financiera. Propongo, pues, la identificación de seis cercos impenetrables a la expansión de la producción. Cada uno de ellos representa una dimensión natural dentro de la cual las unidades de medida de la economía se reducen a una clase de factores sin dimensión.

LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA FALTA

Una metodología que permita señalar la perversión de la herramienta al convertirse en su propio fin, encontrará necesariamente una fuerte resistencia entre quienes están habituados a medir el bien en términos de francos o de dólares. Platón decía que el mal hombre de Estado cree poder medirlo todo y mezcla la consideración de lo inferior y de lo superior en busca de lo que conviene más al fin pretendido. Nuestra actitud hacia la producción ha sido moldeada, a lo largo de los siglos, por una larga sucesión de este tipo de hombres de Estado. Poco a poco las instituciones no sólo han conformado nuestra demanda, sino que también han dado forma a nuestra lógica, es decir, a nuestro sentido de la medida. Primero se pide lo que produce la institución, pronto se cree no poder vivir sin ello. Y mientras menos se puede gozar de lo que ha llegado a convertirse en necesidad, más fuertemente se siente la necesidad de cuantificarlo. La necesidad personal se convierte así en carencia medible.

La invención de la "educación" es un ejemplo de lo que expongo. Se tiene la tendencia a olvidar que la necesidad de *educación*, en su acepción mo-

derna, es una invención reciente. Era desconocida antes de la Reforma, excepto en la crianza de la primera edad, que los animales y los hombres prodigan a sus crías. Se la distinguía con mucha exactitud de la instrucción necesaria al niño y del estudio al que más tarde se dedicaban algunos bajo la dirección de un maestro. Para Voltaire, la palabra “educación” era todavía un neologismo presuntuoso, empleado por fatuos maestros de escuela.

La empresa que consiste en hacer pasar a todos los hombres por grados sucesivos de iluminación encuentra raíces profundas en la alquimia, el Gran Arte de finales de la Edad Media. Con muy justo título se considera a Jan Amos Comenius, obispo moravo del siglo XVIII —pansofista y pedagogo, como él mismo se nombraba—, uno de los fundadores de la escuela moderna. Fue uno de los primeros en proponer siete o doce grados de aprendizaje obligatorio. En su *Magna Didáctica* describe la escuela como un instrumento para “enseñar a todos totalmente todo” (*omnes, omnia, omnino*) y esboza el proyecto de una producción en cadena del saber, que disminuye el costo y aumenta el valor de la educación, con el fin de permitir a cada cual alcanzar la plenitud de la humanidad. Pero Comenius no sólo fue uno de los primeros teóricos de la producción en masa, fue también un alquimista, que adaptó el vocabulario técnico de la transmutación de los elementos para el arte de criar a los niños. El alquimista quiere refinar los elementos base, purificando sus espíritus a través de 12 etapas sucesivas de iluminación. Al término de este proceso, para su mayor bien y el del universo, los elementos son transformables en metal precioso: el residuo de la materia, después de sufrir siete clases de tratamiento, da plata, y lo que subsiste, después de 12 pruebas, da oro. Naturalmente los alquimistas fracasaban siempre, cualquiera que fuera la perseverancia en sus esfuerzos, pero siempre su ciencia les ofrecía nuevas razones para volver a la carga con tenacidad. El fracaso de la alquimia culmina con el fracaso de la industria.

El modo industrial de producción fue plenamente racionalizado, por primera vez, con motivo de la fabricación de un nuevo bien de servicio: *la educación*. La pedagogía agregó un nuevo capítulo a la historia del Gran Arte. Dentro del proceso alquimista, la educación se convierte en la búsqueda de aquello de donde nacerá un nuevo tipo de hombre, requerido por el medio, moldeado por la magia científica. Pero sea cual fuera el precio pagado por las sucesivas generaciones, se reveló cada vez más que la mayoría de los alumnos no eran dignos de alcanzar los más altos grados de la iluminación, y era preciso excluirlos del juego por no aptos para llevar la “verdadera” vida ofrecida en ese mundo creado por el hombre.

La redefinición del proceso de adquisición del saber, en términos de escolarización, no sólo justificó la escuela al darle apariencia de necesidad, sino que creó también una nueva especie de pobres, los no escolarizados, y una nueva clase de segregación social, la discriminación de los que carecen de educación por parte de los orgullosos de haberla recibido. El individuo escolarizado sabe exactamente el nivel que ha alcanzado en la pirámide jerárquica del saber y conoce con precisión lo que le falta para alcanzar la cúspide. Una vez que acepta ser definido por una administración, según su grado de conocimientos, acepta después, sin dudar, que los burócratas determinen sus necesidades de salud y que los tecnócratas definan su falta de movilidad. Una vez moldeado en la mentalidad de consumidor-usuario, ya no puede ver la perversión de los medios en fines, inherente a la estructura misma de la producción industrial tanto de lo necesario como de lo suntuario. Condicionado para creer que la escuela puede ofrecerle una existencia de conocimientos, llega a creer igualmente que los transportes pueden ahorrarle tiempo o que en sus aplicaciones militares la física atómica puede protegerlo. Se apeg a la idea de que el aumento de salarios corresponde al del nivel de vida y que el crecimiento del sector terciario refleja un alza en la calidad de vida.

En realidad, la industrialización de las necesidades reduce toda satisfacción a un acto de verificación operativa y sustituye la alegría de vivir por el placer de aplicar una medida.

El servicio *educación* y la institución *escuela* se justifican mutuamente. La colectividad sólo tiene una manera de salir de ese círculo vicioso, y es tomando conciencia de que la institución ha llegado a fijar ella misma los fines: la institución presenta valores abstractos, luego los materializa encadenando al hombre a mecanismos implacables. ¿Cómo romper el círculo? Es necesario hacerse la pregunta: ¿quién me encadena, quién me habitúa a sus drogas? Hacerse la pregunta es ya responderla. Es liberarse de la opresión del sinsentido y de la falta, reconociendo cada uno su propia capacidad de aprender, de moverse, de descuidarse, de hacerse entender y de comprender. Esta liberación es obligadamente instantánea, puesto que no hay término medio entre la inconsciencia y el despertar. La falta, que la sociedad industrial mantiene con esmero, no sobrevive al descubrimiento que muestra cómo las personas y las comunidades pueden ellas mismas satisfacer sus verdaderas necesidades.

La definición industrial de los valores entorpece extremadamente la posibilidad del usuario de percibir la estructura profunda de los medios so-

ciales. Le es difícil captar que existe una vía distinta, que no es la alienación del trabajo, la industrialización de la falta y la supereficiencia de la herramienta. Le es difícil imaginar que se puede ganar en rendimiento social lo que se pierde en rentabilidad industrial. El temor de que rechazando el presente se retorne a la esclavitud del pasado, lo encierra en la prisión multinacional de hoy, llámese ésta fábrica Philips o Escuela.

En tiempos pasados la existencia dorada de unos cuantos descansaba sobre la servidumbre de los demás. La eficiencia de cada uno era débil: la vida fácil de una minoría exigía el embargo del trabajo de la mayoría. Ahora bien, una serie de descubrimientos recientes, muy simples, pero inconcebibles en el siglo XVIII, aumentaron la eficiencia del hombre. El balero,¹ la sierra, la reja de acero del arado, la bomba de agua o la bicicleta, multiplicaron el rendimiento horario del hombre y facilitaron su trabajo.

En Occidente, entre la alta Edad Media y el Siglo de las Luces, más de un auténtico humanista se extravió en el sueño alquimista. La ilusión consistía en creer que la máquina era un hombre artificial que reemplazaría al esclavo.

LA OTRA POSIBILIDAD: UNA ESTRUCTURA CONVENCIONAL

Una sociedad convivencial es la que ofrece al hombre la posibilidad de ejercer la acción más autónoma y más creativa, con ayuda de las herramientas menos controlables por los otros. La productividad se conjuga en términos de tener, la convivencialidad en términos de ser. En tanto el incremento de la instrumentación, pasados los umbrales críticos, produce siempre más uniformación reglamentada, mayor dependencia, explotación e impotencia, el respeto a los límites garantiza un libre florecimiento de la autonomía y de la creatividad humanas. Claramente, yo empleo el término *herramienta* en el sentido más amplio posible, como instrumento o como medio, independientemente de que haya nacido de la actividad fabricadora, organizadora o racionalizante del hombre o que simplemente, como es el caso del sílex prehistórico, la mano del hombre se lo haya apropiado para realizar una tarea específica, es decir, para ponerlo al servicio de una intencionalidad.

Una escoba, un bolígrafo, un destornillador, una jeringa, un ladrillo, un motor, son herramientas, a igual título que un automóvil o un televisor. Una fábrica de empanadas o una central eléctrica, como instituciones productoras

¹ Rodamiento de bolas.

ras de bienes, entran también en la categoría de la herramienta. Dentro del herramental, hay que ordenar también las instituciones productoras de servicios, como son la escuela, la institución médica, la investigación, los medios de comunicación o los centros de planificación. Las leyes sobre el matrimonio o los programas escolares conforman la vida social del mismo modo que las redes de carreteras. La categoría de la herramienta engloba todos los instrumentos razonados de la acción humana, la máquina y su modo de empleo, el código y su operador, el pan y el circo. Como se ve, el campo abierto al concepto de herramienta varía de una cultura a otra. Depende de la impronta que una sociedad determinada ejerza sobre su estructura y su medio ambiente. Todo objeto tomado como medio para un fin se convierte en herramienta.

La herramienta es inherente a la relación social. En tanto actúo como hombre, me sirvo de herramientas. Según la domine o ella me domine, la herramienta o me liga o me desliga del cuerpo social. En tanto domine la herramienta, yo doy al mundo mi sentido; cuando la herramienta me domina, su estructura conforma e informa la representación que tengo de mí mismo. La herramienta convivencial es la que me deja la mayor latitud y el mayor poder para modificar el mundo en la medida de mi intención. La herramienta industrial me niega ese poder; más aún, por su medio es otro quien determina mi demanda, reduce mi margen de control y rige mi propio sentido. La mayoría de las herramientas que hoy me rodean no podrían utilizarse de manera convivencial.

La herramienta es a la vez medio de control y elemento transformador de energía. Como se sabe, el hombre dispone de dos tipos de energía, la que genera de sí mismo (o energía metabólica) y la que extrae del exterior. El hombre maneja la primera y manipula la segunda. Es por eso que haré una distinción entre la herramienta manejable y la herramienta manipulable.

La herramienta manejable adapta la energía metabólica a una tarea específica. Es multivalente, como el sílex original, el martillo o el cortaplumas. Es univalente y altamente elaborada, como el torno del alfarero, el telar, la máquina de coser de pedal o la fresa del dentista. La herramienta manejable puede alcanzar la complejidad de una organización de transportes que saca de la energía humana el máximo de movilidad, como ocurre en un sistema de bicicletas y de triciclos, al que correspondería una red de pistas tal vez cubiertas y con estaciones de mantenimiento. La herramienta manejable es conductora de energía metabólica; la mano, el pie, la dominan; la energía que ella pide puede producirla cualquiera que coma y respire.

La herramienta manipulable es movida, por lo menos en parte, por energía exterior. Puede servir para multiplicar la energía humana: los bueyes tiran del arado, pero para guiarlos se necesita del labrador. Asimismo un montacargas o una sierra eléctrica conjugan la energía metabólica con la energía exógena. Sin embargo, la herramienta manipulable puede exceder la escala humana. La energía que proporciona el piloto de un avión supersónico ya no es parte significativa de la energía consumida en el vuelo. El piloto es un simple operador cuya acción se rige por los datos de una computadora. Y aun hay alguien más en la cabina de mando, porque la computadora es imperfecta o porque el sindicato de pilotos es poderoso y organizado.

La herramienta es convivencial en la medida en que cada uno puede utilizarla sin dificultad, tan frecuentemente como él lo desee y para los fines que él mismo determine. El uso que cada quien haga de ella no invade la libertad del otro para hacer lo mismo. Nadie necesita de un diploma para tener el derecho de usarla a voluntad; se la puede tomar o no. Entre el hombre y el mundo ella es una conductora de sentido, una traductora de intencionalidad.

Ciertas instituciones son, estructuralmente, herramientas convivenciales y ello independientemente de su nivel tecnológico. El teléfono puede servir de ejemplo. Bajo la única condición de disponer de las monedas necesarias para su funcionamiento, cualquiera puede llamar a la persona que quiera para decirle lo que quiera: informaciones bursátiles, injurias o palabras de amor. Ningún burócrata podrá fijar de antemano el contenido de una comunicación telefónica —si acaso, podrá violar el secreto, pero asimismo protegerlo—. Cuando las infatigables computadoras mantienen ocupadas más de la mitad de las líneas californianas y, con ello, restringen la libertad de las comunicaciones personales, es la compañía telefónica la responsable al desviar la explotación de una licencia concedida originariamente a las personas para el habla. Cuando una población entera se deja intoxicar por el uso abusivo del teléfono y pierde así la costumbre de intercambiar cartas o visitas, este error conduce al recurso inmoderado de una herramienta que es convivencial por esencia, pero cuya función se desnaturaliza porque su campo de acción recibió una extensión errónea.

La herramienta manejable llama al uso convivencial. Si no se presta a ello es porque la institución reserva su uso para el monopolio de una profesión, como lo hace, por ejemplo, al poner las bibliotecas en el recinto de las escuelas o al decretar la extracción de los dientes y otras intervenciones sim-

ples como actos médicos, practicables sólo por especialistas. Pero la herramienta puede también ser objeto de una especie de segregación, como es el caso de los motores, concebidos de tal manera que uno mismo no puede practicar pequeñas reparaciones con ayuda de una tenaza y un destornillador. El monopolio de la institución sobre este tipo de herramientas manejables constituye un abuso, pervierte el uso del mismo, pero sin que por ello éste se desnaturalice, como el cuchillo del asesino no deja de ser cuchillo.

El carácter convivencial de la herramienta no depende, en principio, de su nivel de complejidad. Lo que se ha dicho del teléfono podría repetirse, punto por punto, respecto del sistema de correos o de los transportes fluviales en Tailandia. Cada uno de esos sistemas es una estructura institucional que maximiza la libertad de la persona, aun cuando pueda desviarse de su finalidad y pervertirse en su uso. El teléfono es el producto de una técnica avanzada; el sistema de correos puede funcionar a diversos niveles técnicos, pero exige siempre mucha organización; la red de canales y de piraguas integra una programación mínima dentro del cuadro de una técnica consuetudinaria.

EL EQUILIBRIO INSTITUCIONAL

Al aproximarse a su segundo umbral la institución pervierte el uso de la herramienta manejable. Es entonces cuando se abre el reino de las manipulaciones. Cada vez más se va adoptando el medio como fin. Reunidas en esa forma, las condiciones para la enseñanza cuestan más caras que la enseñanza misma, y el costo de la formación ya no se compensa con el fruto que produce. Los medios para el fin perseguido por la institución son cada vez menos accesibles a una persona autónoma o, dicho con más exactitud, se integran a una cadena de eslabones solidarios que hay que aceptar en su totalidad. En Estados Unidos no hay viaje en avión sin automóvil, y sin viaje en avión no hay congreso de especialistas. Las herramientas que alcanzarían los mismos fines, exigiendo menos del usuario, respetando su libertad de maniobra, son eliminadas del mercado. Mientras que las aceras van desapareciendo, la complejidad de la red de carreteras no hace sino crecer.

Es posible que ciertos medios de producción, no convivenciales, parezcan deseables en una sociedad posindustrial. Es probable que, aun en un mundo convivencial, ciertas colectividades elijan tener más abundancia a costa de menos creatividad. Es casi seguro que, durante el periodo de transición, la electricidad no sea en todas partes el resultado de una producción

doméstica. Ciertamente, el conductor de un tren no puede salirse de la vía férrea ni elegir sus estaciones y su horario. Los postillones no estaban menos sujetos a una ruta precisa que los petroleros modernos lo están hoy, muy al contrario. La transmisión de mensajes telefónicos se hace sobre una banda de frecuencia determinada y debe ser dirigida por una administración central, aun cuando cubra una zona delimitada. En realidad, no hay ninguna razón para proscribir de una sociedad convivencial toda herramienta poderosa y toda producción centralizada. Dentro de la perspectiva convivencial, el equilibrio entre la justicia en la participación y la igualdad dentro de la distribución puede variar de una sociedad a otra en función de la historia, de los ideales y del medio ambiente de esa sociedad.

No es esencial que las instituciones manipuladoras o los bienes y servicios susceptibles de intoxicar se excluyan por completo de una sociedad convivencial. Lo que importa es que semejante sociedad logre un equilibrio entre, por una parte, la instrumentación concebida para satisfacer la demanda que produce y, por otra, los instrumentos que estimulan la realización personal. Lo primero materializa programas abstractos que conciernen a los hombres en general; lo segundo favorece la aptitud de cada uno para perseguir sus fines de manera personal, inimitable.

No es cuestión de proscribir una herramienta por el solo hecho de que, de acuerdo con nuestros criterios de clasificación, pueda calificarse de anti-convivencial. Estos criterios son guías para la acción. Una sociedad puede utilizarlos para reestructurar la totalidad de su instrumentación, en función del estilo y del grado de convivencialidad que desee alcanzar. Una sociedad convivencial no prohíbe la escuela. Proscribe el sistema escolar pervertido en herramienta obligatoria, basada en la segregación y el rechazo de los fracasados. Una sociedad convivencial no suprime los transportes interurbanos a gran velocidad, a menos que su existencia impida garantizar al conjunto de la población la posibilidad de circular a la velocidad y al ritmo que quiera. Una sociedad convivencial ni siquiera pretende rechazar la televisión, aun cuando ésta deja a discreción de algunos productores y charlatanes seleccionar y fabricar lo que se habrá de "tragar" la masa de televidentes; sin embargo, una sociedad de ese tipo debe proteger a la persona contra la *obligación* de convertirse en cautiva de la pantalla. Como se ve, los criterios de la convivencialidad no son reglas a aplicarse mecánicamente, sino indicadores de la acción política concerniente a todo lo que se debe evitar. Son criterios de detección de una amenaza que permiten a cada uno hacer valer su propia libertad.

LA CEGUERA ACTUAL Y EL EJEMPLO DEL PASADO

En el presente, los criterios institucionales sobre la acción humana son opuestos a los nuestros, incluso en las sociedades marxistas en donde la clase obrera se cree en el poder. El planificador socialista rivaliza con el vocero de la libre empresa en su intento por demostrar que sus principios aseguran a una sociedad el máximo de productividad. En los países socialistas, la política económica con frecuencia se define por su preocupación de aumentar la productividad industrial. El monopolio de la interpretación industrial del marxismo sirve de barrera y de medio de chantaje contra toda forma de marxismo heterodoxo. Falta ver si China, después de la muerte del presidente Mao Tse-Tung, abandonará, ella también, la convivencialidad productiva, para volverse hacia la productividad estandarizada. La interpretación exclusivamente industrial del socialismo, permite a los comunistas y a los capitalistas hablar el mismo idioma, medir en forma similar el grado de desarrollo alcanzado por una sociedad. Una sociedad en donde la mayoría de la gente depende, respecto a los bienes y servicios que recibe, de las cualidades, de la imaginación, del amor y de la habilidad de cada cual, pertenece a la clase considerada como subdesarrollada. En cambio, una sociedad en donde la vida cotidiana no es más que una serie de pedidos sobre catálogo al gran supermercado universal, se considera avanzada. Y el revolucionario no es más que un entrenador deportivo: campeón del Tercer Mundo o portavoz de las minorías subconsumidoras, encauza la frustración de las masas a las que revela su *retraso*; canaliza la violencia popular y la transforma en *energía para dar alcance*.

Cada uno de los aspectos de la sociedad industrial es parte de un sistema de conjunto que implica la escalada de la producción y el incremento de la demanda indispensables para justificar el costo social total. Es por ello que, cuando se concentra la crítica social sobre la mala administración, la corrupción, la insuficiencia de la investigación o el retraso tecnológico, no se hace más que distraer la atención del público del único problema que cuenta: la estructura inherente a la herramienta que se toma como medio y que determina una creciente falta general. Otro error consiste en creer que la frustración actual se debe principalmente a la propiedad privada de los medios de producción, y que la apropiación pública de esos medios, a través de un organismo central de planificación, protegerá los intereses de la mayoría y conducirá a un reparto equitativo de la abundancia. Este remedio propuesto no cambiará la estructura antihumana de

la herramienta. Mientras se ataque al consorcio Ford por la única razón de que enriquece al señor Ford, se mantendrá la ilusión de que las fábricas Ford podrían enriquecer a la colectividad. Mientras la población suponga que el automóvil le reporta ventajas, no tendrá queja contra Ford por construir automóviles. Mientras comparta la ilusión de que es posible aumentar la velocidad de desplazamiento de cada uno, la sociedad continuará criticando su propio sistema político, en vez de imaginar otro sistema de transportes. Sin embargo, la solución está al alcance de la mano: no reside en una forma determinada de apropiación de la herramienta, sino en el descubrimiento del carácter de ciertas herramientas, en saber que nadie podrá jamás *poseerlas*. El concepto de apropiación no se podrá aplicar a una instrumentación incontrolable. La cuestión urgente sería determinar qué herramientas pueden ser controladas en interés general, y comprender que una herramienta incontrolable representa una amenaza insoportable. Es secundaria la cuestión de saber cómo organizar un medio privado de control que responda al interés general.

Ciertas herramientas son siempre destructoras, cualesquiera que sean las manos que las detenten: la mafia, los capitalistas, una firma multinacional, el Estado o incluso una colectiva obrera. Es así, por ejemplo, en el caso de las redes de autopistas de vías múltiples, de los sistemas de comunicación de larga distancia que utilizan bandas anchas de frecuencias y también de las minas o de las escuelas. El instrumento destructor incrementa la uniformación, la dependencia, la explotación y la impotencia; despoja al pobre de su parte de convivencialidad, para frustrar más al rico de la suya.

Al hombre moderno le es difícil concebir el desarrollo y la modernización en términos de reducción y no de incremento del consumo de energía. Para él, una técnica avanzada rima con una profunda intervención en el proceso físico, mental y social. Si queremos aprehender la instrumentación con exactitud, debemos abandonar la ilusión de que un alto grado de cultura implica el más alto consumo de energía posible. En las civilizaciones antiguas, los recursos energéticos estaban repartidos equitativamente. Cada ser humano, por su constitución biológica, disponía de por vida de toda la energía potencial necesaria para transformar conscientemente el contorno físico según su voluntad, puesto que la fuente era su propio cuerpo bajo la condición de que se le mantuviera en buena salud. En estas condiciones, controlar grandes cantidades de energía física no era más que resultado de manipulaciones psíquicas o de una dominación política.

Para edificar las pirámides de Teotihuacán en México, para formar las terrazas de arrozales de Ibagué, en Colombia, los hombres no necesitaron para nada de herramientas manipulables. La cúpula de San Pedro en Roma y los canales de Ankor Vat se construyeron sin bulldozers, sólo a fuerza de brazos. Los generales de César recibían las noticias a través de *jinetes*, los Fugger y los jefes incas utilizaban corredores. Hasta el siglo XVIII, las galleras de la República Veneciana y todos los mensajeros viajaban a menos de 120 kilómetros por día. El ejército de Napoleón se desplazaba siempre con la misma lentitud que el de César. La mano o el pie impulsaban la bobina o el torno, la rueda del alfarero y la sierra de madera. La energía metabólica del hombre alimentaba la agricultura, la artesanía y la guerra. La ingeniosidad del individuo canalizaba la energía animal hacia ciertas tareas sociales. Los poderosos de la tierra no controlaban otra energía más que la suministrada, de grado o por fuerza, por sus propios súbditos.

Ciertamente, el metabolismo humano no bastaba para procurar toda la energía deseable, pero en la mayoría de las culturas se mantenía incluso como su fuente principal: el hombre sabía poner a su servicio ciertas fuerzas naturales. Utilizaba el fuego para cocer sus alimentos y más tarde para forjar armas; sabía extraer el agua de la tierra, descender por los ríos, navegar a vela, utilizar la fuerza de la gravedad; domesticar al animal. Pero en su totalidad estos recursos fueron secundarios y de poco rendimiento. La sociedad ateniense del siglo VI o la del Cuatrocientos florentino, sabían utilizar en forma armoniosa las fuerzas naturales, pero la construcción de templos y palacios se hizo, en lo esencial, sólo por obra de la energía humana. Es cierto que el hombre podía reducir una ciudad a cenizas o hacer del Sahara un desierto, pero esta explosión de energía, una vez desatada, escapaba a su poder de control.

Es posible dar un valor aproximado a la cantidad de energía física de que disponían las sociedades tradicionales. El ser humano quemaba un promedio de 2500 calorías diarias, de las cuales cuatro quintos servían únicamente para mantenerle vivo, hacer latir su corazón y accionar su cerebro. El remanente se podía aplicar a diversas tareas, pero no todo era transformable en trabajo. No sólo se aplicaba a los juegos de la infancia, sino también, y sobre todo, a las actividades de sobrevivencia cotidiana: levantarse, preparar los alimentos, protegerse contra el frío o contra la amenaza de los otros. Privado del impulso de sus actividades, el hombre se ha vuelto inepto para el trabajo: la sociedad puede moldearlas, pero no puede suprimirlas, para destinar a otras tareas la energía que requieren. La costum-

bre, el lenguaje y el Derecho determinan la forma de alfarería que fabrica el esclavo, pero el amo no puede privar a su esclavo de techo, salvo privándose a sí mismo del esclavo. Sumando múltiples descargas pequeñas de energía individual, puestas a disposición de la colectividad, se construyeron templos, se trasladaron montañas, se tejieron vestimentas, se hicieron guerras, se transportó al monarca y se le honró.

La energía estaba limitada, era función del nivel de la población, se abastecía del vigor del cuerpo. Su eficacia dependía del grado de desarrollo —y de distribución en la población— de las herramientas manejables. La herramienta incorporaba la energía metabólica a la tarea. Jugaba con las fuerzas, ya fuera la de gravedad o la del viento, pero no ampliaba la fuerza de trabajo. Para disponer de más poder físico que el vecino había que avasallarlos. Si el amo empleaba formas de energía humana, podía controlarlas únicamente si gobernaba sobre otros hombres. Cada yunta de bueyes requería un boyero para cuidarla y conducirla. Hasta el fuego de la forja requería de un guardián para cuidarlo. El poder político era el dominio de la voluntad de los demás, y el dominio de fuerza física era la detentación de la autoridad.

En las sociedades preindustriales, el poder político no podía controlar más que la energía *excedente*, proporcionada por la población. Cada ventaja en la eficiencia, obtenida gracias a una nueva herramienta o a un nuevo modo de organización, significaba para la población el riesgo de verse privada del control de ese excedente de energía. Todo aumento en la eficiencia permitía a la clase dominante apropiarse de una parte mayor de la energía total disponible. De modo que a la evolución de las técnicas correspondía una evolución paralela de las clases sociales. Se cobraban impuestos al individuo, quitándole una parte de su producto personal, o bien se le imponían trabajos obligatorios suplementarios. La ideología, la estructura de la economía, el armamento y el modo de vida favorecían esta concentración en manos de unos cuantos, del dominio de la energía biológica aumentada.

Sin embargo, este tipo de concentración no tiene los mismos efectos en una cultura u otra sobre el reparto de los frutos del esfuerzo social. En el mejor de los casos, amplía el radio de acción para las energías personales. La sociedad campesina en Europa central, a finales de la Edad Media, es un buen ejemplo de ello. Tres invenciones recientes —el estribo, las herraduras para caballos y el arnés— triplicaron el rendimiento del caballo. Equipado así, el arado tirado por un caballo hizo posible la rotación tri-

nal de los cultivos, la explotación de nuevas tierras y, enganchado a una carreta, elevó al cuadrado el radio de acción del campesino, lo que provocó el movimiento de concentración del *hábitat* en poblaciones agrupadas en torno a una iglesia, más tarde a una escuela. En el peor de los casos, la concentración del poder, al disponer de la energía, condujo al establecimiento de grandes imperios, propagados por los ejércitos mercenarios y alimentados por los campesinos reducidos al vasallaje.

Hacia finales de la Edad de Hierro, o sea desde el reino de Agripa hasta el siglo de Watt, la cantidad total de energía disponible aumentó rápidamente. De hecho, la mayoría de las grandes mutaciones técnicas anteriores al descubrimiento de la electricidad se produjeron durante la alta Edad Media. La invención de los tres mástiles, que sacó mejor partido de la fuerza del viento, hizo posible la navegación alrededor del mundo. La excavación de los canales europeos y la invención de la esclusa hicieron posibles los transportes regulares de cargamentos pesados. Los cerveceros, los tintoreros, los alfareros, los ladrilleros, los azucareros y los salineros se beneficiaron del perfeccionamiento y difusión de los molinos de viento y de agua. La forja a orillas del torrente sustituyó a la fragua en el bosque; al martillo lo reemplazaron los molinetes de pilón para triturar el mineral, y al canasto a espaldas del hombre lo reemplazó la polea que permite levantar cargas. La fuerza hidráulica accionó sopletes para ventilar galerías y gracias a las norias se bombeó el agua para drenar el fondo de la mina y el hombre se sumergió más adentro de la tierra. Aun se dice del campesino, detrás de su arado, que “labora”; del minero se dice que “trabaja”. Después, el carro, equipado con un tren delantero pivotante y con ejes móviles, permitió duplicar la velocidad del desplazamiento, con lo que, a partir del siglo XVIII, se beneficiaron el correo y el transporte de pasajeros. Por primera vez en la historia del hombre fue posible desplazarse a 100 kilómetros por hora. Poblados y campos, unos más lentamente que los otros, se transformaron, se remodelaron, poco a poco.

En su libro *The Myth of the Machine: The Pentagon of Power*, Lewis Mumford subraya las características específicas que convirtieron la actividad minera en prototipo de las formas ulteriores de mecanización: “...indiferencia hacia los factores humanos, a la contaminación y a la destrucción del contorno, puesto el acento en el proceso fisicoquímico con miras a obtener el metal o el carburante deseado y, sobre todo, el aislamiento geográfico y mental del universo del granjero y del artesano, del mundo de la Iglesia, de la Universidad y de la Ciudad. Por su efecto destructor sobre el medio ambien-

te y su desprecio por los riesgos impuestos al hombre, la actividad minera se acerca mucho a la actividad guerrera —como la guerra, la mina produce con frecuencia un tipo de hombre duro y digno, habituado a afrontar el peligro y la muerte [...] el soldado en su mejor aspecto—. Pero el *animus* destructor de la mina, su siniestra labor, su aura de miseria humana y la degradación del paisaje, todo eso lo transmite la actividad minera a las industrias que utilizan su producción. El costo social excede grandemente al beneficio mecánico”. De manera que a la herramienta accionada al ritmo del hombre sucedió un hombre actuando al ritmo de la herramienta, con lo que todas las modalidades humanas de actuar se vieron transformadas.

UN NUEVO CONCEPTO DEL TRABAJO

A finales de la Edad Media, el antiguo sueño del alquimista de fabricar un *homúnculo* en el laboratorio, poco a poco tomó la forma de la creación de robots para que trabajaran por el hombre, y de la educación del hombre para trabajar a su lado. Esta nueva actitud hacia la actividad productora se reflejaba en la introducción de una nueva palabra. *Tripaliare* significaba torturar sobre el *trepalium*, mencionado en el siglo VI como un armazón formado con tres troncos, suplicio que reemplazó en el mundo cristiano al de la cruz. En el siglo XII, la palabra *trabajo* significaba una prueba dolorosa. Hubo que esperar al siglo XVI para poder emplear la palabra “trabajo” en lugar de *obra* o de *labor*. A la *obra* (*poiësis*) del hombre artista y libre, a la *labor* (*ponëros*) del hombre apremiado por el otro o por la naturaleza, se agrega entonces el *trabajo*, al ritmo de la máquina. En seguida la palabra “trabajador” desliza su sentido hacia “labrador” y “obrero”: a fines del siglo XIX los tres términos apenas se distinguen.

La ideología de la organización industrial, de la instrumentación y de la organización capitalista de la economía, aparece antes de lo que se ha dado en llamar Revolución Industrial. Desde la época de Bacon, los europeos comenzaron a realizar operaciones indicadoras de un nuevo estado mental: ganar tiempo, reducir el espacio, aumentar la energía, multiplicar los bienes, echar por la borda las normas naturales, prolongar la duración de la vida, sustituir los organismos vivos por mecanismos que los simulan o amplían una función particular. De estos imperativos se desarrollaron en nuestras sociedades los dogmas de la ciencia y de la técnica que tienen

valor de axiomas porque no se les somete a análisis. El mismo cambio de mente se refleja en la transición del ritmo ritual a la regularidad mecánica, se pone acento en la puntualidad, en la medida del espacio y en la contabilización de los votos, de manera que los objetos concretos y los sucesos complejos se transforman en quanta abstracta. Esta pasión capitalista por un orden repetitivo mina el equilibrio cuantitativo entre el obrero y su débil instrumentación.

El surgimiento de nuevas formas de energía y de poder alertó la relación que el hombre mantenía con el tiempo. El préstamo con interés era condenado por la Iglesia como una práctica contra natura; el dinero era, por naturaleza, un medio de cambio para comprar lo necesario, no un capital que pudiera *trabajar* o dar frutos. En el siglo XVII la Iglesia misma abandona esta concepción, aunque a su pesar, para aceptar el hecho de que los cristianos se habían convertido en capitalistas comerciantes. El uso del reloj se generaliza y, con él, la idea de la "falta" de tiempo; "me sobra tiempo, ¿cómo voy a gastarlo?"; "me falta tiempo"; "¡no puedo permitirme el lujo de derrocharlo, ganar una hora, ya es ganancia!"

Pronto se comenzó a considerar abiertamente al hombre como una fuente de energía. Se trató de medir la prestación diaria máxima que se podía obtener de un hombre, luego a comparar el costo de manutención y la potencia del hombre con la del caballo. El hombre fue redefinido como fuente de energía mecánica. Se observó que los galeotes no eran muy eficientes porque permanecían sujetos al movimiento simple del remo. En cambio, los prisioneros condenados al suplicio de la ardilla, utilizado aún en el siglo XIX en las prisiones inglesas, proporcionaban una fuerza rotativa capaz de alimentar cualquier máquina nueva.

La nueva relación del hombre con su instrumentalización echa raíces durante la Revolución Industrial; como, a su vez, el capitalismo, en el siglo XVI, reclamó nuevas fuentes de energía. La máquina de vapor es más un efecto de esta sed de energía que una causa de la Revolución Industrial. Con el ferrocarril, esta preciosa máquina se vuelve móvil y el hombre se hace usuario. En 1782, la diligencia franqueó los 110 kilómetros por día entre París y Marsella; en 1855, Napoleón III se ufanaba de recorrer 100 kilómetros por hora. Poco a poco, la máquina puso al hombre en movimiento; en 1900, un trabajador francés, no empleado en la agricultura, alcanzaba en promedio 30 veces más kilómetros que su homónimo en 1850. Llegó entonces el fin de la Edad de Hierro y a la vez el de la Revolución Industrial. La capacidad de moverse se sustituye por el recurso de los transpor-

tes. El hacer en serie reemplaza al *savoir-faire*,² la industrialización se convierte en norma.

En el siglo xx, el hombre pone en explotación gigantescas reservas naturales de energía. El nivel energético así logrado establece sus propias normas, determina los caracteres técnicos de la herramienta, más aún, el nuevo emplazamiento del hombre. A la obra, a la labor, al trabajo, viene a agregarse el servicio de la máquina: obligado a adaptarse a su ritmo, el trabajador se transforma en operador de motores o en empleado de oficina. Y el ritmo de la producción exige la docilidad del consumidor que acepta un producto estandarizado y condicionado. A partir de entonces, disminuye la necesidad de jornaleros en el campo y el siervo deja de ser rentable. También el trabajador deja de ser rentable, desde que la automatización logra por medio de la industrialización la franca transformación que la producción en masa ha perseguido. El encanto discreto del condicionamiento abstracto de la megamáquina reemplaza el efecto del chasquido del látigo en el oído del labrador esclavo, y el avance implacable de la cadena sin fin desencadena el gesto estereotipado del esclavo.

Así, pues, hemos revisado cuatro niveles energéticos, que pueden marcar la organización de una sociedad, la estructura de sus herramientas y el estilo dominante de sus actividades productoras. Esas cuatro organizaciones circunscriben, respectivamente, el campo de la obra independiente y creadora, de la labor bajo la ley de la necesidad, del trabajo al ritmo de la cadena sin fin y del funcionamiento "condicionado operativamente" dentro de la megamáquina. La manera en que estos diferentes tipos de actividad participan en los cambios de la economía y afrontan las leyes del mercado es reveladora de sus mutuas diferencias. El creador de una obra no puede ofrecerse él mismo en el mercado, solamente puede ofrecer el fruto de su actividad. El labrador y el trabajador pueden ofrecer a otro su fuerza y su competencia. En fin, el puesto del funcionario y del operador se ha convertido también en una mercancía. El derecho a manejar una máquina y a beneficiarse con los privilegios correspondientes se obtiene como resultado del consumo de una serie de tratamientos previos: currículum escolar, condicionamiento profesional, educación permanente.

Todos somos hijos de nuestro tiempo y, como tales, nos resulta bien difícil imaginar un tipo de producción posindustrial, y por lo mismo, humana. Para nosotros, limitar la instrumentación industrial significa el retorno

² En francés, en el original. [E.]

al infierno de la mina y al cronómetro de la fábrica o al trabajo del granjero que compite con la agricultura mecanizada. El obrero que sumerge un neumático en una solución hirviente de ácido sulfúrico debe repetir ese gesto absurdo y agotador a cada gemido de la máquina, y está así realmente atado a la máquina. Por otra parte, el trabajo del campo ya no es lo que fue para el siervo o para el campesino tradicional. Para éstos era laborar un campo en función del crecimiento de las plantas, del apetito de los animales y del tiempo que haría al día siguiente. El obrero agrícola moderno, que no dispone de herramientas manipulables, se encuentra en cambio en una situación absurda. Cogido entre dos fuegos, o debe agotarse para rivalizar con los rendimientos de los que poseen tractores y máquinas de usos múltiples, o bien debe hacer funcionar esta maquinaria moderna, consciente de estar fastidiado, explotado y burlado, con la sensación de ser una simple pieza de recambio para la megamáquina. Es incapaz de imaginar la posibilidad de usar herramientas manejables que son, a la vez, menos fatigantes que el antiguo arado, menos alienantes que la trilladora y más productivas que uno y otra.

Ninguno de los tipos de instrumentos fabricados en el pasado posibilitaba un tipo de sociedad y un modo de actividad marcados a la vez con el sello de la eficiencia y de la convivencialidad. Pero hoy en día podemos concebir herramientas que permitan eliminar la esclavitud del hombre frente al hombre, sin someterlo a la máquina. La condición para esta posibilidad es la reversión del cuadro de las instituciones que rigen la aplicación de los resultados de las ciencias y de las técnicas. En nuestros días, el avance científico se identifica con la sustitución de la iniciativa humana por la instrumentación programada, pero lo que, de esa manera, se toma por efecto de la lógica del saber, no es en realidad más que la consecuencia de un prejuicio ideológico.

La convicción común es que la ciencia y la técnica apoyan el modo industrial de producción, y que, por este hecho, imponen el reemplazo de todos los instrumentos específicamente relacionados con un trabajo autónomo y creador. Pero semejante proceso no está implícito en los descubrimientos científicos y no es una consecuencia ineluctable de su aplicación. Lejos de ello, es el resultado de la decisión absoluta en favor del desarrollo del modo industrial de producción: la investigación se esfuerza por reducir en todas partes los obstáculos secundarios que entraban en el crecimiento de un determinado proceso; bajo una programación a largo plazo, se adorna como si se tratara de un logro costoso, realizado con gran esfuerzo en

interés del público. En realidad, la investigación está casi totalmente al servicio del desarrollo industrial. Pero una técnica avanzada podría reducir el peso de la labor y, de mil maneras, servir también a la expansión de la obra de producción personal. Las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre podrían aplicarse a crear herramientas, a trazar su marco de utilización y forjar sus reglas de empleo para alcanzar una incesante recreación de la persona, del grupo y del ambiente —un despliegue total de la iniciativa y de la imaginación de cada uno—.

Hoy podemos comprender la naturaleza de una manera nueva. Todo consiste en saber para qué fines. Ha llegado la hora de elegir entre la constitución de una sociedad hiperindustrial, electrónica y cibernética, y el despliegue en un amplio abanico de las herramientas modernas y convivenciales. La misma cantidad de acero puede servir para producir tanto una sierra y una máquina de coser como un elemento industrial: en el primer caso se multiplicará por tres o por 10 la eficacia de 1 000 personas; en el segundo, gran parte del *savoir-faire*³ perderá su razón de ser. Se debe elegir entre distribuir a millones de personas, al mismo tiempo, la imagen a colores de un tipo agitándose sobre la pantalla, a conceder a cada grupo la posibilidad de producir y distribuir sus propios programas en centros de video. En el primer caso, la técnica está puesta al servicio de la promoción del especialista, regida por burócratas. Cada vez, más planificadores harán estudios de mercado, elaborarán equilibrios planificados y moldearán la demanda de más y más gente en un número mayor de sectores. Habrá siempre más cosas útiles entregadas a los inútiles. Pero se vislumbra una posibilidad. La ciencia se puede emplear también para simplificar la instrumentación, para que cada uno sea capaz de moldear su medio ambiente inmediato, es decir, sea capaz de cargarse de sentido, cargando el mundo de signos.

LA DESPROFESIONALIZACIÓN

La medicina

A semejanza de lo que hizo la Reforma al arrancar el monopolio de la escritura a los clérigos, podemos nosotros arrancar el enfermo a los médicos. No es necesario ser muy sabio para aplicar los descubrimientos fundamen-

³ En francés, en el original. [E.]

tales de la medicina moderna, reconocer y atender la mayoría de los males curables para aliviar el sufrimiento del otro y acompañarlo cuando se aproxima la muerte. Nos es difícil creerlo, porque, complicado a sabiendas, el ritual médico nos encubre la simplicidad de los actos. Conozco una niña norteamericana de 17 años que fue procesada por haber atendido la sífilis primaria de 130 camaradas de escuela. Un detalle de orden técnico, señalado por un experto, le valió el indulto: los resultados obtenidos fueron, estadísticamente, mejores que los del Servicio de Salud. Seis semanas después del tratamiento ella logró exámenes de control satisfactorios de todos sus pacientes, sin excepción. Se trata de saber si el progreso debe significar independencia progresiva o progresiva dependencia.

La posibilidad de confiar la atención médica a no especializados va en contra de nuestra concepción del mayor bienestar, debido a la organización establecida por la medicina. Concebida como una *empresa industrial*, está en manos de *productores* (médicos, hospitales, laboratorios, farmacéuticos) que estimulan la difusión de procedimientos avanzados, costosos y complicados, reduciendo así al enfermo y a sus cercanos al estatus de *clientes* dóciles. Organizada como sistema de distribución social de beneficencia, la medicina incita a la población a luchar por unos siempre crecientes cuidados dispensados por profesionales en materia de higiene, de anestesia o de asistencia a los moribundos. Antaño el deseo de justicia distributiva se basaba en la confianza en la autonomía. Actualmente, congelada en *monopolio de una jerarquía monolítica*, la medicina protege sus fronteras impulsando la formación de una valla de paraprofesionales a cuyos subtratamientos se somete al enfermo, que antes los recibía de sus allegados. Con esto la organización médica protege su monopolio ortodoxo contra la competencia desleal de cualquier curación obtenida por medios heterodoxos. En realidad, cualquiera puede cuidar a su prójimo y en este campo no todo es necesariamente materia de enseñanza. En una sociedad en que cualquiera podría y debería cuidar de su prójimo, simplemente unos serían más expertos que otros. En una sociedad en que se naciera y se muriera en casa, o que el lisiado y el idiota no fueran desterrados de la plaza pública, en que se supiera distinguir la vocación médica de la profesión de plomero, se encontrarían personas para ayudar a los demás a vivir, a sufrir y a morir.

La complicidad evidente entre el profesional y su cliente no basta para explicar la resistencia del público a la idea de desprofesionalizar la atención. En la raíz de la importancia del hombre industrializado se encuentra la otra función de la medicina actual, que sirve de ritual para conjurar la

muerte. El paciente se confía al médico, no sólo a causa de su padecimiento, sino por miedo a la muerte, para protegerse de ella. La identificación de cualquier enfermedad con una amenaza de muerte es de origen bastante reciente. Al perder la diferenciación entre el alivio de una enfermedad curable y la preparación para aceptar un mal incurable, el médico moderno ha perdido el derecho de sus predecesores a distinguirse claramente del brujo y del charlatán; y su cliente ha perdido la capacidad de distinguir entre el alivio del sufrimiento y el recurso al conjuro. Con la celebración del ritual médico, el médico encubre la divergencia entre el hecho que profesa y la realidad que crea, entre la lucha contra el sufrimiento y la muerte por una parte, y el retardo de la muerte a costa de sufrimientos prolongados, por otra. La entereza de asistirse a sí mismo la tiene únicamente el hombre que tiene la entereza de enfrentarse a la muerte.

El sistema de transportes

A comienzos de la década de los treinta, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, a México se le dotó de un sistema moderno de transportes. En pocos años, las cuatro quintas partes de la población percibieron las ventajas del transporte motorizado. A las poblaciones principales las unieron caminos o trochas. Camiones sólidos, sencillos y duraderos hacían el trayecto a una velocidad inferior a 30 kilómetros por hora. Los pasajeros se apretaban en los bancos clavados al piso, mientras los equipajes y las mercancías iban atrás o sobre el techo. En distancias cortas, el camión no aventajaba a la gente habituada a caminar llevando pesadas cargas, pero daba a todos la posibilidad de recorrer distancias largas. El hombre ya no arrastraba su cerdo al mercado, lo llevaba consigo en el camión. Cualquiera, en México, podía ir a cualquier punto del país en unos cuantos días.

A partir de 1945, cada año es mayor el gasto para el sistema vial. Se construyeron autopistas entre algunos centros importantes. Frágiles automóviles ruedan sobre carreteras bien asfaltadas. Los vehículos pesados van de una fábrica a la obra. A los viejos camiones para todo terreno y para todo se les ha desplazado a las montañas. En la mayoría de los estados, el campesino debe tomar un autobús para ir al mercado a comprar productos industrializados, pero le es imposible cargar en el vehículo a su cerdo, y se ve obligado a venderlo al comprador ambulante. Sin embargo, contribuye a financiar la construcción de carreteras que aprovechan los detenta-

dores de diversos monopolios especializados. Está obligado a hacerlo, bajo el supuesto de que, en última instancia, también él será beneficiario del progreso.

A cambio de un trayecto ocasional sobre el asiento tapizado de un autobús con aire acondicionado, el hombre medio ha perdido mucho de la movilidad que le garantizaba el sistema antiguo, sin que por ello haya ganado en libertad. Un estudio hecho en dos de los grandes estados típicos de México —uno desértico, el otro montañoso y tropical— confirma lo que decimos. Menos de 1% de la población de esos dos estados ha recorrido en 1970 más de 20 kilómetros en menos de una hora. Un sistema de bicicletas o de carretas, motorizadas quizás, hubiera representado para 99% de la población una solución técnicamente mucho más eficaz que la tan cacareada red de carreteras. Esta clase de vehículos puede construirse y mantenerse a costos relativamente bajos, y podrían moverse por redes viales análogas a las del Imperio Inca. El argumento en favor de la producción masiva de automóviles y de carreteras es que ellas son condición del desarrollo, que sin ellas una región queda desconectada del mercado mundial. Queda por ver si la integración al mercado monetario, que en nuestros días es un símbolo luminoso, es realmente la meta del desarrollo.

Desde hace algunos años se empieza a admitir que los automóviles, en la forma en que se utilizan, no son eficaces. Se atribuye esta falta de eficiencia al hecho de que los vehículos se han concebido para la propiedad privada y no para el bien público. En realidad, el sistema moderno de transportes no es eficiente porque todo incremento en velocidad se asimila a un progreso en la circulación. Al igual que el imperativo de mayor bienestar a toda costa, la carretera por la velocidad es una forma de desorden mental. En el país capitalista el viaje largo es cuestión de dinero. En el país socialista, es cuestión de poder. La velocidad es un nuevo factor de estratificación social en las sociedades supereficientes.

La intoxicación por la velocidad es un buen campo para el control social de las condiciones del desarrollo. En Estados Unidos, la industria de los transportes, en todas sus formas, devora 23% del presupuesto total de la nación, consume 35% de la energía y, al mismo tiempo, es la fuente principal de contaminación y la razón más poderosa del endeudamiento de las familias. Esta misma industria con frecuencia consume una fracción aun mayor de presupuesto anual de las municipalidades latinoamericanas. Y lo que en las estadísticas aparece bajo la rúbrica de “desarrollo”, es en realidad el vehículo motorizado del médico o del político. Cuesta más caro

al conjunto de la población que a los egipcios la construcción de la pirámide de Keops.

Tailandia, por ejemplo, es célebre en la historia por su sistema de canales, los *klongs*. Estos canales cubrían con su red todo el país. Garantizaban la circulación de los hombres, del arroz y de los impuestos. Ciertos poblados quedaban aislados durante la temporada seca, pero el ritmo estacional de la vida hacía de este aislamiento periódico ocasión para la meditación y las celebraciones. Un pueblo que se concede largas vacaciones y las llena de actividades, ciertamente no es un pueblo pobre. Durante los últimos cinco años, a los canales más importantes se les ha rellenado y transformado en carreteras. A los conductores de autobús se les paga por kilómetro, y los vehículos aún son poco numerosos. Asimismo, en un corto plazo, los tailandeses probablemente batirán los récord mundiales de velocidad en autobús. Pero habrán de pagar cara la destrucción de las milenarias vías acuáticas. Los economistas dicen que el autobús y los automóviles inyectan dinero a la economía. Esto es cierto, ¡pero a qué precio! ¿Cuántas familias van a perder su ancestral embarcación y, con ella, la libertad? Jamás los automovilistas hubieran podido competir con ellas si el Banco Mundial no les hubiera pagado las carreteras y si el gobierno tailandés no hubiera promulgado nuevas leyes que autorizaran la profanación de los canales.

La industria de la construcción

El derecho y las finanzas están detrás de la industria de la construcción, dándole poder para sustraer al hombre la facultad de construir su propia casa. Últimamente, en más de un país de América Latina se han lanzado programas destinados a dar a cada trabajador “un alojamiento decente”. Al principio se establecieron nuevas normas para la construcción de unidades habitacionales. Éstas estaban destinadas a proteger a quienes las adquirían de los abusos de la industria de la construcción. Pero, paradójicamente, estas mismas normas han privado a un número mayor de gente de la posibilidad tradicional de construirse su casa. Este nuevo código habitacional dicta condiciones mínimas que un trabajador, al construirse su casa en el tiempo libre, no puede satisfacer. Aún más, el solo alquiler de una vivienda cualquiera construida industrialmente sobrepasa el ingreso de 80% de la población. Este “alojamiento decente”, como se dice, no puede ser ocupado más que por gente acomodada o por aquellos a quienes la ley concede una subvención para vivienda.

Los alojamientos que no satisfacen las normas industriales se declaran peligrosos e insalubres. Se rehúsa ayuda pública a la aplastante mayoría de la población que no tiene medios para comprar una casa, pero que bien podría construirla. Los fondos públicos destinados al mejoramiento de las condiciones habitacionales en las barriadas pobres se destinan a la construcción de poblaciones nuevas cercanas a las capitales provinciales y regionales, en donde podrán vivir los funcionarios, los obreros sindicalizados y los que tienen conexiones. Toda esa gente es empleada del sector moderno de la economía, *tiene trabajo*. Se les puede clasificar entre los que hablan de su trabajo en sustantivo. Los que no trabajan o que trabajan de cuando en cuando, y los que apenas alcanzan el nivel de subsistencia, utilizan la forma verbal cuando, por casualidad, les es posible *trabajar*.

Sólo las personas que tienen trabajo reciben subvenciones para construir su casa; además, todos los servicios públicos están organizados para hacerles la vida grata. En las grandes ciudades de América Latina, 10% de la población consume alrededor de 50% del agua potable. La mayoría de esas ciudades están en los altiplanos, donde el agua es muy escasa. El código de urbanismo impone normas mucho más bajas que las de los países ricos, pero, al prescribir cómo se deben construir las casas, crea un ambiente de escasez de alojamientos. La pretensión de una sociedad de ofrecer cada vez mejores viviendas sufre la misma aberración que la de los médicos al pretender cada vez mayor bienestar, o la de los ingenieros al producir cada vez más velocidad. En lo abstracto se fijan fines imposibles de alcanzar, y en seguida se sustituyen los medios para los fines.

Lo que ha sucedido en toda América Latina en los años sesenta, incluyendo a Cuba, también ha sucedido en Massachusetts. En 1945, la tercera parte de las familias habitaba una casa que era enteramente obra de sus ocupantes, o había sido construida según sus planos y bajo su dirección. En 1970, la proporción de esas casas no representaba más que 11% del total. Entre tanto, el alojamiento se había convertido en el problema número uno. Aunque gracias a las nuevas herramientas y a los materiales disponibles, construir una casa se ha hecho más fácil en la actualidad, son las instituciones sociales —reglamentos, sindicatos, cláusulas hipotecarias— las que se oponen a ello.

La mayoría de la gente no se siente realmente en su casa, sino cuando una parte significativa del valor de ella es fruto de su propia labor. Una política convivencial se ocuparía primero en definir lo que es imposible que alguien obtenga por sí mismo, cuando se construye su casa. En consecuen-

cia, aseguraría a cada uno el acceso a un mínimo de espacio, de agua, de elementos prefabricados, de herramientas convivenciales, desde el barreno hasta el montacargas y, probablemente, también el acceso a un mínimo crédito.

Semejante inversión de la política actual daría a una nueva sociedad posindustrial moradas modernas tan atractivas para sus miembros como lo fueron, para los antiguos mayas, las casas que aún son la regla en Yucatán.

Hoy día, la asistencia, los transportes, la vivienda, se conciben como el resultado necesario de una acción que exige la intervención profesional. Esta intervención se concreta por la suma de quanta sucesivas, siendo el quantum la unidad mínima de medida. Tres años de escuela tienen peores efectos que la falta de escolarización: hacen del niño que la abandona un fracasado. Lo que es válido para la escuela lo es también para la medicina, los transportes, la vivienda, la agricultura o la justicia. Los transportes motorizados no son rentables sino a partir de cierta velocidad. La acción de la justicia no es rentable más que cuando la importancia del daño sufrido justifica el costo de la acción judicial. Sembrar nuevas especies no es rentable más que cuando el granjero dispone de suficiente tierra y capital. Es fatal que los instrumentos asombrosos, concebidos para obtener fines sociales definidos en abstracto, provean productos inaccesibles, por quanta, a la mayoría de la gente. Por lo demás, esos instrumentos están *integrados*. Es la misma minoría la que utiliza la escuela, el avión, el teletipo y el aire acondicionado. La productividad exige recurrir a quanta ya diseñados de valores definidos por las instituciones, y una gestión productiva exige que un mismo individuo tenga a la vez acceso a todos esos lotes bien condicionados. La demanda de cada producto específico es regulada por la ley de un medio instrumentado, que concurre a mantener las circunstancias producidas por las otras profesiones. La gente que vive entre su automóvil y su apartamento en un rascacielos, debe poder terminar su existencia en el hospital. Por definición, todos esos bienes son escasos y cada vez se vuelven más escasos, a medida que las profesiones se especializan y elevan el nivel de normas que las rigen. De allí que todo nuevo quantum lanzado al mercado frustra a más gente de la que satisface.

Las estadísticas que demuestran el crecimiento del producto y el elevado consumo per cápita de quanta especializados encubren la amplitud de los costos invisibles. La gente se educa mejor, se atiende mejor, se transporta mejor, se divierte mejor y con frecuencia se alimenta mejor, bajo la sola condición de que, por unidad de medida de eso *mejor*, acepte dócilmente

los objetivos que fijan los expertos. La posibilidad de establecer una sociedad convivencial depende de que se reconozca el carácter destructor del imperialismo político, económico y técnico. Es más importante para una sociedad posindustrial fijar criterios para la concepción de la instrumentación —y límites a su desarrollo— que establecer objetivos de producción, como es actualmente el caso. Instituyendo el desarrollo obligatorio y sistemático de la producción, nuestra generación amenaza la supervivencia de la humanidad. Para traducir en la práctica la posibilidad teórica de un modo de vida posindustrial y convivencial necesitamos señalar los umbrales a partir de los cuales la institución produce frustración, y los límites a partir de los cuales las herramientas ejercen un efecto destructor sobre la sociedad en su totalidad.

EL EQUILIBRIO MÚLTIPLE

ABIERTO, el equilibrio humano es susceptible de modificarse en función de parámetros flexibles pero finitos: si los hombres pueden cambiar, lo hacen en el interior de ciertos límites. A la inversa, la dinámica del sistema industrial produce su propia inestabilidad: está organizada con miras a un crecimiento indefinido y para la creación ilimitada de necesidades nuevas que pronto se hacen coercitivas dentro del cuadro industrial. El modo industrial de producción, una vez establecido como dominante, aportará este o aquel bien de consumo, pero no pondrá límite a la industrialización de los valores. Semejante proceso de crecimiento pone al hombre una exigencia fuera de lugar: encontrar satisfacción en la sumisión a la lógica de la herramienta. Ahora bien, la estructura de la fuerza productiva moldea las relaciones sociales.

La exigencia que la herramienta pone al hombre es cada vez más costosa —es el costo del ajuste del hombre al servicio de su herramienta, reflejado por el crecimiento del sector terciario en el producto global—. Cada vez hay mayor necesidad de manipular al hombre para vencer la resistencia de su equilibrio vital en la dinámica industrial; esto toma la forma de múltiples terapias pedagógicas, médicas y administrativas. La educación produce consumidores competitivos, la medicina los mantiene con vida en el ambiente instrumentado que se les ha hecho indispensable y la burocracia refleja la necesidad de que el cuerpo social ejerza su control sobre los individuos dedicados a un trabajo insensato. Que los seguros, la policía y el ejército hagan subir el costo de la defensa de los nuevos privilegios, refleja la situación inherente a una sociedad de consumo: es inevitable que comporte dos tipos de esclavos, aquellos que están intoxicados y aquellos que ambicionan estarlo, los iniciados y los neófitos.

Es hora de centrar el debate político sobre las formas en que la estructura de la fuerza productiva amenaza al hombre. Semejante debate será soslayado por los que se empeñan en prescribir paliativos, encubriendo así la causa profunda del bloqueo de los sistemas de salud, transportes, educación y vivienda, bloqueo que alcanza a las mismas instancias jurídica y política. La crisis ecológica se trata superficialmente, cuando no se subraya lo siguiente: la instalación de dispositivos anticontaminantes no

tendrá efecto si no va acompañada de la disminución de la producción global. De otra manera, con esas medidas no se hará otra cosa que pasarles los deshechos a nuestros vecinos, reservarlos a nuestros hijos o vaciarlos sobre el Tercer Mundo. Estrangular la contaminación creada localmente por una gran industria exige inversiones en material y en energía que recrean, en otra parte, el mismo daño a escala mayor. Si se imponen dispositivos anticontaminantes no se logra más que aumentar el costo unitario de producción. Ciertamente, se conserva un poco de aire respirable para la colectividad, puesto que menos gente puede darse el lujo de conducir un automóvil, dormir en una casa climatizada o tomar el avión para ir de pesca el fin de semana; en lugar de degradar el medio físico, se acentúan las brechas sociales. La estructura de las fuerzas de producción amenaza a las relaciones sociales más directamente que al funcionamiento biológico. Pasar del carbón al átomo es pasar del *smog* de hoy a altos niveles de radiación mañana. Los norteamericanos, al transportar sus refinerías a ultramar, en donde el control de la contaminación es menos severo, se protegen (aunque no así a los subdesarrollados) contra los olores desagradables y se reservan la fetidez para Venezuela, sin disminuir el envenenamiento del planeta.

El crecimiento desmesurado de la herramienta amenaza a las personas en forma radicalmente nueva y, al mismo tiempo, análoga a las formas clásicas de perjuicio y daño. La amenaza es nueva, en el sentido de que el verdugo y las víctimas se confunden en la dualidad operadores/clientes de instrumentos inexorablemente destructores. En este juego algunos salen ganando, pero todo el mundo finalmente pierde.

Señalaré cinco amenazas que entraña para la población mundial el desarrollo industrial avanzado:

1. El supercrecimiento amenaza el derecho del hombre a arraigarse en *el medio* con el cual ha evolucionado.

2. La industrialización amenaza el derecho del hombre a *la autonomía* en la acción.

3. La sobreprogramación del hombre relacionada con su nuevo medio amenaza su *creatividad*.

4. Por la complejidad que genera, el proceso de producción amenaza el derecho del hombre a la palabra, es decir, a *la política*.

5. El fortalecimiento de los mecanismos de obsolescencia amenaza el derecho del hombre a su tradición, *su recurso al antecedente* por medio del lenguaje, el mito y el ritual.

Voy a describir estas cinco amenazas, a la vez distintas e interrelacionadas, regidas por una mortal inversión de los medios en fines. La frustración profunda engendrada por vía de la satisfacción obligatoria e instrumentada, constituye una *sexta amenaza*, que no es la menos útil, pero que no podría situarse en ninguna violación determinada de un derecho ya definido.

La clasificación que utilizo tiene por objeto hacer reconocible el daño (la *nueva amenaza*) en terminología tradicional. Una herramienta anónima aplicada a salvar la parte dañada; infecta la herida: he aquí un hecho nuevo; por lo mismo, el mal que amenaza a todos no es nuevo. Esta primera clasificación de los perjuicios sufridos puede servir de base para acciones legales cuando las personas lesionadas por el funcionamiento de las herramientas quieran hacer valer su derecho. La explicación de estas teorías de daños puede servir para reconquistar principios de procedimiento político-jurídico con los cuales la gente puede descubrir, acusar y corregir el desequilibrio actual del complejo institucional de la industria.

Yo postulo que los principios subyacentes a todo procedimiento son tres, y se aplican en el orden moral, político y jurídico.

a) Un conflicto planteado por una persona es legítimo.

b) Las decisiones que han sido incorporadas formalmente en la tradición de una sociedad y representan desde entonces una realidad histórica, pasan por delante de los procesos actuales de decisión.

c) El recurso al pueblo, a un consejo de pares, sella las decisiones comunitarias.

Invertir de raíz el funcionamiento de nuestras instituciones más importantes, he ahí una evolución de una profundidad bien distinta que el asalto al haber o al poder, que la entrega al público de títulos de propiedad, como se nos propone. No se puede contemplar ni emprender semejante revolución más que llegando a reconquistar —y a ponerse de acuerdo sobre— una estructura formal de procedimiento.

Antes de entrar a precisar el único procedimiento político capaz de salvaguardar el equilibrio humano, conviene centrar el análisis sobre cada una de las dimensiones en donde se presenta la amenaza.

LA DEGRADACIÓN DEL MEDIO AMBIENTE

La importancia del equilibrio entre el hombre y la biosfera es algo reconocido, y repentinamente ha comenzado a preocupar a mucha gente. La de-

gradación del medio ambiente es dramática y espectacular. Durante años, en México, la circulación de automóviles ha aumentado con regularidad, bajo un cielo azul. Y luego, de golpe, el *smog* se ha extendido, se ha vuelto peor que en Los Ángeles. Venenos de un poder desconocido se inyectan en nuestro biosistema. No hay medio de eliminarlos, ni de saber cuánto necesitarán aumentar para reducir el planeta, repentinamente, a una cosa muerta, como ha sucedido ya con el lago Erie o el lago Baikal. La antropogénesis es evolución dentro de un nicho cósmico. La Tierra es nuestra morada y he aquí que el hombre la amenaza.

Generalmente se considera que el crecimiento demográfico, la sobreabundancia y la perversión de la herramienta, son las tres fuerzas que se conjugan para poner en peligro el equilibrio ecológico. Paul Ehrlich subraya el hecho de que si, honestamente, se quiere controlar la explosión demográfica y estabilizar el consumo, está uno expuesto a que se le trate de "antipoblación y antipobre". Insiste: "medidas impopulares, que limiten a la vez los nacimientos y el consumo, son la única esperanza que tiene la humanidad de evitar una miseria sin precedente". Ehrlich, seguido por otros defensores del crecimiento cero de la población, quiere conjugar el control de los nacimientos y la eficiencia industrial. Por su parte, Barry Commoner pone el acento sobre el hecho de que la perversión de la herramienta, tercera incógnita de la ecuación, es la principal responsable de la reciente degradación del medio ambiente. Él se expone a la crítica de ser un demagogo rompemáquinas. Commoner, al igual que muchos ecólogos, quiere reinstrumentar la industria, más bien que invertir, de raíz, la estructura de base de la herramienta.

La fascinación provocada por la crisis ecológica ha limitado la discusión sobre la supervivencia a la consideración de un solo equilibrio, el amenazado por el instrumento contaminante. Pero este debate sigue siendo unidimensional y, por lo tanto, sin objeto, aun si se hace intervenir en él tres variables, cada una de ellas tendiente a alterar el equilibrio entre el hombre y su medio ambiente. El crecimiento demográfico hace depender a mayor número de gente de recursos limitados, la sobreabundancia obliga a cada uno a depender más de la energía, y la herramienta destructora degrada esta energía sin beneficio.

Si se considera estas tres fuerzas como únicas amenazas y la biosfera como el objeto amenazado, dos cuestiones merecen solamente discutirse:

a) ¿Qué factor (o qué fuerza) ha degradado más los recursos genéticos, y cuál representa la amenaza mayor para el futuro próximo?

b) ¿Qué factor, en la medida en que pueda reducirse o invertirse, requiere mayor atención de parte nuestra?

Unos dicen que es más fácil ocuparse de la población, otros que es más cómodo reducir la producción que genera la entropía.

La honestidad nos obliga a todos a reconocer la necesidad de una limitación de la procreación, del consumo y del despilfarro, pero importa más abandonar la ilusión de que las máquinas pueden trabajar por nosotros o de que los terapeutas pueden capacitarnos para servirnos de ellas. La única solución a la crisis ecológica consiste en que la gente comprenda que sería más feliz si pudiera *trabajar* junta y *prestarle asistencia* mutuamente. Una inversión tal de la manera de ver las cosas reclama osadía intelectual. En efecto, se expone a una crítica que, por poco ilustrada, no por eso es menos dolorosa: no sólo será tratado de “antipueblo” y “antipobres”, sino también de oscurantista opuesto a la escuela, al saber y al progreso. El desequilibrio ecológico es una sobrecarga que se conjuga con otras para operar, cada uno dentro de una dimensión particular, la distorsión del equilibrio vital. Más adelante indicaré cómo, dentro de esta perspectiva, la superpoblación es el resultado de un desequilibrio de la educación, que la sobreabundancia proviene de la monopolización industrial de los valores personales, que la pervisión de la herramienta es efecto ineluctable de la inversión de los medios en fines.

El debate unidimensional que sostienen los poseedores de diversos remedios milagrosos, que conjugan el desarrollo industrial con la supervivencia en equidad, no puede más que alimentar la ilusoria esperanza de que, en alguna forma, la acción humana, convenientemente instrumentada, responderá a las exigencias del mundo concebido como Totalidad-Herramienta. Una supervivencia garantizada burocráticamente en estas condiciones significaría la expansión de la industrialización del sector terciario hasta el punto de que la orientación de la evolución mundial sería identificada con un sistema de producción y de reproducción centralmente planificado.

Según los partidarios de esta solución —espíritus apegados a la instrumentación—, la conservación del medio físico podrá convertirse en la preocupación primordial del leviatán burocrático puesto al mando regulador de los niveles de reproducción, de demanda, de producción y de consumo. Semejante respuesta tecnocrática al crecimiento demográfico, a la contaminación y a la sobreabundancia, no puede basarse más que en un desarrollo creciente de la industrialización de los valores. La creencia en la posibilidad de semejante desarrollo se basa ella misma en un postulado erróneo, a

saber: "Los logros históricos de la ciencia y la tecnología han hecho posible el desplazamiento de los valores, su materialización en tareas técnicas. A partir de entonces, el problema candente es el de la redefinición de los valores en términos técnicos, como elementos de un proceso tecnológico. Técnicos, los nuevos fines serían operantes no solamente en el uso, sino fuera del proyecto y de la construcción de la instrumentación.¹

El restablecimiento de un equilibrio ecológico depende de la capacidad del cuerpo social para reaccionar contra la progresiva materialización de los valores, en su transformación en áreas técnicas. Al desatender esto, el hombre se encontrará cercado por los productos de su instrumentación, encerrado bajo siete llaves. Rodeado por un medio físico, social y psíquico que él se habrá forjado, se encontrará prisionero de su cápsula-instrumento, incapaz de volver a encontrar el antiguo medio ambiente con el cual se había formado. El equilibrio ecológico no se restablecerá si no reconocemos que únicamente la persona tiene fines, y que sólo puede trabajar para realizarlos.

EL MONOPOLIO RADICAL

Las herramientas supereficientes pueden destruir el equilibrio entre el hombre y la naturaleza y destruir el medio ambiente. Pero las herramientas pueden ser supereficientes de una manera totalmente distinta: pueden alterar la relación entre lo que la gente necesita hacer por sí misma y lo que obtiene de la industria. Dentro de esta segunda dimensión, una producción supereficiente produce un monopolio radical.

Por monopolio radical entiendo yo un tipo de dominación por un producto, más allá de lo que así se denomina habitualmente. En general, por un monopolio se entiende el control exclusivo, por una firma, de los medios de producción o de venta de un bien o de un servicio. Se dirá que Coca-Cola tiene el monopolio de bebidas suaves en Nicaragua, por ser el único fabricante de este tipo de bebidas que dispone de los medios modernos de publicidad. Nestlé impone su marca de chocolate al controlar el mercado de materia prima; un fabricante de automóviles, al controlar las importaciones extranjeras; una cadena de televisión, obteniendo una licencia de exclusividad. Hace un siglo que a los monopolios de este estilo se les reconoce como subproductos peligrosos del crecimiento industrial, sobre los que se

¹ H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, Joaquín Mortiz, México, 1968.

han establecido dispositivos legales de control con muy poco resultado. Normalmente la legislación opuesta al establecimiento de monopolios ha intentado evitar que con ellos se imponga un límite al desarrollo; en ello nada tenía que ver la preocupación por proteger al individuo.

Este primer tipo de monopolio reduce la elección que se le ofrece al consumidor, incluso lo obliga a comprar un producto en el mercado, pero raras veces limita su libertad. Un hombre sediento puede desear una bebida no alcohólica, fresca y gaseosa, y verse limitado en la elección por haber una sola marca, pero queda libre de apagar su sed bebiendo cerveza o agua. Sólo cuando su sed se traduce, sin otra posibilidad, en la necesidad apremiante de comprar obligadamente una botella de determinada bebida, se establece el monopolio radical. Yo entiendo por este término, más que la dominación de una marca, la de un tipo de producto. En ese caso un proceso de producción industrial ejerce un control exclusivo sobre la satisfacción de una necesidad apremiante excluyendo en ese sentido todo recurso a las actividades no industriales.

Es así como los transportes pueden ejercer el monopolio de la circulación. Los automóviles pueden moldear una ciudad a su imagen, eliminando prácticamente el desplazamiento a pie o en bicicleta, como sucede en Los Ángeles. La construcción de carreteras para autobuses puede liquidar la circulación fluvial, como en Tailandia. Cuando el automóvil hace puramente nominal el derecho a caminar —no se trata ya de que haya en circulación más Chevrolets que Peugeots—, se da el monopolio radical. Que la gente se vea obligada a hacerse transportar y se vuelva impotente para circular sin motor, eso es monopolio radical. Lo que los transportes motorizados producen en la gente en virtud de ese monopolio radical es totalmente distinto e independiente de lo que hacen al quemar gasolina que podría transformarse en alimentos para un mundo superpoblado. También es distinto del homicidio automovilístico. Ciertamente, los automóviles queman gasolina en holocausto. Ciertamente son costosos. Ciertamente, los norteamericanos celebraron la cienmilésima víctima del automóvil desde 1908. Pero el monopolio radical establecido por el vehículo de motor tiene su propia forma de destruir. Los autos crean las distancias, y la velocidad, bajo todas sus formas, estrangula el espacio. Se abren autopistas a través de regiones superpobladas, luego se extorsiona a la gente un peaje para “autorizarle” a franquear las distancias que el sistema de transporte exige. Este monopolio de los transportes, como una bestia monstruosa, devora el espacio. Aunque los aviones y los autobuses funcionaran como servicio público, sin contaminar

el aire y el silencio, y sin agotar los recursos de energía, su velocidad inhumana no degradaría menos la movilidad natural del hombre, obligándole siempre a dedicar más tiempo a la circulación mecánica.

La escuela también puede ejercer un monopolio radical sobre el saber al redefinirlo como educación. Mientras que la gente acepte la definición de la realidad que le da el maestro, los autodidactos llevarán la etiqueta oficial de "no educados". La medicina moderna, por su parte, priva a los que sufren de los cuidados que no están bajo prescripción médica. Hay monopolio radical cuando la herramienta programada despoja al individuo de su posibilidad de hacer. Esta dominación de la herramienta instauro el consumo obligatorio y con ello limita la autonomía de la persona. Es un tipo particular de control social, reforzado por el consumo obligatorio de una producción en masa que sólo las grandes industrias pueden garantizar.

El hecho de que las empresas organizadas de pompas fúnebres lleguen a controlar los entierros demuestra cómo funciona un monopolio radical y en qué difiere de otras formas de comportamiento cultural. En México, apenas hace una generación, cavar la fosa y bendecir el cadáver eran las dos únicas funciones practicadas por especialistas: el sepulturero y el sacerdote. Una muerte en familia creaba obligaciones sociales, de las que se hacían cargo los parientes cercanos. El velorio, las exequias y la comida tenían por función armonizar disputas, dar rienda suelta al dolor, celebrar la vida y la fatalidad de la muerte. La mayoría de los usos, en esa oportunidad, eran de naturaleza ritual, objeto de reglas precisas que diferían de una región a otra. Luego se instalaron las empresas de pompas fúnebres en todas las grandes ciudades. Al principio les fue difícil encontrar clientes, porque la gente aún sabía enterrar a sus muertos. En los años sesenta, estas empresas adquirieron el control de nuevos cementerios y comenzaron a ofrecer servicio completo, incluyendo el ataúd, la ceremonia y el embalsamamiento del difunto. Ahora se ha promulgado una ley que establece, como obligatorio, recurrir a los buenos oficios de los sepultureros. Mientras tenga el control del cadáver, el dueño de las pompas fúnebres tendrá el monopolio radical del entierro, así como la medicina está a punto de tomar el de la muerte.

La reciente controversia sobre los servicios médicos en Estados Unidos echa una luz brutal sobre la fortaleza que representa un monopolio radical. En la discusión, cada partido político hace del servicio a la enfermedad un problema candente y, por ese hecho, relega el servicio de la salud a un campo donde la política tiene poco que decir. Cada partido promete más

dinero a los médicos, a los hospitales y a los farmacéuticos. Con estas promesas no se beneficia la gran masa, pero contribuyen a acrecentar el poder, detentado por una minoría de especialistas, de determinar las herramientas de que ha de servirse el hombre para conservar la salud, cuidar la enfermedad y combatir la muerte. Más dinero revalidará el embargo que ejerce la industria de la salud sobre los fondos públicos, aumentando su prestigio y su poder arbitrario. Puesto en manos de una minoría, semejante poder aumentará el sufrimiento humano y disminuirá la iniciativa de la persona. Se destinará más dinero a las herramientas que no hacen más que retardar una muerte segura, y a servicios que mutilan aún más los derechos elementales de aquellos que quieren cuidarse unos a otros. Más dinero gastado bajo el control de especialistas de la salud significa más gente condicionada en forma operativa para jugar el papel del enfermo, papel que ni siquiera tienen el derecho a jugar cuando le da la gana. Una vez que se acepta este papel, sus necesidades más simples no pueden satisfacerse sin pasar por los servicios que, por definición, son profesionales, y, por tanto, sometidos a la escasez.

Los hombres disponen de la capacidad innata de cuidarse, reconfortarse, desplazarse, adquirir conocimientos, construir sus moradas y enterrar a sus muertos. Cada uno de estos poderes responde a una necesidad. Los medios para satisfacer estas necesidades no faltan: mientras los hombres sigan dependiendo de lo que pueden hacer por y para sí mismos, el recurso a los profesionales será marginal. Estas actividades tienen un valor de uso que el valor de cambio no afecta. Su *ejercicio* no se considera un *trabajo*.

Estas satisfacciones elementales se ratifican cuando el medio ambiente social se transforma de tal suerte que las necesidades primordiales ya no pueden satisfacerse fuera del comercio. Un monopolio radical se establece cuando la gente abandona su capacidad innata de hacer lo que puede por sí misma y por los demás, a cambio de algo "mejor" que sólo puede producir para ellos una herramienta dominante. El monopolio radical refleja la industrialización de los valores. La respuesta personal la sustituye el objeto estandarizado; crea nuevas formas de escasez y un nuevo instrumento de medida y, por lo tanto, de clasificación del nivel de consumo. Esta reclasificación provoca el alza en el costo unitario de la prestación del servicio, modula la distribución de privilegios, limita el acceso a los recursos e instala a la gente dentro de la dependencia. Es necesario establecer una defensa contra el monopolio radical. Es necesario defender a la gente contra la muerte y la sepultura estandarizadas, contra el consumo que les impone el interés

de la libre empresa de los médicos y los sepultureros o el gobierno en nombre de la higiene. Esta defensa la necesitan, aun cuando la mayoría de ellos son ya tributarios de los servicios especializados. Si no se reconoce la necesidad de una defensa contra el monopolio radical, éste reforzará y afinará su instrumentación, hasta hacer que el umbral humano de resistencia a la inacción y la pasividad se trasponga.

No siempre es fácil determinar lo que constituye el consumo obligatorio. El monopolio escolar no se basa primordialmente en una ley que sancione a los padres o a sus hijos por la deserción escolar. No es que no existan leyes semejantes, pero la escuela se apoya en otra táctica: la segregación de los no escolarizados, la centralización de la instrumentación del saber bajo el control de los maestros, el tratamiento social privilegiado de los estudiantes. Si bien es importante defenderse contra las leyes que hacen obligatorias la educación o la vacunación o la prolongación de la vida humana, esto no basta. Los procedimientos que actualmente permiten protegerse contra la privación de un bien o de un derecho deben extenderse al caso de que las partes amenazadas quieran defenderse de la obligación de consumir, y esto independientemente del tipo de consumo de que se trate. No se puede fijar por adelantado el umbral de intolerabilidad de un monopolio radical, pero se puede anticipar su amenaza. La legislación que define la naturaleza precisa del monopolio considerada como intolerable debe ser fruto de un proceso político.

Es tan difícil defenderse contra la generalización del monopolio, como contra la extensión de la contaminación. La gente se enfrenta con mayor facilidad a un peligro que amenaza sus intereses privados que a uno que amenaza al cuerpo social en general. Tiene muchos más enemigos confesos el automóvil que el manejarlo. Los mismos que se oponen a los automóviles, porque contaminan el aire, el silencio y monopolizan la circulación, conducen el suyo y juzgan que su capacidad de contaminación es desestimable, y de ninguna manera tienen la sensación de alinear su libertad cuando van al volante. La defensa contra el monopolio es aún más difícil si se toman en cuenta los siguientes factores: por una parte, la sociedad está ya plagada de autopistas, escuelas y hospitales; por otra, la capacidad innata de que dispone el hombre para ejercer actos independientes está paralizada desde hace tiempo hasta parecer atrofiada; finalmente, las soluciones que ofrecen otra posibilidad, por ser simples, en apariencia quedan fuera del alcance de la imaginación. Es difícil desembarazarse del monopolio cuando éste ha congelado la forma del mundo físico, anquilosado el comportamiento y mu-

tilado la imaginación. Cuando se descubre el monopolio radical, casi siempre ya es demasiado tarde.

Un monopolio comercial se rompe a costa de la minoría que de él se beneficia, es decir, a costa de aquellos que habitualmente se las arreglan para escapar a los controles. Puesto que la colectividad soporta el costo del monopolio radical, éste no podrá romperse si esta misma colectividad no toma conciencia de que le iría mejor financiando la destrucción del monopolio, en vez de su perpetuación. Y no aceptará el pago de este precio si no pone en la balanza, de un lado, las promesas de una sociedad convivencial y, del otro, los espejismos de una sociedad de progresos. La gente elegirá la bicicleta cuando haya calculado bien el precio que paga por vehículos rápidos. Nadie aceptará pagar si se confunde la convivencialidad con la indigencia.

Ciertos síntomas del monopolio radical comienzan a apuntar en la conciencia social, y sobre todo éste: aun en los países superdesarrollados, cualquiera que sea su régimen político, la tasa de crecimiento de la frustración excede grandemente a la de la producción. Ciertamente, las políticas de acomodo de la frustración distraen con facilidad la atención de la índole profunda del monopolio. Pero cada éxito superficial, que corrige distorsiones y diluye la crítica en reformas vagas, arraiga más sólidamente el monopolio a que nos referimos.

El primer paliativo es la defensa del consumidor. El consumidor no puede pasarse sin un automóvil. Compra esta o aquella marca. Descubre que la mayoría de los automóviles son peligrosos, no importa a qué velocidad vayan. Entonces se organiza con otros consumidores para obtener automóviles más seguros, de mejor calidad y más duraderos. La victoria del consumidor es una victoria pírrica: se gana otra vez la confianza en los vehículos superpotentes (públicos o privados), lo que significa más dependencia colectiva hacia ellos y siempre más frustración para los que andan a pie porque tienen que hacerlo o porque así lo quieren.

Que los consumidores "enganchados" a un producto se organicen para defenderse tiene como efecto inmediato aumentar la calidad de la droga suministrada y la potencia del proveedor y, en última instancia, puede llevar al desarrollo a encontrar sus propios límites: es posible que los automóviles lleguen a ser algún día demasiado costosos para la compra y los medicamentos demasiados violentos para los ensayos. Es exacerbando las contradicciones inherentes a tal proceso de industrialización de los valores como las mayorías pueden, por sí mismas, llegar a tomar plena conciencia de es-

tas contradicciones. Es posible que el consumidor sagaz, que elige sus compras, llegue a descubrir que está mejor servido arreglándoselas por sí solo.

El segundo paliativo, que tiende a igualar la tasa de crecimiento de la producción, es el de la frustración y la planificación. La ilusión imperante es que los planificadores, animados de ideales socialistas, pueden de alguna manera crear una sociedad socialista en donde los trabajadores industriales representarán la mayoría. Quienes sostienen esta idea desatienden el siguiente hecho: el margen de adaptación de instrumentos anticonvencionales (que manipulan a la persona) a una sociedad socialista es extremadamente estrecho. El recurso a los transportes, a la educación o a la medicina, una vez que se establece su gratuidad, corre el riesgo de ser reforzado por los guardianes del orden moral: se acusará al subconsumidor de sabotear el esfuerzo nacional. En una economía de mercado, a quien quiere cuidarse de la gripe quedándose en cama se le acusa por dejar de ganar. En una sociedad que apela "al pueblo" para alcanzar objetivos de producción determinados desde arriba, el que se resiste a consumir la medicina se asimila a una profesión de inmoralidad pública. La defensa contra el monopolio radical es posible bajo una condición: que se obtenga, en el plano político, un acuerdo unánime sobre la necesidad de poner término al crecimiento. Este consenso se sitúa en oposición directa a la actitud subyacente en todas las oposiciones políticas, y que consiste en reclamar más cosas útiles para más gente inútil.

El equilibrio entre el hombre y su medio, por una parte, y por otra, entre la posibilidad de ejercer una actividad creativa y la suma de necesidades elementales a satisfacer en esa forma, da un doble equilibrio que se aproxima actualmente al punto de ruptura. Sin embargo, la gran mayoría no se siente preocupada. Debo explicar aquí por qué esta gran mayoría es ciega o impotente ante el peligro. Creo que la ceguera se debe a un tercer equilibrio: el del saber; en cuanto a la importancia, es el hecho de la perturbación de un cuarto equilibrio, que yo llamo equilibrio del poder.

LA SOBREPROGRAMACIÓN

El equilibrio del saber lo determina la relación de dos variables: por un lado, el saber que proviene de las relaciones creativas entre el hombre y su medio; por otro, el saber cosificado del hombre movido por su medio instrumentado.

El primer saber es efecto de los nudos de relaciones que se establecen espontáneamente entre las personas, dentro del empleo de herramientas convivenciales. El segundo saber es el resultado de un amansamiento intencional y programado. El aprendizaje del lenguaje materno exime del primer saber, la ingestión de matemáticas en la escuela exime del segundo. Nadie sensato irá a decir que hablar, caminar u ocuparse de un niño sea resultado de una educación formal. Es distinto, de ordinario, tratándose de las matemáticas, la danza clásica o la pintura.

El equilibrio del saber cambia, según el lugar y el tiempo. El rito es determinante: un musulmán sabe un poco de árabe gracias a su oración. Esta adquisición del saber se opera por interacción dentro del medio circunscrito por una tradición. De manera análoga los campesinos transmiten el folclor de su tierra. Las clases y las castas multiplican las oportunidades de aprender: el rico *sabe* comportarse en la mesa y sabe conversar (subrayando además que “eso no se aprende”), el pobre sabrá sobrevivir dignamente allí donde ninguna escuela ha enseñado a los ricos cómo hacerlo.

Primero es la estructura de la herramienta para la adquisición del primer saber: mientras menos convivenciales son nuestras herramientas, más alimentan la instrucción. En ciertas tribus de reducido tamaño y de gran cohesión, el saber se comparte muy equitativamente entre la mayoría de sus miembros: cada uno sabe la mayor parte de lo que todo el mundo sabe. Ulteriormente, en el proceso de civilización, se introducen nuevas herramientas: más gente sabe más cosas, pero no todos saben hacer todas las cosas igualmente bien. La maestría, en todo caso, no implica todavía el monopolio de la comprensión: se puede tener la comprensión de lo que hace el herrero sin ser herrero, no es necesario ser cocinero para saber cómo se cocina. Este juego combinado de una información ampliamente extendida y de la aptitud general de sacarle partido, caracteriza a una sociedad donde prevalece la herramienta convivencial. Si la técnica del artesano puede comprenderse al observar el trabajo, los recursos complejos que maneja no pueden adquirirse más que tras una larga operación disciplinada: el aprendizaje. El saber global de una sociedad florece cuando al mismo tiempo se desarrolla el saber adquirido espontáneamente y el saber recibido de un maestro; entonces el rigor y la libertad se conjugan armoniosamente. La extensión del campo del equilibrio del saber no puede llegar hasta el infinito; lleva en sí su propio límite. Este campo es optimizable, no es indefinido. Primero, porque el tiempo de la vida de un hombre es limitado. Segundo —y esto es inexorable—, porque la especialización de la herramienta

y la división del trabajo están en interacción y requieren, más allá de un punto determinado, una superprogramación del operador y del cliente. La mayor parte del saber de cada uno es pues efecto de la voluntad y del poder de otro. La cultura puede florecer en innumerables variedades, pero hay barreras materiales que no puede bordear.

¿Dentro de qué ambiente nace el niño de las ciudades? Dentro de un conjunto complejo de sistemas que significan una cosa para quienes los conciben y otra para quienes los emplean. Colocado en contacto con miles de sistemas, colocado en sus terminales, el hombre de las ciudades sabe servirse del teléfono y de la televisión, pero no sabe cómo funcionan. La adquisición espontánea del saber está confinada a los mecanismos de ajuste a un confort masificado. El hombre de las ciudades cada vez tiene menos posibilidad de hacer las cosas a su antojo. Hacer la corte, la comida y el amor se convierten en materia docente. Desviado por y hacia la educación, el equilibrio del saber se degrada. La gente aprende lo que se le ha enseñado, pero ya no sabe por sí misma. Siente la necesidad de ser educada. El saber es pues un bien, y como todo bien puesto en el mercado, está sujeto a la escasez. Ocultar la naturaleza de esta escasez, es la función bastante costosa de una educación multiforme. La educación es la preparación programada para "la vida activa", a través de la ingurgitación de instrucciones masivas y estandarizadas, producidas por la escuela. Pero la educación es también la ramificación continua sobre el flujo de las informaciones mediatizadas *sobre* lo que pasa: es el "mensaje" de cada bien manufacturado. A veces el mensaje está escrito sobre el envoltorio, se lee por fuerza. Si el producto es más elaborado, su forma, su color, las asociaciones provocadas, dictan al usuario la forma de empleo. Particularmente, la educación es permanente, como medicina de temporada, para el administrador, el policía y el obrero calificado, periódicamente sobrepasados por las innovaciones de su ramo. Cuando la gente se agota y debe volver sin cesar a los bancos de la escuela para recibir un baño de saber y seguridad, cuando el analista debe ser reprogramado para cada nueva generación de computadoras, es que la educación realmente es un bien sujeto a la escasez. Es entonces cuando la educación se convierte en la cuestión más candente para la sociedad y, al mismo tiempo, la más mistificante.

En todas partes, la tasa de crecimiento del costo de la formación es superior a la del producto global. Hay dos interpretaciones posibles. Para una, la educación es un medio de alcanzar esos fines económicos. Desde este punto de vista la inversión del saber del hombre se requiere por la ne-

cesidad de elevar la productividad. La disparidad en las tasas de crecimiento del sector terciario terapéutico significa que la producción global se acerca al síntoma. Para detener el peligro, es necesario encontrar el medio de aumentar la relación costo/beneficio dentro de la ortopedia pedagógica. Las escuelas serán las primeras afectadas en el proceso de racionalización de los mecanismos de capitalización del saber. En mi opinión esto es una lástima. Por destructora e ineficaz que sea la escuela, dado su carácter tradicional, asegura un mínimo de defensa al niño. Los institutores transformados en "educadores" y liberados de los obstáculos inherentes al sistema escolar, podrían revelarse como "condicionadores" horriblemente eficaces.

El punto de partida de la segunda interpretación es opuesto: el sector terciario, sin que se le pueda asimilar sólo a la educación, es el producto social más precioso del crecimiento industrial. En ese sentido, la declinación de la utilidad marginal de la educación no podrá justificar una limitación en su producción. Al contrario, la sustitución de la demanda de bienes por la demanda de servicios, marca a la vez la transición de una sociedad hacia una economía estable y un alza en la "calidad de la vida". Nueve sobre 10 de las proposiciones adelantadas sobre lo que será el año 2000 describen, en su último capítulo, la felicidad como una avalancha de consumo terciario.

Estas dos interpretaciones desvían, ambas, el equilibrio del saber: concurren en el desarrollo de las técnicas de manipulación educativa y hacen abortar toda curiosidad personal. Considerar la educación como medio de producción o como producto de lujo viene a ser lo mismo, desde el momento en que es demandada. En los dos casos, el equilibrio del saber se desvía en favor de más enseñanza. Las dos posiciones descansan sobre el mismo postulado con un carácter de fatalidad: el mundo moderno es de tal manera artificial, alienado, hermético, que sobrepasa el alcance de cualquier mortal y sólo puede conocerse por los grandes iniciados y sus discípulos.

Sustituir el despertar del saber por el de la educación es ahogar al poeta en el hombre, es congelar su poder de dar sentido al mundo. Por poco que se le arranque de la naturaleza, que se le prive del trabajo creativo, que se le mutile su curiosidad, al hombre se le desarraiga, se le maniat, se le seca. Sobredeterminar el medio físico es hacerlo fisiológicamente hostil. Ahogar al hombre en el bienestar es encadenarlo al monopolio radical. Desbaratar el equilibrio del saber es hacer del hombre una marioneta de sus herramientas. Empantanado en su felicidad climatizada, el hombre es un gato castrado: no le queda sino la rabia que le hace matar o matarse.

Siempre ha habido poetas y bufones para alzarse contra el aplastamiento del pensamiento creativo por el dogma. Metaforizando, denuncian el literal vacío cerebral. El humor apoya su demostración: lo serio es insensato. Ellos abren los ojos a lo maravilloso, disuelven lo cierto, destierran el temor y desatan los cuerpos. El profeta denuncia las creencias, desnuda las supersticiones, despierta a la gente, saca afuera la fuerza y la llama. Las intimidaciones que lanzan la poesía, la intuición y la teoría, al avance blindado del dogma sobre el espíritu, ¿serán capaces de lograr una revolución del despertar? Esto no es imposible. Pero para que el equilibrio del saber pueda restablecerse, se precisa que el Estado y la Iglesia se separen, que la burocracia del bienestar y la burocracia de la verdad se dividan, que la acción política y el saber obligatorio se diferencien. Las palabras poéticas no harán estallar la sociedad sino metiéndose en el molde del proceso político.

El derecho ya ha servido para desvincular de las leyes la ideología. El derecho que ha defendido ya al cuerpo social contra las pretensiones exageradas de sus clérigos, puede hacerlo ahora contra las de sus educadores. No es mucho lo que dista la obligación de ir a la escuela de la de ir a la iglesia. Un día, el derecho podrá realizar la separación de la educación y de la política, y convertirla en principio constitutivo de la sociedad. Pero ya desde ahora, el derecho puede servir para combatir la proliferación del sector terciario y su empleo en la reproducción de una sociedad de clases.

Comprender verdaderamente el alza del costo de la educación supone conocer las dos fases del problema: primero, la herramienta no convivencial tiene efectos educativos que alcanzan un umbral de intolerabilidad; segundo, una educación no instrumentalizada convivencialmente no es económicamente viable.

El primer punto nos abre a la necesidad de una transición hacia una sociedad donde el trabajo, la recreación y la política, favorecieran el aprendizaje, una sociedad que funcionara con menos educación formal. El segundo nos abre la posibilidad de poner en vigor soluciones educativas que facilitarían una adquisición espontánea del saber y confinarían la enseñanza programada a casos limitados y claramente específicos. Para vencer la *crisis de comunicación* hay que subrayar la distorsión paralela que existe en la instrumentación de la energía y de la información.

En toda la superficie del planeta, el instrumento altamente capitalizado requiere de un hombre atiborrado de conocimientos almacenados. Después de la segunda Guerra Mundial, la racionalización de la producción ha penetrado en las regiones llamadas retrasadas y las metástasis industriales

ejercen sobre la escuela una intensa demanda de personal programado. La proliferación del bienestar exige el condicionamiento apropiado para vivir en él. Lo que la gente aprende en las escuelas que se multiplican en Malasia o en Brasil es, ante todo, a medir el tiempo con el reloj del programador, estimar el adelanto con los anteojos del burócrata, apreciar el consumo creciente con el corazón del comerciante, y considerar la razón del trabajo con los ojos del responsable sindical. Esto no es el maestro quien lo enseña, sino el recorrido programado, producido y, al mismo tiempo, obliterado por la estructura escolar. Lo que enseña el maestro no tiene ninguna importancia, desde el momento en que los niños deben pasarse centenares de horas reunidos en clases por edades, entrar en la rutina del programa (o currículum) y recibir un diploma en función de su capacidad de someterse a él. ¿Qué se aprende en la escuela? Se aprende que mientras más horas se pasen en ella, más vale uno en el mercado. Se aprende a valorar el consumo escalonado de programas. Se aprende que todo lo que produce una institución dominante vale y cuesta caro, aun lo que no se ve, como la educación y la salud. Se aprende a valorar la promoción jerárquica, la sumisión y la pasividad, y hasta la desviación tipo, que el maestro interpretará como síntoma de creatividad. Se aprende a solicitar sin indisciplina los favores del burócrata que preside las sesiones cotidianas: profesor en la escuela, patrón en la fábrica. Se aprende a definirse como detentador de un lote de conocimientos en la especialización en que ha invertido su tiempo. Se aprende, finalmente, a aceptar sin rebelarse su lugar dentro de la sociedad, es decir, la clase y la carrera precisas que corresponden respectivamente al nivel y al campo de especialización escolares.

Las reglas de contratación en las industrias incipientes en los países pobres son tales que solamente los escolarizados ocupan las escasas plazas, por ser los únicos que en la escuela han aprendido a callarse. Estos puestos en la cadena son definidos como los más productivos, los mejor pagados, de manera que el acceso a los productos industriales se reserva a los escolarizados y se prohíbe a los no escolarizados. Fabricados por la máquina, los zapatos, las bolsas, la ropa, los alimentos congelados y las bebidas gaseosas desplazan en el mercado a los bienes equivalentes, que se producían convivencialmente. La escuela sirve a la industrialización justificando en el Tercer Mundo la existencia de dos sectores, el del mercado y el de la subsistencia: el de la pobreza modernizada y el de una nueva miseria de los pobres. A medida y conforme la producción se concentra y se capitaliza, la escuela pública, para continuar en su papel de pantalla, cuesta más

cara a los que asisten a ella, pero, sobre todo, hace pagar la cuenta a los que no asisten.

La educación no se convierte en necesidad sólo para diplomar a la gente, para seleccionar a aquellos a quienes se les da trabajo, sino también para controlar a los otros que acceden al consumo. Es el mismo crecimiento industrial el que conduce a la educación a ejercer el control social indispensable para un uso eficiente de los productos. La industria de la vivienda en los países de América Latina es un buen ejemplo de las disfunciones educativas producidas por los arquitectos. En estos países las grandes ciudades están rodeadas de vastas zonas, *favelas*, *barriadas* o *poblaciones*, donde la gente levanta ella misma sus moradas. No costaría caro prefabricar elementos para viviendas y construcciones de servicios comunes fáciles de ubicar. La gente podría construirse moradas más duraderas, más confortables y salubres, al mismo tiempo que aprendería el empleo de nuevos materiales y de nuevos sistemas. En vez de ello, en vez de estimular la aptitud innata de las personas para moldear su propio ambiente, los gobiernos encajan en esas barriadas servicios comunes concebidos para una población instalada en casas de tipo moderno. Por su sola presencia, la escuela nueva, la carretera asfaltada y los puestos de policía en acero y vidrio, definen como modelo el edificio construido por los especialistas y, de esa manera, imprimen a la vivienda que uno mismo construye el sello de la barriada, reduciéndola a ser nada más que una choza. Semejante definición es implantada por la ley; niega el permiso de construir a la gente que no puede presentar un plano firmado por un arquitecto. Es así como se priva a la gente de su aptitud natural de invertir su tiempo personal en la creación de valores de uso y se le obliga a un trabajo asalariado: podrá entonces cambiar su salario contra el espacio industrialmente condicionado. Aquí también se le priva de la posibilidad de aprender construyendo.

La sociedad industrial exige que a unos se les programe para conducir camiones, a otros para construir casas. Y a otros más hay que enseñarles a vivir en los grandes complejos habitacionales. Maestros de escuela, trabajadores sociales y policías trabajan mano a mano para mantener a individuos subpagados o semidesocupados, en casas que no pueden construir por sí mismos ni modificar. Así, la suma economizada en la construcción de conjuntos habitacionales populares aumenta el costo de mantenimiento del inmueble y exige invertir un múltiplo del ahorro conseguido en gastos terciarios para instruir, animar, promover; es decir, para controlar, conformar y condicionar al locatario dócil. Para hacinar más gente sobre menos

terreno, Brasil y Venezuela han hecho el experimento de construir grandes inmuebles. Primero fue necesario que la policía evacuara a la gente de sus tugurios y la reinstalara en los apartamentos. En seguida los trabajadores sociales se enfrentaron a la ruda tarea de socializar a los inquilinos insuficientemente escolarizados para comprender por sí mismos que no se crían marranos negros en los balcones de un onceavo piso, y que no se siembran frijoles en la tina del baño.

En Nueva York, a la gente que no tiene 12 años de escolaridad se le considera impedida; se convierte en inempleable y se le controla mediante trabajadores sociales que deciden cómo va a vivir. El monopolio radical de la herramienta supereficiente extorsiona del cuerpo social un creciente y costoso condicionamiento de sus clientes. Los automóviles producidos por Ford requieren, para ser reparados, mecánicos reinstruidos por la misma compañía. Los autores del "milagro verde" sacan semillas de alto rendimiento que sólo puede usar una minoría que dispone del doble abono, del químico y del educador. Más salud, más velocidad o más cosechas significa más receptivos, más pasivos, más disciplinados. Las escuelas productoras de control social, al tomar por su cuenta la mayor parte del costo de esas conquistas dudosas, lo encubren con ese mismo hecho.

Al ceder a las presiones ejercidas sobre ella, en nombre del control social, la escuela alcanza y sobrepasa su segundo umbral crítico. Los planificadores fabrican programas más variados y más complejos, cuya utilidad marginal declina por ese mismo hecho.

Mientras la escuela ensancha el campo de sus pretensiones, otros servicios descubren su misión educadora. La prensa, la radio y la televisión ya no son únicamente medios de comunicación, desde el momento en que se les pone conscientemente al servicio de la integración social. Los semanarios que conocen la expansión, al llenarse de informaciones estereotipadas, se convierten en productos terminados, entregando completamente empaquetada una información filtrada, aséptica, predigerida. Esta "mejor" información suplanta la antigua discusión del *foro*; so pretexto de informar, suscita un apetito dócil de alimentos ya preparados y mata la capacidad natural de seleccionar, dominar, organizar la información. Se ofrecen al público algunas estrellas o algunos especialistas vulgarizados por el embalador del saber, se confina la voz de los lectores a la correspondencia o a las encuestas que ellos envían dócilmente.

La producción industrial y la comercialización masiva del saber cierran a la gente el acceso a herramientas para compartir el saber. Es el caso

del libro. El libro es resultado de dos grandes invenciones: el alfabeto y la imprenta. La técnica del alfabeto y la de la imprenta son casi idealmente convivenciales. Todo el mundo, o casi todo el mundo, puede aprender su manejo y utilizarlos para sus propios fines. Son técnicas poco costosas. Se las toma o se las deja, como se quiera. Son difíciles de controlar por terceros. Así, el gobierno soviético parece impotente para impedir el *Samizdat*, esa edición y circulación clandestina de manuscritos.

Al parecer, el alfabeto y la imprenta arrancan la custodia de la palabra a la empresa exclusiva del escriba. Gracias al alfabeto, el comerciante rompe el monopolio ejercido por los sacerdotes sobre el jeroglífico. Con el papel y el lápiz, y más tarde con la máquina de escribir y los medios modernos de reproducción, aparece un abanico de técnicas nuevas que, en sí mismas, inician una era de comunicación no especializada, verdaderamente convivencial para la conservación, reproducción y difusión de la palabra. Con la película y la cinta magnética aparecen nuevos sistemas de comunicación convivencial. Sin embargo, el privilegio acordado a las instituciones con estructuras manipuladoras ha puesto estas herramientas al servicio de una enseñanza aún más unívoca y monologada. La escuela amaestra al alumno para que se sirva de textos continuamente revisados. Difunde la ilusión de que sólo el escolarizado sabe leer y refuerza la tendencia a no publicar más que sus obras. Produce consumidores de información y lectores de noticias técnicas. Las estadísticas dicen que los estudiantes leen menos libros no especializados desde que empieza a irles bien en los exámenes. Cada vez hay más libros escritos para los especialistas educados, pero los diplomados cada vez leen menos por su cuenta. Cada vez la gente pasa más tiempo aprisionada en el programa definido por los nuevos directores de estudios: el editor, el productor y el programador. Es la misma gente la que cada semana espera con avidez la salida de revistas como *Selecciones*.

Las propias bibliotecas han sido puestas al servicio de un mundo escolarizado. A medida y conforme las van "mejorando", el libro se coloca siempre más lejos del alcance del lector. Primero era el bibliotecario quien se interponía entre el libro y el lector, ahora la computadora reemplaza al bibliotecario. Al colocar esos libros, almacenados en inmensos silos, a la disposición de una computadora, el funcionamiento de la biblioteca pública de la ciudad de Nueva York se ha hecho tan costoso que ya no abre sus puertas más que de las 10 a las 18 horas en días hábiles y el sábado sólo las entreabre. Esto significa que los libros se han convertido en instrumentos especializados de investigadores a quienes una beca libera de la escuela y del trabajo.

En realidad, una biblioteca es un modelo de herramienta convivencial, un sitio que ofrece libre acceso y no hace obedecer a programas rígidos, un sitio donde se toma o se deja lo que se quiere, fuera de toda censura. Sobre este modelo se pueden extender y se pueden organizar discotecas, filmotecas, fonotecas y videotecas públicas, donde la gente tendría ciertamente acceso a herramientas de producción. Dentro de estructuras análogas a la biblioteca, no sería difícil poner a disposición del público las herramientas, muy simples, que han hecho posible la mayoría de los adelantos científicos del siglo pasado.

Los instrumentos de manipulación de los que se sirve la enseñanza hacen subir el precio del saber. Se plantea la pregunta de qué es lo que la gente debe aprender y, en seguida, se invierte en un instrumento para enseñárselo. Valdría la pena aprender a preguntar primero cuáles son los tipos de herramientas que la gente desea, si quiere ir al encuentro del otro, de lo desconocido, del extranjero, del pasado. Los maestros de oficio se ríen de la idea de que las personas puedan sacar mayor ventaja del libre acceso a las herramientas del saber que de su enseñanza. Con frecuencia apoyan su escepticismo poniendo como ejemplo la decadencia de las bibliotecas públicas. No pueden ver que si éstas se frecuentan poco es precisamente porque, en su gran mayoría, se les ha organizado como formidables instalaciones de enseñanza, y que se mantienen desiertas precisamente porque a la gente se le ha amaestrado para reclamar instrucción.

Ahora bien, los hombres no tienen necesidad de más enseñanza. Sólo necesitan aprender ciertas cosas. Hay que enseñarles a renunciar, cosa que no se aprende en la escuela, aprender a vivir dentro de ciertos límites, como exige, por ejemplo, la necesidad de responder a la situación de la natalidad. La supervivencia humana depende de la capacidad de los hombres para aprender muy pronto y por sí *mismos* lo que *no pueden* hacer. Los hombres deben aprender a controlar su reproducción, su consumo y el uso de las cosas. Es imposible *educar* a la gente para la pobreza voluntaria, lo mismo que el dominio de sí mismo no puede ser el resultado de una manipulación. Es imposible *enseñar* la renuncia gozosa y equilibrada en un mundo totalmente estructurado para producir siempre más y mantener la ilusión de que esto cuesta cada vez menos.

Es necesario que cada uno aprenda el porqué y el cómo de la contracepción. La razón es clara: el hombre ha evolucionado sobre una parcela del cosmos; confinado por los recursos de la ecosfera, su universo no puede admitir más que un número limitado de ocupantes. Por la técnica, ha mo-

dificado las características de su nicho ecológico. La ecosfera puede actualmente acoger más gente, cada vez menos adaptada vitalmente a su ambiente, que cada vez puede disponer de menos espacio, de menos capacidad, de menos tradición. La tentativa de fabricar un medio ambiente *mejor* se ha revelado tan presuntuosa como la de mejorar la salud, la educación o la comunicación. El resultado es que ahora hay más gente que se siente cada vez menos a gusto. Los nuevos instrumentos, que han favorecido el crecimiento de la población, no pueden asegurar su supervivencia. La colocación de instrumentos aún más potentes, aumenta con más rapidez el número de frustrados que la cifra total de la población. En un mercado atestado, la falta se acentúa y exige siempre mayor programación de la clientela.

Toda planificación la garantiza un factor clave, a saber: el control del número de gente para la que se planifica. Pero, hasta el presente, toda planificación de la población ha fracasado: la gente no limita su reproducción sino lo ha decidido por ella misma. La paradoja es que el hombre opone la máxima resistencia a la enseñanza que más necesita. Todo programa de control de la natalidad fundado sobre el modelo industrial fracasará ahí donde han fracasado la escuela y el hospital. Al principio, tendrá atractivo; más tarde vendrá la escalada del aborto y de la esterilización; finalmente, será el mazazo cerebral para perpetrar genocidios, paupericidios y otros megacidios.

Sin la práctica de una contracepción voluntaria y eficaz, la humanidad será aplastada por su número, antes de ser aplastada por la potencia de su propia instrumentación. Pero la generalización de la contracepción no puede en ningún caso ser resultado de un instrumento milagroso. Una nueva práctica, opuesta a la presente, no puede resultar más que de una relación nueva del hombre con su herramienta. El control de la herramienta, al que me refiero, exige la generalización de la contracepción. Pero la contracepción demanda, para ser eficaz, la generalización del estado mental convivencial que acompaña al control de la herramienta en cuestión.

Los sistemas requeridos para controlar los nacimientos son el ejemplotipo de la herramienta convivencial moderna. Integran los datos de la ciencia más avanzada con las herramientas utilizables con un mínimo de buen sentido y de aprendizaje. Estos sistemas ofrecen nuevos medios de ejercer las prácticas milenarias de contracepción, de esterilización y de aborto. Por su bajo costo pueden llegar a ser accesibles a todos. En su variedad convienen a las creencias, ocupaciones y situaciones más diversas. Con toda evidencia, estas herramientas estructuran la relación que cada uno sostiene con su cuerpo y con los demás.

El control de los nacimientos es una empresa que debe realizarse dentro de un horizonte temporal muy limitado. No puede darse sino de manera convivencial. Es un contrasentido querer obligar al uso de la herramienta convivencial a la gente que, en lo demás, continúa estando condicionada al solo consumo. Es absurdo pedir a un campesino que se sirva del preservativo cuando se le *enseña a depender* del médico para las inyecciones y las recetas, del juez para dirimir litigios y del maestro para la alfabetización. Es un contrasentido legislar en la actualidad sobre el aborto como "acto médico", cuando hoy es más simple que nunca reconocer el comienzo de una gravidez o interrumpirla. También es utópico imaginar que los médicos van a confiar las esterilizaciones a asistentes analfabetos formados para ello. El día en que los interesados se den cuenta de que esta operación delicada la puede realizar igualmente, si no mejor, un profano, siempre que disponga del cuidado y de la habilidad que requiere una práctica ancestral como la de tejer, por ejemplo, se habrá acabado el monopolio médico sobre operaciones poco costosas que pueden estar al alcance del mayor número. A medida que las herramientas posindustriales racionales se extiendan, los tabúes del especialista seguirán a la instrumentación industrial en su caída como siguieron en su gloria. La herramienta simple, pobre, transparente, es un servidor humilde; la herramienta elaborada, compleja, secreta, es un amo arrogante.

LA POLARIZACIÓN

La industrialización multiplica la gente y las cosas. Los subprivilegiados crecen en número, en tanto los privilegiados consumen siempre más. En consecuencia, el hambre crece entre los pobres y el temor entre los ricos. Llevado por el hambre y el sentimiento de impotencia, el pobre reclama una industrialización acelerada; impelido por el miedo y el deseo de proteger su mayor bienestar, el rico se embarca en una protección cada vez más explosiva y blindada. Mientras que el poder se polariza, la insatisfacción se generaliza. La posibilidad que se nos presenta de crear más felicidad para todo el mundo, con menos abundancia, queda relegada al punto amarillo de la visión social.

Esta ceguera es el hecho del desequilibrio en la balanza del saber. Los intoxicados por la educación resultan buenos consumidores y buenos usuarios. Consideran su crecimiento personal bajo la forma de una acumulación de bienes y de servicios producidos por la industria. Antes que hacer

las cosas por sí mismos, prefieren recibirlas embaladas por la institución. Rechazan su capacidad innata de captar lo real. El desequilibrio del balance del saber explica cómo el despliegue del monopolio radical de bienes y servicios es casi imperceptible para el usuario. Pero no nos dice por qué éste se siente hasta tal punto impotente para modificar las disfunciones en la medida en que las percibe.

Es allí donde interviene el efecto de un cuarto tipo de trastorno: la polarización creciente del poder. Bajo el empuje de la megamáquina en expansión, el poder de decisión sobre el destino de todos se concentra en las manos de algunos. Y, dentro de este frenesí de crecimiento, las innovaciones que mejoran la suerte de la minoría privilegiada crecen aún más rápidamente que el producto global.

Un alza de 3% del nivel de vida norteamericano cuesta 25 veces más caro que un alza igual en la India. La India, sin embargo, es más poblada y prolífica que América del Norte. La condición del pobre puede mejorarse, siempre que el rico consuma menos, mientras que la condición del rico no puede mejorar sino a costa de la expoliación mortal del pobre. El rico pretende que al explotar al pobre le enriquece, puesto que, en última instancia, crea la abundancia para todos. Las élites de los países pobres difunden esta fábula.

El rico se enriquecerá y despojará más al pobre en el decenio que viene. El hecho de que el mercado internacional les suministre trigo impondrá a los países pobres la construcción de redes de transporte y de distribución a un precio social que, de hecho, hubiera bastado para transformar la agricultura local. Pero la angustia que nos oprime no debe, bajo ningún precio, impedirnos comprender bien la estructura del reparto del poder, pues ésta es la cuarta dimensión por donde el sobrecrecimiento ejerce sus efectos destructores. La industrialización sin freno fabrica la pobreza moderna. Es cierto que los pobres con ello disponen de un poco más de dinero, pero pueden hacer menos con sus pocos pesos. La modernización de la pobreza camina de la mano con la concentración del poder: es necesario comprender bien o no se percibirá la naturaleza profunda de la polarización.

La pobreza se moderniza: su umbral monetario se eleva porque nuevos productos industriales se presentan como bienes de primera necesidad, manteniéndose totalmente fuera del alcance económico de la gran mayoría. En el Tercer Mundo, el granjero pobre es expulsado de sus tierras por la revolución verde. Gana más como asalariado agrícola, pero sus hijos no comen como antes. El ciudadano norteamericano que gana 10 veces más

que el asalariado agrícola es, también, desesperadamente pobre. Los dos pagan cada vez más cara la creciente falta de bienestar.

De manera complementaria, el distanciamiento entre ricos y pobres se acentúa, porque el control de la producción se centraliza con miras a producir siempre más para mayor número. Mientras que el alza de los umbrales de la pobreza es efecto de la estructura del producto industrial, el crecimiento del distanciamiento entre inermes y poderosos es consecuencia de la estructura de la herramienta. Quienes quieran resolver el primer aspecto del problema sin poner atención en el segundo, no hacen más que reemplazar la falta de cosas por la falta de voces. La redistribución del producto no es el remedio para la polarización del control.

El impuesto es un paliativo a los efectos superficiales de la concentración industrial del poder. El impuesto sobre la renta encuentra su complemento en los sistemas de seguridad social, de asignaciones y de distribución equitativa del bienestar. Incluso es posible que, más allá de cierto umbral, se estatice el capital o bien se decida reducir el abanico de los salarios. Pero este tipo de control de la renta privada no puede ser eficaz sino con un control paralelo del consumo, de los privilegios del individuo en razón de su función de productor. El control de la renta privada no tiene ningún efecto igualitario sobre los privilegios que realmente cuentan en una sociedad donde el trabajo es promovido a primer plano y la vida doméstica relegada al segundo. Mientras a los trabajadores se les clasifique en función del grado de capitalización de la fuerza de trabajo de cada uno, la minoría que detenta el saber de alto precio se arroga regularmente todos los privilegios que *permiten ganar tiempo*. La concentración es inherente a la productividad industrial.

Hace apenas un siglo, nadie hubiera podido imaginar la concentración de poder y de energía que hoy nos parece normal. En una sociedad moderna, la energía industrializada excede considerablemente a la energía metabólica global, es decir, a la energía de la cual dispone el cuerpo humano para realizar tareas. La relación entre energía mecánica y energía disponible es de 15 en China y de 300 en Estados Unidos. Y los recursos eléctricos concentran más eficazmente el control de la energía y el ejercicio del poder que el látigo en las viejas civilizaciones. La distribución social del control del consumo de energía se ha modificado en forma radical. El funcionamiento, y, aún más, los lineamientos de la infraestructura energética de una sociedad moderna imponen la ideología del grupo dominante, con una fuerza y una penetración inconcebibles para el sacerdote del antiguo Egipto, o

para el banquero del siglo XVII. En tanto instrumento de dominación, la moneda pierde su valor en beneficio del carburante. Si el capital es lo que suministra la energía del cambio, la inflación energética ha reducido a la mayoría a la indigencia. A medida y conforme el instrumento se infla, el número de operadores potenciales disminuye. A medida que el instrumento se hace más eficiente, el operador emplea más bienes y servicios costosos. En los países que se industrializan, el ingeniero es el único que tiene aire acondicionado en su barraca. Su tiempo es tan precioso que toma el avión para dirigirse a la capital, y sus decisiones son tan importantes que las comunica con un transmisor de radio de onda corta. El ingeniero ha ganado sus privilegios acaparando los fondos públicos para obtener sus diplomas. El albañil indígena no puede evaluar la situación relativamente privilegiada de su contramaestre, pero los ayudantes técnicos y los dibujantes, que han sido escolarizados, pero no diplomados, sienten inmediatamente en forma más aguada el calor del campamento y la lejanía de su familia. Se ven relativamente empobrecidos por toda la eficiencia suplementaria ganada por su patrón.

Nunca antes la herramienta fue tan poderosa. Y jamás una élite la acaparó hasta ese punto. El derecho divino robaba menos en favor de los reyes de antaño de lo que el crecimiento de los servicios, al socaire del interés superior de la producción, roba hoy a los cuadros populares. Los soviéticos justifican los transportes supersónicos diciendo que ahorran tiempo a sus sabios. Los transportes a gran velocidad, las redes de telecomunicación, los cuidados médicos especializados, la asistencia ilimitada de la burocracia se presentan como necesidades para sacar el máximo de los individuos que han sido objeto de un *máximum* de capitalización.

La sociedad de la megaherramienta depende para sobrevivir de múltiples sistemas que impiden a un gran número de gente hacer valer su palabra. Este último privilegio se reserva a los individuos reconocidos como los más productivos. Normalmente se mide la productividad de un individuo por la inversión educativa de la que ha sido objeto, por la importancia del ritual de iniciación al que se le ha sometido. Mientras más grande es el montón de saber que se le ha inyectado a un individuo determinado, más grande es el valor social atribuido a sus decisiones, y más legítima también es su demanda de productos industriales avanzados.

Mientras se derrumba el poder fundado en el saber certificado de la escuela, formas más antiguas de segregación vuelven al primer plano en la escena: la fuerza de trabajo de un individuo vale *menos* cuando es negro,

de sexo femenino, extranjero; cuando no piensa como se debe o no pasa ciertas ordalías. En la selección de una meritocracia, el más mínimo rol de escuela abre la puerta a procedimientos de selección primitivos. Así queda montado el tablado para la multiplicación de minorías y para el desarrollo espectacular de sus reivindicaciones. Cada uno que reclama su parte, expone inevitablemente a la minoría de la que forma parte a ser víctima de sus propios fines.

Conforme van cubriendo instituciones más escasas y más vastas, las jerarquías se elevan y aglutinan. Un puesto en la administración de una industria moderna es el más ambicionado y disputado producto del crecimiento. Los otros, lo que corren detrás en vano, y que son los más, se reparten en una variedad de clases "inferiores": los subeducados, las mujeres, los homosexuales, los jóvenes, los viejos, etc... Cada día se inventa un nuevo tipo de inferioridad. Los movimientos minoritarios, los de las mujeres, de los negros o del mal pensantes, logran, cuando mucho, obtener diplomas y carreras para algunos de los miembros salidos de sus filas. Cantan victoria cuando logran que se reconozca el principio: *a igual trabajo, igual salario*. Allí se asienta una paradoja: por una parte esos movimientos fortalecen la creencia de que las necesidades de una sociedad igualitaria no pueden satisfacerse sin pasar por un trabajo especializado y por una jerarquía burocratizada; por otra, acumulan quanta fabulosos de frustración, que la menor chispa hará explotar.

Poco importa saber para qué fines específicos se organizan las minorías, siempre que aspiren a un reparto equitativo del consumo, de las buenas plazas o del poder formal para gobernar las herramientas ingobernables. Cada vez que una minoría actúe con miras a obtener su parte en una sociedad de crecimiento, no obtendrá para la mayoría de sus miembros más que un sentimiento más agudo de insatisfacción.

En cuanto a las oposiciones que quieren alcanzar el control de las instituciones existentes, les dan una legitimidad de un nuevo tipo, exacerbando al mismo tiempo las contradicciones. Cambiar el equipo dirigente no es una revolución. ¿Qué significa el poder de los trabajadores, el poder negro, el poder de las mujeres o el de los jóvenes si no es el poder de tomar el poder establecido? Un poder tal es a lo más el de dirigir mejor un crecimiento ya encaminado a proseguir su curso glorioso por estas providenciales tomas del poder. La escuela, ya se enseñe en ella marxismo o fascismo, reproduce una pirámide de clases de fracasados. El avión, aunque se le conceda pasaje a un trabajador en ocasión de sus vacaciones, reproduce una jerarquía

social con una clase superior de gente cuyo tiempo se supone más precioso que el de los demás.

Entre los inevitables subproductos del crecimiento industrial se cuentan las nuevas clases de subconsumidores y de subempleados. Las mujeres, los negros, los hijos de los pobres se están organizando. La organización les hace tomar conciencia de su condición común. Por el momento, las minorías organizadas reclaman el derecho de poseer, manteniendo así el *statu quo*. Exigir *a trabajo igual, igual salario* es apoyar la idea de un trabajo desigual. El día que estas organizaciones reclamen un derecho igual en el poder, podrán llegar a ser el pivote de la reconstrucción social. La sociedad industrial no resistiría el asalto de un movimiento vigoroso de mujeres que reclamaran, por ejemplo, un trabajo igual para todos, sin distinción alguna. Todas las clases, todas las razas cuentan con mujeres. Ellas ejercen la mayoría de sus actividades cotidianas en forma no industrial. Las sociedades industrializadas son viables precisamente porque cuentan con las mujeres para las tareas caseras que se escapan a la industrialización. Pero una sociedad regida por criterios de eficiencia industrial degrada y devalúa el trabajo doméstico. En realidad, éste se haría más inhumano al colocarlo en el molde industrial. Es más fácil imaginar al norteamericano dejando de explotar la subindustrialización de América Latina que dejando de destinar a sus mujeres a los trabajos no industrializables. La expansión de la industria se detendría si las mujeres nos obligaran a reconocer que la sociedad deja de ser viable en cuanto un solo modo de producción ejerce su dominio sobre el conjunto. Es urgente tomar conciencia de la pluralidad de modos de producción, cada uno válido y respetable, que una sociedad, para ser viable, debe hacer coexistir. Esta toma de conciencia nos haría los amos del crecimiento industrial. Éste se detendría si las mujeres y las otras minorías alejadas del poder exigiesen un trabajo igualmente creativo para todos, en vez de reclamar la igualdad de derechos sobre la megainstrumentación manipulada hasta ahora sólo por el hombre. Sólo una estructura de producción que protege el reparto igual del poder permite un goce igual del haber.

LO OBSOLETO

La reconstrucción convivencial supone el desmantelamiento del actual monopolio de la industria. No la supresión de toda producción industrial. Exige que se reduzca la polarización social de la herramienta, a fin de que

coexista una pluralidad dinámica de estructuras complementarias en la fuerza productiva y que haya lugar para una pluralidad de ambientes y de élites. Reclama la adopción de herramientas que pongan en acción la energía del cuerpo humano, no la regresión hacia una explotación del hombre. Exige la reducción considerable de la serie de tratamientos obligatorios, pero no impide a nadie que se le enseñe o se le asista si así lo desea. Una sociedad convivencial tampoco es una sociedad congelada. Su dinámica es función de la amplitud en el reparto del control de la energía, es decir, del poder de operar un cambio real. En el sistema actual de obsolescencia programada en gran escala, algunos centros de decisión son los que imponen la innovación al conjunto de la sociedad y privan a las comunidades de base para elegir su porvenir. De hecho, es el instrumento el que impone la dirección y el ritmo de la innovación. Un proceso ininterrumpido de reconstrucción convivencial es posible a condición de que el cuerpo social proteja el poder de las personas y de las colectividades para modificar y renovar sus estilos de vida, sus herramientas, su ambiente; dicho de otra forma, su poder para dar a la realidad un rostro nuevo. Dentro de esta amenaza industrial al pasado y al futuro, a la tradición y a la utopía, reside la quinta dimensión para salvaguardar el equilibrio.

La polarización social, como se ha visto, resulta de dos factores combinados: el alza del costo de los bienes y servicios producidos y empaquetados por la industria, y la escasez creciente de los empleos considerados como altamente productivos. Lo obsoleto, por su parte, produce la desvalorización. Esta *desvalorización* no es el efecto de una tasa global de cambio, sino del cambio que afecta a los productos que ejercen un monopolio radical. La *polarización* social la determina el siguiente hecho: el costo de los bienes y servicios estandarizados ha llegado a ser tal, que la mayoría de la gente no puede obtenerlos. Mientras más aumenta su producción, más se iguala su distribución y más se excluye al consumidor del control sobre lo que recibe. Lo obsoleto, por su parte, puede llegar a ser intolerable, aun para quien no está eliminado del mercado. Obliga al consumidor a desprenderse continuamente de aquello que ha sido forzado a desear, a pagar y a instalar en su existencia. La necesidad artificial y la obsolescencia planificada, son dos dimensiones distintas de la supereficiencia que apoya una sociedad donde la jerarquía sedimenta el privilegio.

Apenas importa que la usura forzada destruya viejos modelos o viejos sistemas. Ford puede desembarazarse de un modelo viejo dejando de suministrar repuestos, y la policía puede eliminar de la vía pública los auto-

móviles antiguos por no responder a las nuevas normas de seguridad. Por falta de gasolina o por aspirar a la eficiencia, se podría reemplazar el automóvil por el monorriel. La renovación está dentro de un modo de producción industrial y va acompañada de una ideología de progreso. El producto no puede mejorarse si la megamáquina no se *reinstrumenta*. Y para que esto "pague" se deben crear inmensos mercados en vistas al nuevo modelo. La mejor forma de abrir un mercado es asimilando el producto nuevo a un importante privilegio. Si esto funciona, el modelo antiguo se desvaloriza y el consumidor se entrega a la ideología del desarrollo ilimitado que afecta la "calidad" mejorada del bien de consumo. Los individuos, pero también los países, se clasifican socialmente según la antigüedad de sus existencias en instrumentos y bienes. Algunos, los menos, pueden pagarse el lujo de tener siempre el último modelo; otros siguen utilizando automóviles, máquinas lavadoras y radios que tienen cinco o 15 años, y probablemente pasan sus vacaciones en hoteles también pasados de moda, es decir, sin categoría. El nivel de obsolescencia de su consumo indica el sitio exacto que ocupan en la escala social.

La clasificación social de los individuos en función de la edad de los objetos que utilizan no es sólo manifestación del capitalismo. Donde quiera que la economía se base en la producción y el empaquetamiento masivo de bienes y servicios sujetos a la obsolescencia, sólo algunos privilegiados tienen acceso a los productos de última moda. Únicamente algunas enfermeras asisten a los cursos de anestesia más moderna y sólo algunos burócratas pueden correr o volar en un vehículo último modelo. Cada uno, dentro de la élite que se forma en el seno de la minoría, reconoce y clasifica al otro según la edad de sus instrumentos, ya sea de su material doméstico, ya del equipo de su oficina.

La innovación cuesta cara; para justificar el gasto, los administradores deben probar que es un factor de progreso. Para justificar este progreso, en una economía planificada, el departamento de investigación y desarrollo recurre a la seudociencia; en una economía de mercado, el departamento de ventas recurre al estudio del mercado. En cualquier caso, la innovación periódica alimenta la misma creencia que la ha engendrado, la ilusión de que lo nuevo es lo mejor. Esta creencia se ha convertido en parte integrante de la mentalidad moderna. Se olvida únicamente que cada vez que una sociedad industrial se alimenta de esta ilusión, cada nueva unidad lanzada al mercado crea más necesidades de las que satisface. Si lo que es nuevo es mejor, lo que es viejo no es tan bueno; la suerte de la humanidad, en su

aplastante mayoría, es entonces bastante mala. El modelo nuevo produce una nueva pobreza. El consumidor, el usuario, se resiente duramente de la distancia que hay entre lo que tiene y lo que sería mejor tener. Mide el valor de un producto por su novedad, y se presta a una educación permanente en vista del consumo y del uso de la innovación. Nada escapa a lo obsoleto, ni siquiera los conceptos. La lógica de "siempre mejor" reemplaza la del bien como elemento estructurante de la acción.

Una sociedad empeñada en la carrera hacia el mayor bienestar, siente como una amenaza la mera idea de cualquier limitación del progreso. Entonces el individuo que no cambia los objetos conoce el rencor del fracaso y quien los cambia descubre el vértigo de la falta. Lo que tiene le repugna, lo que desea tener le enferma. El cambio acelerado produce en él los mismos efectos que la habituación de una droga: ensaya, comienza de nuevo, está atado, está enfermo, algo le falta. La dialéctica de la historia se rompe. La relación entre el presente y la tradición se desvanece; el lenguaje pierde sus raíces; la memoria social se endurece; en el Derecho, el precedente pierde su influencia. El acuerdo sobre la acción legal, social y política se orienta hacia la alquimia del porvenir.

Pero se nos objeta que al establecer cercos al crecimiento, al producir una cantidad terminada y durable de bienes industrializados, se acaba con la libertad de experimentar e innovar. Esta objeción se justificaría si aquí se tratara de formular una nueva forma de economía de crecimiento. Actualmente, el último grito de la moda es justamente una producción limpia y limitada de bienes y un desarrollo ilimitado de servicios. Pero no es eso lo que nos interesa, pues no hablamos del porvenir de la sociedad industrial, sino de la transición a una sociedad que diversifique los modos de producción. La limitación del producto industrial tiene para nosotros la finalidad de liberar el porvenir, de abrir las acciones personales a la sorpresa.

Ahora bien, la innovación industrial es programada, grosera, reaccionaria. La renovación de las herramientas convivenciales tendrá la espontaneidad de los seres que las manejen. En la hora actual, el progreso del *savoir-faire*² está trabado por la asimilación de la investigación científica al desarrollo industrial. La mayoría de los instrumentos de la investigación se reservan a los investigadores programados para interpretar el mundo en términos de ganancias y poder, y la mayoría de los fines de la investigación se determinan por móviles de poder y de eficiencia. La mayor parte del cos-

² En francés, en el original. [E.]

to de la investigación se debe a su carácter secreto, competitivo, impersonal. En cambio, nada impide que la investigación convivencial sea también una investigación fundamental. La investigación que se realiza por placer nos reserva, estoy seguro, más sorpresas que la del grano de arena que bloquea la gran máquina. La innovación del saber, como la del poder, puede florecer únicamente donde esté protegida contra la obsolescencia industrial.

Una sociedad congelada sería tan insoportable al hombre como la sociedad de la aceleración: entre las dos se sitúa la sociedad de innovación convivencial. El cambio acelerado conduce al absurdo, a la administración de una sociedad regida por el derecho. La razón es que el derecho se basa en el antecedente. Más allá de cierto umbral de aceleración, ya no hay sitio para esta referencia al antecedente y, por tanto, para el juicio. Al perder este recurso al derecho, la sociedad queda condenada a la educación. El ejercicio del control social, puesto al servicio del *plan*, se convierte en la tarea de los especialistas. El ideólogo reemplaza al jurista. El educador moldea al individuo para domesticarlo, redomesticarlo y orientarlo a lo largo de toda su existencia. Ya en el oficio, cien veces se reanuda este trabajo, para producir un individuo fascinado con las ganancias y siempre mejor adaptado a las exigencias de la industria. La producción de instrumentos para adaptar al hombre a su medio se convierte en la industria dominante cuando el ritmo del cambio del ambiente sobrepasa cierto umbral. La reconstrucción convivencial exige que se limite la tasa de usura y de innovación obligatoria. El hombre es un ser frágil. Nace en el lenguaje, vive en el derecho y muere en el mito. Sometido a un cambio desmesurado, pierde su calidad de hombre.

LA INSATISFACCIÓN

Hemos revisado cinco circuitos diferentes. En cada uno de ellos la herramienta supereficiente amenaza un equilibrio. Amenaza el equilibrio de la *vida*, amenaza el equilibrio de la *energía*, amenaza el equilibrio del *saber*, amenaza el equilibrio del *poder*, en fin, amenaza el derecho a la historia.

La perversión de la herramienta amenaza con saquear el medio físico. El monopolio radical amenaza con congelar la creatividad. La superprogramación amenaza con transformar el planeta en una vasta zona de servicios. La polarización amenaza con instituir un despotismo estructural e irreversible. Finalmente, lo obsoleto amenaza con desarraigar a la especie humana. En cada uno de estos circuitos, y cada vez según una dimensión

diferente, la herramienta supereficiente afecta la relación del hombre con su ambiente: amenaza con provocar un cortocircuito fatal.

Nuestro análisis sería incompleto si se tratara de un circuito con exclusión de los otros. Cada uno de esos equilibrios debe protegerse. Los *outputs* de la energía limpia los puede distribuir un monopolio radical intolerable. La secuela obligatoria o los medios de comunicación omnipresentes pueden afectar el equilibrio del saber y abrir el camino a una polarización de la sociedad, es decir, a un despotismo del saber. Cualquier industria puede engendrar una aceleración insoportable de los ritmos de la usura. Las culturas han florecido en el seno de una multiplicidad de geografías, amenazadas hoy. Pero, actualmente, son también el medio social y el medio psíquico los que corren el riesgo de ser destruidos. La especie humana puede ser envenenada por la contaminación. Puede también desvanecerse y desaparecer por falta de lenguaje, de derecho o de mito. Si el monopolio radical degrada al hombre y la polarización lo amenaza, el choque del futuro puede desintegrarlo.

En cada uno de los circuitos, como se ha visto, se puede determinar criterios y divisar umbrales que permitan verificar la degradación de los diversos equilibrios. Es posible describir estos umbrales en un lenguaje comprensible para todos. En el curso de un proceso político, la población puede servirse de estos criterios para mantener el desarrollo de la herramienta más acá de los umbrales críticos. Los cercos así trazados circunscribirán el tipo de estructuras de las fuerzas productivas que pueden seguir siendo controladas por la población: el poder indicar estos cercos forma el apéndice tecnopolítico necesario a toda constitución contemporánea. Más allá, la herramienta escapa a todo control político. El poder que tiene el hombre de hacer valer su derecho desaparece cuando se vincula a los procesos en los cuales ya no hay derecho a voz en la junta. En tanto pueda gozar de ello, su cuerpo, su reposo, su libertad, sus amores, en una palabra, el sentido de su vida, le serán concedidos como un factor de optimización de la lógica de la herramienta. En este punto, el hombre se ha convertido en materia prima para la megamáquina, la más maleable de las materias primas. Los umbrales críticos circunscriben un espacio que es el de la sobrevivencia humana. Si este espacio no lo limita un Derecho, la dignidad y la libertad de la persona serán arrolladas.

En la hora actual, la investigación científica se orienta masivamente hacia esta reducción del hombre, a través de la persecución de dos objetivos: por una parte, garantizar el avance tecnológico que permita producir

mejor mejores productos; por otra parte, aplicar el análisis de sistemas a la manipulación de la supervivencia de la especie humana, a fin de preservar su mejor consumo. Para permitir al hombre realizarse, la investigación futura debe ir en un sentido radicalmente opuesto, debe llegar a la raíz del mal. Le daremos el nombre de investigación radical. La investigación radical persigue también dos objetivos: por una parte presentar criterios que permitan determinar cuándo una herramienta alcanza un umbral de nocividad; por otra, inventar herramientas que optimicen el equilibrio de la vida y así maximicen la libertad de cada uno. El primer objetivo enfoca la formulación de las cinco clases de umbrales identificadas anteriormente. El segundo, enfoca las limitaciones de las técnicas del bienestar.

La investigación radical no es ni una nueva disciplina científica ni una empresa interdisciplinaria. Es el análisis dimensional de la relación del hombre y su herramienta.

Es evidente que la existencia social del hombre se desarrolla en varias escalas, en diversos medios concéntricos: la célula de base, la unidad de producción, la ciudad, el estado, la tierra, en fin. Cada uno de estos medios tiene su espacio y su tiempo, sus hombres y sus recursos de energía. Hay disfunción de la herramienta en uno de estos medios cuando el espacio, el tiempo y la energía requeridos por el conjunto de herramientas exceden la *escala natural* que corresponde. Estas escalas naturales son susceptibles de identificarse, sin avanzar una determinada interpretación respecto a la naturaleza del hombre o de la sociedad. Estas escalas definen, en términos negativos y de proscripción, el espacio dentro del cual el fenómeno humano se puede observar. Pero no avanzan ni una palabra sobre la naturaleza propia de este fenómeno, como no formulan prescripciones. En este sentido, se puede hablar de la *homeóstasis* del hombre dentro de su ambiente, amenazada por toda disfunción de la herramienta, y se puede definir la política como el proceso por el cual los hombres asumen la responsabilidad de esa *homeóstasis*. Ya va siendo hora de no seguir definiendo las necesidades humanas en abstracto, sometiéndolas, como a los problemas, al tratamiento de la tecnocracia que practica el método de la escalada. Es tiempo de comenzar a buscar dentro de qué cercos las colectividades humanas concretas pueden usar la técnica para satisfacer sus necesidades sin provocar perjuicios a los demás. Precisar el anatema que es necesario lanzar marca el primer paso de la investigación radical.

Los umbrales más allá de los cuales se perfila la destrucción, no determinan el registro en el que una sociedad limita voluntariamente el uso de

sus herramientas. Los umbrales determinan el campo de la supervivencia posible; los límites de ese registro representan los cercos de una cultura. Los umbrales naturales son efecto de la necesidad; los límites culturales son el hecho de la libertad. Los umbrales culturales configuran el derecho constitutivo de cualquier sociedad; los límites prefiguran la justicia convivencial de una sociedad particular. La necesidad de determinar umbrales y de observar los cercos así definidos es la misma para todas las sociedades. La fijación de límites depende del modo de vida y del grado de libertad de cada colectividad.

Existe una forma de disfunción dentro de la cual el crecimiento aún no destruye la vida, pero ya pervierte el uso de la herramienta. La herramienta no es óptima, no es tampoco intolerable; todavía es tolerable, pero es ya supereficiente; degrada un equilibrio de la naturaleza más subjetivo y más sutil que los descritos anteriormente: el *equilibrio de la acción*. Es el equilibrio entre el precio pagado personalmente y el resultado obtenido. Es la conciencia de que *los medios y los fines se equilibran*. Mientras la herramienta avasalla el fin al que debiera servir, el usuario se convierte en presa de una profunda insatisfacción. Si no deja a la herramienta o la herramienta no lo deja a él, se vuelve loco. En el Hades el castigo más espantoso estaba reservado a los blasfemos: el juez de los infiernos condenaba a la acción frenética. La roca de Sísifo es la herramienta pervertida. El colmo es que, en una sociedad en donde la acción frenética es la regla, se formen hombres que rivalizan entre sí en la conquista del derecho de frustrarse a sí mismos. Movidos por la rivalidad, cegados por el deseo, la única cuestión es quién de entre ellos será intoxicado primero por la herramienta.

Como lo he desarrollado en otra parte,³ el predominio del transporte sobre la circulación de la gente puede servir para ilustrar la diferencia entre lo que es la frontera del equilibrio y lo que es un límite elegido para hacer florecer la igualdad en el goce de la libertad. Proteger el ambiente puede significar la prohibición de los transportes supersónicos. Evitar que la polarización social se convierta en intolerable puede significar la prohibición de los transportes aéreos. Defenderse contra el monopolio radical puede significar la prohibición de los automóviles. En ausencia de estas medidas, el transporte amenaza a la sociedad. El equilibrio entre los fines y medios que he subrayado aquí, nos presenta un nuevo criterio de selección de la herramienta. La consideración de este nuevo equilibrio, tal vez nos

³ I. Illich, *Energía y equidad*.

conduzca hasta proscribir todos los transportes públicos de velocidad superior a la de la bicicleta.

Cualquier vehículo cuya velocidad máxima excede cierto umbral, acrecienta la pérdida de tiempo y de dinero del usuario medio. Todas las veces que en un punto del sistema de circulación la velocidad máxima excede cierto umbral, significa que más gente empleará más tiempo en la parada del autobús, en la atascada autopista de circunvalación o en una cama de hospital. Significa también que empleará más tiempo en pagar el sistema de transporte que se está obligado a utilizar.

El umbral crítico de velocidad depende de una multitud de factores: condiciones geográficas, culturales, económicas, técnicas, financieras. Con tantas variables para una incógnita, se podría esperar que el margen de estimación para dicho umbral fuera muy grande. Pero no es así. Es de tal manera bajo y estrecho que parece improbable para la mayoría de los especialistas en circulación.

Hay disfunción en la circulación desde que ésta admite, en un punto dado del sistema, una velocidad superior a la de la bicicleta. Es por esto que la velocidad de la bicicleta puede servir de criterio en la determinación del umbral crítico. Todo exceso en un punto dado del sistema acrecienta la suma de tiempo destinado por el conjunto de los usuarios al servicio de la industria de los transportes.

La sobreabundancia de bienes conduce a la escasez de tiempo. El tiempo se ramifica porque es necesario para consumir y para dejarse asistir, y porque acostumbrarse a la producción hace aún más costoso el desacostumbrarse. Mientras más se enriquece el consumidor, más consciente es de los grados que ha ascendido, tanto en la casa en que vive como en la oficina. Mientras más alto ha trepado en la pirámide de la producción, menos tiempo tiene para abandonarse a las actividades que no pueden contabilizarse.

Es difícil ganar tiempo cuando se tiene muy empeñado el porvenir. Stefan Lindar subraya el hecho de que tenemos la tendencia a sobreemplear el futuro. En tanto el futuro se hace presente, continuamente tenemos la sensación de falta de tiempo, por la sencilla razón de haber previsto jornadas de 30 horas. Como si no fuera suficiente el costo más o menos alto del tiempo —y que en general en una sociedad de la abundancia cada vez se hace más caro—, el sobreempleo del futuro engendra una tensión devastadora.

La industria de los transportes produce escasez de tiempo. En una sociedad en donde mucha gente emplea vehículos rápidos, *todo el mundo de-*

be consagrarles más tiempo y dinero. Una vez roto el equilibrio, sobrepasado el umbral de la velocidad, la rivalidad entre la industria del transporte y las otras industrias se hace feroz, tratando de controlar los espacios y la energía disponibles. Mientras la velocidad crece en forma lineal, la confusión crece en forma exponencial. El tiempo consagrado a la circulación usurpa el tiempo de trabajo, como devora el tiempo de recreo.

Los vehículos más grandes nunca deben estar vacíos; los más rápidos, deben moverse continuamente. Las cápsulas individuales se vuelven ruinosas. Los transportes públicos no prestan servicios más que en las grandes arterias. Es necesario que esto se mueva cada vez más rápido.

Mientras la velocidad aumenta, el vehículo se convierte en tirano de la existencia cotidiana. Se prevé un tiempo determinado, se necesita el doble. Se proyectan planes con meses y hasta con años de anticipación. Algunos de esos planes, realizados con gran costo, no pueden cumplirse. El sentimiento de fracaso es continuo. Se vive bajo tensión. El hombre no se deja programar a voluntad. Cuando se ha sobrepasado el umbral crítico para el equilibrio de la acción, viene el enfrentamiento de la industria de la velocidad con las otras industrias, para ver quién va a despojar al hombre de la parte de humanidad que le queda.

La velocidad es vector clave para detectar cómo la industria del transporte afecta el equilibrio vital. Al considerar las cinco primeras dimensiones se necesita mucho menos de lo que pudiera pensarse para que el transporte se vuelva contra el hombre rompiendo las escalas naturales. Pero se da otro hecho aún más sorprendente. La velocidad, que al aplicar el conjunto de los cinco primeros criterios definidos, se manifiesta tolerable, es del mismo orden de grandeza que la velocidad que optimiza la circulación deseable. Es la que, al menor costo de tiempo social, asegura la equidad del radio de acción y de las posibilidades de acceso maximizadas por la técnica. La gran diversidad de registros de orden técnico que configuran el cerco respectivo de cada civilización caben naturalmente dentro del espacio de la tecnología tolerable. El cerco de lo tolerable coincide, en orden de grandeza, con el límite superior del registro de lo deseable.

La constatación del contrasentido que representa la sobreproducción no se establece solamente sobre los transportes. El mismo tipo de resultados negativos se encuentra a propósito de las inversiones hechas en medicina. En Estados Unidos se ha calculado que más de 95% de los gastos médicos consagrados a los enfermos cuya muerte se sabe próxima, no han tenido ningún efecto benéfico sobre su bienestar; únicamente intensifican su sufri-

miento y los hacen totalmente dependientes de cuidados impersonales, sin prolongar la duración de su existencia. La rentabilidad máxima de un servicio se sitúa dentro de ciertos límites. Pasado cierto umbral, la salud de un paciente se mide por su cuenta de hospital, como la riqueza de una nación se mide por la cuenta de gastos globales que es un PNB. A la escala del individuo como a la de la colectividad, es preciso pagar siempre. Es preciso pagar para remunerar al capital, es preciso también pagar los platos rotos del crecimiento. Al practicar la escalada de la técnica, la medicina primero deja de sanar y después deja de prolongar la vida humana. Se transforma en ritual de negación de la muerte: el individuo superadaptado a la máquina hace su última vuelta a la pista, espectacular. Habrá hecho su mejor tiempo.

En una primera etapa, la investigación radical se ciñe a estudiar el alza en las desutilidades marginales y las amenazas engendradas por el crecimiento. En una segunda etapa, se aplica a descubrir los sistemas y las instituciones que optimizan los modos de producción convivenciales. Esta investigación provoca resistencias, de las que las de orden psíquico no son las menores. El hombre superinstrumentado es como el *junkie*: la costumbre deforma el conjunto de su sistema de valores y mutila su capacidad de juicio. Los drogadictos de toda clase están dispuestos a pagar cada vez más por gozar cada vez menos. Toleran la escalada de la desutilidad marginal. Nada puede afectarles mientras les anime una sola preocupación: elevarse. Tales espíritus consideran los transportes más como un medio de producir el placer de la velocidad que como medio de ampliar la libertad y el goce de moverse. No aceptarán sin dificultad la evidencia de que el hombre es un ser naturalmente móvil y que la técnica, por medio de la bicicleta, eleva la movilidad de una sociedad a un nuevo orden de grandeza más allá del cual ninguna aceleración del vehículo puede hacerla crecer.

La investigación radical se ciñe a hacer sensible la relación entre el hombre y la herramienta, después a hacerla nítida, a identificar los recursos de que disponemos y los efectos que se pueden alcanzar con sus diferentes usos.

Hacer sensible la degradación de los equilibrios que establece la supervivencia, es la tarea inmediata de la investigación radical. La investigación radical detecta las categorías de población más amenazadas y les ayuda a discernir la amenaza. Hace tomar conciencia a los individuos o grupos, hasta entonces divididos, de que sobre sus libertades fundamentales pesan las mismas amenazas. Muestra que la exigencia de libertad real, formulada por quien sea, sirve siempre al interés de la mayoría.

Desacostumbrarse al crecimiento será doloroso. Será doloroso para la generación de transición y, sobre todo, para los más intoxicados de sus miembros. Ojalá el recuerdo de tales sufrimientos preserve a las generaciones futuras de nuestros yerros.

LOS OBSTÁCULOS Y LAS CONDICIONES DE LA INVERSIÓN POLÍTICA

HEMOS VISTO que el equilibrio de la vida se despliega en cinco dimensiones. En cada una de ellas sólo el mantenimiento de un equilibrio determinado que la caracteriza garantiza la *homeóstasis* constitutiva de la vida humana. La intervención en la ecosfera será racional sólo a condición de no franquear los límites genéticos. La institución no suscita la cultura sino al permitir y hacer efectivo un sutil equilibrio entre la acción personal autónoma y las restricciones directrices que ella misma impone. Borrar las barreras geográficas y culturales no puede promover la originalidad social si esa acción no va acompañada de la reducción de la brecha energética entre los privilegiados y la gran mayoría. Un crecimiento en la tasa de innovación sólo tiene valor si acentúa el arraigo más profundo en la tradición y en la plenitud del sentido.

De instrumento, la herramienta puede convertirse en amo, y después en verdugo del hombre. La relación se invierte con más rapidez de lo que se espera: el arado hace del hombre señor de un jardín, y muy pronto un errabundo en un campo polvoriento. La vacuna, que selecciona a sus víctimas, engendra una raza capaz de sobrevivir únicamente en un medio acondicionado. Nuestros hijos nacen disminuidos en un mundo inhumano. El *homo faber*, de aprendiz de brujo, se transforma en basure-ro voraz.

La herramienta puede crecer en dos formas, sea para aumentar el poder del hombre o para reemplazarlo. En el primer caso, la persona conduce su propia existencia, tomando el control y la responsabilidad. En el segundo, es finalmente la máquina la que lo conduce: reduce a la vez la elección del operador y la del usuario-consumidor; luego les impone a los dos su lógica y sus exigencias. Amenazada por la omnipotencia de la herramienta, la supervivencia de la especie depende del establecimiento de procedimientos que permitan a todo el mundo distinguir claramente entre estas dos maneras de racionalizar y de emplear la herramienta y, con ello, inciten a elegir la supervivencia dentro de la libertad. En el cumplimiento de esta tarea, hay tres obstáculos que nos cierran el camino: la idolatría de la cien-

cia, la corrupción del lenguaje cotidiano y la devaluación de los procedimientos formales que estructuran la toma de decisiones sociales.

LA DESMITIFICACIÓN DE LA CIENCIA

Por encima de todo, el debate político está congelado por un engaño respecto a *la ciencia*. La palabra ha venido a significar una empresa institucional en vez de una actividad personal; la solución de un rompecabezas en vez del despliegue imprevisible de la creatividad humana. La ciencia es actualmente una agencia de servicios fantasmas y omnipresente que produce *mejor saber*, igual que la medicina produce mejor salud. El daño causado por este contrasentido en la naturaleza del saber es aún más radical que el mal hecho por la mercantilización de la educación, de la salud y de la movilidad. La falsedad de la mejor salud corrompe el cuerpo social, pues cada uno se preocupa cada vez menos de la calidad del ambiente, de la higiene, de su modo de vida o de su propia capacidad de cuidar a los demás. La institucionalización del saber conduce a una degradación global más profunda, pues determina la estructura común de los otros productos. En una sociedad que se define por el consumo del saber, la creatividad se mutila y la imaginación se atrofia.

Esta perversión de la ciencia se funda en la creencia en dos especies de saber: el inferior del individuo, y el saber superior de la ciencia. El primer saber sería del dominio de la opinión, la expresión de una subjetividad, y el progreso nada tendría que ver en ello. El segundo sería objetivo, definido por la ciencia y extendido por voceros expertos. Este saber objetivo se considera como un bien que se puede almacenar y mejorar constantemente. Es un recurso estratégico, un capital, la más preciosa de las materias primas, el elemento base de lo que se ha dado en llamar la *toma de decisiones*, siendo éstas, a su vez, concebidas como un proceso impersonal y técnico. Bajo el nuevo reino de la computadora y de la dinámica de grupo, el ciudadano abdica de todo su poder en favor del experto, el único competente.

El mundo no es portador de ningún mensaje, de ninguna información. Es lo que es. Todo mensaje que le concierne es producto de un organismo vivo que actúa sobre él. Cuando se habla de la información almacenada fuera del organismo humano, se cae en una trampa semántica. Los libros y las computadoras forman parte del mundo. Ofrecen datos siempre que haya ojos para leerlos. Al confundir el medio con el mensaje, el receptácu-

lo con la información misma, los datos con la decisión, relegamos el problema del saber y del conocimiento al punto muerto de nuestra mente.

Intoxicados por la creencia de un porvenir mejor, los individuos cesan de fiarse de su propio criterio y piden que se les diga la verdad sobre lo que "saben". Intoxicados por la creencia en una toma mejor de decisiones, les es difícil decidir por sí solos, y pronto pierden la confianza en su propio poder de hacerlo. La impotencia creciente del individuo para tomar por sí mismo decisiones afecta la estructura base de su espera. Antes, los hombres se disputaban una escasez concreta, en el presente reclaman un mecanismo distribuidor para colmar una falta ilusoria. El ritual burocrático organiza el consumo frenético del menú social: programa de educación, tratamiento médico o acción judicial. El conflicto personal se ve privado de toda legitimidad, desde que la ciencia promete la abundancia para todos y pretende dar a cada uno según sus demandas personales y sociales, objetivamente identificadas. Los individuos, que han desaprendido a reconocer sus propias necesidades así como a reclamar sus propios derechos, se convierten en presa de la megamáquina que define en su lugar lo que les hace falta. La persona ya no puede por sí misma contribuir a la renovación continua de la vida social. El hombre llega a desconfiar de la palabra, se apeg a un ser supuesto. El voto reemplaza al corrillo; la casetta electoral, a la terraza del café. El ciudadano se sienta frente a la pantalla, y calla.

Las reglas del sentido común que permitían a los hombres conjugar y compartir sus experiencias se destruyen. El consumidor/usuario tiene necesidad de su dosis de saber garantizado, cuidadosamente acondicionado. Encuentra su seguridad en la certidumbre de leer el mismo periódico que su vecino, de mirar la misma emisión televisiva que su patrón. Se contenta con tener acceso al mismo grifo del saber que su superior, antes que tratar de instaurar la igualdad de condiciones que darían a su palabra el mismo peso que tiene la del patrón. La dependencia, en todas partes aceptada como un hecho, en relación con el saber altamente calificado, producido por la ciencia, la técnica y la política, erosiona la confianza tradicional en la veracidad del testigo y despoja de su sentido las principales formas en que los hombres pueden intercambiar sus propias certidumbres. Hasta en los tribunales, el experto rivaliza en importancia con los testigos. Al experto se le admite casi como testigo patentado, se olvida que su declaración no representa sino lo que se oye decir: es la *opinión* de una profesión. Sociólogos y psiquiatras acuerdan o rechazan el derecho a la palabra, a una palabra

audible. Al poner su fe en el experto, el hombre se despoja de su competencia jurídica, primero, y política, después. Su confianza en la omnipotencia de la ciencia incita a los gobiernos y a sus administradores a descansar sobre la ilusión de que se eliminarán los conflictos suscitados por un evidente enrarecimiento del agua, del aire o de la energía; a creer ciegamente en los oráculos de los expertos, que prometen milagros multiplicadores.

Nutrida en el mito de la ciencia, la sociedad abandona a los expertos hasta la preocupación de fijar límites al crecimiento. Ahora bien, semejante delegación de poder destruye el funcionamiento político; a la palabra, como medida de todas las cosas, se la sustituye por la obediencia a un mito y, finalmente, legitima en cierta forma los experimentos practicados en los hombres. El experto no representa al ciudadano, forma parte de una élite cuya autoridad se basa en la posesión exclusiva de un saber no comunicable; pero, en realidad, este saber no le confiere ninguna aptitud particular para definir las delimitaciones del equilibrio de la vida. El experto no podrá jamás decir dónde se encuentra el umbral de tolerancia humana. Es la persona quien lo determina; en comunidad, nada le puede hacer desistir de ese derecho. Ciertamente, es posible hacer experiencias sobre seres humanos. Los médicos nazis han explorado los límites de resistencia del organismo. Descubrieron por cuánto tiempo el individuo medio puede soportar la tortura, pero esto nada les reveló respecto a lo que alguien puede considerar tolerable. Hecho significativo, esos médicos fueron condenados, de acuerdo con un pacto firmado en Nuremberg, dos días después de la destrucción de Hiroshima, en vísperas de la destrucción de Nagasaki.

Lo que un pueblo puede tolerar queda fuera del alcance de todo experimento. Se puede decir lo que será de un grupo de hombres particulares dentro de una situación extrema: prisioneros, náufragos o conejos de indias. Pero esto no puede servir para determinar el grado de sufrimiento y frustración que una sociedad dada aceptaría sufrir a causa de la instrumentación forjada por ella misma.

Ciertamente, las operaciones científicas de medida pueden indicar que un determinado tipo de comportamiento amenaza un equilibrio vital mayor. Pero sólo una mayoría de hombres juiciosos, que conozcan la complejidad de las realidades cotidianas y que las tomen en cuenta en sus actuaciones, pueden encontrar la forma de limitar los fines que persiguen la sociedad y los individuos. La ciencia puede iluminar las dimensiones del reino del hombre en el cosmos, pero precisa una comunidad política de hombres conscientes de la fuerza de su razón, del peso de su palabra y de la

seriedad de sus actos, para elegir libremente la austeridad que garantizará su vitalidad.

EL DESCUBRIMIENTO DEL LENGUAJE

Entre 1830 y 1850 una docena de sabios descubrieron y formularon la ley de conservación de la energía. La mayoría de ellos eran ingenieros que, cada uno por su cuenta, habían redefinido la energía cósmica en términos de pesos levantables por una máquina. Gracias a operaciones de medida efectuadas en laboratorio, se creyó al fin posible reducir a un denominador común la energía primordial, la *vis viva* de la tradición. Entonces las ciencias exactas se pusieron a dominar la investigación.

En esta misma época, y en forma análoga, la industria comenzó a competir con los otros modos de producción. Los éxitos industriales se volvieron la medida y la regla de la economía entera. Pronto se tuvo como subsidiarias a todas las actividades productoras a las cuales no se podían aplicar las reglas de medición y los criterios de eficiencia aplicables en la producción en serie: esto valió para los trabajos domésticos, la artesanía y la agricultura de subsistencia. El modo industrial de producción comenzó por degradar la red de relaciones productivas que hasta entonces habían coexistido en la sociedad, para luego paralizarla.

Este monopolio, que ejerce un solo modo de producción sobre todas las relaciones productivas, es más insidioso y más peligroso que la competencia entre firmas, pero menos visible. Es fácil conocer al ganador en la competencia abierta: es la fábrica que utiliza el capital en forma intensiva; es el negocio mejor organizado; la rama industrial más esclavista y mejor protegida; la empresa que malgasta con la mayor discreción o que fabrica más armamentos. A gran escala, este curso toma la forma de una competencia entre firmas transnacionales y naciones en vías de industrialización. Pero este juego mortal entre titanes distrae la atención de su propia función ritual. A medida que se extiende el campo de la competencia, una misma estructura industrial se desarrolla a través del mundo y polariza la sociedad. El modo de producción industrial establece su dominio no sólo sobre los recursos y la instrumentación sino también sobre la imaginación y los deseos de un número creciente de individuos. Es el monopolio radical generalizado, ya no el de una rama de la industria sino el del modo industrial de producción. El hombre mismo, en cierta forma, está industrializado. Los sistemas políticos hacen prodigios de ingenio y de agilidad semántica para

bautizar con nombres opuestos a esta misma estructura industrial en expansión en todas partes, sin comprender que ella escapa a su control. El antagonismo entre los países pobres y los países ricos, entre las naciones sumisas a una planificación central y las naciones gobernadas por la ley del mercado, es el antifaz necesario para que este monopolio parezca benéfico.

Extendida por el mundo entero, esta industrialización del hombre lleva consigo la degradación de todos los lenguajes, y se hace muy difícil encontrar las palabras que hablarían de un mundo opuesto al que las ha engendrado. El lenguaje refleja el monopolio que el modo industrial de producción ejerce sobre la percepción y la motivación. En las naciones industriales, cuando el hombre habla de sus obras, las palabras que emplea designan los productos de la industria. El lenguaje refleja la materialización de la conciencia. Cuando el hombre aprende algo por la lectura dice que ha *adquirido educación*. El deslizamiento funcional del verbo hacia el sustantivo subraya el empobrecimiento de la imaginación social. La práctica nominalista del lenguaje sirve para marcar las relaciones de propiedad: la gente habla del trabajo que *tiene*. En toda América Latina, sólo los que tienen un empleo dicen que *tienen* trabajo. Los campesinos (que son la gran mayoría) dicen que *lo hacen*: “se va a trabajar, pero no se tiene trabajo”. Los trabajadores modernos y sindicalizados no sólo esperan que la industria produzca más bienes y servicios, sino también más trabajo para más gente. No solamente el hacer es sustantivo, sino también el querer. La habitación es más un bien que una actividad; el abrigo se convierte en bien que uno se procura o que reivindica al verse privado del poder abrigarse por sí mismos. Se adquiere el saber, la movilidad, y aun la sensibilidad o la salud. Se tiene trabajo o salud, como se tiene placer.

El deslizamiento del verbo hacia el sustantivo refleja también el empobrecimiento del concepto de propiedad. *Posesión, embargo, abuso*, no pueden indicar la relación del individuo o del grupo con una institución como la escuela. Porque en su función esencial una herramienta semejante escapa, como hemos visto, a todo control. Las afirmaciones de propiedad que conciernen a la herramienta vienen a designar la capacidad de detentar sus productos, sea el interés objetivo del capital o los objetos manufacturados, o incluso toda especie de prestigio ligado a lo uno o a lo otro. El consumidor-usuario integral, el hombre plenamente industrializado, no se apodera más que de lo que consume. Dice: *mi educación, mis desplazamientos, mis recreos, mi salud*. A medida que el campo de su quehacer se estrecha, reclama productos de los que se dice *propietario*. Sometido al monopolio de un

solo modo de producción, el usuario ha perdido todo sentido de la rica pluralidad de estilos de tener. En las lenguas polinesias, hay formas verbales distintas para expresar la relación que yo mantengo con mis actos (que me siguen), mi nariz (que me pueden quitar), mis prójimos (que no he escogido), mi piragua (sin la cual no sería un hombre verdadero), una bebida (que ofrezco) y la misma bebida (que me dispongo a tomar).

Es una sociedad donde el lenguaje se ha sustantivado, los predicados se formulan en términos de lucha contra la escasez dentro del cuadro de la concurrencia. "Yo quiero aprender" se convierte en "yo quiero adquirir una educación". A la decisión de actuar se le reemplaza por la demanda de un billete de lotería escolar. "Yo tengo deseos de ir a alguna parte" se transforma en "yo quiero un medio de transporte". La insistencia sobre el derecho de actuar se sustituye por la insistencia sobre el derecho de tener. En el primer caso, el sujeto es actor; en el segundo, usuario. El cambio de la lengua apoya la expansión del modo de producción industrial: la competencia gobernada por valores industrializados se refleja en la nominalización del lenguaje. La lucha competitiva inevitablemente toma la forma de un juego de suma cero en el que lo que un jugador pierde se transforma en ganancia para los otros jugadores. En el barullo, la gente juega con los nombres tal como los percibe: valorando únicamente el aprendizaje promueve la escuela, define la *educación* como objeto de competición. El *Alma mater* tiene demasiados hijos pegados a sus pechos: el que traga su ración de educación priva a un hermano de leche.

El conflicto personal no es forzosamente una lucha por obtener un bien escaso. Puede también expresar un desacuerdo sobre los medios para asegurar mejor la autonomía de la persona. En este caso, el conflicto se vuelve creador de libertad. Pero el lenguaje nominalista ha oscurecido esta profunda verdad: que el conflicto puede crear derecho para ambos adversarios; creador del derecho de hacer las cosas que, por definición, no son ni bienes ni objetos escasos. El conflicto conducirá al derecho de caminar, de hablar, de leer, de escribir o de recordar en igualdad, de participar en el cambio social, de respirar aire puro y de emplear herramientas convivenciales. Haciéndolo, privará a las dos partes de un bien determinado, por amor de una ganancia inapreciable como es una nueva libertad compartida. Al limitar el consumo obligado, se libera el campo de la acción.

El código operatorio de la instrumentación industrial se incardina en el habla cotidiana. La palabra del hombre que vive como poeta es apenas tolerada como protesta marginal y siempre que no perturbe a la muche-

dumbre que hace cola frente al aparato distribuidor de productos. Si no accedemos a un nuevo grado de conciencia que nos permita reencontrar la función convivencial del lenguaje, no llegaremos jamás a invertir ese proceso de industrialización del hombre. Pero si cada uno se sirve del lenguaje para reivindicar su derecho a la acción social antes que al consumo, el lenguaje se convertirá en el medio para restituir su transparencia a la relación del hombre con la herramienta.

LA RECUPERACIÓN DEL DERECHO

La ley y el derecho, en sus formas actuales, están, de manera abrumadora, al servicio de una sociedad en expansión indefinida. El proceso por el cual los hombres deciden sobre lo que se debe hacer está actualmente sometido a la ideología de la productividad: hay que producir más, más saber y decisiones, más bienes y servicios. Después de la perversión del saber y del lenguaje, la perversión del derecho es el tercer obstáculo a una actualización política de los límites. Los partidos, los modos de legislación y el aparato judicial han sido requisados al servicio del crecimiento de las escuelas, de los sindicatos, de los hospitales y de las autopistas, para no hablar de las fábricas. Poco a poco, no sólo la policía, sino también los órganos legislativos y los tribunales han llegado a considerarse como una instrumentación al servicio del Estado industrial. Si a veces defienden al individuo ante las pretensiones de la industria, ésta es la coartada de su docilidad para servir al monopolio radical y de su servilismo para legitimar una concentración siempre más fuerte de poderes. A su manera, los magistrados se convierten en cuerpo de ingenieros del crecimiento. En la democracia popular o capitalista, son los aliados "objetivos" del instrumento contra el hombre. Con la idolatría de la ciencia y la corrupción del lenguaje, esta degradación del derecho es un obstáculo mayor para la reinstrumentación de la sociedad.

Se comprende que una sociedad distinta es posible cuando se logra expresarla claramente. Se provoca su aparición al descubrir el procedimiento por el que la sociedad presente toma sus decisiones. Se organiza su estructura, cuando se utiliza la lengua materna y los procedimientos tradicionales del derecho para servir a fines opuestos a los que fija su presente uso. Pues en cada sociedad hay una estructura profunda que organiza la toma de decisión. Esta estructura existe dondequiera que los hombres se

reúnen. El mismo proceso puede dar lugar a decisiones contradictorias, porque la estructura no sirve únicamente para la definición de los valores personales, sino también para la supervivencia de un comportamiento institucionalizado. La existencia de contradicciones no contradice la existencia de una estructura coherente que las engendre, sino al contrario. Yo puedo decidir adquirir una educación aun si por otra parte he decidido que valdría más aprender participando en la vida cotidiana. Me puedo dejar transportar al hospital aun cuando haya decidido que sufriría menos y moriría más fácilmente quedándome en casa. Lo mismo que la captación de disonancias cognoscitivas funda la poesía, así la coexistencia de normas contradictorias manifiesta la existencia de procedimientos normativos.

Los hombres han perdido la confianza en los procedimientos disponibles, no porque éstos hayan sido pervertidos en sí, sino por el uso abusivo que constantemente se hace de ellos. Se utilizan para atiborrar a la gente con argumentos éticos, políticos o legales. Se han convertido en engranajes de la producción ilimitada. Las Iglesias predicán la humildad, la caridad y la pobreza, y financian programas de desarrollo industrial. Los socialistas se han convertido en defensores sin escrúpulos del monopolio industrial. La burocracia del derecho se ha aliado con las burocracias de la ideología del bienestar general para defender el crecimiento de la herramienta. Pronto será la computadora la que decida ideas, leyes y técnicas indispensables al crecimiento.

Si no nos ponemos de acuerdo sobre un procedimiento eficaz, duradero y convivencial, con el fin de controlar la instrumentación social, la inversión de la estructura institucional existente no se podrá iniciar y menos mantener. Siempre habrá administradores que quieran aumentar la productividad de la institución, y tribunos que prometan la luna a las multitudes ávidas.

Cada vez que se propone utilizar el derecho como herramienta de inversión de la sociedad, surgen tres objeciones: la primera es superficial: no todos pueden ser juristas, por tanto no todos pueden manejar el derecho por su cuenta. Naturalmente, esto es verdad sólo en cierta medida. Sistemas parajurídicos podrían establecerse dentro de ciertas comunidades, y luego incorporarse a la estructura del conjunto. Es más, a la participación del profano se le podría adjudicar un campo de acción más vasto y revelarse como preciosa en los procedimientos de mediación, de conciliación o de arbitraje. Pero, aun si la objeción es fundada, no viene al caso. El derecho se aplicaría a la regulación de las herramientas, gobernando la vida cotidiana.

na, pues no hay razón para que la mayoría de los procesos no se descentralicen, se desmitifiquen y se desburocraticen. Queda el que ciertos problemas sociales se presentan en gran escala, son complejos y posiblemente permanecerán así por mucho tiempo, y exigen una instrumentación jurídica a su medida. Si está destinado a servir a vastos grupos de hombres, cada uno portador de una tradición secular, para negociar proscripciones a escala mundial, el derecho, como proceso de regulación de esos problemas sociales, es, de hecho, una herramienta que requiere expertos como operadores. Pero eso no significa que dichos expertos deban ser doctores en derecho o formar un mandarinato.

La segunda objeción toca directamente nuestro tema, y va mucho más lejos: los actuales operadores de la instrumentación jurídico-social están profundamente intoxicados por la mitología del crecimiento. Su visión de lo posible y de lo factible se mantiene conforme al adoctrinamiento industrial. Sería una locura esperar que los gerentes de una sociedad productivista se transformaran en vestales de la sociedad convivencial. El alcance de esta observación se completa y subraya por una tercera objeción: el sistema jurídico no sólo es un conjunto de reglas escritas, es un proceso continuo a través del cual las leyes se elaboran y se aplican a situaciones reales. A través de la serie de actos jurídicos, la colectividad se da cierto marco mental. De ello resulta un contenido del derecho que refleja la ideología de los legisladores y de los jueces. La manera en que estos últimos perciben la ideología subyacente a toda cultura se convierte en la mitología oficial que se concreta en las leyes que formulan y aplican. El cuerpo de las leyes que regula una sociedad industrial refleja inevitablemente la ideología, las características sociales y la estructura de clase, al mismo tiempo que la refuerzan y aseguran su reproducción. Cualquiera que sea su sello ideológico, toda sociedad moderna sitúa siempre el bien común en el orden del *más*: más poder a las empresas y a los expertos, más consumo al usuario.

Si bien estas objeciones subrayan una dificultad fundamental en el uso del derecho con el fin de invertir la sociedad, dejan de lado el asunto. Cuidadosamente hago la distinción entre el cuerpo de las leyes y la estructura formal que lo elabora, al igual que distingo entre el uso de *slogans* al que recurren las instituciones y la práctica del lenguaje cotidiano. Así también distinguiré entre un conjunto de políticas y el proceso formal que les da origen. Es bien evidente que, tratándose del derecho, así como del saber o del lenguaje, nos ceñimos a la estructura que rige en profundidad la donación de sentido. De la recuperación plena y del libre uso de esa estructura de-

pende el despertar de las fuerzas capaces de transfigurar "la alianza para el progreso".

En una época en que la *operación* se ha convertido en un fin en sí, nunca se insistirá bastante sobre la distinción entre los fines y los medios, entre el procedimiento y la sustancia. Vivimos en un mundo en donde el lenguaje nos habla, el saber nos piensa y el derecho nos actúa. El lenguaje se reduce a la emisión y a la recepción de mensajes; el pensamiento, a la acumulación de informaciones; el derecho, a la reglamentación del proyecto. Para reencontrar esta distinción crucial entre el procedimiento y la sustancia, el análisis del procedimiento jurídico nos puede servir de paradigma, puesto que esta distinción se encuentra en la raíz del derecho, aunque cada ejemplo del derecho se caracteriza por el estilo particular de su proceso formal. Aquí apoyaré mi argumentación haciendo referencia al derecho angloamericano.

EL EJEMPLO DEL DERECHO CONSUETUDINARIO

La estructura formal del *common law* presenta dos rasgos dominantes y complementarios que le hacen particularmente adaptable a las necesidades de un tiempo de crisis. El sistema se basa en la continuidad y la oposición antagónica o contradictoria de las partes (*adversary nature of the common law*).

La continuidad inherente al proceso de elaboración del derecho conserva, en un sentido, la sustancia del cuerpo de las leyes. Esto no es tan evidente en la etapa legislativa. El legislador tiene el campo abierto para innovar, desde el momento en que permanece dentro del marco constitucional. Pero toda nueva ley debe inscribirse dentro del contexto de la legislación existente y, por este hecho, no puede apartarse mucho del derecho vigente.

Es claro que la función de la jurisprudencia consiste en asegurar la continuidad de la sustancia del derecho, actualizándola. Los tribunales aplican el derecho a situaciones reales. La jurisprudencia zanja del mismo modo dos casos idénticos o decide, por el contrario, que el mismo hecho ya no significa hoy la misma cosa que ayer. El derecho representa la autoridad soberana que el pasado ejerce sobre el conflicto presente, la continuidad de un proceso dialéctico. El tribunal da al conflicto un estatuto social, luego incorpora el juicio emitido al cuerpo del derecho. Dentro del proceso jurídico se reactualiza la experiencia social del pasado en vista de las necesida-

des presentes; en el futuro, a su vez, el juicio presente servirá de precedente para arreglar otras diferencias.

La continuidad de la estructura formal que rige el proceso jurídico no se reduce a la simple incorporación de un conjunto de prejuicios en un conjunto de leyes. Sólo desde el punto de vista formal, este modo de continuidad no se dirige a preservar el contenido de tal o cual ley. Muy al contrario, podría servir para preservar el desarrollo continuo del derecho de una sociedad regida por principios inversos. En la mayoría de las constituciones, nada prohíbe proponer leyes sobre una limitación de la productividad, de los privilegios burocráticos, de la especialización o del monopolio radical. En principio, a condición de estar inversamente orientado, el proceso legislativo y jurisprudencial podrían servir para formular ese derecho nuevo y hacer que se respete.

De igual importancia es el carácter contradictorio del procedimiento de la *common law*. Desde un punto de vista formal, la *common law* nada tiene que ver con la definición de lo que está bien en materia ética o técnica. Es una herramienta para comprender las relaciones, cuando éstas estallan en forma de conflictos reales. Corresponde a las partes afectadas reclamar su derecho o reivindicar aquello que consideren bueno. Así funciona la estructura tanto a nivel legislativo como a nivel jurisprudencial. Al equilibrar intereses opuestos, la decisión debería retener lo que es, en teoría, preferible para todos.

En las últimas generaciones, este equilibrio, siempre deformado por uno u otro prejuicio, se ha dirigido globalmente en favor de la sociedad de crecimiento. Pero la frecuente perversión de la estructura jurídica no predica contra su inversión. Muy al contrario, nada impide a las partes globalmente opuestas a la sociedad productivista —liberadas de la ilusión de que el crecimiento puede suprimir la injusticia social y conscientes de la necesidad de límites— recurrir a esta herramienta. Ciertamente, no basta con que aparezca un nuevo tipo de alegante; es preciso también que el legislador se desintoxique del crecimiento, que las partes interesadas insistan en la protección de sus intereses y que, con ese fin, se dediquen a una revaluación sistemática de las evidencias y de las certidumbres demasiado bien establecidas.

La ley, como la jurisprudencia, supone que las partes someten los conflictos de interés social al juicio de un tribunal imparcial. Este tribunal, o sala de apelación, opera en forma continua. El juez ideal es una persona común, prudente, en el fondo indiferente al asunto en debate, experto en el

ejercicio del procedimiento. Pero, dentro de la realidad de la vida, el juez es un hombre de su tiempo y de su medio. De hecho, el tribunal ha llegado a servir a la concentración del poder y al crecimiento de la producción industrial. No sólo el juez y el legislador son impulsados a creer que un asunto está bien juzgado y el conflicto debidamente resuelto cuando la balanza de la justicia se inclina en favor del interés global de las industrias, sino que además la sociedad ha condicionado al demandante a exigir que éstas crezcan. Más bien se reivindica una tajada grande del pastel institucional y no la protección contra una institución que mutila la libertad. Sin embargo, el uso abusivo de la herramienta jurídica no corrompe su naturaleza misma.

Cuando se presentan los procedimientos que oponen formalmente adversarios como la herramienta clave que permite limitar el crecimiento industrial, se levanta a menudo una objeción, a saber: las sociedades ya son fuertemente dependientes de estos procedimientos, muchas veces ineficaces. Los reformadores de América del Norte reivindican el derecho a la oposición legal para los negros, los indios, las mujeres, los trabajadores, los lisiados, los consumidores organizados. El procedimiento se hace largo, incómodo y costoso, y la mayoría de los demandantes no pueden llegar hasta el fin. Los asuntos se rezagan y las decisiones llegan demasiado tarde. El procedimiento se convierte en un juego que crea nuevos antagonismos, nuevas competencias. Se ha desviado de su fin y la decisión se vuelve un bien escaso. La sociedad del crecimiento recupera así al usuario del procedimiento formal.

La objeción que se opone a esta multiplicación de procedimientos no queda desplazada si enfoca su proliferación como medio de resolver conflictos personales. Pero aquí los conflictos entre personas o las luchas de grupos entre sí no son mi tema. Lo que me interesa no es la oposición entre una clase de hombres explotados y otra clase propietaria de las herramientas, sino la oposición que se sitúa primero entre el hombre y la estructura técnica de la herramienta y, luego, como consecuencia, entre el hombre y las profesiones cuyo interés consiste en mantener esta estructura técnica. En la sociedad, el conflicto fundamental afecta los actos, los hechos o los objetos respecto a los cuales las personas entran en oposición formal con las empresas y las instituciones manipuladoras. Formalmente, el procedimiento contradictorio es el modelo de la herramienta de que disponen los ciudadanos para oponerse a las amenazas que la industria presenta.

Con raras excepciones, las leyes y los cuerpos legislativos, los tribunales y los juicios, los demandantes y sus demandas están profundamente pervertidos por el acuerdo unánime y aplastante que acepta sin murmurar el modo de producción industrial y sus *slogans*: *mientras más, mejor*. Además, las empresas y las instituciones saben mejor que las personas cuál es el interés público y cómo servirlo. Pero esta unanimidad desconcertante en nada desvirtúa mi tesis: una revolución que no recurre a los procedimientos jurídicos y políticos se condena al fracaso. Únicamente una activa mayoría de individuos y de grupos que busquen en un procedimiento convivencial común recobrar sus propios derechos, puede arrancar al Leviatán el poder de determinar los cercos que se deben imponer al crecimiento para sobrevivir y el poder de elegir los límites que optimicen una civilización.

Para entablar la lucha contra los prejuicios reinantes que conduzca a la inversión, algunos individuos que pertenecen a las grandes profesiones pueden jugar un papel orientador. Al tomar conciencia de la crisis de la escuela, los educadores generalmente buscan una solución-milagro para enseñar más cosas a más gente. Sus esfuerzos y sus pretensiones amplifican la importancia de la minoría de pedagogos que insisten en los *límites pedagógicos* del crecimiento industrial. De la misma manera, los médicos tienen la tendencia a creer que por lo menos una parte de su saber puede expresarse únicamente en términos esotéricos. A sus ojos, un colega que seculariza los actos médicos no es más que un profanador. Es vano esperar que el Colegio de Médicos, el Sindicato de la Educación Nacional o la Asociación de Ingenieros de la Circulación, expliquen en términos sencillos, sacados del lenguaje común, el gangsterismo profesional de sus colegas. Asimismo, es vano pensar que los diputados, los juristas y los magistrados van de pronto a reconocer la independencia del derecho de su noción preconcebida del bien, que se confunde con el suministro de la mayor cantidad de productos al mayor número de gente, porque todos están domesticados para arbitrar conflictos en favor de su propia rama de actividad, ya hablen en nombre de los patronos, de los asalariados, de los usuarios o de sus propios colegas. Pero, aquí o allá, por excepción se encontrará a un médico que ayude a los demás a vivir en forma responsable, a aceptar el sufrimiento, a afrontar la muerte y, de modo similar, por excepción se encontrarán juristas que ayuden a las personas a utilizar la estructura formal del derecho para defender sus intereses dentro del marco de una sociedad convivencial. Aun si la sentencia dictada no llega finalmente a satisfacer a los demandantes, la acción servirá siempre para poner en evidencia el litigio.

No cabe duda de que el recurso al procedimiento, con el fin de inmovilizar y de invertir nuestras instituciones dominantes, se presenta a los más poderosos de sus administradores y a los más intoxicados de los usuarios como una desviación del derecho y una subversión del único orden que reconocen. En sí, el recurso a un procedimiento convivencial, en forma debida, es una monstruosidad y un crimen a los ojos del burócrata, aunque éste pretenda ser juez.

LA INVERSIÓN POLÍTICA

SI EN UN FUTURO muy próximo la humanidad no limita el impacto de su instrumentación sobre el ambiente y no pone en práctica un control eficaz de los nacimientos, nuestros descendientes conocerán el espantoso apocalipsis predicho por muchos ecólogos. La sociedad puede aislar su supervivencia dentro de los límites fijados y reforzados por una dictadura burocrática, o bien reaccionar *políticamente* a la amenaza, recurriendo a los procedimientos jurídico y político. La falsificación ideológica del pasado nos vela la existencia y la necesidad de esta elección.

La gestión burocrática de la supervivencia humana es una elección aceptable, desde el punto de vista ético o político. Pero habrá de fracasar. Es posible que la gente vuelva a poner por propia voluntad sus destinos en manos de un *Big Brother* y de sus agentes anónimos, aterrorizados por la creciente evidencia de la superpoblación, de la mengua de los recursos y de la organización insensata de la vida cotidiana. Es posible que a los tecnócratas se les encargue conducir el rebaño al borde del abismo, es decir, fijar los límites multidimensionales al crecimiento, justamente más acá del umbral de la autodestrucción. Semejante fantasía suicida mantendría al sistema industrial en el más alto grado de productividad capaz de ser tolerado.

El hombre viviría protegido en una cápsula de plástico que le obligaría a sobrevivir como el condenado a muerte antes de la ejecución. El umbral de tolerancia del hombre en materia de programación y de manipulación pronto se volvería el obstáculo más serio para el crecimiento. Y la empresa alquímica renacería de sus cenizas: se trataría de producir y de hacer obedecer al mutante monstruoso parido por la pesadilla de la razón. Para garantizar su supervivencia en un mundo racional y artificial, la ciencia y la técnica se empeñarían en instrumentar el psiquismo del hombre. Desde el nacimiento a la muerte, la humanidad estaría confinada en la escuela permanente, extendida a escala mundial, tratada de por vida en el gran hospital planetario y atada día y noche a implacables cadenas de comunicación. Es así como funcionaría el mundo de la Gran Organización. Sin embargo, los fracasos anteriores de las terapias de masa hacen esperar la quiebra también de este último proyecto de control planetario.

La instalación del fascismo tecnoburocrático no está escrita en las estrellas. Existe otra posibilidad: un proceso político que permita a la población determinar el máximo que cada uno puede exigir, en un mundo de recursos manifiestamente limitados; un proceso consensual destinado a fijar y mantener límites al crecimiento de la instrumentación; un proceso de estímulo a la investigación radical, de manera que un número creciente de gente pueda *hacer cada vez más con cada vez menos*. Un programa así puede en la hora actual aún parecer utópico: si sigue agravándose la crisis, pronto revelará su realismo extremo.

MITOS Y MAYORÍAS

El impedimento ulterior para la restructuración de la sociedad no es ni la falta de información sobre los límites necesarios, ni la falta de hombres resueltos a aceptarlos si llegan a hacerse inevitables. Es el poder de la mitología política.

En una sociedad rica, cada uno es, más o menos, y de alguna forma, consumidor/usuario. Cada uno juega su papel en la destrucción del ambiente. El mito transforma esta multiplicidad de depredadores en una mayoría política. Por este hecho, esta multiplicidad de individuos automatizados se convierte en un bloque mítico de electores que se ponen de acuerdo sobre un problema inexistente: la mayoría silenciosa, guardiana invisible e invencible de los intereses empleados en el crecimiento que paraliza toda acción política real. Analizándolo más profundamente, esta mayoría es un conjunto ficticio de personas teóricamente dotadas de razón. En realidad, hay una multiplicidad de individuos: el experto en ecología que se dirige en Boeing a una conferencia contra la contaminación; el economista que sabe que el alza de la productividad hace escasear el trabajo y trata de crear nuevos empleos, etc. Ni el uno ni el otro representan los intereses del trabajador especializado que compra a crédito un aparato de televisión a color o del campesino que, por seguir la revolución verde, utiliza insecticidas prohibidos desde hace cinco años en el país que los produce. Pero, a pesar de su diversidad, un común apego al crecimiento les une, puesto que de ello depende su satisfacción. Sólo el mito les da la homogeneidad de una mayoría política opuesta a los límites. Todos tienen su razón para desear el crecimiento industrial y para sentir su amenaza. Por el momento, un voto a secas contra el crecimiento estaría tan desprovisto de sentido como un voto a favor del Producto Nacional Bruto.

Una ideología común no crea una mayoría, no tiene eficacia sino a condición de arraigarse en la interpretación del interés racional de cada uno y de dar a este interés una forma política. La acción política de la persona frente a un conflicto social esencial no depende de la ideología aceptada previamente, sino de dos factores: *a)* el estilo que marcará la transformación del conflicto latente entre el hombre y la herramienta en una crisis abierta, que exija una reacción global y sin precedente; *b)* el surgimiento de una multiplicidad de nuevas élites que ofrezcan un tablero interpretativo a fin de reformular los valores y reevaluar los intereses.

DE LA CATÁSTROFE A LA CRISIS

Yo no hago más que conjeturar sobre la agravación de la crisis. Pero puedo exponer con precisión la conducta que se debe mantener delante y dentro de la crisis. Creo que el crecimiento se detendrá por sí mismo. La parálisis sinérgica de los sistemas alimenticios provocará el derrumbamiento general del modo de producción industrial. Las administraciones creen estabilizar y armonizar el crecimiento afinando los mecanismos y los sistemas de control, pero no hacen sino precipitar la megamáquina institucional hacia su segundo umbral de mutación. Dentro de muy poco, la población perderá la confianza, no sólo en las instituciones dominantes, sino también en los gestores de la crisis. El poder que tienen sus instituciones para definir los valores (la educación, la velocidad, la salud, el bienestar, la información, etc.) se desvanecerá repentinamente cuando se reconozca su carácter ilusorio.

Un suceso imprevisible y probablemente menor servirá de detonador de la crisis, como el pánico en Wall Street precipitó la Gran Depresión. Una coincidencia fortuita pondrá de manifiesto la contradicción estructural entre los fines oficiales de nuestras instituciones y sus verdaderos resultados. Lo que es ya evidente para algunos, de golpe saltará a la vista de la mayoría: la organización de toda la economía dirigida a un *mejor estar* es el obstáculo mayor al *bienestar*. Como otras intuiciones ampliamente compartidas, ésta tendrá la virtud de distorsionar completamente la imaginación popular. De la noche a la mañana, importantes instituciones perderán toda respetabilidad, toda legitimidad y reputación de servir al interés público. Es lo que le ha sucedido a la Iglesia de Roma bajo la Reforma y a la monarquía francesa en 1793. En una noche, lo impensable se convirtió en evidencia.

Una mutación repentina no es producto ni del orden, ni de la retroacción, ni de la revolución. Basta ver los torbellinos al pie de una cascada. Las estaciones se suceden, el agua abunda o disminuye hasta ser un débil hilo; pero los remolinos parecen siempre iguales. Sin embargo, basta con que una piedra caiga en la poza, para que la superficie cambie totalmente, sin volver a ser igual. El despertar de la conciencia también se produce de golpe. La mayoría silenciosa hoy apoya totalmente la tesis del crecimiento, pero no se puede prever su comportamiento político cuando estalle la crisis. Cuando un pueblo pierde confianza en la productividad industrial, y no solamente en el papel moneda, todo puede suceder. La inversión es realmente posible.

En la hora actual todavía se trata de parchar las fallas de cada sistema. Ningún remedio surte efecto, pero aún se dispone de medios para aplicarlos todos, uno tras otro. Los gobiernos atacan la crisis de los servicios públicos, la educación, los transportes, los sistemas jurídicos, la juventud. Cada aspecto de la crisis global se separa de los demás, se explica en forma autónoma y se trata en particular. Se proponen soluciones de recambio que dan credibilidad a la reforma sectorial: las escuelas de vanguardia contra las escuelas tradicionales duplican la demanda de educación; las ciudades satélites, contra el monorriel, refuerzan la convicción de que el desarrollo de las ciudades es una fatalidad; una mejor formación de los médicos, contra la proliferación de profesiones paramédicas, alimenta la industria de la salud; y, como los dos términos de la alternativa tienen sus partidarios, en general no se elige entre ellos, sino que se prueban los dos a la vez. El resultado es que se trata de hacer un pastel cada vez más grande, lo que redundará en pura pérdida.

Se imita la actitud de Coolidge frente a los primeros síntomas de la Gran Depresión, descuidando en forma análoga el aviso de una crisis mucho más radical. Se cree que el análisis general de los sistemas vincula entre ellos las crisis institucionales, pero en verdad no hace sino conducir a mayor planificación, centralización y burocratización a fin de perfeccionar el control de la población, de la abundancia, de la industria destructora e ineficaz. Se supone que el crecimiento de la producción de decisiones, de controles y de terapias, compensa la extensión del desempleo en los sectores fabriles. Fascinada por la producción industrial, la población permanece ciega a la posibilidad de una sociedad posindustrial donde coexistirán varios modos de producción complementarios. Tratar de promover una era a la vez hiperindustrial y ecológicamente realizable es acelerar la degrada-

ción de los otros componentes del equilibrio multidimensional de la vida. El costo de la defensa del *statu quo* sube como una flecha.

Sería necesario ser geomántico para predecir qué serie de sucesos causaría el derrumbamiento de Wall Street y desencadenaría la crisis inminente. Pero no es necesario ser genial para prever que se tratará de la primera crisis mundial que cuestionará el sistema industrial en sí, en vez de localizarlo en el seno de ese sistema. Pronto se producirá un acontecimiento que tendrá como efecto congelar el crecimiento de los instrumentos. Llegado el momento, el estruendo del derrumbamiento obnubilará las mentes e impedirá escuchar a la razón.

Aún nos queda una oportunidad para comprender las causas de la crisis global del sistema que nos amenaza y para prepararnos justamente para no asimilarla a una crisis parcial, interior al sistema. Si queremos anticipar los efectos, debemos imaginar cómo una brusca transformación llevará al poder a grupos sociales sofocados hasta ahora. No es la catástrofe que, en tanto tal, sacará a estos grupos de la nada para elevarlos sobre el resto, sino que la catástrofe debilitará a las potencias reinantes que aplastaban a esos grupos y les impedían participar en el proceso social. El efecto de la sorpresa debilita el control, desorienta a los controladores e instala en primer rango a los que conservan su sangre fría.

Una vez debilitado el control, los controladores buscan nuevos aliados. En el estado industrial debilitado por la Gran Crisis, los gobernantes no pudieron pasarse sin trabajadores organizados, por lo que éstos recibieron parte del poder estructural. En el mercado de trabajo constreñido por la segunda Guerra Mundial, la industria no pudo pasarse sin los trabajadores negros, por lo que éstos comenzaron a situarse como poder. Actualmente, al haberse hecho su lugar, la élite negra tiende a convertirse en pilar de un sistema establecido, a imagen de la suerte que anteriormente corrieron los sindicatos. De hecho, el desenlace de la crisis inminente depende de la aparición de élites imposibles de recuperar.

EN EL INTERIOR DE LA CRISIS

Las fuerzas que tienden a limitar la producción ya están operando en el interior del cuerpo social. Una investigación pública y radical puede ayudar de manera significativa a muchos hombres a ganar cohesión y lucidez en la condena de un crecimiento que se juzga destructivo. Seguramente sus

voces se harán oír mejor cuando la crisis de la sociedad superproductora se agrave. Sin formar partido, son los portavoces de una mayoría de la que cada uno es miembro en potencia. Mientras más inesperada sea la crisis más repentinamente las llamadas a la austeridad alegre y equilibrada se convertirán en un programa de limitaciones racionales. Para ser capaces de controlar la situación en el momento dado, estas minorías deben captar la naturaleza profunda de la crisis y saber formular, en un lenguaje que llegue, lo que quieren, lo que pueden y lo que no necesitan. Desde ahora, esa gente puede identificar las cosas a que renunciará. La recuperación del lenguaje es el primer pivote de esta inversión política. Se necesita un segundo.

Más crecimiento conduce obligatoriamente al desastre, pero éste presenta un rostro doble. El suceso catastrófico puede ser el fin de la civilización política, o incluso de la especie "hombre". Puede ser también la Gran Crisis, es decir, la oportunidad de una elección sin precedente. Previsible e inesperada, la catástrofe no será una *crisis* en el sentido propio de la palabra, a no ser que en el momento en que llegue, los prisioneros del progreso pidan escapar del paraíso industrial y que una puerta se abra en el recinto de la jaula de oro. Será necesario entonces demostrar que el desvanecimiento del espejismo industrial presenta la oportunidad de elegir un modo de producción convivencial y eficaz. Por ahora, la preparación a esta tarea es la clave de una nueva práctica política.

Se necesitará de grupos capaces de analizar con coherencia la catástrofe y de expresarla en lenguaje común. Deberán saber abogar por la causa de una sociedad que establece cercos y hacerlo en términos concretos, comprensibles para todos, deseables en general y aplicables inmediatamente. El sacrificio es el rescate de la elección, precio inevitable a pagar para obtener lo que se quiere o, por lo menos, para liberarse de lo intolerable. Pero no basta con servirse de las palabras de todos los días como herramienta social que convenga al ordenamiento del bien público.

Como quedó explicado anteriormente, esta herramienta es la estructura formal de la política y del derecho. A la hora del desastre, la catástrofe se transforma en crisis si un grupo de gente lúcida, de sangre fría, inspira confianza a sus conciudadanos. Su credibilidad dependerá de su habilidad para demostrar que no sólo es necesario, sino posible, instaurar una sociedad convivencial, a condición de utilizar conscientemente un procedimiento regulador que reconozca al conflicto de intereses su legitimidad, que dé valor al antecedente, y atribuya un carácter ejecutorio a la decisión de hombres corrientes, reconocidos por la comunidad como sus representan-

tes. A la hora del desastre, sólo el arraigo en la historia puede dar la confianza necesaria para trastocar el presente. El uso convivencial del procedimiento garantiza que una revolución institucional se mantenga como herramienta cuya práctica engendra los fines. Un recurso lúcido al procedimiento, hecho dentro de un espíritu de oposición continua a la burocracia, es la única manera posible de evitar que la revolución se transforme, ella misma, en institución. Que la aplicación de este procedimiento para la inversión radical de las principales instituciones sea bautizada revolución cultural, recuperación de la estructura formal del Derecho, socialismo de participación o retorno al espíritu de los *Fueros de España*, no es más que una cuestión de denominación.

LA MUTACIÓN REPENTINA

Cuando hablo de la aparición de grupos de interés y de su preparación, no me refiero ni a núcleos de terroristas, ni a devotos, ni a expertos de una nueva especie. Particularizando aún más, no hago referencia a un partido político que tomaría el poder en el momento de la crisis. Administrar la crisis sería precipitar el resultado fatal. Un partido bien unido, bien entrenado, podría asentar su poder en el momento preciso en que fuera necesario hacer una elección que es interna dentro de un sistema englobante. Es así como Estados Unidos tuvo que "elegir" el control de los instrumentos de producción durante la Gran Depresión. Es así como los países de Europa del Este, pasada la segunda Guerra Mundial, tuvieron que "elegir" el estalinismo. Pero la crisis, de cuyo próximo advenimiento estoy hablando, no está ya dentro de la sociedad industrial, sino que concierne al modo de producción industrial en sí. Esta crisis obliga al hombre a elegir entre la herramienta convivencial y el aplastamiento por la megamáquina, entre el crecimiento indefinido y la aceptación de límites multidimensionales. La única respuesta posible consiste en reconocer su profundidad y aceptar el único principio de solución que se ofrece: establecer, por acuerdo político, una autolimitación. Mientras más numerosos y diversos sean los heraldos, más profunda será la comprensión de que el sacrificio es necesario, de que protege intereses variados y de que es la base de un nuevo pluralismo cultural.

Tampoco hablo de una mayoría opuesta al crecimiento, en nombre de principios abstractos. Ésta sería una nueva mayoría fantasma. En realidad, es concebible la formación de una élite organizada que alabe la ortodoxia

del antirecimiento. Esta élite quizá se esté formando. Pero un coro semejante, con el antirecimiento como único programa, es el antídoto industrial a la imaginación revolucionaria. Al incitar a la población a aceptar una limitación de la producción industrial, sin poner en cuestión la estructura de base de la sociedad industrial, obligadamente se daría más poder a los burócratas que optimizan el crecimiento y uno mismo se convertiría en rehén. La producción estabilizada de bienes y servicios muy racionalizados y estandarizados alejaría aún más, de ser posible, la producción convivencial de lo que ya lo hace la sociedad industrial de crecimiento.

Los miembros de una sociedad que se crea a sí misma un cerco no necesitan reunir una mayoría. En democracia, una mayoría electoral no se basa en la adhesión explícita a una ideología o a un valor determinado de todos sus miembros. Una mayoría electoral favorable a la limitación de las instituciones sería heterogénea: comprendería a las víctimas de un aspecto particular de la superproducción, a los ausentes del festín industrial y a la gente que rechaza en bloque el estilo de la sociedad totalmente racionalizada. El ejemplo de la escuela puede ilustrar el funcionamiento de una mayoría electoral en la política tradicional. La gente sin niños rezonga ante las cargas presupuestarias de la Educación Nacional. Unos encuentran que pagan, sin razón, más que sus vecinos. Otros sostienen las escuelas confesionales. Hay quienes rechazan la obligación escolar porque daña a los niños, otros la combaten porque refuerza la segregación social. Toda esta gente podría formar una mayoría electoral, pero sin constituir ni una secta ni un partido. Actualmente podrían eficazmente reducir las pretensiones de la escuela, pero al hacerlo, reforzarían la legitimidad del producto escolar, que es la "educación". Cuando las cosas siguen su curso, limitar una institución dominante con el voto mayoritario toma siempre un giro reaccionario.

Pero una mayoría puede tener un afecto revolucionario cuando una crisis afecta a la sociedad de manera radical. La llegada simultánea de varias instituciones a su segundo umbral de mutación hace sonar la alarma. La crisis no puede tardar. En realidad ya comenzó. El desastre que seguirá pondrá claramente en evidencia que la sociedad industrial, como tal, y no sólo sus diversos órganos, ha traspuesto los límites.

El Estado-Nación se ha convertido en guardián de los instrumentos ya tan poderosos, que no pueden desempeñar su papel de cuadro político. De la misma manera que Giap supo utilizar la máquina de guerra norteamericana para ganar su guerra, así las empresas multinacionales y las empresas transnacionales pueden servirse del Derecho y del sistema democrático para

sentar su imperio. Si bien la democracia norteamericana pudo sobrevivir a la victoria de Giap, no podrá sobrevivir a la de la ITT y similares. Cuando la crisis total se avecina, se pone de manifiesto que el Estado-Nación moderno se ha convertido en un conglomerado de sociedades anónimas, donde cada instrumentación trata de promover su propio producto y servir a sus propios intereses. El conjunto produce *bienestar*, bajo la forma de educación, salud, etc., y el éxito se mide por el crecimiento del capital de todas estas sociedades. En su oportunidad, los partidos políticos reúnen a todos los accionistas para elegir un consejo de administración. Los partidos apoyan el derecho del elector a reclamar un nivel más alto de consumo *individual*, lo que significa un grado más alto de consumo *industrial*. La gente puede siempre reclamar más transportes rápidos, pero el criterio que se aplica al sistema de transporte basado en el automóvil o el tren y que está absorbiendo una gran parte de la renta nacional, se deja a discreción de los expertos. Los partidos sostienen un Estado cuya meta reconocida es el crecimiento del PNB; nada puede esperarse de ellos para cuando llegue lo peor.

El procedimiento contradictorio para el arreglo de un conflicto entre la empresa y el individuo cuando todo va bien refuerza la legitimidad de la dependencia de este último. Pero en el momento de la crisis estructural, cuando aun la reducción voluntaria de la supereficiencia aceptada por las instituciones dominantes no podrá salvarlas de hundirse, el procedimiento contradictorio cambia de signo. Una crisis generalizada abre la vía para una reconstrucción de la sociedad. La pérdida de legitimidad del Estado, como sociedad por acciones, no invalida, sino que reafirma la necesidad de un procedimiento constitucional. La pérdida de credibilidad en los partidos, convertidos en facciones rivales de accionistas, no hace más que subrayar la importancia del recurso a los procedimientos contradictorios en política. La pérdida de credibilidad en las reivindicaciones antagónicas para obtener más consumo individual hace resaltar la importancia del recurso a esos mismos procedimientos contradictorios, cuando se trata de armonizar series opuestas de limitaciones, referentes al conjunto de la sociedad. La misma crisis general puede establecer, de forma duradera, un contrato social que abandone al despotismo tecnoburocrático y a la ortodoxia ideológica, el poder de prescribir el bienestar, o bien puede ser la oportunidad para construir una sociedad convivencial, en transformación continua dentro de un cuadro material, que estaría definido por aboliciones racionales y políticas.

Los procedimientos político y jurídico van encajados estructuralmente el uno en el otro. Ambos conforman y expresan la estructura de la libertad

•

dentro de la historia. Reconociendo esto, el procedimiento formal puede ser la mejor herramienta teatral, simbólica y convivencial de la acción política. El concepto de Derecho conserva toda su fuerza, aun cuando la sociedad reserve a los privilegiados el acceso a la maquinaria jurídica, aun cuando, sistemáticamente, haga escarnio de la justicia y vista al despotismo con el manto de simulacros de tribunales. Cuando un hombre defiende el recurso al lenguaje ordinario y al procedimiento formal, mientras sus compañeros de revolución le arrastran al banquillo de los acusados, este recurso a la estructura formal, inscrito en la historia de un pueblo, sigue siendo la herramienta más poderosa para decir la verdad, para denunciar la hipertrofia cancerosa y la dominación del modo de producción industrial como la última forma de idolatría. La angustia me aprisiona cuando veo que nuestra única posibilidad para detener la marejada mortal está en la palabra, más exactamente en el verbo, que ha llegado a nosotros y se encuentra en nuestra historia. Sólo dentro de su fragilidad, el verbo puede reunir a la multitud de los hombres para que el alud de la violencia se transforme en reconstrucción convivencial.

Si saben definir criterios para limitar la instrumentación, los países pobres emprenderán más fácilmente su reconstrucción social y, sobre todo, accederán directamente a un modo de producción posindustrial y convivencial. Los límites que deberán adoptar son del mismo orden que aquellos que las naciones industrializadas deberán aceptar para sobrevivir: la convivencialidad, accesible desde ahora a los "subdesarrollados", costará un precio inaudito a los "desarrollados".

Una última objeción se presenta a menudo cuando se propone la orientación convivencial de una sociedad: para elegir una vida austera con herramientas convivenciales, es preciso defenderse contra el imperialismo de las megaherramientas en expansión. Tal defensa no sería posible sin un ejército moderno, que a su vez exige una industria en pleno crecimiento. En realidad, la reconstrucción de la sociedad no la puede proteger un ejército poderoso: primero, porque habría contradicción entre los términos; luego, porque ningún ejército moderno de un país pobre puede defenderlo contra tal poder. La convivencialidad será obra exclusiva de personas que utilicen una instrumentación efectivamente controlada. Los mercenarios del imperialismo pueden envenenar o destruir una sociedad convivencial, pero no la pueden conquistar.

DESEMPLEO CREADOR

(LA DECADENCIA DE LA SOCIEDAD PROFESIONAL)

Postfacio a "La convivencialidad"

CINCUENTA AÑOS atrás, nueve de cada 10 palabras que oía un hombre civilizado le eran dichas como a un individuo. Sólo una de 10 le llegaba como miembro indiferenciado de una multitud —en el salón de clases, en la iglesia, en mítines o espectáculos—. Las palabras eran entonces como cartas selladas, escritas a mano, bien diferentes de la chatarra que contamina hoy nuestro correo. Actualmente son escasas las palabras que intentan llamar la atención de una persona. Con regularidad de reloj asaltan nuestra sensibilidad imágenes, ideas, sentimientos y opiniones empaquetados y entregados a través de los medios de comunicación, como artículos estandarizados. Dos cosas se han hecho evidentes: 1) lo que ocurre con el idioma se ha vuelto paradigmático para una amplia gama de relaciones entre necesidad y satisfacción; 2) estos fenómenos son ya universales e igualan al maestro de Nueva York, al miembro de la comuna china, al escolar de Bantú y al sargento brasileño. En este apéndice a mi ensayo sobre la convivencialidad pretendo hacer tres cosas: a) describir el carácter de una sociedad de mercado-de-bienes intensivo, en la que la multiplicidad, especialización y volumen de las mercancías destruye el ambiente propicio para la creación de valores de uso; b) insistir en el papel oculto que juegan las profesiones en una sociedad de este tipo al moldear sus necesidades; c) proponer algunas estrategias para romper el poder profesional que perpetúa esta dependencia del mercado.

LA INTENSIDAD INHABILITANTE DEL MERCADO

Actualmente se llama crisis al momento en el que médicos, diplomáticos, banqueros y toda clase de ingenieros sociales asumen los controles y se suspenden las libertades. Lo mismo que los pacientes, las naciones conocen las crisis. Esto se debe a que la crisis, de haber sido una posibilidad de enmendar rumbos, ahora sólo significa el ir y venir de un lado a otro. Remite, en la actualidad, a una amenaza ominosa pero controlable contra la cual puede

unirse el dinero, la fuerza laboral y la administración. Un ejemplo típico de este tipo de respuesta podría ser el de una ciudad de 13 000 000 de habitantes, a 2 500 metros sobre el nivel del mar, en la que, ante las cifras alarmantes de escasez y las dificultades en el suministro de agua a la mayoría de sus habitantes que solamente tienen acceso a menos de cinco litros, se declara una crisis que habrá de dar más trabajo a los ingenieros en vez de racionar el consumo de 5% de la gente que utiliza la mitad del agua en sus tinajas y albercas. La crisis entendida de esta manera resulta siempre conveniente para los ejecutivos y comisarios, especialmente para los buitres que viven de los efectos secundarios, no deseados, del crecimiento anterior: para los educadores que viven de la alienación de la sociedad, para los doctores que prosperan a base del trabajo y del ocio que han destruido la salud, para los políticos que triunfan gracias a la distribución de un bienestar que, en primera instancia, se les quitó a los mismos que reciben la asistencia.

El término crisis, sin embargo, no debe significar necesariamente esto. No debiera implicar una carrera desatinada en una escalada por la administración. Puede significar el instante de la elección, ese momento maravilloso en que la gente se hace consciente de su propia prisión autoimpuesta y de la posibilidad de una vida diferente. *Ésta* es la crisis que enfrentan hoy simultáneamente Estados Unidos y el mundo.

Una elección mundial

En unas cuantas décadas el mundo se ha uniformado. Las respuestas humanas a los sucesos de todos los días se han vuelto estándar. Aunque todavía los idiomas y los dioses parecen diferentes, la gente se une todos los días a la estupenda mayoría que marcha al compás del mismo tambor. El interruptor de la luz, junto a la puerta, ha reemplazado a las múltiples formas en que los fuegos, las velas y los faroles se encendían antiguamente. El número de quienes encienden interruptores de luz se ha triplicado en el mundo en 10 años; el flujo del agua y el papel se han convertido en condiciones esenciales para aliviar los intestinos. La luz que no proviene de las redes de alto voltaje y la higiene que excluye el papel tisú han funcionado como medidores de la pobreza de miles de personas. La intrusión, soporífera a veces, opaca otras, de los medios masivos de comunicación, penetra muy adentro en el barrio, el pueblo, la sociedad, la escuela. Los ruidos leídos por el locutor y los anunciantes de textos programados, pervierten dia-

riamente las palabras de un lenguaje hablado al que convierten en bloques de construcción para mensajes en paquete. Para tener actualmente la posibilidad de que nuestros hijos jueguen en un ambiente en el que una de cada 10 palabras que oyen les sean dirigidas personalmente, deben estar aislados o apartados temporalmente, o bien, deben ser marginados opulentos a los que se protege cuidadosamente. En cualquier parte del mundo se puede notar un rápido enquistamiento de la aceptación disciplinada que caracteriza al auditorio, al cliente, al comprador. La estandarización de la acción humana se va extendiendo.

Se hace evidente ahora que el problema crítico que enfrenta la mayor parte de las naciones del mundo es exactamente el mismo: o la gente se convertirá en cifras de una multitud condicionada que avanza hacia una dependencia cada vez mayor —y necesitará, por lo tanto, de batallas salvajes para obtener un mínimo de las drogas que alimenten su hábito— o bien encontrará el valor, que es lo único que puede salvar el pánico: mantenerse sereno y buscar alrededor otro escape que no sea el obvio ya marcado como salida. Sin embargo, muchas de las personas a quienes se les dice que los bolivianos, los canadienses, los húngaros enfrentan todos la misma elección fundamental, no sólo se sienten molestos, sino que se ofenden profundamente. La idea les parece no solamente loca sino chocante. No logran detectar la similitud en esta nueva degradación amarga que va permeando el hambre del indio del Altiplano, la neurosis del trabajador de Amsterdam y la cínica corrupción del burócrata de Varsovia.

Hacia una cultura de productos estandarizados

El desarrollo ha tenido los mismos efectos en todas las sociedades: se han visto atrapadas en una nueva trama de dependencia de mercancías que fluyen del mismo tipo de máquinas, fábricas, clínicas, estudios de televisión, *think tanks*. Para satisfacer esta dependencia se tiene que seguir produciendo siempre más de lo mismo: bienes y servicios estandarizados por ingenieros y destinados a los consumidores, quienes, a su vez, son estandarizados por los educadores y promotores para que crean necesitar lo que se les ofrece.

Ya sean tangibles o intangibles, son éstos los productos estandarizados del mundo industrial; asumen valor monetario como mercancías y se determinan tanto por la acción del Estado como por el mercado, aunque el nivel de participación de uno y otro varíe en los diferentes regímenes. Las

distintas culturas llegan a ser así residuos insípidos de un estilo de acción tradicional, perdidas en un páramo mundial; un terreno árido, desbastado por la maquinaria necesaria para producir y consumir. En las riberas del Sena y en las del Níger, la gente olvidó cómo ordeñar, porque el líquido blanco les llega envasado. Gracias a una mayor protección al consumidor, en Francia la leche es menos tóxica que en Malí. Es verdad que ahora hay mayor cantidad de criaturas que beben leche de vaca, pero los senos de las mujeres, ricas y pobres, se secan por igual. El adicto nace con el primer grito del niño que tiene hambre, cuando su organismo aprehende la leche artificial, abandonando el seno materno que, de este modo, se atrofia. Todas aquellas acciones humanas, autónomas y creativas, necesarias para el florecimiento del universo del hombre, terminan atrofiándose. Los techos de barro o de paja, de caña o de teja, se han ido reemplazando por techos de concreto para unos pocos y de plástico ondulado para la mayor parte. Ni los obstáculos de la selva ni los matices ideológicos han librado a los pobres y a los socialistas de apresurarse en construir carreteras para los ricos, esas vías que los conducen al mundo donde los economistas han tomado el lugar de los sacerdotes. El cuño de las monedas se traga todos los tesoros locales y los ídolos. El dinero devalúa lo que no puede medir. La crisis, pues, es la misma para todos: la opción entre una mayor o una menor dependencia de bienes de consumo industrial. Una dependencia mayor significa la destrucción rápida y total de las culturas como programas de actividades de subsistencia que produzcan satisfacción; una dependencia menor significa el variado florecimiento de valores de uso en culturas de intensa actividad. La elección es esencialmente la misma para ricos y pobres, aunque imaginarlo siquiera sería extremadamente difícil para quienes ya están acostumbrados a vivir en un supermercado, diferente, pero sólo en nombre, de las instituciones para idiotas.

En las sociedades del industrialismo tardío, toda la vida se organiza en función de las mercancías. Nuestras sociedades de mercado intensivo miden su progreso material de acuerdo con el aumento en el volumen y en la variedad de las mercancías producidas; y, siguiendo esta misma línea, medimos el progreso social de acuerdo con la distribución del acceso a estos bienes y servicios. La economía política se ha convertido en la gran propagandista del servicio de la dominación de los que producen en gran escala. El socialismo se ha degradado al convertirse en una lucha contra la distribución no igualitaria y la economía del bienestar ha identificado el bien público con la distribución de la opulencia y, en su sentido más estricto,

con la humillante opulencia del pobre: un día de degradación organizada en un hospital público, cárcel o laboratorio educativo en Estados Unidos, alimentaría a una familia de la India durante un mes.

Al despreciar todos los costos a los que la Economía clásica fijó precios, la sociedad industrial creó un ambiente dentro del cual la gente no puede vivir sin devorar cada día el equivalente de su propio peso en metales, carburantes y materiales de construcción. Creó un mundo en el que la constante necesidad de protegerse contra los resultados negativos del crecimiento ha cavado nuevos abismos de discriminación, de impotencia y de frustración. Nunca olvidaré la afirmación del yanqui frente a un chileno: "Seremos siempre nosotros los que, en un mundo envenenado, tendremos los filtros de aire de mayor potencia". Hasta ahora, los movimientos ecológicos al servicio del poder sólo han servido para dar más consistencia a esta orientación, al concentrar la atención pública sobre la irresponsabilidad técnica de quienes irrigan zonas habitacionales con subproductos venenosos o mutágenos y, en el mejor de los casos, han desenmascarado los intereses privados que aumentan la dependencia del individuo de necesidades creadas. Pero aún ahora, después de que se han fijado precios y costos para reflejar el impacto sobre el medio ambiente (el desvalor debido a los perjuicios o el costo de la polarización), no hemos sido capaces de percibir con claridad que este proceso sustituyó, por artículos empacados y producidos en serie, todo lo que la gente hacía o creaba por sí misma.

Desde hace algunos años, cada semana muere una u otra forma de expresión. Las que permanecen se uniforman cada vez más. Sin embargo, aun quienes se preocupan por la pérdida de variedades genéticas por la multiplicación de isótopos radiactivos, no advierten el agotamiento irreversible de las habilidades artesanales, de los cuentos y de los sentidos de la forma. Esta situación gradual de valores útiles pero no mercantilizables por bienes industriales y por servicios, ha sido la meta compartida de facciones políticas y de regímenes que, de otro modo, se opondrían violentamente.

Por este camino, trozos cada vez más largos de nuestras vidas se transforman de tal manera que la vida pasa a depender casi exclusivamente del consumo de mercancías. Esto es lo que deberíamos llamar aumento de la intensidad de mercado en las culturas modernas. Desde luego, los diferentes regímenes asignan sus recursos de manera distinta: aquí decide la "sabiduría de la mano escondida" del mercado, allá, la del ideólogo y el planificador. Pero la oposición política entre estos propositores de métodos

alternativos para la asignación de los recursos, disfraza solamente el mismo desprecio burdo que tienen todas las facciones y partidos por la libertad y la dignidad personal. La política sobre energéticos en los distintos países nos da un buen ejemplo para estudiar la profunda identidad que existe entre los diferentes promotores del sistema industrial, llámense socialistas o liberales. Si excluimos sitios como Nueva Camboya, sobre la que me falta información, no existe élite en el gobierno ni oposición organizada que conciba un futuro deseable fundado en un instrumental social cuyo consumo de energía per cápita fuera inferior en varios órdenes de magnitud a los niveles que prevalecen hoy en Europa. Todas las corrientes políticas insisten en un presunto imperativo técnico que hace inevitable que el modo de producción moderno sea intensivo también en el uso de la energía. Hasta ahora no existe ningún partido que reconozca que un modo de producción de esta especie castra inevitablemente la capacidad creadora de los individuos y grupos primarios. Todos los partidos insisten en mantener niveles de empleo altos en la fuerza de producción y parecen incapaces de reconocer que los empleos tienden a destruir el valor de uso del tiempo libre. Insisten en que las necesidades de los individuos se definan, en la forma más objetiva y total, por especialistas certificados públicamente para tal competencia, y parecen insensibles a la consecuente expropiación de la vida misma.

A fines de la Edad Media se usó la asombrosa simplicidad del modelo heliocéntrico como un argumento para desacreditar a la nueva Astronomía. Su elegancia se interpretó como ingenuidad. En nuestros días, no son escasas las teorías centradas en el valor de uso, capaces de analizar el costo social generado por la economía establecida. Estas teorías han sido propuestas por muchos *outsiders* de la economía que ubican sus perspectivas en una nueva escala de valores: la belleza, la sencillez, la ecología, la vida en comunidad. Como una forma recurrente de soslayar estas teorías, la economía moderna y sus practicantes se han dedicado a falsear y magnificar los fracasos que, con frecuencia, han sufrido estos *outsiders* al experimentar con nuevos estilos de vida personal, y rehúsan mirar siquiera estas teorías —del mismo modo que el inquisidor legendario rehusó mirar a través del telescopio de Galileo—, ya que sus análisis podrían conducir al desplazamiento del centro convencional del sistema económico vigente. Estos distintos instrumentos analíticos podrían conducirlos a poner los valores de uso no mercantilizables en el centro de una cultura deseable donde solamente se asigne un valor a aquellos bienes mercantiles que fomenten una

extensión más amplia de esos mismos valores de uso. Pero lo que sigue contando no es lo que la gente hace o crea, sino el producto de las corporaciones públicas o privadas. Todos colaboran por igual en el esfuerzo por transformar nuestras futuras sociedades en un enorme juego de suma cero, en el que cada ganancia y cada gozo de una persona se transforman inevitablemente en pérdida para las otras.

En esta carrera quedaron destrozados innumerables conjuntos de infraestructuras con las que la gente enfrentaba la vida, en las que jugaba, comía, tejía lazos de amistad y hacía el amor. Unas cuantas de las llamadas “décadas de desarrollo” bastaron para dismantelar más de dos tercios de los moldes culturales del mundo. Antes de estas décadas, aquellos moldes permitían que la gente satisficiera la mayor parte de sus necesidades de acuerdo con un modo de subsistencia. Después de ellas, el plástico reemplazó a la cerámica, las bebidas gaseosas reemplazaron a la limonada, el Valium tomó el lugar del té de camomila, y los discos, el de la guitarra. A lo largo de toda la historia, la mejor medida de los tiempos malos ha sido el porcentaje de alimentos que se debían comprar. En tiempos buenos, la mayor parte de las familias conseguían casi todos sus alimentos de lo que ellos cultivaban o adquirían en un marco de relaciones gratuitas.

Hasta fines del siglo XVIII, el alimento que se producía más allá del horizonte abarcable por la vista del consumidor, que miraba desde un campanario o minarete, era menos de 1% en todo el mundo. Las leyes encaminadas a controlar el número de aves de corral y de puercos dentro de los muros de la ciudad sugieren que, a excepción de unas cuantas zonas urbanas más extensas, casi la mitad de los alimentos se cultivaban igualmente dentro de la villa. Antes de la segunda Guerra Mundial, los alimentos traídos desde afuera a una región determinada constituían menos de 4% del total que se consumía; además, estas importaciones estaban destinadas, en gran medida, a las 11 ciudades que tenían más de dos millones de habitantes. Actualmente, 40% de la gente sobrevive gracias a que tiene acceso a los mercados interregionales. Concebir hoy día un mundo en el que se redujera radicalmente el mercado mundial en capitales y bienes, representa un tabú por lo menos tan absoluto como concebir un mundo en el que gente autónoma utilizara herramientas convivenciales para liberarse de la necesidad de consumir y para crear valores de uso en abundancia. En este tabú se refleja la creencia de que las actividades útiles por medio de las cuales la gente se expresa y satisface sus necesidades pueden sustituirse indefinidamente por bienes y servicios.

La pobreza modernizada

Pasado cierto umbral, la multiplicación de mercancías induce a la impotencia, a la incapacidad de cultivar alimentos, de cantar o de construir. El afán y el placer, condiciones humanas, llegan a convertirse en privilegio de algunos ricos caprichosos. En Acatzingo, en la época en que Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso, como en la mayoría de los pueblitos mexicanos de su tamaño, existían cuatro bandas de músicos que tocaban a cambio de un trago y servían a una población de 800 personas. Actualmente, los discos y las radios conectadas a altoparlantes anegan todo talento local. Sólo ocasionalmente, en un acto de nostalgia, se reúne dinero para traer una banda de marginados de la universidad para cantar las viejas canciones en alguna fiesta especial. El día en que la legislación venezolana instituyó para cada ciudadano un derecho "habitacional" concebido como mercancía, tres cuartas partes de las familias hallaron que las casitas levantadas con sus propias manos quedaban rebajadas a nivel de cobertizos. Además, y esto era lo más importante, existía ya un prejuicio contra la autoconstrucción. No se podía iniciar legalmente la construcción de una casa sin antes presentar el plano diseñado por un arquitecto diplomado. Los desechos y sobrantes de la ciudad de Caracas, útiles hasta entonces como excelentes materiales de construcción, creaban ahora el problema de deshacerse de desperdicios sólidos. Al hombre que intentaba levantar su propia "morada" se le miraba como un desviado que rehusaba cooperar con los grupos de presión locales para la entrega de unidades habitacionales fabricadas en serie. Además, se promulgaron innumerables reglamentos que tildaron su ingenuidad de ilegal y hasta de delictiva. Este ejemplo ilustra el hecho de que son los pobres los primeros en padecer cuando una nueva mercancía castra uno de los tradicionales oficios de subsistencia. El desempleo útil de los cesantes se sacrifica a la expansión del mercado de trabajo. La construcción de la casa como actividad elegida por uno mismo se convierte en el privilegio de algunos ricos ociosos y extravagantes.

Una vez que se ha incrustado en una cultura la adicción a la opulencia paralizante, genera "pobreza modernizada". Esta forma de desvalor, que se asocia necesariamente a la multiplicación de productos industriales, escapa a la atención de los economistas porque no puede aprehenderse con sus mediciones, y a la de los servicios sociales porque sus métodos no son operativos para estos casos. Los economistas no disponen de medios efectivos para incluir en sus cálculos lo que pierde la sociedad en relación con cier-

to goce que no tiene su equivalente en el mercado. Así, se podría actualmente definir a los economistas como los miembros de una cofradía que sólo acepta a aquellas personas que, en el ejercicio de su labor profesional, saben practicar una adiestrada ceguera hacia la consecuencia social más fundamental del crecimiento económico: más allá de cierto umbral, cada grado que se añade en cuanto a la opulencia en mercancías trae como consecuencia un descenso en la habilidad personal para hacer y crear.

Mientras la pobreza modernizada afectó solamente a los pobres, su existencia y su naturaleza permanecieron ocultas, aun en las conversaciones más corrientes. En la medida en que el desarrollo, o la modernización, llegó a los pobres que hasta entonces habían logrado sobrevivir, a pesar de su exclusión de muchos sectores de la economía de mercado, éstos se vieron implacablemente constreñidos a sobrevivir adquiriendo mercancías en un sistema de compras, lo que para ellos significa, siempre y necesariamente, obtener las escorias del mercado. A los indios de Oaxaca, que anteriormente no tenían acceso a las escuelas, los recluta ahora el sistema educativo para que "ganen" unos certificados que miden precisamente su inferioridad en relación con la población urbana. Además, y he aquí el sarcasmo, sin ese pedazo de papel no pueden siquiera ingresar en los oficios de la construcción. Este proceso —la modernización de renovados aspectos de la pobreza de los pobres— sigue ocultándose, culpando a las víctimas por su apreciación indiferente ante el acceso a los privilegios del progreso. Mientras tanto la alianza *non sancta* entre los productores de mercancías y sus asistentes profesionales sigue cohesionándose sin cuestionamiento.

Un resultado de lo que decimos de fuerte significación social es que ahora la pobreza modernizada se convierte en la experiencia común de todos, a excepción de aquellos que son tan ricos que pueden retirarse a su Arcadia. A medida que las facetas de la vida, unas después de otras, se hacen dependientes de los abastecimientos estandarizados, muy pocos nos libramos de esa experiencia recurrente de pobreza modernizada. En Estados Unidos, el consumidor promedio escucha casi 100 avisos publicitarios diariamente, pero sólo una docena de ellos lo hacen reaccionar y, en la mayoría de los casos, en forma negativa. Aun los compradores bien provistos de dinero, junto con la mercancía novedosa, adquieren una nueva experiencia de desutilidad. Sienten que adquirieron algo de dudoso valor, tal vez inútil a corto plazo o aun dañino, algo que exige también de complementos todavía más costosos. A veces, las actividades de los organismos de protección al consumidor vuelven consciente este proceso porque, si bien empiezan

por exigir controles de calidad, pueden conducir a una resistencia radical por parte del consumidor. Hay muchos que se hallan casi dispuestos a reconocer abiertamente la existencia de una nueva forma de riqueza: la riqueza *frustradora*, producida por la expansión cada vez mayor de una cultura de mercado intensivo. Además, los opulentos llegan a presentir el reflejo de su propia condición en el espejo de los pobres. Sin embargo, esta intuición generalmente no se desarrolla más allá de una especie de romanticismo.

La ideología que identifica el progreso con la opulencia no se restringe, desde luego, a los países ricos. Esa misma ideología degrada las actividades no mercantilizables aun en zonas donde, hasta hace poco, casi todas las necesidades se satisfacían a través de un modo de vida de subsistencia. Los chinos, por ejemplo, inspirándose en su propia tradición, parecían estar dispuestos y ser capaces de redefinir el progreso técnico. Se veían listos para optar por la bicicleta en lugar del jet. Parecía que daban importancia a su propio poder de decisión local como una meta de un pueblo inventivo más que como un medio para la defensa nacional. Pero, en 1977, su propaganda glorifica la capacidad industrial china para dar, a bajo costo, mayor asistencia médica, educación, habitación y bienestar general. Provisionalmente, se asignan funciones meramente tácticas a las hierbas que se encuentran en las bolsas de los médicos descalzos o a los métodos de labor intensiva en la producción. En este caso, como en otros, la producción heterónoma de bienes —es decir, dirigida por otros—, estandarizada para distintas categorías de consumidores anónimos, fomenta las expectativas irreales y, en último término, frustradoras. Además, este proceso corrompe inevitablemente la confianza de la gente en esa siempre sorprendente competencia autónoma que encuentra dentro de sí misma y en su vecino. China representa simplemente el último ejemplo de la particular versión occidental de la modernización por medio de la dependencia de un mercado intensivo, que se apodera de una sociedad tradicional en la misma forma en que algunos cultos irracionales surgieron en comunidades aisladas como resultado de una invasión de esos extraños seres que se mataban en la segunda Guerra Mundial.

La metamorfosis de las necesidades

Sin embargo, tanto en las sociedades tradicionales como en las modernas ha ocurrido un cambio importante en un periodo muy corto: se han modi-

ficado radicalmente los medios socialmente deseables para satisfacer las necesidades. El motor atrofió al músculo, la instrucción escolar mortificó la curiosidad, el médico se hizo necesario para todo hombre en pleno vigor. Como consecuencia de esto las necesidades y los deseos adquirieron un carácter que no tiene precedentes históricos. Por vez primera, las necesidades se volvieron casi exclusivamente colimitantes con las mercancías. La libertad para moverse se degradó en el esfuerzo hecho para producir, distribuir y consumir el derecho al transporte. La búsqueda insistente para crear un ámbito de libertad se eclipsó ante el derecho a consumir. Mientras la gente llegaba donde podía llegar por medio de sus propios pies, no requería para su movilidad sino de la libertad de movimiento; ahora que el hombre se percibe como un ente que debe transportarse, los hombres se distinguen unos de otros por la amplitud y calidad de sus derechos al uso de kilómetro-pasajero. El mundo no es ya ancho y ajeno sino una sucesión de lugares de estacionamientos. Para la mayoría de las personas, los deseos de adquirir siguen a las nuevas necesidades y no pueden imaginar siquiera que un hombre moderno pueda aspirar a liberarse de vivir en esta dependencia de ser transportado. Esta situación que se presenta hoy como una interdependencia rígida entre necesidades y mercado, se legitima por medio de un llamado al peritaje de una élite cuyo conocimiento, debido a su misma naturaleza, no puede compartirse. Los economistas de todo tipo informan al público que el número de empleos depende de los vativos en circulación. Los educadores convencen al público de que la productividad depende del nivel de instrucción. Los ginecólogos insisten en que la calidad de la vida infantil y materna depende de su intervención en ella. Por lo tanto, no podremos cuestionar efectivamente la extensión casi universal de las culturas de mercado intensivo de mercancías mientras no se haya destruido la impunidad de las élites que legitiman el vínculo entre mercancía y necesidad. Este punto queda muy bien ilustrado en el relato que me hizo una mujer acerca del nacimiento de su tercer hijo. Ya para entonces se sentía con experiencia acerca del parto. Se encontraba en el hospital y sintió que el niño iba a nacer. Llamó a la enfermera quien, en vez de ayudarla, corrió en busca de una toalla esterilizada para empujar la cabeza del niño hacia atrás, de vuelta al útero. La enfermera ordenó a la madre que dejara de pujar porque "el doctor Levy aún no ha venido".

Ha llegado el momento de tomar una decisión pública. Las sociedades modernas, sean ricas o pobres, pueden tomar dos direcciones opuestas.

Pueden producir una nueva lista de bienes —más seguros, con menos desperdicios y más fáciles de compartir— y, por ende, intensificar aún más la dependencia de productos estandarizados. O pueden abordar el problema de relación entre necesidades y satisfacción en una forma completamente nueva. En otras palabras, las sociedades pueden mantener sus economías de un mercado intensivo cambiando solamente el diseño de lo producido, o pueden reducir su dependencia de la mercancía. Esta última solución encierra la aventura de imaginar y construir nuevas infraestructuras en las que individuos y grupos primarios puedan desarrollar un conjunto de herramientas convivenciales. Estarían organizadas de manera que permitieran a la gente formar y satisfacer, directa y personalmente, una creciente proporción de sus necesidades.

La primera opción mencionada representa una continua identificación del progreso técnico con la multiplicación de mercancías. Los administradores burocráticos del *ethos* igualitario y los tecnócratas del bienestar, coincidirían en un llamado a la austeridad: reemplazar los bienes que —como los jets— no pueden obviamente compartirse, por un equipamiento llamado “social” —como los autobuses—; distribuir más equitativamente las decrecientes horas de empleo de que se dispone y limitar la tradicional semana laboral a 20 horas; diseñar el nuevo tiempo de vida de ocio para ocuparlo en reentrenamientos o servicios voluntarios, a la manera de Mao, Castro o Kennedy. Este nuevo estadio de sociedad industrial —si bien socialista, efectiva y racional— nos introduciría simplemente en un nuevo estado de la cultura que degrada la satisfacción de los deseos al convertirlos en un alivio repetitivo de necesidades imputadas por medio de artículos estandarizados. En el mejor de los casos, esta alternativa produciría bienes y servicios de tal forma que su distribución fuera más equitativa. La participación simbólica de la gente en las decisiones sobre lo que se debiera hacer podría transferirse, de la vociferación en el mercado al voto en la asamblea política. Se podría suavizar el impacto ambiental de la producción. Entre las mercancías, crecerían ciertamente mucho más rápidamente los servicios que la manufactura de bienes. Enormes sumas de dinero se invierten ya en la *industria oracular* a fin de que los profetas de la administración puedan fabricar escenarios “alternativos” diseñados para apuntalar esta primera opción. Es interesante notar que estos oráculos convergen en un punto: en que sería insoportable el costo social necesario para producir desde arriba la austeridad indispensable en una sociedad ecológicamente factible, pero que aún continúa centrada en la industria.

La segunda opción haría caer el telón sobre la dominación absoluta del mercado y fomentaría un *ethos* de austeridad en beneficio de una variedad de acciones *satisfactorias*. Si bien en la primera alternativa *austeridad* quiere decir la aceptación de los ukases administrativos en beneficio de la creciente productividad institucional, en la segunda, *austeridad* querría significar esa virtud social por la cual la gente reconoce y decide los límites máximos de poder articulado que pueda exigir cualquier persona, a fin de conseguir su propia satisfacción y siempre en servicio de los demás. La “austeridad convivencial” inspira a una sociedad a proteger los valores de uso personales frente al enriquecimiento inhabilitante. Si en un lugar las bicicletas pertenecen a la comuna y en otro a los ciclistas, la naturaleza convivencial de la bicicleta como herramienta no cambia en nada. Tales mercancías seguirían produciéndose en gran medida con métodos industriales, pero se verían y se evaluarían en forma distinta. Actualmente las mercancías se consideran solamente como bienes de consumo que alimentan las necesidades creadas por *sus* inventores.

Dentro de esta segunda opción, las mercancías se valorizarían por ser materias bases o herramientas que permiten a la gente generar valores de uso para mantener la subsistencia de sus comunidades respectivas. Pero esta opción depende, por supuesto, de una revolución copérmica en nuestra percepción de los valores. Hoy los bienes de consumo y los servicios profesionales constituyen el centro de nuestro sistema económico y los especialistas relacionan nuestras necesidades exclusivamente con ese centro. La inversión social que contemplamos aquí colocaría en el centro de nuestro sistema económico a los valores de uso creados por la misma gente. Es cierto que la discriminación mundial contra los autodidactas ha viciado la confianza de muchas personas para determinar sus propias metas y necesidades. Pero esa misma discriminación ha dado origen a una minoría creciente que está enfurecida por este despojo insidioso.

LOS SERVICIOS PROFESIONALES INHABILITANTES

Estas minorías ven ya la amenaza que encierra para ellas —y para toda vida cultural autóctona— los megainstrumentos que expropián sistemáticamente las condiciones ambientales. Ellas están prontas para poner fin a una Edad. Están resueltas a recuperar su autonomía para fijar sus propias metas, decididas a proteger el dominio sobre su propio cuerpo, su memo-

ria y sus capacidades, determinadas a luchar contra la expropiación sistemática del ambiente vital perpetrada por el sistema industrial en expansión. Aunque es cierto que una mayoría se encuentra baldada por el transporte y son sólo unos cuantos los que están decididos a oponerse a una invasión ulterior de redes de carreteras; aunque una mayoría ve sus sueños y sus capacidades de soñar destruidos por el estrangulamiento de sus ritmos vitales y sólo son unos cuantos los que están dispuestos a pagar el precio necesario para rechazar tal situación; aunque una mayoría de mujeres ven su equilibrio hormonal destruido por la píldora anticonceptiva, y una mayoría de empleados, los espacios de silencio interior contaminados, y sean unos cuantos los que se organizan activamente, cada una de estas minorías representa una categoría de pobreza modernizada en la que potencialmente puede reconocerse la mayoría. El industrialismo tardío justificó la organización de la sociedad como un conglomerado de múltiples mayorías, todas estigmatizadas por las burocracias proveedoras de servicios; no obstante, en el interior de cada una de estas mayorías se desarrollan y crecen minorías activas, que se combinan entre sí en una nueva forma de disidencia.

Pero, para poder dar término a una Edad, ella debe llevar un nombre adecuado. Propongo que se dé el nombre de Edad de las Profesiones Inhabilitantes a estos años medios del siglo xx. Elijo esta designación porque ella compromete a quienes la utilizan. Revela las funciones antisociales ejercidas por los proveedores menos desafiados —por los educadores, los médicos, los asistentes sociales, los científicos y otras bellas personas—. Simultáneamente enjuicia la complacencia de los ciudadanos que se han sometido, como clientes, a esta servidumbre multifacética. Hablar del poder de las profesiones inhabilitantes avergüenza a las víctimas y las lleva a reconocer la conspiración del eterno estudiante, del caso ginecológico o del consumidor, con sus administradores respectivos. Al describir el decenio de los sesenta como el del apogeo de los solucionadores de problemas, se evidencia de inmediato no sólo el orgullo de nuestras élites académicas sino la golosa credulidad de sus víctimas.

Pero, este enfoque en los fabricantes de la imaginación social y en los valores culturales pretende más que exponer y denunciar: al designar los últimos 25 años como la Edad de las Profesiones Tiránicas, también se está proponiendo una estrategia. Se indica la necesidad de ir más allá de la redistribución experta de mercancías de desecho, irracionales y paralizantes, que son la marca del profesionalismo radical. Lo que propongo va obviamente mucho más allá de la crítica de la propia profesión, que ha ido

tomando forma, en los últimos años, tanto en América del Norte y Europa como en ciertos países pobres, entre médicos, abogados o maestros, que se autodefinen frecuentemente como profesionales radicales.

Esta estrategia exige nada menos que el desenmascaramiento del *ethos* profesional. La fe y la confianza en el experto profesional, sea éste científico, terapeuta o ejecutivo, constituye el talón de Aquiles del sistema industrial. Por lo tanto, solamente las iniciativas de los ciudadanos y las tecnologías radicales que desafíen directamente la dominación enervante de las profesiones inhabilitantes podrán abrir el camino hacia la conquista de la libertad mediante una competencia no jerárquica, basada en la comunidad. Invalidar el *ethos* profesional tal como existe actualmente es condición necesaria para el surgimiento de una nueva relación entre necesidades, herramientas contemporáneas y satisfacción personal. El primer paso para obtener esta invalidación liberadora es que el ciudadano adopte una postura escéptica y condescendiente ante el experto profesional. La reconstrucción social empieza por la duda.

Cada vez que propongo el análisis del poder profesional como la clave para la reconstrucción de la sociedad, se me dice que es un error peligroso escoger este fenómeno como eje de la recuperación del sistema industrial. ¿Acaso las formas organizativas de los establecimientos educativos, médicos y de planificación son otra cosa que el reflejo de la distribución del poder y del privilegio de una élite capitalista? ¿No es irresponsable minar la confianza que el hombre de la calle ha depositado en su protector preparado científicamente, en su médico o en su economista, precisamente en los momentos en que los pobres necesitan protectores, necesitan del acceso al salón de clases, a las clínicas y a los expertos? ¿No debiera enjuiciarse el sistema industrial denunciando con más fuerza a los Rockefeller y a los Stalin? ¿Acaso no es malvado denunciar a la gente que adquirió con tanto esfuerzo el conocimiento necesario para reconocer y servir a nuestras necesidades de bienestar, particularmente si éstos provienen de la misma clase a la que protegen? De hecho, ¿no se debiera señalar y escoger a estas personas como los líderes más aptos para cumplir con las tareas sociales —ya en marcha— y para identificar las necesidades de la gente?

Las argumentaciones contenidas en estas preguntas sólo presentan una defensa frenética de los privilegios de aquellas élites que, incluso pudiendo perder en ingresos, en realidad lograrían mayor estatus y poder si se hiciera más equitativo el acceso a sus servicios en esta nueva forma de economía de mercado intensivo. Una segunda serie de objeciones que se suscitan

ante la posibilidad de una sociedad moderna centrada en los valores de uso, es aún más seria: surge de la conciencia del papel central que ha adquirido la seguridad nacional. Esta objeción particulariza, como punto central del análisis, a los conglomerados de la defensa, que aparentemente se hallan en el centro de toda sociedad burocrática-industrial. El argumento expuesto postula que las fuerzas de seguridad son el motor que está detrás de la reglamentación contemporánea universal en lo que atañe a la disciplina que depende del mercado. Identifica como principales fabricantes de necesidades a las burocracias armadas que nacieron cuando, bajo Luis XIV, Richelieu estableció la primera policía profesional, o sea, agencias profesionales que están actualmente a cargo de los armamentos, de la inteligencia y la propaganda. Desde Hiroshima, estos "servicios" han sido, al parecer, los que determinan la investigación, la planificación de la producción y el empleo. Estos servicios descansan sobre bases civiles: como la escolaridad para la disciplina, el entrenamiento del consumidor para el goce de lo inútil, el acostumbrarse a las velocidades violentas, la ingeniería médica para la vida en un refugio que abarca la tierra y la dependencia estandarizada de los temas de actualidad que dispensan benévolos policías de la cultura. Esta línea de pensamiento ve en la seguridad del Estado al generador de los patrones de producción de la sociedad y piensa que la economía civil es, en gran medida, un resultado o un prerequisite de lo militar.

Si fuera válida una argumentación construida alrededor de esta noción, ¿tendría una sociedad de este tipo la posibilidad de renunciar al poder atómico, aun sabiendo cuán venenoso, tiránico o contraproducente puede resultar el exceso de energía ulterior? ¿Cómo esperar que un Estado conducido por su defensa tolerara la organización de grupos de ciudadanos descontentos que apartan a sus vecindades del consumo para proclamar la libertad de producir —en pequeña e intensiva escala— valores de uso, libertad dada en una atmósfera de austeridad gozosa y satisfactoria? ¿No tendría una sociedad militarizada que moverse en el acto contra los desertores de necesidades, calificarlos de traidores y, si fuera posible, exponerlos no sólo al desprecio sino al ridículo? ¿No tendría una sociedad conducida por la defensa que suprimir aquellos ejemplos que llevarían a una modernidad no violenta, en estos momentos en que la política pública exige una descentralización de la producción de mercancías (que recuerda a Mao) y un consumo más racional, equitativo y supervisado profesionalmente?

Esta argumentación otorga un crédito indebido a lo militar como fuente de la violencia en un Estado industrial. Debemos denunciar como una

ilusión esta presunción de que los requerimientos militares son culpables de la agresividad y destructividad de la sociedad industrial avanzada. Es evidente que si el dominio militar se hubiera anexado de alguna forma el sistema industrial y le hubiera arrancado al control civil las diferentes esferas de iniciativa y de acción sociales, el estado actual de la política hecha por la armada habría alcanzado un nivel irreversible; por lo menos imposible para una reforma civil. Ésta es, de hecho, la argumentación que esgrimen los líderes militares más brillantes de Brasil, quienes ven en las fuerzas armadas a los únicos tutores legítimos de la búsqueda pacífica de la industrialización durante lo que queda de este siglo.

Pero esto simplemente no es así. El Estado industrial tardío no es un producto del ejército. Más bien el ejército es uno de los síntomas de su orientación firme y totalizadora. Es cierto que el presente modo de organización industrial puede tener sus antecedentes militares más remotos en tiempos napoleónicos. Es cierto que la educación obligatoria para los niños campesinos, en 1830, la atención universal de la salud para el proletariado industrial, en 1850, las crecientes redes de comunicación, lo mismo que la mayor parte de las formas de estandarización industrial, fueron estrategias introducidas en la sociedad, en primer lugar, como requerimientos militares, y sólo más tarde se entendieron como formas dignas de progreso pacífico, civil. Pero el hecho de que los *sistemas* de salud, de educación y de bienestar necesitaran de una lógica militar para promulgarse como leyes, no significa que no tuvieran relación con el empuje industrial básico que, de hecho, nunca fue violento, pacífico o respetuoso de la gente.

Hoy día es más fácil tener esta visión. Primero, porque desde el Polaris, ya no es posible distinguir entre ejércitos de tiempos de paz o de guerra y, segundo, porque desde la guerra contra la pobreza la paz está en pie de guerra. Actualmente, las sociedades industriales están constante y totalmente movilizadas; están organizadas para constantes emergencias públicas; son bombardeadas con estrategias variadas en todos los sectores; los campos de batalla de la salud, la educación, el bienestar y la igualdad están sembrados de víctimas y cubiertos de ruinas; las libertades de los ciudadanos se suspenden continuamente para lanzar campañas en contra de males siempre redescubiertos; cada año se descubren nuevos habitantes fronterizos que deben protegerse o recuperarse de algunos nuevos malestares, de alguna ignorancia previamente desconocida. Las necesidades básicas formuladas e imputadas por todas las agencias profesionales son necesidades para la defensa contra males.

Los profesores y científicos sociales que hoy buscan culpar a los militares por la destructividad de las sociedades mercantilizadas intensamente, son gente que intenta detener, en forma bastante torpe, la erosión de su propia legitimidad. Alegan que los militares empujan al sistema industrial a este estado frustrador y destructivo, y distraen, por este medio, la atención sobre la naturaleza profundamente destructiva de una sociedad de mercado intensivo que lleva a sus ciudadanos a las guerras de hoy. A quienes buscan proteger la autonomía profesional contra la madurez ciudadana y a quienes desean mostrar al profesional como una víctima del Estado militarizado se les responderá con una simple alternativa: la dirección que los ciudadanos libres desean seguir a fin de superar la crisis mundial.

Hacia el fin de una época

Para el sentido común, son cada vez más evidentes las ilusiones que llevaron a instituir a las profesiones como árbitros de las necesidades. A menudo, la gente ve lo que realmente son los procedimientos en el sector de servicios —por ejemplo, los de las compañías de seguros, o los rituales que ocultan a los ojos de la maraña proveedor-consumidor, la oposición que existe entre el ideal en aras del cual se rinde el servicio y la realidad engendrada por este servicio—. Las escuelas que prometen la misma ilustración para todos, generan una meritocracia degradante y una dependencia de por vida de una tutoría cada vez mayor. Los vehículos compelen a todos a ir cada vez más lejos y a correr más. Pero el público aún no tiene claras las posibilidades de elección. Los proyectos patrocinados por los líderes profesionales podrían desembocar en la aparición de los credos políticos compulsivos (con sus versiones que acompañan a un nuevo tipo de fascismo), o bien, los experimentos que emprendieran los ciudadanos podrían desechar nuestra *hybris* como si fuese otra colección histórica de locuras, si bien neoprometeicas, esencialmente efímeras. Una opción informada requiere que examinemos el papel específico de las profesiones para determinar quién en esta Edad obtiene qué cosa y por qué.

A fin de ver con claridad el presente, imaginemos a los niños que pronto jugarán entre las ruinas de las escuelas secundarias, de los Hilton y de los hospitales. En estos castillos profesionales convertidos en catedrales, contruidos para protegernos de la ignorancia, la incomodidad, el dolor y la muerte, los niños de mañana representarán de nuevo en sus juegos las

desilusiones de nuestra Edad de las Profesiones, tal como nosotros reconstituimos las cruzadas de los caballeros contra el pecado y los turcos, en la Edad de la Fe, en antiguos castillos y catedrales. En sus juegos, los niños asociarán el graznido universal que contamina hoy nuestro lenguaje con los arcaísmos heredados de los grandes gángsters y de los vaqueros. Los imagino llamándose unos a otros "Señor Presidente de la Asamblea" o "Señor Secretario" más bien que "Jefe" o "Sheriff".

Se recordará la Edad de las Profesiones como aquel tiempo en que la política entraba en descomposición cuando los ciudadanos, guiados por profesores, confiaban a tecnócratas el poder de legislar sobre sus necesidades, la autoridad de decidir quiénes necesitaban qué cosa y el monopolio de los medios que satisfacían estas necesidades. Se la recordará como la Edad de la Escolarización, cuando se entrenaba a la gente durante un tercio de sus vidas para que acumularan necesidades prescritas, y durante los dos tercios restantes pasaban a ser clientes de prestigiosos traficantes que dirigían sus hábitos. Se recordará la Edad de las Profesiones como aquella en que los viajes recreativos significaban la mirada fija y empaquetada hacia los extraños y que la intimidad exigía un previo entrenamiento con Masters y Johnson; cuando la opinión formada era un refrito del programa televisivo de la noche anterior, y votar era dar su aprobación a un vendedor sólo para tener más de lo mismo.

Los estudiantes del futuro se sentirán tan confundidos por las supuestas diferencias entre las instituciones profesionales capitalistas y las socialistas, como se sienten los estudiantes de hoy con las pretendidas diferencias entre las últimas sectas cristianas reformadas. Descubrirán también que los bibliotecarios profesionales, los cirujanos, los diseñadores de supermercados en los países pobres o en los países socialistas, a fines de cada decenio, terminan teniendo los mismos registros, utilizando los mismos instrumentos y construyendo los mismos espacios que sus colegas de los países ricos habían introducido en los comienzos de la década. Los arqueólogos no fijarán los periodos de nuestra Edad de acuerdo con los restos de cerámica encontrados en las excavaciones, sino con las modas profesionales reflejadas en las tendencias de las publicaciones de las Naciones Unidas.

Sería pretencioso predecir si esta Edad, en la que las necesidades se proyectan profesionalmente y de antemano, se recordará con una sonrisa o con una maldición. Desde luego yo espero que se recordará como la noche en que papá salió de juerga, malgastó la fortuna de la familia y obligó a sus hijos a empezar desde cero. Desgraciadamente, es mucho más proba-

ble que se recuerde como los tiempos en que toda una generación se lanzó a una búsqueda frenética de riqueza empobrecedora, permitiendo la alienación de todas las libertades, y que después de haber puesto la política a merced de las garras organizadas de los receptores de bienestar, dejó que se extinguiera en un totalitarismo experto.

Las profesiones dominantes

Enfrentemos primero el hecho de que las asociaciones de especialistas que actualmente dominan la fabricación, la adjudicación y la satisfacción de necesidades forman un nuevo tipo de cartel. Es importante también saber reconocer las nuevas características esenciales del profesional en el industrialismo tardío. Si no se reconocen, ocurrirá que, inevitablemente, en el momento de la discusión, el nuevo biócrata se ocultará tras la máscara benévola del doctor de familia de antaño; el nuevo pedócrata y sus esfuerzos para “modificar comportamientos”, tomará la forma del inocente maestro de *kindergarden* que hace unos experimentos interesantes y la lucha que se entable contra el nuevo seleccionador de personal, armado de todo un arsenal psicológico para la degradación, se llevará a cabo ineludiblemente con las antiguas tácticas desarrolladas para defenderse contra el capataz de la fábrica. Se debería bautizar a estos nuevos profesionales con algún término que todavía no tenemos. Las nuevas profesiones se encuentran atrincheradas mucho más profundamente que una burocracia bizantina. Son más internacionales que una Iglesia universal, más estables que un sindicato, dotadas de más capacidades que cualquier chamán y ejercen un dominio más fuerte que el de cualquier mafia sobre aquellos que reclaman controlar.

Sin embargo, debemos distinguir cuidadosamente entre los nuevos especialistas organizados y los chantajistas mafiosos. Por ejemplo, los educadores pueden actualmente decir a la sociedad qué es lo que deben aprender y pueden descalificar todo lo aprendido fuera de la escuela. De acuerdo con esta clase de monopolio, que les permite impedir que usted haga sus compras en cualquier otra parte o que usted fabrique su propio licor, parecería, a primera vista, que les cuadra la definición que hace el diccionario de la palabra gángster. Pero los gángsters arrinconan una necesidad básica controlando los abastecimientos en provecho propio. Actualmente los médicos y los asistentes sociales —como antes los sacerdotes y abogados— ob-

tienen un poder legal para crear necesidades que, de acuerdo con la ley, solamente ellos pueden satisfacer. Convierten al Estado moderno en una corporación que abarca a otras empresas que, a su vez, facilitan el ejercicio de sus capacidades, garantizadas por las mismas empresas.

El control legalizado sobre el trabajo ha tomado muchas formas distintas: los soldados ocasionales rehusaban pelear mientras no habían adquirido licencia para saquear. Lisístrata organizó a las mujeres sometidas, para que, rechazando el sexo, obligaran a sus hombres a la paz. Los doctores de Cos se juramentaron para divulgar sólo a sus hijos los secretos del oficio. Fueron las corporaciones las que establecieron los currícula, los rezos, los exámenes, las peregrinaciones y las pruebas que tuvo que pasar Hans Sachs antes de que se le permitiera calzar a sus vecinos del burgo. En los países capitalistas los sindicatos procuran controlar quiénes han de trabajar, durante cuántas horas y cuál será el salario que percibirán. Todas estas asociaciones representan los esfuerzos que hacen los especialistas para determinar cómo y por quién debiera efectuarse un tipo de trabajo. Pero, ninguno de estos grupos constituyen una profesión en sentido estricto. Las profesiones tiránicas de hoy, de las cuales constituyen un buen ejemplo los médicos, el ejemplo literalmente más doloroso, van mucho más allá: ellos deciden qué es lo que se debe fabricar, por quién y cómo se debe administrar. Ellos proclaman un conocimiento especial, incommunicable, no solamente sobre lo que las cosas son y cómo deben hacerse sino sobre la razón de por qué se deben necesitar sus servicios. Los comerciantes venden los bienes que almacenan. Los hombres del gremio garantizan la calidad. Algunos artesanos confeccionan el artículo de acuerdo con las medidas y el antojo del cliente. Los profesionales le dicen a usted qué es lo que necesita. Reclaman para sí el poder de prescribir. No sólo aconsejan lo que es bueno, sino que decretan lo que es correcto. La característica del profesional no es ni el ingreso, ni una larga preparación, ni las tareas delicadas, ni la condición social. Sus ingresos pueden ser bajos o consumidos por los impuestos, su preparación puede demorar semanas en vez de años. Su estatus puede compararse al de la profesión más antigua de la historia. Más bien, es la autoridad que tiene el profesional para tomar la iniciativa de definir a una persona como cliente, para determinar las necesidades de esa persona y para entregarle una prescripción que lo defina en este nuevo rol social. A diferencia de las prostitutas de antaño, el profesional moderno no es quien vende lo que otros dan gratis, es más bien quien decide lo que debe venderse y no debe entregarse gratuitamente.

Existe otra diferencia entre el poder profesional y el de otras ocupaciones. Este poder proviene de fuentes distintas. Una corporación, un sindicato o una mafia obligan a respetar sus intereses y derechos por medio de las huelgas, del soborno o de la violencia abierta. Una profesión, al igual que un clero, ejerce el poder cedido por una élite cuyos intereses apoya. Tal como un clero ofrece el camino de la salvación siguiendo los pasos de un soberano ungido, una profesión interpreta, protege y suministra un interés especial y de este mundo, a los súbditos de una sociedad moderna. El poder profesional es una forma especial que toma el privilegio de prescribir lo que es correcto para los demás y que, por lo tanto, necesitan. Este poder es la fuente de estatus y de mando en la Edad Industrial tardía. Esta suerte de poder profesional sólo puede existir en las sociedades en las que la pertenencia a la élite misma se adquiere y legitima por medio del estatus profesional. Le viene al dedillo a la Edad en que, hasta el acceso al Parlamento, o sea, a la Cámara de los Comunes, se encuentra, de hecho, restringido a quienes han obtenido el título de maestría que tasa su patrimonio de conocimientos almacenados que se les administraron en la universidad. La autonomía y la licencia profesional para definir las necesidades de la sociedad es la forma lógica que adopta la oligarquía en una cultura política que sustituye las antiguas formas de acreditación por certificados de las universidades. El poder que tienen las profesiones sobre el trabajo que realizan sus miembros es diferente, por lo tanto, no sólo en cuanto a su extensión sino en cuanto a su origen.

Las profesiones tiránicas

El médico ambulante se convirtió en doctor en medicina cuando dejó el comercio de los medicamentos a los farmacéuticos y se reservó para sí mismo la facultad de prescribir. En ese momento adquirió una nueva forma de autoridad, juntando tres roles en un solo personaje. La autoridad sapiente para aconsejar, instruir y dirigir; la autoridad moral que hace su aceptación no sólo útil sino obligatoria; y la autoridad carismática que permite al médico apelar a cierto interés supremo de sus clientes, que no sólo está por encima de su conciencia sino, a veces, hasta por encima de la razón de Estado. Desde luego que este tipo de doctor aún existe, pero dentro del sistema médico moderno es una figura del pasado. Actualmente es bastante más común un nuevo tipo de científico de la salud aplicada. Cada vez más se ocupa de casos y no de personas; se ocupa de las desviaciones que

detecta en el caso, más que de la dolencia que aqueja al individuo; protege el interés de la sociedad más que el interés de la persona. Los tipos de autoridad que se acumularon en la imagen del doctor de antaño, durante los años de liberalismo, y que colaboraban con el facultativo individual en el tratamiento del paciente, los detenta actualmente la corporación profesional al servicio del Estado. Es esta institución la que se adjudica hoy una misión social.

En los últimos 25 años, la medicina se ha convertido, de una profesión liberal, en una profesión dominante al adquirir el poder de indicar lo que constituye una necesidad de salud para la *gente en general*. Los especialistas de la salud, en cuanto corporación, han adquirido la autoridad para determinar qué tipo de atención médica debe suministrarse a la sociedad en general. Ya no es un individuo profesional el que atribuye una "necesidad" a otro individuo como cliente, sino una agencia corporativa la que atribuye una necesidad a capas enteras de la población y es la que, en seguida, se adjudica el mandato de someter a prueba a la población entera a fin de identificar a aquellos que pertenecen al grupo de clientes potenciales. Lo que sucede en la esfera de la atención médica es totalmente coherente con lo que sucede en otros dominios. Cada día, una nueva secta se atribuye una nueva misión terapéutica y esta misión adquiere legitimidad pública. De la misma forma en que los educadores han conquistado el poder de diagnosticar y administrar terapias del comportamiento, los trabajadores sociales, los policías y los arquitectos, al igual que los médicos, gozan de amplia autoridad para crear instrumentos de diagnóstico que utilizan para cazar al cliente, instrumentos que el público ya no osa verificar. Docenas de fabricantes de otras necesidades tratan de imitarlos. Los banqueros internacionales se atribuyen el poder de diagnosticar las necesidades chilenas, bajo Allende o bajo Pinochet, y de definir las condiciones sin las cuales no administrarán las terapias. Los especialistas de la seguridad evalúan el riesgo que representan varias clases de ciudadanos y se atribuyen la competencia de invadir su ámbito privado. Ya no hay manera de parar la escalada de necesidades si no se exponen en forma política aquellas ilusiones que legitiman la tiranía profesional. Muchas profesiones se encuentran tan firmemente establecidas que no solamente ejercen tutoría sobre el ciudadano-vuelto-cliente sino que también conforman su mundo convertido-en-custodia. El lenguaje en que se percibe a sí mismo el ciudadano, su percepción de los derechos y libertades, y su conciencia de las necesidades, derivan de la hegemonía profesional. La diferencia que

existe entre el artesano, el profesional liberal y el nuevo tecnócrata puede clarificarse si enfatizamos sus típicas reacciones ante la gente que despreciaba sus respectivos consejos. Si uno despreciaba el consejo del artesano, era un tonto. Si uno despreciaba el consejo liberal, era condenado por la sociedad. Si uno escapa, actualmente de la atención que el cirujano o el psiquiatra han decidido darle, el gobierno o la profesión misma pueden ser inculpadas.

De artesano-mercader o consejero culto, el profesional se ha transformado en un cruzado filántropo que sabe cómo se debe alimentar a los niños, qué alumnos deben continuar estudios más avanzados y qué medicamentos la gente no debe consumir. Del tutor que observaba mientras uno memorizaba la lección, el maestro de escuela se ha transformado en un educador cuya cruzada moralizadora le da título de entrometerse entre uno y cualquier cosa que desee aprender. Aun los empleados de la perrera de Chicago se han transformado en expertos de control canino. Como resultado de este cambio el costo por eliminar un perro se ha elevado en 20 años, de 7.50 a 320 dólares. Mientras tanto, 5.4% de todas las lesiones tratadas en el hospital Cook County —el más grande del mundo— son mordeduras del mejor amigo del hombre.

Los profesionales reclaman un monopolio sobre la definición de las desviaciones y sobre sus remedios. Por ejemplo, los abogados afirman que solamente ellos tienen competencia y derecho *legal* para dar asistencia en un divorcio. Si uno descubre un método para divorcio “hágalo usted mismo”, se encontrará en un lío doble: si no es abogado queda expuesto a la acusación de practicar sin licencia; si es miembro de un despacho de abogados puede ser expulsado por falta de ética profesional. Los profesionales reclaman también un saber oculto sobre la naturaleza humana y sus debilidades, saber que sólo ellos pueden aplicar con utilidad. Los sepultureros, por ejemplo, no se convirtieron en miembros de una profesión por llamarse empresarios de pompas fúnebres, ni por obtener créditos escolares, ni por aumentar sus ingresos o por liberarse del olor que acompaña su negocio al ser elegido uno de ellos como presidente del Club de Leones. Los empresarios de pompas fúnebres forman una profesión, dominante e inhabilitante, desde el momento que tuvieron la fuerza para lograr que la policía detuviera un entierro si ellos no habían embalsamado y encajonado el cadáver. En cualquier campo donde se pueda inventar una necesidad humana, estas nuevas profesiones inhabilitantes se arrojan el estatus de expertos exclusivos del bien público.

Las profesiones establecidas

La transformación de una profesión liberal en dominante equivale al establecimiento legal de una Iglesia de Estado. Los médicos transformados en biócratas, los maestros en gnoseócratas, los empresarios de pompas fúnebres en tanatócratas es algo que está mucho más cerca de las "clerecías" subsidiadas por el Estado que de las asociaciones comerciales. El profesional, como maestro de la línea de moda de la ortodoxia científica, actúa como teólogo. Como empresario moral, actúa en el papel del sacerdote: con su actuación crea la necesidad para su mediación. Como cruzado benefactor actúa en el papel de misionero a la caza de marginados. Como inquisidor pone fuera de la ley al no ortodoxo: impone sus soluciones al recalcitrante que rehúsa reconocerse como problema. Esta investidura multifacética, combinada con la labor de aliviar los inconvenientes específicos de la condición humana, hace que cada profesión sea análoga a un culto establecido. La aceptación pública de las profesiones tiránicas es esencialmente un hecho político. Toda afirmación nueva de legitimidad profesional significa que las tareas políticas de legislar, la revisión judicial de casos y el Poder Ejecutivo pierden algo de su independencia y de sus características propias. Los asuntos públicos pasan de las manos de legos escogidos por sus semejantes a las de una élite que se otorga por sus propios créditos.

Cuando la medicina sobrepasó recientemente sus limitaciones liberales, invadió el campo legislativo y estableció normas públicas. Los médicos siempre habían determinado en qué consistían las enfermedades; actualmente la medicina determina cuáles son las enfermedades que la sociedad no tolerará. La medicina invadió las cortes de justicia. Los médicos siempre habían diagnosticado quién era el enfermo; sin embargo, la medicina etiqueta actualmente a los que merecen tratamiento. Los médicos liberales prescribían un tratamiento; la medicina dominante posee poderes públicos de rectificación; ella decide qué habrá de hacerse con los enfermos y cómo disponer de ellos.

En una democracia, el poder de legislar, de aplicar las leyes y de hacer justicia debe derivar de los ciudadanos mismos. Este control ciudadano sobre los poderes clave ha sido restringido, debilitado y hasta abolido por la ascensión de profesiones "clericales". Un gobierno que dicta sus leyes de acuerdo con las opiniones expertas de tales profesiones puede ser un gobierno *para* la gente pero nunca *de* la gente. Éste no es el momento de investigar cuáles fueron las intenciones para debilitar así el poder político. Basta

con indicar la descalificación por parte de los profesionales de la opinión del vulgo como condición necesaria para tal subversión.

Las libertades civiles se fundan en la norma que excluye todo testimonio de oídas de las declaraciones en que se basan las decisiones públicas. La máquina legal sólo funciona a partir de lo que la gente puede ver e interpretar por sí misma. Las opiniones, las creencias, las deducciones o persuasiones no se toman en cuenta cuando entran en conflicto con testigos presenciales. Invirtiendo esta norma, las élites de expertos se han vuelto profesiones dominantes. En los aparatos legislativos y en las cortes de justicia se ha descartado, de hecho, el reglamento contra la evidencia que antes proporcionaban testigos orales y oculares y se ha reemplazado por las opiniones que profieren los miembros de estas élites que se autoacreditan.

Pero sería arriesgado confundir el uso público de conocimientos expertos con el juicio normativo entregado al ejercicio corporativo de una profesión. Cuando la corte de justicia citaba a un perito artesanal —por ejemplo un fabricante de armas— para que revelara al jurado los secretos de su oficio, en ese mismo lugar podía instruir al jurado sobre su arte. Determinaba, en una demostración práctica, de qué parte del cargador del revólver había provenido la bala. Hoy día, la mayoría de los expertos desempeñan un papel diferente. El profesional dominante aporta al jurado o a los legisladores la opinión de sus colegas, todos iniciados en la materia, en vez de aportar evidencia basada en hechos y en alguna destreza. Actúa como teólogo al servicio de la corte. Exige que se suspenda el reglamento de los testimonios de oídas, y socava inevitablemente el poder de la ley. De este modo el poder democrático se debilita cada vez más.

La hegemonía de las necesidades imputadas

Si no fuera porque la gente está pronta a considerar como carencia lo que los expertos le imputan como necesidad, las profesiones no habrían podido llegar a hacerse dominantes e inhabilitantes. La dependencia entre unos y otros (como tutores y alumnos) se ha hecho resistente al análisis, debido a que se halla oscurecida por un lenguaje degenerado. Las buenas palabras de antaño se han transformado en hierros candentes que reclaman el control de los expertos sobre el hogar, la tienda, el comercio y el espacio y sobre todo lo que se da en medio de ellos. El lenguaje, el bien común más fundamental, se halla contaminando así por estas hilachas de jerga, retorcidas,

pegajosas, cada una sujeta al control de una profesión. El empobrecimiento de las palabras, el agotamiento del lenguaje cotidiano y su degeneración en terminología burocrática equivale, de manera más íntimamente degradante, a la degradación ambiental tan a menudo discutida. No se pueden proponer cambios posibles en los planes, las actitudes y las leyes si no nos hacemos más sensibles al rechazo de estos nombres erróneos que sólo ocultan la dominación. Cuando yo aprendí a hablar, de *problemas* se hablaba solamente en las matemáticas o en el ajedrez, de *soluciones* sólo cuando eran salinas o legales y *necesitar* se conjugaba, pero casi no se usaba como sustantivo. Las expresiones “Tengo un problema” o “Tengo una necesidad” sonaban tontas. Cuando llegué a mi adolescencia, y Hitler buscaba soluciones, también se extendió “el problema social”. Se descubrieron “niños problema” con matices siempre nuevos entre los pobres, a medida que los trabajadores sociales aprendían a catalogar a sus víctimas y a estandarizar sus “necesidades”. La necesidad, usada como sustantivo, llegó a ser el forraje que engordó a las profesiones hasta la tiranía. Así se modernizó la pobreza. Los nuevos términos transformaron una experiencia personal y comunitaria en asuntos de técnicas: los pobres se hicieron “necesitados”.

Durante la segunda mitad de mi vida, “ser necesitado” llegó a ser algo respetable. Las necesidades, calculables e imputables, promovían en la escala social. Tener necesidades dejó de ser un signo de pobreza. El ingreso económico abrió nuevos registros de necesidades. Spok, Comfort y los divulgadores de Nader entrenaron a los legos en la compra de soluciones a los problemas que habían aprendido a cocinar de acuerdo con recetas profesionales. La educación calificó a los graduados para trepar hacia alturas cada vez más enrarecidas y plantar y cultivar allí cepas siempre nuevas de necesidades híbridas.

Cada vez más un número creciente de medicamentos tuvieron que adquirirse bajo receta autorizada. Aumentó la prescripción y disminuyó la capacidad. Por ejemplo, en medicina, se prescribieron cada vez más medicamentos farmacológicamente activos y la gente perdió su voluntad y su habilidad para enfrentarse a una indisposición o a un malestar. Alrededor de 1 500 productos nuevos aparecen cada año en los estantes de los supermercados norteamericanos: después de un año sólo sobrevive 20%. El resto lo retiran después de un tiempo, habiendo servido a los vendedores como gancho, ya sea para experimentos o por haber sido modas efímeras o por haberse revelado como peligrosos para el consumidor, no económicos para el productor o por haber cedido ante la competencia. Cada vez más,

los consumidores se ven forzados a buscar ayuda de los profesionales de la "defensa del consumidor".

Además, el reemplazo constante de los productos hace que los deseos se vuelvan superficiales y plásticos. Aunque suene paradójico resulta que el consumo elevado va a la par de una nueva forma de indiferencia de parte del consumidor: mientras mayor sea el número, el volumen y la especificidad de las necesidades que se le atribuyen profesionalmente, más grande se vuelve la indiferencia para satisfacer sus propios deseos, que ya no sabe especificar. Cada vez más, las necesidades se crean por *slogans* comerciales, las compras se hacen por órdenes del decano universitario o de las expertas en belleza o de los ginecólogos, del dietista y de docenas de otros diagnosticadores con poder para prescribir. Resulta lógico que los quiromantes y los astrólogos nunca hayan vivido tanta prosperidad como hoy. Una asignación de este tipo parece casi razonable en una cultura en la que la acción propia no es el resultado de una experiencia personal en busca de una satisfacción, y en la que el consumidor consecuentemente adaptado sustituye las necesidades sentidas por las aprendidas. A medida que la gente se hace experta en el arte de aprender a necesitar, llega a ser cada vez más escasa la capacidad para aprender a moldear los deseos de acuerdo con la experiencia. A medida que las necesidades se parten en pedacitos cada vez más pequeños, cada uno administrado por el especialista apropiado, el consumidor siente dificultad en integrar en un todo significativo —que pudiera desearse con empeño y poseerse con agrado— las ofertas que por separado le hacen sus distintos tutores. Los administradores de la empresa, los consejeros del estilo de vida, los asesores académicos, los expertos en dietas de moda, los desarrolladores de la sensibilidad y otros por el estilo, perciben claramente las nuevas posibilidades de control y se movilizan para equiparar los bienes envasados con estas necesidades astilladas.

"Necesidad", usado como sustantivo, es el sobretiraje individual de un modelo profesional; es la réplica en hule-espuma del molde con el que los profesionales marcan sus artículos; es el molde publicitado del panal de miel con el que se fabrican los consumidores. Ser ignorante o no estar convencido de las propias necesidades se ha vuelto el acto de disolución social imperdonable. El buen ciudadano es aquel que se adjudica necesidades engrapadas con tal convicción que ahoga cualquier deseo de buscar alternativas o de renunciar a estas necesidades.

Cuando yo nací, antes de que Stalin, Hitler o Roosevelt fueran conocidos, sólo los ricos, hipocondriacos y miembros de los sindicatos poderosos,

hablaban de necesidad de atención médica cuando les subía la temperatura. Era una necesidad cuestionable, porque los doctores no podían hacer mucho más de lo que había hecho la abuela. En la medicina, la primera mutación de las necesidades llegó con las sulfas y los antibióticos. Cuando el control de las infecciones llegó a ser una rutina simple y efectiva, cada vez más medicamentos pasaron a la lista de las prescripciones. La asignación del papel de enfermo llegó a ser un monopolio del médico. La persona que se sentía *mal* tenía que ir a una clínica para que la etiquetaran con el nombre de una *enfermedad* y poder así ser declarada legítimamente miembro de la minoría de los llamados enfermos; o sea, personas excusadas del trabajo, con título para que se les ayudara, puestas bajo las órdenes del doctor y obligadas a que se les cure, a fin de llegar a ser nuevamente útiles. En otras palabras, cuando la técnica farmacológica —*test* y medicamentos— se volvió tan barata y predecible que la gente podría prescindir del médico, el sacerdocio médico llamó en su auxilio al brazo secular.

La segunda mutación que experimentaron las necesidades médicas ocurrió cuando el enfermo dejó de ser minoría. Actualmente muy pocas personas se libran de estar bajo las órdenes médicas por algún tiempo. Tanto en Italia, como en Estados Unidos, en Francia o en Bélgica, uno de cada dos ciudadanos está siendo observado simultáneamente por más de tres profesionales de la salud, que lo tratan, lo aconsejan o simplemente lo observan. El objeto de esta atención especializada es, en la mayor parte de los casos, una condición de los dientes, del útero, de las emociones, de la presión sanguínea o de los niveles hormonales, que el paciente mismo no percibe. Los pacientes ya no son minoría. Quienes son minoría actualmente son los distintos tipos de desviados que escapan de un modo u otro a los diferentes roles de paciente. Esta minoría la constituyen los pobres, los campesinos, inmigrantes recientes y varios otros que, a veces por deseo propio, se han convertido en desertores del sistema médico. Hace solamente 20 años constituía un signo de salud normal, que presumía bueno, el poder pasársela sin un médico. La misma condición de no paciente se ve hoy como indicativo de desamparo o de disidencia. Incluso la condición de hipocondriaco ha cambiado. Para un profesional liberal, ésta era la etiqueta aplicable a alguien que entraba dando un portazo, o sea, una designación reservada al enfermo imaginario. Ahora, los médicos la utilizan para referirse a la minoría que se les escapa: hipocondriacos son los sanos imaginarios. Ser parte del sistema profesional, como cliente de por vida, no es ya un estigma que separa al incapacitado del ciudadano común. Vivimos hoy

en una sociedad organizada para las mayorías desviadas y para sus guardianes. Ser cliente activo de muchos profesionales nos permite tener un lugar bien definido dentro del reino de los consumidores para quienes funciona esta sociedad. De este modo, la transformación de la medicina, de profesión liberal de consulta en profesión dominante e inhabilitante, ha aumentado inconmensurablemente el número de los necesitados.

En este momento crítico, las necesidades atribuidas experimentan su tercera mutación. Se están fundiendo en lo que los expertos llaman un problema multidisciplinario y que, por lo tanto, requiere de una solución multiprofesional. En primer lugar, la multiplicación de las mercancías, que trata cada una de ellas de convertirse en una exigencia para el hombre moderno, logró un entrenamiento eficaz del consumidor para que necesitara cuando se ordenara. Después, la fragmentación progresiva de las necesidades en partes cada vez más pequeñas y más desconectadas logró que el cliente dependiera del juicio profesional para poder combinar sus necesidades en un todo que tuviera sentido. Un buen ejemplo nos lo da la industria automotriz. A fines de los años sesenta, el equipo opcional que se necesitaba para hacer deseable un Ford corriente había aumentado enormemente. La mayor parte de este equipo se instalaba en la misma ciudad de Detroit, y el comprador que vivía en Plains o en cualquier otra ciudad solamente tenía la posibilidad de escoger entre el convertible que deseaba, pero con asientos verdes, y los asientos con piel de leopardo que quería, pero con techo duro. El consumidor, que ya antes había aprendido a depender de la mercancía, ahora tiene que aprender a resignarse a que otros escojan en su lugar.

Por último, el cliente se entrena para que necesite una ayuda-equipos al recibir lo que sus guardianes consideran un "tratamiento satisfactorio". Los servicios personales que hacen sentirse mejor al consumidor ilustran este punto. La abundancia terapéutica ha agotado el tiempo de vida disponible de muchas personas a quienes los servicios profesionales diagnosticaron de "necesitar aún más". La intensidad de la economía de servicios ha hecho cada vez más insuficiente el tiempo que se necesita para el consumo de tratamientos pedagógicos, médicos o sociales. La escasez de tiempo puede convertirse muy pronto en el mayor obstáculo para el consumo de servicios prescritos, a menudo financiados por organismos públicos. Síntomas de esta escasez se hacen evidentes desde los primeros años de cualquier persona. Ya en el *kindergarden*, el niño está sujeto al control de un equipo constituido por especialistas, como el alergista, el patólogo del len-

guaje, el pediatra, el psicólogo de niños, el trabajador social, el instructor de educación física y el maestro. Al formar un equipo pedocrático (de poder sobre el niño) de tal tipo, muchos profesionales intentan compartir el tiempo que se ha convertido en el factor más limitante para la atribución de nuevas necesidades. Para el adulto, no es en el colegio, sino en el lugar de trabajo donde se concentran los paquetes de servicios. El administrador del personal, el educador laboral, el entrenador de turno, el planificador de seguros, el animador de conciencias, encuentran más provechoso compartir el tiempo del obrero que competir por él. Un ciudadano sin necesidades sería sospechoso. Se le dice a la gente que necesita de su trabajo no tanto por el dinero que percibe como por las prestaciones que obtiene. Las cosas comunes se extinguieron y se reemplazaron por una nueva matriz hecha de conductos que suministran servicios profesionales. La vida se halla paralizada en un permanente cuidado intensivo. La profecía de Leonardo da Vinci se está cumpliendo: "Los hombres llegarán a tal grado de envilecimiento que estarán contentos de que otros se aprovechen de sus sufrimientos o de la pérdida de su verdadera riqueza: la salud".¹

PARA TERMINAR CON LAS "NECESIDADES"

La mutilación del ciudadano a causa del dominio profesional se refuerza con el poder de la ilusión. La esperanza de la salvación por medio de la religión cede paso frente a la esperanza de los servicios profesionales de los que el Estado es el supremo administrador. Cada sacerdote especializado se arroga la capacidad de definir las dificultades de la masa en términos de problemas específicos y solucionables mediante cualquier servicio. Aceptar esta pretensión vuelve a legitimar en el profano, cuyo mundo gira en una cámara de resonancias de necesidades, la dócil aceptación de las necesidades que se le atribuyen. No se trata de mirar un horizonte urbano para ver reflejarse en él este dominio. En todas las alturas, los grandes edificios profesionales dominan a las muchedumbres que van de uno a otro en su ininterrumpida peregrinación a los nuevos santuarios de la salud, de la educación o del bienestar. Las casas "sanas" son, desde entonces, departamentos asépticos donde no se puede nacer, ni enfermarse ni morir decentemente. Los vecinos que nos ayudan, los médicos que vienen a domicilio son es-

¹ *Les Carnets de Leonard de Vinci*, trad. Louise Servicen, Gallimard, París, 1951.

pecies en vías de desaparición. A los sitios de trabajo apropiados para el aprendizaje se les ha sustituido por opacos laberintos de corredores que sólo se abren delante de funcionarios que llevan colgadas en el reverso de la bata su identidad enmicada. Un mundo concebido para el suministro de servicios es la Utopía de los ciudadanos convertidos en beneficiarios de prestaciones de bienestar.

La mayor adicción a la imputación, la fascinación paralizante que ejerce en los pobres, sería hermosamente irreversible si la gente respondiera realmente al análisis que se hace de sus necesidades. Pero ése no es el caso. Más allá de cierto nivel de intensidad, la medicina engendra la incapacidad y la enfermedad; el sistema de transportes rápidos transforma a los ciudadanos en pasajeros durante alrededor de una sexta parte de su existencia (con excepción del tiempo de sueño) y, durante otra sexta parte, en condenados que trabajan para pagar a Ford, a Esso y a la administración de las carreteras. El umbral a partir del cual la medicina, la educación o los transportes se vuelven herramientas contraproductivas lo han alcanzado los países donde el impuesto per cápita es comparable, en el mínimo, a Cuba. Contrariamente a las ilusiones propagadas por la línea ortodoxa, en los países del Este y del Occidente esta contraproduktividad específica no tiene relación con el *género* de escuela, de vehículo o de sistema de salud en uso. Llega, en efecto, cuando la intensidad heterónoma sobrepasa, en los procesos de producción, un umbral crítico.

Nuestras principales instituciones han adquirido la extraña capacidad de alcanzar objetivos inversos a aquellos que originalmente se concibieron y financiaron. Bajo la férula de nuestras más prestigiosas profesiones, nuestras herramientas institucionales tienen paradójicamente como principal producto la contraproduktividad —la mutilación sistemática de los ciudadanos—. Una ciudad construida alrededor de vehículos se vuelve impropia para los peatones y ninguna multiplicación de los primeros logrará la inmovilidad fabricada de los segundos —de aquellos a quienes han convertido en enfermos—. La acción autónoma está paralizada por un sobrecrecimiento de los productos y de los tratamientos. Pero eso no representa simplemente una pérdida completa bajo las relaciones de satisfacción que, en ellas mismas, no encuentran cómo insertarse en la era industrial. La incapacidad de producir valores de uso vuelve ineficaces los productos precisamente destinados a reemplazarlos. Productos como el transporte automovilizado, la medicina, la enseñanza, la gestión, se transforman en ruido ambiental destructivo para el consumidor que sólo beneficia a los proveedores de servicios.

¿Pero entonces por qué no asistimos a rebeliones contra esta deriva de la sociedad industrial avanzada que termina por ser sólo un inmenso sistema mutilante de suministro de servicios? La principal explicación reside en el poder que tiene éste de engendrar ilusiones. Además, la acción, propiamente material sobre el cuerpo y los espíritus, de las instituciones profesionalizadas funciona igualmente como un poderoso ritual generador de fe en los resultados prometidos por la administración. Además de que le enseña a leer al niño, la escuela le enseña que es “mejor” estudiar con profesores y que, sin la escolaridad obligatoria, los pobres leerán menos libros. Además de que permite desplazarse, el autobús, tanto como el vehículo particular, remodela el entorno y hace pasar de moda el caminar. Además de que ayudan a defraudar al fisco, los consejeros jurídicos comprueban que las leyes resuelven problemas. Una parte, siempre creciente, de las funciones de nuestras principales instituciones es la de mantener y reforzar tres juegos de ilusiones que transforman al ciudadano en cliente que sólo puede alcanzar su salvación mediante los expertos.

El equívoco entre congestión y parálisis

La primera ilusión avasalladora es la idea de que la gente nació para consumir y que sólo puede alcanzar cualquier objetivo comprando bienes y servicios. Esta ilusión procede de un enceguecimiento inculcado en relación con el “precio” de los valores de uso en una economía. En ninguno de los modelos económicos que las naciones han elegido seguir figuran variables que correspondan a los valores de uso no mercantil o que introduzcan la eterna contribución de la naturaleza. Sin embargo, ninguna economía sobreviviría si la producción de valores de uso se redujera hasta el punto en que, por ejemplo, mantener la casa o cumplir con el deber conyugal se convirtieran en prestaciones remuneradas. Lo que efectúa o fabrica la gente, y que no puede ni quiere vender, es también inconmensurable e inestimable para la economía como el oxígeno para la función respiratoria.

La ilusión de que los modelos económicos pueden ignorar los valores de uso se desprende de la convicción de que estas actividades que designamos mediante verbos intransitivos pueden reemplazarse indefinidamente por productos institucionalmente definidos y designados con sustantivos: la enseñanza reemplaza a “aprendo”; el cuidado de la salud reemplaza a “sano”; los transportes reemplazan a “me desplazo”.

La confusión entre los valores personales y los valores estandarizados se ha extendido a la mayoría de los dominios. Bajo el báculo profesional, los valores de uso se disuelven, caen en desuso y terminan por perder su naturaleza distinta. Cuidado institucional y amor terminan por coincidir en él. Diez años de explotación de una granja se lanzan a una "batidora" pedagógica y, al concluir, equivalen a un diploma universitario. Las cosas que se recogen al azar, y que se incuban en la libertad de la calle, se agregan en tanto "experiencias educativas" a las que se les atiborra a los alumnos. Los contadores del saber parecen ignorar que las dos actividades, al igual que el agua y la gasolina, se mezclan sólo en tanto están emulsionadas —aquí por la percepción de un educador—. Las indulgentes camarillas de buscadores de necesidades no podrían continuar imponiéndonoslas, como tampoco sacándonos dinero de nuestra bolsa para financiar sus exámenes, sus redes y otras imposturas, si no estuviéramos paralizados por esta especie de ávida creencia.

La utilidad de los bienes de consumo o de productos condicionados está intrínsecamente limitada por dos fronteras que no deben confundirse. En primer lugar, las filas de los que esperan detendrán tarde o temprano el funcionamiento de cualquier sistema que secrete necesidades más rápidamente que los productos destinados a satisfacerlas; en segundo lugar, la dependencia en relación con los productos determinará que, a consecuencia de esas necesidades, tarde o temprano la autonomía se paralizará en los dominios en cuestión. La utilidad de los productos está limitada por la *congestión* y por la *parálisis*. Una y otra son resultantes de la escalada en cualquier sector de producción, tanto como cada una lo es a su manera. La congestión, que permite medir hasta dónde los productos pueden "acelerarse", explica por qué el coche privado no es de ninguna utilidad para desplazarse a Manhattan; en compensación, no explica por qué la gente se rompe el lomo trabajando con el objeto de pagar las primas de seguros de coches en los que no puede desplazarse. Tomada aisladamente, tampoco explica por qué la gente se dejó esclavizar de tal forma por los vehículos que simplemente perdió el uso de sus extremidades inferiores.

Si la gente se hace cada vez más cautiva de una velocidad que la retrasa, de una instrucción que la embrutece y de una medicina que le desequilibra la salud, es porque más allá de cierto umbral de intensidad la dependencia de bienes industriales y de servicios profesionales destruye la potencialidad del hombre, y la destruye de una manera específica. Los productos sólo pueden reemplazar lo que la gente efectúa o fabrica por sí

misma hasta cierto punto. Los valores de cambio sólo pueden reemplazar los valores de uso de manera satisfactoria hasta cierto punto. Más allá de ese punto, cualquier producto suplementario sólo beneficia al productor profesional, mientras que desorienta y atonta al consumidor satisfaciéndolo con una necesidad que el primero le ha imputado. El placer que causa la satisfacción de una necesidad sólo toma su plena significación por referencia al recuerdo de una acción autónoma personal. Hay límites más allá de los cuales la multiplicación de los productos altera precisamente en el consumidor la facultad de afirmarse actuando.

Al recibir sólo lo "totalmente hecho", lo que le prohíbe cualquier posibilidad de actuar por sí mismo, el consumidor se siente inevitablemente frustrado. El grado de bienestar de una sociedad no resulta, en ningún caso, de la adición de dos modos de producción, heterónomo o autónomo, sino de la asociación fructífera de la sinergia entre valores de uso y productos normalizados.

La producción heterónoma de una mercancía sólo realza y completa hasta cierto punto la producción autónoma del objetivo personal correspondiente. Más allá de cierto punto, la sinergia entre los dos modos de producción se vuelve paradójicamente contra el objetivo pretendido a la vez por el valor de uso y por la mercancía. Esto es un hecho que la vasta corriente ecológica generalmente olvida. Así, la crítica de las centrales nucleares se dirige hacia los peligros de las radiaciones o sobre las amenazas de un despotismo tecnocrático. Pero, fuera de eso, son raros aquellos que osan denunciar su contribución a la subordinación de la energía. Al desconocer que la superproducción energética paraliza la acción del hombre, se reclama *otra* producción energética, pero no *menor*. De la misma forma, los límites inexorables del crecimiento que son inherentes a cualquier organización prestadora de servicios son todavía ampliamente desconocidos. Debería, en consecuencia, ser evidente que la institucionalización de los cuidados de la salud sólo puede fabricar gente con mala salud o que la formación permanente sólo puede engendrar una cultura para gente programada. La ecología sólo proporcionará puntos de referencia en la vía de una modernidad viable cuando tomemos conciencia de que el entorno formado por el hombre en función de productos aminora a tal punto su facultad de reacción personal que esos productos pierden su valor como medios de satisfacción. Si no se comprende esto, la puesta en marcha de una tecnología industrial más limpia, menos agresiva, podría alcanzar niveles todavía más intangibles de saciedad frustrante.

La supremacía del mercado conduce a la contraproductividad. La razón fundamental reside en el monopolio que los productos en serie ejercen sobre la formación de las necesidades. Ese monopolio sobrepasa de lejos lo que habitualmente designamos con ese término. De esa forma, un monopolio comercial impone en el mercado su marca de whisky o de automóvil. Un cartel monopolista puede restringir todavía más la libertad, apoderándose, por ejemplo, de los transportes comunitarios para promover los vehículos privados —como lo ha hecho la General Motors comprando y periclitando los tranvías de San Francisco—. Podemos escapar al primero bebiendo ron y, al segundo, rodando en bicicleta. Sin embargo, empleo el término de “monopolio radical” para designar otra realidad: la sustitución de las actividades útiles a las que se libra, o desearía librarse, la gente, por un producto industrial o de servicio profesional. Un monopolio radical paraliza la acción autónoma en beneficio de prestaciones profesionales. En la medida en que los vehículos desorganicen a la gente y sea necesario regular la circulación, la gente será cada vez más incapaz de volver a su casa a pie. Aunque los motores funcionaran con energía solar, los coches estarían hechos con el aire del tiempo que el monopolio radical ejercería todavía, ya que es inseparable de la circulación de velocidad excesiva. De la misma forma, entre más permanezca una persona bajo la autoridad de la enseñanza, tendrá menos tiempo disponible para reflexionar o descubrir cualquier cosa por sí misma. En todos los dominios existe un umbral más allá del cual la abundancia de bienes ofrecidos al consumo vuelve al medio de tal forma impropio para la acción personal que la sinergia posible entre los valores de uso y los productos se vuelve negativa. Paradójica, específica, la contraproductividad se instala. Emplearé este término cada vez que la impotencia que resulta de la sustitución de un valor de uso por su producto prive precisamente a ese producto de *su* valor.

*El desconocimiento
de las herramientas convivenciales*

El hombre deja de ser definible como tal cuando ya no es capaz de modelar sus propias necesidades mediante el empleo más o menos competente de herramientas que le proporcionó su cultura. A lo largo de la historia, las herramientas han sido, antes que nada, instrumentos de trabajo empleados en una producción doméstica. Las palas y los martillos sólo servían margi-

nalmente para otros fines, ya se tratara de levantar pirámides o de fabricar excedentes disponibles para el trueque, los regalos o, de manera más rara, para un intercambio por dinero. Las ocasiones de obtener un beneficio de ellas eran limitadas. El trabajo, por lo general, sólo estaba destinado para crear valores de uso no intercambiables. Sin embargo, el progreso tecnológico se empeñó en realizar un género muy diferente de herramienta: la herramienta destinada a producir lo "vendible". Eso comenzó con la Revolución industrial: la intervención de la nueva tecnología reducía el trabajo al papel del chaplinesco robot de *Tiempos modernos*. Pero, en ese estado precoz, el modo industrial de producción todavía no paralizaba a la gente una vez que "dejaba la chamba". Mientras que ahora, hombres y mujeres, al estar prácticamente sujetos al suministro de fragmentos estandarizados producidos por herramientas accionadas por sus anónimos colegas, no encuentran ya, en el mantenimiento de las herramientas, esa satisfacción directa que estimulaba la evolución de los hombres y de sus culturas. Sus necesidades y su consumo se han multiplicado notablemente, mientras que su satisfacción al manejar herramientas se aquieta —y dejan de llevar una existencia a la vista de la cual su organismo adquirió su forma—. En el mejor de los casos, apenas sobreviven, incluso en un medio tornasolado. Toda su vida no es más que un encantamiento de necesidades que sucesivamente son satisfechas con el fin de suscitar las siguientes necesidades —y la necesidad de satisfacerlas—. Ahí, el hombre-consumidor-pasivo termina por perder hasta la capacidad de hacer la diferencia entre vivir y sobrevivir. En lugar de aprovechar la vida, apuesta sobre la propia esperanza de vida, vibra con la esperanza de estar "bien asistido". En un ambiente así se vuelve fácil olvidar que sólo se está satisfecho y feliz en la medida en que la conciencia personal de su propia necesidad y los "suministros" destinados a satisfacerlas permanecen en equilibrio.

La ilusión de que las herramientas al servicio de instituciones de vocación mercantil pueden impunemente destruir las condiciones de vida que reposan sobre medios convivenciales al alcance de cada uno, permite asfixiar cualquier "conciencia" conceptualizando el progreso tecnológico, que se vuelve entonces promotor de productos que autorizan cualquier escalada de la dominación profesional. Esta ilusión dicta que las herramientas, con el fin de ganar en eficacia en la persecución de propósitos específicos, se vuelven inevitablemente más complejas y misteriosas. Sólo hay que pensar en las carlingas y en las grúas. Parece que las herramientas modernas requieren necesariamente operaciones especiales, dotadas de una alta forma-

ción técnica y, por lo tanto, susceptibles de inspirar una confianza verdaderamente fundada.

De hecho, es precisamente lo contrario lo que por lo general es verdad. Entre mayor es la multiplicación de las técnicas, más se parcializan al especializarse, y menos su manejo requiere de una decisión compleja. La confianza del cliente, sobre la que la autonomía del miembro de una profesión liberal o incluso la del artesano se edificaba, ya no es necesaria. A medida que avanzaba la medicina, sólo una muy débil fracción del volumen total de los servicios médicos demostrados útiles exigía una formación avanzada —y una inteligencia notable—. Desde un punto de vista social, deberíamos reservar la designación de “progreso técnico” a los casos en que nuevas herramientas estiraran la capacidad y la eficacia de un mayor número de gente; en particular cuando nuevas herramientas permitieran una producción más autónoma de valores de uso.

No hay nada *inevitable* en el monopolio profesional que extiende su dominio sobre la nueva tecnología. Las grandes invenciones del último siglo, como las nuevas aleaciones, los rodajes con baleros, algunos materiales de construcción, los circuitos impresos, algunos análisis y medicamentos, son susceptibles de acrecentar el poder de los dos modos de producción, heterónimo y autónomo. Sólo que la mayor parte de la tecnología no se ha incorporado al herramental convivencial sino a condicionamientos y complejos institucionales. Al ser eminentemente capaz de servir a sus amos, los profesionales han puesto la nueva tecnología al servicio de la producción industrial y con ello han adquirido un monopolio radical. La contraproductividad en la que desemboca la parálisis de la producción de valores de uso resulta de esta noción de progreso tecnológico.

No existe “imperativo tecnológico” que exija que el rodamiento con baleros se emplee en los vehículos motorizados o que la electrónica se utilice para controlar el funcionamiento cerebral. La institución de la circulación a gran velocidad o la de la protección de la salud mental *no resultan necesariamente* de los rodamientos con baleros o de los circuitos impresos. Sus funciones están determinadas por las necesidades de servicio para las cuales se hicieron —necesidades que ante todo imputan y refuerzan los profesionales—. Éste es un hecho que, en las profesiones mismas, parece escapar a los jóvenes turcos radicales cuando, al justificar su fidelidad institucional, se presentan como los sacerdotes públicamente investidos del encargo de domesticar el progreso tecnológico. Es también la sujeción respecto a la idea del progreso la que hace que únicamente se considere a la

ingeniería como contribución a la eficacia institucional. Sólo a las investigaciones científicas susceptibles de aplicaciones militares o que refuerzan más el dominio profesional se les asignan gruesos créditos. Las aleaciones gracias a las cuales pueden fabricarse bicicletas a la vez más robustas y ligeras proceden de los estudios emprendidos para hacer a los aviones de propulsión más rápidos y a las armas más mortíferas. Pero es principalmente el herramental industrial el que se beneficia con los resultados de la investigación. En esa forma, máquinas ya de por sí enormes se vuelven todavía más complejas, más incomprensibles para el profano. Este prejuicio, al colorear la visión que los científicos y los técnicos tienen de su tarea, viene a reforzar una tendencia ya predominante: rechaza las necesidades que implican una acción autónoma y multiplican las necesidades que implican la adquisición de bienes de consumo. Las herramientas convivenciales que facilitan el disfrute individual de los valores de uso —y que sólo requieren muy poca, o casi ninguna, vigilancia médica, policiaca o administrativa— sólo tienen cabida en dos extremos: en los trabajadores asiáticos despojados y en los estudiantes y profesores ricos, que son las dos especies de gente que va en bicicleta.

Desde hace poco, ciertos grupos de profesionales, de organismos gubernamentales y de organizaciones internacionales han comenzado a estudiar, desarrollar y preconizar una tecnología "ligera". Se podría pensar que esos esfuerzos apuntan a escapar de la servidumbre de los imperativos tecnológicos. Pero, en el conjunto, esta nueva tecnología, concebida para la autointervención en el dominio de la salud, de la enseñanza o de la construcción de viviendas, no es más que otra forma de poderosa sujeción en relación con el suministro de bienes. Así, se pide a los expertos concebir botiquines farmacéuticos familiares que permitan a la gente seguir las directrices que el médico le da por teléfono. Se enseña a las mujeres a descubrir por sí mismas un eventual cáncer de mama con el fin de darle trabajo al cirujano. Los cubanos tienen licencias remuneradas para levantar sus casas prefabricadas. A medida en que el prestigio y la seducción de los productos profesionales se vuelven menos onerosos, terminan por hacer que ricos y pobres se parezcan cada vez más estrechamente entre ellos. Bolivianos y suecos se sienten parecidamente atrasados, subprivilegiados y explotados en la medida en que se instruyen sin profesores diplomados, tienen buena salud sin supervisión médica y se desplazan sin prótesis motorizadas.

La confusión entre libertades y derechos

La tercera ilusión mutilante consiste en confiar a los expertos el cuidado de fijar límites al crecimiento. Se estima que están listas para ser instruidas con lo que no necesitan las poblaciones socialmente condicionadas para experimentar necesidades "sobre pedido". Los mismos agentes multinacionales que durante una generación han impuesto tanto a los ricos como a los pobres un nivel internacional de consumo de contabilidad, de desodorantes o de energía, patrocinan al Club de Roma. Dócilmente la UNESCO se pone de su parte y forma especialistas de la imputación de necesidades a nivel regional. Así, supuestamente para su bien, a los ricos se les programa para cubrir los gastos de un crecimiento de dominio profesional costoso en ellos y para asignar a los pobres necesidades menos onerosas y más restringidas. Entre los nuevos profesionales algunos son demasiado clarividentes para constatar que la disminución de los productos refuerza también el dirigismo de las necesidades. La planificación central de la descentralización óptima de la producción se volvió la tarea más prestigiosa de 1977. Pero lo que todavía no se reconoce es que alcanzar la salud de los límites decretados por profesionales termina por confundir libertades y derechos.

En cada una de las siete regiones del mundo definidas por la ONU se ha formado una nueva clerecía para predicar el estilo apropiado de austeridad puesta a punto por los nuevos creadores de necesidades. Los "concientizadores" se esparcen en las comunidades locales para incitar a la gente a que alcance los objetivos de producción descentralizada que se le fijaron. Ordenar la cabra familiar constituía una libertad; la planificación ha hecho de ello un deber para contribuir al producto nacional bruto.

La sinergia entre producción autónoma y producción heterónoma se refleja en el equilibrio que mantiene la sociedad entre libertades y derechos. Las libertades protegen los valores de uso, como los derechos protegen el acceso a los productos. De igual manera que los productos pueden asfixiar la posibilidad de crear valores de uso y transformarse en riqueza empobrecedora, la definición profesional de derechos puede asfixiar las libertades y asentar una tiranía que sepulte a la gente bajo sus derechos.

Se revela muy claramente la confusión si se considera a los especialistas de la salud. La salud es precisamente el ejercicio de libertades y derechos. La salud designa la zona de autonomía en el seno de la cual una persona rige sus propios estados biológicos y las condiciones de su entorno inmediato. La salud es el grado de libertad vivido. Desde ese momento, los

que se preocupan del bien público deberían emplearse en garantizar la distribución equitativa de la salud en tanto libertad, la cual, en su momento, depende de condiciones del entorno que únicamente se realizan por intervenciones políticas organizadas. Más allá de cierto nivel de intensidad, el cuidado de la salud profesional, tan equitativamente distribuido como se quiera, asfixiará la salud en tanto libertad. En este sentido fundamental, el cuidado de la salud es una cuestión de libertad bien protegida.

Es evidente que dicha noción de la salud implica una petición de principio de las libertades inalienables. Es necesario, a este respecto, distinguir claramente entre libertad cívica y derechos cívicos. La libertad de actuar sin que el gobierno ponga trabas tiene un alcance más vasto que los derechos cívicos que el Estado promulga para garantizar a la gente una igual facultad para obtener ciertos bienes y servicios.

Por regla general, las libertades cívicas no constriñen a los otros a actuar conforme a mis deseos. Tengo la libertad de hablar y de dar a conocer públicamente mi opinión, pero ningún periódico está obligado a imprimirla, como tampoco se exige a mis conciudadanos que lean mi publicación. Soy libre de pintar lo que creo bello, pero ningún museo está constreñido a comprar mi tela. Pero, al mismo tiempo, el Estado, en tanto garante de la libertad, puede promulgar —y lo hace— leyes que protegen la igualdad de los derechos sin la cual sus miembros no gozarían de sus libertades. Esos derechos dan significación y realidad a la igualdad, mientras las libertades dan posibilidad y forma a la libertad. Una manera cierta de asfixiar las libertades de hablar, de aprender, de sanar o de cuidar es delimitarlas metamorfoseando los derechos cívicos en deberes cívicos. La tercera ilustración consiste precisamente en creer que la reivindicación pública de los derechos desemboca ineluctablemente en la protección de las libertades. En efecto, entre más inviste la sociedad a los profesionales de la legitimidad de definir los derechos, más se rebajan las libertades del ciudadano.

El derecho al desempleo creador

En nuestros días, cualquier nueva necesidad profesionalmente comprobada toma, tarde o temprano, la forma de un derecho. Una vez promulgado bajo la presión política, ese derecho engendra nuevos empleos y nuevos productos. En su momento, cada nuevo producto degrada una actividad de la que, hasta aquí, la gente tenía la iniciativa para su propio beneficio; ca-

da nuevo empleo vuelve ilegítimo un trabajo que hasta ese momento efectuaba la gente sin "profesión" —o en lo que no era profesión—. El poder que tienen los profesionales de señalar lo que es bueno, justo, legítimamente fabricable, falsea en "cualquiera" la facultad de vivir "a su medida".

Cuando todos los estudiantes en derecho actualmente inscritos en las facultades norteamericanas hayan obtenido su diploma, el número de juristas aumentará 50% en Estados Unidos. La obligación del cuidado legal completará la obligación del cuidado médico, y el "seguro judicial" se volverá del mismo género que el "seguro de enfermedad". Cuando el derecho del ciudadano a las prestaciones de un abogado se haya instituido, será tan oscurantista y asocial desahogar una querrela entre particulares como hoy en día dar a luz en su propia cama. Ya el derecho reconocido a los ciudadanos de Detroit de vivir en una vivienda cuya instalación eléctrica se debe a un profesional hace de aquel que "juega a instalar" la suya un delincuente. La pérdida sucesiva de las libertades de ser útil en otra parte que no sea en un "puesto de trabajo" o fuera de un control profesional es una experiencia de las más penosas, aunque innominada, que se ata a la pobreza modernizada. Actualmente el privilegio más significativo de un estatus social eminente podría bien ser la "facultad de no trabajar" siendo útil —negado cada vez más a la gran mayoría—. El derecho del ciudadano a ser cuidado y aprovisionado casi se ha convertido, a fuerza de reivindicarse, en el derecho de las profesiones y de las industrias a elegir su clientela, con, como consecuencia de sus prestaciones y suministros, el deterioro de las condiciones del medio ambiente que volvía útiles las actividades no retribuidas. De ahí la lucha por una distribución equitativa del tiempo y de la facultad de ser útil a sí mismo y a los otros cuando en su oficio o en su puesto ha sido eficazmente paralizado. Cualquier labor no remunerada se desprecia, si no es que se ignora. La actividad autónoma amenaza el nivel del empleo, engendra la desconfianza y falsea el PNB. Se estima, por otra parte, impropio designarla como un "trabajo". La "labor" no es más el esfuerzo o la tarea, sino la misteriosa inversión que, unida con el capital, vuelve una fábrica productiva —y remuneradora—. El trabajo no es más la creación de un valor que el trabajador percibe como tal, sino ante todo un "sitio", es decir, cualquier cosa que nos sitúe socialmente. Carecer de trabajo es estar tristemente ocioso y no tener la libertad para hacer cosas útiles para sí o para el vecino. La mujer activa que cuida la casa, educa a sus hijos y eventualmente se ocupa de los de otras, se distingue de la mujer que "trabaja" por más inútil o perniciosa que pueda ser la producción en la

que se emplea. La actividad, el esfuerzo, el cumplimiento, la utilidad fuera del círculo de las relaciones jerárquicas y no señaladas profesionalmente, representan una amenaza para una sociedad de productos mercantiles. Al escapar a la contabilidad nacional, la creación de valores de uso no limita sólo la necesidad de un aumento de productos, sino también de los puestos de trabajo que los elaboran y de los salarios necesarios para comprarlos.

Esforzarse en producir algo agradable, amar lo que uno hace, son nociones vacías de sentido en una sociedad donde sólo cuenta la pareja mano de obra/capital. La sensación de cumplimiento que procura la acción ya no tiene sentido más que cuando lo único que importa es el estatus social en el seno de las relaciones de producción, a saber: el lugar, la situación, el puesto o el nombramiento. En la Edad Media, cuando no había salvación fuera de la Iglesia, los teólogos tropezaban con la cuestión de saber lo que Dios haría de los paganos cuando habrían llevado una vida "ejemplar". De la misma manera, en la sociedad contemporánea, el esfuerzo sólo es productivo si se hace incitado por el patrón, y los economistas tropiezan con la cuestión de la utilidad evidente de las personas que escapan al control de una corporación, de un organismo, de un cuerpo de voluntarios o de un campo de trabajo. El trabajo sólo es productivo, respetable y digno del ciudadano cuando su proceso está planificado, dirigido y controlado por un agente profesional que garantiza que responde a una necesidad "nominalizada". En una sociedad industrial avanzada, se vuelve imposible no querer ejercer un empleo para librarse a un trabajo autónomo y útil. Osar considerarlo es incluso ir demasiado lejos. La infraestructura de la sociedad está arreglada de tal manera que sólo el puesto da acceso a los medios de producción, y ese monopolio de la creación de bienes sobre la creación de valores de uso no deja de reforzarse cuando el Estado se apodera de ellos. No se puede instruir a un niño sin habilitación específica, restablecer una pierna rota en otra parte que en una clínica. Los trabajos domésticos, el artesanado, la agricultura de subsistencia, la tecnología radical, la enseñanza mutua, etc., se reducen al rango de actividades para los ociosos, los improductivos, los más despojados o los más ricos. Una sociedad que engendra una dependencia intensa en relación con las mercancías transforma así a sus sin-trabajo en pobres o en asistidos. En 1945, por cada norteamericano beneficiario de un retiro había 35 trabajadores empleados. En 1977, sólo había 3.2 trabajadores empleados para mantener a un retirado, él mismo dependiente de mucho más servicios de los que su abuelo retirado habría podido imaginar.

En lo sucesivo, la calidad de una sociedad y de su cultura dependerá del estatus de sus sin-trabajo: ¿serán los ciudadanos productivos más representativos o los asistidos? Una vez más la elección o la crisis parece clara: la sociedad industrial avanzada puede continuar bajo el impulso del sueño integrista de los años sesenta; puede degenerar en un sistema de racionamiento que parsimoniosamente imputa productos y empleos en constante disminución, y que forma siempre más ciudadanos para el consumo estandarizado y para el trabajo inútil. Tal es la línea seguida por la mayor parte de los gobiernos, de Alemania a China, pero, podríamos decir, cada uno según sus medios. En efecto, entre más rico es un país, más urgente parece el deber de racionar el acceso a las plazas y de trabar la actividad útil de los sin-trabajo que perjudicaría al "empleo". Ciertamente lo inverso es igualmente posible: una sociedad moderna en la que los trabajadores frustrados se organizaran para proteger la libertad de la gente de ser útil sin participar en las actividades llamadas "productivas", es decir, que suministran productos mercantiles. Pero, también aquí, esta orientación social sólo puede desembocar en una nueva competencia, racional y clínica, en el ciudadano medio confrontado con la imputación profesional de las necesidades.

"EN GUARDIA" FRENTE AL NUEVO PROFESIONAL

Hoy, el nuevo profesional se siente claramente amenazado por la acumulación de pruebas de la contraproductividad de sus prestaciones. La gente comienza a ver que su hegemonía la priva del derecho a mirar en la cosa política. El poder simbólico de esos expertos que, al definir las necesidades, esterilizan las habilidades personales, se percibe ahora como más peligroso que su capacidad para dominar las técnicas, la cual se limita a responder a las necesidades que crean. Simultáneamente se escucha cada vez más reclamar la puesta en marcha de una legislación que podría hacernos salir de una edad dominada por el *ethos* profesional. Muchas exigencias se plantean en este sentido: sustituir la habilitación por los profesionales o la administración de una investidura por ciudadanos elegidos, y no contentarse con hacer intervenir a algunos representantes de consumidores o usuarios en las instancias de decisión; flexibilizar la reglamentación de las prescripciones en las farmacias, así como la de la formación obligatoria o del reciclaje de adultos; proteger las libertades *productivas*, incluso y sobre todo si son extraindustriales; derecho para el profano calificado de practi-

car sin habilitación formal; poner a disposición del ciudadano un “estado” de servicios públicos que le permita saber cuales practicantes trabajan por honorarios. Frente a estas amenazas, las principales instituciones profesionales recurren, cada una a su manera, a tres estrategias fundamentales para paliar la erosión de su legitimidad y de su poder.

La recuperación por la autarquía

Esta primera actitud es la del Club de Roma. Fiat, Volkswagen y Ford pagan economistas, ecologistas y sociólogos para que determinen las producciones a las que deben renunciar las industrias con el fin de que el sistema industrial funcione mejor —y pueda así reforzarse—. De la misma forma, los médicos del Club de Cos preconizan renunciar a la cirugía, a la radioterapia y a la quimioterapia en el tratamiento de la mayoría de los cánceres, pues sus intervenciones no hacen más que acrecentar y prolongar muchos meses el sufrimiento de los enfermos sin aumentar por ello su esperanza de vida. Abogados y dentistas prometen vigilar como nunca la competencia, la corrección y las tarifas de sus colegas.

Una variante de esta actitud se observa en ciertos individuos o en sus organizaciones que cuestionan la Orden de los médicos y de otros creadores de necesidades. Éstos revindican la etiqueta de radicales porque: 1) aconsejan a los consumidores en contra de los intereses de la mayoría de sus pares; 2) instruyen a los profanos sobre la manera de conducirse en el consejo de administración de los hospitales, de las universidades o de la policía; 3) llegan a dar testimonio, frente a comisiones parlamentarias, de la inutilidad de “acciones” propuestas por profesionales y requeridas por el público. Así, en una provincia del oeste de Canadá, los médicos hicieron una relación de algunas 25 acciones médicas que la legislatura pretendía subvencionar mejor. Se trataba, en todos los casos, de actos costosos; los médicos subrayaron, además, que eran muy dolorosos, que muchos de ellos eran muy peligrosos y que su eficacia no estaba probada en ninguno. Estas recomendaciones médicamente “ilustradas” no se siguieron —fracaso que refuerza provisoriamente la creencia en la necesidad de la protección *profesional* contra la *hybris* profesional—.

Que la profesión forme su policía interior, nada es más útil cuando se trata de desenmascarar al incompetente caracterizado —al “carnicero”— o al charlatán puro y simple. Pero se ha probado ampliamente que la profe-

sión sólo protege a los incapaces al reforzar la dependencia del público en relación con sus prestaciones. El médico "crítico", el jurista "radical", el promotor y animador del barrio roban clientes a los colegas menos enterados que ellos de lo que está "en el viento". Las profesiones liberales comenzaron por convencer al público de la necesidad de sus servicios prometiendo velar por la sociedad, por la moralidad o por la formación sanitaria de las capas más pobres. Después, las profesiones dominadoras se arrogaron el "deber" de guiar al público —y de mutilarlo también más— organizándose en clubes que enarbolan los estandartes de las obligaciones ecológicas, económicas y sociales. Esta actitud pone freno a la expansión ulterior del sector profesional, pero refuerza la dependencia del público en el seno del sector mismo. Así, la idea de que los profesionales tienen el *derecho* de servir al público es de origen muy reciente. Su lucha por establecer y legitimar su derecho corporativo se vuelve una de las amenazas más pesadas contra nuestra sociedad.

La recuperación por la autoinvestidura

La segunda estrategia se dirige a organizar y coordinar las prestaciones de los profesionales con el fin de cubrir todos los aspectos de los problemas humanos. Con ese objeto, se toman prestadas ideas del análisis sistémico y de las investigaciones operacionales con vistas a suministrar soluciones a la vez más nacionales y más exhaustivas. Lo que eso significa en la práctica se puede ver en Canadá. Hace cuatro años, el Ministerio de la Salud lanzó una campaña para convencer al público de que el aumento de los gastos médicos no abatía de ninguna manera las tasas de enfermedad ni de mortalidad. Subrayó que los decesos prematuros se debían a tres causas mayores: los accidentes, principalmente los accidentes de carretera; las afecciones cardíacas y el cáncer de pulmón, contra los cuales los médicos son notoriamente impotentes; al suicidio o al asesinato, fenómenos que escapan a la esfera médica. El ministro preconizó la investigación de nuevos métodos para abordar las cuestiones de salud, junto con una reducción de los gastos médicos. El deber de proteger, fortificar o consolar a quienes su estilo de vida y el entorno destructores típicos del Canadá contemporáneo han alterado la salud lo recuperaron entonces muchos profesores, antiguos y nuevos. Los arquitectos descubrieron que tenían la misión de mejorar la salud de los canadienses; la necesaria vigilancia de los perros

errantes —que son una fuente de accidentes— hizo que se agregaran nuevos especialistas a la perrera. La organización de los canadienses se sometió a los nuevos biócratas como nunca lo había hecho con los antiguos terapeutas. El eslogan: “Más vale gastar para estar bien que pagar al médico cuando se está enfermo” no era, en efecto —lo vemos bien hoy en día—, más que la divisa de camarillas buscando canalizar en su beneficio el dinero de los nuevos prosélitos.

La práctica de la medicina en Estados Unidos ilustra una dinámica similar. La creación de un sistema coordinado de cuidados de salud se ha tragado sumas enormes sin revelarse particularmente eficaz. En 1950, el trabajador norteamericano le consagraba anualmente el equivalente de dos semanas de salario. En 1976, la proporción había alcanzado de cinco a siete semanas de salario: cuando se compra un Ford nuevo, se paga más por la higiene de los obreros que por el metal que contiene el vehículo. A pesar de todos esos esfuerzos, de todos esos gastos, la esperanza de vida de la población masculina adulta no se ha elevado sensiblemente desde hace 100 años. Es más baja que en muchos países pobres y, desde hace 20 años, no ha dejado de descender lenta, pero regularmente.

Ahí, donde se ha asistido a un retroceso de las enfermedades, éste es imputable a la adopción de un estilo de vida más sano, en particular bajo el aspecto de la nutrición. En menor grado, las vacunas y las acciones simples, como la administración automática de antibióticos, la prescripción de anticonceptivos o la interrupción del embarazo por el método de la aspiración, han contribuido al retroceso de ciertas afecciones. Pero dichas acciones no postulan la necesidad de una intervención profesional. No es porque mantiene lazos más estrechos con una profesión médica que la gente tendrá mejor salud. Muchos médicos “radicales” preconizan precisamente una biocracia siempre más vasta. Se les escapa aparentemente que querer “resolver los problemas” de la gente de manera más racional equivale a actuar en su lugar, a expoliarla de la decisión —incluso si es para alcanzar una igualdad compensatoria—.

La recuperación por la profesionalización del cliente

La tercera estrategia para asegurar la sobrevivencia de las profesiones dominadoras es el más reciente radicalismo en boga. Cuando los profetas de

los años sesenta vaticinaban sobre el desarrollo en el umbral de la abundancia, estos creadores de mitos hacían peroratas sobre la autoasistencia de los clientes profesionalizados.

Desde 1965 sólo en Estados Unidos cerca de 2 700 obras aparecieron para enseñar a ser su propio paciente —con el objeto de visitar al médico sólo cuando eso valiera la pena para él—. Algunas de ellas preconizan la formación de la automedicación, coronada por un examen, después del cual sólo los felices laureados tendrían licencia para comprar aspirinas y administrarlas a sus hijos. Otros proponen que los pacientes profesionalizados se benefician con tarifas preferenciales en los hospitales y de una disminución en sus cotizaciones de su seguro de enfermedades. Sólo podrán dar a luz en su casa las mujeres debidamente acreditadas —su “profesionalización” permitiría, si fuera el caso, perseguirlas por faltas o negligencia médica—. Una de esas proposiciones “radicales” consistía en poner una de esas habilitaciones no bajo auspicios médicos sino feministas.

El sueño profesional de arraigar profundamente cada jerarquía de necesidades reviste los colores de la autoasistencia. Por el momento, sus promotores son la nueva tribu de expertos en autoasistencia que ha venido a reemplazar a los especialistas del desarrollo de los años sesenta. Su objetivo es la profesionalización universal de los clientes. Los expertos norteamericanos de la construcción que, el otoño pasado, invadieron México, ilustran la nueva cruzada.

Hace alrededor de dos años, un profesor de arquitectura de Boston vino a pasar sus vacaciones a México. Un mexicano, amigo mío, lo llevó a ver la nueva ciudad que en 12 años se había desarrollado más allá del aeropuerto de México. Esta aglomeración, que inició con algunas chozas, se ha extendido progresivamente al grado de contar con tres veces más habitantes que Cambridge, Massachusetts. Mi amigo, él mismo arquitecto, quería mostrar al visitante miles de ejemplos de ingenio campesino: la organización, las estructuras, el reúso de materiales de desecho, nada de todo eso se encontraba en los manuales, todo era espontáneo. Su colega tomó cientos de fotografías. Nada más natural. Los amateurs, los no calificados, habían edificado, haciendo funcionar una aglomeración de “cuchitriles” de más de dos millones de habitantes. Las fotografías se analizaron debidamente en Cambridge; al final del año, especialistas norteamericanos recién salidos de los cursos de “arquitectura de comunidades” se empleaban en enseñar a la gente de Ciudad Nezahualcóyotl cuáles eran sus problemas, sus necesidades y las soluciones “adecuadas”.

EL *ETHOS* POSTPROFESIONAL

Lo inverso de la necesidad y de la pobreza profesionalmente comprobada es la subsistencia moderna. El término “economía de subsistencia” se aplica en etnología a la forma de sobrevivencia de un grupo, en sí mismo marginal, en relación con la dependencia hacia el mercado, en la que la gente fabrica lo que utiliza mediante herramientas tradicionales y en el seno de una organización social frecuentemente heredada tal cual. En el lenguaje corriente, sin embargo, la “economía de subsistencia” evoca una cultura que organiza la impotencia, engendra ilusiones y favorece a la élite. Shalins demostró que la única sociedad en la que el espacio, el tiempo y la autonomía se agota en su lucha por la sobrevivencia es la industrial. Propongo, sin embargo, no sin vacilación, recuperar el término para hablar de “subsistencia moderna”.

Llamamos “subsistencia moderna” al modo de vida en una economía posindustrial en el seno de la cual la gente logra reducir su dependencia en relación con el mercado, consiguiendo —por medios políticos— una infraestructura en la que técnicas y herramientas sirven, en primer lugar, para crear valores de uso no cuantificados y no cuantificables por los fabricantes profesionales de necesidades. De esas herramientas hablé en otra parte² proponiendo el término de “herramienta convivencial” para cualquier instrumento concebido con el fin de producir valores de uso. Mostré que el inverso de la pobreza modernizada progresiva es la austeridad convivencial que resulta de una gestión política que protege la igualdad del ejercicio de la libertad en el empleo de dichas herramientas.

Un reherramientación de la sociedad contemporánea mediante herramientas convivenciales y ya no industriales implica, sin embargo, un desplazamiento del interés en nuestra lucha por la justicia social; implica un nuevo género de subordinación de la justicia distributiva a la justicia participativa. En una sociedad industrial, los individuos están formados en una especialización forzada. Se han vuelto impotentes para modelar o para satisfacer sus propias necesidades. Dependen de mercancías “prescritas” para su intención. El derecho al diagnóstico de necesidades, a la participación de la terapia y —de manera general— a la distribución de bienes, predomina en la ética, la política y la legislación. La primacía dada al *derecho* de tener necesidades imputadas reduce las *libertades* de aprender, de sanar o de

² *La convivencialidad*.

desplazarse por uno mismo al estado de frágiles lujos. Sin embargo, en una sociedad convivencial lo inverso sería verdad. La protección de la equidad en el ejercicio de las libertades individuales es la preocupación dominante de una sociedad fundada en la tecnología radical, donde la ciencia y la técnica sirven para crear de manera más eficaz valores de uso. Es evidente que una libertad tan equitativamente repartida no tendría ningún sentido si no está fundada en el derecho a un acceso igual a las materias primas, a las herramientas y a los procedimientos. La alimentación, el carburante, el aire puro o el espacio vital no pueden distribuirse de manera más eficaz que las herramientas o los puestos de trabajo si se racionan sin consideración de las necesidades imputadas, es decir, hasta un límite igual para todos, jóvenes o viejos, impedido o presidente. Una sociedad fundada en el empleo moderno y eficaz de las libertades productivas no puede existir si el ejercicio de esas libertades no se limita de manera igual para todos.

NÉMESIS MÉDICA

PREFACIO

Con este libro se concluye mi participación sobre “La necesidad de un techo común; el control social de la tecnología” que se llevó a cabo en el Cidoc en Cuernavaca, de 1970 a 1976. Como apéndice, en la página 763 se reproduce el documento-hipótesis que sirvió de base para enmarcar las discusiones, escrito por Valentina Borremans, directora del Cidoc, disuelto en 1976 por haber terminado sus funciones clave.

Describí el impacto del sistema industrial sobre el medio ambiente, sobre las relaciones sociales y el carácter social sucesivamente, en el espejo de las grandes instituciones que este sistema excretó: la escuela, la empresa internacional, el transporte, la medicina.

Este libro no hubiera podido escribirse sin la contribución, en varias etapas, de muchos participantes en los seminarios del Cidoc. Aquí puedo nombrar sólo aquellos que más directamente me ayudaron a liberarme de prejuicios: Roslyn Lindheim, John McKnight, André Gorz, Arturo Aldama, Hermann Schwember, Jean Robert, Jean Pierre Dupuy.

Profundamente agradezco a Verónica Petrowitsch por haber hecho esta versión española en colaboración con Valentina Borremans, quien, mejor que nadie, conoce la evolución de mi pensamiento y de mi idioma.

El capítulo sobre la industrialización de la muerte es un resumen de las notas que Valentina Borremans reunió para su propio libro sobre la historia del rostro de la muerte.

Esta edición resultó finalmente la definitiva y la más completa en su aparato de referencias. Me honra el cuidado con el que don Joaquín Díez-Canedo y Bernardo Giner de los Ríos le dieron una forma editorial tan digna y limpia.

IVÁN ILLICH

Cuernavaca, diciembre de 1976

INTRODUCCIÓN

La medicina institucionalizada ha llegado a ser una grave amenaza para la salud. El impacto del control profesional sobre la medicina, que inhabilita a la gente, ha alcanzado las proporciones de una epidemia. *Iatrogénesis*, el nombre de esta nueva plaga, viene de *iatros*, el término griego para “médico”, y de *genesis*, que significa “origen”. La discusión de la enfermedad del progreso médico ha cobrado importancia en las conferencias médicas, los investigadores se concentran en los poderes enfermantos de la diagnosis y la terapia, y los informes sobre el paradójico daño causado por curas contra enfermedad ocupan cada vez mayor espacio en los prontuarios médicos. Las profesiones de la salud se encuentran al filo de una campaña de limpieza sin precedentes. “Clubes de Cos”, bautizados en honor de la isla griega de Doctores, han brotado aquí y allá, reuniendo médicos, droguistas glorificados y sus patrocinadores industriales del mismo modo como el Club de Roma congregó a “analistas” bajo la égida de Ford, Fiat y Volkswagen. Los proveedores de servicios médicos siguen el ejemplo de sus colegas de otros campos al amarrar al palo de “límites al crecimiento” la zanahoria de “siempre más” vehículos y terapias. Los límites a la asistencia profesional a la salud son un tema político que crece con rapidez. A qué intereses servirán dichos límites dependerá en gran parte de quién tome la iniciativa de formular que son necesarios: gente organizada para una acción política que desafíe el poder profesional cimentado en el *statu quo*, o las profesiones de la salud decididas a expandir más aún su monopolio.

Al público se le ha prevenido ante la incertidumbre y la perplejidad de los mejores entre sus cuidadores higiénicos. Los periódicos están llenos de informes sobre las manipulaciones *volte-face*¹ de los líderes médicos: los pioneros de los ayer llamados “progresos” advierten a sus pacientes contra los peligros de las curas milagrosas que ellos mismos acaban de inventar. Los políticos que propusieron emular los modelos ruso, sueco o inglés de medicina socializada se apenan de que sucesos recientes muestren la alta eficacia de estos sistemas en producir las mismas curas y atenciones pató-

¹ En francés, en el original. [E.]

genas —es decir, enfermantes— que produce la medicina capitalista, aunque con un acceso menos equitativo. Sobre nosotros se cierne una crisis de confianza en la medicina moderna. Limitarse sólo a insistir en esto sería contribuir aún más a una profecía que se cumple sola, y posiblemente al pánico.

Este libro argumenta que el pánico se halla fuera de lugar. La meditada discusión pública de la pandemia iatrogénica, partiendo de la insistencia en la desmistificación de todos los asuntos médicos, no será peligrosa para la comunidad. De hecho, lo peligroso es un público pasivo que ha llegado a confiar en limpiezas médicas superficiales. La crisis de la medicina podría permitir al lego reclamar en forma efectiva su propio control sobre la percepción, clasificación y toma de decisiones médicas. La laicización del templo de Esculapio podría llevar a deslegitimar los dogmas religiosos de la medicina moderna a los que las sociedades industriales, de izquierda a derecha, se adhieren ahora.

Mi argumento es que el lego y no el médico tiene la perspectiva potencial y el poder efectivo para detener la actual epidemia iatrogénica. Este libro ofrece al lector lego un marco conceptual dentro del cual determinar el lado turbio del progreso contra sus beneficios más publicitados. Utiliza la valoración social del progreso económico según un modelo que he detallado en otro sitio² y he aplicado anteriormente a la educación³ y al transporte,⁴ y que ahora aplico a la crítica del monopolio profesional y del cientificismo en el cuidado de la salud que prevalecen en todas las naciones organizadas para altos niveles de industrialización. A mi parecer, el saneamiento de la medicina es parte intrínseca de la inversión socioeconómica de la que trata la cuarta parte de este libro.

Las notas al pie de página reflejan la naturaleza de este texto. Asevero el derecho de romper el monopolio que la academia ha ejercido sobre toda la letra chica al final de página. Algunas notas documentan la información que he utilizado para elaborar y verificar mi preconcebido paradigma de límite óptimo para el cuidado de la salud; perspectiva que no ocupaba necesariamente un lugar en la mente de la persona que reunió los datos correspondientes. A veces, sólo cito mi fuente como el relato de un testigo ocular ofrecido incidentalmente por el *autor* experto, y al mismo tiempo rehúso aceptar lo que éste dice como un *testimonio* experto, sobre la base de

² *La convivencialidad.*

³ *La sociedad desescolarizada.*

⁴ *Energía y equidad.*

que lo conocido sólo de oídas no debería afectar las decisiones públicas pertinentes.

Muchas notas más otorgan al lector el tipo de guía bibliográfica que yo habría apreciado cuando empecé, como un intruso, a sumergirme en el tema de la asistencia a la salud y traté de adquirir competencia en la evaluación política de la eficacia de la medicina. Estas notas remiten a herramientas de biblioteca y obras de referencia que he aprendido a apreciar en años de exploración solitaria. También enlistan lecturas, desde monografías técnicas hasta novelas, que me han sido de utilidad.

Finalmente, he usado las notas para tratar mis propias sugerencias y planteamientos, parentéticos suplementarios y tangenciales, que dejados en el texto principal habrían distraído al lector. El lego en medicina, para quien está escrito este libro, tendrá que adquirir por sí mismo la competencia para evaluar el impacto de la medicina en la asistencia a la salud. Entre todos nuestros expertos contemporáneos, los médicos son aquellos cuya preparación los ha llevado al más alto grado de incompetencia especializada para esta empresa urgentemente necesaria.

La cura de la enfermedad iatrogénica que abarca a toda la sociedad es una labor política, no profesional. Debe basarse en un consenso popular acerca del equilibrio entre la libertad civil de curar y el derecho civil a una asistencia equitativa de la salud. Durante las últimas generaciones el monopolio médico sobre la asistencia a la salud se ha expandido sin freno y ha coartado nuestra libertad respecto a nuestro propio cuerpo. La sociedad ha transferido a los médicos el derecho exclusivo de determinar qué constituye la enfermedad, quién está enfermo o podría enfermarse, y qué cosa se hará a estas personas. La desviación es ahora "legítima" sólo cuando merece y en última instancia justifica la interpretación e intervención médicas. El compromiso social de proveer a todos los ciudadanos de las producciones casi ilimitadas del sistema médico amenaza con destruir las condiciones ambientales y culturales necesarias para que la gente viva una vida autónoma saludable. Esta tendencia debe reconocerse y eventualmente invertirse.

Los límites a la medicina han de ser algo distinto de la autolimitación profesional. Demostraré que la insistencia del gremio médico sobre su propia idoneidad para curar a la misma medicina se basa en una ilusión. El poder profesional es el resultado de la delegación política de la autoridad autónoma a las ocupaciones de la salud, realizada durante nuestro siglo por otros sectores de la burguesía universitaria. Dicho poder no lo pueden

revocar ahora aquellos que lo concedieron, sólo puede deslegitimarlo el acuerdo popular sobre su malignidad. La automedicación del sistema médico no puede sino fracasar. Si el público, empavorecido por revelaciones sangrientas, se viera conminado a conceder más apoyo a un aumento de control experto sobre expertos en la producción de la asistencia a la salud, esto sólo intensificaría la asistencia enfermante. Se debe entender que lo que ha transformado la asistencia a la salud en una empresa productora de enfermedades es la propia intensidad de una dedicación ingenieril que ha reducido la sobrevivencia humana, de un buen desempeño del organismo, al resultado de una manipulación técnica.

“Salud” es, después de todo, una palabra cotidiana que se usa para designar la intensidad con que los individuos hacen frente a sus estados internos y a sus condiciones ambientales. En el *Homo sapiens*, “saludable” es un adjetivo que califica acciones éticas y políticas. Al menos, en parte, la salud de una población depende de la forma en que las acciones políticas condicionan el medio y crean aquellas circunstancias que favorecen la confianza en sí, la autonomía y la dignidad para todos, especialmente los débiles. En consecuencia, los niveles de salud serán óptimos cuando el ambiente favorezca una capacidad de enfrentamiento, autónoma, personal y responsable. Los niveles de salud sólo pueden declinar cuando la sobrevivencia llega a depender de más allá de cierto punto de la regulación heterónoma (dirigida por otros) de la homeostasis del organismo. Más allá de un nivel crítico de intensidad, la asistencia institucionalizada a la salud —no importa que adopte la forma de cura, prevención o ingeniería ambiental— equivale a la negación sistemática de la salud.

La amenaza que la medicina actual representa para la salud de las poblaciones es análoga a la amenaza que el volumen y la intensidad del tráfico representan para la movilidad, la amenaza que la educación y los medios masivos de comunicación representan para el aprendizaje, y la amenaza que la urbanización representa para la habilidad de construir una morada. En cada caso una gran empresa institucional ha resultado contraproducente. La aceleración del tráfico, consumidora de tiempo; las comunicaciones ruidosas y confusas; la educación que entrena cada vez más gente para niveles de competencia técnica y formas especializadas de incompetencia general cada vez más altos: todos éstos son fenómenos paralelos a la producción de la enfermedad iatrogénica por parte de la medicina. En cada caso un gran sector institucional ha apartado a la sociedad del propósito específico para el cual dicho sector fue creado y técnicamente instrumentado.

La iatrogénesis no puede entenderse a menos que se vea como la manifestación específicamente médica de la *contraproductividad específica*. La contraproductividad específica o paradójica es un indicador social negativo de una diseconomía que permanece encerrada en el sistema que la produce. Es una medida de la confusión entregada por los medios noticiosos, la incompetencia fomentada por los educadores o la pérdida de tiempo representada por un coche más potente. La contraproductividad específica es un efecto secundario no deseado del crecimiento de la producción institucional inherente al sistema mismo que originó el valor específico. Es una medida social de la frustración objetiva. Este estudio de la medicina patógena se emprendió con el fin de ilustrar en el campo de la asistencia a la salud los diversos aspectos de la contraproductividad que pueden observarse en todos los sectores principales de la sociedad industrial en su estadio presente. Un análisis similar podría emprenderse en otros campos de la producción industrial, pero la urgencia es particularmente grande en el campo de la medicina, una profesión de servicio tradicionalmente reverenciada y autogratificante.

La iatrogénesis estructural afecta ya todas las relaciones sociales. Es el resultado de la colonización internalizada de la libertad a través de la afluencia. En los países ricos la colonización médica ha alcanzado proporciones morbosas; los países pobres siguen rápidamente los mismos pasos. (La sirena de una sola ambulancia puede destruir actitudes samaritanas en todo un pueblo.) Este proceso, que llamaré la "medicalización de la vida", merece una atención política articulada. La medicina podría ser un blanco principal para la acción política que se propone una inversión de la sociedad industrial. Sólo la gente que ha recobrado la capacidad de proporcionarse asistencia mutua y ha aprendido a combinarla con la destreza en el uso de la tecnología contemporánea, podrá también limitar el modo industrial de producción en otras áreas de importancia.

Al rebasar sus límites críticos, un sistema de asistencia a la salud basado en médicos y otros profesionales resulta patógeno por tres motivos: inevitablemente produce daños clínicos que superan sus posibles beneficios; no puede sino resaltar, en el acto mismo de oscurecerlas, las condiciones políticas que hacen insalubre la sociedad, y tiende a mistificar y a expropiar el poder del individuo para sanarse a sí mismo y modelar su ambiente. Los sistemas médico y paramédico sobre la metodología y la tecnología de la higiene son un notorio ejemplo del mal uso político que se hace de los avances médicos para fortalecer el crecimiento industrial más bien que el

personal. Tal medicina es sólo un ardid para convencer a quienes se sienten hartos y cansados de la sociedad, de que son ellos los enfermos e impotentes que necesitan de una reparación técnica. Examinaré estos tres planos de acción médica patógena en las tres primeras partes de este libro.

En el primer capítulo haré el balance del progreso en tecnología médica. Muchas personas desconfían ya de los médicos, de los hospitales y de la industria farmacéutica, y sólo necesitan datos que fundamenten sus temores. Ya los médicos juzgan necesario robustecer su credibilidad pidiendo que se prohíban formalmente muchos tratamientos comunes hoy en día. Las restricciones al ejercicio médico que los profesionales han llegado a considerar obligatorias son a menudo tan radicales que resultan inaceptables para la mayoría de los políticos. La ineficacia de la medicina costosa y de alto riesgo es un hecho ya ampliamente discutido que tomo como punto de partida, no como un asunto clave en el que quiera detenerme.

En la segunda parte describo aquellos aspectos de la organización social de la medicina que niegan directamente la salud, y en la tercera el impacto incapacitador de la ideología médica sobre la energía personal: en tres capítulos distintos describo la forma en que el dolor, la invalidez y la muerte dejan de ser un reto personal para convertirse en un problema técnico.

En la cuarta parte interpreto la medicina negadora de la salud como típica de la contraproductividad de la civilización sobreindustrializada y analizo cinco tipos de respuesta política que constituyen remedios tácitamente útiles y, todos, estratégicamente fútiles. Discierno entre dos modos por los cuales la persona se relaciona con su ambiente y se adapta a éste: el modo de enfrentamiento autónomo (es decir, autogobernando) y el modo de mantenimiento y manejo heterónomo (es decir, administrado). Concluyo demostrando que sólo un programa político encaminado a limitar el manejo profesional de la salud hará capaces a los hombres de recuperar sus poderes para prestar atención a la salud, y que tal programa es parte integral de una crítica y una restricción de amplio alcance del modo industrial de producción.

IATROGÉNESIS CLÍNICA

LA EPIDEMIA DE LA MEDICINA MODERNA

Durante las pasadas tres generaciones las enfermedades que padecen las sociedades occidentales sufrieron cambios dramáticos.¹ La poliomielitis, la difteria y la tuberculosis están desapareciendo; una sola dosis de un antibiótico cura a menudo la neumonía o la sífilis, y se ha llegado a controlar tantas causas de defunción masiva, que actualmente dos tercios de todas las muertes se relacionan con las enfermedades de la vejez. Los que mueren jóvenes son en la mayoría de los casos víctimas de accidentes, violencia o suicidio.²

Por lo general, estos cambios en el estado de salud se identifican con una disminución del sufrimiento y se atribuyen a una mayor o mejor asistencia médica. Aunque casi cada uno piensa que por lo menos uno de sus amigos no se hallaría vivo y sano de no ser por la pericia de un doctor, de hecho no existe evidencia de ninguna relación directa entre esta mutación de la enfermedad y el llamado progreso de la medicina.³ Los cambios son va-

¹ Erwin H. Ackerknecht, *History and Geography of the Most Important Diseases*, Hafner, Nueva York, 1965.

² Odin W. Anderson y Monroe Lerner, *Measuring Health Levels in the United States, 1900-1958*, Health Information Foundation Research Series núm. 11, Foundation, Nueva York, 1960. Marc Lalonde, *A New Perspective on the Health of Canadians: A Working Document*, Gobierno de Canadá, Ottawa, abril de 1974. Este valeroso informe bilingüe franco-inglés presentado por el secretario federal de Salud de Canadá contiene una sección central policromada que muestra en una serie de gráficas los cambios registrados en la mortalidad en Canadá.

³ René Dubos, *The Mirage of Health: Utopian Progress and Biological Change*, Anchor Books, Nueva York, 1959 [*El espejismo de la salud: utopías, progreso y cambio social*, FCE, México, 1975], fue el primero en exponer de manera notable la ilusión de producir "mejor salud" como una enfermedad peligrosa e infecciosa fomentada por los médicos. Thomas McKeown y Gordon McLachlan (comps.), *Medical History and Medical Care: A Symposium of Perspectives*, Oxford University Press, Nueva York, 1971, presentan una introducción a la sociología del seudoprogreso médico. John Powles, "On the Limitations of Modern Medicine", en *Science, Medicine and Man*, Pergamon, Londres, 1973, vol. 1, pp. 1-30, da una selección crítica de la literatura reciente, en inglés, sobre el tema. Respecto a la situación en Estados Unidos, consúltese Rick Carlson, *The End of Medicine*, Wiley Interscience, Nueva York, 1975, su ensayo es "un sumario de base

riables dependientes de transformaciones políticas y tecnológicas que a su vez se reflejan en los actos y las palabras de los médicos; no tienen relación significativa con las actividades que se requieren en la preparación, el rango social y el costoso equipo de que se enorgullecen las profesiones de la salud.⁴ Además, una proporción creciente de la *nueva* carga de enfermedades de los últimos 15 años es en sí misma el resultado de la intervención médica en favor de personas que están enfermas o podrían enfermar. Es de origen médico, o *iatrogénico*.⁵

Tras un siglo de perseguir la utopía médica,⁶ y contrariamente a la actual sabiduría convencional,⁷ los servicios médicos no han tenido un efecto importante en producir los cambios ocurridos en la expectativa de vida. En gran medida, la asistencia clínica contemporánea es incidental a la cura de la enfermedad, pero el daño causado por la medicina a la salud de individuos y poblaciones resulta muy significativo. Estos hechos son obvios, están bien documentados y son objeto de fuerte represión.

empírica y naturaleza teórica". Para denunciar la medicina norteamericana él escogió variables respecto de las cuales tenía pruebas completas cuya naturaleza era tal que le permitía manejarlas. Jean-Claude Polack, *La médecine du capital*, Maspero, París, 1970: una crítica de las tendencias políticas que buscan otorgar a la tecnología médica una influencia efectiva sobre la salud a través de la "democratización de los productos médicos de consumo". El autor descubre que estos mismos productos son modelados por una estructura burguesa de clases, represiva y alienante. Para usar la medicina para la liberación política será necesario "hallar en la enfermedad, aun cuando esté distorsionada por la intervención médica, una protesta contra el orden social existente".

⁴ Daniel Greenberg, "The 'War on Cancer', Official Fiction and Harsh Facts", *Science and Government Report*, vol. 4, 1º de diciembre de 1974. Este informe bien documentado dirigido al lego sustenta que las proclamas de la Sociedad Americana del Cáncer con respecto a que el cáncer es curable y que se han logrado progresos "recuerdan el optimismo sobre Vietnam antes del diluvio".

⁵ Dorland's *Illustrated Medical Dictionary*, 25a. ed., Saunders, Filadelfia, 1974: "Iatrogénico (*iatro* -Gr. Médico, *gennan* -Gr. producir). Resultante de la actividad de los médicos. Originalmente aplicado a desórdenes inducidos en el paciente por autosugestión basada en el examen, la actitud o las explicaciones del médico, el término se aplica ahora a cualquier condición adversa presentada en el paciente como resultado del tratamiento por parte de un médico o cirujano".

⁶ Heinrich Schipperges, *Utopien der Medizin. Geschichte und Kritik der ärztlichen Ideologie des 19. Jh.*, Müller, Salzburgo, 1966. Una útil guía a la literatura histórica es Richard M. Burke, *A Historical Chronology of Tuberculosis*, 2a. ed., Thomas, Springfield, Ill., 1955.

⁷ Para un análisis de los agentes y de las características que determinan la propagación epidémica de la actual información errónea de toda una comunidad científica, véase Derek J. de Solla Price, *Little Science, Big Science*, Columbia University Press, Nueva York, 1963.

La eficacia de los médicos: una ilusión

El estudio de la evolución seguida por las características de las enfermedades proporciona pruebas de que durante el último siglo los médicos no han influido sobre las epidemias más profundamente que los sacerdotes en tiempos anteriores. Las epidemias han llegado y se han ido bajo las imprecaciones de ambos, pero sin ser afectadas por éstas. Los rituales practicados en las clínicas médicas no las han modificado de manera más decisiva que los exorcismos usuales en los santuarios religiosos.⁸ La discusión sobre el porvenir de la asistencia médica podría iniciarse en forma útil partiendo de este reconocimiento.

Las infecciones que predominaron al iniciarse la edad industrial ilustran cómo la medicina adquirió su reputación.⁹ La tuberculosis, por ejemplo, alcanzó una cima a lo largo de dos generaciones. En 1812, se calculó que la mortalidad en Nueva York sobrepasaba la proporción de 700 por 10 000; en 1882, cuando Koch aisló y cultivó por vez primera el bacilo, había declinado a 370 por 10 000. La tasa había disminuido a 180 cuando se abrió el primer sanatorio en 1910, aunque la tisis ocupaba todavía el segundo lugar en los cuadros de mortalidad.¹⁰ Después de la segunda Guerra Mundial, pero antes de que el uso de antibióticos se convirtiera en rutina, había descendido al undécimo lugar con una tasa de 48. De manera análoga, el cólera,¹¹ la disentería¹² y la fiebre tifoidea alcanzaron un máximo y

⁸ Sobre la naturaleza clerical de la práctica médica, véase "Cléricalisme de la fonction médicale? Médecine et politique. Le 'Sacerdoce' médical. La relation thérapeutique. Psychanalyse et christianisme", *Le Semeur*, supl. 2 (1966-1967).

⁹ J. N. Weisfert, "Das Problem des Schwindsuchtskranken in Drama und Roman", *Deutscher Journalistenspiegel* 3 (1927), pp. 579-582. Una guía a la tuberculosis como tema literario en el drama y la novela del siglo XIX. E. Ebstein, "Die Lungenschwindsucht in der Weltliteratur", *Zeitschrift für Bücherfreunde* 5 (1913).

¹⁰ René y Jean Dubos, *The White Plague, Tuberculosis. Man and Society*, Little, Brown, Boston, 1953. Sobre los aspectos sociales, literarios y científicos de la tuberculosis en el siglo XIX; un análisis de su incidencia.

¹¹ Charles E. Rosenberg, *The Cholera Years: The United States in 1832, 1849, and 1866*, University of Chicago Press, Chicago, 1962. La epidemia neoyorquina de 1832 fue un dilema moral del que se buscó liberación a través del ayuno y la oración. Al llegar la epidemia de 1866, la cultura que produjo los arrabales de Nueva York había producido también el cloruro de cal.

¹² W. J. van Zijl, "Studies on Diarrheal Disease in Seven Countries", *Bulletin of the World Health Organization* 35 (1966), pp. 249-261. La disminución de las enfermedades diarreicas se produce gracias a un mejor servicio de aguas y al saneamiento, nunca como resultado de la intervención curativa.

luego disminuyeron independientemente del control médico. Cuando se llegó a comprender su etiología y su terapia se hizo específica, estas enfermedades ya habían perdido gran parte de su virulencia y con ella su importancia social. La tasa combinada de mortalidad por escarlatina, difteria, tos ferina y sarampión en niños menores de 15 años muestra que casi 90% de la disminución total en mortalidad desde 1860 hasta 1965 se había registrado antes de la introducción de los antibióticos y de la inmunización generalizada.¹³ Este receso puede atribuirse en parte al mejoramiento de la vivienda y a una disminución de la virulencia de los microorganismos, pero con mucho el factor más importante fue una mayor resistencia del huésped al mejorar la nutrición. Actualmente, en los países pobres, la diarrea y las infecciones de las vías respiratorias superiores se registran con más frecuencia, duran más tiempo y provocan más alta mortalidad cuando la nutrición es mala, independientemente de que se disponga de mucha o poca asistencia médica.¹⁴ En Inglaterra, a mediados del siglo XIX, las epidemias de enfermedades infecciosas habían sido reemplazadas por grandes síndromes de malnutrición, como el raquitismo y la pelagra. Éstos a su vez alcanzaron un máximo y se desvanecieron, para ser sustituidos por las enfermedades de la primera infancia y luego por úlceras duodenales en los jóvenes. Cuando éstas disminuyeron, ocuparon su lugar las epidemias modernas: cardiopatías coronarias, enfisema, bronquitis, obesidad, hipertensión, cáncer, sobre todo pulmonar, artritis, diabetes y los llamados desórdenes mentales. A pesar de intensas investigaciones, no contamos con una explicación completa sobre la génesis de estos cambios.¹⁵ Pero dos cosas son ciertas: no puede acreditarse al ejercicio profesional de los médicos la eliminación de antiguas formas de mortalidad o morbilidad, ni tampoco se le puede culpar por la mayor expectativa de una vida que transcurre sufriendo las nuevas enfermedades. Durante más de un siglo, el análisis de las tendencias patológicas ha mostrado que el ambiente es el determinante pri-

¹³ R. R. Porter, *The Contribution of the Biological and Medical Sciences to Human Welfare*, Presidential Address to the British Association for the Advancement of Science, Swansea Meeting, 1971, The Association, Londres, 1972, p. 95.

¹⁴ N. S. Scrimshaw, C. E. Taylor y John E. Gordon, *Interactions of Nutrition and Infection*, World Health Organization, Ginebra, 1968.

¹⁵ John Cassel, "Physical Illness in Response to Stress", *Antología A7*, mimeografiada, Cidoc, Cuernavaca, 1971.

mordial del estado de salud general de cualquier población.¹⁶ La geografía médica,¹⁷ la historia de las enfermedades,¹⁸ la antropología médica¹⁹ y la historia social de las actitudes hacia la enfermedad²⁰ han mostrado que

¹⁶ Uno de los primeros planteamientos que con mayor claridad mostraron la importancia suprema del ambiente es J. P. Frank, *Akademische Rede vom Vilkseleend als der Mutter der Krankheiten*, Pavia, 1790; reimpresión, Barth, Leipzig, 1960. Thomas McKeown y R. G. Record, "Reasons for the Decline in Mortality in England and Wales During the Nineteenth Century", *Population Studies* 16 (1962), pp. 94-122. Edwin Chadwick, *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population of Great Britain, 1842*, com. M. W. Flinn, Aldine, Chicago, 1965, concluyó hace siglo y medio que "las medidas primarias y más importantes, y a la vez las más prácticas, dentro de la providencia reconocida de la administración pública, son el drenaje, la eliminación de toda basura de las habitaciones, calles y caminos, y el mejoramiento de los servicios de agua". Max von Petterkofer, *The Value of Health to a City: Two Lectures Delivered in 1873*, trad. Henry E. Sigerist, Johns Hopkins, Baltimore, 1941, calculó hace un siglo el costo de la salud en la ciudad de Munich en términos de pérdidas por sueldos medios y de costos médicos creados. Argumentaba que los servicios públicos, especialmente mejores sistemas de drenaje y agua potable, bajarían la tasa de mortalidad, la morbilidad y el ausentismo, y que esto pagaría su mismo costo. La investigación epidemiológica ha confirmado por entero estas convicciones humanistas: Delpit-Morando, Radenac y Vilain, "Disparités régionales en matière de santé", *Bulletin de Statistique du Ministère de la Santé et de la Sécurité Sociale*, núm. 3, 1973; Warren Winkelstein, Jr, "Epidemiological Considerations Underlying the Allocation of Health and Disease Care Resources", *International Journal of Epidemiology* 1, núm. 1 (1972), pp. 69-74; F. Fagnani, *Santé, consommation médicale et environnement: Problèmes et méthodes*, Mouton, París, 1973.

¹⁷ N. D. McGlashan (comp.), *Medical Geography: Techniques and field Studies*, Barnes and Noble, Nueva York, 1973. Jacques May y Donna McLelland (comps.), *Studies in Medical Geography*, 10 vols., Hafner, Nueva York, 1961-1971. Daniel Noin, *La géographie démographique de la France*, PUF, París, 1973. J. Vallin, *La mortalité en France par tranches depuis 1899*, PUF, París, 1973. L. D. Stamp, *The Geography of Life and Death*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1965. E. Rodenwaldt et al., *Weltseuchenatlas*, Hamburgo, 1956. John Melton Hunter, "The Geography of Health and Disease", *Studies in Geography*, núm. 6, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1974.

¹⁸ Erwin H. Ackerknecht, *Therapeutics: From the Primitives to the Twentieth Century*, Hafner, Nueva York, 1973. Una visión panorámica. J. F. D. Shrewsbury, *A History of the Bubonic Plague in the British Isles*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970. Un notable ejemplo de historia escrito por un bacteriólogo y epidemiólogo.

¹⁹ Para una introducción a esta literatura, véase Steven Polgar, "Health and Human Behaviour: Areas of Interest Common to the Social and Medical Sciences", *Current Anthropology* 3 (abril de 1962), pp. 159-205. Polgar da una evaluación crítica de cada título y las relaciones de su evaluación por un amplio número de colegas. Véase también Steven Polgar, "Health", en *International Encyclopedia of The Social Sciences* (1968), vol. 6, pp. 330-336; Eliot Freidson, "The Sociology of Medicine: A Trend Report and Bibliography", *Current Sociology*, 1961-1962, núms. 10-11, pp. 123-192.

²⁰ Paul Slack, "Disease and the Social Historian", *Times Literary Supplement*, 8 de marzo de 1974, pp. 233-234. Un artículo de reseña crítica. Catherine Rollet y Agnès Souriac, "Épidémies et mentalités: Le Chôlera de 1832 en Seine-et-Oise", *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 1974, núm. 4, pp. 935-965.

la alimentación,²¹ el agua²² y el aire,²³ en correlación con el nivel de igualdad sociopolítica²⁴ y con los mecanismos culturales que hacen posible man-

²¹ Alan Berg, *The Nutrition Factor: Its Role in National Development*, Brookings Institution, Washington, 1973. Hans J. Teuteberg y Günter Wiegelmann, *Der Wandel der Nahrungsgewohnheiten unter dem Einfluss der Industrialisierung*, Vandenhoeck und Ruprecht, Gotinga, 1972, tratan el impacto de la industrialización sobre la cantidad, calidad y distribución de los alimentos en la Europa del siglo XIX. Con la transición de la subsistencia a base de artículos limitados a los menús manipulados o elegidos, se destruyeron las culturas tradicionales y regionales de comer, ayunar y sobrevivir el hambre. Una abundante información bibliográfica, pero mal organizada. Sobre las huellas de Marc Bloch y Lucien Febvre se realizó parte de la investigación más valiosa sobre la importancia de los alimentos en las estructuras de poder y en los niveles de salud. Para una orientación sobre el método usado, consúltese Guy Thuillier, "Au XIX^e siècle", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 1968, núm. 6, pp. 1301-1319; Guy Thuillier, "Au XIX^e siècle: L'Alimentation en Nivernais", *Annales*, 1965, núm. 6, pp. 1163-1184. Una obra maestra es François Lebrun, *Les Hommes et la mort en Anjou au 17^e et 18^e siècles: Essai de démographie et psychologie historiques*, Mouton, París, 1971; A. Poitrineau, "L'Alimentation populaire en Auvergne au XVIII^e siècle", *Enquêtes*, pp. 323-331. Owsei Temkin, *Nutrition from Classical Antiquity to the Baroque*, Human Nutrition Monograph 3, Nueva York, 1962. Con respecto a la transformación del pan en una sustancia que las máquinas pudieran producir, véase Siegfried Giedion, *Mechanization Takes Command: A Contribution to Anonymous History*, Norton, Nueva York, 1969, especialmente puntos 4:2, 4:3 (sobre la carne). También Fernand Braudel, "Le Superflu et l'ordinaire: nourriture et boissons", en *Civilisation matérielle et capitalisme*, Colín, París, 1967, pp. 134-138.

²² I. D. Carruthers, *Impact and Economics of Community Water Supply: A Study of Rural Water Investment in Kenya*, Wye College, Ashford, Kent, 1973; sobre el impacto de la dotación de agua en la salud. Sobre el mejoramiento de los servicios de agua rurales durante el siglo XIX: Guy Thuillier, "Pour une histoire régionale de l'eau en Nivernais au XIX^e siècle", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 1968, núm. 1, pp. 49 ss. El mejoramiento de los servicios de agua cambió la actitud de la gente hacia sus propios cuerpos: Guy Thuillier, "Pour une histoire de l'hygiène corporelle. Un exemple régional: le Nivernais", *Revue d'histoire économique et sociale* 46, núm. 2 (1968), pp. 232-253; Lawrence Wright, *Clean and Decent: the Fascinating History of the Bathroom and the Water Closet and of Sundry Habits, Fashions and Accessories of the Toilet, Principally in Great Britain, France and America*, University of Toronto Press, Toronto, 1967. *Pulcro y decente. La interesante y divertida historia del cuarto de baño*, trad. por Julio Gómez de la Serna, Barcelona, Noguer, 1962. Se desarrollaron nuevas pautas para el lavado de la ropa: Guy Thuillier, "Pour une histoire de la lessive au XIX^e siècle", *Annales*, 1969, núm. 2, pp. 355-390.

²³ Lester B. Lave y Eugène P. Seskin, "Air Pollution and Human Health", *Science* 169 (1970), pp. 723-733. Jean-Paul Dessaive et al., *Médecins, climat et épidémies à la fin du XVIII^e*, Mouton, París, 1972.

²⁴ Un argumento sintético y bien documentado a este respecto es Emanuel de Kadt, "Inequality and Health", University of Sussex, enero de 1975. La versión original más larga de este trabajo fue escrita en 1972 como el capítulo introductorio del libro *Salud y bienestar*, que habría debido publicarse en Santiago de Chile en 1973. John Powles, "Health and Industrialisation in Britain: the Interaction of Substantive and Ideological Change", preparado para un Coloquio sobre la adaptabilidad del hombre a la vida urbana, Primer Congreso Mundial sobre la Medicina Ambiental y la Biología, París, 1-5 de julio de 1974. C. Ferrero, "Health and Levels of Living in Latin America", *Milbank Memorial Fund Quarterly* 43, octubre de 1965,

tener la estabilidad de la población,²⁵ juegan el papel decisivo en determinar cuán saludables se sienten las personas mayores y a qué edad tienden a morir los adultos. A medida que los viejos factores patógenos retroceden, una nueva clase de malnutrición está convirtiéndose en la epidemia moderna de más rápida expansión.²⁶ Un tercio de la humanidad sobrevive en un nivel de desnutrición que en otros tiempos habría sido letal, mientras que cada vez más gente rica absorbe siempre más tóxicos y mutágenos en sus alimentos.²⁷

pp. 281-295. No puede anticiparse un descenso en la mortalidad con base en un mayor gasto en la asistencia a la salud sino sobre una nueva distribución de fondos dentro del sector de la salud, combinada con el cambio social.

²⁵ Emily R. Coleman, "L'Infanticide dans le haut moyen âge", trad. A. Chamoux, *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 1974, núm. 2, pp. 315-335. Sugiere que el infanticidio en la Edad Media tuvo una notable repercusión demográfica. Ansley J. Coale, "The Decline in Fertility in Europe from the French Revolution to World War II", en S. J. Behrman *et al.*, *Fertility and Family Planning*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1970. La fertilidad marital disminuyó en todas partes antes de que aumentara la proporción de la población casada. La discriminación contra los ilegítimos, combinada con el acceso restringido al matrimonio, puede haber servido para controlar la población. Esta hipótesis se refuerza en J.-L. Flandrin, "Contraception, mariage et relations amoureuses dans l'Occident chrétien", *Annales*, 1969, núm. 6, pp. 1370-1390. Los datos demográficos sugieren no la contracepción dentro del matrimonio en la Francia de los siglos XVII y XVIII, sino tasas muy bajas de ilegitimidad. La contracepción en el matrimonio era casi herejía, la concepción fuera del matrimonio era escandalosa. Flandrin sugiere que durante el siglo XIX la conducta sexual entre los esposos empezó a modelarse sobre la conducta tradicional fuera del matrimonio. La contracepción parece haberse aceptado en primer lugar entre familias campesinas lo bastante ricas para mantener un bajo índice de mortalidad infantil: véase M. Leridon, "Fécondité et mortalité infantile dans trois villages bavaoises: Une analyse de données individualisées du XIX^e siècle", *Population* 5, 1969, pp. 997-1002. Aunque los médicos en Inglaterra se opusieron a su generalización, parecen haberla aplicado con eficacia en sus propias vidas: J. A. Banks, "Family Planning and Birth Control in Victorian Times", trabajo leído en la segunda conferencia anual de la Sociedad para la Historia de la Medicina, Leicester University, 1972. La Iglesia católica parece haberse preocupado por la contracepción sólo en la medida en que afectaba a las clases medias industriales: véase John Thomas Noonan, *Contraception: a History of Its Treatment by the Catholic Theologians and Canonists*, Harvard University Press, Cambridge, 1965. Philippe Ariès, "Les techniques de la mort", en *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIII^e siècle*, Seuil, París, 1971, p. 373.

²⁶ Hasta la fecha, el hambre y la malnutrición mundial han aumentado a raíz del desarrollo industrial. "Se dice que una tercera parte o una mitad de la humanidad se acuesta con hambre cada noche. En la Edad de Piedra la fracción debe haber sido mucho más pequeña. Ésta es la era del hambre sin precedentes. Ahora, en los tiempos del mayor poder técnico, la inanición es una institución." Marshall Sahlins, *Stone Age Economics*, Aldene, Chicago, 1972, p. 23.

²⁷ J. E. Davies y W. F. Edmundson, *Epidemiology of DDT*, Future, Mount Kisco, N. Y., 1972. Un buen ejemplo de control paradójico de la enfermedad proviene de Borneo: los insecticidas usados en las aldeas para controlar los vectores del paludismo también se acumularon en las cucarachas, la mayor parte de las cuales son resistentes. Las lagartijas caseras se alimentaban

Algunas técnicas modernas, a menudo desarrolladas con ayuda de médicos, y óptimamente eficaces cuando se integran a la cultura y al ambiente o cuando se aplican independientemente de la práctica profesional, han efectuado también cambios en la salud general, pero en menor grado. Entre ellas pueden incluirse los anticonceptivos, la vacunación de infantes contra la viruela, y medidas sanitarias no médicas como el tratamiento del agua y el drenaje, el uso de jabón y tijeras por las comadronas, y ciertos procedimientos antibacterianos e insecticidas. La importancia de muchas de estas prácticas fue reconocida y declarada en primera instancia por médicos —a menudo valerosos disidentes que sufrieron por sus recomendaciones—,²⁸ pero esto no eleva el jabón, las pinzas, las agujas de vacunación, los preparados para despiojar o los condones a la categoría de “equipo médico”. Los cambios más recientes en mortalidad desde los grupos más jóvenes hasta los de mayor edad pueden explicarse por la incorporación de estos recursos y procedimientos a la cultura del lego.

En contraste con las mejoras ambientales y las medidas sanitarias modernas no profesionales, el tratamiento específicamente médico de la gente nunca se relaciona en forma significativa con una disminución del complejo patológico ni con una elevación de la expectativa de vida.²⁹ La proporción de médicos en una población, los medios clínicos de que disponen, el número de camas de hospital tampoco son factores causales en los impactantes cambios registrados en las características generales de las enfermedades. Las nuevas técnicas para reconocer y tratar afecciones tales como la anemia perniciosa y la hipertensión, o para corregir malformaciones congénitas mediante intervenciones quirúrgicas, redefinen pero no re-

de éstas, caían en letargo y eran presa de los gatos. Los gatos morían, las ratas se multiplicaron, y con las ratas se presentó la amenaza de una epidemia de plaga bubónica. El ejército tuvo que echar gatos en paracaídas a la aldea selvática: *Conservation News*, julio de 1973.

²⁸ Un buen ejemplo de persecución médica en contra de innovadores se da en G. Gortvay e I. Zoltan, *I. Semmelweis, His Life and Work*, Akademiai Kiado, Budapest, 1968, biografía crítica del primer ginecólogo que usó procedimientos antisépticos en sus pabellones. En 1848, él redujo en un factor de 15 la mortalidad resultante de la fiebre puerperal y fue, en el acto, expulsado y rechazado por sus colegas, a quienes ofendió la idea de que los médicos pudieran ser portadores de la muerte. La novela de Morton Thompson *The Cry and the Covenant*, New American Library, Nueva York, 1973, hace cobrar vida a Semmelweis.

²⁹ Charles T. Stewart, Jr., “Allocation of Resources to Health”, *Journal of Human Resources* 6, núm. 1 (1971), pp. 103-121. Stewart clasifica los recursos destinados a la salud en la siguiente forma: tratamiento, prevención, información e investigación. En todas las naciones del Hemisferio Occidental, la prevención (p. ej., el agua potable) y la educación se relacionan significativamente con la expectativa de vida, pero ninguna de las “variables del tratamiento” se hallan relacionadas en tal forma.

ducen la morbilidad. El hecho de que haya más médicos donde ciertas enfermedades se han hecho raras tiene poco que ver con su capacidad para controlarlas o eliminarlas.³⁰

Esto simplemente significa que los médicos se desplazan como les place, más que otros profesionales, y que tienden a reunirse donde el clima es saludable, el agua es pura, y la gente tiene trabajo y puede pagar sus servicios.³¹

INÚTIL TRATAMIENTO MÉDICO

La imponente tecnología médica se ha unido con la retórica igualitaria para crear la impresión de que la medicina contemporánea es sumamente eficaz. Durante la última generación, sin duda, un número limitado de procedimientos específicos ha resultado de extrema utilidad. Pero, cuando no se encuentran monopolizados por profesionales como herramientas del oficio, los que resultan aplicables a las enfermedades ampliamente difundidas suelen ser muy económicos y requieren un mínimo de técnicas personales, de material y de servicios de custodia hospitalaria. En contraste, la mayoría de los enormes gastos médicos actuales en rápido aumento se destinan a diagnósticos y tratamientos cuya eficacia es en el mejor de los casos dudosa.³² Para apuntalar esta afirmación conviene distinguir entre enfermedades infecciosas y no infecciosas.

³⁰ Reuel A. Stallones, en *Environment, Ecology, and Epidemiology*, Pan American Health Organization Scientific Publication núm. 231, Washington, 30 de septiembre de 1971, muestra la existencia en Estados Unidos de una fuerte correlación positiva entre una alta proporción de médicos en la población general y la alta tasa de enfermedades coronarias, en tanto que la correlación es fuertemente negativa en el caso de la enfermedad cerebro-vascular. Stallones señala que esto no quiere decir nada respecto de una posible influencia que pudieran tener los médicos en un caso o en el otro. La morbilidad y la mortalidad son partes integrantes del ambiente humano y no están relacionadas con los esfuerzos realizados para dominar cualquier enfermedad específica.

³¹ Alain Letourmy y François Gibert, *Santé, environnement, consommations médicales: un modèle et son estimation à partir de données de mortalité; Rapport principal*, CEREBE (Centre de Recherche sur le Bien-être), París, junio de 1974. Compara las tasas de mortalidad en diferentes regiones de Francia, no están relacionadas con la densidad médica, y sí tienen una relación muy fuerte con el contenido de grasa en las salsas típicas de cada región, y en menor medida, con el consumo de alcohol.

³² En la actualidad, el estudio modelo sobre este asunto parece ser el de A. L. Cochrane, *Effectiveness and Efficiency: Random Reflections on Health Services*, Nuffield Provincial Hospitals Trust, 1972. Véase también *British Medical Journal*, 1974, vol. 4, p. 5. A. Querido, *Efficiency of Medical Care*, International Publications, Nueva York, 1963.

En el caso de las enfermedades infecciosas, la quimioterapia ha desempeñado un papel importante en el control de la neumonía, la gonorrea y la sífilis. La mortalidad por neumonía, en otro tiempo la "amiga de los viejos", disminuyó cada año de 5 a 8% después de que las sulfamidas y los antibióticos salieron al mercado. La sífilis, el pian y muchos casos de paludismo y tifoidea pueden curarse con rapidez y facilidad. El aumento de las enfermedades venéreas se debe a nuevas costumbres, no a la medicina inútil. El resurgimiento del paludismo ha de atribuirse al desarrollo de mosquitos resistentes a los pesticidas y no a alguna falta de medicamentos antipalúdicos.³³ La inmunización ha eliminado casi por entero la poliomielitis, enfermedad de los países desarrollados, y sin duda las vacunas han contribuido a la disminución de la tos ferina y el sarampión,³⁴ confirmando así al parecer la creencia popular en el "progreso médico".³⁵ Pero en lo que respecta a la mayoría de las demás infecciones, la medicina no puede presentar resultados comparables. El tratamiento con medicamentos ha ayudado a reducir la mortalidad por tuberculosis, tétanos, difteria y escarlatina, pero en la disminución total de la mortalidad o la morbilidad por estas enfermedades, la quimioterapia jugó un papel secundario y posiblemente insignificante.³⁶ El paludismo, la leishmaniasis y la enfermedad del

³³ Jacques M. May, "Influence of Environmental Transformation in Changing the Map of Disease", en M. Taghi Farvar y John P. Milton, comps., *The Careless Technology*, Natural History Press, Garden City, N. Y., 1972, pp. 19-34. May señala que la resistencia de los mosquitos a los insecticidas, por una parte, y la resistencia de los parásitos a los agentes quimioterapéuticos, por otra, tal vez hayan creado un reto irresoluble a la adaptación humana.

³⁴ Henry J. Parish, *A History of Immunization*, Livingstone, Edimburgo, 1965. Para documentación consúltese la introducción histórica. La eficacia de la prevención con respecto a cualquier enfermedad específica debe distinguirse de su contribución al volumen de enfermedad: J. H. Alston, *A New Look at Infectious Disease*, Pitman, Londres, 1967, muestra cómo las infecciones las reemplazan nuevas, sin reducción en el volumen total. Keith Mellanby, *Pesticides and Pollution*, Collins, Nueva York, 1967, demuestra en forma fácilmente comprensible cómo los mecanismos ingenieriles inventados para reducir una infección fomentan otras.

³⁵ República de Cuba, Ministerio de la Salud Pública, *Cuba. Organización de los servicios y nivel de salud*, La Habana, 1974, introducción de Fidel Castro. Una impresionante demostración del cambio en las pautas de mortalidad y morbilidad a lo largo de una década, durante la cual las principales infecciones en toda la isla resultaron significativamente afectadas por una campaña de salud pública. Nguyen Khac Vien, "25 Années d'activités médico-sanitaires", *Études vietnamiennes*, Hanoi, núm. 25, 1970.

³⁶ G. O. Sofoluwe, "Promotive Medicine: a Boost to the Economy of Developing Countries", *Tropical and Geographical Magazine*, 22, junio de 1970, pp. 250-254. Durante 30 años entre 1935 y 1968, la mayoría de las medidas curativas usadas contra las enfermedades parasitarias y las infecciones de la piel y los órganos respiratorios y contra la diarrea dejaron, "en general, inalteradas las características de la morbilidad".

sueño retrocedieron ciertamente por un tiempo ante la embestida del ataque químico, pero actualmente vuelven a cundir.³⁷

La eficacia de la intervención médica para combatir enfermedades no infecciosas es aún más discutible. En algunas situaciones y para ciertas condiciones, se ha demostrado en verdad un progreso efectivo: es posible prevenir parcialmente las caries dentales mediante la fluorización del agua, aunque a un costo que todavía no acaba de conocerse.³⁸ El tratamiento sustitutivo reduce la acción directa de la diabetes, aunque sólo por corto tiempo.³⁹ La alimentación intravenosa, las transfusiones sanguíneas y las técnicas quirúrgicas permiten que un número mayor de quienes llegan al hospital sobreviva a los traumatismos, pero las tasas de supervivencia con respecto a los tipos más comunes de cáncer —los que integran 90% de los casos— han permanecido prácticamente inalteradas durante los últimos 25 años. Este hecho ha sido constantemente enmascarado por anuncios de la Sociedad Americana del Cáncer que recuerdan las proclamas del general Westmoreland desde Vietnam. Por otra parte, se ha comprobado el valor diagnóstico de la prueba del frotis vaginal de Papanicolaou: si dicha prueba se realiza cuatro veces por año, la intervención precoz en el cáncer cervical aumenta en forma demostrable de tasa de supervivencia de cinco años. Algún tratamiento para el cáncer cutáneo es sumamente eficaz. Pero hay poca evidencia de eficacia en el tratamiento de la mayoría de los otros tipos de cánceres.⁴⁰ La tasa de supervivencia después de cinco años, en los

³⁷ En Farvar y Milton (comps.), *The Careless Technology*, varios autores destacan este punto específicamente respecto al paludismo, la filariasis bancroftiana (Hamon), la esquistosomiasis (Van der Schalie) y las infecciones genitourinarias (Farvar).

³⁸ Bruce Mitchel, *Fluoridation Bibliography*, Council of Planning Librarians Exchange Bibliography núm. 268, Waterloo, Ont., marzo de 1972. Cubre el debate y en especial trata de la percepción del cientista social sobre el comportamiento de la gente en relación con la fluorización del agua en Canadá.

³⁹ C. L. Meinert *et al.*, "A Study of the Effects of Hypoglycemic Agents on Vascular Complications in Patients with Adult-Onset Diabetes. II. Mortality Results, 1970", *Diabetes* 19, supl. 2, 1970, pp. 789-830. G. L. Knatterud *et al.*, "Effects of Hypoglycemic Agents on Vascular Complications in Patients with Adult-Onset Diabetes", *Journal of the American Medical Association* 217, 1971, pp. 777-784. Cochrane, *Effectiveness and Efficiency*, comenta los dos últimos. Sugieren que la administración de tolbutamida y fenoformina es definitivamente perjudicial en el tratamiento de diabéticos maduros y que no hay ventaja alguna en suministrar insulina en vez de prescribir una dieta.

⁴⁰ H. Oeser, *Krebsbekämpfung: Hoffnung und Realität*, Thieme, Stuttgart, 1974. Es hasta ahora, que yo sepa, la más útil introducción, para el lego o el médico general, a una evaluación crítica de la literatura mundial sobre la eficacia del tratamiento para el cáncer. Véase también N. E. McKinnon, "The Effects of Control Programs on Cancer Mortality", *Canadian Medical Association Journal* 82 (1960), pp. 1308-1312. K. T. Evans, "Breast Cancer Sympto-

casos de cáncer de mama, es de 50%, sin importar la frecuencia de los exámenes médicos ni el tratamiento que se emplee.⁴¹ No se ha comprobado que esta tasa difiera de la del cáncer no tratado. Aunque los clínicos y los publicistas de la institución médica destacan la importancia del diagnóstico y tratamiento precoces de éste y de varios otros tipos de cáncer, los epidemiólogos empiezan a dudar de que la intervención temprana modifique el índice de supervivencia.⁴² En raras cardiopatías congénitas y en la cardiopatía reumática, la cirugía y la quimioterapia han aumentado las perspectivas de llevar una vida activa para algunos de los que sufren de condiciones degenerativas.⁴³ Sin embargo, el tratamiento médico de las enfermedades cardiovasculares comunes⁴⁴ y el tratamiento intensivo de las

sium: points in the Practical Management of Breast Cancer. Are Physical Methods of Diagnosis of Value?", *British Journal of Surgery* 56, 1969, pp. 784-786. John C., Bailar, "Mammography: A Contrary View", *Annals of Internal Medicine*, vol. 84, 1, enero de 1976, pp. 77-84. La difusión de la mamografía como medida de salud pública generalizada es prematura.

⁴¹ Edwin F. Lewison, "An Appraisal of Long-Term Results in Surgical Treatment of Breast Cancer", *Journal of the American Medical Association* 186, 1963, pp. 975-978. "La característica más impresionante del tratamiento quirúrgico del cáncer de la mama es la notable similitud y sorprendente uniformidad de los resultados finales a largo plazo a pesar de técnicas terapéuticas ampliamente divergentes, de acuerdo con los informes de este país y del extranjero." Lo mismo puede decirse hoy. Mary E. Costanza, "Sounding Board. The Problem of Breast Cancer Prophylaxis", *The New England Journal of Medicine*, vol. 293, 21, 20 de noviembre de 1975, pp. 1095-1098.

⁴² Robert Sutherland, *Cancer: the Significance of Delay*, Butterworth, Londres, 1960, pp. 196-202. También Hedley Atkins *et al.*, "Treatment of Early Breast Cancer: a Report After Ten Years of Clinical Trial", *British Medical Journal*, 1972, vol. 2, pp. 423-429; también p. 417. D. P. Byar y el Veterans Administration Cooperative Urological Research Group, "Survival of Patients with Incidentally Found Microscopic Cancer of the Prostate: results of Clinical Trial of Conservative Treatment", *Journal of Urology* 108, diciembre de 1972, pp. 908-913. Una comparación hecha al azar de cuatro tratamientos (placebo, estrógeno, placebo y orquiectomía, y estrógeno y orquiectomía) no revela diferencias significativas entre ellos, ni tampoco en comparación con la prostatectomía radical. Para un amplio panorama de investigaciones análogas sobre el cáncer en diversos puntos, véase la anterior nota 40.

⁴³ Ann G. Kutner, "Current Status of Steroid Therapy in Rheumatic Fever", *American Heart Journal* 70, agosto de 1965, pp. 147-149. Rheumatic Fever Working Party of the Medical Research Council of Great Britain y Subcommittee of Principal Investigators of the American Council on Rheumatic Fever and Congenital Heart Disease, American Heart Association, "Treatment of Acute Rheumatic Fever in Children: a Cooperative Clinical Trial of ACTH, Cortisone and Aspirin", *British Medical Journal*, 1955, vol. 1, pp. 555-574.

⁴⁴ Albert N. Brest, "Treatment of Coronary Occlusive Disease: Critical Review", *Diseases of the Chest* 45, enero de 1964, pp. 40-45. Malcolm I. Lindsay y Ralph E. Spiekerman, "Reevaluation of Therapy of Acute Myocardial Infarction", *American Heart Journal* 67, abril de 1964, pp. 559-564. Harvey D. Cain *et al.*, "Current Therapy of Cardiovascular Disease", *Geriatrics* 18, julio de 1963, pp. 507-518.

enfermedades cardíacas⁴⁵ son eficaces sólo cuando concurren circunstancias más bien excepcionales que se hallan fuera del control del médico.

El tratamiento con medicamentos de la hipertensión arterial es eficaz, y justifica el riesgo de efectos secundarios, para los pocos que la padecen como síndrome malignum. Representa un peligro considerable de graves daños, muy superiores a cualquier beneficio comprobado, para los 10 o 20 millones de norteamericanos a quienes temerarios plomeros de arterias tratan de imponerlo.⁴⁶

LESIONES PROVOCADAS POR EL MÉDICO

Por desgracia, la asistencia médica fútil pero inocua es el menor de los daños que una empresa médica en proliferación inflige a la sociedad contemporánea. El dolor, las disfunciones, las incapacidades y la angustia que resultan de la intervención médica técnica rivalizan actualmente con la morbilidad debida a los accidentes del tráfico y de la industria, e incluso a las actividades relacionadas con la guerra, y hacen del impacto de la medicina una de las epidemias de más rápida expansión de nuestro tiempo. Entre los perjuicios homicidas institucionales sólo la malnutrición moderna lesiona a más gente que la enfermedad iatrogénica en sus diversas manifestaciones.⁴⁷ En el sentido más estricto, la enfermedad iatrogénica incluye sólo las enfermedades que no se habrían producido si *no* se hubiesen aplicado tratamientos ortodoxos y profesionalmente recomendados.⁴⁸ Dentro de esta definición, un paciente podría demandar a su terapeuta si este últi-

⁴⁵ H. G. Mather *et al.*, "Acute Myocardial Infarction: Home and Hospital Treatment", *British Medical Journal*, 1971, vol. 3, pp. 334-338.

⁴⁶ Combined Staff Clinic, "Recent Advances in Hypertension", *American Journal of Medicine* 39, octubre de 1965, pp. 634-638.

⁴⁷ Algunos de los libros de texto más utilizados; Robert H. Moser, *The Disease of Medical Progress: A Study of Iatrogenic Disease*, 3a. ed., Thomas, Springfield, Ill., 1969. David M. Spain, *The Complications of Modern Medical Practices*, Grune and Straton, Nueva York, 1963. H. P. Kümerle y N. Goossens, *Klinik und Therapie der Nebenwirkungen*, Thieme, Stuttgart, 1973 (1a. ed., 1960). R. Heintz, *Erkrankungen durch Arzneimittel: Diagnostik, Klinik, Pathogenese, Therapie*, Thieme, Stuttgart, 1966. Guy Duchesnay, *Le risque thérapeutique*, Doin, París, 1954. P. F. D'Arcy y J. P. Griffin, *Iatrogenic Disease*, Oxford University Press, Nueva York, 1972.

⁴⁸ Con respecto a la evolución de la jurisprudencia relacionada con esta clase de perjuicios véase M. N. Zald, "The Social Control of General Hospitals", en B. S. Gerogopoulos (comp.), *Organization Research on Health Institutions*, University of Michigan, Institute for Social Research, Ann Arbor, 1972. Véase también Angela Holder, *Medical Malpractice Law*, Wiley, Nueva York, 1974.

mo, en el curso de su tratamiento, se abstuviera de aplicar un procedimiento recomendado que, en opinión del médico, implicara el riesgo de enfermarlo. En un sentido más general y más ampliamente aceptado, la enfermedad iatrogénica clínica comprende todos los estados clínicos en los que los remedios, los médicos o los hospitales son los agentes patógenos o "enfermantes". Daré a esta plétora de efectos secundarios terapéuticos el nombre de *iatrogénesis clínica*. Son tan antiguos como la medicina misma⁴⁹ y siempre han sido objeto de estudios médicos.⁵⁰

Los medicamentos siempre han sido potencialmente tóxicos, pero sus efectos secundarios no deseados han aumentado con su poder⁵¹ y la difusión de su empleo.⁵² Cada 24 a 36 horas, de 50 a 80% de los adultos en los Estados Unidos y el Reino Unido ingiere un producto químico por prescripción médica. Algunos toman un medicamento equivocado, otros reciben parte de un lote envejecido o contaminado, y otros más una falsificación;⁵³ algunos ingieren varios medicamentos en combinaciones peli-

⁴⁹ Tales efectos secundarios fueron estudiados por los árabes. Al-Razi (865-925 d.C.), médico jefe del Hospital de Bagdad, se ocupó del estudio médico de la iatrogénesis, según Al-Nadim en el *Fihrist*, cap. 7, sec. 3, en el tiempo de Al-Nadim (año 935), aún podían consultarse tres libros y una carta de Al-Razi sobre el tema. *Los errores de objetivo de los médicos, De las purgas administradas a pacientes febriles antes del momento oportuno, Por qué razón los médicos ignorantes, el común de la gente y las mujeres de las ciudades tratan ciertas enfermedades con más éxito que los hombres de ciencia y las excusas que ofrecen por esto los médicos, y la carta Por qué un médico inteligente no tiene facultades para curar todas las enfermedades, puesto que eso no está dentro del dominio de lo posible.*

⁵⁰ Véase también Erwin H. Ackerknecht, "Zur Geschichte der iatrogenen Krankheiten", *Gesnerus* 27, 1970, pp. 57-63. Distingue tres olas o periodos, desde 1750, en que el estudio de la iatrogénesis se consideró importante dentro de la institución médica. Erwin H. Ackerknecht, "Zur Geschichte der iatrogenen Erkrankungen des Nervensystems", *Therapeutische Umschau Revue thérapeutique* 27, núm. 6, 1970, pp. 345-346. Una breve reseña de la preocupación médica respecto a los efectos secundarios de los medicamentos sobre el sistema nervioso central, a partir de Avicena (980-1037), que estudió los del mercurio.

⁵¹ L. Meyler, *Side Effects of Drugs*, Williams and Wilkins, Baltimore, 1972. *Adverse Reaction Titles*, bibliografía mensual con títulos tomados de aproximadamente 3400 publicaciones biomédicas de todo el mundo; editada en Amsterdam desde 1966. *Allergy Information Bulletin*, Allergy Information Association, Weston, Ontario.

⁵² P. E. Sartwell, "Iatrogenic Disease: An Epidemiological Perspective", *International Journal of Health Services* 4, invierno de 1974, pp. 89-93.

⁵³ Pharmaceutical Society of Great Britain, *Identification of Drugs and Poisons*, la Sociedad, Londres, 1965. Informes sobre la adulteración y el análisis de medicamentos. Margaret Kreig, *Black Market Medicine*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1967, informa que un porcentaje cada vez mayor de artículos vendidos por farmacias profesionales autorizadas son medicamentos falsificados inertes, que no pueden distinguirse por su envase ni su presentación del producto patentado.

grosas,⁵⁴ o bien reciben inyecciones con jeringas mal esterilizadas.⁵⁵ Ciertos medicamentos forman hábito, otros son mutilantes y otros mutágenos, aunque quizá sólo en combinación con colorantes de alimentos o insecticidas. En algunos pacientes, los antibióticos alteran la flora bacteriana normal e inducen una superinfección, permitiendo a organismos más resistentes proliferar e invadir al huésped. Otros medicamentos contribuyen a criar cepas de bacterias resistentes.⁵⁶ Así, tipos sutiles de intoxicación se han difundido aun más rápidamente que la desconcertante variedad y ubicuidad de las panaceas.⁵⁷ La cirugía innecesaria es un procedimiento habitual.⁵⁸ El tratamiento médico de enfermedades inexistentes produce con

⁵⁴ Morton Mintz, *By Prescription Only*, 2a. ed., Beacon Press, Boston, 1967. (Para una descripción más completa de este libro véase más adelante, nota 98 del capítulo "La medicalización de la vida", p. 588.) Solomon Garb, *Undesirable Drug Interactions*, 1974-1975, ed. revisada, Springer, Nueva York, 1975. Incluye información sobre inactivación, incompatibilidad, potencialización y endurecimiento de plasma, así como sobre la interferencia con la eliminación, con la digestión y con los procedimientos por exámenes.

⁵⁵ B. Opitz y H. Horn, "Verhütung iatrogenen Infektionen bei Schutzimpfungen", *Deutsches Gesundheitswesen*, 27/24, 1972, pp. 1131-1136. Sobre las infecciones relacionadas con procedimientos de inmunización.

⁵⁶ Harry N. Beaty y Robert G. Petersdorf, "Iatrogenic Factors in Infectious Disease", *Annals of Internal Medicine* 65, octubre de 1966, pp. 641-656.

⁵⁷ En Estados Unidos, cada año ingresan a los hospitales un millón de personas, es decir, de 3 a 5% del total de internados primordialmente a causa de reacciones negativas a los medicamentos. Nicholas Wade, "Drug Regulation: FDA Replies to Charges by Economists and Industry", *Science* 179, 1973, pp. 775-777.

⁵⁸ Eugene Vayda, "A Comparison of Surgical Rates in Canada and in England and Wales", *New England Journal of Medicine* 289, 1973, pp. 1224-1229, muestra que, en 1968, las tasas de operaciones en Canadá fueron 1.8 veces mayores para los hombres, y 1.6 para las mujeres, que en Inglaterra. Las operaciones que se practican a discreción, como la tonsilectomía y la adenoidectomía, la hemorroidectomía y la herniorrafia inguinal se registraron con frecuencia dos o más veces mayor. Las tasas de colecistectomía fueron más de cinco veces superiores. Los determinantes principales tal vez sean las diferencias en el pago de servicios de salud y en la disponibilidad de camas de hospital y de cirujanos. Charles E. Lewis, "Variations on the Incidence of Surgery", *New England Journal of Medicine* 281, 1960, pp. 880-884, encuentra variaciones de tres a cuatro veces en las tasas regionales por lo que respecta a seis operaciones comunes en Estados Unidos. Se observó que el número de cirujanos disponibles era el factor significativo para predecir la incidencia de operaciones. Véase también James C. Doyle, "Unnecessary Hysterectomies: Study of 6248 Operations in Thirty-Five Hospitals During 1948", *Journal of the American Medical Association* 151, 1953, pp. 360-365. James C. Doyle, "Unnecessary Ovariectomies: Study Based on the Removal of 704 Normal Ovaries from 546 Patients", *Journal of the American Medical Association* 148, 1952, pp. 1105-1111. Thomas H. Weller, "Pediatric Perceptions: The Pediatrician and Iatric Infectious Disease", *Pediatrics* 51, abril de 1973, pp. 595-602.

frecuencia cada vez mayor *no enfermedades incapacitantes*;⁵⁹ el número de niños incapacitados en Massachusetts por el tratamiento de no enfermedades cardíacas supera al número de niños bajo tratamiento eficaz por cardiopatías reales.⁶⁰

El dolor y la invalidez provocados por el médico han sido siempre parte del ejercicio profesional.⁶¹ La dureza, la negligencia y la cabal incompetencia de los profesionales son formas milenarias de su mal ejercicio.⁶² Con la transformación del médico de un artesano que ejerce una habilidad en individuos a quienes conoce personalmente, en un técnico que aplica normas científicas a toda clase de pacientes, el mal ejercicio profesional adquirió un

⁵⁹ Clifton Meador, "The Art and Science of Nondisease", *New England Journal of Medicine* 272, 1965, pp. 92-95. Para el médico acostumbrado a tratar únicamente con entidades patológicas, términos como el de "entidad no patológica" o "no enfermedad" son extraños y difíciles de entender. Este trabajo presenta una clasificación de no enfermedades y los importantes principios terapéuticos fundados en este concepto. Las enfermedades iatrogénicas probablemente derivan con mucha frecuencia del tratamiento de no enfermedades como del tratamiento de enfermedades.

⁶⁰ Abraham B. Bergman y Stanley M. J. Stamm, "The Morbidity of Cardiac Nondisease in School Children", *New England Journal of Medicine* 276, 1967, pp. 1008-1013. Da un ejemplo particular del "limbo en el que las personas se dan cuenta, o bien otros perciben que ellas tienen una enfermedad no existente. Los malos efectos que acompañan algunas no enfermedades son tan importantes como los que acompañan a las afecciones homólogas [...] se calcula que la cantidad de incapacidades por no enfermedad cardíaca en los niños es mayor que el derivado de cardiopatías reales". Véase también J. Andriola, "A Note on Possible Iatrogenesis of Suicide", *Psychiatry* 36, 1973, pp. 213-218.

⁶¹ La iatrogénesis clínica tiene una larga historia. "Fuera desto no hay ley alguna que castigue esta ignorancia capital, ni exemplo alguno de venganza. Aprenden con nuestros peligros y hazen experiencias con nuestras muertes, y solamente al médico le es concedido matar al hombre sin algún castigo. Ante las quejas se tornan en vituperio y denuesto; y se da la culpa a nuestra intemperancia y desorden, y por una o por otra parte son argüidos y reprehendidos los que se mueren." Cayo Plinio Segundo, *Historia Natural*, II, 19, traducida y comentada por Francisco Hernández, UNAM, México, Comisión Francisco Hernández, t. V, 1976, p. 65. Aunque en realidad el derecho romano ya contenía algunas disposiciones contra los daños de origen médico, "damnum injuria datum per medicum". En Roma, la jurisprudencia hace al médico legalmente responsable no sólo por su ignorancia y negligencia, sino también por actuar chapucera. El médico que había operado a un esclavo, pero no había vigilado debidamente su convalecencia, tenía que pagar el precio del esclavo y la pérdida de ingresos al amo durante el tiempo que se prolongara la enfermedad. Esas disposiciones no cubrían a los ciudadanos, pero éstos podían demandar por su cuenta al médico por mal ejercicio profesional.

⁶² Montesquieu, *De l'esprit des lois*, libro XXIX, capítulo XIV, b. Bibl. de la Pléiade, París, 1951. El derecho romano ordenaba castigar a los médicos por negligencia o falta de competencia (Lex Cornelia De Sicariis, Inst. IV, tit. 3, de lege Aquila 7). En esos casos, si el médico era persona de alguna fortuna o rango, únicamente se le desterraba, pero si era de baja condición se le sentenciaba a muerte. En nuestras instituciones se procede de otra manera. Las leyes romanas no se promulgaron bajo las mismas circunstancias que las nuestras: en Roma

rango anónimo, casi respetable.⁶³ Lo que anteriormente se consideraba abuso de confianza y falta de moral puede ahora atribuirse racionalmente a la falla ocasional de equipo y operadores. En un hospital tecnológico complejo, la negligencia pasa a ser un "error humano aleatorio", la actitud encalecida se convierte en "desapego científico" y la incompetencia se transforma en "falta de equipo especializado". La despersonalización del diagnóstico y la terapéutica hace que el ejercicio profesional impropio deje de ser un problema ético y se convierta en problema técnico.⁶⁴

En 1971, se presentaron de 12 000 a 15 000 litigios por mal ejercicio profesional en los tribunales de Estados Unidos. Menos de la mitad de todos esos litigios se resolvieron antes de 18 meses, y más de 10% permanecieron no resueltos más de seis años. Por cada dólar pagado por seguros contra mal ejercicio profesional, 16 a 20 centavos se destinaron a compensar a la víctima; el resto se pagó a los abogados y a los expertos médicos.⁶⁵ En tales casos, los médicos sólo son vulnerables al cargo de haber actuado contra el código médico, de la acción incompetente del tratamiento prescrito, o de negligencia culpable por codicia o pereza. El problema, empero, es que la mayor parte de los daños infligidos por el médico moderno no ca-

cualquier farsante ignaro se ponía a manipular medicamentos, pero entre nosotros los médicos están obligados a seguir un curso sistemático de estudio y a graduarse, por lo cual se supone que conocen su profesión. En este pasaje, el filósofo del siglo XVII muestra un optimismo enteramente moderno con respecto a la educación médica.

⁶³ En el caso de los médicos internos alemanes, el tiempo que el paciente puede estar frente a su doctor se ha reducido ahora a 1.7 minutos por visita. Heinrich Erdmann, Heinz-Günter Overath y Wolfgang y Thure Uxkull, "Organisationsprobleme der ärztlichen Krankenversorgung: Dargestellt am Beispiel einer medizinischen Universitätsklinik", *Deutsches Ärzteblatt-Arztliche Mitteilungen* 71, 1974, pp. 3421-3426. En la práctica general, ese tiempo era (en 1963) de unos tres minutos. Verse T. Geyer, *Verschwörung*, Medizinpolitischer Verlag, Hilchenbach, 1971, p. 30.

⁶⁴ Para el aspecto más amplio del daño genético más que del daño individual, véase John W. Goffman y Arthur R. Tamplin, "Epidemiological Studies of Carcinogenesis by Ionizing Radiation", en *Proceedings of the Sixth Berkeley Symposium on Mathematical Statistics and Probability*, University of California, julio de 1970, pp. 235-277. Es demasiado común la suposición de que, en caso de existir duda acerca de la magnitud de los efectos cancerígenos, es adecuado continuar exponiendo a los enfermos a los riesgos. Los autores muestran que no es adecuado, ni una buena práctica de salud pública, exigir comprobaciones epidemiológicas humanas antes de parar la exposición. El argumento en contra de ionizar la radiación de la generación nuclear de energía eléctrica puede aplicarse a todo tratamiento médico en el que existan dudas con respecto al impacto genético. La competencia de los médicos para establecer niveles de tolerancia para poblaciones enteras se debe cuestionar con fundamentos teóricos.

⁶⁵ Para más datos y bibliografía, véase U. S. House of Representatives, Committee on Interstate and Foreign Commerce, *An Overview of Medical Malpractice*, 94º Congr., 1a. Ses., 17 de marzo de 1975.

ben en ninguna de estas categorías.⁶⁶ Ocurren en la práctica ordinaria de personas bien preparadas que han aprendido a someterse a los procedimientos y juicios profesionales en boga, aunque sepan (o puedan y deban saber) los daños que causan.

El Departamento de Salud, Educación y Bienestar de Estados Unidos calcula que 7% de todos los pacientes sufren, mientras están hospitalizados, lesiones susceptibles de indemnización, aunque pocos de ellos hacen algo al respecto. Más aún, la frecuencia de accidentes reportados en los hospitales es mayor que en cualquier industria, excepto las minas y la construcción de edificios altos. Los accidentes son la causa principal de defunción entre los niños norteamericanos. En proporción al tiempo pasado allí, estos accidentes parecen ocurrir más a menudo en el hospital que en cualquier otro sitio. Uno de cada 50 niños internados en un hospital sufre un accidente que requiere tratamiento específico.⁶⁷ Los hospitales universitarios son relativamente más patógenos o, para decirlo llanamente, producen más enfermedades. También se ha comprobado que uno de cada cinco pacientes internados en un típico hospital para investigación adquiere una enfermedad iatrogénica, algunas veces trivial, que por lo común requiere un tratamiento especial y en un caso de cada 30 conduce a la muerte. La mitad de estos casos resulta de complicaciones del tratamiento medicamentoso; sorprendentemente, uno de cada 10 proviene de procedimientos de diagnóstico.⁶⁸ Pese a las buenas intenciones y a la invocación de un servicio público, un oficial militar con una hoja de servicios similar habría sido depuesto del mando, y un restaurante o centro de diversiones sería clausurado por la policía. No es de extrañarse que la industria de la salud intente echar la culpa a la víctima del daño causado, ni que el prontuario de una empresa farmacéutica multinacional diga a sus lectores que "la enfermedad iatrogénica tiene casi siempre un origen neurótico".⁶⁹

⁶⁶ El maltrato de los pacientes se ha hecho una rutina aceptada; véase Charles Butterworth, "Iatrogenic: Malnutrition", *Nutrition Today*, marzo-abril de 1974. Uno de los mayores focos de desnutrición no reconocida se encuentra no en las barriadas rurales ni en los guetos urbanos, sino en los cuartos y las salas de los hospitales de las grandes ciudades en Estados Unidos y Canadá. J. Mayer, "Iatrogenic Malnutrition", *New England Journal of Medicine* 284, 1971, p. 1218.

⁶⁷ George H. Lowrey, "The Problem of Hospital Accidents to Children", *Pediatrics* 32, diciembre de 1963, pp. 1064-1068.

⁶⁸ J. T. McLamb y R. R. Huntley, "The Hazards of Hospitalization", *Southern Medical Journal* 60, mayo de 1967, pp. 469-472.

⁶⁹ "La enfermedad iatrogénica tiene casi siempre un fundamento neurótico": L. Israel, "La maladie iatrogène", en *Documenta Sandoz*, s. f.

PACIENTES INDEFENSOS

Los efectos secundarios adversos debidos a los contactos técnicos con el sistema médico, aprobados, erróneos, aplicados con dureza, o contraindicados, representan apenas el primer plano de la medicina patógena. Tal *iatrogénesis* clínica incluye no sólo el daño que los médicos infligen con la intención de curar al paciente o de explotarlo; sino también aquellos otros perjuicios que resultan de los intentos del médico por protegerse contra un posible juicio por mal ejercicio profesional. Actualmente dichos esfuerzos por evitar litigios y prosecuciones pueden causar mayor daño que cualquier otro estímulo iatrogénico.

En un segundo plano,⁷⁰ la práctica de la medicina fomenta las dolencias reforzando a una sociedad enferma que anima a sus miembros a convertirse en consumidores de medicina curativa, preventiva, industrial y ambiental. Por una parte los seres defectuosos sobreviven en números cada vez mayores y sólo están en condiciones de vivir bajo la asistencia institucional, mientras, por otra parte, los síntomas certificados médicamente exceptúan a la gente del trabajo industrial y así la apartan de la lucha política por la transformación de la sociedad que la ha enfermado. El segundo plano de iatrogénesis se manifiesta en diversos síntomas de sobremedicalización social que equivalen a lo que he llamado la expropiación de la salud. Designo a este efecto médico de segundo plano como *iatrogénesis social*, y habré de discutirlo en la segunda parte.

En un tercer plano, las llamadas profesiones de la salud tienen un efecto aún más profundo, que culturalmente niega la salud en la medida en que destruyen el potencial de las personas para afrontar sus debilidades humanas, su vulnerabilidad y su singularidad en forma personal y autónoma. El paciente en las garras de la medicina contemporánea es sólo un ejemplo de la humanidad atrapada en sus técnicas perniciosas.⁷¹ Esta *iatrogénesis cul-*

⁷⁰ La distinción entre varios niveles de iatrogénesis fue hecha por Ralph Audy: "Man-made maladies and medicine", en *California Medicine*, noviembre de 1970, 113-115, pp. 48-53, reconoce que las enfermedades iatrogénicas forman únicamente un tipo de afecciones producidas por el hombre. Según su etiología, corresponden a diversas categorías. Las consecutivas al diagnóstico y al tratamiento, las relacionadas con actitudes y situaciones sociales y psicológicas, y las consecutivas a programas hechos por el hombre para luchar contra las enfermedades y su erradicación. Además de las entidades clínicas iatrogénicas, reconoce otras enfermedades que tienen etiología médica.

⁷¹ "Das Schicksal des Kranken verkörpert als Symbol des Schicksals der Menschheit im Stadium einer technischen Weltentwicklung", en Wolfgang Jacob, *Der kranke Mensch in der technischen Welt*, IX. Internationaler Fortbildungskurs für praktische und wissenschaftliche

tural, que discutiré en la tercera parte, es la definitiva repercusión contraproducente del progreso higiénico y consiste en la parálisis de las reacciones saludables ante el sufrimiento, la invalidez y la muerte. Se produce cuando la gente acepta la manipulación de la salud planeada a partir de un modelo mecánico, cuando se conspira con la intención de producir algo llamado "mejor salud" como si fuera un artículo de consumo. Esto inevitablemente da por resultado el mantenimiento manipulado de la vida en altos niveles de enfermedad subletal. Este mal último del "progreso" médico debe distinguirse claramente de la iatrogenesis tanto clínica como social.

Espero mostrar que, en cada uno de sus tres planos, la iatrogenesis ha llegado a ser médicamente irreversible, un rasgo inherente a la empresa médica. Los indeseables subproductos fisiológicos, sociales y psicológicos del progreso diagnóstico y terapéutico se han vuelto resistentes a los remedios médicos. Nuevos artefactos, procedimientos y formas de organización, concebidos como remedios para la iatrogenesis clínica y social, tienden ellos mismos a volverse agentes patógenos que contribuyen a la nueva epidemia. Las medidas técnicas y administrativas adoptadas en cualquier plano para evitar que el tratamiento dañe al paciente tienden a engendrar un segundo orden de iatrogenesis análogo a la destrucción progresiva generada por los procedimientos contaminantes usados como medidas contra la contaminación.⁷²

A esta espiral autorreforzante de retroalimentación institucional negativa la designaré con su equivalente clásico griego y la llamaré *Némesis médica*. Los griegos veían dioses en las fuerzas de la naturaleza. Para ellos Némesis representaba la venganza divina que caía sobre los mortales que usurpaban los privilegios que los dioses guardaban celosamente para sí mismos. Némesis era el castigo inevitable por los intentos de ser un héroe en lugar de un ser humano. Como la mayoría de los nombres griegos abstractos, Némesis adquirió la forma de una divinidad. Representaba la respuesta de la naturaleza a *hybris*: la arrogancia del individuo que busca ad-

Pharmazie der Bundesapothekerkammer in Meran, Werbe und Vertriebsgesellschaft Deutscher Apotheker, Francfort del Meno, 1971.

⁷² James B. Quinn, "Next Big Industry: Environmental Improvement", *Harvard Business Review* 49, septiembre-octubre de 1971, pp. 120-130. El autor cree que el mejoramiento ambiental se está convirtiendo en una dinámica y provechosa serie de mercados para la industria que pagan por sí mismos y que a la larga representarán una agregación importante a las entradas y el PNB. Los partidarios de los seguros contra el mal ejercicio profesional "sin culpa" utilizan implícitamente la misma argumentación en relación con el campo de la asistencia a la salud.

quirir los atributos de un dios. Nuestra *hybris* higiénica contemporánea ha conducido al nuevo síndrome de Némesis médica.⁷³

Al utilizar el término griego deseo recalcar que el concepto correspondiente no encaja en el paradigma explicativo que actualmente ofrecen los burócratas, terapeutas e ideólogos para las crecientes deseconomías y desutilidades que ellos mismos han elaborado con una total falta de intuición y que tienden a llamar "comportamiento contraintuitivo de los grandes sistemas". Al invocar mitos y dioses ancestrales pienso dejar claro que mi esquema de análisis de la actual descomposición de la medicina es ajeno a la lógica y al *ethos* industrialmente determinados. Pienso que la *inversión de Némesis* sólo puede surgir del hombre y no de otra fuente manipulada (heterónoma), la que dependería una vez más de la presunción de los expertos y de su mistificación consiguiente.

Némesis médica es resistente a los remedios médicos. Sólo puede invertirse cuando los legos recobran la voluntad de autoasistencia mutua a través del reconocimiento jurídico, político e institucional de ese derecho a atenderse, que impone límites al monopolio profesional de los médicos. En mi capítulo final propongo lineamientos para detener a Némesis médica y algunos criterios para mantener la empresa médica dentro de límites saludables. No sugiero ninguna forma específica de asistencia a la salud o a los enfermos, ni propugno por ninguna nueva filosofía médica como tampoco recomiendo remedios para la técnica, la doctrina o la organización médica. Sin embargo, propongo una visión alternativa al uso de la organización y de la tecnología médicas, junto con sus burocracias y sus ilusiones aliadas.

⁷³ El término fue usado por Honoré Daumier (1810-1879). Véase la reproducción de su dibujo "Némésis médicale", en Werner Bloch, *Der Arzt und der Tod in Bildern aus sechs Jahrhunderten*, Enke, Stuttgart, 1966, y Arthur Rümman, *H. Daumier, sein Holzschnittwerk*, Delphin Verlag, Munich, 1914.

IATROGÉNESIS SOCIAL

LA MEDICALIZACIÓN DE LA VIDA

Transmisión política de la enfermedad iatrogénica

Hasta épocas recientes la medicina intentaba reforzar lo que ocurre en la naturaleza. Fomentaba la tendencia de las heridas a sanar, de la sangre a coagular y de las bacterias a ceder ante la inmunidad natural.¹ Ahora la medicina trata de instrumentar los sueños de la razón.² Los anticonceptivos orales, por ejemplo, se prescriben "para prevenir una ocurrencia normal en personas sanas".³ Las terapias inducen al organismo a interactuar con moléculas o con máquinas en formas que no tienen precedente en la evolución. Los trasplantes implican la obliteración inmediata de defensas inmunológicas programadas genéticamente.⁴ Así, no puede asumirse la existencia de una relación entre el interés del paciente y el éxito de cada especialista que manipula alguna de sus "condiciones"; ahora se requieren pruebas y debe determinarse desde fuera de la profesión cuál es la contribución neta de la medicina a la carga de enfermedad de la sociedad.⁵ Pero

¹ Judith P. Swazey y Renée Fox, "The Clinical Moratorium: A Case Study of Mitral Valve Surgery", en Paul A. Freund (comp.), *Experimentation with Human Subjects*, Braziller, Nueva York, 1970, pp. 315-357.

² Francisco Goya, en *Los Caprichos*, la serie de grabados de 1786, muestra a un hombre dormido en su escritorio con la cabeza sobre los brazos cruzados, mientras monstruos lo rodean. La inscripción en el escritorio dice: "El sueño de la razón produce monstruos". René Dubos usa este cuadro como frontispicio de su libro *The Mirage of Health* (véase cap. anterior, nota 3, p. 543). La imagen ilustra su tesis, que yo intento desarrollar en el presente libro.

³ Morton Mintz, *The Pill: An Alarming Report*, Beacon Press, Boston, 1970. Modelo para un estudio de la medicina por un reportero periodístico que sabe combinar estudios en medicina con información significativa que ha sido pasada por alto, reprimida o velada en la literatura médica.

⁴ Francis D. Moore, "The Therapeutic Innovation: Ethical Boundaries in the Initial Clinical Trials of New Drugs and Surgical Procedures", en Freund (comp.), *Experimentation with Human Subjects*, pp. 358-378.

⁵ Un ejemplo de la necesidad de este control externo sobre el progreso profesional podría ser útil. Peter R. Breggin, "The Return of Lobotomy and Psychosurgery", U. S. Government, Washington, *Congressional Record* 118 (24 de febrero de 1972), pp. 567-577, presenta una re-

todo cargo contra la medicina por el daño clínico que causa, sólo constituye el primer paso en el enjuiciamiento de la medicina patógena.⁶ La huella dejada en el sembradío es sólo un recuerdo de los grandes daños causados por el barón a la aldea por la que pasó con su partida de caza.

Iatrogénesis social

La medicina socava la salud no sólo por agresión directa contra los individuos sino también por el impacto de su organización social sobre el ambiente total. Cuando el daño médico a la salud individual se produce por un modo sociopolítico de transmisión, hablaré de “iatrogénesis social”, término que designa todas las lesiones a la salud que se deben precisamente a esas transformaciones socioeconómicas que se han vuelto atrayentes, posibles o necesarias por la forma institucional que ha adquirido la asisten-

seña realmente estremecedora de la vasta literatura sobre el actual resurgimiento de la lobotomía en Estados Unidos y en el resto del mundo. La primera ola se dirigió sobre todo (2/3) a pacientes femeninas de hospitales de gobierno, y cobró 50 000 personas tan sólo en Estados Unidos antes de 1964. Se dispone de nuevos métodos para destruir partes del cerebro por medio de ondas ultrasónicas, coagulación eléctrica e implantación de semillas de radio. La técnica se promueve para tranquilizar a los ancianos con el fin de hacer menos costosa su institucionalización; para controlar niños hiperactivos, y para reducir fantasías eróticas y la tendencia a los juegos de azar.

⁶ Cada sociedad tiene su “nosología” —o clasificación de enfermedades— característica. El alcance de las condiciones clasificadas como enfermedad, y el número y las especies de enfermedades enlistadas, cambian con la historia. La nosología oficial o médica reconocida en una sociedad puede estar desajustada en alto grado respecto a la percepción de la enfermedad compartida por una o varias clases de la sociedad. Véase Michel Foucault, *The Birth of the Clinic*, trad. A. M. Sheridan Smith, Pantheon, Nueva York, 1973. Versión española, *El nacimiento de la clínica*, Siglo XXI, México. En nuestra sociedad la nosología se halla casi totalmente medicalizada; la salud enferma que no ha recibido etiqueta del médico se desecha como fingimiento o ilusión. Mientras se trate la enfermedad iatrogénica como una pequeña categoría dentro de la nosología establecida, no se podrá apreciar su contribución al volumen total de enfermedades reconocidas. Zola, Irving Kenneth, “Medicine as an Institution of Social Control”, *The Sociological Review*, vol. 20, núm. 4 (nueva serie), noviembre de 1972, pp. 487-509. “El tema de este ensayo es que la medicina se está transformando en una de las principales instituciones de control social, afectando, si es que no incorporando, a las instituciones más tradicionales de la religión y el derecho. Se está transformando en el nuevo depositario de la verdad, el lugar donde se emiten juicios absolutos y a menudo definitivos, por parte de expertos supuestamente neutrales desde un punto de vista moral y objetivo [...] En nombre de la salud.” Este ensayo llegó tarde a mis manos, y no tuve ocasión de indicar que lo que yo denominé “medicalización” de la sociedad con el sentido que se le da en este libro, se ha aplicado al mismo fenómeno en este ensayo brillante y denso.

cia a la salud. La iatrogenesis social designa una categoría etiológica que abarca muchas formas. Se da cuando la burocracia médica crea una salud enferma aumentando las tensiones, multiplicando la dependencia inhabilitante, generando nuevas y dolorosas necesidades, disminuyendo los niveles de tolerancia al malestar o al dolor; reduciendo el trato que la gente acostumbra a conceder al que sufre, y aboliendo aun el derecho al cuidado de sí mismo. La iatrogenesis social está presente cuando el cuidado de la salud se convierte en un ítem estandarizado, en un artículo de consumo; cuando todo sufrimiento se "hospitaliza" y los hogares se vuelven inhóspitos para el nacimiento, la enfermedad y la muerte; cuando el lenguaje en el que la gente podía dar expresión a sus cuerpos se convierte en galimatías burocráticos, o cuando sufrir, dolerse y sanar fuera del papel de paciente se etiquetan como una forma de desviación.

Monopolio médico

Como su contraparte clínica, la iatrogenesis social puede escalar desde rasgo advenedizo hasta ser una característica inherente al sistema médico. Cuando la intensidad⁷ de la intervención biomédica traspasa un umbral crítico, la iatrogenesis clínica se convierte de error, accidente o culpa en una perversión incurable de la práctica médica. Del mismo modo, cuando la autonomía profesional degenera en monopolio radical⁸ y la gente se vuelve impotente para enfrentarse con su ambiente, la iatrogenesis social pasa a ser el producto principal de la organización médica.

Un monopolio radical cala más hondo que el de cualquier corporación o cualquier gobierno. Puede tomar muchas formas. Cuando las ciudades se construyen alrededor de los vehículos, devalúan los pies humanos; cuando las escuelas acaparan el aprendizaje, devalúan al autodidacta, cuando los hospitales reclutan a todos aquellos en condición crítica, imponen a la sociedad una nueva forma de morir. Los monopolios ordinarios arrinconan

⁷ Uso el término "intensidad" para designar un aumento que puede señalarse por medio de números, pero no medirse directamente. El miedo que paraliza no es en modo alguno superior a un miedo menor que impulsa a la huida. Fernand Renoitre, *Eléments de critique des sciences et de cosmologie*, curso publicado por el Institut Supérieur de Philosophie, Louvain, 1947, pp. 129-130.

⁸ Para un análisis más sistemático del término "monopolio radical" según se aplica a las instituciones profesionales, véase Iván Illich, *La convivencialidad*, Barral, Barcelona, 1974, cap. 3, sec. 2, pp. 74-81, incluido también en este volumen.

al mercado;⁹ los monopolios radicales inhabilitan a la gente para hacer y crear cosas por sí misma.¹⁰ El monopolio comercial restringe el flujo de mercancías; el monopolio social, más insidioso, paraliza la producción de valores de uso no comerciables.¹¹ Los monopolios radicales violan aún más la libertad y la independencia. Imponen en toda la sociedad la sustitución de valores de uso por mercancías, remodelando el ambiente y “apropiándose” aquellas características generales que permitieron a la gente enfrentarlo por sí misma. La educación intensiva transforma a los autodidactas en gente no empleable, la agricultura intensiva destruye al labrador de subsistencia, y el despliegue de la policía mina el autocontrol de la comunidad. La maligna propagación de la medicina tiene resultados comparables: convierte el cuidado mutuo y la automedicación en delitos o fechorías. Igual que la iatrogenesis clínica se hace médicamente incurable cuando alcanza una intensidad crítica y a partir de entonces sólo puede revertirse por un descenso de la empresa; así, la iatrogenesis social sólo puede revertirse por medio de una acción política que cercene la dominación profesional.

Un monopolio radical se alimenta de sí mismo. La medicina iatrogénica refuerza una sociedad morbosa donde el control social de la población por parte del sistema médico se erige como actividad económica primordial. Sirve para legitimar componendas sociales en las que mucha gente no encaja. Cataloga a los impedidos como ineptos y genera una tras otra nuevas categorías de pacientes. La gente airada, enferma y menoscabada por su labor y su ocio industriales sólo puede escapar viviendo bajo supervisión médica, y con ello se le seduce o se le descalifica de la lucha política por un mundo más sano.¹²

⁹ Un ejemplo: Más o menos hasta 1969, las tabletas de penicilina G podían adquirirse a un precio muy bajo en las farmacias mexicanas bajo su nombre genérico. Desde entonces han desaparecido del mercado. La *Farmacopea mexicana* no registra ninguna penicilina G pura para uso oral, ni siquiera en preparaciones de marca registrada. Sólo pueden adquirirse preparaciones compuestas considerablemente más costosas.

¹⁰ John Blake (comp.), *Safeguarding the Public: Historical Aspects of Medical Drug Control*, Papers from a Conference Sponsored by the National Library of Medicine, Johns Hopkins, Baltimore, 1970. Sobre el proceso por el cual la profesión médica desarrolló su autoimagen de cuidadora benévola, véase L. Edelstein, *The Hippocratic Oath*, Johns Hopkins, Baltimore, 1943.

¹¹ Para la distinción clásica entre el valor de cambio y valor de uso consúltese Karl Marx, *El capital*, FCE, México, 1972, vol. 1, cap. 1, especialmente sec. 4.

¹² Michel Bosquet, “Quand la médecine rend malade: La terrible accusation d'un groupe d'experts”, *Le Nouvel Observateur*, núm. 519, 1974, pp. 84-118, y núm. 520, 1974, pp. 90-130. Este artículo muestra cómo la iatrogenesis social es fundamentalmente el resultado de la función de coartada que ejerce el monopolio médico sobre el papel de enfermo. Ernest Drucker, y Victor Sidel, “The Communicable Disease Model of Heroin Addiction: A Critique”, presenta-

La iatrogenesis social todavía no se acepta como una etiología común de la enfermedad. Si se reconociera que a menudo el diagnóstico sirve como un medio de convertir las quejas políticas contra las tensiones por el desarrollo en demandas de nuevas terapias que sólo son más de los mismos productos costosos y enervantes, el sistema industrial perdería una de sus principales defensas.¹³ Al mismo tiempo, la conciencia del grado en que la salud enferma iatrogénica se comunica políticamente sacudiría los cimientos del poder médico mucho más profundamente que cualquier catálogo de las fallas técnicas de la medicina.¹⁴

¿Curación amorala?

El asunto de la iatrogenesis social se confunde a menudo con la autoridad diagnóstica del que cura. Para nublar el tema y proteger su reputación, algunos médicos insisten en lo obvio: es decir, en que la medicina no puede practicarse sin la creación iatrogénica de enfermedad. La medicina siempre crea enfermedad como un estado social.¹⁵ Cualquier curandero reconocido transmite a los individuos las posibilidades sociales de actuar como enfermos.¹⁶ Cada cultura tiene su propia percepción característica de la en-

do originalmente en el *Annual Meeting of the American Public Health Assoc.*, noviembre de 1973; revisado para su publicación en septiembre de 1974, *American Journal Drug and Alcohol Abuse*, vol. 1, núm. 3, 1974, pp. 301-311. Muestra cómo se usa la epidemiología en nuestra sociedad para justificar muchas formas de corrupción "enfermizante" para "caer" sobre pequeños grupos de víctimas en estas condiciones.

¹³ Paul Ramsey, *Fabricated Man: The Ethics of Genetic Control*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1970, arguye que hay cosas que podemos hacer y que no deberían hacerse. Excluir estas cosas es una condición necesaria para salvaguardar al hombre del envilecimiento total por el control técnico. Ramsey llega a esta conclusión sobre tipos específicos de técnicas médicas. Yo presento el mismo argumento, pero respecto a la intensidad global de la empresa médica.

¹⁴ P. M. Brunetti, "Health in Ecological Perspective", *Acta Psychiatrica Scandinavica* 49, fasc. 4, 1973, pp. 393-404. Brunetti argumenta que la concentración del poder y la dependencia respecto a la energía extrametabólica pueden hacer el medio vital inhabitable para los seres cuya integración depende del ejercicio de su autonomía. La medicina se utiliza para racionalizar esta transferencia.

¹⁵ Renée Fox, "Illness", en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, 1968, vol. 7, pp. 90-96. Una excelente introducción a la evolución de este concepto.

¹⁶ Talcot Parsons, *The Social System*, Free Press, Nueva York, 1951, pp. 428 y ss., contiene la formulación clásica del papel de enfermo. Miriam Siegler y Humphrey Osmond, *Models of Madness, Models of Medicine*, MacMillan, Nueva York, próximo a publicarse, comparan diversos modelos para la desviación inhabilitante y piden, por razones políticas, la expansión rela-

fermedad,¹⁷ y con ella su máscara higiénica peculiar.¹⁸ La enfermedad toma sus rasgos del médico que asigna a los actores alguno de los papeles disponibles.¹⁹ Hacer de las personas enfermos legítimos está tan implícito en el poder del médico como el potencial venenoso del remedio que surte efecto.²⁰ El curandero maneja venenos y encantamientos. La única palabra con que los griegos designaban "medicamento" —*pharmakon*— no distinguía entre el poder de sanar y el poder de matar.²¹

La medicina es una empresa moral y por ello da inevitablemente contenido al bien y al mal. En cada sociedad, la medicina, como la ley y la religión, define lo que es normal, propio o deseable. La medicina tiene autoridad para catalogar como enfermedad genuina la dolencia de alguien, para declarar enfermo a otro aunque éste no se queje, y para rehusar a un tercero el reconocimiento social de su dolor, su incapacidad e incluso su muerte.²² La me-

tiva del papel parsoniano de enfermo basándose en que crea por sí solo un derecho al tratamiento. Para la petición contraria véase el libro en preparación, aún sin título, de Niels Christie sobre la contraproductividad de la terapéutica.

¹⁷ Forrest E. Clements, "Primitive Concepts of Disease", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 32, núm. 2, 1932, pp. 185-252. Las etiologías comunes corresponden a cuatro categorías principales: 1) brujería, 2) violación de tabú, 3) intrusión de un objeto extraño, 4) pérdida del alma.

¹⁸ Eliot Freidson, "Disability as Deviance", en M. B. Sussman (comp.), *Sociology and Rehabilitation*, American Sociological Association, Washington, 1966, pp. 71-99. El diagnóstico profesional tiende simplemente a dar validez a las percepciones legas del valor atribuido a ciertos individuos.

¹⁹ Harold Garfinkel, "Conditions of Successful Degradation Ceremonies", *American Journal of Sociology* 61, marzo de 1956, pp. 420-444. En nuestra sociedad las ceremonias públicas de degradación fuera de los juzgados son más bien escasas. Pero la medicina, incluso hoy día, impone la evaluación pública a características consideradas tan esenciales como el autocontrol o la sexualidad.

²⁰ Louis Lewin, *The Untoward Effects of Drugs*, trad. W. T. Alexandre, Davis, Detroit, 1883. No obstante su temprana fecha, éste sigue siendo un libro de lectura fascinante, lleno de notas históricas. Enlista víctimas de la medicina desde el capitán de guardias de Nerón (mosca española) hasta Otto II (áloe) y Avicena (enema de pimienta).

²¹ Sobre el doble significado de este término desde los textos arcaicos hasta el corpus hipocrático, véase Walter Artelt, *Studien zur Geschichte der Begriffe "Heilmittel" und "Gift": Urzeit-Homer-Corpus Hippocraticum*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1968. John D. Gimlette, *Malay Poisons and Charm Cures*, Oxford University Press, Kuala Lumpur, 1971; John D. Gimlette y H. W. Thompson, *A Dictionary of Malay Medicine*, Oxford University Press, Kuala Lumpur, 1971: ambos volúmenes forman una introducción fascinante a la misma ambigüedad en un mundo enteramente distinto.

²² Judith Lorber, "Deviance as Performance: The Case of Illness", en Eliot Freidson y Judith Lorber (comps.), *Medical Men and Their Work*, Aldine, Chicago, 1972, pp. 414-423. Discute los intentos de la persona desviada por producir una impresión que ella espera que conducirá a la imposición de cierta etiqueta más que otra.

dicina es la que determina como "meramente subjetivo" algún dolor,²³ como fingimiento a alguna lisiadura²⁴ y como suicidio a algunas muertes.²⁵ El juez determina qué es legal y quién culpable.²⁶ El sacerdote declara qué es sagrado y quién rompió un tabú. El médico decide qué es un síntoma y quién se encuentra enfermo. Es un empresario moral,²⁷ investido con poderes inquisitoriales para descubrir ciertos entuertos a enderezar.²⁸ La medicina, como todas las cruzadas, crea un nuevo grupo de excluidos cada vez que logra hacer pasar un nuevo diagnóstico.²⁹ La moral se halla tan implícita en la enfermedad como en el crimen o en el pecado.

En las sociedades primitivas, resulta obvio que el reconocimiento del poder moral está implícito en el ejercicio de la aptitud médica. Nadie llamaría al curandero, a menos que le concediese la habilidad de discernir entre espíritus malos y buenos. En una civilización este poder se expande. Aquí la medicina la ejercen especialistas de tiempo completo que controlan grandes poblaciones por medio de instituciones burocráticas.³⁰ Estos espe-

²³ Thomas S. Szasz, "The Psychology of Persistent Pain: A Portrait of l'Homme Douloureux", en A. Soulaire, J. Cahn y J. Charpentier (comps.), *Pain*, Proceedings of the International Symposium Organized by the Laboratory of Psychophysiology, Faculty of Sciences, París, 11-13 de abril de 1967, Academic Press, Nueva York, 1968, pp. 93-113.

²⁴ Mark G. Field, "Structured Strain in the Role of the Soviet Physician", *American Journal of Sociology* 58, 1953, pp. 493-502. Describe una situación en la que el gobierno racionó los pases médicos que tenían gran demanda entre los obreros sobrecargados de trabajo. Los médicos se vieron forzados a reajustar la definición de enfermedad para equilibrar el interés de los obreros frente a las exigencias del proceso de producción. Thomas S. Szasz, "Malingering: Diagnosis or Social Condemnation?", en Freidson y Lorber, comps., *Medical Men and Their Work*, pp. 353-368.

²⁵ Edwin S. Shneidman, "Orientation Towards Death: A Vital Aspect of the Study of Lives", en Robert W. White (comp.), *The Study of Lives: Essays on Personality in Honor of A. Murray*, Atherton, Nueva York, 1963. Para la clasificación de la muerte con intención y su legitimidad y para más literatura sobre el tema, véase Gregory Zilboorg, "Suicide Among Civilized and Primitive Races", *American Journal of Psychiatry* 92, mayo de 1936, pp. 1347-1369.

²⁶ Los farmacéuticos, por ejemplo, no serán condenados por envenenar a sus clientes. Véase Earl R. Quinney, "Occupational Structure and Criminal Behavior: Prescription Violation by Retail Pharmacists", *Social Problems* 11, 1963, pp. 179-185.

²⁷ Howard S. Becker, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Free Press, Nueva York, 1963. Clarifica las conexiones entre la orientación terapéutica de una ocupación o profesión y el "empresarismo".

²⁸ Joseph R. Gusfield, "Social Structure and Moral Reform: A Study of the Woman's Christian Temperance Union", *American Journal of Sociology* 61, noviembre de 1955, pp. 221-232. Los cruzados morales siempre se obsesionan con mejorar a aquellos a quienes pretenden beneficiar.

²⁹ Frank Tannenbaum, *Crime and the Community*, Columbia University Press, Nueva York, 1938.

³⁰ Wilbert Moore y Gerard W. Rosenblum, *The Professions: Roles and Rules*, Russell Sage, Nueva York, 1970. Véase especialmente el cap. 3 de esta abarcadora guía a la literatura sobre el tema. "The professionalization of Occupations".

cialistas forman profesiones que ejercen un tipo único de control sobre su propio trabajo.³¹ A diferencia de los sindicatos, estas profesiones deben su autonomía a un otorgamiento de confianza más que a la victoria en la lucha. A diferencia de los gremios, que sólo determinan quién trabajará y cómo, ellas determinan asimismo qué trabajo se hará. En Estados Unidos la profesión médica debe esta autoridad suprema a una reforma de las escuelas de medicina poco antes de la primera Guerra Mundial. La profesión médica es una manifestación, en un sector particular, del control sobre la estructura del poder de clase que han adquirido las élites universitarias. Sólo los médicos "saben" qué constituye una enfermedad, quién está enfermo y qué habrá de hacerse con los enfermos y con aquellos a quienes consideran *en riesgo especial*. Paradójicamente, la medicina occidental, que ha insistido en separar su poder de la ley y la religión, ahora lo ha expandido más allá de todo precedente. En algunas sociedades industriales la etiquetación social se ha medicalizado hasta el punto en que toda desviación ha de tener una etiqueta médica. El eclipse del componente moral explícito en el diagnóstico médico ha dotado así de poder totalitario a la autoridad asclepiádea.³²

El divorcio entre medicina y moralidad se ha defendido sobre la base de que las categorías médicas, a diferencia de las legales o religiosas, descansan en fundamentos científicos exentos de evaluación moral.³³ A la ética médica se le ha segregado en un departamento especializado que alinea la teoría con la práctica de actualidad.³⁴ Los juzgados y la ley, cuando no se usan para imponer el monopolio asclepiádeo, se convierten en porteros de hospital que seleccionan entre los clientes a aquellos que puedan acomodarse al criterio de los doctores.³⁵ Los hospitales se convierten en mo-

³¹ William J. Goode, "Encroachment, Charlatanism, and the Emerging Professions: Psychology, Medicine, and Sociology", *American Sociological Review* 25, diciembre de 1960, pp. 902-914.

³² Véase Miriam Siegler y Humphrey Osmond, "Aesculapian Authority", *Hastings Center Studies* 1, núm. 2, 1973, pp. 41-52.

³³ Eliot Freidson, *Profession of Medicine: A Study of the Sociology of Applied Knowledge*, Dodd, Mead, Nueva York, pp. 208 y ss.

³⁴ June Goodfield, "Reflections on the Hippocratic Oaths", *Hastings Center Studies* 1, núm. 2, 1973, pp. 79-92.

³⁵ La ley ha tenido poca experiencia con el problema de seleccionar a un individuo para que viva y con ello condenar a otros a morir. Se encontró culpables de homicidio a marineros que, en un bote salvavidas que hacía agua, ayudaron a arrojar al mar a 14 de 41 pasajeros (*U.S. vs. Holmes*, 1842). Hasta ahora el silencio del Poder Judicial de Estados Unidos, combinado con el silencio de la legislatura, parece implicar una preferencia por dejar las decisiones que impliquen selección para la sobrevivencia a procesos no sujetos al análisis legal. Pero hay

numentos de cientificismo narcisista, manifestaciones concretas de aquellos prejuicios profesionales que estaban de moda el día en que se puso la primera piedra y que a menudo ya eran anticuados cuando el edificio entró en funciones. La empresa técnica del médico reclama un poder libre de valoración o amoral. Resulta obvio que en esta clase de contexto es fácil esquivar el asunto de la iatrogenesis social que ahora me ocupa. Así mediaticado políticamente, el daño médico se mira como algo inherente al mandato de la medicina, y sus críticos se consideran sofistas que tratan de justificar la intrusión lega en el alguacilazgo médico. Precisamente por esta razón, urge una revisión lega de la iatrogenesis social. La determinación del cuidado y la asistencia libres de valoración es obviamente una tontería maligna y los tabúes que han protegido a la medicina irresponsable empiezan a debilitarse.

La medicalización del presupuesto

La medida más manejable de la medicalización de la vida es la porción de un ingreso anual típico que se gasta bajo órdenes médicas. En Estados Unidos, antes de 1950, dicha porción era inferior a las entradas de un mes, pero a mediados de los setenta el equivalente de cinco a siete semanas de las ganancias del trabajador tipo se gastaban en la compra de servicios médicos. Estados Unidos gasta ahora unos 95 000 millones de dólares anuales en asistencia a la salud, algo así como 8.4% del producto nacional bruto en 1975, cuando en 1962 fue de 4.5%.³⁶ Durante los últimos 20 años, mientras el índice de precios en Estados Unidos ha subido alrededor de 74%, el costo de la asistencia médica escaló 330%. Entre 1950 y 1971 el gasto público en pólizas de salud aumentó 10 veces, los beneficios de las aseguradoras privadas crecieron ocho veces,³⁷ y en unas tres los pagos directos al conta-

demandas crecientes para crear una norma legal que proteja a los individuos que buscan un tratamiento que se dice que prolonga la vida, contra los prejuicios y las arbitrariedades de los profesionistas. Véase más adelante, nota 206, p. 619.

³⁶ Seymour E. Harris, *The Economics of American Medicine*, MacMillan, Nueva York, 1964. Una detallada reseña del costo de servicios, medicamentos, diversos niveles de mano de obra y hospitales posee valor histórico respecto al periodo entre 1946 y 1961, durante el cual los costos de la asistencia a la salud subieron 38 por ciento.

³⁷ Robert W. Hetherington, Carl E. Hopkins y Milton I. Romer, *Health Insurance Plans: Promise and Performance*, Wiley, Nueva York, 1975. Estados Unidos se halla dominado por una galaxia de planes para la salud, autónomos y a menudo competitivos, que a veces son comerciales, a veces patrocinados por los abastecedores, y a veces organizados siguiendo la línea de la práctica de grupo. Para la mayoría de los ciudadanos, todo esto se suple con cierta protec-

do.³⁸ En gastos totales, otros países como Francia³⁹ y Alemania⁴⁰ se mantuvieron a la par con Estados Unidos. En todas las naciones industriales —atlánticas, escandinavas o del este europeo— la tasa de crecimiento del sector de la salud ha avanzado con mayor rapidez que el PNB.⁴¹ Incluso descontando la inflación, las partidas federales para la salud aumentaron más de 40% entre 1969 y 1974.⁴² Más aún: la medicalización del presupuesto nacional no es un privilegio de los ricos. En Colombia, un país pobre que favorece notoriamente a su clase adinerada, la proporción es, como en Inglaterra, superior a 10 por ciento.⁴³

Parte de esto ha enriquecido a los médicos, que hasta la Revolución francesa se ganaban la vida como artesanos. Unos pocos vivieron siempre bien, pero muchos murieron pobres. El proverbio "pocos abogados tienen

ción a través de los seguros nacionales de salud. Esta evaluación de las reacciones de los clientes a las diversas posibilidades muestra cuán poco difieren éstas en realidad.

³⁸ Martin S. Feldstein, *The Rising Cost of Hospital Care*, Information Resources, Washington, 1971. La asistencia en hospitales ha superado con mucho el alza en los honorarios médicos. El costo general de la asistencia médica ha subido con mayor rapidez que el costo medio de todos los bienes y servicios en el índice de precios al consumidor. Los costos de prescripción y de medicamentos son los que menos han subido.

³⁹ Credoc (Centre de Recherches et de Documentation sur la Consommation), *Évolution de la structure des soins médicaux*, 1959-1972, París, 1973.

⁴⁰ "Krankheitskosten: 'Die Bombe tickt'; Das westdeutsche Gesundheitswesen", 1. "Der Kampf um die Kassen-Milliarden"; 2. "Die Phalanx der niedergelassenen Ärzte", *Der Spiegel*, núm. 19, 1975, pp. 54-66; núm. 20, 1975, pp. 126-142.

⁴¹ Una excelente introducción general a la explosión de costos en la asistencia a la salud es R. Maxwell, *Health Care: The Proving Dilemma; Needs vs. Resources in Western Europe, the U.S., and the U.S.S.R.*, McKinsey, Nueva York, 1974. Ian Douglas-Wilson y Gordon McLachlan (comps.), *Health Service Projects: An International Survey*, Little, Brown, Boston, 1973. Esta comparación internacional muestra "la extrema heterogeneidad en la organización e ideología" de diferentes sistemas. En todas partes "la racionalización es motivada no por políticas de derecha o de izquierda, sino por la simple necesidad de asegurar un uso más eficaz de recursos escasos y costosos". Ningún país puede sostener indefinidamente aumentos no controlados en los fondos destinados al tratamiento de la enfermedad.

⁴² Louise Russell et al., *Federal Health Spending, 1969-1974*, Center for Health Policy Studies, National Planning Association, Washington, 1974. Para comparar, véase B. Able Smith, *An International Study of Health Expenditures and Its Relevance for Health Planning*, Public Health Paper núm. 32, World Health Organization, Ginebra, 1967. Basado en un cuestionario a los ministerios, este trabajo reemplaza a otro anterior del mismo autor, *Paying for Health Services*, y proporciona datos para el estudio de tendencias. Herbert E. Klarman, *The Economics of Health*, Columbia University Press, Nueva York, 1965, presenta un análisis cualitativo de la demanda, abastecimiento y organización en Estados Unidos, con una amplia guía bibliográfica.

⁴³ John Bryant, *Health and the Developing World*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1969. Una imagen de la asistencia a la salud en los países que reciben ayuda internacional.

buen morir, pocos médicos tienen buen vivir” poseía equivalentes en la mayoría de los idiomas europeos. Ahora los médicos han llegado a la cumbre, y en las sociedades capitalistas dicha cumbre es en verdad elevada. Sin embargo, sería inexacto atribuir la inflación en la medicina a la codicia de la profesión médica. Una parte mucho mayor del aumento ha sido para una legión de oficinistas médicos poseedores de buenos títulos, que las universidades de Estados Unidos empezaron a otorgarles en los años cincuenta; para aquellos con grados de maestría de enfermeros supervisores o con doctorados de administradores de hospitales, y para todos los rangos inferiores en los que se alimentan los nuevos burócratas. El costo de administrar al paciente, sus historiales, las boletas que entrega y recibe, pueden absorber 25 centavos de cada dólar de su cuenta.⁴⁴ Una cantidad mayor va a los banqueros; en algunos casos los llamados costos administrativos “legítimos” en el negocio del seguro médico han subido a 70% del pago hecho por los asegurados.

Aún más significativo es el nuevo prejuicio en favor de la asistencia hospitalaria de alto costo. Desde 1950 el costo diario de tener un paciente en un hospital comunal de Estados Unidos ha crecido 500%.⁴⁵ La cuenta por el cuidado del paciente en los principales hospitales universitarios ha aumentado incluso con mayor rapidez, triplicándose en ocho años. Los costos administrativos han hecho explosión multiplicándose desde 1964 por un factor de siete; los costos de laboratorios aumentaron por un factor de cinco; los salarios médicos sólo por un factor de dos.⁴⁶ La construcción de hospitales cuesta ahora más de 85 000 dólares por cama y las dos terceras partes de esta cantidad se invierten en equipo mecánico que antes de 10 años resulta anticuado.⁴⁷ Estos índices son casi el doble de los índices de aumento de costos y de la obsolescencia prevalentes en los sistemas de ar-

⁴⁴ Para documentación reunida por administradores profesionales, véase Bruce Balfe *et al.*, *Resource Material on the Socio-economic and Business Aspects of Medicine*, Center for Health Services R and D, American Association, Chicago, 1971. Para orientación sobre materiales actuales, sobre todo estadounidenses acerca de economía médica, desde informes de investigación hasta artículos en la revista *Time*, véase American Medical Association, *Medical Socioeconomic Research Sources*, 12 números por año desde 1970.

⁴⁵ Feldstein, *Rising Costs of Hospital Care*.

⁴⁶ John H. Knowles, “The Hospital”, *Scientific American* 229, septiembre de 1973, pp. 128-137. Contiene diagramas y gráficas relativos a la evolución de los gastos de hospital.

⁴⁷ Martin S. Feldstein, “Hospital Cost Inflation: Study of Nonprofit Price Dynamics”, *American Economic Review* 61, diciembre de 1971, pp. 853-876. Para una predicción complementaria de un aumento ulterior en la medicina a base de capital intensivo véase Dale L. Hiestand, “Research into Manpower for Health Services”, *Milbank Memorial Fund Quarter* 44, octubre de 1966, pp. 146-181.

mamento moderno. Los costos excedidos en los programas del Departamento de Salud, Educación y Bienestar superan a los del Pentágono. Entre 1968 y 1970 los costos del Medicaid aumentaron tres veces más rápido que el número de personas atendidas. En los últimos cuatro años los beneficios de los seguros de hospital han casi duplicado su costo, y los honorarios de los médicos han crecido casi dos veces más aprisa de lo que se había planeado.⁴⁸ En ningún otro sector importante de la economía civil hay un precedente similar de tal expansión sostenida. Por ello, resulta irónico que durante este auge único en la asistencia a la salud Estados Unidos sentara otro precedente. Poco después de iniciado el auge, la expectativa de vida para el hombre norteamericano adulto empezó a declinar y ahora se espera que decline más todavía. La tasa de mortalidad para los hombres norteamericanos entre 45 y 54 años es comparativamente alta. De cada 100 hombres que en Estados Unidos cumplen los 45, sólo 90 llegarán a su quincuagésimo quinto cumpleaños, mientras en Suecia 95 sobrevivirán la década.⁴⁹ Pero Suecia, Alemania, Bélgica, Canadá, Francia y Suiza ya están alcanzando a Estados Unidos: tanto sus índices de mortalidad en edades específicas para hombres adultos como sus costos médicos globales ascienden a gran velocidad.⁵⁰

El fenomenal aumento en el costo de los servicios de salud en Estados Unidos se ha explicado de diversas formas: algunos culpan a la planeación irracional,⁵¹ otros, al mayor costo de los nuevos artefactos que la gente quiere en los hospitales.⁵² Actualmente la interpretación más común se refiere a la creciente incidencia del pago previo de servicios. Los hospita-

⁴⁸ Robert Rushmer, *Medical Engineering: Projections for Health Care Delivery*, Academic Press, Nueva York, 1972, p. 115.

⁴⁹ Victor R. Fuchs, *Who Shall Live? Health, Economics and Social Choice*, Basic Books, Nueva York, 1974, p. 15.

⁵⁰ W. H. Forbes, "Longevity and Medical Costs", *New England Journal of Medicine* 277, 1967, pp. 71-78. La longevidad se mide como "promedio de tiempo de vida restante". Ha permanecido casi constante entre 1947 y 1965, pero la tasa en Estados Unidos, comparada con la de otros países industrializados, descendió notablemente para los hombres y ligeramente para las mujeres. "Ya no existe (en 30 países estudiados) ninguna relación significativa entre el dinero gastado en la salud y la longevidad de la población." Véase también P. Longone, "Mortalité et morbidité", *Population et Société*, núm. 43, enero de 1972.

⁵¹ Victor Cohen, "More Hospitals to Fill: Abuses Grow", *Technology Review*, octubre-noviembre de 1973, pp. 14-16.

⁵² Robert F. Rushmer, *Medical Engineering: Projections for Health Care Delivery*, Academic Press, Nueva York, 1972, expresa la esperanza de que el próximo aumento en financiamiento federal cree un nuevo mercado de refacciones, desde realizadores del seno hasta corazones artificiales.

les registran a pacientes bien asegurados, y antes que proveer viejos productos en forma más eficaz y barata, se ven económicamente motivados a avanzar hacia formas nuevas, y cada vez más caras, de hacer las cosas. Se culpa del aumento a los productos cambiantes más que a costos más altos del trabajo, a la mala administración o a la carencia de progreso tecnológico.⁵³ En esta perspectiva el cambio de productos parece deberse precisamente al amparo creciente de las pólizas, que anima a los hospitales a proporcionar productos más costosos de los que el cliente en realidad desea, necesita o habría estado dispuesto a pagar directamente. Sus gastos de contado parecen cada vez más modestos, aunque los servicios que ofrece el hospital son más costosos. Las pólizas para la asistencia médica de alto costo son así un proceso autorreforzante que da a los proveedores de asistencia el control de recursos crecientes.⁵⁴ Como antídoto, algunos críticos recomiendan una lúcida conciencia de costos por parte de los consumidores;⁵⁵ otros, desconfiando del autocontrol del lego, recomiendan mecanismos que aumenten la conciencia de costo en los productores.⁵⁶ Los médicos, argumentan, serían más responsables y menos caprichosos en sus prescripciones si se les pagara (como a los médicos generales en Inglaterra) sobre una base de "capitación" que otorga una cantidad fija para el mantenimiento de sus clientes antes que una tarifa por servicios. Pero como todos los remedios similares, la capitación acrecienta la fascinación iatrogénica por *proveer salud*. La gente deja ir su propia vida por obtener todo el tratamiento que sea posible.

En Inglaterra el Servicio Nacional de Salud ha intentado asegurar, aunque sin éxito, que los costos inflacionarios sufrirían menos por fraudes

⁵³ Feldstein, *Rising Costs of Hospital Care*.

⁵⁴ William A. Glaser, *Paying the Doctor: Systems of Remuneration and Their Effects*, Johns Hopkins, Baltimore, 1970. Consúltese este análisis comparativo, que abarca todo el país, para el impacto de diversos métodos de pago sobre la carestía del médico.

⁵⁵ John y Sylvia Jewkes, *Value for Money in Medicine*, Blackwell, Oxford, 1963, pp. 30-37, argumentan: "Podría ser que, a medida que el electorado gane en sofisticación, se dará cuenta que de hecho tiene que pagar por servicios gratuitos"; también que la prevención relativamente barata a través de hábitos cotidianos más saludables resulta más eficaz que la compra de reparaciones.

⁵⁶ Fuchs, en *Who Shall Live?*, cap. 3, aboga por certificados a instituciones como sustituto al otorgamiento de certificados a individuos. Bajo tal sistema, las instituciones de asistencia médica recibirían certificados del Estado y tendrían libertad para contratar y usar el personal que cada una considerase adecuado. Este sistema distribuiría con mayor eficacia los recursos y proporcionaría mayor movilidad vertical en los empleos. Pero se debilitaría el control del médico sobre la asistencia producida y distribuida por otras personas.

conspicuos.⁵⁷ Su acta de 1946 estableció como derecho humano el acceso a los recursos de asistencia a la salud para todos los necesitados. La necesidad se suponía finita y cuantificable, las urnas de votación el mejor sitio para decidir el presupuesto total para la salud, y los médicos los únicos capaces de determinar los recursos que satisfacerían la necesidad de cada paciente. Pero la necesidad determinada por los profesionistas médicos ha resultado ser tan extensa en Inglaterra como en cualquier otro sitio. La esperanza fundamental para el éxito del sistema inglés de asistencia a la salud tenía como base la creencia en la capacidad de los ingleses para racionar su suministro. Así lo hicieron más o menos hasta 1972, en la opinión de un autor que estudió la economía inglesa de la salud, "por medios, a su modo, casi tan despiadados como la capacidad de pagar, pero considerados en general más aceptables".⁵⁸ Hasta esa fecha la asistencia a la salud se mantuvo por abajo de 6% del PNB, 10% del gasto público. La práctica privada descendió de la mitad de la asistencia a 4%. Los cargos directos a los pacientes se mantuvieron fenomenalmente bajos: 5% del costo. Pero este severo compromiso con la igualdad sólo impidió esos asombrosos despilfarros en artefactos prestigiosos que proveyeron de un fácil punto de partida a la crítica pública en Estados Unidos. Desde 1972 el Servicio de Salud en Inglaterra ha sufrido un cambio traumático, por complejas razones económicas y políticas. El éxito inicial del Servicio de Salud y el actual desarreglo caótico del sistema imposibilitan las predicciones para el futuro. La desmedicalización de la asistencia a la salud es tan esencial allí como en cualquier parte. Sin embargo, curiosamente, Inglaterra es también una de las pocas naciones industrializadas donde la expectativa de vida del hombre adulto no ha declinado todavía, aunque las enfermedades crónicas de este grupo ya han mostrado un aumento similar al observado una década antes al otro lado del Atlántico.

La información sobre costos en la Unión Soviética es más difícil de obtener. El número de médicos y días de hospital per cápita parece haberse duplicado entre 1960 y 1972, y los costos parecen haber crecido 260%.⁵⁹ La principal reivindicación de superioridad de la medicina soviética sigue ba-

⁵⁷ Para una bibliografía sobre la medicina socializada en Gran Bretaña, consúltese Freidson, *Profession of Medicine*, p. 34, n. 9.

⁵⁸ Michael H. Cooper, *Rationing Health Care*, Halsted Press, Londres, 1975. Un intento sobrio, crítico y vivaz de realizar una revisión económica general de la naturaleza y los problemas de los primeros 26 años del Servicio Nacional de Salud Británico.

⁵⁹ Y. Lisitsin, *Health Production in the USSR*, Progress, Moscú, 1972.

sada en "la profilaxis edificada dentro del sistema social en sí" sin que esto afecte el volumen relativo de enfermedad o asistencia en comparación con otros países industriales de desarrollo similar.⁶⁰ Pero la teoría de que la terapéutica iría desapareciendo junto con el Estado fue declarada herejía en 1932 y lo sigue siendo.⁶¹

Distintos sistemas políticos organizan la patología en diferentes enfermedades y crean así distintas categorías de demanda, suministros y necesidades sin cubrir.⁶² Pero no importa cómo se perciba la enfermedad, el costo del tratamiento crece de acuerdo con índices comparables. Los rusos, por ejemplo, limitan por decreto la enfermedad mental que requiere hospitalización: sólo destinan a tales casos 10% de todas las camas de hospital.⁶³ Pero dado cierto PNB, todas las naciones industriales generan la misma clase de dependencia con respecto al médico, y esto sin que importen su ideología ni la nosología que estas creencias engendran.⁶⁴ Por supuesto, el capitalismo ha demostrado que puede hacerlo a un costo social mucho más elevado.⁶⁵ Por doquier, a mediados de la década de los setenta, el principal constreñimiento a la actividad profesional es la necesidad de reducir los costos.

La proporción de riqueza nacional que se canaliza hacia los médicos y se gasta bajo su control varía de un país a otro y abarca de un décimo a un vigésimo de todos los fondos disponibles. Pero esto no debe hacer pensar a nadie que los gastos de salud del ciudadano tipo en los países pobres son proporcionales al ingreso medio per cápita del país. La mayor parte de la gente no recibe absolutamente nada. Con la sola excepción del dinero destinado al tratamiento de los suministros de agua, 90% de todos los fondos

⁶⁰ Mark G. Field, *Soviet Socialized Medicine: An Introduction*, Free Press, Nueva York, 1967. Una introducción clásica con datos de hace 12 años al sistema médico soviético. Las páginas IX-XII proporcionan una orientación crítica sobre la literatura alemana, inglesa y francesa, y el cap. 5, referencias sobre el retorno de prioridades sociales a prioridades curativas.

⁶¹ Véase adelante, nota 64.

⁶² John Frey, *Medicine in Three Societies*, Aylesbury, Inglaterra, MTP, 1974.

⁶³ Mark G. Field, "Soviet and American Approaches to Mental Illness: A Comparative Perspective", *Review of Soviet Medical Sciences* 1, 1964, pp. 1-36.

⁶⁴ Joachim Israel, "Humanisierung oder Bürokratisierung der Medizin?", *Neue Gesellschaft* 21, 1974, pp. 397-404. Proporciona un inventario de 15 fuertes tendencias hacia la burocratización de la vida, que en la medicina adquiere formas específicamente relacionadas con la salud y amenaza a la gente por igual en la República Federal Alemana y en la URSS.

⁶⁵ Odin W. Anderson, *Health Care: Can There Be Equity? The United States, Sweden, and England*, Wiley, Nueva York, 1972. Los tres sistemas examinados avanzan hacia la misma clase de burocracia, a costos comparables, pero la equidad en el acceso es mucho más baja en Estados Unidos.

que en los países en desarrollo se destinan a la salud no se gasta en salubridad sino en el tratamiento de los enfermos. Entre 70 y 80% de todo el presupuesto de salud *pública* sirve para la cura y la asistencia de individuos y no para servicios públicos de salud.⁶⁶ La mayor parte de ese dinero se gasta *en todas partes* en el mismo tipo de cosas. Todos los países quieren hospitales, y muchos quieren que incluyan el equipo moderno más exótico. Mientras más pobre el país, más alto el costo real de cada pieza en sus inventarios. Modernas camas de hospital, incubadoras, laboratorios, pulmones artificiales y salas de operaciones cuestan todavía más en África que en Alemania o Francia, donde se construyen; también se deterioran más fácilmente en los trópicos, donde es más difícil darles servicio, y lo más frecuente es que no funcionen. En cuanto al costo, lo mismo vale para los médicos hechos a la medida de estos artefactos. La educación de un cirujano cardiólogo representa una inversión comparable de capital, ya proceda del sistema escolar mexicano o haya estudiado en Hamburgo con una beca del gobierno por ser primo de un capitán brasileño.⁶⁷ Si Estados Unidos es demasiado pobre para proporcionar la diálisis renal de 15 000 dólares

⁶⁶ International Bank for Reconstruction and Development, *Health Sector Policy Paper*, Washington, marzo de 1975.

⁶⁷ No debe pasarse por alto que las escuelas de medicina en los países pobres constituyen uno de los medios más eficaces para la transferencia neta de dinero a los países ricos. O. Ozlak y D. Caputo, "The Migration of Medical Personnel from Latin America to the U. S.: Towards an Alternative Interpretation", ponencia presentada en la Conferencia Panamericana de Planificación de Salud y de Mano de Obra, Ottawa, Canadá, 10-14 de septiembre de 1973. (No pude verificar la referencia.) Los autores estiman que la pérdida neta *anual* para el total de América Latina, debida al flujo de médicos hacia Estados Unidos, es de 200 millones de dólares, suma igual a la asistencia médica total otorgada por Estados Unidos a América Latina durante la primera década del desarrollo, es decir, el periodo que se inició con la "Alianza para el Progreso". Hossain A. Ronaghy, Kathleen Cahill y Timothy D. Baker, "Physician Migration to the United States: One Country's Transfusion is Another Country's Hemorrhage", *Journal of the American Medical Association* 227, 1974, pp. 538-542, proporciona información sobre la emigración de estudiantes iraníes de la universidad en que se graduaron. Oscar Gisha (comp.), *Doctor Migration and World Health*, Occasional Papers on Social Administration núm. 43, Social Administration Research Trust, Londres, Bell, 1971. Stephen S. Mick, "The Foreign Medical Graduate", *Scientific American* 232, febrero de 1975, pp. 14-22. Actualmente hay 58 000 médicos importados que ejercen en Estados Unidos; el número de los médicos con licencia completa se ha cuadruplicado. En las regiones del Medio Atlántico, del Norte Central y de Nueva Inglaterra, son más que los médicos nativos; la India, las Filipinas, Italia y Canadá pagaron cada uno la educación completa de más de 3 000 de ellos; Argentina, Corea del Sur y Tailandia, entre otros países, la de más de 1 000 cada uno. N. B.: La preparación de un médico peruano cuesta alrededor de 6 000 veces lo que cuesta la educación de un típico campesino peruano.

anuales a todos los ciudadanos que afirmarían necesitarla, Ghana es demasiado pobre para proveer equitativamente al pueblo con médicos para su atención elemental.⁶⁸ El costo máximo socialmente crítico de los artículos que pueden repartirse en forma equitativa varía de un sitio a otro. Pero dondequiera que los fondos públicos se utilizan para financiar tratamientos por encima del costo crítico, el sistema de asistencia médica actúa inevitablemente como conducto para la transferencia neta del poder médico, el cual pasa de la mayoría que paga los impuestos a unos cuantos individuos seleccionados a causa de su dinero, educación o lazos familiares, o por el interés especial que representan para el cirujano experimentador.

Hay una clara forma de explotación cuando 80% de los costos reales de las clínicas *particulares* en los países pobres de América Latina se pagan con los impuestos recaudados para la formación de médicos, las ambulancias públicas y el equipo médico.⁶⁹ En este caso la concentración de los recursos públicos en unos pocos es una obvia injusticia, pues la capacidad de pagar al contado una fracción del costo total es una condición para obtener el resto. Pero la explotación no es menor en los sitios donde el público, a través de un servicio nacional de salud, asigna a los médicos el poder único para decidir quién "necesita" su tipo de tratamiento, luego derrochan la ayuda pública en aquellos con quienes experimentan o practican. La aquiescencia pública en que el monopolio médico identifica necesidades sólo amplía la base desde la cual los médicos pueden vender sus servicios.⁷⁰

De manera indirecta, las terapias conspicuas sirven como poderosos instrumentos para convencer a la gente de que pague más impuestos para llevarlas a todos los que según los doctores las necesitan. Una vez que el presidente chileno Frei construyó un estadio de medicina para espectadores médicos, su sucesor, Salvador Allende, se vio forzado a prometer otros tres.

⁶⁸ En Ghana, el Hospital Central absorbía 149 de los 298 médicos disponibles para los servicios oficiales de salud, pero sólo alrededor de 1% de los pacientes había sido oficialmente referido por personal médico ajeno al hospital. M. J. Sharpston, "Uneven Geographical Distribution of Medical Care, a Ghanaian Case Study", *Journal of Development Studies* 8, enero de 1972, pp. 205-222.

⁶⁹ Para un estudio útil de investigación de ciencias sociales en América Latina, véase Arthur Rubel, "The Role of Social Science Research in Recent Health Programs in Latin America", *Latin American Research Review* 2, 1966, pp. 37-56. Dieber Zschock, "Health Planning in Latin America: Review and Evaluation", *Latin American Research Review* 5, 1970, pp. 35-56.

⁷⁰ Victor R. Fuchs, "The Contribution of Health Services to the American Economy", *Milbank Memorial Fund Quarterly* 44, octubre de 1966, pp. 65-103. Fuchs deja muy claro este punto.

El prestigio de un equipo nacional de cirujanos de corazón abierto se utiliza para intensificar en toda la nación una adicción a relaciones terapéuticas que son patógenas en un nivel mucho más hondo que el del simple vandalismo médico. La creencia de la gente en que sólo llamando al médico puede enfrentarse a la enfermedad hace más daño a la salud del que los médicos podrían jamás lograr imponiendo sus servicios a la ciudadanía.

Sólo en China —cuando menos a primera vista— la tendencia parece ir en dirección contraria: la asistencia primaria la administran técnicos sanitarios no profesionales ayudados por aprendices que dejan sus trabajos habituales en la fábrica cuando se les llama para atender a un miembro de su brigada.⁷¹ La nutrición, la higiene del ambiente y el control natal han mejorado más allá de toda comparación. Los logros del sector sanitario chino durante los últimos años de la década de los setenta han probado, tal vez definitivamente, un punto largamente debatido: que casi todos los instrumentos técnicos de salud comprobadamente eficaces pueden pasar en cuestión de meses a manos de millones de personas comunes y utilizarse en forma competente. A pesar de estos éxitos, un compromiso ortodoxo con los sueños occidentales de la razón, bajo una forma marxista, puede ahora destruir lo que la virtud política, en unión con el pragmatismo tradicional, alcanzó.

El sesgo hacia el progreso y la centralización tecnológicos ya se refleja en los logros profesionales de la asistencia médica. China posee no sólo un sistema paramédico sino también personal médico cuyas normas han sido consideradas de máximo orden por sus colegas en todo el mundo, y que sólo marginalmente difiere del que hay en otros países. La mayor parte de las

⁷¹ Para orientación véase Joshua Horn, "Away with all Pests: An English Surgeon in People's China, 1954-1969", *Monthly Review Press*, Nueva York, 1971. Victor W. y Ruth Sidel, "Medicine in China: Individual and Society", *Hastings Center Studies* 2, núm. 3, 1974, pp. 23-36. Victor Sidel, "The Barefoot Doctors of the People's Republic of China", *New England Journal of Medicine* 286, 1972, pp. 1292-1300. A. J. Smith, "Medicine in China" (cinco artículos), *British Medical Journal*, núm. 2, 1974, pp. 367-370, y los cuatro números siguientes. Carl Djerassi, "The Chinese Achievement in Fertility Control", *Bulletin of the Atomic Scientists*, junio de 1974, pp. 17-24. Paul T. K. Lin, "Medicine in China", *Center Magazine*, Santa Bárbara, Cal., mayo-junio de 1974. M. H. Liang *et al.*, "Chinese Health Care: Determinants of the System", *American Journal of Public Health* 63, febrero de 1973, pp. 102-110. El de Horn es todavía el mejor informe redactado en primera persona. Los de Sidel y Smith son informes de médicos viajeros a sus colegas. Djerassi proporciona valiosos datos internos sobre la condición de la contracepción. Lin llama la atención sobre los nuevos retos creados por el reciente predominio de enfermedades degenerativas. Véase también Ralph C. Croizier, *Traditional Medicine in Modern China: Science Nationalism, and the Tension of Cultural Change*, Harvard University Press, Cambridge, 1968.

inversiones durante los últimos cuatro años parecen haberse destinado a desarrollar más aún esta profesión médica extremadamente competente y altamente ortodoxa, que cada vez obtiene mayor autoridad para configurar las metas generales de la nación en cuestiones de salud. La "medicina descalza" está perdiendo su carácter sustitutivo, semiindependiente y popular para integrarse a una tecnocracia unitaria de asistencia a la salud. Personal adiestrado en las universidades instruye, supervisa y complementa al curandero elegido localmente. Este desarrollo, ideológicamente inducido,⁷² de la medicina profesional en China tendrá que limitarse conscientemente a muy corto plazo para que pueda seguir siendo un complemento de equilibrio y no un obstáculo a la autoasistencia de alto nivel. Sin estadísticas susceptibles de comparación, las declaraciones sobre la economía médica china permanecen en la vaguedad. Pero no hay razón para creer que los aumentos de costos en la medicina farmacéutica, hospitalaria y profesional sean menores en China que en otros países. Por lo pronto, sin embargo, puede aducirse que en China la medicina moderna era tan escasa en los distritos rurales que los recientes incrementos contribuyeron significativamente a los niveles de salud y a una mayor equidad en el acceso a la asistencia.⁷³

En todos los países la medicalización del presupuesto se relaciona con la bien conocida explotación dentro de la estructura de clases. Sin duda el dominio de las oligarquías capitalistas en Estados Unidos,⁷⁴ la altanería de

⁷² David Lampton, *Health, Conflict, and the Chinese Political System*, Michigan Papers in Chinese Studies, núm. 18, University of Michigan, Center for Chinese Studies, Ann Arbor, 1974. A partir de 1971, grupos de intereses en competencia, cada uno tratando de maximizar la realización de sus valores, han ayudado a restablecer en parte la medicina del modelo burocrático de antes de 1968.

⁷³ Instrumentos para un estudio ulterior de la asistencia contemporánea a la salud en China: Joseph Quinn, *Medicine and Public Health in the People's Republic of China*, U. S. Department of Health, Education, and Welfare núm. NIH 73-67. Fogarty International Center, *A Bibliography of Chinese Sources on Medicine and Public Health in the People's Republic of China: 1960-1970*, Department of Health, Education, and Welfare, núm. NIH 73-439, *American Journal of Chinese Medicine*, P. O. Box 555, Garden City, Nueva York, 11530.

⁷⁴ Vicente Navarro, "The Underdevelopment of Health or the Health of Underdevelopment: An Analysis of the Distribution of Human Health Resources in Latin America", *International Journal of Health Services* 4, núm. 1, 1974, pp. 5-27. La escasez de la asistencia a la salud es consistente con la escasez general de productos industriales que favorece a una lumpenburoguesía urbana y empresarial dependiente de sus homólogas extranjeras. Este trabajo se basa en una ponencia presentada en la Conferencia Panamericana sobre Planeación de Salud y Mano de Obra en Ottawa, Canadá, 10-14 de septiembre de 1973. Una versión modificada aparece en el número de *Politics and Society* correspondiente a la primavera de 1974.

los nuevos mandarines en Suecia,⁷⁵ el servilismo y etnocentrismo de los profesionales moscovitas⁷⁶ y el cabildeo de las asociaciones médica y farmacéutica norteamericanas,⁷⁷ así como el nuevo surgimiento del poder sindical en el sector de la salud,⁷⁸ son obstáculos formidables para una distribución de recursos que favorezca los intereses de los enfermos más que los de sus autoasignados cuidadores. Pero la razón fundamental de que estas costosas burocracias sean una negación de la salud no se encuentra en su función instrumental sino en la simbólica: todas recalcan la distribución de servicios de reparación y mantenimiento para el componente humano de la megamáquina,⁷⁹ y la crítica que propone una distribución mejor y más equitativa sólo refuerza el compromiso social de mantener a la gente en trabajos que enferman. La guerra entre los que proponen una póliza nacional ilimitada de salud y los que abogan por el mantenimiento nacional de la salud, así como la guerra entre quienes defienden y quienes atacan toda práctica privada, hace que la atención pública se distraiga del daño hecho por médicos que protegen un orden social destructivo y se fije en el hecho de que los médicos hacen menos de lo esperado en defensa de una sociedad de consumo.

⁷⁵ B. Shenkin, "Politics and Medical Care in Sweden: The Seven Crowns Reform", *New England Journal of Medicine* 288, 1973, pp. 555-559. Para antecedentes consúltese Ronald Huntford, *The New Totalitarians*, Stein and Day, Nueva York, 1972.

⁷⁶ Roy A. y Zhores Medvedev, *A Question of Madness*, Knopf, Nueva York, 1972, se quejan de que la naturaleza de la sociedad es tal que por lo menos dos profesiones, la medicina y la abogacía, no son parte del sistema estatal. La centralización totalitaria de los servicios médicos, si bien ha introducido el principio progresivo de asistencia gratuita para todos, ha hecho posible asimismo utilizar la medicina como un medio de control gubernamental y de regulación política.

⁷⁷ David R. Hyde *et al.*, "The American Medical Association: Power, Purpose, and Politics in Organized Medicine", *Yale Law Journal* 63, mayo de 1954, pp. 938-1022. Hyde es un antiguo crítico cuyo pensamiento es todavía valioso. Richard Harris, *A Sacred Trust*, Penguin, Baltimore, 1969. Una historia de la batalla inteligente y costosa que la Asociación Médica Americana libró en los años sesenta contra la legislación de la salud pública. Elton Rayack, *Professional Power and American Medicine: The Economics of the American Medical Association*, World Pub., Cleveland, 1967, describe cómo los cabilderos de la Asociación Médica Norteamericana utilizan la extorsión y la conspiración para conservar un firme control sobre la certificación y la fijación de normas para cada producto que los médicos consideran relacionado con la salud. Este control remueve todo límite a su poder.

⁷⁸ Sobre las razones que anuncian la sindicalización de los médicos, véase S. Kelman, "Towards a Political Economy of Medical Care", *Inquiry* 8, núm. 3, 1971, pp. 30-38; también la nota 76.

⁷⁹ Lewis Mumford, *The Pentagon of Power*, vol. 2, *The Myth of the Machine*, Harcourt Brace, Nueva York, 1970, se extiende sobre el concepto de la sociedad como megamáquina.

Más allá de cierta invasión al presupuesto, el dinero que expande los controles médicos sobre el espacio, los horarios, la educación, la dieta o el diseño de máquinas y de bienes desatará inevitablemente una "forjada pesadilla de buenas intenciones". Tal vez el dinero amenace siempre a la salud. Demasiado dinero la corrompe. Después de cierto punto, lo que puede producir dinero o lo que el dinero puede comprar restringe el campo de la "vida" libremente elegida. No sólo la producción sino también el consumo recalcan la escasez de tiempo, espacio y elección.⁸⁰ Así, el prestigio de la mercancía médica debilita por fuerza el cultivo de la salud, que dentro de un ambiente dado depende en gran medida del temple innato e inculcado.⁸¹ Mientras más tiempo, labor y sacrificio invierta una población en producir la medicina como un artículo de consumo, mayor será el subproducto, es decir, la falacia de que la sociedad posee dentro de sí un yacimiento de *salud*, la cual puede extraerse y mercantilizarse.⁸² La función negativa del dinero es indicar la devaluación de los bienes y servicios que no pueden comprarse.⁸³ Mientras más alto sea el precio que se fija al bienestar, mayor será el prestigio político de una expropiación de la salud personal.

⁸⁰ Más allá de cierto punto de intensidad, el consumo produce una escasez de tiempo: Stefan B. Linder, *Harried Leisure Class*, Columbia University Press, Nueva York, 1970; la aceleración produce una penuria de espacio: Jean Robert, "Essai sur l'accélération des dons", *L'Arc*, Aix-en Provence, otoño de 1975, y la planificación destruye las posibilidades de elección: Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Joaquín Mortiz, 1965.

⁸¹ René Dubos, *El hombre y su ambiente; el conocimiento biomédico y la acción social*, Organización Panamericana de la Salud, Scientific Publication núm. 131, Washington, marzo de 1966. "El tipo de salud que los hombres más desean es [...] la condición más adecuada para alcanzar metas que cada individuo formula por sí mismo." Véase también Heinz von Foerster, *Molecular Ethology: An Immodest Proposal*, Plenum Press, Nueva York, 1970, para una demostración desde la biología teórica, de que un exceso de programación puede extinguir la "vida" no trivial.

⁸² Victor Fuchs, "Some Economic Aspects of Mortality in Developed Countries", ponencia presentada en la Conferencia sobre la Economía de la Salud y la Asistencia Médica, Tokio, 1973, mimeografiada. Fuchs asume que "la vida se produce principalmente por actividades no mercantiles, y que la mujer tiende a especializarse en tales actividades". El intento de sustituir más que complementar estas "actividades no mercantiles" con artículos de consumo es literalmente *insalubre*. Véase Alan Berg, *The Nutrition Factor: Its Role in National Development*, Brookings Institution, Washington, 1973, ap. C, p. 229, sobre los efectos patógenos de la sustitución de la leche materna por diversas fórmulas.

⁸³ La medicalización del presupuesto es una medida del *disseizin* profesional de la salud y de la aquiescencia de la gente ante su propio despojo por cuidadores terapéuticos. *Disseizin*: "La injusta expulsión de alguien de aquello que de hecho se toma como un dominio absoluto": P. G. Osborn, *Concise Law Dictionary*, Sweet and Maxwell, Londres, 1964.

LA INVASIÓN FARMACÉUTICA

No se necesitan médicos para *medicalizar* los remedios de una sociedad.⁸⁴ Incluso sin demasiados hospitales y escuelas de medicina, una cultura puede ser presa de una invasión farmacéutica. Cada cultura tiene sus venenos, sus remedios, sus placebos y su escenografía ritual para administrarlos.⁸⁵ La mayoría de ellos se destina a los sanos más que a los enfermos.⁸⁶ Las poderosas drogas médicas destruyen con facilidad el patrón históricamente enraizado que adapta cada cultura a sus venenos; por lo común ellas causan más daño que provecho a la salud, y en última instancia establecen una

⁸⁴ Para una primera orientación: Alfred M. Ajami, Jr., *Drugs: An Annotated Bibliography and Guide to the Literature*, Hall, Boston, 1973. Ajami selecciona y anota más de 500 referencias psicofarmacológicas para un curso interdisciplinario sobre el "panorama" norteamericano en los últimos años de la década de los sesenta. U. S. National Clearing House for Mental Health, *Bibliography of Drug Dependence and Abuse 1928-1966*, Chevy Chase, Maryland, 1969. Indispensable para la investigación histórica. Alice L. Brunn, *How to Find Out in Pharmacy: A Guide to Sources of Pharmaceutical Information*, Pergamon Press, Oxford, 1969. Una sencilla guía de referencias. R. H. Blum *et al.*, *Society and Drugs*, 2 vols., Jossey-Bass, Berkeley, Cal., 1970. Una biblioteca portátil sobre la sociedad y los medicamentos. Jean Pierre Dupuy y Serge Karsenty, *L'invasion pharmaceutique*, Seuil, París, 1974. Estos autores han creado este término. Describen el refuerzo mutuo de tres fuerzas: las expectativas norealistas por parte de la mayoría de los pacientes; la administración médica de un sistema técnico que tiene funciones simbólicas primarias, y la publicidad de seudoinvenciones que constituyen una parte omnicreciente de las actividades de la industria farmacéutica. Las tres fuerzas convergen como respaldo para la acumulación de capital en el sector de la salud.

⁸⁵ G. E. Vaillant, "The Natural History of Narcotic Drug Addiction", *Seminars in Psychiatry* 2, noviembre de 1970, pp. 486-498. Las drogas dependen tanto en su deseabilidad como en sus efectos del medio en que se las toma. La elección de la droga es una función de la cultura, pero el abuso de la droga es una función del hombre. La ritualización del consumo de drogas crea su propia subcultura: así la historia de la drogadicción, como la de la sociedad, debe reescribirse cada ciertos años. Samuel Proger (comp.), *The Medicated Society*, MacMillan, Nueva York, 1968, proporciona documentos reveladores del tipo de cultura de droga que prevalecía en Estados Unidos mucho antes del LSD.

El grado en que los drogadictos se ven forzosamente confinados en un gueto propio depende de la colectividad que los rechaza. Por ejemplo, los puertorriqueños en Nueva York no rechazan a sus drogadictos en la forma en que lo hacen los norteamericanos de clase media: J. P. Fitzpatrick, "Puerto Rican Addicts and Nonaddicts: A Comparison", informe inédito, Institute for Social Research, Fordham University, 1975.

⁸⁶ Hans Wiswe, *Kulturgeschichte der Kochkunst; Kochbücher und Rezepte aus zwei Jahrtausenden*, Moos, Munich, 1970. La mayoría de las sociedades no distingue claramente entre su farmacopea y su dieta. Esta reseña de libros de cocina muestra que muchos fueron escritos por médicos, con una frecuente insistencia en que la mejor medicina sale de la cocina y no de la farmacia. La mayoría contiene "recetas" para el cuidado de los enfermos.

nueva actitud en la que el cuerpo se percibe como una máquina regida por conmutadores mecánicos y manipuladores.⁸⁷

En los años cuarenta, pocas de las recetas escritas en Houston o Madrid podrían haber sido surtidas en México, a no ser en la "zona rosa" de la capital donde farmacias internacionales prosperan al lado de *boutiques* y hoteles. Hoy día, las farmacias pueblerinas de México ofrecen tres veces más artículos que las farmacias de Estados Unidos. Muchos medicamentos ya anticuados en otros sitios, o bien sobrantes ilegales o falsificaciones, van a parar a las farmacias de Tailandia⁸⁸ o de Brasil gracias a fabricantes que navegan bajo muchas banderas de conveniencia. En la década pasada, mientras unos cuantos países ricos empezaban a controlar el daño, el desperdicio y explotación causados por el tráfico *lícito* de medicamentos por parte de sus doctores, los médicos de México, Venezuela e incluso París tenían más dificultad que nunca para obtener información sobre los efectos secundarios de los medicamentos que recetaban.⁸⁹ Hace apenas 10 años, cuando los medicamentos eran relativamente escasos en México, la gente era pobre y la abuela o el yerbero atendían a la mayor parte de los enfermos, los productos farmacéuticos venían con un prospecto descriptivo. Hoy los medicamentos son más abundantes, más poderosos y más peligrosos; se venden por televisión y por radio; la gente que ha ido a la escuela se avergüenza de sus restos de confianza en el curandero azteca. El prospecto ha sido sustituido por una nota general que dice "por prescripción médica". La ficción creada para exorcizar al remedio medicalizándolo, de

⁸⁷ Para la información actualmente disponible sobre la acción de los medicamentos, véase Louis S. Goodman y Alfred Gilman, *The Pharmacological Basis of Therapeutics*, 4a. ed., MacMillan, Nueva York, 1970. Sobre modelos de prescripción, véase Karen Dunnell y Ann Cartwright, *Medicine Takers, Prescribers and Hoarders*, Routledge, Londres, 1972. ¿Quién toma qué tipo de medicinas para qué clase de condiciones y síntomas? ¿Cómo alientan o desalientan los médicos este modelo? ¿Qué tipo de medicinas se conservan en el hogar y por cuánto tiempo? Información detallada acerca de Inglaterra. Véase también John P. Morgan y Michel Weintraub, "A Course on the Social Functions of Prescription Drugs: Seminar Syllabus and Bibliography", *Annals of International Medicine* 77, agosto de 1972, pp. 217-222; Paul Stolley y Louis Lasagna, "Prescribing Patterns of Physicians", *Journal of Chronic Diseases* 22, diciembre de 1969, pp. 395-405.

⁸⁸ *Business in Thailand*, edición especial sobre la industria farmacéutica, agosto de 1974.

⁸⁹ El médico norteamericano puede fácilmente tener acceso a esta información a través de fuentes como *Medical Letter on Drugs and Therapeutics*, Medical Library Association, 919 N. Michigan Avenue, Chicago, Ill. Ésta es una fuente de información, libre de prejuicios, sobre medicamentos, que se envía por correo cada 15 días. No hay nada comparable en francés, alemán o español. Véase también Richard Burack, *The New Handbook of Prescription Drugs: Official Names, Prices, and Sources for Patient and Doctor*, ed. rev., Pantheon, Nueva York, 1970. Véase más adelante nota 99, p. 589, para una descripción de este libro.

hecho sólo confunde al comprador. La advertencia de consultar a un médico hace al cliente creer que él mismo es incapaz de cuidarse. En la mayoría de los países del mundo, los médicos simple y sencillamente no están lo bastante bien esparcidos para recetar medicamentos de doble filo cada vez que se requieren, y casi siempre ellos mismos no están preparados, o son demasiado ignorantes, para recetar con la prudencia debida. En consecuencia la función del médico, especialmente en los países pobres, se ha vuelto trivial: se le ha convertido en una rutinaria máquina de recetar que constantemente se ridiculiza, y la mayor parte de la gente toma ahora los mismos medicamentos igualmente al azar, pero sin aprobación médica.⁹⁰

El cloramfenicol es un buen ejemplo de cómo el aval de la prescripción puede ser inútil para proteger a los pacientes, e incluso promover el abuso. Durante los años sesenta este medicamento se envasaba como cloromicetina por Parke-Davis y producía alrededor de un tercio de las ganancias totales de la compañía. Para entonces ya se había sabido desde hacía varios años que las personas que ingieren este medicamento corren cierto peligro de morir de anemia aplásica, una enfermedad incurable de la sangre. La tifoidea es casi la única enfermedad que, con serias reservas, justifica la administración de esta sustancia. En los últimos años de la década de los cincuenta y los primeros de la de los sesenta, la Parke-Davis, pese a las fuertes contraindicaciones clínicas, gastó grandes sumas en promover a su ganador. Los médicos en Estados Unidos recetaban cloramfenicol a casi cuatro millones de personas por año para tratar el acné, la garganta irritada, el catarro común, e incluso naderías como padrastrós infectados. Como la tifoidea es rara en Estados Unidos, no más de una persona entre 400 que tomaron el medicamento "necesitaba" el tratamiento. A diferencia de la talidomida, que desfigura, el cloramfenicol mata: borra del mapa a sus víctimas y cientos de ellas murieron sin diagnóstico en Estados Unidos.⁹¹

El autocontrol de la profesión en tales asuntos nunca ha funcionado,⁹² y las memorias médicas han demostrado ser particularmente olvida-

⁹⁰ Arturo Aldama, "Establecimiento de un laboratorio farmacéutico nacional", *Higiene: Órgano Oficial de la Sociedad Mexicana de Higiene II*, enero-febrero de 1959. Este trabajo dio la voz de alarma.

⁹¹ La información sobre la cloromicetina está tomada de U. S. Senate, Select Committee on Small Business, Subcommittee on Monopoly, *Competitive Problems in the Drug Industry*, 90th Congress, 1st and 2nd Sessions, 1967-1968, pt. 2, p. 565.

⁹² Sobre los mecanismos que convierten la autorregulación en una licencia para ejercer el máximo abuso tolerado públicamente, véase Eliot Freidson y Buford Rhea, "Process of Control in a Company of Equals", *Social Problems* 9, 1963, pp. 119-131. Muestran que, aunque

dizas.⁹³ Lo mejor que puede decirse es que en Holanda, Noruega o Dinamarca, la autorregulación ha sido en ciertos momentos menos ineficaz que en Alemania, Francia⁹⁴ o Italia,⁹⁵ y que los médicos norteamericanos tienen una peculiar aptitud para admitir errores pasados y unirse a nuevos cortejos.⁹⁶ En Estados Unidos, durante la década de los cincuenta, el control de los medicamentos por agencias reguladoras se hallaba en su nadir y el autocontrol era nominal.⁹⁷ Luego, durante los años sesenta, periodistas,⁹⁸

buena parte del abuso no es observado, incluso cuando se observa no se comunica a los colegas, e incluso si se comunica se trata "hablando con el ofensor" y queda sin control. La autorregulación protege principalmente a la profesión eliminando al carnicero incompetente y al leproso moral. William J. Goode, "The Protection of the Inept", *American Sociological Review* 32, febrero de 1967, pp. 5-19. Goode describe cómo la autorregulación consiste en un alto grado en la protección del inepto dentro del grupo y en la protección de los propios intereses del grupo respecto a los excesos del inepto. La modernización consiste en la utilización más eficaz del inepto para los propios intereses del grupo. Eliot Freidson y Buford Rhea, "Knowledge and Judgment in Professional Evaluations", *Administrative Science Quarterly* 10, junio de 1965, pp. 107-124.

⁹³ La memoria no sirve de guía para averiguar a quién se han prescrito o quién ha consumido medicamentos anteriormente. Una búsqueda en el registro nacional de prescripciones en Inglaterra y Gales muestra que ocho de cada 10 mujeres que parieron un niño defectuoso después de tomar talidomida por prescripción negaron haber tomado el medicamento, y que sus médicos negaron haberlo recetado. Véase A. L. Speirs, "Thalidomide and Congenital Abnormalities", *Lancet*, núm. 1, 1962, p. 303.

⁹⁴ Henri Pradal, *Guide des médicaments les plus courants*, Seuil, París, 1974. En noviembre de 1973 mi editor francés, Seuil, publicó una edición original en libro de bolsillo, escrita por un médico con muchos años de experiencia como toxicólogo. Es una lista de los 100 fármacos más vendidos, incluyendo medicamentos de prescripción, y explica qué es cada uno, para qué resulta indicado, cómo tiende a usarse o a recetarse y con qué consecuencias. El día de la publicación 57 firmas farmacéuticas iniciaron sendas acciones legales para lograr que el libro fuera retirado de la circulación y demandaron una compensación por daños probables.

⁹⁵ A. del Favero y G. Loiacono, *Farmaci, salute e profitti in Italia*, Feltrinelli, Milán, 1974, describen la dependencia y el servilismo del médico italiano en sus relaciones con la industria farmacéutica, y la explotadora integración de las firmas farmacéuticas italianas a las compañías transnacionales. Lleno de documentación y detalle.

⁹⁶ James H. Young, *Medical Messiahs: A Social History of Health Quackery in Twentieth-Century America*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1967. Trasfondo histórico de la caballeresca confianza de la medicina organizada de Estados Unidos, fundamentada en su protección al público contra los independientes y la automedicación. Para la historia más antigua véase James H. Young, *The Toadstool Millionaires: A Social History of Patent Medicines in America Before Federal Regulation*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1961.

⁹⁷ Robert S. McCleery, *One Life-One Physician: An Inquiry into the Medical Profession's Performance in Self-Regulation*, A Report to the Center for the Study of Responsive Law, Public Affairs Press, Washington, 1971. Este informe a un grupo de estudiosos iniciado por Ralph Nader concluye que hay una total falta de control interno de calidad en la profesión médica.

⁹⁸ Morton Mintz, *By Prescription Only: A Report on the Roles of the United States Food and Drug Administration, the American Medical Association, Pharmaceutical Manufacturers, and*

médicos⁹⁹ y políticos¹⁰⁰ preocupados por la situación lanzaron una campaña que expuso la subordinación de los médicos y los oficiales de gobierno a las firmas farmacéuticas y describió algunas de las pautas del crimen de cuello blanco, prevalentes en la medicina.¹⁰¹ Menos de dos meses después de la denuncia en una audiencia del Congreso, el uso del cloramfenicol en Estados Unidos disminuyó. La Parke-Davis se vio obligada a insertar en cada paquete estrictas advertencias y cautelas sobre el uso de este medicamento. Pero dichas advertencias no se hicieron extensivas a las exportaciones.¹⁰² El medicamento siguió usándose indiscriminadamente en México, no sólo en la automedicación sino por prescripción, criando entonces cepas de bacilos tifoídicos resistentes al medicamento que ahora se difunden al resto del mundo.

Un solo médico de América Latina, también estadista, trató de limitar radicalmente la invasión farmacéutica. Durante su breve desempeño como

Others in Connection with the Irrational and Massive Use of Prescription Drugs that May Be Worthless, Injurious, or Even Lethal, 2a. ed., Beacon Press, Boston, 1967. Originalmente publicada como *The Therapeutic Nightmare*, Houghton Mifflin, Boston, 1965, esta obra maestra de investigación periodística escrita por un reportero del *Washington Post* ha hecho más que cualquier otro libro por cambiar el enfoque de la discusión sobre la medicina en Estados Unidos. Durante 10 años una minoría activa se preocupó por el daño que la medicina capitalista inflige a los pobres. Ahora la mayoría tragapíldoras se ha dado cuenta del daño que le estaba haciendo a ella.

⁹⁹ Richard Burack, M. D., *The New Handbook of Prescription Drugs: Official Names, Prices and Sources for Patient and Doctor*, Pantheon, Nueva York, 1970. Publicado en una época en que aún era difícil obtener pruebas judiciales sobre el indebido prejuicio de las comisiones reguladoras, sobre la conspiración para diseminar información equívoca sobre medicamentos o tóxicos, y sobre la venalidad de no pocos profesores de medicina, este libro proporciona información y evaluación de la eficiencia, la utilidad, los efectos secundarios y la aplicación de los 200 medicamentos recetados con más frecuencia, comenta sus precios en comparación con los equivalentes genéricos (de cuyos proveedores hay una lista con direcciones) y añade sabrosas anécdotas sobre muchas de las panaceas de marca registrada.

¹⁰⁰ James L. Goddard, "The Drug Establishment", *Esquire*, marzo de 1969. Un reportaje legible y bien documentado.

¹⁰¹ Edwin Sutherland, *White-Collar Crime*, Holt, Nueva York, 1961, usa este término para designar una amplia gama de delitos graves que implican un daño social reconocido que o no son perseguidos o bien se confinan a juzgados civiles. La variedad médica tiene consecuencias epidémicas y podría llamarse "crimen de bata blanca".

¹⁰² Herbert Schreier y Lawrence Berger, "On Medical Imperialism: A Letter", *Lancet*, 1974, núm. 1, p. 1161: "Bajo la presión de la Administración de Alimentos y Drogas de Estados Unidos, la Parke-Davis insertó estrictas advertencias sobre los riesgos y cautelas en las indicaciones para el uso de los medicamentos, en Estados Unidos. La advertencia no se extendió al mismo medicamento en el extranjero". Véase también John F. Helligers, "Chloramphenicol in Japan: Let It Bleed", *Bulletin of Concerned Asia Scholars* 5, julio de 1973, pp. 37-45. La expansión de controles federales sobre la exportación de drogas sólo remediaría parcialmente esta

presidente de Chile, el doctor Salvador Allende¹⁰³ movilizó con éxito a los pobres para identificar sus propias necesidades en cuestión de salud, y con mucho menos éxito compelió a la profesión médica a servir a necesidades básicas más que lucrativas. Propuso la prohibición de los medicamentos que no se hubieran probado en clientes en Norteamérica o Europa durante todo el tiempo que cubría la protección de la patente. Resucitó un programa destinado a reducir la farmacopea nacional a unas cuantas docenas de productos, más o menos los mismos que el "médico descalzo" chino lleva en su caja de mimbre negra. Es de notarse que, menos de una semana después de que la junta militar chilena tomó el poder el 11 de septiembre de 1973, muchos de los más activos propositores de una medicina chilena basada en la acción de la comunidad más que en la importación y el consumo de medicamentos habían sido asesinados.¹⁰⁴

El consumo excesivo de *drogas médicas* no se limita, desde luego, a zonas donde los médicos son escasos o la gente es pobre. En Estados Unidos, el volumen del negocio de medicamentos se ha multiplicado por un factor de 100 durante el siglo actual:¹⁰⁵ 20 000 toneladas de aspirina se consumen cada año, casi 225 tabletas por persona.¹⁰⁶ En Inglaterra, una de cada 10

forma de imperialismo. La autoridad federal, que ahora abarca a la industria de drogas farmacéuticas de 6 000 millones de dólares, no se extiende aún a la industria de *aparatos médicos* de 3 000 millones. No puede, por ejemplo, impedir que la compañía A. H. Robins surta a compañías extranjeras con un modelo de diafragma anticonceptivo que ha sido retirado del mercado estadounidense a causa de su alto índice de infecciones; véase *Hastings Center Studies* 5, núm. 3, 1975, p. 2.

¹⁰³ Sobre la medicina en Chile durante el gobierno de Allende, consúltese Howard Waitzkin y Hilary Modell, "Medicine, Socialism, and Totalitarianism: Lesson from Chile", *New England Journal of Medicine* 291, 1974, pp. 171-177; Vicente Navarro, "What Does Chile Mean? An Analysis of Events in the Health Sector Before, During, and After Allende's Administration", *Milbank Memorial Fund Quarterly* 52, primavera de 1974, pp. 93-130. Este artículo se basa en una ponencia presentada en el Seminario Internacional sobre la Salud en la Universidad de Harvard, febrero de 1974. Para el informe de un testigo presencial, véase Ursula Bernauer y Elisabeth Freitag, *Poder popular in Chile am Beispiel Gesundheit: Dokument aus Elendsvierteln*, Laetere/Imba, Stein/Nuremberg, 1974.

¹⁰⁴ Albert Jonsen *et al.*, "Doctors in Politics: A Lesson from Chile", *New England Journal of Medicine* 291, 1974, pp. 471-472. Describe la particular violencia con que la junta persiguió a los médicos.

¹⁰⁵ John M. Firestone, *Trends in Prescription Drug Prices*, Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, 1970. Los gastos en medicamentos sólo dan cuenta de aproximadamente 10% de los gastos de la salud. El alza moderada en el costo de cada receta durante los últimos años se debe ante todo al aumento del listado de medicamentos en la prescripción.

¹⁰⁶ Edward M. Brecher y Consumer Reports Editions, *Licit and Illicit Drugs: The Consumers Union Report on Narcotics, Stimulants, Depressants Inhalants, Hallucinogens and Marijuana — Including Caffeine, Nicotine and Alcohol*, Little, Brown, Boston, 1973.

noches de sueño es inducida por un medicamento hipnótico y 19% de las mujeres y 9% de los hombres toman por prescripción un tranquilizante durante cualquier año dado.¹⁰⁷ En Estados Unidos, los productos que actúan sobre el sistema nervioso central son los que se difunden con mayor rapidez en el mercado farmacéutico, ya representan más de 31% del total de las ventas.¹⁰⁸ La dependencia respecto de los tranquilizantes recetados ha aumentado 29% desde 1962, periodo durante el cual el consumo per cápita de alcohol sólo aumentó 23% y el consumo calculado de opiáceos ilegales, 50%.¹⁰⁹ En todos los países se obtiene una cantidad significativa de estimulantes y sedantes sin recurrir al médico.¹¹⁰ La toxicomanía medicalizada¹¹¹

¹⁰⁷ D. M. Dunlop, "The Use and Abuse of Psychotropic Drugs", *Proceedings of the Royal Society of Medicine* 63, 1970, p. 1279. G. L. Klerman, "Social Values and the Consumption of Psychotropic Medicine", en *Proceedings of the First World Congress on Environmental Medicine and Biology*, North Holland, Harlem, 1974. Con respecto a una forma particularmente perniciosa de toxicomanía prescrita médicamente, véase Dorothy Nelkin, *Methadone Maintenance: A Technological Fix*, Braziller, Nueva York, 1973.

¹⁰⁸ James L. Goddard, "The Medical Business", *Scientific American* 229, septiembre de 1973, pp. 161-166. Contiene gráficas y diagramas que muestran las ventas en Estados Unidos de medicamentos prescritos o no, por categorías, 1962-1971; contiene el desglose de las ventas calculadas en dólares, en 1968, para 17 de las principales empresas farmacéuticas; contiene además una introducción a nuevos medicamentos, combinaciones y formas de dosificación, 1958-1972. También determina ocho diferentes clases de medicamentos de prescripción. Tan sólo dentro de la categoría "drogas del sistema nervioso", las ventas suman más de 1 000 millones de dólares por año, comparable a otras tres categorías, cada una de las cuales suma unos 500 millones, y el resto suman menos de 350 millones cada una. Para un desglose realizado por edad, sexo y tipo de 762 millones de medicamentos con valor de 2.5 millones de dólares, recetadas a pacientes no hospitalizados en el curso de un año en Estados Unidos, véase B. S. H. Harris y J. B. Hallan, "The Number and Cost of Prescribed Medicines: Selected Diseases", *Inquiry* 7, 1970, pp. 38-50.

¹⁰⁹ *Drug Use in America; Problem in Perspective*, Second Report of the National Commission on Marihuana and Drug Abuse, 1972, 1973, 1974, 4 vols., Government Printing Office, Washington, D. C., stock núm. 2666-0003. National Commission for the Study of Nursing and Nursing Education, *An Abstract for Action*, McGraw-Hill, Nueva York, 1970.

¹¹⁰ Mitchell Balter *et al.*, "Cross-national Study of the Extent of Anti-Anxiety/Sedative Drug Use", *New England Journal of Medicine* 209, 1974, pp. 769-774.

¹¹¹ Michael Balint, *Treatment or Diagnosis: A Study of Repeat Prescriptions in General Practice*, Mind and Medicine Monographs, Lippincott, Philadelphia, 1970. La prescripción da brillo y aparente racionalidad a la creencia de que el progreso consiste en comprar el salirse de todas las cosas, incluyendo la realidad misma. Balint señala que en dos tercios de los casos en los cuales se recetaron repetidamente medicamentos sin ninguna justificación técnica, el médico mismo tomaba la iniciativa de ofrecer el medicamento. Harry Dowling, "How Do Practicing Physicians Use New Drugs?", *Journal of the American Medical Association* 185, 1963, pp. 233-236. Por temor de "no hacer nada", el médico es llevado a recetar más de lo indicado en las instrucciones del envase. Para las características según las cuales se extiende el abuso de las prescripciones, véase E. Cluff Leighton *et al.*, "Studies in the Epidemiology

ha superado en 1975 todas las formas escogidas y más festivas de crear bienestar.¹¹²

Está de moda culpar a las firmas farmacéuticas multinacionales del aumento en el abuso de prescripciones médicas; sus ganancias son altas y su control sobre el mercado es absoluto. Durante 15 años, las ganancias de la industria farmacéutica (como porcentaje de las ventas y valor neto de la compañía) han dejado atrás las de todas las otras industrias manufactureras enlistadas en la Bolsa de Valores. Los precios de los medicamentos están controlados y manipulados: el mismo frasco que se vende a dos dólares en Chicago o Ginebra, donde se produce, pero enfrenta competencia, se vende a 12 dólares en un país pobre donde no la hay.¹¹³ El margen de ganancia es, además, fenomenal: 40 dólares de diazepam, una vez troquelados en pastillas y empacados como Valium, se venden en 140 veces su valor, y en 70 veces más que el fenobarbital, que en opinión de la mayoría de los farmacólogos tiene las mismas indicaciones, efectos y peligros.¹¹⁴ Como mercancías, los medicamentos recetados se comportan en forma diferente de casi todos los otros artículos: son productos que el consumidor directo rara vez selecciona para sí mismo.¹¹⁵ Los esfuerzos comerciales

of The Adverse Drug Reactions", *Journal of the American Medical Association* 188, 1964, pp. 976-983.

¹¹² Philippe de Félice, *Poisons sacrés: Ivresses divines. Essai sur quelques formes inférieures de la mystique*, Albin, París, 1936, reimpr. 1970. La postura y objetivos tradicionales, generalmente religiosos, para el consumo de las drogas se contrastan con el uso actual laicizado de las sustancias que alteran la mente.

¹¹³ Charles Levinson, *Valium zum Beispiel: Die multinationalen Konzerne der pharmazeutischen Industrie*, Rowohlt, Hamburgo, 1974. Los precios cobrados en la India por Glaxo, Pfizer, Hoechst, CIBA-Geigy y Hoffmann-Laroche son en promedio 357% más altos que los que aparecen en listas en los países occidentales donde esas casas tienen su casa matriz.

¹¹⁴ Véase también Burack, *New Handbook of Prescription Drugs*.

¹¹⁵ En la mayoría de los países, la mayor parte de la información que los médicos obtienen sobre los medicamentos procede de manuales patrocinados por la industria, tales como *Physicians' Desk Reference to Pharmaceutical Specialities and Biologicals*, publicado desde 1946 por Medical Economics, Rutherford, N. J. Esta publicación anual, conocida como P.D.R., es financiada por la industria farmacéutica. Las descripciones de los medicamentos están escritas por las mismas compañías que pagan el espacio a 115 dólares la pulgada de columna; véase John Pekkanen, *The American Connection: Profiteering and Politicking in the "Ethical" Drug Industry*, Follet, Chicago, 1973, p. 106. El manual francés Vidal contiene descripciones que cancelan las advertencias que son obligatorias en el prospecto que acompaña al medicamento. En contraste con éstos, Estados Unidos tienen dos compendios farmacológicos semioficiales, la *Pharmacopeia of the United States of America (USP)* y el *National Formulary (NF)*. La USP ha dado consecuentemente consideración al valor terapéutico y a las propiedades tóxicas. Estos compendios no se escriben para guiar a los médicos, sino para dar a los fabricantes de me-

del productor se dirigen al "consumidor instrumental", el médico que receta el producto pero no lo paga. Para promover el Valium, Hoffman-La Roche gastó 200 millones de dólares en 10 años y comisionó a unos 200 médicos por año para que escribieran artículos científicos acerca de sus propiedades.¹¹⁶ En 1973, la industria farmacéutica en pleno gastó un promedio de 4 500 dólares, en cada médico en funciones, para promoción y publicidad, más o menos el equivalente del costo de un año en la escuela de medicina; en el mismo año, la industria contribuyó con menos de 3% al presupuesto de las escuelas médicas norteamericanas.¹¹⁷

Sin embargo, y sorprendentemente, el uso per cápita de medicamentos recetados en todo el mundo parece tener poco que ver con la promoción comercial; se correlaciona sobre todo con el número de médicos, incluso en países socialistas donde la enseñanza médica no se halla influida por la publicidad de la industria farmacéutica y donde se limita la imposición institucionalizada de medicamentos.¹¹⁸ Al consumo total de medicamentos en las sociedades industriales no lo afecta fundamentalmente la proporción de artículos vendidos por prescripción, a ojos vistas, o ilegalmente, ni lo afecta si la compra se paga al contado, a través de un seguro pagado por adelantado o con fondos de beneficencia.¹¹⁹ En todos los países, los médicos

dicamento normas técnicas que los preparados deben cumplir para ser expendidos legalmente en el comercio interestatal de Estados Unidos.

¹¹⁶ Para tener una idea del número de médicos al servicio de un solo fabricante en la promoción de un solo producto, consúltese *Librium: Worldwide Bibliography*, publicada anualmente desde 1959 por los laboratorios Roche. En los primeros cuatro años aparecen 832 nombres. Véase también *Science* 180, 1973, p. 1038, para un informe de un estudio dirigido por la Administración Federal de Drogas sobre la ética de los médicos que realizan investigaciones de campo con medicamentos nuevos. Una quinta parte de los investigados había inventado los datos que enviaron a las compañías farmacéuticas, y se embolsaron los honorarios.

¹¹⁷ Selig Greenberg, *The Quality of Mercy: A Report on the Critical Condition of Hospital and Medical Care in America*, Atheneum, N. Y., 1971. Un año de publicidad farmacéutica cuesta más de lo que costaría mandar a la escuela a todos los médicos de Estados Unidos durante un año.

¹¹⁸ H. Friebe, "Arzneimittelverbrauchs-Studien", en H. J. Dengler y W. Wirth (comps.), *Seminar für Klinische Pharmakologie auf Schloss Reisenberg bei Günzburg/Donau, vom 25-29. Oktober, 1971*, Überreicht von der Medizinisch-Pharmazeutischen Studiengesellschaft E.V., Frankfurt del Meno, pp. 228-240. Un breve y valioso pronunciamiento sobre la carencia de medidas útiles, que hace de este pronunciamiento tan abarcador lo mejor que puede ofrecerse responsablemente. El autor es uno de los directores de la División de Eficacia y Seguridad de Drogas de la Organización Mundial de la Salud.

¹¹⁹ World Health Organization, Regional Office for Europe, *Consumption of Drugs: Report on a Symposium*, Oslo, November 3-7, 1969. Edición limitada, accesible sólo a personas con posición profesional oficial a través de la oficina regional de la OMS en Copenhague. Este estudio es el primero de su tipo. Compara 22 países, señalando diferencias significantes en los modelos de consumo de medicamentos, pero tiene enormes dificultades para establecer compara-

trabajan cada vez más con dos grupos de adictos: aquellos para los que se recetan medicamentos, y aquellos que sufren las consecuencias. Cuanto más rica es la colectividad, mayor es el porcentaje de los pacientes que pertenecen a ambos grupos.¹²⁰

Culpar a la industria farmacéutica de la adicción a los medicamentos prescritos es por tanto tan irrelevante como culpar a la mafia¹²¹ del uso de drogas ilegales. La pauta actual de consumo excesivo de medicamentos —sean remedio efectivo o anodino, ya sea prescritos o parte de la dieta cotidiana, gratuitos, comprados o robados— sólo puede explicarse como resultado de una creencia que hasta ahora se ha desarrollado en cada cultura donde el mercado para bienes de consumo ha alcanzado un volumen crítico. Esta pauta es consecuente con la ideología de cualquier sociedad orientada hacia el enriquecimiento sin límites, sin importar que su producto industrial se destine a la distribución por los cálculos de los planeadores o por las fuerzas del mercado. En tal sociedad, la gente llega a creer que en la asistencia a la salud, como en todos los otros campos de avance, la tecnología puede usarse para cambiar la condición humana de acuerdo con casi cualquier diseño. En consecuencia, la penicilina y el DDT se ven como los entremeses que preceden a una era de almuerzos gratuitos. La enfermedad que resulta de cada plato sucesivo de alimentos milagrosos se trata sirviendo otro platillo más de medicamentos. Así el sobreconsumo refleja una apatencia sentimental, socialmente autorizada, por el progreso de antaño.

La edad de los nuevos medicamentos empezó con la aspirina en 1899. Antes, el médico mismo era, sin discusión, el agente terapéutico más importante.¹²² Aparte del opio, las únicas sustancias de aplicación difundida

ciones precisas. Categorías terapéuticas, evaluaciones de costos y medidas de unidades farmacológicas son diferentes. Resulta legítimo deducir de la información que el consumo total de la medicina es en gran parte independiente del costo o del tipo de práctica que prevalece, es decir, particular o socializada. El consumo en un país dado de aquellos medicamentos que requieren prescripción se relaciona positivamente con la densidad de los médicos que prescriben.

¹²⁰ Alfred M. Freedman, "Drugs and Society: An Ecological Approach", *Comprehensive Psychiatry* 13, septiembre-octubre de 1972, pp. 411-420.

¹²¹ Alvin Moscow, *Merchants of Heroin*, Dial Press, Nueva York, 1968. Puede servir como introducción a una rama de los negocios del bajo mundo.

¹²² Para la historia del uso consciente del efecto del placebo, véase Arthur K. Shapiro, "A Contribution to a History of the Placebo Effect", *Behavioral Science* 5, abril de 1960, pp. 109-135; Gerhard Kienle, *Arzneimittelsicherheit und Gesellschaft: Eine Kritische Untersuchung*, Schattauer, Stuttgart, 1974. La capacidad del placebo para provocar síntomas de tipo específico, incluso cuando se administra en una prueba de selección a ojos cerrados (tanto del paciente como del médico), se discute en el cap. 7 de Kienle. Una mina de literatura internacional sobre la seguridad que puede tenerse de los medicamentos.

que habrían pasado pruebas de seguridad y eficacia eran la vacuna contra la viruela, la quinina para el paludismo y la ipecacuana para la disentería. Después de 1899 la marea de medicamentos nuevos siguió subiendo durante medio siglo. Pocos de ellos resultaron más seguros, más eficaces o más baratos que los remedios bien conocidos y largamente probados, cuyo número crecía en forma mucho más lenta. En 1962, cuando la Administración de Alimentos y Drogas de Estados Unidos empezó a examinar los 4 300 medicamentos de prescripción aparecidos desde la segunda Guerra Mundial, sólo dos de cada cinco resultaron eficaces. Muchos medicamentos nuevos eran peligrosos, y entre aquellos que cumplían las normas de la Administración, pocos podían demostrarse superiores a los que supuestamente reemplazaban.¹²³ Menos de 98% de estas sustancias químicas constituyen aportaciones valiosas a la farmacopea usada en la asistencia elemental. Incluyen algunos nuevos tipos de remedio, como los antibióticos, pero también remedios viejos que, en el curso de la edad de los medicamentos, llegaron a entenderse lo bastante para usarse con eficacia: la digitalina, la reserpina y la belladona son ejemplos. Las opiniones varían acerca del número real de medicamentos útiles: algunos clínicos experimentados piensan que menos de dos docenas de medicamentos básicos son todos los que jamás podrían desearse para 99% de la población total; otros, que hasta cuatro docenas de productos resultan óptimos para 98 por ciento.

La edad de los grandes descubrimientos en farmacología ha quedado atrás. Según el actual director de la Administración de Alimentos y Drogas, la edad de los medicamentos empezó a declinar en 1956. Los medicamentos genuinamente nuevos han aparecido en número decreciente, y muchos que brillaron por un tiempo en Alemania, Inglaterra o Francia, donde las normas son menos severas que en Estados Unidos, Suecia o Canadá, no tardaron en olvidarse o se recuerdan con vergüenza.¹²⁴ No queda mucho territorio por explorar. Las novedades son asuntos de “paquete” —combinaciones de dosis fijas— o bien prescripciones de “yo también”¹²⁵ que los doctores recetan porque han sido bien promovidas.¹²⁶ La protección de 17

¹²³ Veáanse las declaraciones de Henry Simmons, director de la Oficina de Drogas de la Administración de Alimentos y Drogas, en Nicholas Wade, “Drug Regulation: Food and Drug Administration Replies to Charges by Economists and Industry”, *Science* 179, 1973, pp. 775-777.

¹²⁴ *Ibid.*

¹²⁵ Fuchs, *Who Shall Live?*

¹²⁶ William M. Wardel, “British Usage and American Awareness of some New Therapeutic Drugs”, *Clinical Pharmacology and Therapeutics* 14, noviembre-diciembre de 1973, pp. 1022-1034. Estudia nuevos medicamentos que se pusieron a disposición del público en Inglaterra

años que la ley de patentes otorga a las nuevas sustancias de importancia ha terminado para la mayoría. Ahora cualquiera puede fabricarlas, siempre y cuando no use las marcas originales, que se hallan protegidas indefinidamente por las leyes del registro comercial. Hasta ahora, las considerables investigaciones no han dado motivo alguno para suponer que los medicamentos expendidos en Estados Unidos bajo su nombre genérico sean menos eficaces que sus contrapartes de marca registrada, que cuestan de tres a 15 veces más.¹²⁷

La falacia de que la sociedad está atrapada para siempre en la edad de los medicamentos es uno de los dogmas que han lastrado la elaboración de políticas médicas: está de acuerdo con el hombre industrializado.¹²⁸ Éste ha aprendido a tratar de *comprar* todo lo que se le antoja. No llega a ningún lado sin transportes ni educación; su ambiente le ha hecho imposible caminar, aprender y sentirse en dominio de su cuerpo. Tomar un remedio,

y fueron ampliamente discutidos en publicaciones a las que están suscritos los médicos de Estados Unidos. Wardell descubre que el especialista norteamericano no está consciente de la existencia de estos medicamentos a menos que estén en el mercado en Estados Unidos y, por lo tanto, él está sujeto a la información de los vendedores al menudeo.

¹²⁷ Medizinisch-Pharmazeutischen Studiengesellschaft E.V., *Bioverfügbarkeit von Arzneimitteln*, Schriftenreihe der Medizinisch-Pharmazeutischen Studiengesellschaft E.V., vol. 6, Umschau, Frankfurt, 1964. Las campañas conjuntas de relaciones públicas emprendidas por firmas competidoras merecen especial atención. Actualmente, se concentran en ensalzar la superioridad de los productos de marca registrada sobre sus equivalentes genéricos, por ejemplo, de la Aspirina Bayer sobre la aspirina, producto genérico, fundamentándose en la "biodisponibilidad", una disponibilidad biológica más alta y más controlada del medicamento una vez que éste se incorpora al organismo. Para cualquier mente libre de prejuicios, las investigaciones de una década han demostrado que con la sola excepción de una preparación genérica de cloramfenicol (véase Burack, *A New Hand-book of Prescription Drugs*, p. 85), los medicamentos genéricos no son en modo alguno inferiores a los que se producen bajo nombres registrados. Esta conclusión se ha incorporado a las políticas federales de Estados Unidos. Sin embargo, durante los últimos cinco años las compañías farmacéuticas han patrocinado anualmente varios cientos de "trabajos de investigación" sobre las diferencias en "biodisponibilidad", gastando en el autor de cada trabajo un promedio de 6 000 dólares en honorarios, gastos y costos de asistir a conferencias profesionales. Muchos de esos autores son jefes de departamento en universidades importantes. Las conclusiones de la mayor parte de los trabajos no muestran ninguna diferencia médicamente significativa. Pero el efecto final de esta investigación ilusoria es la mistificación del médico general, que a menudo recomienda, sin fijarse en el costo, el medicamento cuya "biodisponibilidad" se pregona publicitariamente.

¹²⁸ J. P. Dupuy y A. Letourmy, *Déterminants et coûts sociaux de l'innovation en matière de santé*, informe de la OCDE, 1974. Los autores apoyan esta tesis. El refinamiento de aquellos criterios por los cuales un especialista mide la eficacia de su intervención especializada garantiza, pasado cierto umbral, la aparición de efectos secundarios indeseables y genéricamente previsibles. Si se intentara diagnosticar y tratar a su vez estos efectos secundarios, esta intervención médica ulterior sólo reforzaría la iatrogenesis.

no importa cuál sea ni por qué motivo, es una última oportunidad de afirmar un dominio sobre sí mismo, de interferir en su propio cuerpo más que dejar que otros interfieran. La invasión farmacéutica lo lleva a una medicación, indicada por él o por alguien más, que reduce su capacidad para enfrentarse con un cuerpo que él aún puede cuidar.

IMPERIALISMO DEL DIAGNÓSTICO

En una sociedad medicalizada la influencia de los médicos se extiende no sólo al bolsillo y al botiquín sino también a las categorías en las que se encasilla a la gente. Los burócratas médicos subdividen a las personas en aquellas que pueden guiar un automóvil, aquellas que pueden faltar al trabajo, aquellas a quienes hay que encerrar, aquellas que pueden servir en el ejército, aquellas que pueden cruzar fronteras, cocinar o practicar la prostitución,¹²⁹ aquellas que no pueden optar por la vicepresidencia de Estados Unidos, aquellas que están muertas,¹³⁰ aquellas que son competentes para cometer un crimen y aquellas que podrían cometerlo. El 5 de noviembre de 1766, la emperatriz María Teresa proclamó un edicto donde requería que el médico de la corte certificara la idoneidad de los acusados para sufrir tortura, con el fin de asegurar un testimonio saludable, es decir, "exacto"; ésa fue una de las primeras leyes que establecieron la certificación médica obligatoria. Desde entonces, llenar formas y firmar declaraciones ha ido ocupando cada vez más tiempo médico.¹³¹ Cada tipo de certificado otorga al recipiente un estatus especial basado en la opinión médica más que cívica.¹³² Al usarse fuera del proceso terapéutico, dicho estatus medicalizado

¹²⁹ Sobre la certificación de prostitutas, véase William W. Sanger, *The History of Prostitution*, American Medical Press, Nueva York, 1858.

¹³⁰ Para la historia de los certificados médicos de defunción, véase U. S. National Office of Vital Statistics, *First Things and Last: The Story of Birth and Death Certificates*, U. S. Public Health Service Publication núm. 724, Washington, 1960.

¹³¹ Office of Health Economics, *Off Sick*, enero de 1971, p. 17. Se estima que de 15 a 30% de todas las visitas al médico no tienen más objeto que el de obtener un certificado. En 58% de los casos, el último día de incapacidad anotado en los certificados que justifican la ausencia por enfermedad es el sábado.

¹³² La interferencia de los expertos en la reglamentación contra el testimonio "de oídas" no se limita desde luego a la medicina. Es una característica común de la secularización y del surgimiento de las profesiones. Dentro y fuera del juzgado, desgasta la confianza en lo que el hombre común ve y oye, y de tal manera mina tanto el proceso judicial como el político. Sobre la opinión del autor respecto a la expropiación profesional del lenguaje, la ciencia y los procedimientos legales, véase Iván Illich, *La convivencialidad*.

logra dos cosas evidentes: 1) exceptúa al recipiente del trabajo, la prisión, el servicio militar o el lazo matrimonial, y 2) da a otros el derecho de interferir en la libertad del recipiente metiéndolo en una institución o negándole empleo. Además, la proliferación de certificados médicos puede investir a la escuela, al empleo y a la política con oportunidades de ejercer nuevas funciones terapéuticas. En una sociedad donde la mayoría de la gente sufre una desviación certificada, el ambiente para tal mayoría desviada llegará a parecer un hospital. Pasar la vida en un hospital es obviamente malo para la salud.

Una vez organizada una sociedad de tal modo que la medicina puede transformar a las personas en pacientes porque son nonatos, recién nacidos, menopáusicos o se hallan en alguna otra "edad de riesgo", la población pierde inevitablemente parte de su autonomía, que pasa a manos de sus curanderos. La ritualización de las etapas de la vida no es nada nuevo;¹³³ lo nuevo es su intensa medicalización. El hechicero o curandero —que se opone al brujo malévolo— dramatizaba el progreso que un miembro de la tribu de los Azandé realizaba de una etapa de su salud a la siguiente.¹³⁴ La experiencia puede haber sido dolorosa,¹³⁵ pero el rito era breve y servía a la sociedad destacando sus propios poderes regenerativos.¹³⁶ La supervisión médica a lo largo de toda la vida es otra cosa. Convierte la existencia en una serie de periodos de riesgo, cada uno de los cuales requiere un tutelaje especial. De la cuna a la oficina y del Club Mediterráneo al pabellón de moribundos, cada cohorte cronológica se halla condicionada por un medio que define la salud para aquellos a quienes segrega. La burocracia hi-

¹³³ Franz Boll, "Die Lebensalter: Ein Beitrag zur antiken Ethologie und zur Geschichte der Zahlen", *Neue Jahrbucher für das Klassische Altertum, Geschichte und deutsche Literatur* 16, núm. 31, 1913, pp. 89-145.

¹³⁴ Véase E. E. Evans-Pritchard, *Witchcraft, Oracles, and Magic Among the Azandé*, Oxford University Press, Nueva York, 1973, para la distinción entre hechicero y brujo. Jeffrey B. Russell, en *Witchcraft in the Middle Ages*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1972, afirma esta distinción y la aplica a la cultura occidental. El elemento demonológico que transforma a las brujas en herejes suele injertarse a nivel de los tribunales.

¹³⁵ Victor W. Turner, "Betwixt and Between: The Liminal Period in *Rites de Passage*", en *American Ethnological Society, Symposium on New Approaches to the Study of Religion: Proceedings, 1964*, University of Washington Press, Seattle, 1965, pp. 4-20. Por la medicalización de la vida, lo que en las sociedades pasadas parecía ser "liminal" se ha convertido en la situación cotidiana del hombre administrado.

¹³⁶ Arnold van Gennep, *The Rites of Passage*, Routledge, Londres, 1960; edición original francesa, 1909. La reciente crítica de Lévy-Strauss al autor no ha puesto en duda su idea básica de que los periodos de iniciación afirman y simbolizan la función continuada de la cultura como conservadora de la salud.

giénica detiene a los padres frente a la escuela y al menor frente a la corte, y expulsa del hogar al anciano. Al convertirse en un sitio especializado, la escuela, el trabajo o el hogar se vuelven inadecuados para la mayoría de la gente. El hospital, la catedral moderna, domina este hierático ambiente de devotos de la salud. De Estocolmo a Wichita las torres del centro médico imprimen en el paisaje la promesa de un conspicuo abrazo final. La vida del pobre y del rico se transforma en un peregrinaje, a través de chequeos y de clínicas, de regreso hacia el pabellón donde comenzó.¹³⁷ Así la vida se reduce a un "lapso", a un fenómeno estadístico que, para bien o para mal, ha de planearse y configurarse institucionalmente. Este lapso de vida se inicia con el chequeo prenatal, cuando el médico decide si el feto nacerá y cómo habrá de hacerlo, y termina con una señal en un diagrama para ordenar que la resucitación se suspenda. Entre el parto y el final, este paquete de asistencia biomédica se ajusta mejor en una ciudad construida como matriz mecánica. En cada etapa de su vida la gente es inhabilitada específicamente para su edad. Los viejos son el ejemplo más obvio: son víctimas de tratamientos calculados para una condición incurable.¹³⁸

La carga principal de los padecimientos humanos está constituida por enfermedades agudas o benignas, que poseen sus propios límites o que se controlan por unas cuantas docenas de intervenciones rutinarias.¹³⁹ Dentro de una amplia gama de afecciones, aquellas que reciben menos tratamiento son probablemente las que evolucionan mejor. "Para el enfermo

¹³⁷ Para información sobre la sutil penetración del hospital en los intersticios de la ciudad moderna, consúltese Gerard F. Pyle, "The Geography of Health Care", en John Melton Hunter, *The Geography of Health and Disease*, Studies in Geography núm. 6, University of North Carolina Press, Chapel Hill, N. C., 1974, un análisis espacial al servicio de los planificadores de la salud. Para un tratamiento amplio del impacto arquitectónico de los hospitales sobre nuestra sociedad, véase Roslyn Lindheim, *The Hospitalization of Space*, Calder and Boyars, Londres, previsto para 1978. Lindheim demuestra cómo la reorganización de modelos espaciales al servicio de los médicos ha empobrecido los aspectos no médicos, fomentadores de salud y curativos del ambiente social y físico del hombre moderno.

¹³⁸ Para orientación sobre publicaciones en ciencias sociales sobre los viejos y los que están envejeciendo, véase James E. Birren, Yonina Talmon y Earl F. Cheit, "Aging: 1. Psychological Aspects; 2. Social Aspects; 3. Economic Aspects", *International Encyclopedia of the Social Sciences*, 1968, vol. 1, pp. 176-202. Para orientación sobre publicaciones en alemán, véase Volkmar Boehlau (comp.), *Wege zur Erforschung des Alterns*, Wege der Forschung, vol. 189, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1973, una antología. Del envejecimiento contemporáneo en Francia, Michel Philibert, *L'Échelle des âges*, Seuil, París, 1968.

¹³⁹ John H. Dingle, "The Ills of Man", *Scientific American* 229, septiembre de 1973, pp. 77-82. El estudio que llega a esta "conclusión" posee amplio fundamento. Distingue cuatro perspectivas del "padecimiento": 1) la gente, 2) los médicos, 3) los pacientes, 4) los compiladores de estadísticas vitales. Desde los cuatro puntos de vista, la conclusión se sostiene.

—dijo Hipócrates—, lo menos es lo mejor.” En la mayoría de los casos, lo mejor que puede hacer un médico docto y consciente es convencer al paciente de que puede vivir con su impedimento, tranquilizarlo con la idea de una eventual recuperación o que habrá morfina disponible cuando la necesite, hacer por él lo que su abuela hubiera hecho, y dejar el resto en manos de la naturaleza.¹⁴⁰ Los nuevos trucos de aplicación frecuente son tan simples que la última generación de abuelas los habría aprendido tiempo atrás si la arrogante mistificación médica no las hubiera vuelto incompetentes. El entrenamiento de los niños exploradores, las leyes del Buen Samaritano y la obligación de llevar en cada automóvil un equipo de primeros auxilios evitarían más muertes en las carreteras que cualquier flotilla de helicópteros-ambulancia. Aquellas otras intervenciones que forman parte de la asistencia elemental y que, aun requiriendo la intervención de especialistas, han probado su eficacia sobre una base demográfica, pueden emplearse más eficientemente si mi vecino o yo nos sentimos responsables de saber cuándo se necesitan y de aplicar los primeros auxilios. En cuanto a la enfermedad aguda, el tratamiento, lo bastante complejo para requerir un especialista, es a menudo ineficaz y mucho más a menudo inaccesible o bien demasiado tardío. Tras 20 años de medicina socializada en Inglaterra y Gales, los doctores llegan a atender los casos de coronaria, por término medio, cuatro horas después de iniciarse los síntomas, y para entonces 50% de los pacientes ha muerto.¹⁴¹ El hecho de que la medicina moderna haya adquirido gran eficacia para síntomas específicos no significa que sea más benéfica para la salud del enfermo.

Con ciertas reservas, los severos límites del tratamiento médico eficaz se aplican no sólo a condiciones que desde hace tiempo fueron reconocidas como enfermedades —reumatismo, apendicitis, falla cardíaca, males degenerativos y muchos padecimientos infecciosos—, sino en forma aún más drástica a aquellas que sólo en fecha reciente generaron demandas de asistencia médica. Por ejemplo, a la vejez, que en diversas instancias se le consideraba un privilegio dudoso o un final patético, pero nunca una enferme-

¹⁴⁰ Max Neuburger, *The Doctrine of the Healing Power of Nature Throughout the Course of Time*, trad. L. J. Boyd, Nueva York, edición privada, 1932. Para referencias más recientes, Joseph Schumacher, *Antike Medizin: Die naturphilosophischen Grundlagen der Medizin in der griechischen Antike*, Gruyter, Berlín, 1963.

¹⁴¹ J. F. Partridge y J. S. Geddes, “A Mobile Intensive-Care Unit in the Management of Myocardial Infarction”, *Lancet*, 1967, núm. 2, p. 271.

dad,¹⁴² se le ha puesto recientemente bajo las órdenes médicas. La demanda de asistencia a la vejez ha aumentado, no sólo porque hay más ancianos que sobreviven, sino también porque hay más gente que exige que se le cure de la ancianidad.

La duración máxima de la vida no ha cambiado, pero sí la duración media. La expectativa de vida en el instante del nacimiento ha aumentado enormemente. Sobreviven muchos más niños, no importa cuán enfermizos sean y necesitados de un ambiente especial y de cuidados especiales. La expectativa de vida de los adultos jóvenes todavía está creciendo en algunos países pobres. Pero en los países ricos la expectativa de vida de quienes se hallan entre los 15 y los 45 años ha tendido a estabilizarse porque los accidentes¹⁴³ y las nuevas enfermedades de la civilización matan a tantos como los que antes sucumbían por la neumonía y por otras infecciones. Hay relativamente más ancianos, cada vez más susceptibles de estar enfermos, desplazados e indefensos. Por más medicina que tomen, y cualquiera que sea la asistencia que reciban, su expectativa de vida de 65 años ha permanecido inalterada a lo largo de un siglo. Sencillamente, la medicina no puede hacer mucho por las enfermedades asociadas a la vejez, y menos aún actuar sobre el proceso mismo de envejecer.¹⁴⁴ No puede curar los padecimientos cardiovasculares, la mayoría de los cánceres, la artritis, la cirrosis avanzada, ni siquiera el catarro común. Es una fortuna que pueda atenuarse algo del dolor que sufren los viejos. Pero por desgracia la mayoría de los tratamientos para los ancianos que requieren intervención especializada no sólo suelen acrecentar su dolor, sino que, cuando son eficaces, también lo prolongan.¹⁴⁵

¹⁴² Simone de Beauvoir, *The Coming of Age: The Study of the Aging Process*, trad. Patrick O'Brian, Putnam, Nueva York, 1972. *La vejez*, Sudamericana, Buenos Aires. Un estudio monumental de la vejez a través de la historia desde la perspectiva del envejecer contemporáneo. Véase también Jean Amery, *Über das Alter: Revolte und Resignation*, Klette, Stuttgart, 1968, una fenomenología contemporánea del envejecimiento.

¹⁴³ *World Health Statistics Report* 27, septiembre de 1974. Una comparación internacional de 27 países industrializados muestra que para el grupo de edades entre los 15 y los 44 años, los accidentes fueron la principal causa de muerte en 1971 (excepto en Inglaterra y Gales). En la mitad de estos países ocasionaron más de 30% de todas las muertes.

¹⁴⁴ David Jutman, "The Hunger of Old Men", *Trans-Action*, 12 de noviembre de 1971, pp. 55-66.

¹⁴⁵ A. N. Exton-Smith, "Terminal Illness in the Aged", *Lancet*, 1961, núm. 2, pp. 305-308. La mayoría de los dolores y de los sufrimientos se asocian con procesos que llevan en forma indirecta a la muerte. Aunque el uso de antibióticos puede evitar o retrasar complicaciones como la bronconeumonía, que de otro modo sería fatal, a menudo añade poco tiempo y mucho dolor a la vida.

La vejez se ha medicalizado precisamente en el momento histórico en que, por razones demográficas, se convierte en un fenómeno más común: 28% del presupuesto médico norteamericano se gasta en 10% de la población que tiene más de 65 años. Esta minoría supera en crecimiento al resto de la población con un índice anual de 3%, mientras que el costo per cápita de su atención se eleva a razón de 5 a 7% más rápidamente que el costo per cápita de la asistencia general. Conforme más y más gente de edad adquiere derecho a la asistencia profesional, declinan las oportunidades de envejecer con independencia.

Son más los que tienen que buscar refugio en las instituciones. Simultáneamente, conforme a un número mayor de ancianos se les inicia en un tratamiento para corregir impedimentos incorregibles o para curar enfermedades incurables, el número de demandas insatisfechas de servicios para la vejez crece en proporción geométrica.¹⁴⁶ Si falla la vista de una anciana, su malestar no será reconocido a menos que ingrese en la "institución para la ceguera": una de las ochocientas y tantas agencias que en Estados Unidos producen servicios para los ciegos, preferiblemente para los jóvenes y para aquellos que pueden ser rehabilitados para el trabajo.¹⁴⁷ Como no es joven ni está en edad de trabajar, nuestra anciana recibirá apenas una bienvenida a regañadientes; al mismo tiempo, tendrá dificultades para adaptarse al hospicio de ancianos. Será medicalizada marginalmente por dos tipos de instituciones, la primera destinada a socializarla entre los ciegos, la otra a medicalizar su decrepitud.

Conforme más viejos llegan a depender de los servicios profesionales, a más gente se le empuja hacia instituciones especializadas para los ancianos, y la vecindad familiar se hace crecientemente inhóspita para quienes se aferran a ella.¹⁴⁸ Estas instituciones parecen ser la estrategia contemporánea para disponer de los ancianos, que en casi todas las otras sociedades han sido institucionalizados en formas más francas y tal vez menos abomi-

¹⁴⁶ Rick Carlson, en *The End of Medicine*, Wiley Interscience, Nueva York, 1975, desarrolla muy bien todo este aspecto. Véase también H. Harmsen, "Die sozialmedizinische Bedeutung der Erhöhung der Lebenserwartung und der Zunahme des Anteils der Bejahrten bis 1980", *Physikalische Medizin und Rehabilitation* 9, núm. 5, 1968, pp. 119-121.

¹⁴⁷ Robert A. Scott, *The Making of Blind Men*, Russell Sage, Nueva York, 1969. El ser aceptado entre los ciegos y el comportarse como una persona ciega es en gran medida independiente del grado de impedimento óptico. Para la mayoría de los "ciegos", es sobre todo el resultado del éxito en sus relaciones de cliente con una agencia que se ocupa de la "ceguera".

¹⁴⁸ Roslyn Lindheim, "Environments for the Elderly: Future-Oriented Design for Living?", 20 de febrero de 1974, mimeografiado. Describe la forma en que los ancianos experimentan el espacio.

nables.¹⁴⁹ El índice de mortalidad durante el primer año de institucionalización es significativamente más alto que el correspondiente a aquellos que permanecen en su ámbito habitual.¹⁵⁰ La separación del hogar contribuye al surgimiento y al desenlace fatal de muchas enfermedades graves.¹⁵¹ Algunos ancianos buscan la institucionalización con el fin de acortar su vida.¹⁵² La dependencia es siempre dolorosa, sobre todo para los viejos. Los privilegios o la pobreza de la vida alcanzan un clímax en la vejez moderna. Sólo los muy ricos y los muy independientes pueden escoger evitar esa medicalización del periodo final a la que los pobres deben someterse y que se hace más intensa y universal conforme la sociedad en que viven se hace más rica.¹⁵³ La transformación de la vejez en una condición que requiere

¹⁴⁹ Sobre la eliminación social de los viejos, la fuente principal sigue siendo John Koty, *Die Behandlung der Alten un Kranken bei der Naturvölkern*, Hirschfeld, Stuttgart, 1934. No he visto a Fritz Paudler, *Die Alten-und Krankentötung als Sitte bei den indogermanischen Völkern*, Heildeberg, 1936. Una completa referencia de las publicaciones al respecto está en Will-Erich Peuckert (comp.), "Altentötung", en *Handwörterbuch der Sasse*, Vandenhoeck und Ruprecht, Gotinga, 1961.

¹⁵⁰ A. Jores y H. G. Puchta, "Der Pensionierungstod: Untersuchungen an Hamburger Beamten", *Medizinische Klinik* 54, núm. 25, 1959, pp. 1158-1164.

¹⁵¹ David Bakan, *Disease, Pain and Sacrifice: Toward a Psychology of Suffering*, Beacon Press, Boston, 1971. Estas enfermedades incluyen asma, cáncer, insuficiencia cardiaca congestiva, diabetes mellitus, lupus eritematoso diseminado, hemorragias uterinas funcionales, enfermedad de Raynaud, artritis reumatoide, tirotoxicosis, tuberculosis y colitis ulcerativa. Véase *ibid.* para información sobre cada una.

¹⁵² Elisabeth Markson, "A Hiding Place to Die", *Trans-Action*, 12 de noviembre de 1972, pp. 48-54. Un informe patético y sensible. Véase también Jutman, "The Hunger of Old Men". Los ancianos siempre han respondido muriendo a pedido: David Lester, "Voodoo Death: Some New Thoughts on an Old Phenomenon", *American Anthropologist* 74, junio de 1972, pp. 386-390; Walter B. Cannon, "Voodoo Death", *American Anthropologist* 44, abril-junio de 1942, pp. 169-181. Siempre hubo maneras de orillarlos al suicidio: J. Wisse, *Selbstmord und Todesfurcht bei den Naturvölkern*, Thieme, Zutphen, 1933. Margaret Blenkner *et al.*, "Protective Services for Older People", *Findings from the Benjamin Rose Institute Study, Final Report*, Cleveland, Rose Institute, 1974. La ayuda casera profesional, aunque representa lo "mejor" en el pensamiento y en la práctica del trabajo social, también tiende a acelerar la decadencia y muerte de los viejos cuando va más allá de la simple limpieza de la casa, la eliminación de la basura y la reparación del hogar. Dos años después de comenzar con la ayuda casera *intensiva*, habían muerto 39% de los asistidos, comparado con sólo 25% entre el grupo de control elegido al azar.

¹⁵³ Peter Townsend, *The Last Refuge: A Survey of Residential Institutions and Homes for the Aged in England and Wales*, Routledge, Londres, 1962. Complementa anteriores trabajos realizados por el autor. Evalúa las instalaciones residenciales proporcionadas bajo el Acta de Asistencia Nacional Británica de 1948 y señala la falta de equidad en el tratamiento. Anne-Marie Guillemard, *La Retraite, une mort sociale: Sociologie des conduites en situation de retraite*, Mouton, París, 1972. Un estudio socioeconómico que muestra la fuerte acentuación de la discriminación de clases entre los jubilados franceses.

servicios profesionales ha adjudicado al anciano el papel de una minoría que se sentirá penosamente despojada en cualquier plano de privilegio relativo sostenido por los impuestos. De ser ancianos débiles que a veces sufren la amargura y el desencanto del relegamiento, se les convierte en miembros certificados del más triste de los grupos de consumidores, el de los viejos programados para nunca recibir lo suficiente.¹⁵⁴ Lo que el encasillamiento médico ha hecho con el final de la vida, lo ha hecho igualmente con su principio. Igual que el poder del médico se afirmó en primera instancia sobre la vejez y a la larga invadió la jubilación temprana y el climaterio, su autoridad en la sala de partos, que data de mediados del siglo XIX, se extendió a la guardería infantil, al jardín de niños y al salón de clases y medicalizó a la infancia, a la niñez y a la pubertad. Pero mientras que la defensa de límites a la escalada de asistencia costosa para los ancianos se ha vuelto aceptable, los límites a las llamadas inversiones médicas en la niñez son todavía un tema que parece tabú. Los padres industriales, forzados a procrear mano de obra para un mundo en el que no encaja nadie que no haya sido aplastado y moldeado por 16 años de educación formal, se sienten impotentes para atender personalmente a su prole y, desesperados, la anegan de medicinas.¹⁵⁵ Las proposiciones para reducir los gastos médicos en Estados Unidos, que actualmente ocupan un nivel aproximado de 100 000 millones de dólares, al nivel de 10 000 millones que tenían en 1950, o de cerrar las escuelas de medicina en Colombia, nunca generan controversia porque quienes las hacen son rápidamente desacreditados como insensibles proponentes del infanticidio o de la exterminación masiva de los pobres. La actitud empresarial hacia la elaboración de adultos económicamente productivos ha hecho de la muerte en la infancia un escándalo, de la incapacitación por enfermedad temprana una vergüenza pública, de la malformación congénita no corregida un espectáculo intolerable, y de la posibilidad del control natal eugenésico un tema favorito de los congresos internacionales en los años setenta.

¹⁵⁴ A. Eardley y J. Wakefield, *What Patients Think About the Christie Hospital*, University Hospital of South Manchester, 1974. Año con año las demandas hechas por personas de cierta edad superior a los 70 se hacen más específicas y costosas.

¹⁵⁵ El "bebé" es una categoría social de invención bastante reciente: la primera etapa en el desarrollo del hombre-consumidor. Sobre el proceso por medio del cual el niño de pecho se transformó lentamente en bebé, y la ayuda que la medicina proporcionó en este proceso, véase Luc Boltanski, "Prime education et morale de classe", *Cahiers du Centre de Sociologie Européenne*, Mouton, La Haya, París, 1969.

En cuanto a la mortalidad infantil, ciertamente se ha reducido. La expectativa de vida en los países desarrollados ha aumentado de 35 años en el siglo XVIII a 70 años en la actualidad. Esto se debe principalmente a la reducción de la mortalidad infantil en dichos países; por ejemplo, en Inglaterra y Gales el número de muertes infantiles por cada 1 000 nacidos con vida declinó de 154 en 1840 a 22 en 1960. Pero sería enteramente incorrecto atribuir más de una de esas vidas "salvadas" a una intervención curativa que presuponga algo semejante a una preparación médica, y sería un engaño atribuir el índice de mortalidad infantil en los países pobres, que en algunos casos es 10 veces mayor que en Estados Unidos, a la falta de médicos. Los alimentos, la antisepsia, la ingeniería civil y, sobre todo, un nuevo y extendido disvalor atribuido a la muerte de un niño,¹⁵⁶ por más débil o malformado que sea, resultan factores mucho más significativos y representan cambios sólo remotamente relacionados con la intervención médica. Mientras que en mortalidad infantil total Estados Unidos ocupa el decimoséptimo lugar entre las naciones, la mortalidad de niños entre los pobres es mucho más alta que entre los grupos de mayores ingresos. En la ciudad de Nueva York, la mortalidad infantil entre la población negra es más de dos veces la que se registra en la población en general, y probablemente más alta que en muchas zonas subdesarrolladas como Tailandia y Jamaica.¹⁵⁷ De esa forma, la insistencia en que se necesitan más médicos para impedir la muerte de infantes puede entenderse como una manera de evitar la igualación de ingresos y de crear al mismo tiempo más trabajos para profesionistas. Sería igualmente aventurado afirmar que en el ambiente general los cambios que sí tienen una relación causal con la presencia de los médicos representan un balance positivo para la salud. Aunque los médicos fueron los pioneros de la antisepsia, la inmunización y los suplementos dietéticos, participaron, sin embargo, en el cambio al biberón que convirtió al tradicional niño de pecho en un bebé moderno y dio a la industria madres trabajadoras clientes para una fórmula hecha en fábricas.

Los daños que este cambio ocasiona a los mecanismos de inmunidad natural cultivados por la leche humana, y la tensión física y emotiva cau-

¹⁵⁶ La cultura de la niñez como la característica de un grupo cronológico distinto del adulto y del infante es de origen social, como la del "bebé". Véase Philippe Ariès, *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life*, Knopf, Nueva York, 1962, especialmente sobre el profundo cambio que experimentó la actitud hacia la muerte de un niño entre los siglos XVII y XIX.

¹⁵⁷ John Bryant, M. D., *Health and the Developing World*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1969.

sada por la alimentación con biberón, son comparables, si no mayores, a los beneficios que una población puede derivar de inmunizaciones específicas.¹⁵⁸ Incluso más grave es la aportación del biberón a la amenaza de una hambruna mundial de proteínas. Por ejemplo, en 1960, 96% de las madres chilenas daban el pecho a sus niños hasta después del primer año. Luego, durante una década, las chilenas pasaron por un intenso adoctrinamiento político tanto por parte de los derechistas demócratas cristianos como de varios partidos de izquierda. En 1970 sólo 6% daba el pecho más allá del primer año y 80% destetaba a sus hijos antes de que cumplieran dos meses. Como resultado, 84% del potencial de leche humana queda ahora sin producirse. Habría que agregar 32 000 vacas a las ya insuficientes pasturas chilenas para que su leche compensara —en lo posible— esta pérdida.¹⁵⁹ Al convertirse el biberón en símbolo de prestigio, aparecieron nuevas enfermedades entre los niños a quienes se negó el pecho, y como las madres carecían de sabiduría tradicional para tratar a los bebés que no maman, éstos se convirtieron en nuevos consumidores de la atención médica y de sus riesgos.¹⁶⁰ La suma total de impedimentos físicos debidos solamente a esta sustitución de la leche materna por alimentos comerciales para bebés resulta difícil de equilibrar con los beneficios derivados de la intervención médica curativa en las enfermedades infantiles y de la corrección quirúrgica de defectos natales que van desde el labio leporino hasta los defectos cardíacos.

Podría, desde luego, argumentarse que la clasificación médica de grupos de edad según sus necesidades diagnosticadas de artículos de salud no

¹⁵⁸ Acerca de la relativamente mayor resistencia al paludismo, a las infecciones y a las enfermedades por deficiencia en los niños alimentados con leche materna, véase "Milk and Malaria", *British Medical Journal*, 1952, núm. 2, p. 1210. O. Mellander y B. Vahlquist, "Breast Feeding and Artificial Feeding", *Acta Paediatrica* 2, supl., 1958, p. 101. Para un panorama de escritos sobre el tema, véase el editorial "Breast Feeding and Polio Susceptibility", *Nutrition Review*, mayo de 1965, pp. 131-133. Leonardo J. Mata y Richard Wyatt, "Host Resistance to Infection", *American Journal of Clinical Nutrition* 24, agosto de 1971, pp. 976-986.

¹⁵⁹ Para más datos sobre la influencia del biberón en la nutrición mundial, véase Alan Berg, *The Nutrition Factor: Its Role in National Development*, Brookings Institution, Washington, D. C., 1973. Un niño a quien se da el pecho durante los primeros dos años de su vida recibe el equivalente nutricional de 436 litros de leche de vaca, cuyo costo equivale a las ganancias anuales promedio de un hindú.

¹⁶⁰ El tipo de la malnutrición moderna en todo el mundo se refleja en las dos formas que adopta la malnutrición infantil. Mientras el paso del pecho al biberón introduce a los niños chilenos a una vida de desnutrición endémica, el mismo paso inicia a los bebés ingleses en una vida de sobrealimentación patológica; véase R. K. Oates, "Infant Feeding Practices", *British Medical Journal*, 1973, núm. 2, pp. 762-764.

está generando salud morbosa sino sólo está reflejando el quiebre de la familia como nicho saludable, del vecindario como red de buenos amigos, y del medio como refugio de una comunidad de subsistencia. Sin duda es verdad que una percepción social medicalizada refleja una realidad que está determinada por la organización de una producción a base de capital intensivo, y que su correspondiente pauta social de familias nucleares, de agencias de beneficencia y de naturaleza contaminada es lo que degrada el hogar, el vecindario y el ambiente. Pero la medicina no se limita a reflejar la realidad; refuerza y reproduce el proceso que mina los nichos sociales dentro de los cuales se ha desarrollado el hombre. La clasificación médica justifica el imperialismo de los artículos comerciales, como los "baby foods" sobre la leche materna y los hospicios de ancianos sobre un rincón en el hogar. Al convertir al recién nacido en un paciente hospitalizado hasta que se le certifique sano, y al definir las quejas de la abuela como necesidad de tratamiento más que de respeto paciente, la empresa médica no sólo crea una legitimidad biológicamente formulada para el hombre-consumidor sino también nuevas presiones para una escalada de la megamáquina.¹⁶¹ La selección genética de aquellos que encajan en la máquina es el próximo paso lógico del control médico-social.

EL ESTIGMA PREVENTIVO

A medida que el tratamiento curativo se concentra cada vez más en afecciones para las que resulta ineficaz, costoso y doloroso, la medicina ha empezado a mercantilizar la prevención. El concepto de morbilidad se ha ampliado para cubrir riesgos pronosticados. Junto con la asistencia a los enfermos, la asistencia a la salud se ha convertido en una mercancía, en algo por lo que uno paga en vez de algo que uno hace. Cuanto más alto es el sueldo que paga la compañía o más elevada la categoría de un *aparatchik*, más se gastará en mantener bien aceiteada esa valiosa pieza de la maquinaria. Los costos de mantenimiento de la mano de obra altamente capitalizada son la nueva medida de estatus entre quienes ocupan los peldaños superiores. La gente se mantiene a la altura de sus vecinos emulando sus "chequeos" o *check-ups*, expresión inglesa que ha ingresado en los diccio-

¹⁶¹ Sobre la vida como un constante entrenamiento para sobrevivir en la megamáquina, véase Lewis Mumford, *The Pentagon of Power: The Myth of the Machine*, vol. 2, Harcourt Brace, Nueva York, 1970.

narios franceses, serbios, españoles, malayos y húngaros. Se convierte a la gente en paciente sin estar enferma. Así, la medicalización de la prevención es otro síntoma importante de la iatrogénesis social. Tiende a transformar la responsabilidad personal por mi futuro en mi administración por parte de alguna agencia.

Por lo común, el peligro del diagnóstico rutinario es aún menos temido que el peligro del tratamiento rutinario, aunque los perjuicios sociales, físicos y psicológicos infligidos por la clasificación médica se hallan igualmente documentados. Los diagnósticos hechos por el médico y sus ayudantes pueden definir papeles temporales o permanentes para el paciente. En cualquiera de estos casos, agregan a una condición biofísica un estado social creado por una evaluación supuestamente hecha con autoridad.¹⁶² Cuando un veterinario diagnostica moquillo a una vaca, no suele afectar la conducta del paciente. Cuando un médico diagnostica a un ser humano, sí la afecta.¹⁶³ En aquellas instancias en las que el médico funciona como curandero, confiere a la persona reconocida como enferma ciertos derechos, deberes y excusas que poseen una legitimidad condicional y temporal y que expiran cuando el paciente ha sanado; la mayor parte de las enfermedades no deja mancha alguna de desviación o conducta desordenada en la reputación del paciente. A nadie le interesan los ex alérgicos o los ex pacientes de apendicectomía, del mismo modo que nadie será recordado como un ex infractor de las leyes de tránsito. Empero, hay otras instancias en las que el médico actúa primordialmente como actuario y su diagnóstico puede difamar de por vida al paciente y, a veces, a sus hijos. Al achacar degradación irreversible a la identidad de una persona, lo marca para siempre con un estigma indeleble.¹⁶⁴ Aunque la condición objetiva haya desaparecido mucho tiempo atrás, la etiqueta iatrogénica sigue adherida. Como los ex convictos, los antiguos pacientes mentales, las personas que han sufrido su pri-

¹⁶² Thomas J. Scheff, *Being Mentally Ill: A Sociological Theory*, Aldine, Chicago, 1966. Aunque se ocupa primordialmente de temas psiquiátricos, Scheff no deja de recalcar la diferencia analítica entre la enfermedad mental que es parte del sistema social y la conducta correspondiente.

¹⁶³ Freidson, *Profession of Medicine*, p. 223.

¹⁶⁴ Erving Goffman, *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*, Spectrum, Englewood Cliffs, N. J., 1963. Véase también Richard Sennett, "Two on the Aisle", *New York Review of Books*, 1º de noviembre de 1973, quien destaca que para Goffman la tarea central es describir la conciencia inducida por vivir en una ciudad moderna. La vida contemporánea inevitablemente estigmatiza; acerca de los mecanismos, véase H. P. Dreitzel, *Die gesellschaftlichen Leiden und das Leiden an der Gesellschaft: Vorstudien zu einer Pathologie des Rollenverhaltens*, Enke, Stuttgart, 1972.

mer ataque cardíaco, los antiguos alcohólicos, y, hasta hace poco, los ex tuberculosos son transformados en marginados por el resto de sus días. La sospecha profesional basta por sí sola para legitimizar el estigma aunque la condición sospechada nunca existiera. La etiqueta médica puede proteger al paciente del castigo sólo para someterlo interminablemente a instrucción, tratamiento y discriminación, que se le infligen para su beneficio profesionalmente supuesto.¹⁶⁵

En tiempos pasados, la medicina etiquetaba a la gente de dos maneras: aquella con la que se podía intentar una cura y aquella que estaba más allá de reparación, como los leprosos, los cojos, los locos y los moribundos. En una u otra forma, el diagnóstico podía conducir al estigma. Ahora la prevención medicalizada crea una tercera forma. Convierte al médico en un mago con licencia oficial cuyas profecías baldan incluso a quienes sus brebajes dejan ilesos.¹⁶⁶ El diagnóstico puede excluir del nacimiento a un ser humano con malos genes, a otro, del ascenso, y a un tercero, de la vida política. La caza masiva de riesgos a la salud se inicia con redadas destinadas a agarrar a aquellos que necesitan protección especial: visitas médicas prenatales, clínicas para niños sanos, chequeos en escuelas y campamentos y sistemas médicos pagados por adelantado.¹⁶⁷ Recientemente se añadieron servicios “de asesoría” de genética y de presión arterial. Orgullosamente, Estados Unidos guió al mundo en la organización de cacerías de enfermedad y, más tarde, en la puesta en duda de su utilidad.¹⁶⁸

¹⁶⁵ Wilhem Aubert y Sheldon Messinger, “The Criminal and the Sick”, *Inquiry* 1, 1958, pp. 137-160. Discute las diversas formas que puede adoptar el control social, dependiendo de la manera especial en que el estigma infringe la identidad moral.

¹⁶⁶ Fred Davis, *Passage Through Crisis: Polio Victims and their Families*, Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1963. Davis relaciona la transitoriedad no sólo con la seriedad sino también con la clase social. Se diagnosticará más pronto la “incapacidad permanente” a un pobre que a un rico.

¹⁶⁷ C. M. Wylie, “Participation in a Multiple Screening Clinic with Five-Year Follow-Up”, *Public Health Reports* 76, julio de 1961, pp. 596-602. El informe revela resultados desilusionantes.

¹⁶⁸ G. S. Siegel, “The Uselessness of Periodic Examination”, *Archives of Environmental Health* 13, septiembre de 1966, pp. 292-295: “El examen periódico de los adultos, tal como originalmente se concibió y actualmente se practica, sigue siendo, tras 50 años de vigorosa promoción norteamericana, un procedimiento médico sin comprobación científica. No tenemos pruebas definitivas de que una población que recibe tal asistencia viva más, mejor, con más salud o felicidad por esa causa, ni tenemos pruebas de lo contrario.” Heinrich Schipperges, “Aerztliche Bemuehungen um die Gesunderhaltung seit der Antike”, *Heidelberger Jahrbuecher* 7, 1963, pp. 121-136. Una historia del mantenimiento de la salud medicalizada desde la Antigüedad.

En la década pasada los exámenes médicos multifásicos y automatizados se hicieron operativos y fueron recibidos como el ascenso de los pobres al mundo de la clínica Mayo. Este procedimiento de línea de ensamblaje de complejas pruebas químicas y médicas puede lograrse a un costo sorprendentemente bajo con técnicos paraprofesionales. Pretende ofrecer a millones de personas una detección de necesidades terapéuticas ocultas, más refinada aún que la que podían obtener en los años sesenta los jerarcas más "cotizados" en Houston o Moscú. La falta de estudios bajo control al estrenar estos exámenes ha permitido a los vendedores de la prevención, producida en masa, fomentar expectativas sin fundamento. Más recientemente, se han realizado bajo control estudios comparativos de grupos de población beneficiados por el servicio de mantenimiento y el diagnóstico precoz. Docenas de dichos estudios muestran que estos procedimientos de diagnóstico —incluso cuando son seguidos por tratamientos médicos de alta calidad— no tienen ningún impacto positivo sobre la expectativa de vida.¹⁶⁹ Irónicamente, los desórdenes asintomáticos graves que sólo este tipo de filtraje puede descubrir entre los adultos frecuentemente son enfermedades incurables cuyo tratamiento precoz sólo agrava el estado físico del paciente. En cualquier caso, transforma a gente que se siente sana en pacientes ansiosos por un veredicto.

En la detección de la enfermedad, la medicina hace dos cosas: "descubre" nuevos desórdenes y los adscribe a individuos concretos. Descubrir una nueva categoría de enfermedad es el orgullo del científico médico.¹⁷⁰ Adscribir la patología a Fulano, Zutano o Mengano es la primera tarea del médico que actúa como miembro de una profesión consultiva.¹⁷¹ Entrenado para "hacer algo" y expresar su preocupación, se siente activo, útil y eficaz cuando puede diagnosticar un mal.¹⁷² Aunque teóricamente, en el pri-

¹⁶⁹ Paul D. Clote, "Automated Multiphasic: Health Testing: An Evaluation", estudio independiente con John McKnight, Northwestern University, 1973; reproducido en *Antología A8*, Cidoc, Cuernavaca, 1974. Reseña la información disponible.

¹⁷⁰ J. Schwartz y G. L. Baum, "The History of Histoplasmosis", *New England Journal of Medicine* 256, 1957, pp. 253-258. Describe el costoso descubrimiento de una "enfermedad" incurable que no mata ni daña y que parece ser endémica dondequiera que la gente entra en contacto con pollos, ganado, gatos o perros.

¹⁷¹ Freidson, *Profession of Medicine*, pp. 73 y ss., hace la distinción que yo aplico aquí. Como profesional docto, el científico médico sólo necesita contender con sus colegas y sólo necesita la aceptación de éstos de su invención de una nueva enfermedad. Como profesional consultante, el médico que ejerce depende de un público educado que acepta su exclusivo derecho a diagnosticar.

¹⁷² Parsons, *The Social System*, pp. 466 y ss. El autor establece este punto al comentar a Pareto.

mer encuentro el médico no presupone que su paciente se halla afectado por una enfermedad, sin embargo a través de una forma del principio de autoprotección suele actuar como si el imputar una enfermedad al paciente fuera mejor que pasar otra por alto. La regla de la decisión médica lo empuja a buscar seguridad diagnosticando enfermedad antes que salud.¹⁷³ La clásica demostración de este prejuicio se dio en un experimento realizado en 1934.¹⁷⁴ En una encuesta de 1 000 niños de 11 años procedentes de las escuelas públicas de Nueva York, se descubrió que 61% había sufrido la extirpación de las amígdalas. "Al 39% restante lo sometieron a examen un grupo de médicos, que seleccionaron a 45% de estos niños para la tonsilectomía y rechazaron al resto. Los niños rechazados fueron reexaminados por otro grupo de médicos, que recomendaron la tonsilectomía para 46% de los que quedaban después del primer examen. Cuando a los niños rechazados los examinaron por tercera vez, un porcentaje similar se seleccionó para la tonsilectomía, de modo que al cabo de tres exámenes sólo quedaban 65 niños a los que no se había recomendado la tonsilectomía. A estos sujetos no se les examinó nuevamente porque se agotó la dotación de médicos examinadores."¹⁷⁵ La prueba se realizó en una clínica gratuita, donde no había consideraciones financieras que explicaran el prejuicio.

El diagnóstico tendencioso en favor de la enfermedad se combina con el frecuente error de diagnosis. La medicina no sólo imputa, con entusiasmo inquisitorial, categorías dudosas; lo hace con un índice de malogro que ningún sistema judicial podría tolerar. En cierta instancia, la autopsia mostró que más de la mitad de los pacientes que murieron en una clínica universitaria británica con diagnóstico de una falla cardíaca específica había en realidad muerto de otra cosa. En otra instancia, la misma serie de radiografías pectorales mostradas en diferentes ocasiones al mismo equipo de especialistas hicieron que éstos cambiaran de parecer en 20% de los casos. Los pacientes que ante el doctor Fulano dicen toser, producir esputo o sufrir de retortijones, llegan a ser tres veces más que los que declaran los mismos síntomas al doctor Mengano. Hasta un cuarto de las pruebas sencillas de hospital arroja resultados seriamente divergentes cuando la misma mues-

¹⁷³ Thomas J. Scheff, "Decision Rules, Types of Error, and their Consequences in Medical Diagnosis", *Behavioral Science* 8, 1963, pp. 97-107.

¹⁷⁴ American Child Health Association, *Physical Defects: The Pathway to Correction*, Nueva York, 1934, cap. 8, pp. 80-96.

¹⁷⁵ Harry Bakwin, "Pseudodoxia Pediatrica", *New England Journal of Medicine* 232, 1945, pp. 691-697.

tra se procesa en dos laboratorios distintos.¹⁷⁶ Tampoco las máquinas muestran ser más infalibles. En una competencia entre máquinas de diagnóstico y diagnosticadores humanos en 83 casos recomendados para cirugía pélvica, la patología mostró que tanto el hombre como la máquina acertaron en 22 ocasiones; en 37 casos, la computadora rechazó acertadamente el diagnóstico del médico; en 11 casos, los médicos probaron el error de la computadora, y en 10 casos, el error fue de ambas partes.¹⁷⁷

Además del prejuicio y del error de diagnóstico, hay la agresión licenciosa.¹⁷⁸ El cateterismo cardiaco, para determinar si algún paciente sufre cardiomiopatía —no se trata, desde luego, de una prueba rutinaria—, cuesta 350 dólares y mata a uno de cada 50 pacientes. Pero no existe evidencia de que un diagnóstico *diferencial* fundado en sus resultados aumente ni la expectativa de vida ni la comodidad del paciente.¹⁷⁹ La mayoría de las pruebas son menos asesinas y se realizan mucho más comúnmente, pero muchas implican aún, para el individuo o su progenie, riesgos conocidos que son lo bastante altos como para oscurecer el valor de cualquier información que puedan aportar. Ejemplos de esto son numerosos usos rutinarios de los rayos X y el fluoroscopio en los jóvenes, la inyección o ingestión de reactivos y tinturas y el uso de Ritalin para diagnosticar la hiperactivi-

¹⁷⁶ Para referencias y más bibliografía, véase L. H. Garland, "Studies on the Accuracy of Diagnostic Procedures", *American Journal of Roentgenology, Radium Therapy, and Nuclear Medicine* 82, julio de 1959, pp. 25-38. Véase también A. L. Cochrane y L. H. Garland, "Observer Error in the Interpretation of Chest Films: An International Comparison", *Lancet*, 263, 1952, pp. 505-509. Sugiere que los diagnosticadores norteamericanos pudieran tener más propensión a hallazgos positivos que sus colegas británicos. A. L. Cochrane, J. Chapman y P. D. Oldham, "Observers' Errors in Taking Medical Histories", *Lancet*, 260, 1951, pp. 1007-1009.

¹⁷⁷ Osler Peterson, Ernest M. Barsamian y Murray Eden, "A Study of Diagnostic Performance: A Preliminary Report", *Journal of Medical Education* 41, agosto de 1966, pp. 797-803.

¹⁷⁸ Maurice Pappworth, *Human Guinea Pigs: Experimentation on Man*, Beacon Press, Boston, 1968. En 1967 el doctor Pappworth publicó un informe sobre ciertos procedimientos experimentales de diagnóstico que implicaban gran riesgo de daño permanente o de muerte, que aparecen descritos recientemente en las publicaciones médicas más respetables, y que se aplicaron a menudo a no pacientes, niños, mujeres embarazadas, débiles mentales y ancianos. A él se le ha atacado por hacer un servicio negativo (*disservicio*) a su profesión, por minar la confianza de la gente en los médicos y por publicar en un libro de edición popular lo que "éticamente" sólo podía decirse en la literatura escrita para médicos. Acaso lo más sorprendente en estos informes sea la repetición sin descanso de procedimientos idénticos de alto riesgo con el solo propósito de ganar promociones académicas.

¹⁷⁹ "Ese procedimiento es tan informativo como la lectura de presión arterial del paciente una vez en su vida, o el análisis de su orina una vez cada 20 años. Esta práctica es ridícula, absurda e innecesaria [...] y carece en lo absoluto de valor para el diagnóstico o el tratamiento." M. Pappworth, "Dangerous Head That May Rule the Heart", *Perspective*, pp. 67-70.

dad en los niños.¹⁸⁰ La asistencia a las escuelas públicas donde los maestros están investidos de poderes médicos delegados constituye un grave riesgo para la salud de los niños.¹⁸¹ Incluso exámenes sencillos y benignos se convierten en riesgos al multiplicarse. Cuando una prueba se asocia con varias otras, tiene un poder nocivo considerablemente mayor que cuando se realiza por sí misma. A menudo las pruebas sirven para orientar la elección de la terapia. Desgraciadamente, a medida que se hacen más complejas y se multiplican, sus resultados sólo guían con frecuencia a seleccionar la forma de intervención a la cual tal vez el paciente pueda sobrevivir, y no necesariamente aquella que lo ayudará. Lo peor de todo es que cuando la gente ha atravesado, ileso o no, la compleja diagnosis positiva del laboratorio, ha incurrido en un alto riesgo de ser sometida a tratamientos odiosos, dolorosos, invalidantes y costosos. No es extraño que los médicos tiendan a postergar más que los legos la visita a su propio médico y que se hallen en peores condiciones cuando llegan a él.¹⁸²

La práctica rutinaria de exámenes para el diagnóstico precoz en grandes poblaciones garantiza al científico médico una amplia base para seleccionar los casos que mejor encajen en los medios de tratamiento existentes o que sean más eficaces para lograr objetivos de investigación, ya sea que

¹⁸⁰ El daño cerebral mínimo en los niños puede o no ser una creación del Ritalin; es un diagnóstico determinado por el tratamiento. Véase Roger D. Freeman, "Review of Medicine in Special Education: Medical-Behavioral Pseudorelationship", *Journal of Special Education* 5, invierno-primavera de 1971, pp. 93-99. Peter Schrag, Diane Divoky, *The Myth of the Hyperactive Child And Other Means of Child Control*, Pantheon, Nueva York, 1975. El repertorio definitivo sobre "una generación completa a la que se va condicionando paulatinamente a desconfiar de sus instintos, a apreciar su desviación de las normas aprobadas y con demandas cada vez menos flexibles como una enfermedad, y a confiar en las instituciones del Estado y en la tecnología para definir y diseñar su 'salud'". El libro también da una guía sobre la literatura estadounidense al respecto.

¹⁸¹ Alexander R. Lucas y Morris Weiss, "Methylphenidate Hallucinoses", *Journal of the American Medical Association* 217, 1971, pp. 1079-1081. El Ritalin se usa para el control de la disfunción cerebral mínima en los niños de escuela. El autor cuestiona la ética de usar un agente poderoso con efectos secundarios graves, algunos bien definidos y otros sospechados, para el tratamiento masivo de una condición mal definida. Véase también Barbara Fish, "The One-Child-One-Drug Myth of Stimulants in Hyperkinesis", *Archives of General Psychiatry* 25, septiembre de 1971, pp. 193-203. Es probable que se haya causado un considerable daño permanente a los niños hiperactivos tratados con anfetaminas por una condición debida posiblemente a la tensión bioquímica que resulta del envenenamiento por plomo: D. Bryce-Smith y H. A. Waldron, "Lead, Behavior, and Criminality", *Ecologist* 4, núm. 10, 1975.

¹⁸² Barbara Blackwell, *The Literature of Delay in Seeking Medical Care For Chronic Illnesses*, Health Education Monograph núm. 16, Society for Public Health Education, San Francisco, 1963.

los tratamientos curen, rehabiliten, alivien o no lo hagan. En ese proceso se robustece la creencia de la gente de que son máquinas cuya duración depende de visitas al taller de mantenimiento; así no sólo se les obliga sino que se les presiona a pagar la cuenta de las investigaciones de mercado y las actividades de venta de la institución médica.

La diagnosis intensifica siempre la tensión, define la incapacidad, impone la inactividad y enfoca la aprehensión en la posibilidad de no recuperarse, en la incertidumbre y en la propia dependencia respecto a los futuros descubrimientos médicos, todo lo cual resulta en una pérdida de autonomía para la definición de sí mismo. También aísla a una persona dentro de un papel especial, la separa de los normales y saludables, y requiere el sometimiento a la autoridad del personal especializado. Una vez que una sociedad se organiza para una cacería preventiva de enfermedades, otorga proporciones epidémicas a la diagnosis. Este triunfo último de la cultura terapéutica¹⁸³ convierte la independencia del individuo sano en una intolerable forma de desviación.

A la larga, la actividad principal de tal sociedad de sistemas dirigidos por dentro conduce a la producción fantasmal de la expectativa de vida como una mercancía. Al equiparar al hombre estadístico con hombres biológicamente únicos se crea una demanda insaciable de recursos finitos. El individuo se subordina a las "necesidades" mayores de la sociedad como todo, los procedimientos preventivos se hacen obligatorios¹⁸⁴ y el derecho del paciente a negar consentimiento a su propio tratamiento se desvanece ante el argumento médico de que debe someterse a la diagnosis, ya que la sociedad no puede permitirse la carga de procedimientos curativos que serían incluso más costosos.¹⁸⁵

¹⁸³ Philip Rieff, *Triumph of the Therapeutic: Use of Faith after Freud*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1968, argumenta que el hospital ha sucedido a la Iglesia y al Parlamento como la institución arquetípica de la cultura occidental.

¹⁸⁴ Como los policías que persiguen la prevención del crimen, los médicos reciben ahora el beneficio de la duda cuando dañan al paciente. William A. Westley, "Violence and the Police", *American Journal of Sociology* 59, julio de 1953, pp. 34-41, descubrió que un tercio de todos los habitantes de una pequeña ciudad industrial, al preguntárseles: "¿Cuándo cree usted que un policía tiene justificación para maltratar a un hombre?", dijeron que les parecía legítimo usar la violencia con el solo fin de reforzar el respeto hacia la policía.

¹⁸⁵ Joseph Cooper, "A Non-Physician Looks at Medical Utopia", *Journal of the American Medical Association* 197, 1966, pp. 697-699.

Ceremonias terminales

La terapéutica alcanza su apogeo en la danza de la muerte en torno al paciente terminal.¹⁸⁶ A un costo que varía entre 500 y 2000 dólares diarios,¹⁸⁷ celebrantes vestidos de blanco y azul envuelven en olores antisépticos lo que queda del paciente.¹⁸⁸ Mientras más exóticos sean el incienso y la pira, más la muerte se mofa del sacerdote.¹⁸⁹ El uso religioso de la técnica médica ha llegado a prevalecer sobre su propósito técnico, y la frontera entre el médico y el empresario mortuario se ha borrado.¹⁹⁰ Las camas están lle-

¹⁸⁶ Orville Brim *et al.* (comps.), *The Dying Patient*, Russell Sage, Nueva York, 1960. Una antología con una bibliografía para cada contribución. La primera se ocupa del espectro de análisis técnicos y de toma de decisiones en la que los profesionales de la salud participan cuando determinan las circunstancias "en las que debería ocurrir la muerte de un individuo". Proporciona una serie de recomendaciones sobre lo que podría hacerse para que este proceso de ingeniería fuera "un tanto menos desairado y menos repugnante para el paciente, su familia y, sobre todo, para el personal encargado".

¹⁸⁷ Aunque el costo de la asistencia terminal intensiva fácilmente se ha duplicado en los últimos cuatro años, sigue siendo útil consultar el trabajo de Robert J. Glaser, "Innovation and Heroic Acts in Prolonging Life", en Brim *et al.*, *The Dying Patient*, cap. 6, pp. 102-128.

¹⁸⁸ Richard A. Kalish, "Death and Dying: A Briefly Annotated Bibliography", en Brim *et al.*, *The Dying Patient*, pp. 327-380. Una reseña bibliográfica anotada, de la literatura en lengua inglesa sobre el morir, limitada principalmente a escritos que tratan de la actividad profesional contemporánea, la toma de decisiones y la tecnología en el hospital. Se trata de un extracto de una lista mucho más larga hecha por el mismo autor. Para temas complementarios véase Austin H. Kutscher, Jr., y Austin H. Kutscher, *A Bibliography of Books on Death, Bereavement, Loss and Grief, 1953-1968*, Health Sciences Publishing, Nueva York, 1969.

¹⁸⁹ El incremento en los gastos médicos no puede ya añadir nada a la expectativa promedio de vida de toda la población de los países ricos, desde Estados Unidos hasta China. Puede acrecentar significativamente sólo el margen de vida de los muy jóvenes en la mayoría de los países pobres. Esto fue tratado en el primer capítulo. La capacidad de la medicina para afectar las tasas de sobrevivencia de pequeños grupos de personas seleccionadas por el diagnóstico médico es algo distinto. Los antibióticos han aumentado enormemente las probabilidades de sobrevivir a la neumonía; la rehidratación oral, la probabilidad de sobrevivir a la disentería o al cólera. Tales intervenciones eficientes son, en su aplastante mayoría, baratas y sencillas. Su administración bajo el control de un médico profesional puede haberse convertido en una necesidad cultural para los norteamericanos, pero no lo es aún para los mexicanos. Un tercer asunto es la capacidad del tratamiento médico de aumentar las probabilidades de sobrevivencia entre una proporción aún más pequeña de personas: aquellas afectadas por condiciones agudas que pueden curarse gracias a una veloz y compleja asistencia hospitalaria, y aquellas afectadas por condiciones degenerativas donde la tecnología compleja puede conseguir una remisión. Para este grupo es aplicable la regla: mientras más caro el tratamiento, menor es su valor en términos de expectativa de vida adicional. Un cuarto grupo son los enfermos terminales: el dinero tiende a prolongar el proceso de morir sólo por iniciarlo antes.

¹⁹⁰ Con respecto al lenguaje en que los norteamericanos se referían al cadáver justamente antes de que los médicos se entrometieran en el negocio de los empresarios fúnebres, véase Jessica Mitford, *The American Way of Death*, Simon and Schuster, Nueva York, 1963.

nas de cuerpos ni muertos ni vivos.¹⁹¹ El médico conjurador se percibe a sí mismo como un administrador de crisis.¹⁹² En forma insidiosa provee a cada ciudadano en su última hora un encuentro con el opaco sueño de poder infinito de la sociedad.¹⁹³ Como cualquier administrador de crisis bancarias, estatales o psiquiátricas, planea estrategias que se derrotan a sí mismas y ordena recursos que, en su inutilidad y futilidad, parecen tanto más grotescos. En el último momento, promete a cada paciente ese derecho a la prioridad absoluta del que la mayoría de la gente se considera indigna.

La ritualización de la crisis, rasgo general de una sociedad moribunda, consigue tres cosas para el funcionario médico. Le provee una licencia que por lo común sólo los militares pueden reclamar. Bajo la tensión de la crisis, el profesional que se supone al mando puede fácilmente considerarse inmune a las reglas comunes de justicia y decencia. Aquel que se asigna el control sobre casos de muerte cesa de ser un hombre ordinario. Como ocu-

¹⁹¹ Bajo nuevos nombres, el "Zombi" se ha convertido en un tema importante de las disputas medicolegales, a juzgar por la inflación de la literatura acerca de los derechos conflictivos de vida y muerte sobre el cuerpo. Institute of Society, Ethics, and the Life Sciences, Research Group on Ethical, Social, and Legal Issues in Genetic Counseling and Genetic Engineering, "Ethical and social issues in screening for genetic disease", *New England Journal of Medicine* 286, 1972, pp. 1129-1132. Un buen resumen de las opiniones actuales sobre los criterios para determinar que la muerte ha ocurrido. Los autores separan cuidadosamente este asunto de cualquier intento por definir la muerte. Alexandre Capron y Leon R. Kass, "A Statutory Definition of the Standards for Determining Human Death: An Appraisal and a Proposal", *University of Pennsylvania Law Review* 121, noviembre de 1972, pp. 87-118. Una introducción a los aspectos legales de la intrusión del médico en el dominio del sepulturero.

¹⁹² Esta generalización de legitimidad otorgada a la administración institucional de la crisis posee un enorme potencial político porque sienta las bases para un irreversible gobierno de crisis. Igual que Weber pudo argüir que la riqueza puritana fue una consecuencia involuntaria de la angustia despertada por la doctrina de la predestinación, así un historiador moralista de la índole de Tawney podría argumentar que el "estar listos" para el tecnofascismo es la consecuencia involuntaria de una sociedad que votó porque la asistencia terminal se pagase con un seguro nacional.

¹⁹³ Por medio de la "ritualización" la crisis se transforma de ser una ocasión urgente de integración personal (Erikson) en una situación de tensión. Para algunos planteamientos, véase (Robinson) donde un aparato burocrático se ve forzado a la acción de perseguir un objetivo para el cual, por su propia naturaleza, no puede estar organizado. En tales circunstancias, las funciones institucionales de fingimiento cobrarán preponderancia. Esto ocurre necesariamente cuando la medicina persigue "políticas del morir". La confusión aumenta con el uso de palabras como "morir" o "decisión", que designan una acción surgida de la intimidad en un contexto privado de ella. Erik Erikson, "Psychoanalysis and Ongoing History: Problems of Identity, Hatred, and Nonviolence", *American Journal of Psychiatry* 122, septiembre de 1965, pp. 241-253. James Robinson, *The Concept of Crisis in Decision-Making*, Symposi Studies Series núm. 11, National Institute of Social and Behavioral Sciences, Washington, 1962.

re con el director de un *triage*,* su acción asesina está cubierta por un reglamento.¹⁹⁴ Más importante resulta que todo su desempeño tenga lugar en un aura de crisis.¹⁹⁵ Para formar un confín encantado no totalmente de este mundo, el tiempo y el espacio de comunidad reclamados por la empresa médica son tan sagrados como los reclamados por sus contrapartes religiosa y militar. La medicalización de la asistencia terminal no sólo ritualiza sueños macabros sino que extiende la licencia profesional para actos obscenos: la escalada de tratamientos terminales libra al médico de toda necesidad de probar la eficacia técnica de los recursos que maneja.¹⁹⁶ No hay límites a su poder de exigir cada vez más y más. Finalmente, la muerte del paciente coloca al médico más allá de cualquier control y de cualquier crítica potenciales. En la última mirada del paciente y en la perspectiva de toda la vida de los *morituri* no cabe la esperanza, sólo la última expectativa del médico.¹⁹⁷ La orientación de cualquier institución hacia la "crisis" justifica una enorme ineficacia ordinaria.¹⁹⁸

* Término utilizado para la selección de los heridos en el campo de batalla, que hicieron los encapuchados de la "Misericordia" y hoy hacen los médicos, abandonando a los más graves para que mueran. Véase nota 194.

¹⁹⁴ Leonard Lewin, *Triage*, Dial Press, Nueva York, 1972, plantea el problema de una sociedad comprometida con las políticas del morir en una novela que, desdichadamente, no está a la altura de su anterior *Report from Iron Mountain*.

¹⁹⁵ Valentina Borremans e Iván Illich, "Dying Policy", manuscrito preparado para la *Encyclopedia of Bio-Ethics*, Kennedy Institute, Washington, a publicar en 1976. Los autores aceptaron escribir un artículo con el título propuesto por los editores de la enciclopedia, precisamente para resaltar el hecho de que la combinación del verbo intransitivo *to die* (morir) y el término burocrático *policy* (reglamento) constituye el ataque supremo al lenguaje y a la razón. (N. B. El artículo nunca fue publicado.)

¹⁹⁶ Quien, con éxito, reclama el poder en una emergencia, suspende y puede destruir la evaluación racional. La insistencia del médico en su capacidad exclusiva para evaluar y resolver crisis individuales lo traslada simbólicamente a la vecindad de la Casa Blanca.

¹⁹⁷ En relación con la opinión del autor sobre la distinción entre esperanza y expectativa como dos actitudes opuestas orientadas hacia el futuro, véase Ivan Illich, "The Dawn of Epithimethan Man", trabajo preparado para un simposio en honor de Erich Fromm. La expectativa es una dependencia optimista o pesimista respecto a los medios técnicos institucionalizados; la esperanza es una disposición confiada a ser sorprendido por otra persona.

¹⁹⁸ La "crisis" se vuelve así una artimaña que el ejecutivo utiliza para acrecentar su poder en proporción inversa a los servicios que presta. También se convierte, en combinaciones siempre nuevas (crisis de energía, crisis de autoridad, crisis de Oriente y Occidente), en una parte inagotable para bien financiadas investigaciones por parte de científicos a quienes se paga por dar a la "crisis" el contenido escolástico que justifica al donador. Véase Renzo Tomatis, *La ricerca illimitata*, Feltrinelli, Milán, 1975.

La muerte de hospital es ya endémica.¹⁹⁹ En los últimos 25 años el porcentaje de norteamericanos que mueren en un hospital ha crecido en una tercera parte.²⁰⁰ El porcentaje de muertes de hospital en otros países ha crecido aún más rápido. La muerte sin presencia médica se hace sinónimo de terquedad romántica, privilegio o desastre. El costo de los últimos días de un ciudadano ha crecido, según se calcula, 1 200%, mucho más aprieta que el costo general de la asistencia a la salud. Simultáneamente, al menos en Estados Unidos, los costos funerales se han estabilizado; su ritmo de crecimiento se ha emparejado con el alza del índice general de precios al consumidor. La fase más elaborada de las ceremonias terminales rodea ahora al paciente moribundo y ha sido separada, bajo control médico, de las exequias y del entierro. En este traslado del despilfarro de la tumba al pabellón médico, que refleja el horror de morir sin asistencia médica,²⁰¹ los asegurados pagan por participar en sus propios ritos fúnebres.²⁰²

El miedo a la muerte no medicada se sintió por vez primera entre las élites del siglo XVIII, quienes rehusaron la asistencia religiosa y rechazaron la creencia en otra vida.²⁰³ Una nueva oleada de este medio ha anegado ahora a ricos y pobres, y se ha combinado con el *pathos* igualitario para crear una nueva categoría de bienes: aquellos que escasean "terminalmen-

¹⁹⁹ El término "muerte de hospital" se utiliza aquí para designar todas las muertes que ocurren en un hospital, y no sólo ese 10% del total que se "relaciona con un procedimiento diagnóstico o terapéutico considerado una causa que contribuyó, precipitó o fue la causa primaria del óbito". Elihu Schimmel, "The Hazards of Hospitalization", *Annals of Internal Medicine* 60, enero de 1964, pp. 100-116.

²⁰⁰ Monroe Lerner, "When, Why, and Where People Die", en Brim *et al.*, *The Dying Patient*, pp. 5-29. Proporciona un desglose de esta evolución entre 1955 y 1967 según la causa de la muerte, el color y la región de Estados Unidos.

²⁰¹ Erwin H. Ackerknecht, "Death in the History of Medicine", *Bulletin of the History of Medicine* 42, 1968, pp. 19-23. Para las élites de la Ilustración, la muerte se hizo diferente y mucho más atemorizante de lo que había sido para las generaciones anteriores. La muerte aparente se convirtió en una especie de infierno secularizado y en una preocupación médica primordial. Se introdujeron "pruebas de vida", como tocar una trompeta (profesor Hufeland) y choques eléctricos (Creve). Bichat, *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*, 1800, puso fin al movimiento anti-muerte-aparente de la misma forma repentina como la obra de Lancisi lo había iniciado en 1707.

²⁰² Todas las sociedades parecen haber distinguido etapas en el paso de los vivos a la tumba. Mostraré más adelante cómo la renovada preocupación por la taxonomía del decaimiento es consecuente con otras regresiones contemporáneas a fascinaciones primitivas.

²⁰³ Margot Augener, "Scheintod als medizinisches Problem im 18. Jahrhundert", *Mitteilungen zur Geschichte der Medizin und der Naturwissenschaften*, núms. 6-7, 1967. El miedo secularizado al infierno por parte de los ricos ilustrados se concentraba en el horror de ser sepultados vivos. También condujo a la creación de fundaciones filantrópicas dedicadas a socorrer a ahogados y quemados y cerciorarse de que habían muerto.

te" porque son expropiados por el médico en cámaras mortuorias de alto costo. Para distribuir estos bienes, ha surgido una nueva rama de literatura legal²⁰⁴ y ética que trata las cuestiones de cómo excluir a algunos, seleccionar a otros y justificar la elección de técnicas que prolongan la vida y de maneras de hacer a la muerte más cómoda y aceptable.²⁰⁵ Tomada en conjunto, esta literatura narra una historia notable acerca de la mente del jurista y el filósofo contemporáneos. La mayor parte de los autores ni siquiera preguntan si las técnicas que sustentan sus especulaciones han demostrado realmente prolongar la vida. Ingenuamente aceptan la ilusión de que, por ser costosos, los rituales practicados deben ser útiles. En tal forma la ley y la ética apuntalan la creencia en el valor de los reglamentos que regulan la igualdad médica, políticamente inocua, en el momento de la muerte.

El moderno temor a la muerte no higiénica hace que la vida aparezca como una carrera hacia la embrollada terminal y ha quebrantado en forma única la confianza personal.²⁰⁶ Ha fomentado la creencia de que el hombre de hoy ha perdido la autonomía de reconocer cuándo ha llegado su hora y tomar la muerte en sus propias manos.²⁰⁷ El rechazo del médico a reconocer el punto en el que ha dejado de ser útil como curandero²⁰⁸ y a retirar-

²⁰⁴ "Scarce Medical Resources", editorial, *Columbia Law Review* 69, abril de 1969, pp. 690-692. Una reseña basada en entrevistas con varias docenas de expertos estadounidenses. Describe y evalúa las actuales políticas de exclusión y selección desde un punto de vista legal. Sin sentido crítico acepta la dudosa eficacia de las técnicas que se supone tienen una demanda extrema.

²⁰⁵ Sharmon Sollito y Robert M. Veatch, *Bibliography of Society, Ethics and the Life Sciences*, Hastings Center Publication, Hastingson-Hudson, Nueva York, 1975. J. R. Elkinton, "The Literature of Ethical Problems in Medicine", pts. 1, 2, 3, *Annals of Internal Medicine* 73, septiembre de 1970, pp. 495-498; octubre de 1970, pp. 662-666; noviembre de 1970, pp. 863-870. Son introducciones a la literatura ética que se complementan mutuamente.

²⁰⁶ Hermann Feifel, "Physicians Consider Death", en *Proceedings of the American Psychological Association Convention*, Washington, la asociación, 1967, pp. 201-202. Los médicos parecen tener bastante más miedo a la muerte que los físicamente enfermos o que el individuo normal saludable. El argumento podría conducir a la tesis de que los médicos son actualmente portadores de terror infeccioso.

²⁰⁷ *Euthanasia: An Annotated Bibliography*, Euthanasia Educational Fund, 250 West 57th Street, Nueva York, 10019.

²⁰⁸ El derecho a sanar como actividad intransitiva que debe ejercer el paciente, puede entrar en conflicto con la aseveración del derecho del médico a curar como actividad transiativa. Para los orígenes de un derecho médico a curar, que correspondería a un deber profesional, véase Ludwig Edelstein, "The Professional Ethics of the Greek Physician", *Bulletin of the History of Medicine* 30, septiembre-octubre de 1956, pp. 391-419. Walter Reich plantea el problema contemporáneo de la sustancia del contrato entre el médico y el paciente cuando la enfermedad se transforma de curable en terminal y, por lo tanto, llega a su fin el "contrato de

se cuando la muerte se muestra en el rostro de su paciente,²⁰⁹ ha hecho de él un agente de la evasión o del disimulo descarado.²¹⁰ La falta de voluntad del paciente para morir a solas lo ata a una dependencia patética. Ha perdido ya la fe en su habilidad para morir, forma terminal que la salud puede adoptar, y ha convertido en importante tema de debate el derecho a que lo maten profesionalmente.²¹¹

En una orientación cultural hacia la muerte en los pabellones se entretejen varias expectativas no examinadas. La gente piensa que la hospitalización reducirá su dolor o que probablemente vivirá más tiempo en el hospital. Ninguna de estas cosas es cierta. De los admitidos en una condición terminal en la clínica británica promedio, 10% mueren el día de su llegada, 30% antes de una semana, 75% antes de un mes y 97% antes de tres me-

curar". Walter Reich, "The Physician's 'Duty, to preserve Life", *Hastings Center Report* 5, abril de 1975, pp. 14-15.

²⁰⁹ El reconocimiento de la *Facies Hippocratica*, los signos de la muerte que se acerca, que indicaban al médico el punto en que había que abandonar sus esfuerzos curativos, fue parte de los currícula médicos hasta fines del siglo XIX.

²¹⁰ Fred Davis, "Uncertainty in Medical Prognosis, Clinical and Functional", *American Journal of Sociology* 66, julio de 1960, pp. 41-47. Davis examina la conducta del médico cuando un pronóstico no favorable de lesión o muerte cobra certeza, y se encuentra con un amplio cultivo de incertidumbre por disimulo o evasión. El disimulo alimenta a cualquier doctor que profiere diagnósticos sin fundamento clínico para ganar una opinión favorable vendiendo placebo inocuos. La evasión, o el abstenerse de comunicar un pronóstico con fundamento clínico, mantiene a oscuras al paciente y a su familia, y los deja que se enteren "de cualquier manera" natural; permite al doctor evitar escenas y pérdidas de tiempo y emprender tratamientos que el paciente habría rechazado de saber que no pueden curarlo. La incertidumbre se cultivaba a menudo como una conspiración entre médico y paciente para evitar la aceptación de lo irreversible, una categoría que no encaja en su *ethos*.

²¹¹ Sissela Bok *et al.*, "The Dilemmas of Euthanasia", *Bioscience* 23, agosto de 1973, pp. 461-478. A menudo se pasa por alto el hecho de que la eutanasia, o terminación médica de la vida humana, no podría haber sido un problema importante antes de que se medicalizara la asistencia terminal. Por el momento, la mayor parte de la literatura ética y legal que se ocupa de la legitimidad y del estatus moral de tales contribuciones profesionales a la aceleración de la muerte tiene un valor limitado, debido a que no cuestiona el estatus legal y ético de la medicalización, que creó el problema en primer lugar. H. L. Hart, *Law, Liberty and Morality*, Stanford University Press, Stanford, Cal., 1963. Al argumentar que la ley debía tomar una posición neutral, tal vez Hart es el que llega más lejos en esta discusión. Por una parte, el disfraz de la ética asume la forma de una venta forzada de productos médicos literalmente a cualquier costo. Freeman afirma que "la muerte de un paciente no operado es un medio inaceptable de aliviar sufrimientos" no sólo para el paciente sino también para su familia. John M. Freeman, "Whose Suffering?", y Robert E. Cooke, "Is There a Right to Die - Quickly?", *Journal of Pediatrics* 80, mayo de 1972, pp. 904-908. Por otra parte, incluso quienes abogan en favor de la automedicación terminal con analgésicos proceden en la suposición de que en éste como en cualquier otro consumo de medicamentos, el paciente debe comprar lo que otro elige para él.

ses.²¹² En los hogares para asistencia terminal, 56% mueren en el curso de la semana en que ingresan. En el cáncer terminal, no existe diferencia en la expectativa de vida entre aquellos que fallecen en su casa y aquellos que mueren en el hospital. Sólo una cuarta parte de los pacientes con cáncer terminal necesita cuidados especiales en la casa, y eso únicamente durante sus últimas semanas. Para más de la mitad, el sufrimiento se reducirá a sentirse débiles e incómodos, y el dolor que haya puede por lo general aliviarse.²¹³ Pero al quedarse en casa evitan el exilio, la soledad y las indignidades que los aguardan en todo hospital, salvo casos excepcionales.²¹⁴ Los negros pobres en Estados Unidos parecen saber esto y perturban la rutina hospitalaria llevándose su muerte a casa. Los opiáceos no se obtienen sin receta. Los pacientes que durante meses o años sufren agudos dolores que los narcóticos podrían hacer tolerables, tienen igual probabilidad de que les nieguen medicamentos en el hospital como en la casa, no sea que vayan a crearse un hábito en su condición incurable pero no directamente fatal.²¹⁵ Finalmente, la gente cree que la hospitalización aumenta sus probabilidades de sobrevivir a una crisis. Con algunas excepciones bien definidas, también en este punto suele equivocarse. Actualmente, a causa de que la intervención crítica se centra en el hospital, mueren más personas de las que podrían salvarse con las técnicas superiores que el hospital ofrece. En los países pobres el número de niños muertos de cólera o diarrea ha aumentado en los últimos años porque no se les rehidrató a tiempo obligándolos a tragar una solución sencilla: la asistencia estaba centrada en la refinada rehidratación intravenosa en un hospital distante.²¹⁶ En los países ricos las muertes causadas por el uso de equipos de evacuación empiezan a equilibrar el número de vidas así salvadas. El "culto" al hospital no guarda relación alguna con sus logros.

Como cualquier otra industria en crecimiento, el sistema de salud dirige sus productos a donde la demanda parece ilimitada: en la defensa con-

²¹² John Hinton, *Dying*, Penguin Books, Baltimore, 1974. Versión española *Experiencias con el morir*, Ariel, Barcelona, 1975.

²¹³ Institute of Medicine of Chicago, *Terminal Care for Cancer Patients*, Central Service for the Chronically Ill., Chicago, 1950.

²¹⁴ David Sudnow, *Passing On: The Social Organization of the Dying*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1967. Descrito en su introducción como "saludable lectura para el lego cuyo contacto con la fase terminal de la vida humana se limita a encuentros ocasionales", este libro debería curar a cualquiera del deseo de recibir asistencia profesional.

²¹⁵ Exton-Smith, "Terminal Illness in the Aged".

²¹⁶ Para un sumario de diversos estudios, véase International Bank for Reconstruction and Development, *Health Sector Policy Paper*, Washington, marzo de 1975, p. 34.

tra la muerte. Un porcentaje creciente de fondos procedentes de nuevos impuestos se asigna a la tecnología que busca prolongar la vida de los pacientes terminales. Complejas burocracias seleccionan santurrónamente uno de cada seis o uno de cada tres norteamericanos amenazados por insuficiencia renal para mantenimiento dialítico. El paciente elegido se ve condicionado a desear el raro privilegio de morir en exquisito tormento.²¹⁷ Como un médico observa en un relato del tratamiento de su propia enfermedad, hay que invertir mucho tiempo y esfuerzo para prevenir el suicidio en el curso del primer año y a veces en el segundo que el riñón artificial puede agregar a la vida.²¹⁸ En una sociedad donde la mayoría muere bajo el control de la autoridad pública, las solemnidades que antes rodeaban el homicidio legalizado o la ejecución adornan el pabellón terminal. El suntuoso tratamiento de los comatosos ocupa el sitio que en otras culturas tiene la última comida o cena del sentenciado a muerte.²¹⁹

La fascinación pública por la asistencia y la muerte altamente tecnológicas puede entenderse como una arraigada necesidad de milagros fabricados. La asistencia intensiva es sólo la culminación de un culto público organizado en torno a un sacerdocio médico que lucha contra la muerte.²²⁰

²¹⁷ "Se necesita mejorar los riñones artificiales, como lo comprueba el hecho de que a menudo los pacientes urémicos empeoran subjetivamente durante un periodo posterior a la diálisis aunque su química sanguínea aparentemente se acerca a lo normal. Una explicación posible es la no remoción de un 'factor urémico' desconocido, o más probablemente la remoción no deseada de un factor necesario en la sangre, o que tal vez la máquina renal cause algún daño sutil a la sangre." Rushmer, *Medical Engineering*, p. 314.

²¹⁸ C. H. Calland, "Iatrogenic Problems in End-Stage Renal Failure", *New England Journal of Medicine* 287, 1972, pp. 334-338. Relato autobiográfico de un médico sujeto a este tratamiento terminal.

²¹⁹ Hans von Henting, *Vom Ursprung der Henkersmahlzeit*, Mohr, Tübinga, 1958. La medicalización de la muerte ha aumentado enormemente el porcentaje de personas cuya muerte ocurre bajo control burocrático. En su estudio enciclopédico del desayuno que el verdugo ofrece al condenado, Henting concluye que existe una honda necesidad de prodigar favores a las personas que van a morir bajo el control público. Generalmente adopta la forma de una comida suntuosa. Incluso durante la primera Guerra Mundial los soldados todavía intercambiaban cigarrillos, y el jefe del escuadrón ofrecía un último cigarrillo. El tratamiento terminal se ha despersonalizado en la guerra, en la prisión y en el hospital. El cuidado intensivo de los moribundos puede verse también como un regalo fúnebre para los insepultos.

²²⁰ Stephen R. Strickland, *Politics, Science and Dread Disease: A Short History of the United States Medical Research Policy*, Commonwealth Fund Series, Harvard University Press, Cambridge, 1972. Strickland describe cómo la política de investigación médica del gobierno estadounidense se echó a andar en 1927 cuando un senador propuso ofrecer una recompensa de cinco millones de dólares a quien atrapara al peor de los asesinos, es decir, el cáncer. Cuenta la historia del auge en las investigaciones sobre el cáncer. El gobierno norteamericano gasta actualmente en ellas más de 500 millones de dólares por año.

La buena disposición del público para financiar estas actividades expresa un deseo de contar con las funciones no técnicas de la medicina. Las unidades de tratamiento intensivo para cardíacos, por ejemplo, ofrecen una gran vistosidad y ninguna ganancia estadística comprobada para atender a los enfermos. Requieren tres veces el equipo y cinco veces el personal necesario para la atención normal de los pacientes; 12% de todas las enfermeras tituladas de Estados Unidos trabaja en esta medicina heroica. La vistosa empresa se sustenta, como las liturgias de antaño, en la extorsión de impuestos, en la solicitud de donativos y en la procuración de víctimas. Se han utilizado muestras tomadas al azar, en gran escala, para comparar las tasas de recuperación y mortalidad de los pacientes atendidos en estas unidades con las de pacientes que han recibido tratamiento en casa. Las primeras no han demostrado ventaja alguna hasta ahora. Los propios pacientes que han sufrido infarto cardíaco tienden a expresar su preferencia por atención en el hogar. El hospital les asusta, y en una crisis preferirían estar más cerca de la gente que conocen. Cuidadosas observaciones estadísticas confirman su intuición: la más alta mortalidad entre aquellos que reciben el beneficio de la asistencia mecánica en el hospital se adjudica generalmente al terror.²²¹

Magia negra

La intervención técnica en el acomodo físico y bioquímico del paciente o de su medio no es, ni ha sido nunca, la única función de las instituciones médicas.²²² Remover agentes patógenos y aplicar remedios, eficaces o no, de ninguna manera son las únicas formas de mediar entre el hombre y su dolencia. Incluso en aquellas circunstancias en que el médico posee el equi-

²²¹ H. G. Mather *et al.*, "Acute Myocardial Infarction: Home and Hospital Treatment", *British Medical Journal*, 1971, núm. 3, pp. 334-338.

²²² John Powles ha utilizado este argumento; véase "On the Limitations of Modern Medicine", en *Science, Medicine and Man*, Pergamon, Londres, 1973, vol. 1, pp. 1-30. Una proporción grande y creciente de la masa contemporánea de enfermedades la produce el hombre; no es mucho lo que progresa como estrategia la intervención mediante aparatos en las personas enfermas. Sólo puede explicarse que se insista en ese proceder si sirve para finalidades no técnicas. Los rendimientos decrecientes dentro de la medicina constituyen una manifestación concreta de una crisis más amplia en la relación del hombre industrial con su ambiente. Jean Pierre Dupuy y Serge Karsenty, "La logique cachée de la croissance de l'institution médicale" (no hay datos de la publicación), núm. 3, verano de 1975, pp. 179-202. Describe los mecanismos económicos que han hecho del sistema de protección de la salud una empresa dedicada primordialmente a la producción y consumo de símbolos.

po necesario para interpretar el papel técnico al que aspira, inevitablemente cumple también funciones religiosas, mágicas, éticas y políticas. En cada una de estas funciones el médico contemporáneo es más patógeno que curativo o que simplemente anodino.

La magia o la curación mediante ceremonias es ciertamente una de las funciones tradicionales importantes de la medicina.²²³ En la magia, el curandero manipula la escena y el foro. En forma un tanto impersonal establece una relación *ad hoc* entre su propia persona y un grupo de individuos. La magia surte efecto siempre y cuando las intenciones del paciente y del mago coincidan,²²⁴ si bien la medicina científica tardó un tiempo considerable en reconocer a sus propios practicantes como magos eventuales. Para distinguir el ejercicio profesional de magia blanca de la función del médico como ingeniero, y para evitarle el cargo de ser un charlatán, se creó el término "placebo". Cada vez que una píldora de azúcar funciona porque un médico la administra, esa píldora actúa como placebo. Un placebo (en latín, "yo complaceré") place no sólo al paciente sino también al médico que lo administra.²²⁵

En las culturas elevadas, la medicina religiosa es algo muy distinto de la magia.²²⁶ Las principales religiones refuerzan la resignación al infortunio y ofrecen una lógica, un estilo y un marco comunitario donde el sufrimiento puede convertirse en un desempeño digno. Las oportunidades ofrecidas por la aceptación del sufrimiento pueden explicarse de manera diversa en cada una de las grandes tradiciones: como karma acumulado en encarnaciones pasadas; como una invitación al islam, el que se rinde a Dios, o como una oportunidad de estrechar relaciones con el Salvador en la Cruz. La gran religión estimula la responsabilidad personal de sanar, en-

²²³ M. Bartels, *Die Medizin der Naturvölker*, Grieben, Leipzig, 1893. Un clásico sobre el elemento mágico en la medicina de los pueblos primitivos.

²²⁴ William J. Goode, "Religion and Magic", en Goode (comp.), *Religion Among the Primitives*, Free Press, Nueva York, 1951, pp. 50-54.

²²⁵ Sobre la historia de los estudios médicos del efecto de placebo y la evolución del término, véase Arthur K. Shapiro, "A Contribution to a History of the Placebo Effect", *Behavioral Sciences* 5, abril de 1960, pp. 109-135.

²²⁶ La distinción entre la eliminación mágica, la interpretación religiosa o la socialización ética del sufrimiento y su manipulación técnica y control legal merece un análisis mucho más detallado. Introduzco estas distinciones sólo para dejar en claro que: 1) la técnica médica sí tiene efectos no técnicos, 2) algunos de los cuales no pueden considerarse como externalidades económicas o sociales, 3) porque influyen específicamente en los niveles de salud. 4) Estas funciones latentes relacionadas con la salud tienen una estructura compleja, de muchas capas, y 5) lo más frecuente es que estropeen la salud.

vía ministros a impartir un consuelo, pomposo a veces y a veces efectivo, proporciona santos como modelo, y suele establecer un contacto para la práctica de la medicina popular. En nuestro tipo de sociedad secular, las organizaciones religiosas conservan sólo una pequeña parte de sus antiguas funciones rituales curativas. Un católico devoto puede derivar fuerza íntima de la oración personal, algunos grupos marginales de gente recién llegada a São Paulo pueden rutinariamente curar sus úlceras a través de cultos de danza afrolatina, y los indios del valle del Ganges buscan aún la salud cantando los Vedas. Pero tales cosas poseen sólo un remoto paralelo en las sociedades que superan cierto PNB per cápita. En estas sociedades industrializadas las instituciones seculares rigen las principales ceremonias creadoras de mito.²²⁷

Los distintos cultos de la educación, el transporte y la comunicación masiva promueven, bajo nombres diferentes, el mismo mito social que Voeglin²²⁸ describe como gnosis contemporánea. Una visión gnóstica del mundo y el culto correspondiente poseen seis características comunes: 1) la practican miembros de un movimiento que están insatisfechos con el mundo tal cual es porque lo consideran intrínsecamente mal organizado. Los adherentes están 2) convencidos de que la salvación de este mundo es posible 3) al menos para los elegidos, y que 4) tal salvación puede producirse en la generación presente. Los gnósticos creen asimismo que la salvación depende 5) de acciones técnicas reservadas 6) para los iniciados que monopolizan la fórmula especial de la salvación. Todas estas creencias religiosas subyacen en la organización social de la medicina tecnológica, que a su vez ritualiza y celebra el ideal de progreso del siglo XIX. Otra de las más importantes funciones no técnicas de la medicina es más ética que mágica, más secular que religiosa. No depende de una conspiración en la que el hechicero participa con su adepto, ni de los mitos que el sacerdote configura, sino de la forma que la cultura médica da a las relaciones interpersonales. La medicina puede organizarse de modo que motive a la comunidad a tratar al frágil, al decrepito, al tierno, al lisiado, al deprimido y al maniaco de manera más o menos personal. Fomentando cierto tipo de carácter so-

²²⁷ Al hablar aquí de mitos me refiero a modelos de conducta que poseen la capacidad de generar entre los participantes una ceguera para, o una tolerancia a, la divergencia entre la racionalización reforzada por la celebración del ritual y las consecuencias sociales producidas por esta misma celebración, que están en contradicción directa con el mito. Para un análisis véase Max Gluckman, *Order and Rebellion in Tribal Africa*, Free Press, Nueva York, 1963.

²²⁸ Eric Voeglin, *Science, Politics and Gnosticism*, trad. William Fitzpatrick, Regnery, Chicago, 1968.

cial, una medicina de la colectividad podría disminuir eficazmente el sufrimiento de los enfermos al asignar a todos los miembros de la comunidad un papel activo en la tolerancia compasiva y en la ayuda generosa a los débiles.²²⁹ La medicina podría regular las relaciones de amistad de la colectividad.²³⁰ Las culturas donde la compasión para los desafortunados, la hospitalización para los inválidos, la tolerancia con los perturbados y el respeto hacia los ancianos se han desarrollado poseen en gran medida la posibilidad de integrar a la mayoría de sus miembros a la vida diaria.

Los curanderos pueden ser sacerdotes de los dioses, dadores de las leyes, magos, mediums, barberos-farmacéuticos o consejeros científicos.²³¹ Ningún nombre común que se aproximara siquiera a la gama semántica abarcada por nuestra palabra "médico" existía en Europa antes del siglo XIX.²³² En Grecia el componedor, usado sobre todo para los esclavos, ganó respeto en fecha temprana, aunque no se hallara en el mismo plano que el filósofo curandero ni incluso que el gimnasta para los libres.²³³ En la Roma republicana, los especialistas en curar eran un grupo de mala reputación. Las leyes sobre la dotación de agua, el drenaje, la eliminación de basura y el entrenamiento militar, combinadas con el culto estatal de los dioses curativos, se consideraban suficientes; ni el brebaje de la abuela ni el soldado sanitario del ejército eran dignificados por ninguna atención especial. Hasta que Julio César otorgó la ciudadanía al primer grupo de asclepiades en 46 a.C., este privilegio se les rehusó a los médicos y sacerdotes curanderos griegos.²³⁴ Los árabes honraban al médico;²³⁵ los judíos deja-

²²⁹ El ordenamiento social de la compasión, el nutrimiento y la celebración ha sido el aspecto más eficaz de la medicina primitiva; véase Erwin H. Ackerknecht, "Natural Diseases and Rational Treatment in Primitive Medicine", *Bulletin of the History of Medicine* 19, mayo de 1946, pp. 467-497.

²³⁰ Richard M. Titmuss, *The Gift Relationship*, Pantheon, Nueva York, 1971, compara el mercado de sangre humana bajo el sistema comercial estadounidense y el socializado británico, muestra la inmensa superioridad de las transfusiones sanguíneas inglesas, y argumenta que la mayor eficacia del sistema británico se debe a un nivel más bajo de comercialización.

²³¹ Sólo en la época de Chaucer apareció un hombre común para todos los que curaban; Vern L. Bullough, "Medical Study at Medieval Oxford", *Speculum* 36, 1961, pp. 600-612.

²³² "The Term 'Doctor'", *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences* 18, 1963, pp. 284-287.

²³³ Louis Cohn-Haft, *The Public Physician of Ancient Greece*, Smith College, Northampton, Mass., 1956.

²³⁴ Adalberto Pazzini, *Storia della medicina*, 2 vols., Società Editrice Librai, Milán, 1947.

²³⁵ Sobre la medicina árabe en general, consúltase Lucien Leclerc, *Histoire de la médecine arabe: Exposé complet des traductions du grec: Les Sciences en Orient, leur transmission à l'Occident par les traductions latines*, 2 vols., 1876; reimp. Franklin, Nueva York, 1971; Manfred

ban a la habilidad del gueto la asistencia a la salud o bien, movidos por remordimientos, llamaban al médico árabe.²³⁶ Las diversas funciones de la medicina se combinaban en formas diferentes dentro de papeles diferentes. La primera ocupación en monopolizar la asistencia a la salud es la del médico del siglo xx tardío.

Paradójicamente, cuanto más atención se concentra en el dominio técnico de la enfermedad, mayor se hace la función simbólica no técnica ejecutada por la tecnología médica. Mientras menos pruebas hay de que una cantidad mayor de dinero aumenta la tasa de supervivencia en una rama dada del tratamiento del cáncer, más dinero se destina a las divisiones médicas desplegadas en ese teatro específico de operaciones. Sólo metas no relacionadas con el tratamiento, tales como empleos para los especialistas, igualdad de acceso para los pobres, consolación simbólica de los pacientes o experimentación con humanos, pueden explicar la expansión de la cirugía del cáncer pulmonar durante los últimos 25 años. No sólo batas blancas, máscaras, antisépticos y sirenas de ambulancia, sino ramas enteras de la medicina, continúan financiándose porque se les ha investido de un poder no técnico, por lo general simbólico.

Lo quiera o no, el médico moderno se ve de este modo forzado a asumir funciones simbólicas no técnicas. Las funciones no técnicas prevalecen en la extirpación de adenoides: más de 90% de todas las tonsilectomías hechas en Estados Unidos son técnicamente innecesarias, pero aún así de 20 a 30% de todos los niños son todavía sometidos a la operación. Uno de cada 1 000 muere directamente a causa de ella y 16 de cada 1 000 sufren complicaciones graves. Todos pierden valiosos mecanismos de inmunidad. Todos se ven sujetos a la agresión emotiva: se les encierra en el hospital, se les separa de sus padres y se les inicia en la injustificada y a menudo pomposa crueldad de la institución médica.²³⁷ El niño aprende a verse expuesto ante técnicos que, en su presencia, utilizan un lenguaje extraño en el

Ullman, *Die Medizin im Islam*, Brill, Leiden, 1970, una guía exhaustiva. Pero véase también el juicio de Ibn Jaldún, *Muqaddimah: An Introduction to History*, trad. Franz Rosenthal, Bollingen Series XLIII, 3 vols., Princeton University Press, Princeton, N. J., 1967. Para una revisión crítica de las aportaciones árabes a la imagen occidental del médico, véase Heinrich Schipperges, "Ideologie und Historiographie des Arabismus", *Sudoffs Archiv*, supl. 1, 1961.

²³⁶ Jacob Marcus, *Communal Sick-Care in the German Ghetto*, Habrew Union College Press, Cincinnati, 1947. Este libro nos da razones para sentir remordimiento por confiar en extraños.

²³⁷ S. D. Lipton, "On Psychology of Childhood Tonsillectomy", en R. S. Eissler *et al.* (comps.), *Psychoanalytic Study of the Child*, International University Press, Nueva York, 1962, núm. 17, pp. 363-417.

cual formulan juicios acerca de su cuerpo; le infunden la idea de que unos extraños pueden invadir su cuerpo por razones que sólo ellos conocen, y le hacen sentir orgullo de vivir en un país donde el seguro social paga esas iniciaciones médicas a la realidad de la vida.²³⁸

La participación física en un ritual no es condición necesaria para ser iniciado en el mito que el propósito espiritual está organizado para generar. Los deportes médicos espectaculares arrojan conjuros poderosos. Por casualidad me hallaba en Rio de Janeiro y en Lima cuando el doctor Christian Barnard pasaba por esas ciudades. En ambas pudo llenar, dos veces en un día, el principal estadio de fútbol con multitudes que aclamaban histéricamente su macabra pericia para intercambiar corazones humanos. Los tratamientos médicos milagrosos de esta índole impresionan a todo el mundo. Su efecto alienante llega a personas que no tienen acceso a una clínica de barrio, y mucho menos a un hospital. Les proporciona una garantía abstracta de que es posible la salvación a través de la ciencia. La experiencia en el estadio de Rio me preparó para la evidencia que poco después me mostraron y que probaba que la policía brasileña ha sido hasta ahora la primera en usar equipos para prolongar la vida en la tortura de prisioneros. Tal abuso extremo de las técnicas médicas parece grotescamente coherente con la ideología dominante de la medicina.

La inintencionada influencia no técnica que la tecnología médica ejerce sobre la salud de la sociedad puede, claro está, ser positiva.²³⁹ Una inyección innecesaria de penicilina puede restaurar mágicamente la salud y el apetito.²⁴⁰ Una operación contraindicada puede resolver un problema marital y reducir los síntomas de enfermedad en ambos miembros de la pareja.²⁴¹ No sólo las píldoras de azúcar del médico, sino incluso sus venenos,

²³⁸ Julius A. Roth, "Ritual and Magic in the Control of Contagion", *American Sociological Review* 22, junio de 1957, pp. 310-314. Describe cómo los médicos llegan a creer en la magia. La creencia en el peligro de contagio por los pacientes de tuberculosis conduce a procedimientos ritualizados y prácticas irracionales. Por ejemplo, las reglas que obligan a los pacientes a usar máscaras protectoras se hacen cumplir estrictamente cuando van a los servicios de rayos X, pero no cuando asisten al cine o a reuniones sociales.

²³⁹ Arthur K. Shapiro, "Factors Contributing to the Placebo Effect: Their Implications for Psychotherapy", *American Journal of Psychotherapy* 18, supl. 1, marzo de 1964, pp. 73-88.

²⁴⁰ Otto Lippross, *Logik und Magie in der Medizin*, Lehmann, Munich, 1969, pp. 198-218. Lippross argumenta y documenta su creencia de que la curación más eficaz depende de la elección por el médico de un método que se avenga mejor con su personalidad. Para bibliografía, véase pp. 196-218.

²⁴¹ Henry K. Beecher, "Surgery as Placebo: A Quantitative Study of Bias", *Journal of the American Medical Association* 176, 1961, pp. 1102-1107. Hace mucho tiempo que se sabe que

pueden ser potentes placebos. Pero no es éste el resultado prevaleciente de los efectos secundarios no técnicos de la tecnología médica. Es posible argumentar que precisamente en esas áreas estrechas donde la medicina de alto costo ha adquirido mayor eficacia específica, sus efectos secundarios simbólicos han llegado a ser una tremenda negación de la salud:²⁴² la tradicional magia blanca que apoyaba los propios esfuerzos del paciente se ha vuelto negra.²⁴³

En gran medida, la iatrogénesis social puede explicarse como un placebo negativo, como un efecto de *nocebo*.²⁴⁴ En forma avasalladora, los efectos secundarios no técnicos de la intervención biomédica ocasionan un fuerte daño a la salud. La intensidad de la influencia mágica negra de un procedimiento médico no depende de su eficacia técnica. El efecto del *nocebo*, como el del placebo, es en buena parte independiente de lo que el médico haga.

Los procedimientos médicos se vuelven *magia negra* cuando, en vez de movilizar los poderes de autocuración, transforman al hombre enfermo en un yerto y mistificado *voyeur* de su propio tratamiento. Los procedimientos médicos se hacen *religión malsana* cuando se les realiza como rituales que enfocan toda la expectativa del enfermo en la ciencia y sus funcionarios, en vez de darle valor para buscar una interpretación poética a su dificultad o para encontrar un ejemplo admirable en alguna persona —vecina o muerta hace tiempo— que aprendió a sufrir. Los procedimientos médicos multiplican la dolencia por degradación moral cuando aíslan al enfermo en un ambiente profesional en vez de proporcionar a la colectividad los

la cirugía puede tener en el paciente efectos de placebo. Argumento aquí que efectos similares pueden transmitirse sociopolíticamente a través de intervenciones altamente visibles.

²⁴² Gerhard Kienle, *Arzneimittelsicherheit und Gesellschaft: Eine Kritische Untersuchung*, Schattauer, Stuttgart, 1974, señala esto mismo pero sólo se ocupa del sector de la tecnología médica relacionado con la farmacología.

²⁴³ Henry K. Beecher, "Nonspecific Forces Surrounding Disease and the Treatment of Disease", *Journal of the American Medical Association* 179, 1962, pp. 437-440. "Cualquier temor puede matar, pero un diagnóstico temible casi garantiza la muerte por diagnóstico." Walter B. Cannon, "Voodoo Death", *American Anthropologist* 44, abril-junio de 1942, pp. 169-181. Las víctimas de la magia haitiana sufren temores ominosos y persistentes, que causan una intensa acción del sistema simpático-adrenal y un súbito descenso de la presión arterial que produce la muerte.

²⁴⁴ R. C. Pogue, "The Toxic Placebo", *Medical Times* 91, agosto de 1963, pp. 778-781. S. Wolf, "Effects of Suggestion and Conditioning on the Action of Chemical Agents in Human Subjects: The Pharmacology of Placebos", *Journal of Clinical Investigation* 29, enero de 1950, pp. 100-109. G. Herzhaft, "L'Effect nocebo", *Encéphale* 58, noviembre-diciembre de 1969, pp. 486-503.

motivos y las disciplinas que acrecientan la tolerancia social hacia los afligidos. Los estragos mágicos, los daños religiosos y la *degradación moral* generados bajo el pretexto de un empeño biomédico son mecanismos cruciales que contribuyen a la iatrogénesis social. A todos los amalgama la medicalización de la muerte.

Cuando los médicos instalaron tienda por primera vez fuera de los templos en Grecia, la India y China, dejaron de ser curanderos. Cuando reclamaron un poder racional sobre la enfermedad, la sociedad perdió el sentido de este personaje complejo y de su poder de curación integrada que el hechicero-chamán o curandero había proporcionado.²⁴⁵ Las grandes tradiciones de curación médica habían dejado la cura milagrosa a los sacerdotes y reyes. La casta que gozaba del favor de los dioses podía invocar su intervención. A la mano que blandía la espada se atribuyó el poder de someter no sólo al enemigo sino también al espíritu. Hasta el siglo XVIII el rey de Inglaterra imponía sus manos cada año sobre los afligidos de tuberculosis facial a quienes los médicos se sabían incapaces de curar.²⁴⁶ Los epilépticos, cuyos males resistían incluso el contacto de su Majestad, se refugiaban en el poder curativo que emanaba de las manos del verdugo.²⁴⁷

Con el surgimiento de la civilización médica y los gremios curativos, los médicos se distinguieron de los charlatanes y de los sacerdotes por conocer los límites de su arte. Hoy día la institución médica está reclamando de nuevo el derecho de practicar curas milagrosas. La medicina mantiene su autoridad sobre el paciente incluso cuando la etiología es incierta, el pronóstico desfavorable y el tratamiento de naturaleza experimental. El intento de realizar un "milagro médico" es la mejor defensa contra el fracaso, puesto que los milagros pueden esperarse pero, por definición, no pueden garantizarse. El monopolio radical sobre la asistencia a la salud que el médico contemporáneo reclama lo fuerza ahora a reasumir funciones go-

²⁴⁵ Erwin Ackerknecht, "Problems of Primitive Medicine", en William A. Lessa y Evon Z. Vogt, *Reader in Comparative Religion*, Harper and Row, Nueva York, 1965, cap. 8, pp. 394-402. Ackerknecht ofrece un importante correctivo al prejuicio parsoniano de que todas las sociedades incorporan en el que cura un tipo especial de poder. Muestra que el curandero y el médico moderno son antagonistas más que colegas: ambos se ocupan de la enfermedad, pero en todos los otros aspectos son diferentes.

²⁴⁶ Marc Bloch, *The Royal Touch: Sacred Monarchy and Scrofula in England and France*, trad. J. E. Anderson, McGill-Queens University Press, Montreal, 1973.

²⁴⁷ Werner Danckert, *Unehrliche Leute: Die verfeimten Berufe*, Francke, Berna, 1963. Trata de los poderes curativos tradicionalmente atribuidos a parias y marginados, como los verdugos, los sepultureros, las prostitutas y los molineros. Wolfgang Dau, "Schafrichter und Henker als Medici und Chirugi", *Materia Medica*, Nordmark, 15, 1963, pp. 338-350.

bernantes sacerdotales y que sus ancestros abandonaron al especializarse como técnicos.

La medicalización del milagro proporciona una ulterior perspectiva de la función social de la asistencia terminal. Al paciente se le ata y controla como a un astronauta y luego se le exhibe por televisión. Estas heroicas hazañas sirven como danzas propiciatorias para millones y como liturgias en las cuales las esperanzas reales de una vida autónoma se transmutan en la falsa idea de que los médicos nos proporcionarán salud del espacio exterior.

Las mayorías de pacientes

Cuando el poder diagnóstico de la medicina multiplica a los enfermos en número excesivo, los profesionales médicos ceden la administración del sobrante a oficios y ocupaciones no médicas. Al desecharlos, los señores de la medicina se libran de la molestia de la atención de bajo prestigio e invisten a policías, maestros o jefes de personal con un poder médico derivativo. La medicina conserva la autonomía sin trabas para definir lo que constituye la enfermedad, pero deja a otros la tarea de hurgar en busca de enfermos y de proveer para sus tratamientos. Sólo la medicina sabe qué constituye la adicción, aunque se supone que los policías saben cómo controlarla. Sólo la medicina puede definir la lesión cerebral, pero permite que los maestros estigmaticen y administren a los cojos con dos piernas. Cuando la necesidad de disminuir las metas médicas se discute en la literatura de la profesión, suele tomar la forma de planes para descargar pacientes. ¿Por qué no empujar al recién nacido y al moribundo, al etnocéntrico, al sexualmente inadecuado, al neurótico y a cualquier otra víctima del fervor del diagnóstico, que carezcan de interés y quiten tiempo, más allá de las fronteras de la medicina y transformarlos en clientes de abastecedores terapéuticos no médicos: trabajadoras sociales, programadores de televisión, psicólogos, jefes de personal y consejeros sexuales?²⁴⁸ Esta proliferación de nuevos modelos de asistentes sociales, ahora con sabor a medicina, ha creado un nuevo marco para definir a todos sus asistidos como "enfermos".

²⁴⁸ Dominique Wolton, *Le Nouvel Ordre sexuel*, Seuil, París, 1974, describe el resultado de la revolución sexual francesa: una nueva "sexocracia" formada por médicos, militantes, educadores y farmacéuticos ha secularizado y escolarizado la sexualidad francesa y "al sujetar la conciencia del cuerpo a la administración ortopédica ha reproducido al beneficiado de la asistencia pública incluso en este dominio íntimo".

Toda sociedad necesita, para ser estable, la desviación certificada. Las personas de aspecto extraño o conducta rara son subversivas hasta que sus rasgos comunes han recibido un nombre formal y su alarmante conducta se ha clasificado en un casillero reconocido. Al asignarles un nombre y un papel, los excéntricos misteriosos e inquietantes se domestican, convirtiéndose en excepciones previsibles a las que se puede mimar, evitar, reprimir o expulsar. En la mayoría de las sociedades hay ciertas personas que asignan papeles a los que se salen de lo común; de acuerdo con la prescripción social prevaleciente, suelen ser aquellas que poseen un conocimiento especial acerca de la naturaleza de la desviación:²⁴⁹ ellos deciden si el desviado está poseído por un espíritu, dirigido por un dios, infectado por un veneno, castigado por sus pecados o si ha sido víctima de la venganza de un brujo. El agente que reparte estas etiquetas no tiene necesariamente que ser comparable con la autoridad médica: puede tener poder jurídico, religioso o militar. Al nombrar al espíritu que subyace en la desviación, la autoridad coloca al desviado bajo el control del lenguaje y de las costumbres y lo convierte, de una amenaza en un apoyo del sistema social. Socialmente, la etiología se cumple por sí misma: si se piensa que la enfermedad sagrada tiene como causa la posesión divina, el dios habla en el ataque epiléptico.²⁵⁰

Cada civilización define sus propias desviaciones.²⁵¹ Lo que en una es enfermedad, en otra puede ser anomalía cromosómica, delito, santidad o pecado. Cada cultura crea su propia respuesta a la enfermedad. Por el mismo síntoma de robo compulsivo uno puede ser ejecutado, tratado hasta la muerte, exiliado, hospitalizado o socorrido con limosnas o dinero público. Aquí los ladrones se ven forzados a usar ropas especiales; allá a hacer penitencia; en otras partes, a perder un dedo o bien a ser tratados a través de la magia o del choque eléctrico. Postular para cada sociedad una forma de desviación específicamente "enferma", incluso con mínimas características comunes,²⁵² es una labor azarosa. La asignación contemporá-

²⁴⁹ Henry E. Sigerist, *Civilization and Disease*, University of Chicago Press, Chicago, 1970.

²⁵⁰ Para referencias complementarias, véanse las notas 15-18 de este capítulo, pp. 568-569.

²⁵¹ T. F. Troels-Lund, *Gesundheit und Krankheit in der Anschauung alter Zeiten*, Leipzig, 1901, es un antiguo estudio sobre las fronteras cambiantes de la enfermedad en diferentes culturas. Walter Riese, *The Conception of Disease: Its History, Its Version and Its Nature*, Philosophical Library, Nueva York, 1953, intenta una epistemología filosófica. Para orientación sobre la evolución de la discusión reciente véase David Mechanic, *Medical Sociology: A Selective View*, Free Press, Nueva York, 1968, especialmente pp. 33 y ss.

²⁵² Como un solo ejemplo de una sociedad sin la función asclepiádea, véase Charles O. Frake, "The Diagnosis of Disease Among the Subanum of Mindanao", *American Anthropologist* 63, 1961, pp. 11-32. En la esfera de tomar decisiones respecto a las enfermedades, se recono-

nea de papeles de enfermo es de índole única. No se desarrolló más allá de una generación antes de que Henderson y Parsons la analizaran.²⁵³ Define la desviación como la conducta legítima especial de consumidores oficialmente seleccionados dentro de un medio industrial.²⁵⁴ Incluso si hubiera algo que decir en favor de la tesis de que en todas las sociedades ciertas personas son, por así decirlo, puestas temporalmente fuera de servicio y mimadas mientras se les repara, el contexto dentro del cual esta exención opera en otras partes no puede compararse con el del Estado que posee servicios sociales. Cuando él asigna el estatus de enfermo a un cliente, el médico contemporáneo puede realmente estar actuando en algunos aspectos en forma similar al curandero o al anciano; pero al pertenecer asimismo a una profesión científica que *inventa* las categorías que asigna en la consulta, el médico moderno es totalmente distinto al curandero. Los curanderos se dedicaban a la ocupación de curar y ejercían el arte de distinguir a los espíritus malignos entre sí. No eran profesionales ni tenían poder para inventar nuevos demonios. Paradójicamente estos ejércitos burocráticos, armados cada uno para dar forma específica a la inhabilidad que "cura" en Estados Unidos, reciben eufemísticamente el nombre de profesiones "habilitantes" (*enabling professions*).

Los papeles disponibles para un individuo siempre han sido de dos clases: aquellos que fijó la tradición cultural y aquellos que son resultado de la organización burocrática. En todos los tiempos la innovación ha significado un incremento relativo de estos últimos, creados racionalmente. Sin duda, los papeles ingenieriles los podría recuperar la tradición cultural. Sin duda, una distinción nítida entre las dos clases de papel es difícil de ha-

cen diferencias en destrezas y conocimientos individuales, pero no hay una categoría formal de diagnosticadores y ni siquiera, según el concepto de Subanum, de gente que cura.

²⁵³ Lawrence J. Henderson, "Physician and Patient as a Social System", *New England Journal of Medicine* 212, 1936, pp. 819-823, fue quizás el primero en sugerir que el médico exonera al enfermo de responsabilidad moral por su dolencia. Para la formulación clásica del papel del enfermo moderno, casi amoral, véase Talcott Parsons, "Illness and the Role of the Physician" (originalmente de 1948), en Clyde Kluckhohn y Henry Murray (comps.), *Personality in Nature, Society and Culture*, ed. rev., Knopf, Nueva York, 1953.

²⁵⁴ David Robinson, *The Process of Becoming Ill*, Routledge, Londres, 1971, descubre una debilidad fundamental en la mayoría de los estudios realizados hasta ahora sobre el papel del enfermo: están basados en personas que finalmente se convirtieron en pacientes, y tratan a la persona, que se siente mal pero que no va al médico, como a alguien que se *demora*. Robinson rechaza la idea de que la presentación de síntomas al profesional constituya el punto reconocido en que comienza la enfermedad. La mayoría de las personas no son pacientes la mayor parte del tiempo que se sienten enfermas. El autor estudia empíricamente el comportamiento enfermo de los no pacientes.

cer. Pero en líneas generales, el papel de enfermo tenía la tendencia hasta hace poco a inscribirse en la clase tradicional.²⁵⁵ Sin embargo, durante el último siglo, lo que Foucault ha llamado la nueva visión clínica alteró las proporciones.

El médico ha abandonado cada vez más su papel de moralista para asumir el de iluminado empresario científico. Exonerar a los enfermos de tener que dar cuenta de su mal se ha convertido en una tarea predominante, y para tal propósito se han configurado nuevas categorías científicas de enfermedad. La escuela de medicina y la clínica proporcionan la atmósfera en la que, a sus ojos, la enfermedad puede convertirse en una tarea para la técnica biológica o social; sus pacientes aún traen al pabellón sus interpretaciones religiosas y cósmicas así como los legos que otrora llevaban sus preocupaciones seculares al servicio dominical en la iglesia.²⁵⁶ Pero el papel de enfermo descrito por Parsons se ajusta a la sociedad moderna únicamente mientras los médicos actúen como si el tratamiento fuera habitualmente eficaz y el público general estuviera dispuesto a compartir esta optimista visión.²⁵⁷ La categoría de enfermo del siglo xx se ha vuelto inadecuada para describir lo que ocurre en un sistema médico que reclama autoridad sobre personas que aún no están enfermas, sobre personas que razonablemente no pueden esperar alivio, y aquellas para quienes los médicos no tienen un tratamiento más eficaz que el que podrían ofrecer sus

²⁵⁵ La distinción entre la *cura intransitiva* realizada por el paciente y la *cura transitiva* que se le provee debe refinarse aún más. Esta última, un servicio al paciente, puede proveérsele de dos formas profundamente distintas. Puede ser el producto de una institución y de sus funcionarios que ejecutan políticas, o puede ser el resultado de una interacción personal y espontánea dentro de un escenario cultural. La distinción ha sido elaborada por Jacques Ellul, *The Technological Society*, Random House, Nueva York, 1964. Su concepto de los "valores institucionalizados" ha sido tema de análisis de un simposio: *Katallagete* (Reconciliáos): *Journal of the Committee of Southern Churchmen* 2, invierno-primavera de 1970, pp. 1-65. La fenomenología de la asistencia personal ha sido desarrollada por Milton Mayeroff, *On Caring*, Harper and Row, Nueva York, 1971.

²⁵⁶ Renée Fox, *Experiment Perilous: Physicians and Patients Facing the Unknown*, Free Press, Glencoe, Ill., 1959, estudia enfermos en estado terminal que han dado su consentimiento para ser utilizados como sujetos de experimentos médicos. No obstante la explicación lógica y racional de su enfermedad, ellos también se aferran a sus padecimientos en términos religiosos, cósmicos y sobre todo morales.

²⁵⁷ La enfermedad llega a estar asociada con altos niveles de vida y grandes expectativas. En los seis primeros meses de 1970 se perdieron cinco millones de días laborables en la Gran Bretaña a causa de conflictos industriales. Esa cifra ha sido superada en sólo dos años desde la huelga general de 1926. En comparación, más de 300 millones de días laborables se perdieron por ausencias amparadas en certificados de enfermedad. Office of Health Economics, *Off sick*, Londres, OHE, 1971.

tíos o tías. La experta selección de unos cuantos recipientes de mimos institucionales fue un modo de usar la medicina para el propósito de estabilizar una sociedad industrial.²⁵⁸ Aseguraba el acceso fácilmente regulado de los anormales a niveles anormales de fondos públicos. Mantenidos dentro de ciertos límites, durante la primera parte del siglo xx los mimos otorgados a los desviados "fortalecieron" la cohesión de la sociedad industrial. Pero rebasado un punto crítico, el control social ejercido a través del diagnóstico de necesidades ilimitadas destruyó su propio fundamento.²⁵⁹ Ahora se presupone que el ciudadano está enfermo mientras no se le compruebe sano.²⁶⁰ En una sociedad triunfalmente terapéutica, todo el mundo puede convertirse en terapeuta y convertir a alguien más en su cliente.

La función del médico se ha vuelto confusa.²⁶¹ Las profesiones de la salud han llegado a amalgamar los servicios clínicos, la ingeniería de salud

²⁵⁸ Clarence Karier, "Testing for order and control in the Corporate Liberal State", en *Educational Theory*, vol. 22, núm. 2, primavera de 1972, ha mostrado el papel que desempeñó la Fundación Carnegie desarrollando materiales para pruebas de educación que pueden utilizarse para el control social en situaciones donde se ha desintegrado la capacidad de las escuelas para realizar esa tarea. Según Karier, las pruebas aplicadas fuera de las escuelas son un medio más poderoso de discriminación que las pruebas aplicadas dentro de una situación pedagógica. De la misma manera puede afirmarse que los exámenes médicos se convierten en un medio cada vez más poderoso de clasificar y discriminar a los ciudadanos, a medida que aumenta el número de resultados de pruebas en casos para los que no hay ningún tratamiento significativo que sea factible. Una vez que se vuelve universal la función de paciente, la clasificación médica se convierte en un instrumento para el control social total. Richard E. Brown. *The Rockefeller Medicine: Medicine and Capitalism in the Progressive Era*, University of California Press, Berkeley.

²⁵⁹ Siegler y Osmond, "Aesculapian Authority". Véase nota 32, p. 571. Según los autores, la autoridad asclepiádea se mencionó por primera vez en T. T. Paterson, "Notes on Aesculapian Authority", manuscrito inédito, 1957. Comprende tres funciones: autoridad sapiente para aconsejar, instruir y dirigir; autoridad moral, que hace de las acciones médicas "la cosa justa" y no sólo algo bueno, y autoridad carismática, por la cual el doctor puede apelar a algún poder supremo y que a menudo desplaza la conciencia del paciente y la *raison d'état*. Los pedagogos, psicólogos, líderes de movimientos y médicos no convencionales tienden cada vez más a apelar a esta triple autoridad en nombre de su técnica peculiar, uniéndose así a las filas de los doctores científicos y contribuyendo a una expansión cancerosa de la función asclepiádea.

²⁶⁰ Franco Basaglia, *La maggioranza deviante: L'ideologia del controllo sociale totale*, Nuovo Politecnico núm. 43, Einaudi, Turín, 1971. Desde los años sesenta un ciudadano sin un estatus médico reconocido ha llegado a ser una excepción. Una condición fundamental del control político contemporáneo es el condicionamiento de la gente para que crea que tal estatus es necesario no sólo para el bien de su propia salud sino también para la ajena.

²⁶¹ Nils Christie, "Law and Medicine: The Case Against Role Blurring", *Law and Society Review* 5, febrero de 1971, pp. 357-366. Un criminólogo estudia un caso de conflicto entre dos imperios profesionales monopólicos. La medicina converge con la educación y con la ejecución de la ley: la medicalización de todo diagnóstico niega al excéntrico el derecho a sus pro-

pública y la medicina científica. El médico trata con clientes que simultáneamente desempeñan diversos papeles durante cada uno de sus contactos con la institución sanitaria. Se les transforma en pacientes a quienes la medicina examina y repara, en ciudadanos administrados cuya conducta saludable es guiada por una burocracia médica, y en conejillos de Indias en los que la ciencia médica experimenta sin cesar. El poder asclepiádeo de conferir el papel de enfermo se ha disuelto por las pretensiones de prestar una asistencia sanitaria totalitaria. La salud ha cesado de ser un don innato que se supone en posesión de todo ser humano mientras no se demuestre que está enfermo, y se ha convertido en una meta cada vez más distante a la que uno tiene derecho en virtud de la justicia social.

El surgimiento de una profesión conglomerada de la salud ha hecho infinitamente elástica la función de paciente. A la certificación médica del enfermo la ha sustituido la presunción burocrática del administrador de la salud que clasifica a las personas según el grado y clase de sus necesidades terapéuticas. La autoridad médica se ha extendido a la asistencia supervisada de la salud, la detección precoz, los tratamientos preventivos y cada vez más al tratamiento de los incurables. Anteriormente la medicina moderna sólo controlaba un mercado limitado; en la actualidad ese mercado ha perdido toda frontera. Gente no enferma ha llegado a depender de la asistencia profesional en aras de su salud futura. El resultado es una sociedad morbosa que exige la medicalización universal y una institución médica que certifica la morbilidad universal.

En una sociedad morbosa²⁶² predomina la creencia de que la mala salud definida y diagnosticada es infinitamente preferible a cualquier otra forma de etiqueta negativa o a la falta de toda etiqueta. Es mejor que la desviación criminal o política, mejor que la pereza, mejor que la ausencia de liberada del trabajo. Cada vez más personas saben subconscientemente que están hartas de sus empleos y de sus pasividades ociosas, pero desean que se les mienta y se les diga que una enfermedad física las releva de toda responsabilidad social y política. Quieren que su médico actúe como abogado y sacerdote. Como abogado, el médico exceptúa al paciente de sus deberes

prios valores: quien acepta la función de paciente implica con su sumisión que, una vez restaurado a la salud (que en nuestra sociedad es sólo otro tipo de función de paciente), se conformará. La medicalización de su queja da por resultado la castración política de su sufrimiento. Véase al respecto Jesse R. Pitts, "Social Control: The Concept", *International Encyclopedia of the Social Sciences*, 1968, vol. 14, p. 391.

²⁶² H. Huebschmann, "La notion d'une société malade", *Présence*, núm. 94, 1966, pp. 25-40.

normales y lo habilita para cobrar del fondo de seguros que le obligaron a formar. Como sacerdote, el médico se convierte en cómplice del paciente creando el mito de que éste es una víctima inocente de mecanismos biológicos y no un desertor perezoso, voraz o envidioso de una lucha social por el control de los instrumentos de producción. La vida social se transforma en una serie de concesiones mutuas de la terapéutica: médicas, psiquiátricas, pedagógicas o geriátricas. La demanda de acceso al tratamiento se convierte en un deber político, y el certificado médico en un poderoso recurso para el control social.

Con el desarrollo del sector de servicios terapéuticos de la economía, a una proporción creciente de la gente se le ha llegado a considerar como desviada de alguna norma deseable y, por tanto, como clientes a los que ahora se les puede someter a tratamiento para acercarlos a la norma establecida de salud, o concentrar en algún ámbito especial construido para atender su desviación. Basaglia²⁶³ señala que en una primera etapa histórica de este proceso, los enfermos quedan exentos de la producción. En la siguiente etapa de expansión industrial, una mayoría de ellos llega a ser definida como excéntricos y necesitados de tratamiento. Cuando esto ocurre, la distancia entre el sano y el enfermo vuelve a reducirse. En las sociedades industriales avanzadas, a los enfermos se les identifica una vez más como poseedores de cierto nivel de productividad que les habría sido negado en una etapa anterior de industrialización. Ahora que todo el mundo tiende a ser paciente en algún aspecto, el trabajo asalariado adquiere características terapéuticas. La educación sanitaria, el asesoramiento higiénico, los exámenes y las actividades de mantenimiento de la salud, a lo largo de toda la vida, pasan a ser parte inherente de las rutinas de la fábrica y la oficina. Las relaciones terapéuticas se infiltran en las relaciones de producción y les dan color. El *Homo sapiens*, que despertó al mito en una tribu y creció en la política como ciudadano, se entrena ahora para purgar cadena perpetua en un mundo industrial.²⁶⁴ La medicalización de la sociedad industrial lleva su carácter imperialista a la plena fructificación.

²⁶³ Basaglia, *La maggioranza deviante*.

²⁶⁴ Michel Foucault, *Surveiller et punir: Naissance de la prison*, Gallimard, París, 1975. Sobre el surgimiento de la sociedad panterapéutica en la que se extinguen las funciones con carga moral.

IATROGÉNESIS CULTURAL

INTRODUCCIÓN

Hasta ahora hemos visto dos formas en las que el predominio de la asistencia medicalizada a la salud se convierte en un obstáculo para la vida saludable: primero, la iatrogenesis clínica, que se produce cuando a la capacidad orgánica para reaccionar la sustituye la administración heterónoma, y segundo, la iatrogenesis social, cuando el medio ambiente se ve privado de las condiciones que dan a individuos, familias y vecindarios el control sobre sus propios estados internos y sobre su ambiente. La iatrogenesis cultural representa una tercera dimensión de la negación médica de la salud. Se produce cuando la empresa médica mina en la gente la voluntad de sufrir la realidad.¹ Es un síntoma de tal iatrogenesis el hecho de que el término "sufrimiento" se haya vuelto casi inútil para designar una respuesta humana realista porque evoca superstición, sadomasoquismo o la condescendencia del rico hacia la suerte del pobre. La medicina profesionalmente organizada ha llegado a funcionar como una empresa moral dominante que publicita la expansión industrial como una guerra contra todo sufrimiento. Por ello ha socavado la capacidad de los individuos para enfrentar su realidad, para expresar sus propios valores y para aceptar cosas inevitables y a menudo irremediables como el dolor y la invalidez, el envejecimiento y la muerte.

Gozar de buena salud no significa sólo enfrentar con éxito la realidad sino también disfrutar el éxito; significa ser capaz de sentirse vivo en el gozo y el dolor; significa amar la sobrevivencia, pero también arriesgarla. La salud y el sufrimiento, como sensaciones experimentadas, son fenómenos que distinguen a los hombres de las bestias.² Sólo en las fábulas se dice que

¹ F. J. J. Buytendijk, *Allgemeine Theorie der menschlichen Haltung und Bewegung*, Springer, Berlín, 1956. A través de una comparación con otras especies, el autor llega a describir al hombre como un organismo fisiológica y psicológicamente autoestructurante. Para una orientación en inglés sobre la literatura alemana en este campo véase H. O. Pappe, "On Philosophical Anthropology", *Australasian Journal of Philosophy* 39, 1961, pp. 47-64.

² Adolf Portmann, *Zoologie und das neue Bild des Menschen*, Rowohlt, Hamburgo, 1956. El hombre no posee mecanismos evolutivos innatos que lo conduzcan a un equilibrio; su dispo-

los leones *sufren* y sólo los falderos ameritan compasión cuando están mal de salud.³

La salud humana añade amplitud al desempeño instintivo.⁴ Es algo más que un patrón concreto de conducta en costumbres, usos, tradiciones o grupos de hábitos. Implica un desempeño de acuerdo con un conjunto de mecanismos de control: planes, recetas, reglas e instrucciones, todos los cuales gobiernan la conducta personal.⁵ En gran medida la cultura y la salud coinciden. Cada cultura da forma a una *Gestalt* única de salud y a una configuración única de actitudes hacia el dolor, la enfermedad, la invalidez y la muerte, cada una de las cuales designa una clase de ese desempeño humano que tradicionalmente se ha llamado el arte de sufrir.⁶ La salud de cada persona es un desempeño responsable en un guión so-

nibilidad creativa da a su alrededor (*Umwelt*) características diferentes de las que éste tiene para otras especies: transforma el hábitat en hogar.

³ Peter Sedgwick, "Illness, Mental and Otherwise: All Illnesses Express a Social Judgment", *Hastings Center Studies* 1, núm. 3, 1973, pp. 19-40.

⁴ Viktor von Weiszäcker, *Der Gestaltkreis: Theorie der Einheit von Wahrnehmen und Bewegen*, 4a. ed., Thieme, Stuttgart, 1968; 1a. ed. 1940.

⁵ Henry E. Sigerist, *A History of Medicine*, vol. 1, *Primitive and Archaic Medicine*, Oxford University Press, Nueva York, 1967. Erwin H. Ackerknecht, "Primitive Medicine and Culture Patterns", *Bulletin of the History of Medicine* 12, noviembre de 1942, pp. 545-574. Sigerist dice que: "La cultura primitiva o no, siempre tiene una cierta configuración [...] La medicina de una tribu primitiva se ajusta a ese patrón. Es una expresión de él y no puede comprenderse plenamente si se estudia por separado", Ackerknecht ejemplifica esta integración de la cultura y la medicina en tres tribus: los cheyenne, los dobian y los thonga. Para una descripción clásica de esta integración véase E. E. Evans Pritchard, *Witchcraft, Oracles and Magic Among the Azandé*, Oxford University Press, Nueva York, 1937, pt. 4, 3. Yo sostengo aquí que hay una correlación entre la salud y mi capacidad para seguir siendo responsable de mi conducta en el sufrimiento. El relevo de esta responsabilidad guarda correlación con una disminución de la salud.

⁶ No es fácil estudiar la cultura médica sin una camisa de fuerza. F. L. Dunn, "Traditional Asian Medicine and Cosmopolitan Medicine as Adaptative Systems", mimeografiado, University of California, s. f. Dunn señala un prejuicio importante en la mayor parte de las investigaciones publicadas sobre culturas médicas. Afirma que 95% de la documentación etnográfica (y también antropológica) sobre comportamiento para mejorar la salud y sobre las creencias que subyacen en dicho comportamiento, se refiere a la curación y no al mantenimiento y la expansión de la salud. Para documentación sobre cultura médica vista con las anteojeras del técnico conductual: Marion Pearshall, *Medical Behavioral Science: A Selected Bibliography of Cultural Anthropology, Social Psychology and Sociology in Medicine*, University of Kentucky Press, Lexington, 1963. Véase también Steven Polgar, referencias en la nota 19, p. 547 de este libro. Elfriede Grabner, *Volksmedizin: Probleme und Forschungs-geschichte*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1974, proporciona una antología de estudios críticos sobre la historia de la etnomedicina.

cial.⁷ La manera en que se relaciona con la dulzura y la amargura de la realidad, y su forma de actuar hacia otros que ve sufriendo, debilitados o angustiados, determinan el sentimiento que cada hombre tiene de su propio cuerpo, y con él, de su salud. El sentido del cuerpo se experimenta como un don cultural siempre renovado.⁸ En Java la gente dice rotundamente: "Ser humano es ser javanés". De los niños pequeños, los palurdos, los simples, los locos y los inmorales descarados se dice que son *ndurung djawa* (todavía no javaneses). Un adulto "normal" capaz de actuar en función del sistema de etiqueta sumamente elaborado, poseedor de las delicadas percepciones estéticas asociadas con la música, la danza, el teatro y el diseño textil, y sensible a las sutiles sugerencias de lo divino que reside en la quietud de cada conciencia íntima de cada individuo, es *ampun djawa* (ya javanés). Ser humano no es solamente respirar, también es controlar la respiración por medio de técnicas semejantes al yoga, de manera que se oiga en la inhalación y la exhalación la voz literal de Dios pronunciando su propio nombre, *hu Allah*.⁹ La salud culturada está limitada por el estilo de cada sociedad en el arte de vivir, celebrar, sufrir y morir.¹⁰

Todas las culturas tradicionales derivan su función higiénica de esta habilidad para equipar al individuo con los medios para hacerle el dolor tolerable, la enfermedad o la invalidez comprensible y la sombra de la muerte significativa. En tales culturas la asistencia a la salud es siempre un pro-

⁷ Sobre la unicidad cultural de la salud: Ina-Maria Greverus, *Der territoriale Mensch: Ein Literaturanthropologischer Versuch zum Heimatphänomen*, Athenäum, Frankfurt, 1972. E. W. Mühlmann, "Das Problem der Umwelt beim Menschen", *Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie* 44, 1952, pp. 153-181. Arnold Gehlen, *Die Seele im technischen Zeitalter, Sozialpsychologische Probleme in der industriellen Gesellschaft*, Rowohlt, Hamburgo, 1957. P. Berger y H. Kellner, *The Homeless Mind*, Vintage Books, Nueva York, 1974.

⁸ Herbert Plüge, *Der Mensch und sein Leib*, Niemeyer, Tubinga, 1967. F. J. J. Buytendijk, *Mensch und Tier*, Rowohlt, Hamburgo, 1958. F. J. J. Buytendijk, *Prolegomena to an Anthropological Physiology*, Duquesne University Press, Pittsburgh, Pa., 1974.

⁹ Clifford Geertz, "The Impact of the Concept of Culture on the Concept of Man", en Yehudi A. Cohen, comp., *Man in Adaptation: The Cultural Present*, Aldine, Chicago, 1968. Mary Douglas, "The Self-completing Animal", *Times Literary Supplement*, 8 de agosto de 1975, pp. 886-887.

¹⁰ Erwin H. Ackerknecht, "Natural Diseases and Rational Treatment in Primitive Medicine", *Bulletin of the History of Medicine* 19, mayo de 1946, pp. 467-497, es una revisión ya anticuada pero todavía excelente de las publicaciones sobre las funciones de las culturas médicas. Proporciona pruebas convergentes de que la medicina desempeña una función social y tiene un carácter holístico y unitario en culturas primitivas que la medicina moderna no puede proporcionar.

grama para comer,¹¹ beber,¹² trabajar,¹³ respirar,¹⁴ amar,¹⁵ hacer política,¹⁶ hacer ejercicio,¹⁷ cantar,¹⁸ soñar,¹⁹ guerrear y sufrir. La mayor parte de la curación consiste en una forma tradicional de consolar, asistir y reconfortar a la gente mientras cura, y casi todo el cuidado de enfermos es una forma de tolerancia que se extiende a los afligidos. Únicamente sobreviven aquellas culturas que aportan un código viable, adaptado a la configuración genética de un grupo, a su historia, a su ambiente, y a los retos peculiares representados por grupos de vecinos en competición.

La ideología promovida por la cosmopolita empresa médica contemporánea va en contra de estas funciones.²⁰ Socava radicalmente la continui-

¹¹ Hans Wiswe, *Kulturgeschichte der Kochkunst: Kochbücher und Rezepte aus zwei Jahrtausenden*, Moss, Munich, 1970. Fred Binder, *Die Brotnahrung: Auswahl-Bibliographie zu ihrer Geschichte und Bedeutung*, Donau Schriftreihe núm. 9, Ulm, Deutsches Brotmuseum E. V., 1973. Ludwig Edelstein, *Ancient Medicine: Selected Papers of Ludwig Edelstein*, C. Lilian y Owsei Temkin (comps.), Johns Hopkins, Baltimore, 1967. Véase el capítulo sobre la dietética en la Antigüedad.

¹² Salvatore P. Lucia, *Wine and the Digestive System: A Select and Annotated Bibliography*, Fortune House, San Francisco, 1970.

¹³ Lucien Febvre, "Travail: Évolution d'un mot et d'une idée", *Journal de psychologie normale et pathologique* 41, núm. 1, 1948, pp. 19-28.

¹⁴ Richard B. Onians, *The Origins of European Thought About the Body, the Mind, the Soul, the World, Time and Fate*, 1951; reimpr., Arno, Nueva York, 1970. H. E. Sigerist, "Disease and Music", en *Civilization and Disease*, University of Chicago Press, Nueva York, 1943, cap. 11, pp. 212 ss.

¹⁵ Günter Elsässer, "Ausfall des Coitus als Krankheitsursache in der Medizin der Mittelalters", en Paul Diepgen et al. (comps.), *Abhandlung zur Geschichte der Medizin und der Naturwissenschaften*, núm. 3, Berlín, 1934. Robert H. van Gulik, *Sexual Life in Ancient China*, Humanities Press, Atlantic Highlands, N. J., 1961.

¹⁶ Werner Jaeger, *Paideia: Los ideales de la cultura griega*, FCE, México, 1945, vol. 3, cap. 1, "La medicina griega, considerada como Paideia", pp. 11-63.

¹⁷ Edward N. Gardiner, *Athletics of the Ancient World*, Oxford University Press, Nueva York, 1930. M. Michler, "Das Problem der westgriechischen Heilkunde", *Sudhoffs Archiv* 46, 1962, pp. 141 ss.

¹⁸ Fridolf Kudlien, "Stimmübungen als Therapeutikum in der antiken Medizin", *Ärztliche Mitteilungen* 44, 1963, pp. 2257-2258; para un compendio de este artículo véase L. Heyer-Grote, *Atemschulung als Element der Psychotherapie*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1970. Johanna Schmidt, "Phonaskoi", en Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie*, 1941, vol. 20, pt. 1, pp. 522-526.

¹⁹ A. W. Gubser, "Ist der Mittagsschlaf schädlich?", *Schweizerische Medizinische Wochenschrift* 97, núm. 7, 1967, pp. 213-216. Jane Belo, Trance in Bali, prefacio de Margaret Mead, Columbia University Press, Nueva York, 1960. Kilton Steward, "Dream Theory in Malaya", *Complex: The Magazine of Psychoanalysis and Related Matters* 6, 1951, pp. 21-33.

²⁰ Ibn Jaldún, *The Muqaddimah: An Introduction to History*, trad. Franz Rosenthal, Bollingen Series XLIII, 3 vols., Princeton University Press, Princeton, N. J., 1967. A fines del siglo xv,

dad de viejos programas culturales e impide el surgimiento de otros nuevos que darían un patrón para la autoasistencia y el sufrimiento. En cualquier parte del mundo donde una cultura se medicaliza, el marco tradicional de los hábitos que pueden hacerse conscientes en la práctica personal de la virtud de la salud (*hygieia*) se ve progresivamente estorbado por un sistema mecánico, un código médico por medio del cual los individuos se someten a las instrucciones emanadas de custodios higiénicos.²¹

La medicalización constituye un prolífico programa burocrático basado en la negación del derecho de cada hombre a enfrentar el dolor, la enfermedad y la muerte.²² La empresa médica moderna representa un intento de hacer por la gente lo que anteriormente su herencia genética y cultural le permitía hacer por sí misma. La civilización médica está planeada y organizada para matar el dolor, eliminar la enfermedad y abolir la necesidad de un arte de sufrir y morir.

Este allanamiento progresivo del desempeño personal y virtuoso constituye una nueva meta que nunca antes había sido guía de la vida social. Sufrir, sanar y morir, actividades esencialmente intransitivas que la cultura enseñaba a cada hombre, las reclama ahora la tecnocracia como nuevas zonas de creación de reglamentaciones y las trata como malfunciones de las que habría que librar institucionalmente a las poblaciones. Las metas

Ibn Jaldún observó el conflicto entre el oficio de la medicina requerido por la cultura sedentaria y sus lujos, y la medicina beduina, basada principalmente en la tradición y la experiencia individual. Véase especialmente vol. 2, pp. 373-377, y vol. 3, pp. 149-151.

²¹ F. N. L. Poynter (comp.), *Medicine and Culture*, Proceedings of a Historical Symposium Organized Jointly by the Wellcome Institute of the History of Medicine, London, and the Wenner-Gren Foundations for Anthropological Research, N. Y. Wellcome Institute, Londres, 1969. Sobre el conflicto entre la medicina metropolitana y diversas tradiciones. Sobre el uso de un solo hospital para crear la nueva categoría de "enfermedad mental" en Senegal, véase Danielle Storper-Perez, *La Folie colonisée: Textes à l'appui*, Maspero, París, 1974.

²² La idea occidental de que la *salud* en abstracto es una propiedad del hombre no pudo desarrollarse más que en forma paralela a la idea de *humanidad*. Carlyle sugiere que ambas ideas tomaron por primera vez forma reconocible en el brindis del victorioso Alejandro a la *homo-ousia* (misma naturaleza) de los hombres. Combinada con la idea del progreso, la utopía de la humanidad sana llegó a prevalecer sobre el ideal de modelos concretos y específicos de funcionamiento característicos de cada tribu o *polis*. Véase al respecto H. C. Baldry, *The Unity of Mankind in Greek Thought*, University Press, Cambridge, 1965, y Max Muehl, *Die antike Menschheitsidee in ihrer geschichtlichen Entwicklung*, Dietrichsche Verlagsbuchhandlung, Leipzig, 1928. Sidney Pollard, *The Idea of Progress: History and Society*, Basic Books, Nueva York, 1968, se ocupa de la ideología del *progreso humano* en relación con la historia concreta y los aspectos político-económicos que complementan la filosofía.

de la civilización médica metropolitana se oponen así a cada uno de los programas culturales de salud que encuentran en el proceso de colonización progresiva.²³

²³ Para estudiar este impacto en la historia latinoamericana, véase, sobre etnomedicina, Erwin H. Ackerknecht, "Medical Practices", en Julian Haynes Steward, *Handbook of South American Indians*, vol. 5, *The Comparative Ethnology of South American Indians*, 1949; reimpr., Saint Clark Shores, Mich, Scholarly Press, 1973, pp. 625-643. Sobre colonización médica, véase Percy M. Ashburn, *The Ranks of Death: A Medical History of the Conquest of America*, Coward-McCann, Nueva York, 1974. Una obra importante que arroja luz sobre la historia de la medicina y sobre la conquista. Francisco Guerra, *Historiografía de la medicina colonial hispanoamericana*, Abastecedora de Impresos, México, 1953, es más bibliográfica que historiográfica, pero indispensable. No se cuenta con ningún estudio comprehensivo del imperialismo de la ideología médica europea en América Latina. Para una orientación preliminar, véase Gonzalo Aguirre Beltrán, *Medicina y magia: el proceso de aculturación en la estructura colonial*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1963. Rudolf Thissen, "Die Entwicklung der Terminologie auf dem Gebiet der Sozialhygiene und Sozialmedizin im deutschen Sprachgebiet bis 1930", *Forschungsbericht des Landes Nordrhein-Westfalen*, Nr. 2050, Westdeutscher Verlag, Colonia, 1969, pp. 3-72. Una historia de la terminología usada en la medicina social alemana desde que la higiene pasó de manos del clero al médico. Especialmente iluminador en lo que respecta a mediados del siglo XIX, cuando la salud pasó a ser "propiedad exclusiva" del trabajador, que el gobierno debía proteger.

MATAR EL DOLOR

CUANDO la civilización médica cosmopolita coloniza cualquier cultura tradicional, transforma la experiencia del dolor.¹ El mismo estímulo nervioso que llamaré "sensación de dolor" dará por resultado una experiencia distinta, no sólo según la personalidad sino según la cultura. Esta experiencia, totalmente distinta de la sensación dolorosa, implica un desempeño humano único llamado *sufrimiento*.² La civilización médica, sin embargo, tiende a convertir el dolor en un problema técnico y priva así al sufrimiento de su significado personal intrínseco.³ La gente desaprende a aceptar el sufrimiento como parte inevitable de su enfrentamiento consciente con la realidad y aprende a interpretar cada dolor como un indicador de su necesidad de comodidades o de mimos. Las culturas tradicionales afrontan el dolor, la invalidez y la muerte interpretándolos como retos que solicitan una respuesta por parte del individuo sujeto a tensión; la civilización médica los transforma en demandas hechas por los individuos a la economía y en problemas que pueden eliminarse por medio de la administración o de la *producción*.⁴ Las culturas son sistemas de significados, la civilización cosmopolita un sistema de técnicas. La cultura hace tolerable el dolor integrándolo dentro de un sistema significativo; la civilización cosmopolita aparta el dolor de todo contexto subjetivo o intersubjetivo con el fin de aniquilarlo. La cultura hace tolerable el dolor interpretando su necesidad; sólo el dolor que se percibe como curable es intolerable.

Una miríada de virtudes expresa los distintos aspectos de la fortaleza que tradicionalmente permitía a la gente reconocer las sensaciones dolorosas como un desafío y modelar conforme a éste su propia experiencia. La paciencia, la clemencia, el valor, la resignación, el autodomínio, la perseve-

¹ Para un fino análisis fenomenológico de la modernización de la experiencia de dolor, véase Peter Berger, "Policy and the Calculus of Pain", en *Pyramids of Sacrifice: Political Ethics and Social Change*, Basic Books, Nueva York, 1974, cap. 5.

² F. J. J. Buytendijk, *Pain, Its Modes and Functions*, trad. Eda O'Shiel, University of Chicago Press, Chicago, 1962. Rudolf Bilz, *Paläoanthropologie*, vols. 1-2, *Studien über Angst und Schmerz*, Suhrkamp, Frankfurt del Meno, 1971.

³ Victor Weizsäcker, *Arzt und Kranker*, Köhler, Stuttgart, 1949, vol. 1.

⁴ Thomas S. Szasz, *Pain and Pleasure*, Basic Books, Nueva York, 1957.

rancia y la mansedumbre expresan cada uno una totalidad diferente de las reacciones con que se aceptaban las sensaciones de dolor transformadas en la experiencia del sufrimiento, y se soportaban.⁵ El deber, el amor, la fascinación, las prácticas rutinarias, la oración y la compasión eran algunos de los medios que permitían sobrellevar el dolor con dignidad. Las culturas tradicionales asignaban a cada uno la responsabilidad de su propio desempeño bajo la influencia del mal o la aflicción corporal.⁶ El dolor se reconocía como parte inevitable de la realidad subjetiva del propio cuerpo, en la que uno se encuentra constantemente a sí mismo y que constantemente toma forma a través de las reacciones conscientes del cuerpo hacia el dolor.⁷ La gente sabía que tenía que sanar por sí misma,⁸ enfrentarse ella misma con su jaqueca, su cojera o su pena.

El dolor infligido a los individuos tenía el efecto de limitar los abusos del hombre contra el hombre. Las minorías explotadoras vendían licor o predicaban religión para adormecer a sus víctimas, y los esclavos se daban a la música melancólica o a mascar coca. Pero más allá de un punto crítico de explotación, las economías tradicionales construidas sobre los recursos del cuerpo humano tenían que quebrantarse. Cualquier sociedad en

⁵ Para un análisis de la reacción al dolor de autores y filósofos contemporáneos, véase Ida Cermak, *Ich Klage nicht: Begegnungen mit der Krankheit in Selbstzeugnissen schöpferischer Menschen*, Amalthea, Viena, 1972. En tiempos medievales tardíos era casi imposible reconocer, por el comportamiento de una persona con dolor, si el origen de la experiencia era la pena, la compasión, el orgullo lastimado o una herida. Wilhelm Scherer, *Der Ausdruck des Schmerzes und der Freude in der mittelhochdeutschen Dichtung der Blütezeit*, Estrasburgo, 1908.

⁶ Cuando los artistas de la Grecia antigua representaban el dolor, sólo indirectamente les importaba su impacto fisiológico, y ante todo trataban de captar la forma más o menos personal en que se experimentaba este impacto. Ernst Hannes Brauer, *Studien zur Darstellung des Schmerzes in der antiken bildenden Kunst Griechenlands und Italiens*, disertación inaugural, Univ. de Breslau, Breslau, Nischkowsky, 1934. Para conclusiones análogas sobre el teatro ático, Karl Kiefer, *Körperlicher Schmerz auf der attischen Bühne*, disertación inaugural, Carl Winters Universitaetsbuchhandlung, Heidelberg, 1908.

⁷ Para 60 representaciones plásticas de seres humanos con dolor, véase Friedrich Schulze-Maizier y H. Moehle, *Schmerz*, Metzner, Berlín, 1943. También F. Garnaud, "La Douleur dans l'art", *Aesculape*, 1957, varias páginas en números sucesivos.

⁸ Victor Weiszaecker, "Zum Begriff der Arbeit: Eine Habeas-Corpus Akte der Medizin?", en Edgar Salin, comp., *Synopsis: Festgabe für Alfred Weber*, Schneider, Heidelberg, 1948, pp. 707-761. Una descripción fenomenológica del sufrimiento como *Leistung*, es decir, una actividad de la persona enferma que despierta respeto en todas las sociedades y suele reconocerse como un "arte" que, aunque difiere del trabajo, posee un rango social análogo. Albert Görres, comp., *Der Kranke, Ärgernis der Leistungsgesellschaft*, Patmos, Düsseldorf, 1971. Aunque no llega tan lejos, Everett Hughes, *Men and Their Work*, Free Press, Nueva York, 1958, proporciona las bases para una interpretación similar.

que la intensidad de las incomodidades y dolores los hiciera culturalmente "insufribles" no podía sino llegar a su fin.

En la actualidad una porción creciente de cualquier dolor lo produce el hombre, efecto colateral de estrategias para la expansión industrial. El dolor ha dejado de concebirse como un mal "natural" o "metafísico". Es una maldición social, y para impedir que las "masas" maldigan a la sociedad cuando están agobiadas por el dolor, el sistema industrial les despacha matadores médicos. Así, el dolor se convierte en una demanda de más drogas, hospitales, servicios médicos y otros productos de la asistencia impersonal, corporativa, y en el apoyo político para un ulterior crecimiento corporativo, cualquiera que sea su costo humano, social o económico. El dolor se ha vuelto un asunto político que hace surgir entre los consumidores de anestesia una demanda creciente de insensibilidad, desconocimiento e incluso inconsciencia artificialmente inducidos.

Las culturas tradicionales y la civilización tecnológica parten de postulados contrarios. En toda cultura tradicional la psicoterapia, los sistemas de creencia y las drogas que se necesitan para contrarrestar la mayor parte del dolor están implícitos en la conducta cotidiana y reflejan la convicción de que la realidad es dura y la muerte inevitable.⁹ En la distopía del siglo xx, la necesidad de soportar la realidad dolorosa, interior o exterior, se interpreta como una falla del sistema socioeconómico, y el dolor se trata como una contingencia emergente que requiere de intervenciones extraordinarias.

La experiencia dolorosa que resulta de los mensajes de dolor recibidos por el cerebro depende, en su calidad y en su cantidad, de la dotación genética¹⁰ y por lo menos de cuatro factores funcionales además de la naturaleza y de la intensidad del estímulo, a saber: la cultura, la ansiedad, la atención y la interpretación. Todos ellos son modelados por determinantes sociales, por la ideología, la estructura económica y el carácter social. La cultura decide si la madre o el padre o ambos deben gemir cuando nace el

⁹ Bilz, "Die Menschheitsgeschichtlich ältesten Mythologeme", en *Studien über Angst und Schmerz*, pp. 276-294.

¹⁰ Asenath Petrie, *Individuality in Pain and Suffering*, University of Chicago Press, Chicago, 1977. Las personas difieren en la intensidad con que modulan la experiencia; algunas reducen y otras aumentan lo que se percibe, incluyendo el dolor. Este modelo de reacción en parte está determinado genéticamente. Véase también B. B. Wolff y M. E. Jarvik, "Relationship Between Superficial and Deep Somatic Threshold of Pain, with a Note on Handedness", *American Journal of Psychology* 77, 1964, pp. 589-599.

niño.¹¹ Las circunstancias y los hábitos determinan el nivel de ansiedad del que sufre y la atención que presta a sus sensaciones corporales.¹² El adiestramiento y la convicción determinan el significado dado a las sensaciones corporales e influyen sobre el grado en el que se experimenta el dolor.¹³ A menudo, el alivio mágico eficaz proviene de la superstición popular más que de la religión de clase alta.¹⁴ La perspectiva que se abre ante el suceso doloroso determina cómo se le sufrirá: frecuentemente las lesiones recibidas en un momento próximo al clímax sexual o al de la actuación heroica ni siquiera se sienten. Los soldados heridos en la cabeza de playa de Anzio, quienes esperaban que sus heridas los hicieran salir del ejército y volver a casa como héroes, rechazaban inyecciones de morfina que considerarían absolutamente necesarias si mutilaciones análogas hubieran sido infligidas por el dentista o en la sala de operaciones.¹⁵ Al medicalizarse la cultura, las determinantes sociales del dolor se distorsionan. Mientras la cultura reconoce el dolor como un "disvalor" intrínseco, íntimo e incommunicable, la civilización médica considera primordialmente al dolor como una reacción

¹¹ Con respecto a la persona que se supone debe sufrir en el parto, y con respecto al lugar del cuerpo donde se supone que se origina el dolor, véase Grantly Dick-Read *Childbirth Without Fear*, 1944; ed. rústica, Dell, Nueva York, 1962. Contiene mucha información sobre la influencia de la cultura en la intensidad del temor y la relación entre el temor y la experiencia del dolor.

¹² Henry K. Beecher, *Measurement of Subjective Responses: Quantitative Effects of Drugs*, Oxford University Press, Nueva York, 1959. Los opiáceos ejercen su acción principal, no sobre el impulso del dolor, que se transmite a través del sistema nervioso, sino sobre el recubrimiento psicológico del dolor. Hacen bajar el nivel de ansiedad. Los placebos pueden lograr el mismo efecto en muchas personas. Agudos dolores posquirúrgicos pueden aliviarse en 35% de pacientes dándoles una tableta azucarada o salina en vez de un analgésico. En estas mismas condiciones de dolor sólo 75% se alivia con altas dosis de morfina; se podría atribuir al efecto del placebo 50% de la eficacia de la droga. Véase también Harris Hill *et al.*, "Studies on Anxiety Associated with Anticipation of Pain: I. Effects of Morphine", *A.M.A. Archives of Neurology and Psychiatry* 67, mayo de 1952, pp. 612-619.

¹³ R. Melzack y T. H. Scott, "The Effect of Early Experience on the Response to Pain", *Journal of Comparative and Physiological Psychology* 50, abril de 1957, pp. 155-161. Para un análisis fenomenológico, véase Victor E. von Gebattel, *Imago Hominis: Beiträge zu einer personalen Anthropologie*, 2a. ed., Otto Müller, Salzburgo, 1968; Jacques Sarano, *La Douleur*, Éditions de l'Épi, Lyons, 1965.

¹⁴ Thomas Keith, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in the 16th and 17th Centuries in England*, Weidenfeld, Londres, 1971. Sobre la importancia y la utilidad práctica de la religión y la superstición para aliviar el sufrimiento en la Inglaterra de los primeros tiempos modernos.

¹⁵ Beecher, *Measurement of Subjective Responses*, pp. 164 y ss. Howard S. Becker, "Consciousness, Power and Drug Effects", *Journal of Psychedelic Drugs*, vol. 6, 1, enero-marzo de 1974, pp. 67-76. Los efectos de la droga tienen grandes variaciones, dependiendo de las ideas y creencias acerca de la droga, y del control que quien la usa ejerce sobre ella.

sistémica que puede verificarse, medirse y regularse. Sólo el dolor percibido por una tercera persona desde cierta distancia constituye un diagnóstico que requiere un tratamiento específico. Esta objetivización y cuantificación del dolor llega tan lejos que los tratados médicos hablan de enfermedades, operaciones o condiciones dolorosas aún en casos en que los pacientes afirman no tener conciencia alguna del dolor. El dolor requiere métodos de control del médico más que una actitud que podría ayudar a la persona que lo sufre a tomar bajo su responsabilidad su experiencia.¹⁶ La profesión médica juzga cuáles dolores son auténticos, cuáles tienen una base física y cuáles una base psíquica, cuáles son imaginarios y cuáles son simulados.¹⁷ La sociedad reconoce y aprueba este juicio profesional. La compasión pasa a ser una virtud anticuada. La persona que sufre un dolor cuenta cada vez con menos contexto social que pueda darle significación a la experiencia que a menudo lo abruma.

Aún no se ha escrito la historia de la percepción médica del dolor. Unas cuantas monografías doctas tratan de los momentos, durante los últimos 250 años, en que ha cambiado la actitud de los médicos hacia el dolor,¹⁸ y pueden encontrarse algunas referencias históricas en trabajos referentes a las actitudes contemporáneas respecto del dolor.¹⁹ La escuela existencial de medicina antropológica ha reunido valiosas observaciones sobre la evolución del dolor moderno al seguir los cambios de la percepción corporal en una era tecnológica.²⁰ La relación entre la institución médica y la ansiedad

¹⁶ Para información sobre este tema consúltese James D. Hardy *et al.*, *Pain Sensations and Reactions*, 1952; reimpr., Hafner, Nueva York, 1967; Harold G. y Stewart Wolff, *Pain*, American Lectures in Physiology Series, 2a. ed., Thomas, Springfield, Ill., 1958; Benjamin L. Crue, *Pain and Suffering: Selected Aspects*, Thomas, Springfield, Ill., 1970.

¹⁷ Thomas S. Szasz, "The Psychology of Persistent Pain: A Portrait of L'Homme Douloureux", en A. Soulaire, J. Cahn y J. Charpentier (comps.), *Pain*, Academic Press, Nueva York, 1968, pp. 93-113.

¹⁸ Richard Toellner, "Die Umbewertung des Schmerzes im 17. Jahrhundert in ihren Voraussetzungen und Folgen", *Medizinhistorisches Journal* 6, 1971, pp. 707-761. Ferdinand Sauerbruch y Hans Wenke, *Wesen und Bedeutung des Schmerzes*, Junker und Dünhaupt, Berlín, 1936. Thomas Keys, *History of Surgical Anesthesia*, ed. rev., Dover, Nueva York, 1963.

¹⁹ Kenneth D. Keele, *Anatomies of Pain*, Thomas, Springfield, Ill., 1957. Herman Buddensieg, *Leid und Schmerz als Schöpfermacht*, Heidelberg, s. i., 1956.

²⁰ Gebattel, *Imago hominis*. Sarano, *La Douleur*. Karl E. Rothschuh, *Physiologie: Der Wandel ihrer Konzepte, Probleme und Methoden vom 16. bis 20. Jahrhundert*, Alber, Friburgo, 1968. Una valiosa guía para la historia de la fisiología desde el siglo XVI, que se acerca lo más posible a una historia de la percepción médica del dolor. Karl E. Rothschuh, *Von Boerhaave bis Berger: Die Entwicklung der kontinentalen Psychologie im 18. und 19. Jahrhundert mit besonderer Berücksichtigung der Neurophysiologie*, Fischer, Stuttgart, 1964.

sufrida por sus pacientes ha sido explorada por psiquiatras²¹ y ocasionalmente por médicos generales. Pero la relación de la medicina corporativa con el dolor corporal en su sentido estricto es todavía un territorio virgen para la investigación.

El historiador del dolor tiene que enfrentar tres problemas especiales. El primero es la profunda transformación acaecida en la relación del dolor con los otros males que puede padecer el hombre.

El dolor ha cambiado su posición en relación con la aflicción, la culpa, el pecado, la angustia, el miedo, el hambre, la invalidez y la molestia. Lo que llamamos dolor en un pabellón de cirugía es algo para lo cual las generaciones anteriores no tenían un nombre específico. Parece como si el dolor fuera ahora sólo esa parte del sufrimiento humano sobre la cual la profesión médica pueda pretender competencia o control. No hay precedente histórico de la situación contemporánea en que la experiencia del dolor físico personal la modela el programa terapéutico diseñado para destruirla.

El segundo problema es el lenguaje. La materia técnica que la medicina contemporánea, designa con el término "dolor" no tiene incluso, hoy día, un equivalente sencillo en el habla ordinaria. En la mayoría de los lenguajes el término apropiado por los médicos cubre la aflicción, la pena, la angustia, la vergüenza y la culpa. El inglés *pain* y el alemán *Schmerz* son todavía relativamente fáciles de usar de tal manera que transmitan un significado principal, aunque no exclusivamente físico. La mayoría de los sinónimos indo-germánicos abarcan una amplia gama de sentidos:²² el dolor corporal puede designarse como "trabajo duro", "faena" o "prueba", como "tortura", "resistencia", "castigo" o, más generalmente, "aflicción", como "malestar", "fatiga", "hambre", "luto", "lesión", "pena", "tristeza", "molestia", "confusión", u "opresión". Esta letanía dista mucho de ser completa; mues-

²¹ H. Merskey y F. G. Spear, *Pain: Psychological and Psychiatric Aspects*, Bailliere, Tindall and Casell, Londres; 1967, reseña trabajos importantes e intenta una clarificación del uso del dolor en el trabajo experimental.

²² Véase Carl Darling Buck, *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages: A Contribution to the History of Ideas*, University of Chicago Press, Chicago, 1949, para los cuatro campos semánticos siguientes: dolor-sufrimiento, 16-31; aflicción-pena, 16-32; emoción-sensación, 16-12; pasión, 16-13. Véase también W. Franzen, *Klagebilder und Klagegebärden in der deutschen Dichtung des höfischen Mittelalters*, disertación, Univ. de Bonn, Würzburg, Triltsch, 1938. Georg Zapter, "Über den Ausdruck des geistigen Schmerzes im Mittelalter: Ein Beitrag zur Geschichte der Förderungs-Momente des Rührenden im Romantischen", en *Denkschriften der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften*, Philosophisch-historisch Classe, Viena, 1854, vol. 5, pp. 73-136.

tra que el lenguaje puede distinguir muchas clases de "males", todos los cuales tienen un reflejo corporal. En algunos idiomas el dolor corporal es abiertamente "el mal". Si un médico francés pregunta a un francés típico dónde le duele, le señala el punto diciendo: "*J'ai mal là*".²³ En cambio, un francés puede decir: "*Je souffre dans toute ma chair*",²⁴ y al mismo tiempo responder al médico: "*Je n'ai mal nulle part*".²⁵ Si el concepto de dolor corporal ha pasado por una evolución en el uso médico, no puede entenderse simplemente en la significación cambiante de cualquier término aislado.

Un tercer obstáculo a cualquier historia del dolor es su excepcional situación axiológica y epistemológica.²⁶ Nadie entenderá nunca "mi dolor" en la forma en que yo lo pienso, a menos que sufra el mismo dolor de cabeza, lo cual es imposible, porque se trata de otra persona. En este sentido "dolor" significa una ruptura de la nítida distinción entre organismo y ambiente, entre estímulo y reacción.²⁷ Esto no significa cierta clase de experiencia que permita a usted y a mí comparar nuestros dolores de cabeza; mucho menos significa cierta entidad fisiológica o médica, un caso clínico con ciertos signos patológicos. No es el "dolor en el esternocleidomastoideo" el que percibe el científico médico como disvalor sistemático.

La clase excepcional de disvalor que es el dolor promueve un tipo excepcional de certeza. Así como "mi dolor" pertenece en forma única sólo a mí, de igual modo estoy absolutamente solo con él. No puedo compartirlo. No tengo duda alguna sobre la realidad de la experiencia del dolor, pero no puedo realmente contar a nadie lo que experimento. Supongo que otros tienen "sus" dolores, aunque no puedo percibir a qué se refieren cuando me hablan de ellos. Sé que es cierta la existencia de su dolor porque tengo la

²³ En francés, en el original, "me duele aquí". [T.]

²⁴ En francés, en el original, "sufro en toda mi carne". [T.]

²⁵ En francés, en el original, "no me duele ninguna parte". [T.]

²⁶ Robert S. Hartman, *The Structure of Value; Foundation of Scientific Axiology*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1967, especialmente pp. 255 y ss. Se hace una distinción entre "mi dolor", un disvalor intrínseco acerca del cual existe una certeza totalmente única; "tu dolor", un disvalor extrínseco por el cual puedo experimentar compasión, y "el tipo de dolor del que se dice que una tercera persona sufre", como las jaquecas de pacientes no especificados, para los cuales, en el mejor de los casos, puedo solicitar alguna simpatía general. El dolor sobre el cual debería escribirse una historia es la experiencia personalizada del dolor intrínseco; la inclusión, en la experiencia de dolor, de la situación social en que el dolor ocurre.

²⁷ Bakan David, *Disease, Pain and Sacrifice, Toward a Psychology of Suffering*, Beacon Press, Chicago, 1968, trata del dolor como una disyunción de *telos* y *distalidad*. "El dolor, al no tener otro *locus* sino el ego consciente, es casi literalmente el precio que paga el hombre por poseer un ego consciente [...] a menos que haya un organismo despierto y consciente, nada hay que pueda ser calificado perceptiblemente como dolor."

certeza de mi compasión para ellos. Y sin embargo, mientras más profunda es mi compasión, más profunda es mi certidumbre acerca de la absoluta soledad de la otra persona en relación con su experiencia. De hecho, reconozco los signos que hace alguien que sufre un dolor, incluso cuando esta experiencia está por encima de mi ayuda o de mi comprensión. Esta conciencia de soledad extrema es una peculiaridad de la compasión que sentimos ante el dolor corporal; también aísla esta experiencia de cualquier otra experiencia, de la compasión por los angustiados, los pesarosos, los ofendidos, los extraños o los lisiados. En forma extrema, la sensación de dolor corporal carece de la distancia entre causa y experiencia que existe en otras formas de sufrimiento.

No obstante la incapacidad de comunicar el dolor corporal, su percepción en otra persona es tan fundamentalmente humana que no puede ponerse entre paréntesis. El paciente no puede concebir que su dolor pase desapercibido para el médico, igual que el hombre atado al potro tampoco lo puede concebir de su torturador. La certidumbre de que compartimos la experiencia del dolor es de una clase muy especial, mayor que la certidumbre de que compartimos la humanidad. Ha habido gente que trataba a sus esclavos como enseres, pero reconocía que estos enseres eran capaces de *sufrir* dolor. Los esclavos son más que perros, a los que se puede lastimar, pero no pueden sufrir.

Wittgenstein demostró que nuestra certidumbre especial, radical, acerca de la existencia de dolor en los otros puede coexistir con una dificultad inextricable para explicar cómo es posible compartir lo que es único.²⁸

Mi tesis es que el dolor corporal, experimentado como un disvalor intrínseco, íntimo e incommunicable, incluye en nuestro conocimiento la situación social en la que se encuentran aquellos que sufren. El carácter de la sociedad modela en cierta medida la personalidad de los que sufren y determina así la forma en que experimentan sus propias dolencias y males físicos como dolor concreto. En este sentido, debiera ser posible investigar la transformación progresiva de la experiencia del dolor que ha desempeñado la medicalización de la sociedad. El acto de sufrir el dolor siempre tiene una dimensión histórica.

Cuando sufro dolor, me doy cuenta de que se formula una pregunta. La historia del dolor puede estudiarse mejor concentrándose en esta pregunta. Tanto si el dolor es mi propia experiencia como si veo los gestos con que

²⁸ Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, Oxford University Press, Oxford, 1953, pp. 89 y ss.

otro me informa de su dolor, en esta percepción está inscrito un signo de interrogación que forma parte tan íntegramente del dolor físico como la soledad. El dolor es el signo de algo no contestado; se refiere a algo abierto, a algo que en el momento siguiente hace preguntar: ¿Qué pasa? ¿Cuánto más va a durar? ¿Por qué debo/ tendría que/ he de/ puedo sufrir yo? ¿Por qué existe esta clase de mal y por qué me toca a mí? Los observadores ciegos a este aspecto referencial del dolor se quedan sin nada más que reflejos condicionados. Estudian a un conejillo de Indias, no a un ser humano. Si el médico fuera capaz de borrar esta pregunta cargada de valores que trasluce en las quejas de un paciente, podría reconocer el dolor como el síntoma de un trastorno corporal específico, pero no se acercaría al sufrimiento que impulsó al enfermo a buscar ayuda. El desarrollo de dicha capacidad para objetivizar el dolor es uno de los resultados de la enseñanza médica sobreintensiva. A menudo su entrenamiento suele capacitar al médico para concentrarse en aquellos aspectos del dolor corporal que son accesibles al manejo de un extraño: el estímulo nervioso periférico, la transmisión, la reacción al estímulo o incluso el nivel de ansiedad del paciente. La preocupación se limita al tratamiento de la entidad orgánica, que es el único asunto susceptible de verificación operacional.

El desempeño personal de sufrir escapa a tal control experimental y por ello se le relega en la mayoría de los experimentos que se hacen sobre el dolor.

Por regla general, se utilizan animales para poner a prueba los efectos "matadores" de intervenciones farmacológicas o quirúrgicas. Una vez tabulados los resultados de las pruebas con animales, su validez se verifica en la gente. Los matadores suelen dar resultados más o menos comparables en los conejillos de Indias y en los humanos, siempre y cuando dichos humanos se utilicen como sujetos de experimentación y bajo condiciones experimentales similares a aquellas en que se probó a los animales. Tan pronto como las mismas intervenciones se aplican a personas que están realmente enfermas o han sido heridas, los efectos de estos procedimientos discrepan totalmente de los que se encontraron en las situaciones experimentales. En el laboratorio las personas se sienten exactamente como los ratones. Cuando es su propia vida la que se hace dolorosa, no pueden por lo general dejar de sufrir, bien o mal, incluso cuando desean reaccionar como ratones.²⁹

²⁹ A. Soullairac, J. Cahn y J. Charpentier, comps., *Pain*, Actas del Simposio Internacional organizado por el Laboratorio de Psicofisiología, Faculté des Sciences, París, 11-13 de abril de 1967, Academic Press, Nueva York, 1968, especialmente pp. 119-230.

Viviendo en una sociedad que valora la anestesia, tanto a los médicos como a sus clientes en potencia se les readiestra para suprimir la intrínseca interrogación del dolor. La pregunta formulada por el dolor íntimamente experimentado se transforma en una vaga ansiedad que puede someterse a tratamiento. Los pacientes lobotomizados proporcionan el ejemplo extremo de esta expropiación del dolor: "se ajustan al nivel de inválidos domésticos o de los falderos hogareños".³⁰ La persona lobotomizada percibe todavía el dolor, pero ha perdido la capacidad de sufrirlo, la experiencia del dolor queda reducida a un malestar con nombre clínico.

Para que una experiencia dolorosa constituya sufrimiento en su sentido pleno, debe corresponder a un contexto cultural.³¹ Para permitir que los individuos transformen el dolor corporal en una experiencia personal, toda cultura proporciona al menos cuatro subprogramas interrelacionados; palabras, medicamentos, mitos y modelos. La cultura da al acto de sufrir la forma de una pregunta que puede expresarse en *palabras*, gritos y gestos, que a menudo se reconocen como intentos desesperados por compartir la total y confusa soledad en la que el dolor se experimenta: los italianos gruñen y los prusianos rechinan los dientes.

Cada cultura proporciona asimismo su propia *farmacopea* psicoactiva, con costumbres que señalan las circunstancias en las que pueden tomarse drogas y el ritual correspondiente.³² Los Rayputs musulmanes prefieren el alcohol y los Brahmines la marihuana,³³ aunque ambos se entremezclan en las mismas aldeas de la India occidental.³⁴ El peyote es seguro para los navajos³⁵ y los hongos para los huicholes,³⁶ mientras los habitantes del alti-

³⁰ Véase Szasz, "Psychology of Persistent Pain".

³¹ Mark Zborowski, "Cultural Components in Responses to Pain", en E. Gartly Jaco, *Patients, Physicians and Illness*, Free Press, Nueva York, 1958, pp. 256-268.

³² B. Holmstedt, "Historical Survey", en *Ethnopharmacologic Search for Psycho-active Drugs*, National Institute of Mental Health, Washington, 1967, pp. 3-31.

³³ Para el alcohol en general, véase Salvatore P. Lucia, *A History of Wine as Therapy*, McGraw-Hill, Nueva York, 1963. Ilustra las funciones sociales del alcohol como intoxicante. E. R. Bloomquist, *Marihuana*, Glencoe Press, Beverly Hills, Cal., 1968. Sobre el contexto y la distribución del uso de la marihuana desde la Antigüedad.

³⁴ G. M. Carstairs, "Daru and Bhang, Cultural Factors in the Choice of Intoxicant", *Quarterly Journal of Studies on Alcohol* 15, junio de 1954, pp. 220-237.

³⁵ Robert L. Bergman, "Navajo Peyote Use: Its Apparent Safety", *American Journal of Psychiatry* 128, diciembre de 1971, pp. 695-699. Cuando el peyote se usa en un contexto ritual entre miembros de la iglesia nativa americana, ocurre menos de un mal viaje por cada 10 000 dosis consumidas. W. La Barre, *The Peyote Cult*, Shoestring Press, Handern, Conn., 1964. Una historia completa del uso del peyote entre los indios norteamericanos; incluye una extensa bibliografía.

³⁶ R. G. Wasson, *Soma: Divine Mushroom of Immortality*, Harcourt Brace, Nueva York, 1969.

plano peruano han aprendido a sobrevivir con la coca.³⁷ El hombre no sólo ha evolucionado con la capacidad de *sufrir* su dolor, sino también con las aptitudes para manejarlo:³⁸ el cultivo de la adormidera³⁹ durante el periodo medio de la Edad de Piedra fue probablemente anterior a la siembra de granos. El masaje, la acupuntura y el incienso analgésico se conocían desde el despertar de la historia.⁴⁰ En todas las culturas han aparecido *racionalizaciones* religiosas y míticas del dolor; para los musulmanes es el *Kismet*,⁴¹ destino mandado por la voluntad de Dios; para los hindúes, el *Karma*,⁴² una carga de alguna encarnación anterior; para los cristianos, el azote santificante del pecado.⁴³ Finalmente, las culturas siempre han proporcionado un *ejemplo* sobre el cual modelar el comportamiento durante el dolor; el Buda, el santo, el guerrero o la víctima. El deber de sufrir en su guisa distrae la atención de una sensación por lo demás omniabsorbente y desafía al que sufre a soportar la tortura con dignidad. El ámbito cultural no sólo proporciona la gramática y la técnica, los mitos y ejemplos utilizados en su característico “arte de bien sufrir”, sino también las instrucciones de cómo integrar este repertorio. En cambio, la medicalización del dolor ha fomentado la hipertrofia de uno solo de estos modos —el manejo por medio de la técnica— y reforzado la decadencia de los demás. Sobre todo, ha hecho incomprensible o escandalosa la idea de que la habilidad en el arte de sufrir pueda ser la manera más eficaz y universalmente aceptable de enfrentarse

³⁷ H. Blyed-Prieto, “Coca Leaf and Cocaine Addiction: Some Historical Notes”, *Canadian Medical Association Journal* 93, 1965, pp. 700-704. Información sociológica e histórica.

³⁸ Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy*, 3 vols., Dutton, Nueva York, 1964; ed. orig. 1621. El tratado clásico sobre la quimioterapia renacentista que “rescata la mente de las profundidades de la desesperación” por medio de la amapola, el beleño, la mandrágora, la belladona, la nuez moscada, etcétera.

³⁹ “Opium”, en *Encyclopaedia Britannica*, 1911, vol. 20, pp. 130-137 La geografía histórica del cultivo de la amapola y la historia de su uso, presentadas en una perspectiva victoriana.

⁴⁰ Peter Graystone, *Acupuncture and Pain Theory: A Comprehensive Bibliography*, Biomedical Engineering Services, Vancouver, 1975. Un complemento: Billy y Miriam Tam, *Acupuncture: An International Bibliography*, Scarecrow Press, Metuchen, N. J., 1973.

⁴¹ Para bibliografía, consúltese W. Montgomery Watt, *Free Will and Predestination in Early Islam*, Luzac, Londres, 1948. Véase también Duncan B. Macdonald, *Religious Attitude and Life in Islam*, 1909, reimpr., AMS Press, Nueva York, 1969.

⁴² H. H. Rowley, *Submission in Suffering and Other Essays on Eastern Thought*, University of Wales Press, Cardiff, 1951. E. M. Hoch, “Bhaya, Shoka, Moha: Angst, Leid und Verwirrung in den alten indischen Schriften und ihre Bedeutung für die Entstehung von Krankheiten”, en Wilhelm Bitter (comp.), *Abendländische Therapie und östliche Weisheit*, Klett, Stuttgart, 1968.

⁴³ John Ferguson, *The Place of Suffering*, Clarke, Cambridge, 1972. Una densa historia del trasfondo clásico y hebreo frente al cual se desarrolló la actitud cristiana hacia el sufrimiento.

al dolor. La medicalización priva a cualquier cultura de la integración de su programa para enfrentar el dolor.

La sociedad no sólo determina cómo se encuentra el médico con el paciente, sino también lo que cada uno de ellos debe pensar, sentir y hacer con respecto al dolor. Mientras el médico se consideró en primer lugar un curandero, el dolor se consideraba como un paso hacia la restauración de la salud. Cuando el doctor no podía curar, no tenía reparo en decir a su paciente que usara analgésicos para moderar el sufrimiento inevitable. Como Oliver Wendell Holmes, el buen médico que sabía que la naturaleza proporciona mejores remedios para el dolor que la medicina, podía decir: “[con excepción del] opio, que el propio Creador parece recetar, pues a menudo vemos crecer la amapola escarlata en los maizales como si se hubiese previsto que donde hay hambre que saciar debe haber también dolor que aliviar; [con excepción de] unos cuantos medicamentos específicos que no descubrió nuestro arte médico; [con excepción del] vino, que es un alimento, y los vapores que producen el milagro de la anestesia [...] creo que si toda la *materia médica* que actualmente se utiliza se arrojara al fondo del mar, tanto mejor sería ello para la humanidad —y tanto peor para los peces”.⁴⁴

El *ethos* del curandero capacitaba al médico para el mismo fracaso digno para el cual habían preparado al hombre común, la religión, el *folclor* y el libre acceso a los analgésicos.⁴⁵ El funcionario de la medicina contemporánea se encuentra en una posición diferente: su orientación primordial es el tratamiento, no la curación. Está predispuesto, no para reconocer los interrogantes que el dolor hace surgir en quien lo sufre, sino para degradar estos dolores hasta convertirlos en una lista de quejas que puedan reunirse en un expediente. Se enorgullece de conocer la mecánica del dolor y de este modo rehúye la invitación del paciente a la compasión.

Sin duda de la antigua Grecia proviene una fuente de actitudes europeas hacia el dolor. Los pupilos de Hipócrates⁴⁶ distinguían muchas clases de disarmonía, cada una de las cuales causaba su propio tipo de dolor. Así, el dolor se convertía en instrumento útil para el diagnóstico. Revelaba al médico qué armonía tenía que recuperar el paciente. El dolor podía desa-

⁴⁴ Oliver Wendell Holmes, *Medical Essays*, Boston, 1883.

⁴⁵ Jacques Sarano “L'Échec et le médecin”, en Jean Lacroix, comp., *Les hommes devant l'échec*, PUF, París, 1968, cap. 3, pp. 69-81.

⁴⁶ Para un estudio exhaustivo del valor diagnóstico atribuido al dolor en la literatura hipocrática, véase A. Souques, “La Douleur dans les livres hippocratiques: Diagnostiques rétrospectifs”, *Bulletin de la Société Française de l'Histoire de Médecine* 31, 1937, pp. 209-214; 32, 1938, pp. 178-186; 33, 1939, pp. 37-38 y, 131-144; 34, 1940, pp. 53-59 y 79-93.

parecer en el proceso de la curación, pero ciertamente no era ése el objeto primordial del tratamiento. Mientras desde tiempos muy antiguos los chinos intentaron tratar la enfermedad suprimiendo el dolor, nada de esta índole destacó en el Occidente clásico. Los griegos ni siquiera pensaban en disfrutar la felicidad sin aceptar tranquilamente el dolor. El dolor era la experiencia que tenía el alma de la evolución. El cuerpo humano formaba parte de un universo irremediabilmente deteriorado, y el alma consciente enunciada por Aristóteles correspondía en toda su extensión con su cuerpo. En ese modelo no había necesidad de distinguir entre el sentido y la experiencia del dolor. El cuerpo todavía no se divorciaba del alma, ni la enfermedad del dolor. Todas las palabras que indicaban dolor corporal podían aplicarse igualmente al sufrimiento del alma.

En vista de esta herencia, sería un grave error creer que la resignación al dolor se debe exclusivamente a influencias judías o cristianas. Trece diferentes palabras hebreas fueron traducidas por un solo término griego para "dolor", cuando 200 judíos del siglo II a. C. tradujeron el Antiguo Testamento al griego.⁴⁷ Consideraran o no los judíos al dolor un instrumento de castigo divino, era siempre una maldición.⁴⁸ Ni en las Escrituras ni en el Talmud puede encontrarse indicación alguna del dolor como experiencia deseable.⁴⁹ Es cierto que afectaba a órganos específicos, pero estos órganos se concebían también como asientos de emociones muy específicas; la categoría del dolor médico moderno es totalmente ajena al texto hebreo. En el Nuevo Testamento, se considera que el dolor está íntimamente entrelazado con el pecado.⁵⁰ Mientras que para el griego clásico el dolor tenía que acompañar al placer, para el cristiano el dolor era una consecuencia de su

⁴⁷ Con respecto a la evolución de los términos usados en la Biblia para designar el dolor y el sufrimiento corporales, véase Gerhard Kittel, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Kohlhammer, Stuttgart, 1933, los siguientes artículos: *lype* (Bultmann); *asthenés* (Stahlin); *pascho* (Michaelis); *nosos* (Oepke).

⁴⁸ Immanuel Jakobovitz, "Attitude to Pain", en *Jewish Medical Ethics*, Block, Nueva York, 1967, p. 103.

⁴⁹ Julius Preuss, *Biblich-talmudische Medizin: Beitrag zur Geschichte der Heilkunde und der Kultur überhaupt*, 3a. ed., Karger, Berlín, 1923. Friedrich Weinreb, *Vom Sinn des Erkrankens*, Origo, Zurich, 1974: la palabra hebrea para "enfermedad" tiene la misma raíz que la palabra para "ordinario".

⁵⁰ Friedrich Fenner, *Die Krankheit im Neuen Testament: Eine religiöse und medizin-geschichtliche Untersuchung*, Untersuchungen zum Neuen Testament, núm. 18, 1930 (disertación, Univ. de Jena, 1930).

entrega a la alegría.⁵¹ Ninguna cultura o tradición tiene el monopolio de la resignación realista.

La historia del dolor en la cultura europea tendría que remontarse aun antes de estas raíces clásicas y semíticas para encontrar las ideologías en que se fundaba la aceptación personal del dolor. Para el neoplatónico, el dolor se interpretaba como resultado de alguna deficiencia en la jerarquía celestial. Para el maniqueo, era el resultado de indudables prácticas perjudiciales de un original demiurgo o creador maligno. Para el cristiano, era la pérdida de la integridad original producida por el pecado de Adán. Pero independientemente de cuanto se opusieran estas religiones unas a otras en dogma y moral, para todas ellas el dolor era el sabor amargo del mal cósmico, la manifestación de la debilidad de la naturaleza, de una voluntad diabólica o de una merecida maldición divina. Esa actitud hacia el dolor es una característica unificadora y distintiva de las culturas mediterráneas posclásicas hasta bien entrado el siglo XVII. Como lo manifestó un médico alquimista del siglo XVI, el dolor es "la tintura amarga añadida a la espumosa mezcla de la simiente del mundo". Toda persona nacía con la vocación de aprender a vivir en un valle de lágrimas. El neoplatónico interpretaba la amargura como una falta de perfección, el cátaros como una deformidad, el cristiano como una herida de la que se le hacía responsable. Al afrontar la plenitud de la vida, que presentaba una de sus expresiones fundamentales en el dolor, la gente era capaz de levantarse en heroico desafío o negar estoicamente la necesidad del alivio y podía recibir con gusto la oportunidad de purificación, hacer penitencia o sacrificios, y tolerar renuientemente lo inevitable mientras buscaba la manera de aliviarlo. Siempre se han empleado el opio, la acupuntura o la hipnosis en combinación con el lenguaje, el ritual y el mito, en el acto fundamentalmente humano de *sufrir el dolor*. Sin embargo, una sola actitud hacia el dolor era impensable, al menos en la tradición europea: la creencia de que el dolor no debía sufrirse, aliviarse e interpretarse por la persona afectada, sino —siempre idealmente— destruirse por la intervención de un sacerdote, de un político o de un médico.

Había tres razones por las cuales la idea de matar profesional y técnicamente el dolor era ajena a todas las civilizaciones europeas.⁵² Primera: el

⁵¹ Harold Rowley, *Servant of the Lord and Other Essays on the Old Testament*, 2a. ed., Allenson, Naperville, Ill., 1965. Christopher R. North, *Suffering Servant in Deutero-Isaiah: An Historical and Critical Study*, 2a. ed., Oxford University Press, Nueva York, 1956.

⁵² Véase referencias en la nota 18, pp. 547.

dolor era para el hombre la experiencia de un universo desfigurado, no una disfunción mecánica en uno de sus subsistemas. El significado del dolor era cósmico y mítico, no individual y técnico. Segunda: el dolor era un signo de corrupción en la naturaleza, y el hombre mismo una parte de esa totalidad. No podía rechazarse uno sin la otra; no podía considerarse el dolor como algo distinto del padecimiento. El médico podía atenuar los cólicos, pero eliminar el dolor habría significado suprimir al paciente. Tercera: el dolor era una experiencia del alma, y esa alma se hallaba presente en todo el cuerpo. El dolor era una experiencia no mediatizada del mal. No podía haber fuente de dolor distinta del propio dolor.⁵³

La campaña contra el dolor como un asunto personal que debía entenderse y sufrirse, sólo se inició cuando Descartes divorció el alma del cuerpo construyendo una imagen del cuerpo en términos de geometría, mecánica o relojería, una máquina que podía reparar un ingeniero.

El cuerpo se convirtió en un aparato poseído y dirigido por el alma, pero desde una distancia casi infinita. El cuerpo vivo de la experiencia, al que los franceses llaman *la chair* y los alemanes *der Leib*, se reducía a un mecanismo que el alma podía inspeccionar.⁵⁴

Para Descartes el dolor se convirtió en una señal con la cual el cuerpo reacciona en defensa propia para proteger su integridad mecánica. Estas reacciones al peligro se transmitían al alma, que las identificaba como dolorosas. El dolor quedaba reducido a un útil artificio de aprendizaje: enseñaba al alma cómo evitar mayores daños al cuerpo. Leibnitz resume este nuevo concepto cuando cita y aprueba una sentencia de Regius, que a su vez era discípulo de Descartes: "El gran ingeniero del universo ha hecho al hombre tan perfecto como podía hacerlo, y no pudo haber inventado un artificio mejor para su conservación que dotarlo con un sentido del dolor".⁵⁵ El comentario de Leibnitz sobre esta sentencia es instructivo. Primero dice que en principio habría sido mejor aún que Dios empleara un refuerzo positivo en lugar de uno negativo provocando el placer cada vez que un hombre se aparta del fuego que podría destruirlo. No obstante, llega a la conclusión de que Dios sólo pudo triunfar mediante esta estrategia hacien-

⁵³ K. E. Roths Schuh, "Geschichtliches zur Physiologie des Schmerzes", en *Documenta Geigy: Problems of Pain*, Basel, 1965, p. 4. Se entendía que el dolor se "percibía a través de la facultad sensorial de la *sentiens anima*; [se] concebía como una propiedad del alma, una propiedad distribuida por todo el cuerpo".

⁵⁴ Herbert Plügge, *Der Mensch und sein Leib*, Niemeyer, Tubinga, 1947.

⁵⁵ Gottfried Wilhelm Leibnitz, *Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*, Garnier-Flammarion, París, 1969, núm. 342.

do milagros, y como, también por principio, Dios evita los milagros, "el dolor es un artificio necesario y brillante para asegurar el funcionamiento del hombre". En el curso de dos generaciones después del intento de Descartes de establecer una antropología científica, el dolor había llegado a ser útil. De experiencia de la precariedad de la existencia⁵⁶ se había convertido en un indicador de colapsos específicos.

A fines del siglo pasado, el dolor se había convertido en un regulador de las funciones orgánicas sujeto a las leyes de la naturaleza y sin necesidad alguna de explicación metafísica.⁵⁷ Había dejado de merecer todo respeto místico y podía someterse al estudio empírico con el propósito de eliminarlo. Apenas había transcurrido siglo y medio desde que por primera vez se reconoció el dolor como una simple defensa fisiológica, la primera medicina etiquetada como "matadolores" fue puesta en el comercio en La Crosse, Wisconsin, en 1853.⁵⁸ Se había desarrollado una nueva sensibilidad que no estaba satisfecha con el mundo, no porque éste fuese triste o peaminoso o le faltara ilustración o estuviese amenazado por los bárbaros, sino porque estaba lleno de sufrimiento y dolor.⁵⁹ El progreso de la civilización llegó a ser sinónimo de la reducción de la suma total de sufrimiento. A partir de entonces, la política iba a ser una actividad no tanto dedicada a lograr el máximo de felicidad como el mínimo de sufrimiento. El resultado es una tendencia a ver el dolor como un acontecimiento esencialmente

⁵⁶ El dolor llegó a considerarse misterioso e ingobernable sin auxilios técnicos. Para orientación sobre la actitud romántica hacia el dolor y el uso de narcóticos, véase Alethea Hayter, *Opium and the Romantic Imagination*, University of California Press, Berkeley, 1969. También M. H. Abrams, *The Milk of Paradise*, Harper and Row, Nueva York, 1970. Evitarlo llegó a ser de suprema importancia: Robert Mauzi, *L'Idée du bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIII^e siècle*, Colin, París, 1960, especialmente pp. 300-310 sobre el surgimiento de la convicción de que el dolor es el único "mal" verdadero.

⁵⁷ Charles Richet, "Douleur", en *Dictionnaire de physiologie*, Felix Alcan, París, 1902, vol. 5, pp. 173-193. En su clásico diccionario de fisiología en cinco volúmenes, Richet analiza el dolor como un hecho fisiológico y psicológico sin considerar ni la posibilidad de su tratamiento ni su importancia diagnóstica. Llega en definitiva a la conclusión de que el dolor es supremamente útil (*souverainement utile*) porque nos hace apartarnos del peligro. Todo abuso es seguido inmediatamente para nuestro castigo por el dolor, que es sin ninguna duda superior en intensidad al placer que produjo el abuso.

⁵⁸ Mitford M. Mathews (comp.), *A Dictionary of Americanisms on Historical Principles*, University of Chicago Press, Chicago, 1966: "matadolores (pain-killer). Cualquiera de las diversas medicinas o remedios para abolir o aliviar el dolor, 1853. La Crosse Democrat 7 junio 2/4 Ayer's Cherry Pectoral, Perry Davis' Pain Killer. 1886 Ebbut Emigrant Life 119. En la casa tenemos un frasco de 'matadolores' [...] para fines medicinales".

⁵⁹ Kenneth Minogue, *The Liberal Mind*, Methuen, Londres, 1963.

pasivo impuesto en víctimas desamparadas porque no se utiliza en su favor el arsenal de la corporación médica.

En este contexto ahora parece racional huir del dolor y no afrontarlo, aun al costo de renunciar a una intensa vivencia. Parece razonable eliminar el dolor, aun al costo de perder la independencia. Parece esclarecido el negar legitimidad a todas las cuestiones no técnicas que plantea el dolor, aunque esto signifique convertir a los enfermos en falderos.⁶⁰ Con los crecientes niveles de insensibilidad provocada al dolor, se ha reducido igualmente la capacidad para experimentar las alegrías y los placeres sencillos de la vida. Se necesitan estímulos cada vez más enérgicos para proporcionar a la gente de una sociedad anestésica alguna sensación de estar viva. Las drogas, la violencia y el horror quedan como los únicos estímulos que todavía pueden despertar una experiencia del propio yo. La anestesia ampliamente difundida aumenta la demanda de excitación por medio del ruido, la velocidad, la violencia, sin importar cuán destructivos sean.

Este umbral elevado de experiencia mediatizado fisiológicamente, característico de una sociedad medicalizada, hace extremadamente difícil en la actualidad el reconocer en la capacidad de sufrir un síntoma posible de salud. El recordatorio de que el sufrimiento es una actividad responsable resulta casi insoportable para los consumidores, para quienes coinciden el placer y la dependencia respecto de productos industriales. Ellos justifican su estilo pasivo de vida al equiparar con el "masoquismo" toda participación personal en enfrentar el dolor inevitable. Mientras rechazan la aceptación del sufrimiento como una forma de masoquismo, los consumidores de anestesia tratan de encontrar un sentido de realidad en sensaciones cada vez más intensas. Tratan de encontrar significado a sus vidas y poder sobre los demás soportando dolores indistinguishables y ansiedades intratables: la vida agitada de los hombres de negocios, el autocastigo de la carrera burocrática y la intensa exposición a la violencia y al sadismo en el cine y la televisión. En una sociedad tal, abogar por un estilo renovado del arte de sufrir que incorpore el uso competente de técnicas nuevas, será inevitablemente mal interpretado como un deseo enfermizo de dolor: como oscurantismo, romanticismo, dolorismo o sadismo.

En última instancia, el tratamiento del dolor podría sustituir el sufrimiento por una nueva clase de horror: la experiencia de lo artificialmente indoloro. Lifton describe los efectos de la muerte en gran escala sobre los

⁶⁰ Victor E. Frankl, *Homo patients: Versuch einer Pathodizee*, Deutike, Viena, 1950.

supervivientes estudiando a personas que estuvieron cerca de la "zona cero" en Hiroshima.⁶¹ Observó que las personas que anduvieron entre los lesionados y moribundos simplemente dejaron de sentir; se hallaban en un estado de cierre emocional, sin reacción emotiva alguna. Lifton cree que después de un tiempo ese cierre se mezcló con una depresión que 20 años después de la bomba se manifestaba todavía en el sentimiento de culpa o vergüenza por haber sobrevivido sin experimentar ningún dolor en el momento de la explosión. Esas personas viven en un encuentro interminable con la muerte que las perdonó, y sufren de una enorme pérdida de confianza en la gran matriz humana que sostiene la vida de cada ser humano. Experimentaron su tránsito anestesiado a través de ese acontecimiento como algo precisamente tan monstruoso como la muerte de la gente que les rodeaba: como un dolor demasiado oscuro y demasiado abrumador para afrontarlo o sufrirlo.⁶²

Lo que hizo la bomba en Hiroshima podría orientarnos para comprender el efecto acumulativo sobre una sociedad en la que el dolor ha sido "expropiado" médicamente. El dolor pierde su carácter referencial cuando se embota, y engendra un horror residual insensato, indudable. El sufrimiento, que era soportable gracias a las culturas tradicionales, algunas veces engendraba angustia intolerable, maldiciones torturadas y blasfemias exasperantes; también tenía sus propios límites. La nueva experiencia que ha reemplazado al sufrimiento digno es el mantenimiento artificialmente prolongado, opaco, despersonalizado. El uso creciente de matadolores convierte cada vez más a la gente en espectadores insensibles de sus propios yoes en decadencia.

⁶¹ Robert J. Lifton, *Death in Life: Survivors of Hiroshima*, Random House, Nueva York, 1969.

⁶² Terrence Des Pres, *Survivors and the will to bear witness*. Del libro de próxima aparición: *The survivors*, Oxford University Press, 1974, en *Social Research*, vol. 40, núm. 4, invierno de 1973, pp. 668 a 690, presenta una crítica constructiva de Robert Lifton, v. n. Según él, los supervivientes de los campos de concentración tienen el impulso de dar importancia a una experiencia anónima que han conocido: el dolor que carece completamente de sentido. Según Des Pres, su mensaje es profundamente ofensivo porque desde mediados del siglo XIX el sufrimiento de los demás ha llegado a revestirse de un carácter moral. Kierkegaard predicaba la salvación por el dolor, Nietzsche ensalzaba los bajos fondos, Marx a los pisoteados y oprimidos. El superviviente despierta la envidia de su sufrimiento, y simultáneamente ofrece el testimonio de que el dolor sólo pueden valorarlo unos cuantos privilegiados. Propongo otra explicación: la gente evita al superviviente porque éste se siente impulsado a despertar la atención sobre el aumento del dolor completamente carente de significado que se soporta, no se sufre, en la sociedad industrial.

LA INVENCION Y ELIMINACION DE LA ENFERMEDAD

LA REVOLUCIÓN FRANCESA dio a luz dos grandes mitos: uno, que los médicos podían sustituir a los clérigos; el otro, que con el cambio político la sociedad retornaría a un estado de salud original.¹ La enfermedad se convirtió en asunto público. En nombre del progreso, la enfermedad dejó de incumbir a quienes estaban enfermos.²

En 1792, durante varios meses la Asamblea Nacional en París trató de decidir cómo reemplazar a los médicos que se aprovechaban de la asistencia a los enfermos por una burocracia terapéutica planeada para administrar un mal destinado a desaparecer con el advenimiento de la igualdad, la libertad y la fraternidad. El nuevo sacerdocio habría de financiarse con fondos expropiados de la Iglesia. Habría de orientar a la nación en una conversión militante hacia la vida sana que haría menos necesaria la asistencia médica para los enfermos. Cada familia podría volver a hacerse cargo de sus miembros, y cada aldea atender a los enfermos sin parientes. Un Servicio Nacional de Salud se encargaría de la asistencia sanitaria y supervisaría la promulgación de leyes dietéticas y de estatutos para obligar a los ciudadanos a utilizar sus nuevas libertades en la vida frugal y los placeres sanos. Funcionarios médicos supervisarían el acatamiento de la ciudadanía, y magistrados médicos presidirían tribunales de salud para protegerse contra charlatanes y explotadores.

Aún más radicales fueron las propuestas de un Subcomité para la Eliminación de la Mendicidad. En contenido y estilo son semejantes a algunos manifiestos de la Guardia Roja y de las Panteras Negras que piden que vuelva al pueblo el control sobre la salud. Se afirmaba que la asistencia primordial pertenece únicamente a los vecindarios. Los gastos públicos para asistencia a los enfermos se emplean mejor como suplemento de los ingresos de los afligidos. Si se necesitan hospitales, deben ser especializados: pa-

¹ En este capítulo cito libremente de documentos reunidos en Michel Foucault, *The Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception*, trad. A. M. Sheridan Smith, Pantheon, Nueva York, 1973. *El nacimiento de la clínica*, Siglo XXI, México, 1966.

² Walter Artelt, *Einführung in die Medizinhistorik: Ihr Wesen, ihre Arbeitsweise und ihre Hilfsmittel*, Enke, Stuttgart, 1949. Una excelente introducción a la metodología de la historia médica y sus instrumentos.

ra los ancianos, los incurables, los locos o los expósitos. La enfermedad es un síntoma de corrupción política y será eliminada cuando se limpie el gobierno.

Habitualmente se identificaba a los hospitales como focos de infección, lo que era común y fácil de explicar. Habían aparecido en la Antigüedad tardía bajo los auspicios cristianos como dormitorios para viajeros, vagos y abandonados. Los médicos empezaron a visitar con regularidad los hospitales en la época de las Cruzadas, siguiendo el ejemplo de los árabes.³ Durante el ocaso de la Edad Media se convirtieron en parte integral de la arquitectura como instituciones caritativas para la custodia de los indigentes.⁴ Hacia fines del siglo XVII el viaje al hospital se emprendía, por lo general, sin esperanza de volver.⁵ Nadie iba a un hospital para restaurar su salud. Juntos se confundían enfermos, locos, lisiados, epilépticos, incurables, expósitos y amputados recientes, de todas las edades y de ambos sexos;⁶ las amputaciones se practicaban en los corredores, entre las camas. Se repartían algunos alimentos; capellanes y legos piadosos iban a ofrecer consuelo, y los médicos hacían visitas de caridad. Menos de 3% del magro presupuesto se gastaba en remedios. Más de la mitad se iba en la sopa del hospital; las mon-

³ Heinrich Schipperges, "Die arabische Medizin als Praxis und als Theorie", *Sudhoffs Archiv* 43, 1959, pp. 317-328, proporciona una perspectiva historiográfica.

⁴ Sobre la evolución del hospital como un elemento arquitectónico en la urbanización, consúltese una anticuada obra monumental: Henry Burdett, *Hospitals and Asylums of the World: Their Origin, History, Construction, Administration... and Legislation*, 4 vols., Churchill, Londres, 1893. También Dieter Jetter, *Geschichte des Hospitals*, vol. 1, *Westdeutschland von den Anfängen bis 1850*, Steiner, Wiesbaden, 1966; varios volúmenes en planeación.

⁵ Fernando da Silva Coreia, *Origenes e formação das misericórdias portuguesas*, Torres, Lisboa, 1944. Las primeras 200 páginas se ocupan del hospital en la Antigüedad y durante la Edad Media en Oriente y en Europa. Jean Imbert, *Histoire des hôpitaux français; contribution à l'étude des rapports de l'église et de l'état dans le domaine de l'assistance publique; les hôpitaux en droit canonique*, Collection L'Église et l'état au moyen âge, núm. 8, Vrin, París, 1947. Una guía bien documentada sobre los orígenes del hospital medieval y la transición de la asistencia pública del control eclesiástico al civil. F. N. L. Poynter (comp.), *The Evolution of Hospitals in Britain*, Pitman, Londres, 1964; véase la bibliografía clasificada sobre la historia del hospital británico, pp. 255-279. Sobre el hospital en el Nuevo Mundo consúltese Josefina Muriel de la Torre, *Hospitales de la Nueva España* (vol. 1), *Fundaciones de los siglos XVII y XVIII* (vol. 2), publicaciones del Instituto de Historia, UNAM, México, ser. 1, 35, 62, México, 1959-1960.

⁶ Sobre la historia de la cama de hospital, consúltese F. Boinet, *Le Lit d'hôpital en France: Étude historique*, Foulton, París, 1945; James N. Blyth, *Notes on Bed and Bedding: Historical and Annotated*, Simpkin Marstell, Londres, 1873. Lectura más general, pero también más placentera: Laurence Wright, *Warm and Snug: The History of the Bed*, Routledge, Londres, 1962. Sobre la buena conducta en la cama, véase la obra de Norbert Elias citada más adelante en la nota 28, p. 671.

jas podían ir pasándola con una pitanza. Como las cárceles, los hospitales se consideraban un último recurso;⁷ nadie pensaba en ellos como herramienta para administrar tratamiento para mejorar a los internados.⁸

Lógicamente, algunos extremistas fueron más allá de las recomendaciones formuladas por la Comisión de Mendicidad. Algunos exigieron de plano la abolición de todos los hospitales, diciendo que "son inevitablemente lugares para congregar enfermos y engendrar miseria mientras estigmatizan al paciente. Si una sociedad continúa necesitando hospitales, es signo de que su revolución ha fracasado".⁹

Una mala comprensión de Rousseau vibra en este deseo de restaurar la enfermedad a su "estado natural",¹⁰ de devolver a la sociedad a la "enfermedad silvestre", que fija sus propios límites y puede soportarse con virtud y etilo, y atendida en los hogares de los pobres, así como anteriormente se habían atendido las enfermedades de los ricos. La enfermedad se vuelve compleja, intratable e insoportable únicamente cuando la explotación divide a la familia.¹¹ Se vuelve maligna y degradante cuando llegan la urbanización y la civilización. Para los seguidores de Rousseau la enfermedad que se ve en los hospitales es hecha por el hombre, como todas las formas de injusticia social, y prospera entre los sibaritas y sus explotados. "En el hospital la enfermedad es totalmente corrupta; se vuelve 'fiebre de prisión', que se caracteriza por espasmos, fiebre, indigestión, orina pálida, respiración deprimida, y conduce en definitiva a la muerte: si no en el octavo o en el undécimo día, entonces en el decimotercero."¹² Con este tipo de lenguaje

⁷ Marcel Fosseyeux, *L'Hôtel Dieu aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Levrault, París, 1912.

⁸ Sobre el origen y la evolución de la idea: David Rothman, *The Discovery of the Asylum*, Little, Brown, Boston, 1971. Milton Kotler, *Neighborhood Government: The Local Foundations of Political Life*, Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1969, aclara el asunto en cuanto a Boston. Véase también Foucault, *El nacimiento de la clínica*, Siglo XXI, México.

⁹ Se ordenó a los príncipes cristianos que no usaran como castigo la cadena perpetua, porque era excesivamente cruel. Las prisiones podían usarse para guardar a los criminales hasta su audiencia, su ejecución o su mutilación judicial. Andreas Perneder, *Von Straff und Peen aller und jeder Malefizt, Handlungen ein kurtzer Bericht*, ed. W. Hunger, Ingolstadt, 1544.

¹⁰ Para documentación sobre el pensamiento de Rousseau acerca de la medicina, rico y cuidadosamente escogido, véase Gerhard Rudolf, "Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) und die Medizin", *Sudhoffs Archiv* 53, 1969, pp. 30-67. A Rousseau probablemente se le malentendió todavía más con respecto a la medicina que a la educación.

¹¹ Sobre el sueño de la salud "salvaje", consúltese Edward Dudley y Maximillian E. Novak, comps., *The Wild Man Within: An Image in Western Thought from the Renaissance to Romanticism*, Pittsburg University Press, Pittsburg, 1972.

¹² Jacques-René Tenon, *Mémoires sur les hôpitaux*, París, 1788, p. 451; citado en Foucault, *El nacimiento de la clínica*, Siglo XXI, México.

se convirtió, por primera vez, la medicina en un problema político. Los planes para dirigir mecánicamente una sociedad y llevarla a la salud comenzaron con el llamado a una reconstrucción social que eliminaría los males de la civilización. Lo que Dubos ha llamado "el espejismo de la salud" comenzó como un programa político.

En la retórica pública de la década de 1790 no existía en lo absoluto la idea de aplicar intervenciones biomédicas sobre la gente o sobre su ambiente. Únicamente con la Restauración se confió a la profesión médica la tarea de eliminar la enfermedad. Tras el Congreso de Viena, proliferaron los hospitales y prosperaron las escuelas de medicina.¹³ Lo mismo ocurrió con el descubrimiento de enfermedades; la enfermedad era todavía primordialmente no técnica. En 1770, poco sabía la medicina general aparte de la peste y las erupciones pustulosas,¹⁴ pero en 1860 hasta el ciudadano común y corriente reconocía el nombre médico de una docena de enfermedades. La súbita aparición del médico como salvador y hacedor de milagros no se debió a la eficacia comprobada de nuevas técnicas, sino a la necesidad de un ritual mágico que prestara credibilidad a una actividad en la que había fracasado una revolución política. Para que los conceptos de "enfermedad" y "salud" pudieran reclamar fondos públicos, tuvieron que hacerse operativos. Fue necesario convertir las dolencias en enfermedades objetivas que infestaran a la humanidad, pudieran trasplantarse y cultivarse en el laboratorio y tener cabida en pabellones, archivos, presupuestos y museos. En esta forma, la enfermedad se acomodó al manejo administrativo: la clase dominante confió la autonomía en el control a una rama de la élite y la eliminación de la enfermedad. El objeto del tratamiento médico la definió una nueva, aunque sumergida, ideología política y adquirió el estatus de una entidad que existía completamente por separado tanto del médico como del paciente.¹⁵

¹³ Brian Abel-Smith, *The Hospitals, 1800-1948: A Study in Social Administration in England and Wales*, Heinemann, Londres, 1964. Cuidadosamente documentado sobre los cambios económicos y profesionales. Leonard K. Eaton, *New England Hospitals, 1790-1833*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1957. Véase especialmente el ensayo bibliográfico, pp. 239-246.

¹⁴ François Millepierres, *La Vie quotidienne des médecins au temps de Molière*, Hachette, París, 1964. De divulgación pero digno de confianza; una imagen múltiple de la vida cotidiana del médico en la época de Molière.

¹⁵ Jean-Pierre Peter, "Malades et maladies à la fin du XVIII^e siècle", en Jean-Paul Dessaive et al., *Médecins, climat et épidémies à la fin du XVIII^e siècle*, Mouton, París, 1972, pp. 135-170: "Durante la Revolución francesa el hospital, como el laboratorio, ambos descubiertos alrededor de 1770, jugarían el papel de partera en el nacimiento de estas ideas preexistentes".

Olvidamos a menudo qué poco tiempo hace que nacieron las entidades nosológicas. A mediados del siglo XIX, todavía se citaba con aprobación un aforismo atribuido a Hipócrates: "No puedes descubrir peso ni forma ni cálculo al cual referir tu juicio sobre salud y enfermedad. En las artes médicas no existe más certeza que la de los sentidos del médico". La enfermedad era todavía el sufrimiento personal en el espejo de la visión del médico.¹⁶ La transformación de este retrato médico en una entidad clínica representa un acontecimiento en medicina que corresponde a la hazaña de Copérnico en astronomía: el hombre fue violentamente lanzado y alejado del centro de su universo, Job se hizo Prometeo.

La esperanza de lograr en la medicina la perfección que Copérnico había dado a la astronomía data de los tiempos de Galileo. Descartes trazó las coordenadas para ejecutar el proyecto. Su descripción convirtió eficazmente al cuerpo humano en un mecanismo de relojería y estableció una nueva distancia no sólo entre alma y cuerpo, sino también entre la queja del paciente y el ojo del médico. Dentro de esa estructura mecanizada el dolor se convirtió en una luz roja y la enfermedad en una avería mecánica. Se hizo posible una nueva clase de taxonomía de las enfermedades. Así como podían clasificarse los minerales y las plantas, así el médico-taxonomista podía aislar las enfermedades y colocarlas en su categoría. Se había establecido la estructura lógica para un nuevo objetivo de la medicina. Se situó a la enfermedad en vez de en el hombre que sufre en el centro del sistema médico, una enfermedad que podía someterse a: a) verificación operativa mediante la medición, b) estudio clínico y experimentación y c) evaluación conforme a normas mecánicas.

La Antigüedad no conoció ningún aparato para medir la enfermedad.¹⁷ Los contemporáneos de Galileo fueron los primeros en aplicar la medición

¹⁶ Helmut Vogt, *Das Bild des Kranken: Die Darstellung äusserer Veränderungen durch innere Leiden und ihre Heilmassnahmen von der Renaissance bis zu unserer Zeit*, Lehmann, Munich, 1960. Más de 500 reproducciones de representaciones artísticas de personas enfermas, desde el Renacimiento, permite un estudio de percepción. Para un estudio médico del ergotismo en el pasado basado en su representación pictórica, véase Veit Harold Bauer, *Das Antonius-Feuer in Kunst und Medizin*, Springer, Heidelberg, 1973; bibliog., pp. 118-125; posfacio de Wolfgang Jacob, pp. 127-129. La pintura y las artes plásticas proporcionan un invaluable complemento a la historia de las relaciones paciente-médico: Eugen Holländer, *Die Medizin in der Klassischen Malerei*, 4a. ed., Enke, Stuttgart, 1950. Eugen Holländer, *Plastik und Medizin*, Enke, Stuttgart, 1912.

¹⁷ W. Muri, "Der Massgedanke bei griechischen Ärzten", *Gymnasium* 57, 1950, pp. 183-201. H. Laue, *Mass und Mittle: Eine problemgeschichtliche Untersuchung zur fruehen griechischen Philosophie und Ethik*, Osnabrueck, Münster, 1960. La medida en la Antigüedad se relaciona-

al enfermo, pero con poco éxito. Como Galileo había enseñado que la orina se secretaba directamente de la vena cava y que su composición era una indicación directa de la naturaleza de la sangre, los médicos habían probado y olido la orina y la habían examinado a la luz del sol y de la luna. Los alquimistas del siglo xvi habían aprendido a medir el peso específico con precisión considerable, y sometieron a sus métodos la orina de los enfermos. Se atribuyeron a cambio del peso específico de la orina docenas de significados distintos y divergentes. Con esta primera medición, los médicos comenzaron a leer significados diagnósticos y curativos en toda nueva medición que aprendían a ejecutar.¹⁸

El empleo de mediciones físicas preparó para creer en la existencia real de enfermedades y en su autonomía ontológica de la percepción de médico y paciente. El empleo de estadísticas apuntaló esa creencia. "Mostró" que las enfermedades se hallaban en el ambiente y podían invadir e infectar a la gente. Los primeros ensayos clínicos en que se utilizaron estadísticas, practicados en Estados Unidos en 1721 y publicados en Londres en 1722, proporcionaron datos sólidos que indicaban la amenaza de la viruela para Massachusetts, y que los vacunados estaban protegidos contra sus ataques. Esos ensayos los dirigió el doctor Cotton Mather, mejor conocido por su furia inquisitorial durante los juicios de las brujas de Salem que por su vigorosa defensa de la vacuna antivariólica.¹⁹

Durante los siglos xvii y xviii los médicos que aplicaban mediciones a los enfermos podían ser considerados charlatanes por sus colegas. Durante la Revolución francesa los médicos ingleses miraban todavía con desconfianza la termometría clínica. Junto con la rutinaria toma del pulso, llegó a ser práctica clínica aceptada apenas alrededor de 1845, treinta años des-

ba con la virtud y la proporción, no con la verificación operacional. Sobre el campo semántico prehistórico indogermánico que incluye tanto medida como medicina, véase Émile Benveniste, "Médecine et la notion de mesure", en *Le Vocabulaire des institutions indo-européennes*, vol. 2, *Pouvoir, droit, religion*, 1969, pp. 123-132; La versión inglesa es *Indo-European Language and Society*, University of Miami Press, Miami, 1973.

¹⁸ Para la historia de las mediciones consúltense dos simposios: Harry Woolf (comp.), *Quantification: A History of the Meaning of Measurement in the Natural and Social Sciences*, Bobbs-Merill, Indianápolis, 1961, y Daniel Lerner, *Quantity and Quality: The Hayden Colloquium on Scientific Method and Concept*, Free Press, Nueva York, 1961. Consúltense particularmente, en Woolf, el trabajo de Richard Shryock, "The History of Quantification in Medical Science", pp. 85-107. Sobre la aplicación de la medición a aspectos no médicos del hombre, véase S. S. Stevens, "Measurement and Man", *Science* 127, 1958, pp. 383-389, y S. S. Stevens, *Handbook of Experimental Psychology*, Wiley, Nueva York, 1951.

¹⁹ Richard H. Shryock y Otto T. Beall, *Cotton Mather: The First Significant Figure in American Medicine*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1954.

pués de que Laennec comenzó a usar el estetoscopio. Conforme el interés del médico se trasladaba del enfermo a la enfermedad, el hospital se convertía en un museo de enfermedades. Los pabellones estaban llenos de indigentes que ofrecían sus cuerpos como espectáculos a cualquier médico deseoso de tratarlos.²⁰ Hacia fines del siglo XVIII se desarrolló el concepto de que el hospital era el lugar lógico para estudiar y comparar "casos". Los médicos visitaban hospitales donde se mezclaba toda clase de gente enferma, y se adiestraban para escoger varios "casos" de la misma enfermedad. A la cabecera del enfermo, perfeccionaron su ojo clínico. Durante los primeros decenios del siglo XIX la actitud médica hacia los hospitales continuó con un desarrollo ulterior. Hasta entonces, los nuevos médicos se habían preparado principalmente mediante conferencias, demostraciones y discusiones. Ahora la "cabecera" pasó a ser la clínica, el lugar donde se adiestraban los futuros médicos para ver y reconocer enfermedades.²¹ El concepto clínico de la enfermedad dio origen a un nuevo lenguaje que hablaba acerca de las enfermedades desde la cabecera, y a un hospital reorganizado por la enfermedad para exhibición de enfermedades a los estudiantes.²²

El hospital, que muy a principios del siglo XIX había pasado a ser un lugar para el diagnóstico, se convertía ahora en un lugar para la enseñanza. Pronto se transformaría en un laboratorio para experimentar con tratamientos y hacia fines del siglo en un lugar dedicado a la terapia. Hoy día el

²⁰ Cuando la enfermedad pasó a ser una entidad que podía separarse del hombre y ser manejada por el médico, súbitamente otros aspectos del hombre se hicieron separables, usables, vendibles. La venta de la sombra es un motivo literario típico del siglo XIX (A. V. Chamisso, *Peter Schlemihls wundersame Geschichte*, 1814.) Un médico demoníaco puede privar al hombre de su imagen en el espejo (E. T. A. Hoffman, 1815: "Die Geschichte vom verlorenen Spiegelbild", en *Die Abenteuer einer Sylvesternacht*) en W. Hauff, "Das steinerne Hertz", en *Das Wirtshaus im Spessat*, 1882, el héroe cambia su corazón por uno de piedra para salvarse de la bancarrota. En las dos generaciones siguientes se da tratamiento literario a la venta del apetito, el nombre, la juventud y las memorias.

²¹ Para esta evolución en Francia, véase Maurice Rochaix, *Essai sur l'évolution des questions Hospitalières de la fin de l'Ancien Régime à nos jours*, Fédération hospitalière de France, Saintes, 1959, la única historia bien documentada de la asistencia pública a los enfermos en dicho país. Véase Jean Imbert, *Les Hôpitaux en France*, "Que sais-je?", PUF, París, 1958, sobre la adaptación del hospital a las técnicas médicas cambiantes durante el siglo XIX. Por supuesto, consúltese también a Foucault, *op. cit.*, *El nacimiento de la clínica*.

²² Sobre la historia del concepto de enfermedad, véase P. Diepgen, G. B. Gruber y H. Schadowaldt, "Der Krankheitsbegriff, seine Geschichte und Problematik", en *Prolegomena einer allgemeinen Pathologie*, Springer, Berlín, 1969, vol. 1, pp. 1-50. Emmanuel Berghoff, *Entwicklungsgeschichte des Krankheitsbegriffes in seinen Hauptzügen dargestellt*, 2a. ed., Wiener Beiträge zur Geschichte der Medizin, vol. 1, Maudrich, Viena, 1947. Pedro Laín Entralgo, *El médico y el enfermo*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1970.

lazareto se ha transformado en un taller de reparaciones dividido en compartimientos.

Todo esto sucedió en etapas. Durante el siglo XIX, la clínica pasó a ser el lugar donde se reunían los portadores de enfermedades, se identificaban éstas y se llevaba a un censo de ellas. La percepción médica de la realidad llegó a fundarse en el hospital mucho antes que el ejercicio de la profesión médica. El hospital especializado que pedían los revolucionarios franceses en beneficio del paciente llegó a ser realidad porque los médicos necesitaban clasificar las enfermedades. Durante todo el siglo XIX la patología continuó siendo en proporción abrumadora la clasificación de anomalías anatómicas. Sólo hacia fines del siglo comenzaron los discípulos de Claudio Bernard también a clasificar y a catalogar la patología de las funciones.²³ Junto con la enfermedad, la salud adquirió una categoría clínica, convirtiéndose en la ausencia de síntomas clínicos. Los patrones clínicos de la normalidad se asociaron con el bienestar.²⁴

La enfermedad nunca pudo haberse asociado con la anormalidad si el valor de los patrones universales no se hubiera reconocido en un dominio tras otro durante un periodo de 200 años. En 1635, a instancias del cardenal Richelieu, el rey de Francia formó una Academia de los cuarenta supuestamente más distinguidos hombres de letras franceses, con el propósito de proteger y perfeccionar la lengua francesa. En realidad, impusieron el lenguaje de la burguesía en ascenso que también estaba ganando control sobre las crecientes herramientas de producción. El lenguaje de la nueva clase de productores capitalistas se hizo normativo para todas las clases. La autoridad estatal se expandió rebasando el derecho escrito para regular los medios de expresión. Los ciudadanos aprendieron a reconocer el poder normativo de una élite en dominios que no habían sido tocados por los cánones de la Iglesia ni por los códigos civil y penal del Estado. Las ofensas cometidas contra las leyes codificadas de la gramática francesa llevaban ahora sus propias sanciones: ponían al que hablaba en su lugar, es decir, lo

²³ Mirko D. Grmek, "La Conception de la maladie et de la santé chez Claude Bernard", en Alexandre Koyré, *Mélanges Alexandres Koyré: L'Aventure de la science*, Hermann, París, 1964, vol. 1, pp. 208-227.

²⁴ Georges Canguilhem, *Le Normal et le pathologique*, PUF, París, 1972, es una tesis sobre la historia de la idea de la normalidad en la patología del siglo XIX, tesis terminada en 1943 a la que se agregó un epílogo en 1966. Sobre la historia de la "normalidad" en la psiquiatría véase Michel Foucault, *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*, Pantheon, Nueva York, 1965.

privaban de los privilegios de clase y profesión. El mal francés era el que se quedaba fuera de las normas académicas, como la mala salud no tardaría en ser la que no se ajustaba a las normas clínicas.

"Norma" en latín significa "escuadra", la escuadra del carpintero. Hasta los años 1830 y siguientes, la palabra inglesa "normal" significaba tenerse en ángulo recto. Durante los años cuarenta llegó a designar cosas que se ajustaban a un tipo común. En los ochenta, en Estados Unidos, pasó a significar el estado o condición habitual, no sólo de cosas, sino también de personas. En Francia la palabra fue traspuesta de la geometría a la sociedad. *École Normale* designó a la escuela donde se formaban los maestros para el Imperio. Augusto Comte fue el primero en dar a la palabra una connotación médica alrededor de 1840. Comte confiaba en que una vez conocidas las leyes relativas al estado normal del organismo, sería posible emprender el estudio de la patología comparada.²⁵

Durante el último decenio del siglo XIX, normas y patrones llegaron a ser criterios fundamentales para el diagnóstico y la terapéutica. Para que esto ocurriera no fue necesario que todos los rasgos anormales se consideraran patológicos: fue suficiente que todas las características patológicas se consideraran anormales. La enfermedad como desviación de una norma hizo legítima la intervención médica proporcionando una orientación para la terapéutica.²⁶

²⁵ Para la historia de las ideas médicas durante el siglo XIX, Pedro Laín Entralgo, *La medicina hipocrática*, Revista de Occidente, Alianza, Madrid, 1970. Werner Leibbrand, *Heilkunde: Eine Problemsgeschichte der Medizin*, Albert, Friburgo, 1953. Fritz Hartmann, *Der ärztliche Auftrag: Die Entwicklung der Idee des abendländischen Arztums aus ihren weltanschaulich-anthropologischen Voraussetzungen bis zum Beginn der Neuzeit*, Musterschmidt, Gotinga, 1956. M. Merleau-Ponty, "L'Oeil de l'esprit", *Les Temps Modernes*, núms. 184-185, 1961, pp. 193 y ss. M. Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, París, 1945. Werner Leibbrand, *Spekulative Medizin der Romantik*, Claassen, Hamburgo, 1956. Hans Freyer, "Der Arzt und die Gesellschaft", en *Der Arzt und der Staat*, Thieme, Leipzig, 1929. René Fülöp-Miller, *Kulturgeschichte der Heilkunde*, Bruckmann, Munich, 1937. K. E. Hrag Rothschild, *Was ist Krankheit? Erscheinung, Erklärung, Sinngebung*, Wege der Forschung, vol. 362, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1976: 18 contribuciones críticas de importancia histórica, de los siglos XIX y XX, a la epistemología de la enfermedad; entre ellas de C. W. Hufeland, R. Virchow, R. Koch y F. Alexander. Richard Toellner publicará un volumen paralelo: *Erfahrung und Denken in der Medizin*.

²⁶ Sobre este desarrollo, especialmente en cuanto se centra en la influencia de Virchow, véase Wolfgang Jacob, "Medizinische Anthropologie im 19. J.h.: Mensch, Natur, Gesellschaft: Beitrag zu einer theoreischen Pathologie", en *Beiträge aus der allgemeinen Medizin*, núm. 20, Enke, Stuttgart, 1967.

La edad de la medicina de hospital, que desde su origen hasta su decadencia no ha durado más de un siglo y medio, está llegando a su fin.²⁷ La medición clínica se ha difundido por toda la sociedad. La sociedad se ha convertido en una clínica y todos los ciudadanos se han hecho pacientes cuya presión arterial se vigila constantemente y se regula hasta quedar "dentro" de los límites normales. Los agudos problemas de personal, dinero, acceso y control que acosan a los hospitales en todas partes pueden interpretarse como síntomas de una nueva crisis en el concepto de la enfermedad. Ésta es una crisis verdadera porque admite dos soluciones opuestas y ambas hacen anticuados a los hospitales actuales. La primera solución consiste en aumentar la medicalización patógena de la asistencia a la salud, expandiendo más aún el control clínico de la profesión médica sobre la población ambulatoria. La segunda es una desmedicalización crítica, científicamente justa del concepto de enfermedad.

La epistemología médica es mucho más importante para la solución sana de esta crisis que la biología o la solución médica. Esa epistemología tendría que aclarar la condición lógica y la naturaleza social del diagnóstico y la terapéutica, primordialmente en las enfermedades físicas por oposición a las mentales. Toda enfermedad es una realidad creada socialmente. Su significado y la reacción que evoca tienen una historia.²⁸ El estudio de esa historia puede permitirnos entender el grado en el que somos prisioneros de la ideología médica en la que fuimos formados.

Recientemente una serie de autores ha tratado de quitar la condición de "enfermedad" a la desviación *mental*.²⁹ Paradójicamente, han hecho

²⁷ Janine Ferry-Pierret y Serge Karsenty, *Pratiques médicales et système hospitalier*, París, CEREBE, 1974, un análisis económico de las crecientes disutilidades marginales del cuidado de la salud que resultó de la toma de la asistencia médica por el hospital (la toma fue posible a causa de una percepción de la enfermedad centrada en el hospital). Para una docena de perspectivas sociológicas sobre el hospital contemporáneo, consúltese Eliot Freidson (comp.), *The Hospital in Modern Society*, Free Press, Nueva York, 1963. Véase también Johann J. Rhode, *Soziologie des Krankenhauses: Zur Einführung in die Soziologie der Medizin...*, Stuttgart, Enke, 1962, tal vez la más comprehensiva sociología del hospital.

²⁸ Sobre la historia de la percepción del cuerpo en las culturas europeas, véase Norbert Elias, *Über den Prozess der Zivilisation: Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen*, vol. 1, *Wandlungen des Verhaltens in der weltlichen Abendlandes*; vol. 2, *Wandlungen der Gesellschaft Entwurf zu einer Theorie der Zivilisation*, Francke, Berna/Munich, 1969. Traducción francesa, Calmann-Levy, París, 1973.

²⁹ Un ejemplo: D. L. Rosenhan, "On Being Sane in Insane Places", *Science* 179, 1973, pp. 250-258. "Una vez que ocho pseudopacientes ganaron admisión a instituciones mentales (diciendo que oían voces), se hallaron marcados indeleblemente con un diagnóstico de esquizofrenia, a pesar de su posterior comportamiento normal. Irónicamente, sólo los otros reclusos

más y no menos difícil plantear la misma clase de cuestión acerca de las *enfermedades en general*. Leifer, Goffmann, Szasz, Laing y otros, todos ellos están interesados en la génesis política de las enfermedades mentales y en su uso con fines políticos.³⁰ Para aclarar su punto de vista, todos ellos contrastan la enfermedad mental "irreal" con la enfermedad física "real". Según ellos, el lenguaje de las ciencias naturales que actualmente se aplica a todas las afecciones que estudian los médicos sólo corresponde a la enfermedad física. Ésta se confina en el cuerpo y se halla en un contexto anatómico, fisiológico y genético. La existencia "real" de esas afecciones puede confirmarse mediante mediciones y experimentos, sin referencia alguna a un sistema de valores. Nada de esto se aplica a la enfermedad mental: su situación como "enfermedad" depende totalmente del juicio psiquiátrico. El psiquiatra actúa como el agente de un medio social, ético y político. Las mediciones y los experimentos en esos estados "mentales" sólo pueden realizarse dentro de la estructura de coordenadas ideológicas que derivan su estabilidad del prejuicio social general del psiquiatra. Se culpa a la vida de que las enfermedades prevalezcan en una sociedad alienada, pero si bien la reconstrucción política podría eliminar muchas de las enfermedades psíquicas, simplemente proporcionaría tratamientos técnicos mejores y más equitativos para los que están físicamente enfermos.

Esta posición antipsiquiátrica, que da legitimidad a la condición apolítica de la enfermedad física negando el carácter de enfermedad a las desviaciones mentales, es una posición minoritaria en el Occidente, aunque parece acercarse a una doctrina oficial en la China moderna, donde la enfermedad mental se percibe como un problema político. Los políticos maoístas toman a su cargo a los que sufren desviaciones psicóticas. Bermann³¹ informa que los chinos se oponen a la práctica rusa revisionista de despolitizar la desviación de los enemigos de clase encerrándolos en hospitales y tratándolos como si tuvieran una enfermedad análoga a una infec-

llegaron a sospechar que los seudopacientes eran normales. El personal del hospital no era capaz de reconocer la conducta normal dentro del medio hospitalario."

³⁰ Thomas S. Szasz, *The Myth of Mental Illness*, Harper and Row, Nueva York, 1961. Thomas S. Szasz, *Manufacture of Madness: A Comparative Study of the Inquisition and the Mental Health Movement*, Harper and Row, Nueva York, 1970. Ronald Leifer, *In the Name of Mental Health: Social Functions of Psychiatry*, Aronson, Nueva York, 1969. Erving Goffman, *Asylums: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Immates*, 1961; ed. rústica, Doubleday, Nueva York, 1973. R. D. Laing y A. Esterson, *Sanity, Madness, and the Family*, Penguin, Baltimore, 1970.

³¹ Gregoria Bermann, *La salud mental en China*, ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1970.

ción. Los chinos pretenden que sólo el procedimiento opuesto puede dar resultados: la reeducación intensiva política de gente que actualmente es, tal vez inconscientemente, enemigas de clase. Su autocrítica los hará políticamente activos y por ende saludables. Aquí nuevamente, la insistencia en la naturaleza primordialmente no clínica de la desviación mental refuerza la creencia de que otra clase de enfermedad es una entidad material.³²

Las sociedades industriales avanzadas tienen mucho interés en mantener la legitimidad epistemológica de las entidades nosológicas. Mientras la enfermedad sea algo que se posesiona de la gente, algo que se "pesca" o que "se pega", las víctimas de estos procesos naturales pueden quedar exentas de responsabilidad por su condición. Se les puede tener piedad más que culparlas por un desempeño negligente, vil o incompetente en sufrir su realidad subjetiva; se les puede transformar en elementos manejables y aprovechables si aceptan humildemente su enfermedad como una expresión de que "así son las cosas". Se les puede descargar de cualquier responsabilidad política por haber colaborado en aumentar la tensión mórbida de la industria de alta intensidad. Una sociedad industrial avanzada es morbosa porque inhabilita a la gente para enfrentar su ambiente y, cuando la gente se quebranta, sustituye las relaciones rotas por una prótesis "clínica". La gente se rebelaría contra tal ambiente si la medicina no le explicara su desorientación biológica como un defecto en su salud, más bien que como un defecto en la forma de vida impuesta o que ella misma se impone.³³ La garantía de inocencia política personal que un diagnóstico ofrece al paciente sirve como una máscara higiénica que justifica una ulterior sujeción a la producción y al consumo.

El diagnóstico médico de entidades nosológicas sustantivas que supuestamente toman forma en el cuerpo del individuo resulta un modo subrepticio y amoral de culpar a la víctima. El médico, perteneciente él mismo a la clase dominante, juzga que el individuo no encaja en un ambiente proyectado y administrado por otros profesionales, en vez de acusar a sus colegas de crear ambientes en los que el organismo humano no puede en-

³² Peter Sedgwick, "Illness, Mental and Otherwise: All Illnesses Express a Social Judgment", *Hastings Center Studies* 1, núm. 3, 1973, pp. 19-40, señala que algunos hechos constituyen afecciones y enfermedades sólo después de que el hombre los designa como desviaciones y como condiciones que están bajo control social. Promete plantear la cuestión epistemológica acerca de la enfermedad en general en un libro que pronto publicará Harper and Row.

³³ Albert Görres, "Sinn und Unsinn der Krankheit: Hiob und Freud", en Albert Görres, comp., *Der Kranke, Ärgernis der Leistungsgesellschaft*, Patmos, Dusseldorf, 1971, pp. 74-88.

cajar. La enfermedad sustantiva puede así interpretarse como la materialización de un mito políticamente conveniente, que adquiere sustancia dentro del cuerpo del individuo cuando dicho cuerpo se rebela contra las demandas que la sociedad industrial le impone.

La clasificación de enfermedades —la nosología— que adopta la sociedad refleja su organización social. Las enfermedades que produce la sociedad las bautiza el médico con nombres que los burócratas aman. La “incapacidad de aprendizaje”, la “hipercinesia” o la “disfunción cerebral mínima” explican a los padres la razón por la cual sus niños no aprenden, sirviendo así de coartada para la intolerancia o la incompetencia de la escuela; la alta presión arterial sirve de coartada a la tensión creciente, la enfermedad degenerativa a la organización social degenerante. Mientras más conveniente sea el diagnóstico y más valiosa parezca la terapéutica, más fácil resultará convencer a la gente de que necesita ambas cosas y con menos probabilidad se rebelarán contra el crecimiento industrial. Los obreros sindicalizados exigen la terapéutica más costosa posible, aunque sólo sea por el placer de recuperar parte del dinero que han pagado en impuestos y seguros, y se engañan creyendo que esto significa una mayor igualdad.

Hasta que la enfermedad llegó a percibirse como una anormalidad orgánica o de la conducta, el que se enfermaba podía hallar aún en los ojos del médico un reflejo de su propia angustia y un cierto reconocimiento de la particularidad única de su sufrimiento. Ahora lo que encuentra es la mirada de un contador biológico embebido en cálculos de *input*, *output* (input/producto). Le arrebatan su enfermedad y se la transforman en materia prima para una empresa institucional. Se interpreta su estado de acuerdo con un conjunto de reglas abstractas que no comprende. Se le instruye acerca de entidades ajenas que el médico combate, pero sólo en la medida que el médico considera necesaria para ganar la cooperación del paciente. Los médicos se apoderan del lenguaje: la persona enferma queda privada de palabras significativas para expresar su angustia, que aumenta aún más por la mistificación lingüística.³⁴

³⁴ B. L. Whorf, *Language, Thought and Reality*, Wiley, Nueva York, 1956, describe la barrera lingüística que la terminología técnica erige entre el grupo interno profesional y los clientes definidos como el grupo externo. K. Engelhardt *et al.*, *Kranke im Krankenhaus*, Enke, Stuttgart, 1973. Durante su estancia en el hospital, los pacientes son intensiva y progresivamente mistificados. Al ser dados de alta, menos de la tercera parte han comprendido cuál es la enfermedad por la que los han tratado, y menos de la cuarta parte, a qué tratamiento han estado sujetos. M. B. Korsch y V. F. Negrete, “Doctor-Patient Communication”, *Scientific American* 227, agosto de 1972, pp. 66-69. En el Hospital de Niños de Los Ángeles, 20% de las madres

Antes de que el lenguaje que se refiere al cuerpo fuera dominado por la jerga científica, el repertorio del habla común era excepcionalmente rico en este campo.³⁵ El lenguaje campesino ha preservado gran parte de este tesoro hasta nuestros días.³⁶ Las instrucciones se conservaban a la mano a través de dichos y proverbios.³⁷ La forma en que los babilonios y los griegos formulaban sus quejas ante el médico se ha comparado con las expresiones usadas por los trabajadores de la industria alemana. Igual que en la Antigüedad el paciente tartamudea, pierde el hilo y habla de lo que “agarró” o de lo que “pescó”. Pero mientras el trabajador industrial se refiere parcamente a su dolencia como a un “eso” que duele, sus predecesores tenían muchos nombres pintorescos y expresivos para los demonios³⁸ que los mordían o aguijoneaban. Finalmente, la creciente dependencia del habla socialmente aceptable con respecto al lenguaje especial de una profesión elitista convierte la enfermedad en un instrumento de dominación de clase. Así, el burócrata y el universitario se hacen colegas de su médico en el tratamiento que éste les dispensa, mientras que al obrero se le pone en su sitio como un siervo que no habla el idioma del amo.³⁹

no comprende de qué sufren sus hijos, 50% no capta los orígenes de la enfermedad, y 42% no sigue los consejos que recibe, a menudo, porque no los entiende. Raoul Carson, en *Les Vieilles Douleurs*, ed. rev., Julliard, París, 1960, confirma de manera más intuitiva que lo mismo vale con respecto a sus pacientes franceses.

³⁵ Sobre el lenguaje de la enfermedad en la antigüedad mediterránea, véase Nadia van Brock, *Recherches sur le vocabulaire médical du Grec ancien: Soins et guérison*, París, Klincksieck, 1961. Hermann Grapow, *Kranker, Krankheiten und Arzt: Vom gesunden und Kranken Ägypter, von den Krankheiten, vom Arzt und von der ärztlichen Tätigkeit*, Akademie-Verlag, Berlín, 1956, vol. 7, p. 168. Georges Contenau, *La Médecine en Assyrie et en Babylonie*, Librairie Maloine, París, 1938. Para el lenguaje de la Biblia relativo a la enfermedad, véase referencias en la nota 44 del capítulo anterior, p. 655.

³⁶ Max Höfler, *Deutsches Krankheitsnamen-Buch*, Piloty und Löhle, Munich, 1899. Una recopilación monumental de expresiones populares alemanas relativas a los órganos, sus funciones y la enfermedad en el hombre y en los animales domésticos, así como aquellas que designan remedios, naturales o mágicos; 922 páginas condensadas.

³⁷ Otto E. Moll, *Sprichwörter-Bibliographie*, Klostermann, Francfort del Meno, 1958, comprende 58 colecciones de proverbios en todos los idiomas, en relación con “salud, enfermedad, medicina, higiene, estupidez y pereza” (pp. 534-537). Como contraste, para una historia del lenguaje médico, véase Johannes Steudel, *Die Sprache des Arztes: Ethymologie und Geschichte medizinischer Termini* (visto sólo en extractos.)

³⁸ Dietlinde Goltz, “Krankheit und Sprache”, *Sudhoffs Archiv* 53, núm. 3, 1969, pp. 225-269.

³⁹ Durante el siglo XIX la nueva clase media desarrolló un sentimiento de culpa o vergüenza con respecto a la salud, mientras la alta burguesía y la nobleza hacían de su necesidad de cuidado médico constante un pretexto para “curas” de moda, sobre todo en balnearios. La “temporada” en los grandes balnearios tenía una función política análoga a las actuales jun-

Tan pronto como se evalúa la eficacia médica en lenguaje ordinario, se hace evidente que la mayoría de los diagnósticos y tratamientos eficaces no van más allá de la comprensión que cualquier lego puede adquirir. De hecho, la abrumadora mayoría de las intervenciones diagnósticas y terapéuticas que demostrablemente hacen más bien que mal tienen dos características: los recursos materiales que requieren son extremadamente baratos y pueden envasarse y proyectarse para que uno mismo los use o para que los miembros de la familia los apliquen. Por ejemplo, el precio de lo que favorece significativamente a la salud, en la medicina del Canadá, es tan bajo que el dinero despilfarrado actualmente en la India en medicina moderna bastaría para hacer asequibles los mismos recursos en todo el subcontinente. Las destrezas necesarias para aplicar los medios auxiliares más generalizados en diagnóstico y terapéutica son tan sencillas que si las personas que se encargan de la asistencia observan cuidadosamente las instrucciones, probablemente garanticen un uso más eficaz y responsable que el que jamás podría ofrecer la práctica médica. La mayor parte de lo que queda probablemente lo podrían manejar mejor los aficionados "descalzos" no profesionales con profundo compromiso personal que los médicos, psiquiatras, dentistas, parteras, fisioterapeutas u oculistas profesionales.

Cuando se discuten las pruebas acerca de la sencillez de la medicina moderna eficaz, la gente medicalizada generalmente formula estas objeciones: los enfermos están ansiosos y son emocionalmente incompetentes para la automedicación racional: incluso los médicos llaman a un colega

tas en la cumbre. Véase Walter Rüegg, "Der Kranke in der Sicht der bürgerlichen Gesellschaft an der Schwelle des 19. Jahrhunderts", y Johannes Steudel, "Therapeutische und soziologische Funktion der Mineralbäder im 19. Jahrhundert", ambos en Walter Artelt y Walter Rüegg (comps.), *Der Arzt und Kranke in der Gesellschaft des 19. Jahrhunderts: Vorträge eines Symposiums vom 1-3. April, 1963 in Frankfurt a.M.*, Studien zur Medizingeschichte des 19. Jahrhunderts, vol. 1, Enke, Stuttgart, 1967. R. H. Shryock, "Medicine and Society in the 19th Century", *Cahiers d'histoire mondiale* 5, 1959, pp. 116-146. Luc Boltanski, "La Découverte de la maladie: La Diffusion du savoir médical", mimeografiado, Centre de Sociologie Européenne, París, 1968. Basado en muchos datos empíricos, este trabajo reúne pruebas sobre la difusión específicamente de clases de la civilización médica, y muestra el origen económico de la "dureza" del pobre frente al sufrimiento y la contrasta con la "lucha contra el dolor" de la clase media.

Una manera de explorar reacciones contra la medicalización de la percepción de la enfermedad es estudiar la historia del humor cuyo blanco es el médico. Materiales sobre caricaturas pueden hallarse en U. S. National Library of Medicine, *Caricatures from the Art Collection*, Sheila Durling (comp.), Washington, 1959; Helmut Vogt, *Medizinische Karikaturen von 1800 bis zur Gegenwart*, Lehmann, Munich, 1960; Curt Proskauer y Fritz Witt, *Pictorial History of Dentistry*, Dumont, Colonia, 1970; A Weber, *Tableau de la caricature médicale depuis les origines jusqu'à nos jours*, Éditions Hippocrate, París, 1936.

para tratar a sus hijos enfermos, y los aficionados malévolos podrían organizarse rápidamente en un monopolio de custodios del escaso y precioso conocimiento médico. Todas esas objeciones son válidas si se plantean dentro de una sociedad en la que las expectativas del consumidor modelan las actitudes para el servicio, en la que los recursos médicos están empaquetados cuidadosamente para uso del hospital, y en la que predomina la mitología de la eficiencia médica. Difícilmente serían válidas en un mundo que aspira a la búsqueda eficaz de metas personales que hubieran sido puestas al alcance de casi cualquier persona por un uso austero de la tecnología.

LA MUERTE ESCAMOTEADA

EN TODA SOCIEDAD la imagen dominante de la muerte determina el concepto predominante de salud.¹ Dicha imagen, la anticipación culturalmente condicionada de un suceso cierto en una fecha incierta, está moldeada por estructuras institucionales, mitos profundamente arraigados y el carácter social que predomina. La imagen que una sociedad tiene de la muerte revela el nivel de independencia de su pueblo, sus relaciones interpersonales, su confianza en sí mismo y la plenitud de su vida.² Dondequiera que ha penetrado la civilización médica metropolitana, se ha trasplantado una imagen nueva de la muerte. En la medida en que esta imagen depende de las

¹ Robert G. Olson, "Death", en *Encyclopedia of Philosophy*, P. Edwards (comp.), McMillan, Nueva York, 1967, vol. 2, pp. 307-309, da una breve y lúcida introducción al conocimiento de la muerte y al miedo a la muerte. Herman Feifel (comp.), *The Meaning of Death*, McGraw-Hill, Nueva York, 1959, dio un gran impulso en Estados Unidos a las investigaciones psicológicas sobre la muerte. Robert Fulton (comp.), *Death and Identity*, Wiley, Nueva York, 1965, es una notable antología de contribuciones breves que en conjunto reflejan el estado de las investigaciones en inglés en 1965. Paul Landsberg, *Essai sur l'expérience de la mort, suivi de Problème moral de suicide*, Seuil, París, 1951, es un análisis clásico. José Echeverría, *Réflexions métaphysiques sur la mort et le problème du sujet*, J. Vrin, París, 1957, es un lúcido intento de formular una fenomenología de la muerte. Christian von Ferber, "Soziologische Aspekte des Todes: Ein Versuch über einige Beziehungen der Soziologie zur philosophischen Anthropologie", *Zeitschrift für evangelische Ethik* 7, 1963, pp. 338-360, un vigoroso argumento para que la muerte vuelva a ser un grave problema público. El autor cree que la muerte reprimida, convertida en asunto privado y propio de profesionales únicamente refuerza la explotadora estructura de clase de la sociedad. Un artículo muy importante. Véase también Vladimir Jankelevitch, *La mort*, Flammarion, París, 1966, y Edgar Morin, *L'homme et la mort*, Seuil, París, 1970.

² Para el estudio de la antigua imagen de la muerte en nuestro contexto general, los siguientes textos son útiles: Fielding H. Garrison, "The Greek Cult of the Dead and the Chthonian Deities in Ancient Medicine", *Annals of Medical History* 1, 1917, pp. 35-53. Alice Walton, *The Cult of Asclepius*, Cornell Studies in Classical Philology, núm. 3, 1894, Jonhson Reprint Corp, Nueva York, 1965. Ernst Benz, *Das Todesproblem in der stoischen Philosophie*, Kohlhammer, Stuttgart, 1929, xi, Tübinger Beiträge zur Altertumswiss., 7. Ludwig Wachter, *Der Tod im alten Testament*, Calwer, Stuttgart, 1967. Jocelyn Mary Catherine Toynbee, *Death and Burial in the Roman World*, Thames and Hudson, Londres, 1971. K. Sauer, *Untersuchungen zur Darstellung des Todes in der griechisch-römischen Geschichtsschreibung*, Frankfurt, 1930. J. Kroll, "Tod und Teufel in der Antike", *Verhandlungen der Versammlung deutscher Philologen* 56, 1926. Hugo Blummer, "Die Schilderung des Sterbens in der griechischen Dichtkunst", *Neue Jahrbücher des klassischen Altertums*, 1917, pp. 499-512.

nuevas técnicas y de sus correspondientes *ethos*, su carácter es supranacional. Pero esas mismas técnicas no son culturalmente neutrales; adoptaron una forma concreta dentro de las culturas occidentales y expresaron un *ethos* occidental. La imagen de la muerte que tiene el hombre blanco se ha difundido con la civilización médica y ha sido una fuerza importante de la colonización cultural. La imagen de una "muerte natural", una muerte que llega bajo la asistencia médica y nos encuentra en buena salud y avanzada edad, es un ideal bastante reciente.³ En 500 años ha evolucionado a través de cinco etapas distintas, y actualmente está a punto de experimentar una sexta mutación. Cada etapa ha encontrado su expresión iconográfica: 1) la "danza de los muertos" del siglo xv; 2) la danza del Renacimiento a invitación del hombre esqueleto, la llamada "Danza de la Muerte"; 3) la escuela del dormitorio del libertino envejecido bajo el *Ancien Régime*; 4) el médico del siglo xix en su lucha contra los fantasmas errantes de la tisis y la peste; 5) los médicos de mediados del siglo xx que se interponen entre el paciente y su muerte, y 6) la muerte bajo asistencia intensiva en el hospital. En cada etapa de su evolución, la imagen de la muerte natural ha producido una nueva serie de reacciones que adquirieron en forma creciente un carácter médico. La historia de la muerte natural es la historia de la medicalización de la lucha contra la muerte.⁴

LA DANZA DEVOTA DE LOS MUERTOS

A partir del siglo iv, la Iglesia había estado luchando contra la tradición pagana de muchedumbres que bailaban en los cementerios: desnudas, frené-

³ Este capítulo se basa en gran parte en los magistrales ensayos de Philippe Ariès, "Le culte des morts à l'époque moderne", *Revue de l'Académie des Sciences morales et politiques*, 1967, pp. 25-40; "La Mort inversée: Le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales", *Archives européennes de sociologie* 8, núm. 2, 1967; "La Vie et la mort chez les français d'aujourd'hui", *Ethnopsychologie* 27, marzo de 1972, pp. 39-44; "La Mort et le mourant dans notre civilisation", *Revue française de sociologie* 14, enero-marzo de 1973; "Les techniques de la mort", en *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le xviii siècle*, 1948, Seuil, París, 1971, pp. 373-398. Una sinopsis en inglés: Philippe Ariès, *Western Attitudes Towards Death: From the Middle Ages to the Present*, trad. Patricia Ranum, Johns Hopkins, Baltimore, 1974; Marion Boyars, Londres, 1976. "La Mort inversée" apareció traducida por Bernard Murchland como "Death Inside Out" en *Hastings Center Studies* 2, mayo de 1974, pp. 3-8 (la bibliografía no figura en la traducción).

⁴ En este capítulo me interesa, sobre todo, la imagen de la "muerte natural". Utilizo el término "muerte natural" porque observo que se emplea ampliamente entre el siglo xvi y principios

ticas y blandiendo sables. No obstante, la frecuencia de prohibiciones eclesiásticas testimonia su escasa eficacia, y durante mil años las iglesias y los cementerios cristianos continuaron siendo plataformas de baile. La muerte era una ocasión para la renovación de la vida. La danza con los muertos sobre sus tumbas era una ocasión para afirmar la alegría de estar vivo y una fuente de muchas canciones y poemas eróticos.⁵ A fines del siglo xiv parece haber cambiado el sentido de esas danzas;⁶ de un encuentro entre los vivos y los que ya estaban muertos, se transformó en una experiencia meditativa, introspectiva. En 1424 se pintó la primera Danza de los Muertos en la pared de un cementerio en París. Se ha perdido el original del "Cementerio de los Inocentes", pero buenas copias nos permiten reconstruirlo: rey, campesino, papa, escriba y doncella danzan cada uno con un cadáver. Cada personaje es una imagen en espejo del otro en vestido y rasgos. En la forma de su cuerpo "todohombre" lleva su propia muerte consigo y baila con ella en el curso de su vida. Al terminar la Edad Media, la muerte residente⁷ se encara con el hombre; cada muerte viene con el sím-

del xx. Lo opongo a la "muerte primitiva", que llega por acción de algún agente misterioso, pavoroso, sobrenatural o divino, y a la "muerte contemporánea", que a menudo se concibe como el resultado de una injusticia social, como la consecuencia de la lucha de clases o de la dominación imperialista. Me interesa la *imagen* de esta muerte natural, y su evolución durante los cuatro siglos en que fue común en las civilizaciones occidentales. Debo la idea de abordar mi tema en esta forma a Werner Fuchs, *Todesbilder in der modernen Gesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt, 1969. Acerca de mi desacuerdo con el autor, véase más adelante, nota 54, p. 702.

⁵ Thomas Ohm, *Die Gebetsgebärden der Völker und das Christentum*, Brill, Leiden, 1948, pp. 372 y ss., especialmente pp. 389-390, reúne pruebas sobre danzas celebradas en cementerios y la lucha de las autoridades eclesiásticas contra ellas. Una historia médica de la ceremonia religiosa occidental: E. L. Backman, *Religious Dances in the Christian Church and in Popular Medicine*, Estocolmo, 1948; trad. E. Classen, Allen and Unwin, Londres, 1952. Una bibliografía de los aspectos religiosos de la danza: Émile Bertaud, "Danse religieuse", en *Dictionnaire de spiritualité*, fascículos 18-19, pp. 21-37. A. Schimmel, "Tanz: 1. Religionsgeschichtlich", en *Die Religion in Geschichte und Gegenwart*, Tübingen, 1962, vol. 6, pp. 612-614. Para la historia de las danzas en las iglesias cristianas o sus alrededores véase L. Gougau, "La danse dans les églises", *Revue d'histoire ecclésiastique* 15, 1914, pp. 5-22 y 229-245. J. Baloch, "Tänze in Kirche und Kirchhöfen", *Niederdeutsche Zeitschrift für Volkskunde*, 1928. H. Spanke, "Tanzmusik in der Kirche des Mittelalters", *Neuphilosophische Mitteilungen* 31, 1930. Precedentes germánicos de las danzas cristianas en los cementerios. Richard Wolfram, *Schwerttanz und Männerbund*, Bärenreiter, Kassel, 1937, sólo parcialmente impreso. Werner Danckert, "Totengräber", en *Unehrliche Leute: Die verfehmten Berufe*, Francke, Berna, 1963, pp. 50-56.

⁶ Johan Huizinga, "La imagen de la muerte", en *El otoño de la Edad Media: Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos xiv y xv en Francia y en los Países Bajos*, 4a. ed., Revista de Occidente, Madrid, 1952, cap. 11, pp. 187-204.

⁷ Gerhart B. Ladner, *The Idea of Reform: Its Impact on Christian Thought and Action in the Age of the Fathers*, Harvard University Press, Cambridge, 1959. Consúltese la p. 163 sobre las

bolo del rango correspondiente a su víctima: para el rey una corona, para el campesino una horquilla. Después de bailar con los ancestros muertos sobre sus tumbas, la gente pasaba a representar un mundo en el que cada quien baila durante la vida abrazando su propia mortalidad. La muerte no se representaba como una figura antropomórfica sino como una autoconsciencia macabra, una sensación constante del sepulcro abierto. No es todavía el hombre esqueleto del siglo siguiente a cuya música bailarán pronto hombres y mujeres durante el otoño de la Edad Media, sino más bien el propio yo de cada uno envejeciendo y pudriéndose.⁸

Con esa época el espejo⁹ toma importancia en la vida cotidiana, y en las garras del “espejo de la muerte” el “mundo”¹⁰ adquiere una agudeza aluci-

dos corrientes dentro de la Iglesia acerca de la relación de la muerte con la naturaleza desde el siglo iv. Para Pelagio la muerte no era un castigo por el pecado, y Adán hubiera muerto aunque no hubiese pecado. En esto difiere de la doctrina de Agustín de que Adán había recibido la inmortalidad como un don especial de Dios, y difiere más aún de los padres griegos de la Iglesia según los cuales Adán tenía un cuerpo espiritual o “resurreccional” antes de haber pecado.

⁸ Hasta entonces el difunto había aparecido sin edad en su monumento funerario. En esa época comienza a aparecer como un cadáver en descomposición. Kathleen Cohen, *Metamorphosis of a Death Symbol: The Transi-Tomb in the Late Middle Ages and the Renaissance*, University of California Press, Los Ángeles, 1973. Las tumbas espantosas hechas para lección de los vivos empezaron a aparecer en los últimos años del siglo xiv. J. P. Hornung, *Ein Beitrag zur Ikonographie des Todes*, disertación, Univ. de Friburgo, 1902. El encuentro entre los vivos y los muertos cobra importancia en un nuevo género literario: Stefan Glixelli, *Les cinq poèmes des trois vifs*, H. Champion, París, 1914; J. S. Elgilrud, *Le Dialogue des morts dans les littératures française, allemande et anglaise*, L'Entente Linotypiste, París, 1934; Kaulfuss-Diesch, “Totengespräche”, en *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte*, vol. 3, pp. 379 y ss.; y encuentra una nueva expresión visual: Karl Kunstle, *Die Legende der drei Lebenden und der drei Toten*, Herder, Friburgo, 1908; Willy Rotzler, *Die Begegnung der drei Lebenden und der drei Toten: Ein Beitrag zur Forschung über mittelalterliche Vergänglichkeitsdarstellung*, Keller, Wintertur, 1961; Pierre Michault, *Pas de la mort*, ed. de Jules Petit, Société des Bibliophiles de Belgique, 1869; Albert Freybe, *Das memento mori in deutscher Sitte, bildlicher Darstellung und Volksglauben, deutsche Sprache, Dichtung und Seelsorge*, Perthes, Gotha, 1909. El hecho de que hacia 1500 la muerte adoptara acentuados rasgos esqueléticos y una nueva autonomía no significa que no haya tenido siempre rasgos antropomórficos si no en el arte, en la leyenda y la poesía. Paul Geiger, “Tod: 4. Der Tod als Person”, en *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, W. de Gruyter, Berlín, 1927-1942, vol. 8, pp. 976-985.

⁹ El gran libro sobre el espejo en la pintura es G. F. Hartlaub, *Zauber des Spiegels: Geschichte und Bedeutung des Spiegels in der Kunst*, Piper, Munich, 1951. La sec. III del cap. 7, “Spiegel der Vanitas”, trata particularmente del espejo como recordatorio de transitoriedad. Véase también G. F. Hartlaub, “Die Spiegel-bilder des Giovanni Bellini”, *Pantheon* 15, noviembre de 1942, pp. 235-241. La interpretación por Bellini del uso del espejo para representar la intensidad de la nueva conciencia de la ambigüedad de la anatomía humana. Henrich Schwarz, “The Mirror in Art”, *Art Quarterly* 15, 1952, pp. 96-118. Específicamente sobre la “vanidad”.

¹⁰ Wolfgang Stammeler, *Frau Welt: Eine mittelalterliche Allegorie*, Freiburger Universitätsreden, 1959. El “mundo” pintado en el arte medieval como una figura femenina —mitad ángel,

nante. Con dos poetas, Chaucer y Villon, la muerte llega a ser tan íntima y sensual como el placer y el dolor.

Las sociedades primitivas concebían la muerte como resultado de una intervención de un agente extraño. No atribuían personalidad a la muerte. La muerte es el resultado de la intención maligna de alguien. Ese alguien que causa la muerte puede ser un vecino que, por envidia, lo mira a uno con mal de ojo, o podría ser una bruja, un ancestro que venía a recogernos, o el gato negro que se atravesaba en el camino.¹¹ Durante todo el medioevo cristiano y musulmán, la muerte continuó considerándose como el resultado de una intervención deliberada y personal de Dios. En el lecho de muerte no aparece la figura de “una” muerte, sino sólo la de un ángel y un demonio luchando por el alma que escapa de la boca de la mujer moribunda. Apenas durante el siglo xv se dieron las condiciones para que cambiara esta imagen¹² y apareciera la que más tarde se llamaría la “muerte natural”. La danza de los muertos representa esa situación. La muerte puede entonces convertirse en una parte inevitable, intrínseca de la vida humana, más que en la decisión de un agente extraño. La muerte se vuelve autónoma y durante tres siglos coexiste, como agente distinto, con el alma inmortal, la divina providencia, los ángeles y los demonios.

mitad demonio—, representa el poder de los bienes humanos, la belleza de la naturaleza, pero también la decadencia de todo lo humano.

¹¹ Para una bibliografía sobre actitudes hacia la muerte entre pueblos primitivos, véase Edgar Herzog, *Psyche and Death: Archaic Myths and Modern Dreams in Analytical Psychology*, Putnam, Nueva York, 1967. La muerte primitiva siempre se concibe como resultado de una intervención de un agente. Para los fines de mi tesis no tiene importancia la naturaleza de ese agente. Aunque no es actual, Robert Hertz, “Contribution à une étude sur la représentation collective de la mort”, *L'Année sociologique* 10, 1905-1906, pp. 48-137, sigue siendo el mejor archivo de textos antiguos acerca de ese tema. Se complementa con E. S. Hartland *et al.*, “Death and the Disposal of the Dead”, en *Encyclopedia of Religion and Ethics*, 1925-1932, vol. 4, pp. 411-511. Rosalind Moss, *The Life after Death in Oceania and the Malay Archipelago*, 1925, Mich. University Microfilms, Ann Arbor, 1972, muestra que las formas de inhumación tienden a influir sobre las creencias acerca de la causa de defunción y la naturaleza de la otra vida. Hans Kelsen, “Seele und Recht”, en *Aufsätze zur Ideologiekritik*, Luchterhand, Neuwied/Berlin, 1964, opina que el temor universal a los sanguinarios ancestros presta apoyo al control social. Consúltese también las siguientes obras de James George Frazer: *Man, God and Immortality*, McMillan, Londres, 1927; *The Belief in Immortality and the Worship of the Dead*, vol. 1, *The Belief Among the Aborigines of Australia, the Torres Straits Islands, New Guinea and Melanesia*, 1911; reimpr., Barnes and Noble, Nueva York, 1968; *The Fear of the Dead in Primitive Religion*, Biblo and Tannen, Nueva York, 1933. Asimismo, especialmente pp. 30-33 y 237-252. Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, FCE, México, 1964. Sigmund Freud, *Totem y tabú*, Alianza Editorial, Madrid, 1967.

¹² Robert Bossuat, *Manuel bibliographique de la littérature française du moyen âge*, Librairie d'Argences, Melun, 1951, “Danse macabre”, núms. 3577-3580 y 7013.

LA DANZA MACABRA

En los antiguos dramas alegóricos,¹³ la muerte aparece con una nueva indumentaria en un nuevo papel. A fines del siglo xv ya no es sólo una imagen en espejo sino que juega el papel principal entre las "cuatro postrimerías", precediendo al juicio, al cielo y al infierno.¹⁴ Ni es ya nada más uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis de los relieves románicos, ni la Megara vampiresca que recoge almas del cementerio de Pisa, ni un simple mensajero que ejecuta las órdenes de Dios. La muerte se ha convertido en figura independiente que visita a cada hombre, mujer y niño, primero como mensajero de Dios, pero insistiendo pronto en sus propios derechos soberanos. En 1538 Hans Holbein el Joven¹⁵ publicó el primer libro ilustrado de la muerte, que iba a ser un gran éxito de librería: grabados en madera sobre la *Danza macabra*.¹⁶ Los personajes que bailan se han desprendido de

¹³ Sobre la evolución del motivo de Jederman "todo hombre", véase H. Linder, *Hugo von Hoffmannstahls "Jederman" und seine Vorgänger*, disertación, Univ. de Leipzig, 1928.

¹⁴ Alberto Tenenti, *Il senso della morte e l'amore nella vita del Rinascimento*, Einaudi, Turín, 1957. Alberto Tenenti, *La Vie et la mort à travers l'art du xve siècle*, Colin, París, 1962.

¹⁵ Hans Holbein the Younger, *The Dance of Death: A Complete Facsimile of the Original 1538 Edition of Les Simulachres et histoires faces de la mort*, Dover, Nueva York, 1971.

¹⁶ Walter Rehm, *Der Todesgedanke in der deutschen Dichtung vom Mittelalter bis zur Romantik*, Niemeyer, Tübinga, 1967, da pruebas de un cambio importante en la imagen de la muerte en la literatura alrededor del año 1400 y luego nuevamente alrededor de 1520. Véase también Edelgar Dubruck, *The Theme of Death in French Poetry of the Middle Ages and the Renaissance*, Humanities Press, Atlantic Highlands, N. J., 1965, y L. P. Kurtz, *The Dance of Death and the Macabre Spirit in European Literature*, Institute of French Studies, Nueva York, 1934. Para la nueva imagen de la muerte de la clase en ascenso en el medioevo tardío, véase Erna Hitsch, *Tod und Jenseits im Spätmittelalter: Zugleich ein Beitrag zur Kulturgeschichte des deutschen Bürgertums*, disertación, Univ. de Marburgo, Berlín, 1927. Específicamente sobre la Danza de la Muerte: Hellmut Rosenfeld, *Der mittelalterliche Totentanz: Entstehung, Entwicklung, Bedeutung*, Bohlau, Münster, Colonia, 1954, ilustrado. Hellmut Rosenfeld, "Der Totentanz in Deutschland, Frankreich und Italien", *Littérature Moderne* 5, 1954, pp. 62-80. Rosenfeld es la mejor introducción a estas investigaciones y da una bibliografía detallada y al día. Para documentación más antigua, complementar con H. F. Massman, *Literatur der Totentänze*, Weipel, Leipzig, 1840. Véase también Gert Buchheit, *Der Totentanz, seine Entstehung und Entwicklung*, Horen, Berlín, 1928; Wolfgang Stammeler, *Die Totentänze des Mittelalters*, Stobbe, Munich, 1922, y James M. Clark, *The Dance of Death in the Middle Ages and the Renaissance*, Jackson, Glasgow, 1950. Los tres tomos de Stephen P. Kosaky: *Geschichte der Totentänze*, vol. 1, *Lieferung: Anfänge der Darstellungen des Vergänglichkeitsproblems*; vol. 2, *Lieferung: Danse macabre Einleitung: Die Todesdidaktik der Vortotentanzzeit*; vol. 3, *Lieferung: Der Totentanz von heute*, Bibliotheca Humanitatis Historica, vols. 1, 5 y 7, Magyar Történeti Múzeum, Budapest, 1936-1944, contienen una mina de información, citas de textos antiguos y cerca de 700 grabados muy reducidos y mal reproducidos de la *Danza de la muerte* hasta la segunda Guerra Mundial. J. Saugnieux, *L'iconographie de la mort chez les graveurs français du*

su carne pútrida y se han convertido en esqueletos desnudos. Cada hombre entrelazado con su propia mortalidad ha llegado a representarse en un agotamiento frenético en las garras de una fuerza de la naturaleza. La íntima imagen en espejo coloreada por la "nueva devoción" de los místicos alemanes es reemplazada por una fuerza igualitaria de la naturaleza, el ejecutor de una ley que hace girar a todos y luego los abate con la guadaña. De un encuentro que dura toda la vida, la muerte se ha convertido en el acontecimiento de un momento.

La muerte aquí llega a ser el punto en que termina el tiempo lineal, medido por el reloj, y la eternidad encuentra al hombre, mientras que durante la Edad Media la eternidad había sido, junto con la presencia de Dios, inmanente en la historia. El mundo dejó de ser un sacramento de esta presencia; con Lutero se convirtió en el lugar de corrupción que Dios salva. La proliferación de relojes simboliza este cambio en la conciencia. Con el predominio del tiempo seriado el interés por su medición exacta y el reconocimiento de la simultaneidad de sucesos, se fabrica un nuevo armazón para reconocer la identidad personal. Ésta se busca en referencia a una cuestión de acontecimiento más que la integridad del curso de nuestra vida. La muerte deja de ser el fin de un todo y se transforma en una interrupción de la sucesión.¹⁷

xv^e siècle, 1974, y *Danses macabres de France et d'Espagne et leurs prolongements littéraires*, fasc. 30, Bibliothèque de la Faculté des Lettres de Lyon, Les Belles Lettres, París, 1972. Dietrich Briesenmeister, *Bilder des Todes*, Unterscheidheim, W. Elf, 1970: reproducciones muy claras y organizadas de acuerdo con diferentes temas. Consúltense las iconografías clásicas sobre el arte cristiano occidental: Karl Kunstle, *Ikongraphie der chrislichen Kunst*, 2 vols., Herder, Friburgo, 1926-1928; Émile Male, *L'art religieux à la fin du moyen âge en France: Étude sur l'iconographie du moyen âge et sur ses sources d'inspiration*, Colin, París, 1908, vol. 1, cap. 2, "La Mort", p. 346 (véanse también los otros tres tomos sobre el arte religioso en Francia). Compárese con iconografía oriental (Monte Athos): Dionisio de Fournia, *Manuel d'iconographie chrétienne, grèque et latine*, con introducción y notas de A. N. Didron, trad. por P. Durand de un manuscrito bizantino, 1845; reimpr., B. Franklin, Nueva York, 1963. T. S. R. Boase, *Death in the Middle Ages: Mortality, Judgement and Remembrance*, McGraw-Hill, Nueva York, 1972.

¹⁷ Véase Helmuth Plessner, "On the Relation of Time to Death", en Joseph Campbell (comp.), *Papers from the Eranos Yearbooks*, vol. 3 *Man and Time*, Bollingen Series xxx, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1957, pp. 233-263, especialmente p. 255. Sobre la influencia del tiempo en la imagen de la muerte en Francia, véase Richard Glasser, *Time in French Literature and Thought*, trad. C. G. Pearson, University Press, Manchester, 1972, en particular p. 158 y cap. 3, "The concept of Time in the Later-Middle Ages", pp. 70-132. Sobre la influencia creciente de la conciencia del tiempo sobre el sentido de lo finito y de la muerte, véase Alois Hahn, *Einstellungen zum Tod und ihre soziale Bendingtheit: Eine soziologische Untersuchung*, Enke, Stuttgart, 1968, especialmente pp. 21-84. Joost A. M. Keerloo, "The Time Sense in Psychiatry", en J. T. Fraser (comp.), *The Voices of Time*, Braziller, Nueva York, 1966,

En las portadas de los primeros 50 años del grabado en madera predominan los hombres esqueletos, así como en la actualidad predominan las mujeres desnudas en las portadas de las revistas. La muerte sostiene el reloj de arena o toca el reloj del campanario.¹⁸ Muchos badajos tenían forma de hueso. La nueva máquina, que puede hacer el tiempo de igual longitud, día y noche, también pone a toda la gente bajo la misma ley. En la época de la Reforma, la supervivencia después de la muerte ha dejado de ser una continuación transfigurada de la vida aquí abajo y se ha convertido o en un castigo terrible en forma de infierno o en una dádiva totalmente inmerecida de Dios en el cielo. La gracia interna se había transformado en justificación por la sola fe. Así, durante el siglo XVI la muerte deja de concebirse primordialmente como un tránsito al mundo siguiente y se pone de relieve la terminación de esta vida.¹⁹ La tumba abierta se destaca y parece mucho mayor que las puertas del cielo o del infierno, y el encuentro con la muerte llega a ser más cierto que la inmortalidad, más justo que reyes, papas o hasta que Dios. Más que objetivo de la vida se ha convertido en la terminación de la vida.

La finalidad, la inminencia y la intimidad de la muerte personal formaron parte no sólo del nuevo sentido del tiempo sino también de un nuevo sentido de individualidad. En la senda del peregrino, desde la Iglesia Militante en la Tierra hasta la Iglesia Triunfante en el cielo, la muerte se experimentaba en gran medida como acontecimiento que interesaba a ambas comunidades. Ahora cada hombre afrontaba su muerte propia y final. Naturalmente, una vez transformada la muerte en esa fuerza natural, la gente quiso dominarla aprendiendo el arte o la destreza de morir. *Ars Morienti*, uno de los primeros manuales para hacer las cosas uno mismo que se imprimió y puso en el mercado, continuó siendo un gran éxito en diversas versiones durante los siguientes 200 años. Muchas personas aprendieron a leer descifrándolo. Deseoso de proporcionar una orientación al "caballero cabal", Caxton publicó en 1491 el *Arte y oficio de saber morir bien* en la Westminster Press. Impreso en nítido tipo gótico, llegó a popularizarse extraordinariamente. Se hicieron ediciones de bloque de madera y de tipos móviles mucho más de un centenar de veces antes de 1500. El pequeño in-

pp. 235-252. Siegfried Giedion, *Space, Time and Architecture: The Growth of a New Tradition*, 4a. ed., Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1962.

¹⁸ Jurgis Baltrusaitis, *La Moyen Âge fantastique: Antiquités et exotisme dans l'art gothique*, Colin, París, 1955.

¹⁹ Martín Lutero, interpretación del Salmo 90, WA 40/III: 485 y ss.

folio formó parte de una serie que habría de preparar para "El comportamiento, gentil y devoto", desde manejar un cuchillo de mesa hasta llevar una conversación, desde el arte de llorar y sonarse la nariz hasta el arte de jugar ajedrez y de morir.

No era éste un libro de preparación remota para la muerte a través de una vida virtuosa, ni un recordatorio para el lector de que las fuerzas físicas decaían incesante e inevitablemente y de que era constante el peligro de morir. Era un libro de "cómo hacer" en el sentido moderno, una guía completa para el negocio de morir, un método que habría de aprenderse mientras estaba uno en buena salud y saberse al dedillo para utilizarlo en esa hora ineludible. No se escribió el libro para monjes y ascetas sino para hombres "carнаles y seculares" que no disponían de los ministerios del clero. Servía como modelo para instrucciones análogas, escritas a menudo con un espíritu mucho menos práctico por personas como Savonarola, Lutero y Jeremías Taylor. Los hombres se sentían responsables de la expresión que mostraría su rostro al morir.²⁰ Kunstler ha señalado que por esa misma época se desarrolló una tendencia sin precedentes en la pintura de rostros humanos: el retrato occidental del semblante que trata de representar mucho más que la mera semejanza de los rasgos faciales. De hecho, los primeros retratos representaban príncipes y se ejecutaban de memoria inmediatamente después de su muerte, con el fin de hacer presente en sus funerales la personalidad intemporal del finado gobernante. Los humanistas de comienzos del Renacimiento recordaban a sus muertos no como espíritus o almas, santos o símbolos, sino como presencias históricas perennes.²¹

²⁰ La respuesta a la muerte "natural" fue una transformación profunda del comportamiento a la hora de la muerte. Para las publicaciones contemporáneas, véase Mary Catherine O'Connor, *The Art of Dying Well: The Development of the Ars Moriendi*, AMS Press, Nueva York, 1966. L. Klein, *Die Bereitung zum Sterben: Studien zu den evangelischen Sterbebüchern des 16. Jahrhunderts*, disertación, Univ. de Gotinga, 1958. Sobre las costumbres véase Placidus Berger, "Religiöses Brauchtum im Umkreis der Sterbeliturgie in Deutschland", *Zeitschrift für Missionswissenschaft und Religionswissenschaft* 5, 1948, pp. 108-248. Véase también Manfred Bambeck, "Tod und Unsterblichkeit: Studien zum Lebensgefühl der französischen Renaissance nach dem Werke Ronsards", disertación en ms., Univ. de Frankfurt, 1954, Hildegard Reifschneider, "Die Vorstellung des Todes und des Jenseits in der geistlichen Literatur des XII Jh.", disertación en ms., Univ. de Tübinga, 1948. Eberhard Klass, *Die Schilderung des Sterbens im mittelhoch-deutschen Epos: Ein Beitrag zur mittelhochdeutschen Stilgeschichte*, disertación, Univ. de Freigswald, 1931.

²¹ Gustav Künstler, "Das Bildnis Rudolf des Stifters, Herzogs Österreich, und seine Funktion", extracto de *Mitteilungen der Österreichischen Galerie 1972*, Kunsthistorisches Museum, Viena, 1972, acerca del primero de esos retratos.

En la devoción popular se formó una nueva clase de curiosidad acerca de la otra vida. Se multiplicaron fantásticas historias de horror acerca de cuerpos muertos y representaciones artísticas del purgatorio.²² El grotesco interés de los siglos XVI y XVII por espíritus y almas destaca la creciente ansiedad de una cultura que afrontaba la llamada de la muerte más que el juicio de Dios.²³ En muchas partes del mundo cristiano la danza de la muerte se convirtió en decoración clásica a la entrada de las iglesias parroquiales. Los españoles llevaron el hombre esqueleto a América, donde se fundió con el ídolo azteca de la muerte. Su descendencia mestiza²⁴ repercute en Europa e influye sobre el rostro de la muerte a través de todo el imperio de los Habsburgo, desde Holanda hasta el Tirol. Después de la Reforma, la muerte europea pasó a ser y continuó siendo macabra.

Simultáneamente se multiplicaron las prácticas médicas populares, destinadas todas ellas a ayudar a la gente a recibir su muerte con dignidad, como individuos. Se idearon nuevos ardides supersticiosos para que pudiera uno reconocer si su enfermedad requería la aceptación de la muerte que se acercaba o alguna clase de tratamiento. Si la flor arrojada a la fuente del santuario se hundía, era inútil gastar dinero en remedios. La gente trataba de estar lista para la llegada de la muerte, de tener bien aprendidos los pasos para la última danza. Se multiplicaron los remedios contra una agonía dolorosa, pero en su mayoría aún tenían que aplicarse bajo la dirección consciente del moribundo que desempeñaba un nuevo papel y lo hacía con plena conciencia. Los hijos podían ayudar a morir a la madre o al padre, pero a condición de que no los retuvieran llorando. Se suponía que una persona habría de indicar cuándo quería que la bajaran de su lecho a la tierra que pronto habría de cubrirla, y cuándo habrían de iniciarse las oraciones. Pero los circundantes sabían que debían tener las puertas abiertas para facilitar la llegada de la muerte, evitar ruidos para no asustarla y, fi-

²² G. y M. Vovelle, "La Mort et l'au-delà en Provence d'après les autels des âmes du purgatoire, xve-xxe siècles", *Cahiers des Annales* 29, 1970, pp. 1602-1634. Howard R. Patch, *The Other World According to Descriptions in Medieval Literature*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1950: *El otro mundo en la literatura medieval*, FCE, México, 1956.

²³ Sobre el "juicio" en la historia de las religiones, véase Sources Orientales, *Le Judgement des morts*, Seuil, París, 1962; Leopold Kretzenbacher, *Die Seelenwaage: Zur religiösen Idee vom Jenseitsgericht auf der Schicksalwaage in Hochreligion, Bildkunst und Volksglaube*, Landesmuseum für Kärnten, Klagenfurt, 1958.

²⁴ Merlin H. Forster (comp.), *La muerte en la poesía mexicana*, Diógenes, México, 1970. Emir Rodríguez Monegal, "Death as a Key to Mexican Reality in the Works of Octavio Paz", mimeografiado, Yale University, s. f., c. 1973.

nalmente, apartar respetuosamente sus ojos del moribundo para dejarlo solo durante ese acontecimiento sumamente personal.²⁵

No se esperaba que ni el sacerdote ni el médico ayudaran al pobre en la muerte típica de los siglos xv y xvi.²⁶ En principio, los escritores médicos reconocían dos servicios opuestos que podía prestar el médico. Él podía contribuir a la curación o ayudar a la llegada de una muerte fácil y rápida. Tenía el deber de reconocer la *facies hipocratica*,²⁷ cuyos rasgos especiales indicaban que el paciente estaba ya en las garras de la muerte. En la curación, como en el deceso, el médico estaba ansioso de trabajar uña y carne con la naturaleza. La cuestión de determinar si la medicina podría jamás "prolongar" la vida se discutió acaloradamente en las escuelas médicas de Palermo, Fez e incluso París. Muchos médicos árabes y judíos negaban de plano este poder y declaraban que semejante intento de obstaculizar el orden de la naturaleza era blasfemo.

En los escritos de Paracelso²⁸ aparece claramente el fervor profesional atemperado por la resignación filosófica. "La naturaleza conoce los límites de su curso. Según su propio término fijado, confiere a cada una de sus criaturas la duración adecuada de su vida, de manera que sus energías se consumen durante el tiempo que transcurre entre el momento de su nacimiento y el de su fin predestinado [...] la muerte de un hombre no es sino el fin de su trabajo diario, una espiración del aire, la consumación de su balsámico poder innato para curarse a sí mismo, la extinción de la luz racional de la naturaleza y una gran separación de las tres partes, cuerpo, al-

²⁵ En las zonas rurales estas costumbres sobreviven: Arnold van Genep, *Manuel de folklore français contemporain*, vol. 1, *Du berceau à la tombe*, Picard, París, 1943-1946. Lenz Kriss-Rettenbeck, "Tod und Heilserwartung", en *Bilder und Zeichen religiösen Volksglaubens*, Callwey, Munich, 1963, pp. 49-56. Véanse artículos de Paulin Geiger sobre "Sterbegaläute", "Sterben", "Sterbender", "Seterbekerze", "Tod", "Tod ansagen", "Tote (der)", "Totenbahre", en *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, W. de Gruyter, Berlín, 1936-1937, vol. 8. Albert Freybe, *Das alte deutsche Leichenmahl in seiner Art und Entartung*, Bertelsmann, Gütersloh, 1909, pp. 5-86.

²⁶ Para una introducción a las funciones del sacerdote católico ante el lecho de muerte, véase C. Ruch, "Extrême onction", en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, 1939, vol. 5, pt. 2, pp. 1927-1985. Henri Roondet, "Extrême onction", en *Dictionnaire de Spiritualité*, 1960, vol. 4, pp. 2189-2200.

²⁷ Magnus Schmid, "Zum Phänomen der Leiblichkeit in der Antike dargestellt an der 'Facies Hippocratica'", *Sudhoffs Archiv*, supl. 7, 1966, pp. 168-177. Karl Sudhoff, "Eine Kleine deutsche Todesprognostik", *Archiv für Geschichte der Medizin* 5, 1911, p. 240, y "Abernal eine deutsche Lebensund Todesprognostik", *ibid.*, 6, 1911, p. 231.

²⁸ Paracelsus, *Selected Writings*, trad. Norbert Guterman, Bollingen Series xxviii, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1969. *Obras completas*, Schapire, 1965.

ma y espíritu. La muerte es un retorno a la matriz." Sin excluir la trascendencia, la muerte se ha convertido en un fenómeno natural que ya no requiere que se arroje la culpa sobre algún agente maligno.

La nueva imagen de la muerte ayudó a reducir el cuerpo humano a un objeto. Hasta ese tiempo, el cadáver se había considerado como algo completamente distinto de otras cosas: se trataba casi como a una persona. El derecho reconocía su categoría: los muertos podían demandar y ser demandados por los vivos, y eran frecuentes los procesos penales contra los muertos. El papa Urbano VII, envenenado por su sucesor, fue desenterrado, juzgado solemnemente como simoníaco, le cortaron la mano derecha y lo arrojaron al Tíber. Después de ser colgado por ladrón, todavía podían cortarle la cabeza a un hombre por traidor. También podía llamarse a los muertos como testigos. La viuda podía repudiar todavía a su marido poniendo sobre su ataúd sus llaves y su portamonedas. Aun hoy en día el albacea actúa en nombre de los muertos y todavía hablamos de "violar" una tumba o de "secularizar" un cementerio público cuando éste se convierte en parque. Era necesario que apareciera la muerte natural para que privara al cadáver de mucho de su personalidad jurídica.²⁹ La llegada de la muerte natural también preparó el camino para nuevas actitudes hacia la muerte y la enfermedad, que se hicieron comunes a fines del siglo XVII. Durante la Edad Media, el cuerpo humano fue sagrado; ahora el bisturí del médico tenía acceso al cadáver mismo.³⁰ El humanista Gerson había considerado su disección "una profanación sacrílega, una crueldad inútil ejer-

²⁹ Heinrich Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte*, Von Dunker and Humboldt, Berlín, 1961, vol. 1, pp. 254 y ss. Paul Fischer, *Strafen und sichernde Massnahmen gegen Tote im germanischen und deutschen Recht*, Nolte, Düsseldorf, 1936. H. Fehr, "Tod und Teufelim alten Recht", *Zeitschrift der Savigny Stiftung für Rechtsgeschichte*, 67, 1950, pp. 50-75. Paul Geiger, "Leiche", en *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, W. de Gruyter, Berlín, 1932-1933, vol. 5. Karl König, "Die Behandlung der Toten in Frankreich im späteren Mittelalter und zu Beginn der Neuzeit (1350-1550)", disertación en ms., Univ. de Leipzig, 1921. Hans von Henting, *Der nekrotrope Mensch: Von Totenglauben zur morbiden Totennähe*, Enke, Stuttgart, 1964. Paul J. Doll, "Les droits de la science après la mort", *Diogenes*, núm. 75, julio-septiembre de 1971, pp. 124-142.

³⁰ El contraste se ve claramente cuando se compara Loren C. MacKinney, *Medical Illustrations in Medieval Manuscripts*, University of California Press, Berkeley, 1965, con Millard Meiss, *Painting in Florence and Siena after the Black Death: The Arts, Religion and Society in the Mid-Fourteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1951. El arte, liberado de la necesidad de representar el dogma, muestra ahora la figura humana, sus acciones, y aun las cosas muertas que la rodean, íntimamente entretnejidas en la representación del momento fugaz (*Vergänglichkeit*).

cida por los vivos contra los muertos".³¹ Pero al mismo tiempo que comenzó a aparecer en persona la muerte de "todohombre" en los dramas alegóricos, aparece por primera vez el cadáver como objeto didáctico en el anfiteatro de las universidades del Renacimiento. En 1375, cuando se efectuó en Montpellier la primera disección autorizada en público, se declaró obscena esa nueva actividad erudita y durante varios años no pudo repetirse ese acto. Una generación después se concedió permiso para disecar un cadáver cada año dentro de las fronteras del imperio germánico. Asimismo, en la Universidad de Bolonia se disecaba un cuerpo cada año inmediatamente antes de la Navidad, y la ceremonia comenzaba con una procesión, acompañada de exorcismos, y duraba tres días. En España, durante el siglo xv se concedió a la Universidad de Lérida el derecho de disecar el cadáver de un criminal cada tres años en presencia de un notario nombrado por la Inquisición. En 1540 se autorizó en Inglaterra a las facultades de las universidades a reclamar al verdugo cuatro cadáveres al año. Las actividades cambiaron tan rápidamente que en 1561 el Senado de Venecia ordenó al verdugo que siguiera instrucciones del doctor Falopio para proporcionarle cadáveres adecuados para "anatomizar". Rembrandt pintó la "Leccción del Dr. Tulp" en 1632. Las disecciones públicas pasaron a ser un tema favorito de los pintores y en los Países Bajos un acontecimiento común en los carnavales. Se había dado el primer paso hacia la cirugía por televisión y en el cine. El Médico había progresado en sus conocimientos de anatomía y en su poder para exhibir su destreza; pero ambos eran desproporcionados al adelanto de su capacidad para curar. Los rituales médicos contribuían a orientar, reprimir o atenuar el miedo y la angustia generados por una muerte que se había vuelto macabra. La Anatomía de Vesalio competía con la *Danza macabra* de Holbein como las guías científicas del sexo compiten actualmente con *Playboy* y *Penthouse*.

LA MUERTE BURGUESA

La muerte barroca era el contrapunto de un cielo organizado aristocráticamente.³² La cúpula de la iglesia podía representar un juicio final con espa-

³¹ Maurice Bariety y Charles Coury, "La Dissection", en *Histoire de la médecine*, Fayard, París, 1963, 409-411.

³² Hermann Bauer, *Der Himmel in Rokoko; Das Fresko im deutschen Kirchenraum in 18. Jahrhundert*, Pustet, Munich, 1965.

cios separados reservados para salvajes, plebeyos y nobles, pero la Danza de la Muerte por debajo representaba al segador, que usaba su guadaña prescindiendo de puestos o rangos. Precisamente porque la igualdad macabra rebajaba los privilegios mundanos, también los hacía más legítimos.³³ No obstante, con el ascenso de la familia burguesa,³⁴ acabó la igualdad en la muerte: los que podían comenzaron a pagar para mantener alejada a la muerte.

Francis Bacon fue el primero en hablar acerca de la prolongación de la vida como una nueva tarea de los médicos. Dividió la medicina en tres oficios: "Primero, la preservación de la salud; segundo, la curación de la enfermedad, y tercero, la prolongación de la vida", y enalteció la "parte tercera de la medicina, relacionada con la prolongación de la vida: es un aspecto nuevo y deficiente, aunque el más noble de todos". La profesión médica ni siquiera pensó en emprender esa tarea hasta que, unos 150 años después, apareció una multitud de clientes ansiosos de pagar para que los internaran. Era un nuevo tipo de rico que se negaba a morir jubilado e insistía en que la muerte se lo llevara por agotamiento natural estando todavía en su puesto. Se negaba a aceptar la muerte sin estar en buena salud, activo a una edad avanzada. Montaigne ya había ridiculizado a esa gente por ser extremadamente fatua: "...qué fantasía es ésa de esperar morir de un debilitamiento de las fuerzas por efecto de la extrema vejez y de proponernos ese objetivo como duración nuestra [...] parece que fuera contrario a la naturaleza ver que un hombre se rompe el pescuezo en una caída, se ahoga en un naufragio o le arrebatara una pleuresía o la peste [...] en todo caso debiéramos llamar natural a lo que es general, común y universal. Morir de viejo es algo raro, singular y extraordinario, por tanto menos natural que las

³³ Acerca del reflejo de la muerte en la literatura de los siglos xvii y xviii: Richard Sexau, *Der Tod in deutschen Drama des 17. Und 18. Jahrhunderts: Von Griphius biszu Sturm und Drang*, Francke, Berna, 1906. Friedrich-Wilhelm Eggebert, *Das Problem des Todes in der deutschen Lyrik des 17. Jahrhunderts*, Prietbatsch, Breslau, 1935.

³⁴ Philippe Ariès, "La mort inversée. Le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales", en *Archives Européenes de Sociologie*, vol. viii, núm. 2, 1967, pp. 169-195; p. 175: "...El hombre de la segunda mitad de la Edad Media y del Renacimiento (por oposición al hombre de la primera mitad de la Edad Media, de Rolando, que sobrevivió en los campesinos de Tolstoi) deseaba participar en su propia muerte, porque veía en ella un momento excepcional en que su individualidad recibía su forma definitiva. No era amo de su vida, sino en la medida en que era el amo de su muerte. Su muerte le pertenecía sólo a él. A partir del siglo xvii dejó de ejercer sólo su soberanía sobre su propia vida y, por consiguiente, sobre su muerte. La compartió con su familia. Antes su familia era ajena a las decisiones graves que él debía tomar en relación con la muerte, y que tomaba solo".

otras formas; es la manera última y extrema de morir".³⁵ Esas personas eran escasas en su tiempo; pronto habían aumentado. El predicador que esperaba ir al cielo, el filósofo que negaba la existencia del alma y el mercader que quería ver duplicarse una vez más su capital, todos convenían en que la única muerte acorde con la naturaleza era aquella que pudiera sorprenderlos en sus escritorios.³⁶

No había pruebas para demostrar que la expectativa de vida específica por edades de la mayor parte de la gente de más de 60 años había aumentado a mediados del siglo XVIII, pero es indudable que la nueva tecnología había hecho posible que se aferraran los viejos y ricos haciendo lo que habían hecho en la edad madura. Esos privilegiados consentidos podían continuar en su puesto porque sus condiciones de vida y de trabajo se habían aligerado. La Revolución Industrial había comenzado a crear oportunidades de empleo para los débiles, enfermizos y viejos. Se reconocieron los méritos del trabajo sedentario, hasta entonces raro.³⁷ El espíritu de empresa y el capitalismo en ascenso favorecieron al jefe que había tenido tiempo de acumular capital y experiencia. Los caminos habían mejorado: un general enfermo de gota podía ahora dirigir una batalla desde su vagón, y diplomáticos decrepitos podían viajar de Londres a Viena o a Moscú. Los estados naciones centralizados aumentaron la necesidad de contar con escribas y con una burguesía más extensa. La nueva y pequeña clase de viejos tenía mayores perspectivas de supervivencia porque su vida en el hogar, en la calle y en el trabajo se había hecho físicamente menos exigente. El envejecimiento se había convertido en una forma de capitalizar la vida. Los años pasados en el escritorio, el mostrador o la banca escolar, comenzaron a ganar interés en el mercado. Los jóvenes de clase media, dotados o no, fueron enviados por primera vez a la escuela permitiendo así que los viejos continuaran en el trabajo. La burguesía que podía permitirse la elimina-

³⁵ Montaigne, *Ensayos*, lib. 1, cap. 57.

³⁶ G. Peignot, *Choix de testaments anciens et modernes, remarquables par leur importance, leur singularité ou leur bizarrerie*, 2, vols., Renouard, París, 1829. Michel Vovelle, *Mourir autrement: Attitudes collectives devant la mort aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Archives Gallimard-Julliard, París, 1974, y *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII^e siècle: Les Attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments*, Plon, París, 1974. Frederick Pollock y Frederic W. Maitland, "The Last Will", en *The History of the English Law Before the Time of Edward I*, University Press, Cambridge, 1968, vol. 1, cap. 6, pp. 314-356.

³⁷ Philippe Ariès, "Les techniques de la mort", en *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIII^e siècle*, Seuil, París, 1971, p. 373 (primera edición 1948).

ción de la “muerte social” evitando la jubilación, creó la “niñez” para mantener bajo control a sus jóvenes.³⁸

Junto con la situación económica de los viejos, aumentó el valor de sus funciones corporales. En el siglo XVI una “esposa joven es la muerte para un viejo” y en el XVII “los viejos que juegan con doncellas jóvenes bailan con la muerte”. En la corte de Luis XIV el viejo libertino era un hazmerreír; en la época del Congreso de Viena se había convertido en objeto de envidia. Morir mientras se cortejaba a la amante del nieto llegó a ser el símbolo de un buen deseo.

Se creó un nuevo mito acerca del valor social de los viejos. Los cazadores, recolectores y nómadas primitivos habitualmente los mataban, y los campesinos los ponían en el cuarto del fondo,³⁹ pero ahora el patriarca aparecía como el ideal literario. Se le atribuía sabiduría sólo por su edad. Primero comenzó a ser tolerable y después apropiado que los viejos concurrieran con solicitud a los rituales considerados necesarios para conservar sus tambaleantes cuerpos. Todavía no estaba en servicio ningún médico para encargarse de esta tarea, que se hallaba fuera de la competencia reclamada por boticarios o herbolarios, barberos o cirujanos, médicos universitarios o charlatanes trashumantes. Pero esta exigencia peculiar fue la que contribuyó a crear un nuevo género que dio títulos para curar.⁴⁰

³⁸ Philippe Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, Plon, París, 1960, cap. II, pp. 23 y ss., “La découverte de l'enfance”.

³⁹ Matar a los viejos era una costumbre muy difundida hasta tiempos recientes. John Koty, *Die Behandlung der Alten und Kranken bei den Naturvölkern*, Hirschfeld, Stuttgart, 1934. Will-Eich Peuckert, “Altentötung”, en *Handwörterbuch der Sage: Namens des Verbandes der Vereine für Volkskunde*, Vandenhoeck and Ruprecht, Gotinga, 1961. J. Wisse, *Selbstmord und Todesfurcht bei den Naturvölkern*, Thieme, Zutphen, 1933. El infanticidio continuó siendo suficientemente importante para influir sobre tendencias de población hasta el siglo IX. Emily R. Coleman, “L'infanticide dans le haut moyen âge”, trad. A. Chamoux, *Annales Economies, Sociétés, Civilisations*, 1974, núm. 2, pp. 315-335.

⁴⁰ Erwin H. Ackerknecht, “Death in the History of Medicine”, *Bulletin of the History of Medicine* 42, 1968, pp. 19-23. La muerte continuó siendo un problema marginal en las publicaciones médicas desde los griegos antiguos hasta Giovanni Maria Lancisi (1654-1720) durante el primer decenio del siglo XVIII. Luego y muy repentinamente, los “signos de muerte” adquirieron una importancia extraordinaria. La muerte aparente se convirtió en un mal tremendo temido por la Ilustración. Margot Augener, “Scheintod als medizinisches Problem im 18. Jahrhundert”, *Mitteilungen zur Geschichte der Medizin*, núms. 6 y 7, 1967. Los mismos filósofos integrantes de la minoría que negaba positivamente la supervivencia de un alma, también adquirieron un miedo secularizado al infierno que podía amenazarlos si los enterraban cuando sólo estaban aparentemente muertos. Los filántropos que luchaban por aquéllos en peligro de muerte aparente fundaron sociedades dedicadas a socorrer ahogados y quemados, y se elaboraron pruebas para cerciorarse de que habían muerto. Elizabeth Thomson, “The Role of the

Anteriormente, sólo reyes y papas habían tenido la obligación de permanecer en su puesto hasta el día de su muerte. Sólo ellos consultaban a las facultades: los árabes de Salerno en la Edad Media o los hombres de Padua o Montpellier en el Renacimiento. Los reyes tenían médicos en la corte para que hicieran lo que los barberos hacían para los plebeyos: sangrarlos, purgarlos y, además, protegerlos contra los venenos. Los reyes no se proponían vivir más que los demás ni esperaban que sus médicos personales dieran especial dignidad a sus años postreros. Por el contrario, la nueva clase de viejos veía en la muerte el precio absoluto del valor económico absoluto.⁴¹ El contador envejecido quería un médico que alejara la muerte; cuando se aproximaba el fin, quería que su médico lo "desahuciara" con la solemnidad debida y se le sirviera su última comida con la botella especial reservada para esa ocasión. De ese modo se creó el papel del valetudinario y, con la decrepitud gentil, se sentaron los cimientos del siglo XVIII para el poder económico del médico contemporáneo.

La capacidad para sobrevivir por más tiempo, la renuencia a jubilarse antes de la muerte y la demanda de asistencia médica para una afección incurable se unieron para dar lugar a un nuevo concepto de la enfermedad: el tipo de salud al que podía aspirar la vejez. En los años inmediatamente anteriores a la Revolución francesa ésa había llegado a ser la salud de los ricos y los poderosos; en el transcurso de una generación se pusieron de moda las enfermedades crónicas entre los jóvenes y pretenciosos; los rasgos del tísico⁴² pasaron a ser el signo de la sabiduría prematura, y la necesidad de viajar a climas cálidos una exigencia del genio. La asistencia médica para afecciones prolongadas, aunque pudieran conducir a una muerte inoportuna, llegó a ser una marca de distinción.

Como contraste, ahora podía hacerse un juicio adverso acerca de los padecimientos de los pobres, y las afecciones de las que siempre habían muerto pudieron definirse como enfermedades no tratadas. No importaba

Physician in Human Societies of the 18th Century", *Bulletin of the History of Medicine* 37, 1963, pp. 43-51. Una de esas pruebas consistía en soplar con una trompeta en la oreja del difunto. La histeria a causa de la muerte aparente desapareció con la Revolución francesa tan repentinamente como había aparecido en los albores del siglo. Los médicos empezaron a preocuparse por la resurrección un siglo antes de ser empleados con la esperanza de prolongar la vida de los viejos.

⁴¹ Theodor W. Adorno, *Minima Moralia: Reflexionen aus dem beschädigten Leben*, Suhrkamp, Frankfurt del Meno, 1970.

⁴² E. Ebstein, "Die Lungenschwindsucht in der Weltliteratur", *Zeitschrift für Bücherfreunde* 5, 1913.

en lo absoluto que el tratamiento que pudieran proporcionar los médicos para esos males tuviese algún efecto sobre la evolución de la enfermedad; la falta de ese tratamiento comenzó a significar que estaban condenados a morir de una muerte no natural, idea que correspondía a la imagen burguesa del pobre como ignorante e improductivo. De ahora en adelante la capacidad de morir de una muerte "natural" quedaba reservada a una clase social; los que podían pagar para morir como pacientes.

La salud se convirtió en el privilegio de esperar una muerte oportuna, independientemente de los servicios médicos que se necesitaran para ese propósito. En una época anterior, la muerte llevaba el reloj de arena. En los grabados de madera, tanto el esqueleto como el observador sonríen sarcásticamente cuando la víctima rechaza la muerte. Ahora la clase media se apoderó del reloj y empleaba médicos para decirle a la muerte cuándo había de sonar la hora.⁴³ La Ilustración atribuyó un nuevo poder al médico, sin ser capaz de verificar si éste había adquirido o no alguna nueva influencia sobre el desenlace de las enfermedades peligrosas.

LA MUERTE CLÍNICA

La Revolución francesa marcó una breve interrupción en la medicalización de la muerte. Sus ideólogos creían que la muerte inoportuna no atacaría a una sociedad construida sobre su triple ideal. Pero la apertura del ojo clínico del médico lo llevó a mirar la muerte con una nueva perspectiva. Mientras los mercaderes del siglo XVIII habían determinado la imagen de la muerte con ayuda de los charlatanes que empleaban y pagaban, ahora los clínicos comenzaron a dar forma a la visión del público. Hemos visto a la muerte convertirse del llamamiento de Dios en un acontecimiento "natural" y después en una "fuerza de la naturaleza"; en una mutación ulterior se convierte en acontecimiento "inoportuno" a menos que llegue a quienes están sanos y viejos. Ahora pasó a convertirse en el desenlace de enfermedades específicas certificadas por el médico.⁴⁴

⁴³ Alfred Scott Warthin, "The physician of the Dance of Death", *Annals of Medical History*, nueva serie 2, julio de 1930, pp. 350-371; septiembre de 1930, pp. 453-469; 2, noviembre de 1930, pp. 697-710; 3, enero de 1931, pp. 75-109; 3, marzo de 1931, pp. 134-165. Tiene que ver exclusivamente con el médico en la *Danza de la muerte*. Werner Block, *Der Arzt und der Tod in Bildern aus sechs Jahrhunderten*, Enke, Stuttgart, 1966, estudia el encuentro del médico con la muerte dentro y fuera de una danza formal.

⁴⁴ Véase más atrás, nota 130, p. 597.

La muerte se ha desvanecido hasta convertirse en una figura metafórica y las enfermedades mortíferas han ocupado su lugar. La fuerza general de la naturaleza que se había celebrado como "muerte" se convirtió en una multitud de causas específicas de defunción clínica. Actualmente vagan por el mundo muchas "muertes". En las bibliotecas privadas de médicos de fines del siglo pasado hay numerosas ilustraciones de libros que muestran al doctor luchando a la cabecera de su paciente contra enfermedades personificadas. La esperanza que tenían los médicos de controlar el desenlace de enfermedades específicas dio lugar al mito de que tenían poder sobre la muerte. Los nuevos poderes atribuidos a la profesión dieron lugar a la nueva posición social del clínico.⁴⁵

Mientras el médico de la ciudad se convertía en clínico, el médico rural pasaba a ser primero un sedentario y luego un miembro de la élite local. En la época de la Revolución francesa había pertenecido todavía al sector itinerante. El excedente de cirujanos castrenses de las guerras napoleónicas volvió al hogar con una vasta experiencia y buscó una manera de vivir. Militares adiestrados en el campo de batalla, pronto pasaron a ser los primeros médicos residentes en Francia, Italia y Alemania. La gente sencilla no confiaba del todo en sus técnicas y los ciudadanos serios se sentían disgustados por sus modales rudos, pero aun así tenían clientela por su reputación entre los veteranos de las guerras napoleónicas. Enviaron a sus hijos a las nuevas escuelas de medicina que brotaban en las ciudades y éstos al volver crearon el papel del médico rural que continuó sin modificarse hasta la segunda Guerra Mundial. Obtuvieron sólidos ingresos desempeñando la función de cabecera de la clase media que podía muy bien sostenerlos. Algunos de los ricos de las ciudades adquirían prestigio viviendo como pacientes de clínicos famosos, pero a principios del siglo XIX el médico urbano afrontaba todavía una competencia mucho más seria procedente de los técnicos en medicina de antaño: la partera, el sacamuelas, el veterinario, el barbero y algunas veces la enfermedad pública. No obstante la novedad de su papel y la resistencia a éste arriba y abajo, a mediados de siglo el médico rural europeo había pasado a ser un miembro de la clase media. Ganaba suficiente actuando como lacayo de algún hacendado, era el amigo de la familia de otros notables, algunas veces visitaba enfermos humildes y enviaba sus casos complicados a algún colega, clínico

⁴⁵ Richard H. Shryock, *The Development of Modern Medicine: An Interpretation of the Social and Scientific Factors Involved*, 2a. ed., Knopf, Nueva York, 1947.

de la ciudad. Así como la muerte “oportuna” había tenido su origen en la nascente conciencia de clase del burgués, la muerte “clínica” se originó en la nascente conciencia profesional del nuevo médico, adiestrado científicamente. En lo sucesivo, una muerte oportuna con síntomas clínicos pasó a ser ideal de los médicos de la clase media,⁴⁶ y pronto habría de incorporarse en los objetivos sociales de los sindicatos.

LA MUERTE NATURAL SINDICALIZADA

En nuestro siglo, la muerte de un valetudinario sometido a tratamiento por médicos adiestrados llegó a considerarse, por primera vez, como derecho civil. En los contratos de los sindicatos se introdujo la asistencia médica para los viejos. El privilegio capitalista de la extinción natural por agotamiento en un sillón de director cedió el paso a la exigencia proletaria de recibir servicios de salud durante la jubilación. La esperanza burguesa de continuar en calidad de viejo sucio en su puesto fue expulsada por el sueño de llevar una activa vida sexual amparado en la seguridad social en una aldea de jubilados. La atención a toda afección clínica durante toda la vida pronto se transformó en una exigencia perentoria de acceso a una muerte natural. La asistencia médica institucional durante toda la vida había llegado a ser un servicio que la sociedad debía prestar a todos sus miembros.

La “muerte natural” apareció entonces en los diccionarios. Una gran enciclopedia alemana publicada en 1909 la define por medio del contraste: “la muerte anormal se opone a la muerte natural porque es resultado de enfermedades, violencias o trastornos mecánicos y crónicos”. Un prestigiado diccionario de conceptos filosóficos expresa que “la muerte natural llega sin enfermedad previa, sin causa específica definible”. Fue este concepto macabro aunque alucinante de la muerte el que llegó a entrelazarse con el concepto del progreso social. Pretensiones, legalmente válidas, a la igualdad en la muerte clínica diseminaron las contradicciones del individualismo burgués entre la clase trabajadora. El derecho a una muerte natural fue formulado como demanda de igual consumo de servicios médicos, más que como liberación de los males del trabajo industrial o como nuevas libertades y poderes para la autoasistencia. Este concepto sindicalista de una

⁴⁶ Hildegard Steingieser, *Was die Ärzte aller Zeiten vom Sterben wussten*, Arbeiten der deutsch-nordischen Gesellschaft für Geschichte der Medizin, der Zahnheilkunde und der Naturwissenschaften, Univ. Verlag Ratsbuchhandlung L. Bamberg, Greifswald, 1936.

“muerte clínica igual” es el inverso del ideal presupuesto en la Asamblea Nacional de París en 1792, es un ideal profundamente medicalizado.

En primer lugar, esta nueva imagen de la muerte apoya nuevos aspectos de control social. La sociedad ha adquirido la responsabilidad de prevenir la muerte de cada hombre: el tratamiento, eficaz o no, puede convertirse en un deber. La fatalidad que sobrevive sin tratamiento médico puede convertirse en un caso a cargo del médico forense. El encuentro con un médico llega a ser casi tan inexorable como el encuentro con la muerte. Conozco el caso de una mujer que intentó matarse. La llevaron al hospital en estado comatoso, con dos proyectiles alojados en la columna vertebral. Empleando medidas heroicas el cirujano logró mantenerla viva y considera ese caso una doble hazaña: la mujer vive y está totalmente paralizada, de manera que ya no hay que preocuparse de que jamás vuelva a intentar suicidarse.

Nuestra nueva imagen de la muerte también cuadra con el *ethos* industrial.⁴⁷ Irrevocablemente, la buena muerte ha llegado a ser la del consumidor normal de asistencia médica. Así como a principios del siglo quedaron definidos todos los hombres como alumnos nacidos en estupidez original y necesitando ocho años de escuela antes de poder entrar a la vida productiva, actualmente se les marca desde que nacen como pacientes que necesitan toda clase de tratamiento si quieren llevar la vida de la manera adecuada. Así como el consumo obligatorio de educación llegó a utilizarse como medio para discriminar en el trabajo, así el consumo médico ha llegado a ser un recurso para aliviar el trabajo malsano, las ciudades sucias y el transporte que destroza los nervios.⁴⁸ ¡Qué necesidad hay de preocuparse por un ambiente menos asesino cuando los médicos están equipados industrialmente para actuar como salvavidas!

Por último, la “muerte bajo asistencia obligatoria” fomenta la reaparición de las ilusiones más primitivas acerca de las causas de la muerte. Como hemos visto, los pueblos primitivos no mueren de su propia muerte, no llevan lo finito en sus huesos y están todavía cerca de la inmortalidad subjetiva de la bestia. Entre ellos, la muerte requiere siempre una explicación sobrenatural, alguien a quien culpar: la maldición de un enemigo, el hechizo de un mago, la rotura del hilo en manos de las Parcas o Dios que envía

⁴⁷ Bernard Ronze, “L’antitragique ou l’homme qui perd sa mort”, *Études*, noviembre de 1974, pp. 511-528, sostiene que el esfuerzo por programar la muerte es un intento de minar la capacidad humana para la esperanza y la angustia, para la soledad y la trascendencia.

⁴⁸ Siegfried Giedion, *Mechanization Takes Command: A Contribution to Anonymous History*, Norton, Nueva York, 1969. Sobre la mecanización y la muerte, véase pp. 209-240.

a su ángel de la muerte. En la danza con su imagen en el espejo, la muerte europea surgió como acontecimiento independiente de la voluntad de otro, como fuerza inexorable de la naturaleza que todos tenían que afrontar solos. La inminencia de la muerte era un recordatorio agudo y constante de la fragilidad y delicadeza de la vida. A fines de la Edad Media, el descubrimiento de la "muerte natural" pasó a ser uno de los motivos principales de la lírica y del teatro europeos. Pero la misma inminencia de la muerte, una vez percibida como amenaza extrínseca procedente de la naturaleza, llegó a ser uno de los desafíos más importantes para el naciente ingeniero. Si el ingeniero civil había aprendido a manejar la tierra, y el pedagogo-hecho-educador a manejar el conocimiento, ¿por qué el biólogo-médico no había de manejar la muerte?⁴⁹ Cuando el médico urdió interponerse entre la humanidad y la muerte, esta última perdió la intermediación y la intimidad que había ganado 400 años antes. La muerte, que había perdido rostro y forma, había perdido su dignidad.

El cambio en la relación médico-muerte puede ilustrarse bien siguiendo el tratamiento iconográfico de este tema.⁵⁰ En la época de la Danza de la Muerte, el médico es raro; en el único dibujo que he localizado en que la muerte trata al médico como colega, aquélla ha tomado a un viejo con una mano, mientras en la otra lleva un vaso con orina y parece pedir al médico que confirme su diagnóstico. En la época de la Danza de la Muerte, el hombre esqueleto hace del médico el principal blanco de sus burlas. En el periodo anterior, mientras la muerte todavía llevaba algo de carne, le pide al médico que examine en su propia imagen en el espejo lo que sabe acerca de las entrañas del hombre. Más tarde, como esqueleto descarnado, se burla del médico por su importancia, hace bromas por sus honorarios o lo desprecia, ofrece medicamentos tan nocivos como los que despacha el médico y trata a éste como a un mortal más introduciéndolo en la danza. La muerte barroca parece inmiscuirse constantemente en las actividades del médico, burlándose de éste cuando vende sus mercancías en una feria, interrumpiendo sus consultas, transformando sus frascos de medicamentos en relojes de arena o bien ocupando el lugar del médico en una visita al lazareto. En el siglo XVIII aparece un nuevo motivo: se burla del médico por sus diagnósticos pesimistas y la muerte parece solazarse abandonando a los

⁴⁹ Alfred Adler, "Ein Beitrag zur Psychologie der Berufswahl", en Alfred Weber y Carl Furtmüller (comps.), *Heilen und Bilden*, Fischer, Frankfurt, 1973.

⁵⁰ Véase especialmente Block, *Der Arzt und der Tod*; Warthin, "The Physician of the Dance of Death"; Briesenmeister, *Bilder des Todes*.

enfermos que el médico ha condenado, y arrastrando al médico a la tumba mientras deja al paciente con vida. Hasta el siglo XIX, la muerte siempre está en tratos con el médico o con el enfermo, habitualmente tomando la iniciativa. Los contendientes se hallan en extremos opuestos del lecho del enfermo. Sólo después de haberse desarrollado considerablemente la enfermedad clínica y la muerte clínica encontramos los primeros dibujos en que el médico toma la iniciativa y se interpone entre su paciente y la muerte. Tenemos que esperar hasta pasada la primera Guerra Mundial para ver médicos luchando con el esqueleto, arrancando a una joven de su abrazo y arrebatando la guadaña de la mano de la muerte. Alrededor de 1930 un hombre sonriente, vestido de blanco, se precipita contra un esqueleto sollozante y lo aplasta como mosca con dos volúmenes del *Lexicon of Therapy* de Marle. En otros dibujos, el médico levanta una mano y proscribire a la muerte al mismo tiempo que sostiene los brazos de una joven a quien la muerte sujeta de los pies. Max Klinger representa al médico cortando las plumas de un gigante alado. Otros muestran al médico encerrando al esqueleto en prisión o incluso pateando su huesudo trasero. Ahora es el médico en lugar del paciente el que lucha con la muerte. Como en las culturas primitivas, de nuevo puede culparse a alguien cuando triunfa la muerte. Ese alguien no es más una persona con rostro de brujo, un ancestro o un dios sino el enemigo en la reforma de una fuerza social.⁵¹

Actualmente, cuando se incluye la defensa contra la muerte de la seguridad social, el culpable acecha en el seno de la sociedad. El culpable puede ser el enemigo de clase que priva al trabajador de suficiente asistencia médica, el doctor que se niega a hacer una visita nocturna, la empresa multinacional que eleva el precio de los medicamentos, el gobierno capitalista o revisionista que ha perdido el control sobre sus curanderos o el administrador que contribuye a adiestrar médicos en la Universidad de Delhi y luego los vacía en Londres. Se está modernizando la tradicional cacería de brujas cuando un jefe de tribu moría. Por cada muerte prematura o clínicamente innecesaria, puede encontrarse alguien o alguna entidad que irresponsablemente demoró o impidió una intervención médica.

Gran parte del progreso de la legislación social durante la primera mitad del siglo XX habría sido imposible sin el empleo revolucionario de esa imagen de la muerte industrialmente cincelada. No pudo haber surgido el

⁵¹ Seleccioné estos ejemplos de entre cientos de reproducciones reunidas por Valentina Borremans en Cuernavaca; todas representan los rasgos y gestos de la muerte antropomórfica.

apoyo necesario para agitar en favor de esa legislación ni haberse despertado sentimientos de culpa suficientemente fuertes para lograr su promulgación. Pero la demanda de una alimentación médica igual tendiente a una clase igual de muerte ha servido también para consolidar la dependencia de nuestros contemporáneos respecto de un sistema industrial en expansión sin límites.

LA MUERTE BAJO ASISTENCIA INTENSIVA

No podemos comprender plenamente la estructura profundamente arraigada de nuestra organización social a menos que veamos en ella un exorcismo, de múltiples caras, de todas las formas de muerte maligna. Nuestras principales instituciones constituyen un programa de defensa gigantesco que hace la guerra en nombre de la "humanidad" contra entidades y clases relacionadas con la muerte.⁵² Es una guerra total. En esta lucha se han alistado no sólo la medicina, sino también la asistencia social, el socorro internacional y los programas de desarrollo. Se han unido a la cruzada las burocracias ideológicas de todos los colores. La revolución, la represión e incluso las guerras civiles e internacionales se justifican a fin de derrotar a los dictadores o capitalistas a quienes puede culparse de la creación desenfrenada y la tolerancia de la enfermedad y la muerte.⁵³

⁵² Para una bibliografía sobre la muerte en la sociedad contemporánea consúltese, antes, notas 186 (p. 615), 191 (p. 616), 207 (p. 619), 209 (p. 620). También John McKnight, "A Bibliography of 225 Items of Suggested Readings for a Course on Death in Modern Society in a Theological Perspective", mimeografiada, 1973, enlista textos cristianos contemporáneos sobre la muerte en una sociedad industrial. John Riley, Jr., y Robert W. Habenstein, "Death: 1. Death and Bereavement; 2. The Social Organization of Death", en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, McMillan, Nueva York, 1968, vol. 4, pp. 19-28. Joel J. Vernick, *Selected Bibliography on Death Dying*, U. S. Department of Health, Education and Welfare, Public Health Service, National Institutes of Health, 1971. Complementa a Kalish y Kutscher.

⁵³ Werner Fuchs, *Todesbilder in der modernen Gesellschaft*, niega que la muerte sea reprimida en la sociedad moderna. Geoffrey Gorer, *Death, Grief and Mourning*, Doubleday, Nueva York, 1965. La tesis de Gorer de que la muerte ha ocupado el lugar del sexo como tabú principal, parece a Fuchs infundada y engañosa. La tesis de la represión de la muerte suele ser promovida por personas de convicciones profundamente antiindustriales con el objeto de demostrar la impotencia última de la empresa industrial cara a cara con la muerte. El tema de la represión de la muerte se utiliza con insistencia para elaborar apologías en favor de Dios y de la otra vida. El hecho de que la gente tenga que morir se toma como prueba de que nunca controlará de manera autónoma la realidad. Fuchs interpreta como vestigios de un pasado primitivo todas las teorías que niegan la calidad de la muerte. Sólo considera científicas las que corresponden a su idea de una estructura social moderna. Su imagen de la muerte contemporánea es resultado de su estudio del lenguaje utilizado en las secciones necrológicas de

Curiosamente la muerte se convirtió en el enemigo que habría que derrotar precisamente en el momento en que apareció en escena la megamuerte. No sólo es la nueva imagen de la muerte "innecesaria", sino también nuestra imagen del fin del mundo.⁵⁴ La muerte, el fin de *mi* mundo, y el Apocalipsis, el fin de *el* mundo, están íntimamente relacionados; nuestra actitud hacia ambos ha sido sin duda profundamente afectada por la situación atómica. El Apocalipsis ha dejado de ser simplemente una conjetura mitológica y se ha convertido en una contingencia real. En lugar de deberse a la voluntad de Dios o a la culpa del hombre o a las leyes de la naturaleza, Armagedón se ha convertido en una consecuencia posible de la decisión directa del hombre. Tanto las bombas de cobalto como las de hidrógeno crean la ilusión de un control sobre la muerte. Los rituales sociales medicalizados representan un aspecto del control social por medio de la guerra autofrustrante contra la muerte.

Malinowski⁵⁵ ha sostenido que entre los pueblos primitivos la muerte amenaza la cohesión y por tanto la supervivencia de todo el grupo. Desencadena una explosión de temor y expresiones irracionales de defensa. La solidaridad del grupo se avala haciendo del acontecimiento natural un ritual social. La muerte de un miembro se transforma de ese modo en ocasiones para una celebración excepcional.

El dominio de la industria ha desbaratado y a menudo disuelto la mayor parte de los lazos más tradicionales de solidaridad. Los rituales impersonales de la Medicina Industrializada crean una falsa unidad de la humanidad. Relacionan a todos sus miembros con un modelo idéntico de muerte "deseable" proponiendo la muerte en el hospital como meta del desarrollo económico. El mito del progreso de todos los pueblos hacia la misma clase de muerte disminuye la sensación de culpa de parte de los "poseedores" transformando las repugnantes muertes de los "desposeídos" en el resultado del actual subdesarrollo, que debiera remediarse mediante una mayor expansión de las instituciones médicas.

los periódicos alemanes. Cree que lo que se llama "represión" de la muerte se debe a una falta de verdadera aceptación de la creencia cada vez más generalizada en la muerte como fin incuestionable y definitivo.

⁵⁴ La actitud irracional de una sociedad que se enfrenta con la muerte se refleja en su incapacidad para habérselas con el Apocalipsis. Klaus Bloch, *Ratlos vor der Apokalypitk*, Mohn, Gütersloh, 1970.

⁵⁵ Bronislaw Malinowski, "La muerte y la reintegración del grupo", en *Magia, ciencia, religión*, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 52-61.

Por supuesto, la muerte medicalizada⁵⁶ tiene una función diferente en las sociedades altamente industrializadas y en los países principalmente rurales. Dentro de una sociedad industrial, la intervención médica en la vida diaria no cambia la imagen predominante de la salud y la muerte, más bien la atiende. Difunde la imagen de la muerte que tiene la élite medicalizada a las masas y la reproduce para las generaciones futuras. Pero cuando se aplica la "prevención de la muerte" fuera de un contexto cultural en el que los consumidores se preparan religiosamente para las muertes en el hospital, la expansión de la medicina en el hospital constituye inevitablemente una forma de intervención imperialista. Se impone una imagen sociopolítica de la muerte; se priva a la gente de su visión tradicional de lo que constituye la salud y la muerte. Se disuelve la imagen de sí misma que da cohesión a su cultura y los individuos atomizados pueden ser incorporados en una masa internacional de consumidores de salud altamente "socializados". La expectativa de la muerte medicalizada pesca al rico con ilimitados pagos de seguros y tienta al pobre con una dorada trampa mortal. Las contradicciones del individualismo burgués se corroboran por la incapacidad de la gente para morir con alguna posibilidad de adoptar una actitud realista frente a la muerte.⁵⁷ El aduanero que custodiaba la frontera de Alto Volta con Malí me explicó la importancia de la muerte en relación con la salud. Le pregunté cómo podía entenderse entre sí la gente que vive a lo largo del Níger, no obstante que casi cada aldea tiene una lengua diferente. Para él esto no tenía nada que ver con el idioma: "Si la gente corta el prepucio de sus hijos como lo hacemos nosotros y muere nuestra muerte, nos podemos entender bien".

En muchos pueblos de México he visto lo que ocurre cuando llega el Seguro Social. Durante una generación la gente continúa con sus creencias tradicionales; saben cómo afrontar la muerte, el morir y el duelo.⁵⁸ La nueva enfermera y el médico, creyendo que saben más, les hablan acerca de todo un Panteón de malignas muertes clínicas, cada una de las cuales puede suprimirse por un precio. En lugar de modernizar las prácticas populares de autoasistencia, predicán el ideal de la muerte en el hospital. Con sus ser-

⁵⁶ Eric J. Cassel, "Dying in a Technical Society", *Hastings Center Studies*, vol. 2, núm. 2, mayo de 1974, pp. 31-36: "La muerte ha pasado del interior del orden moral al orden técnico [...] no creo que los hombres fueran inherentemente más morales en el pasado cuando el orden moral predominaba sobre el orden técnico".

⁵⁷ Edgar Morin, *L'homme et la mort*, Seuil, París, 1970, desarrolla el argumento.

⁵⁸ Dora Ocampo Villaseñor, "Cuando la tristeza se mezcla con la alegría", manuscrito, México, noviembre de 1974.

vicios inducen a los campesinos a buscar interminablemente la buena muerte que se describe internacionalmente, búsqueda que los hará consumidores para siempre.

Como todos los demás principales rituales de la sociedad industrial, la medicina adopta en la práctica la forma de un juego. La función principal del médico pasa a ser la de un árbitro. Es el agente o representante del cuerpo social, que tiene el deber de asegurar que todos jueguen conforme a las reglas.⁵⁹ Por supuesto, las reglas prohíben abandonar el juego y morir de cualquier manera que no haya sido especificada por el árbitro. La muerte ya no ocurre sino como profecía del hechicero que se realiza por sí misma.⁶⁰

Mediante la medicalización de la muerte, la asistencia a la salud se ha convertido en una religión monolítica mundial⁶¹ cuyos dogmas enseñan en

⁵⁹ La humanidad industrializada necesita un tratamiento desde la cuna hasta el pabellón terminal. Elizabeth Kubler-Ross indica un nuevo tipo de terapéutica terminal en *On Death and Dying*, McMillan, Nueva York, 1969. Ella sostiene que el moribundo pasa por varias etapas típicas y que el tratamiento adecuado puede facilitar este proceso a los "morituri" bien administrados. Paul Ramsey, "The Indignity of 'Death with Dignity'", *Hastings Center Studies*, vol. 2, núm. 2, mayo de 1974, pp. 47-62. Al comenzar los años sesenta, los moralistas coinciden cada vez más en que la muerte tiene que aceptarse nuevamente y que todo lo que puede hacerse por los moribundos es acompañarlos en sus últimos momentos. Pero debajo de este acuerdo hay una interpretación cada vez más mundana, naturalista y antihumanística de la vida humana. Robert S. Morison, "The last Poem: The Dignity of the Inevitable and Necessary: Comentario on Paul Ramsey", *Hastings Center Studies*, vol. 2, núm. 2, mayo de 1974, pp. 62-66. Morison critica a Ramsey, quien sugiere que todo aquel incapaz de hablar como ético cristiano debe proceder como algún "hipotético denominador común".

⁶⁰ David Lester, "Voodoo Death: Some New Thoughts on an Old Phenomenon", *American Anthropologist* 74, junio de 1972, pp. 386-390.

⁶¹ Pierre Delooz, "Who Believes in the Hereafter?", en André Godin (comp.), *Death and Presence*, Lumen Vitae Press, Bruselas, 1972, pp. 17-38, muestra que en Francia los oradores públicos contemporáneos han separado eficazmente la creencia en Dios de la creencia en el más allá. Paul Danblon y André Godin, "How do People speak of Death?", en Godin, *ibid.*, pp. 39-62. Danblon estudió entrevistas con 60 figuras públicas de habla francesa. Las analogías que hay entre las diversas religiones en cuanto a sus expresiones, sentimientos y actitudes hacia la muerte son mucho más fuertes que sus diferencias debidas a diversas creencias o prácticas religiosas. Joseph F. Fletcher, "Antidysthanasia: The Problem of Prolonging Death", *Journal of Pastoral Care* 18, 1964, pp. 77-84, impugna la prolongación irresponsable de la vida, desde el punto de vista de un capellán de hospital diciendo: "Yo mismo convendría con Pío XII y por lo menos con dos arzobispos de Canterbury, Lang y Fisher, que se han dedicado a este asunto, en que el conocimiento técnico del médico, sus 'conjeturas educadas' y su experiencia debieran ser la base para decidir si existe alguna 'razonable esperanza'. Esa determinación está fuera de la competencia de un lego... pero habiendo determinado que la condición es irremediable, no puedo aceptar que sea prudente ni justo cargar a los médicos, como fraternidad, con la responsabilidad de decidir por sí solos si se ha de dejar morir al paciente". Esa tesis es

escuelas obligatorias y cuyas normas éticas se aplican a una reestructuración burocrática del ambiente: la sexualidad pasó a ser un tema del programa y en obsequio de la higiene se prohíbe que dos usen la misma cuchara. La lucha contra la muerte, que domina el estilo de vida de los ricos, se traduce por los organismos de desarrollo en una serie de reglas mediante las cuales se obligará a los pobres de la tierra a portarse bien.

Sólo una cultura desarrollada en sociedades altamente industrializadas pudo haber provocado la comercialización de la imagen de la muerte que acabo de describir. En su forma extrema, la "muerte natural" es actualmente ese punto en que el organismo humano rechaza todo nuevo insumo de tratamiento. La gente muere⁶² cuando el electroencefalograma indica que sus ondas cerebrales se han aplanado: no lanzan un último suspiro ni mueren porque se para su corazón. La muerte aprobada socialmente ocurre cuando el hombre se ha vuelto inútil no sólo como productor, sino también como consumidor. Es el punto en que un consumidor, adiestrado a alto costo, debe finalmente ser cancelado como pérdida total. La muerte ha llegado a ser la forma última de resistencia del consumidor.⁶³

Tradicionalmente, la persona mejor protegida contra la muerte fue aquel a quien la sociedad había condenado a morir. La sociedad consideraba una amenaza que el hombre que estaba en capilla pudiera usar su corbata para colgarse. Era un desafío a la autoridad que el condenado se quitara la vida antes de la hora fijada. Actualmente, el hombre mejor protegido para que no pueda montar el escenario de su propia muerte es la

común. Muestra cómo incluso las Iglesias apoyan el juicio profesional. Esta convergencia de la práctica cristiana y del ejercicio médico se opone inflexiblemente a la actitud de la teología cristiana hacia la muerte. Ladislaus Boros, *Mysterium mortis: Der Mensch in der letzten Entscheidung*, Walter, Friburgo, 1962; Karl Rahner, *Zur Theologie des Todes*, Herder, Friburgo, 1963.

⁶² Daniel Maguire, "The Freedom to Die", *Commonweal*, 11 de agosto de 1972, pp. 423-428. Trabajando con espíritu creador y en formas no pensadas aún, los grupos políticos que representan a los moribundos y a los gravemente enfermos podrían convertirse en una fuerza curativa dentro de la sociedad. Jonas B. Robitscher, "The Right to Die: Do we have a Right not to be Treated?", *Hastings Center Studies*, vol. 2, núm. 4, septiembre de 1972, pp. 11-44.

⁶³ Orville Brim *et al.* (comps.), *The Dying Patient*, Russel Sage, Nueva York, 1960. Se refieren en primer lugar a la gama de análisis técnicos y de toma de decisiones en que se ocupan los profesionales de la salud cuando se dedican a determinar las circunstancias "en que debería ocurrir la muerte de un individuo". Proporcionan una serie de recomendaciones para que este proceso de ingeniería fuese "un tanto menos desairado y desagradable para el paciente, su familia, y sobre todo el personal encargado". En esta antología lo macabro se convierte en una nueva clase de obscenidad profesionalmente dirigida. Véase también David Sudnow, "Dying in a Public Hospital", en *ibid.*, pp. 191-208.

persona enferma en estado crítico. La sociedad, actuando mediante el sistema médico, decide cuándo y después de qué indignidades y mutilaciones morirá.⁶⁴ La medicalización de la sociedad ha traído consigo el fin de la época de la muerte natural. El hombre occidental ha perdido el derecho de presidir su acto de morir. La salud, o sea, el poder autónomo de afrontar la adversidad, ha sido expropiada hasta el último suspiro. La muerte técnica ha ganado su victoria sobre el acto de morir.⁶⁵ La muerte mecánica ha vencido y destruido a todas las demás muertes.

⁶⁴ David, Sudnow, *ibid.*, en su estudio de la organización social informa: "...se observó a una enfermera tratando durante dos o tres minutos de cerrar los párpados de una enferma. La mujer estaba muriendo, explicó la enfermera, y ella trataba de conseguir que los párpados se quedaran cerrados. Después de varios intentos infructuosos, la enfermera consiguió cerrarlos y dijo, con un suspiro de triunfo: 'Ahora está bien'. Cuando se le interrogó acerca de lo que hacía, respondió que los ojos de un paciente deben estar cerrados después de la muerte, de manera que el cadáver parezca una persona dormida. Explicó que era más difícil lograr esto después de que los músculos y la piel habían comenzado a ponerse rígidos. Agregó que ella siempre procuraba cerrarlos antes de la muerte. De ese modo la eficiencia era mayor cuando llegaba el personal del pabellón a envolver el cuerpo. Había que tener consideración hacia los trabajadores que preferían manejar cadáveres lo menos posible"; pp. 192 y 193.

⁶⁵ Brillat-Savarin, "Méditation xxvi, De la mort", en *Physiologie du goût*. Brillat-Savarin atendió a su tía abuela de 93 años cuando estaba muriendo. "Había conservado todas sus facultades y no habría uno advertido su estado si no fuera por su menor apetito y su voz débil. '¿Estás ahí, sobrino?' 'Sí, tía, estoy a sus órdenes y creo que sería bueno que probara este buen vino viejo.' 'Dámelo, los líquidos van siempre para abajo.' La hice engullir un medio vaso de mi mejor vino; inmediatamente se reanimó y volviendo hacia mí sus ojos que habían sido muy hermosos, me dijo: 'Gracias por este último favor. Si alguna vez llegas a tener mi edad, verás que la muerte llega a ser tan necesaria como el sueño'. Ésas fueron sus últimas palabras y media hora después estaba dormida para siempre."

LAS POLÍTICAS DE LA SALUD

CONTRAPRODUCTIVIDAD ESPECÍFICA

La iatrogenesis sólo podrá controlarse si se le entiende como uno de los aspectos del imperio destructivo de la industria sobre la sociedad, como una instancia de esa paradójica contraproductividad que actualmente aflora en todos los sectores industriales de importancia. Al igual que la aceleración consumidora de tiempo, la educación estupidizante, la defensa militar autodestructiva, la información desorientadora o los proyectos habitacionales desestabilizadores, la medicina patógena es el resultado de una sobreproducción industrial que paraliza la acción autónoma. Con el fin de enfocar esta contraproductividad específica de la industria contemporánea, hay que distinguir claramente la sobreproducción frustrante de otras dos categorías de cargas económicas con las que suele confundírsele, a saber: la utilidad marginal decreciente y la externalidad negativa. Sin esta distinción de la frustración específica que constituye la contraproductividad, de los precios crecientes y de los opresivos costos sociales, la evaluación social de cualquier empresa técnica, ya sea la medicina, el transporte, los medios de comunicación o la educación, seguirá limitada a ser una contaduría de costo-eficiencia sin aproximarse siquiera a una crítica radical de la eficacia instrumental de estos sectores diversos.

Desutilidades marginales

Los costos directos reflejan cargos por renta, pagos de mano de obra, materiales y otras consideraciones. El costo de la producción de un kilómetro-pasajero incluye los pagos realizados para construir y operar el vehículo y el camino, así como la ganancia redituada a quienes han obtenido control sobre el transporte: el interés que cobran los capitalistas dueños de los instrumentos de producción, y los emolumentos que reclaman los burócratas que monopolizan el *stock* de conocimiento aplicado en el proceso. El precio es la suma de estas rentas diversas, sin importar si lo paga

el consumidor de su propio bolsillo o una agencia social sostenida por los impuestos.

Externalidad negativa es el nombre de los costos sociales no incluidos en el precio monetario; es la designación común de las cargas, privaciones, molestias y perjuicios que impongo a los demás por cada kilómetro-pasajero que viajo. La mugre, el ruido y la fealdad que mi auto añade a la ciudad; los daños causados por los choques y la contaminación; la degradación del ambiente total a causa del oxígeno que quemo y los venenos que esparzo; el costo creciente del departamento de policía, y también la discriminación contra los pobres relacionada con el tráfico: todas son externalidades negativas que se asocian con cada kilómetro-pasajero. Algunas pueden *internalizarse* con facilidad en el precio de compra, como por ejemplo los daños que causan los choques y que paga el seguro. Otras externalidades que no se muestran en el precio de mercado podrían internalizarse en la misma forma: el costo de tratar el cáncer, causado por los gases del escape, podría añadirse a cada litro de combustible, para gastarse en la detección y cirugía del cáncer o en su prevención a través de aparatos anticontaminantes y máscaras antigases. Pero la mayor parte de las externalidades no pueden cuantificarse ni internalizarse: si se aumenta el precio de la gasolina para reducir el agotamiento de las reservas petrolíferas y del oxígeno atmosférico, cada kilómetro-pasajero se hace más costoso y es más un privilegio; se disminuye el daño ambiental pero se aumenta la injusticia social. Más allá de cierto nivel de intensidad en la producción industrial, las externalidades no pueden reducirse sino sólo desplazarse.

La contraproductividad es otra cosa que el costo individual o el costo social; es distinta de la utilidad decreciente obtenida de una unidad monetaria y de todas las formas de diservicio externo. Existe cada vez que el uso de una institución paradójicamente quita a la sociedad aquellas cosas cuya producción era el propósito planificado de la institución. Es una forma de frustración social inherente. El precio de un bien o de un servicio mide lo que el comprador está dispuesto a pagar por lo que obtenga; las externalidades indican lo que la sociedad tolerará para permitir este consumo; la contraproductividad registra el grado de la disonancia cognoscitiva prevalente que resulta de la transacción: es un indicador social del funcionamiento contraproducente inherente a un sector económico. La intensidad iatrogénica de nuestra empresa médica es sólo un ejemplo particularmente doloroso de cómo la sobreproducción frustrante aparece en igual medida en que aparece la aceleración consumidora de tiempo en el tráfico, la estática en las comu-

nicaciones, el adiestramiento de incompetentes rotundos en la educación, el desarraigo como resultado del desarrollo habitacional, y la sobrealimentación destructiva. Esta contraproductividad específica constituye un efecto secundario no deseable de la producción industrial, al que no se puede externalizar del sector económico particular que lo produce. Fundamentalmente no se debe a los errores técnicos ni a la explotación de clase sino a la destrucción industrialmente generada de aquellas condiciones ambientales, sociales y psicológicas necesarias para el desarrollo de valores de uso no industriales o no profesionales. La contraproductividad es el resultado de una parálisis, industrialmente inducida, de la actividad práctica de autogobierno.

Mercancías contra valores de uso

La distorsión industrial de nuestra percepción compartida de la realidad nos ha vuelto ciegos al nivel contrapropositivo de nuestra empresa. Vivimos en una época en que la enseñanza está planificada, la residencia estandarizada, el tráfico motorizado y las comunicaciones programadas, y donde, por primera vez, una gran parte de todos los víveres consumidos por la humanidad pasan por mercados interregionales. En una sociedad tan intensamente industrializada, la gente está condicionada para *obtener* las cosas más que para *hacerlas*; se le entrena para valorar lo que puede comprar más que lo que ella misma puede crear. Quiere ser enseñada, transportada, tratada o guiada en lugar de aprender, moverse, curarse y hallar su propio camino. Se asignan funciones personales a las instituciones impersonales. Curar deja de considerarse la tarea del enfermo. Se convierte, primero, en el deber de los reparadores de cuerpos individuales y después cambia de un servicio personal a ser el producto de una agencia anónima. En el proceso, la sociedad se reacomoda para el bien del sistema de asistencia a la salud, y se hace cada vez más difícil cuidar la salud propia. Los bienes y los servicios enmugran los dominios de la libertad.

Las escuelas producen educación, los vehículos de motor producen locomoción, y la medicina produce asistencia médica. Estos productos de consumo general tienen todas las características de mercancías. Sus costos de producción pueden añadirse al producto nacional bruto (PNB) o sustraerse de éste, su escasez puede medirse en términos de valor marginal y su costo establecerse en equivalentes monetarios. Por su naturaleza misma estos artículos crean un mercado. Como la educación escolar y el transpor-

te motorizado, la asistencia clínica es el resultado de una producción de mercancías a base del predominio del capital; los servicios producidos están planeados para otros, no con los otros ni para el productor.

Debido a la industrialización de nuestra visión del mundo, a menudo se pasa por alto que cada una de estas mercancías todavía compite con un valor de uso, no mercantilizable, que la gente produce libremente por su propia cuenta. La gente aprende viendo y haciendo, se mueve con sus pies, se cura, cuida su salud y atiende la salud de los demás. Estas actividades poseen valores de uso que resisten a la mercantilización. La parte más valiosa del aprendizaje, del movimiento corporal y de la curación no aparecen en el PNB. La gente aprende su lengua materna, se desplaza, tiene hijos y los cría, recupera el uso de un hueso roto y prepara los alimentos locales, haciendo todas estas cosas con mayor o menor competencia y gozo. Todas estas actividades son valiosas aunque casi nunca se emprenden ni pueden emprenderse por dinero, pero pueden devaluarse si hay demasiado dinero cerca.

El logro de una meta social concreta no puede medirse en términos de producción industrial, ni en su entidad ni en la curva que representa su distribución y sus costos sociales. La eficacia de cada sector industrial se determina por la correlación entre la producción de mercancías para la sociedad y la producción autónoma de los valores de uso correspondientes. La eficacia de una sociedad para producir niveles altos de movilidad, vivienda o nutrición depende del engranamiento entre los artículos mercantiles y la acción espontánea inalienable.

Cuando la mayoría de las necesidades de la mayor parte de la gente se satisface en un modo de producción doméstico o comunitario, la brecha entre las expectativas y la satisfacción tiende a ser estrecha y estable. El aprendizaje, la locomoción o el cuidado a los enfermos son resultado de iniciativas altamente descentralizadas, de insumos autónomos y de productos totales autolimitantes. En las condiciones de una economía de subsistencia, las herramientas utilizadas en la producción determinan las necesidades que la aplicación de estas mismas herramientas puede cubrir. Por ejemplo, la gente sabe lo que puede esperar cuando se enferma. Alguien en la aldea o en el pueblo cercano conocerá todos los remedios que han servido en el pasado; más allá yace el reino imprevisible del milagro. Hasta fines del siglo XIX, la mayoría de las familias, incluso en los países occidentales, proporcionaban casi toda la terapéutica que se conocía. Cada hombre por sí mismo realizaba casi todo el aprendizaje, la locomoción o la curación, y las herramientas necesarias se producían dentro de su familia o de la aldea.

La producción autónoma puede, claro está, suplementarse con productos industriales que habrán de diseñarse y, con frecuencia, de manufacturarse fuera del control comunitario directo. La actividad autónoma puede hacerse más eficaz y más descentralizada utilizando herramientas fabricadas industrialmente como bicicletas, impresoras, grabadoras o equipos de rayos X. Pero también puede ser obstaculizada, devaluada y bloqueada por un reordenamiento de la sociedad totalmente en favor de la industria. La sinergia entre los modos autónomo y heterónomo de producción adquiere entonces un sello negativo. El reordenamiento de la sociedad en favor de la producción planificada de mercancías tiene dos aspectos que resultan finalmente destructivos: la gente está entrenada para consumir y no para actuar, y al mismo tiempo se restringe su radio de acción. El instrumento enajena al trabajador de su haber. Quienes solían desplazarse en bicicleta se ven echados del camino por intolerables niveles de tráfico, y los pacientes acostumbrados a hacerse cargo de sus propios males, descubren que los remedios de ayer sólo pueden obtenerse por prescripción y en consecuencia se consiguen con dificultad. Las relaciones salario-trabajo y cliente se agrandan al mismo tiempo que se debilitan la producción autónoma y las relaciones desinteresadas.

El alcanzar objetivos sociales eficazmente depende del grado en que los dos modos fundamentales de producción se complementan o se obstaculizan uno al otro. Llegar a conocer verdaderamente un ambiente físico y social dado y controlarlo depende de la educación formal de la gente y de la oportunidad y motivación que tenga para aprender en forma no programada. El tráfico eficaz depende de la habilidad de la gente para llegar de manera rápida y cómoda a donde tiene que ir. La asistencia eficaz al enfermo depende del grado en que el dolor y la disfunción se hacen tolerables y en que se estimula el restablecimiento. La satisfacción eficiente de estas necesidades debe distinguirse claramente de la eficacia con que se fabrican y se comercializan los productos industriales y del número de certificados, de kilómetro-pasajero, de las unidades habitacionales o de las operaciones médicas realizadas. Pasado cierto umbral, todos estos productos se necesitarán sólo como remedios; serán sustituidos por las actividades personales paralizadas por los anteriores productos industriales. Los criterios sociales que permiten evaluar la satisfacción eficaz de necesidades no coinciden con las medidas utilizadas para evaluar la producción y la comercialización de bienes industriales.

Al no tomar en cuenta las contribuciones realizadas por el molde autónomo a la eficacia total con la que puede lograrse cualquier meta social im-

portante, estas medidas no pueden indicar si esta eficacia total está aumentando o decreciendo. El número de graduados, por ejemplo, puede relacionarse inversamente con la competencia general. Con mucho menos razón estas mediciones técnicas podrán indicar quiénes son los beneficiarios y quiénes los perdedores del crecimiento industrial, quiénes son los pocos que pueden conseguir más y hacer más, y quiénes caen en la mayoría cuyo acceso marginal a los productos industriales se complica con la pérdida de eficiencia autónoma. Sólo el juicio político puede determinar este balance.

Modernización de la pobreza

Los más dañados por la institucionalización contraproduktiva no son los más pobres en términos monetarios. Las víctimas típicas de la despersonalización de valores son los que no tienen poder en un medio creado para los enriquecidos industrialmente. Entre los que no tienen poder puede haber gente relativamente acomodada dentro de su sociedad o gente residente en instituciones benévolas. La dependencia inhabilitante los reduce a la pobreza modernizada. Las políticas que pretenden remediar el nuevo sentido de privación no sólo serán fútiles sino que agravarán el daño. Al prometer más artículos de consumo en vez de proteger la autonomía, intensificarán la dependencia inhabilitante.

Los pobres de Bengala o de Perú sobreviven aun con empleos ocasionales y con alguna incursión esporádica en la economía de mercado: viven del arte atemporal de hacer. Todavía son capaces de estirar las provisiones, de alternar periodos de vacas gordas y flacas, de entretejer relaciones gratuitas por medio de las cuales truecan o intercambian bienes y servicios que no están hechos para el mercado ni son tomados en cuenta por éste. En el campo, en ausencia de la televisión, disfrutaban viviendo en casas construidas sobre modelos tradicionales. Atraídos o empujados a la ciudad, se agazapan en los márgenes del sector del acero y el petróleo, donde edifican una economía provisional con los desperdicios que usan para construir las chozas. Su exposición al hambre extrema crece junto con su dependencia de los alimentos mercantiles.

A lo largo de toda su evolución, dadas las generaciones suficientes, el *Homo sapiens* ha mostrado una alta competencia para desarrollar una gran variedad de formas culturales, cada una destinada a mantener a la población total de una región dentro de los linderos de los recursos que podían

compartirse o intercambiarse formalmente en ese medio limitado. La incapacidad mundial y homogénea de la aptitud comunitaria de las poblaciones locales, para enfrentarse al medio se desarrolló con el imperialismo y con sus variantes contemporáneas de desarrollo industrial y su tono compasivo.

La invasión de los países subdesarrollados por nuevos instrumentos de producción organizados con miras a la eficacia financiera más que a la eficiencia local, y al control profesional antes que lego, descalifica inevitablemente la tradición y el aprendizaje autónomo y crea la necesidad de una terapéutica que proviene de maestros, médicos y trabajadores sociales. A medida que el radio y la carretera moldean, de acuerdo con normas industriales, las vidas de aquellos adonde llegan, degradan la artesanía, la morada o el cuidado de la salud. La degradación ocurre más rápidamente que la inhabilitación para esas actividades. El masaje azteca alivia a muchos que ya no lo admiten porque lo creen anticuado. El lecho familiar dejó de ser respetable mucho antes de que sus ocupantes lo sintieran incómodo. Cuando los planes de desarrollo resultan, su éxito a menudo se debe a la imprevisible vitalidad del sector de adobes, botes y cartón. La habilidad continua para producir alimentos en tierra marginal y en traspatios ciudadanos ha salvado campañas de productividad desde Ucrania hasta Venezuela. La habilidad para asistir a los enfermos, los viejos y los locos sin ayuda de enfermeras ni guardianes ha protegido a la mayoría contra las crecientes desutilidades específicas que ha traído el enriquecimiento simbólico. La pobreza en el sector de subsistencia no aplasta la autonomía, ni siquiera cuando dicha subsistencia se ve disminuida por una considerable dependencia del mercado. La gente sigue motivada para meterse en la vía pública, para roer los monopolios profesionales o para sacarle la vuelta a los burocratas.

Cuando la percepción de las necesidades personales es el resultado del diagnóstico profesional, la dependencia se convierte en una incapacidad dolorosa. Los ancianos en Estados Unidos pueden nuevamente servir de paradigma. Se les ha entrenado para experimentar necesidades urgentes que ningún nivel de privilegio *relativo* puede satisfacer. Mientras más dinero de impuestos se gasta en auxiliar su fragilidad, más sutil es su conciencia de decadencia. Al mismo tiempo, su habilidad para cuidarse solos se ha marchitado, junto con la desaparición de los arreglos sociales que les permitían ejercer la autonomía. Los ancianos son un ejemplo de la especialización de la pobreza que puede provocar la sobreespecialización de servi-

cios. Los viejos en Estados Unidos son sólo un ejemplo extremo del sufrimiento promovido por la privación a alto costo. Al haber aprendido a identificar la vejez con la enfermedad, han desarrollado necesidades económicas ilimitadas con el fin de pagar interminables tratamientos, por lo común ineficaces, a menudo degradantes y dolorosos, y que en la mayoría de los casos requieren la reclusión en un ambiente especial.

Cinco rostros de la pobreza industrialmente modernizada aparecen caricaturizados en los acomodados guetos que sirven de retiro a los ricos: a medida que menos gente muere en la juventud aumenta la incidencia de la enfermedad crónica; más gente sufre lesiones clínicas por las medidas de salud; los servicios médicos crecen más lentamente que la difusión y la urgencia de la demanda; la gente encuentra cada vez menos recursos en su ambiente y en su cultura que pueden ayudarla a avenirse con su sufrimiento, y así está forzada a depender de los servicios médicos para atender una gama creciente de problemas triviales; la gente pierde la habilidad de vivir con la invalidez o el dolor y llega a depender del manejo de cada incomodidad por un personal de servicio especializado. El resultado acumulativo de la sobreexpansión en la industria de la asistencia a la salud ha desbaratado el poder personal para responder al reto y enfrentarse a cambios en su cuerpo o modificaciones en su ambiente.

El poder destructivo de la sobreexpansión médica no significa, desde luego, que el saneamiento, la inoculación y el control vectorial, la educación sanitaria bien distribuida, la arquitectura saludable y la maquinaria segura, la competencia general en los primeros auxilios, el acceso igualitario a la atención médica dental y primaria, así como servicios complejos juiciosamente seleccionados, no pudiera encajar en una cultura verdaderamente moderna que fomentara la autoasistencia y la autonomía. Mientras la intervención ingenieril en la relación entre individuos y ambiente se mantiene por debajo de cierta intensidad, relacionada con el campo de libertad individual de acción, tal intervención puede reforzar la competencia del organismo para enfrentar su circunstancia y crear su propio futuro. Pero más allá de cierto nivel, el manejo heterónomo de la vida inevitablemente restringirá las respuestas no triviales del organismo, para luego baldarlas y finalmente paralizarlas, y lo que se planeó como asistencia a la salud se convertirá en una forma específica de negación de la salud.¹

¹ Acerca de la asignación de la función patógena, particularmente en la sociedad industrial contemporánea, véase H. P. Dreitzel, *Die gesellschaftlichen Leiden und das Leiden an der Gesellschaft: Vorstudien zu einer Pathologie des Rollenverhaltens*, Enke, Stuttgart, 1972.

CONTRAMEDIDAS POLÍTICAS

QUINCE AÑOS ATRÁS habría sido imposible conseguir que se escuchara la denuncia de que la medicina en sí misma podría ser un peligro para la salud. En los primeros años de los sesenta, el Servicio Nacional de Salud británico disfrutaba todavía de una reputación mundial, sobre todo entre los reformadores norteamericanos.¹ El servicio, creado por Albert Beveridge, se basaba en la suposición de que en toda población existe una cantidad estrictamente limitada de morbilidad, que, si se trataba en condiciones de equidad, eventualmente acabaría por declinar.² Así, Beveridge calculó que el costo anual del Servicio de Salud bajaría al reducir la terapéutica el índice de la enfermedad.³ Los planificadores de salud y los economistas de la beneficencia nunca esperaron que la redefinición de los servicios de la salud ampliara el campo de la asistencia médica y que sólo las restricciones presupuestales le impedirían ensancharse indefinidamente. No se predijo que pronto, en una muestra regional, sólo 67 entre 1 000 personas fueran declaradas completamente aptas y que a 50% se le enviara con un médico, mientras que según otro estudio, una de cada seis personas se definió como sufriendo de una a nueve enfermedades graves.⁴ Tampoco previeron los planificadores

¹ Charles E. A. Winslow, *The Cost of Sickness and the Price of Health*, World Health Organization, Ginebra, 1951. Daniel S. Hirshfield, *The Lost Reform: The Campaign for Compulsory Health Insurance in the United States from 1932 to 1943*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1970, describe el fracaso, hasta ahora, de una minoría sin previsión social de ancianos, pobres y enfermos crónicos por lograr el apoyo de la gran mayoría satisfecha para obtener leyes que los protejan. Demuestra que en la década de los setenta no han cambiado mayormente los problemas, las actividades hacia ellos y la búsqueda de soluciones. Al parecer, la discusión de políticas públicas respecto a la asistencia a la salud no ha trascendido en ningún momento el paradigma industrial de la medicina como empresa biológica y social.

² Para una historia de la legislación sobre beneficencia véase Henry E. Sigerist, "From Bismarck to Beveridge: Developments and Trends in Social Security Legislation", *Bulletin of the History of Medicine* 13, abril de 1943, pp. 365-388. Para una evaluación más bien ingenuamente entusiasta de la legislación análoga en Rusia, véase Henry E. Sigerist, *Socialized Medicine in the Soviet Union*, 1937; ed. rev., *Medicine and Health in the Soviet Union*, cita del Press, Nueva York, 1947.

³ Office of Health Economics, *Prospects in Health*, publication núm. 37, Londres, 1971.

⁴ R. G. S. Brown, *The Changing National Health Service*, Routledge, Londres, 1973, y S. Israel y G. Teeling Smith, "The Submerged Iceberg of Sickness in Society", *Social and Econo-*

que el umbral de tolerancia para la realidad cotidiana declinaría a la misma velocidad que se socavaba la competencia para la autoasistencia, ni que la cuarta parte de las visitas al médico del servicio gratuito se harían por catarro común intratable. Entre 1943 y 1951, 75% de las personas interrogadas declararon haber sufrido alguna enfermedad durante el mes anterior.⁵ En 1972, 95% de los sujetos de un estudio consideraron haberse sentido mal durante los 14 días anteriores al interrogatorio, y en otro estudio⁶ en el que 5% se consideró libre de síntomas, 9% afirmó haber sufrido de más de seis síntomas diferentes en las dos semanas recién transcurridas. Lo que menos hicieron los planificadores de la salud fue proveer para las nuevas enfermedades que se volverían endémicas a través del mismo proceso que daba a la medicina una eficacia al menos parcial.⁷ No anticiparon la necesidad de hospitales especiales dedicados al alivio del dolor terminal, comúnmente sufrido por las víctimas de cáncer sujetas a cirugía insensata o ineficaz,⁸ ni la necesidad de otras camas de hospital para aquellos afectados por males inducidos por la medicina.⁹

La década de los sesenta fue también testigo del auge y la caída de un consorcio multinacional para exportar optimismo al Tercer Mundo que cobró forma en el Cuerpo de Paz, la Alianza para el Progreso, la ayuda israelí al África Central y los últimos fuegos del celo médico-misionero. La creencia occidental en que sus medicinas podían curar los males de los trópicos no industrializados se hallaba entonces en su apogeo. La cooperación

mic Administration, vol. 1, núm. 1, 1967. Por cada caso de diabetes, reumatismo o epilepsia conocido por el médico general, parece haber otro caso sin diagnosticar. Por cada caso conocido de enfermedad psiquiátrica, bronquitis, hipertensión arterial, glaucoma o infección de las vías urinarias, es probable que existan cinco casos no descubiertos. Los casos de anemia no tratados probablemente exceden en ocho veces a los tratados.

⁵ W. P. D. Logan y E. Brooke, *Survey of Sickness, 1943-1951*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1957.

⁶ Karen Dunnell y Ann Cartwright, *Medicine Takers, Prescribers and Hoarders*, Routledge, Londres, 1972.

⁷ Éste fue el periodo de exámenes masivos en busca de desórdenes que las educadoras, economistas o médicos pudiesen detectar. Todavía se consideraba un "progreso" la comprobación de que, a través de pruebas realizadas a 1709 personas, 90% sufría alguna enfermedad. J. E. Shental, "Multiphasic of the Well Patient", *Journal of the American Medical Association* 172, 1960, pp. 1-4.

⁸ Frank Turnbull, "Pain and Suffering in Cancer", *Canadian Nurse*, agosto de 1971, pp. 28-31. Turnbull argumenta que si bien el tratamiento quirúrgico o radiológico podría causar una recesión en los síntomas primarios que acaso hubieran conducido a una muerte sin dolor, también puede permitir el desarrollo de una enfermedad secundaria que resulta más dolorosa.

⁹ Estimada en 12-18% de todas las camas de hospital en Estados Unidos.

internacional acababa de ganar importantes batallas contra los mosquitos, microbios y parásitos, victorias pírricas en última instancia, las cuales se anunciaron como el principio de una solución definitiva a la enfermedad tropical.¹⁰ Aún no se sospechaba el papel que el desarrollo económico y tecnológico jugarían en la propagación y la agravación de la encefalitis letárgica, la bilharziasis e incluso el paludismo.¹¹ Quienes veían hambre mundial y nueva pestilencia en el horizonte eran tratados como profetas del desastre¹² o románticos;¹³ la Revolución Verde se consideraba todavía la fase inicial de un mundo más sano y más equitativo.¹⁴ Habría parecido in-

¹⁰ M. Thagi Farvar y John P. Milton (comps.), *The Careless Technology*, Natural History Press, Garden City, N. Y., 1972. Trabajos científicos de una conferencia realizada en 1968, que indican que la idea, surgida después de la segunda Guerra Mundial, de que las sociedades tradicionales podían y debían transformarse de un día para otro, no sólo ha resultado ritualmente irrealizable sino también indeseable en vista de las graves consecuencias para el organismo humano.

¹¹ Charles C. Hughes y John M. Hunter, "Disease and Development in Africa", *Social Science Medicine* 3, núm. 4, 1970, pp. 443-488. Una importante reseña de la documentación relativa a las consecuencias patógenas de las actividades desarrollistas. Ralph J. Audy, "Aspects of Human Behavior Interfering With Vector Control", en *Vector Control and the Recrudescence of Vector-Borne Diseases*, Proceedings of a Symposium Held During the Tenth Meeting of the PAHO Advisory Committee on Medical Research, June 15, 1971, Pan American Health Organization Scientific Publication núm. 238, Washington, 1972, pp. 67-82.

¹² René Dumont, *La faim du monde*, texto completo de una conferencia pronunciada en Lieja el 18 de noviembre de 1965, seguido por respuestas a las 25 cuestiones discutidas, Lieja, Bruselas; Cercle d'Éducation Populaire, 1966. Un desapasionado llamado a la solidaridad mundial en la penúltima hora. Una versión inglesa posterior es: René Dumont y Bernard Rosier, *The Hungry Future*, Praeger, Nueva York, 1969. Para un complemento derechista de esta visión desde la izquierda consúltese William y Paul Paddock, *Famine Nineteen Seventy-Five! America's Decision: Who Will Survive?*, Little, Brown, Boston, 1967. Demolidores tempranos de los sueños de su década, tales como los hidropónicos, la desalinización, los alimentos sintéticos y el cultivo de los mares, los autores también están convencidos de que la reforma agraria, la irrigación y la producción de fertilizantes no pueden evitar el hambre. Anticipan una creciente dependencia mundial de productos norteamericanos y proponen un "tiraje", o sea, una selección, por Estados Unidos, de aquellos que se mantendrá con vida.

¹³ Marshal Sahlins, *Stone Age Economics*, Aldine-Atherton, Chicago, 1972, señala que el hambre institucionalizada de la década de los sesenta es un fenómeno sin precedentes, y acumula pruebas de que en una cultura típica de la Edad de Piedra el porcentaje de personas que se acostaba con hambre y desnutrición era mucho menor que ahora.

¹⁴ George Borgstom, "The Green Revolution", en *Focal Points*, McMillan, Nueva York, 1972, pte. 2, pp. 172-201. Análisis y evaluación de una docena de ilusiones acerca de la Revolución Verde, muchas de las cuales se refuerzan continuamente por declaraciones equívocas de las agencias internacionales. Sobre los peligros del agotamiento genético, consúltese National Academy of Sciences, *Genetic Vulnerability of Major Crops*, Washington, 1972. Desde los tiempos paleolíticos, cada sociedad humana ha desarrollado una rica variedad de cereales y otros cultivos alimenticios. Las variedades que han sobrevivido son aquellas favore-

creíble que antes de 10 años la *malnutrición* en dos formas se convertiría ciertamente en la amenaza más importante del hombre moderno.¹⁵ No se previó la nueva desnutrición alta en calorías de las poblaciones pobres,¹⁶ ni el hecho de que la sobrealimentación se identificaría como la causa principal de las enfermedades epidémicas de los ricos.¹⁷ En Estados Unidos las nuevas fronteras no se habían visto aún obstruidas por esquemas burocráticos en competencia.¹⁸ Las esperanzas de una salud mejor se enfocaban todavía en la igualdad de acceso a las agencias que eliminarían enfermedades específicas. La iatrogenesis era todavía un tema para los paranoicos.

Pero en 1975 mucho es lo que ha cambiado.¹⁹ Hace una generación, los niños del *kindergarten* pintaban al médico como una figura paterna de bata blanca.²⁰ Hoy en día, sin embargo, lo pintan con igual frecuencia como

cidas por poblaciones que en buena parte se alimentan de granos y legumbres. Aunque inferiores en rendimiento por hectárea respecto a los híbridos fabricados por la técnica, dichas variedades son adaptables, independientes de los fertilizantes, la irrigación y el control de plagas y poseen un gran potencial para adaptaciones posteriores. Poblaciones enteras de tales ricas mezclas genéticas se han suprimido al reemplazarse por híbridos. El daño causado en el periodo de una década es irreparable y de consecuencia imprevisible.

¹⁵ Para una introducción al estado de la discusión sobre la nutrición mundial, véase el libro de Alan Berg, *The Nutrition Factor: Its Role in National Development*, Brookings Institution, Washington, 1973. La valiosa bibliografía debe extraerse de las notas al pie de página. Véase también J. Hemardinquer, "Pour une histoire de l'alimentation", *Cahiers des Annales* 28, Colin, París, 1970.

¹⁶ Sobre una de las consecuencias de exportar al doctor Spock a los trópicos, véase A.E. Davis y T. D. Bolin, "Lactose Tolerance in Southeast Asia", en Farvar y Milton (comps.), *The Careless Technology*.

¹⁷ Adelle Davis, *Let's Eat Right to Keep Fit*, Harcourt Brace, Nueva York, 1970. Un informe bien documentado sobre la decadencia cualitativa de la dieta estadounidense con el auge de la industrialización y sobre los efectos de dicha decadencia en la salud en Estados Unidos.

¹⁸ Para orientación sobre la controversia, consúltese Edward M. Kennedy, *In Critical Condition: The Crisis in America's Health Care*, Pocket Books, Nueva York, 1973. Para un sumario de la controversia, véase Stephen Jonas, "Issues in National Health Insurance in the United States of America", *Lancet*, 1974, núm. 2, pp. 143-146. William Roy, *The Proposed Health Maintenance Organization Act of 1972*, Science and Health Communications Group Sourcebook Series, vol. 2, Washington, 1972. Un congresista de Kansas explica y defiende el proyecto de ley que presentó en el Congreso y reúne la opinión concurrente.

¹⁹ Un pronóstico excelente, aunque anticuado, es Michel Michaelson, "The Coming Medical War", *New York Review of Books*, 1 de julio de 1971. Véase también Robert Bremner, *From the Depths: The Discovery of Poverty in the U.S.*, New York University Press, Nueva York, 1956, una introducción a los orígenes del movimiento de beneficencia social en Estados Unidos.

²⁰ Barbara Myerhoff y William R. Larson, "The Doctor as Cultural Hero: The Routinization of Charisma", *Human Organization* 24, otoño de 1965, pp. 188-191. Los autores predijeron que el médico no tardaría en aparecer bajo una luz cada vez más prosaica, perdiendo así el

un hombre de Marte o un Frankenstein.²¹ La prensa amarilla se alimenta de diagramas médicos y de declaraciones fiscales de los doctores, y una nueva forma de cautela de los pacientes ha hecho que las compañías médicas y farmacéuticas tripliquen sus gastos en relaciones públicas.²² Ralph Nader ha conseguido que los consumidores de mercancías de salud se fijen en el costo y en la calidad. El movimiento ecológico ha creado conciencia de que la salud depende del ambiente —de la alimentación, las condiciones de trabajo y la vivienda— y los norteamericanos han llegado a aceptar la idea de que están amenazados por pesticidas,²³ aditivos,²⁴ micotoxinas²⁵ y otros riesgos para la salud debidos a la degradación ambiental. La liberación femenina ha subrayado el papel clave que el control sobre el propio cuerpo juega en el cuidado de la salud.²⁶ Unas cuantas comunidades de las barria-

poder psicológico que tradicionalmente tenía para ganar la confianza del paciente y actuar en forma curativa.

²¹ Michel Maccoby, comunicación personal al autor.

²² John Pekkanen, *The American Connection: Profiteering and Politicking in the "Ethical" Drug Industry*, Follet, Chicago, 1973. Un informe sobre la manipulación política voluntariosa de poder, influencia y personalidades por parte de la Asociación de Fabricantes Farmacéuticos de Estados Unidos y de los representantes de ese grupo de poder para proteger las ganancias mediante la distribución y la venta excesivas de medicamentos y el ocultamiento sistemático de los riesgos a través de la publicidad, la promoción y la corrupción habitual de médicos en puestos de importancia. Cita cargos, y los nombres, contra dos docenas de firmas importantes.

²³ Paul R. y Anne H. Ehrlich, *Population, Resources, Environment: Issues in Human Ecology*, Freeman, San Francisco, 1972, particularmente el cap. 7 sobre ecosistemas en peligro, proporciona una buena introducción a la documentación sobre el tema. Samuel Epstein y Marvin Legator (comps.), *The Mutagenicity of Pesticides: Concepts and Evaluation*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1971, da muchos datos específicos. Harrison Wellford, *Sowing the Wind: Reports on the Politics of Food Safety, Ralph Nader's Study Group Reports*, Grossman, Nueva York, 1972. Un informe sobre la concentración de pesticidas en los alimentos. El mal uso de los pesticidas amenaza al granjero incluso más que al ciudadano; destruye su salud, eleva el costo de producción y tiende a bajar el rendimiento a largo plazo. J. L. Radomski, W. B. Deichman y E. E. Clizer, "Pesticide Concentration in the Liver, Brain, and Adipose Tissue of Terminal Hospital Patients", *Food and Cosmetics Toxicology* 6, 1968, pp. 209-220. Análisis cuantitativo aterrador.

²⁴ James S. Turner, *The Chemical Feast: A Report on the Food and Drug Administration*, Ralph Nader's Study Group Reports, Grossman, Nueva York, 1970. Este informe indica que la tendencia descrita por Adelle Davis en *Let's Eat Right to Keep Fit* se está acelerando y que el daño causado a la salud por la mala nutrición aumentó durante los años sesenta. Señala que menos de la mitad de los dos mil y tantos aditivos comestibles en uso han pasado pruebas de seguridad.

²⁵ Arturo Aldama, "Los cereales envenenados: Otra enfermedad del progreso", Documento Cidoc I/V 74/58, Cuernavaca, 1974.

²⁶ Boston Women's Health Collective, *Our Bodies, Ourselves: A Book By And For Women*, Simon and Schuster, Nueva York, 1973. Puede considerarse una guía modelo para la auto-

das han asumido responsabilidad por la asistencia médica básica y han intentado deshabituarse a sus miembros de la dependencia respecto a los extraños. La naturaleza específica de clase de la percepción corporal,²⁷ del lenguaje,²⁸ de los conceptos,²⁹ del acceso a los servicios de salud,³⁰ de la mortalidad infantil³¹ y de la morbilidad actual, específicamente crónica,³² se ha documentado con amplitud, y el origen³³ y los prejuicios³⁴ específicos de la clase médica empiezan también a comprenderse. Mientras tanto, la Organización Mundial de la Salud avanza hacia una conclusión que habría escandalizado a la mayoría de sus fundadores: en una publicación recién-

asistencia limitada, elaborada por un grupo de mujeres que permanecen inmersas en una sociedad básicamente medicalizada.

²⁷ Luc Boltanski, *Consommation médicale et rapport au corps: Compte-rendu de fin de contrat d'une recherche financée par la Délégation Générale à la Recherche Scientifique et Technique*, Centre de Sociologie Européenne, París, 1969. Una sociología del cuerpo: estudio precursor de las determinantes sociales de la relación del individuo con su propio cuerpo según su clase social.

²⁸ Liselootte von Ferber, "Die Diagnose des praktischen Arztes im Spiegel der Patientenangaben", en *Schriftenreihe: Arbeitsmedizin, Sozialmedizin, Arbeitshygiene*, vol. 43, Gentner, Stuttgart, 1971, sobre el lenguaje específico de clases en la práctica general alemana.

²⁹ Charles Kadushin, "Social Class and the Experience of Ill Health", *Sociological Inquiry* 34, 1964, pp. 67-80, cuestiona el dogma sociológico sobre la asociación entre el estatus socioeconómico y la incidencia de la enfermedad crónica. David Mechanic, *Medical Sociology: A Selective View*, Free Press, Nueva York, 1968, pp. 259 y ss., proporciona argumentos y documentación contradictorios; véase también p. 245 respecto a la mortandad infantil, p. 253 sobre el estatus socioeconómico.

³⁰ Raymond S. Duff y August B. Hollingshead, *Sickness and Society*, Harper and Row, Nueva York, 1961. S. H. King, *Perceptions of Illness and Medical Practice*, Russell Sage, Nueva York, 1962.

³¹ Mechanic, *Medical Sociology*. Véase especialmente pp. 267-268 como introducción a las estadísticas del Servicio Nacional de Salud de Estados Unidos sobre el estatus socioeconómico y el uso de los servicios de salud. Evítese tomar estos datos de acuerdo con su valor aparente: véase David Mechanic y M. Newton, "Some Problems in the Analysis of Morbidity Data", *Journal of Chronic Diseases* 18, junio de 1965, pp. 569-580. Lee Rainwater y W. L. Yancey, *The Moynihan Report and the Politics of Controversy*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1967, discuten la complejidad de relaciones entre la mortalidad infantil y la carencia socioeconómica.

³² Barbara Blackwell, *The Literature of Delay in Seeking Medical Care for Chronic Illness*, Health Education Monograph núm. 16, Society for Public Health Education, San Francisco, 1963. Véase especialmente pp. 14-17 sobre la demora relativa a atributos personales, físicos y sociales. René Lenoir, *Les Exclus*, Seuil, París, 1974, enfoca la atención sobre la creación institucional de gente necesitada excluida de diversos sistemas de asistencia médica en Francia.

³³ G. Kleinbach, "Social Class and Medical Education", tesis, Department of Education, Harvard University, 1974. Charles F. Schumacher, "The 1960 Medical School Graduate: His Biographical History", *Journal of Medical Education* 36, 1961, pp. 401 y ss., muestra que más de la mitad de los estudiantes de medicina son hijos de profesionistas o administradores.

³⁴ Howard Becker et al., *Boys in White: Student Culture in Medical School*, 1961, reimpr., William C. Brown, Dubuque, Iowa, 1972.

te aboga por la desprofesionalización de la asistencia básica como el paso aislado más importante para elevar los niveles nacionales de salud.³⁵

Los mismos médicos empiezan a mirar críticamente lo que hacen los médicos.³⁶ Cuando se pidió a médicos de Nueva Inglaterra que evaluaran el tratamiento que sus pacientes habían recibido de otros médicos, la mayoría se declararon insatisfechos. Según el método utilizado de evaluación entre pares, la proporción de pacientes que, se creía, habían recibido asistencia *adecuada*, variaba entre 1.4 y 63%.³⁷ Cada vez es más frecuente que los médicos digan a sus pacientes que han sido lesionados por medicación previa y que el tratamiento ahora prescrito se hace necesario por los efectos de tal medicación anterior, que en algunos casos se administró con el fin de salvar la vida, pero mucho más a menudo para reducir de peso, tratar la hipertensión benigna, la influenza o una picadura de mosquito o sólo para dar a la entrevista con el médico una conclusión mutuamente satisfactoria.³⁸ En 1973 un alto funcionario del Departamento de Salud, Educación y Bienestar de Estados Unidos pudo decir al retirarse que 80% de todos los fondos encauzados por su oficina no proporcionaban ningún beneficio comprobable para la salud y que gran parte del resto se gastaba

³⁵ Kenneth W. Newell (comp.), *Health by the People*, Ginebra, World Health Organization, 1975. V. Djukanovic y E. P. Mach, *Alternative Approaches to Meeting Basic Health Needs in Developing Countries*, A joint UNICEF/who study, World Health Organization, Ginebra, 1975. "Algunos aspectos de los que se llaman convencionalmente servicios de salud se aíslan como factores que intervienen en la falla de los sistemas actuales usados para enfrentar las necesidades básicas de salud en los países en desarrollo."

³⁶ Sobre el surgimiento de la medicina social como una disciplina, véase en primer lugar Thomas McKeon y C. R. Lowe, *An Introduction to Social Medicine*, Blackwell Scientific Publications, Oxford/Edimburgo, 1966, pp. ix-xiii. Véase luego Gordon McLachlan (comp.), *Portfolio for Health 2*, Nuffield Provincial Hospitals Trust y Oxford University Press, Nueva York/Toronto, 1973. Para los escritos en este campo véase Hans Schaefer y Maria Blohmke, *Sozialmedizin: Einführung in die Ergebnisse und Probleme der Medizin-Soziologie und Sozialmedizin*, Thieme, Stuttgart, 1972. Para Europa oriental véase Richard E. y Shirley B. Weinerman, *Social Medicine in Eastern Europe: The Organization of Health Services and the Education of the Medical Personnel in Czechoslovakia, Hungary and Poland*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1969. Para Italia, véase Giovanni Berlinguer, *Medicina e Politica*, Bari De Donato, 1976.

³⁷ Robert H. Brook y Francis A. Appel, "Quality-of-Care Assessment: Choosing a Method for Peer Review", *New England Journal of Medicine* 288, 1973, pp. 1323-1329. Los juicios basados en consenso de grupo, en oposición a los criterios seleccionados por críticos individuales, produjeron los pocos casos aceptables. Robert H. Brook y Robert Stevenson, Jr., "Effectiveness of Patient Care in an Emergency Room", *New England Journal of Medicine* 283, 1970, pp. 904-906.

³⁸ Jean-Pierre Dupuy, "Le Médicament dans la relation médecin-malade", *Projet*, núm. 75, mayo de 1973, pp. 532-546.

para corregir daños iatrogénicos. Su sucesor tendrá que enfrentar estos daños si quiere conservar la confianza pública.³⁹

Los pacientes empiezan a escuchar, y un número creciente de movimientos y organizaciones comienzan a exigir reformas. Los ataques se fundamentan en cinco categorías principales de crítica y se encaminan hacia cinco categorías de reforma: 1) La producción de remedios y servicios ha acabado por servir a sus propios intereses. Por ello, grupos políticos de consumidores y el control por los consumidores sobre los administradores de los hospitales *deberían* obligar a los médicos a mejorar su servicio. 2) La distribución de remedios y el acceso a servicios son desiguales y arbitrarios; dependen del dinero y de la categoría del paciente, o bien de prejuicios sociales y médicos que favorecen, por ejemplo, la atención a las enfermedades del corazón por encima de la atención a la malnutrición. La nacionalización de la producción de salud *debería* controlar la mano oculta del clínico. 3) La organización del gremio médico perpetúa la ineficacia y los privilegios, mientras el otorgamiento de licencias profesionales de especialistas fomenta una visión cada vez más estrecha y especializada de la enfermedad. Una combinación de la capitación (el pago de una cantidad fija por paciente por año) con el otorgamiento institucional de licencias *debería* combinar el control sobre los médicos con el interés de los pacientes. 4) El dominio de un solo tipo de medicina priva a la sociedad de los beneficios que sectas competidoras podrían ofrecer. Un mayor apoyo público a las ondas alfa, los grupos de encuentro y la quiropráctica *debería* compensar y complementar el escalpelo y el veneno. 5) Actualmente, la principal destinación de recursos médicos va al individuo en la enfermedad o en la salud. Una mayor cantidad de recursos para la planeación de poblaciones y ambientes *debería* estirar el dinero dedicado a la salud.

Las políticas de remedio propuestas podrían controlar en cierta medida los costos sociales creados por la sobremedicalización. Al unirse, los consumidores tienen en verdad el poder de obtener más por su dinero; las burocracias de la beneficencia tienen el poder de reducir las desigualdades; los cambios en el otorgamiento de licencias y en los modos de financia-

³⁹ Arnold I. Kisch y Leo G. Reeder, "Client Evaluation of Physician Performance", *Journal of Health and Social Behavior* 10, 1969, pp. 51-58. Si bien se supone por lo general que el control de calidad en el servicio profesional debe depender de la autovigilancia —por más mala que sea—, los resultados de un estudio realizado en Los Ángeles indican que la evaluación del desempeño médico por parte de los pacientes correspondió estrechamente con cierto número de criterios de calidad en la asistencia médica generalmente considerados válidos por los profesionales de la salud.

miento pueden proteger a la población no sólo contra charlatanes no profesionales sino también, en algunos casos, contra el abuso profesional; el dinero transferido de la producción de repuestos humanos a la reducción de los riesgos industriales compra realmente más "salud" por peso. Pero todas estas políticas, si no se califican cuidadosamente, tenderán a reducir las *externalidades* creadas por la medicina al costo de un aumento ulterior en el paradójico contraprodueto de la medicina, su efecto negativo sobre la salud. Todas tienden a estimular una medicalización ulterior. Todas colocan consistentemente el mejoramiento de los servicios médicos por encima de esos factores que mejorarían e igualarían las oportunidades, la competencia y la confianza para la autoasistencia; niegan la libertad civil de vivir y de curar, y la sustituyen por promesas de derechos sociales más conspicuos a la asistencia profesional.

En las cinco secciones siguientes me ocuparé de algunas de estas posibles contramedidas y examinaré sus méritos relativos.

LA "PROTECCIÓN AL CONSUMIDOR", PARA ADICTOS

Cuando la gente se da cuenta de su dependencia de la industria médica, tiende a quedarse atrapada en la creencia de que su adicción es ya irremediable. Teme una vida de enfermedad sin médico igual que se sentiría inmovilizada sin un automóvil o un autobús. En ese estado mental habla de la necesidad de la protección al consumidor y busca consuelo en los políticos que frenarán la arbitrariedad de los productos médicos.⁴⁰ La necesidad de tal autoprotección es obvia, los peligros implícitos son oscuros. La triste verdad para los abogados del consumidor es que ni el control de los costos ni el de calidad garantizan que la actividad de los médicos, según las normas actuales, beneficiará a la salud.

Los consumidores que se unen para obligar a la General Motors a producir un automóvil aceptable, han empezado a sentirse competentes para echar una mirada al motor y desarrollar criterios para calcular el costo de

⁴⁰ Para ejemplos de informes públicos sobre la investigación al servicio de la defensa del consumidor en el campo de la salud, véase Robert S. McCleery, *One Life-One Physician*, Public Affairs Press, Washington, 1971; también Joseph Page y Mary-Win O'Brien, *Bitter Wages: The Report on Disease and Injury on the Job*, Ralph Nader's Study Group Reports, Grossman, Nueva York, 1973, una acusación a la medicina industrial y ocupacional según se practicaba hasta 1968. La crasa insuficiencia de los informes sobre lesiones sufridas en el trabajo ha fomentado la creencia de que se deben sobre todo al descuido de los obreros.

un sistema de escape más limpio. Cuando se unen para conseguir mejor asistencia médica, siguen creyendo —erróneamente— que no son competentes para decidir lo que debería hacerse para sus entrañas y sus riñones y se confían ciegamente al médico para casi cualquier reparación. La comparación de prácticas en diversas culturas no proporciona ninguna guía. Las recetas para vitaminas son siete veces más comunes en Inglaterra que en Suecia, la medición con gamma globulina es ocho veces más común en Suecia que en Inglaterra.

Los médicos norteamericanos operan, por término medio, dos veces más a menudo que los ingleses; los cirujanos franceses amputan casi hasta el cuello. La estancia promedio en el hospital varía no con el padecimiento sino con el médico: para las úlceras pépticas, de seis a 26 días; para el infarto al miocardio, de 10 a 30 días. La duración media de la hospitalización en Francia es dos veces mayor que en Estados Unidos. En Alemania se realizan tres veces más apendectomías, y se diagnostican tres veces más muertes por apendicitis, que en ninguna otra parte.⁴¹

Titmuss⁴² ha resumido la dificultad de contabilizar los costos-beneficios en medicina, especialmente en una época en que la asistencia médica está perdiendo las características que solía poseer cuando consistía casi totalmente en la relación personal médico-paciente. La asistencia médica es incierta e impredecible; muchos consumidores no la desean, ignoran que la necesitan y no pueden saber por anticipado cuánto les costará. No pueden aprender por experiencia. Deben confiar en el proveedor que habrá de decirles si han sido bien atendidos, y no pueden devolver el servicio al vendedor ni lograr que lo reparen. Los servicios médicos no se anuncian como otras mercancías y el productor desanima las comparaciones. Una vez hecha la compra, el consumidor no puede cambiar de parecer a la mitad del tratamiento. Al definir lo que constituye la enfermedad el productor médico tiene poder para seleccionar a sus consumidores y dar salida a algunos productos que se impondrán al consumidor, si es necesario, con intervención de la policía: los productores pueden incluso vender reclusión forzada para los incapacitados y asilos para los retardados mentales. Los juicios

⁴¹ Para más datos y referencias véase Michael H. Cooper, *Rationing Health Care*, Halsted Press, Londres, 1975, e International Bank for Reconstruction and Development, *Health Sector Policy Paper*, Washington, marzo de 1975. Adviértase asimismo que el número promedio de días que un paciente pasa en el hospital varía grandemente entre países con PNB comparable, aun cuando estos países sean pobres. En Senegal es de 24 días, en Tailandia de 5.8.

⁴² Richard M. Titmuss, "The Culture of Medical Care and Consumer Behaviour", en F. N. L. Poynter (comp.), *Medicine and Culture*, Wellcome Institute, Londres, 1969, cap. 8, pp. 129-135.

por mal ejercicio han mitigado el sentido de importancia del lego en varios de estos puntos,⁴³ pero básicamente han reforzado la decisión del paciente de insistir en el tratamiento que la opinión *médica* informada considera adecuado. El asunto se complica más aún por el hecho de que no existe un consumidor "normal" de servicios médicos. Nadie sabe a cuánta asistencia será acreedor en dinero o en dolor. Además, nadie sabe si la forma más ventajosa de asistencia médica se obtiene mejor de productores médicos, de un agente de viajes o renunciando a trabajar en el turno de noche. La familia que prescinde de un automóvil para mudarse a un departamento en Manhattan, puede prever la forma en que la sustitución de la gasolina por la renta afectará su tiempo disponible; pero la persona que, al serle diagnosticado un cáncer, elige una operación antes que una parranda en las Bahamas, ignora qué efecto tendrá su elección sobre el tiempo de gracia que le queda. La economía de la salud es una disciplina curiosa, una reminiscencia de la teología de indulgencias que floreció antes de Lutero. Puede calcularse lo que colectan los frailes, véase los templos que construyen, tomar parte en las liturgias en que se regodean, pero sólo es posible imaginar qué efectos ejerce el tráfico en amnistías para el purgatorio sobre el alma después de la muerte. Los modelos ideados para explicar la aquiescencia de los contribuyentes a pagar facturas médicas cada vez más altas constituyen análogas conjeturas escolásticas acerca de la nueva Iglesia de la medicina que va extendiéndose por todo el mundo. Para dar un ejemplo: es posible considerar la salud como un capital acumulado empleado para producir un rendimiento llamado "tiempo de salud".⁴⁴ Los individuos heredan una provisión inicial que puede aumentar invirtiendo en capitalización de salud mediante la adquisición de asistencia médica o por medio de la buena alimentación y la buena vivienda. El "tiempo de salud" es un artículo que tiene demanda por dos razones. Como mercancía de consumo, entra directamente en la función utilitaria del individuo; además, la gente habitualmente prefiere estar sana y no enferma. También ingresa en el mercado como mercancía de inversión. En esta función, el "tiempo de salud" determina la cantidad de tiempo que puede gastar un individuo en el trabajo y en el jue-

⁴³ Sobre el impacto que los juicios por mal ejercicio tienen sobre la percepción, por parte del paciente, de su cuerpo como una forma de inversión de capital, véase, p. ej., Nathan Hershey, "The Defensive Practice of Medicine-Myth or Reality?", *Milbank Memorial Fund Quarterly* 50, enero de 1972, pp. 69-98.

⁴⁴ Michael Grossman, "On the Concept of Health Capital and the Demand for Health", *Journal of Political Economy* 80, marzo-abril de 1972, pp. 223-255.

go, en ganar dinero y en divertirse. El "tiempo de salud" del individuo puede verse así como un indicador decisivo de su valor como productor para la sociedad.⁴⁵

La orientación sobre las políticas y las teorías referentes al valor monetario de la producción de "salud" dividen a los adherentes de las facciones académicas en pugna igual que el realismo y el nominalismo dividía en el medioevo a los doctores en divinidad.⁴⁶ Pero en lo que concierne al consumidor, se limitan a decir con rodeos lo que todo albañil mexicano sabe: sólo en los días en que está lo bastante sano para trabajar puede llevar frijoles y tortillas a sus hijos y tomar un tequila con los amigos.⁴⁷ La creencia en una relación causal entre la cuenta del médico y la salud —que de otro modo se llamaría superstición modernizada— es una suposición técnica básica para el economista médico.⁴⁸

Se han usado diferentes sistemas para legitimar el valor económico de las actividades específicas a las que se dedican los médicos. Los países socialistas se hacen cargo del financiamiento de toda la asistencia y dejan que la profesión médica defina lo que se necesita, cómo debe hacerse, quién debe hacerlo, cuánto debe costar y también quién la ha de recibir. Con más descaro que en ninguna otra parte, los cálculos de insumo producto referentes a tales inversiones de capital humano parecen determinar las asignaciones rusas.⁴⁹ Otros países intervienen con leyes e incentivos en la orga-

⁴⁵ P. E. Enterline, "Sick Absence in Certain Western Countries", *Industrial Medicine and Surgery* 33, octubre de 1964, p. 738.

⁴⁶ Para orientación sobre la documentación consúltese Kathleen N. Williams (comp.), *Health and Development: An Annotated Indexed Bibliography*, Johns Hopkins University School of Hygiene and Public Health, Department of International Health, Baltimore, 1972, 931 artículos sobre la salud, un tanto cuidadosos, y su supuesta relación con el desarrollo económico. Construido como un instrumento de trabajo para colocación de recursos sanitarios, resulta particularmente valioso por sus referencias y sumarios de estudios realizados en Europa oriental.

⁴⁷ Herbert Pollack y Donald R. Sheldon, "The Factor of Disease in the World Food Problem", *Journal of the American Medical Association* 212, 1970, pp. 598-603. La gente enferma quema más comida por unidad de trabajo realizado y a la vez produce menos trabajo. En ambos sentidos, la enfermedad endémica colabora a la escasez mundial de alimentos.

⁴⁸ Ralph Audy, "Health as Quantifiable Property", *British Medical Journal*, núm. 4, 1973, pp. 486-487. Audy es uno de los raros autores que van más allá de la economía trivial y desarrolla un modelo para el análisis dimensional del hombre en relación con su ambiente. Considera a la salud una propiedad continua que puede medirse potencialmente en términos de la capacidad de cada uno para "recobrase ante los retos a la adaptación". La velocidad y el éxito en recobrase dependen de la cantidad de protección proporcionada por los "capullos" habituales de la persona y de la "salud" de la sociedad en general.

⁴⁹ Véase Williams, *Health and Development*, capítulo sobre la economía médica soviética.

nización de sus mercados de asistencia médica. Sólo Estados Unidos inició un programa legislativo nacional dentro del cual comités de productores determinan qué productos ofrecidos en el "mercado libre" merecerán la aprobación estatal como "buena asistencia". A fines de 1973 el presidente Nixon firmó el Decreto 92-603 por el que se establecieron controles obligatorios de costos y calidad (mediante organizaciones de revisión de normas profesionales) para Medicaid y Medicare, sectores de la industria médica sostenidos a base de impuestos, que desde 1970 sólo han sido superados en magnitud por el complejo bélico-industrial. Rigurosas sanciones financieras amenazan a los médicos que rehúsan mostrar sus archivos a los inspectores gubernamentales en busca de pruebas acerca de fraudes, tratamientos deficientes o utilización excesiva de los hospitales. La ley exige que la profesión médica establezca normas para el diagnóstico y el tratamiento de una larga lista de lesiones, enfermedades y estados de salud, e instaura así el programa más costoso del mundo para la medicalización de la producción de salud mediante la protección legislada del consumidor.⁵⁰ La nueva ley garantiza las normas que la industria impone a la mercancía. No pregunta si su distribución influye positiva o negativamente en la salud del pueblo.

Invariablemente han fracasado los intentos por ejercer un control político racional sobre la producción de la asistencia médica. La razón se halla en la naturaleza del producto actualmente llamado "medicina": un paquete constituido por sustancias químicas, aparatos, edificios y especialistas, y despachado como medicina al cliente. El proveedor más que sus clientes o su jefe político determina el tamaño del paquete. El paciente queda reducido a un objeto en reparación; deja de ser un sujeto al que se le ayuda a curar. Si se le permite participar en el proceso de reparación, actúa como el último aprendiz de una jerarquía de reparadores.⁵¹ A menudo

⁵⁰ Claude Welch, "Professional Standards Review Organizations-Pros and Cons", *New England Journal of Medicine* 290, 1974, pp. 1319 y ss., *idem.*, 289, 1973, pp. 291-295. David E. Willett, "PSRO Today: A Lawyer's Assessment", *New England Journal of Medicine* 292, 1975, pp. 340-343; véase también el editorial sobre el artículo en el mismo número, p. 365. Victor W. Sidel, "Quality for Whom? Effects of Professional Responsibility for Quality of Health Care on Equity", *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, Second Series, vol. 52, 1, enero de 1976, pp. 164-176. Cuando los profesionales no se ven limitados al simple papel de consultores técnicos en el proceso de control de calidad, la calidad en el cuidado de la salud será (1) definida como un enaltecimiento de la autoimagen del profesional (2) como aplicador de técnicas científicas (3) que abarcan la tecnología más que la equidad y (4) serán dañinos para la salud tal como percibe la comunidad. ¡Un esquema importante!

⁵¹ Tom Dewar, "Some Notes on the Professionalization of the Client", Documento Cidoc I/V 73/37, Cuernavaca, 1973.

ni siquiera se le confía la ingestión de una pastilla sin la supervisión de una enfermera.

El argumento de que la asistencia médica institucional, curativa o preventiva, después de cierto punto deja de guardar correlación con cualquier "ganancia" ulterior en salud puede ser mal empleado para transformar a clientes adictos a médicos en clientes de alguna otra hegemonía de servicios: casas de cuna, trabajadores sociales, consejeros vocacionales, escuelas.⁵² Lo que comenzó como defensa de los consumidores contra el servicio médico inadecuado proporcionará a la profesión médica, en primer lugar, la garantía de una demanda sostenida y, posteriormente, el poder de delegar algunos de estos servicios a otras ramas industriales: a los productores de alimentos, de colchones, de vacaciones o de adiestramiento. La protección al consumidor se convierte así rápidamente en una cruzada para transformar personas independientes en clientes a toda costa.

A menos que desengañe al cliente de la urgencia en demandar y aceptar más servicios, la protección al consumidor solamente refuerza la colusión entre quien da y quien recibe, y sólo puede jugar un papel táctico y transitorio en cualquier movimiento político encaminado a limitar la medicina que beneficia la salud.

Los movimientos de protección al consumidor pueden traducir la información sobre la ineficacia médica actualmente sepultada en publicaciones médicas al lenguaje de la política, pero sólo lograrán aportaciones significativas si se transforman en ligas de defensa de las libertades civiles y van más allá del control de costo y calidad para defender la libertad sin tutores para aceptar o rechazar la mercancía. Toda clase de dependencia se convierte de inmediato en obstáculo para la asistencia autónoma mutua, para afrontar la enfermedad, adaptarse a ella y curarse; peor aún, se convierte en un artificio por medio del cual se impide que la gente transforme las condiciones que la enferman en el trabajo y en el hogar. El control sobre el aspecto de producción del complejo médico sólo puede actuar para mejorar la salud si provoca por lo menos una reducción muy considerable de su rendimiento total, y no simplemente mejoras técnicas de los artículos que ofrecen.

⁵² Robert J. Haggerty, "The Boundaries of Health Care", *Pharos*, julio de 1972, pp. 106-111.

IGUALDAD DE ACCESO A LOS PERJUICIOS

El planteamiento político más común y obvio con respecto a la salud se basa en la acusación de que el acceso a la asistencia médica es injusto, de que favorece al rico más que al pobre,⁵³ al influyente más que al débil. Si bien el nivel de los servicios médicos prestados a los miembros de las élites técnicas no varía significativamente de un país a otro, digamos de Suecia y Checoslovaquia a Indonesia y Senegal, el valor de los servicios prestados al ciudadano típico en diferentes países varía por factores que exceden la proporción de uno a mil.⁵⁴ En muchos países pobres, los pocos están socialmente predestinados a recibir mucho más que la mayoría, no tanto por ser ricos como por ser hijos de militares o burócratas o por vivir cerca del único hospital grande. En los países ricos, los miembros de diversas minorías son subprivilegiados, no porque en términos de dinero per cápita reciban necesariamente menos de lo que les corresponde,⁵⁵ sino porque reciben sustancialmente menos de lo que se les ha enseñado a necesitar. El habitante de las barriadas no puede llegar al médico cuando lo necesita, y lo que es peor, los ancianos, si son pobres y se hallan encerrados en un "hogar", no pueden escapar de él. Por estas razones y otras similares, los par-

⁵³ Health Policy Advisory Committee, *The American Health Empire: Power, Profits, and Politics*, Barbara y John Ehrenreich (comps.), Random House, Nueva York, 1970. Desde fines de la década de los sesenta el Centro Consejero de la Política de la Salud (Health Policy Advisory Center, 17 Murray St., Nueva York 10007) ha jugado un papel importante en exponer los desórdenes técnicos y organizativos inherentes al sistema médico estadounidense como consecuencia de su carácter capitalista de explotación. El *Health-PAC Bulletin*, publicado en la misma dirección, es una valiosa constancia de la evaluación de esta crítica. Los Ehrenreich representan probablemente las ideas de su grupo en el momento de editarse su libro. La integración de una profesión de la salud, industrias y burocracias gubernamentales de la salud, promueve en cada uno de estos cuerpos características típicas de cualquier corporación transnacional. Estas características comunes los amalgaman en un "complejo" dirigido a reforzar respuestas infantiles, racistas y sexistas en aquellos a quienes mima con arbitrariedad sutil o torpe. La eliminación del motivo de lucro y la amplia participación de sanos y enfermos en la elaboración de políticas haría al sistema responsable, equitativo y más eficaz para asistencia a la salud.

⁵⁴ En Alto Volta se gastan aproximadamente 25 millones de dólares anuales en todos los servicios médicos —incluyendo medicamentos— consumidos dentro del país. El gobierno gasta dos veces más en transportar unos cuantos enfermos a París y hospitalizarlos allí, mientras la ayuda total que Francia otorga a su ex colonia para propósitos no militares es de 50 millones de dólares anuales. Tomado de la siempre impecablemente informada publicación humorística francesa *Le Canard enchaîné*, 1 de enero de 1975.

⁵⁵ Nathan Glazer, "Paradoxes of Health Care", *Public Interest* 22, invierno de 1971, pp. 62-77. Las familias de bajo ingreso en Estados Unidos no reciben menos sino más dólares del presupuesto sanitario que el grupo de ingresos inmediatamente superiores al suyo.

tidos políticos convierten el deseo de salud en demandas de acceso equitativo a las facilidades médicas.⁵⁶ Por lo común no cuestionan los bienes que el sistema médico produce, sino insisten en que sus votantes tienen derecho a todo lo que se produce para los privilegiados.⁵⁷

En los países pobres, resulta claro que las mayorías pobres tienen menos acceso a los servicios médicos que los ricos:⁵⁸ los servicios al alcance de los pocos consumen la mayor parte del presupuesto de salud y privan a la mayoría de servicios de cualquier clase. En toda América Latina, con excepción de Cuba, sólo uno de cada 40 niños pertenecientes al 20% más pobre de la población termina los cinco años de escolaridad obligatoria;⁵⁹ una proporción similar de pobres puede esperar tratamiento en un hospital cuando se enferma gravemente. En Venezuela, un día de hospital cuesta 10 veces el sueldo diario promedio; en Bolivia, unas 40 veces dicho ingreso.⁶⁰

⁵⁶ Para un marco de referencia útil en la creación de necesidades, véase Jonathan Bradshaw, "A Taxonomy of Social Need", en Gordon McLachlan (comp.), *Problems and Progress in Medical Care Essays on Current Research*, Oxford University Press, Nueva York, 1972, vol. 7, pp. 69-82. Para clarificar y hacer explícito lo que se hace cuando los burócratas a cargo de un servicio social planean cubrir una necesidad social, Bradshaw distingue 12 situaciones diferentes de acuerdo con la presencia o ausencia de cualquiera de estos cuatro factores de necesidad: 1) *necesidad normativa*, definida por el conocimiento experto o profesional, 2) *necesidad sentida*, definida por la carencia; 3) *necesidad expresada*, o demanda; 4) *necesidad comparativa*; los cuatro factores se obtienen estudiando las características de una población que recibe servicio (aquellas que tienen características similares y no reciben servicio se definen entonces como estando necesitadas). Véase también Kenneth Boulding, "The Concept of Need for Health Service", *Milbank Memorial Fund Quarterly* 44, octubre de 1966, pp. 202-223. Para el testamento de Richard M. Titmuss sobre este tema, véase *Social Policy: An Introduction*, Pantheon Books, Nueva York, 1975, especialmente el cap. 10, "Values and Choices", pp. 132-141.

⁵⁷ Kadushin, "Social Class and the Experience of Ill Health". Los miembros de la clase superior son siempre más competentes para hacer uso de los servicios médicos públicamente financiados, a causa de su mayor refinamiento y a veces por su habilidad para utilizar pequeños pagos como palanca en la obtención de grandes provechos.

⁵⁸ Jesús M. de Miguel, "Framework for the Study of National Health System", trabajo presentado en el Octavo Congreso Mundial de Sociología, agosto de 1974, mimeografiado. Trata de relacionar las diferencias regionales dentro de las naciones con el análisis de las diferencias entre naciones. Véase gráfica 1 para una cronotipología de la investigación comparativa de sistemas de salubridad a partir de 1930. Kerr L. White *et al.*, "International Comparisons of Medical Care Utilization", *New England Journal of Medicine* 277, 1967, pp. 516-522. White señala las dificultades metodológicas implícitas en la medición simultánea de una variable dependiente como es la "utilización" en ámbitos tan diferentes como Inglaterra, Yugoslavia y Estados Unidos.

⁵⁹ David Barkin, "Access to and Benefits from Higher Education in Mexico", borrador preliminar para comentarios, Documento Cidoc A/E. 285, Cuernavaca, 1970.

⁶⁰ Arnoldo Gabaldón, "Health Service and Socio-economic Development in Latin America", *Lancet*, 1969, núm. 1, pp. 739-744. Gunnar Adler-Karlsson, "Unequal Access to Health

En toda América Latina, los ricos constituyen 3% de la población, formado por graduados universitarios, líderes obreros, funcionarios de los partidos políticos y miembros de familias que tienen acceso a los servicios gracias a su dinero o bien sencillamente a través de relaciones. Estos pocos reciben tratamiento costoso, a menudo por parte de los médicos que ellos mismos eligen. La mayor parte de los médicos, que proceden de la misma clase social que sus pacientes, fueron adiestrados conforme a normas internacionales a base de subsidios del gobierno.⁶¹

No obstante el desigual acceso a la asistencia hospitalaria, sería un error decir que la disponibilidad del servicio médico está siempre en correlación con el ingreso personal. En México, 3% de la población tiene acceso al Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), esa rama especial del sistema de seguridad social en la cual se combinan a un alto nivel la asistencia personal y la tecnología avanzada. Este grupo afortunado está constituido por empleados del gobierno que reciben tratamiento igual ya sean ministros o mensajeros de oficina, y pueden contar con asistencia de alta calidad porque forma parte de un modelo de demostración. Así, los periódicos informan al maestro de escuela de una aldea remota que la cirugía mexicana cuenta con los mismos recursos que su contraparte en Chicago y que los cirujanos que lo operan cumplen con las normas de sus colegas en Houston. Al ser hospitalizados, altos funcionarios pueden a veces sentirse molestos de tener que compartir por primera vez en su vida el cuarto con un trabajador, pero también se sienten orgullosos del alto grado de compromiso democrático que muestra su país al proporcionar iguales medios al jefe y al portero. Los pacientes de ambas categorías tienden a soslayar que son dos clases de explotadores igualmente privilegiados. Para proporcionar camas, equipo, administración y asistencia técnica a 3% se invierte la tercera parte del presupuesto para asistencia médica de todo el país. Para dar a todos los pobres igual acceso a medicina de calidad uniforme en los países pobres, sería necesario suspender la mayor parte del adiestramiento y de las actividades actuales de las profesiones sanitarias. Sin embargo, la distribución de servicios de salud básicos y eficaces entre la población entera es lo bastante barata como para comprarse en todo el mundo, siempre y cuando nadie pudiera obte-

Within and Between Nations", trabajo escrito para el simposio del Instituto Gottlieb Duttweiler sobre "Los límites de la medicina", Davos, 24-26 de marzo de 1975, mimeografiado.

⁶¹ Joseph ben David, "Professions in the Class System of Present-Day Societies: A Trend Report and Bibliography", *Current Sociology* 12, 1963-1964, pp. 247-330.

ner más, pese a las normas sociales, económicas, médicas o personales que se pudieran argüir para un tratamiento especial. Si en los países pobres se diera prioridad a la equidad y si el servicio se limitara a los elementos básicos de la medicina eficaz, poblaciones enteras recibirían un cliente para participar en la desmedicalización de la moderna asistencia a la salud y para desarrollar las destrezas y la confianza necesaria para la autoasistencia, protegiendo así a sus países de la enfermedad iatrogénica.

En los países ricos, la economía de la salud es un tanto diferente.⁶² A primera vista, la preocupación por los pobres parece exigir nuevos aumentos en el presupuesto total de salud.⁶³ Pero mientras más personas llegan a depender de la asistencia por parte de instituciones de servicio, más difícil resulta identificar la equidad con la igualdad de acceso y de beneficios.⁶⁴ ¿Se realiza la equidad cuando se dispone de una misma cantidad de dinero para la educación del rico y del pobre? ¿O bien se requiere que los pobres reciban la misma "educación" aunque tenga que gastar más en ellos para lograr resultados iguales? ¿O debe el sistema de la educación, con el fin de ser equitativo, garantizar que los pobres no sufran mayores ofensas y humillaciones que los ricos con quienes compiten en la escala académica?

⁶² Para una representación visual simplificada, Elizah L. White, "A Graphic Presentation on Age and Income Differentials in Selected Aspects of Morbidity, Disability and Utilization of Health Services", *Inquiry* 5, núm. 1, 1968, pp. 18-30. Para un análisis más detallado y actual, R. Anderson y John F. Newman, "Societal and Individual Determinants of Health Care in the U. S. A.", *Milbank Memorial Fund Quarterly* 51, invierno de 1973, pp. 95-124.

⁶³ Sobre la conexión entre la pobreza y la mala salud en Estados Unidos, véase John Kosa *et al.* (comps.), *Poverty and Health: A Sociological Analysis, a Commonwealth Fund Book*, Harvard University Press, Cambridge, 1969. Esta colección de trabajos es una petición del seguro federal de salud. Herbert T. Birch y Joan Dye Gussow, *Disadvantaged Children: Health, Nutrition and School Failure*, Harcourt Brace, Nueva York, 1970. Aunque los autores creen en el valor del incremento de la asistencia médica para los pobres, se señalan como mucho más importantes los factores relacionados con el no tratamiento, que discriminan contra la salud de los niños pobres.

⁶⁴ La relación de la mortalidad con la asistencia médica y las variables ambientales se examina en un análisis de regresión por Richard Auster *et al.*, "The Production of Health: An Exploratory Study", *Journal of Human Resources* 4, otoño de 1969, pp. 411-436. Si la educación y la asistencia médica están controladas, los altos ingresos se asocian con la alta mortalidad. Esto refleja probablemente una dieta desfavorable, falta de ejercicio y tensión psicológica en los grupos más ricos. Los factores adversos asociados con el crecimiento del ingreso pueden nulificar los efectos benéficos de un aumento en la cantidad y calidad de la asistencia médica. Los riesgos especiales que corren los super ricos no son algo enteramente nuevo. S. Gillfillan, "Roman Culture and Systemic Lead Poisoning", *Mankind Quarterly* 5, enero de 1965, pp. 55-59. El análisis de huesos hallados en cementerios romanos del siglo III reveló altas concentraciones de plomo. El envenenamiento se debía probablemente al plomo usado para sellar las ánforas en las que el vino se importaba de Grecia.

mica? ¿O acaso la equidad en las oportunidades de aprendizaje sólo se obtiene cuando todos los ciudadanos comparten el mismo tipo de ambiente educativo? Esta batalla de la equidad contra la igualdad en el acceso a la asistencia institucional, que ya se ha librado en el dominio de la educación, está tomando forma en el campo médico.⁶⁵ Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con la educación, el asunto de la salud puede juzgarse fácilmente de acuerdo con la evidencia disponible. El gasto per cápita en asistencia a la salud, incluso en lo que se refiere al sector más pobre de la población estadounidense, indica que ya hace tiempo se ha rebasado el límite en que dicha asistencia se vuelve iatrogénica. En los países ricos, el presupuesto total de servicios para los pobres sería ya más que suficiente si se destinara a aquello que refuerza la autoasistencia. Con más acceso —incluso restringido a quienes ahora reciben menos— sólo se igualaría la distribución de ilusiones y perjuicios profesionales.

Hay dos aspectos de la salud: la libertad y los derechos. Sobre todo, la salud designa el radio de autonomía dentro del cual una persona ejerce control sobre sus propios estados biológicos y sobre las condiciones de su ambiente inmediato. En este sentido, la salud es idéntica a la intensidad de libertad que se vive. La ley debería primordialmente garantizar la distribución equitativa de la salud como libertad, que a su vez depende de condiciones ambientales que sólo los esfuerzos políticos organizados pueden lograr. Más allá de cierto nivel de intensidad, la asistencia a la salud, por más equitativamente que se reparta, sofocará la salud-como-libertad. En este sentido fundamental, la asistencia a la salud es un asunto de libertad bien ordenada. Este concepto implica dar preferencia a una posición de libertades inalienables para hacer ciertas cosas, y aquí debe distinguirse entre libertad civil y derechos civiles. La libertad de actuar sin restricción gubernamental abarca un campo más amplio que los derechos civiles que el Estado pueda promulgar para garantizar que la gente tendrá poderes iguales para obtener ciertos bienes o servicios.

Por lo común, las libertades civiles no obligan a otros a realizar mis deseos; en lo que respecta al gobierno, una persona puede publicar libremente su opinión, pero esto no implica que tal o cual periódico tenga el deber de imprimir esa opinión. Tal vez una persona necesite beber vino en su ceremonia de adoración religiosa, pero ninguna mezquita tiene que acogerlo para que lo haga dentro de sus muros. Al mismo tiempo, el Estado como

⁶⁵ Rashi Fein, "On Achieving Access and Equity in Health Care", *Milbank Memorial Fund Quarterly* 50, octubre de 1972, p. 34.

garante de las libertades puede promulgar leyes que protejan derechos igualitarios sin los cuales sus miembros no podrían disfrutar dichas libertades. Tales derechos dan sentido a la igualdad, mientras las libertades civiles dan forma a la libertad. Una forma segura de extinguir la libertad de expresarse, de aprender o de curar es delimitarla pervirtiendo los derechos civiles en obligaciones civiles. Las libertades del autodidacta se verán restringidas en una sociedad sobreeducada igual que la libertad de asistencia a la salud puede extinguirse a causa de la sobremedicalización. Cualquier sector de la economía puede expandirse de tal manera que las libertades se anulen en áreas de niveles más costosos de igualdad.

Aquí nos preocupan los movimientos que tratan de remediar los efectos de la medicina socialmente iatrogénica a través del control político y legal del manejo, del reparto y de la organización de las actividades médicas. Sin embargo, mientras la medicina sea una utilidad pública, ninguna reforma puede ser efectiva a menos que dé prioridad a dos conjuntos de límites. El primero se relaciona con el volumen de tratamiento institucional que cualquier individuo puede exigir: ninguna persona habrá de recibir servicios tan amplios que su tratamiento prive a otros de la oportunidad de una asistencia considerablemente menos costosa per cápita si es que, de acuerdo con el juicio de ambas y no solamente en la opinión de un experto, su requerimiento de los mismos recursos públicos posee una urgencia comparable. Por otro lado, ningún servicio habrá de imponerse forzosamente a un individuo en contra de su voluntad: nadie podrá ser, sin su consentimiento, apresado, encarcelado hospitalizado, tratado o molestado de cualquier otro modo en nombre de la salud. El segundo conjunto de límites se refiere a la empresa médica como un todo. Aquí la idea de la salud-como-libertad debe restringir la producción total de servicios sanitarios de límites subiatrogénicos que maximicen la sinergia de los modos autónomo y heterónomo de la producción de salud. En las sociedades democráticas, tales limitaciones son probablemente inalcanzables sin garantía de equidad, sin igualdad de acceso. En este sentido, las políticas de equidad pueden ser un elemento esencial en un programa eficaz de salud. Por otro lado, la preocupación por la equidad resultará fútil si no se liga a las restricciones sobre la producción total, y si no se utiliza como una fuerza que contrarreste la expansión de la asistencia médica institucional.⁶⁶

⁶⁶ Emanuel de Kadt, "Inequality and Health", University of Sussex, enero de 1975, va mucho más allá que la mayoría de los autores en recalcar el punto que me interesa señalar: "Las ideologías profesionales que se concentran en el mantenimiento de altas normas de asisten-

EL CONTROL DEL PÚBLICO SOBRE LA MAFIA PROFESIONAL

Una tercera clase de remedios políticos para la medicina insalubre se centra directamente en *cómo* hacen los médicos su trabajo. Al igual que la defensa del consumidor y la legislación del acceso, ese intento de imponer un control lego a la organización médica tiene inevitables efectos de negación de la salud cuando de táctica *ad hoc* se cambia en estrategia general.

En Estados Unidos, cuatro y medio millones de hombres y mujeres distribuidos en 200 ocupaciones participan en la producción y distribución de servicios a la salud aprobados médicamente. (Sólo 8% son médicos, cuyos ingresos netos, una vez deducidos los costos de renta, personal y suministros, representan 15% del total de gastos sanitarios, y cuyo ingreso promedio en 1973 fue de 50 000 dólares.)⁶⁷ El total no incluye osteópatas, quiroprácticos ni otros que tal vez reciban adiestramiento universitario especializado y requieran licencia para practicar, pero que, a diferencia de los farmacéuticos, optometristas, técnicos de laboratorio y otros subordinados de los médicos, no producen asistencia igualmente prestigiosa.⁶⁸ Aún más alejados de la institución, y por ello excluidos de las presentes estadísticas, se encuentran miles de proveedores de asistencia médica no convencional, que van desde herbolarios que curan por correspondencia y masajistas, hasta maestros de yoga.⁶⁹

cia médica conservan con vida un sistema sanitario que descuida las necesidades sencillas de la mayoría con el fin de concentrarse en las condiciones complejas y costosas de unos pocos" (pp. 5 y 24).

⁶⁷ Sobre la empresa médica al servicio de la especialización, véase Rosemary Stevens, *American Medicine and the Public Interest*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1973. Sobre una investigación paralela en Alemania; Hans-Heinz Eulner, "Die Entwicklung der medizinischen Spezialfächer an den Universitäten des deutschen Sprachgebietes", en *Studien zur Medizingeschichte des 19. Jh.*, Enke, Stuttgart, 1970.

⁶⁸ Howard Freeman, Sol Levine y Leo Reeder, *Handbook of Medical Sociology*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1963, pp. 216-217, para información sobre el número de quiroprácticos y médicos calificados (1 a 10) sobre los primeros colegios de medicina (1765), odontología (1868) y optometría (1901) afiliados a universidades.

⁶⁹ Michael Marien, "The Psychic Frontier: Toward New Paradigms for Man: Guide to 200 Books, Articles, and Journals", borrador, marzo de 1974, World Institute Council, 777 United Nations Plaza, Nueva York 10017. Una guía para la lectura de unos 200 libros, revistas y boletines institucionales recientes, muchos de ellos con indicaciones del contenido y evaluaciones, todas relacionadas con modos alternos de mantener la salud o sanar. Puede dar a los no iniciados en esta área una idea del espectro, desde lo doctrinario hasta lo serio y lo pomposo. Academy of Parapsychology and Medicine, *The Dimensions of Healing: A Symposium*, La Academia, Los Altos Cal., 1972. Sheila Ostrander y Lynn Schroeder, *Psychic Discoveries behind the Iron Curtain*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs., N. J., 1970; Bantam, Nueva York, 1971.

En Estados Unidos, de los muchos que reclaman competencia y que se hallan más o menos integrados a la institución oficial, unas 30 especialidades reciben una licencia.⁷⁰ En ningún estado del país se requiere licencia para menos de 14 especies de practicantes.⁷¹ Estas licencias se otorgan al completar programas educativos formales y a veces por la evidencia de un examen aprobado; en raros casos, la eficiencia o la experiencia son requisitos de admisión en la práctica independiente.⁷² El trabajo competente o satisfactorio no es en ninguna parte condición para continuar ejerciendo. La renovación de la licencia es automática, por lo común al pagarse una tarifa; sólo 15 de 50 estados permiten cuestionar la licencia de un médico con base en incompetencia.⁷³ Mientras las demandas por un estatus de especialista van y vienen, las especialidades reconocidas por la Asociación Médica Norteamericana han aumentado en forma constante, duplicándose en los últimos 15 años: la mitad de los médicos norteamericanos en ejercicio son especialistas en alguna de 60 clases, y se espera que la proporción suba a 55% antes de 1980.⁷⁴ Dentro de cada uno de estos campos se ha desarrollado un feudo con enfermeras especializadas, técnicos, publicaciones, congresos, y a veces grupos organizados de pacientes que presionan en busca de mayores fondos públicos.⁷⁵ El costo de coordinación del tratamiento del

⁷⁰ Henry E. Sigerist, "The History of Medical Licensure", *Journal of the American Medical Association* 104, 1935, pp. 1057-1060, sobre la transición del pluralismo ocupacional al dominio profesional del nuevo médico cuya competencia para el diagnóstico y el tratamiento "científicos" estaba garantizada por su asistencia a una escuela de medicina que había sobrevivido al informe de Flexner.

⁷¹ Ronald Akers y Richard Quinney, "Differential Organization of Health Professions: A Comparative Analysis", *American Sociological Review* 33, febrero de 1968, pp. 104-121. Sobre la organización social interna de médicos, dentistas, optometristas y farmacéuticos con licencia, y su cohesión, riqueza y poder relativos.

⁷² William L. Frederick, "The History and Philosophy of Occupational Licensing Legislation in the United States", *Journal of the American Dental Association* 58, marzo de 1959, pp. 18-25.

⁷³ U. S. Department of Health, Education and Welfare, *Medical Malpractice*, Report of Secretary's Commission of Medical Practice, enero 16, 1973.

⁷⁴ Health Services Research Center, Institute for Interdisciplinary Studies, Medical Manpower Speciality Distribution Project 1975-1980, informe de trabajo en 1971.

⁷⁵ Para estudios sobre los límites de la proliferación ulterior, véase William J. Goode, "The Theoretical Limits of Professionalization", en Amitai Etzioni (comp.), *The Semi-Professions and Their Organization*, Free Press, Nueva York, 1969, pp. 266-313. Goode piensa que, aun cuando las técnicas continúan multiplicándose, cada vez son menos las que requieren para su ejecución de esa confianza por parte del cliente en la que se fundamenta la autonomía profesional. Por lo tanto, una ulterior especialización de la competencia podría concentrar nuevamente el poder profesional en menos manos. Véase también Wilber Moore y Gerald W. Rosenblum, *The Professions: Roles and Rules*, Russell Sage, Nueva York, 1970, cap. 3. Harold

mismo paciente por varios especialistas crece exponencialmente con cada competencia que se agrega en el proceso; lo mismo ocurre con el riesgo de que se cometan errores y la probabilidad de provocar lesiones a causa de la imprevista sinergia de diferentes terapéuticas. Cada ciudadano tiende a ser colocado en una relación de paciente con cada uno de los diversos especialistas. Cuando el número de relaciones del paciente supera el número de personas, se multiplican sin control las ocupaciones relativas a la información médica, a los seguros y a la defensa del paciente. Por supuesto, los médicos son los señores de estos feudos y determinan qué trabajo realizarán estas seudoprofesionales. Pero con el reconocimiento de una cierta autonomía, muchos de estos grupos especializados de pajes, conserjes, lacayos y escuderos médicos han ganado también cierto poder para evaluar su propio trabajo. Al obtener el derecho a la autoevaluación acorde con criterios especiales que se ajustan a su propia visión de la realidad, cada nueva especialidad genera un nuevo impedimento para que la sociedad en general evalúe qué tanto contribuye realmente su trabajo a la salud de los pacientes. La medicina organizada ha cesado prácticamente de ser el arte de curar lo curable, y la consolación de los desesperados se ha convertido en un grotesco sacerdocio preocupado por la salvación y ha llegado a ser una ley en sí misma. Las políticas que prometen al público algún control sobre la empresa médica tienden a pasar por alto el hecho de que para lograr su propósito deben controlar una iglesia, no una industria.

Actualmente se discuten y proponen docenas de estrategias concretas para lograr que la industria sirva más a la salud y menos a sus propios fines: descentralización de la repartición; seguro público universal; práctica de grupo por especialistas; programas de mantenimiento de la salud más que de asistencia médica; pago anual de una cantidad fija por paciente (capitación) más que de honorarios por servicio; eliminación de las actuales restricciones en el uso de personal sanitario; organización y utilización más racionales del sistema hospitalario; no otorgar licencias a individuos sino a instituciones sujetas a normas de desempeño y organización de cooperativas de pacientes para equilibrar o apoyar un poder médico profesional.

Cada una de estas proposiciones mejoraría ciertamente la eficacia médica, pero al costo de una nueva disminución en el cuidado efectivo a la sa-

Wilensky, "The Professionalization of Everyone?", *American Journal of Sociology* 70, septiembre de 1964, pp. 137-158. El proceso de profesionalización no puede extrapolarse, porque la burocratización amenaza el ideal de servicio dedicado, aún más intensamente de lo que mina la autonomía de quien ejecuta servicios.

lud por parte de la sociedad. Incrementar la eficiencia por medio de la movilidad de personal hacia arriba y la asignación de responsabilidad hacia abajo no podría sino endurecer la integración de la industria de asistencia médica y con ello la polarización social.

Al hacerse más costoso el adiestramiento de profesionales de nivel medio, se escasea el personal de enfermería en los niveles inferiores. Los bajos salarios, el creciente desprecio por las funciones de servidumbre y cuidado doméstico, un aumento en el número de pacientes crónicos (y en consecuencia el tedio creciente que produce su cuidado), la desaparición de la motivación religiosa para las monjas y los diáconos, y nuevas oportunidades para las mujeres en otros campos, todo ello contribuye a producir una crisis de personal. En Inglaterra, casi dos tercios de todo el personal hospitalario de bajo nivel procede del extranjero, generalmente de las antiguas colonias; en Alemania, de Turquía y Yugoslavia; en Francia, de África del Norte; en Estados Unidos, de las filas de las minorías raciales. La creación de nuevas categorías, títulos, programas de estudio, funciones y especialidades en el nivel inferior es un remedio de dudosa eficacia. El hospital sólo refleja la economía laboral de una sociedad de alta tecnología: especialización trasnacional en la cumbre, burocracia en el medio, y abajo, un subproletariado constituido por inmigrantes y por el cliente profesionalizado.⁷⁶

La multiplicación de especialistas paraprofesionales reduce aún más lo que el que diagnostica hace por la persona que busca su ayuda, mientras la multiplicación de auxiliares generales tiende a reducir lo que la gente sin certificados puede hacer por los demás y por sí misma.⁷⁷ La certificación institucional⁷⁸ permitirá sin duda un despliegue más eficiente del personal, una mezcla más racional de salud-mano de obra y mayor oportunidad pa-

⁷⁶ Sobre la actual crisis en la profesión de enfermería en Estados Unidos, véase National Commission for the Study of Nursing Education, *An Abstract for Action*, McGraw-Hill, Nueva York, 1970.

⁷⁷ El técnico sanitario autónomo e independiente, libre de control por parte de la jerarquía médica, sigue siendo un tabú: Oscar Gish (comp.), *Health, Manpower and the Medical Auxiliary: Some Notes and an Annotated Bibliography*, Intermediate Technology Development Group, Londres, 1971. Gish intenta distinguir entre el profesional costoso, prestigioso, intensamente adiestrado, con su largo entretenimiento y su disposición a apartarse de la comunidad: la enfermera paraprofesional, cuyo adiestramiento es académico y teórico, y el ayudante sanitario, que posee las destrezas que se necesitan la mayor parte del tiempo.

⁷⁸ Victor Fuchs, *Who Shall Live? Health Economics and Social Choice*, Basic Books, Nueva York, 1974. Nathan Hershey y Walter S. Wheeler, *Health Personnel Regulation in the Public Interest: Questions and Answers on Institutional Licensure*, publicado por la Asociación de Hospitales de California como un servicio al campo de la asistencia médica, 1973.

ra progresar: sin duda mejoraría en gran medida la distribución de mercancías médicas, como el trabajo dental, la compostura de huesos y la asistencia en el parto. Pero si se convirtiera en el modelo de la asistencia general a la salud, equivaldría a la creación de un *Alma Mater Médica*.⁷⁹ El control lego sobre una tecnocracia médica en expansión no deja de asemejarse a la profesionalización del paciente: ambos refuerzan el poder médico y aumentan su efecto de nocebo. Mientras el público acepte que el monopolio profesional asigne el papel de enfermo, no podrá controlar las ocultas jerarquías de la salud que multiplican el número de pacientes.⁸⁰ El clero médico sólo puede ser controlado si la ley se utiliza para restringir y desestabilizar su monopolio para decidir lo que constituye una enfermedad, quién está enfermo y qué habrá de hacerse por esa persona.⁸¹

La inculpación inadecuada por iatrogenesis es el obstáculo político más grave para el control público de la asistencia a la salud. Convertir el acoso a los médicos en una moda radical, sería el camino más seguro para empañar cualquier crisis política alimentada por la nueva conciencia de la situación de la salud. Si los médicos se convirtieran en conspicuos chivos expiatorios, el crédulo paciente se vería exculpado de su codicia terapéutica. El acoso a las escuelas salvó a la empresa institucional durante la última crisis que se presentó en la educación. La misma estrategia podría ahora salvar al sistema médico y dejarlo esencialmente como está.

Repentinamente, en la década de los sesenta, las escuelas perdieron su estatus de vacas sagradas. Inflada por el Sputnik, el conflicto racial y las nuevas fronteras, la burbuja escolar creció más que todos los presupuestos no militares y por fin reventó. Durante un breve lapso el currículum ocul-

⁷⁹ S. Kelman, "Towards a Political Economy of Medical Care", *Inquiry* 8, núm. 3, 1971, pp. 30-38. Kelman afirma que el predominio del capital financiero en el sector de la salud puede anticipar un declive en la autonomía del profesional, al ser forzado a sindicalizarse. La certificación institucional, que convertiría en empleado incluso al capitán de un equipo médico, acentuaría sin duda esta tendencia. Compárese esto con la nota anterior 75, p. 736.

⁸⁰ Corinne Lathrop Gilb, *Hidden Hierarchies: The Professions and Government*, Harper and Row, Nueva York, 1966. Sobre las estrategias usadas por los médicos, abogados y educadores norteamericanos para adquirir poder político mediante la organización de asociaciones profesionales y mediante demanda como derecho de lo que, en principio, fue una prerrogativa observada.

⁸¹ Debo la idea de que las profesiones se basan en una concesión, a Eliot Freidson, *Profession of Medicine: A Study of the Sociology of Applied Knowledge*, Dodd, Mead, Nueva York, 1971, a quien sigo de cerca. Para una orientación sobre el estado de la discusión véase, además de Freidson, Howard S. Becker, "The Nature of Profession", en Henry Nelson (comp.), *Education for the Professions*, National Society for the Study of Education, Chicago, 1962, cap. 2, pp. 27-46.

to del sistema escolar quedó a la vista. Se hizo sabiduría convencional que después de cierto punto en su expansión, el sistema escolar reproduce inevitablemente una sociedad de clases meritócrata y cataloga a las personas de acuerdo con niveles de torpeza altamente especializada para los cuales las entrena a través de rituales graduados, competitivos, obligatorios y por edades. La frustración de un costoso sueño había llevado a mucha gente a entender que ninguna cantidad de aprendizaje obligatorio puede preparar equitativamente a los jóvenes para las jerarquías industriales, y que toda preparación eficaz de los niños para un sistema socioeconómico inhumano constituía una agresión sistemática contra sus personas. En este punto una visión de la realidad podría haber crecido hasta convertirse en una revuelta radical contra un sistema capitalista de producción y las creencias que lo apuntalan. Pero en vez de culpar a la *hybris* de los pedagogos, el público concedió a éstos más poder para hacer precisamente lo que desearan. Los maestros disgustados concentraron la crítica sobre sus colegas, los métodos, la organización de la escolaridad y el financiamiento de las instituciones, todo lo cual se definió como obstáculo para la educación eficaz.

El acoso a las escuelas permitió a los profesores liberales convertirse en una nueva raza de educadores de adultos. No solamente salvó el salario y el prestigio del maestro, sino que los hizo elevarse momentáneamente. Mientras que antes de la crisis el maestro se había visto restringido en su agresión pedagógica a un grupo específico de menos de 16 años, que se hallaba expuesto a él durante las horas de clase en el edificio escolar para ser iniciado en un número limitado de materias, el nuevo mercader del conocimiento considera que el mundo es su salón de clases. Mientras el maestro sujeto a un programa de estudios podía descalificar sólo a aquellos no-alumnos que se atrevieran a aprender por cuenta propia una materia del programa, el nuevo administrador de "educación", "concientización", "entrenamiento sensitivo" o "politización" recurrentes y para toda la vida, degrada ante los ojos del público todas las normas de conducta que él mismo no haya aprobado. El acoso a las escuelas de los años sesenta podría fácilmente fijar una pauta para la inminente guerra médica. Siguiendo el ejemplo de los maestros que declaran que el mundo es su escuela, algunos médicos, cruzados a la moda,⁸² trepan ahora al carro del acoso a la medicina

⁸² Howard S. Becker, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Free Press, Nueva York, 1963, p. 177, señala que la consecuencia más obvia de una cruzada exitosa contra algún mal es la creación de un conjunto de nuevas reglas y de funcionarios establecidos que las impongan. "Así como los movimientos políticos radicales se convierten en partidos políticos or-

y canalizan la frustración y la ira públicas contra la medicina curativa en un llamado para una nueva élite de guardianes científicos que controlarían el mundo como su sala de hospital.⁸³

LA ORGANIZACIÓN CIENTÍFICA DE LA VIDA

La creencia en la medicina como ciencia aplicada genera una cuarta clase de medidas antiiatrogénicas que inevitablemente aumentan el irresponsable poder de la profesión médica, y por tanto el daño que la medicina causa. Los proponentes de normas científicas más elevadas en la investigación y la organización social médicas argumentan que la medicina patógena se debe al enorme número de malos médicos que andan sueltos en la sociedad. Menos hechos de decisiones, más cuidadosamente seleccionados, mejor entrenados, más estrechamente supervisados por sus colegas, y con un dominio más efectivo sobre lo que se hace, para quién se hace y cómo se hace, garantizarían que los poderosos recursos actualmente disponibles para los científicos médicos se aplicaran para beneficio del pueblo.⁸⁴ Tal

ganizados, así como las vigorosas sectas evangélicas se transforman en juiciosas denominaciones religiosas", así, sostengo aquí, que la gente que en principio quiso materializar sueños de distribución de salud se convierte en una profesión de celadores.

⁸³ Vicente Navarro, "Social Policy Issues: An Explanation of the Composition, Nature, and Functions of the Present Health Sector in the United States", John Hopkins University, trabajo basado en una ponencia en la conferencia anual de la Academia de Medicina de Nueva York, 25-26 de abril de 1974. Navarro sostiene que los valores prevalecientes en el sector de la salud están modelados de hecho, por la institución sanitaria, pero son sintomáticos de la distribución del poder económico y político dentro de la sociedad. El poder para modelar los valores de la salud da a los profesionales del sector médico una influencia dominante sobre la estructura de los servicios sanitarios, pero ningún control. Este control se ejerce mediante la propiedad de los medios de producción, de reproducción y de legitimación acaparados por la élite capitalista. Navarro no parece darse cuenta de que estoy de acuerdo con él en este punto, pero soy menos ingenuamente optimista respecto a la indiferencia política de cada una de las técnicas utilizadas para proporcionar asistencia a la salud. Sostengo que la diálisis, los trasplantes y la asistencia intensiva a casi todas las enfermedades crónicas, y también la intensidad general de nuestra empresa médica, imponen inevitablemente la explotación a cualquier sociedad que quiera emplearlos con el repertorio de su sistema de asistencia médica. Véase Vicente Navarro, "The Industrialization of Fetishism or the Fetishism of Industrialization; A Critique of Ivan Illich", John Hopkins University, enero de 1975. Sobre el argumento de que las ideologías médicas configuran un sistema de asistencia que ellas no controlan, véase también Massimo Gaglio, *Medicina e profitto: Tesi di discussione per operai, studenti e tecnici*, Sapere Editore, Milán, 1971, y Aloisi et al., *La medicina e la società contemporanea*, Atti del Convegno promosso dall'Istituto Gramsci, Roma, 28-30 giugno 1967, Editori Riuniti, Roma, 1968.

⁸⁴ Philip Selby, "Health in 1980-1990: A Predictive Study Based on an International In-

idolatría de la ciencia ignora el hecho de que la investigación, dirigida como si la medicina fuese una ciencia ordinaria, el diagnóstico, dirigido como si los pacientes fueran casos específicos y no personas autónomas, y la terapéutica dirigida por ingenieros higiénicos, son los tres elementos que se sueldan en la actual endémica negación de la salud.

En cuanto ciencia, la medicina se halla en una línea fronteriza. El método científico permite experimentos realizados con modelos. La medicina, empero, no experimenta con modelos sino con los sujetos mismos. Pero la medicina nos dice tan poco sobre el buen desempeño en el arte de sanar, sufrir y morir como el análisis químico nos revela acerca del valor estético de una jarra de barro.⁸⁵

En su esfuerzo de ciencia aplicada, la profesión médica ha dejado en gran medida de perseguir los objetivos de una asociación de artesanos que aplican la tradición, la destreza, el saber y la intuición, y ha llegado a desempeñar una función reservada para los ministros de la religión utilizando principios científicos como teología y tecnólogos como acólitos.⁸⁶ Como empresa, la medicina actual se preocupa poco por el arte empírico de curar lo curable y mucho más por la salvación racional de la humanidad de los ataques de la enfermedad, de las cadenas de la invalidez e incluso de la necesidad de morir.⁸⁷ Al transformar el arte en ciencia, el cuerpo médico ha perdido los rasgos de un gremio de artesanos que aplican reglas establecidas para orientar a los maestros de un arte práctico en beneficio de personas realmente enfermas. Se ha convertido en un partido ortodoxo de administradores burocráticos que aplican principios y métodos científicos a

quity", *Perspectives in Medicine*, vol. 6, 1974. Predicción, basada en un escenario delfico, que describe una utopía ajustada a los deseos de las seis docenas de burócratas médicos entrevistados.

⁸⁵ Debido a este hecho, la inocencia de la investigación científica está ausente de la medicina. Hans Jonas, "Philosophical Reflections on Experimenting with Human Subjects", en Paul A. Freund (comp.), *Experimentation with Human Subjects*, Braziller, Nueva York, 1969, pp. 1-28. Aunque ese artículo se ocupa ante todo de formas extremas de experimentación, da una lúcida introducción a la relación entre experimento y servicio.

⁸⁶ Harris L. Coulter, *Divided Legacy: A History of the Schism in Medical Thought*, vol. 1, *The Patterns Emerge: Hippocrates to Paracelsus*; vol. 2, *Progress and Regress: J.B. Van Helmont to Claude Bernard*; vol. 3, *Science and Ethics in American Medicine: 1800-1914*, McGrath, Washington, D. C., 1973. Un intento reciente, vasto y bien documentado, de pintar la historia de la medicina empírica en constante tensión con la tradición racionalista.

⁸⁷ Henry E. Sigerist, "Probleme der medizinischen Historiographie", *Sudhoffs Archiv* 24, 1931, pp. 1-18. La historia de la medicina puede escribirse como una historia de la nosología, de las ideologías médicas o de las actividades médicas. Las dos primeras visiones se descuidan a menudo.

categorías enteras de casos médicos. En otras palabras, la clínica se ha vuelto un laboratorio. Al postular resultados previsibles sin tener en consideración el desempeño humano del enfermo y su integración a su propio grupo social, el médico moderno ha asumido la postura tradicional del charlatán.

Como miembro de la profesión médica el doctor individual es parte inextricable de un equipo científico. El experimento es el método de la ciencia, y las fichas que el médico lleva —le guste o no— son parte de los datos para una empresa científica. Cada tratamiento es una repetición más de un experimento con una probabilidad de éxito definida estadísticamente. Como en cualquier operación que constituye una aplicación genuina de la ciencia, el fracaso en la medicina científica se atribuye a alguna forma de ignorancia; conocimiento insuficiente de las leyes aplicables a la situación experimental particular; falta de competencia personal en la aplicación de métodos y principios por parte del experimentador o, bien, su incapacidad para controlar esa variable esquivada que es el paciente mismo. Obviamente, cuanto mejor está controlado el paciente, más previsible será el resultado sobre una base poblacional y más eficaz parecerá la organización. Los tecnócratas de la medicina tienden a promover los intereses de la ciencia más que las necesidades de la sociedad.⁸⁸ Los profesionistas constituyen corporativamente una burocracia de investigación. Su responsabilidad primordial es hacia la ciencia en abstracto o, en forma nebulosa, hacia su profesión.⁸⁹ La responsabilidad personal por el cliente particular se ha diluido en un vago sentimiento de poder que se extiende sobre todas las tareas y los clientes de todos los colegas. La ciencia médica aplicada por científicos médicos proporciona el tratamiento correcto, independientemente de que sus resultados sean una cura, una muerte o ninguna reacción por parte del paciente. Se le da legitimidad mediante cuadros estadísticos que predicen esos tres resultados con cierta frecuencia. En un caso concreto, el médico individual podría tal vez recordar que debe a la naturaleza y al paciente

⁸⁸ El argumento se formula con fuerza en Gerald Leach, *The Biocrats: Implications of Medical Progress*, McGraw-Hill, Nueva York, 1970; ed. rev., Penguin, Baltimore, 1972.

⁸⁹ Talcott Parsons, "Research with Human Subjects and the 'Professional complex'", en Freund, *Experimentation with Human Subjects*, pp. 116 y ss. Dentro del complejo médico-profesional, Parsons distingue: 1) la investigación, relacionada con la creación de nuevos conocimientos; 2) el servicio, que utiliza el conocimiento para intereses humanos prácticos, y 3) la enseñanza, que transmite el conocimiento. Sostiene que los legos necesitan un reconocimiento formal del derecho a minimizar los prejuicios que resultan de tensiones no resueltas dentro de este complejo.

tanta gratitud como el paciente le debe a él cuando ha tenido buen éxito al ejercer su arte. Pero sólo un alto nivel de tolerancia para la disonancia cognoscitiva le permitirá cumplir los papeles divergentes del que cura y del científico.⁹⁰

Los que buscan contrarrestar la iatrogenesis eliminando los últimos vestigios de empirismo del encuentro entre el paciente y el sistema médico son cruzados inquisitoriales tardíos.⁹¹ Utilizan la religión del cientismo para devaluar el juicio político. Mientras que la verificación operacional en el laboratorio es la medida de la ciencia, la disputa de adversarios que apelan a un jurado que aplica la experiencia pasada al asunto presente, en cuanto este asunto se experimenta entre personas actuales, constituye la medida de la política. Al negar reconocimiento público a entidades que la ciencia no puede medir, la petición de una práctica médica pura, ortodoxa, confirmada, protege a esta práctica de toda evaluación política.

La preferencia religiosa otorgada al lenguaje científico sobre el lenguaje del profano es uno de los principales bastiones del privilegio profesional. La imposición de este lenguaje especializado en el discurso político sobre la medicina fácilmente lo priva de eficacia.

La desprofesionalización de la medicina no implica la proscripción del lenguaje técnico, como tampoco exige la exclusión de la aptitud genuina, ni se opone al descubrimiento público o a la denuncia de mal ejercicio. Pero sí implica un prejuicio contra la mistificación del público, contra la cer-

⁹⁰ Una vez lesionado o muerto el paciente, el médico tratará de congelar la decisión que condujo a este resultado reduciendo la *disonancia cognoscitiva*. El argumento en favor de la alternativa que ha elegido parece aún más fuerte al reprimir los argumentos en favor de la alternativa no elegida. Está actuando como un ama de casa: antes de que ésta vaya a comprar, mientras más cara sea la comida, menos probabilidades tiene de llegar a la mesa familiar; después de su visita al supermercado y su decisión de comprar, mientras más alto sea el costo, mayores probabilidades hay de que la comida se utilice. Véase Leon Festinger, *Conflict, Decision, and Dissonance*, Stanford Studies in Psychology núm. 3, Stanford University Press, Stanford, Cal., 1964. Sobre el conflicto de papeles entre el médico como consejero y el médico como científico, véase Eliot Freidson, *Professional Dominance: The Social Structure of Medical Care*, Aldine, Chicago, 1972.

⁹¹ Allan Hoffman y David Rittenhouse Inglis, "Radiation and Infants", reseña de *Low-Level Radiation* por Ernest J. Sternglass, *Bulletin of the Atomic Scientists*, diciembre de 1972, pp. 45-52. Los reseñistas prevén una inminente reacción anticientífica por parte del público general cuando la prueba aportada por Sternglass llegue a ser conocida por todos. El público llegará a sentir que se le ha arrullado con un sentimiento de seguridad mediante el optimismo infundado de los representantes de instituciones técnicas acerca de la amenaza constituida por la radiación de bajo nivel. Los reseñistas argumentan en favor de políticas de investigación que prevengan tal reacción y protejan de sus consecuencias a la comunidad científica.

tificación mutua y la autonominación de los que curan, contra el apoyo del público al gremio médico y sus instituciones, y contra la discriminación legal de personas que curan elegidas y nominadas por los individuos o las colectividades. Desprofesionalizar la medicina no significa negar fondos públicos para propósitos curativos, pero sí significa un prejuicio contra el desembolso de tales fondos por prescripción o bajo control de los miembros del gremio. No significa la abolición de la medicina moderna. Significa que ningún profesionalista tendrá el poder para despilfarrar en cualquiera de sus pacientes un paquete de recursos curativos más grande que el que cualquier otro profesionalista pudiera reclamar para el suyo. Finalmente, no significa descuidar las necesidades especiales que la gente manifiesta en momentos especiales de sus vidas: cuando nacen, se rompen una pierna, quedan inválidos o enfrentan la muerte. La proposición de que los médicos no reciban su licencia de manos de un grupo de colegas, no significa que sus servicios no serán evaluados, sino que esta evaluación puede realizarse de manera más eficiente por clientes informados que por sus propios colegas. La denegación de financiamiento directo para los artefactos técnicos más costosos de la magia médica no significa que el Estado no protegerá a los individuos contra la explotación por los ministros de cultos médicos; sólo significa que los impuestos no se utilizarán para fundar ninguno de esos rituales. La desprofesionalización de la medicina significa desenmascarar el mito según el cual el progreso técnico exige la solución de problemas humanos por medio de la aplicación de principios científicos, el mito del beneficio obtenido por un aumento en la especialización del trabajo y por la multiplicación de manipulaciones arcanas, y el mito de que la creciente dependencia de la gente del acceso a instituciones impersonales es mejor que la confianza mutua.⁹²

TÉCNICAS PARA UN ÚTERO DE PLÁSTICO

Hasta aquí he tratado acerca de cuatro categorías de crítica dirigida a la estructura institucional del complejo médico-industrial. Cada una da lugar a

⁹² Consúltase el manual técnico: David Werner, *Donde no hay doctor. Una guía para los campesinos que viven lejos de los centros médicos*, Pax, México, segunda edición revisada, 1976. Un libro importante, modelo para manuales análogos. Enseña al campesino mexicano cómo utilizar la medicina moderna con un sentido crítico que lo aleja simultáneamente tanto del nihilismo como del entusiasmo terapéutico que caracterizan una buena parte de los encuentros típicos del campesino con el médico diplomado.

un tipo específico de demanda política, y todas ellas acaban por reforzar la dependencia de la gente respecto de las burocracias médicas porque conciben la asistencia a la salud como una forma de planificación y tecnificación de la terapéutica.⁹³ Indican estrategias para la intervención quirúrgica, química y conductual en las vidas de personas enfermas o amenazadas por la enfermedad. Una quinta categoría de crítica rechaza esos objetivos. Sin abandonar el concepto de la medicina como empresa ingenieril, esas críticas afirman que las estrategias médicas fracasan porque concentran demasiados esfuerzos en la enfermedad y muy pocos en cambiar el ambiente que enferma a la gente.

La mayor parte de las investigaciones sobre alternativas a la intervención clínica se orientan hacia la mecanización de programas para los sistemas profesionales del ambiente social, psicológico y físico del hombre. Los “determinantes de la salud ajenos a los servicios de salud” se ocupan en gran medida de la intervención planificada en el ambiente.⁹⁴ Los ingenieros de la terapéutica desvían el objetivo de su intervención yendo del pa-

⁹³ Thomas M. Dunaye, “Health Planning: A Bibliography of Basic Readings”, Council of Planning Librarians, Exchange Bibliography, mimeografiado (Monticello, Ill., 1968), dice: “Es tan extensa la documentación sobre fuentes acerca del tema de la planificación de la salud, que proporcionar una bibliografía completa se ha vuelto un problema elefantino. Esta dificultad se ha superado en parte mediante la fusión de bibliografías independientes [...] muchas de las cuales se incluyen (en este) cuerpo unificado de lecturas básicas útiles para el [...] neófito en el tema”. Véase también National Library of Medicine, *Selected References on Environmental Quality as It Relates to Health Since 1971*, National Library of Medicine, 8600 Rockville Pike, Bethesda, Md.; National Institute of Environmental Health Science, Triangle Park, Londres, *Environmental Health*, publicación periódica desde 1971; National Library of Medicine, *Environmental Biology and Medicine*, publicación periódica desde 1971; *Current Bibliography of Epidemiology*, American Public Health Association, 1740 Broadway, N. Y. 10019.

⁹⁴ Como ejemplo de esta visión, véase Monroe Lerner *et al.*, “The Non-Health Services, Determinants of Health Levels: Conceptualization and Public Policy Implications”, informe de un subcomité dependiente de Carnegie Grant a la sección de sociología médica, Asociación Sociológica Americana, 29 de agosto de 1973, mimeografiado. Este borrador proporciona una fundamentación lógica para la extensión del mandato de las burocracias sanitarias a todos aquellos asuntos que tradicionalmente están fuera de su competencia; argumentando que tales asuntos se encuentran dentro de los poderes inherentes a dichas burocracias. Ante la necesidad de identificar los límites de su campo, el comité decidió: 1) se ocupará de los factores que afecten los niveles de salud, o que aparentan afectarlos, no de los conceptos, de la medición de niveles de salud o de externalidades de salud para mejorar los niveles socioculturales; 2) se ocupará selectivamente de los factores que afecten a las poblaciones sujetas a riesgo; 3) se ocupará de la prevención, el mantenimiento y la adaptación referentes a las enfermedades crónicas y la incapacidad, pero sólo en tanto aquéllos no se perciban como “servicios de salud”; 4) se ocupará de la salud no intencional causada por el contacto con el sistema de distribución de salud personal. Véase también *The Sources of Health: An Annotated Bibliography*

ciente real o potencial al sistema del cual ese paciente es una parte imaginada. En vez de tratar al enfermo, replanifican el ambiente para asegurar una población más sana.⁹⁵

La asistencia médica como ingeniería higiénica ambiental, opera dentro de categorías diferentes de las del científico clínico. Se concentra en la supervivencia más que en la salud en su oposición a la enfermedad; en los efectos del estrés sobre las poblaciones y los individuos más que en la acción de personas específicas; en la relación entre el nicho dentro del cosmos con la especie humana con la que ha evolucionado, y no en la relación entre las aspiraciones de la gente actual y su capacidad para realizarlas.⁹⁶

En general, los hombres son más el producto de su ambiente que de su dotación genética. La industrialización está distorsionando rápidamente este ambiente. Aunque hasta ahora el hombre ha mostrado una capacidad de adaptación extraordinaria, ha sobrevivido con niveles muy altos de co-

of Current Research Regarding the Non-therapeutic Determinants of Health, Center for Urban Affairs, Northwestern University, Evanston, Ill., 1973.

⁹⁵ Hugh Iltis, Orie Loucks y Peter Andrews, "Criteria for an Optimum Human Environment", *Bulletin of the Atomic Scientists*, enero de 1970, pp. 2-6. George L. Engel, "A Unified Concept of Health and Disease", *Perspectives in Biology and Medicine* 3, verano de 1960, pp. 459-485.

⁹⁶ Para un análisis teórico de los niveles de salud especificados en estos términos, véase Aaron Antonovsky, "Breakdown: A Needed Fourth Step in the Conceptual Armamentarium of Modern Medicine", *Social Science and Medicine* 6, octubre de 1972, pp. 537-544. Propone una cuarta categoría de las herramientas conceptuales de la medicina moderna: el reconocimiento del colapso. Hasta ahora la medicina ha desarrollado tres conceptos fundamentales para el control de las enfermedades. Primero se descubrió que podían prevenirse las enfermedades mediante medidas de saneamiento del medio, especialmente ejerciendo control sobre los abastecimientos de víveres y agua. El segundo adelanto se obtuvo con el concepto de inmunización que prepara al individuo para resistir. Estos dos criterios se fundan en la imagen del agente peligroso. Se realizó un tercer progreso con el reconocimiento de las causas múltiples: uno sucumbe a una enfermedad determinada cuando un agente dado interactúa con un huésped dado en un ambiente dado; la tarea de la medicina es reconocer y controlar estas circunstancias "dadas". Según Antonovsky, ni siquiera Dubos rebasa explícitamente este concepto de las causas múltiples, aunque destaca la necesidad de aumentar la capacidad del hombre para adaptarse al estrés que lo amenaza en las enfermedades específicas. Antonovsky sugiere el concepto ulterior del colapso, y una definición que permite la operacionalización de este concepto global. Con este fin propone especificaciones para cuatro facetas que son comunes a toda enfermedad: 1) el dolor puede estar ausente, ser leve, moderado o severo; 2) el impedimento puede estar ausente, ser molesto, moderado o severo; 3) el carácter agudo o crónico puede considerarse de seis maneras: estado no agudo ni crónico; crónico leve pero no degenerativo; agudo, pero sin poner en peligro la vida; crónico grave pero no degenerativo; crónico grave y degenerativo; o agudo y peligroso para la vida; y finalmente, 4) la profesión médica puede reconocer que la enfermedad, en el lugar que se presenta, no requiere ayuda, vigilancia ni tratamiento. Así se han establecido 288 tipos posibles de colapso. Para el autor, "surge una pre-

lapsos subletales. Dubos⁹⁷ teme que la humanidad será capaz de adaptarse a las tensiones de la segunda revolución industrial y de la sobrepoblación, como ha sobrevivido a hambrunas, pestes y guerras en el pasado. Habla con temor de esta clase de supervivencia porque la adaptabilidad, que es una ventaja para la supervivencia, también es un fuerte inconveniente: las causas más comunes de enfermedad son las exigentes demandas de adaptación. El sistema de asistencia a la salud, sin preocupación alguna por los sentimientos de la gente ni por su salud, se ha concentrado simplemente en la planificación de sistemas que reducen al mínimo los colapsos.

Dos de las consecuencias previsibles y siniestras de una desviación de la medicina orientada hacia el paciente a la medicina orientada hacia el ambiente son: la pérdida del sentido de fronteras entre las distintas categorías de desviación y una nueva legitimidad para el tratamiento total.⁹⁸ La asistencia médica, la seguridad industrial, la educación sanitaria y el reacondicionamiento psíquico son todos nombres diferentes para la tecnificación humana necesaria con el fin de adaptar poblaciones sanitarias a los sistemas de ingeniería. Como el sistema de prestaciones sanitarias falla continuamente en su respuesta a las demandas que se le hacen, los estados patológicos clasificados actualmente como enfermedades podrían pronto llegar a constituir aspectos de desviación criminal y de conducta social. La terapéutica conductual empleada en presidiarios en Estados Unidos⁹⁹ y el encarcelamiento de adversarios políticos en hospitales psiquiátricos en la

gunta radicalmente nueva: ¿cuál es la etiología del colapso? ¿Existe alguna nueva constelación de factores que pueda predecir con anterioridad el colapso?"

⁹⁷ René Dubos, *Man and His Environment: Biomedical Knowledge and Social Action*, Pan-American Health Organization Scientific Publication núm. 131, Washington, 1966. Alexander Mitscherlich, "Psychosomatische Anpassungsgefährdungen", en *Das Beschädigte Leben: Diagnose und Therapie in einer Welt unabsehbarer Veränderungen; Ein Symposium geleitet und herausgegeben von Alexander Mitscherlich*, Piper, Munich, 1969, pp. 35-46. ¿En qué momento el médico se convierte en un cómplice no ético de un ambiente destructivo? S. V. Boyden (comp.), *Cultural Adaptation to Biological Maladjustment: The Impact of Civilization on the Biology of Man*, Australian National University Press, Canberra, 1970.

⁹⁸ Para referencias véase Robert Harris, *Health and Crime Abstracts*, 1960-1971, Houston Project for the Early Prevention of Individual Violence, University of Texas School for Public Health, Houston, 1972. William Morrow *et al.*, *Behavior Therapy Bibliography 1951-1969, Annotated and Indexed*, University of Missouri Studies núm. 54, University of Missouri Press, Columbia, 1971.

⁹⁹ David J. Rothman *et al.*, "An Historical Overview: Behavior Modification in Total Institutions", *Hastings Center Report* 5, febrero de 1975, pp. 17-24. Roy G. Spece, Jr., "Conditioning and Other Technologies Used to 'Treat?', 'Rehabilitate?', 'Demolish?' Prisoners and Mental Patients", *Southern California Law Review* 45, núm. 2, 1972, pp. 616-684. Una investi-

URSS¹⁰⁰ indican las direcciones que podría seguir la integración de las profesiones terapéuticas: una mayor confusión de fronteras entre las terapéuticas administradas con un fundamento racional médico, educativo o ideológico.¹⁰¹

Ha llegado el momento de hacer no sólo la evaluación pública de la medicina sino también de proceder al desencanto público de esos monstruos generados por el sueño de la tecnificación ambiental. Si la medicina contemporánea pretende hacer innecesario que la gente sienta o se cure, la ecomedicina promete realizar su enajenado deseo de tener un útero de plástico.

gación del estatus legal de las terapéuticas que tienden a la alteración de la conducta en Estados Unidos.

¹⁰⁰ Para un informe autobiográfico particularmente sensible que circuló en el Samizdat y fue publicado en el original en *Grani*, núm. 79, 1971, véase G. M. Shimanoff, "Souvenirs de la Maison Rouge", *Esprit* 9, septiembre de 1972, pp. 320-362.

¹⁰¹ D. A. Begelman, "The Ethics of Behavioral Control and a New Mithology", *Psychotherapy* 8, núm. 1971, pp. 165-169.

LA RECUPERACIÓN DE LA SALUD

MUCHO SUFRIMIENTO ha sido siempre obra del hombre mismo. La historia es un largo catálogo de esclavitud y explotación, contado habitualmente en las epopeyas de conquistadores o contado en las elegías de las víctimas. La guerra estuvo en las entrañas de este cuento, guerra y pillaje, hambre y peste que vinieron inmediatamente después. Pero no fue sino hasta los tiempos modernos que los efectos secundarios no deseables, materiales, sociales y psicológicos de las llamadas empresas pacíficas empezaron a competir en poder destructivo con la guerra.

El hombre es el único animal cuya evolución se ha condicionado por la adaptación en más de un frente. Si no sucumbió a las bestias de rapiña y a las fuerzas de la naturaleza, tuvo que luchar contra usos y abusos de otros de su especie. En esa lucha con los elementos y los vecinos se formaron su carácter y cultura y se debilitaron sus instintos y su territorio se convirtió en *hogar*.

Los animales se adaptan mediante la evolución en respuesta a cambios de su ambiente natural. Únicamente en el hombre puede hacerse consciente el reto, y su respuesta a situaciones difíciles y amenazantes adoptar la forma de acción racional y de hábito consciente. El hombre puede diseñar sus relaciones con la naturaleza y el vecino y puede sobrevivir incluso cuando su empresa ha fracasado parcialmente. Es el animal que puede resistir pacientemente pruebas y aprender entendiéndolas. Es el único ser que puede y debe resignarse a los límites cuando llega a percatarse de ellos. Una reacción consciente a sensaciones dolorosas, a lesiones y a la muerte en definitiva es parte de la capacidad de lucha del hombre. La aptitud para rebelarse y preservar, para tener paciencia y resignación, son partes integrantes de la vida y de la salud humana.

Pero la naturaleza y el vecino son sólo dos de las tres fronteras con las que debe habérselas el hombre. Siempre se ha reconocido un tercer frente en el que el destino puede amenazar. Para mantener su viabilidad el hombre debe también sobrevivir a sus sueños que el mito ha modelado y controlado. Ahora la sociedad debe desarrollar programas para hacer frente a los deseos irracionales de sus miembros más dotados. Hasta la fecha, el mi-

to ha cumplido la función de poner límites a la materialización de sus sueños de codicia, de envidia y de crimen. El mito ha dado seguridad al hombre común que está a salvo en esta tercera frontera si se mantiene dentro de sus límites. El mito ha garantizado el desastre para esos pocos que tratan de sobrepasar a los dioses. El hombre común pereció por dolencia o por violencia. Únicamente el rebelde contra la condición humana cae presa de Némesis, la envidia de los dioses.

NÉMESIS INDUSTRIALIZADA

Prometeo no era el hombre sino el héroe. Impulsado por la codicia radical (*pleonexia*), rebasó las medidas del hombre (*aitia* y *mesotes*) y con arrogancia sin límites (*hybris*) robó el fuego del cielo.¹ De ese modo atrajo inevitablemente sobre sí a Némesis. Fue encadenado y sujetado a una roca del Cáucaso. Un buitre le devoraba todo el día las entrañas y los dioses que curan, cruelmente lo curaban y mantenían vivo reinjertándole el hígado todas las noches. Némesis le imponía un tipo de dolor destinado a semidioses, no a hombres. Su sufrimiento sin esperanzas y sin fin convirtió al héroe en un recordatorio inmortal de la ineludible represalia cósmica.

La naturaleza social de Némesis ha cambiado actualmente. Con la industrialización del deseo y la mecanización de las respuestas rituales *hybris* se ha propagado. El progreso material sin límites ha llegado a ser la meta del hombre común. *Hybris* industrial ha destruido la mítica estructura de los límites de fantasías irracionales, ha logrado que parezcan racionales las respuestas técnicas a sueños insensatos y ha convertido la búsqueda de valores destructivos en una conspiración entre proveedor y cliente. Némesis para las masas es actualmente la repercusión ineludible del progreso industrial. Némesis moderna es el monstruo material nacido del suelo indus-

¹ Sobre el uso político de la envidia divina, véase Svend Ranulf, *The Jealousy of the Gods and Criminal Law in Athens*, trad. Annie J. Fausbøll, 2 vols., Levin Munsksgaard, Copenhagen, 1933-1934. Sobre *Hybris* que invoca a Némesis, véase David Grene, *Greek Political Theory: The Image of Man in Thucydides and Plato*, Phoenix Books, University of Chicago Press, Chicago, 1965; tít. orig., *Man in His Pride*; y E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, University of California Press, Berkeley, 1951; *Los griegos y lo irracional*, Revista de Occidente, Madrid, 1960, especialmente cap. 2. Irving Kenneth Zola, "In the Name of Health and Illness: On Some Political Consequences of Medical Influence", *Social Science and Medicine*, vol. 9, febrero de 1975, pp. 83-87. "...el área médica es el campo del ejemplo por excelencia de la crisis de identidad contemporánea; el área donde la *banalidad del mal* se disfraza mejor como un proceso técnico, científico y objetivo diseñado para nuestro propio bien".

trial desmesurado. Se ha difundido a todo lo largo y lo ancho como la escolarización universal, el transporte masivo, el trabajo industrial asalariado y la medicalización de la salud del vulgo.

Tántalo era un rey a quien los dioses invitaron al Olimpo para compartir sus manjares. Se robó la ambrosía, la poción divina que daba a los dioses una vida sin fin. En castigo lo hicieron inmortal... en el Hades, y fue condenado a sufrir hambre y sed interminables. Cuando se inclina hacia el río en cuya orilla se encuentra, el agua se aparta, y cuando trata de alcanzar la fruta por encima de su cabeza, las ramas se alejan. Los etólogos podrían decir que Némesis Médica lo programó para un comportamiento compulsivo contraintuitivo.

El anhelo de ambrosía se ha extendido en la actualidad al común de los mortales. La euforia científica y la política se han combinado para propagar la adicción. Con objeto de sostenerla se ha organizado un sacerdocio de Tántalo que ofrece mejorías médicas ilimitadas a la salud humana. Los miembros de este gremio se hacen pasar como discípulos de Esculapio, el que curaba, cuando en realidad son mercachifles de ambrosía. El resultado de depender de ambrosía es la Némesis Médica.

Némesis Médica es más que todas las iatrogenesis clínicas juntas, más que la suma de mal ejercicio y encallecimiento profesionales, negligencia, mala distribución política, incapacidades médicamente decretadas y todas las consecuencias de ensayos y errores médicos. Es la expropiación de la capacidad del hombre para afrontar la adversidad por un servicio de mantenimiento que lo conserva equipado a las órdenes del sistema industrial.

Los mitos heredados han dejado de proporcionar límites para la acción. La especie sólo podrá sobrevivir a la pérdida de sus mitos tradicionales si aprende a afrontar racional y políticamente sus sueños envidiosos, codiciosos y perezosos. El mito solo ya no puede hacer este trabajo. Límites al crecimiento industrial, establecidos políticamente, habrán de ocupar el lugar de linderos mitológicos. La exploración y el reconocimiento políticos de las condiciones materiales necesarias para la sobrevivencia, la equidad y la eficacia tendrán que fijar los límites al modo industrial de producción.

Némesis ha llegado a ser estructural y endémica. Las calamidades provocadas cada vez más por el hombre son subproductos de empresas que se suponía habrían de proteger al común de la gente en su lucha contra la inclemencia del medio y contra la desenfrenada injusticia descargada por la élite. La causa principal de dolor, invalidez y muerte ha llegado a ser el tormento planificado y mecanizado, si bien no intencional. Nuestras dolen-

cias, desamparos e injusticias más comunes son principalmente efectos secundarios de estrategias para tener más y mejor educación, vivienda, alimentación y salud.

Una sociedad que valora la enseñanza planificada por encima del aprendizaje autónomo no puede sino enseñar al hombre a sujetarse a su lugar mecanizado. Una sociedad que para la locomoción depende en proporción abrumadora del transporte manipulado no puede sino hacer lo mismo. Más allá de cierto nivel, la energía empleada en el transporte inmoviliza y esclaviza a la mayoría de innumerables pasajeros anónimos y proporciona ventajas únicamente a la élite. No hay combustible nuevo, ni tecnología o controles públicos que puedan impedir que la movilización y la aceleración crecientes de la sociedad produzcan cada vez más molestias, parálisis programada y desigualdad. Lo mismo ocurre en la agricultura. Pasado cierto nivel de inversión de capital en el cultivo y elaboración de alimentos, inevitablemente la malnutrición se difunde. El progreso de la Revolución Verde tiene entonces que destrozar los hígados de los consumidores más eficazmente que el buitre de Zeus. Ninguna ingeniería biológica puede impedir la desnutrición ni la intoxicación alimentaria pasado ese punto. Lo que está ocurriendo en el Sahel subsahariano es sólo un ensayo general de la invasora hambre mundial. No es sino la aplicación de una ley general. Cuando el modo industrial produce más de cierta proporción de valor, se paralizan las actividades de subsistencia, disminuye la equidad y se reduce la satisfacción total. No será la hambruna esporádica que antiguamente llegaba con sequías y guerras, ni la escasez ocasional de alimentos que podía remediarse mediante buena voluntad y envíos de emergencia. El hambre que viene es un subproducto de la inevitable concentración de agricultura industrializada en países ricos y en las regiones fértiles de los pobres. Paradójicamente, el intento de contrarrestar el hambre con nuevos incrementos de la agricultura industrialmente eficiente sólo amplía el alcance de la catástrofe por restringir la utilización de tierras marginales. El hambre seguirá aumentando hasta que la tendencia hacia la producción con empleo intensivo de capital por los pobres para los ricos se haya sustituido por una nueva clase de autonomía rural, regional, fundada en el trabajo intensivo. Más allá de cierto nivel de *hybris* industrial Némesis *debe* aparecer, porque el progreso, como la escoba del aprendiz de brujo, no se puede detener.

Los defensores del progreso industrial o están ciegos o corrompidos si pretenden que pueden calcular el precio del progreso. Los perjuicios de Né-

mesis no pueden compensarse, calcularse ni liquidarse. El pago inicial para el desarrollo industrial podría parecer razonable, pero las cuotas a interés compuesto por la producción en expansión reeditúan actualmente un sufrimiento que excede cualquier idea de medida o precio. Cuando a los miembros de una sociedad se les pide con regularidad que paguen un precio aún más alto para las necesidades definidas industrialmente —a pesar de la evidencia de que están comprando más sufrimiento con cada unidad— *homo economicus*—, impulsados por el deseo de obtener beneficios marginales se convierten en *homines religiosi* sacrificándose en aras de la ideología industrial. En este momento, la conducta social comienza a ser paralela a la del toxicómano. Las expectativas se vuelven irracionales y alucinantes. La porción autoinfligida de sufrimiento supera los daños producidos por la naturaleza y por todos los perjuicios infligidos por el vecino. *Hybris* motiva una conducta de masas autodestructiva. Némesis clásica fue el castigo por el abuso temerario de privilegios. Némesis industrial es la retribución por la participación concienzuda en la persecución técnica de los sueños sin el freno de la mitología tradicional ni de una automoderación racional.

La guerra y el hambre, la peste y las catástrofes naturales, la tortura y la locura continúan siendo compañeras del hombre, pero ahora están modelados en una nueva *Gestalt* por Némesis que los sobrepasa. Cuanto mayor es el progreso económico de cualquier colectividad, mayor es la parte que desempeña Némesis industrial en dolor, impedimentos, discriminación y muerte. Cuanto más intensa es la seguridad que se deposita en técnicas productoras de dependencia, mayor es el índice de despilfarro, degradación y patogénesis que deben atacarse incluso con otras técnicas, y mayor es la fuerza activa empleada en la eliminación de basuras, el manejo de desechos y el tratamiento de personas a quienes el progreso ha hecho superfluas.

Ante el desastre inminente las reacciones adoptan todavía la forma de mejores planes de estudios, más servicios de mantenimiento de la salud o más eficientes y menos contaminantes transformadores de energía. Todavía se busca la respuesta a Némesis en una mejor ingeniería de los sistemas industriales. Se reconoce el síndrome correspondiente a Némesis, pero todavía se busca su etiología en una mala ingeniería combinada con una administración en beneficio propio, ya sea el control de Wall Street o de El Partido. Aún no se reconoce que Némesis es la materialización de una respuesta social a una ideología profundamente equivocada. Aún no se comprende que Némesis es la ilusión delirante nutrida por la estructura ritual,

no técnica, de nuestras principales instituciones industriales. Así como los contemporáneos de Galileo se negaban a mirar a través del telescopio las lunas de Júpiter porque temían que su visión geocéntrica del mundo se conmoviera, así nuestros contemporáneos se niegan a afrontar Némesis porque se sienten incapaces de poner el modo autónomo de producción en lugar del modo industrial en el centro de sus estructuras sociopolíticas.

DEL MITO HEREDADO AL PROCEDIMIENTO RESPETUOSO

Los pueblos primitivos siempre han reconocido el poder de una dimensión simbólica; la gente se veía amenazada por lo tremendo, lo aterrador, lo sobrenatural. Esta dimensión no sólo fijaba linderos al poder del rey y del mago, sino también al del artesano y el técnico. En efecto, Malinowsky sostiene que solamente la sociedad industrial ha permitido el uso de las herramientas disponibles hasta su máxima eficiencia; en todas las otras sociedades, el reconocimiento de límites sagrados al uso de la espada y del arado era una base necesaria de la ética. Ahora, después de varias generaciones de tecnologías licenciosas, el carácter finito de la naturaleza vuelve a introducirse en nuestra conciencia. Los límites del universo están sujetos a exploraciones operacionales. Pero en este momento de crisis sería una locura fundar los límites de las acciones humanas en alguna ideología ecológica sustantiva que modernizara la mística de lo sagrado de la naturaleza. La tecnificación de una ecorreligión sería una caricatura de la *hybris* tradicional. Sólo un acuerdo amplio sobre los procedimientos a través de los cuales puede garantizarse equitativamente la autonomía del hombre posindustrial llevará al reconocimiento de los límites necesarios a la acción humana.

Común a todas las éticas fue la premisa de que el acto humano se practica dentro de la condición humana. Como los diversos sistemas éticos consideraban, tácita o explícitamente, que esta condición humana estaba más o menos dada, una vez y para siempre, quedaba estrechamente circunscrito el ámbito de la acción humana.

En cambio, en nuestra época industrializada no sólo es nuevo el objeto sino también la mera naturaleza de la acción humana.² En lugar de en-

² He tomado este argumento, en parte *verbatim* de Hans Jonas, "Technology and Responsibility: Reflections of the New Task of Ethics", *Social Research* 40, 1972, pp. 32-54.

frentarnos con dioses afrontamos las fuerzas ciegas de la naturaleza, y en lugar de enfrentar los límites dinámicos de un universo que ahora hemos llegado a conocer, actuamos como si esos límites no se tradujeran en umbrales críticos para la acción humana. Tradicionalmente el imperativo categórico podía circunscribir y validar una acción como verdaderamente humana; imponiendo directamente límites a las acciones de uno, exigía respeto para igual libertad de los demás. La pérdida de una "condición humana" normativa no sólo introduce una innovación en el acto humano, sino también una innovación en la actitud humana hacia la estructura en que actúa una persona. Si esta acción ha de continuar siendo humana después de haber privado a la estructura de su carácter sagrado, necesita una base ética reconocida dentro de un nuevo tipo de imperativo. Este imperativo sólo puede resumirse de la manera siguiente: "actúa de manera que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de la vida humana genuina"; muy concretamente aplicado esto podría significar: "no eleves los niveles de radiación a menos que sepas que esta acción no tendrá efectos sobre tu nieto". Obviamente, un imperativo de esa índole no puede formularse mientras se considere la "vida humana genuina" como un concepto infinitamente elástico.

¿Es posible, sin restaurar la categoría de lo sagrado, alcanzar la ética que por sí sola permitiese a la humanidad aceptar la disciplina rigurosa de este nuevo imperativo? Si no es posible, podrían crearse racionalizaciones para cualquier atrocidad: "¿por qué no ha de elevarse la radiación ambiente? ¡Nuestros nietos se acostumbrarán a ella!" En algunos casos, el temor podría ayudar a conservar un mínimo de cordura, pero únicamente cuando las consecuencias fuesen bastante inminentes. Algunos reactores nucleares quizá ni lleguen a ponerse en operación por temor de que puedan servir a la Mafia para sus extorsiones al año siguiente o producir cáncer antes de que muera el operador, pero sólo el temor de lo sagrado, con su veto omnímodo, ha sido hasta ahora independiente de las computaciones del autointerés mundano y del solaz de la incertidumbre acerca de las consecuencias remotas. Este temor podría ahora volver a evocarse como imperativo que dice que la vida humana genuina merece respeto lo mismo ahora que en lo futuro. Sin embargo, este recurso a lo sagrado lo ha bloqueado nuestra crisis actual. El recurso de la fe podría proporcionar un escape a los que creen, pero no puede fundar un imperativo ético porque la fe existe o no existe; y si está ausente, el fiel no puede culpar al infiel. La historia reciente ha demostrado que los tabúes de las culturas tradicionales están

fuera de lugar para combatir una extensión excesiva de la producción industrial. Los tabúes estaban vinculados a los valores de una sociedad particular y de su modo de producción, y precisamente son aquellos los que se han perdido irrevocablemente en el proceso de la industrialización.

No es necesario, probablemente no sea factible y ciertamente no es deseable, fundar la limitación de las sociedades industriales en un sistema compartido de creencias sustantivas encaminadas al bien común y reforzadas por el poder de la policía. Es posible encontrar la base necesaria para la acción humana ética sin depender del reconocimiento compartido de algún dogmatismo ecológico actualmente en boga. Esta alternativa a una nueva religión o ideología ecológica se funda en un acuerdo acerca de valores básicos y en reglas de procedimientos.

Puede demostrarse que, pasado cierto punto en la expansión de la producción industrial en cualquier campo importante de valor, las utilidades marginales dejan de ser distribuidas equitativamente y que, simultáneamente, comienzan a declinar la eficacia general. Si el modo industrial de producción se expande más allá de cierta etapa y continúa chocando contra el modo autónomo, aparecen cada vez más sufrimientos personales y disolución social. Mientras tanto, es decir, entre el punto de sinergia óptima situado entre la producción industrial y la autónoma y el punto de máxima hegemonía industrial tolerable, se hacen necesarios los procedimientos políticos y jurídicos para invertir la expansión industrial. Si esos procedimientos se ejecutan con un espíritu de autointerés ilustrado y un deseo de supervivencia, y con la distribución equitativa de productos sociales y el acceso equitativo al control social, el resultado tiene que ser un reconocimiento de la capacidad de sostén del ambiente y del óptimo complemento industrial para la acción autónoma que se necesita a fin de alcanzar realmente metas personales. Los procedimientos políticos orientados hacia el valor de supervivencia en equidad distributiva y participativa son la única respuesta racional a la creciente manipulación total en nombre de la ecología.

La recuperación de la autonomía personal será así el resultado de la acción política que refuerce un despertar ético. La gente querrá limitar el transporte porque deseará moverse eficiente, libre y equitativamente; limitará la educación porque deseará compartir igualmente la oportunidad, el tiempo y el interés por aprender *en* el mundo más que *acerca* del mundo; la gente limitará los tratamientos médicos porque deseará conservar su oportunidad y su poder para sanar. Reconocerá que únicamente la limita-

ción disciplinada del poder puede proporcionar satisfacciones equitativamente compartidas.

La recuperación de la acción autónoma dependerá no de nuevas metas específicas que comparta la gente, sino de la utilización de procedimientos jurídicos y políticos que permitan a individuos y grupos resolver conflictos originados por su persecución de objetivos diferentes. La mejor movilidad no dependerá de algún nuevo tipo de sistema de transportes sino de condiciones que hagan más valiosa la movilidad personal bajo el control personal. Mejores oportunidades de aprender no dependerán de más información mejor distribuida acerca del mundo, sino de la limitación de la producción fundada en la aplicación intensiva de capital en bien de interesantes condiciones de trabajo. Una mejor asistencia a la salud no dependerá de alguna nueva norma terapéutica sino del grado de buena voluntad y competencia para dedicarse a la autoasistencia. La recuperación de este poder depende del reconocimiento de nuestras actuales ilusiones.

EL DERECHO A LA SALUD

Daños crecientes e irreparables acompañan la expansión industrial en todos los sectores. En la medicina esos daños aparecen en forma de iatrogenesis. La iatrogenesis es clínica cuando a causa de la asistencia médica se producen dolor, enfermedad y muerte; es social cuando las políticas de salud refuerzan una organización industrial que genera salud enferma; es cultural y simbólica cuando apoyadas médicamente la conducta y las ilusiones restringen la autonomía vital del pueblo minando su competencia para crecer, atenderse uno a otro y envejecer, o cuando la intervención médica incapacita reacciones personales al dolor, la invalidez, el impedimento, la angustia y la muerte.

La mayoría de los remedios actualmente propuestos por los ingenieros y economistas sociales para reducir la iatrogenesis comprenden un nuevo incremento de los controles médicos. Esos llamados remedios generan males iatrogénicos de segundo orden en cada uno de los tres niveles críticos y hacen que la iatrogenesis clínica, social y cultural se refuerce a sí misma.

Los efectos iatrogénicos más profundos de la tecnoestructura médica son resultado de esas funciones no técnicas, que sostienen la creciente industrialización de valores. Las consecuencias técnicas y las no técnicas de la medicina institucional se unen y generan una nueva clase de sufrimien-

to: la supervivencia anestesiada, impotente y solitaria en un mundo convertido en pabellón de hospital. Némesis Médica es la experiencia de personas que están privadas en gran proporción de toda capacidad autónoma de hacer frente a la naturaleza, al vecino y a los sueños, y que se mantienen técnicamente dentro de sistemas ambientales, sociales y simbólicos. No puede medirse Némesis Médica, pero puede compartirse su experiencia. La intensidad con que se experimente dependerá de la independencia, la vitalidad y la capacidad de relación de cada individuo.

La percepción de Némesis conduce a una opción. O bien se estiman, reconocen y traducen las fronteras naturales del esfuerzo humano en límites determinados políticamente, o bien se acepta la alternativa a la extinción como supervivencia obligatoria en un infierno planificado y mecanizado. Hasta hace poco tiempo la opción entre la política de la pobreza voluntaria y el infierno del ingeniero de sistemas no era congruente con el lenguaje de hombres de ciencia ni de políticos. Nuestra creciente experiencia con Némesis Médica reviste a la alternativa de nuevo sentido: la sociedad debe elegir los mismos límites rígidos en el tipo de bienes producidos dentro de los cuales todos sus miembros encuentran una garantía de igual libertad o la sociedad tendrá que aceptar controles jerárquicos sin precedentes³ para proveer a cada miembro, lo que las burocracias del Bienestar diagnostican como sus necesidades.

En varias naciones el público está actualmente listo para revisar su sistema de asistencia a la salud. Hay un grave peligro de que el próximo debate reforzará la actual medicalización frustradora de la vida. Todavía podría salvarse el debate si se concentrara la atención en Némesis Médica, si la recuperación de la responsabilidad personal por la asistencia a la salud se constituyera en el problema central y si se hiciera de las limitaciones a los monopolios profesionales el objetivo esencial de la legislación. En lugar de limitar los recursos de los médicos y de las instituciones que los emplean, esa legislación debería establecer impuestos a la tecnología médica y a la actividad profesional hasta que los medios que pueden manejar los legos estén realmente a disposición de todo el que quiera tener acceso a ellos. En lugar de multiplicar los especialistas que pueden asignar cualquiera de los diversos papeles de enfermo a personas que se ponen mal por

³ The Honorable James McRuer, *Ontario Royal Commission Inquiry into Civil Rights*, Queen's Printer, Toronto, 1968, 1969, 1971. Sobre las profesiones y ocupaciones de autogobierno, véase cap. 79. Otorgar el autogobierno constituye una delegación de funciones legislativas y judiciales que puede justificarse sólo como custodia de los intereses públicos.

su trabajo y su vida, la nueva legislación garantizaría el derecho de la gente a desertar y organizarse en forma menos destructiva de vida, en la que tendría más control sobre su ambiente. En lugar de restringir el acceso a drogas, a medicamentos y procedimientos adictivos, peligrosos o inútiles, esa legislación trasladaría todo el peso de su uso responsable al hombre enfermo y a sus parientes inmediatos. En lugar de someter la integridad física y mental de los ciudadanos a más y más custodios, esa legislación reconocería el derecho de cada hombre a definir su propia salud, sujeto sólo a limitaciones impuestas por el respeto a los derechos de su vecino. En lugar de robustecer el poder de certificación de colegas especializados y organismos gubernamentales, la nueva legislación permitiría la elección popular para dar derecho a médicos elegidos a empleos sanitarios sostenidos por impuestos. En lugar de someter su actuación a organizaciones de revisión profesional, la nueva legislación haría que los evaluara la colectividad a la que sirven.

LA SALUD (*HIGIEIA*) COMO VIRTUD

La salud designa un proceso de adaptación. No es el resultado del instinto sino de una reacción autónoma moldeada culturalmente ante la realidad creada socialmente. Designa la capacidad de adaptarse a ambientes cambiantes, de crecer, madurar y envejecer, de curarse cuando está uno lesionado, sufrir y esperar pacíficamente la muerte. La salud abarca también lo futuro y por tanto comprende la angustia y los recursos internos para vivir con ella.

La salud designa un proceso mediante el cual cada uno es responsable, pero sólo en parte responsable ante los demás. Ser responsable puede significar dos cosas: un hombre es responsable de lo que ha hecho y es responsable ante otra persona o grupo. Únicamente cuando se considera subjetivamente responsable ante otra persona, las consecuencias de su futuro no serán la represión, la crítica, la censura o el castigo, sino la pena y el remordimiento, el verdadero arrepentimiento.⁴ Los estados consiguientes de pesar y angustia son marcas de repercusión y curación, y fenomenológicamente son algo completamente diferente de sentimientos de culpa. La salud es una tarea y como tal no puede compararse con el equilibrio fisioló-

⁴ Alfred Schutz, "Some Equivocations in the Notion of Responsibility", en *Collected Papers*, vol. 2, *Studies in Social Theory*, Nijhoff, La Haya, 1964, pp. 274-276.

gico de las bestias. En esta tarea personal el éxito es en gran parte resultado del conocimiento de uno mismo, de la autodisciplina y de los recursos internos mediante los cuales cada persona regula su propio ritmo cotidiano, sus acciones, su régimen de alimentación y sus actividades sexuales. El conocimiento de ocupaciones deseables, la actuación competente, el empeño en aumentar la salud de los demás, todo ello aprendido mediante el ejemplo de iguales o de mayores. Esas actividades personales se moldean y se condicionan por la cultura en que crece el individuo: modelos de trabajo y ocio, de celebraciones y sueño, de producción y preparación de alimentos y bebidas, de relaciones familiares y de política. La existencia de patrones de salud probados por el tiempo, que corresponden a una zona geográfica y a una situación técnica, dependen en gran medida de una prolongada autonomía política. Dependen de la disminución de responsabilidad respecto de hábitos saludables y del ambiente sociológico. Es decir, dependen de la estabilidad dinámica de una cultura.

El nivel de salud pública corresponde al grado en que se distribuyen entre la población total los medios y la responsabilidad para enfrentarse a la enfermedad. Esa capacidad de enfrentamiento puede aumentarse pero nunca reemplazarse por la intervención médica ni por las características higiénicas del ambiente. La sociedad que pueda reducir al mínimo la intervención profesional proporcionará las mejores condiciones para la salud. Cuanto mayor sea el potencial de adaptación autónoma a uno mismo, a los demás y al ambiente, menos se necesitará ni se tolerará el manejo de la adaptación.

Un mundo de salud óptima y generalizada es obviamente un mundo de intervención médica mínima y sólo excepcional. La gente sana es la que vive en hogares sanos a base de un régimen alimenticio sano; en un ambiente igualmente adecuado para nacer, crecer, trabajar, curarse y morir: sostenida por una cultura que aumenta la aceptación consciente de límites a la población, del envejecimiento, del restablecimiento incompleto y de la muerte siempre inminente. La gente sana necesita intervenciones burocráticas mínimas para amarse, dar a luz, compartir la condición humana y morir.

La fragilidad, la individualidad y la capacidad de relación conscientemente vividas por el hombre hacen de la experiencia del dolor, de la enfermedad y de la muerte una parte integrante de su vida. La capacidad para enfrentarse autónomamente con esta tríada es fundamental para su salud. Cuando el hombre se hace dependiente del manejo de su intimidad, renuncia a su autonomía y su salud *tiene que* decaer. El verdadero milagro de la

medicina moderna es diabólico. Consiste no sólo en hacer que individuos sino poblaciones enteras sobrevivan en niveles inhumanamente bajos de salud personal. Némesis Médica es la retroalimentación de un organización social que se impuso mejorar e igualar la oportunidad de cada hombre de enfrentar su ambiente con autonomía y terminó destruyéndola.

APÉNDICE

La necesidad de un techo común

[EL CONTROL SOCIAL DE LA TECNOLOGÍA]

por VALENTINA BORREMANS e IVÁN ILLICH

El control social de los sistemas de producción es la base de toda reestructuración social: la nueva fase en la cual ya entró la tecnología permite y exige una nueva determinación de ese control.

1) La propiedad social de los medios de producción; 2) el control social de los mecanismos de distribución, y 3) el acuerdo comunitario sobre la autolimitación de algunas dimensiones tecnológicas, pero sólo en su conjunto, constituyen la base para el control social de producción de una sociedad.

En las primeras etapas de la industrialización, los dos primeros aspectos parecían tan importantes que no permitieron que se desarrollara suficientemente el pensamiento sobre el tercero.

En nuestra opinión lo que hoy es necesario es el control político de las características tecnológicas de los productos industriales y de la intensidad de los servicios profesionales.

Esta nueva política consiste en la búsqueda de un acuerdo comunitario sobre el perfil tecnológico del techo común bajo el cual todos los miembros de una sociedad quieren vivir. Más bien que la construcción de una plataforma de lanzamiento, desde la cual solamente a algunos miembros de esa sociedad se les envía a las estrellas.

Esta nueva política es de una autolimitación voluntaria y comunitaria, la búsqueda de máximos en la productividad institucional y en los consumos de servicio y de mercancías, de acuerdo con las necesidades que se consideran, dentro de esa comunidad, satisfactorias para cada individuo.

El control social del modo de producción adquiere una significación más amplia en la presente época de desarrollo tecnológico. En las primeras etapas de la industrialización, la atención, con razón, tuvo que concentrarse sobre la propiedad de los medios de producción y sobre la distribución equitativa de los productos.

En la etapa por la que atravesamos desde los años sesenta, la definición social de un máximo, en relación con ciertas características básicas de los productos de una sociedad, debería ser la meta política más importante.

Las élites económicas de las sociedades latinoamericanas ya incorporaron, en su visión del mundo, lo que llamaremos el "imperativo tecnológico". Llamamos "imperativo tecnológico" a la idea de que si alguna hazaña técnica es posible en cualquier parte del mundo, hay que realizarla y ponerla al servicio de algunos hombres, sin importar en lo absoluto el precio que los demás miembros de esa sociedad hayan de pagar por ello.

Las sociedades capitalistas justifican la planificación bajo el signo del "imperativo tecnológico" por la evidente demanda de unos cuantos consumidores que necesitan moverse a velocidades supersónicas. Las sociedades socialistas justifican esta misma planificación por el supuesto servicio que deriva a la comunidad total de la posibilidad de que unos cuantos puedan moverse a tal velocidad.

En cualquier sociedad en la que se acepte el "imperativo tecnológico", éste se pone al servicio del progreso indefinido en calidad o en cantidad de los productos y de los servicios, destruyendo con esto la base para lograr la construcción del socialismo.

Esto lleva inevitablemente al control de la sociedad por medio de "tecnócratas expertos" (profesionales, especialistas, científicos, etc.) sin importar que éstos hayan sido elegidos para el servicio del poder por un partido político o por un grupo de capitalistas.

Consideramos que el Kripto-estalinismo reside precisamente en esto: en adjudicarse el control social de los medios de producción, para justificar un control central de los productos, en servicio del aumento ilimitado de la producción.

Creemos que en este momento existen condiciones para movilizar las mayorías de algunos pueblos de América Latina y de África con el fin de que rechacen conscientemente la dominación de los tecnócratas, consecuencia inevitable de la aceptación popular del "imperativo tecnológico". Una vez que un pueblo haya aceptado que vale la pena (no importa en qué medida) enviar a un hombre a la luna o mantener a algunos individuos en vida durante más de 100 años, o hacer viajes a velocidades supersónicas, fácilmente acepta cualquier otra forma de explotación, por el hecho de que el ídolo en cuyo nombre se hace la explotación ha sido creado por un científico.

El rechazo del "imperativo tecnológico" es la base para iniciar la búsqueda de las dimensiones tecnológicas que habría que someter al juicio popular para que la mayoría determine bajo qué límites máximos quiere vivir.

Por ejemplo:

¿Cuál es la velocidad máxima para el transporte de las personas, que permita el uso óptimo de los recursos públicos para garantizar una movilidad óptima a la gran mayoría?

¿Qué amplitud máxima del espectro electrónico, utilizado para la comunicación entre personas, garantizaría el nivel óptimo de comunicación entre las mayorías?

¿Hasta qué punto se permite el uso de los recursos públicos en la prolongación de la vida de un adulto, cuando tales gastos resultan discriminadores de la gran mayoría que requiere de servicios de previsión y mantenimiento de su salud o de asistencia en momentos de crisis aguda?

¿A qué métodos pedagógicos posibles hay que renunciar en favor de un acceso de las mayorías a los medios de autoformación o autoconocimiento?

La idea de que un pueblo decida democráticamente las dimensiones tecnológicas dentro de las que voluntariamente se limitaría a vivir, dentro de cierto ámbito, y no sólo provisionalmente, sino a largo plazo, es profundamente contraria al modo de pensar que hoy prevalece.

Es improbable que la iniciativa para plantear este problema se tome en los países europeos occidentales u orientales que se encuentran a medio camino de la industrialización.

En los países supercapitalistas la contaminación ambiental que hace que la tierra sea incapaz de sostener la vida humana y la superdeterminación del individuo que lo hace impotente para sobrevivir fuera de un ambiente artificial, ya llevan a la conciencia de una pequeña minoría la necesidad de pensar en la urgencia de limitar la producción.

Creemos que el liderazgo de un movimiento mundial hacia una nueva política popular, en la que el pueblo ante todo decida los límites máximos en que esa sociedad deba vivir, y después los haga asequibles a todos, debe venir de algunos países de América Latina, de África y posiblemente de China.

Cuernavaca, septiembre de 1971

Obras reunidas I, de Iván Illich, se terminó de imprimir y encuadernar en abril de 2006 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA). Calz. de San Lorenzo, 244. Se usó tipo New Aster de 8:10, 10:12, 9:12 y 12:13 puntos. La edición consta de 1 500 ejemplares en rústica y 500 empastados.

